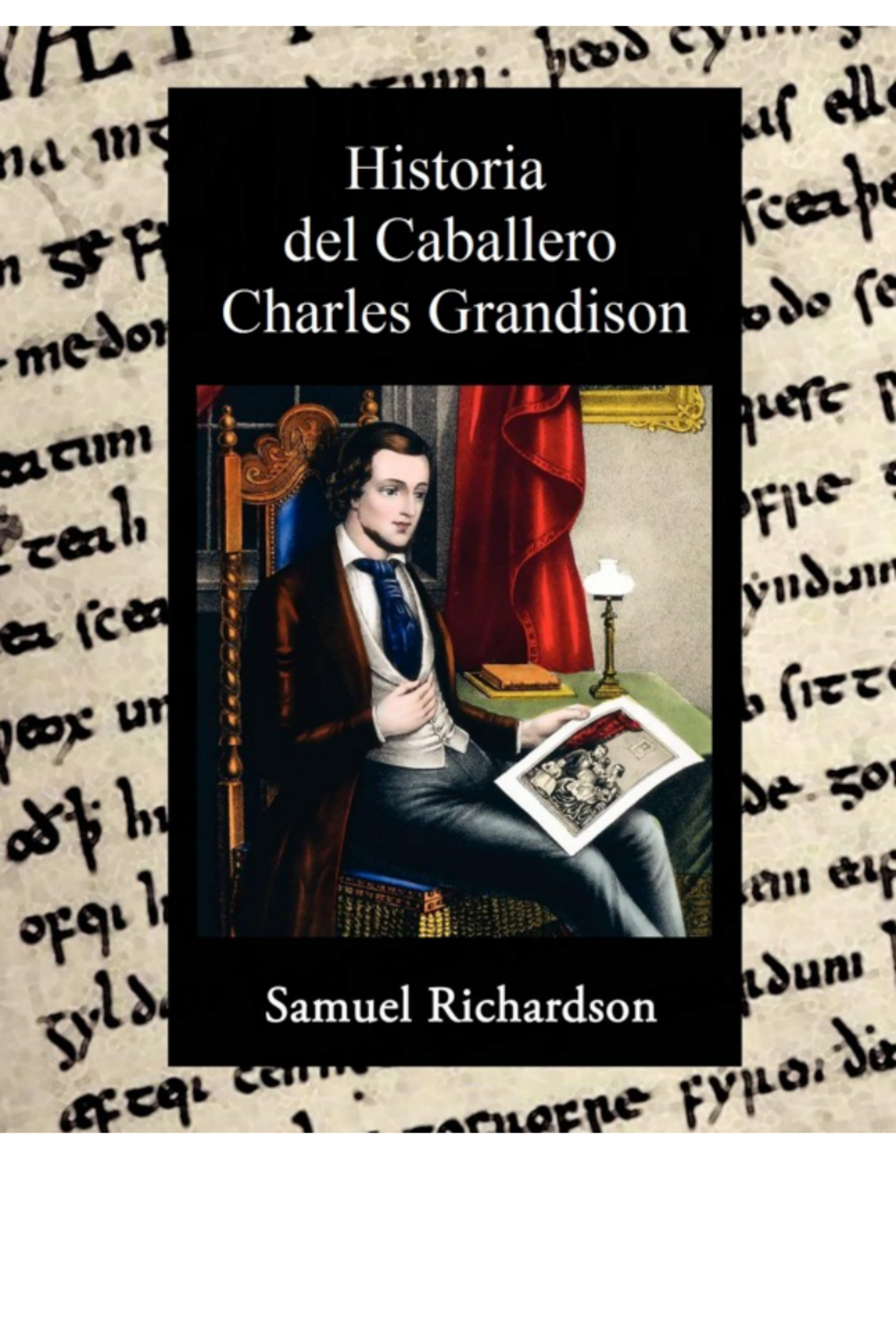


Historia
del Caballero
Charles Grandison
Samuel Richardson

HISTORIA DEL CABALLERO CHARLES GRANDISON

por Samuel Richardson

En Charles Grandison se ve un noble modelo de todas las virtudes privadas con sentimientos tan sublimes que le hacen otro modelo igual de todas las virtudes públicas.

El Lord Lyttleton en sus *Diálogos de los Muertos*.

El traductor

Nada apesta ni fastidia ya tanto como el oír o leer elogios de obras y señaladamente de novelas: tan comunes, tan uniformes, tan exagerados y por la mayor parte tan indignos de crédito han sido los que hasta el presente se han hecho de ellas. Así pues, sería grande necedad que yo molestara ahora al público con un inútil panegírico del *Caballero Grandison* que empiezo a dar a luz, y con cuyos dos primeros tomos se podrá hacer cargo de su mérito o falta de él; si no fuese mi principal mira la de mostrar al mismo público cómo deben los editores elogiar sus obras para que pueda darles fe; pues mientras no apoyen sus encomios más que en su autoridad, como casi siempre sucede, ninguna se les debe dar. Yo copiaré aquí las mismas e idénticas palabras de algunos autores de mucha nota entre los infinitos que han hecho honorífica mención del *Grandison* o en general de las novelas de Richardson, en cuya atención podrá decirse que hacen el elogio célebres autores y no el mismo traductor que no se ha granjeado celebridad ninguna. No necesito de recorrer bibliografías ni polianteas, pues tengo a la vista los siguientes testimonios.

Mr. Johnson, autor de *El vagabundo,* habla así de Richardson [1]: «Él ha dilatado los conocimientos de la naturaleza humana y enseñado a las pasiones a obrar bajo el mando de la virtud.»

Mr. Warton trae este notable pasaje [2]: «De cuantas pinturas se han hecho de la locura, la de Clementina en la historia del caballero Charles Grandison es la más interesante. Dudo si aun la locura de Leal está pintada y expresada con tantos pequeños rasgos de naturaleza y de una genuina pasión. Es mucha pedantería comparar y preferir a la locura de Clementina la de Orestes en Eurípides.»

Diderot, uno de los más celebrados escritores franceses de este siglo, hablando en su ensayo de la poesía dramática [3] de los medios empleados para mover las pasiones, hace particular mención de Richardson como de un consumado maestro de este arte. «¡Cuán enérgicas», dice, «cuán sensibles, cuán patéticas son sus descripciones! Sus personajes, aunque callen, tienen bastante gracia y viveza a mis ojos, y de los que hablan sus obras excitan más los afectos que sus palabras.»

Últimamente el ex-jesuita español don Juan Andrés [4] hace de las novelas de Richardson un grande elogio que acaso no desagradará leerlo todo, aunque es dilatado. «Mucho más dignas de alabanza», dice, «son las novelas de Richardson… ¡Qué portentosa valentía de ingenio y fecundidad de imaginación no se encuentra en este singular e inimitable escritor! Este nuevo Proteo se transforma de tal manera

en las personas cuyos caracteres quiere pintar, que no basta, no, una reflexión continua para imaginarse que las cartas de Pamela, de Clarissa, de Anna, de Lovelace, de Grandison, de Clementina y de tantos otros sujetos tan diferentes por sus sentimientos y estilos han sido todas dictadas por un mismo secretario. Tres novelas tenemos de Richardson, la *Pamela,* la *Clarissa* y el *Grandison,* y en todas se echa de ver un modo tan atractivo de insinuarse y una tan viva elocuencia que penetran hasta los más secretos senos del corazón agitándolo y conmoviéndolo sin que pueda resistirse. El espíritu se siente elevarse con suma rapidez e insensiblemente se halla interesado en los asuntos que se tratan, y toma parte en ellos como si íntimamente le tocasen. Los principios de la religión y de la moral se inculcan con tal fluidez y de una manera tan patética que embelesan aun a los lectores menos juiciosos: los vicios se pintan con los colores más propios para inspirar horror y la virtud se presenta con tan bello aspecto que se hace amar hasta de los más perversos disolutos. Las descripciones están hechas con tal expresión y viveza que nos parece ver aquel Solmes, aquel Lovelace, aquella Clementina, aquellas quintas, aquellas casas y aquellas hosterías que se nos pintan. Los caracteres, las pasiones, los sucesos, todo está tomado de la misma sociedad, todo nos muestra el curso general de las cosas que nos cercan, todo es verdadero y real, nada es quimérico ni imaginario, nada se advierte que descubra el autor y la ilusión se introduce en el ánimo por más estudio y reflexiones que se hagan para alejarla. El arte del diálogo es una de las cosas que me causan mayor maravilla en el singular ingenio de Richardson. ¡Qué graciosas y oportunas propuestas! ¡Qué vivas y agudas réplicas! ¡Qué prontas y sutiles respuestas! Todo es siempre ingenioso, siempre pulido, siempre natural. Estas admirables bellezas se ven en las tres novelas de Richardson; pero yo las encuentro todas muy superiores en su divina *Clarissa.* Es cierto que el autor se deja llevar en esta más que en las otras de su pasión a las menudencias en la narración de los diálogos y de los hechos: es cierto que en esta se envilece el licencioso Lovelace con tales bajezas que aunque quizá no desagradan a los oídos ingleses, son insufribles para los nuestros; es cierto que algunas cartas de aquel disoluto y de su amigo Belford son enfadosas para nuestro gusto por la prolijidad de las relaciones poco importantes y por las repeticiones de unos mismos pensamientos sobre el matrimonio, sobre el libertinaje y sobre otros puntos semejantes; pero las particularidades y menudas individuaciones aumentan tanto en las cartas de Clarissa el interés de las narraciones que se leen con el mayor placer y se desea verlas no abreviadas y reducidas sino aún más circunstanciadas y extensas; y si las cartas de Lovelace ofenden alguna vez a las personas virtuosas y honestas por su desenfrenado y libre modo de pensar, son empero maravillosas y singulares en su estilo de

un descarado licencioso y de un malvado sagaz. Y fuera de esto, ¿no ocultan todos los defectos, no embelesan, no arrebatan, no encantan aquella noble y amable Clarissa y aquella extraña y siempre graciosa Anna Howe, que no tienen quien las compita en la fluidez, en la energía y en todas las gracias de la elocuencia epistolar? Y ¿quién ha de resistirse al interés que el autor hace tomar por las personas que se presentan en aquella tan vasta y varia escena? Es preciso tomar parte en su conversación y empeñarse en sus asuntos: es preciso aprobar y condenar, aplaudir al uno y vituperar al otro, amar, aborrecer, alegrarse, irritarse y obedecer al ímpetu de los afectos que excitan los hechos. ¡Divina e infeliz Clarissa! ¿Quién puede menos de compadecerse de ti y de adorar tu virtud más que humana? ¡Graciosa y generosa Anna Howe! ¡Cuán grata es para mí tu discreta locura! ¡Muere, perverso e infame Lovelace, y vomita tu abominable alma con la negra sangre de tus bien merecidas heridas y acabe contigo la odiosa casta de los libertinos que es capaz de oprimir y tiranizar tan bárbaramente a una Clarissa, y de privar a la tierra de tan brillante ornamento de la humanidad! La memoria de las singulares bellezas de esta novela me llena de entusiasmo e impele mi pluma más allá de los justos límites de mi mediano estilo; pero siguiendo las reflexiones de la fría y tranquila razón, digo que una de las cosas que más me admiran en tan prodigiosa novela es la facilidad del autor para pasar de la desenvoltura, bufonadas y libertades de Lovelace a los nobles y divinos sentimientos de Clarissa. ¿Es posible que quien ha podido mirar con aspecto burlesco y con ojos de libertino los ataques sufridos por Clarissa, sepa elevarse después a las sublimes sentencias y a las místicas y santas reflexiones de esta mujer angélica? ¿Cómo un mismo pincel puede pintar aquellos hechos con colores tan diversos? ¡Cuán extraño y maravilloso escritor, que tan felizmente se acomoda a estilos tan opuestos! Yo vuelvo la vista a la Julia, etc.»

Vea aquí el público un verdadero y fidedigno elogio del caballero Grandison: un elogio como el que debieran hacer de todas las obras sus editores; y un elogio en fin que debe servirle de ejemplo para que tocante a ellas sea en lo sucesivo mucho más cauto que lo ha sido hasta ahora.

Tengo presente que cierto traductor de una pequeña novela la elogió y ponderó en un prospecto de medio pliego nada menos incorporado en nuestra gaceta como la obra más encantadora y estupenda que desde Adán acá se había compuesto; y yo creo que hubiera formado un elogio mucho más apreciable y digno de crédito con mostrarnos siquiera la autoridad de un solo sabio en favor de ella. Es cierto que da a entender que no apoya más que en la suya sus alabanzas por ser bastante reciente dicha obra; mas por lo que a mí hace, tiene de término todo el de su vida aunque pase de un siglo,

como es de desear, para que haga ver al público que ha celebrado su novela un escritor bien conocido en la república de las letras. Por otra parte, yo tendría singular complacencia en oír decir a alguno de los sabios de la corte que la novelita del traductor panegirista le ha enamorado, encantado, embelesado y otras cosas por este estilo.

En orden a lo fácil o difícil de la versión, no quiero hablar palabra ni mucho menos decir que la historia del caballero Grandison es entre cuantas obras extranjeras he leído la más penosa de traducir. Con los mismos traductores principió la costumbre de ponderar las grandes dificultades que ha habido que superar en cada traducción que se da a luz; pues esto es hacer de sí mismo un traductor el elogio de que es sujeto capaz de cosas arduas por su talento e instrucción; y así como yo estoy sumamente fastidiado de semejante cantinela, creo que también lo estará el público y sería imprudencia fastidiarle más.

Mucho más distante estoy de hablar del mérito de mi traducción, y de rogar al público con la mayor humildad y casi con lágrimas en los ojos que por estas y las otras razones disimule las faltas que pueda tener; pues hablando yo de las traducciones de otros lo que se me antoja, fuera a la verdad cierta especie de despotismo que quisiera quitar a los demás la libertad de decir de la mía cuanto les parezca. Por tanto, quien opinare que está mal hecha mi traducción, desahogue en buena hora su bilis y vaya propalando por todos los lugares públicos y secretos que es pésima y detestable, y que el traductor es un ignorante y un bestia.

Sin embargo, antes que nadie vitupere mi traducción, yo mismo diré de ella con toda ingenuidad que no me satisface ni contenta, y que a tener yo la paciencia necesaria para hacer una buena versión tendría algún más mérito del que tiene, aunque siempre distaría mucho de la perfección.

HISTORIA
DEL CABALLERO
CHARLES GRANDISON

CARTA PRIMERA
Lucy Selby a Harriet Byron

Quinta de Ashby-Cannons, 10 de enero.

Tu determinación de acompañar a la señora Reeves a Londres ha inquietado mucho a tus tres amantes, y así ten por seguro que oirás hablar al menos de dos. Una doncella tan amable como mi querida Harriet ha de estar persuadida a que se le pedirá cuenta de sus pasos.

Greville con su acostumbrada resolución hace la amenaza de seguirte a la corte donde, según dice, observará todos los pasos de cualquiera mortal que se acerque a ti, y por poco motivo que se le dé, hará conocer su pretensión y el peligro de disputarle tu corazón. Pero es menester hacerle justicia. Aunque trate a sus rivales con esta altivez, habla de ti con más admiración y respeto que los que se han tenido jamás a ninguna mujer. *Ángel* y *deidad* son los nombres con que acostumbra llamarte, y sin embargo de que los dice con el aire festivo que sabes le es propio, tengo por cierto que te admira de corazón. Fenwick en un tono menos osado asegura que seguirá tus pisadas, si tu ausencia pasa de quince días. El dulce Orme sólo manifiesta sus temores con suspiros, y pide a Dios mudes de resolución. Aunque sin esperanzas, como dice, es para él un grande consuelo pensar que vive en el mismo cantón que tú y gozar algunas veces de la satisfacción de verte. Extraña mucho que tu abuela y tus tíos puedan vivir sin ti, y añade que el señor y la señora Reeves han logrado una gran dicha con habérseles dejado tomar tanto influjo y ascendiente sobre nuestra familia. En fin, cada uno de tus amantes teme que se aumenten sus obstáculos con el número de sus competidores; pero ¿qué les importa a ellos, como no he tenido reparo en decirles, cuando saben muy bien que no te inclinas a ninguno de los tres?

Si insistes en partir y no hay ninguna novedad al tiempo de tu marcha, iré a manifestarte mi deseo de que lleves feliz viaje, de que te diviertas mucho en la corte, y principalmente de que vuelvas con tu corazón libre. Mi hermana, cuya salud se deteriora de día en día, permitirá que la deje para desempeñar un deber de que no quiero se me dispense. Así, no pienses en venir acá, pues te afligirías sobremanera de ver a esta pobre y amable niña en el lastimoso estado en que se halla. Sé cuán sensibles te son las enfermedades de tus parientes cuando no puedes aliviarles; y fundando toda tu familia su

felicidad en tu contento, sería una especie de crueldad darte algún motivo de tristeza.

Greville, que nos sorprendió cuando íbamos a comer, acaba ahora mismo de irse. Sólo ha hablado de ti sin dejar de continuar sus amenazas, como se las he llamado a él mismo, acerca de tu partida a la corte. Después de la comida nos leyó una carta de milady Trampton casi toda respectiva a ti, y también algunos pasajes de una copia de su respuesta creyendo, según yo imagino, que le pediría me la dejase. Él es, como sabes, un hombre muy vano y que hace grande aprecio de cuanto escribe. En efecto le pedí su papel, y aparentó temer que tú lo vieses; pero yo conocí su artificio. No obstante, habiendo hecho que le trajesen tintero, rayó, según lo advertirás, un pasaje con tanto cuidado que se lisonjeaba de que no se podría leer; mas el tintero que yo hice le dieran, tenía una tinta no tan negra como la suya, y así verás que no han sido bastantes todas sus precauciones. Yo le he prometido devolverle su carta.

Espero con el portador algunos renglones tuyos en que me digas si permaneces en tu determinación. Adiós, querida Harriet: Dios te favorezca y dirija sus pasos adonde quiera que vayas por tu gusto o por darlo a otros.

—Lucy Selby.

Carta II
John Greville a Milady Trampton

[Incluida en la precedente]

Northampton, 6 de enero.

Me pedís, señora, un retrato fiel de la célebre señorita Harriet Byron, que es el ornamento de nuestra provincia, y queréis saber si es cierto, como os han dicho, que el amor me ha puesto en el número de sus particulares admiradores. Esta distinción, señora, es muy justa, porque nadie seguramente puede verla sin admirarla. Vuestra curiosidad, decís, es sólo respecto a su persona, y añadís que la mayor parte de las mujeres ponen más atención en la belleza del cuerpo que en la del alma. Quizá convendré yo al menos en que aquella excita más su envidia que esta. Pero ¿quién podría pintando a la señorita Harriet detenerse únicamente en su figura, cuando vivifica todas sus facciones un alma que muestra en ellas todas las perfecciones, y que da cierta especie de dignidad a su aspecto, a sus miradas y a los menores movimientos?

Nadie en el mundo es más apasionado que yo a la belleza, y hasta el momento en que conocí a la señorita Harriet, fui de aquellos que no buscan otro mérito en una mujer. A la verdad, yo miraba todas las

prendas del alma como inútiles o ajenas del bello sexo, y bien os acordaréis señora, de la libertad que me tomaba sobre este punto y que me vituperasteis muchas veces. Una mujer discreta, una mujer sabia me parecía de un carácter impropio y no conforme a la naturaleza. Quería que las mujeres fuesen todo amor, nada más; y si deseaba en ellas alguna prudencia, era solamente la necesaria para que distinguiesen el hombre sensato del necio, y esto por mi propio interés. Ya conocéis, señora, mi vanidad. Pero aunque es tan bella la señorita Harriet, desafío al hombre más sensual a que no admira más su persona que su alma. ¡Qué triunfo para Satanás, como he dicho entre mí muchas veces, considerando sus perfecciones mayormente en la iglesia, qué triunfo para Satanás si pudiera hacer a un hombre capaz de humillar y poner a este ángel en la clase de las mujeres! Perdonad, señora, y acordaos de que tengo la mala costumbre de decir libremente todas mis locuras.

El buen genio se muestra aun en las facciones más comunes, y así ¡cómo se mostrará en tan bello rostro! Jamás hubo mujer de mejor natural que la señorita Harriet. Una buena índole es una prenda que se atribuye a todo vuestro sexo desde la edad de los diez y seis años hasta los veinte, es decir, cuando están en su mayor vigor los deseos y las pasiones; pero es muy notable en la señorita Harriet. Al parecer, no pasa de diez y siete años, aunque se acerca a los veinte. Su belleza, que apenas acaba de manifestarse del todo, durará más tiempo que si se hubiese manifestado antes. Además, una prudencia que brilla en todo su semblante le ha hecho distinguirse mucho desde los doce años anunciando lo que había de ser en otra edad más sazonada; y aunque en su rostro y en sus modales reina su bella índole, se halla acompañada de cierta dignidad natural en cuanto ella dice y hace, que a pesar de su amable franqueza en la que se reconoce la superioridad de su alma sobre la del mayor número de las mujeres de su edad, sofoca en los más atrevidos toda esperanza de una libre familiaridad. A fe mía que ignoro cómo se maneja para esto, pero nada digo que no experimente. La señorita Harriet gusta de un rato de chacota y de broma, y sabe usar de ellas con agudeza, mas sin embargo yo no me atrevo a chancearme con ella. El amor, según dicen, engrandece lo que se adora, y acaso es esto lo que me contiene.

¿Dudáis ahora, señora, de mi respuesta a vuestra segunda pregunta, si el amor me ha puesto en el número de sus particulares admiradores? En efecto soy de este número, y que el diablo me lleve si está en mi mano no serlo. Sin embargo, no se acalora mi pretensión, ni tampoco la de nadie, lo cual me consuela. Fenwick está más afligido que yo, si es posible. Nuestro conocimiento principió por una riña con este motivo cuyas resultas habéis sabido, pero ya somos amigos declarados.

Nos hemos convenido en que cada uno procure hacer fortuna con la paciencia y la perseverancia, tanto más que el uno no tiene más motivo que el otro para lisonjearse de ser feliz [5]. «A la verdad, nosotros hemos hecho abandonar el terreno a algunas docenas de amantes. El pobre Orme aún se mantiene firme, mas nos causa poca inquietud. Él es un *llorón*, y aunque su hermana, que visita mucho a la señora Selby en cuya casa es muy estimada, haga verosímilmente los buenos oficios de hablar a la señorita Harriet de sus amores, no tememos una llama que apagaría con sus lágrimas antes que pudiese inquietarnos, supuesto que fuera bastante dichoso para encenderla. Las mujeres gustan de ver llorar, suspirar y lamentarse a los hombres; pero jamás he visto que en competencia de un matasiete haya obtenido la preferencia un marica.»

No obstante, debo hacer a la señorita Harriet la justicia de que aunque sabe hacerse de respetar, es sobremanera atenta, y ninguno de sus amantes puede acusarla ni de orgullosa ni de cruel. Todo mi temor consiste en que tan perfecta igualdad de temperamento haga al amor muy difícil la entrada en su corazón. La señorita Harriet aguardará por lo menos a que se presente algún amante tan perfecto como ella y cuyo carácter pueda justificar su inclinación. «Motiva mi recelo una conversación que he tenido con la señora Shirley, su abuela. Esta dama, que es honor de la vejez, me ha insinuado que las objeciones de su nieta contra Fenwick y contra mí se fundaban en algunas expresiones libres que algunas veces se nos escapan, aunque acaso se ha introducido en el mundo la moda de usarlas, y aunque la mayor parte de las mujeres no mire ya con aversión a los que se permiten estas libertades. Pero ¿cuál es su objeción contra Orme? Este es seguramente un animal muy circunspecto.»

La señorita Harriet sólo tenía ocho años cuando perdió a su madre, de quien se asegura que era asimismo una excelente mujer, y que le quitó la vida el sentimiento de haber perdido a su marido, al cual no sobrevivió más que seis meses. ¡Ejemplo raro! La abuela y la tía, a quienes la niña respeta profundamente, dicen que no quieren intervenir en su elección. Siempre que se solicita el favor de ellas, responden que antes de todo se ha de obtener la aprobación de su Harriet y que inmediatamente consentirán. Trata y estima mucho a estas señoras un tal señor Deane, hombre de excelente carácter que abandonó la carrera de la jurisprudencia, por haber logrado una buena e inesperada herencia. Es padrino de Harriet, que le llama su *papá,* y toda la familia confía mucho en sus luces. Yo le he hablado también de mi pretensión, pero su respuesta ha sido la misma: su *hija* Harriet ha de elegir y todas las proposiciones de esta naturaleza se han de hacer por medio de ella.

Y ¿por qué ha de desconfiar Greville de lograr por ella misma,

cuando tiene un caudal considerable y espera heredar bienes de más valor; cuando no es nada despreciable por su persona; cuando canta, baila, viste muy bien y tiene bastante descaro que le hace pasar entre otras infinitas mujeres por un joven muy apreciable; cuando ella sólo tiene veinte años y un caudal que no pasa de 10 a 15 mil libras [6], porque la mejor parte de la hacienda de su padre que era mucho mayor, pasó a otra rama por falta de herederos varones, no teniendo absolutamente nada más que esperar que 500 libras de renta por la muerte de su abuela; y en fin, cuando su tío George Selby, aunque no tenga hijos y la profese mucho afecto, tiene por su parte sobrinos y sobrinas a quienes ama también, pues Harriet es sobrina de su mujer?

Yo no desconfío de nada. Si la resolución y la perseverancia tienen algún poder, y la señorita Harriet es mujer, será la señora Greville. Así se lo he dicho a su tía la señora Selby, a su tío, a su prima Lucy que es digna de todo el amor que ella le profesa, y no he tenido reparo en decírselo veinte veces a ella misma.

Mas para hacer ya la pintura de su persona... ¡que me caiga muerto si sé por dónde empezar! Ella es maravillosa en todo. ¿No lo habéis oído decir a cuantos la han visto? Su estatura... ¿Comenzaré por su estatura? No puede decirse que Harriet es alta, pero sí que es algo más que mediana. Nosotros los jóvenes ingleses que hemos corrido mundo, hacemos poco aprecio de los talles de Inglaterra, y preferimos a ellos el descuido o la negligencia francesa. Observo de paso que las damas extranjeras tienen razón en no aspirar a una perfección que les es imposible conseguir; y si nosotros la tenemos también en aprobar sobre esto su gusto, esta es otra cuestión. Pero cualquiera que sea la opinión que se siga, hay tanta dignidad, tanta gracia en la persona, en el porte, en el aire y en todos los movimientos de Harriet Byron, que los lindos talles serán siempre estimados en el pueblo en que resida así por los extranjeros como por nuestros compatriotas.

Su tez es de una blancura y finura admirables. Yo me he detenido algunas veces a considerarla hasta figurarme que veía correr su sangre con una lenta igualdad por sus venas transparentes. Su semblante, en que se echa de ver una noble franqueza, muestra hermanadas la modestia y la dignidad, y causa a primera vista una especie de respeto acompañado de un delicioso placer. No me pidáis de ella más descripción. Cada una de sus facciones en una palabra puede sufrir el examen de la más fina crítica; y todo su rostro y su cuello tan admirablemente colocado sobre unos hombros los más bien proporcionados del mundo... ¡Que me maten si considerando el todo no la tengo por la hermosura más perfecta que nunca se ha visto! Pero otra perfección que la es particular y que la distingue de todas las mujeres de Inglaterra, pues se debe confesar que es más común en Francia, es esta especie de gracia que los franceses llaman *fisonomía,* y

que muy bien podría llamarse *expresión.* Aun cuando su talle, su porte, su tez y todas sus facciones no fuesen tan perfectas como son, sólo esta gracia, sólo esta alma que brilla en todas las partes de su amable rostro, junto con el aire despejado y gracioso de sus menores movimientos obligaría a todos a que la admirasen.

En vista de esto, ¿entraré yo en una descripción más circunstanciada? Sí, quiero entrar en ella a riesgo de no salir con felicidad. Sus mejillas... Jamás he visto mejillas tan bien formadas. Su admirable tez les da cierto realce que indica una perfecta salud, y la menor sonrisa hace en ellas dos muy graciosos hoyuelos. Con tantos motivos para estar contenta de sí misma y de toda su familia, pues es el ídolo de ella, me figuro que desde la infancia nunca habrán padecido sus facciones ninguna alteración, y tengo por seguro que una arruga no podría durar un momento en su rostro. ¡Pluguiese al cielo que tuviera yo bastante influjo en su corazón para turbar algunas veces esta serenidad! Su boca... No la ha habido jamás tan divina; pero ¿qué hay que admirarse? Unos labios tan encarnados y unos dientes tan blancos e iguales como los suyos harían hermosa cualquiera otra boca. Su nariz aumenta la dignidad de las demás facciones. Su barba está torneada con una gracia inexplicable y acaba en un hoyito casi imperceptible. Sus ojos... ¡ah, señora!, ¡sus ojos!... ¡Válgame Dios, qué brillantez! No obstante, es una brillantez serena que nada la ofusca ni altera. ¿Cuánto no he despreciado yo muchas veces en los poetas las descripciones nada naturales de los ojos de sus heroínas? Mas disimulando alguna cosa a la licencia poética, yo les perdono después que he visto los ojos de Harriet. Su cabello es un adorno que no exige ningún cuidado; pues todos sus rizos son naturales, y nada se añade con el arte al lustre que dan a todas las demás perfecciones. He hablado de su cuello... Aquí no me atrevo a fiarme de mí mismo. ¡Mujer incomparable! Todo en ella es mil veces más maravilloso que cuanto puede imaginarse. Sus brazos... Vos habéis notado varias veces mi pasión a los bellos brazos. A la verdad, señora, los vuestros no son mejores que los suyos. Sus manos tienen toda la perfección que los más diestros pintores pueden dar a unas manos. ¡Qué dedos! Ellos están acostumbrados a manejar la pluma, la aguja, el pincel, las teclas del clave, y todo con igual primero. ¡Oh, señora!, las mujeres tienen un alma: ahora estoy convencido de ello, y vos me perdonaréis haberlo dudado y haber creído mucho tiempo que sólo se habían dado al hombre para usos pasajeros.

¿No he oído yo cantar a Harriet Byron? ¿No la he visto bailar? Pero cuerpo y alma tienen en ella la mejor correspondencia y armonía. Si se habla de lectura y de saber, ¿qué mujer de su edad?... Mas vos conocisteis al señor Shirley su abuelo, que era un hombre de una ciencia universal y que había adquirido con el trato de los extranjeros

tanta urbanidad como instrucción. Su nieta fue su delicia desde la edad de siete años que tenía cuando se restituyó a Inglaterra, hasta la de los catorce, de cuya edad a corta diferencia ella le perdió. La educación de esta niña era el entretenimiento de este hábil y virtuoso preceptor. Entre estas dos edades, decía él muchas veces, es menester echar los cimientos del mérito y de la bondad en las personas de este sexo, porque desde aquí pasan repentinamente a ser mujeres. No pensó en enseñarle las lenguas muertas, temiendo echar demasiado peso sobre planta tan débil; pero tuvo gusto en perfeccionarla en el francés y en el italiano. Después de la muerte de su tan respetable padre, a la cual se siguió la de su madre, sacó también mucho fruto del trato con su abuela y la señora Selby su tía paterna, dos damas de tan distinguido mérito que sus lecciones y ejemplo podrían suplir a los presentes de la naturaleza en una joven con quien ella hubiera sido menos liberal.

Ya os dije, señor, que haciendo el retrato de Harriet Byron era muy difícil que me limitase a su persona. Mas ¿qué terrible miedo viene a inquietarme? ¿Estoy yo bien seguro de no haber hecho el elogio de la mujer de otro? Tenemos en este pueblo a una de sus primas, a una tal señora Reeves, dama muy fina de Londres a quien mi mala estrella sólo ha traído aquí para llevarse a Harriet consigo a un mundo que temo sobremanera. ¡Oh, mujeres, mujeres! Perdonad, señora; pero ¿qué ángel de veinte años puede resistir a la vanidad? En el instante que se presente Harriet Byron, se divulgará la fama de sus hechizos e irán a obsequiarla mil nuevos pretendientes; ¿y quién sabe si algún ridículo pisaverde deslumbrará a una joven que merece una corona? ¡Infeliz del temerario, cualquiera que sea, cuya pretensión se oponga a la mía con alguna probabilidad de buen éxito! Pidiéndoos perdón por este arrebato de ira no puedo negaros que ha partido del corazón de vuestro muy humilde, etc.

—John Greville.

Carta III
Harriet Byron a Lucy Selby

Quinta de Selby, 16 de enero.

Te devuelvo aquí inclusa, mi querida Lucy, la extraña carta de Greville como tú se la pediste. Él no duda que me la has comunicado, y de esto infiero que si se informa de ello, es lo mejor decirle la verdad; pero entonces querrá saber el juicio que he formado de su carta no ignorando que nada tengo oculto para ti.

Así que dile, si lo tienes por conveniente, que mucho más me ha descontentado su ira que me han ablandado sus lisonjas; dile que es

cosa muy dura para mí que mientras mis más próximos parientes me dejan mi libertad, se tome la de amenazarme y censurar mi conducta un hombre a quien jamás he dado motivo para que me falte al respeto debido a mi sexo. Pregúntale cuáles son sus pretextos para seguirme a Londres o a cualquiera otra parte. Si no tuviera ya fundamentos para limitarme con él a las atenciones que le debo como a vecino, ahora me los hubiera dado muy grandes. El amante que es capaz de amenazar, ha de ser precisamente un marido tiránico. ¿No lo piensas así, mi querida Lucy? Mas no te metas en hacer suposiciones de amor y de matrimonio, pues los hombres de su carácter todo lo interpretan a su favor y equivocan la sombra con la realidad.

Una mujer que se ve celebrada mucho más de lo que merece, ¿no tiene motivo para temer que si el adulador llegase a ser su marido, decaería mucho de su concepto cuando le hubiese dado la facultad de tratarla como mereciese, aun suponiendo que la pasión le hubiera cegado bastante para no tener absolutamente por falsos sus elogios? A la verdad, desprecio y temo igualmente los lisonjeros; les desprecio por su falsedad si no creen ellos mismos lo que tienen el descaro de decir, o por su extravagancia si están persuadidos a que es verdad cuanto dicen; les temo por una justa desconfianza de mí misma que me hace recelar sean capaces sus expresiones, como se lo prometerán en la primera suposición, de inspirarme una vanidad que me haría muy inferior a ellos, y les daría motivo para que se burlasen de mi necedad, cuando estuviese más envanecida por mi propia discreción. En una palabra, los grandes elogios me repugnan siempre y me obligan a entrar inmediatamente en mí misma. ¿Quién no tiene algo que temer de su amor propio? Es indudable para mí que Greville quiso que yo viese su carta, y esta idea me causa una especie de indignación contra mí misma. Parece que este hombre ha observado en mi conducta algunos extravíos que no me perdonaría a mí misma si los conociera, y que le han dado la esperanza de lograr su intento tratándome como a una necia.

Espero que Greville y los demás no me seguirán a la corte con lo que al parecer me amenazan, y si lo hacen, no les veré seguramente sino cuando me sea imposible evitarlo. Sin embargo, el manifestarles inquietud por esto, o rogarles que omitan su viaje, sería ponerme en el caso de deberles el favor de haber condescendido a mis deseos. No me conviene valerme del ascendiente que tenga sobre ellos en este particular, pues creerían digna de una grande recompensa su sumisión, o quizá harían alarde del mérito de su pasión para desairarme.

No obstante, me es imposible sufrir su obstinación en seguir todos mis pasos. Estos hombres, querida mía, por poca ventaja que les demos sobre nosotras, tiranizan nuestra libertad más que nuestros más

severos padres, y sin otro verdadero motivo que su propia satisfacción; en lugar que nuestros padres aun los más despóticos no tienen otra mira que nuestro propio bien, aunque sus imprudentes hijas no siempre lo crean así. No obstante, ¿cuántas vemos que se dejan arrastrar hasta mucho más allá de donde piensa, o cuando no, de su obligación por estos pretendidos amantes, mientras que es invencible su resistencia a todos los deseos de sus padres? ¡Oh, querida mía! ¡Cuánto desearía haber pasado con felicidad los ocho o diez años siguientes de mi vida, por lo menos en la suposición de no presentárseme entre tanto un hombre capaz de hacerse dueño de mi corazón! ¡Ojalá pasen ellos tan felizmente como los cuatro últimos que no eran menos importantes! Verse en estado de tender la vista desde la cumbre de una elevación de treinta años, estar bien firme en sus principios, y no tener ninguna grande locura que vituperarse, ¡cuán grande felicidad!

La partida de mi prima está resuelta, el favor de mis amados parientes continúa, y yo permanezco siempre en la misma resolución; mas no partiré sin ver a mi estimada Nancy. ¿Qué, había yo de ir a divertirme llevando conmigo la pena de dejar padeciendo a una querida enferma con justas razones para creer que he temido darme un poco de pesar, mientras que estoy segura de poder al menos aliviar su corazón con los tiernos consuelos de la amistad? No, Lucy mía, créeme: si no tuviera bastante generosidad, tendría bastante amor propio para no exponerme al dolor de tan vivo remordimiento. Así pues, cuenta con que verás bien pronto a tu

—Harriet Byron.

Carta IV
Harriet Byron a Lucy Selby

Londres, 24 de enero.

Hemos llegado a esta ciudad sin que haya faltado nada para la completa satisfacción de nuestro viaje. Ya te harías el cargo de que Greville y Fenwick estarían en nuestra primera parada, donde habían tenido cuidado de prevenirnos una comida; pero ellos mismos te darán cuenta de todas sus atenciones.

Ambos repitieron la amenaza de venir a Londres, si me detengo en esta ciudad más de un mes. Este es mucho favor, pues ya ves que han duplicado sus quince días.

Fenwick habiendo hallado la ocasión de hablarme a solas algunos minutos, me suplicó que le amase; pero Greville me pidió con instancias le declarara que le aborrezco.

—Esta declaración —me dijo— es cuanto ahora deseo. Es cosa muy

extraña —añadió— que no pueda lograr de vos ni vuestro amor ni vuestro aborrecimiento.

Es un hombre raro. Yo me burlé de sus quejas con mi acostumbrada franqueza, y le respondí que si yo era capaz de aborrecer a alguien, él sería el hombre del mundo que menos escrupulizaría contentar sobre este punto; por lo cual me dio las más expresivas gracias.

Los dos tenían ánimo al parecer de acompañarnos más lejos; pero quizá les hubiera dado entonces gana de venir hasta Londres, y así por grados llegarían a estarnos importunando todo el tiempo que he de permanecer aquí.

Al entrar en nuestro coche les insté muy de veras a que nos dejasen.

—Fenwick... amigo mío... —dijo Greville—, es preciso retroceder. La señorita Harriet se pone seria, y la seriedad en su semblante es un lenguaje bien claro para nosotros.

Ambos se despidieron muy respetuosamente, y yo les di gracias sin embargo por la atención que habían tenido de salirnos al encuentro, y principalmente por el favor que nos hacían en dejarnos.

—¡Principalmente! —repitió Greville— ¡Ah, señora! ¡Qué os hubiera costado excusar ese rigor! Ven, Fenwick —dijo a este—: retirémonos y juntemos nuestras cabezas redondas para vivir todavía algún tanto por el placer que ahora hemos tenido, y después tomaremos la resolución de ahorcarnos.

Fue necesario, como sabes, que pasase nuestro coche por delante de la puerta del parque de Orme, quien estaba en la misma orilla del camino real, y yo no le vi hasta que estuve muy cerca. Nos hizo una reverencia hasta el suelo con un semblante triste que me causó compasión. ¡Pobre Orme! Hubiera querido decirle una palabra al paso; pero ¡iban tan corriendo los caballos! ¿Por qué marcharían tan aprisa? Sin embargo, yo manoteé y saqué la cabeza del coche cuanto pude para saludarle.

—¡Oh, Harriet! —exclamó entonces mi prima—: Orme es, no lo dudo: él es el dichoso.

Yo respondí que a ser cierta su conjetura no me hubiera mostrado tan deseosa de hablarle como había visto. Mas me parece que hubiera tenido mucho gusto en decir *adiós, señor Orme,* porque a la verdad es muy buen hombre. Mi corazón estaba todavía enternecido por mi despedida de mi amada familia, y tú sabes, querida mía, que en este estado aun la más leve cosa hace fácilmente grande impresión.

La casa de mis primos es proporcionada a sus riquezas, es decir, muy bella y amueblada del mejor gusto. Mi prima que sabe mi pasión a la pluma y que se esperan muchas cartas mías, me ha provisto de recado de escribir, permitiéndome con mucho gusto tomar posesión inmediatamente de mi cuarto para obedecer a mis parientes que me mandaron, como sabes, les informar de mi salud al instante que

llegase, dirigiéndote a ti por lo regular mis cartas; pero en tan corto espacio, ¿qué puedo tener que decirte? Mi aposento es hermoso en extremo, y un gabinetico de libros muy selectos es para mí su mejor adorno, a excepción no obstante del recado de escribir al cual nada prefiero, pues ha de servirme para proporcionar algún entretenimiento en la quinta de Selby con mis bachillerías que suelen tolerarse en ella con tanta indulgencia.

Os pido vuestra bendición, mi amada y venerada abuela; os pido también la vuestra, mi amada tía, y la vuestra mi estimado y respetable tío, que por mi ausencia carecéis tal vez de la diversión que teníais algunas veces de atormentar con vuestras zumbas a vuestra Harriet; bien que aun por la distancia no me creo libre de semejante cantaleta.

Tú, mi querida Lucy, prosigue amándome tanto como yo procuraré merecer tu afecto, y no dejes de comunicarme el estado de nuestra amada Nancy. Mi corazón está compadecido de ella, y me hubiera creído absolutamente inexcusable, si hubiese venido por tres meses a la corte sin repetirle con mi propia boca que la amaré eternamente y que tomo el mayor interés en su salud. ¡Qué nuevo mérito contrae con su paciencia! ¡Cuán amable me la hacen sus penas! ¡Dios mío! Si alguna vez me veo afligida, dadme su loable y virtuosa resignación a las más dolorosas pruebas que de mí hagáis. Soy, mi querida prima, etc.

—Harriet Byron.

Carta V
Harriet Byron a Lucy Selby

25 de enero.

Me he alegrado mucho, querida mía, con la esperanza que te dan tus nuevos médicos del restablecimiento de nuestra estimada Nancy. ¡Dios quiera oír pronto nuestras súplicas!

Al partir se me encargaron tres cosas: la primera es el escribir muchas, muchísimas veces, con esta repetición. Este mandato no era necesario. Yo te tengo siempre en mi corazón, y las buenas noticias que me das de cuanto amo en el mundo, le han causado la mayor satisfacción. La segunda es que te haga mención de las personas que trate en este gran pueblo haciéndote una pintura de sus caracteres; y la tercera, que te cuente desde su principio todos los obsequios, todas las lisonjas y hasta los testimonios mudos de aprecio (estos fueron los términos de tía) que se refieran a esta joven que honras con tan tierna amistad.

¿Te acuerdas de lo que dijo tío acerca del último de estos tres

puntos? Quiero repetirlo aquí para que ve no me olvido de sus buenos consejos.

—La vanidad del sexo —dijo a presencia de todos— no permitirá que se le escape nada de esta materia a nuestra Harriet. Las mujeres —continuó— se presentan tan frecuentemente al público en todos los parajes de la corte que mucho más se procura en ellos ver nuevos semblantes, que alegrarse con la vista de aquellas beldades cuya admiración ha disminuido el hábito de verlas. Harriet manifiesta en sus mejillas con la flor de la juventud una honrada sencillez, la cual puede llamar la atención que suele ponerse en una novicia. Mas ¿por qué se le ha de llenar la cabeza de ideas de conquistas y galanteos? Las mujeres —añadió tío— se ven en las concurrencias públicas en orden y en hileras como en un mercado. De que tres o cuatro atolondrados de nuestro país la pretendan al parecer como mercaderes que hacen pujas en una venta, queréis inferir que en Londres no pondrá el pie en la calle sin aumentarse el número de sus cortejantes.

Tío, pues, desconfiaba de mí y no me consideraba capaz de sostener el vuelo que me hacía tomar la indulgencia o el favor de los demás parientes. Es cierto, mi querida Lucy, que nuestro sexo se inclina demasiado a congratularse de la admiración aparente del otro; pero yo he procurado siempre superar este necio orgullo con las reflexiones siguientes. La adulación es el vicio común de los hombres, quienes sólo procuran exaltarnos para hacernos caer en el abatimiento y elevarse ellos mismos sobre las ruinas de la vanidad que ven en nosotras y tienen el arte de inspirarnos. Así como la humildad brilla más en las personas de alta clase, así también es a las mujeres más expuestas a la adulación a quienes hace más honor. La que se hincha con las alabanzas que dan los hombres a los méritos personales que la suponen, corresponde a las miras de ellos y parece confesar que debe sus principal gloria a su admiración, con lo cual se humilla ella tanto como les ensalza. ¿No ha dado Dios a las mujeres un alma capaz de las mayores perfecciones? Pues ¿por qué han de poner mayor cuidado en cultivar las del cuerpo? La flor de la juventud dura pocos años: ¿por qué pues no hemos de aspirar a unos bienes cuya posesión haría más estimable nuestra vejez? Así seríamos tan prudentes y dignas de veneración como abuelita. Debemos, querida mía, tomarla por modelo. ¿Qué mujer es tan respetada y tan querida de los jóvenes y de los ancianos como nuestra abuelita Harriet Shirley?

Para dar principio al desempeño de la segunda de mis obligaciones es menester hacerte una pintura de algunas personas jóvenes de uno y otro sexo que han venido a cumplimentar a mi prima con el motivo de su llegada. La señorita Allestree, hija del caballero de este apellido, vino la primera. A mí me pareció muy linda, de un aire despejado y de un carácter franco, por lo que creo se granjeará mi afecto. La señorita

Bramber fue la segunda. No es tan hermosa como la señorita Allestree, pero no le falta gracia ni en su aire ni en sus modales. Alguna precipitación en el hablar es el único defecto que le he notado. Aun cuando estaba callando parecía que procuraba decir alguna cosa, sin embargo de haber ya agotado dos o tres asuntos. La vitupero tanto más esta volubilidad de lengua que mis primos no la notan, como sucedería si no estuviesen acostumbrados a ella. No obstante, pudo suceder que el contento de volver a ver sus amigos la hiciese dar tanto a la lengua. Si acierto en esto, perdóname, querida Bramber.

La señorita Sally, su hermana menor, es muy amable y muy modesta, aunque está algo oprimida, según parece, por la viveza de su hermana mayor entre cuyas edades hay la diferencia de seis a siete años; de suerte que la señorita Bramber parece mira a su hermana como si se acordase de lo que esta era ha dos o tres años, pues la señorita Sally no pasa de diez y siete. Lo que me confirma en este pensamiento es que la más joven era mucho menos reservada, cuando su hermana se retiraba por un momento, y que a su vuelta volvía a cerrar su boquita, la cual es verdaderamente muy linda; prescindiendo de que la otra nunca le llamaba sino *hija mía*, con un aire que indicaba su derecho de mayoría, y de que la menor decía modestamente *mi hermana* con un tono que no distaba del respeto.

Acompañaban a las dos hermanas dos sujetos muy jóvenes, de los cuales uno se llama el señor Barnet, que es sobrino de milady Allestree, y el otro el señor Somner, que está recién casado. Observé en este unos modales muy afectados y todo el aire de un hombre muy envanecido con sus perfecciones. Después de su ida dije a mi prima que me había parecido muy enamorado de sí mismo, y convino en ello. Sin embargo, este exceso de amor propio no tiene absolutamente en qué fundarse, pues es un hombre bastante ordinario, aunque cuida sobremanera de su compostura. Parece que su mujer era una viuda muy rica, y antes que ella le envaneciese con enamorarse de él, tenía suficiente modestia para no vanagloriarse del mérito que le faltaba, por cuya causa es disimulable el cariño que le tuvo su mujer; pero después de su matrimonio se ha vuelto hablador y atrevido, y ha tomado un tono magistral. Tiene hecho mal concepto de todo nuestro sexo, y lo que es peor, no lo ha formado mejor de su mujer por la preferencia que le ha dado.

Somner se singularizó mucho conmigo en sus atenciones; pero dando a entender que debía tenerme por muy honrada con la aprobación de tan buen juez.

Barnet es un joven que si no me engaño, siempre será joven. Al principio le tuve por un fatuo. Comenzó a hablar afectadamente por algunas sentencias muy juiciosas aunque de las más comunes. Una feliz memoria que nos hace capaces de honrarnos con el talento de

otro, es cierta especie de mérito. Mas luego que quiso caminar por sí solo, se extravió muchas veces, como no lo hace ningún hombre sensato. Sin embargo, se le puede colocar en el número de nuestros pisaverdes y petimetres, pues se pone muy bien, y si tiene buen gusto en algo, es en el vestir; pero no lo ignora, pues celebró muchas cosas de las que llevaba puestas, y siempre que vio la ocasión de hablar de esto, se aprovechó de ella. Lo que acabó de confirmarme en el mal juicio que he hecho de este joven, fue que siempre que la conversación tomaba un tono serio, se levantaba de su silla cantando bajito un aria italiana aunque entiende muy poco de esta materia, y recreándose al parecer con el sonido de su propia voz. Este hombre raro trajo a la memoria algunos brillantes elogios que me hizo el honor de aplicarme, esperando al parecer que por ellos formaría yo de mí misma mejor concepto. No es extraño que los hombres lo hagan tan malo de las mujeres, si nos creen capaces de oír con gusto tantas simplezas con el nombre de cumplimientos.

Esta tarde nos ha visitado la señorita Stevens, hija del coronel de este apellido, que tiene parte del mérito de su padre reputado por un hombre de primer orden. No he visto fisonomía más agradable que la suya con menos afectación. Mi prima dice que ha leído mucho, pero no hizo alarde de ello. Vino acompañada de la señorita Darlington, que es parienta suya y tiene numen poético. A instancia de mi prima nos leyó dos o tres de sus producciones, y como no consintió en esto hasta después de algunas resistencias, no sé si me es lícito censurarlas. La una era sobre la separación de dos amantes, tan tierna y lastimosa que parece no ignora la bella poetisa los pesares que se pueden padecer inocentemente en semejante ocasión. La segunda, que era una descripción de la aurora y de la salida del sol, prueba al menos que ella gusta de madrugar. Yo le pedí una copia para fortificarme en el mismo hábito, pero me la rehusó con mucha modestia. La última era sobre la muerte de un querido pardillo. En mi dictamen estaba demasiado patética para el asunto, porque si la señorita Darlington tuviera la desgracia de perder su amante, paréceme que se vería precisada a tomar algunos pensamientos de esta pieza que es bastante difusa, y en la que se halla apurado el argumento. Conceptúo difícil en los jóvenes que han nacido con algún talento el contener su imaginación. La fecundidad de sus ideas les hace muchas veces salirse de su asunto, y por querer decirlo todo, no dicen lo que conviene; mas sin embargo la pieza me pareció muy linda.

Jueves 26, por la mañana.

Anoche cenó con nosotros milady Betty Williams, que es una señora muy afable, viuda de un hombre de estimación y parienta cercana de Reeves. Al parecer, se acerca a los cuarenta años. Me ha tomado

mucho cariño, y para dar principio a nuestra amistad quiere tener parte en todas mis diversiones. Dijo que los que tienen buen conocimiento de las ciudades grandes, se divierten con acompañar en ellas a los extranjeros. Las nuevas observaciones y las comparaciones que oyen, la admiración de que son testigos, el aprecio que ven hacer de lo que es digno de admirar o estimar, les sirven de un entretenimiento muy agradable, y las observaciones de una joven como yo no le prometían menos utilidad que placer. Yo le di gracias por su cumplimiento sólo con una reverencia, pues jamás opongo nada a semejantes atenciones. Con la oposición se da a entender que se creen sinceras o merecidas, y se busca el placer de oírlas repetir; y diga lo que quisiere Greville, no siempre viene a nuestro socorro aquella graciosa confusión, aquel rubor momentáneo que asegura tienen las mujeres como en la mano, cuando afectan no merecer las alabanzas que se les dan.

Milady Betty tuvo la bondad de contentarse con esto, aunque los músculos de su agraciado rostro parecían dispuestos a hacer su oficio, por poco que yo les excitase a ello con negar el mérito que me atribuía. ¿Qué dices de esto, querida mía? ¿No soy una muchacha impertinente? Mas por esta causa no formo peor juicio de milady Williams. Se me ha de llevar a la máscara, a un ridotto, y a su tiempo a Vauxhall y a Renelagh. Los bailes, los conciertos, las partidas de juego y demás pasatiempos irán alternando; y para que pueda disfrutar esta última diversión, se me quieren enseñar todos los juegos de moda. ¿Hubiera creído abuelita veinte o treinta años ha, que viviría lo bastante para oír decir que además de los maestros de música y baile exige la moda un maestro de juego para completar la educación de las mujeres? Milady Betty se ofrece a ser mi directora en todos estos entretenimientos.

¿No repetirás ahora, querida Lucy, la súplica que has hecho a Dios de verme volver con un corazón sano? ¿Y no temes sobremanera que llegue a ser una señorita a la moda? Por lo que hace a este último recelo, yo responderé cuando comiences a tener sospechas contra mí. Si te parece que prefiero el más brillante de todos estos placeres y aun la misma ópera a pesar de la pasión que tengo por la música, a una buena pieza de nuestro favorito Shakespeare, entonces, Lucy mía, aflíjase tu corazón por tu Harriet: teme que se haya dejado llevar del espíritu de ligereza, que se enamore por los ojos y los oídos, que su corazón esté corrompido por el gusto moderno, que tenga asimismo una pasión perniciosa al juego, y que para mantener sus extravagancias piense en hacer infeliz a un hombre honrado casándose con él.

Te diré una palabra sobre mis negocios domésticos. James, el único lacayo que traje, se ha cansado ya de la corte, y quiere volver a la

quinta de Selby. No gusto de ver junto a mí un hombre descontento, y así le he prometido enviarle; pero como por otra parte es un muchacho muy prudente, espero que no le despedirá tía en esta ocasión. Se me han presentado ya muchos lacayos; mas por seguir el principio de que un amo es responsable de la conducta de sus criados, no me tiene poco perpleja la elección. No pienso como aquel gran Ministro que prefiriendo algunas veces a criados que no lo merecían, daba por razón de este exceso de bondad que quería ser amigo de aquellos con quienes nadie gustaba de tener amistad. Esto es ser demasiado indulgente y no considerar que el malo protegido se lleva la recompensa debida al hombre de bien. Mis primos me hacen tanto favor, y sus criados están conmigo tan serviciales que poco arriesgo en tomarme algunos días para hacer una buena elección.

Es tiempo de concluir tan larga carta. Daría a entender algún recelo de que todos mis estimados parientes, amigos y bienhechores no estaban bastante persuadidos de mi respeto y tierno amor, si en todos mis papeles asegurase tener los mismos sentimientos. Supón pues, mi querida Lucy, que esta seguridad se comprende siempre en la del grande afecto con que soy y quiero ser en todas ocasiones tu, etc.

—Harriet Byron.

Carta VI
Harriet Byron a Lucy Selby

Martes, 31 de enero.

Tú no esperarías, amada prima, que se presentase tan pronto la ocasión de obedecer la tercera orden tuya y de nuestra querida familia, así como yo estaba también muy distante de esperarla. Sin embargo, un joven muy rico y distinguido ha principiado ya a mirarme con afición. Para no impacientarte con un preámbulo inútil, su nombre es Fowler. Heredó de sus padres un caudal muy considerable, y espera asimismo otro muy grande de un tío anciano del país de Gales que se llama el caballero Rowland Meredith, y se halla en la corte encargado de una comisión de su provincia.

Parece que el señor Rowland ha mandado a su sobrino bajo la pena de caer de su gracia que no se case sin su aprobación, la cual no dará nunca, como dice, si la señorita no es de muy buena familia, y si no tiene una excelente educación ni un caudal razonable. Quiere que tenga una reputación sin mancha y la teoría de las obligaciones domésticas con el despejo necesario para que una mujer no se avergüence de ponerla en práctica cuando convenga. Sin embargo, como su sobrino ha de ser rico, asegura que el caudal es lo que menos busca en su sobrina, y que se contentaría con que tuviese ocho o diez

mil libras para que no pareciese hecho el matrimonio sólo por amor, y como si su sobrino hubiese consultado más sus ojos que su juicio. Cuando una doncella, dice, lleva esta cantidad en dote, es prueba de que sus padres están bien acomodados, y de que no le hace demasiado favor el hombre que se casa con ella.

Ya te harás cargo de que no es prudencia lo que falta al anciano caballero. Pero se me olvidaba una de las principales condiciones, y es que su futura sobrina ha de ser hermosa. Dícese que se vanagloria de querer los bellos caballos y bellos perros, y que hace unas graciosas comparaciones entre los animales más o menos nobles. Él mismo, como inferirás de sus rarezas, es un viejo soltero que no habiéndose casado jamás, se figura que ha de hacerse de intento una mujer para su sobrino, e insiste antes de conocerla en que tenga unas prendas de las que quizá no acompañará ni una sola a su sobrina.

Fowler me ha visto la primera vez en casa de mi prima. No puedo decir que tiene cosa desagradable en su persona; pero me parece que le falta el alma que desearía en un hombre a quien debo prometer amor y fidelidad. No quiero tomar estado de matrimonio sino para ser muy buena y honrada casada. ¿No he de jurar yo obediencia a mi marido? ¿Y he de exponerme a violar mi juramento? No hay pues razón ninguna que me estimule a aceptar un hombre cuyo limitado juicio pueda hacerme titubear en el cumplimiento de mi deber, y que no siguiendo acaso más que los caprichos de su corto talento, me daría órdenes a cuya obediencia se resistiría mi razón. Es cosa lisonjera y honrosa para una mujer someter su juicio aun en las cosas indiferentes al de un hombre que tiene más luces y discreción que ella; pero si estas prendas faltan a su marido, llega por lo menos a dudar cuál de los dos tiene razón, y esta duda es el primer paso hacia la disminución del respeto que impele después a la desobediencia.

Yo advertí inmediatamente que Fowler me miraba con distinción. Una mujer, diría ahora tío, siempre se halla dispuesta a hacer semejantes observaciones; pero en la mesa como estábamos, todos lo notaron. Volvió al día siguiente y sin informarse de mis conveniencias se abrió con mi prima implorando su protección. A la verdad, Fowler no olvidó las suyas, lo cual no le vitupero, puesto que nadie se las disputa; pero ¿dónde está el hombre rico que no principie en estas ocasiones por ostentar sus riquezas, mientras que el que no lo es, aleja cuanto puede esta triste idea y sólo hace alarde de su amor?

Mi primo, que tiene formado grande concepto de Fowler, le respondió que según creía, estaba libre mi corazón, y que yo no tenía más dependencia que la del respeto a unos parientes con quienes me unía más estrechamente este lazo que el del interés. Celebró mis prendas, es decir, mi buen genio y mi franqueza natural, y esta a costa de mi sexo, de lo cual no le di muchas gracias, cuando me hizo esta

relación. En una palabra, le informó de cuanto creyó necesario y aun de muchas cosas que no lo eran, tales como la bondad y la confianza que tienen mis parientes para fiar de mí misma mi elección, mezclando a este pormenor una infinidad de elogios que sólo pueden excusar el conocido afecto a su prima y su bellísimo corazón. Esta condescendencia de mi familia en dejar enteramente a mi arbitrio todo lo respectivo a un negocio de esta naturaleza parece que inquietó a Fowler.

—No pudiendo menos de ser —dijo— muy frecuentes las ocasiones y las ofertas, temo no sirva esto de obstáculo a mis esperanzas.

—Si concebís algunas —le replicó Reeves—, debéis fundarlas en la bondad de vuestro carácter mucho más bien que en lo brillante de vuestras riquezas.

Me hizo el favor de añadir que sin ser yo capaz de vanagloriarme del crecido número de mis amantes, era natural que tantas proposiciones me hubiesen hecho descontentadiza, y que la generosa confianza de mi familia parecía haber contribuido a esta disposición.

—En fin, cuando le dije —continuó Reeves— que tu caudal excedía mucho a lo que su tío deseaba en una mujer para él, y que así naturalmente como por educación tenías un trato franco, exclamó: *eso es demasiado, eso es demasiado en una sola persona.* Tocante a conveniencias, desearía que no tuvieses ni un chelín para ofrecerte las suyas, y sólo tu consentimiento le haría el más feliz de todos los hombres.

Yo me quejé a Reeves por la grande preocupación que se advertía en la pintura que hizo de mí.

—Seguramente —le dije—, no has prometido tus buenos oficios a Fowler, porque aun suponiendo que yo merezca parte de tus elogios, ¿no debías por su propio interés informarte de mis disposiciones antes de representarme con un aspecto capaz de inflamar las suyas? Si viviéramos en un siglo en que los hombres estuvieran menos aguerridos contra el amor, le hubieras expuesto a grandes sentimientos; y a mí, que no tengo la menor inclinación a corresponderle, me hubieras puesto en el caso de compadecerme de él no pudiendo darle otra recompensa.

Reeves me respondió que lo que había dicho a Fowler lo diría a todo el mundo, y que por lo demás no tendría él mucha lástima de un amante de quien yo comenzara a tener compasión, porque ella prepara el corazón para el amor, según había experimentado él mismo con su mujer, de la cual había estado locamente enamorado. Últimamente me dijo que no podía ocultarme que Fowler era su amigo.

Así, querida mía, este Fowler me parece estar bastante persuadido a que ha encontrado la mujer que le conviene; pero yo dudo que tu

Harriet haya hallado el hombre que juzga a propósito para marido.

Carta VII
Harriet Byron a Lucy Selby

Jueves, 2 de febrero.

El mismo señor Rowland vino ayer mañana a hacer a Reeves su primera visita; pero antes de explicarse sobre los motivos que le traían, pidió permiso de verme. Yo aún no le conocía. Estábamos en el desayuno, y las señoritas Allestree, Bramber y Dolyns, que es una joven de mérito, se hallaban con nosotros. Reeves introdujo al anciano caballero de Gales con las ceremonias acostumbradas, mas sin darle a entender cuál de nosotras era Harriet Byron, y así no habló ni una palabra al sentarse; pero habiéndonos mirado alternativamente y clavando los ojos en la señorita Allestree, le dio a Reeves con el codo. Reeves callaba, y el señor Rowland que es corto de vista, arrugando la frente continuó poniéndola en las señoritas Bramber y Dolyns, y luego que la puso en mí, dijo al oído algunas palabras a Reeves.

Se le sirvió el té, que tomó con aire de impaciencia e incertidumbre, y al fin asiendo a Reeves de uno de los botones de la casaca, le dijo que tenía que hablarle cuatro palabras, y se salieron juntos.

—No, no me engaño —comenzó a decir con viveza el caballero sin soltar el botón que tenía asido—; escuchad, señor Reeves: yo amo a mi sobrino como a mí mismo y no puedo vivir sin él; mi sobrino ha sido siempre respetuoso con su tío; si es la señorita Harriet la que está sentada a la derecha de la señora Reeves con un continente angélico, con unos ojos brillantes, de buen genio y con un rostro tan florido como la primavera, el negocio está hecho: doy mi consentimiento. Aunque no le he oído todavía una palabra, tengo por seguro que será singular su ingenio. Mi sobrino no se casará con otra. Las tres jóvenes que están con ella, parecen muy graciosas; pero si mi sobrino se ha inclinado a esta de quien hablo, no se casará con otra. ¡Cuánto va a lucir entre nuestras damas de Caermarthen! Y cuidado que el país de Caermarthen las tiene asombrosas. Decidme, señor Reeves, ¿me he engañado sobre la *llama* de mi sobrino? La *llama:* ¿no es así como se le dice a esto en Londres?

Reeves le respondió que no se engañaba y que había acertado quién era Harriet Byron. Después, con el particular afecto que me profesa, se dejó llevar de lo que le dictaba su corazón para empezar a elogiarme.

—Gracias a Dios, gracias a Dios —exclamó el anciano caballero—: entremos, volvamos, que quiero decir alguna cosa que la excite a hablar: que no tenga cuidado, pues nada diré que pueda causarle

embarazo. Si su voz corresponde a todo lo demás, nada habrá que desear en ella. El sonido de la voz (¿me entendéis, señor Reeves?) me hace formar juicio del corazón, del alma y del carácter de este sexo. Esta es una observación que no debo a nadie más que a mí mismo. Entremos, entremos, os lo suplico.

Ambos se habían retirado tan poco de la puerta que pudimos oír con bastante claridad este preámbulo, y después de algunas excusas que el señor Rowland nos dio por haberse llevado a Reeves aparte, se volvieron los dos a sentar. Ahora, querida mía, no pienses que he de poder acordarme de una de las conversaciones más singulares que ha habido jamás. Las preguntas del anciano caballero, las agudezas de su amigo, la festiva burla que se hizo de su provincia, las expresiones de su ternura respecto de su sobrino y de su admiración respecto de mí, nos ofrecieron una escena a la que nada puedo comparar.

Quiso saber si estaba enamorada y le respondí francamente que no. Creyó que no pasaría de diez y seis años, y me fue muy difícil persuadirle a que me acercaba a los veinte. Entonces se vituperó a sí mismo, por no haber advertido que con tantas buenas prendas no podía tener menos edad; pero luego que con motivo de su sobrino dije que no tenía ánimo de casarme hasta los veinte y cuatro, no hubo argumentos que no hiciese para probarme que tenía razón y que no la tenía. Entre sus pruebas no se olvidó del caudal de su sobrino, y así supimos por cálculos muy exactos que Fowler goza actualmente de dos mil libras de renta, y que su tío piensa darle otro tanto al tiempo del matrimonio, asegurándole además por contrato el resto de su sucesión. El señor Rowland, querida mía, se ha enamorado de mí tanto como su sobrino, y en su concepto soy más amable que todas las mujeres juntas. Sin embargo, como se hace a sí mismo justicia en orden a su edad, y ama a su sobrino más que a sí propio, contendrá su pasión por mí y se contentará con la dicha de ser mi tío.

Habiéndose acabado el desayuno y propuesto mi prima que nos pasásemos a su cuarto, le dejamos con Reeves a quien abrió enteramente su corazón, instándole con las mayores veras a que se interesase por su sobrino. Después quiso obtener de mí lo que llama una audiencia particular; pero habiéndose despedido de nosotras nuestras tres amiguitas, pasó mi prima a su tocador y yo me valí del mismo pretexto para excusarme. Pidió que se le concediese a lo menos el permiso de volver al día siguiente, y habiéndole hecho presente mi primo que teníamos varias ocupaciones hasta el lunes, se contentó el buen caballero con la esperanza de volverme a ver este día por la mañana, y reiteró todas sus instancias a Reeves.

Por tanto, querida mía, ya tienes una larga relación de todo lo respectivo a mi nuevo amante, puesto que los hombres toman este título hasta que llegan a ser nuestros dueños. Hoy viernes nos ha

convidado a comer milady Williams, y si el día ofrece alguna cosa divertida para mi primera carta, nada omitiré que pueda complacerte.

—Harriet Byron.

Carta VIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Viernes por la noche.

No nos han faltado entretenimientos, querida mía, y aun te aseguro que he tenido más de los que deseaba. Así, puedes contar con una dilatada carta.

Milady Betty nos recibió con la mayor urbanidad y me presentó con lisonjeros elogios a los convidados que ya tenía. Te daré noticia de la impresión que hicieron en mí, y de lo que observé en el curso de la función. La señorita Cantillon es la primera que se ofrece a mi pluma. Me pareció muy bella, pero afectada, presumida y altiva. La segunda es la señorita Clements, en quien he notado con una fisonomía común un excelente juicio enriquecido por la mucha lectura; y aunque su persona no tiene ningún atractivo, advertí que en concepto de todos la cultura de sus talentos la hacía preferible a la señorita Cantillon. Otra que se llama la señorita Barnevelt unía, según me pareció, a las facciones de hombre un alma muy conforme a ellas; pues tiene un modo de mirar desapacible, un aire descarado y atrevido, un tono altanero mayormente cuando se la contradice, y en todas ocasiones afecta tal desprecio de su sexo que es de admirar se digne de ponerse una cofia.

Los hombres eran el señor Walden y el señor Simple. El primero, que acaba de venir de Oxford, es muy rico y de un ilustre nacimiento; pero también es descontentadizo y terco en sus opiniones, y desprecia a cuantos no han sido educados en una universidad. El señor Simple es un hombre muy dulce, cuyo carácter junto tal vez con su nombre le expone a la burla de sus conocidos, aunque injustamente a mi entender, porque no sólo es incapaz de ofender a nadie, sino que por su genio siempre alegre merece se le trate con mayor indulgencia; prescindiendo de que posee una prenda que falta las más veces a los que se tienen por de superior talento, a saber, la de conocerse a sí mismo; pues es humilde y modesto, y siempre está pronto para confesar la superioridad de los demás. El señor Simple es dueño de una hacienda muy considerable que recompensa bastante sus defectos. Dícese que sabe manejarla muy bien y que nadie entiende mejor que él sus intereses, cuyo talento le pone en estado de poder servir a los que se valen de las ventajas que se atribuyen sobre él para ridiculizarle en su ausencia. Se asegura que no se hace de rogar para

dispensar un favor; pero que siempre cuida tanto de su seguridad que sobre este punto nunca ha dado motivo para que se rían a su costa.

Se cree que los parientes de la bella Cantillon no tendrían reparo en casarla con el señor Simple; y yo si fuera su hermana, querría que tuviese bastante prudencia para elegir a la discreta Clements, quien con su buen talento indemnizaría a un marido del caudal que le falta. Tocante a la señorita Barnevelt parece que nadie piensa en buscarle marido, y los que se mofan de ella la tienen menos por una doncella que por un joven taimado que acaso pensará algún día casarse con alguna mujer. Una de las razones que da ella misma para consolarse de serlo, es que no se puede casar con ninguna persona de su sexo. ¡Extraña criatura! Pero mira, querida mía, lo que ganan las mujeres con olvidarse de su carácter. Tales como los murciélagos de la fábula están reputadas por seres o vivientes de una especie ambigua que ninguno de los dos sexos reconoce por suyo y es el escarnio de ambos.

Estas eran todas las personas que milady Williams esperaba además de nosotras; pero apenas se acabaron los primeros cumplimientos, cuando se le suplicó que saliese por un instante, y volvió acompañada de un hombre de muy buena traza que nos presentó diciendo que era el caballero Hargrave Pollexfen. Mientras que él saludaba a todos con mucha gracia, me dijo ella al oído que era un baronet de los más ricos de Inglaterra por la herencia que poco antes había logrado de una abuela y dos tíos que lo eran en extremo. Luego que se le dijo que yo era Harriet Byron, me rindió sus respetos y me cumplimentó muy cortésmente por buena reputación, felicitándome al mismo tiempo de verme. Había oído, según dijo, hablar mucho de mi mérito, pero nunca creyó que las alabanzas fuesen tan inferiores a él. La señorita Cantillon se remilgó, se hizo aire con su abanico, y me pareció picada de no haber recibido la primera de sus atenciones, creyendo yo advertir algún desprecio en sus ademanes. La señorita Clements se sonrió con cierto aire de satisfacción, como si la bondad de su genio la hubiese hecho tener parte en el elogio de una persona del sexo que honra con las prendas de su corazón. La señorita Barnevelt protestó que a primera vista me había mirado con ojos de amante, y tomándome francamente una mano que estrechó con las suyas, me dijo que era un mujer pasmosa en el tono que tendría con una inocentilla lugareña, y pensando tal vez que me pondría encarnada por el embarazo y la confusión. El baronet, excusándose con milady Williams, le aseguró que no había tenido el atrevimiento de entrar sin convite en su casa sino por satisfacer sus vivos deseos de ver y admirar a la señorita Byron; a lo cual se le respondió que todos los circunstantes me eran deudores de su reconocimiento por doble motivo.

El estudiante de Oxford dejó entrever que se había creído deslucido

por Hargrave, y para recobrar la superioridad nos citó algunos pasajes de sus autores latinos, cuya belleza procuró hacernos conocer recurriendo a las reglas gramaticales. Después, habiéndose levantado de puntillas como para mirar al baronet de alto abajo, se llevó una mano a un lado, y repentinamente pasó por delante de él echando una ojeada de desprecio a su rica compostura.

Simple se sonrió, como si todo lo que pasaba en su presencia le divirtiese mucho. Una vez a la verdad quiso probar a hablar, y abrió su boca para dar paso a sus palabras, lo que al parecer le sucede algunas veces antes que ellas se hallen enteramente prevenidas; pero contento con su esfuerzo se sentó.

En realidad, los que no se hacen despreciables con sus afectaciones merecen ser tolerados. Pobres y ricos, discretos y necios, todos somos eslabones de una misma cadena. Es menester que me digas, querida mía, si en mis descripciones no merezco yo misma que se me vitupere lo mismo que vitupero a los que desprecian a otros por defectos que no se pueden remediar.

La descripción que voy a comenzar podrá parecerte interesante, si te advierto que se trata de un nuevo pretendiente. ¿Y de cuál de los tres hombres que he nombrado? Tú dirás que del baronet, no lo dudo. Sí, querida mía, de él es; pero mira que formaré un bosquejo así con lo que después he sabido de esta amante como con mis propias observaciones.

El caballero Hargrave Pollexfen es un hombre bien hecho, bastante alto, de una figura agradable y de veintiocho o treinta años. Su tez es demasiado blanca para hombre y tira un poco a pálida. Los ojos son bastante descarados, grandes, rasgados y muy semejantes a los que se llaman vulgarmente ojos de buey, y con sus miradas y gestos parece afectar un aire de disoluto que acaso cree recomendable para las mujeres. La señorita Cantillon, oyendo que milady Williams le alababa mientras que estaba vuelto de espaldas, dijo que sus ojos eran los más hermosos que jamás había visto en hombre: unos ojos muy expresivos.

Hargrave se explica con facilidad; pero su verbosidad parece provenir más bien de no dudar de nada que de un grande caudal de buenas ideas. Sin embargo, está reputado por hombre de ingenio, y si pudiera sujetarse a pensar un poco más y hablar menos, sería tal vez más acreedor a la estimación de que se cree demasiado seguro al parecer. Como cuando habla, no duda ni se detiene nunca, y excita a reír riéndose él primero de lo que va a decir o ha dicho, se ha granjeado la reputación de hombre sumamente festivo entre los que sólo gustan de alegrarse y no de reflexionar.

Parece que Hargrave ha viajado, pero debe de haber traído consigo mucha afectación y un crecido número de defectos, si ha dejado parte de otros en sus viajes. Sobre todo se inclina a pensar mal de una

mujer, cuando ha conseguido que le dé algunas pruebas de que la divierten sus chanzas. Bien pronto sabrás cómo se me ha informado de esto y de algunas otras cosas no más apreciables.

Estando declarado el gusto de la nación por el lujo en el vestir, no es extraño que un hombre como Hargrave procure distinguirse en él. ¿Qué exceso puede haber respecto de la persona, cuando se prefiere a las prendas del alma? No obstante, sus cuidados por parecer bien surtirían mejor efecto en mi dictamen, si se advirtiesen menos. Es extremada su inquietud por tener todas sus cosas bien puestas. No se le olvida hacer sus visitas a cada espejo, aunque lo hace con cierta especie de circunspección, como si quisiera disimular una vanidad demasiado manifiesta para que nadie deje de conocerla. Si ve que le miran, se retira medio al descuido; pero un poco descontento sin embargo aparentando que ha visto en su persona alguna cosa que le desagrada. Esta queja con dificultad deja de valerle un elogio, y por la afectación con que niega merecerlo, hace creer que le ha sido muy grato. *¡Oh, señor! ¡Oh, señora! Vos me hacéis mucho favor.*

Tal es el caballero Pollexfen.

Él se sentó junto a la lugareña, y empleando sus galanterías se dilató en tan bellos razonamientos que no me dejó un instante para hacerle conocer que no son absolutamente tontas las gentes de mi país. Sostuvo que mi hermosura era perfecta y me supuso de muy corta edad, elogios ambos por cierto muy fastidiosos, mientras que daba a entender con sus gestos que yo estaba admirada de él.

Yo le miré muchas veces con bastante atención, y habiendo sido una de ellas cuando él me miraba, me atrevo a decir que en este momento se compadeció del pobre corazón en que creía haber causado grande inquietud. Sin embargo, yo consideraba entonces, si en la necesidad de elegir entre el señor Simple y él en castigo de algún grande yerro que hubiese cometido, no me resolvería antes en favor del primero.

Habiendo venido el mayordomo a decirnos que ya estaba preparada la comida, me libertó de otras infinitas importunidades, y el caballero tuvo que sentarse en la mesa a bastante distancia de mí.

Durante la comida le hicieron lucir mucho el aspecto ceñudo y la conducta de Walden que hablaba pocas veces, contentándose al parecer con despreciar cuanto salía de la boca del caballero. Esto lo manifestaba de cuando en cuando con tan grande variedad de gestos, que me parece imposible hacerlos con un solo rostro. Después de mi vuelta a casa procuré muchas veces imitar al espejo las diferentes contorsiones de Walden para hacerte una pintura de ellas, y aun con todos mis esfuerzos no me hallo capaz de darte la menor idea.

Acaso hubiera sido menos vituperable por algunos de sus desprecios, si no hubiese sido manifiesto que quería se hiciese de él

tanta estimación como la que pensaba hacerle perder al baronet. Sin embargo, Walden era tan reprensible por una parte como Hargrave por otra.

Jamás he visto tan clara la diferencia verdadera que hay entre el hombre de mundo y el que acaba de salir de un colegio. El uno parecía resuelto a no divertirse con nada, mientras que el otro procuraba complacer a todos, y tan a costa suya que algunas veces arriesgaba la reputación de su juicio. La segunda locura hacía olvidar la primera y la tercera la segunda; pero siendo él el primero que se reía de sus propias extravagancias, nos daba motivo para creer que eran voluntarias y que en ellas no se olvidaba de sí mismo sino por alegrar a los circunstantes.

Walden, como manifestaban sus arrugadas cejas, los movimientos de desprecio de sus labios y todo su semblante que afectaba no volver hacia el baronet, parecía irritado del rostro risueño que veía en todos, y del que al parecer se compadecía sin distinguir si la risa era de aprobación o no, y como si se hallase con una compañía muy desigual. También afectó dos o tres veces dirigirse a Simple como que le prefería a todos los circunstantes, aunque era evidente que este pobre hombre gustaba mucho más de la agradable fecundidad del caballero baronet que de la sequedad enfática del sabio, y que aplaudía con ojos y labios cada palabra de Hargrave, en vez que bajaba la vista con embarazo al mismo tiempo que Walden le hacía el honor de dirigirse a él como a la persona principal de la sala.

Permítaseme hacer una reflexión, mi querida Lucy. ¿No te parece que es mucha fortuna para nuestro sexo alegre y ligero que la mayor parte de los hombres, de estos que tienen el primer lugar en la especie humana, no sean mucho más juiciosos que nosotras? O para explicarme en otros términos, ¿no crees que los excesos de la razón son tan ridículos como una mediana porción de locura? Pero silencio: ya no digo más. Tío no dejaría de irritarse contra mí.

¿Y qué sucedió? Que Walden, no pudiendo tolerar verse como eclipsado por el hombre de mundo, tomó el partido después de la comida de vengar a la universidad en una querella casi declarada. No le faltó habilidad para hacer que recayese la conversación sobre las utilidades del saber, de donde infirió que nada era comparable a la educación que se recibe en las universidades. Hargrave trató ligeramente esta cuestión, es decir, con una ironía fina y algunas veces picante que al fin dejó cortado a Walden, y hubiera tenido otras resultas, si los circunstantes no les hubiesen contenido. En fin, Walden se fue muy descontento.

Cuando se iba a servir el té, se acercó milady Williams a mí y me dio la enhorabuena por haber hecho tan bella conquista como la de Hargrave. Me dijo, había notado que en el calor mismo de su disputa

volvía continuamente los ojos hacia mí con cierta mezcla de respeto y de admiración, y que aun se le habían escapado algunas palabras que no dejaban ninguna duda acerca de sus intenciones. Oyó todo esto por estar bastante cerca la señorita Cantillon, en quien al parecer había hecho grande impresión Hargrave, y no le costó poco trabajo precisar a sus ojos a que mirasen para hacerme una cortesía, violentándose al mismo tiempo su boca que es por cierto muy linda para felicitarme también con algunas sonrisas. Hargrave mientras tomamos el té, me dirigió todas sus atenciones, y se advirtió que pensaba seriamente en alguna cosa. Después suplicó a Reeves que pasase con él a un gabinete inmediato, y allí tu Harriet fue el asunto de una serie conversación.

Inmediatamente confesó a Reeves que en muchos viajes que había hecho a Northampton, siempre había procurado verme, y que nunca hubiera ido sin convite a casa de milady Williams, si no hubiese sabido que estaba yo en ella. Protestó que eran muy honradas sus miras, como si creyera que se podía dudar de ello sin asegurarlo, lo cual debe tenerse, querida mía, por una confesión tácita de la superioridad que se atribuye y del grande aprecio que hace de sí mismo por causa de sus riquezas.

Reeves le respondió que todos mis parientes se habían propuesto no mezclarse en mi elección, de lo cual se lisonjeó Hargrave como de su mayor dicha; y volviendo a entrar aprovechó la ocasión en que yo hablaba a solas con mi prima para ponerse a mi lado y declararme en términos muy vivos que estaba muy admirado de mí por un gran número de prendas extraordinarias que acaso forjó él mismo, pues hizo su numeración con una maravillosa facilidad. En fin, me pidió permiso para rendirme sus respetos y obsequios en casa de Reeves, y le dije que este era el dueño de su casa y que yo no tenía ningún permiso que dar.

Entonces me hizo una profunda reverencia y me dio las gracias como si mi respuesta hubiese sido un permiso verdadero.

¿Qué ha de hacer una mujer con estos aduladores? Al parecer, buscó ocasión de hablarme otra vez antes de irse, pero supe evitarlo. Milady Williams nos instó a que pasásemos la noche en su casa, mas mis primos se excusaron a ello. A la vuelta me dijo Reeves que tendría en Hargrave un amante muy resuelto e importuno si no apreciaba sus obsequios.

—En vista de eso —le respondí—, me aconsejarás que me case con él para libertarme de sus importunidades, como se dice que ha sucedido a muchas mujeres de buen natural.

Al entrar en casa encontramos al caballero Allestree, que esperaba a Reeves. Este es un hombre de mérito y de un talento singular, sin afectación en sus modales y de cerca de cincuenta años.

Habiéndole contado Reeves cómo habíamos pasado el día, nos hizo

un retrato de Hargrave que no sólo ha servido en todo lo que acabas de leer, sino que me obliga a mirarle como un hombre muy peligroso. Se asegura que a pesar de su genio festivo y placentero en las conversaciones y corrillos, es de muy mala índole, de perversa intención y tan malvado que en nada escrupuliza para conseguir sus fines. También se asegura que ya ha perdido a tres doncellas jóvenes con palabra de casamiento, y que aunque por una parte sabe manejar sus haciendas, es por otra tan pródigo en sus placeres como mezquino en las ocasiones que se debe ser liberal. ¿Hubieras tú creído, querida mía, que un hombre de tan buena traza, tan chancero y tan bien puesto pudiese ser perverso, atrevido y aun cruel, puesto que el señor Allestree nos ha contado otras historias que prueban se merece asimismo este epíteto?

Pero no tenía yo necesidad de estas noticias para resolverme a no admitir sus proposiciones. Lo que había visto me bastaba, aunque el señor Allestree de quien Reeves hizo una total confianza, no duda de que son honradas sus intenciones, y aunque después de hacerme un cumplimiento añadió que conocía en él inclinación al matrimonio.

—Mayormente —dijo— cuando a falta de varones en su línea la mitad de su hacienda pasaría a un pariente muy remoto que aborrece mucho por la única razón de que en su niñez le reprendía algunas veces sus yerros.

Por lo demás, el señor Allestree asegura que su caudal es tan considerable como se dice.

Luego que estuvimos solos, me dijo Reeves:

—¡Qué gloria para ti, querida prima, la de reformar un hombre de este carácter, y la de convertir sus riquezas en un manantial de limosnas y beneficios, como no dudo procurarías tú hacerlo dirigiendo a ello todos tus cuidados, si fueras milady Pollexfen!

Mas ten por cierto, amada Lucy, que aunque Hargrave fuera rey de la mitad del universo, no me vería en el altar con él. Y no obstante, ¿qué he de hacer si es tan importuno como se dice? Yo no me porto mal con aquellos que puedo contener dentro de los límites del respeto; pero confieso que me vería muy perpleja con estos hombres atrevidos. La política que me creo obligada a tener con todos los que hacen algún aprecio de mí, me expondría a muchos inconvenientes de que siempre me han preservado la protección de tío y del señor Deane. ¡Oh, querida Lucy! ¡A cuántos males no se halla expuesta una joven sin esta protección, cuando tantos hombres semejantes a los salvajes o a las bestias fieras se dedican a perseguirnos como si fuésemos la caza de su sexo!

Sábado por la mañana.

Para concluir en esta carta lo perteneciente a Hargrave (¡y quiera

Dios que no me dé motivo para hablar más de él!), voy a decirte que Reeves acaba de recibir un billete suyo en que se excusa de verle hoy por la mañana, como se había propuesto, a causa de tener que marchar inmediatamente a Reading, de donde le llama con instancias un amigo moribundo; y conceptuando imposible volver antes de tres días que le parecerán, según dice, tres largos años, no puede dispensarse de reiterar antes de su partida los testimonios de su respeto y de confirmar la declaración de sus sentimientos. Pide con eficacia el favor y protección de Reeves, y añade que es fortuna para él tengan por su ausencia la señorita Harriet y los señores Reeves tiempo para reflexionar un poco sobre sus ofertas, pues se lisonjea de que así no las recompensarán con un desaire.

Ya, querida mía, tienes todas las noticias que te prometí acerca de mis dos nuevos amantes. ¿Cómo me portaré yo con ellos? Esto es lo que ignoro. Pero comienzo a penar que las solteras más felices son aquellas a quines sus parientes excusan los embarazos de esta naturaleza, difiriendo consultar su inclinación hasta que se está en las capitulaciones. Es cierto que los míos honran mucho mi discreción haciéndome tan generosamente mi propio juez. Las solteras jóvenes se lisonjean con el poder que se les da sobre sí mismas; pero sin embargo, no te ocultaré que este honor me causa alguna pena por dos razones: la primera es porque me obliga a tener la mayor circunspección así como a tener el más vivo reconocimiento; y la segunda, porque mi familia ha sido más generosa dispensándome de la debida sumisión que yo al aceptar o parecer aceptar esta gracia. Añado que hallándome como abandonada a unas persecuciones extrañas, es decir, a las de muchos hombres que no he ido conociendo poco a poco como a nuestros vecinos Greville, Orme y Fenwick, me figuro que hay alguna apariencia de presunción en desechar o admitir las proposiciones de tan terrible naturaleza: terrible a la verdad, pues lo es sin duda enajenar nuestro corazón.

Permítanme pues mis amados parientes que me remita a ellos, si se presenta algún amante que no me repugne demasiado. Tocante al señor Fowler y al baronet, me veo en precisión de poner yo misma fin a sus pretensiones. Es mucho más fácil a una joven decir *no* que *sí;* pero en adelante no tendré valor para resolverme sin consultarlo.

Como mis primos me han obligado a que les deje leer lo que te escribo, me dan toda la libertad que necesito para esta ocupación, y así extrañarás menos que tenga tiempo para escribirte tan largas cartas. *La señorita Harriet está en su gabinete, la señorita Harriet está escribiendo,* son excusas que creen bastantes para todos, pues que ellos mismos tienen la bondad de contentarse con ellas. Además, saben que dan gusto a una amable familia con facilitarme la ocasión de rendirle mis respetos.

—Harriet Byron.

Carta IX
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes, 6 de enero.

Me dices, querida, que Greville estará en Londres dentro de pocos días, lo cual no puedo impedir. Añades que sus negocios le sirven de pretexto con el que se propone estar aquí no menos de un mes y concurrir a las diversiones públicas. Sea enhorabuena. Greville es seguramente dueño de hacerlo; mas sin embargo, espero que no me cuente a mí ni entre sus negocios ni entre sus diversiones. Después de una o dos visitas por razón de vecina tengo ánimo de no tolerar que venga a molestarme. Lo acaecido entre Fenwick y él me ha causado bastante sentimiento, y me ha expuesto muy mucho a la censura del público. Una mujer que por desgracia ha ocasionado alguna riña entre dos hombres, debe de pensar de un modo extraño, aunque nada tenga que vituperarse, si no le parece que estos sucesos dan demasiado que decir en el mundo. ¿Cuántas gentes no han clavado en mí la vista por la desgraciada temeridad de estos dos hombres? ¿Y qué embarazo no ha sido el de tío y del señor Deane para reducirles al extraño compromiso, a pesar de cuanto les he dicho, de atormentarme de acuerdo como el único medio de salvar la vida a uno de los dos? ¡Admirable medio por cierto para granjearse el afecto de una mujer! ¿Y no puede este ejemplo hacerme temer cualquiera desdicha, si insiste Hargrave en sus pretensiones? Greville es hombre colérico, y el señor Allestree nos ha dicho que a Hargrave no le falta resolución.

Supongo que Fenwick vendrá también a Londres si Greville no muda de intento, y así te pido por favor, mi amada Lucy, que les digas... No obstante, decirles que no tengo ningún deseo de verles y que evitaré la ocasión de esto, si puedo, es tener para con ellos cierta especie de consideración; lo cual me causa mayor disgusto, y cubriéndose el uno con el pretexto de sus negocios, si rehúso las visitas antes que se me hayan ofrecido, pensará un hombre tan vano como Greville que yo misma me cuento entre los negocios que pueden traerle. Uno y otro harán lo que gusten. Si han resuelto importunarme en las concurrencias públicas, gracias a Dios no tengo tan vivos deseos de ser vista que no pueda dispensarme muchas veces de presentarme en ellas.

Pero se me ha entrado recado del señor Rowland Meredith que quiere verme: de aquel buen caballero, del viejo señor Rowland de quien ya te he dado noticia. Se me ha dicho que viene con un vestido nuevo de botones y ojales de oro, y con gran peluca de muchos rizos,

y que su sobrino que le acompaña se ha puesto tan galán como para un día de boda. ¿Cómo me conduciré yo con el tío y el sobrino? ¿Podrás decirme, querida mía, qué es lo que tienen las declaraciones de este sexo, y por qué las más indiferentes no dejan de causar inquietudes? Pero las mías son porque siempre causa mucha pena rehusar las atenciones que parecen hijas de un tan vivo afecto.

Se me insta a que baje, y voy a dejarte aunque no por mucho tiempo.

Lunes 6, por la noche.

Al bajar, querida mía, oí al buen señor Rowland que iba por la antesala y que decía a Fowler:

—Mira, sobrino mío, lo que vas a decir a la *primavera* [7] de tu corazón —Y, dirigiéndose verosímilmente a Reeves, oí que le decía también—: esto es, señor, porque en Caermarthen estamos ahora en la estación de las primaveras.

Fowler, por un exceso de política vino a recibirme al fin de la escalera, y habiéndose quedado el señor Rowland en la puerta de la antesala con Reeves, meneó un poco la cabeza y se sonrió como si hubiese dicho: *dejemos a mi sobrino para que tenga el honor de hacer la primera galantería.*

Yo no me sorprendí poco al verme asir la mano por Fowler, quien con un aire bastante atrevido, sin duda por habérsele animado, me llevó cerca de una silla, donde me hizo una profunda reverencia, a la cual correspondí con otra, y creo haber manifestado entonces algún más embarazo del que suelo tener.

—Estoy a vuestra disposición, señorita —me dijo el anciano caballero—. ¡Cada día se pone más hermosa! —añadió— ¡Qué bien sienta ese rubor en ese bello rostro! Mas perdonad, señorita: mi intención no es la de avergonzaros.

—¡Siempre con la pluma en la mano! —dijo mi prima, que también está presente—: tú nos haces muchísimas veces carecer de tu vista — Parece que el fin de mi prima fue el de darme tiempo para serenarme.

—Estaba acabando algunas cartas —respondí—, y bien sabes la puntualidad que de mí se exige.

—Nosotros sentiríamos mucho, señorita —replicó el señor Rowland inclinándose hasta el suelo—, que os hubieseis dado demasiada prisa por bajar.

Yo le miré atentamente; pero como al parecer no dijo esto con malicia, no quise hacerle reparar en ello con una respuesta demasiado viva. Fowler, que había hecho un esfuerzo extraordinario, se sentó, tosió y se estuvo con las piernas cruzadas sin resollar, aunque echaba ojeadas a su tío como para saber si había llegado la ocasión de que hablase.

La conversación recayó sobre el frío, y el tío y el sobrino comenzaron a estregarse las manos y se acercaron a la copa, como si se hubiese aumentado con hablar de él. Ambos tosieron muchas veces mirándose alternativamente, y al fin nos hablaron de una casa que han hecho poco ha en Caermarthen y de los muebles con que la han adornado. De aquí pasaron a hablar de sus vecinos, a quienes celebraron mucho; por manera que al presente nos hallamos muy bien informados del carácter de siete u ocho personas honradas cuyos nombres no habíamos oído jamás; todo esto, como tú te harás cargo, para darnos a entender cuán distinguidos son los Merediths del país de Caermarthen. Con este motivo, nos refirió el señor Rowland una conversación que tuvo un día con milord Mansell ya difunto, en la que este honrado señor le felicitó, porque gozaba de una renta segura y saneada de tres mil libras en bellas tierras, prescindiendo del mucho dinero contante, del cual suponía emplearía parte para hacer elegir a su sobrino vocal del parlamento por el condado: a lo cual le respondió discretamente el señor Rowland que no era este su ánimo, y que en su concepto la pasión por estas elecciones que han arruinado a innumerables familias distinguidas, no era más apreciable que la del juego.

Con esta circunstanciada y entretenida conversación que nos desvió mucho del asunto principal, creyó el señor Rowland habernos hecho concebir una grande idea de sus riquezas y del aprecio que se hacía de él; y así, acercándose a mí después de haber hecho seña con los ojos a Fowler para que saliese por un momento, comenzó a celebrarme todas las prendas de su sobrino y me declaró el vehemente afecto que me tenía, suplicándome que acalorase con mis favores la pretensión de un joven tan digno de mí, tan bien educado, de un alma tan noble, a quien quiere nombrar por su único heredero y en cuyo favor y por mis respetos tenía ánimo de hacer lo que no haría en toda su vida por ninguna otra mujer.

A proposiciones tan serias no era regular responder en el tono de chanza que es muy difícil evitar en la primera visita que se recibe del caballero Rowland Meredith.

Yo estaba con desazón de verme casi tan perpleja, tan silenciosa y tan necia como si hubiera pensado mostrarme complacida por la pretensión de Fowler, y mis primos se divertían al parecer con verme en esta situación. El señor Rowland me pareció muy cerca de entonarnos una canción de su país y de bailar de contento, con cuyo alborozo me preguntó si llamaría a su sobrino para que me confirmase todo lo que me había dicho y me franquease enteramente su corazón.

—No tiene más que ser un poco tímido —me dijo—, pero aseguro que el menor favor de vuestra boca le animará mucho. Permitid —añadió con la misma eficacia—, permitid que le llame: yo mismo voy

por él —Y el buen viejo iba a salir.

Yo me apresuré a responder.

—Una palabra, si gustáis, señor Rowland, una palabra antes que el señor Fowler nos haga el favor de entrar. Vos os habéis explicado con la mayor honradez y os estoy tan reconocida como al señor Fowler por la elección que ambos habéis hecho de mí; pero lo que me proponéis es imposible.

—¡Cómo imposible! No, no, señorita: nada lo es menos seguramente. Vos tendréis la bondad de darnos tiempo para haceros algunas visitas que os darán a conocer las prendas y el juicio de mi sobrino. Su propia boca, su corazón, su alma, por mejor decir, os convencerá del amor que os tiene. Él no es quien necesita de tiempo: el pobre mozo está ya resuelto, resuelto para siempre. Pero, amada señorita, decid por Dios que os tomaréis una semana o algunos días para reflexionar sobre lo que podéis o queréis responder. Esto es todo cuanto hoy os pido, o más bien todo cuanto yo mismo puedo concederos.

—Señor Rowland —repliqué yo—, no dudo de que dentro de algunos días y de una semana estaré en la misma disposición que hoy —Entonces me interrumpió con exclamaciones, reconvenciones y quejas muy tiernas que dirigía ya a mí, ya a mis primos.

En fin, habiéndome apenas dejado tiempo para repetir que esto era cosa imposible y que por la estimación que profesaba a su sobrino, quien en mi concepto era muy merecedor de ella, le aconsejaba que le persuadiese enteramente a poner sus miras en otra mujer, porque yo no gustaba de afligir ni atormentar el corazón de ningún hombre honrado; se inflamó más su pasión por mí con estas expresiones, y se dejó llevar de su dolor, de su admiración y ternura, hasta poner a Dios por testigo de que si quería ser su sobrina y darle solamente el gusto de verme una vez cada día, se reduciría a pasar su vida con cien libras de renta, y pondría a mi disposición todo lo que poseía en el mundo. Sus ojos se anegaban en lágrimas, su rostro estaba encendido, y su honradez brillaba en su semblante.

—¡Generoso hombre! —no pude menos de decir.

Yo estaba sumamente enternecida y pasé a otro cuarto; pero habiendo vuelto inmediatamente, vi al señor Rowland con su pañuelo en la mano, procurando con las más fuertes instancias hacer medianeros a mis primos, quienes se habían compadecido tanto de él que no pudieron dejar de decirme algunas palabras a su favor.

El señor Rowland propuso entonces hacer entrar a su sobrino para que hablase por sí mismo, y aun quería absolutamente llamarle.

—No, señor —le dije—: vos sois excelente abogado; asegurad al señor Fowler que tengo dos motivos para estimarle: su propio mérito y el de su tío; pero os suplico otra vez que me excuséis el sentimiento de

disgustar a un hombre que aprecio. Os estoy agradecida en extremo por el concepto que habéis hecho de mí, y lo estaré todavía más, si aceptáis mi reconocimiento como la única recompensa que puedo ofreceros.

—Querida prima —me dijo Reeves—, pudieras al menos tomarte algunos días para pensar en ello.

—¿Qué dices? —le respondí— Tú aumentas las dificultades y me quejo de tu bondad. ¿No ves que el señor Rowland me tiene ya por una cruel? Sin embargo, mi genio dista mucho de serlo. Yo constituyo mi felicidad en la de otros, y quisiera igualar al señor Rowland en generosidad. Que me pida alguna cosa que no sea yo misma y verá cómo me esfuerzo a darle gusto.

No haciendo mis respuestas más que aumentar su obstinación, protestó que tendría esperanzas mientras no me viese casada.

—Que se me dé a conocer —añadió— una mujer de igual mérito, y renunciaré a la señorita Harriet Byron. Ya se tomará tiempo para pensar en ello. Os pido por favor, señorita... Mas voy a llamar a mi sobrino —Y en este arrebatamiento salió muy de prisa, como si hubiese temido que yo le detuviese otra vez.

Mis primos comenzaron a hablarme en su favor; pero antes que pudiese responderles, entró el señor Rowland con su sobrino.

Fowler me saludó con el mayor respeto y parecía más abatido que cuando llegó a darme la mano, pues su tío le había informado de lo sucedido. Estando para sentarse, suplicó el señor Rowland a Reeves que le escuchase dos palabras; pero no le asió del botón de la casaca como en su primera visita. Ambos salieron juntos y mi prima salió también por otra puerta, de manera que me hallé sola con Fowler.

Los dos permanecimos en silencio tres o cuatro minutos, pues a mí me pareció que no debía empezar, y Fowler no sabía cómo hacerlo. Se tomó el trabajo de acercar su silla a la mía y después se desvió un poco. Luego se acercó otra vez, se tiró de las vueltas, y tosió dos o tres veces. En fin abrió la boca para decirme que yo no podía dejar de advertir su confusión... su turbación... que su confusión era extremada, y que todo dimanaba del profundo respeto que me tenía. Dicho esto, tosió aun dos veces y cerró la boca.

A mí no me podía gustar el embarazo de un hombre tan modesto. Todas las facciones de su rostro estaban violentas, y sus manos y rodillas temblaban mucho. ¡Oh, querida mía! ¡Cuán grande es el poder del amor, si tan fuertes agitaciones son efecto natural de esta pasión!

—Señor Fowler —le respondí—, el señor Rowland acaba de decirme el buen concepto que habéis formado de mí, y os lo agradezco. He dicho al señor Rowland...

—¡Ah, señorita! —me interrumpió con más resolución—: no repitáis lo que habéis dicho a mi tío: demasiado me ha instruido ya.

Conozco que no os merezco, mas no por esto está en mi mano renunciar a vuestros favores. Quien sabe en qué consiste su felicidad, ¿tiene libertad para no buscarla a toda costa? Lo que puedo decir es que soy el más desgraciado de todos los hombres, si no me dais la esperanza… —Yo le interrumpí para suplicarle que no fomentase una pasión a la que yo no podía corresponder.

Entonces dio un profundo suspiro y me replicó:

—Se me había asegurado, señorita, que vuestro corazón estaba libre y en esto fundé mis vanas esperanzas.

Yo le confesé francamente que no se le había engañado, y que aún no había visto ningún hombre con quien deseara casarme. De esto infirió Fowler que podía esperar del tiempo, de sus obsequios, de su respeto, de su pasión sin límites…

—Pero, ¡oh, señor Fowler! —le dije—: no me creáis ni ingrata, ni insensible; mas los días y los años no pueden causar novedad en un caso de esta naturaleza. Yo no me siento capaz sino de estimaros.

—Pero ¿habéis visto algún hombre, señorita, a quien creáis poder favorecer más que a mí?

Con esta pregunta me estrechaba mucho, y hubiera podido excusarme de responder a ella. No obstante, le repetí que aún no había visto a nadie que pudiese querer para marido.

Fowler bajó los ojos dando un suspiro, y yo añadí:

—El señor Fowler conocerá en mi franqueza el gran concepto que he formado de él. Le confesaré que entre todos los hombres que he visto, si hubiera de haber alguno respecto de quien pudiese concebir unos deseos que respecto de nadie he concebido jamás, sería un vecino de mi familia que ha hecho profesión de amarme desde mi niñez: un hombre honrado, virtuoso y modesto, tal como creo al señor Fowler. Sus conveniencias a la verdad no son tan grandes como las del sobrino del señor Rowland Meredith; pero no habiendo otra razón que pueda estimularme a preferir el señor Fowler a él, ¿sería muy honroso para mí dar esta preferencia a las riquezas? Espero, señor, que haréis un uso generoso de mi ingenuidad. No conviene que sepa esto la persona de quien hablo, no solamente por ella con la cual nunca tendré nada que ver, sino también por vos mismo con quien me he declarado tan francamente.

Fowler me repitió que era el más infeliz de todos los hombres; pero que esperaba a lo menos le permitiría ver algunas veces a su amigo Reeves. Yo le dije que no tenía ninguna facultad para oponerme a ello, con tal que sus visitas no tuviesen que ver conmigo, y le prometí que si se contenía dentro de los términos de la urbanidad sin solicitar otra cosa de mí, le miraría siempre como un hombre cuya estimación me hacía honor.

Fowler se levantó mostrando en su aspecto la más profunda

tristeza; después sacó su pañuelo y se paseó por la sala suspirando, y yo me figuro que sus suspiros eran más sinceros que los de Greville. El ruido de sus pasos hizo entrar al señor Rowland y a Reeves por una puerta, mientras que mi prima entró por la otra. No esperes, querida mía, te represente una nueva escena que por larga sería enfadosa. ¡Cuántas quejas, cuántas reconvenciones e instancias tuve que sufrir del tío y del sobrino! Al fin, volviéndome hacia el señor Rowland, le dije que admiraba la bondad de su corazón en esta tierna pertinacia, y que no la miraba menos como una prueba del mérito del señor Fowler; pero que no pudiendo decirles nada que les agradase más, les pedía el permiso de retirarme.

En efecto, subí a mi cuarto y me eché en una silla, donde la viva imagen de todo lo que acababa de ver y oír me hizo concebir innumerables reflexiones, y he tenido necesidad de recorrer mucho mi memoria para escribirte tan extensa carta. Pero sobre todo, mi querida Lucy, Dios quiera que en la lotería del matrimonio no me toque un marido peor que Fowler.

El señor Rowland preguntó muchas veces a mis primos si no habría alguna esperanza de que el tiempo y los obsequios pudiesen variar mi determinación, o si no se podría lograr alguna cosa en mi país por la mediación de mis más próximos parientes; pero Reeves le respondió que en vista del modo con que me había explicado y de la resolución de mi familia de no mezclarse en mi elección, temía que fuesen inútiles todas las diligencias.

Martes a mediodía.

Ayer se me llevó al concierto y esta tarde he de ir a la comedia. Siempre estamos en movimiento. Fowler vino esta mañana estando yo en visita con mi prima, y habiendo hablado muy largo rato con Reeves le manifestó tener tan pocas esperanzas que me creo libre de este amante, mayormente cuando el señor Rowland ha de restituirse a Caermarthen dentro de algunos días. Él mismo vino una hora después que su sobrino. Reeves había salido, y mi prima y yo habíamos ido en coche a comprar algunas bagatelas a Lugdatehill. A toda prisa se me hacen vestidos y cuanto necesito para poder presentarme en los teatros y concurrencias con milady Williams. Se me ha vuelto enteramente el juicio, y en parte tiene la culpa mi prima. Aquí te envío unas muestras de mis vestidos. Había creído que en Northamptonshire estaban las modas en su punto; pero no obstante todos mis vestidos se han arreglado al uso para que no asuste. Así se me ha dicho.

¿Me será tan fácil libertarme del baronet como de Fowler? Ya está de vuelta y se ha sabido que ha enviado a preguntar si podría vernos mañana por la tarde. ¿De qué me serviría salir de casa? Vendría a otra

hora y yo no haría más que aumentar su embarazo o hacerle formar tal vez un concepto más alto de sí mismo, si le daba motivo para pensar que le temo.

Carta X
Harriet Byron a Lucy Selby

Miércoles por la noche.

Aún no habían dado las seis, cuando vino Hargrave grandemente compuesto, y primero preguntó por Reeves. Yo estaba en mi gabinete, y no tenía ningún deseo de verle a causa de la pintura que nos había hecho de él el señor Allestree. Dio por excusa de haber venido tan temprano su impaciencia por hablar un momento con Reeves antes de solicitar el verme.

—¿Está la señorita Harriet en casa? —fue su primera pregunta. Reeves respondió que sí, y él replicó—: ¡cuántas gracias tengo que darle! Agradezco mucho su favor.

Así ya ves, querida mía, que si permanecí en casa, fue por disfrutar su visita.

Es menester que te cuente esta primera conversación refiriéndome a mis primos, y tú sabes que nada se escapa de las observaciones de mi prima.

—Después que la he visto —dijo Hargrave—, me parece el tiempo sumamente largo e insoportable. ¡Que el diablo me lleve si he tenido dos horas de sosiego! Jamás he sentido en mí tanta inclinación a ninguna mujer de cuantas he visto, y por vida mía que son honradas mis intenciones.

Hargrave se levantó muchas veces y dio algunos paseos por la sala, arreglándose su compostura y mirándose desde los pies hasta el pecho. Habló con mucho gusto de la hermosa perspectiva que se le ofrecía a la vista; pues aunque no ignoraba que me obsequiaba una legión de amantes, sabía también que ninguno era correspondido, y así creía poder lisonjearse de obtener alguna preferencia.

—Ya os he dicho —dijo a Reeves— que doy carta blanca en orden a las capitulaciones. Lo que yo haga por una mujer tan prudente y juiciosa, lo hago por mí mismo. No acostumbro, señor Reeves, ponderar mis riquezas; pero os presentaré a vos o a toda la familia de la señorita Harriet un estado exacto de mi caudal. Ninguno ha habido jamás más bien arreglado. Una mujer de quien haré tanto aprecio, tendrá libertad para vivir en la corte o en el campo según su inclinación, y en el campo elegirá de mis quintas aquella que más la acomode; pues yo no tendré más voluntad que la suya. No dudo de vuestro afecto, señor Reeves: también me prometo merecer el vuestro,

señora, y os aseguro que me causará suma satisfacción el parentesco que deseo contraer con vuestra familia.

Después recordó la escena que había tenido con Walden en casa de milady Williams, repitió algunas expresiones de su contrario, remedó muchos de sus gestos y riéndose a carcajadas de cada chiste con que hacía ver la ridiculez o grosería de Walden, no dejó lugar a mis primos más que para reírse de él, o por lo menos para sonreírse cuanto la buena educación lo permite con un necio cuya vanidad no se quiere ofender.

Cuando se iba a servir el té, me hizo llamar mi prima y bajé. A mi llegada se adelantó Hargrave hacia mí con un aire afectuoso, y no lo fue menos su cumplimiento.

—Admirable señorita —me dijo—, espero hallar en vos tanta bondad como hechizos: no podréis figuraros cuánto he padecido desde que tuve el honor de veros.

Entonces me hizo una profundísima reverencia, y pareciendo que se alargaba a medida que se enderezaba y levantaba la cabeza hacia atrás, se hubiera creído que se había hecho más alto por haberse bajado.

«¡Gracioso necio!», dije entre mí.

Yo me senté y procuré tomar bastante despejo con hablar algunas palabras a mi primo y a él mismo. Pidió por favor que se difiriera el té una media hora, y que antes de entrar los criados se le permitiese repetirme parte de la conversación que había tenido con mis primos. Si no hubiera creído hacerme mucho honor, ni se hubiese fiado en la eficacia y poder de sus ocho o diez mil libras de renta, pienso que hubiera tenido alguna más urbanidad; pero habiéndome dicho en pocas palabras cuánto le agradaba mi carácter, se refirió a la declaración de sus sentimientos que me había hecho en casa de milady Williams. Después habló de la liberalidad que yo podía prometerme en las capitulaciones, ponderándome lo vehemente de su pasión y rogándome con el mayor encarecimiento que correspondiese a ella.

Yo hubiera podido burlarme de su razonamiento, mayormente cuando el ardor que parecía haber tenido en estas últimas expresiones, iba acompañado de una locuacidad que no indicaba un corazón muy agitado, o por lo menos que no era propia para hacer impresión en el mío; mas para disuadirle de una vez de su pretensión me resolví a responderle ingenuamente y le dije:

—Si pareciera que dudo, señor mío, de la sinceridad de vuestras declaraciones, podríais creer que deseo otras seguridades; pero yo acostumbro hablar con franqueza y no debéis esperar de mí más que la pura verdad. Os doy gracias, señor Hargrave, por el concepto que de mí habéis hecho; mas yo no puedo aceptar vuestras ofertas.

Me es imposible, Lucy, explicarte su admiración.

—¿Vos no podéis, señorita?... ¿Habláis de veras? ¡Válgame Dios!

Hargrave permaneció en silencio algunos minutos clavando los ojos en mí, y después en él mismo, como si hubiese dicho: *¡qué tontilla! ¿Sabe ella bien lo que desprecia?* No obstante, después de haberse serenado un poco de su sorpresa, replicó:

—Se me había asegurado que vuestro corazón estaba libre, mas no puede ser cierto. Algún hombre feliz... —Yo le interrumpí.

—¿Qué consecuencia es esa, señor Hargrave? ¿No puede una mujer rehusar las ofertas del señor Pollexfen sin estar enamorada de otro hombre?

—Pero, señorita —respondió meneando la cabeza y deteniéndose en cada palabra—, un hombre de mi clase... que no es absolutamente desagradable ni por su figura ni por sus modales... que hace algún papel en el mundo... —Aquí se paró enteramente y prosiguiendo añadió—: ¿No he de saber yo vuestros motivos, señorita? A lo menos, si vuestra negativa es tan formal como parece, hacedme el favor de decírmelos, y entonces veré si puedo ser tan dichoso que los desvanezca.

Yo le dije con la misma franqueza que nadie era dueño de sus inclinaciones, que se acusaba a las mujeres de caprichosas, y que acaso no estaba yo exenta de esta nota; pero que sin poderse dar la razón de ello se siente una persona inclinada o fastidiada...

—¡Fastidiada, señorita! ¡Fastidiada, señorita Harriet!

—Yo he hablado en general, señor mío, y estoy persuadida a que de veinte mujeres las diez y nueve se lisonjearían mucho de verse obsequiadas por el señor Hargrave Pollexfen.

—Pero, señorita, vos sois esa vigésima que no puedo menos de amar. Hacedme la gracia de darme alguna razón...

—No me pidáis, señor Hargrave, razón de una singularidad. ¿No sois vos mismo algo singular en hacerme la vigésima?

—Vuestro mérito, señorita... —Yo le interrumpí otra vez.

—Sería vanidad en mí satisfacerme con semejante razón. Yo os he prometido hablaros con ingenuidad. Tal vez el hombre que Dios me ha destinado tendrá menos mérito que vos; pero, si me es lícito decirlo, será más de mi gusto. Perdonad, señor Hargrave: yo no me explicaría con tanta libertad, si me permitiera el honor teneros en la más mínima incertidumbre, cuando yo misma no la tengo.

A mi parecer, con estas expresiones se ofendió su vanidad.

—¡Será más de vuestro gusto! —repitió muchas veces mirándose todo alrededor— ¿Y habéis tomado seriamente esa resolución, señorita?

—Sí, señor.

Con esto se aumentó su tristeza.

—¡Estoy confundido! —replicó con prontitud y en un tono bastante

desabrido— Pero yo no me satisfago con respuesta tan vaga y tan contraria a mis esperanzas. Vos me habéis prometido hablarme con sinceridad, señorita, y así decidme por lo menos si habéis puesto vuestro amor en otro hombre: decidme si hay algún dichoso a quien haya preferido vuestro corazón.

Yo le respondí que él no tenía ningunas facultades para hacerme esta pregunta, y entonces prosiguió.

—Permitidme, señorita, que me explique más. Yo conozco a Fenwick y a Greville, y ambos me han dicho que vos no les habéis dado ningunas esperanzas, aunque confiesan que no las han perdido. Decidme, ¿les habéis hablado a ellos tan claramente como a mí?

—Os aseguro que les he dado las mismas respuestas.

—¿Y a Orme? Le tengo por uno de los hombres más honrados del mundo. ¡Ah, señorita! ¿Por qué no me decís que estáis enamorada de él?

—Si lo estuviera, tal vez esta declaración no serviría de nada.

—¡No os serviría de nada! —exclamó con mucha viveza—. A la verdad, estimada señorita... Yo tengo vanidad: si no la tuviera, no aspiraría a merecer vuestro favor. Mas permitidme deciros que en mis conveniencias, en mi calidad y en mi ardiente afecto nada hay que sea indigno de vos: por lo menos este es el juicio que formará vuestra familia, si me hacéis el honor de consentir en que le haga la declaración de mis sentimientos.

Yo respondí a estas arrogantes palabras.

—Deseo, señor Hargrave, que vuestras conveniencias os proporcionen vuestra felicidad, como no dejará de suceder, si las empleáis en hacer beneficios; pero aunque fuesen incomparablemente mayores, esta sola ventaja no tendría ningún atractivo para mí: mis obligaciones crecerían con mi poder. Yo no tengo un gran caudal; mas aunque fuese mucho menor satisfaría a mi ambición todo el tiempo que viviese en mi estado de soltera, y si pasase al de matrimonio, sabría arreglarme al del hombre que hubiese elegido.

Entonces el baronet juró que sería suya, y que cada palabra que salía de mi boca añadía un eslabón más a su cadena; pero yo le supliqué que pusiese fin a una conversación que no podía tolerar más tiempo.

—Con condición —me dijo— que me permitáis venir a esta casa algunas veces.

—Sin ninguna intención respectiva a mí —repliqué yo.

—Vos no huiréis por lo menos, señorita: vos no rehusaréis verme. Os declaro que tenéis un amante de más, y que no dejaré de perseguiros hasta que seáis mía o de otro.

Profirió estas últimas palabras con un tono que me desagradó tanto como las palabras mismas, y así lo dio a entender mi respuesta.

—En una conversación demasiado larga —dije con frialdad— me felicito de no tener una palabra que vituperarme o de que deba arrepentirme.

Esta expresión le picó y me respondió que no era del mismo parecer, e inclinándose hacia mí con un aire bastante insolente me dijo que me tenía por un poco orgullosa.

—¿Orgullosa, señor?

—Sí, señorita, un poco orgullosa y muy cruel.

—¿Cruel, señor?

—Orgullosa, señorita, cruel e ingrata.

En esto creí que no oiría más que insultos, si permanecía más tiempo en su presencia, y todo lo que había oído al caballero Allestree se me vino a la memoria.

—Si me creéis tan culpada —repliqué sin acalorarme—, permitid que me retire para reflexionar un poco mejor sobre mis sentimientos —Y haciendo una profunda reverencia me apresuré a salir.

Hargrave me rogó que no me fuese y me siguió hasta el pie de la escalera; pero yo subí sin escucharle.

Mis primos me contaron que después de mi ida dio grandes pruebas no sólo de su orgullo sino también de su perverso natural. Se mordió los labios, se paseó muy de prisa por la sala, y después estirándose sobre una silla se quejó amargamente, se acusó y se defendió a sí mismo, principió otra vez sus acusaciones y defensas, y esta escena se concluyó con suplicar a mis primos que le dispensasen su protección.

—No puedo comprender —les dijo—, cómo he tenido la desgracia de sufrir tales desaires siendo tan honradas mis intenciones y tanto mi poder para hacer feliz a la señorita Harriet.

Su resentimiento se dirigió contra Orme que en su sentir era el rival favorecido, si alguien lo era verdaderamente; pues creía haber notado que no lo era Fenwick ni Greville. Declaró que mi orgullo le había picado en extremo y al fin rogó a mi prima que me enviase a llamar de su parte; pero no queriendo hacerle este favor porque le veía encolerizado, él mismo envió a suplicarme que bajase.

Yo respondí cortésmente que estaba ocupada en escribirte, y que esperaba tendrían el señor Hargrave y mis primos la bondad de admitir esta excusa. Nombré a mis primos para suavizar mi repulsa.

Esta respuesta irritó su bilis y protestó, pidiendo perdón a mi prima, que seguiría todos mis pasos como una sombra, y que a pesar del cielo y de la tierra sería yo la señora Pollexfen. Así encolerizado y echando chispas se fue apresuradamente.

¿No te parece, querida mía, que estando como estoy bajo la salvaguardia de mi primo, ha tenido demasiada paciencia para aguantar todo esto en su propia casa? Pero acaso por la misma razón se ha mantenido tan sereno. Le tenemos por uno de los mejores

hombres del mundo, y lo brillante de ocho o diez mil libras de renta... Sin embargo, con un caudal tan saneado como el suyo... mas la grandeza tiene siempre sus hechizos.

Así nos ha confirmado Hargrave todo cuanto nos había dicho el caballero Allestree acerca de su genio perverso y vengativo. Creo que de todos los hombres es el que más temo. Si me hallara precisada otra vez a oírle sobre el mismo asunto, tendría gran cuidado de decirle claramente que no estoy enamorada, a lo menos del mejor modo posible sin acalorar su pretensión, por temor de que cometiese alguna violencia. Pudiera jurarte, querida Lucy, que de cuantos hombres he visto es el que menos quisiera para marido. ¡Ojalá se haya picado tanto que no vuelva más a verle!

Milady Williams nos ha enviado a decir que habrá baile de máscara en el coliseo de la ópera el jueves próximo, y que quiere tomar a su cargo el cuidado de mis vestidos. Yo le he respondido que no quiero nada muy sobresaliente, y que me sería muy sensible llamar la atención de todo el concurso.

Carta XI
Harriet Byron a Lucy Selby

Viernes, 10 de febrero.

Un lacayo de Greville ha venido a cumplimentarnos de parte de su amo. Ya está pues en Londres este Greville. Si no me engaño, pronto me veré en precisión de complacerle. Es mi aborrecimiento, como sabes, lo que me pidió por favor. Conozco que no nos granjeamos más que pesadumbres recompensando con atenciones las afectaciones de estimación; pero sin embargo mi genio me obliga a tenerlas y no puedo resistirme a ello sin hacerme cierta especie de violencia, por manera que el ser cortés es menos un mérito en mí que una verdadera necesidad. No me acuerdo de haber sido nunca desatenta, como yo lo llamo, sino con un joven distinguido que por causas tocantes a su familia me pedía permiso para obsequiarme en secreto, lo cual no ignoras. Paréceme que teniendo una soltera tan vituperable condescendencia se empeña en una conspiración contra ella misma y aún mucho más contra aquellos en quienes debe confiar tanto como respetar y honrar.

La venida de Greville me ha desazonado, y supongo que Fenwick le seguirá bien pronto. Con mi pesar me falta muy poco para esforzarme a querer al modesto Orme.

Sábado 11.

¿No he de tener yo que contarte sino lances de amor y galanteo? El

señor Rowland, Hargrave y Greville se han hallado hoy juntos en casa. El señor Rowland vino el primero un cuarto de hora antes que se mandase servir el té, y después de haber preguntado a mi prima si había yo mudado de resolución, quiso hablarme a solas un momento. Yo tengo una verdadera estimación a este honrado anciano, y lo que entiendo por honradez, querida mía, es la reunión del buen juicio con la urbanidad y amabilidad. Un hombre honrado en este sentido no se merece menos aprecio por ser algo raro.

Yo bajé inmediatamente, y el señor Rowland me salió al encuentro, me tomó con ansia la mano y clavándome con la vista exclamó:

—¡Válgame Dios! ¡La misma dulzura, las mismas gracias en su rostro encantador! ¿Cómo es posible con una fisonomía tan agradable…? Pero es menester ser buena: es menester…

—No me instéis, señor Rowland —le interrumpí—: vos me desazonaréis si me ponéis en precisión de repetir…

—¿Qué —me dijo—, una repulsa? ¡Ah, mi amada señorita! Guardaos en efecto de repetir vuestras crueles palabras. ¿No queréis salvar una vida? Mi pobre sobrino está a la muerte. Yo quería traéroslo; pero no: él teme mucho desagradar a la soberana de su corazón. ¿Habéis visto amor tan tierno? ¿Y no se ha de hacer nada por el amor, aun cuando no tuviesen ningún atractivo el mérito y la modestia? Amada señorita, no endurezcáis vuestro corazón. Yo estaba resuelto a partir dentro de uno o dos días; pero no dejaré la corte, aunque tenga que permanecer en ella un mes, para ser testigo de la felicidad de mi sobrino, y contad con que deseo su dicha para haceros feliz. Querida señorita, rendíos… —Sus gestos me habían enternecido algo y yo estaba sin responder— Rendíos —volvió a decir—: compadézcase vuestro corazón: os pido una palabra con que consolar a mi sobrino; os lo pidiera de rodillas si creyera que mis sumisiones… Sí, de rodillas quiero implorar vuestra bondad —Y el excelente viejo, asiéndome la otra mano, como ya me tenía asida la una, se dejó caer en efecto sobre sus dos rodillas.

Su situación me puso en el mayor embarazo. Yo no sabía qué hacer ni qué decir, y me faltaba el ánimo para levantarle. Sin embargo, ¡cuán enternecida no estaba al ver a mis pies un hombre de esta edad y que se había hecho digno de mi aprecio, con los ojos llorosos y clavados en mí para excitar en mi corazón, según decía, la compasión de su sobrino. Al fin le supliqué que se levantase.

—Vos imploráis mi bondad —le dije, con una voz trémula—, y vos no la tenéis conmigo. ¡Oh, señor Rowland! ¡Qué de agitaciones me causáis! —Yo quise desprender mis manos, pero las tenía apretadas con las suyas; y habiendo dado una patada en un arrebatamiento de gratitud, añadí—: Señor Rowland, levantaos: yo no puedo ver este espectáculo; levantaos, os lo suplico —Y el mismo movimiento me

hizo poner una rodilla en tierra delante de él—. Ya veis —añadí—... ¿Qué más puedo hacer? Levantaos, señor, os suplico de rodillas que no permanezcáis en esa postura delante de mí: a la verdad, vos me desazonáis mucho; os pido por favor que soltéis mis manos.

Dos arroyos de lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Yo os desazono, señorita? ¿Y la señorita Harriet se digna de humillarse...? No, no, por cuanto hay en el mundo, no quisiera haberos causado un instante de pesar.

En esto se levantó soltando mis manos, y yo me levanté también con bastante conmoción. Se retiró un momento hacia la ventana para enjugarse las lágrimas con su pañuelo, y después volviéndose hacia mí me dijo con una sonrisa forzada:

—¡Qué debilidad! ¡Qué puerilidad! ¡Cómo podría yo reprender a mi sobrino! Pero decidme una palabra, señorita: decidme siquiera que consentís en verle; permitidle que se presente a vos; mandadme que os le traiga.

—Yo lo haría, no lo dudéis —le respondí—, si el señor Fowler no esperara de mí más que atenciones; y aún quiero hacer más, señor, para manifestaros enteramente el grande aprecio que hago de vos. Contribuid a mi felicidad con vuestro afecto y estimación, y permitid que os mire como a un padre y que conciba respecto al señor Fowler todos los sentimientos de una hermana. ¿No es mucha dicha para mí la de pertenecer a alguien por tan tiernos nombres? Que el señor Fowler conciba también los mismos sentimientos respecto a mí. Todas las visitas que ambos me hagáis por estos dos títulos me serán más gratas que pueden serlo jamás por otros. Pero ¡oh, padre mío! (porque ya quiero daros este nombre), no instéis a vuestra hija sobre un punto que no os puede conceder.

Las lágrimas del pobre viejo comenzaron a correr otra vez acompañadas de suspiros que me causaron una verdadera conmoción. Me llamó ángel, diosa e hija irresistible, diciéndome que eran mi bondad, mi dulzura y mi franqueza las que le penetraban todo el corazón. Yo le tomé de la mano sin escuchar lo que todavía me decía en favor de su sobrino, y le llevé adonde estaban mis primos que nos esperaban en la pieza inmediata, y que se sorprendieron tanto de mi acción como de verle el rostro todo anegado en llanto.

—Dadme la enhorabuena —les dije con una viva exclamación—, de que he hallado un padre en el señor Rowland y reconozco un hermano en su sobrino.

El buen caballero llevó mi mano a su boca y la estrechó contra sus labios: me llamó el honor de mi sexo y protestó que si no había de ser su sobrina, la cualidad de hija suya que yo quería tomar le sería más grata y gloriosa que una corona; pero al fin volvió a hablar de su sobrino.

Mi prima quiso saber lo que había pasado entre ambos, y el señor Rowland principiaba a hacer esta relación que sin duda le hubiera ocupado mucho tiempo, cuando se nos entró recado de Hargrave Pollexfen. Inmediatamente el señor Rowland se estregó los ojos para quitarse lo encarnado de ellos, aunque su pañuelo sólo sirvió para aumentarlo. Se miró en un espejo, tosió dos o tres veces, y como si los músculos de su rostro hubiesen dependido del sonido de su voz, cantó en voz baja diciéndome que un poco de canto quitaba las señales del pesar.

Entró Hargrave y el viejo caballero le dijo con bastante desabrimiento *soy vuestro servidor, señor mío,* para corresponder a una reverencia muda que le hizo. Ya había yo notado que el desembarazo y compostura del baronet habían hecho impresión en el señor Rowland, quien se inclinó a Reeves para informarme prontamente de él. Mi primo les dio a conocer a ambos recíprocamente como dos personas con cuya amistad se tenía por honrado. El baronet se acercó a mí para pedirme mil perdones... Yo le interrumpí.

—Señor, no hay de qué —Y replicó:

—Confieso, señorita, que la fuerza de mi pasión... pero os comparo... —Yo le interrumpí aun otra vez, asegurándole que todo estaba olvidado.

Mientras que se quejaba de mi facilidad para perdonarle, el señor Rowland, sorprendido de este corto diálogo, dijo a Reeves:

—Ya no tengo por qué admirarme: ¡ay!, ¿qué le sucederá a mi amado sobrino?

—Sosegaos —le respondió—: por esta parte nada hay que temer.

Con esta seguridad se puso otra vez tan alegre que me pareció iba a cantar volviéndose hacia mía. En esto entraron los criados con el desayuno, y ya nos habíamos acomodado para tomar el té, cuando llamaron a mi primo, que inmediatamente volvió a entrar con Greville.

—¿Y quién es este? —me preguntó el señor Rowland en un tono parecido al de su país antes que hubiese podido acercarse a Reeves.

Greville me hizo una profunda reverencia, y después de las salutaciones acostumbradas me informé de todo lo que amo en Northamptonshire. Habiendo satisfecho mi impaciencia, me preguntó si había visto a Fenwick, y le respondí que no.

—¡Qué picarón! —replicó sonriéndose—: creí que me la había pegado. Ha tres días que le perdí de vista; pero si no está aquí —añadió en voz más baja—, le he adelantado una jornada; y sobre todo más quiero excusarme con él que no que él se excuse conmigo.

Yo me evadí de entrar en sus diferencias, diciéndole que había encontrado un padre en Londres y señalando al caballero Meredith que me permitía darle este nombre.

—Pero creo que no hay hijo —respondió, volviéndose hacia el viejo —: me lisonjero, señor, de que la parentela no viene por ese lado.

Como hizo esta pregunta en tono festivo, aseguró en el mismo el baronet que había pensado hacerla también. El señor Rowland les dijo con mucha cortesía que tenía un sobrino, y que si yo quería condescender a sus deseos, me amaría mucho más como sobrina que como hija. Con este motivo la conversación fue muy jocosa hasta la ida del viejo caballero, quien no se retiró sin pedirme permiso de traerme aun una vez a su sobrino antes de restituirse a Caermarthen; pero yo no le respondí sino con una reverencia.

El baronet y Greville se conocían de haberse visto algunas veces en las carreras de Northampton; pero la cortesanía con que se saludaron no impidió que se echasen mutuamente algunas ojeadas de celos, y que estuviesen cerca de desvergonzarse más de una vez. El cuidado que tuve de dirigir todas mis atenciones al señor Rowland previno toda esta especie de desazones, y luego que salió, se burlaron muy placenteros del aire y acento de su provincia, que verosímilmente no perderá jamás. Yo estaba muy impaciente por ver marchar también a estos dos, y al parecer ambos conocían que ya era tiempo de irse; pero ninguno quería despedirse el primero. Al fin, Greville fingiendo acordarse de que yo no gusto de largas visitas, se retiró sin otra afectación.

No me fue posible evitar las nuevas excusas de Hargrave por el mal humor que tuvo en su última visita, y mis respuestas no hubieron de dejarle muy contento. Sin embargo, volvió a sus ofertas haciéndome una brillante ostentación de ellas; y conociendo que no causaban impresión en mí, pasó a hablar de Greville, de quien recelaba que no había venido a Londres sin algún designio. No me habló muy bien de él; pero no dudo de que Greville hablaría del mismo modo de Hargrave, y aun me parece que no se les haría injusticia con creerles a los dos.

Yo respondí tan francamente no tener más inclinación al uno que al otro, que después de dar varias muestras de sentimiento creyó Hargrave tener derecho a exigir de mí con mucha arrogancia los motivos de mi repulsa. Este orgullo que noté en sus ojos no dejó de picarme algo, y así le dije aunque con repugnancia que pues me precisaba a manifestarle mis sentimientos, le declararía que yo no había hecho de sus costumbres el juicio que debía hacer de las de un hombre a quien quisiera para marido.

—¡Mis costumbres, señorita! —exclamó mudándose muchas veces de color—: ¡mis costumbres! —Su exclamación no me asustó, aunque mis primos se mostraron algo sorprendidos por mi libertad, sin darme no obstante a entender que les parecía vituperable.

—Vos no debéis, señor Hargrave —repliqué yo—, ofenderos de mis

objeciones, puesto que me habéis precisado a hacerlas. Mi intención no es la de vituperaros; pero estrechada por vuestras instancias, debo repetir... —Aquí mi lengua me rehusó su oficio, mas Hargrave me dijo con tono de impaciencia:

—Proseguid, señorita, proseguid.

Estas expresiones hicieron renacer mi osadía y continué.

—Debo repetir, señor Hargrave, aunque a pesar mío, que no tengo hecho de vuestras costumbres...

—Muy bien, señorita —interrumpiéndome.

—... el concepto que debo hacer de las de un hombre sobre cuyo carácter piense fundar mi felicidad en esta vida y todas mis esperanzas respecto a la otra. Este motivo es para mí de mucha importancia, aunque apenas lo digo sin graves fundamentos, y permitidme añadir que aún no estoy cansada del celibato. Creo que es siempre demasiado temprano para entrar en una carrera eterna de cuidados, y si no tengo la dicha de encontrar un hombre a quien pueda sin reserva dar mi corazón, desistiré absolutamente de casarme.

¡Cuánta malicia, querida mía, advertí entonces en sus miradas!

—Parece, señor, que estáis descontento —continué—, mas imagino que no tenéis razón. Vos habéis puesto vuestras miras en una persona que es dueña de sí misma, y aunque me repugne decir las verdades duras, me vanaglorio de ser ingenua.

Hargrave se levantó de su silla y se pasó por la sala repitiendo en voz baja:

—¡Vos no habéis hecho buen concepto de mis costumbres! Señorita... pero estoy resuelto a sufrirlo todo... Sin embargo, ¡tan mal concepto de mis costumbres! No, no tendré tanta paciencia —Y en esto se llevó el puño a la frente, donde lo tuvo algún tiempo.

Después, tomando apresuradamente su sombrero, nos hizo una profunda reverencia con el rostro encendido verosímilmente por la agitación de sus pasiones, y sin decir ni una sola palabra tomó el camino de la puerta. Reeves se dio prisa para acompañarle, y él repitió muchas veces:

—¡Mal concepto de mis costumbres! Yo tengo enemigos, señor, ¡mal concepto de mis costumbres! Yo soy el único hombre del mundo de quien la señorita Harriet haga tan poco aprecio: sus desdenes pueden granjearle... ¡que no pueda decir los míos! Quedad con Dios y disimulad este acaloramiento: quedad con Dios —Y entró en su coche echando prontamente los vidrios.

Reeves nos dijo que se había dado con la cabeza en el imperial y marchado lleno de furor. Su aire de amenaza, su ida como te la he contado, y la relación de mi primo me causaron tanto espanto que en una hora no me serené.

¡Excelente marido para tu Harriet un medio loco de este carácter!

¡Oh, señor Rowland! ¡Oh, Fowler! ¡Oh, Orme! ¡Cuán amables me parecéis en comparación de Hargrave!

Carta XII
Harriet Byron a Lucy Selby

Miércoles, 13 de febrero.

He recibido la carta de tío y las tuyas. Todos los consejos que me den unas personas que tanto amo, ya como avisos, ya como reprensiones causarán algún efecto en mi conducta.

James ha partido a Northamptonshire, y ruego que se le reciba con agrado. Es muy hombre de bien, y se me asegura que está sumamente enamorado, por lo que no es de extrañar su impaciencia por dejar a Londres. Acuérdome de haber oído decir a tío que a los criados jóvenes y sin conveniencias que piensan en casarse, no se les debe desanimar. ¿Quién querrá servir pudiendo mandar? El pobre, hombre de bien, es parte muy estimable de la especie humana.

Reeves se ha tomado el trabajo de ver muchos criados que se han presentado para mí; mas ninguno ha visto todavía que me acomode a excepción de uno que vino esta mañana de muy buena fisonomía y de cerca de veintiséis años. Tengo ánimo de recibirle, porque parece muy bien educado y aun digno de una muy buena conveniencia. Mi prima, que está contenta en extremo con él, ha hecho ya escribir a su último amo, que es un joven llamado el señor Bagenhall, que vive en las inmediaciones de Reading. Habla muy bien de él, y dice con mucha modestia que no le ha dejado sino porque habiéndose abandonado a los placeres de su edad gusta de recogerse muy tarde. Este nuevo lacayo se llama Wilson. Ayer llegó a Londres y está hospedado en casa de una hermana suya viuda que tiene hostería en Smithfield. Pide muy buen salario, pero no se debe reparar en algunos chelines más con un buen criado; fuera de que es menester ayudarle a que ahorre alguna cosa para la vejez, y por si le da alguna enfermedad. Mi prima quería admitirle al momento y respondía de él, según dijo, por su fisonomía y su modo de explicarse. Yo no te hubiera hablado tanto tiempo de él, si no estuviese muy inclinada a recibirle.

Hargrave se ha presentado aquí otra vez. Yo estaba con mi prima y algunas señoras amigas nuestras que habían venido a pasar familiarmente con nosotras parte del día, y me excusé a verle con este pretexto, aunque no obstante vio a mi prima. El baronet tiene una mezcla de orgullo y humildad. Había resuelto la última vez no importunarme más, y mis desaires le habían picado vivamente; pero le faltaban las fuerzas para permanecer en sus resoluciones. Se vituperó su debilidad y juró que yo sería su esposa. ¡Un hombre como él, verse

despreciado por una mujer cuyas conveniencias son tan inferiores a las suyas, y que asegura no tener en su corazón ningún hombre que prefiera a él! (¡Oh!, Hargrave se engaña en esto, pues hay pocos hombres en el mundo que yo no prefiera a él.) ¡Verse desairado queriendo otorgar unas capitulaciones tan ventajosas para mí y no teniendo seguramente nada despreciable su persona! (Mi primo dice que entonces se miró de pies a cabeza en un espejo inmediato.) Esto es lo que le parece enteramente inexplicable, absolutamente incomprensible.

Preguntó si Greville había venido con algunas esperanzas, y Reeves le respondió que yo estaba desazonada por su viaje, y que no sacaría Greville ningún fruto de él.

—Eso es un tormento de menos —replicó con un suspiro—. A este Greville se le escaparon en nuestra primera conversación algunas palabras un poco libres; pero quiero disimularlas, puesto que no es más feliz que yo. Conozco su presunción; mas yo quisiera que el negocio dependiese entre los dos de la punta de la espada. No había de obtener de mí una composición tan vil como la que obtuvo de Fenwick. Lo que no puedo disimular, señor Reeves, es la nota que se pone a mis costumbres. Seguramente respecto a este punto soy algo más apreciable que un Greville y un Fenwick. ¿Qué hombre hay en el mundo que no se tome algunas libertades con las mujeres? Por esto no nos estiman menos: vos lo sabéis, señor Reeves. ¡Vituperarse mis costumbres! ¡Y por una mujer! A fe mía que es extraña la objeción. ¿Qué decís de esto, señor Reeves?

Paréceme, querida mía, que mi primo ha tenido demasiada paciencia. Es un hombre muy dulce, aunque su mujer asegura que no le falta fuego en las ocasiones que lo exigen. Sin embargo, oyó con mucha tranquilidad a Hargrave, quien se despidió de él jurando todavía que yo sería su esposa a pesar de todas las oposiciones que se le hiciesen.

Lunes por la noche.

Greville vino al fin de la tarde y me pidió por favor algunos momentos de conversación privada. Yo le supliqué que me dispensara de ello, y recordase que en la misma quinta de Selby no había tenido jamás esta condescendencia con nadie; pero él rogó con muchas instancias a mis primos que le dejasen solo conmigo. Su ansia era por saber qué esperanzas tenía Hargrave sobre lo cual manifestó una viva inquietud.

—Espero —me dijo— que un hombre de este carácter os hará poca impresión, y que la señorita Harriet no preferirá la única ventaja de las riquezas a un antiguo servidor que no ha cesado de admirarla desde su niñez, y que no carece de nada para hacerla feliz.

Yo le respondí que me era enfadoso por extremo verme tantas veces precisada a darle unas mismas respuestas, y que yo era incapaz de ofender a nadie y principalmente a un vecino amigo de toda mi familia; pero que me admiraba no conociese que yo no estaba obligada a darle cuenta de mis inclinaciones ni de las visitas que recibía.

Greville dio algunas excusas que vinieron a parar en pedirme le diese por lo menos alguna seguridad de que no favorecía las pretensiones de Hargrave.

—No, señor —le dije con bastante eficacia—: no quiero hacer ninguna declaración de esa naturaleza. ¿No sería esto concederle facultad para censurar mi conducta y darle unas seguridades que distan mucho de mis intenciones?

Greville puso a Dios por testigo de que me amaba más que a él mismo, y juró con imprecaciones que perseveraría hasta dar el último suspiro, y que a tener motivo para creer que Hargrave había concebido la menor esperanza, pondría inmediatamente término a su vida.

—Señor Greville —le dije yo—, conozco demasiado sus arrebatamientos. Lo que pasó entre vos y Fenwick me ha causado mucho pesar, y en igual lance tan bien se podría poner término a vuestra vida como a la de otro; pero yo prescindo de esto, y os pido tengáis siquiera la bondad de no tratar de desatenta la resolución que me tomo de dispensarme en adelante de admitir el honor que me hacen vuestras visitas.

Yo iba a salir y se puso entre yo y la puerta.

—¡Por Dios, querida señorita! No salgáis encolerizada. Si no gustáis de mejorar mi suerte, dignaos al menos de asegurarme que este pisaverde...

—¿Y con qué derecho —le interrumpí— os atrevéis a exigir semejantes seguridades?

—Mi derecho —me dijo— no está fundado sino en vuestra bondad. Amada señorita, decidme que Hargrave no tendrá el arte de mover vuestro corazón: decídmelo por vuestro interés, si no lo hacéis por el mío, pues sé que os importa poco lo que a mí me pueda suceder: que no sea este tigre de rostro pálido, cuyo nombre describe su carácter, el que merezca vuestro afecto. Si la preferencia no está reservada para mí, dadla por lo menos a un hombre en cuyo mérito podáis fundar la confianza de que seréis feliz. Por vuestra misma reputación elegid y haced dichoso a un hombre de honor, y si no me atrevo a suplicároslo en calidad de amante, dispensad a un vecino y a un antiguo amigo el favor de asegurarle que no será el preferido el señor Pollexfen.

—¿Puedo yo saber, señor Greville —le pregunté con frescura—, qué negocio os trae a Londres?

—Bien os haréis el cargo, señorita, de que me trae el más importante. Se me ocurrió que este pisaverde pretendía ser dueño de vuestro corazón y que ya se lisonjeaba de ello; pero si tuviera alguna certidumbre de que sus riquezas no os inclinarán...

—Y bien, señor Greville, ¿os restituiréis entonces a Northamptonshire?

—En realidad, señorita, al presente que me hallo en Londres, que he despachado un equipaje nuevo, etc.

—El partido que toméis sobre eso me es en un todo indiferente, y tendréis a lo menos la bondad de acordaros de que así como en Northamptonshire no eran vuestras visitas más que a mi tío George Selby, así en Londres sólo han de ser a mi primo Reeves.

—Sé demasiado, señorita, que podéis ser cruel cuando queráis. Pero ¿gustáis de que me restituya a nuestro país?

—¿Si gusto, señor mío? A la verdad, el señor Greville hará lo que le guste a él mismo, y yo pido solamente que se me conceda la misma libertad.

—¡Sois tan delicada, señorita! ¡Os guardáis tanto de dar la menor ventaja!

—¡Se toman tanta los hombres con el menor motivo! Pero cualquiera que sea el concepto que hayáis hecho de mi delicadeza, yo soy justa y os aseguro que si no estuviera resuelta...

—Resuelta... sí, sí, señorita, y algunas veces hasta ser obstinada. Confieso que me era incómodo venir en este tiempo a la corte, y así decidme que deseáis verme partir, que ni ese Hargrave ni el sobrino de vuestro nuevo padre (pues estos nuevos parentescos me ponen en cuidado) harán impresión ninguna en vuestro corazón, y que no me negaréis el honor de veros en las visitas que hiciere al señor Reeves; y entonces os prometo marchar antes que se pase esta semana. A Fenwick le escribiré esta noche para decirle lo que no debe ignorar, y que parto sin sacar mucho fruto de mi viaje. Este aviso podrá excusaros la vista de vuestro segundo *azote,* según nos llama vuestra prima Lucy algunas veces a los dos.

—Siendo vos tan poco capaz de moderación, señor Greville, y pudiendo no serlo otro más que vos, no os ocultaré que se me excusaría alguna molestia...

—¡Ah!, guardaos, señorita, guardaos de dar demasiada ventaja a un pobre desgraciado que correría el mundo entero con la menor probabilidad de poder complaceros; pero ¿no me decía nada de Hargrave ni de vuestro nuevo hermano? Perdonad, señorita, si estos sujetos que se humillan, se lamentan y se insinúan para excitar vuestra compasión, me tienen bastante inquieto para insistir en que me deis alguna seguridad. ¿Y qué, señorita, no podéis dármela con vuestras acostumbradas precauciones? ¿No puedo obtenerla a título de vecino

y de amigo antiguo, dejando aparte el amor?

—Pues bien, señor Greville, como vecina y amiga antigua tanto como porque os ha sido incómodo venir a Londres, os aconsejo que os restituyáis a nuestro país.

—¡Con qué delicadeza, señorita, me habéis conducido a vuestro fin! Debéis agradecerme por lo menos haberos proporcionado la ocasión. Pero ¿y la condición si tomo el consejo de tan buena vecina?

—No rehúso cumplirla, señor Greville, y os declaro con la mayor sinceridad como a vecino y amigo antiguo de mi familia, que aún no he visto el hombre que pueda querer para marido.

Greville se dio por satisfecho y se retiró quedando yo muy contenta de verme libre de él. Mientras que Reeves le despedía, dijo que para anticiparse a todos mis deseos sólo me haría una visita antes de su partida, y que iba a escribir inmediatamente a Fenwick para decirle que se restituía a Northamptonshire.

Carta XIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Martes, 14 de febrero.

La señorita Clements, a quien cada día quiero más, me ha enseñado esta mañana su gabinete, es decir, sus libros, las obras que ella ha hecho con sus propias manos, y todo lo que le sirve en sus ocupaciones domésticas. A mí me pareció que estaba en el gabinete de mi amada Lucy; pues en medio de esta vida tumultuaria no se me apartan de la memoria mis estimados parientes de Northamptonshire. Dos horas que acabo de pasar con dicha señorita, me han parecido muy cortas. Se me ha dicho que escribe perfectamente y que es otra Sévigné para sus correspondencias, por lo cual me lisonjeo de que la tendré con ella algún día. He observado que la pluma y la lectura no le han hecho despreciar el ejercicio de su aguja. Es esta señorita tanto más respetable para mí que puede presentarse como un ejemplo contra los que no aprueban el saber de las mujeres: censura algunas veces justa, pero demasiado general. Yo no querría que esta prenda fuera la que más distinguiese a una mujer que amo; pero cuando se han recibido talentos, ¿por qué no se han de reconocer o se ha de dejar sin cultura? Paréceme, querida mía, que después de las virtudes esenciales de nuestro sexo, que son la modestia, la docilidad y el cumplimiento exacto de las obligaciones de la religión y de la moral, no es desgracia tener algo cultivados los talentos.

La Clements es dichosa como tu Harriet, por tener una tía que nada ama tanto como a ella. Su madre vive todavía, pero no quiere más que a ella misma, y la naturaleza la ha inspirado tan pocos sentimientos

respecto a esta excelente hija, que la señora Wimburn su tía no tuvo un momento de sosiego hasta que se la llevó a su casa. La Clements y yo nos hemos convenido en tratarnos sin ceremonia.

Se me olvidaba decirte que habiendo dado muy buenos informes de Wilson su último amo, le he recibido ya. Milady Williams vino mientras yo estaba fuera de casa y al parecer está muy ocupada en nuestros atavíos para el baile, y particularmente en el mío; pero este es todavía un misterio para mí. En su casa nos hemos de poner nuestros vestidos y de allí saldremos en sillas de manos, pues de todo se encarga ella. Tú sabrás, mi querida Lucy, en qué traje me he de presentar, cuando lo sepa yo misma.

Hargrave vino también estando yo en casa de la Clements, y sólo vio a Reeves, con quien estuvo cerca de un cuarto de hora. Estaba triste y pesaroso, y según ha dicho Reeves, muy diferente de como le ha visto hasta hoy. No se sonrió ni una vez, y *sí* y *no* fue todo lo que salió de su boca, con algunas invectivas no obstante contra las mujeres.

—¡Maldito sexo! —repitió muchas veces—: es cosa muy extraña —dijo— que un hombre no pueda ser feliz con las mujeres ni sin ellas.

Apenas pronunció mi nombre, y al fin habiéndole dado mi primo un poco de cantaleta sobre su mal humor, tuvo por conveniente retirarse para que no se hiciese más burla de él. Sus lacayos y su cochero no lo han pasado mejor, pues les ha reñido sin motivo, y partió echando juramentos contra ellos y haciéndoles grandes amenazas. ¿Qué querrá este hombre? ¿Por qué ha de buscar a Reeves para que sea testigo de su mal humor y de sus caprichos? Pero no hablaré más de él ni de nada hasta mi primera carta.

Carta XIV
Harriet Byron a Lucy Selby

Miércoles por la noche, 15 de febrero.

Por fin Greville se ha despedido de nosotros esta noche, resuelto a partir mañana. Me hizo muchas instancias para que le concediese un momento de conversación a solas; pero me guardaré muy bien de tener esta condescendencia.

—Lo que siento —me dijo— es dejar en Londres al orgulloso Hargrave y al sumiso Fowler, aunque sin embargo parto gustoso por haberme vos declarado que no os inclináis a ninguno de los dos.

Ya ves, querida mía, que equivoca mis palabras a su favor y en términos que no le comprendan; pues tengo presente haberle asegurado que aún no había visto al hombre que pudiese querer para marido.

Antes de irse dijo Greville mil chistes sobre el carácter de sus rivales, sobre lo que llama mi dureza de corazón y sobre los tormentos del suyo. Hargrave vino al mismo tiempo y se suscitó una conversación muy viva cuyas resultas temí; pero mi prima me propuso que tocase un aria en el clave y este acaloramiento se sosegó. Además, sabiendo Hargrave que Greville había de partir mañana, se salió al parecer antes de lo que había él pensado con la alegría verosímilmente de ver el campo libre.

Con esto Greville volvió a soltar la rienda a su loca imaginación, y su humor festivo agradó tanto a mi prima que le tiene, según dijo, por el más divertido de todos mis *importunos*. Pero ¿qué es esto pues más que el arte de divertir? Yo respondí con bastante frialdad que Greville era hombre de malas costumbres, y que si fuera capaz de avergonzarse de alguna cosa o de amar tanto como decía, no sería tan alegre ni tan divertido como lo era en efecto. Con este motivo me preguntó Reeves a cuál por lo menos de los cinco sujetos que llama mis amantes, podría yo dar alguna preferencia. Yo no me detuve en responderle que si se hablaba de una preferencia por razón de gusto, ninguno había a quien tuviese la menor inclinación; pero que si sólo se trataba de saber mi dictamen sobre el carácter de mis amantes, ponía entre ellos una muy notable diferencia a favor de Orme, que me parecía digno del aprecio y de la estimación de todas las gentes honradas.

—Muy bien —replicó mi primo—: apostaría desde luego a que tarde o temprano la pera se la lleva Orme.

No obstante, me dijo que sería difícil hacer desistir al baronet; que hoy mismo había declarado a milady Williams que estaba resuelto a superar todos los obstáculos; que esta señora al parecer se interesaba por él, y que la admiraba despreciase yo un hombre tan rico y de tan buena presencia, al cual se habían ya propuesto muchos casamientos de primer orden.

Miércoles 15.

Hargrave acaba de salir de aquí. No tengo, querida mía, ni tiempo ni deseo de contarte lo que ha pasado con él media hora ha, ni con qué ira se marchó. Quiso hablarme a solas, y yo me creí con tanta más razón para no consentir en ello que jamás escrupuliza explicarse con bastante libertad delante de mis primos. No obstante como se estuvo sin hablar, mi prima, por darle gusto, se retiró y Reeves la siguió. No debieron seguramente hacerle este favor, y así quedé muy descontenta de ellos.

Apenas habían salido, quiso tomarme una mano y yo la retiré.

—Señorita —me dijo prontamente—, vos no hubierais hecho ese desaire a Greville: yo soy el único hombre en el mundo a quien tratáis tan mal.

Yo le respondí cortésmente que lo mismo haría con cualquiera otro que se dejase solo conmigo.

—Ya os haréis el cargo, señorita —replicó—, de que me es imposible vivir sin vos habiéndoos hecho dueño absoluto de mi alma y de mi corazón. Soy vano, lo confieso, y así perdonaréis os diga que estoy resentido. Creía poder esperar más favor de cualquiera mujer que no estuviera contraída ni tuviese repugnancia al matrimonio. Decís que está libre vuestro corazón, y yo deseo que sea así y procuro creerlo; pero este Greville...

Hargrave se detuvo para darme tiempo de responder, y en efecto respondí que aunque no estaba obligada a manifestarle mi sentir, le diría que yo no acostumbraba tratar descortésmente a los que me profesaban alguna estimación. Entonces aseguró que sólo le exceptuaba a él, y volviendo a sus quejas me instó a que declarase mis intenciones acerca de Greville y de él mismo. Yo creí eludir la pregunta diciéndole, como ya lo había hecho, que aún no había visto al hombre que había de ser mi marido; pero encendiéndose repentinamente su rostro y sus ojos juró que yo había visto a este hombre y que estaba en mi presencia, si no había puesto mi amor en otro. Yo le dije que si este era el único motivo de su visita, pudiera haber dispensado a mis primos de que saliesen, y quise retirarme. Hargrave me impidió el paso.

—Vos no me dejaréis, señorita, os lo suplico.

—Y bien, señor, ¿qué más queréis?

—Decidme, señorita, si os causa repugnancia el matrimonio.

—¿Qué derecho tenéis para hacerme esa pregunta?

—Decidme, amada señorita, ¿estáis en ánimo de tomar este estado?

—Tal vez, señor, si encuentro un hombre a quien pueda entregar enteramente mi corazón.

—¡Ah! ¿Y no puedo yo ser ese hombre feliz? ¡Imploro vuestra bondad, señorita! ¡La imploro a vuestros pies! ¡La vida no la estimo sin vos! —Y el orgulloso hombre se puso de rodillas delante de mí con las manos cruzadas y clavando mis ojos con los suyos.

Aunque estas escenas siempre causan alguna conmoción, ¡qué diferencia, querida mía, entre la que tuve en esta ocasión y la que sentí al ver al señor Rowland en la misma postura! A mí me pareció cosa clara que esto había sido premeditado. ¿Qué de cosas no me dijo en más de un cuarto de hora, sin querer dejar su postura ni permitirme que yo dejase la mía? Por tanto, me hallé precisada a repetirle parte de mis respuestas. Hubiera querido poderle despedir atentamente, pero no me dio lugar. Por humillado que estuviese, el lenguaje de su pasión y aun de sus ruegos iba mezclado con amenazas indirectas. En fin, me vi en la precisión de declararle que no recibiría más sus visitas, y entonces me hizo presente que le exponía a una

desesperación; mas no por esto dejé de irme adonde estaban mis primos.

Hargrave se levantó echando algunas maldiciones que oí muy bien. Volvió a tratarme de ingrata y de orgullosa, y habiéndome seguido a la pieza inmediata casi no tuvo con mis primos ninguna atención. Dio dos o tres paseos sin hablar, y volviéndose después hacia ellos les hizo una profunda reverencia diciéndoles que le perdonasen. A mí me hizo otra más caballeresca, diciéndome con un aire maligno:

—¿Me prohibís las visitas, señorita?

—Sí, señor —respondí con bastante resolución—: os las prohíbo por vuestra tranquilidad y la mía.

—La primera vez, señorita... —Se detuvo un momento, y echándome una mirada altiva, prosiguió—: la primera vez que tenga el honor de veros, será, según me prometo, con mejor éxito —Y al punto marchó.

A mi primo ha descontentado mucho toda su conducta, y no vitupera mi determinación de rehusar en adelante sus visitas. Así pues, me lisonjeo de que no verás muchas veces en mis cartas el nombre de Hargrave.

Nuestros vestidos están ya hechos. Reeves se pone en traje de ermitaño, su mujer en traje de religiosa y milady Williams en el de abadesa. Yo no estoy muy contenta con el mío, porque es demasiado sobresaliente, que es lo que más temo. Se me pone en traje de princesa de Arcadia; pero este disfraz, lejos de conformarse con la idea que tengo del vestido pastoral de Arcadia, es por el contrario de lo más magnífico y exquisito de las nuevas modas de Francia e Italia. A esto se quería agregar un báculo; mas no he creído que dijese bien con este rico traje, aunque por otra parte he de estar sin tontillo, porque no se usa en Arcadia. ¡Qué papel voy a hacer! No me vestiría con más magnificencia para ir a un baile, según lo llaman, por subscripción. Se me asegura que veré máscaras con disfraces tan ricos y aun tan ridículos como el mío. Sea lo que Dios quiera, pero yo querría que esta noche ya hubiese pasado. Te aseguro que será la primera y la última vez que concurriré a semejantes diversiones; mas es preciso tomar una idea de las máscaras. Espera una relación de todas sus circunstancias en mi primera carta: ya me figuro tu impaciencia. Da como yo, querida Lucy, alguna libertad a tu imaginación y dime algunas veces lo que piensas de las cosas antes que lleguen. ¡Qué de bellas conquistas no te imaginas tú que va hacer tu Harriet con tan lindo traje!

—Harriet Byron.

Carta XV
Archibald Reeves a George Selby

Viernes, 17 de febrero.

Esta carta, mi estimado primo, sólo es para ti y la familia. Sin embargo, no te sorprendas demasiado; pero ¡cómo te participaré la noticia, la terrible noticia!... Mi mujer está desde las tres de la mañana con un profundo desmayo. No te... mas ¡cómo puedo decirte que no te aflijas sobremanera, cuando nosotros mismos estamos inconsolables!

¡Oh, mi querido primo! No sabemos qué es de nuestra Harriet. Seré tan exacto en referirte todas las particularidades como mi dolor y sorpresa me lo permitan. Ello es preciso, según echarás de ver. Greville, mucho lo temo... Pero comencemos por las circunstancias.

Nosotros estábamos anoche en el baile de Haymarket y entre tanto los silleteros de nuestra amada Harriet que se habían alquilado para toda la noche como los nuestros, a instancia de otros entraron a beber. Habían prometido a Wilson el lacayo de Harriet volver antes de una hora, cuando no era más de media noche, y habiéndoles esperado Wilson en vano por espacio de dos, alquiló otra silla. Entre dos y tres determinamos restituirnos a casa. La amable Harriet estaba muy desazonada por la mucha atención que se había puesto en ella, pues todo el mundo se admiró de verla. Quería partir antes que nosotros, pero milady Williams la persuadió a que se detuviese un cuarto de hora más. Yo la acompañé hasta su silla y la vi dentro de ella antes de hacer lo mismo con milady Williams y mi parienta. Advertí muy bien que la silla y silleteros no eran los mismos que la habían llevado, y habiendo preguntado el motivo se me respondió lo que ya he dicho. Harriet se apresuró a entrar en la silla por causa de sus vestidos y por no resfriarse con el aire, además de que la seguían muchas máscaras movidas de la curiosidad.

Eran entonces cerca de las tres, y yo mandé a Wilson que hiciese detener la silla, cuando se hubiera salido del aprieto, para esperar la de la Williams, la de mi mujer y la mía. Vi marchar sus silleteros yendo Wilson delante de ellos con su hacha, y también vi volver a entrar las máscaras en la sala.

No habiendo visto nuestros criados que la silla se hubiese detenido, creímos que Wilson no habría oído mis órdenes por causa de la bulla y del ruido, y proseguimos nuestra marcha no dudando de que Harriet llegaría a casa antes que nosotros. Habíamos determinado volver a ella en derechura, aunque la Williams nos había propuesto que fuésemos a mudarnos de vestidos a su casa en la cual nos disfrazamos; pero con grande sorpresa nuestra no encontramos a Harriet en casa. Sin embargo, mi mujer supuso que por equivocación la habrían llevado a casa de la Williams, donde estaría esperándonos, y envié recado inmediatamente. Mas, ¡válgame Dios! ¡Qué consternación nos causó saber que la Williams no tenía ninguna noticia de ella! Greville

como recelo… Pero es necesario que te manifieste todos los indicios en que fundo mis sospechas.

Anoche me dijo la Williams en el baile le habían asegurado que Greville, que se despidió de nosotros el martes próximo con ánimo al parecer de partir al día siguiente a Northamptonshire, lejos de hacerlo ni de pensar en tal cosa, había resuelto permanecer de incógnito en Londres para observar todos los pasos de mi prima. Sabemos además que Greville le dio celos por algunas visitas que no pudo seguramente dispensarse de recibir.

Hargrave Pollexfen estaba en el baile en traje de arlequín. No tardó mucho tiempo en conocer a nuestra amable prima, y a pesar del sentimiento que le había dado con rehusar sus ofertas, le habló con la mayor política y urbanidad. Habiéndome encontrado un poco antes de nuestra ida, me preguntó si había reconocido a Greville entre las máscaras, y le respondí que no había reparado en ello.

—¿No habéis puesto la atención —me dijo— en una máscara con un sombrerazo gacho, con una capilla negra y una linterna sorda [8] en la mano que presentaba a todo el mundo? Pues este era nuestro estimado amigo Greville.

A la verdad, yo había visto muchas veces esta máscara, pero lejos de parecerme que tuviese el aire de Greville, me había parecido mucho más grueso. No obstante, como quería hacernos creer su marcha, pudo disfrazar su talle.

Tú sabes que Greville es un hombre arrojado. Sólo vino a Londres, como confesó él mismo, a oponer obstáculos a los pretendientes de mi prima, por la cual vio dos amantes declarados. Su primera intención fue la de detenerse aquí algún tiempo y la de disfrutar las diversiones de la corte, y aun despachó un equipaje nuevo. Sin embargo de esto y de que aguardaba a Fenwick, repentinamente quiso persuadirnos a que estaba para marchar, y a que volvía en derechura a Northamptonshire sin haber obtenido de mi prima ninguna declaración a su favor. En vista de todas estas circunstancias, parece casi indudable que Greville es el autor principal de esta perversa aventura.

Con estas luces tomarás todas las precauciones que tu prudencia te dicte. Si Greville no se ha restituido a ese país… Si Fenwick… ¿Sé yo mismo lo que debo aconsejarte? Mientras menos ruido se haga, será lo mejor, hasta tanto que se tenga alguna certidumbre. ¡Y cuánto esta especie de certidumbre me causa de temor! ¡Amada Harriet! Pero estoy seguro de que nada omitirás para ocultar este fatal suceso a su abuela y aun a tu mujer; si bien pueden ser necesarios sus prudentes consejos.

Tengo repartidos seis hombres por los diferentes cuarteles de la ciudad con orden de informarse de los silleteros y cocheros. No es de

creer que el nuevo lacayo sea un malvado... No sé qué diga ni qué juicio haga. Hemos enviado a casa de su hermana, que tiene hostería en Smithfield, y nada sabe de él. He hecho buscar los silleteros que llevaron a nuestra amada niña a la maldita máscara. Los de milady Williams que les presentaron, les conocen y saben su número. Sirven desde St. James hasta Berkeley-Square, y por su medio se podrá descubrir alguna cosa. Sin duda temen venir a pedirme el dinero que sólo han ganado a medias. ¡Infelices de ellos si se averigua que son unos pícaros!

He llegado a sospechar algo de Hargrave, así por la pintura de su carácter que nos hizo uno de nuestros amigos, como por algunos arrebatamientos de ira que tuvo a presencia mía con motivo de haber rehusado mi prima sus ofertas. He enviado un criado a su casa de Cavendish-Square para saber si estaba en ella, y a qué hora se restituyó del baile; y se respondió que había vuelto cerca de las cinco de la mañana, que estaba en cama y que se creía no saliese hasta después de comer, porque esperaba visita.

También enviamos otro criado a la posada de Greville; pero ya había dejado este alojamiento, y sus huéspedes estaban creídos en que se había vuelto a su país. No obstante, Greville es capaz de toda especie de invenciones para ocultar sus designios. Bien persuadido estaba yo a que no diría diferentes cosas en dos partes. ¡Dichosos si averiguamos que no ha partido!

Greville será el culpado. Tú tendrás la bondad de despachar prontamente al portador, informándome de cuanto hayas podido saber acerca de él. Yo, aunque lleno de dolor y sentimiento, soy todo tuyo, etc.

—*Archibald Reeves.*

Carta XVI
George Selby a Archibald Reeves

Sábado, 18 de febrero.

¡Oh, Reeves! ¡Qué pobre niña! ¡La beldad del universo! ¿Cómo quieres que tan terrible nueva no salga de mi pecho? ¿Cómo he de ocultar mi consternación? Mi mujer la advirtió, quiso saber la causa y yo no he podido contarle tan fatal suceso. ¡Ah!, sí, fatal. Su abuela no sobrevivirá a él ni un momento. Nosotros se lo ocultaremos todo el tiempo que sea posible; pero ¿cómo se lo hemos de ocultar? ¡Ah! ¿Es pues cierto que nuestra amada niña ha desaparecido? ¡Oh, Reeves, Reeves!

Yo di tu carta a mi mujer y se desmayó antes de acabarla. Siempre me han parecido las máscaras una extravagancia más bien que una

depravación, pero ahora me he convencido de que son el más detestable de todos los entretenimientos.

Tú estás fuera de ti mismo y no sin motivo. ¿Quién de nosotros será capaz de moderarse? ¡Oh, amada, amada hija! ¡Cuánto no habrá padecido tal vez a la hora esta! Pero ¿debíamos haber permitido que se alejase de nosotros? Tú tienes la culpa: tú, que no quisiste quedar desairado; tú, que te obstinaste en llevarla a esa ciudad de perdición.

Algún perverso licencioso, estoy seguro de ello... mas no es Greville. Se le vio aquí anoche bajar de su silla de posta y a nadie traía consigo. Una media hora después, aunque ya era muy tarde, envió un criado para que nos cumplimentase de su parte y de la de nuestra querida Harriet, asegurándonos que la había dejado con buena salud y más dichosa (según nos hizo decir en su acostumbrado estilo) que dispuesta a hacer dichoso a otro. Greville no ignora que nuestra vida depende de la suya.

Búscala, Reeves: restitúyenosla contenta y con perfecta salud, sin lo cual jamás perdonaremos a los que fueron la causa de su viaje. ¡Oh, querida sobrina! Ella se dejó vencer: ella no tenía pasión por ver a Londres. ¡Qué genio tan dulce, tan afable y oficioso! ¡Ay de mí! ¡A cuánto no estará quizás expuesta! Hazla buscar por todas partes; pero nada omitirás, no lo dudamos. Que nadie se liberte de tus sospechas. Esa milady Williams... Una conspiración de esa naturaleza no se ha hecho sin tener parte alguna mujer. ¿No era amiga de Hargrave? ¡Ese Hargrave! Greville no puede ser. Aun cuando no tuviésemos las pruebas que te he manifestado, Greville por malo que sea, no es capaz de semejante infamia. No excuses ningunos gastos para comunicarnos las primeras noticias que se tengan buenas o malas.

Greville ha estado aquí ahora mismo y no hemos podido verle ni le hemos comunicado nada. Se fue muy sorprendido por haberle dicho uno de nuestros criados que habíamos recibido algunas malas nuevas que no nos permitían ver a nadie. Los criados no podían instruirle mejor. Sin embargo, nuestro sentimiento y la vista de tu librea les hace pensar que ha sucedido algo a su señorita y así están llorando todos. Observan nuestros semblantes con una curiosidad muda, pero triste y ansiosa. Nosotros no abrimos la boca en su presencia, y sólo les mandamos por señas.

¡Oh, Dios mío! ¡Después de tantos años felices y de serlo nosotros mismos vernos en tan poco tiempo los más desdichados! Esto no hubiera sucedido si... pero no hablemos más de ello. ¡Oh, gran Dios del cielo y de la tierra! ¿Qué le sucederá a esta infeliz abuela? Lucy y Nancy perderán el juicio. Pero no hablaré más de este triste suceso. Apresúrate a escribirnos y disimula la confusión de esta carta. No sé lo que ha escrito mi pluma, mas no por esto dejo de ser tuyo.

—*George Selby.*

Carta XVII
Archibald Reeves a George Selby

Los criados de milady Williams han hallado los silleteros de tu amada sobrina. Estos dos miserables confiesan que les embriagaron hasta dejarles como muertos, y tienen por seguro que se mezcló alguna cosa en el licor. Sus averiguaciones para encontrar a los que les convidaron a beber han sido inútiles hasta ahora; pero eran dos lacayos cuya librea especifican nombrando también su amo y calle. Nosotros no conocemos esta librea ni hemos oído el nombre del amo, por lo que estos informes no nos dan más luces que las que teníamos. Todo lo respectivo a esta conspiración parece sepultado en una infernal obscuridad. Estos dos hombres dicen que han de encontrar a los lacayos que les engañaron, aunque se hayan metido debajo de tierra, y asimismo a los silleteros que se alquilaron en su lugar.

A cada momento nos vienen mensajeros con diferentes avisos; pero nada se nos ha participado todavía que pueda consolarnos, cuyo motivo me detiene en casa. ¡Oh, amado primo! No sé adónde dirigir mis pasos ni en cuál resolución permanecer. Despacho mis criados en el instante que llegan, pero con menos confianza que desesperación. Cuenta con que esta acción infame es de Greville. Aunque no haya hecho un mensajero más que partir, espero su vuelta con una impaciencia mortal.

Yo iré escribiendo todo lo que pueda ofrecerse para tener siempre una carta prevenida y hacerla llevar inmediatamente que nos venga alguna noticia. Sin embargo, nada espero que nos saque de dudas sino por conducto tuyo.

Nuestras sospechas comienzan a recaer sobre el lacayo, este Wilson que sólo ha tres días entró a servir a Harriet. Si no estuviera mezclado en el negocio, se hubiera oído hablar de él o de los silleteros que alquiló, y aun hubiera vuelto a casa. No se me persuadirá a que han sido robados o asesinados todos tres. ¡Maldita máscara! Jamás, jamás...

¡Oh, estimado primo! El lacayo de Harriet debe de ser un pícaro infame. A Sarah (pues mi mujer está tan mala que no puede pensar en nada), a Sarah la camarera de mi prima se le ocurrió hacer descerrajar y abrir el baúl de este malvado, y no vale cuatro peniques cuanto se encontró en él. Sin embargo, el traidor no hablaba el día antes más que de sus montones de ropa blanca y de vestidos. ¡Qué taimado picarón si él lo es! Toda la casa le quería y nuestra misma niña le había tomado cariño: todo lo sabía y conocía a todo el mundo.

¡Malditos sean su saber y su habilidad! ¡Y cuánto cuidado no pusimos para buscarle un criado excelente!

A las once.

Acabo de llegar de Smithfield y he visto a la hermana del traidor, pues ya no dudo llamarle así. Hablo de Wilson, que es un bellaco consumado.

Esta mujer se encogió de hombros a varias preguntas que le hice después de haberle preguntado qué era de su hermano. Temía, me dijo, que se hubiese hecho alguna cosa no regular; pero estaba segura de que su hermano no era capaz de haber robado.

—Lo que ha cometido —repliqué yo— es mil veces peor que un robo.

Quiso que se la informase de ello, y habiéndole dado a entender lo acaecido, me respondió que su hermano era un joven de mucho talento y viveza que buscaba sin duda algún medio para pasar honradamente su vida, y que era cosa muy lastimosa hubiese amos en el mundo que empleasen a sus criados en empresas vituperables. Yo le pregunté de qué carácter era un fulano Bagenhall a quien su hermano había servido, y tuve la imprudencia de hacer algunas amenazas que sin duda la amedrentaron, porque cuando volví a hablar de Bagenhall, me protestó que no daría más respuesta hasta saber si estaba en peligro la vida de su hermano. Con este motivo salí por fiador de su vida con tal que ella me proporcionase encontrarle antes que hubiese sucedido ningún mal a su ama, y le pregunté adónde se le podría buscar; pero me dijo que no sabía nada de esto, y no pude sacarle ni una palabra más. Figúrate tú mi irritación. Le ofrecí una cantidad muy considerable, por que me dijese siquiera lo que sabía de Bagenhall y de los que solían ocupar a su hermano, y no obstante juró que nada diría sin saber antes si corría algún riesgo su vida. ¿Qué he de hacer, no habiendo presenciado nadie esta conversación?

Yo me apresuré a volver a casa para informarme de lo que podía haber sucedido en mi ausencia; pero bien pronto veré otra vez a esta mujer en compañía de dos amigos, prometiéndome que se le escaparán algunas palabras que puedan aprovecharnos. Mas durante todas estas dilaciones, ¡cuál será la suerte de nuestra adorada niña! No puedo tolerar mis propios temores. La Williams se halla en la mayor angustia y aflicción. He despachado un hombre a caballo a un amigo que tengo en Reading para que me informe mejor del carácter de este Bagenhall. Dios sabe el fruto que se sacará de ello. El caballero Allestree nos asegura que no le es desconocido este apellido, y que tiene a Bagenhall por un hombre abandonado a los placeres. Mas ¿qué se ha de decir de Wilson? El infame no podía vivir, como tuvo el descaro de decirnos, con un amo que se recogía muy tarde y de una

vida desarreglada. ¡Qué embustero tan taimado!

A la una de la tarde.

Los criados de la Williams han descubierto y traído uno de los silleteros que alquiló Wilson, y ante todas cosas me aseguré de él, aunque parece ingenuo. Le dije que si era inocente, más bien debía esperar recompensas que castigos, y en vista de esta promesa los criados de la Williams fueron a buscar al otro que al parecer se había detenido por el miedo. Sin duda vendrá, si no tiene ninguna culpa, aunque no sea más de para confirmar la declaración de su compañero.

A la dos de la tarde.

Tu impaciencia habrá sido extremada; pero he tenido necesidad de algunos momentos para serenarme antes de principiar mi relación. ¡Oh, amada, amada Harriet!

El nombre del silletero que tengo en casa es *Macpherson,* y su compañero se llama *Dermot.* Wilson les alquiló para llevar una señorita a Paddington [9]. ¡A Paddington! ¡Oh, pícaro infame!

Los silleteros objetaron la distancia y el peligro; pero según confiesa Macpherson, con el fin de que se les pagase mejor su trabajo. Tocante al peligro, les dijo Wilson que al salir de Londres se le unirían tres compañeros bien armados; y por lo que hacía a la distancia, les prometió que se les pagaría generosamente y dio a cada uno un escudo en señal. Además, les dio de comer y beber en una hostería inmediata, donde para prevenir verosímilmente su curiosidad les dijo que su ama era una señorita que esperaba heredar un gran caudal, que se hallaba entonces en el baile, y que se había convenido en escaparse con su amante, aunque este sólo se dejaría ver en la casa adonde habían de llevarla; que a la verdad ella pensaba ir en derechura a la iglesia para casarse inmediatamente, y que sin embargo de la hora que era creía la esperaba un sacerdote; pero que deseando el caballero mirar por su reputación no menos que cumplir sus promesas, quería ver antes si podía lograr el consentimiento de la familia; que en vista de esto podría suceder que, reparando la señorita en lo largo del camino, pareciese amedrentada e hiciera varias preguntas; que por cuanto había en el mundo no era él capaz de causarle el menor sentimiento; pero que se había encargado de engañarla en algo por su propio bien, y porque después del buen éxito de la empresa quedaría satisfecha de esta inocente impostura; que por consiguiente cualesquiera que fuesen las órdenes que ella les diese, sólo debían obedecer las de él; que ellos serían recompensados más de lo que podían esperar; y últimamente, que no debían hacer caso ni aun de los gritos de su ama, porque estaba llena de temores y en una continua

irresolución que sólo podía fijarse con las buenas resultas del suceso.

Aún fueron mayores las precauciones que tomó el infame traidor; pues les advirtió que no diesen ninguna respuesta a las preguntas que les hicieran los que acompañasen a su ama hasta la silla, y que confiaran en él. Antes les había encargado que si veían otras sillas, se quedasen un poco atrás y siguiesen fielmente su hacha.

Macpherson ha dicho que en el momento que yo dejé a Harriet en la silla, echó las cortinas con la mira sin duda de ocultar su traje de máscara.

Bien instruidos por Wilson, los silleteros se pusieron inmediatamente en marcha sin esperar nuestras tres sillas. No obstante, mi amada prima hubo de oír la orden que les di. Los silleteros caminaron mucho antes que al parecer ella lo advirtiese, y aun entonces habiéndoles llamado dos veces se hicieron sordos; pero a la tercera se detuvieron y el lacayo se acercó a tomar sus órdenes.

—¿Adónde estoy, Wilson? —preguntó Harriet; y le respondió que no quedaba más de un paso para llegar a casa—. Paréceme —dijo ella — que se me ha hecho dar una vuelta muy grande —Y el traidor la replicó que había sido preciso para huir de la multitud de coches y sillas.

Los silleteros volvieron otra vez a marchar, y según lo que les había dicho Wilson, les salieron al encuentro tres hombres de los cuales tuvieron al uno por el amo, a causa de que llevaba oculto el rostro con el embozo de una capa y tenía en la mano una rica espada; pero no habló ni una palabra ni dio ninguna orden, quedándose detrás de la silla con los otros dos para que no le viese mi prima.

En Marybone [10] habló Harriet otra vez.

—¡Válgame Dios! —dijo con mayor zozobra que antes—: ¿adónde me llevan? Silleteros, silleteros, deteneos. ¿Wilson? Llamad a mi lacayo, silleteros.

Ellos le llamaron y abrieron la portezuela; mas Dermot se puso tan cerca que mi prima no pudo ver a mucha distancia. Wilson les dijo al acercarse:

—¡Qué pesadez! ¿No me dijisteis que estábamos cerca de la calle? Mirad qué zozobras causáis a mi ama. Señorita, al punto llegamos a casa.

Los silleteros continuaron su marcha, confesando que habían errado el camino y aparentando reconocer el lugar donde estaban.

Harriet descorrió entonces las cortinas, y al instante se la oyó decir:

—¡Oh, Dios mío! ¡Favorecedme! ¡Oh, buen Dios! ¿No estoy yo en medio de los campos?

En efecto, se hallaban entre Marybone y Paddington. Macpherson dice que al oírla recurrir a Dios creyó que era demasiado tímida y piadosa para tomar parte en una intriga de amor. Sin embargo, a

instancia de su infame guía se aceleró el paso. Entonces dio Harriet un grito, y como al moverse de ambos lados viese a uno de los tres hombres, imploró su auxilio por Dios. Este miserable habló con desabrimiento a los silleteros y les mandó que se detuviesen. Mi prima preguntó por Grosvenor-Square [11], pues aquí, según dijo, la debían traer.

—Muy bien, señorita —respondió el hombre—: allá estaréis dentro de un instante.

—Es imposible —replicó—: ¿no veo yo campos alrededor de mí? Yo estoy en medio de los campos.

—Este es Grosvenor-Square —se le dijo—: ved sus árboles y su jardín.

—¿Por qué extraño camino nos habéis traído? —gritó Wilson a los silleteros; y al momento apagó su hacha con los pies, mientras que el otro tomando la linterna de los silleteros, sólo les dejó para marchar la escasa luz de algunas estrellas.

Entonces la pobre desventurada dio un grito tan lastimoso que a Macpherson, según confiesa, le penetró todo el corazón; mas no por esto dejó de seguir a Wilson, quien se lisonjeó de llegar al puerto, como él dijo, y guió a los silleteros por una senda excusada a lo largo de la cerca de un jardín. Uno de los tres hombres que se había adelantado, se apresuró a abrir una puerta trasera y la detuvo con la mano. La silla entró en ella, y mientras que se atravesó el jardín para llegar a la casa a que parecía pertenecer, la voz de nuestra infeliz niña dejó de oírse más.

Luego que los silleteros se detuvieron, se supo muy bien la causa, a saber, que nuestra adorada Harriet se había desmayado. Dos mujeres que llamó el hombre de la capa vinieron a socorrerla con grandes muestras de ternura. Dijeron acerca de su belleza algunas palabras de admiración, y dieron pruebas bastante manifiestas de interesarse por ella, como si hubieran temido que fuese demasiado tarde para esperar alguna cosa de sus cuidados. El hombre de la capa pareció turbado. Wilson entró en la casa con los que llevaron a esta amable niña; pero volvió bien pronto adonde estaban los silleteros, quienes vieron que le agasajó y acarició mucho el hombre de la capa. Puso a cada uno de ellos una guinea en la mano, y les acompañó él mismo hasta la última puerta del jardín. No quiso encenderles la vela de su linterna, pero les dio para que les guiase un hombre que les hizo pasar por callejuelas muy sucias y ásperas antes de llegar al principio de una senda que iba a parar a Londres. Es claro que se tuvo la mira de hacer que no pudiesen dar con el mismo camino.

Se me ha traído al otro silletero y ha hecho exactamente la misma relación. He preguntado a ambos qué clase de hombre era el que

vieron con la capa; pero como puso tanto cuidado en cubrirse así dentro de la casa como en el camino, y tuvieron tan pocas ocasiones de verle, me ha dado pocas luces su descripción. Por haberse ofrecido a ello les he permitido que vuelvan al mismo lugar con los silleteros de la Williams para ver si pueden reconocer sus pisadas.

¿Con qué ardor se abrazan los más débiles recursos, cuando no se encuentran otros mayores?

Quise saber de la Williams por qué conducto había llegado a su noticia que Greville se había detenido oculto en Londres, y me nombró una tal señora Breston de la calle de Boundstreet sin poder decirme si esta mujer le conocía. Inmediatamente pasé a la misma calle, y la señora Breston me dijo que había oído esta especie a Hargrave Pollexfen, quien se había explicado acerca de Greville con bastante calor para hacer temer algunas fatales resultas, y que deseando ella evitarlas había informado de esto con la mayor prontitud a la Williams.

Trayendo ahora a la memoria la máscara de la linterna sorda y el deseo que tenía Greville de hacernos creer su partida, ¿puede quedar alguna duda?... Sin embargo, la especie nos vino por Hargrave, ¿y no es verosímil que Greville le hubiera ocultado a él sus designios con tanto cuidado como a nosotros? Quiero ir inmediatamente a casa de Hargrave, en donde había de comer y esperaba visita. Si no puedo lograr el verle, si está ausente... Pero suspenderé las conjeturas hasta mi vuelta.

¡Oh, estimado primo! Empiezo a creer que he hecho una injusticia a Greville, y temo mucho que tu amada sobrina haya caído en manos incomparablemente peores que las suyas. *El señor Hargrave no está en casa, se halla en casa, tiene visita, no se le puede hablar,* son las diferentes respuestas que me dio su portero, en quien noté tanto embarazo como impaciencia advertiría en mí; y así, tengo por seguro que se le han dado algunas instrucciones. En una palabra, me asisten grandes fundamentos para creer que Hargrave no se ha recogido en toda la noche. El hombre de la capa no podía ser otro sino él. Todo lo que el señor Allestree nos dijo de su perversidad, y su orgullosa conducta con nuestra querida Harriet cuando rehusó sus ofertas, se me vienen incesantemente a la memoria. ¡Oh, gran Dios! ¿Habrá ella caído en poder de un hombre de esta clase? ¡Ah, que no salgan ciertas mis primeras sospechas! Greville por peligroso que sea, es más hombre de bien, o cuando no, tiene mucho mejor natural. Sus miras nunca podrían ser menos honradas que las del matrimonio, pero el otro, si es él... no puedo, no me atrevo a concebir esta idea.

Los cuatro silleteros acaban de llegar. Piensan haber encontrado el

sitio; pero después de haber tomado en él algunos informes que me atormentan por extremo, se apresuraron a volver a pedirme nuevas órdenes.

Habiendo entrado en la primera taberna, preguntaron si se sabía en ella de un gran jardín con una puerta trasera que daba al campo y a una callejuela muy sucia; y se les respondió que sí, y que la casa a la cual correspondía daba a la calle principal. Los silleteros pidieron varios licores, y continuando su conversación con el tabernero les informó de que esta casa la habitaba había cerca de un año una familia de muy buena reputación, la cual se componía de una viuda llamada Awberry, de dos hijas y de un hijo mozo de cerca de treinta años que estaba empleado en la aduana, de donde sólo venía el sábado por la noche para volverse el lunes por la mañana. «Pero ha sucedido esta noche», añadió el tabernero interrumpiéndose, «una extraña aventura que me inquietó mucho.»

Al principio tuvo alguna repugnancia en contarla, porque no gustaba de meterse, según dijo, en vidas ajenas, ni en lo que no le iba ni venía; mas al fin les refirió que cerca de las seis de la mañana le había despertado un ruido, y que habiéndose asomado a la ventana había visto en la puerta de la Awberry un coche con seis caballos y tres o cuatro hombres a caballo; que se había vestido y abierto la suya, pero que los cocheros y lacayos estuvieron tan moderados que no se acercaron a su casa a pedir ni una gota de licor. «Templanza rara», dijo, «para gente de librea», y que sólo había servido de excitar más vivamente su curiosidad; que cerca de las siete una de las hijas de la viuda había venido a la puerta con una vela en la mano y había dicho al cochero que arrimase el coche lo más que pudiese; que tres minutos después había venido también a la puerta un hombre con vestido galoneado trayendo debajo del brazo una persona de mediana estatura cubierta con una capa de escarlata, y que se resistía con muestras de grande dolor a la violencia que se le hacía para que entrase en el coche, y pedía auxilio con un tono de voz que se conocía ser de mujer; que el hombre había hecho protestas muy vehementes sobre su amor y honrados pensamientos; pero que a pesar de los esfuerzos de la dama que parecía sumergida en la más amarga aflicción, la había metido en el coche; que al verle entrar con ella había dado un gran grito para pedir favor; que después se había bajado su voz, como si le hubieran tapado la boca con un pañuelo, y que el hombre había principiado a hablar más alto con un tono al parecer de amenaza; y en fin, que el coche había partido con suma ligereza, siguiéndole todos los que estaban a caballo. Durante las resistencias de la dama, observó el tabernero que tenía un rico vestido cubierto con la capa, y media hora después vio llegar otro coche de cuatro caballos, el cual habiendo entrado en él la viuda con sus dos hijas, tomó el mismo camino que el

otro. Entonces le movió su curiosidad a preguntar a la criada de la casa, que era una muchacha simple y rústica, adónde habían ido sus amas tan de mañana, y le respondió que a Windsor o a sus inmediaciones, y que no las esperaba hasta pasados ocho días.

¡Oh, detestable Hargrave! Él tiene haciendas cerca de la floresta de Windsor. Ya no dudo de que es el infame raptor. ¿Quién sabe lo que sufriría nuestra adorada niña antes que la metiesen en el coche? ¡Oh, Dios mío!, dadme paciencia. ¡Infeliz Harriet! ¡Paréceme que veo tus lágrimas y oigo tus ruegos y gritos sofocados! ¡Oh, malvado Hargrave!

Ya he juntado todos los criados y caballos que me han podido facilitar dos amigos míos, y conmigo y mis dos lacayos seremos nueve. Perseguiremos al miserable hasta el fin del mundo, pero no iremos tan lejos para encontrarle. Nuestro primer viaje será a la casa que tiene cerca de Windsor, y si no le encontramos en ella, iremos a casa de Bagenhall en Reading. Sería perder tiempo ir a Paddington, pues la picarona de la viuda y sus dos hijas ya no están allí, y sólo se encontraría una criada mal informada, por cuyo medio no se sabría más de lo que sabemos. Sin embargo, he aceptado la oferta de milady Williams, que me propuso enviar a Paddington su mayordomo con los dos silleteros para facilitarme todas las noticias que a mi vuelta pueda necesitar.

Mañana a las cuatro de la madrugada los seis criados que se me dan y yo mismo con los dos míos bien armados nos hemos de juntar en la esquina de Hyde Park. Es cosa muy dura tener todavía que pasar una noche con esta inquietud, pero tantos criados no pueden antes estar prevenidos. Mi mujer me ha hecho prometerle que imploraré el brazo de la justicia en cualquiera lugar que encuentre al villano raptor o a nuestra querida paciente. Nos dividiremos para seguir los dos caminos informándonos a cada tránsito, y señalaremos el sitio donde nos hemos de volver a juntar. Estoy fatigado sobremanera, pero es el alma la que padece más.

¡Oh, estimado primo! Ya tenemos noticias. ¡Bendito sea Dios! Acabamos de recibir noticias menos felices por cierto de las que podíamos desear; pero mi querida y amable prima está viva: vive todavía y se halla en buenas manos. Lee la carta que se me ha dirigido y que te envío.

«*Viernes, 17 de febrero.*

»Muy señor mío: la señorita Harriet Byron está en seguridad con personas de honor, y en el momento que pudo hacerlo me suplicó que tranquilizase vuestro corazón con este aviso.

»La señorita Harriet ha recibido un trato muy cruel cuyas circunstancias no se halla en estado de referir. La hemos visto más de

una vez sin conocimiento y en esta disposición ha permanecido horas enteras; pero no os sobresaltéis demasiado, pues el peligro de sus desvanecimientos, aunque todavía muy frecuentes, se va disminuyendo mucho.

»El mensajero os dirá quién es mi hermano, al cual debéis la conservación de la mujer más amable de Inglaterra. Tiene orden de serviros de guía a vos y a vuestra esposa, si nos hacéis el honor de venir a una casa donde seréis recibidos con las mayores atenciones; pues la señorita Harriet aún no se halla en disposición de ser conducida a esa Ciudad. Así os convenceréis por vuestros propios ojos de que la cuida con todo el esmero posible vuestra muy humilde criada.

»*Charlotte Grandison.*»

¡Un trato muy cruel! ¡Desmayos! ¡Sin conocimiento horas enteras! ¡Imposibilitada de ser traída aquí! ¡Y su primer cuidado en esta situación es el de tranquilizar a sus parientes y amigos! ¡Oh, amada, amada Harriet! Pero comencemos por alegrarnos, estimado primo, de hallarla en casa tan honrada. El mensajero aguarda mi respuesta, y así me falta tiempo para sacarte copia de ella, mayormente cuando tengo precisión de escribir también a mis dos amigos para decirles que ya no necesito de sus criados.

Harriet está hospedada en una quinta del conde de L..., cerca de Colnebrook. Mi mujer, aunque debilitada sobremanera por lo mucho que ha padecido en esta ocasión, quisiera acompañarme en el viaje; pero es mejor que yo vaya antes para asegurarme del estado en que se halla mi querida prima. Mañana al apuntar el día ya estaré a caballo, y mi lacayo llevará un portamanteo bien provisto por mi mujer de todo lo que puede ofrecerse a las personas de su sexo. Harriet con su traje de máscara causaría seguramente la mayor extrañeza a su libertador.

El mensajero que me ha entregado la carta no me ha podido informar bien; pero he aquí en pocas palabras lo que he sabido por él. Su amo es el caballero Charles Grandison, que poco ha se ha restituido de sus viajes. Muchas veces he oído hablar de su padre el caballero Thomas Grandison, que murió algunos meses ha. El honrado mensajero no se cansa de alabar a su amo, y ha hecho también muchos elogios de la señorita Charlotte su hermana. Me ha dicho que yendo el señor Charles a Londres en un coche de seis caballos había tenido el feliz encuentro de mi desgraciada prima. Hargrave ha sido el vil raptor, y siento en mi corazón haber sospechado de Greville. Charles Grandison tenía negocios en Londres y continuó su viaje después de haber libertado a nuestra querida niña y de haberla confiado a los cuidados de su hermana. ¡El cielo le colme siempre de

beneficios!

El malvado Hargrave, según lo que el mensajero ha podido comprender, está herido de peligro. Grandison lo está también, pero a Dios gracias tan ligeramente que esto no le ha impedido proseguir su camino después de tan gloriosa acción. Yo quise dar al mensajero una buena gratificación, mas se resistió tanto a tomarla excusándose con que servía al más generoso de todos los amos, que me vi precisado a retirar la mano.

Envío esta carta con un propio. Las demás circunstancias te las comunicaré por la posta, y me lisonjeo de no tener que participarte ninguna cosa más sensible. Quedo a tu disposición, etc.

—*Archibald Reeves.*

Carta XVIII
Archibald Reeves a George Selby

Sábado, 18 de febrero.

Acabo ahora mismo de llegar de ver a mi amada prima, y tú esperarás que te refiera hasta las menores circunstancias de un suceso tan desagradable, y de cuanto sea respectivo a nuestro protector y su familia. No hay en Inglaterra quien se pueda comparar a Charles Grandison y a su hermana.

Eran las nueve de la mañana cuando llamé a la puerta de la quinta y pregunté por la señorita Harriet, y habiendo yo dicho quién era, lo cual se hubo de presumir, se me introdujo en una hermosísima sala, donde se presentó a poco tiempo una joven del mejor aire que era la señorita Charlotte Grandison. Le di mil gracias por su carta y por los apreciables avisos que me había dado tocante a la vida y seguridad de lo que más amamos en el mundo; y la señorita me respondió que Harriet, de quien acababa de separarse, debía de ser una mujer admirable, y que yo aún no la podía ver.

—¡Oh, señorita! —exclamé con tanta extrañeza como dolor—: yo me había lisonjeado de encontrarla mejor.

—No os inquietéis, señor —replicó la señorita Charlotte—: la señorita no está peor, pero necesita de reposo. Si su desgracia hubiera durado más tiempo…

—¡Ah, señorita! —la interrumpí—; vuestro generoso, vuestro noble hermano…

—Es el mejor de todos los hombres —continuó ella interrumpiéndome también—. Sus delicias, señor, consisten en hacer bien, y estoy persuadida a que por sólo este acontecimiento se tiene por un hombre feliz.

Yo pregunté si mi prima estaba tan mala que no se me podía

permitir el verla un momento, y la señorita Charlotte me respondió que no hacía más que salir de un desmayo en que había caído al querer hacer la relación de su historia y al pronunciar el nombre del miserable que había causado todas sus penas; que aun en dos días sólo incompletamente había hecho esta relación, sin lo cual se nos hubiera instruido mejor por medio del mensajero; que cuando yo la viera, debía mirarme mucho en lo que decía; que se había hecho ir un médico hábil, quien no la dejaba un instante y encargaba particularmente el sosiego, asegurando que con un poco de quietud y de sueño natural la libertaría del peligro.

—Conozco en vuestro semblante vuestra impaciencia —añadió—; pero es menester darle tiempo para que se serene. Entonces le diré que habéis venido y la veremos juntos.

Yo manifesté un ardiente deseo de saber siquiera cómo se la había libertado, y entonces me dijo la señorita Charlotte:

—Eso os lo diré, si gustáis, mientras nos desayunamos, pues yo iba a hacerlo cuando llegasteis.

Tocó una campanilla, y habiendo traído inmediatamente el té nos sentamos con tanta familiaridad como si nos hubiésemos conocido mucho tiempo.

—Se evitan —continuó ella— todas las preguntas que pueden causarle impresión. Yo misma no estoy muy bien informada del pormenor de su libramiento. A mi hermano le llamaban a la corte negocios urgentes, y apenas sus criados pusieron el pie en tierra. «No dudo», me dijo, «de que la señorita que fío a tu cuidado se hallará bien pronto en estado de satisfacer tu curiosidad»; pero ha caído ella en tales desvanecimientos y se han repetido tantas veces, según iba representándose en su imaginación el peligro de donde había escapado, que me he visto precisada a contener mi impaciencia hasta la vuelta de Charles, a quien espero hoy cerca del mediodía.

—¡Sagrados cielos! —exclamé amargamente— ¡Cuánto mi amada Harriet habrá padecido! Ah, ¿y no he oído yo decir que había habido una riña? Espero, señorita, que el señor Charles...

—Yo lo espero también —me interrumpió—; y la misma impaciencia que vos tenéis por ver a vuestra prima, tengo yo por volver a ver a mi hermano. Mas habiéndole manifestado mis temores, me protestó a fe de hombre de honor que su herida no era casi nada. Mi hermano es un hombre de verdad, y cuando hace una protesta semejante, se le puede creer.

Entonces pregunté a la señorita Charlotte si no se había sorprendido mucho al ver que le presentaban una joven vestida con tan extraño traje.

—Lo dejo a vuestra consideración —me respondió—. Yo estaba en mi cuarto cuando entraron precipitadamente a decirme que Charles

me rogaba bajase por un momento, y que habiendo libertado a una dama muy bella de las manos de una cuadrilla de ladrones (pues esta fue la primera relación que se me hizo), había vuelto con ella. A mí me causó tan fuerte impresión la inesperada vuelta de mi hermano, y me compadecí tanto del terror y aflicción de su compañera, luego que puse en ella los ojos, que no pude hacer ningún reparo en sus vestidos. Ella estaba temblando, y Charles a su lado la animaba con las más tiernas expresiones. Yo la saludé abrazándola y le prometí todos mis cuidados, con cuyo motivo quiso echar una rodilla en tierra para recibir mis caricias: tanto su infortunio parecía haberla humillado. Pero habiéndola sostenido mi hermano, consintió en sentarse dando por excusa su debilidad.

»—Vos tenéis a la vista —me dijo recorriendo con los ojos su vestido— un espectáculo bien extraño; pero confío, señorita, en que no por esto formaréis peor juicio de mi inocencia. Este odioso traje no fue de mi gusto. ¡Cuánta confusión me causa! Se quiso que yo fuese con este disfraz a una máscara: ¡fatal entretenimiento! Yo no sabía lo que era... y esta es la única vez. No penséis mal, señor —volviéndose hacia mi hermano con las manos juntas y alzadas—, de la que habéis libertado tan generosamente. No penséis mal de mí, señorita —volviéndose hacia mí—: nada tengo que vituperarme: un hombre vil, el más vil de todos los hombres... —Y no tuvo fuerzas para acabar.

»Mi hermano me encargó que primero hiciese todos mis esfuerzos para que recobrase sus espíritus, y que después tomase sus órdenes para comunicar a su familia su feliz libramiento.

»—Una joven de este porte —añadió— no puede haber desaparecido un momento sin causar vivas inquietudes a todos sus parientes.

»Mi hermano le repitió que estaba en una casa de honor y que para mí sería el servirla grande felicidad. La señorita Harriet quería que la llevasen a la corte, y reparando yo en que miraba atentamente sus vestidos, le propuse si gustaba de tomar algunos de los míos. Charles le dijo que si estaba resuelta a partir, montaría a caballo para dejarle su coche, y que estaba cierto de que yo la acompañaría de buena gana; pero antes que pudiese aceptar estas ofertas a lo que al parecer estaba dispuesta, le faltaron las fuerzas y la vi caer a mis pies sin conocimiento. Mi hermano esperó a que siquiera abriese los ojos.

»—No hay que pensar —me dijo— en hacerla partir: que se llame un médico al instante. Está demasiado débil y abatida para que pueda tolerar el movimiento del coche. Tú tomarás sus órdenes para dar aviso a su familia inmediatamente que pueda darlas —Y se despidió de mí después de haberme prometido que vendría hoy a comer conmigo. Al partir repitió—: vos os halláis en parte segura, señorita, aquí no tenéis nada que temer —y ella le dio las gracias con un

movimiento de cabeza, sin ser capaz de pronunciar ni una sola palabra.

—¡Y ojalá que Dios —dije a la señorita Charlotte— le colme siempre de sus más preciosos favores en cualquiera parte adonde vaya!

La señorita Charlotte me dijo que la quinta en que estábamos pertenecía al conde de L..., recién casado con su hermana mayor, a quien él había llevado a Escocia, donde se hallaba situada la mayor parte de su hacienda; que se esperaba pronto su vuelta, y que sólo había tres días que ella misma estaba en Colnebrook con el fin de hacer preparar todo lo necesario para su recibimiento.

—Ha sido fortuna para vuestra prima —añadió— que mi hermano hubiese tenido la condescendencia de acompañarme y que por causa de sus negocios se hubiese visto en precisión de ir a Londres. Él se había propuesto volver hoy para llevarme a esta ciudad esta tarde. Nuestra familia está muy unida, señor Reeves, y jamás la ternura de la sangre ha sido mayor entre un hermano y sus hermanas. Mas ¿a qué este pormenor? Espero que nosotros nos conoceremos mejor, pues os confieso que me tiene ya encantada la señorita Harriet.

Después del desayuno, que aceleró mucho por complacerme, me condujo al cuarto de mi prima, y habiendo hecho que me quedase en la puerta de la alcoba, se acercó con mucho tiento a la cabecera de su cama. No hizo más que entreabrir la cortina e inmediatamente oí la agradable voz de nuestra Harriet.

—¡Qué de molestias os causo! —dijo tiernamente a su bienhechora.

La señorita Grandison le suplicó con una graciosa familiaridad que no le tuviese este lenguaje. Después le preguntó si quería prometerle el no sorprenderse demasiado con mi llegada, y ella le respondió que no podía sentir más que alegría. Entonces me hizo entrar la señorita Charlotte y me acerqué a la cama para besar en ella mil veces una preciosa mano que se alargó hacia mí.

—¡Te vuelvo pues a ver —exclamé con lágrimas en los ojos—, te vuelvo pues a ver, querida Harriet, que eres la delicia de tantos corazones! ¡Adorada prima! ¡Te vuelvo pues a ver en una manos dignas de ti! ¡Ah!, me es imposible decirte todo cuanto hemos padecido.

—No —me respondió—, no me digas lo que creo comprender. Pero ¿sabes, primo, que he venido a parar a un lugar celestial?

La señorita Charlotte la interrumpió, notándole el exceso de su reconocimiento, e inclinándose hacia mí me suplicó recordase que el médico encargaba el reposo.

Si Charlotte trata su agradecimiento de excesivo, nosotros, amado primo, que sabemos cuán agradecido es el corazón de nuestra incomparable niña a los más pequeños favores, nosotros podremos

concebir cuál será en efecto el exceso de su reconocimiento al generoso hermano que la ha libertado, a la hermana que se esmera en cuidarla tan tiernamente, a dos personas extrañas a quienes cree deber el honor y la vida. Esta idea por sí sola era capaz de trabarme la lengua con el miedo de causarle demasiada agitación. Sin embargo, a pesar de la reconvención que se me acababa de hacer, no pude resistir al pensamiento que se me vino de pronto a la imaginación.

—Yo no haré a mi prima más que una pregunta —dije con bastante embarazo—: ¿la violencia de ese malandrín ha sido... —Yo iba a decir, *con otra mira que la del matrimonio*, pero la señorita Grandison me cortó.

—Vos no haréis ninguna pregunta —me dijo— que pueda resucitar ideas desagradables. La señorita Harriet, ¿no está viva? ¿No se halla aquí y muy cerca de recuperar enteramente su salud? Vos tendréis paciencia hasta que se halle en estado de haceros su relación.

—Ya no diré más palabra —repliqué—: es el vehemente deseo de la venganza...

Mi prima tomó la palabra y me dijo:

—Yo obedezco al médico, pero si soy capaz en algún tiempo de perdonar al autor de mi desgracia, será por haberme ella ofrecido la ocasión de conocer a la señorita Charlotte Grandison, aunque con sus favores contraigo una deuda que nunca podré pagar.

Aquí se detuvo, y yo creí encontrar en estas expresiones una muy buena prueba de que no se le habría hecho la mayor de todas las violencias; pues si no, nunca hubiera supuesto que podría alguna vez perdonar a su enemigo.

Harriet propuso levantarse, y la señorita Charlotte, viendo sus ojos más serenos, dijo que consentía en ello con tal que lo permitiesen sus fuerzas, y que no había necesidad de que volviera a ver su odioso traje. Entonces les hablé del portamanteo que cuidadosamente había prevenido mi mujer, e hice que lo llevasen al momento.

Quiero concluir aquí mi carta, no sea que se pase la hora de la posta. Además, el sueño me está precisando a que descanse de mis fatigas. No me queda para mañana más que una gustosa materia, y es tal el juicio que formo de tu impaciente curiosidad que acaso satisfaré a ella por medio de un propio.

El señor Rowland estuvo aquí ayer dos veces y esta mañana ha estado también. De parte de mi mujer se le dijo que por un negocio inesperado se había visto Harriet en precisión de hacer un corto viaje que no duraría menos de dos o tres días. Tiene ánimo de restituirse a su país al fin de la semana.

Si nuestra querida niña se halla mañana algo más sosegada, se restituirá el lunes según piensa, y yo le he prometido estar en

Colnebrook la mañana de este día. ¡Qué de contento no causará aquí a todos su llegada!

No he tenido todavía tiempo ni deseo de pensar en el miserable raptor que nos ha ocasionado tan mortal inquietud.

—*Archibald Reeves.*

Carta XIX
Archibald Reeves a George Selby

Tú esperarás la serie de mi relación y te voy de contado a complacer.

La señorita Charlotte, que me había hecho pasar con ella a una pieza inmediata, mientras que había dejado a sus criadas con mi prima, me dejó después de haberle dado tiempo para vestirse, y volvió casi al punto.

—Es —me dijo— la mujer más hermosa que he visto jamás; pero habiéndome parecido que está muy trémula, la he persuadido a que se meta en su cama, y le he asegurado además que vos os quedaréis a comer en casa.

En vano me excusé con mi impaciencia por traer felices nuevas a mi mujer; pues se me respondió que era inútil mi resistencia y que la hermana haría un prisionero, así como el hermano había libertado otro. Aún no sabía qué hacerme, cuando precisándonos a mirar al patio un ruido de caballos, vimos salir de su coche al señor Charles Grandison.

Entró con la mayor gentileza y dirigiéndose a mí, me dijo:

—Sé que tengo el honor de ver al señor Reeves —Y volviéndose hacia su hermana le pidió perdón por haber entrado sin pasarle recado, excusándose con que sabía estaba conmigo y con su ansia por saber de la señorita Harriet.

Le dimos cuenta de que nuestra querida enferma se había levantado y aun vestido; pero que estaba todavía tan extenuada que se la había hecho permanecer en su alcoba. Entonces me dio la enhorabuena por la esperanza que teníamos de su pronto restablecimiento.

El señor Grandison está en la flor de su edad, y no me acuerdo de haber visto nunca un hombre más bien hecho ni de más bella fisonomía. Después de haberle dado las gracias en nombre de muchas familias y en el mío, no pude menos de hacerle algunas preguntas acerca de su herida, y me respondió que era una bagatela, pues sólo había sacado el vestido roto y el cutis de un hombro un poco despellejado; y en esto pasó la mano por la parte que había señalado para hacernos ver que no le quedaba en ella ningún dolor. Nos dijo que él había tenido mucha ventaja por haber estado Hargrave en coche; que sus reflexiones sobre el acontecimiento de ayer le causaban

tanta más complacencia que, habiéndose informado de la salud de su contrario, había sabido que se tenían buenas esperanzas, por lo menos si se moderaba; que se alegraba de ello verdaderamente y que nunca se perdonaría a sí mismo haber quitado a alguien la vida en el calor de una riña. Después, para mudar de conversación, preguntó por el estado en que se había hallado Harriet, y la señorita Charlotte le satisfizo completamente, extendiéndose mucho sobre las perfecciones de mi prima, que yo confirmé con un justo elogio. Charles agradeció a su hermana sus cuidados como si los hubiese tenido por él mismo, y entonces le suplicamos que nos informase individualmente de la gloriosa acción con que habían recuperado tan amable niña mil personas de honor que la adoraban.

Quiero hacerle hablar a él mismo trayendo a la memoria cuanto me sea posible sus propios términos, y procurando conservar el aire tranquilo con que nos hizo esta entretenida relación.

—Bien sabes, hermana mía, qué negocios exigían mi presencia en la corte, y ha sido mucha fortuna que yo hubiese cedido a tus instancias para acompañarte hasta esta quinta.

»A dos millas de Hounslow vi venir hacia mí con mucha diligencia una berlina de seis caballos. Mi postillón tenía orden también de caminar muy aprisa. El cochero que se nos acercaba parecía dispuesto a disputar el paso al mío y se detuvo un minuto; pero yo mandé a mis criados que se apartasen diciendo que no gustaba de altercaciones por una friolera. Las cortinas de la berlina estaban echadas, y no pude descubrir al principio quién iba dentro; mas al comenzar a rodear conocí las armas de Hargrave Pollexfen, y me pareció haber visto por un lado de una cortina dos personas, de las cuales una estaba cubierta con una capa de escarlata.

»En el mismo instante, una voz que me pareció de mujer hizo estremecerse el aire con sus gritos. *¡Socorro, socorro!,* repitió muchas veces, *¡por Dios socorredme!* Yo mandé a mis criados que se detuviesen, y una voz de hombre que era la de Hargrave mandó a los suyos por la portezuela opuesta que espoleasen con todas sus fuerzas; pero el camino estaba atravesado con mi coche. Continuando los mismos gritos con un sonido que parecía sofocado, di orden a tres criados que me seguían a caballo de parar al postillón de Hargrave, y yo mismo prohibí a su cochero que diese un paso. La cortina de mi lado estaba todavía echada, y Hargrave instaba por el otro a sus criados con muchos juramentos y maldiciones. Yo bajé para ir al otro lado de la berlina. Hargrave juraba con el mayor exceso, y los gritos de la dama no cesaban. Yo vi que Hargrave se esforzaba a taparle la boca con la punta de un pañuelo que al parecer tenía liado por la cabeza; pero inmediatamente que me vio la desdichada dama, alargó sus dos manos hacia mí, pronunciando con el tono más triste: *¡Señor, por Dios!*

»—Señor Hargrave —dije a su tirano—, yo os he conocido por vuestras armas, y me parece que os habéis metido en una empresa vituperable.

»—Sí, señor —me dijo con mucha irritación—: soy el señor Pollexfen y llevo a mi casa una mujer fugitiva —Yo le pregunté si era la suya, y me respondió con juramento—: sí, señor: quería escapárseme en una maldita máscara. He aquí —añadió levantando la capa—: estaba para huirse con este mismo traje.

»—¡Ah! ¡No, no! —gritó la triste dama.

»Hargrave volvió a echar maldiciones a su cochero para hacerle espolear los caballos, pero yo le supliqué que me escuchase.

»—Permitid, señor Hargrave, que haga una pregunta a la señora.

»—Parecéis muy grosero —me interrumpió al momento—; ¿y quién sois vos?

»—¿Sois vos, señora, la señora Pollexfen? —proseguí sin mirarle.

»—¡Ah!, no, no —Esto fue todo lo que tuvo aliento para responder.

»Dos de mis criados se acercaron a mí mientras que el otro tenía sujeto de la cabeza el caballo del postillón. Tres criados que seguían también a Hargrave a caballo estaban parados a distancia de algunos pasos, y al parecer tenían alguna conferencia como si hubiesen temido pasar más adelante.

»—Ojo alerta con esos criados —dije a los dos míos—: algunos pasajeros llegarán que abrazarán el partido de la justicia. ¡Desdichado de ti! —grité al cochero, que quería espolear sus caballos—: el moverte te costará la vida.

»No cesando Hargrave de instarle con la más furiosa irritación, repetí la misma amenaza y pregunté claramente a la dama si deseaba quedar libre:

»—¡Oh, señor! —me respondió—: ¡libradme por compasión! Estoy en poder de un vil raptor, he sido vendida y robada: ¡Libradme, libradme!

»Entonces mandé a mis criados que cortasen los tirantes si no podían de otro modo parar la berlina; que hicieran frente a los otros tres criados y detuviesen a alguno si era posible; y que dejasen a mi cuidado lo demás. Hargrave, creyendo que ya no pensaba tenerle ningún miramiento, desenvainó su espada que tenía entre sus rodillas, y levantando la voz llamó a sus tres criados y les mandó que disparasen a cuantos le impidieran el paso. Yo le dije que mis criados estaban tan bien armados como los suyos, que me obedecerían a la primera señal, y que no le aconsejaba me pusiese en la precisión de darla. Después, dirigiéndome a la señorita, le pregunté si estaba resuelta a ponerse bajo mi protección.

»—¡Oh, señor! —me dijo—; ¡imploro vuestro favor y el de Dios!

»Yo no titubeé más en abrir la portezuela, y Hargrave se valió de

este momento para tirarme una gran estocada acompañada de muchas injurias. Yo, que había tenido alguna desconfianza de él y estaba con cuidado, desvié fácilmente su espada, aunque no dejó de herirme ligeramente en un hombro. Yo tenía la mía en la mano, pero envainada, y habiendo quedado abierta la portezuela, es cierto que no tuve la atención de bajar el estribo del coche para ayudar a Hargrave a que bajase; pero le así del cuello antes que pudiese recobrar la postura que había perdido al tirarme el golpe, y con un terrible sacudimiento que le hizo dar una vuelta al caer de su coche, tuve la gran fortuna de ponerle debajo de una rueda trasera. Le quité su espada, que rompí al punto, y eché los dos pedazos por cima de mi cabeza. Su cochero dio un gran grito, pero las amenazas del mío le contuvieron. Su postillón era un muchacho a quien uno de mis criados había desmontado antes que se acercasen los otros dos, a los cuales había yo mandado que asegurasen, si podían, a los tres criados de Hargrave. Mi única mira era la de contenerles, porque creía que estos miserables, conociendo las criminales intenciones de su amo, estaban ya muy amedrentados.

»Hargrave tenía la boca y la cara llenas de sangre, y me presumí que le habría herido con el puño de mi espada. Una de sus piernas se había metido forcejeando por entre los rayos de la rueda, cuya situación me pareció bastante propia para reprimir su cólera, y grité al cochero que no moviese el coche por el interés mismo de su amo que al parecer se había hecho mucho mal con su caída. Hargrave juraba, maldecía y gritaba con todas sus fuerzas. A la verdad, un hombre tan poco capaz de tolerar una ofensa debía serlo menos de ofender a otro según sus propios principios. Yo no había desenvainado mi espada, como pienso no desenvainarla nunca en ninguna riña particular. Sin embargo, en un lance de esta naturaleza no hubiera tenido reparo en hacerlo si me hubiese visto precisado a ello.

»La señorita, aunque intimidada sobremanera, había encontrado modo para desembarazarse de la capa. Yo no tuve tiempo de poner mi atención en sus vestidos, pero me causó impresión su persona y aún más su espanto. Le ofrecí la mano sin acordarme más que la vez primera del estribo del coche, y creo que ella apenas pensaría en otra cosa que en librarse. ¿No habéis leído, señor Reeves (es Plinio quien lo refiere, si no me engaño, no me acuerdo en qué parte), el caso de un pájaro asustado que viéndose perseguido por un halcón se arrojó como a un asilo al seno de un pasajero? Pues del mismo modo, puntualmente del mismo, viéndome vuestra admirable prima delante de la portezuela del coche, en vez de aceptar la mano que le ofrecía, se precipitó realmente en mis brazos.

»—¡Oh, salvadme, señor, salvadme! —exclamó estando para desmayarse y según creí, imposibilitada para andar, por lo cual tuve

precisión de rodear por los caballos de Hargrave para llevarla a mi coche.

»—Estad segura, señorita —le dije al hacerla sentar—, de que os halláis con un hombre de honor. Voy a presentaros a mi hermana, que es una joven de vuestra edad, y de quien podéis prometeros toda especie de asistencia y cuidados —La señorita echaba alternativamente la vista por ambas portezuelas con señales manifiestas de espanto, como si le inquietase todavía la proximidad de Hargrave—. No temáis nada —le dije—, al instante soy con vos —Y me suplicó que cerrase la portezuela.

»Yo me adelanté algunos pasos, aunque sin perderla de vista, para ver qué había sucedido a mis criados, y supe por ellos que, yendo hacia los otros tres de Hargrave, les habían amenazado estos con sus pistolas. Los tres miserables se pusieron primero en defensa, pero amedrentados, como es verosímil, por sus remordimientos, huyeron prontamente. Mis criados les persiguieron hasta doscientos o trescientos pasos, y venían a mi socorro cuando dejé a la señorita Harriet para llamarles.

»Algo distante vi a Hargrave sostenido por su cochero, apoyándose con todo su peso sobre él y siéndole muy difícil volver a entrar en su berlina. Di orden a uno de mis criados para que le dijese quién yo era, y sólo respondió con maldiciones y amenazas de una furiosa venganza; pero su ira y su rabia eran aún más horribles contra sus criados, a quienes trataba de viles y traidores.

»En esto entré otra vez en mi coche, y la señorita Harriet se había caído en el suelo, donde la hallé casi desmayada y pudiendo apenas abrir la boca para repetir *salvadme, salvadme.* Yo la animé, la levanté, la puse sobre el asiento y me apresuré a traerla a mi hermana, quien sin duda habrá contado al señor Reeves todo lo acaecido después.

Concluida esta relación, iba yo a colmar de elogios y a dar las más expresivas gracias a Charles Grandison; pero conociéndolo él me interrumpió al momento y prosiguió.

—Ya veis, señor Reeves, cuán poco me ha costado esta victoria y que apenas tengo motivo para vanagloriarme de ella. La conciencia del raptor estaba contra él y la de sus criados a mi favor. Los míos son hombres honrados que estiman a su amo, y en una buena causa apostaría por estos tres contra seis que defendieran una mala. El vicio es lo más cobarde que hay en el mundo cuando se le ataca con resolución. ¿Y qué puede temer una gente honrada que defiende la justicia y la virtud?

Parece que Hargrave se restituyó a la corte. ¡Qué papel hará el infame a sus propios ojos! Charles Grandison cuenta que pasando a Smallbury Green los guardas del portazgo contaron a sus criados los

historia de un robo trágico y sangriento cometido el mismo día a dos millas de Hounslow por cinco o seis salteadores a caballo, añadiendo que el caballero que tuvo la desgracia de ser robado en un coche de seis caballos había pasado media hora antes por la barrera cubierto de heridas. También dijeron que le habían oído gemir y que iba a dar cuenta a la justicia de Londres. Otra relación sobre lo sucedido, nos dijo Grandison sonriéndose, es que mientras contaban los guardas su historia, un hombre a caballo que se detuvo a oírla aseguró que todo era un rumor falso, y que no había habido tal robo sino una riña entre dos petimetres, de los cuales el uno había robado al otro una dama muy hermosa.

Estos chistes no me impidieron preguntar seriamente a Grandison si no nos obligaba la prudencia a tomar algunas disposiciones contra la malicia de nuestro enemigo; y me respondió que le parecía el partido más prudente no hacer ruido, por lo menos mientras el agresor pareciese estar tranquilo.

—Las máscaras —añadió— no son diversiones en que pueda honrar a una mujer recibir un insulto. El escándalo —prosiguió— es siempre algo perjudicial aun para aquellos mismos que están seguros de no haber dado el menor motivo para él.

Asegura que el suceso de Harriet contado sencillamente nos facilitará siempre el tomar las disposiciones que nos convengan. En vista de esto, Charles Grandison no es amigo de máscaras. Por lo que a mí hace, aunque viviera cien años, no tendría tentaciones de volver a ellas.

Toda mi impaciencia en la actualidad es por oír la relación de Harriet. ¡Quiera Dios que no sea tal que nos obligue!... Sin embargo, como nuestra amada niña es tan mirada y escrupulosa... aún no puedo contener mi pensamiento. Es necesario armarse de paciencia algún más tiempo.

La señorita Charlotte nos dejó por ir a saber cómo estaba su querida enferma, pero no tardó mucho en volver. Las dos admirables jóvenes entraron juntas, la una apoyada sobre el brazo de la otra, quien la sostenía con el mayor cariño y ternura. Harriet me pareció al principio muy pálida; pero a la vista de su libertador se cubrieron sus mejillas de un rubor gracioso. Charles se acercó a ella con un aspecto sereno y tranquilo por temor de causarle alguna conmoción, y previniendo con atentas expresiones que se le diesen testimonios de un afectuoso reconocimiento, la tomó de la mano para acercarla a una silla, donde apenas se sentó, nos causó su debilidad nuevas inquietudes. La señorita Grandison le dio unas sales que la corroboraron un poco, y entonces abrió los ojos con una languidez lastimosa que los hacía más expresivos, aunque les quitaba alguna parte de su natural brillantez. Harriet quería decir todo cuanto sentía

en su corazón; pero considerando Charles Grandison sus pocas fuerzas, le pidió el permiso de interrumpirla, y se quejó del valor excesivo que se daba a un obsequio común.

—Amada señorita —le dijo en un tono el más tierno—, pues ya me tomo la libertad de trataros con la misma satisfacción que si os hubiese conocido mucho tiempo: todo lo que he sabido del señor Reeves y de mi hermana debe hacerme mirar el día de ayer como uno de los más felices de mi vida. Siento que el principio de nuestra amistad os haya costado tan caro; pero estas apariencias de algún mal producirán un verdadero bien. Yo tengo dos hermanas cuyas excelentes prendas hacen honor a su sexo, y estimaré consintáis en que pueda vanagloriarme en lo sucesivo de tener tres. ¿Qué satisfacción no voy yo a lograr por causa de un suceso que proporciona a mi familia un aumento tan apreciable?

Después, tomó la mano de mi prima y la de su hermana, y juntándolas las apretó con las suyas.

—Si nos hacéis el honor —continuó— de conceder el nombre de hermana a Charlotte, ¿no me será lícito con motivo tan grato aspirar al de hermano vuestro?

La señorita Grandison aceptó alborozada esta proposición, y mi prima, a quien los diversos sentimientos que le impedían hablar tenían confundida, miró a Charles con cierto aire de respeto y de gratitud. La señorita Grandison le miró con mucho placer y yo con admiración. Al fin, Harriet tuvo fuerzas para abrir la boca.

—¿No te dije, Reeves, que había venido a parar a una casa celestial?

Yo temía que se desmayase; pero habiendo tenido Charles Grandison la destreza de hacerla variar de ideas con agradables imágenes de lo futuro que la ofrecían una perspectiva más distante, se halló capaz de sentarse en la mesa con nosotros por espacio de una media hora. No obstante, habiéndose inmutado dos o tres veces su semblante, la instó la señorita Charlotte a que volviese a su cuarto, y sólo quiso fiar de ella misma el cuidado de conducirla. Yo me despedí de ella cuando se retiró. Si no ocurre novedad que retarde su venida, espero que el lunes la volveremos a ver en casa.

Acaba de dejarnos milady Williams, a quien he leído toda mi relación desde el viaje que hice a Colnebrook, y me ha dicho que no le bastarían dos días para enjugar sus ojos. Las mujeres, querido primo, penetran demasiado algunas veces. La Williams y mi mujer tendrían mucho gusto en oír tratarse de hermanas a Charlotte y Harriet en un sentido que no comprendiese respecto de la una la cualidad de hermano de Charles. Si este pasmoso hombre... mas ¿para qué detenerme en este pensamiento? Sin embargo, ningún reparo tengo en

añadir que luego que ocurrió a las dos damas, creí que de cuantos hombres ha visto mi prima hasta ahora, el valiente, el galán, el virtuoso Charles sería quizá el único a quien no sería difícil agradarla si se inclinase a ella. A la verdad, es sobremanera rico y no son menores sus esperanzas tocante a milord W…, su tío materno. Su hermana, que habla de él como de un hombre divino, me ha dicho que no podría casarse sin causar el mayor tormento a infinitos corazones. Sobre este punto otro tanto se puede decir de Harriet. Mas es inútil esta digresión.

Si nuestra adorada niña no se halla bien pronto en estado de escribir, recibirás tal vez otra carta mía. Entre tanto, etc.

—*Archibald Reeves.*

P. D. Mi mensajero llega en este momento con tu respuesta. A la verdad, amado primo, leo en ella algunas líneas que me hubieran atravesado todo el corazón, si no hubiésemos recuperado tan felizmente a nuestra querida niña.

Carta XX
Archibald Reeves a George Selby

Lunes por la noche, 20 de febrero.

Tomo aun otra vez la pluma, pero bien pronto tendrás la complacencia de verla en la mano de mi prima. Esta mañana llegué a las nueve a Colnebrook y encontré a Harriet más restablecida de lo que yo esperaba. Había pasado muy bien las dos noches anteriores, y el día de ayer fue para ella un excelente cordial. Charles Grandison pasó la mayor parte en su gabinete; pero las dos damas no se dejaron ni un momento. Mi prima pone el mérito de estos hermanos sobre las estrellas.

—La señorita Charlotte —dice— tiene mucho juicio y mucha gracia, y el genio más franco y natural. El señor Charles es la ingenuidad y la cortesía misma, sin que sus atenciones tengan nada embarazoso para sus huéspedes. Su despejo en el hablar y en sus modales manifiesta al punto que para complacerle no se le ha de tratar con menos franqueza.

Yo mismo he verificado hoy todo esto. Al llegar esta mañana me expliqué en unos términos más propios del respeto que de la familiaridad, y Charles se valió de esta ocasión para abrazarme y me dijo del modo más atento:

—Estimado señor Reeves, las personas honradas deben amarse desde la primera vista. No retardéis ponerme en el número de vuestros amigos, pues yo os cuento ya entre los míos. Pensaría mal de mí

mismo si notara en un hombre del carácter del señor Reeves una desconfianza de mí que no permitiese a su alma unirse con la mía.

La señorita Charlotte hizo que mi prima le contase toda su historia, y la de una parte de sus parientes entró en ella como era natural.

Estando bastante restablecida Harriet para restituirse a esta ciudad, y juzgando ambos que Grandison haría más gustoso este corto viaje en coche que a caballo, pedí se me permitiese volver en el mismo que me había llevado. Este pensamiento fue de mi prima, por lo que le di alguna cantaleta después de nuestra llegada; mas te pido por favor que no sepa nada de lo que te he dicho, pues no me lo perdonaría. Cuando acepté su proposición, vi muy patente el contento en sus ojos.

Yo llegué a Londres una media hora antes que el coche, habiéndome apresurado tanto más cuanto me lisonjeaba de hacer que Grandison y su hermana comiesen con nosotros. Hallé en casa a la Williams y a la Clements, favorita de todos nosotros, que esperaban con mi mujer la llegada de Harriet. Luego que se oyó el coche, habías de haber visto toda la casa con un alborozo que parecía locura. Los criados se atropellaban disputándose el honor de llegar cada uno el primero a la puerta. Yo mismo fui volando a ella a dar la mano a Charlotte, como lo hizo Grandison con mi prima. Bien puedes considerar con qué lisonjeras y cordiales atenciones le recibirían las tres damas. Las caricias, las enhorabuenas y los aplausos no se pueden contar. Pero quedó burlada mi esperanza de que estos amables hermanos honrasen nuestra mesa a causa de que tenían negocios urgentes. Al despedirse, prometió Charlotte que vería pronto otra vez a su hermana Harriet, y que la trataría con la mayor estrechez. La Williams y mi mujer se quedaron admiradas de la gallarda presencia y nobles modales de Charles. A ninguno de nosotros ha dejado de llamar mucho la atención un acontecimiento por el que podría llegar a su colmo nuestra felicidad; pero la modestia de Harriet y su salud no tan restablecida que dejase de causarle el viaje alguna agitación, no nos permitieron alargar demasiado esta conversación. Ella pidió permiso para retirarse, y nosotros mismos la instamos a que descansara algún tiempo.

Creo haberte dicho que yo había aceptado la oferta de la Williams, quien en la terrible incertidumbre que teníamos ha cuatro días propuso enviar su mayordomo a Paddington. Pues lo único notable que nos ha referido es que la viuda y sus hijas están en buena reputación, como se nos había asegurado, de suerte que según todas las apariencias estas tres mujeres esperaban que la familia de Harriet les diese gracias por haber contribuido a su matrimonio con un hombre tan rico. El mensajero que envié a Reading para informarse del carácter de Bagenhall nos ha dicho que está en muy mal concepto por su perversa conducta y que pasa por el mayor amigo de Hargrave;

pero a Dios gracias ya no tenemos que ver nada con estas gentes. Me presumo que Hargrave aún no sale de su casa; y se susurra que tiene el juicio medio vuelto, de manera que sus mismos criados no se acercan a él sin precaución. Ha despedido vergonzosamente a todos los que le acompañaron en su odiosa empresa. Ignoramos qué herida es la suya, mas realmente la tiene aunque no de peligro. También se dice que se encoleriza a menudo haciendo amenazas contra Grandison: ¡Dios conserve uno de los mejores hombres del mundo y el más digno de su protección!

Harriet está en ánimo de escribir mañana por la posta a Lucy y de hacerle una extensa relación de todo lo que ha padecido. He prometido decirle cuanto pueda traer a la memoria de lo que ya te he comunicado con el fin de excusarle inútiles repeticiones; y ella me ha encargado te diga que principia esta noche para que no te quede ninguna inquietud sobre el estado en que se halla. Recibe para ti mismo y para toda tu familia mil enhorabuenas por la feliz llegada de una persona que tanto amamos.

—*Archibald Reeves.*

Carta XXI
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes, 20 de febrero.

¡Es cierto que aún te escribo, mi querida Lucy! ¡Que te escribo a ti, es decir, a todos mis amados parientes, y que te escribo con alegría convidando a todos a tomar parte en ella! ¡Qué de gracias debo dar al cielo!

Jamás podrás tú concebir de cuántos peligros él me ha libertado, ni cuánto han sufrido mi cabeza y mi corazón. Aún no me atrevo a pensar en los tormentos que te he causado. ¡Con qué ligereza concluí mi carta! ¡Qué vana y qué indiscreta estuve! Pero vamos prontamente a mi triste historia, pues sobremanera te habrá molestado ya tu impaciencia.

Empiezo por confesarte que sin embargo de todo el contento que yo afectaba al hacerte tan frívola pintura de mis galas, de mis conquistas y de otras circunstancias igualmente ridículas, no tuve el menor gusto en la máscara ni en verme rodeada de una cuadrilla de locos que se mostraban admirados de mí al paso que yo únicamente les miraba con desprecio, como me miraba a mí misma. Pero aún he dicho muy poco: toda la función me desagradó y repugnó.

En esta legión de insensatos había, querida prima, dos verdaderos demonios; mas el peor, el más infernal se presentó con traje de arlequín. Dio mil vueltas y brincos, e hizo mil habilidades y corcovas

por mucho tiempo alrededor de mí, y por último me dijo que conocía a la señorita Harriet Byron y que era el odioso y despreciado Pollexfen. Sin embargo, no estuvo nada desatento conmigo, ni tuve el menor recelo de las violencias que pensaba hacer.

Ya ha contado Reeves que me vio en la silla que el picarón de mi nuevo lacayo había proporcionado. ¡Oh, querida Lucy! Ya cayó para siempre uno de los principales ramos de mi vanidad. ¡Yo, pretender sacar ningún conocimiento de la fisonomía! De ninguna manera. En vista de este ejemplo, no debo tener ya la menor confianza en las luces que creía facilitarme la inspección del rostro para juzgar de los sentimientos del corazón. También ha contado Reeves todo lo respectivo a la silla y a los silleteros. ¿Y cómo pintarte mis sobresaltos y zozobras cuando principié a sospechar tan negra maldad? Pero luego que habiendo descorrido las cortinas de la silla me vi engañada por otro pérfido cuyo favor imploré en vano, y no percibí más que campos todo alrededor y que se apagaron bien pronto las luces, hice estremecerse el aire con mil terribles gritos que duraron hasta que no tuve fuerzas para gritar. Yo caí en un profundo desmayo con el cual me sacaron de la silla, y habiendo vuelto un poco en mí me hallé en una cama cercada de tres mujeres, de las cuales una me tenía puestas sales debajo de la nariz, habiéndome casi apestado con un fuerte olor de cuerno de ciervo y plumas quemadas. En la pieza no vi ningún hombre.

—¿Dónde estoy yo? ¿Quién sois vos, señora? ¿Y quién sois vos, y dónde estoy yo? —Fueron las primeras preguntas que repetí muchas veces.

Las tres mujeres eran una madre y dos hijas, y la madre me respondió que no estaba en malas manos.

—¡Quiera Dios que no me engañéis! —repliqué, clavando con mis ojos trémulos los suyos.

Entonces me aseguró que no se pensaba hacerme daño, sino por el contrario una de las mujeres más dichosas del mundo, y que ella no era capaz de tener parte en una maldad.

—¡Ay de mí! —volví a replicar—: me atrevo... me atrevo aún a creerlo. ¡Compadeceos de mí, señora! Vos parecéis una madre y estas jóvenes parecen vuestras hijas. Salvadme, os lo suplico encarecidamente. ¡Salvadme, señora, como salvaríais a vuestras hijas!

La madre me dijo que aquellas dos niñas eran hijas suyas y unas jóvenes prudentes y modestas, y que no se me quería hacer ningún mal; pero que un hombre de los más ricos y bien nacidos de Inglaterra estaba muerto por mí y sólo aspiraba a un honroso matrimonio.

—Vos no estáis inclinada a ningún hombre —añadió—, y así seréis su mujer. Consentid en ello si queréis evitar terribles desgracias; pues amenaza con la muerte a cuantos queráis preferir a él.

—¡Ah! —exclamé al punto—: esa será una vil invención de Hargrave Pollexfen. Él es, ¿no es así? Él es. Hacedme el favor de decírmelo: os suplico que me lo digáis.

Entonces me levanté para sentarme sobre el borde de la cama y en el mismo instante vi entrar al miserable Pollexfen. Yo di un grito y él se arrojó prontamente a mis pies. Mi cabeza se dejó caer por sí misma sobre el seno de la señora anciana, a quien le fue muy difícil sostener mis espíritus con agua y sales. Si no se hubiera retirado, si hubiera permanecido más en mi presencia, es cierto que me hubiera desmayado; pero habiendo levantado la cabeza y no viendo más que a las tres mujeres recobré algunas fuerzas y comencé a suplicarles, a instarles y a prometerles recompensas si facilitaban mi evasión o respondían de mi seguridad. Mas en esto vi entrar otra vez al tan odioso hombre.

—Os pido por favor, señorita Harriet —me dijo con un aire mucho más arrogante que la primera vez—, que no os inquietéis y escuchéis lo que os tengo que decir. De vos y de vuestra elección depende ser lo que queráis ser y hacer lo que gustéis de mí. Vuestros terrores no sirven de nada: ya veis que soy hombre de resolución. Señoras —hablando con las tres mujeres—, servíos de salir.

—No, no —grité yo—, no me dejaréis aquí sola —Y cuando se iban me puse detrás de la madre, a quien seguí hasta la antesala, donde me dejé caer a sus pies, y estrechando sus rodillas con mis dos brazos le dije anegada en lágrimas—: ¡Ah!, ¡salvadme, salvadme!

El miserable entró al punto, y yo dejé a la madre y me puse de rodillas delante de él sin saber lo que hacía. Acuérdome de haberle dicho torciéndome las manos:

—Si sois capaz de compasión, si sois sensible a alguna cosa, señor, os suplico que os apiadéis de una infeliz.

Supongo que hizo seña a las mujeres para que saliesen, pues dejaron todas tres la pieza en que yo estaba.

El cruel raptor, después de haberme clavado un momento con la vista, me dijo con un aire de desdén:

—Yo he implorado vuestra piedad, señorita; la he implorado también de rodillas, inexorable señorita, y no la habéis tenido de mía: pues ahora vos habéis de rogar y suplicar, aunque no lo haréis con mayores veras que yo lo hice. Ya veis que se ha vuelto la tortilla.

—¡Ah, bárbaro! —exclamé levantándome. Mi cólera se había encendido, mas pronto se apagó también—. Os ruego, señor Hargrave... —Y me torcía las manos como en un insulto de frenesí. Yo me acerqué a él, corrí hacia la ventana, después hacia la puerta sin pensar no obstante en salir ni por la una ni por la otra, aun cuando hubiesen estado abiertas. Porque, ¿adónde podía yo ir? Y volviendo hacia él, le dije—: ¡Señor Hargrave! ¡Por Dios! ¡No me tratéis con

crueldad! Yo no he sido jamás con nadie cruel: bien sabéis que he sido siempre atenta con vos.

—Sí, sí —me dijo con una sonrisa irónica—: atenta y muy testaruda también. Vos no me habéis dicho nunca injurias, ni yo, señorita Harriet, os las he dicho tampoco: vos habéis sido política y creo no haberlo yo sido hasta ahora menos que vos; pero acordaos, señorita... pero, querido y adorado dueño... —Y el pérfido me quiso abrazar.

Yo me desvié por excusarlo y le supliqué que no tratase con indignidad a una desgraciada soltera a quien había engañado tan vilmente.

Hargrave me respondió que no comprendía mi pensamiento, y yo le pregunté si era capaz de añadir el insulto a la traición.

—Vos tenéis formado mal juicio de *mis costumbres* —me dijo con un tono malicioso.

—¿Y es este pues —repliqué—, el medio de que os valéis para que lo forme mejor?

—Vos experimentaréis en mí, señorita, una generosidad que no habéis tenido conmigo, y veréis que no pienso ni en insultos ni en venganzas. Vos habéis picado mi vanidad, mas no obstante conoceréis que soy hombre de *buenas costumbres.*

—Entonces, señor Hargrave, os bendeciré de todo corazón.

—Pero vos sabéis, señorita, lo que es necesario ahora para justificar a los ojos del público mi proceder. Sed mía, señorita: sed mía por los mejores medios que dicta el honor. Yo os ofrezco mi mano: consentid pues en ser la señora Pollexfen. Que se acaben todos los resentimientos, o... no imputéis vuestros pesares sino a vos misma.

—¿Cómo es eso, señor? ¿Os parece justificado vuestro indigno proceder con esas ofertas? Aquí tenéis mi vida, que no puedo defender; pero mi alma y mi mano son mías, y la una no se separará de la otra jamás.

Mis piernas estaban temblando, y así me eché en una silla cerca de la ventana, donde me puse a llorar amargamente. Hargrave se acercó a mí viéndome mirar a todas partes por no verle, y me dijo que en vano buscaba modo de escapar; que era suya sin remedio y que aun lo sería con más seguridad; que me aconsejaba no le redujese a la desesperación; que me juraba por cuanto había de sagrado... aquí se detuvo como amedrentado de su propio arrebatamiento. Me miró de pies a cabeza y echándose de pronto a mis pies, estrechó mis rodillas con sus odiosos brazos. Este hecho me estremeció y di un grito, e inmediatamente se presentó una de las jóvenes seguida de su madre.

—¿Qué, qué, señor? —exclamó esta mujer—: en mi casa...

«¡Gracias a Dios», dije entre mí, «que hay más honor en esta casa que el que me había imaginado!» No obstante, advertí muy bien, mi querida Lucy, que estas tres mujeres miraban el matrimonio como una

reparación de cada insulto.

El monstruo se quejó mucho de la libertad que se habían tomado en ir sin que las llamasen.

—Yo había creído —les dijo con desabrimiento—, que conoceríais bastante vuestro sexo para no inquietaros por el grito de una mujer. Vuestros vanos temores me hacen pensar en lo que no me había venido a la imaginación.

La vieja repitió que quería se respetasen su casa y sus hijas; y volviéndose hacia mí me protestó que de allí no saldría sino con la cualidad de mujer legítima del señor Hargrave Pollexfen. Entonces juró él que no tenía otras miras.

Pero, querida mía, ¡aún tengo otras muchas cosas que contarte! Mis súplicas y mis lágrimas fueron poco atendidas. Sin embargo no cesaba de repetir con las manos cruzadas mis instancias, cuando una de las hijas vino a decir a mi tirano que le esperaban en la puerta.

«¡Válgame Dios!», dije entre mí: «¡qué es lo que me amenaza!» Y en el mismo instante vi entrar a un sacerdote de la más horrible fisonomía que jamás he visto [12], con un libro en la mano que advertí ser un ritual y que estaba abierto por el folio del matrimonio. ¡Terrible espectáculo! Yo me arrojé a él empujando por un lado a Hargrave y por el otro a la Awberry, a quien de un codazo hice bambolear, y me eché a sus pies:

—¡Ministro de Dios! —le dije con las manos juntas y levantadas hacia el cielo—: ¡alma noble y virtuosa!, pues estas prendas corresponden a un digno eclesiástico: si habéis tenido alguna vez hijas [13] o sobrinas, ¡salvad a una desdichada joven que por medios viles se ha robado a sus parientes! ¡A una joven inocente que nunca ha hecho mal a nadie, que ama a todo el mundo, y que no quisiera haber causado el menor pesar! ¡Salvadme de una violencia inaudita y no santifiquéis con vuestro ministerio un vil atentado!

El sacerdote, si acaso lo era, procuró al parecer afirmarse sobre sus piernas para sostener su monstruosa gordura, y pronunció menos su respuesta que la resolló por las narices. Cuando abría la boca, las costras del tabaco caían hasta sus dientes con gran copia de humores amarillos que las teñían del mismo color. Me miró con ojos torcidos y tomando mis dos manos que se hallaron como sepultadas en las suya, me pidió que me levantase, que no me arrodillase delante de él, y que estuviese bien segura de que no se me quería hacer ningún mal.

—Yo no tengo más de una pregunta que haceros —me dijo tomando resuello a cada palabra—. ¿Quién es el caballero de galones de plata que está en mi presencia? ¿Cómo se llama?

—Es el señor Hargrave Pollexfen —le respondí—, uno de los hombres más perversos del mundo sin embargo de lo que aparenta.

El miserable Hargrave sólo respondió con una sonrisa, como si le

complaciese presenciar mi aflicción.

—¡Ah, señorita! —me interrumpió el sacerdote, inclinándose hacia él—: no habléis así de un hombre de esta calidad. ¿Y puedo yo saber quién sois vos? ¿Cuál es vuestra gracia?

—Yo soy, señor, Harriet Byron: una pobre e inocente criatura —añadí mirando mis vestidos—, no obstante el indecente traje con que me hallo en vuestra presencia. Imploro vuestra piedad —Y aun me eché otra vez a sus pies.

—¿Vos sois de Northamptonshire, señorita, y no sois casada? ¿Cómo se llama vuestro tío?

—George Selby, señor. Mi tío está reputado por hombre de honor y os recompensará más de lo que podáis desear, si...

—Todo está bien: veo que no se me ha engañado. No me creáis, señorita, capaz de dejarme corromper por promesas. Antes que pase la noche seréis la mujer más feliz del mundo.

Entonces dijo a las tres mujeres que se acercaran, y yo advertí mejor que antes su espantosa figura. Hargrave se acercó también, y estos dos horribles sujetos se pusieron a mis dos lados. Mi vil raptor tomó una de mis manos a pesar de toda mi resistencia, y al mismo tiempo vi entrar otro sacerdote tan horrendo como el primero, que era verosímilmente el que había de ayudar en la abominable ceremonia. El primero comenzó al instante a leer la fórmula fatal.

¡Oh, mi querida Lucy! ¿No se te parte el corazón por tu Harriet? El mío estaba agitado por unos movimientos que no te puedo describir, y que sólo podrían compararse a la terrible turbación de mi espíritu. Se me tenía la mano tan sujeta que estaba inmóvil. Yo forcejeaba inútilmente y me hallaba sin aliento para gritar. Aún me sofoca esta sola relación, y así permíteme que respire algunos minutos.

Yo estaba con un verdadero frenesí.

—¡Deteneos! —grité al fin—: dejad de leer... —Y logrando desprende mi mano así el libro del sacerdote, que por fortuna arranqué de las suyas—. Perdonad, señor —le dije—: vos no llevaréis al cabo vuestra horrible determinación. Yo he sido engañada con la mayor indignidad: yo no puedo, yo no quiero ser suya jamás.

—Proseguid, proseguid —le dijo Hargrave, volviendo a tomar mi mano con la mayor violencia—: por muy colérica que esté la reconoceré por mi esposa. ¡Qué mudanza, señorita! —me dijo con un tono de burla— ¿Sois vos la dulce y la atenta señorita Byron?

¡Ay de mí, querida Lucy! Esto no era cólera sino un enajenamiento de mi espíritu y un extravío de la razón. Feliz no obstante por haberme puesto en un estado que me libertó de un desmayo, puesto que el miserable había protestado que por este no me libraría.

—Proseguid, proseguid —replicó aún, y el sacerdote volvió a

principiar la fórmula.

Yo le interrumpí otra vez, vituperándole el horrible abuso que hacía del nombre de Dios y de la santidad de su ministerio. Después me dirigí a las dos hijas, cuya piedad imploré haciéndoles presente lo que debían a su sexo, y les pedí el auxilio que desearían para ellas mismas si fueran tratadas con semejante barbaridad. Las expresiones de mi dolor fueron tan lastimosas que las vi llorar, y la misma madre empezaba a mostrarse enternecida. Sin embargo, el inhumano Hargrave mandaba siempre que se prosiguiera, y yo no tenía otro recurso que el de interrumpir al sacerdote cada vez que quería principiar. Admiro la fuerza que tuve para mantenerme en pie. Mi cara estaba toda encendida, y la mano, que tenía siempre entre las del tirano que la apretaba con violencia, estaba tan entorpecida que ya no la sentía. Yo levanté la otra hacia el cielo tomándolo por testigo de una inhumanidad nunca vista, pidiéndole la muerte y repitiendo que la prefería mil veces a mi horrible situación. El asistente, que había callado hasta entonces, propuso que se me tapase la boca para impedir mis quejas, y no sé lo que hubiera producido este tremendo consejo; pero la señora anciana, oponiéndose a él con mucha firmeza, suplicó a Hargrave que me dejase algunos momentos con ella y sus hijas.

—Sí, sí —dijo el sacerdote—, es menester dejar a las señoras juntas: un poco de reflexión reduce algunas veces los ánimos.

Hargrave soltó mi mano y la Awberry la tomó al punto para llevarme a un gabinete inmediato, adonde nos siguieron sus dos hijas. Allí me creí al principio cerca de caer desmayada, y fue necesario echar mano otra vez de las sales y cuerno de ciervo. Luego que me creyeron las tres mujeres en disposición de oírlas, me ponderaron mucho las riquezas de Hargrave, y yo les respondí que las despreciaba; me hicieron presente sus honradas intenciones, y yo mi invencible aversión; exageraron los méritos de su persona, y yo les dije que a mis ojos era el más horroroso y aborrecible de todos los hombres; y en fin me hablaron del peligro en que estaba y de la dificultad que tendrían en libertarme de un trato mucho más inhumano.

—¡Dificultad! —exclamé yo—: pues qué, señoras, ¿no es vuestra esta casa? ¿No tenéis vecinos? ¿No podéis gritar para que se me socorra? Me obligo a poneros en la mano mil guineas antes que se pase la semana: ¡mil guineas, mis amadas señoras! Os las prometo bajo palabra de honor si me libráis de una violencia en la que unas mujeres honradas no pueden tener parte jamás.

Mis perseguidores, que no estaban distantes, oyeron sin duda parte de este razonamiento, y Hargrave acudió al punto con el rostro encendido de ir o malicia. Dijo a las tres mujeres que se echaba a sí mismo la culpa de haberles quitado mucho tiempo de sueño, y que podían retirarse dejándole con una mujer que ya era suya; pero la

Awberry le respondió que no debía alejarse.

—Vos me haréis este favor —replicó—, vos y vuestras hijas —Y tomándome de la mano me dijo con tono imperioso—: Señorita Harriet, contad con que sois mía. Vuestro Greville, vuestro Fenwick y vuestro Orme, cuando sepan las fatigas y los gastos que me ha costado conseguiros, me reconocerán por su superior.

—En crueldad, señor —no pude menos de interrumpirle—. No hay tigre en efecto que pueda disputárosla.

—*¿En crueldad?* —me dijo, afectando una voz femenil— ¡Es la señorita Harriet la que habla de crueldad! ¡Vos, señorita —tomando otra vez el tono violento—, que os lisonjeáis de humillar a una legión de amantes despreciados! Acordaos del modo con que me habéis tratado, ¡estando de rodillas y humillado en vuestra presencia como el más vil de todos los hombres! ¡De rodillas para implorar vuestra piedad! Mis sumisiones ¿han podido ablandar vuestro corazón? ¡Oh, ingrata y orgullosa! Sin embargo, yo no os humillo, contad con esto: no pienso en humillaros. Mi única intención, señorita, es la de engrandeceros, la de haceros rica y feliz... mas si os obstináis en rehusar una mano que os ofrezco... —Quiso llevar la mía a su boca y yo la retiré con despego. Procuró asirme la otra y me las llevé ambas a la espalda. Alargó el atrevido prontamente el cuello para darme un beso, pero encontré al punto el auxilio de mis dos manos para repeler su odiosa cabeza—. ¡Admirable mujer! —exclamó con un aspecto y un tono afectuosos; y en seguida tratándome de cruel, orgullosa e ingrata juró por Dios que estaba resuelto a humillarme si no aceptaba inmediatamente su mano— Salid —dijo a las tres mujeres—: hacedme el favor de salir: ella será la señora Pollexfen o todo lo que yo guste: dejadme solo con esta señorita.

El malvado raptor asió a la madre y a las dos hijas para llevarlas a la puerta del gabinete, y yo me abracé de la que estaba más cerca de mí.

—¡Vos no me dejaréis! —exclamé enajenada— ¿No es vuestra esta casa? ¡Libradme de sus crueles manos, y juro partir mis bienes con vuestra familia!

Hargrave tuvo fuerzas para desprenderme de la que yo tenía abrazada, y todas tres salieron precisadas en la apariencia por el modo violento con que las instaba a ello, pero quizá de inteligencia con él. En mi turbación, aún no dejé otra vez de asirme de la última, y la supliqué y la insté de nuevo a que no me abandonase, y viendo que iba a salir quise escaparme con ella. Pero el indigno hombre, apresurándose a empujar la puerta cuando estaba yo medio fuera de ella, me dio en la cabeza con tanta violencia que al punto me salió de las narices un arroyo de sangre. Di un grito y Hargrave se asustó al parecer; mas yo me intimidé tan poco que volviéndome a él le

pregunté si estaba contento y le felicité por haberme quitado la vida. En realidad, se me quitó la vista, llegó casi a faltarme el aliento y me sentía con la cabeza muy pesada y el brazo sumamente dolorido. Sin embargo, para no sacrificar la verdad al aborrecimiento, diré que su intención no fue la de hacerme mal.

Mi dolor era tan vivo que estuve algunos momentos como fuera de mí, y me eché en la primera silla que encontré.

—¡Ya pues me habéis muerto! —dije—: sea enhorabuena: ¡ya me habéis muerto con vuestras propias manos! Nada os queda ya que desear para vuestro contento —Y viéndole muy turbado por la ternura y espanto, añadí—: sí, ahora podéis lamentaros de la suerte de una desgraciada joven a quien habéis quitado la vida —A la verdad, yo me creía herida de muerte—. Yo os perdono —proseguí—: llamad siquiera a las señoras; retiraos, señor, retiraos que no vea yo aquí más que personas de mi sexo.

La cabeza se me iba, mi vista no distinguía ya ningún objeto, y al fin perdí enteramente el conocimiento.

Después se me dijo que Hargrave había estado con la mayor consternación. Había cerrado la puerta por dentro y en algunos minutos no tuvo ánimo para abrirla. Sin embargo las mujeres, que oían lúgubres exclamaciones, llamaron con bastante inquietud, y entonces abrió prontamente maldiciéndose a sí mismo y suplicándoles que me socorriesen si no era ya demasiado tarde. Las mujeres me dijeron que había estado pálida como una difunta, y que al principio no hicieron otra cosa más que lamentarse. Mi sangre se había detenido; pero el monstruo, no olvidándose de su seguridad en medio de sus terrores, tuvo el cuidado de tomar mi pañuelo ensangrentado por temor de que sirviese de testimonio contra él si estaba muerta, y pasó a la otra pieza donde lo arrojó al fuego. El sacerdote y su asistente estaban en el rincón de la chimenea bebiendo aguardiente, y el miserable les dijo:

—Oh, señores, por esta noche no hay nada que hacer. La señorita no se halla en estado... tomad —Y les pidió que se retirasen después de haberles pagado liberalmente.

La muchacha de quien supe bien pronto todas estas circunstancias, añadió que al despedirse ambos sacerdotes se ofrecieron a estarse hasta el día con tal que se les tuviera buena lumbre y no les faltara aguardiente; pero que les había respondido que yo estaba muerta y eran inútiles sus servicios, por lo cual habiéndose asustado mucho al parecer, dijeron que para ellos era ya hora de irse, y que no siendo culpados en mi muerte ni habiendo tenido otra intención que la de servir al señor Hargrave, esperaban que sucediera lo que sucediera no se haría mención de ellos en el proceso.

Al volver en mí me hallé en medio de las tres mujeres, pero

cubierta de un sudor frío y con un temblor que no podía resistir. No había fuego en el gabinete, y así me llevaron a la chimenea que los dos eclesiásticos acababan de dejar. Me pusieron en una silla poltrona porque no tenía fuerzas para sostenerme, y el socorro que me dieron fue el de estregarme las sienes con licores fuertes. ¿Qué piensas, mi querida Lucy, del carácter de los hombres que son capaces de burlarse tan cruelmente de la salud y felicidad de las desgraciadas mujeres por las cuales dicen que están perdidos de amor? Temo que no seré ya nunca lo que era; pues siento todavía algún aturdimiento y algunas pequeñas agitaciones convulsivas que no dejan de causarme dolor.

La madre y la mayor de las hijas me dejaron bien pronto por irse con Hargrave, y yo no pude hacer juicio de sus deliberaciones sino por las resultas de ellas; pero habiéndose quedado conmigo la hermana menor, respondió a todas mis preguntas con grandes señales de franqueza y de compasión. Después de haberme dicho que se admiraba de verme rehusar un hombre tan rico y de tan buena presencia como Hargrave, añadió que yo estaba en una casa donde se hacía grande aprecio de la buen reputación; que su madre no haría ninguna cosa irregular por todo el oro del mundo; y que tenía un hermano empleado en la aduana que era uno de los oficiales más honrados de esta profesión. Confesó que conocía a mi nuevo criado, y alabando mucho su fidelidad a todos los amos que había tenido antes que a mí, como si todo el mérito de un criado consistiera en una obediencia ciega, me dijo que Wilson era un lindo muchacho y bien educado, que sabía buscar la vida, y que podría ser algún día un excelente marido. Al instante conocí que la inocentilla estaba enamorada de este infame hipócrita; pues tomó con ardor su defensa y me aseguró que era un joven honrado, y que si había hecho algo malo alguna vez, habría sido por mandato de los que le pagaban para que les obedeciese.

—Los amos son responsables de ello —añadió—: bien lo sabéis, señorita.

Nosotras fuimos interrumpidas cuando esperaba informarme mejor, pues creo haber descubierto que Wilson ha sido el principal agente; pero la hija mayor llamó a su hermana, y Hargrave se presentó al momento.

Tomó una silla y se sentó muy cerca de mí echando una pierna sobre la rodilla de la otra, apoyando el codo en la rodilla de aquella y teniendo la cabeza bastante inclinada para que su mano la sostuviese. No abrió la boca, pero se mordía los labios. Me miraba un momento y después inclinaba la vista a otra parte, repitiéndolo esto cinco o seis veces, como si meditase algún malvado proyecto. «¡Odioso hombre!», dije entre mí, temblando por este extraño silencio y temiendo alguna nueva escena. Al fin me resolví a hablarle con toda la dulzura que me

fuese posible, por miedo de recibir otros insultos.

—Y bien, señor Hargrave, ¿se ha satisfecho ya vuestro rigor contra una joven que no os ha hecho ni ha pensado nunca haceros mal? —Yo me detuve, y él no me respondió— ¡Qué de tormentos no habéis causado a mi primo Reeves y a su mujer! Mi corazón se duele de ellos —Me detuve otra vez y prosiguió en el mismo silencio—. Me lisonjeo, señor, de que tendréis algún sentimiento por las penas que me habéis hecho padecer, y por las que habéis causado a mis parientes y amigos. Me lisonjeo, señor...

Y me interrumpió con un terrible juramento. Yo callé creyendo que proseguiría hablando, pero no dijo nada más. Solamente mudó de postura y esto fue para volver a tomar inmediatamente la misma.

—Estas mujeres parecen buena gente. Me lisonjeo de que sólo habéis pensado amedrentarme: el haberme traído a una casa honrada es prueba de que en vuestras miras...

Hargrave me interrumpió segunda vez con un gran suspiro, y creí que iba a responderme; pero hizo un gesto, meneó la cabeza y volvió a apoyarla sobre la mano.

—Os perdono, señor, todo cuanto he padecido por vuestra causa. De mis parientes me compadezco mucho más. Al amanecer, que no creo distante, pediré a estas señoras que comuniquen a mi primo Reeves...

Entonces se levantó apresuradamente y me dijo:

—Señorita Harriet, vos sois una mujer, una verdadera mujer —Y se detuvo un momento, llevándose el puño a la frente. Yo no sabía en qué vendría a parar esto—. Señorita Harriet —continuó—: vos sois la más taimada hipócrita que he visto en mi vida. Sin embargo, no ignoraba yo que la mejor de vuestro sexo puede desmayarse y perder el conocimiento cuando lo tenga por conveniente —Esta cruel ironía me hizo temblar, y Hargrave prosiguió—: ¡qué estúpido, insensato, ridículo y bobo soy! Merecía que me quemaran por mi simple credulidad. Pero os confieso, señorita Harriet... —Aquí me miró con ojos torcidos, y como si se le hubiese olvidado lo que quería decir, dio dos o tres paseos por la sala.

—¡Estar moribunda media hora entera —se decía a sí mismo—, y tenerme de pronto un lenguaje tan picante! —Yo guardaba el más profundo silencio, y él volvió a proseguir—: ¡maldita sea mi necedad de haber despedido al sacerdote! Creía conocer mejor los artificios de las mujeres. Sin embargo contad, señorita, con que todos vuestros ardides os serán inútiles: lo que no se ha hecho aquí, se hará en otra parte: lo juro por el Dios que está en los cielos.

Yo me puse a llorar sin poder articular palabra.

—Comenzad otra vez a perder el conocimiento —me dijo el bárbaro—: ¿tan dificultoso os es otro desmayo?

El aire de su rostro correspondía a sus indignos vituperios.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¡favorecedme con vuestra protección!

Hargrave no me dijo más que estas cuatro palabras:

—Vuestra suerte está decidida —E inmediatamente llamó a una criada que entró al punto con un capotillo en la mano y le dijo al oído algunas palabras con que pareció quedar satisfecho.

Luego que ella salió, se acercó Hargrave a mí con el capotillo. Yo me estremecí, yo temblé, y sintiéndome cerca de desmayarme me así del respaldar de una silla para sostenerme.

—Vuestra suerte está decidida —repitió en un tono resuelto—: poneos este capotillo, ponéoslo que los desmayos vendrán cuando os parezcan necesarios.

—¡Por Dios, señor Hargrave!

—¡Por Dios, señorita Harriet! Yo tenía partes más seguras que esta donde acaso tendré algún más poder sobre vos. Poneos este capotillo, os lo digo otra vez: aún puede seros útil vuestra condescendencia.

Yo levanté la voz para llamar a las mujeres; pero Hargrave me dijo que habían desaparecido, y él mismo llamó a dos de sus criados que prontamente acudieron a su mandato. Esta vista aumentó mis temores y grité otra vez tan alto como me lo permitía mi debilidad; mas no pudiendo acordarme del nombre de las mujeres, sólo dije, *señora... señorita,* con muy poca fuerza para que me oyesen de muy lejos. No obstante, la hija mayor acudió a mis gritos.

—¡Oh, amada señorita! —le dije tomando aliento—, ¡qué dicha la mía de volver a veros!

—Y la mía también —dijo el monstruo; y le suplicó que me pusiese el capotillo.

—¿Por qué? —grité yo— ¿Qué se quiere hacer conmigo? —Y rehusé absolutamente el tomarlo; pero el bárbaro me apretó tanto con sus brazos los míos por la misma parte en donde había sentido el más vivo dolor, que no pude menos de dar un gran grito, y la muchacha se aprovechó de esta ocasión para ponerme el capotillo en la cabeza.

—Ahora, señorita Harriet —me dijo mi tirano—, estad tranquila, fingíos furiosa, o recurrid a vuestros desmayos: para mí todo es uno, y aun lo último convendría más a mis intenciones. Señorita, dad las órdenes —dijo a la muchacha, y ella se salió con una vela en la mano.

Después llamó a uno de sus lacayos, que vino con una capa encarnada debajo del brazo, y el bruto la tomó y despidió a todos sus criados después de haberles dicho lo que debía hacer.

—Vida mía —me dijo con aire de insulto—, en vuestra mano está vuestra suerte, si a nada os resistís —Y me puso la capa.

Yo dejé correr mis lágrimas con abundancia, le hice las súplicas más lastimeras y aun quise arrojarme a sus pies; pero el tigre, como justamente le llamó Greville, no hizo ningún caso de mí, puso todo su

cuidado en liarme con la capa, y tomándome de la mano me llevó de por fuerza hasta la puerta de la calle. En ella me aguardaba un coche de seis caballos, y la hija mayor estaba en el umbral con su vela. Le supliqué que me ayudase a detenerme y llamé en alta voz a su madre y hermana. Pedí por favor que se me permitiera decir siquiera cuatro palabras a la madre; mas nadie pareció, y a pesar de mis ruegos, de mis esfuerzos y de toda mi resistencia, se me metió en el coche.

Yo vi muchos hombres a caballo entre los cuales me pareció que estaba mi infame Wilson, y después se vio que no me había engañado. Hargrave le dijo al entrar en el coche después que yo:

—Si encuentras algunos impertinentes ya sabes lo que tienes que responder.

Yo había comenzado otra vez a gritar, viéndome asir con desabrimiento por medio del cuerpo y arrojar en el coche con la misma dureza; y mis gritos se aumentaron al ver a mi raptor sentado junto a mí. El cruel me dijo:

—Gritad, gritad cuanto queráis, señorita.

Y aún tuvo la bajeza de remedarme imitando el balido de la oveja. ¿No le hubieras tú despedazado con tus propias manos, mi querida Lucy? Después de este insulto añadió con un tono de triunfo:

—¡Ya soy pues dueño absoluto de la señorita Harriet Byron!

Mas viendo él que yo no cesaba de gritar, me puso la mano en la boca con tanta violencia, que me hizo morder muchas veces mis propios labios. El cochero, que tenía sin duda sus instrucciones, no esperó otra orden para arrear los caballos, y he aquí ya a tu Harriet caminando.

Teníamos que pasar por una calle bastante larga, y la vista de las casas que yo percibía no obstante la obscuridad me movió a gritar dos o tres veces pidiendo socorro; mas Hargrave, con el pretexto de reservarme del frío, me lio un pañuelo por la cabeza cubriéndome con él enteramente el rostro, y me envolvió con más cuidado que antes en la capa, procurando tenerme sujetos los brazos con todo el peso de su cuerpo para privarme del uso de las manos; y luego que me oprimió a su satisfacción, las tomó ambas con su mano izquierda, mientras que con la derecha que me pasó alrededor de la cintura, me tuvo firme sobre el asiento: por manera que a excepción de una pequeña abertura que yo hacía algunas veces con los movimientos de mi cabeza, tenía la vista absolutamente impedida.

Pero en otra aldea que estaba al paso y en donde el ruido que pensé oír me hizo gritar y esforzarme de nuevo a desprender mis manos, se detuvo el coche y oí claramente muchas voces alrededor de nosotros. ¡Qué de esperanzas no concebí! Pero ¡ah, qué poco duraron! Uno de sus criados, que creo fue Wilson, respondió por todos los demás que aquel era su amo que llevaba a su mujer de Londres en donde con

mucha dificultad la había arrancado de varias amistades.

—Él es el mejor de todos los maridos —añadió el vil impostor—, como nuestra ama, para decirlo claro, es la peor de todas las mujeres.

Entonces di otro grito.

—Sí, sí —dijo uno de los que se habían acercado—: si eres tan mala, grita cuanto quieras: a tu pobre marido es a quien tenemos lástima.

Y el coche volvió a marchar al punto. Mi cruel carcelero dio una carcajada apretándome por medio del cuerpo.

—¿Oís de quién se habla? —me dijo—: de vos es, querida mía: vos sois la mala mujer —Se echó otra vez a reír, y añadió—: por vida mía, que soy un intrigante admirable. Greville, Orme, Fenwick, venid y aprenderéis de mí. ¡Qué pasmosa historia tendremos nosotros que contar, mi amada Harriet, cuando se hayan disipado todos vuestros temores!

Muchas veces estuve cerca de perder el conocimiento, con cuyo motivo le pedí por favor que permitiera me diese un poco el aire; y luego que estuvimos en un camino llano distantes al parecer de la vista de todo el mundo, se dignó de aflojar el pañuelo que me cubría los ojos, pero sin quitarlo de mi boca: de modo que a excepción de algunos momentos en que con los esfuerzos que hacía meneando la cabeza desprendía un poco los labios, no podía articular ni una sola palabra. Aún todavía me queda un dolor penetrante en los dos lados del cuello.

Las cortinas estaban casi siempre echadas, y yo venía en conocimiento de que había casas inmediatas por su cuidado en repetir sus crueles precauciones para impedirme la vista y el habla. Un poco antes del encuentro de mi libertador, habiendo yo conocido por el ruido del empedrado que me hallaba en algún pueblo, desasí con bastante ligereza una de mis manos para apartar el pañuelo con que estaba vendada, y di un terrible grito; pero hizo la barbaridad de meterme al punto su mismo pañuelo en la boca hasta hacerme recelar que me ahogaba; y aún ahora me resiento de esta violencia como de otras muchas.

A la verdad, Hargrave se excusaba algunas veces conmigo por la dureza a que según decía, le precisaba mi invencible obstinación.

—¡Qué grande desgracia para vos —me decía— ser mujer de un hombre como yo! Es indispensable que os resolváis a ello o a otra cosa peor. Toda vuestra resistencia es inútil, ¡y que el cielo me castigue si no me vengo del embarazo que me causáis! Vos no tenéis consideración para conmigo, señorita Harriet, ¡pues que me maten si yo la tengo para con vos!

Yo no dudaba de su maldad, mayormente no siendo nada tierno su amor. ¿Cómo había yo de haber aprobado con la más pequeña

condescendencia un trato tan bárbaro y de un hombre tan aborrecible? ¡Qué bajeza hubiera sido la mía si hubiese sido capaz de ello, es decir, de olvidarme de lo que me debía a mí misma!

En otra parte donde el movimiento del coche me dio a conocer que marchábamos por un camino áspero y desigual, soltó mis manos para reconciliarse conmigo y ofrecerme el dejar mi vista libre lo restante del camino si quería no gritar más; mas yo le dije que no daría esta especie de aprobación a sus violencias. Después se detuvo el coche, y uno de los criados vino a la portezuela y entregó a su amo un pañuelo con bollos y dulces, y también una botella de vino de Canarias con un vaso. Se me instó con mucha eficacia a que tomara lo que gustase; pero me faltaba el apetito tanto como la voluntad, y respondí que la comida del día antes sería verosímilmente la última de mi vida. Hargrave comió con el mayor descaro y prosiguió insultándome con sus bufonadas. A la poca luz que me permitió ver, advertí que estábamos en un lugar muy desierto y aun distante del camino real, según lo que se presentaba a la vista. Yo no me informé del término de mi viaje, y si me quedaba alguna esperanza de escapar, era al atravesar algún pueblo; mas era poca la que me quedaba, previendo que a cualquiera parte que se me llevase, sería para sufrir nuevas violencias. Yo estaba resuelta a padecer la muerte antes que aceptar su mano; pero mi mayor temor se fundaba en volver a mis desmayos, y respondía lo menos que me era posible a sus bárbaros insultos para conservar las pocas fuerzas con que aún me sentía.

Antes de ponernos otra vez en marcha me dijo que mi terquedad le precisaba a oprimirme como antes; y tomando el pañuelo para vendarme los ojos, quiso tomarse algunas libertades y yo le repelí con indignación.

—Vos sois un bárbaro —le dije con la amargura de mis sentimientos—: tengo la desgracia de hallarme en vuestro poder, y el injurioso trato que me dais podrá costaros caro —Y alargando la cabeza hacia el pañuelo añadí—: vos me habéis hecho la vida odiosa: me someto de buena voluntad a todo cuanto pueda acelerar su fin.

Dos arroyos de lágrimas corrían por mis mejillas, y me sentía verdaderamente desfallecer; pero no obstante, el implacable tirano me tapó otra vez con el pañuelo la boca y los ojos, me envolvió en la capa con nuevas precauciones y volvió a tomar mis dos manos con las suyas, sufriéndolo yo todo sin la menor resistencia.

Aún no había andado el coche un cuarto de ahora cuando fue detenido a causa de una disputa entre el cochero de Hargrave y el de otro coche de seis caballos. En el estado en que me hallaba no pude percibir de pronto de dónde venía el ruido; pero habiendo Hargrave asomado la cabeza a la portezuela, tuve modo de desasir una de mis manos y oí la voz de un hombre que mandaba a su cochero dejase

libre el paso. Inmediatamente, con la mano que tenía suelta, aparté el pañuelo de mi boca, lo levanté de encima de mis ojos y grité con toda mi fuerza:

—¡Socorro, socorro!

El mismo hombre que por fortuna era mi libertador prohibió al cochero de Hargrave pasar adelante; y este por el contrario le mandó con terribles maldiciones y juramentos que arrease los caballos a pesar de todas las oposiciones. El desconocido, hablando entonces a mi raptor, le llamó por su nombre y le vituperó que se hubiese metido en una mala empresa. Este miserable respondió que la mujer que conducía era la suya propia, a quien había tenido por conveniente asegurar después de haberla sorprendido en un adulterio (¡qué horrible invención!) y de estar para escaparse de una máscara con su amigo. Entonces levantó la capa que me cubría para acreditar su dicho con la vista de mis vestidos.

—No, no —exclamé cinco o seis veces, e impidiéndome mi agitación el hablar más, extendí las dos manos para pedir que se me protegiera y se tuviese compasión de mí.

El malvado hombre se esforzó a ponerme otra vez en la boca el pañuelo liado que yo había bajado hasta mi cuello, y me dijo algunas groseras injurias con la mayor dureza; pero el incógnito, recelándose de lo que se le había dicho, quiso oírme a mí misma, y a pesar de la rabia de Hargrave, que le preguntaba quién era con aire de desprecio y furiosas amenazas, me preguntó si era cierto que yo fuese su mujer.

—¡Oh, no, no! —Esto fue todo lo que pude responder.

Confieso que, alentada por la fisonomía de mi libertador, no hubiera titubeado desde este momento en arrojarme a sus brazos, aunque en cualquiera otra ocasión hubiera podido amedrentarme su edad. Hubiera sido mucha desgracia la de no salir de las manos de un monstruo sino para caer en las de otro, y que un segundo Hargrave hubiese abusado del sagrado nombre de protector, añadiendo a este crimen el de ser traidor a mi confianza. Mas cualquiera que fuese la nueva desgracia que podría temer, el peligro presente era el único que me llamaba la atención.

Tú concebirás mejor que yo puedo explicarlo el terror que se apoderó de mí, cuando Hargrave, habiendo desenvainado la espada, tiró una estocada terrible a mi defensor en términos que creí le había alcanzado, pues se me impedía la vista por aquella parte; pero también luego que vi a mi tirano arrancado por una mano victoriosa y arrojado fuera de la portezuela con tanta fuerza que el coche tembló, estuve cerca de desvanecerme de alegría como lo había estado de morir de terror. Yo me había desembarazado de la capa y desliado el pañuelo, y el señor Charles Grandison me tomó en sus brazos y llevó a su coche, porque no podía andar. Los juramentos, las maldiciones y las

amenazas de Hargrave las oía muy bien.

—No le temáis más —me dijo el señor Charles—: no hagáis caso de él, señorita.

Encargó al cochero mirase por su amo que estaba en peligro debajo de una de las ruedas traseras, y habiéndome puesto en su coche cerró inmediatamente la portezuela. Se ocupó algunos momentos en ver todos los lugares inmediatos, y después habiendo encargado a uno de sus criados dijese a Hargrave quién era, volvió prontamente a su coche.

El señor Charles me encontró en el suelo de él, adonde yo me había caído sin advertirlo tanto por debilidad como por espanto. Me levantó y procuró animarme con la ternura de un hermano, y sentándose junto a mí dio orden a su cochero de retroceder a Colnebrook. No le movió la curiosidad a preguntarme nada; mas para alentarme me dijo con un tono el más afectuoso que iba a confiarme al cuidado de una de sus hermanas, de cuya virtud y prudencia salía por fiador, y que después continuaría su viaje a Londres. ¡Qué dulzura no experimenté en el camino con verme sostenida por uno de sus brazos en comparación de lo que padecí por los del pérfido Hargrave! Reeves te ha hecho la pintura de su divina hermana. ¡Oh, mi querida Lucy! Son dos ángeles.

No te quejarás de no haberte contado muy por menor mis infortunios y libramiento. Te ofrezco referirte otras circunstancias acerca de este excelente hermano y su hermana cuando haya recobrado algunas más fuerzas. Pero ¿qué te diré de mi reconocimiento? Estoy tan penetrada de él que a presencia de estos dos hermanos sólo puede explicarse con mi silencio. Mis miradas no obstante sirven de intérpretes a mi corazón y el respeto va unido con el agradecimiento. Sin embargo, ¡hay un no sé qué de dulzura y de despejo en los modales del uno y de la otra! ¡Oh, querida Lucy! Si no sintiera que es igual mi veneración a la hermana y al hermano; si después de haber hecho muchas reflexiones no conociera que me es tan apreciable esta amable hermana por la ternura de sus cuidados como lo es su hermano por las felices resultas de su valor que se hace, como bien lo comprenderás, algo de temer al mismo tiempo que de estimar; en una palabra, si no advirtiera que amo a la hermana y que venero al hermano, te aseguro que me tendría amedrentada mi reconocimiento.

Mi carta se va alargando demasiado, y me siento fatigada de haber escrito tanto tiempo. ¡Oh, mis amados parientes y amigos! A vuestras fervorosas oraciones y a vuestro incomparable amor atribuyo la felicidad de mi libramiento. ¡Acaso yo no lo merecía, en vista de la temeridad que me condujo al más ridículo de todos los espectáculos vestida como una loca, según hube de parecer, y exponiéndome voluntariamente a todas las resultas de mi ciega imprudencia!

¡Cuántas veces en el curso de mi desgracia y aun después de su dichoso fin no he puesto en mí la consideración, y la he apartado con tanta vergüenza y disgusto que no han sido la más pequeña parte de mi castigo! Por tanto, querida mía, ya me he despedido de las máscaras para siempre.

Paréceme que a nadie debe comunicarse este fatal suceso sin una verdadera necesidad, y mucho menos a Greville y a Fenwick. Es muy verosímil que buscarían a Hargrave y con particularidad Greville, aunque no tuviera otra mira que la de hacer ruido con su pretensión. Sentiría sobremanera que por mí se ofreciese otro fatal acontecimiento, tanto más que hasta ahora tengo motivos para creer que un suceso tan desagradable no se ha terminado mal. Permanezca enhorabuena, tranquilo y contento de sí mismo tan odioso hombre. La única satisfacción que deseo es la de no volverle a ver más.

Reeves te envía aquí inclusa una carta de mi libertador cuyo asunto verás en ella misma. Adiós, mi amada Lucy.

—Harriet Byron.

Carta XXII
Charles Grandison a Archibald Reeves

Canterbury, 22 de febrero.

He recibido en este momento, mi estimado señor Reeves, una dilatadísima carta de vuestro desgraciado Wilson que me envía a mí, según dice, más bien que a vos, porque teme que no le perdonéis y porque espera de mí que, atendiendo a su arrepentimiento que le parece bien probado por su confesión voluntaria, me interesaré eficazmente con vos para que no se proceda en juicio contra él. Yo prescindo de su buen o mala fe; pero sin embargo, su confesión parece ingenua, y nada le precisaba a fiarla al papel. Como me presumo que vuestra intención no es la de hacer público por medio de una acusación formal un atentado que no ha surtido efecto, la bondad que tengáis de comunicar a la hermana de este miserable que su hermano puede ejecutar libremente sus buenas resoluciones, si su carta es sincera, servirá tal vez a retraerle enteramente de un género de vida que puede no sólo conducirle a él mismo a un fin funesto, sino también ser fatal a muchas personas honradas por los excesos que le haría cometer su desesperación.

La nota de su carta por sí sola, cuando tuviésemos otras pruebas, acredita que es capaz de hacer mucho mal. Confiesa que desde su niñez ha tenido la desgracia de caer en muy malas manos, sin lo cual sus prendas naturales hubieran podido hacerle útil a la sociedad. Se extiende sobre la historia de diferentes amos que ha tenido y sobre los

detestables atentados que ha cometido por agradarles; pero nada se asemeja a la pintura que me hace de un tal Bagenhall de Reading y de un judío de Londres por nombre Merceda, dos famosos malvados, si se le ha de creer, que habiéndole empleado mucho tiempo en toda especie de desórdenes le recomendaron a Hargrave para iguales servicios. Me refiere por menor la horrible empresa cuya dirección había tomado a su cargo, movido no sólo del deseo de merecer el favor de su nuevo amo, sino también de la esperanza de casarse con una muchacha de Paddington, a cuya madre había persuadido a que franquease su casa y auxilios a Pollexfen, prometiéndole una dote considerable para su hija; mas añade que esto era con un fin honrado, y que la Awberry de quien esperaba ser yerno no es capaz de consentir en la menor indecencia. Sea temor o remordimiento, Wilson habla con horror de los extravíos de su vida, y protesta que no pensando ya sino en vivir como hombre de bien se dejará morir de hambre antes que volver a servir a los amos que he nombrado; y para no dejarme ninguna duda acerca de sus intenciones, asegura que en la riña de Hounslow impidió a sus dos compañeros que me disparasen, añadiendo que mi vida está en peligro todavía.

Yo le dispenso de la inquietud que tiene por mí; pero considero que aún es joven y capaz de enmendarse; que su reforma disminuiría el número de licenciosos y aumentaría el de las personas útiles, ¿y quién sabe en cuántas personas del mismo carácter puede influir su ejemplo para el bien o para el mal? Si se casa con la muchacha que pretende y que es de buena reputación, ¿no puede vuestra bondad ganar una familia entera para la virtud?

Su crimen, una vez que no ha llegado a consumarse, no se puede reputar capital, y prescindiendo de lo importante que sería su testimonio si se recurriera a los procedimientos judiciales, paréceme que se puede sacar otra utilidad de su perdón. No pudiendo el más perverso amo ejecutar sus malvados designios sin la ayuda de un mal criado, ¿qué nido de pájaros no se puede disipar de un pronto o por lo menos reducir a la imposibilidad de cometer maldades privando a los tres sujetos nombrados del auxilio de tal agente? Cuando hay algo que perder y se desea evitar toda nota, se toma algunas veces el partido de lo justo antes que fiarse de agentes cuya fidelidad es sospechosa.

Hacedme el favor de ponerme a las órdenes de vuestra señora esposa y de nuestra admirable pupila. Ya veis que puedo honrarme como vos con tan glorioso enlace. Me presumo que esa amable señorita se habrá restablecido en un todo. Tenedme por vuestro, etc.

—Charles Grandison.

Carta XXIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Viernes, 24 de febrero.

Reeves ha hecho decir de contado a la hermana de Wilson que este puede tomar una ocupación honesta sin el menor recelo de nosotros. Hemos resuelto gobernarnos por los consejos de mi libertador. ¡Qué carta la de Wilson!, pues venía con la del señor Charles. ¡Qué hombres hay en el mundo! Les hemos visto semejantes en nuestros libros, pero no hubiera creído que tendría jamás que ver nada con ellos.

Nosotros estamos más inquietos que el señor Charles por el aviso respectivo a su vida. Reeves ha sabido por varios conductos que Hargrave no se estará quieto y que medita mil proyectos vengativos. ¡Para qué he vuelto yo a Londres!

Se me acaba de entregar un paquete de cartas en que veo la letra de mis parientes, de mis amigos y de cuantos sujetos amo en el mundo. ¡Qué placer voy a recibir con sus enhorabuenas!

¡Cuán dulces momentos los que acabo de emplear en la lectura más deliciosa! Pero tú, querida mía, que regularmente me escribes por toda la familia, así como cuanto yo le escribo, es bajo tu nombre, ¡con qué ternura y con qué arte reúnes todos los sentimientos esparcidos en cinco o seis cartas! ¿Dónde encontraré yo voces para explicar todos los míos?

Tú me pides una pintura particular del carácter y persona de Charles Grandison y de su amable hermana. ¿Y había necesidad de pedírmela? ¿Cómo has podido imaginar que después de haber empleado mi pluma en dibujarte el retrato de tantas personas que no se merecen un lugar distinguido, fuese capaz de olvidar dos que son el ornamento de su siglo y aun de la especie humana? No duda, me dices, de que si emprendo su elogio, elevará mi estilo hasta la mayor sublimidad la vehemencia de mi reconocimiento; y prevés que será necesario reducir a sus justos límites todas las bellas cosas para que te ha preparado ya mi primo. Acaso no te engañas en ello, porque se me nota ha mucho tiempo algo de entusiasmo en mi agradecimiento. No obstante, si conoces efectivamente que me excedo, atribúyelo tan sólo a esta causa.

¿Empezaré por el hermano o por la hermana? Ya te hallarás tú armada de malicia. ¡Ah, Lucy!, mira que te entiendo. Pero ten por seguro que yo no percibo en mí más sentimientos que los de agradecida. No obstante, tú me tienes perpleja, porque me persuado a que si comienzo por el hermano, te unirás a tío para exclamar meneando la cabeza: *¡Ah, querida Harriet!* Y si principio por la hermana, ¿no dirás que reservo mi asunto favorito para lo último? Es muy difícil evitar la censura entre jueces que quieren absolutamente ser censores; pero haz enhorabuena el juicio que gustes, mi amada

Lucy: yo te aseguro que sin embargo de este recelo no ha de tener ninguna reserva mi corazón y que mi pluma le será fiel. ¿Qué tengo que temer estando confiada en que cuanto me noten mis parientes sólo puede serme útil y saludable?

La señorita Grandison (pues mi pluma comienza por sí misma por la hermana, piense lo que pensare mi Lucy), la señorita Grandison tiene cerca de veinte y cuatro años. Su talle es gallardo y muy airoso. Tiene dignidad en su porte y unos ojos negros, grandes y muy perspicaces, de los cuales hace lo que quiere, y que son los primeros que se llevan la atención en su rostro. Sus cabellos son del mismo color y de una belleza singular, y están rizados naturalmente. No es de una blancura maravillosa, pero tiene la tez clara y delicada. Sus facciones en general son bien proporcionadas, y su nariz que es un poco aguileña, les da cierta especie de majestad. Sus dientes son muy blancos e iguales, y nada he visto tan pulido como su boca. La modestia y reserva que acompañan a la sonrisa más graciosa inspiran a un tiempo respeto y amor; y cuando empieza a hablar, se advierte lleno de gracias todo su continente.

Ella misma dice que antes de la vuelta de su hermano estaba reputada por altiva, soberbia y maliciosa; mas apenas puedo yo creerlo. Me parece imposible que en el espacio de un año que es a corta diferencia el tiempo que se restituyó Charles a Inglaterra, se pueda desarraigar tanto un mal hábito que no queden reliquias de él.

Charlotte Grandison es de una viveza admirable, y pienso que es muy bella su voz, por lo que se la oye cantar en voz baja a cada paso que da desde por la mañana hasta la noche. Nada tiene de desatenta, aunque sin embargo no teniéndola bien conocida, una vena de bufona que le es como natural, desazona y pica a los que la tratan; mas estoy segura de que es franca, ingenua y de un humor agradable; y haciendo que recaiga en su hermano todo el mérito que se le atribuye, hace pensar que no es menos humilde ni modesta. No ha mucho tiempo, si se le ha de creer, que se aficionó a la leyenda; pero yo desconfío de cuanto me dice en contra suya. Asegura que era demasiado alegre y ligera para emplearse en entretenimientos sedentarios; y no obstante se conoce, cuando piensa menos en ello, que está versada en la historia y en la geografía. No niega que sabe muy bien la música; y su camarera que gustaba, mientras me asistía, de elogiarme a su ama, me dijo que sabe perfectamente el francés y el italiano, que escribe con el mayor primor, y que se hace de adorar por su talento, discreción y corteses modales. También me dijo que tiene otro mérito de que me alegro mucho por honor de la señorita Clements y de todas las jóvenes amantes de la lectura; a saber, el de que entiende admirablemente todo lo respectivo al gobierno doméstico no se desdeña de ocuparse la mayor parte del tiempo en él.

Jenny su camarera, a quien para muchacha de su clase no le falta educación, me ha dicho en confianza que su ama tiene dos amantes muy apasionados, y yo me admiro que no tenga dos docenas. El uno es el caballero Watkyns, sujeto de inmensas riquezas, y el otro es milord G..., hijo del conde de C... Mas hasta ahora parece que no se ha declarado ni a favor del uno ni del otro.

Tales son las prendas que hacen a la señorita Grandison una de las mujeres más admirables del mundo. Yo me tendré por muy feliz si cuando nos conozcamos mejor, parezco a sus ojos la mitad tan amable como ella lo parece a los míos. No tengas envidia por esto, amada Lucy, pues es bastante grande mi corazón para dar lugar en él a cinco o seis tiernas amigas: sí, querida mía; y aun cuando supusieras algún afecto de otro linaje, el mismo que tendría a un marido de mi gusto, si al fin me resolvía a casarme, no causaría nunca el menor perjuicio a nuestra amistad.

Vamos ahora al hermano, a mi generoso libertador. Tú me has prevenido, querida Lucy, sobre lo que tengo que temer de tu perspicacia, y estoy persuadida a que esperas divertirte con la grande agitación de mi corazón con el retrato que voy a hacer de un hombre a quien tanto debo. Pero ¿qué dirás si quedas burlada y hago justicia a sus muchas prendas? ¿Qué dirás si en este hombre cuyo mérito admiro, encuentro algunos defectos que no he notado en su hermana? *¡Orgullosa Harriet!,* me parece oírte decir, *continúa tu relación y déjanos a nosotros el cuidado de penetrar tu corazón. Guárdate también de que esos defectos que aseguras descubrir no sean un pretexto que te venda y te descubra a ti.* Te estimo el consejo, querida mía, mas no me será de ninguna utilidad. Mi pluma seguirá las inspiraciones de mi corazón, y si es tan honrado para mí como me atrevo a decir que lo es para todos, no tengo por qué temer tu perspicacia ni la de tío, que es todavía más formidable.

Si quieres conocer al caballero Grandison por su persona, sabe que es verdaderamente un hombre muy hermoso. Su estatura es más que mediana y muy bien proporcionada: su rostro forma un bello óvalo en que se ven todas las señales de una salud florida y fortificada por el ejercicio. Naturalmente hubiera tenido una tez demasiado delicada para hombre; pero se conoce que ha cuidado poco de ella y que se resiente de un aire más ardiente que el del norte; pues no contentándose con dar una vuelta a Europa, ha visitado también algunas partes del Asia y del África, particularmente el Egipto. No sé para qué necesita un hombre de una boca y de unos dientes tan pulidos, como pudiera el caballero Grandison lisonjearse de tenerlos, si esto fuera capaz de envanecerle. Tiene en su aspecto un no sé qué de grande y de noble que al punto se conoce que es hombre de distinción, y si el buen semblante fuera un título para el trono, tendría

Grandison pocos competidores. Sus ojos... a la verdad, mi querida Lucy, se ve resplandecer, si es posible, mayor nobleza y viveza en sus ojos que en los de su hermana. Dejaos por Dios de sutilezas, mi querido tío. Toda la familia sabe que hago poco aprecio de la hermosura en un hombre; pero sin embargo, este aire de grandeza está acompañado de tanta naturalidad y despejo en sus modales que no se hace menos de querer que de respetar. Nadie es más tratable que Charles, y su hermana dice que siempre es el primero que destierra todas las desconfianzas y reservas que se tienen por lo común al principio de una amistad, lo cual es muy fácil para Grandison, porque en cuanto dice y hace está seguro de agradar. Menea la cabeza cuanto quieras, mi amada Lucy: yo nada pondero. En una palabra, su aire gallardo y despejado que le es como natural no sólo en su lenguaje y en todas sus acciones sino también en su modo de vestirse, donde siempre reina el buen gusto sin haber nada de raro, le haría mirar como uno de los hombres más agradables del mundo cuando no le distinguiesen tantas otras prendas.

Charles Grandison no ha perdido el tiempo en sus viajes. Su hermana ha dicho a Reeves que si se casara, daría a innumerables mujeres un terrible pesar; y seguramente, querida mía, tiene demasiados méritos personales para que estuviera tranquila una mujer que le cobrase un cariño particular. La mayor y casi general flaqueza de nuestro sexo es su pasión a los hombres de bella presencia, dejándose gobernar por los ojos la razón de las mujeres. Conozco, estimada Lucy, que tú me encargarás ahora me guarde de aumentar el número de estas indiscretas, y cree que no despreciaré tu consejo.

En Charles Grandison no se advierten caprichos, enfados, ni impertinencias de mal humor. Es superior a las disputas sobre bagatelas y aún más a las bajas condescendencias que podrían comprometer su conciencia o su honor. Charlotte me dijo un día hablando de su hermano:

—No es su buena presencia, ni su calidad, ni sus conveniencias las que le hacen amable para cuantos le conocen: es el conjunto más perfecto de todas las prendas que forman esencialmente al hombre de honor.

Otra vez me dijo que la regla de su conducta estaba en su propio corazón, y que a pesar de su complacencia en agradar a todo el mundo no daba al dictamen y aprobación de otro más que el segundo lugar.

—En una palabra, mi *hermano* —añadió, causándole este nombre cierta especie de vanidad— no es capaz de faltar a su deber ni por una vana gloria, ni por un mal entendido deshonor; y llama a estos dos errores los dos escollos de la virtud.

¡Qué hombre, amada Lucy! ¡Qué alma tan sublime! ¡Y qué mujer la que es capaz de hacer todas estas distinciones entre las grandes

prendas de su hermano! ¿Y quién soy yo si me comparo al uno o a la otra? Sin embargo, hay personas que se admiran de mí, y la más defectuosa criatura tiene tal vez entre sus inferiores otras que se admiren de ella. Un poco de buen juicio debería estimularnos a hacer estas útiles comparaciones; ¿y no basta poner la vista en los que nos aventajan y exceden para adquirir la virtud de ser humildes?

Sin embargo, querida mía, me parece que Grandison no se halla tan independiente de la opinión ajena como se lo figura su hermana, cuando dice que la regla de su conducta está en su propio corazón. En primer lugar, Grandison no es enemigo de las modas, y aunque las sigue verdaderamente sin afectación, está siempre grandemente compuesto recibiendo de ello un grande realce su hermoso rostro. La viveza que brilla en sus ojos parece comunicarse a toda su persona. Jenny me ha dicho en secreto que le causan suma admiración las mujeres hermosas. Sus coches y equipajes son de un gusto exquisito, que proviene menos de su amor al fausto que de una especie de emulación que quiere inspirar, o de que él mismo está bastante lleno para no querer ceder a nadie.

Rara vez hace un viaje sin numerosa comitiva y, lo que es algo extraño, jamás sus caballos tienen la cola cortada. Únicamente se les lía para ir de viaje, como lo advertí volviendo a Londres. Ya ves, Lucy mía, que le busco defectos por lo menos exteriores a pesar de mi reconocimiento y de la veneración que debo profesarle, aunque no sea más de por parecerte imparcial. Mas si cree que el fin de la naturaleza en dar colas a estos nobles animales no ha sido menos el de defenderlos contra los importunos insectos que el de añadir un nuevo adorno a su hermosura; y si no tiene otra mira que la de aliviarlos, como sus mismos criados lo han dicho a Reeves: ¿piensas tú, querida, que esta rareza es digna de algún vituperio, y que la humanidad en un caso de esta especie no indica lo que puede esperarse del mismo corazón en las grandes ocasiones?

Con el aire gentil y despejado, con todos los méritos personales que te he pintado en Grandison, fácilmente creerás que sin un mortal espanto, que sin el temor del trato de que me veía amenazada, y que sin la menor esperanza de otra protección, no hubiera imitado al pájaro perseguido por el halcón según la comparación de Grandison que Reeves me ha repetido, y que me parece explicar con bastante ternura mi situación, aunque me causa algún bochorno traer a la memoria aquellas circunstancias fatales. A la verdad, querida mía, no puedo menos de avergonzarme al recordar la figura que hube de hacer con traje de máscara abrazada del cuello de un joven... ¿Te parece a ti que puede haber cosa más capaz de humillarme que esta idea? Sin embargo, ¿no me hallo quizás ahora en el caso de aquel mal entendido deshonor a que es tan superior Charles Grandison?

Mas pienso tener alguna cosa que vituperar en el carácter de un hombre que su hermana cree casi sin defecto. Me fundo para decir esto en lo que ella misma me ha confiado. Un día que se lisonjeaba de tener un corazón muy franco, me dijo que sentía sin embargo no haber sido bastante reservada en una ocasión en que su hermano oyó con frialdad cierta especie que le comunicaba. Añadió que sin ningunas apariencias de curiosidad, tenía Grandison el arte de sacar del corazón de otro lo que menos se pensaba participarle, y que así ella se había como clavado a sí misma, seducida insensiblemente por una afabilidad y una sonrisa lisonjera con que al parecer gustaba de oírla; y que con su desazoncilla de haber conocido ella su inadvertencia en medio de una relación que no había tenido la menor intención de principiar, había querido también estimularle diestramente a que se declarase sobre algunos puntos que parecía le ocultaba; pero que después de haber empleado toda su habilidad había desconfiado de lograrlo.

—¡Válgame Dios! —exclamé mirando a Charlotte— ¿Dónde estoy yo? —Y me detuve al momento para recorrer mi memoria por si se me había escapado hablando con su hermano alguna indiscreta expresión.

A la verdad, querida mía, esta reserva con una hermana como la suya y sobre unos puntos que ella juzga le importa saber, es lo que no apruebo en Charlos. ¡Con una amiga! ¡Con una hermana! ¿Y por qué secreto en unas cosas no habiéndolo en otras? Grandison verosímilmente no será menos reservado con su mujer. Sin embargo, ¿el matrimonio no es una amistad en el grado más alto adonde puede elevarse la amistad humana? ¿Y consideras tú, querida Lucy, que la reserva sea compatible con la amistad? Su hermana, que no advierte en él ningún defecto, procura excusarle, y asegura que haciéndole revelar sus secretos no tiene otra mira que la de poder servirla mejor. Mas a lo menos inferirás de mi observación que por muy unida que estoy a Grandison mediante el vínculo de un eterno reconocimiento, juzgo de él con imparcialidad. Me es imposible excusarle si tiene con su generosa hermana una reserva y desconfianza que ella no tiene con él. En el trato que me lisonjeo de continuar con unos amigos tan dignos de mi afecto, por lo menos si no se entibia su cariño a los que han colmado de beneficios, observaré desde cerca toda la conducta de este hombre extraordinario con la esperanza no obstante de hallarle tan perfecto como se dice, y con la mira de hacerle abiertamente el asunto de mis elogios como su excelente hermana será el objeto de mi admiración. Si notara en Grandison algunos defectos considerables, no dudes de que el reconocimiento me haría indulgente; pero el que he mencionado bastaría por sí solo para precaverme, si percibiera alguna vez que el agradecimiento ponía en peligro mi corazón.

Ahora, mi querido tío, ¿no tendré derecho para pediros que hagáis

un poco de justicia a vuestra sobrina? Estoy segura, segurísima de no tener todavía por qué desconfiar de mi corazón. Si advirtiera que me vendía, se lo confesaría de buena fe a mi amada Lucy. Por Dios, tío mío, que no me deis cantaleta por meras conjeturas.

No he dicho la mitad de lo que me había propuesto decir acerca de este hombre que no me canso de llamar *hombre extraordinario;* pues habiéndome ayudado a descubrir en él algunos defectos el vehemente amor que tengo a su admirable hermana, me llevó tan lejos mi imparcialidad que me hubiera sido difícil retroceder. Además, me he detenido tanto en esta carta que dejo lo que me queda por decir para otras relaciones con las que no cesaré de cansarte.

—Harriet Byron.

Carta XXIV
Harriet Byron a Lucy Selby

24 y 25 de febrero.

Necesito retroceder casi una semana, mi querida Lucy, para anudar el roto hilo de mis narraciones. La historia de mi desgracia, la pintura de mis libertadores y todas las particularidades que deseabas saber han ocupado casi enteramente mi pluma. Así, debo escribirte un corto diario de esta semana, en que suprimiré tan sólo lo que ya sabes por las cartas de Reeves.

Después de haberme traído con mucho espacio los señores Grandison a quienes con sentimiento suyo no pudo mi primo detener a comer, la debilidad que aún me quedaba me precisó a tomar un poco de descanso; pero a la hora del té el nombre del señor Rowland Meredith, de quien se me entró recado, me dio al punto fuerzas para bajar. Se había dicho a este buen caballero los tres días anteriores que me había fatigado un poco en la máscara, y que se me había llevado por algunos días a la campaña. *Fatigada,* querida mía, lo había estado seguramente, y también se me había *llevado* y llevado en toda forma, como sabes. El señor Rowland conoció en la mudanza de mi rostro que debía de haber padecido algo mi salud, y así se lo confesé. Me hizo una pintura muy viva de la impaciencia que había tenido por verme y de lo sensible que le hubiera sido partir a Caermarthen sin despedirse de su cruel hija...

—Porque es en vano —me dijo—, es en vano, bien lo veo... —Y deteniéndose como si hubiera temido acabar, se quedó con la boca abierta y los ojos clavados en mi semblante.

—Señor —le interrumpí por animarle—, ¿cómo lo pasa mi hermano Fowler?

—Vuestro hermano, vuestro hermano —repitió muy afligido—; ese

es mi sentimiento y el suyo, señorita... pero me guardaré bien... —Y se le saltaron las lágrimas con la facilidad que tienen los viejos para llorar—. Mañana parto —prosiguió—: ha dos días que no se me hubiera visto en Londres si no me hubiese detenido mi impaciencia por veros.

Me dijiste, amada Lucy, que te había enternecido mucho una conversación entre este anciano caballero y yo que te había contado; pero no te enternecerás menos si te refiriese la ternura de su despedida y la que yo misma no pude menos de tener en esta. Me dijo que Fowler le seguiría bien pronto.

—Si, si, si... —añadió mirándome con ojos afectuosos, mas sin acabar lo que quería dar a entender. Yo le aseguré que tendría la mayor complacencia en que mi hermano no se fuese sin verme.

El martes por la mañana Charlotte Grandison y su hermano enviaron a saber de mi salud, y algunas horas después vino esta admirable amiga a informarse de ella por sí misma. Hizo que la trajesen en derechura a mi gabinete, donde sin darme tiempo para que me levantara a recibirla, se sentó junto a mí, y empezamos una conversación sazonada con todas las sales que sabe ella derramar en las familiaridades de la amistad. Me dijo que Charles había partido aquella misma mañana para Canterbury, que su viaje duraría dos o tres días, que ignoraba el motivo de su ida, el cual procuraba indagar, que le ocultaba sus amores, aunque ella no había tenido reparo en comunicarle todos los suyos a excepción de uno solo —añadió sonriéndose—, y que a mí me prometía no ocultarme nada con la condición de que yo haría de ella la misma confianza. Después, hablándome de uno de sus primos que yo le había oído nombrar en Colnebrook y que pinta como un mozo de muy buen natural, me contó que cenando el día antes con ella y su hermano se habían hecho de mí grandes elogios, sin tocar no obstante nada de mi aventura, y que este primo que es un apasionado declarado de nuestro sexo había formado tan gran concepto de mí que estaba muerto de impaciencia por verme.

«¿Será este un nuevo pretendiente que se piensa proponerme?», dije entre mí con algún pesar. ¡Dios me libre! Una mujer, amada Lucy, se inquieta fácilmente por lo tocante a la vanidad.

—Esta mañana después de la partida de mi hermano —continuó Charlotte—, vino a desayunarse conmigo, y sabiendo que me disponía a hacerte una visita, me pidió el permiso de acompañarme. Yo no he querido, estimada amiga, molestaros con una multitud de nuevos amantes. Mi primo Grandison es hombre muy metido en el mundo, muy osado y que se familiariza fácilmente, aunque a la verdad sin quebrantar los límites del decoro. Está reputado por uno de los ingenios modernos, por un *diminuto* filósofo, por usar del lenguaje de un célebre escritor, y se conoce que tiene bastante satisfacción de sí

mismo cuando no está con su primo. Antes de la vuelta de Charles y cuando le esperábamos de día en día, habiendo sabido que este se había vuelto grave y circunspecto, se lisonjeaba de que se había de burlar y reír de él; pero inmediatamente que llegó mi hermano, en dos conversaciones que tuvo con él, aprendió a moderarse y de resultas mira con el mayor respeto unas prendas que le faltan y que no puede imitar. Tal cual es, querida mía, no me atrevo a decir que no os hará una visita; mas si viene, le recibiréis u os excusaréis a ello no creyéndoos obligada a nada por los respectos de mi hermano o los míos, y aun no gusto de que le veáis sin mi hermano, porque gana mucho en presentarse con él. No obstante, está tan persuadido a que las mujeres quieren que se las admire y a que se complacen con el idioma lisonjero de su sexo, que se figura que las más hermosas reciben tan de buena gana la visita de un hombre que pretende verlas con esta intención como un pintor la de los curiosos que van a admirar sus cuadros.

Charlotte añadió que aunque esperaba no llegaría a tanto el descaro de su primo, se había creído precisada a prevenirme por lo que pudiera suceder; y yo me contenté con darle gracias sin procurar comprender sus intenciones. Yo tenía a la vista muchas de mis cartas y se puso a contarlas con su acostumbrada viveza.

—No me engañó el señor Reeves —me dijo— cuando me aseguró que nadie ejercitaba la pluma más que vos.

Me hizo prometer que le hablaría de *tú,* según ella ha prometido hablarme; como asimismo que le comunicaría algún día todo lo que escribo a *nuestra* abuela Shirley, a *nuestro* tío, a *nuestra* tía Marianne Selby, y a *nuestras* primas Lucy y Nancy, pues ya sabe todos los nombres de las personas que amo. Ya sabe también los nombres de una parte de mis amantes, y me dirá los nombres de los suyos; pues su hermano asegura, según dijo, que los secretos del corazón son el cimiento de la amistad de las jóvenes.

—¿Cómo? —la interrumpí yo—, ¿el señor Charles?...

—Sí, sí —replicó—, Charles mismo. ¿Crees tú que un hombre pueda formar juicio de la naturaleza humana sin comprender a las mujeres? Sí por cierto, querida mía, Charles nos comprende en un momento. Guárdate, querida Harriet, sí...

—Pues yo le temeré —la volví a interrumpir.

—¿Por qué —me dijo—, si a ti no te arguye la conciencia?

Dándome esta respuesta me clavó tanto con la vista que me puse colorada. Charlotte me clavó aún más con la vista, y yo me puse sin duda todavía más encarnada. ¿No te he dicho, amada Lucy, que hace todo lo que quiere de sus ojos? Mas ¿cuál sería su intención?

—A mi entender, querida amiga, poco o mucho todas las mujeres son *coquetas* según su corazón.

—¿Todas las mujeres *coquetas?* ¿Y piensa así la señorita Charlotte Grandison de su propio sexo?

—Así lo creo, me dijo. Pero es forzoso irme: tengo que hacer dos visitas antes de la hora de comer. Tú me contarás toda la historia de tus amantes: ¿estás?

—Pues tú me contarás también —respondí— la historia de ese solo asunto que ignora el señor Charles.

—A la verdad que no es fácil —replicó—, pero tú me animarás con tus propias declaraciones. Pasaremos revista a todos nuestros amantes, y les mandaremos que nos dejen en paz hasta que nos acordemos de ellos.

—No tengo ni uno solo —le dije— a quien quiera dar este título: a todos les he despedido.

—Yo tengo dos en la actualidad —dijo— que no me desagradan y que no quieren les despida. No cuento una media docena de otros que me dicen algunas veces muchas extravagancias, y que se deben mirar como amantes habituales teniendo con ellos la diversión de ser un poco *coqueta.*

—¡Oh! —le dije—, no presumo nada de *coquetería* en la señorita Grandison.

Y entonces me respondió que le haría agravio con creer que tenía mucho de ella; pero que no negaba tener alguna en ocasiones, aunque no fuese más de por pagar a los hombres en una moneda con que tanto comercian.

—¡Admirable viveza! —le dije—: sentiría sobremanera que dejases de amarme.

—No tengas cuidado por eso —replicó—. Yo me tengo por mujer extraña; pero el sol no es más constante en su carrera que yo lo soy en mis amistades, y con nuestras recíprocas confianzas se estrechará mucho nuestra amistad, si no tienes reserva conmigo.

Iba a levantarse con mucha prontitud para salir; mas yo le supliqué que suprimiese la mitad de sus visitas por acompañarme un poco más, y consintió en ello con condición de que haría llamar a mis primos que no podían ignorar había más de un cuarto de hora que estaba conmigo.

Ellos vinieron al punto y bien pronto se suscitó la conversación de Charles. Yo le pregunté si tenía este algunos parientes en Canterbury.

—Eso es lo que no sé —me respondió—, mas yo estoy segura de no tener ninguno. ¿No te he dicho ya que Charles tiene sus secretos?

Después me dijo que esperaba darnos muy pronto una comida en su quinta de St. James-Square, pero que necesitaba de apalabrar antes a su hermano.

—Por lo que hace a nosotras —añadió—, cuento, querida mía, con que nos veremos muchas veces en tu gabinete o en el mío —Y

levantándose aceleradamente nos dijo a todos tres—: adiós, adiós, amigos —Volviéndose sucesivamente hacia cada uno de nosotros—: nos veremos sin falta cuantas veces podamos y sin ceremonia. Haz juicio de que ha cien años que nos queremos.

Y diciendo esto se salió con la misma prontitud después de haberme prohibido que diese un paso para acompañarla. Mi prima no la pudo alcanzar, ni tampoco pudo Reeves bajar con más ligereza que ella, de modo que se metió en su coche antes que pudiese darle la mano. Si es viajando como adquieren nuestros ingleses la urbanidad y lo que se llama un aire despejado, ¿no se diría que Charlotte Grandison ha corrido como su hermano todas las cortes de Europa?

El miércoles vinieron a vernos milady Williams y la señorita Clements, quienes me quitaron algunas horas de tiempo destinadas para escribirte, por haberse quedado a cenar juntamente con el caballero Allestree, su hija y su sobrino. El jueves finalicé la carta que contiene la historia de mi desgracia y de mi libramiento, asunto terrible y de cuyo fin estoy maravillada; y el mismo día recibió mi primo la carta de Grandison tocante al miserable Wilson. Acuérdome, querida mía, de haber oído decir que los hombres más grandes y valientes son también los más tiernos y compasivos, cuando por el contrario las almas bajas son crueles, tiránicas e insolentes en el ejercicio de su poder. Esto es lo que parece suficientemente probado con esta carta en que tanto brilla por su dulzura y bondad el carácter heroico de Grandison, comparándola con la conducta de Hargrave que abusó tan vilmente del poder usurpado sobre mí.

Entre los más ambiciosos deseos de mi corazón quisiera que la mejor de todas las mujeres fuese reina de una gran nación, y que para poner a Grandison en estado de hacer todo el bien de que es capaz, estuviese en mi mano el casarle con ella. ¡Entonces, querida mía, tendría por seguro hacer bien pronto feliz a todo un reino! Pero como hemos tenido avisos por otros muchos conductos de que Hargrave hace amenazas contra la vida de Grandison, la carta de Wilson me ha puesto sobre el corazón un peso del cual sólo podré exonerarme con el fin del peligro.

Ayer recibí las cartas de todos mis amados parientes y sentí aumentarse mis fuerzas para acabar la tarea que tú me habías impuesto. ¡Con qué placer desempeñamos los asuntos que nos agradan! ¡Qué ligera corre la pluma! Se trataba de pintar a Charles Grandison y a su hermana, y yo me admiré de haber escrito tanto antes de pasarse el día.

Charlotte envió a cumplimentarme por la noche en su nombre y en el de su hermano que acababa de llegar de Canterbury. No alcanzo qué puede haberle detenido tanto tiempo en una ciudad donde su hermana asegura que no conoce a nadie. Además me envió a decir que

había tenido ánimo de hacerme una visita, y que habiendo creído llegaría su hermano antes del mediodía, había pensado traerle consigo; añadiendo que hoy partirían juntos a Colnebrook, porque esperaban allí esta noche al conde y a la condesa de L..., que se restituyen de sus haciendas de Escocia.

¿No te parece, querida mía, que Grandison podía haberme hecho una visita antes de este viaje de Canterbury que había de durar muchos días? Confiesa que su política le obligaba a esta atención con una joven que ha colmado de beneficios. Yo no atiendo aquí, como bien te harás cargo, mas que a la mera cortesanía, pues nada puede notarse a su bondad, supuesto que fue suya la proposición de unir con un estrecho vínculo las dos familias y de tratarnos como hermanos y hermanas. Quisiera ver en Grandison tanta sinceridad como en su hermana en los testimonios de amistad. Puede haber tomado algún oropel entre el buen oro que ha recogido en las cortes extranjeras, lo que no le impide ser infinitamente superior a la mayor parte de nuestros jóvenes, que casi no traen de sus viajes sino las malas producciones de otros climas; pero yo no le perdonaría estos pequeños defectos que con demasiada facilidad se disimulan en el común de los hombres. Es menester, señor Grandison, que en la íntima amistad que os proponéis tener con nosotros, tengáis bastante buena fe para permitirme la libertad de deciros vuestros defectos, si mis ojos son bien perspicaces para verlos. Vos encontraréis en vuestra hermana Harriet (no menees la cabeza, Lucy, pues no se trata de otra cosa) un censor aunque respetuoso, atento y vigilante. Vuestra hermana Charlotte os tiene por demasiado perfecto.

Todo mi temor consiste en que los tiernos sentimientos de Charles sólo hayan sido respectivos a la situación en que me halló, y en que no hayan durado más tiempo que la debilidad de mi salud; si bien propuso un enlace de hermano y hermana, cuando había principiado a sentirme mejor. Esto era hacer más de lo que convenía si había de olvidar tan pronto lo que exige la fraternidad.

Mas ¿no sería mi propia conducta la que le causa alguna inquietud? Modesto y generoso como es, tal vez la compasión habrá sido la causa de su proceder. Mi tímido reconocimiento, que me hace algunas veces bajar los ojos en su presencia y cuya naturaleza no conoce bien, le hace recelar acaso que yo aumente el número de estas mujeres a quienes, según dice su hermana, dará un grande sentimiento si se casa. En esta suposición, querida mía, tu Harriet sería muy culpable si no escarmentase en cabeza ajena. Sobre todo, los hombres en general deben de formar un concepto extraño de nuestro corazón, cuando lo creen compuesto de materiales tan combustibles. La menor centella basta en su dictamen... Mas a la verdad el mejor de todos los hombres, este admirable caballero se engañará mucho si hace semejante juicio

de tu Harriet.

Pero ¿cómo estoy yo cuando pienso en esto, y por qué he de vanagloriarme como lo hago? Seguramente la horrible empresa de Hargrave no ha trastornado mi cabeza. Sin embargo, me parece que no me hallo como solía estar. Alguna cosa tengo que me perturba la cabeza o el corazón sin que pueda saber cuál de los dos. Dime, querida Lucy, ¿no echas tú de ver nada? La amistad te obliga a advertírmelo si notas en mí alguna señal de alteración, tanto más cuanto no sería menester que tío… Mas ¿qué motivo tengo para temerle? Yo no advierto ninguno; pero no obstante no le leas este párrafo. Los hombres, querida mía, ¡tienen tan poco…! ¿De qué diré yo? ¡Tan poco de dulzura e indulgencia en sus chanzas! Mejor quiero caer en las manos de abuelita, en las de tía y en las tuyas.

Mas ¿de qué hablaba yo, cuando mudé de asunto y me dejé arrastrar de mi pluma? Yo no solía tener estos extravíos de imaginación. ¡Oh, miserable Hargrave! Si mi cabeza está algo perturbada, sólo de tu culpa puede provenir. Estoy cierta de que mi corazón procede en todo con rectitud.

En la actualidad no puedo hablarte más que de Charlotte y su hermano. ¡Qué nuevas escenas me ofrece mi desgracia! ¡Quiera Dios que según los deseos de Grandison el mal sea para mí un manantial de bienes! Tengo ánimo de hacer a la señorita Clements íntima amiga de mis nuevos amigos, si tengo yo misma la dicha de conservar su amistad! Tocante a los demás sujetos que he conocido en Londres antes de conocer a estos admirables hermanos, y que han ocupado demasiado lugar en mis cartas, aunque muchos fuesen muy acreedores a ello, les despido desde luego por lo menos para que no sean el asunto principal de mi pluma. También se despide ahora de ti tu

—Harriet Byron.

Carta XXV
Harriet Byron a Lucy Selby

Sábado por la noche.

¡Sagrados cielos! ¿Qué haré? ¿Qué será de mí, querida mía? Este miserable Hargrave ha desafiado a Grandison en toda forma. ¿Qué sucederá? ¡Ah! ¿Para qué he venido yo a Londres? Te envío copia de una carta: es de Bagenhall; es una copia que te envío. Haré esfuerzos por trasladar la carta; mas no, no puedo. Sally mi camarera la copiará por mí. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué me sucederá?

«*Londres, 25 de febrero.*

»Señorita: desde luego os haríais el cargo de que el violento ultraje

que ha recibido el señor Hargrave Pollexfen del señor Charles Grandison no dejaría de tener resultas. Os juro por cuanto hay de sagrado que el señor Hargrave no sabe que tengo el honor de escribiros. Después de reflexionar maduramente sobre el asunto no encuentro más de un medio para evitar la efusión de sangre, el cual está en vuestra mano. El señor Hargrave protesta que todas sus miras han sido siempre honradas, y vos sabéis qué uso hizo del poder que tuvo sobre vos misma. Si no se portó con honor, me ha faltado a la verdad. Una joven de cualquiera mérito que sea, a la que un hombre de calidad ofrece con su mano 10.000 libras de renta, mayormente después de haberla oído decir que su corazón está libre, no debe tenerse por agraviada; y quien estimulado del amor pretende por medios violentos que sea su mujer, la injuria menos que se injuria a sí mismo.

»Por tanto, señorita, habiendo sido el señor Grandison hasta entonces un extraño para vos, y protestando además el señor Hargrave que son honradas todas sus intenciones, y no habiendo vos puesto vuestro amor en otra persona; mi conclusión es que si queréis consentir en ser milady Pollexfen, y si el señor Grandison se aviene a disculparse en toda forma de un insulto para el que no se le había dado el menor motivo, me dispensaré de servir de padrino en un duelo al señor Hargrave, supuesto que rehúse una satisfacción que juzgo equivalente a la violencia de que se queja. Repito en los mismos términos que antes, que no es sabedor el señor Hargrave de que me tomo la libertad de escribir esta carta. Podéis consultar sobre esto al señor Reeves vuestro primo, y permitidme exigir de vos que no extendáis a más personas vuestra confianza. Si me dais palabra de honor de que en el espacio de un mes admitiréis la mano del señor Hargrave, emplearé todo el influjo que me permite tener en su voluntad para que acepte lo propuesto.

»Ayer tarde me encargué de llevar una carta del señor Hargrave al señor Grandison, quien a mi llegada iba a entrar en el coche con su hermana. Abrió la carta y me dijo con su acostumbrada política que partía a Colnebrook para recibir a unas personas de su mayor estimación que se restituían de Escocia; que no creía poder estar en Londres antes del lunes, y que el placer de volver a ver unos parientes de los cuales había estado ausente mucho tiempo, no le permitiría pensar hasta entonces en lo que se le escribía; pero que no dejaría de contestar como era debido. No os ocultaré, señorita, que prendado de la gentileza y bellos modales del señor Grandison y de cuanto me ha parecido advertir de extraordinario en su carácter, he deseado que en el intervalo que mediaba hasta el lunes hubiese alguna feliz mudanza; y así se me ocurrió haceros las proposiciones que acabáis de leer. Espero que no os creeréis menos obligada que yo a prevenir, si es

posible, los funestos efectos que pueden temerse de una riña entre dos personas de tan ilustre calidad.

»No tengo el honor, señorita, de que me conozcáis personalmente; pero mi reputación se halla muy bien acreditada para recelar yo que se me atribuyan otros motivos fuera de los que os he manifestado. Con dos palabras de respuesta que tengáis la bondad de enviarme a casa del señor Hargrave en Cavendish-Square, sabré vuestras intenciones. Entre tanto, queda, etc.

»*James Bagenhall.*»

¡Oh, querida mía! ¡Qué carta! A mis primos ha partido el corazón. Reeves es de parecer que si este Hargrave insiste, no puede Grandison como hombre de honor dispensarse de darle satisfacción. ¡Qué horrible fantasma es el honor! ¿Qué es pues el honor por esta cuenta? ¿No es enemigo del deber, de la bondad, de la religión y de cuanto hay de respetable y santo entre los hombres? ¿Cómo podré yo estar en presencia de Charlotte Grandison? Temo que me aborrezca. ¿Me perdonará ella jamás haber puesto por segunda vez la vida de su hermano en peligro?

Pero ¿qué juicio haces tú de esto? Reeves ha consultado a milady Williams encargándole el secreto, y dice que si se pueden evitar fatales resultas... (¡válgame Dios!), dice que estoy obligada a evitarlas. ¿Qué, amada Lucy, casándome con un hombre como Hargrave? ¿Con un malvado, un cruel, un pérfido? ¿En qué piensa milady Williams? No obstante, si está en mi mano salvar la vida de Charles, ¿me será lícito rehusarlo por mi amor propio y por el interés de una felicidad tan corta como la vida, mientras que se ven condenadas tantas mujeres honradas a ser siempre infelices con malos maridos?... Mas ¿aceptaría este hombre sanguinario el sacrificio de la mía? Pronta estoy a hacérselo. Si el bárbaro quiere atravesarme con un puñal el pecho y beber mi sangre para su satisfacción, no titubearé un instante. Por otra parte, Reeves juzga que Charles no se avendrá fácilmente a dar ningunas excusas. ¡Oh, Lucy! Cualquiera que fuese la pintura que te hice de mis penas, de mis temores y del cruel trato que recibí de este monstruo, nunca ha padecido mi corazón lo que padece en la actualidad.

Mas si Charlotte Grandison me aconseja, me insta a que acepte una condición que me horroriza, ¿podré yo rehusarle mi consentimiento? ¿No tiene ella derecho para pedirme que haga este esfuerzo por la seguridad de un hermano inocente? ¿Y no sabemos que este mundo es un lugar de prueba y de mortificación? ¿No son indispensables las desgracias para que detestemos sus vanidades? Y aunque yo no tenga en consideración más que la justicia y el agradecimiento, y el salvar una vida más preciosa que la mía y expuesta tan sólo por mí, ¿debo

titubear un momento?... No obstante, querida Lucy, ¿qué puedo yo decirte? ¡Cuán doloroso es para mí no poder por lo menos consultar a una amable hermana que tiene tanto interés en esta preciosa vida y que sería tan capaz de ilustrarme con sus consejos!

Reeves pregunta si no obstante las protestas de este Bagenhall que asegura hallarse ignorante Hargrave de que me escribe, no es de recelar que lo haya hecho de concierto con él. Pero aun en este mismo supuesto ¿no subsiste la condición? Y mi repulsa ¿no avivará el fuego del resentimiento? ¿No se ha entregado la carta de desafío a Grandison y ha dicho que respondería el lunes? Aquí no veo nada que parezca artificio. Grandison desafiado tan formalmente no es capaz de hacerse desatendido. El honor no le permite a la verdad proponer ninguna composición ni admitirla. ¿Y falta para el lunes más que un día? Este día, el único que queda, era el que había señalado para dar gracias al Todopoderoso por mi feliz libramiento en el lugar consagrado a su honor, y veo que si tengo la dicha de vivir, lo deberé quizá a la pérdida de un hombre mucho más digno que yo de la vida.

Las agitaciones de mi corazón me precisan a dejar la pluma. Mira las señales de mis lágrimas en el papel. Es demasiado tarde para despachar mi carta, y aun cuando no lo fuese, sería inhumanidad hacer que tuvieses parte en los tormentos de incertidumbre tan cruel.

Domingo por la mañana.

Me es imposible escribir con alguna atención. En toda la noche no he cerrado los ojos, y los tengo hinchados de llorar. Reeves ha resuelto no dar un paso antes de la venida de Charles o su hermana, es decir, sin haber consultado al uno o a la otra, y entre tanto ha proporcionado conductos seguros para saber todos los pasos de este odioso Hargrave. Se nos ha asegurado que en la aventura de mi libramiento perdió tres de sus mejores dientes. ¡Jesús, querida mía! ¡Qué mortificación para un hombre tan preciado de su persona! Considera cuál será su indignación.

También sabrá Reeves la venida de Charles inmediatamente que llegue. Se le ha dicho en confianza que Hargrave está siempre encerrado con un maestro de esgrima, y esta circunstancia me saca de mí misma.

Me he sometido al dictamen de Reeves, que mirando a este Bagenhall como un hombre perverso y por consiguiente como un hombre incapaz de haber escrito con buenas intenciones, me ha dicho que no convenía responderle. Sin embargo, yo estaba muy inclinada a ello, pero no sabía qué proponer.

—¿Te sientes tú dispuesta —me preguntó Reeves— a dar alguna esperanza al secretario de Hargrave?

—¡Oh, no, no! —le respondí.

—Si fueras capaz de hacerlo —añadió—, tengo por seguro que no obstante tus generosos motivos te harías despreciable a los ojos de Grandison y su hermana.

Carta XXVI
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes, 27 de febrero.

¡Qué día para mí el de ayer! Pues la noche no ha sido menos terrible. Mis oraciones no han sido oídas, puesto que no me dan la confianza que debía acompañarlas. ¡Cuán feliz era yo antes de mi viaje a Londres! No puedo escribir: me siento incapaz de poner cuidado en lo que escribo. Reeves acaba de saber que Grandison, milord L... y las dos hermanas llegaron anoche muy tarde. ¡Oh, querida Lucy! ¿Cuál será el fin del día en que estamos?

Ahora mismo he recibido un billete de Charlotte en que me convida a desayunarme con la condesa su hermana. Esto ha sido, dice ella, una cosa de pronto, pues si no, se me hubiera avisado anoche por muy tarde que hubiesen llegado. Charlotte se chancea tan alegremente sobre la impaciencia que su hermana tiene de verme que no es verosímil tenga ninguna de las dos la menor noticia del terrible motivo de mis temores. ¡Qué alegría no me hubiera causado esta visita en otro tiempo! Hoy sólo me causa un placer melancólico, como el que tendrían los tristes amigos de un enfermo desahuciado al ver llegar un médico que hubiesen esperado mucho tiempo, y de cuya asistencia sólo se prometiesen alivios muy inciertos. Mas oigo un coche a la puerta.

Me he asomado corriendo a la primera ventana que cae a la calle. ¡Oh, querida mía! Hay un coche, pero no he visto más que dos señoras. ¡Jesús mil veces! Quizá en este instante Grandison... Mi corazón me anuncia...

Vuelvo a entrar en mi gabinete con alguna más tranquilidad aunque no sin sobresalto, y voy a escribirte una relación exacta de cuanto ha pasado en el espacio de tres horas.

Yo bajé a la sala principal antes que entrasen las dos señoras y Reeves, que llegó hasta su coche para recibirlas, dio la mano a la condesa. Charlotte muy placentera dijo primero a su hermana:

—Empieza por conocer a nuestra prima Reeves—Y después de saludarla la condesa se volvió hacia mí—. Hela aquí, ella es —continuó Charlotte—, he aquí a nuestra Harriet —Y entonces me saludó la condesa.

—Mas ¡qué! —exclamó su hermana clavándome la vista—: ¡qué,

amada Harriet!... Perdona, Caroline —añadió tomándome de la mano —, es menester que yo hable un poco a solas con esta niña —Y me llevó hacia una ventana—. ¿Qué veo? —me dijo—: ¿qué quieren decir esos ojos? Mis primos —prosiguió levantando la voz— me explicarán este enigma.

«Admirable viveza de Charlotte», dije entre mí, «no durarás mucho tiempo.»

Volvió a tomar mi mano y llevándome a una silla se sentó junto a mí con su abanico en la otra mano.

—Yo quiero saber la cosa de raíz —continuó, y viéndome hacer un esfuerzo para sonreírme, me dijo que no la engañaría con fingimientos; entonces suspiré—. Muy bien; mas ¿a qué viene ese tan profundo suspiro? ¿Nuestra abuelita Shirley?...

—Goza de perfecta salud, Charlotte.

—¿Y nuestra tía, nuestro tío y nuestra prima Lucy?

—Están buenos.

—Pues ¿por qué estará con mosca esta niña? ¿Habrá sido muerto a puñaladas alguno de sus amantes? ¿Estará sentida de que no la hayan libertado con tanta felicidad de los otros? Mas estas obscuridades no tardarán en disiparse.

La condesa, acercándose a mí, la vituperó por el embarazo que me causaba con sus instancias, acusándola con mucha gracia de un exceso de viveza que sólo Charles, según dijo, era capaz de moderar. Yo dije que sólo podían echarse en cara a Charlotte excesos de bondad.

Mi prima me sacó de mi embarazo con mucha oportunidad hablando sobre la inquietud que siempre nos causaba Hargrave Pollexfen.

—¡Ah, señora! —le dijo la condesa—, él no tiene ni ánimo ni osadía para moverse. No le queda otra cosa que hacer más que estarse quieto, si tenéis la bondad de permitírselo.

Yo conocí claramente que las dos hermanas nada sabían del desafío. Charlotte preguntó si habíamos sabido alguna cosa de Hargrave, y yo me excusé diestramente de responder a esta pregunta preguntándole yo misma si Charles había sabido algo de él; pero no habiéndome respondido nada, dije que el mayor pesar que podía temer era el de que se volviese a suscitar una riña a que por desgracia había yo dado ocasión, y el de que se causase alguna inquietud a una familia que por tantas razones debía querer y respetar. Las dos admirables hermanas atribuyeron mi reconocimiento a mi buen natural, y me dijeron que su mismo hermano que les había prometido acompañarlas con milord L... daría mejor nombre a la ocasión que había tenido de servirme.

—Mas no les esperaremos para el desayuno —continuó Charlotte—: mi hermana se levantó antes de la hora que acostumbra, y yo jamás he

sido la última para levantarme: el hambre me aprieta y no estoy de humor de comerme mis guantes —Y acercándose a mi clave con el pretexto de entretener el hambre tocó tan primorosamente que conocimos muy bien, sabe hacer hablar al instrumento todo lo que ella quiere.

Se trajo el desayuno, y yo pensé menos en comer que en la terrible carta de Bagenhall que me había partido el corazón. Como era de creer que Charles tendría poderosas razones para ocultar a sus hermanas este negocio, no quise hablar claramente de él; y sin embargo hubiera querido saber alguna cosa que pudiese calmarme, quedando Charles con libertad de abrirse a sus dos hermanas cuando lo juzgase conveniente. Con el embarazo que tenía para comenzar, pregunté a la condesa si no había sido el sábado último cuando había llegado a la quinta de Colnebrook, casa que me sería siempre muy grata por haberme servido de asilo. La condesa me respondió que en efecto había llegado este día a una morada de que gustaría más en adelante por haber tenido yo en ella el fin de mis pesares.

—Supongo, señoras mías —repliqué sin guardar ninguna consecuencia—, que habréis oído hablar de una carta escrita al señor Charles por el miserable Wilson...

—Sí —me dijo la condesa—, y estoy contenta en extremo de que tan malvada compañía se haya disipado felizmente.

—Algunas expresiones de la carta —añadí— me han dejado inquieta.

—Pues ¿qué decían? —me preguntó prontamente Charlotte.

—Decían, querida, que Hargrave no respiraba más de venganza.

—Mi hermano no nos ha dicho nada —replicó la condesa—; pero es inverosímil que un hombre humillado con el vergonzoso suceso de su empresa se deje llevar mucho de sus resentimientos; y por el contrario, se nos ha dicho que la confusión o la enfermedad le tiene muy sosegado en su aposento.

Aún no había acabado de hablar cuando llegó un coche y dijo Charlotte que era milord L... y Charles. Enajenada entonces de alborozo no me atreví a fiarme de mí misma, y aparentando que se me había olvidado alguna cosa salí con mucha prontitud por una de las puertas de la sala mientras que entraron ellos por la otra, y me detuve en un gabinete.

—¡Gracias, gracias a Dios! —dije—: mi corazón es demasiado estrecho para contener mi reconocimiento —Y me creí cerca de desvanecerme.

Tú no extrañarás, mi querida Lucy, que hubiese sido tan viva mi agitación en vista de la terrible incertidumbre en que había estado dos días, y de las formidables ideas que había concebido acerca del peligro en que veía expuesto al mejor de todos los hombres por haberme

salvado el honor y la vida. Creo haber experimentado que volvemos en sí más pronto de las sorpresas de la alegría, principalmente cuando provienen del agradecimiento, que de las de otras pasiones más terribles. Mi prima vino a decirme que mi falta sería reparable y le respondía que ya volvía, como así era en efecto, y entramos otra vez.

Después de los primeros cumplimientos, no tuvo reparo Charlotte en decir a su hermano que yo y mis primos estábamos hablando sobre algunas expresiones de la carta de Wilson que nos causaban inquietud; y entonces me aproveché de esta ocasión para añadir:

—Vos juzgaríais mal de mi reconocimiento si no os confesase que el aviso de Wilson junto con las amenazas de que se nos ha hablado, me hace recelar que vuestra vida esté en peligro por haberme guardado la mía con tanta generosidad.

Grandison respondió que mis sentimientos eran dignos de mí; pero que prescindiendo de las consecuencias, no podía yo pensar que habría un solo hombre de honor en el mundo que no se hubiese portado como él en la misma ocasión; que sin duda hubiera deseado se hubiese hecho en igual caso el mismo favor a sus hermanas; que creía haber tenido en el lance bastante moderación, y que reflexionando sobre las circunstancias nada tenía que vituperarse.

—No os inquietéis por las resultas —añadió—: nada sucederá si no me hallo en precisión de defenderme.

Charlotte le preguntó si había alguna cosa que temer por el aviso de Wilson, y respondió que no era extraño hiciese amenazas un hombre del carácter de Hargrave; que la pérdida de sus esperanzas, con especialidad estando tan cerca de lograr su intento, le habría mortificado; pero que era necesario despreciar enteramente el lenguaje del pesar, mayormente cuando los hombres de verdadero valor no amenazaban.

Reeves le llamó aparte y ambos pasaron al gabinete donde le entregó la carta de Bagenhall y la leyó.

—Esta carta es muy extraña —dijo, devolviéndola a Reeves—; pero ¿qué juicio ha hecho de ella la señorita Harriet? ¿Está dispuesta a conceder lo que se le exige?

—Vos os haréis el cargo —respondió Reeves— de que se hallará en una terrible perplejidad.

—Pienso —replicó Charles— que una joven de tan buena índole, que exagera demasiado el servido que le he hecho, leería esta carta con alguna desazón; pero ¿ha dudado sobre el partido que debía tomar? ¿No desprecia así el escrito como la persona en cuyo nombre viene? Hubiera creído que la señorita Harriet… —Aquí se detuvo, mas continuando pareció enardecerse, y aun se le escaparon algunas expresiones muy fuertes.

Reeves asegura que hasta entonces no le había creído capaz de

irritarse de pronto con tanta vehemencia. Siento, querida Lucy, que se hubiese detenido y no hubiese dicho *lo que hubiera creído de la señorita Harriet*. Confieso que me sería insoportable que Grandison tuviese formado mal juicio de mi modo de pensar.

Reeves quería justificar mis inquietudes; pero Grandison le interrumpió preguntándole si se había dado algún paso con motivo de esta carta, y si no se había tomado el partido de callar y de mirarla con el mayor desprecio; y habiéndole asegurado Reeves que no se había respondido a ella, prosiguió:

—¿Han podido creer hombres tan viles (pues no doy otro nombre a los que son capaces de una bajeza premeditada) que yo les daría *excusas* por haber impedido su atentado? Nadie, señor Reeves, se apresuraría más que yo en disculparse aun con sus mismos inferiores, si hubiera tenido la desgracia de faltar a mi deber; pero todas las potencias del mundo no me harían que negase ni condenase una acción justa.

Reeves le preguntó con franqueza si Bagenhall le había entregado una carta en que Hargrave le desafiaba, y confesó lo uno y lo otro, añadiendo que por no haber creído se mereciese este asunto la pena de interrumpir un momento el placer que se prometía de abrazar a una querida hermana y a su marido, había diferido su respuesta hasta el lunes siguiente, y que en efecto la había enviado esta mañana.

—¡Vos la habéis enviado! —le dijo Reeves— ¡Cuánto temo, señor!...

—Nada tenéis que temer —replicó Grandison—. No obstante, os suplico que nada comuniquéis a mis hermanas ni a milord... pues no quiero que un negocio que no me da ningún cuidado cause inquietudes e inútiles sentimientos a unas personas por cuya felicidad miro mucho. No puedo sufrir —añadió— que falte cosa alguna para la satisfacción de los sujetos que amo.

—Pero ¿habéis aceptado el desafío? —le preguntó Reeves, y Grandison respondió que se había visto demasiadas veces empeñado en negocios de esta naturaleza; que nunca había sacado la espada sino para su defensa y cuando se le había privado de los demás recursos; que no podía tolerar un insulto y que era colérico naturalmente; que le había costado mucho reprimir su ira, pero que cuando se había dejado llevar de ella, le había mortificado sobremanera su arrepentimiento para que no se esforzase a vencer sus primeros impulsos—. Mas confío, señor —replicó mi primo—, en que vos no reñiréis...

—Yo no reñiré con nadie, señor Reeves, a título de duelo, pues no soy tan cobarde que tema la reputación de tal. Disimulad, señor Reeves, esto que parece vanidad; pero yo no vivo según el mundo sino según el censor que llevo dentro de mí mismo.

Reeves le aplaudió en extremo con las manos y los ojos; pues le faltó el habla para hacerlo de otra manera, habiéndose quedado como

extático al oír tales palabras. Grandison continuó.

—Entre una infinidad de malos usos que me afligen, ninguno me causa tanto sentimiento como el de los duelos premeditados. ¿Cuál es pues la magnanimidad de un hombre que no puede hacerse superior a las opiniones vulgares? ¿Cuántas familias no conocemos que llorarán eternamente la pérdida de un padre, de un hijo, de un hermano que han sido víctimas de esta monstruosa manía? Un hombre que desafía a otro y le obliga a una riña particular comienza por desafiar a su Dios. ¿Tiene acaso más esperanza que la de ser un homicida y la de causar un perjuicio irreparable a toda una inocente familia? Mas pues que vos me habéis hecho internarme tanto en este particular con la extraña carta que me habéis dado a leer, yo os comunicaré también la de Hargrave. Hela aquí.

«*Sábado.*

»Alabo, señor Grandison, la franqueza con que me comunicasteis vuestro nombre. Mis pícaros criados estaban demasiado lejos de su amo para conocer por las exterioridades quién era el enemigo que en un camino público acometía a un hombre inocente: inocente por lo menos con respecto a vos. No dudo de que esperaríais os escribiese, lo cual hubiera hecho antes si los efectos de la terrible sorpresa de que supisteis aprovecharos no me hubiesen privado hasta hoy de la libertad de dejar mi cuarto. Os pido la satisfacción debida a un hombre de honor, y así elegid el tiempo con tal que no pase del próximo miércoles. Esta dilación podrá bastaros para disponer vuestros negocios, pero lo más pronto será lo mejor. El lugar, si os acomoda, será la carrera de Kensington. Yo tendré dos pistolas de las cuales elegiréis, si no queréis más bien darme una de las vuestras. El cuidado de lo demás puede confiarse a mi amigo Bagenhall, que me quiere hacer el favor de poner este billete en vuestra mano, y al que vos nombréis por vuestra parte. Queda, etc.

»*Hargrave Pollexfen.*»

Después de haber leído esta carta a Reeves le dijo que no tenía reparo en mostrarle también su respuesta, la cual acaso le parecería larga; pero que si Hargrave le hubiese conocido mejor, le hubieran bastado seis renglones.

«*Lunes por la mañana.*

»El señor Bagenhall me entregó, señor Pollexfen, vuestra carta el sábado último al entrar en el coche para ir sólo por un día a una casa de campo, y no creí que el asunto ni el tiempo debían variar en nada mi resolución. Mi hermana estaba ya en el coche, y no convenía poner

en cuidado a una mujer, por lo cual prometí para hoy mi respuesta.

»Esta es, señor Hargrave, que yo siempre he rehusado sacar la espada en un duelo formal sin embargo de habérseme ofrecido infinitas veces la ocasión, y que al mismo tiempo me creo bastante versado en el manejo de las armas para estar yo seguro de que el motivo de mi conducta no es el de mirar por mi seguridad.

»¿Tenéis amigos, señor Hargrave? ¿Sois amado de ellos? ¿Les amáis vos? ¿Deseáis vivir por el interés de vuestros amigos y por el vuestro propio? ¿Tenéis enemigos que se complacerían sobremanera de ver que se acercaba el fin de vuestros días? Estas consideraciones son para mí de mucho peso y deseo que asimismo lo sean para vos. Yo estoy tranquilo y sereno como acaso vos no lo estáis, y en una ocasión de esta naturaleza debe el que es dueño de sí mismo proponer al otro el medio de la reflexión, aunque sin embargo de esto siempre será lo que gustéis.

»Mas permitidme que os haga otra pregunta. Si vos os tenéis por ofendido, ¿será cosa prudente ofrecerme la ocasión de haceros quizá otra injuria mucho mayor? Vos os habíais metido en una empresa contraria a todas las leyes, y si no conocéis que en el mismo caso debíais haber hecho lo que yo hice, creed, señor Hargrave, que no sois el hombre de honor por el que quien aspira a este título debe con el mayor cuidado medir sus acciones. Yo no me aproveché contra vos de ninguna ventaja que podáis vituperarme. Vos desenvainasteis vuestra espada y yo no hice uso de la mía. Considerad que no habiendo dejado vuestro coche os era poco favorable esta situación, y que en vista de la estocada que me tirasteis, debéis estar agradecido de mi moderación. Yo no hubiera sentido poder dar el auxilio que se me pedía sin causaros todo el mal de que os quejáis, y ninguna malicia puede sospecharse en mis intenciones. Cualquiera que fuese el horror que tuve y aún tengo a vuestra culpable violencia con una mujer sin defensa que no merecía, como conocí bien pronto, más que vuestras adoraciones y las de todo el universo, yo pensé menos en vengarla que en socorrerla.

»Os escribo tan larga carta porque es mi pluma la única arma que tengo ánimo de emplear; y perdonadme si digo que en vista de la conducta que hemos tenido así respecto a la dama ofendida como entre nosotros mismos, no podemos estar ya sobre el pie de la igualdad, aun cuando por otros principios diversos de los míos estuviese el duelo permitido. Si se toma mi repulsa por pretexto para insultarme y ponerme en la precisión de defenderme, se conocerá que mi brazo sólo es capaz de esto sin intimidarme el número de mis enemigos. Pero aun en esta suposición siempre preferiría el partido de justificarme por medio de unas honradas declaraciones al sentimiento de tener que vituperarme algún homicidio. Mi vida no es mía y aún

menos derecho tengo sobre la de otro. El que piensa de diferente modo es para mí un objeto de desprecio más que yo puedo serlo del suyo; y si imagina que esta declaración le da derecho para atentar a mi vida, que lo emprenda en buena hora, pero esto será por los medios que se conforman con mis principios.

»En una palabra, si alguien me aborrece bastante para despreciar las leyes de su país, yo no me oculto jamás y a todas las horas del día se me encontrará o en mi casa o adonde quiera que concurro por costumbre u obligación. Mi espada es sólo un arma defensiva, y no llevo pistolas más que en mis viajes para amedrentar a los salteadores, habiéndome bastado algunas veces otras armas menos temibles para rechazar insultos repentinos.

»Si el caballero Pollexfen tiene alguna prudencia, me agradecerá por ventura estas amigables reconvenciones a las que podrá dar cualquiera otro nombre. Queda a vuestras órdenes, etc.

»*Charles Grandison.*»

Reeves pidió a Grandison el permiso de leerme estas dos cartas y consintió en ello, porque, según dijo, no tiene ánimo de aceptar la proposición de Hargrave. Como me he tomado la libertad de copiarlas sin su noticia, te pido, mi amada Lucy, que no se comuniquen a nadie fuera de la familia. Bien te harás cargo de la complacencia que me ha causado la última, y no dudo de que tomarás parte en ella. Sin embargo, como el mismo Grandison no está seguro de que se quedará en estos términos el asunto, y conviene en que según las nociones vulgares del honor debe su enemigo tomarse alguna satisfacción; ¿crees, querida mía, que pueda estar muy tranquila cuando me miro como la única causa de la contienda? Vemos que Grandison goza de profunda serenidad gobernándose su grande alma por principios contrarios a los de un mal entendido honor. ¡Cuánto ensalzan mis ideas tan noble carácter! A la verdad, me parece sentir algunas veces que el agradecimiento le erige como un trono en mi corazón, pero en calidad tan sólo de amigo o hermano. Yo le respeto demasiado y está cierta, Lucy, de que este respeto contendrá dentro de los límites del deber todos mis sentimientos.

Luego que Grandison entró con Reeves, la conversación se hizo general; mas oprimida como lo estoy por mi reconocimiento, mi viveza me faltó. Charlotte me dijo un día que me tenía por de un corazón altivo; pero luego que poniendo tal cual vez los ojos en Grandison, cuando miraba él hacia otra parte, hice reflexión sobre lo que aún había que temer, aunque sólo fuese del asesinato de un hombre picado por algunas expresiones de la carta y acaso todavía más por las señales que conservará en su rostro hasta el sepulcro; no pude menos de sentir una viva y tierna inquietud por un amigo de tan

distinguido mérito que por muy alegre y contento que parezca estar con nosotros, podía algunas horas después... ¿Cómo he podido soportar estos terribles temores? Otras veces he mirado con placer al único hombre del mundo a quien hubiera podido desear el deber en mi desgracia tan singular favor. «Su modestia», me decía yo a mí misma, «no me hará gravoso mi reconocimiento». Él no forma del servicio que me ha hecho muy alto concepto, y le son familiares las grandes y generosas acciones. Pudiera haber sucedido que yo estuviese obligada a alguien que por el estado de sus conveniencias se prometiera algún bien del peligro a que por mí se habría expuesto, y cuya condición o carácter embarazase mi agradecimiento.

Mas ahora tengo libre mi corazón. «No obstante», aún me decía a mí misma, «Charles Grandison es un hombre tal que no debe desearse el profesarle muy tierno amor». ¡Cuántas rivales sería forzoso tener! ¡Un hombre a quien mira todo el mundo con admiración! Las mujeres, como me dijo un día su hermana, deben esperar y contener su inclinación hasta que se las solicite. El corazón de Charles debe de estar acostumbrado a estas tiernas sensaciones que se convierten en una pasión viva y fogosa en el pecho de un hombre respecto al primero y único objeto de su amor. Apostaría la cabeza, amada Lucy, si pudiera saberse la verdad, a que en el gran número de mujeres que sentirían sobremanera el casamiento de Charles, ya en Canterbury, ya en otra parte, no hay ninguna a quien quiera más que a otra.

Charlotte nos propuso a mis primos y a mí una comida para el miércoles próximo, y la aceptamos con gusto. La condesa al parecer ha quedado muy contenta de mí; si bien con mi agitación haría un papel muy melancólico en toda la visita. ¿No esperas que te haga en esta carta la pintura de ella y de su marido, como acostumbro hacerte la de todos mis nuevos conocidos? Sin duda estoy obligada a ello, mas no sé si me hallo en estado de emprenderla. A la verdad, querida Lucy, todo lo que me ha sucedido en quince días me ha humillado tanto que pienso haber perdido el fuego que animaba mi corazón y mi pluma.

La condesa es de un año más que Charles; pero muestra en su semblante toda la afabilidad y finura que forman las más amables fisonomías, y parece dos o tres años más joven. Es alta y delgada, y aunque hay alguna más viveza y gentileza en el aire y facciones de Charlotte que en las suyas, la dulzura y agrado de su rostro inspiran mayor confianza e inclinación a ella que a su hermana, y es indispensable quererla a la primera vista. Por lo que hace a Charlotte, parece necesario pedirle la licencia de amarla, y aun amarla si lo permite, y sin embargo consienta o no consienta, es imposible dejar de quererla. Todos hablan de la condesa con tanto respeto como afición, y todo el mundo pondera su discreción y prudencia. Charlotte, cuyo carácter es mucho más franco, no logra siempre la aprobación que

merece, y satisfecha con el testimonio de su corazón se eleva sobre la opinión de otros.

El conde, aunque no es hermoso, tiene una figura muy agradable. Parece que la bondad está pintada en sus ojos, y un aire de discreción y honradez le hace de respetar. Es el conde cuanto indican sus ojos: atento, prudente, generoso y en una palabra, un verdadero hidalgo de los antiguos tiempos.

Se me ha prometido contarme toda la historia de las dos familias con la de los amores del conde y la condesa, y de los beneficios que deben a su hermano, de quien no se cansan de hablar, y con el que tienen una tierna condescendencia que se manifiesta hasta en sus miradas. ¿Qué juicio se ha de hacer de este hermano? ¿Tendrá por ventura algún secreto para hacerse acreedor al reconocimiento de cuantos tienen alguna conexión con él? Estoy sobremanera impaciente por verme a solas con Charlotte y descubrir tal vez en alguna conversación de confianza, por qué medio obliga a todos a que reconozcan en él una superioridad de que son por lo común tan celosos los más de los hombres.

Según mis deseos renunciaría durante mi residencia en Londres a todos los demás conocidos, por gozar casi únicamente de esta admirable familia, a lo menos si no lo impidiese el temor de hacerme importuna. Lo restante de mi tiempo lo emplearía en disfrutar la vista y conversación de mis primos a quienes en mi concepto no indemnizaré jamás de las molestias que les causo. ¡Con qué ansia espero para verme con toda la familia de los Grandison este próximo miércoles en que toda se ha de juntar! Tengo muchos motivos para esperar con impaciencia este día. Sin embargo, Hargrave no deja de inquietarme.

Carta XXVII
La señora Selby a Harriet Byron

Quinta de Selby, 25 de febrero.

Aunque ha mucho tiempo que resolvimos, mi queridísima Harriet, dejarte una libertad absoluta en tu elección, no podemos dispensarnos de comunicarte las nuevas proposiciones que por nuestro conducto se te hacen. Después estará sólo en tu mano el aceptarlas o rehusarlas.

La condesa de D..., viuda de este ilustre título, me hizo el honor de escribirme ha más de un mes, según verás por la fecha de su carta; pero me encargaba el secreto hasta que me diese la libertad de revelarlo, como me la da hoy por otra carta suplicándome que te informe de todas sus declaraciones. He referido lo que ha pasado entre esta dama y yo a mi madre, a Selby y a Lucy, y no me han dicho su

parecer por las mismas razones que me impiden también decirte el mío hasta que tú misma lo pidas.

Pero ¿no vemos nosotros, mi amadísima sobrina, que en muy pocos días han sucedido muchas novedades que entibiarán las esperanzas de todos tus amantes, por lo menos si saben las circunstancias y situación en que te hallas? Estoy persuadida, amor mío, a que nunca serás capaz de resistir a los impulsos de ese reconocimiento que siempre ha tenido tanto poder sobre tu corazón. El tierno cariño que tu tío te profesa le ha hecho contener en esta ocasión su inclinación, como sabes, a las chanzas; mas confiesa, querida mía, que se compadece de ti.

—Mientras que esta idolatrada niña —dijo— nos ponderaba sus fuerzas y despreciando al uno o despidiendo al otro se creía fuera de los tiros de Cupidillo, delante del cual es indispensable que las mujeres lleguen tarde o temprano a inclinar la cabeza, no la he perdonado; pero ahora que la veo sumergida en una verdadera pasión y que tiene tantas excusas que dar, cuando nosotros no tenemos acaso sino la esperanza al mismo tiempo que Grandison ha logrado el triunfo; su estado, si es tal como pienso, me inspira demasiada compasión para quererla desazonar con mis burlas, mayormente habiendo padecido tanto por el vil Hargrave.

Mil pasajes de tus cartas, querida mía, nos han abierto los ojos sobre tu inclinación. A los principios se esfuerzan siempre las jóvenes a disfrazarse su propio amor. Quisieran apagar el fuego antes de pedir auxilio; mas este mismo esfuerzo es un viento que le hace arrojar llamas. Buscan nombres para su pasión tales por ejemplo como el reconocimiento; pero sabe, amada Harriet, que un reconocimiento tan bien fundado como el tuyo sólo es un nombre prestado al amor. El mérito del objeto, tu bello y grande corazón y la conformidad de los caracteres deben producir el amor en uno de los dos y tal vez en ambos, si esa multitud de mujeres de que se te ha hablado sólo tiene las perfecciones del día, aunque sin embargo no se puede contar en esto, pues que los corazones virtuosos se hallan y unen como por sí mismos. Es verdad también que estas mujeres pueden haberse dejado llevar de las exterioridades; pues un hombre de bella figura no necesita de todas las prendas del caballero Grandison para captar el corazón de gran parte de nuestro sexo.

Lo que aumenta nuestros temores, amada Harriet, es que todos nosotros estamos asimismo enamorados de él. Tu tío encontró el otro día al señor Dawson, famoso abogado de Nottingham que defiende varios pleitos del señor Grandison, y la exacta descripción que le hizo de su conducta sólo en orden a sus arrendadores y vasallos basta para confirmar todo cuanto el más vivo agradecimiento y el más vehemente amor pueden dictar a favor suyo. Algunas veces no sabemos si debemos lamentarnos del vil atentado de Hargrave, aunque

no podrás dudar de que la relación de tus penas nos atravesó el corazón. Si el fin correspondiera a nuestros deseos, nada sentiría; pero en esto, querida sobrina, consiste nuestro temor. «¿Qué sería de mí», decía ayer tu abuelica, «si la favorita de mi corazón se hallase apasionada sin esperanza de ser correspondida?» Explícate, amor mío, con ingenuidad. Si ves algunas apariencias de esto, es indispensable resolverte a echar agua sobre el fuego mientras que arde todavía oculto y no ha hecho más que arrojar algunas chispas. Es indispensable apagarlo, querida mía, ¿y cómo podrás conseguirlo si no truecas tu trato personal con esa amable familia por una correspondencia epistolar, es decir, si no te vuelves con nosotros antes que la llama se haya elevado al más alto punto? Cuando estés aquí, podrás dar algunas esperanzas al virtuoso Orme o corresponder al sujeto que ahora se te propone. Como la más dulce complacencia que podríamos tener sería la de verte felizmente casada, nada deseamos con tanto ardor. Si hubiera alguna probabilidad... ya me entiendes. Una corona, amada sobrina, sería despreciable en su comparación.

Adiós, amor mío. Me engaño si esa prudencia que te ha merecido hasta aquí tantos aplausos no tiene que sufrir mayores pruebas que las que has experimentado jamás. Es toda tuya con un afecto maternal,

—Marianna Selby.

Carta XXVIII
La condesa viuda de D... a la señora Selby
[Incluida en la precedente.]

23 de enero.

Permitid, señora, que sin conocerme personalmente os escriba sobre un asunto de alguna importancia, y cuyo secreto os encargo hasta mi primera carta aun respecto al señor Selby y a la señorita de quien he de hablaros. Nadie de mi familia sin exceptuar al conde de D... mi hijo sabe mis intenciones ni tendrá de ellas la menor noticia antes que vos las hayáis aprobado.

Mi hijo acaba de entrar en los veinte y cinco años, y hay pocos jóvenes de mejores prendas en la alta nobleza. Su minoridad me proporcionó ponerle, cuando entró en la mayoría, en posesión de un grande y desempeñado mayorazgo que desde que tiene la administración de sus bienes no ha deteriorado. Ningún defecto puede notársele en su persona, está reputado por un joven de saber y juicio, y su conducta le ha hecho de estimar en sus viajes, sobre lo cual podréis informaros cuanto dicta la prudencia.

Nuestro más vehemente deseo, como desde luego os haréis el cargo, es el de verle bien casado. Dista tanto de ser un mal hijo que siempre

ha profesado un tierno afecto y mucho respeto a su madre, y un hijo respetuoso promete ser un buen marido. Me asegura que no ha puesto su amor en ninguna persona y que hará el mayor aprecio de mi recomendación. Yo busco un casamiento que le convenga, y aunque mi hijo no mira la hermosura con indiferencia, yo no me contento con la buena exterioridad de una mujer. Antes de todo pongo la vista en la familia que ha dado a una joven su nacimiento y educación, y lo que menos me hace al caso es la calidad, pues un hombre distinguido como sabéis, la comunica a su mujer. Con una buena y antigua nobleza quedo satisfecha, y es público, señora, que estas circunstancias no faltan por ninguna rama a vuestra familia; de suerte que si estuviesen hechas las capitulaciones con recíproco beneplácito, os confieso que me lisonjearía de mi enlace con ella. Sólo con haber sido la señorita Harriet educada por vos tiene un poderoso atractivo para mí.

La belleza, el mérito y excelente índole de la señorita Harriet son materia de las conversaciones y admiración de todo el mundo. Ningún día se pasa en que no oiga hacer de ella nuevos elogios. Yo no tengo hoy más que una sola pregunta que haceros, y os suplico me respondáis con la franqueza que exige la importancia del asunto y que creo merecer por la mía, mayormente cuando prometo tan fiel secreto como el que encargo. ¿El corazón de la señorita Harriet está absolutamente libre? Nuestra delicadeza es extremada sobre este punto, el único que tocaré ahora; mas si vuestra respuesta es como la deseo, hablaremos de otros. Una palabra que me escribáis, cuando no se os siga molestia, os la agradecerá infinito vuestra muy humilde y obediente servidora.

—M. D...

Con esta carta envió la señora Selby la respuesta que había dado a la condesa, asegurándole que no sabía tuviese Harriet ningún cariño particular, aunque era público que la pretendían muchos con ardor haciendo muy considerables ofertas. Al mismo tiempo, le advirtió que Harriet no era rica, pues únicamente ascendía su caudal a 15.000 libras, y aunque tenía esperanzas de heredar, eran muy remotas. También remitió otra carta de la condesa de 13 de febrero, en que le dice que después de hacer recibido la suya habló de sus intenciones a su hijo, y le encontró tan prevenido por la fama pública en favor de Harriet que sólo ansiaba por verla; y que a la objeción sobre los bienes de fortuna, respondió que un hombre que tenía como él 12.000 libras de renta, no debía buscar en una mujer otras riquezas que el mérito y la virtud. Añade la condesa que esta respuesta de su hijo es la que deseaba y también la suya: con cuyo motivo propone a la señora Selby una pronta vista entre los dos jóvenes para acelerar la conclusión de un matrimonio en que se promete toda la

felicidad de su vida, declarando que ya mira a Harriet con toda la ternura de una madre.

Carta XXIX
Harriet Byron a la señora Selby

Londres, 28 de febrero.

A la verdad, mi estimadísima tía, vuestra carta me causa un terrible dolor. Es una ingratitud decirlo habiendo vos tenido siempre la mayor indulgencia conmigo; pero si en efecto me hallo afligida aunque quizá sin motivo, ¿no debo confesároslo?

¿Cuál es pues mi situación? ¿Qué circunstancias me han hecho perder el poder que debo tener sobre mí, y transforman en compasión el gusto que tiene siempre mi tío en chancearse? ¡Sumergida en una grande pasión! ¡La esperanza en mí y el triunfo conseguido por otro! ¡Unas cartas que me venden y os hacen abrir los ojos! ¡Un principio de amor que procuro disfrazarme a mí misma! ¡Fuegos, chispas y llamas! ¡El agradecimiento y el amor, términos sinónimos y equivalentes! ¡Ah, mi querida tía! ¿Cómo habéis podido sufrir que mi tío me haya escrito en estos términos? ¿Cómo habéis podido copiar tales expresiones y decírmelas como si fuesen vuestras? Sin embargo, veo en ellas algunos rasgos de ternura que no pueden ser de un hombre ni aun de ninguna mujer a excepción de mi amada tía.

Pero ¿en qué pensáis, señora, cuando me declaráis que os halláis prevenida en favor de un hombre, en quien ya consideráis tantas ventajas sobre mí? ¿Había necesidad de manifestarme que sus grandes prendas os han hecho tanta impresión? Mi propia abuela no perdona a su nieta y *una pasión sin esperanza* la estremece. ¡Oh, que el cielo me quite la vida antes que yo merezca tan cruel compasión!

Vuestra imaginación se inflama para representarme un fuego que arde oculto y unas chispas que saltan, y para exhortarme a echar agua sobre las llamas. ¡Oh, mi amada tía! ¡Qué imágenes! ¿A quién se le aplican? ¿Y por quién? ¿Tanto me he olvidado de mí misma en mis cartas? No, no, las tengo muy presentes. Mas ¿deberíais decirme que me perdonáis si me hallo en esta triste situación? ¿Debisteis decirme que *toda la familia está enamorada* de este excelente hombre y hablar del señor Dawson y de todos los elogios que hace de él? Por el contrario, me debisteis decir que si mi reconocimiento se transformaba en amor, no me lo perdonaríais jamás. Entonces la obligación me ayudaría a superar una pasión cuyas consecuencias os inquietan mucho al parecer.

Así pues, no me queda más defensa que la fuga, y se me aconseja volver prontamente a Northamptonshire, ya para tratar de

capitulaciones con milord D..., ya para acalorar la pretensión de alguno de mis amantes antiguos. ¡Pobre Harriet! ¿Tienes tú pues necesidad de remedio tan urgente? ¿Y es tu tía Marianna quien te da este consejo? Pero ¿no es de esperar que Charles se compadecerá también de ti? ¿Te verá él *sumergida* en tan grande pasión sin ofrecerte una mano benéfica? ¡Oh, no! ¿Con los beneficios que te ha dispensado, puedes prometerte el deberle todavía más? ¿Y puede él hacer en efecto más de lo que ha hecho ya por ti?

Mas permítaseme siquiera ensayar mis fuerzas, pues no me hallo tan enferma como parece que se lo imaginan. Quiero correr los riesgos de la comida de mañana, y si me siento demasiado débil para continuar mi resistencia, podré seguir el caritativo consejo que se me da. Huiré antes que aumentar el número de estas infelices mujeres que suspiran acaso mucho tiempo ha por el mejor de todos los hombres; pero en esta misma suposición de ir a ponerme bajo vuestra protección creo que no me será absolutamente necesario encender una nueva llama para apagar otra. La amistad de Orme me será siempre apreciable, pero ahora estoy más distante que nunca de pensar en otra cosa más.

Tocante a las proposiciones de la condesa de D..., nada tengo que reflexionar. Vos sabéis, estimadísima tía, que aún no me ha despreciado el hombre de quien *está enamorada toda la familia.* Mas si he de explicarme con ingenuidad, confesaré que sin advertir en mí más sentimientos que los de agradecida, vínculo muy poderoso a la verdad, miro a todos los demás hombres no sólo con la indiferencia que siempre, sino también con cierta especie de disgusto; y según lo que siento en mi propio corazón, más bien querría pasar una hora de cada semana con Charles y Charlotte Grandison que ser mujer de ninguno de los hombres que he visto o conocido hasta hoy. Si esta disposición se transformara tarde o temprano en amor, y si me hallara *sumergida en una pasión sin esperanza de ser correspondida,* no sería otro su objeto que Charles Grandison. Estoy cierta de que no se valdría de ella para insultarme, y por mucho que humille el término de piedad, preferiría yo la suya al amor de cualquiera otro hombre.

Así, mi querida tía, tendréis la bondad de responder a la condesa de D... que agradezco sobremanera el concepto que ha formado de mí; que la estimación con que me honra me obliga a interesarme en la felicidad de su hijo; y que sin considerar la igualdad de bienes de fortuna absolutamente necesaria para la felicidad de un matrimonio, estoy persuadida a que es una circunstancia que no merece ser despreciada; pero vos sabéis mejor que yo en qué términos habéis de concebir vuestra respuesta después de esta manifestación de mis sentimientos. Os aseguro que son como los acabo de declarar, y que me despreciaría a mí misma si fuera capaz de entretener a un hombre

honrado, mientras que titubeara en favor de otro.

Temo, venerada tía, que os parezca demasiado libre esta carta; mas mi corazón y mi espíritu no están tranquilos. Todos estos hombres me causan un fastidio que ha llegado a ser extremado por causa de Hargrave; y si de su odiosa empresa no me hubiera resultado el bien de conocer al mejor de todos ellos, creo que me hubiera resuelto a no ver ninguno jamás, a lo menos para oírle un solo momento sobre un asunto que se me ha hecho insoportable por el odio que siempre he tenido a las vanas adulaciones. Me lisonjeo de que con vuestra acostumbrada indulgencia disimularéis mis yerros, y obtendréis para mí la misma gracia de mi abuela y tío. Entretanto, etc.

—Harriet Byron.

Carta XXX
Harriet Byron a Lucy Selby

Martes por la noche, 28 de febrero.

No quiero diferir ni un momento, querida mía, darte cuenta de una visita que Reeves acaba de hacer en St. James-Square, de donde trae un papel que contiene lo acaecido entre Bagenhall y Charles con motivo del odioso asunto que tanto temor me causa. Charles, a instancia de Reeves, le permitió que nos lo comunicase.

Bagenhall estuvo ayer noche en casa de Charles con el fin de suplicarle de parte de Hargrave que citase hora para verse el día siguiente en las carreras de Kensington. Charles rogó a Bagenhall que entrase con él en su gabinete. Y luego que se hubieron sentado le dijo Bagenhall que habiendo intervenido ya en un asunto de la misma naturaleza había tenido el sentimiento de saber que no se había hecho una relación verdadera de su conducta, con cuyo motivo se le había aconsejado tomase una precaución que acaso parecería extraordinaria; y que así por satisfacer a Hargrave como por poner las cosas con toda claridad, había llevado consigo un escribano a fin de que se le permitiese escribir todo lo que pasase en esta conversación. Charles le respondió que estaba en su mano hacerle entrar, sin embargo de que no lo conceptuaba necesario, por ser cosa corta lo que tenía que decir.

—Aunque no hablemos más que dos minutos —replicó Bagenhall.

—Sea enhorabuena —le dijo Charles; y habiendo mandado se llamara al escribano, hizo que se entrase recado de escribir.

Después de la conversación se leyó el escrito, y como había de sacarse una copia para Hargrave, Charles pidió otra que la misma noche se le remitió. Yo no mudaré nada, querida mía, del orden que hay en ella, y a lo que cada uno dice precederá su nombre.

Charles. Vos me habéis declarado, señor Bagenhall, la intención de Hargrave; ¿y habéis leído mi respuesta a su carta?

Bagenhall. Sí, señor.

Charles. ¿Y pensáis que yo debo dar otra?

Bagenhall. Vos convendréis desde luego en que con vuestra respuesta no debe darse por satisfecho un hombre de honor.

Charles. Señor Bagenhall, ¿es ese vuestro parecer o el de Hargrave?

Bagenhall. El de Hargrave, señor Grandison, y creo que lo será también de todo hombre de honor.

Charles. ¡De todo hombre de honor, señor Bagenhall! Un hombre de honor no hubiera ocasionado lo que a vos os trae a mi casa. Por lo demás, haciéndoos esta pregunta yo he supuesto que no hay más que un interesado en esta diferencia.

Bagenhall. Perdonad, señor Charles; pero yo no he querido daros a entender que hay dos.

Charles. Hacedme el favor de decirme si estáis bien informado de la empresa de Hargrave y de todas sus circunstancias.

Bagenhall. Hargrave me ha hecho sin duda una relación exacta de todo y sus miras respecto a la señorita Harriet eran honradas.

Charles. Hargrave habrá formado muy alto concepto de sí mismo, si ha creído que lo más favorable que podía proponerse para la señorita Harriet era capaz de hacerle honor. Pero, señor Bagenhall, ¿pensáis vos que en esta ocasión se ha portado Hargrave como hombre de honor?

Bagenhall. Ya os he dicho, señor Charles, que no soy interesado en el asunto. Yo no intento justificar la conducta de Hargrave.

Charles. Pues vos me permitiréis referirme a mi cara: ninguna otra respuesta tengo que dar. Perdonad, señor Bagenhall: mi intención no es de faltaros a las atenciones que os debo.

Bagenhall. ¿Ninguna otra respuesta, señor Charles?

Charles. (*Al escribano.)* Pues que el señor Hargrave ha de leer vuestro papel, poned como yo repito: que no tengo otra respuesta que dar; que la que he dado al señor Hargrave debe satisfacerle y es propia de un hombre de honor que tiene por conveniente dar alguna; y que un hombre capaz de la acción del señor Hargrave debe darme gracias por ella. ¿Lo habéis puesto?

Escribano. Sí, señor.

Charles. Añadid con mis propias palabras que el señor Hargrave puede tenerse por muy dichoso, si los parientes y amigos de la señorita Harriet sepultan en el silencio este negocio; que no obstante yo tomo a mi cargo libertarle de semejantes temores, porque aún me miro como protector de la señorita Harriet en orden a las resultas de la aventura de Hounslow; que yo desempeñaré fielmente todos los deberes anejos a este título; pero que sólo doy tal nombre a los pasos o

diligencias que mi corazón puede justificar; y en fin, que no acostumbro hacer caso de insolentes intimaciones. Sin embargo advierto, señor Bagenhall, que no hago más que repetir lo que me acuerdo de haber escrito.

Bagenhall. Vos sois muy vivo, señor Grandison.

Charles. No por cierto. Yo declaro mis verdaderos sentimientos acerca de los cuales diría menos, si Hargrave no hubiera de ver lo que aquí pasa.

Bagenhall. ¿Gustáis, señor Charles, de citar tiempo y lugar?

Charles. ¿Para qué, señor Bagenhall?

Bagenhall. Para dar satisfacción a Hargrave.

Charles. Decid que para servirle, pues para esto me hallará siempre pronto aun mi mayor enemigo. Sepa Hargrave que sólo le he escrito una dilatada carta para no tener que decirle nada en esta ocasión.

Bagenhall. ¿Es esa vuestra única respuesta?

Charles. Añadid, si gustáis, que si Hargrave intentara otra indigna empresa y se implorara mi protección contra sus ultrajes, la dispensaría en cuanto me fuese posible, aunque le acompañaran tantos hombres armados como criados tiene. Supongo, no obstante, que nada pudiese esperarse del auxilio de las leyes, pues yo no intento usurpar a la justicia sus facultades, ni fundo mi honor en hacerme juez de mi venganza o ejecutor de la de otro.

Bagenhall. ¡Excelente y noble proceder, sin duda! Pero Hargrave asegura que no os ha ofendido; y como he oído hacer de vos grandes elogios y estoy cierto del valor de mi amigo, me ha estimulado uno y otro a buscar el medio de prevenir funestas consecuencias escribiendo a la señorita Harriet que Hargrave la ama más que a su propia vida. Si las proposiciones que le hago...

Charles. Son extrañas, señor Bagenhall. ¿Habéis podido prometeros algún fruto de ellas?

Bagenhall. ¿Por qué no? Parece que la señorita Harriet tiene libre su corazón, y no presumo que vos la miréis con fin particular.

Charles. Insensiblemente hemos venido a parar en un asunto que no tiene que ver con lo que hablamos. Decid a Hargrave, si no os parece más bien que lo ponga el escribano, que yo le aconsejo, se tome tiempo para informarse de mi carácter y de los motivos que me hacen rehusar la cita que propone. Decidle que algunas veces me han irritado hombres insolentes; pero que en tales ocasiones he tenido siempre la felicidad de castigarles sin que haya costado a nadie la vida ni apartarme de mis principios sobre el duelo.

Bagenhall. ¡Excelente lenguaje, señor Grandison!

Charles. Sí, señor Bagenhall; y yo sentiría haberlo tenido, si no me prometiese que podrá mover a Hargrave a que tome informes tan útiles para él como para mí.

Bagenhall. Yo desearía que dos hombres cuyo nacimiento y carácter aprecio estuviesen más acordes, o que Hargrave no hubiera padecido tanto en tan desgraciada aventura.

Charles. ¿De qué sirven todas estas dilaciones? Yo os tengo, señor Bagenhall, por un hombre honrado, mayormente cuando buscáis, según decías, medios de evitar otras fatales resultas, lo cual me ha hecho dilatar una conversación muy inútil, pues aún repito que me atengo a mi carta.

Bagenhall. Confieso, señor Charles, que vuestra firmeza me causa admiración; pero no me sorprende menos que con tan nobles sentimientos rehuséis a un hombre de honor la satisfacción que os pide.

Charles. A mis propios sentimientos se debe atribuir mi repulsa y el no temer las consecuencias de ella.

Bagenhall. Si vuestras acciones corresponden a vuestros sentimientos, como me inclino a creer por lo que he sabido del lance de Hounslow, y por lo que os oigo y advierto en vos, os miro como un prodigio y me alegraría en extremo de poder contribuir a vuestra reconciliación.

Charles. Hablándoos con franqueza, señor Bagenhall, yo no quiero ser amigo de un hombre capaz del atentado en que sorprendí a Hargrave; mas yo diré de buena gana las condiciones con que prometo verle sin aversión ni desprecio. Helas aquí: que impute su indigna empresa a la violencia de su pasión, que se muestre arrepentido de ella, y que de rodillas, si gusta, pida perdón a la más amable de todas las mujeres, confesando que no lo merece, si la señorita Harriet tiene la bondad de concedérselo. El hombre más valiente puede sin vergüenza doblar la rodilla a los pies de una mujer habiendo tenido la desgracia de ultrajarla.

Bagenhall. ¡Válgame Dios! ¿Queréis, señor Charles, que se escriba eso?

Charles. Y aun lo exijo; y si Hargrave tiene en su pecho alguna chispa de verdadero honor, aprovechará con gusto la ocasión de seguir sus impulsos. Poned, señor escribano, que la confusión y el dolor son la satisfacción única que puede expiar un delito.

Doy fe de que es fiel y verdadera esta relación. Londres, en el gabinete del señor Charles Grandison, a 27 de febrero.

—Henry Cotes.

¿No sientes inflamado tu corazón, mi querida Lucy, ahora que has leído, como supongo, este papel? ¿No ves brillar la admiración en el rostro de todos los que te escuchan? Hazme el favor de mirarles. Ya ama toda la familia a este excelente hombre y está persuadida a que yo le amaba también. La familia pensará enhorabuena lo que guste;

mas yo no advierto que tenga nada que temer con un hombre virtuoso.

Tú te figurarás que yo no podría menos de sentir alguna agitación, cuando llegué a la pregunta de Bagenhall si Charles me miraba con fin particular. Siento decirte, mi amada Lucy, que yo me sentí más alterada de lo que hubiera querido. Es necesario, bien lo conozco, que yo vele algo sobre mí misma. Para no encubrirte nada, yo puse entonces el escrito sobre mi mesa, y temía leer la respuesta de Charles. Ya ves que hubiera podido excusarme tan necios temores. ¿Hablo yo con bastante buena fe, querida mía? Mas si no llegas a este punto antes que lo adviertas, no es menester que se lo leas a tío.

Bagenhall se fue tan contento, como echó de ver el mismo Charles, que Reeves funda en esto muy buenas esperanzas. Sin embargo las condiciones... A la verdad, Lucy mía, yo no quiero ver a Hargrave ni de rodillas, ni de pie. Estoy cierta de que me causaría su vista una violenta conmoción; pues conservo fuertes impresiones de su malicia y crueldad. Por otra parte, yo no tendría gusto en ver al miserable con su boca desfigurada. Parece que se le ha cosido un labio y que lleva un gran parche negro en su herida.

Como ignoramos que Charles haya oído hablar nada después de la visita de Bagenhall, me lisonjeo de que se pasará sin ninguna novedad sensible el día de mañana.

—Harriet Byron.

Carta XXXI
Harriet Byron a Lucy Selby

Miércoles por la noche, 1 de marzo.

Tú esperarás, querida mía, la relación de lo que ha pasado hoy en St. James-Square.

Nosotros encontramos en casa de Charles Grandison con milord y milady L..., al joven milord G..., uno de los apasionados de Charlotte, y a la señorita Jervois, joven de cerca de catorce años que está bajo la tutela de Charles, al señor Everard Grandison y al señor Bartlett, doctor en Teología cuyo elogio tendré ocasión de hacerte más de una vez. Inmediatamente que llegamos, nos llevó Charles a una pieza inmediata a la sala de comer, donde las dos hermanas nos esperaban y recibieron con señales de un vivo afecto.

—Yo quiero —nos dijo Charles— daros a conocer los sujetos que os acompañarán en la mesa. Milord L..., a quien ya conocéis, es uno de los mejores hombres del mundo por cuyo título le venero, así como le amo por ser marido de mi hermana. El señor Grandison, al cual llamamos familiarmente *Everard,* es un hombre de bastante viveza y

despejo, y que ya, señorita Harriet, está dispuesto a admiraros. Vos no creeréis acaso la mitad de las lindas cosas que va a deciros, y vos seréis la única a quien le será difícil persuadir. Milord G… es un joven muy modesto, bien educado y de una figura agradable; pero tan enamorado de cierta joven que me excuso de nombrar, que no muestra en su presencia aquella dignidad que no le falta en otras ocasiones. ¿Por qué te has de poner encarnada, querida Charlotte?

»También veréis al doctor Bartlett, un hombre todo cano y de la más graciosa fisonomía del mundo que reúne en su carácter la bondad, las luces del saber, la prudencia y la modestia. Su primera sonrisa os descubrirá su corazón pintado en su rostro. Cuando quiero complacer a alguien, le doy por compañero al doctor Bartlett. No tiene más que un defecto, y es el de hablar muy poco; pero si hablara más, los que le escuchasen no querrían romper el silencio.

»La señorita Emily Jervois mi pupila es una niña apreciable. Su padre cuya probidad conocí no fue muy dichoso en su matrimonio, y murió en Florencia, donde por sus últimas disposiciones me confió el cuidado de esta única heredera de un caudal considerable aunque disperso y que no me ha sido poco difícil juntar. Era un negociante a quien el fatal genio de su mujer había puesto en precisión de abandonar la Inglaterra. Ya he tenido algunas diferencias con ella y no me lisonjeo de verme libre de otras. Charlotte ha cobrado mucho afecto a Emily, y su mérito no menos que la memoria de un padre con quien tuve amistad estrecha, me la ha hecho también muy amable.

—¡El fatal genio de la señora Jervois! —dijo Charlotte mirando a su hermano—: eso es tratar con mucha indulgencia a una mujer de las más abandonadas.

—Sea enhorabuena —respondió Charles—; pero yo no he querido dar más que una ligera idea de la historia de Emily para prevenir a la señorita Harriet en su favor y para facilitar su amistad y trato. Emily, que está ansiando por ser amiga de la señorita Harriet, no dejará de contarle todas las aventuras de su vida. ¿Qué necesidad hay de hacer una pintura tan exacta de la madre, cuando sólo se trata de la hija? —Charlotte hizo mucho aprecio de esta lección y dio muy afectuosas gracias a su hermano— Emily —prosiguió Charles volviéndose hacia mí— no está siempre en Londres con nosotros, aunque tenga la pasión de no perder de vista a mis hermanas…

—Y de estar frecuentemente contigo —le interrumpió Charlotte. Pero algunas palabras que Reeves dijo al oído de Charles y cuyo asunto adiviné le impidieron responder a su hermana.

Reeves le preguntó si había sabido algo de Hargrave, y él respondió sin afectación que no había oído hablar nada, y que era difícil a los que habían vivido siempre en el error adoptar de pronto otra mejor conducta; pero que él tenía por favorable este silencio.

Después, habiéndonos dejado por un instante, volvió a entrar con la señorita Jervois.

—Aquellos señores —me dijo— parecen ocupados en una profunda conversación; pero yo conozco la impaciencia que tiene esta niña por rendir sus respetos a la señorita Harriet Byron. Esta es mi Emily. Permitidla, señorita, que aspire algunas veces a tener el honor de recibir vuestras instrucciones en ausencia de mi hermana, y que os pida pongáis alguna atención en su conducta, según que os parezca merecerlo.

Se encuentran pocos hombres, mi querida Lucy, que sepan hacer un cumplimiento a una mujer sin humillar ni menospreciar a otra. ¿Cuántas veces hemos observado tú y yo que la cortesanía es rara en un hermano? Yo abracé a la Emily de Charles y le dije que buscaría con ardor las ocasiones de servirla y de granjearme su afecto. La señorita Jervois es efectivamente una joven muy amable. Tiene grande estatura para su edad, un porte noble y la tez muy bella, no impidiéndola ser linda algunos hoyos de viruelas. Le hace mucho favor cierta dulzura que se advierte en todos sus modales y en toda su persona. A primera vista conocí que toda su ambición se dirigía a complacer. Ella me hizo dos o tres veces graciosos cumplimientos, y aun cuando Charles no me la hubiese recomendado, hubiera yo sentido una viva inclinación a ella.

Everard Grandison entró y dijo al acercarse:

—A fe mía, Charles, que no puedo vencer mi impaciencia. El saber que está aquí la más bella dama de Inglaterra y verme privado tanto tiempo de ponerme a sus pies y rendirle mis respetos es para mí cosa imposible de tolerar.

Entonces me saludó con mucho despejo, como también a mi primo y a mi prima, y volviéndose hacia Charlotte juró por vida suya que mis perfecciones excedían a lo que publicaba la fama, añadiendo otras lisonjas de esta naturaleza.

—¿No te dije —le respondió su prima— que tú formarías el mismo juicio que nosotros?

Los cumplimientos de Everard Grandison no me inspiraron ninguna afición a él, y acaso hubiera yo oído con menos indiferencia sus atentas expresiones, si no hubiese conocido a Greville, a Fenwick y a Pollexfen. Presumo que se asemejan todas las gentes de esta clase. ¡Pobres mozos! ¡Cuán lejos estáis de ocupar un lugar en mi corazón!

Charles, dirigiéndose entonces a mi prima y a mí, nos propuso que pasásemos a la sala de comer. Milord L... y milord G..., que nos oyeron acercarnos, salieron a recibirnos con el doctor Bartlett, y Charles después de habernos presentado los unos a los otros dijo en tono festivo al doctor que hubiera apostado a que en vista de la pintura que se le había hecho de la señorita Harriet, la hubiese distinguido de

pronto entre cincuenta damas que hubiese visto jamás. Yo me aproveché de la ocasión de este cumplimiento para asegurar al doctor que yo veía en su rostro el carácter que Charles me había ponderado, y que me hubiera inspirado veneración en cualquiera lugar que le hubiese visto. En efecto, querida mía, este buen eclesiástico tiene un no sé qué tan respetable en su fisonomía que es imposible dejar de venerarle. El doctor me respondió que la bondad de Charles prevenía siempre sus deseos, y que le agradecía infinito la ocasión que le daba de ver y felicitar a una nueva hermana que iba a aumentar el lustre de tan apreciable familia.

En esto entró un criado y dijo al oído algunas palabras a Charles, el cual le respondió que le llevase a su gabinete; y habiendo salido casi al punto se acercó a mí su primo Everard y me dijo mil sandeces, en las cuales otras ideas no me permitieron poner mucha atención. Un cuarto de hora después entraron a decir a Reeves que Charles quería verle un momento, y aunque volvió bastante pronto, sus miradas no me agradaron entonces. Charles, que aún o se había ido cuando el mayordomo entró a decirnos que estaba puesta la mesa, nos hizo decir que nos suplicaba que no le esperásemos, y que se sentaría a comer tan pronto como nosotros. «Este es algún nuevo pesar», dije entre mí, «que sin duda se le da por mi causa.» No obstante, Charles volvió cuando estábamos para sentarnos. Su rostro me pareció sereno y yo le vi sonreírse sin afectación; mas sus miradas no me inquietaron menos que las de Reeves.

Cuenta, querida mía, con que ha pasado algo que no puedo hacer me revele mi primo, aunque yo me había lisonjeado de que en volviendo a casa lo haría. Bagenhall era seguramente el sujeto que fue a ver a Charles. Reeves no pudo negarlo y yo formé este juicio por la súplica que a él mismo se le hizo de salir. Es de mí de quien se habrá hablado, no lo dudes, Lucy.

El tiempo de la comida se pasó con más gusto del que yo te puedo explicar. Charles es el más divertido de todos los hombres. Everard Grandison soltó la rienda a sus galanterías. Milord L... habla poco, mas todo lo que dice merece atención. El doctor Bartlett se hacía escuchar con tan respeto como placer, cuya distinción se hubiera granjeado por sí mismo, aun cuando la mucha veneración en que manifestaba tenerle el dueño de la casa no hubiese obligado a todos a pagarle el mismo tributo. Charles le hacía varias preguntas a las cuales era evidente que él mismo hubiera podido responder; pero las hacía con tal aire de docilidad y oía las respuestas con tanta satisfacción como si hubiera adquirido nuevos conocimientos. ¡Ah, Lucy!, bien te harás el cargo de que este hombre admirable nada perdía a mis ojos por su condescendencia y urbanidad.

Charles proporcionó a milord G... la ocasión de lucir, haciendo que

recayese la conversación sobre varias particularidades en que sabía estaba muy bien instruido. Este caballerito ha viajado y sabe de antigüedades, y los miramientos de Charles le hicieron brillar mucho a los ojos temibles de Charlotte.

A la verdad, querida mía, ella le trata con un aire algo caballeresco sobre lo cual le insinué alguna cosa. *Una Anna Howe,* le dije al oído, y me respondió, *con un verdadero Hickman* [14]; pero ella asegura que hay esta diferencia:

—Anna Howe —me dijo— cedía a la inclinación de su madre y pensaba casarse con Hickman cuando más le maltrataba, en lugar que yo no estoy resuelta a casarme con milord G... Milord —añadió alzando la mano y con un aire de admiración— ha prometido enseñarnos algún día su colección de mariposas y de otros vistosos insectos. ¿Quieres tú ser del número?

—Del número de los curiosos —respondí yo sonriéndome.

Charlotte se puso encarnada por el equívoco, y prosiguiendo en un tono serio dijo que jamás había visto colección de insectos sin admirar mucho más al autor de estas admirables producciones que a los que pasan su vida en recogerlas; y después añadió con su acostumbrada gracia:

—¿Qué se ha de pensar de un amante que se divierte con las alas coloradas de una mariposa, cuando una bella dama es su mariposa desde por la mañana hasta la noche para ocupar sus ojos y su corazón?

Milord está en extremo enamorado. ¿Y quién no lo estaría de Charlotte Grandison? Mas yo la tengo por muy superior a él. ¿Y qué ha de hacer una mujer que se ve solicitada de un hombre cuyos talentos son inferiores a los suyos? ¿Ha de renunciar sus prendas naturales? ¿Las ha de sepultar o encubrir únicamente para ensalzar al hombre que las ama? Ella no tiene como el otro sexo la facultad de elegir, sino sólo la de rehusar, y con poco que quiera complacer a sus parientes, no la tiene siempre. Sin embargo, se oye decir que las mujeres no deben acalorar a los hombres necios ni ridículos, sino preferir los juiciosos y sensatos. Sea enhorabuena. Pero ¿qué han de hacer ellas si su desgracia las condena a no encontrar más que tontos? El gusto del siglo entre los hombres ¿no está declarado por el adorno, por la magnificencia y por todas las cosas exteriores más exquisitas? ¿Tiene la cultura del alma la menor parte en su estudio? En una palabra, querida mía, los hombres están en lo hondo del agua y a las mujeres les cuesta mucho trabajo nadar por la superficie. Milord G... es sobremanera afectado en el vestir, y se me ha dicho que aún lo es más el señor Walter. ¿Qué mira pueden llevar en esto teniendo a la vista a Charles? Si este adopta en algo el gusto moderno, se conoce que es por condescender con la moda y por no hacerse singular. Yo

quisiera saber si aprueba de veras la pretensión de milord G... Si así fuese, me atrevería a decir que no lo hace sin fuertes razones. Como yo pudiera desterrar de mi memoria al odioso Hargrave, satisfaría mi curiosidad sobre mil cosas que estoy impaciente por saber.

La señorita Jervois se portó con mucha discreción. ¡Con qué placer está suspensa de todas las palabras de su tutor! ¡Amable niña! ¡Cuánto me compadecería de ella si su reconocimiento a su bienhechor la condujera insensiblemente al amor! En verdad, yo me compadezco de todos los que aman sin esperanza. No meneéis la cabeza, mi querido tío. ¿No he hablado yo siempre con compasión de Orme y de Fowler? Tú eres testigo de ello, amada Lucy.

La Jervois está continuamente sonriéndose, mas su sonrisa no es vaga ni pueril, pues se advierte en ella que distingue y entiende. Realmente habla poco; pero nada se dice que no escuche con atención, de donde infiero que tiene mucha prudencia para su edad.

Yo creía haber apurado el particular de los hombres, pero aún me queda algo que decir de Everard Grandison, a quien no hice más que nombrar, aunque a sus propios ojos no fuese seguramente el más inferior de los convidados. Este es un hombre de mediana estatura que nada tiene de bello para mí, pero que se acerca bastante a lo hermoso para merecer que se le perdone haber formado este concepto de sí, mayormente cuando según el testimonio de sus propios amigos está sujeto a otra clase de errores. Everard viste muy bien y se tiene por uno de los inventores de nuestras modas, mas por lo menos no se duda que es uno de los primeros que las siguen. Jamás pierde una concurrencia ni un espectáculo, y él arregla o reforma el gusto del teatro. Baila, canta y ríe con bastante gracia, tres cualidades de las que confiesa que se vanagloria. Sin embargo, no le falta talento, aunque hay pocas apariencias de que piense jamás en cultivarlo, pues se le ve turbado, cuando Charles le echa en cara alguna ligereza, aunque no sea más que con alguna mirada. Entonces se pone encarnado, se corta y confunde, pareciendo pedir el favor de los circunstantes con sus ojos y sus trémulos labios. Una sonrisa forzada da a entender que ridiculizaría el caso si creyera que había de perjudicarle en el concepto de los circunstantes; pero todos sus movimientos hacen ver que conoce la superioridad de aquel de quien teme tan vivamente las menores censuras. ¡Qué marido tan artificioso y altivo sería Everard Grandison para una mujer que tuviese un alma superior a la suya! Pero Everard se lisonjea de haberse libertado hasta el presente de las cadenas conyugales. Yo creo que por desgracia de nuestra patria tiene muchos más de estos enemigos del matrimonio que los que había pocos años ha, e insensiblemente su número que condena a muchas mujeres al celibato no cesará de aumentarse de día en día.

Aún diré dos palabras acerca de Everard Grandison. Su edad es de

cerca de treinta años y se le atribuye la gloria de haber perdido dos o tres mujeres, pero Charles le ha hecho concebir de pocos meses a esta parte algunos sentimientos de pudor que estaba muy distante de tener. Dícese que con su desarreglada vida y su pasión al juego ha disminuido su caudal, que era muy considerable. Charles no ha encontrado medio más seguro para corregirle de sus vicios que el obligarle muchas veces a que le acompañe, y Everard conoce muy bien el precio de este favor; pues confiesa algunas veces a Charlotte que ama a Charles y le teme casi igualmente, añadiendo al mismo tiempo que daría el mundo entero si fuera dueño de él, por ser otro Charles.

Mas ya es tiempo de concluir una carta que sería demasiado larga aunque sin ser por esto más enfadosa, si entrara en el pormenor de todas las conversaciones. Por otra parte, el silencio que Reeves se obstina en guardar sobre la visita de Bagenhall no me permite tener el ánimo sereno. Estoy tanto más inquieta que me parece lo está mucho él mismo. Sin duda espera alguna noticia consolatoria, mas ¿cómo puedo yo estar segura de que no aumentará su pena? No alcanzo por qué nuestros amigos nos dejan ignorar lo que os interesa más que a ellos. Si su ternura les mueve a esta reserva, deberían considerar que en semejante ocasión causa ella tanto pesar como el que puede temerse de la más franca declaración; prescindiendo, querida mía, de que esta discreción afectada supone tanta fortaleza en el que hace del misterioso y tanta debilidad por el contrario en aquellos a quienes se ocultan los acontecimientos. Pero yo me voy haciendo impertinente y será mejor buscar remedio a mi impaciencia en el reposo del sueño.

—Harriet Byron.

Carta XXXII
Harriet Byron a Lucy Selby

Jueves por la noche, 9 de marzo.

¿Y por qué, te parece a ti, sería la reserva de Reeves? Por un incidente que me hubiera inquietado sobremanera, y así debo estarle muy agradecida por haberme excusado este tormento, aunque la incertidumbre me haya causado otros muchos. Lee todo lo que acabo de saber.

Ya te dije que el sujeto que había ido a ver a Charles era Bagenhall, y que Charles había hecho llamar a Reeves, el cual volvió con un semblante de que no quedé contenta. Pues es del mismo Reeves de quien he sabido todo lo que ha pasado en su presencia.

Charles le llevó aparte y le dijo:

—Este desgraciado hombre de Hargrave parece que busca pretexto

para digerir un trato por el que se cree muy humillado, y es necesario que atendida su situación se le dé gusto en algo. Vos vais a oír lo que me propone; pero os suplico que a nadie se diga hasta el fin, pues este día está dedicado al placer. Vos, señor Reeves, que ya estáis informado del secreto, podéis responder aquí por vuestra amada prima.

Charles le presentó a Bagenhall y dijo a este:

—Aquí tenéis al señor Reeves —y volviéndose hacia mi primo prosiguió—: entre muchas pretensiones a las cuales no puedo condescender, pero de que es inútil informaros, porque únicamente son respectivas a mí, Hargrave insiste sobre la libertad de ver a la señorita Harriet, fundándose en que está absolutamente libre. ¿Lo está en efecto, señor Reeves?

Mi primo respondió que se atrevía a decir que lo estaba; y habiendo nombrado Bagenhall a Greville, a Orme y algunos otros protestó no solamente que yo no había dado jamás oídos a sus ofertas, sino también que nada me era tan molesto como sus importunidades.

—No es extraño —replicó atentamente Charles— que la señorita Harriet tenga gran número de apasionados; pero Hargrave funda esperanzas en la certidumbre de su libertad, y alega en su favor lo que ha padecido y sus honradas intenciones al tiempo mismo que se lisonjeaba de hacerla suya por los más violentos medios. Se refiere a la misma señorita en orden a lo que llama la pureza de su conducta mientras que estuvo en su poder, y hace unas ofertas ilimitadas. ¿No hay pues ninguna probabilidad de que la señorita Harriet?...

—No, no, señor —le interrumpió mi primo—, absolutamente ninguna.

—¿Qué, señor Reeves —le dijo Bagenhall—, ni aun para salvar la vida de un hombre honrado?

—Si vos habláis de la mía —respondió Charles—, os suplico que no tengáis por esto inquietud; y si lo decís por el pobre Hargrave, declaro que está seguro de mi parte a lo menos por resentimientos premeditados. ¿Creéis —añadió mirando a Reeves— que la señorita Harriet podrá soportar la vista de Hargrave? Yo me presumo que piensa pedirle perdón. ¿Consentirá en recibir su visita?

—Si alguna mujer ha sido adorada en el mundo —le interrumpió Bagenhall—, lo es la señorita Harriet por Hargrave, sobre lo cual no puede dejar ninguna duda el medio mismo de que se valió para conseguir fuera su esposa. ¿Prometéis, señor mío —dirigiéndose a Charles—, no oponeros al logro de su solicitud?

—Repito —le dijo Charles—, como ya lo he declarado más de una vez, que la señorita Harriet aún se halla bajo mi protección. Si Hargrave está pronto, como debe, a pedirle perdón y lo obtiene aun con las condiciones que desea, me persuadiré a que la señorita Harriet y él pueden ser más felices unidos que lo que yo imagino al presente.

Yo no quiero que se me mire sino como protector de la señorita Harriet contra la violencia, y me gloriaré de serlo todo el tiempo que ella no rehúse admitir mis servicios; mas la ocasión ha de ser imprevista, por manera que no pueda haber recurso a la justicia. Jamás intentaré tomar una venganza premeditada ni por la satisfacción de un contrario ni por la mía.

—Pero, señor Grandison —replicó Bagenhall—, considerad que Hargrave ha sido maltratado en esta ocasión, y que vos rehusáis darle la satisfacción que pide sin reflexionar que según las leyes del honor no se tiene derecho a tratamientos honoríficos, cuando se rehúsa...

—¿Y de quién son —le interrumpió Charles con viveza— esas leyes que llamáis leyes del honor? Yo no conozco otras más que las de Dios y las de mi país. Mas para poner fin a una conversación inútil, decid a Hargrave que por poco que sea el caso que un hombre de honor deba hacer de quien ha maltratado a una mujer sin defensa, iré mañana, si lo permite, a desayunarme con él en su propia casa. Yo quiero desde luego atribuir sólo a la violencia de su pasión el indigno ultraje de que se ha hecho culpado; quiero creer que se engañó en sus reflexiones hasta figurarse que el matrimonio sería una reparación de su injusticia; y quiero asimismo fiarme de su honradez yendo con un solo criado, que se paseará delante de su puerta sin entrar en la casa para recibir mis órdenes después de mi visita. Mi espada será la única arma que lleve, no porque yo crea que habrá motivo de sacarla, sino para que no lo haya de pensar que he debido mi seguridad a la imposibilidad de defenderme; y os suplico, señora Bagenhall, que os halléis presente a nuestra conversación: presentes vos y todos cuantos amigos suyos quiera Hargrave.

Te confieso, mi querida Lucy, que cuando Reeves llegó a este pasaje de su relación, me faltó la respiración.

Bagenhall pareció sorprendido y al punto preguntó a Charles si hablaba de veras.

—Yo sentiría —respondió él— pasar por un temerario. Hargrave me amenaza, y yo no he de huir jamás de los que osan amenazarme. Vos me habéis insinuado que yo me hago indigno de un trato honorífico, si no consiento en verle con intenciones sanguinarias; y yo vuelvo a repetir que jamás veré a nadie con tales intenciones, aunque tenga razón para fiarme tanto de mi brazo como de la justicia de mi causa. Si se piensa recurrir a medios viles, yo no estoy más seguro de un asesino en mi cama que en la casa de Hargrave. Quien no admite un desafío debe dar a conocer a quien lo hace que no lo rehúsa por temor sino por otros motivos. Yo quiero experimentar el honor de Hargrave, y vos le diréis que será mucha mi paciencia, pero que no sufriré un insulto de nadie.

Bagenhall, aún más sorprendido, le preguntó si estaba resuelto en

efecto.

—Sí, señor —le interrumpió Charles—: veo que para satisfacer a Hargrave es necesario dar un paso extraordinario, y si no sé hoy que se opone a ello, estaré en su casa a las diez mañana por la mañana.

Esta relación, querida mía, aún me hace temblar al escribirla.

Charles dijo entonces a Reeves:

—Vos me perderéis si se os escapa aun con vuestra señora esposa una sola palabra de lo que habéis oído.

Mi primo suplicó que se le permitiese por lo menos acompañarle a casa de Hargrave, y le respondió que no.

—Luego prevéis algún peligro —dijo Reeves.

—No, no, señor —replicó mi glorioso libertador—: digo que es necesario hacer algo en favor de Hargrave. Se cree despreciado y quiero darle la satisfacción de que conozca, no hago menosprecio de un hombre de quien tengo semejante confianza. Volveos con las señoras, señor Reeves, y que nadie sepa el motivo de nuestra ausencia.

Ya te dije, querida mía, qué diferencia había notado en el semblante del uno y del otro cuando volvieron. ¿Cómo este grande hombre (porque ¿no debo darle este nombre?) pudo ser a su vuelta la alegría y la diversión de todos los convidados sin darnos ni aun la menor sospecha de lo que acababa de suceder?

Antes de nuestra venida habiéndole llevado Reeves aparte para preguntarle lo que había pasado después de haberle dejado en su gabinete, supo que Bagenhall había prometido comunicar a Charles antes de anochecer la respuesta de Hargrave y que ya la había recibido.

—¿Y habéis de ir? —le preguntó Reeves.

—Seguramente —respondió—, pues que Hargrave me espera mañana para el desayuno; pero no os inquietéis, que todo se concluirá felizmente. Mi ánimo no es el de aumentar el mal sino el de impedir sus resultas. Yo estaré en casa de Hargrave cerca de las diez y vos sabréis de mí antes del mediodía.

Reeves salió esta mañana y mi prima me dijo que había pasado muy mala noche. Ahora confiesa que fue a St. James-Square y que se desayunó con milord y milady L..., con Charlotte, Emily y el doctor Bartlett. Charles había partido en una silla volante a las nueve con sólo un lacayo sin que nadie de la casa supiese a qué ni adónde había ido tan de mañana. Reeves volvió cerca del mediodía mostrando en su rostro su inquietud, y yo no puedo darte una justa idea de la mía. Cerca de las tres, cuando Reeves estaba resuelto a volver a St. James-Square, y si no encontraba allí a Charles, a ir también a casa de Hargrave, recibió de Charles el billete que voy a copiar. ¿No salta tu corazón de contento, querida mía, en vista de todo lo que te he contado?

«*A las dos y media de la tarde.*

»Señor Reeves: si no estáis ocupado, tendré el honor de ir a veros a la hora acostumbrada del té. Yo vitupero a mis hermanas tengan ocupaciones que no las permitan ir en mi compañía, diciéndoles que las gentes que tienen menos que hacer son las que están más ocupadas en el mundo; y así, sólo respondo por vuestro apasionado servidor

»*Charles Grandison.*»

Entonces fue cuando Reeves, estimulado de las vivas instancias de su mujer y de las mías, se sirvió declararnos la causa de su inquietud.

Cerca de las seis vino Charles vestido de tan buen gusto que en el momento que le vi me pareció el hombre más hermoso que había visto en mi vida. ¡Cuál será, mi amada Lucy, el alborozo de una honrada mujer que sin obstáculo ni embarazo, y no haciendo más que su deber, puede recibir con los brazos abiertos a un honrado marido que vuelve a verla después de una larga ausencia o de haberse libertado felizmente de algún peligro! ¡Ah! ¡No me digáis, mis amados parientes, que le amáis y que quisierais que fuese suya! Así me obligaréis a concebir también deseos... No sé en qué pienso; pero los vuestros ¿no han sido siempre la regla de los míos?

Habiendo tenido mi prima la misma inquietud que yo, no pudo contenerse al ver entrar a Charles en su cuarto, y se adelantó hasta la puerta con una mano levantada y con tanta conmoción que Charles, echando una mirada a mi primo, le dijo:

—Muy bien, señor Reeves, grandemente me habéis guardado el secreto.

Reeves le hizo presente lo que había padecido desde ayer noche y se lisonjeó de haber tenido cerrada su boca hasta la llegada del billete.

Entonces mis primos le felicitaron con igual satisfacción. Pero quiero pintarte el papel que tu simple Harriet no pudo menos de hacer en algunos momentos. Mis pies se adelantaron poco a poco hacia Charles, mientras que recibía las enhorabuenas de los demás. Yo hice con timidez una reverencia que nadie hubiera podido advertir, y no pareciéndome bastante profunda hice prontamente otra. Después, hallando una de mis manos entre las suyas cuando yo no advertía si tenía una mano o no, le dije:

—Siento mucho, señor, haber sido el motivo, la causa... —Y suspiré, de alegría sin duda; pero me puse encarnada por el embarazo y por el peso de un agradecimiento de que nunca me podré exonerar.

No sé si Charles advirtió mi confusión; mas él me libertó de parte de ella llevándome a una silla y sentándose junto a mí.

Habiendo manifestado Reeves al punto la impaciencia que tenía por oírle, nos dijo que había sido tan larga y varia la conversación que no podía fiarse de su memoria; pero que sin haberlo él advertido, había

Bagenhall persuadido a Hargrave que tuviese un escribano en un gabinete desde donde podía oírlo todo; y que se le había ofrecido una copia de la relación, la cual me enviaría con gusto si yo la deseaba.

—Pero ¿qué dirá la señorita Harriet —añadió— de un convenio que se ha hecho a su costa?

Yo le respondí que aprobaba sin excepción todo lo que hubiese prometido en mi nombre.

—Sería cosa dura —prosiguió— tener a una dama en duda. Hargrave, señorita, está resuelto a veros. ¿Os halláis dispuesta a recibir su visita?

—Yo seguiré vuestro consejo —le repliqué, y Charles protestó que no me daría ninguno diciéndome que hiciera mi voluntad.

—El señor Reeves —continuó— tiene la libertad de recibir o no a los que vengan a su casa, como se lo dije francamente a Hargrave; pero yo le dejé resuelto a veros. Piensa conducirse como hombre atento, y yo extrañaría que ante todas cosas no os pidiese perdón. No obstante, si tenéis algún temor, yo estoy pronto para cumplir con mi deber al instante que llegue. En cuatro minutos podéis despacharme vuestras órdenes.

Reeves le dio gracias por esta oferta, pero dando a entender que no creía necesitar en su casa de ningunos auxilios. Quizá hubiera podido omitir esta respuesta, aunque todas sus palabras fueron muy corteses. Charles se excusó con mucha urbanidad, haciendo presente las circunstancias del caso y se retiró poco después. Como ya estoy tranquila en orden a mi bienhechor y nada tengo que temer de la visita de Hargrave, no me queda otra cosa, mi amada Lucy, más que remitirte mi carta.

Carta XXXIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Viernes 3 de marzo, al mediodía.

Por fin se ha recibido ya esta relación que hemos esperado con tanta impaciencia. ¿Qué juicio has hecho, querida mía, de la intrépida visita de Charles? Te confieso que yo la hubiera tenido por temeraria, si la hubiese sabido como mi primo antes que el suceso la hubiera justificado, y habría propuesto que se enviase la guardia a Cavendish-Square o que se practicasen algunas diligencias para desvanecer tan terribles incertidumbres, mayormente cuando se iba acercando la hora de las tres.

Reeves se ha encargado de copiar esta larga relación a fin de darme tiempo para que te dé cuenta de muchas visitas que he recibido. Yo le pregunté si no le parecía extraño el medio de que se valía Bagenhall,

haciéndose acompañar de un escribano; y me respondió que no era común, pero que en casos de esta naturaleza donde un homicidio podía ser el fruto de una temeridad y dar motivo de consiguiente a las averiguaciones judiciales, indicaba por lo menos rectitud, aunque con un aire bastante odioso de premeditación; añadiendo que era muy verosímil se hubiese hallado Bagenhall en más de una mala aventura que le había hecho conocer la utilidad de esta precaución.

RELACIÓN

Jueves por la mañana, 2 de marzo de 17...

Yo, el infrascrito escribano, en virtud de orden que se me comunicó ayer noche, me transferí esta mañana cerca de las ocho y media a casa del señor Hargrave Pollexfen en Cavendish-Square para poner en cifras abreviadas una conversación que habían de tener el dicho señor Hargrave y el señor Charles Grandison, ambos baronets, sobre una diferencia suscitada entre ambos por la que he acompañado al caballero James Bagenhall, y los señores Solomon Merceda y John Jordan, a quienes encontré en conversación sobre el recibimiento que se había de tener al mencionado señor Charles; lo cual no perteneciendo al asunto para que fui llamado, no tuve orden de ponerlo por escrito.

Y para poder escribir con menos interrupciones todo lo que había de pasar, se me llevó a un gran gabinete contiguo a la dicha sala y de la que únicamente está separado por un ligero tabique, y temiéndose que el señor Charles se opusiese a la ejecución de mi ministerio, se me encargó que estuviese oculto hasta que se me mandara presentarme, y que escribiera todo lo que oyese con tanta exactitud y con tan buena fe que pudiera declararlo con juramento cuando conviniese.

Cerca de las nueve y media oí al señor Bagenhall que con una exclamación de alegría y sorpresa acompañada de un juramento dijo que el señor Charles había llegado, y al punto un lacayo entró recado de parte de este señor, con cuyo motivo los cuatro señores que estaban en la sala hablaron con bastante calor; mas por causa de la confusión, sólo pude entender lo siguiente.

El señor Hargrave dijo:

—Dadme esas dos pistolas y decidle que me siga al jardín: por vida del demonio que ha de tomar una.

—No, no —dijo el señor Merceda, cuya voz distinguí muy bien por ser extranjero—: no es por ahí por donde se ha de comenzar.

Otro que en la voz conocí ser el señor Jordan dijo:

—Hargrave, escuchemos ante todas cosas lo que un hombre tan honrado tenga que decir en su favor, pues las ocasiones se ofrecerán después.

El señor Bagenhall, cuya voz conozco muy bien, dijo que se le llevaran mil demonios si permitía que en esta visita se le tocase al señor Charles ni en la punta de un cabello.

—¡El diablo cargue con todos vosotros! —dijo el señor Hargrave—: ¿qué reconvención tengo yo que temer, cuando le ofrezco la elección de las pistolas?

—¡Y qué! —replicó Merceda—, ¿en tu propio jardín? Por cierto que el lance sería digno de contar. Si Charles rehúsa ahora darte en cualquiera otro sitio la satisfacción que debe dar a un hombre de honor, habrá una de todos los diablos.

—Pues que se le haga entrar —dijo el señor Hargrave—, y que Dios le confunda.

Entonces vi por una ventanita de la pared que entraba el señor Charles con vestido negro y la espada ceñida, mostrando en su rostro mucha serenidad, y al punto empezó la conversación en el orden siguiente.

Charles. Señor Hargrave, señores. Estoy a vuestra disposición.

Bagenhall. Nosotros lo estamos a la vuestra, señor Charles. Vos sois hombre de palabra. Jordan, Merceda, el señor es el señor Charles Grandison.

Charles. ¡Merceda! Paréceme que he oído hablar de un sujeto de este apellido. ¿No os parece, señor Hargrave, que ha sido mucha mi libertad de haberme convidado yo mismo a desayunar con vos?

Hargrave. Sí, vos... y no es esa la primera libertad que os habéis tomado conmigo. ¿Viene alguien con vos? Podéis hacerle entrar.

Charles. No viene nadie.

Hargrave. Estos tres señores son amigos míos y sujetos de honor.

Charles. Por tales les tengo, y el mismo juicio formo de todos hasta que se me da motivo para pensar de otra manera.

Hargrave. Pero no penséis que están aquí para intimidaros.

Charles. ¡Intimidarme, señor Hargrave! No se me intimida fácilmente. Estos señores decías que son amigos vuestros: pues yo vengo con la mira de aumentar y no de disminuir el número de vuestros amigos.

Hargrave. ¡Qué oigo! ¡Qué! ¿El que me ha quitado lo único que yo estimaba en el mundo? ¿El que por las grandes ventajas que se tomó sobre mí me robó una mujer con la que al presente sería feliz, y que no obstante rehúsa darme la satisfacción que debe darse a personas de honor? Mas yo pienso que vos habéis venido...

Charles. A desayunarme con vos. No os acaloréis: yo estoy resuelto a no ofenderme fuera de propósito, pero a mí no se me debe maltratar.

Hargrave. Pues bien, señor Charles, tomad una de estas dos pistolas. En mi coche iremos...

Charles. A ninguna parte, señor Hargrave. Lo que ha pasado entre

nosotros ha sido por mera casualidad, y yo no acostumbro acriminar los hechos. Sin embargo, yo apelo a vuestro propio corazón, el cual os obligará a reconocer que el medio de que os valisteis para apropiaros una mujer os hacía indigno de ella. Yo no me tomé ninguna ventaja sobre vos, y el no haber admitido vuestro desafío me da derecho para mirarme yo mismo como vuestro mayor amigo.

Hargrave. ¡Mi mayor amigo!

Charles. Sí, señor, por lo menos si tenéis en consideración que os conservo la vida, o que os excuso el largo sentimiento de habérsela quitado a otro. En una palabra, en vuestra mano está hacerme conocer si os ha hecho cometer una acción vituperable el impulso de una pasión violenta, o una inclinación natural a la violencia, único motivo que pueda moveros ahora a justificar una acción mala con otra.

Hargrave. Pues bien, vos me miraréis si queréis como un hombre de genio violento. ¿Qué me importa a mí el concepto que forme un hombre que cruelmente me ha...? Yo he de vengarme, o morir. Mirad las señales que llevaré hasta el sepulcro.

Charles. Si yo fuera tan iracundo como vos, hubierais podido llevarlas hasta el sepulcro sin llevarlas mucho tiempo. Desayunémonos, señor Hargrave: en un corto rato se templará vuestra ira. Aun cuando yo hubiera de condescender a vuestros deseos, os interesaría mucho tener el ánimo más sereno. Vos no podéis creer que yo quiera aprovecharme de la ventaja que me daría vuestra cólera.

Bagenhall. ¡Qué generosidad! Desayunémonos, Hargrave, y así serás más dueño de ti mismo y estarás más capaz de discutir ese punto o cualquiera otro.

Merceda. A mí me parece lo mismo, Hargrave. Tú tienes un enemigo muy generoso.

Charles. Yo no soy enemigo de nadie, señor Merceda. El señor Hargrave debiera considerar que en la ocasión de que se queja tuvo toda la culpa, y que sólo una casualidad me hizo tener parte en el lance sin ningún motivo que él me pueda vituperar.

Jordan. No dudo, señor Charles, que estaréis dispuesto a darle excusas por la parte...

Charles. ¡Excusas! No, por cierto. Yo no hice nada que no debiese hacer y que no haría otra vez en igual ocasión.

Hargrave. ¿Lo veis? ¿Lo oís? ¡Y me decís que tenga paciencia!

Charles. Y con razón, señor Hargrave. Yo formaría muy mal concepto de los que nos escuchan, si en las mismas circunstancias hubieran sido capaces de rehusar el auxilio que se me pidió; y aún pensaría peor de lo que pienso de vos, si hubierais negado vuestra protección en semejante caso a una mujer sin defensa. Mas es inútil repetir lo que me acuerdo de haber escrito.

Hargrave. Si sois hombre de honor, señor Grandison, elegid una de

estas pistolas: lo exijo de vos y no me repliquéis.

Charles. Pues como hombre de honor, señor Hargrave, lo rehúso todavía. Yo creería insultaros en algún modo, lo cual quiero evitar, si os recordase que en nuestra primera vista tuvisteis pruebas de que no me falta valor; pero juzgo daros otra mucho más poderosa no admitiendo vuestro desafío. Yo sé rechazar un insulto personal: sé defender mi honor y mi vida; mas vuelvo a deciros que es superfluo repetir lo que habéis leído en mi carta.

Merceda. Pero, señor Charles, vos en vuestra misma carta, si nosotros hemos comprendido bien su sentido, habéis amenazado a un hombre de honor con emplear armas que no están en uso entre las gentes honradas, y no obstante rehusáis...

Charles. Sabed, señor Merceda, que quien intente insultarme puede hacerlo sino impunemente por lo menos con tanta más confianza que puede estar cierto de que no le mataré, si me es posible evitarlo. Sé jugar y hacer lo que quiera de mis armas cuyo mérito me atribuyo, pero jamás tendré por cosa de juego ni la vida de otro hombre, ni la mía.

Hargrave. ¡Maldita sea vuestra sangre fría, señor Grandison!

Charles. Hablad mejor, señor Hargrave, de una cosa a que debéis vuestra seguridad.

Jordan. A la verdad, señor Grandison, ese es un aire de superioridad que yo no podría sufrir.

Charles. Es más que un aire, señor Jordan. Quien es capaz de querer justificar una violencia con otra, da sobre sí una superioridad real. Que el señor Hargrave reconozca su yerro, para lo cual le proporciono ocasión por los medios más honoríficos que puede desear, y le ofrezco mi mano.

Hargrave. ¡Terrible insulto! ¡Pues qué, he de oír yo vituperios y baldones al que me ha hecho saltar los dientes sin ninguna provocación y me ha puesto en un estado...! Vosotros sois testigos. ¡Y me decís que tenga paciencia!

Charles. Mi ánimo no fue el de haceros ninguno de los males de que os quejáis, ni yo tiré de la espada para daros un golpe como el que aunque sólo me hirió ligeramente en un hombro, amenazaba a mi vida. Yo no procuré más que libertarme de un mal que no quería haceros: esta es la verdad del hecho, y la ocasión era seguramente de tal naturaleza que no dejaba a un hombre de honor arbitrio para evitarla. Ahora, señor Hargrave, vengo a vuestra casa de propio movimiento, y vengo solamente a mostraros que persevero en la misma disposición de no haceros ninguna injuria. He aquí, señores, lo que me da sobre el señor Hargrave una superioridad que puede disminuir portándose como yo deseo.

Bagenhall. Por vida mía que ese es un lenguaje muy noble y

generoso.

Jordan. Confieso, Hargrave, que tal modo de pensar me causa respeto.

Hargrave. ¡Que me maten si le perdono mientras tenga estas horribles señales! Tomad una de estas pistolas: lo mismo está cargada la una que la otra. Vosotros sed testigos de que el señor Grandison me mata, le perdono mi muerte. Si muero, me habré granjeado mi suerte; pero yo quiero morir como hombre de honor.

Charles. Para morir como hombre de honor es necesario haber vivido del mismo modo: es necesario defender una buena causa.

Hargrave. (Levantándose de su silla.) Esto es perder el tiempo en ridiculeces. Vos tenéis espada, y así hacedme el favor de bajar por un momento conmigo a mi jardín: vos y yo solos. Mis amigos no saldrán de este cuarto y podrán, si quieren, mirarnos por la ventana. Si vos perdéis la vida, todas las fatales resultas de esta aventura serán para mí, que habré muerto a un hombre en mi casa, y si yo la pierdo, podréis justificaros con el testimonio de mis amigos.

Charles. Yo me levanto también, pero es para ofreceros mi mano: si vos me deseáis algún mal, yo no os deseo ninguno: la oferta que os hago no se debe rehusar dos veces. Yo me había convidado a desayunarme con vos; mas vos, si gustáis, podéis venir a comer conmigo a mi casa; vos y vuestros amigos. El tiempo que yo me había propuesto estar aquí va a expirar *(Mirando su reloj.)*

Jordan. Su serenidad me aturde. ¡Qué grandeza de alma! ¡Que el diablo cargue conmigo, Hargrave, si no debes buscar algún medio de reconciliarte con un contrario tan noble y generoso!

Mercada. Yo también estoy de su parte, ¡y qué mil demonios me lleven, si yo no preferiría la amistad del señor Charles Grandison a la del mayor personaje del mundo!

Bagenhall. Ya os dije que hizo en mí las mismas impresiones las dos primeras veces que hablé con él.

Hargrave. (Con un tono de voz en que noté alteración.) ¡Pues qué, yo me había de dejar vencer!... Grandison, vos habéis de bajar conmigo: habéis de bajar, lo repito. Tengo proposiciones que haceros, y en vuestra mano está aceptarlas, o darme la satisfacción que debe dar un hombre de honor; pero es menester que yo os hable a solas en el jardín.

Charles. Bajo gustoso con el primero de esos dos fines, señor Hargrave: enseñadme el camino.

Los tres testigos quisieron oponerse a ello; mas el señor Grandison les dijo que debía dar este gusto al señor Hargrave y bajó con él. Entonces el escribano, por orden del señor Bagenhall, entró en la sala y se puso cerca de la ventana, desde donde bien pronto vio parecer en el jardín a los señores Charles y Hargrave que iban como de paseo,

pero que hablaban con calor. Algunas palabras que se oían de cuando en cuando indicaban que el uno hacía algunas proposiciones, en las cuales no quería consentir el otro. Llegaron cerca de un cuadro que está enfrente de la ventana, y allí el señor Hargrave, echando de repente mano a su espada, parecía por sus movimientos que instaba al señor Charles a que tirase también de la suya. El señor Charles tenía la mano izquierda sobre el puño de su espada y la otra colgando, y entonces se acercó a su contrario, que se había puesto en defensa y continuaba al parecer sus instancias. El señor Charles bajó con la mano izquierda la espada de Hargrave, y en esta postura tuvieron ambos una conversación de la que el escribano no pudo oír nada; pero habiendo hecho el señor Hargrave un movimiento repentino hacia atrás con grande irritación, echó mano el señor Grandison a su espada, cruzó con ella la que le amenazaba y con la mayor prontitud la hizo saltar de entre las manos del señor Hargrave y cayó a distancia de algunos pasos. Inmediatamente el señor Grandison puso un pie sobre ella, mientras que envainaba la suya, y después habiéndola alzado del suelo se acercó al señor Hargrave que había permanecido en el mismo cuadro y tenía un puño en la frente. El señor Grandison le dijo algunas palabras con un modo dulce y atento, y pasando el brazo izquierdo por debajo de su brazo derecho le puso su espada en la mano. El señor Hargrave alzó el otro brazo con un movimiento de ira; pero se dejó traer a la casa sin mucha resistencia y como vencido por la conducta y las palabras del señor Grandison con el brazo sobre el de este y su espada en la misma mano. En esto el escribano volvió a su primer lugar.

Hargrave. (Entrando y arrojando su espada en el suelo.) Amigos, este hombre, este señor Grandison es el diablo: ha jugado conmigo como con un niño. Sin embargo, aún tiene la osadía de decirme que no se pondrá de mi parte en el asunto en que tengo todo mi corazón puesto. Que sea mi amigo sobre este único punto y le perdono todo lo demás.

Charles. Una mujer, señor Hargrave, debe ser dueña de sus inclinaciones, y yo no he adquirido ningún derecho a las de la señorita Harriet. Su carácter es excelente; pero vos convendréis en que un corazón no se granjea con el miedo. Os aseguro que temimos su muerte, y que fueron necesarios para su restablecimiento todos los cuidados de mi hermana y de un gran médico.

Hargrave. ¡Vos sois el más inflexible de todos los hombres! Pero al menos no os opondréis en ningún modo a mi resolución de verla para que vea lo que he padecido por ella. ¡Cómo he poder perdonároslo! Si no puedo ablandarla, tendré estas señales por obra suya y dejaré de mirarlas como obra vuestra. Lejos de pensar en intimidarla, quiero ver si puedo granjearme su compasión. La señorita Harriet sabe, y nadie lo sabe mejor que ella, cuál fue mi moderación mientras que estuvo en

mi poder. Mi única mira, lo juro por todo lo que hay de sagrado, era la de que fuese mi esposa. Yo veía que eran amantes suyos cuantos la conocían, y no pude tolerar esto. Si vos, señor Grandison, queréis servirme como amigo, aun no desconfiaré de conquistar su corazón con tanto amor como le tengo y unas ofertas sin límites.

Charles. Yo no puedo prometeros semejante servicio. Todos los parientes de la señorita Harriet confían en su propia elección, y así ¿quién ha de intentar dirigirla? Repito lo que os dije en el jardín cuando quisisteis imponerme esa condición. La señorita Harriet no debe ser vuestra, y así por vuestro propio interés como por el de ella no debéis desear que sea vuestra esposa jamás. Vamos, señor Hargrave, reflexionad más sobre el asunto y pensad en otra mujer, si estáis resuelto a casaros. Vuestro rostro...

Hargrave. Por vida de... Mi rostro aún es de muy buen parecer.

Charles. Vuestras riquezas os proporcionarán ser más feliz con cualquiera otra mujer. Por lo que a mí hace, no os ocultaré que yo rehusaría la mayor princesa del mundo, si no creyera que me amaba más que a todos los demás hombres, ya pensase merecerlo o no.

Hargrave. ¿No influye en ese dictamen ninguna mira respectiva a vos mismo? Exijo de vos que me habléis sobre esto de buena fe.

Charles. Yo haría de mí un absoluto desprecio, si cuando doy un dictamen, no tuviera únicamente en consideración el interés de quien me consulta sin ningún respecto a mí mismo.

Habiéndose mandado traer el desayuno, cesó el oficio del escribano con la venida de los criados. Los tres amigos del señor Hargrave, cuya admiración a Charles parecía aumentarse, le hicieron entre tanto varias preguntas sobre los principios de una grandeza de alma de que estaban prendados y particularmente sobre los motivos de su horror a los duelos; y él les satisfizo con tanta solidez en sus razonamientos como gentileza y urbanidad en sus modales. Después del desayuno el señor Bagenhall se acercó a la puerta del gabinete e hizo seña al escribano de que ya era tiempo de proseguir sus funciones.

Jordan. Me atrevo a decir al señor Grandison que no me será inútil conversación tan singular.

Hargrave. Sea enhorabuena, pero yo vuelvo a la misma canción: la señorita Harriet ha de ser mía; en nada estimo la vida sin ella, y espero que ya no habrá ningunos obstáculos por parte del señor Grandison.

Charles. La señorita Harriet es dueña de sí misma. Yo tendría el mayor placer, señores, en que citaseis día para juntarnos en St. James-Square.

Bagenhall. Resta una circunstancia de la que tengo por conveniente informar al señor Grandison. Vos sabéis, señor Grandison, que temeroso de las resultas hice me acompañara a vuestra casa un

escribano que pusiese por escrito nuestras dos primeras conversaciones; pues el mismo temor me hizo obtener de Hargrave...

Hargrave. Sí, Bagenhall, y yo te echaría mil maldiciones por eso. Un asunto cuya publicación deseaba por honor mío sólo es glorioso para el señor Charles. ¿Por quién voy yo a pasar ahora?

Jordan. Yo no alcanzo que tú debas sentir nada en esta ocasión, o no te habrás aprovechado de los nobles sentimientos del señor Grandison.

Charles. ¿Qué pues, señor Bagenhall?

Bagenhall. Yo obtuve de Hargrave que el mismo escribano que es de una acreditada prudencia y el más hábil de su profesión para las cifras abreviadas, escribiese todo lo que ha pasado. Aquí está en este gabinete.

Charles. No os disimularé que ese medio me parece muy extraordinario; pero como jamás digo cosa que no piense, no puede sobresaltarme una recopilación de mis expresiones, cuando no me acuerdo de tener nada que vituperarme.

Bagenhall. Vos debéis estar muy tranquilo, señor Grandison. Nada ha pasado, como acaba de decir Hargrave, que no redunde en gloria vuestra. La confusión es para nosotros mismos que hemos ocupado al escribano. Nosotros le encargamos que fuese exacto y se atuviese a la verdad. Apenas esperábamos que se concluyese tan pacíficamente esta conversación.

Jordan. ¡Dichoso fin, gracias a Dios!

Mercada. Muy dichoso, en efecto.

Hargrave. Sí, si la señorita Harriet quiere hacerme olvidar estas horribles señales.

Bagenhall. Vos habéis concluido vuestra tarea, señor Cotes. Traed todo lo que habéis escrito.

El escribano lo hizo así y el señor Bagenhall preguntó si se quería oír la lectura de la conversación. El señor Hargrave protestó que no la oiría, porque hacía en ella un ridículo papel; y el señor Grandison dijo que no podía permanecer más tiempo; pero que una vez que se había escrito toda la conversación y se le había dado copia de las dos primeras, gustaría mucho de tener también otra de la tercera, tanto más que si encontraba en ella algo que vituperarse, daría un ejemplo de la disposición en que se hallaba siempre de condenarse a sí mismo. Entonces se dio orden de sacar una copia para el señor Grandison, quien se retiró al punto habiendo salido a despedirle muy atentamente el señor Hargrave y sus tres amigos.

Cuando volvieron a entrar en la misma sala, guardaron silencio algunos minutos mirándose unos a otros, como si cada uno hubiese esperado a que hablasen antes los demás; pero inmediatamente que abrieron la boca, se extendieron todos en alabanzas del señor

Grandison, a quien llamaron el más modesto, el más culto, el más valiente y generoso de todos los hombres. No obstante sus máximas, según dijeron, les parecían muy extrañas. Mas el señor Hargrave cayó en un profundo delirio del que con dificultad sus amigos le hicieron volver, y entonces le dijo que no podía sufrir el recuerdo de lo que acababa de pasar.

—Él me ha tratado como a un niño —añadió—; pero cualquiera que sea la promesa que me haya obligado a hacer, yo no estaré tranquilo hasta que la señorita Harriet sea milady Pollexfen.

Doy fe de que es en todo verdadera esta exacta y circunstanciada relación.

—Henry Cotes.

Mientras que Reeves copiaba esta relación, se presentó Hargrave sin habernos dado ningún aviso de su venida, y yo me quedé muerta, cuando se me dijo que su coche estaba a la puerta. Yo supliqué a mis primos que fuesen a recibirle, y él les dio excusas muy sumisas por todos los embarazos que les ha causado, culpando en todo a su amor, nombre envilecido que ambos sexos le hacen servir de velo para cubrir toda especie de indiscreciones, locuras y violencias.

Yo había permanecido en mi cuarto, y mi prima vino a proponerme que bajase; pero me halló tan asustada que se volvió al punto y rogó al señor Hargrave que no insistiese en su intento de verme hoy. Hargrave protestó que su única mira en esta visita era la de pedirme perdón y añadió que no dudaba me causaría su primera visita la misma conmoción en cualquiera otro día.

—Así pues —continuó—, esta es una gracia que suplico a la señorita Harriet no retarde, tanto más que tengo algún derecho a ella por lo que he padecido, y que el señor Reeves puede haber conocido que ya no soy el mismo hombre. Por otra parte, una vez que ha tenido tan mal suceso el medio de que me he valido para obtener una satisfacción del señor Charles, debe la señorita Harriet consentirme que la vea para pedirle perdón como una gracia que acabará de reconciliarme con mi contrario.

¿Cómo nos habíamos de resistir a esta razón? Yo bajé temblando, y a pesar de las razones con que me había preparado para tomar el aire de dignidad que corresponde a una mujer injuriada, no pude mirarle al entrar en la sala ni verle acercarse a mí sin un movimiento de terror que me hizo asirme del brazo de Reeves, y supongo que si Charles hubiese estado presente, también hubiera corrido hacia él.

—¡Querida y amable señorita! —exclamó acercándose a mí—: ¡cuántos atractivos tiene ese terror y cuán justo es! Pero yo he perdonado más crueles injurias —añadió mostrando su boca—: vos sabéis que mis intenciones fueron honradas en todo.

—¿Honradas, señor? Decid crueles y bárbaras. ¿Cómo habéis querido ver a la que tanto habéis maltratado?

—Yo me refiero a vos misma, señorita. ¿Dije o hice ninguna cosa indecente? ¿Qué se me ha seguido de mi loca empresa y de todo lo que he sufrido? Una mortal humillación...

—Sí, señor, eso merecíais —Yo estaba casi sin respiración—. ¿Qué exigís de mí? ¿Por qué es esta visita? —Apenas sabía yo lo que decía, y nunca dejaba el brazo de Reeves.

—Perdonadme, señorita. Yo vengo sólo a pediros perdón, y os lo pido de rodillas —Y el malvado puso una rodilla en tierra.

—Levantaos, señor: no estéis en esa postura delante de mí. Vos me habéis maltratado, herido y llenado de espanto y horror, y lo que no olvidaré jamás, me habéis puesto en peligro de ser vuestra mujer —Entonces se levantó.

—*¡En peligro de ser mi mujer!* Eso es decir, señorita, que yo me he valido de un mal medio y convengo en ello.

¿No te parece muy extravagante, querida Lucy, mi última expresión? Pero mis penas y los auxilios que me habían libertado de ellas se me representaron tan vivamente que no pude tener ninguna presencia de ánimo cuando le vi de rodillas a mis pies.

—Mirad, señor Hargrave —le interrumpió mi prima—, que Harriet está llena de terror. Siéntate, amor mío —dirigiéndose a mí y tomando mis manos—. ¡Cómo tiemblas, querida prima! Ya veis, señor Hargrave, en qué estado la habéis puesto con una visita tan inesperada: ya veis...

—Lo veo, señora, lo veo y lo siento mucho... —Entonces se sentaron todos—. Tranquilizaos y perdonadme, estimada señorita: os lo suplico encarecidamente.

—Pues bien, señor, yo os perdono.

—Si estuvierais menos agitada, si vuestra situación os lo permitiera, os diría qué más tengo que pediros: os suplicaría...

—Decid, hablad, y que jamás...

—Permitid que os interrumpa, señorita: temo demasiado ese *jamás* para dejaros acabar. Es necesario que consintáis admitir mis obsequios. Yo no os pido que seáis indulgente conmigo sino en cuanto mi conducta futura...

—¡Vuestra conducta, señor Hargrave! Aunque llegarais a ser el mejor de todos los hombres, no consentiría nunca...

—¡Por Dios, estimada señorita! —Volviéndome a interrumpir.

Entonces me hizo presente su pasión, sus riquezas y sus penas. ¡Qué malvado! No obstante, sus dientes y su boca desfigurada me inspiraban de cuando en cuando una pequeña sensación de piedad. Prometió dejarse gobernar por mí en todas las acciones de su vida y cederme la mitad de su caudal; y el odioso hombre habló también de

hijos, querida mía, de nuestros niños, sobre lo cual se extendió tan lleno de complacencia, como si se hubiera tratado de otorgar las capitulaciones de nuestro matrimonio.

Habiendo yo despreciado absolutamente todas sus ofertas, me preguntó si Charles había hecho alguna impresión en mi corazón, y aunque esta pregunta me irritó en extremo no sé por qué, apenas me digné de responderle. Veo, querida, que tengo más orgullo del que creía.

—Seguramente —le dije— yo no debo daros ninguna cuenta...

—No, señorita —me interrumpió—, mas insisto sobre que os expliquéis en una palabra. Si el señor Grandison os ha insinuado que solicita vuestros favores, no puede quedarme ninguna esperanza.

—El señor Grandison me ha servido sin interés: el señor Grandison no me ha hecho... —Yo me detuve aquí, sin que pueda decir la causa; pero Reeves respondió por mí que Charles no me había hecho ninguna declaración de amor.

—Es el más generoso de todos los hombres —añadió—, y me atrevo a decir que aunque tuviera algunas miras de esta naturaleza, se vería perplejo sobre manifestar sus sentimientos, temiendo disminuir el mérito de sus servicios con tal declaración.

Este fue un pensamiento muy bueno de Reeves; ¿y quién sabe, querida mía, si no es enteramente infundado?

—¡Sus servicios! ¡Válgame Dios! —replicó el miserable—. Pero esa seguridad me deja más tranquilo, y os aseguro, señor Reeves, que si no hubiese visto en el señor Grandison un mérito que me admira, no se hubiera concluido nuestro asunto como parece estarlo al presente.

—Señor Hargrave —le dijo mi prima—, permitidme deciros que los que conocen el alma de Harriet no creen que haya ninguna probabilidad de que ella pueda nunca...

—Estimada señora —la interrumpió—, os pido mil perdones, mas yo no puedo oír ninguna repulsa de más boca que de la suya. ¿Un arrepentimiento sincero no obtendrá nada de un alma tan bella que supongo por otra parte enteramente libre?

Yo le dije que nada me quedaba por decir, y que estaba sorprendida de que habiendo conocido mis sentimientos antes de haberme insultado cruelmente, pudiese conservar la menor esperanza después de una acción tan abominable. En esto volvió a hablar otra vez de la violencia de su pasión y de los demás particulares con que tanto me había fastidiado. Creo, Lucy, que me será imposible en todo el resto de mi vida oír de boca de un hombre los términos de amor y de pasión y otras lisonjas de esta especie. Añadiré en dos palabras, por suprimir otras cien impertinencias más fastidiosas que todas las alabanzas de Everard Grandison, que Hargrave se redujo a pedir la preferencia sobre Greville, Fenwick y Orme, y que prometiéndose excitar tarde o

temprano mi compasión de todas sus penas, se lisonjeaba, según dijo, de que el perdón que él había concedido al hombre que más le había injuriado en toda su vida, tendría algún influjo en un corazón como el mío; y al decir esto se despidió cortésmente. Yo no le deseo ningún mal, mas espero que no volveré a verle nunca.

Esta carta es ya tan larga que dejo para el correo siguiente la materia que tengo para otra.

Carta XXXIV
Harriet Byron a Lucy Selby

3 de marzo.

Aún no me había serenado de la visita de Hargrave, cuando vi presentarse a Caroline y a Charlotte Grandison que no se detenían, según me dijeron, más de un momento; pero este agradable momento duró dos horas. A la primera mirada notó Charlotte alteración en mi rostro, y nos preguntó a mi prima y a mí de qué provenía tal mudanza, y si era por gusto o por pesar. Yo le dije francamente qué visita había tenido, y gracias a la ayuda de mi prima le hice relación de lo que había pasado. Las dos hermanas nos escucharon con tanto más placer que su hermano viéndolas inquietas sólo les había dicho que se habían reconciliado Hargrave y él, por no haber tenido ocasión de explicarse más.

—Es necesario que nosotras hablemos cuatro palabras —me dijo Charlotte, tomándome de la mano—: tú me tienes medio celosa. Caroline ocupa primer lugar que yo en el afecto de mi hermano; pero ella es mi hermana mayor, y que sean preferidos los de más edad, puedo llevarlo con paciencia; mas no quiero que una hermana más joven que yo venga de repente a ocupar mi lugar.

¿Qué significará esto?, dije entre mí, y me puse encarnada como una necia, mayormente viendo sus ojos clavados en los míos como si hubiesen querido penetrar mi corazón. Una palpitación que no cesaba de aumentarse me hizo parecer tan turbada como si hubiera tenido por muy seria su reconvención. ¿Cuál es pues mi situación, querida Lucy?

—Charlotte —dijo Caroline sonriéndose—, ¿por qué has de poner a nuestra bella hermana en semejante embarazo? Querida mía —dirigiéndose a mí—, no hagas caso de sus palabras: tú la conocerás con el tiempo.

—¿No has de callar tú? —le dijo Charlotte—: cuenta con que yo he de averiguar su secreto.

—¿Cuál secreto? —les pregunté yo— ¡Oh, Charlotte! ¿Qué placer tienes en inquietarme?

—Muy bien, muy bien —me respondió—: yo examinaré en otra ocasión todas esas agitaciones. Algunas veces he batido el monte por una liebre y he hecho saltar dos. Mas ahora sólo hablo de cierto escrito o de cierta carta. Mi hermano la llamó un escrito que se le entregó bien cerrado y a cuyo portador recompensó enviándotelo inmediatamente sin haberlo abierto. Ninguna duda tenemos de ello, y si nosotras disimulamos a Charles sus reservas, no estamos de humor de aguantar las tuyas. Danos una respuesta clara. ¿Qué contenía esa carta o ese papel?

Habiéndome serenado un poco esta declaración, le dije con franqueza que contenía lo que había pasado en un lance muy terrible entre su hermano y Hargrave. Sin embargo, no dejó de proseguir su cantaleta vituperándome en el mismo tono que les había robado el afecto de su hermano, quien hacía de mí una confianza que no parecía hacer de ellas; y yo no tuve que alegar en mi defensa más que ser el asunto respectivo a mí únicamente; pero la llegada de un lacayo con una carta hizo que pusiésemos en otra cosa nuestra atención. Este criado vino de parte de milady D... a cumplimentar a la señora Reeves y a la señorita Harriet y a pedirles permiso para hacerles una corta visita, porque habiendo de estar muy poco tiempo en Londres estaba resuelta a no partir sin verlas.

No había ningún medio de excusarse a ello. Sin embargo, yo aún no me había serenado de la turbación que me había causado Hargrave. Charlotte comprendió de contado el motivo de esta visita, y yo no negué nada; pero con mi mal humor le dije que ya había dado mi respuesta, y que milady D... se tomaba una molestia inútil.

—Pues ¿por qué? —me preguntó— ¿Sabes tú que su hijo tiene 12.000 libras de renta?

—Eso es lo que me mueve poco —respondí.

—Yo no te entiendo —replicó; y contando con sus dedos los apellidos de Orme, de Fenwick, de Greville, de Fowler, de Pollexfen y de milord D..., añadió—: si bien he contado, son ya seis, ¡y el pobre infeliz no es de este número! ¿Por qué es esa aversión? Guárdate: mira que el orgullo tiene sus caídas.

Dime, querida Lucy, qué puede ella haberme querido decir con esto. Yo me lisonjeo de que las hermanas de Grandison no me tienen... Mas acaso Charlotte habló sin reflexión.

—¿Tú me tienes pues por orgullosa? —le repliqué con gravedad y frialdad, como mis primos lo observaron, según me dijeron después.

—¿Si eres orgullosa? —me dijo—: sí, sí, orgullosa u otra cosa peor.

También te pregunto, querida mía, qué quiso esta loca decir con esto, y qué quise decir yo misma; pues tenía las lágrimas en los ojos y me sentí en aquel momento muy abatida.

Sin embargo, y pregunté a las dos hermanas si la condesa era

conocida suya, y Caroline me respondió que la conocía había mucho tiempo, haciéndome además una pintura muy favorable de su carácter. También me hizo la de milord D..., que parece ser un joven irreprensible. Charlotte quiso saber cuáles eran mis motivos para rehusar un hombre como él, y yo le dije que por causa de Hargrave no quería oír hablar más de hombres y tenía aversión a toda esta casta. Ella no quiso creer nada de esto, y con su genio alegre y buen humor me dio bastante vaya y cantaleta. Su hermana creyó que debía contenerla, y le dijo:

—¿No has de acabar nunca? —Y volviéndose hacia mí prosiguió—: Ah, querida Harriet, tú no adelantarás nada con esta loca hasta que le hayas oído todo cuanto tenga que decir, y si tienes algún secreto, lo mejor es que ante todo se lo reveles. Charlotte es sin duda una mujer generosa, pero algunas veces como al presente de una extremada curiosidad.

Aún otra vez te pregunto, Lucy, qué quieren decir estas dos hermanas. Yo no sé qué pensar. ¿Sospecharán ellas que yo amo a alguien? Paréceme que siendo tan generosas como son, no deberían tomar este medio creyendo que yo tengo libre mi corazón, y sabiendo que sus dudas deben recaer sobre su hermano a quien con toda su penetración no pueden sondear. ¡Qué no daría yo por saber si Charles ha amado alguna vez!

Habiendo llegado entonces la condesa, se dio otro giro a la conversación. Esta es una dama de cerca de cuarenta y cinco años que muestra bastante dignidad y bondad en su fisonomía. Después de muchas atenciones generales sobre la reputación que ella me atribuye, y sobre el apresuramiento que había tenido por verificar con sus propios ojos todo lo que había oído decir de mí; algunas palabras que me dijo de tía y de una carta suya que esperaba con impaciencia, me hicieron creer que tía no la había informado de mi respuesta. Un momento después se inclinó hacia Caroline que estaba sentada junto a ella, y tomando su mano le habló al oído algunas palabras. Caroline no le dio más respuesta que *no, señora,* y la condesa replicó que esto le causaba admiración.

—Yo no temo —añadió— hacer confianza de una amiga como vos.

¡Ah, querida mía!, la condesa preguntó a Caroline, no lo dudo, si el nombre de hermana que había oído a Charlotte era por alguna mira respectiva a mí que tuviese su hermano; y el aire franco y afectuoso que tomó después con mi prima y conmigo me persuade a que la respuesta no le dejó ninguna duda de que su hijo podía solicitarme sin servirle Charles de obstáculo. Lejos de mí toda bajeza, Lucy. Cualquiera que sea mi admiración de un sujeto a quien creo digno de ella, no me verán estas excelentes hermanas *con una pasión sin esperanza.*

La condesa me pidió un momento de conversación privada, y sólo nos retiramos hasta una ventana inmediata adonde me llevó de la mano. Allí me habló en términos muy vagos de una carta que no dudaba me hubiese comunicado tía, y sin esperar mi respuesta se extendió con extremada bondad acerca de todas las prendas que me supone y cuya confirmación aseguraba ver en mis expresiones y persona. Yo hubiera deseado poder explicarme sobre lo substancial de sus miras, pero abandonándose siempre a sus preocupaciones y usando de algunos atentos rodeos a que no me daba tiempo para contestar, y que eran muy embarazosos para una joven que no osa manifestar su voluntad, me volvió a llevar de la mano hacia los circunstantes repitiéndome que ya había visto bastante y que confiaba en la respuesta que esperaba de tía.

Es cierto que su aire de bondad, que sus modales nobles y francos, y la expresión viva y natural de sus sentimientos en tan corta conversación me hicieron concebir también grande inclinación a ella. ¡Qué dichosa sería yo, dije entre mí, si pudiera obtener tal madre sin ser mujer de su hijo! ¿Y debo yo excusarme a verle si se me pide que le vea, mayormente cuando Caroline parece quiere persuadir a la condesa que no tiene otro la menor intención? En realidad, yo no deseo que este otro... por lo menos si... ya no sé, mi querida Lucy, lo que quería añadir; pero te ruego asegures a los que se interesan en mi bien, que jamás me verán con *una pasión sin esperanza:* no, no, pueden contar con esto.

Mas permite que te haga una pregunta, Lucy mía: una pregunta pueril, lo conozco, a ti que has estado apasionada, como me has confesado, y que te liberaste felizmente de tu pasión. Yo me sorprendo a mí misma de algún tiempo acá en el uso de ciertos términos, tales como *otro, alguno, él,* en lugar de decir o escribir libremente, como siempre lo hacía, *Charles* o *Grandison,* que son palabras más respetuosas, aunque yo no dejo de tener miramiento a un hombre que lo merece de todo el mundo. ¿Qué quiero yo darte a entender? ¿Es esta una señal?... ¡Ah, Lucy! Tú me has amenazado con tener puestos los ojos en mí; ¿y no te he dicho que yo los pondría también en mí misma? Yo soy sincera, lo cual creerás fácilmente viendo que no se me escapan tan pequeñas observaciones. Pero si te parece que lo son demasiado, no me expongas, querida, a ningún riesgo leyéndolas a nuestros amables parientes. Unos creerían advertir debilidad en estas observaciones y otros las conceptuarían dignas de indulgencia, porque reconocerían en ellas el lenguaje de la naturaleza. Yo sería culpable si te escribiera separadamente, y nada tengo en mi corazón que no esté pronta... iba a decir, que tenga vergüenza de declarar; mas yo creo tener a veces alguna por todo lo que te escribo. ¡Ah, querida Lucy! No me digas que es racional.

La conversación recayó sobre Charles, a quien milady sólo conoce por su reputación y cuya amistad desea ardientemente sin interés, como dijo, puesto que ella no tiene ninguna hija. Después, habiéndose acordado verosímilmente de algunas palabras con las que yo había procurado explicarle mis verdaderos sentimientos, me dijo al oído:

—Estoy persuadida no obstante, estimada señorita, a que no os habéis declarado contra mis deseos. ¿Vos no me respondéis? ¿No sabéis que las madres no gustan de la incertidumbre? Vos no conocéis mi impaciencia.

Yo le respondí que me era muy sensible evitar una propuesta que me hubiera estrechado más con ella.

—Pues qué, querida mía, ¿es la cualidad de hija la que os inspira esta reserva? Vos sois superior a tales afectaciones y a las vanas formalidades. Considerad que nosotras hablamos entre mujeres y como de una hija a su madre —En esto se volvió de pronto hacia los circunstantes, y prosiguió—: aquí no tengo nada que recelar. ¿Sabe alguna de las presentes si la señorita Harriet tiene o no libre su corazón? Señorita Charlotte, permitidme que me dirija a vos, pues las jóvenes suelen tener mucha franqueza entre sí. ¿Conocéis algún hombre de quien esté apasionada la señorita Harriet? Su tía la señora Selby me escribe que no sabe tenga ninguna inclinación.

Charlotte respondió que muchas veces las jóvenes ignoran absolutamente lo que pasa en su propio corazón; y volviéndose hacia mí me dijo:

—Habla, hermana Harriet, responde por ti misma.

¿No era esto una crueldad, querida Lucy? Sin embargo ¿por qué no podría yo responder sin turbación? Pero la extremada bondad de la condesa... y aun puedo decir también la odiosa maldad de Hargrave... a la verdad después del inhumano trato que me dio, no me reconozco a mí misma.

—No dudéis, señora —le dije al fin—, que mi tía sólo os ha escrito la verdad. Sería afectación decir que yo renuncio al matrimonio, pues siempre he tenido respeto a este estado; pero me han sobrevenido algunos pesares que me han hecho concebir aversión a todos los hombres.

—¿A todos los hombres? —respondió la condesa— Yo creería desde luego en un alma débil una cosa que no se conforma con la vuestra. En el poco tiempo que estuve en Londres, llegó a mi noticia que habíais recibido cierto agravio de Hargrave Pollexfen, pues yo tengo mucho gusto en hablar de vos; pero sólo vi en esta pequeña desgracia una confirmación de vuestro mérito. ¿Qué juicio se ha de formar de una mujer que no tiene inclinación ni a un solo hombre?

En fin la condesa, urgiéndole retirarse, nos dejó cerca de las seis repitiéndome que confiaba en la respuesta de mi tía Marianna Selby,

quien le daría un buen informe acerca de mis sentimientos, y que habiéndose propuesto volver a Londres para pasar aquí lo restante del invierno, pondría entonces toda su atención en el asunto que ocupaba el primer lugar en su corazón.

Charlotte me echó en cara amargamente el silencio que había guardado en orden a las cartas de tía, y yo me disculpé con mis pesares que no me habían permitido tener ni un momento de reposo, entre los cuales contaba el nuevo embarazo que me habían causado las proposiciones de la condesa. No se me dio menos vaya sobre el capricho que me hacía insensible a todas estas ofertas.

—Sin embargo —dijo milady—, ahora que Harriet ha visto a la condesa de D...

—Y que comienza —prosiguió con malicia Charlotte— a olvidar el mal trato de Hargrave, podrá mudarse su corazón.

Di, Lucy, ¿no te hubiera causado sentimiento que me hubiesen dicho estas expresiones? Te confieso que me han parecido crueles.

—Mi cabeza —respondí yo— está muy quebrantada por la violencia de Hargrave y por el temor de los funestos efectos que pudieron resultar de haber yo encontrado una generosa protección. Yo estaba ya fatigada con la persecución de algunos sujetos honrados como los señores Orme y Rowland Meredith, y los señores Greville y Fenwick, de quienes no tengo formado tan buen concepto, y luego que yo hubiera querido tener un poco de tiempo para poder respirar, veo que a mí y a mis parientes se nos hacen nuevas proposiciones y por una persona de tan distinguido mérito. No debéis extrañar, amigas mías, que no me sea fácil daros de pronto razones de mi repulsa, aunque ha sido de todo corazón.

Entonces, conociendo que sus chanzas comenzaban a contristarme, les hizo pasar su bondad a otros asuntos, y cuando me dejaron con sus acostumbradas caricias mostraron haber tenido en su visita mucha complacencia y satisfacción.

Reflexionando sobre todo lo que me sucede, paréceme, mis amados parientes, que ya es tiempo de manifestaros con más claridad mi situación, a fin de que podáis ayudarme con vuestras instrucciones y consejos, pues os aseguro que me hallo en una especie de destierro. Hazme, querida Lucy, el favor de decirme... Pero esto no puede ser amor, y así no tengo por qué estar inquieta. Tampoco es envidia, aunque con el peso de tantos favores me veo aún oprimida por el ascendiente que las dos amables hermanas toman sobre mí: no, no lo es, pues la envidia es una pasión baja que jamás se anidará en mi corazón. ¿Será orgullo? El orgullo es un vicio que siempre causa alguna mortificación, y todos vosotros me habéis hecho orgullosa o altiva al menos por vuestro afecto; mas yo he creído que este orgullo o esta altivez debe ser parte de mi reconocimiento.

Yo quisiera estar contigo, mi amada Lucy, y entonces te haría mil preguntas. Mi corazón agitado reposaría en tu seno y encontraría armas en tus respuestas contra los excesos de su sensibilidad. Pero al propósito ¿no es cierto que me dijiste en cierta ocasión que encontrarías alivio en suspirar? Te hago seriamente esta pregunta. ¿No me has asegurado que los suspiros iban acompañados de cierta dulzura, que eran sin embargo involuntarios y que estabas enfadada contigo misma sin saber la causa? ¿No sentías entonces una pena en el estómago que según me decías, te era muy difícil explicar? ¿No estabas muy humilde y sumisa, y como que implorabas la compasión de todas las gentes, estando también dispuesta a compadecerte de ellas? ¿No leías atentamente las historias tristes y con especialidad las de las jóvenes que se habían visto llenas de penas y embarazos? Tu compasión de las miserias ajenas ¿no era más viva disminuyéndose a proporción la compasión de ti misma? Pero la incertidumbre ¿no te parecía el más cruel de todos los tormentos? Acuérdome, querida, de que ni comías ni bebías sin estar por esto menos fresca. También me acuerdo de que tu sueño era interrumpido y turbado con sueños, representándosete ya montañas y precipicios por donde rodabas continuamente, ya tempestades o inundaciones que te llevaban, ya profundos lagos, en que te sumergías, ya llamas, ya ladrones, ya otras tristes y melancólicas imágenes.

¡Cuán fácilmente traemos a la memoria todas las circunstancias de un caso, aunque no tengamos ningún interés en él, cuando tememos vernos en otro igual! Sé no obstante que cuanto digo ahora y que tú no te acordarás de haber experimentado, puede provenir del peligro en que me pusieron y del terror que me causaron las violencias de Hargrave. ¡Cuántas veces se me representa en mis sueños todo lo que me hizo padecer! Ya se me figura que imploro su compasión y que lejos de tenerla me zahiere con baldones y amenazas; ya me parece que tengo la boca tapada con su pañuelo. Su horrible sacerdote, si lo era en efecto, lee algunas veces la fórmula y yo reclamo contra la validación de tal matrimonio. Otras veces creo que me he escapado, que me persigue y que oigo sus pasos, y entonces despierto haciendo esfuerzos inútiles para implorar auxilio; pero luego que mi imaginación se muestra más propicia, se me presenta mi libertador. Este es algunas veces un gran príncipe, pues mis sueños me hacen una consumada fabulista, y yo soy una damisela o una señorita afligida. El blanco palafrén aparece inmediatamente, y sucediendo lo maravilloso veo matar leones y tigres, hender gigantes y derrotar ejércitos sólo por el poderoso brazo de mi héroe.

Todos estos extravagantes sueños ¿no te convencen de que sólo puede atribuirse mi alteración a lo mucho que padecí por la barbaridad de Hargrave? Paréceme que el único partido que tengo que

tomar es el de dejar a Londres para ir a pedir consejos a tía, y entonces estaré más capaz de descubrir, si como lo sospechan mis parientes y yo misma, empiezo a recelar, según debo confesarlo, se ha apoderado de mi corazón una pasión más fuerte que el reconocimiento. Estoy segura de una cosa y es de que mi razón está debilitada. Charlotte me dijo que mi indisposición en Colnebrook me había hecho delirar, y que el médico que me asistió había temido perdiese el juicio. Si yo diera entra en mi corazón *a una pasión sin esperanza,* no sería menester más prueba de que mi razón ha padecido alteración.

Adiós, querida Lucy. ¡Qué carta acabo de escribirte! Los últimos renglones por sí solos bastan para dar a conocer la debilidad de mi corazón y de mi juicio.

Carta XXXV
Harriet Byron a Lucy Selby

Sábado, 4 de marzo.

Hargrave Pollexfen vino a ver esta mañana a Reeves, o por lo menos se le dijo que la visita se le hacía a él, pero estando yo por desgracia abajo no pude excusarme sin impolítica a oírle lo que tenía que decir.

Propuso ir a la quinta de Selby a implorar el perdón de toda la familia; mas las objeciones de Reeves le hicieron desistir de ello. Si se le ha de dar crédito, únicamente solicitó verme en casa de la Williams con la mira de pretenderme y obsequiarme en los términos regulares impelido de la bella pintura que de mí se le había hecho, no habiendo sido esta la primera vez que había deseado semejante ocasión. Un día estuvo resuelto a hacer una visita de ceremonia a tío en Northamptonshire, y ya estaba prevenido su equipaje, cuando supo que había venido a Londres con mi primo y mi prima Reeves. En vista de esto, pasó a Peterborough con ánimo de abrir su pecho a mi padrino Deane estando informado de la grande confianza que hacemos de él; pero habiendo sabido que se había puesto en camino para Cambridge, tomó la resolución de venir a Londres y de probar su fortuna conmigo, siendo tanta mayor su confianza que se le había asegurado reposaba en mi propia elección toda la familia, y que se hallaba en estado de hacerme ofertas a las que no podrían acercarse las de ninguno de sus competidores. Así pues, no había hecho su pretensión precipitadamente ni estimulado tan sólo de la impresión que yo había hecho en él en casa de la Williams, aunque confesaba que sus sentimientos se habían inflamado repentinamente bastante para hacerle acelerar su declaración.

Me dijo que miraba como la mayor de todas sus desgracias haberme causado tan terribles pesares, y repitió todas las razones concernientes a su amor, a sus penas, a su arrepentimiento y principalmente a los esfuerzos que hace contra sí mismo para olvidar injurias mucho más dolorosas y demasiado patentes. Yo respondí que había padecido más que él, aunque no estuviesen tan a la vista las señales; que le había perdonado en atención al acomodamiento que se había hecho entre mi protector y él (*¿protector?,* me interrumpió mordiéndose los labios); en fin, que él había conocido mis sentimientos antes de su bárbara empresa, y le supliqué que me olvidara y renunciara para siempre.

—Perdonadme, señor —añadí—, si os declaro que estoy resuelta a no volveros a ver jamás.

Esta conversación duró mucho más tiempo, guardando mis primos un profundo silencio. En fin, me instó a que le prometiese por lo menos que ni Greville ni Fenwick serían preferidos a él; y con la mira verosímilmente de hacerme prever otros embarazos en lo sucesivo, me protestó que la causa principal de su temeridad había sido el recelo de que prevaleciese sobre él Greville. Yo le dije que por ningún motivo estaba obligada a hacer semejantes promesas, pero que habiéndole asegurado Reeves por libertarse de sus instancias que creía este temor infundado, no pensaba contradecirle.

Antes que me hubiese sido posible despedir a este hombre importuno, entró un criado a decirle que Bagenhall y Jordan preguntaban por él, y no tuvo reparo en confesarnos que les había traído la esperanza de verme, ni en pedirme la gracia de un cuarto de hora de conversación con todos tres. Yo pensé de contado retirarme, pero con igual osadía dio orden al lacayo para que les introdujese, y no habiéndose opuesto Reeves entraron casi al punto.

Estos dos sujetos se presentaron con mucha urbanidad y se condujeron del mismo modo en toda su visita. Como vinieron con ánimo de aplaudirme, no quisieron que quedase burlada su esperanza, mas nada puede añadirse al elogio que hicieron ambos de Charles Grandison y yo no te ocultaré que este asunto me hizo su compañía más soportable. Paréceme que debe causar embarazo aun al sujeto más vano una profusión de alabanzas; pero es uno de los mayores placeres del mundo oír alabar públicamente en su ausencia las personas a quienes se profesa grande estimación, mayormente si se les deben favores que sin rubor se pueden confesar. Lo que me agradó mucho en Bagenhall fue haberle oído decir con toda formalidad que la conducta de Grandison, que más de una vez llamó noble y divina, había hecho tanta impresión no sólo en él sino también en Merceda, que estaban ambos determinados a mudar de vida, aunque hubiesen distado mucho, añadió, de ser los peores hombres del mundo.

Estos cuatro amigos han de comer hoy en casa de Grandison, pero Hargrave no mostraba por esto tanta alegría como los demás, y aun dudaba si podría vencerse a sí mismo para concurrir al convite. Jordan se lisonjea de haberlo facilitado y proporcionado, aprovechándose de una insinuación de Charles, y confiesa que no quiere perder ninguna ocasión de estrechar más y más su amistad con un hombre que le acusa admiración.

Al despedirse de nosotros mostró Hargrave tanto abatimiento y me pareció que estaba tan mortificado por la mudanza de un rostro de que parecía lisonjearse con sumo placer, que hubiera tenido alguna compasión de su desgracia, si no hubiese hecho resistencia a este sentimiento. En más de una hora, querida mía, que estuvo con nosotros, no se miró ni una sola vez al espejo. Habló de retirarse a alguna de sus haciendas o de viajar algunos años por países extranjeros, si era sentenciado, según dijo, a perder todas sus esperanzas. ¡Esperanzas! ¡Oh, miserable! Pero reflexionando yo sobre esto, no sé si su mortificación es la cosa más feliz que podía sucederle, siempre que la acompañe de alguna paciencia. Al presente está muy feo, mas por sus riquezas siempre será un hombre de consideración. Pensaré mejor de otros y con más modestia de sí mismo.

Cuando yo iba a examinar con reflexión si estaba enteramente libre de la vanidad que vituperaba en otros, tuve una visita de Caroline que no puede contribuir a hacerme formar mal concepto de mí misma. Subió en derechura a mi gabinete siguiéndola mi prima con ligereza.

—Vengo a comer con vosotras —nos dijo—; Hargrave Pollexfen y algunos de sus semejantes comen hoy con mi hermano, y yo me he escapado con el beneplácito de milord, dejando a Charlotte el cuidado de acompañarles y obsequiarles. Me es imposible soportar la vista de un villano que ha cometido contigo la mayor vileza e intentado quitar la vida a mi hermano.

De seguida hablamos largo rato sobre el duelo, y mirando mis papeles que yo tenía a la vista, quiso ver lo que acababa de escribir.

—Este es un favor —dijo— que algunas veces dispensas a mi hermana.

Yo le leí la primera parte de mi carta y le causó suma extrañeza la confianza de Hargrave y que osase pronunciar la palabra *esperanza*. Celebró todas mis respuestas y dijo a Reeves que debió haberle rehusado la entrada en su casa, mayormente teniendo yo tanta repugnancia a verle. Te aseguro que pienso como ella, pero la bondad de mis primos es excesiva en ocasiones.

Después de la comida tuvimos una agradable sorpresa con ver llegar a milord L..., que también se había escapado levantándose de la mesa, y venía a tomar el té con nosotras. Nos dijo que todos habían estado muy atentos y comedidos en este extraño convite, y que

pensaba haría fuerte impresión en los convidados la noble conducta de su hermano. Charles ha de partir el lunes próximo a Canterbury (¡a Canterbury, querida mía!), y milord ha propuesto a su esposa ir a pasar algunos días en Colnebrook, mientras se compone y amuebla una casa que toma en Londres. Esperaba, según añadió, que fácilmente persuadiría ella a Charlotte a que les acompañase, y si las dos hermanas podían conseguir que la señorita Byron fuese también de viaje, no habría más que desear. Asimismo, se lisonjeaba de que Charles a su vuelta iría a estar un día o dos con nosotros. Milady dudó tan poco de mis deseos que inmediatamente se volvió a mis primos para preguntarles si les desagradaría esta disposición. Yo les consulté al mismo tiempo con una mirada y ambos dieron su consentimiento con una sonrisa.

Este Canterbury ocupa enteramente todos mis pensamientos. Mi prima mostró extrañeza de que Charles ocultase los motivos de sus continuos viajes a esta ciudad.

—Sin saber cuáles son —respondió milord—, formo juicio de que le causan más molestia que placer. Charlotte acusa a su hermano de reservado, pero jamás he echado de ver que mereciese semejante acusación. Ella es curiosa y gusta de divertirse con su curiosidad. Sin embargo, también Charlotte tiene sus secretos o estoy muy engañado.

—No, no te engañas —replicó Caroline—, los tiene y acaso te los confiará cuando estemos todos en Colnebrook.

Yo creí poder preguntar a Caroline si aprobaba Charles la pretensión de milord G..., y me respondió que deseaba ver a Charlotte casada y que era muy amante del estado conyugal principalmente en nuestro sexo. Mi prima no dejó pasar la ocasión.

—Extraño —dijo— que el mismo señor Charles no piense en casarse.

Y Carolina respondió que ya había tocado muchas veces su familia este punto, aunque hasta el presente sin efecto; que sin embargo, tenía una dama... y se detuvo. Si por desgracia hubiera puesto en mí los ojos, yo era perdida.

Dime, amada Lucy, pues tú has pasado por la prueba, ¿has sentido alguna vez en ti misma cierta especie de impaciencia que se acerca a descaro, y cierta disposición a reñir, o por lo menos a despedir con aspereza a todos los que llegaban a interrumpirte, aunque no tuvieses ninguna cosa de importancia que pudiera ocupar tus pensamientos o tus dedos? De pocos días acá me he visto muchísimas veces alterada de un modo tan extraño. Pero a la verdad, se ha mudado enteramente mi temperamento. Temo volverme triste, melancólica y perversa. ¡Oh, malvado Hargrave!

Pero volvamos a la temible expresión de Caroline.

—*Una dama* —prosiguió mi prima— a quien probablemente ama el

señor Charles.

—No, señora —replicó Caroline—: una dama que ama a Charles, mas por miramiento a ella no añadiré... No obstante, si se puede disimular a alguna mujer el amar sin ninguna certidumbre de ser correspondida es a la que se apasione de mi hermano.

—Y el señor Charles —no pude yo menos de interrumpirla— ¿es incapaz de correspondencia?

Mi prima me dijo por la noche que había visto temblar mis labios, pero yo no lo advertí ni sentí en mi corazón ninguna palpitación. Sin embargo, paréceme que no pueden temblar los labios sin que se altere el corazón.

Caroline se extendió mucho sobre las grandes ocupaciones de su hermano, que le dejan poco tiempo para recrearse y divertirse, y aunque formando juicio por su carácter tan noble y benéfico le considera capaz de las pasiones más tiernas, atribuye su aparente indiferencia a la multitud de sus negocios tanto como a la dificultad de encontrar una mujer cuyas perfecciones correspondan a las de aquella que se ha formado en su imaginación. Con este motivo pasó Caroline a hacer un elogio de su hermano. Yo no alcanzo, querida mía, por qué gustan todos de alabar a Charles Grandison en mi presencia. ¿Habré de salir de Londres para no oír sus alabanzas? *Sí,* me dirás. Pero ¿adónde he de ir? No a la quinta de Selby, pues sería lo mismo que ir a Colnebrook. Aquí sabré por ventura los motivos de tan generales aplausos, pues hasta el presente nada sé de su historia en comparación de las circunstanciadas relaciones que se me han de hacer.

Sin embargo, espero que no se me vituperará haber consentido tan fácilmente en el viaje de Colnebrook. A la verdad es mi inclinación la que me ha hecho tan oficiosa, y yo comienzo a desconfiar de mí misma, cuando tiene fuerza para arrastrarme... mas ¿por qué he de dar de mí tan mala idea? Yo conozco mi buen corazón y sobre este punto no me creo inferior a nadie. Paréceme que no se anida nada debajo en mi alma: no, yo no advierto en ella ninguna bajeza. ¡Quiera el cielo librarme de todo defecto que no es natural a mi corazón y que envileciéndome a los ojos de mis queridos parientes me haría indigna de su afecto!

Acabo de saber por un billete de Charlotte que consiente en partir a Colnebrook con tal que yo vaya. Emily Jervois ha de ir también, y asimismo fuera el doctor Bartlett si no se lo impidieran sus negocios. Charles y Everard Grandison marchan juntos a Canterbury, habiendo esto sorprendido a las dos amables hermanas que se preguntan con más extrañeza que nunca *¿por qué tanta reserva y tanto secreto con nosotras?*

Carta XXXVI
La señora Selby a Harriet Byron

Quinta de Selby, domingo 5 de marzo.

Tu situación, queridísima sobrina, nos aflige cada vez más. Un combate tan manifiesto entre tu natural franqueza y la confesión de una pasión que nace... ¡Oh, querida mía! Guárdate de toda afectada reserva que sería muy ajena de una joven que jamás ha conocido el disimulo ni la afectación.

Tú nos causas un extremado embarazo en orden a milady D..., que vendrá aquí el sábado próximo. Yo no le he escrito, aunque parece lo deseas, porque a la verdad todos nosotros creemos merecen sus ofertas se tengan en más consideración, y porque recelamos esté en peligro respecto a otro sujeto tu felicidad y la nuestra. Es absolutamente increíble que un hombre como Charles Grandison no haya visto antes de conocerte ni una sola mujer que pudiese amar, o a quien pudiera inclinarse en reconocimiento por lo menos del amor que ella le profesase. ¿No te dijo su hermana que si se casara haría infelices a innumerables? Quizá por esta causa no piensa en casarse.

Ya ves con qué amable ingenuidad la condesa de D... se ha franqueado a nosotros, y ya ves que la tuya es un mérito particular para ella. Yo le había dicho que tu corazón estaba libre; pero rehusando sus ofertas das motivo a una mujer tan discreta para que piense lo contrario, o para que te crea menos superior a las afectaciones de lo que ella imagina; y aunque nosotros no hemos leído sin sentimiento en tu carta penúltima cuanto te estrechó Charlotte, no dudamos que la condesa habrá hecho las mismas observaciones y deducido de ellas las mismas consecuencias. ¿Qué quieres que yo haga cuando la repulsa de sus proposiciones si haber conocido ni aun haber visto a su hijo es tan poderosa prueba de que tu corazón está apasionado? El equívoco y todo lo que ofende la verdad no es digno, mi querida hija, de tu carácter ni el mío.

Milady ha dado a entender a la condesa, según dices, que Grandison no se opone a las miras de su hijo, y así no alcanzo que tocante a Grandison puedas tener ninguna especie de esperanza. Sin duda se cree que tu caudal no es bastante considerable. Grandison es liberal, y no estando apasionado ten por cierto que su prudencia le hará tener en consideración las riquezas. Esto es por lo menos lo que debemos suponer, y nosotros nos veríamos en precisión de comenzar por cálculos, su hubiésemos de tratar de capitulaciones con él.

Tu abuela quiere escribirte de su propio puño y yo me refiero enteramente a ella. Todos nosotros conocemos su discreción y el tierno afecto que te profesa. Tu tío promete no usar más del estilo burlesco que te aqueja. Siempre permanecemos en ánimo de no

oponernos a tus inclinaciones y por este motivo no osamos darte nuestros consejos sobre las nuevas ofertas; pero tu abuela está admirada de que yo no haya dado, como tú hubieras querido, una repulsa decisiva a la condesa.

Tu tío ha tomado informes acerca del estado y situación de Grandison, y todo lo que ha podido averiguar corresponde tan perfectamente a nuestras ideas que yo le he suplicado abandone semejante averiguación a menos que no haya alguna más probabilidad de que tendrás interés en ello. Pero tú, querida mía, prosigue comunicándonos todo lo que puede aumentar nuestra estimación y veneración a ese excelente hombre. La superioridad de alma que le ha hecho rehusar un duelo y su gloriosa conducta que no ha dejado ninguna duda de su valor son tan grandes pruebas de discreción y honradez que le hacen superior a cuanto podemos imaginar. Nosotros le admiramos y respetamos sobremanera, y le damos a él y a sus hermanas la enhorabuena por la feliz conclusión de un negocio en que nadie ha sido tan interesada como tú.

No retardes comunicarme lo que piensas realmente de las nuevas proposiciones que se te hacen, aunque no te has de precipitar ni resolver con ligereza. Temo haberte hablado en mi última carta con muy poco miramiento. Tu tío asegura que no siempre advierte tu acostumbrada franqueza en la confesión de una pasión cuyo objeto nos parece digno de ti, y por razón del juicio que ha formado, le veo algunas veces lisonjearse de que por fin descubre en su querida sobrina alguna pequeña afectación. Todos nosotros observamos muy bien en muchos pasajes de tus cartas el combate de que he hablado entre la modestia y la sinceridad, y en parte atribuimos tu reserva al temor que te causan sus burlas; mas después de haber declarado que querrías más bien una hora de conversación cada semana con Grandison y sus hermanas (las hermanas no son inútiles al principio de un amor) que ser mujer de ninguno de cuantos hombres has conocido; y después de habernos escrito asimismo que por más que sea una palabra de humillación la palabra *compasión,* preferirías la suya al amor de cualquier otro hombre, no alcanzo a la verdad de qué puede provenir tanto embarazo para explicarte. Perdona, querida sobrina.

Acabo de leer la carta que acompaña a esta, y si hubiera previsto que había de ser tan larga, me hubiera extendido mucho menos. Lo que mi madre te escribe es digno de ella y todos nosotros lo aprobamos. Sin embargo, esperamos tu respuesta para resolver lo que he de decir a la condesa. Si amas, no tengas vergüenza de confesárnoslo, puesto que el objeto de tu amor es Charles Grandison.

Recibe las bendiciones de toda la familia y particularmente, amor mío, la de tu apasionada

—*Marianna Selby.*

Carta XXXVII
La señora Shirley a Harriet Byron

Domingo, 5 de marzo.

No tengas, vida mía, ni pesar ni vergüenza por abrirnos enteramente tu pecho, pues bien conoces cuál es el tierno afecto que te profesamos. No es ningún deshonor en una joven amar a un hombre virtuoso, y el amor es una pasión natural. Tú has mostrado con testimonios muy distinguidos que la indiscreción y ligereza no son defectos de tu carácter. Ni Greville con su buen humor, ni Fenwick con todas sus adulaciones, ni Orme, a quien aprecio mucho más con su respeto y rendimientos, ni el suplicante Fowler, ni el terrible y amenazador Pollexfen han podido descubrir en ti ni una sombra de debilidad o vanidad. ¿Cuán felizmente no te has libertado de todos los peligros a que la pasión por ser admiradas expone muchas veces a las mujeres de un alma inferior a la tuya? ¿Con qué urbanidad y dignidad no te has granjeado la estimación y veneración aun de los sujetos cuyas ofertas has rehusado? ¿Y cuál ha sido tu motivo para rehusar? No ha sido el orgullo, sino que con tus excelentes principios no creías deber dar oídos a los que no pensabas poder tener nunca aquel afecto que debe una mujer honrada profesar indispensablemente a su marido. Después, habiendo encontrado el hombre que merece tu amor, que te ha defendido valerosamente de un odioso y vil atentado y que es el mejor de todos los hermanos, amigos y amos, y el más valiente y virtuoso de todos los hombres, ¿tiene nada de extraño que un corazón inconquistable hasta el presente muestre ser sensible y reconocer otro corazón que le asemeja? ¿Por qué razón te has de avergonzar de esto? ¿Por qué mi querida Harriet ha de correr la cortina y ser reservada con unos parientes cuyos deseos se conforman con los suyos? Ya ves, amada hija, que la incertidumbre en que nos hallamos no nos impide hablar con admiración de un hombre a quien todo el mundo hace esta justicia. Nosotros somos superiores a todo artificio y no hay necesidad de usar contigo de tan miserable política. Tu educación, querida mía, no ha sido propia para hacerte artificiosa, y en nadie sería el disimulo más impropio que en ti. Un principiante en amor penetraría tu corazón en la mayor parte de tus últimas cartas. Pero ya sea feliz o desgraciada tu inclinación a un sujeto tan cumplido por sus principios, por sus costumbres y su nacimiento que puedes gloriarte de ella, y a un sujeto a quien todos tus parientes tienen la misma pasión que tú; solamente te pido, querida Harriet, amor mío, hechizo de mi vida y consuelo de mis tristes días, que te esfuerces por

amor de mí y de toda tu familia a tomar tanto imperio sobre tu corazón que si el éxito no corresponde a tus deseos ni a los nuestros, no padezca por esta causa tu salud, que es tan preciosa para nosotros, ni llegues a ser de aquellas infelices jóvenes que se dejan arrastrar de la violencia de una pasión. Mientras más fuerza tenga el objeto para inflamar tu amor, más gloriosa será tu victoria si tienes alguna que conseguir. No obstante, acaba, mi amada hija, de abrirnos tu pecho para ponernos en estado de ayudarte con nuestros consejos, y no te dé cuidado por las burlas de tu tío, pues aunque suele entretenerse con ellas y a nosotras nos divierten muchas veces, puedes estar segura de que no nos hacen ninguna impresión. No ignoras que su honrado corazón va de acuerdo así como los nuestros con el de nuestra amada hija, y que no sería más capaz que nosotros de resistir su dolor, si sucediera a su sobrina alguna desgracia.

Tu tía me ha mostrado en este momento la carta que te ha escrito, en donde repite algunas de tus expresiones que le parecen muy fuertes. Por mí, creo que te hacen mucho honor, pues me dan a conocer que tu afecto se dirige menos a las prendas del cuerpo que a las del alma. Yo he estado persuadida a que si llegabas a amar, sería tu pasión del linaje más puro, y pues que no la han excitado los sentidos, no permitas que triunfe de tu corazón, ni que la imposibilidad de obtener el hombre que amas te haga renunciar a todos los demás hombres. ¿No te he enseñado que es uno de nuestros deberes tomar estado de matrimonio, cuando se procede en esto con prudencia? ¿Qué concepto se ha de formar de las personas de ambos sexos que miran con aversión este estado, porque tiene sus fatigas, sus penas e incomodidades? Haz la prueba de Charles Grandison por esta regla. Si semejante motivo le hace tener repugnancia al matrimonio, ten esto por una grande imperfección suya. No temas hacer la prueba, pues no hay hombre absolutamente perfecto.

Pero Grandison puede haber contraído obligaciones que le sea imposible disolver, y si su situación es tal, yo me lisonjeo de que mi querida hija no se llevará de unos sentimientos cuya correspondencia no se puede prometer. Tú piensas, como bellamente dices en una de tus cartas, que no has de ser infeliz por causa de un hombre virtuoso. Después de la felicidad que has tenido de escapar de Hargrave, nada temo respecto a ti de un hombre perverso; pero si tu desdicha proviniera de un hombre de bien, sería por culpa tuya, pues que ni él ni sus hermanas te dan ningún motivo para concebir esperanzas. Sé cuánto pueden herir tu delicadeza todas estas suposiciones; mas por lo mismo debes con doble razón precaverte de ti misma, porque la realidad sería mucho más terrible que las suposiciones. Aun cuando no hubiera más que un hombre en el mundo de quien pudieses temer tu infelicidad ¿no te guardarías de él?

Muero de impaciencia por volver a ver en mis brazos a mi querida Harriet; mas he aquí el consejo que creo conviene a su situación. No pierdas, amor mío, ninguna ocasión de cultivar la amistad de las dos excelentes hermanas, aunque por decirlo de paso, si Charlotte adivina el estado de tu corazón, me parece que sus chanzas no son conformes a lo demás de su amable carácter. Jamás rehúses acompañarlas cuando te lo pidan. Charlotte te ha prometido contarte la historia de su familia, y así recuérdale su promesa, pues esto te dará luces que te podrán servir para dirigirte en tus pasos. Entonces sabrás circunstanciadamente si las hermanas están interesadas por alguna otra mujer, aunque como se quejan de la reserva de Charles, acaso ignoran los secretos de su corazón. Mas si ellas no se han declarado en favor de ninguna, ¿por qué no ha de poder suceder que se inclinen a ti? En orden a caudal, si pudiéramos descubrir cuáles son sus deseos, haríamos nuestros esfuerzos para satisfacer a ellos.

Pero como yo apruebo la resolución de tu tía de diferir la respuesta que ha de dar a la condesa de D... ¿Cómo nos conduciremos en este negocio? He aquí sobre este punto mi modo de pensar. Esta dama funda su pretensión en que no has puesto tu amor en ningún sujeto, como expresamente se lo ha asegurado tu tía. Tú le has hablado por lo menos en términos que le habrán hecho concebir alguna duda. La condesa nos ha enviado a decir que vendrá a vernos el sábado próximo, y es de creer que querrá nos declaremos sobre el particular, y nosotros debemos hacerlo así ya por su franqueza, ya por nuestro propio carácter que es indispensable sostener con honor. Yo quisiera informarla francamente de la empresa de Hargrave Pollexfen de que parece le has hecho alguna insinuación, y de la generosa protección de Charles Grandison. La verdad no es digna nunca de vituperio. Tu tía confesará que le has escrito y que rehúsas con el más respetuoso agradecimiento recibir el honor que se te ha propuesto, y así supondrá y se persuadirá a que tú como reconocida prefieres Charles Grandison a cualquiera otro hombre, pero que ignoras sus amores, que no tienes ningún motivo para creer en él respecto a ti más sentimientos que los de la urbanidad que se lisonjean de tener los hombres con las damas, y que las señoras Grandison tratándote de hermana no entienden por este nombre sino una hermana de su hermano así como suya.

Se hará esta relación a la condesa encargándole con las mayores veras el secreto, y entonces conocerá el fondo de la verdad, formará por sí misma de esta el juicio que debe formar, tú no parecerás reprensible a sus ojos por ninguna afectación, y todos nosotros sostendremos nuestro carácter. Si milady L... y Charlotte, como tú supones, han declarado a la condesa que las miras de su hermano no parecían dirigidas a ti, verá que han dicho la verdad, y tú no ignoras, querida mía, que debemos hacer justicia a la buena fe de otros como a

la nuestra. Asimismo, verá que tu consideración para con Charles, si este sentimiento le parece un obstáculo para su proyecto, proviene de una loable gratitud por la protección que ha dispensado generosamente a una joven cuyo corazón estaba libre en un todo antes de este acontecimiento.

No sé si me explico con bastante claridad. Yo no soy ya lo que era; pero doy gracias a Dios de ser aún lo que soy, pues no me hubiera creído capaz de escribir en tan poco tiempo tan larga carta. Mas el asunto de ella es mi querida Harriet, cuya felicidad ha sido siempre el objeto de todos mis cuidados desde que perdí el compañero de mi juventud; el amable esposo que tomaba parte conmigo en dichos cuidados y en todos los demás, que te profesaba el mismo tierno afecto que yo, y que te daría ahora los mismos consejos. ¿Qué juicio hubiera formado de esto Shirley? ¿Cómo se hubiera conducido en la presente ocasión? Estas son las preguntas que me hago siempre a mí misma antes de dar mi parecer sobre algún negocio importante, con especialidad cuando se trata de ti.

Yo quiero elogiar aquí una de tus máximas que me ha parecido digna de la pupila de tu abuelo. Yo me miraría a mí misma con el mayor desprecio, dices en una de tus cartas, si fuera capaz de traer a un hombre entretenido mientras titubease sobre corresponder a otro.

¡Admirable niña! Mantente firme en tus principios, cualquiera que sea la suerte que te tenga reservada el cielo. Considera este mundo en el punto de vista con que tantas veces se te ha representado. Yo he vivido mucho tiempo y sin embargo, cuando miro atrás y retrocedo hasta el tiempo de mi juventud en que no ignoraba lo que eran las esperanzas y los temores que te agitan al presente, ¡cuán corto me parece su curso! Si deseo que se prolongue la carrera de mi vida es por ver dichosa bajo la protección de un hombre honrado a la delicia de mi corazón, a mi amada huérfana. ¡Ah, pluguiese al cielo que fuese bajo la...! Mas ¿nos toca a nosotros, querida mía, dar leyes a la Providencia? ¿Sabemos nosotros cuáles son sus miras en orden a Charles Grandison? Acaso la felicidad de otras innumerables mujeres depende de él, en cuyo supuesto tu amor será como un interés particular comparado con el interés público.

Sin embargo no creas, amor mío, que he vivido demasiado tiempo para ser sensible a lo que te interesa. Aún soy capaz de tomar parte en tus placeres y penas. Tus últimas fatigas, siendo tan tierna y delicada como eres, me han causado dolores muy vivos, y aún mis ojos no cesan de testificar la sensibilidad de mi corazón, cuando hago algunas veces que me vuelvan a leer las crueles escenas en que has sido desventurada actriz, o las traigo a la memoria. Pero mi ánimo es el de confortarte contra impresiones demasiado fuertes para cuando se descubra un acontecimiento que está ahora oculto en el seno de la

Providencia, por si es contrario a nuestros deseos, como lo indican las apariencias.

Las dos cartas que has recibido exigen respuesta; mas como falta poco tiempo para el sábado, si escribes a tu tía, será lo mismo que si escribieses a ambas. El cielo guarde y colme de bendiciones a mi querida huérfana, como se lo pide continuamente su apasionada abuela

—Henrietta Shirley.

Carta XXXVIII
Harriet Byron a la señora Selby

Colnebrook, martes 7 de marzo.

Charlotte Grandison ha echado de ver mi confusión, mi turbación, no sé cómo llamarla. ¡Qué acusaciones, mi querida tía! *¡Combates manifiestos!* ¿Son pues tan manifiestos, señora? *¡Una pasión que nace... que crece visiblemente!* Pues aún no tiene toda su fuerza, permitidme que lo diga; y mientras que crece, ¿no se la podrá superar y vencer? Pero ¿he merecido la nota de afectada y reservada? Si la he merecido, mucho debo *a la compasión* de mi tío. ¿Y creéis, señora, que es imposible que antes de haberme conocido Grandison no haya visto mujeres a quienes pudiese amar? Yo quiero creerlo así; mas ¿se conforma con vuestra bondad convertir tan fuertemente contra mí la palabra *reconocimiento?*

Veo y conozco todo lo que hay de amable en la franqueza de milady D..., y admiro esta prenda con otras muchas que advierto en ella; pero ¿cómo hemos de conducirnos con esta señora? Esto es a lo que debo responder, excitada como lo soy por mi abuela y por vos a que me declare aún más francamente, aunque en dictamen de ambas hayan sido muy francas mis declaraciones, según a mí también me lo parecen, cuando pongo la vista en la expresión libre que mi abuela ha copiado en su carta. No obstante, me la perdona, la elogia y aun me anima a hablar. No es un deshonor, dice, para una joven amar a un hombre virtuoso, y añade que el amor es una pasión natural; mas me exhorta a no permitir que triunfe de mi razón, es decir, a que no ame sin estar segura de la correspondencia. Así que, yo puedo amar como quiera, cuando quiera y aun a quien quiera; pues si Grandison no se inclina a mí, se me exhorta a que no desista de casarme por ejemplo con milord D..., si tiene la bondad de solicitarme.

Muy bien; pero después de haber examinado enteramente mi corazón, ¿qué he advertido en él? Yo debo responder cuando se me insta a que *descorra la cortina* y a que me deje de *disimulos,* sin embargo de los cuales *penetraría mi corazón un principiante en amor.*

¿Me abriré enteramente? Yo debo hacer semejante confianza de personas tan respetables y amables *cuyos sentimientos se conforman con los míos.* Así pues, confieso que me es imposible dar oídos a ningún otro hombre, aunque no tengo ni aun la menor esperanza de ser correspondida. Yo me miro como una mujer presuntuosa y a él le tengo por demasiado superior a mí. Su caudal es inmenso, y aún espera tener más, y por lo que hace al mérito personal, ¿dónde se ha de encontrar una mujer digna de él? Además, en orden a las riquezas, vos juzgáis que la prudencia obliga a un hombre tan liberal y magnífico a tenerlas en consideración.

Por tanto, tened la bondad, mi amada tía, de decir en mi nombre a milady D..., según el dictamen de mi abuela, que creo su franqueza digna de toda la mía, que vuestra sobrina tenía absolutamente libre su corazón cuando vos se lo asegurasteis así, pero que los tiempos y las circunstancias se han mudado. Decidle que al principio me sentí obligada sólo por el agradecimiento; pero que habiéndoseme preguntado ahora sobre el estado de mi corazón he reconocido que mi agradecimiento se ha *exaltado* (no puedo decir *humillado* siendo su objeto tan digno) en otros sentimientos (decid en amor, pues que entiendo tan poco de disimular), y que por consiguiente la justicia no menos que mi inclinación no me permite pensar en ningún otro hombre. Declaradle que la bondad que ha tenido de honrarme con su visita me ha inspirado un tierno amor a ella, y que por sus respectos si no hubiera tenido que hacer ninguna objeción contra su hijo después de habernos visto y tratado con alguna familiaridad, y si hubiera estado mi corazón tan libre como lo estaba antes de sus proposiciones, habría podido darles la preferencia sobre todas las que se me habían hecho. Sin embargo, confieso que aprecio mucho la humilde y modesta perseverancia de Orme. ¡Cuánto no daría por verle casado con alguna amable y virtuosa mujer teniendo una vida dichosa y feliz!

En fin, decidle de mi parte a la condesa que me favorezca con su afecto y su amistad; pero que me haga al mismo tiempo la gracia de no hablarme nunca de su hijo hasta que se haya casado, ¡y ojalá tenga una suerte que satisfaga los deseos de tan digna madre! No se os olvide, mi querida tía, decirle también que por doce veces más de las 12.000 libras esterlinas de renta que me ofrece con su hijo, no le daría mi mano ni a él ni a ningún otro mientras que estuviese ocupado el puesto de mi corazón, por pocas que fuesen las apariencias de llegar yo a llamarme como el hombre que prefiero. Mas os suplico encarecidamente se haga esta declaración a la condesa encargándole el mayor sigilo. Además de las razones generales y respectivas a la delicadeza de nuestro sexo, ¿no es de temer que la familia en cuya compañía me hallo y que me profesa grande afecto, me aborreciese y acaso me despreciase por mi presunción? Esta sería una desgracia que

yo no podría soportar. Olvidad lo que acabo de escribir y perdonadme por esta debilidad que ha escrito mi pluma antes que yo la advirtiese.

En orden a mí misma, cualquiera que sea mi suerte, procuraré consolarme con algunos pasajes de las dos preciosas cartas que tengo a la vista. «Si amas, no tengas vergüenza de confesárnoslo, puesto que el objeto de tu amor es Charles Grandison.» «El amor es una pasión natural.» «Mi inclinación es loable por dirigirse a un sujeto tan cumplido por sus principios, por sus costumbres y su nacimiento, que puedo gloriarme de ella.» «Mi pasión es del linaje más puro.» «En cualquiera suposición, yo no debo caer de ánimo, porque mi amor sólo es como un interés particular comparado con el interés público.» ¡Cuán nobles instrucciones, mis dos queridas madres, que vuestra Harriet procurará seguir en toda su extensión!

Permítaseme quejarme al concluir de que se me dé el nombre de *huérfana.* ¿No me habéis tenido vos y mi tío como hija en lugar de los amables padres que me faltaron? Pues, padre mío, abuela mía, madre mía, continuad pidiendo al cielo que colme de bendiciones no a vuestra huérfana sino a vuestra verdadera hija, que se lisonjea de teneros el más tierno cariño y el mayor respeto.

—Harriet Byron-Shirley-Selby.

Carta XXXIX
Harriet Byron a Lucy Selby

Colnebrook, martes 7 de marzo.

Yo me hallo, querida Lucy, en el más feliz de todos los asilos; pero ¡cuán poco se asemejan mis sentimientos a los que tenía cuando entré en él la primera vez! ¡Cuáles fueron los latidos de mi corazón, cuando uno de los lacayos de Grandison que nos acompañaba a caballo, nos mostró por orden de las dos hermanas el lugar donde se encontraron los dos coches y comenzó el debate! Este solo recuerdo renovó mi espanto, mas ¿no debo a este terrible suceso la amistad de tan admirable familia?

En el camino se movió la conversación, como era regular, del viaje de Charles cuyo misterio se lisonjean las dos hermanas de saber por Everard Grandison, y con este motivo me contaron que en el convite del sábado aseguró Hargrave estaba resuelto a viajar uno o dos años, porque no podía permanecer en el reino sin verme, y creía tener alivio con su ausencia, en cuya ocasión prometieron Bagenhall y Merceda acompañarle. Pero lo que no te pasaría por la imaginación, querida, es que habiendo hablado Charles a sus convidados del arrepentimiento de Wilson y hécholes convenir en que la corrupción de un joven cuyas buenas prendas pueden hacerle útil, era una pérdida para la sociedad,

supo inducir a Hargrave a que prometiese 100 guineas para su matrimonio, Merceda movido de las mismas razones prometió 50, aunque Wilson no ha de recibir ambas cantidades hasta casarse con la joven con quien está contraído; y tomando Charles a su cargo la conclusión de este negocio para después de restituirse de Canterbury, ha ofrecido asimismo otra cantidad. Fuera de esto ha encargado, estimada Lucy, a sus hermanas que me hagan aprobar esta acción y me pregunten si se la perdonaba. ¡Ah!, a mí me parece demasiado bella y digna de él para que no la mire con admiración. Acuérdome de haberle oído decir que era necesario esforzarse a recompensar el mal mismo con el bien, y esto es conformarse en la práctica con sus propias máximas inspirando la bondad a los malos, precisando a sus enemigos a que le amen, apartando a un malvado de sus extravíos y haciéndole encontrar su felicidad en ser hombre honrado. Sí, yo le perdonaré tan nobles acciones. Pero yo me acuerdo también de que según la carta del pobre miserable de Wilson, le debo algún favor y no fue tan malo como pudo haber sido. Además, la joven de Paddington mostró compadecerse de mí. Por tanto, he resuelto añadir 50 guineas a las 50 de Merceda para hacerme ver a mí misma que soy capaz de seguir tan bello ejemplo. ¡Oh, querida Lucy! Yo me parezco tan pequeña entre esta excelente familia, que por valerme de una expresión de Hargrave, apenas puedo soportar mi propia bajeza.

De esta conversación pasamos a sus asuntos domésticos; pues yo hice se acordaran de lo que me habían prometido, y he aquí todas las particularidades que me han contado.

El caballero Thomas Grandison, su padre, era uno de los hombres más hermosos de Inglaterra, y tenía a la magnificencia una pasión que conservó toda su vida. Todos los placeres de la moda eran sus placeres, a excepción del juego que miraba con aversión; pero dio en otro exceso que se llamaba un vicio más noble. Se lisonjeaba de tener lo más bellos caballos del reino y los más bellos perros de caza, haciendo excesivos gastos en esto. Su padre, tan económico como su hijo, era pródigo, había empleado toda su vida en aumentar su caudal, y además de mucho dinero contante había heredado muchas bellas haciendas en Inglaterra y en Irlanda, de las cuales las primeras redituaban 6.000 libras al año y las segundas cerca de 2.000. La mujer del señor Thomas era de muy distinguido nacimiento, hermana de milord W... y la mejor de todas las mujeres. A mí me causó mucho placer el testimonio que con abundantes lágrimas dieron sus dos hijas en favor de su bondad y del mérito de ellas. Era imposible que el carácter de tan virtuosa madre no me recordase la mía, y así no pude menos de unir mis lágrimas a las que veía derramar. Emily Jervois lloró también no sólo por ternura y simpatía, sino también porque según nos confesó, no tiene las mismas razones para alegrarse de la

vida de su madre que las que tenemos nosotras para llorar la muerte de las que hemos perdido.

Lo demás que tengo que decir del señor Thomas Grandison no salió de la boca de ambas hermanas sino con intervalos y como con sentimiento. Yo no observé sin complacencia con cuánta lentitud y repugnancia me hablaron de sus defectos, y qué satisfacción por el contrario mostraban tener en celebrar sus buenas prendas. ¡Oh, amada Lucy! ¡Cuánta no hubieran tenido en extenderse sobre las alabanzas de un padre tan bueno y tan superior como el mío a toda especie de debilidades! ¡Cuán lisonjero es para los hijos virtuosos recordar las prendas de aquellos a quienes deben el ser!

Milady Grandison llevó un caudal considerable al matrimonio. Su marido tenía un sobresaliente talento para la poesía, con una pasión extremada a cultivarlo, y aunque heredero de muy grandes riquezas, debió a su persona y a sus versos la preferencia que le dio su mujer sobre un gran número de pretendientes. Sin embargo, no tenía tanto juicio como ella. El señor Thomas era poeta, y yo he oído decir que esta cualidad exige una ardiente imaginación que perjudica al juicio algunas veces. Milady no aceptó su mano sin el consentimiento de su familia; pero se me ha dado a entender que únicamente lo dio por complacerla en aprobar su elección. El vuelo o giro que tomó el señor Thomas cuando heredó los bienes de su padre, hizo creer a todo el mundo que era propio para disminuirlos.

No obstante, fue lo que se llama un buen marido. Su ingenio, su cultura y su ambición de pasar por el hombre más atento y cortesano de Inglaterra no le permitieron nunca dejar de serlo con su esposa; pero las prendas de esta merecía un hombre de los más tiernos y virtuosos. Sus oídos y sus ojos le habían causado grande ilusión. Una mujer que elige para marido un hombre admirado de todo el mundo, debe prometerse, si este no tiene tanta bondad como ella supone, que encontrará en él inclinaciones y deseos que no se conformen con los deberes domésticos. Milady Grandison hizo al principio grandes esfuerzos por que fuese apegado a su casa y hallase su felicidad en vivir con ella. Así que, el señor Thomas estuvo mucho tiempo vivamente apasionado de su esposa y parecía lisonjearse de tener una consorte de tanto mérito. Pero después de haberla llevado y presentado en todas partes, y que ella se vio en circunstancias en que una mujer comienza a pensar con más seriedad, volvió bien pronto a sus antiguos hábitos, y dejando a su cargo todo el manejo de los negocios para el cual no cesaba de alabar sus talentos, sólo estaba en su compañía una muy pequeña parte del verano y pasaba los cuatro meses del invierno en Londres, donde se hacía el protector general de las óperas, de los conciertos y de todas las diversiones públicas. En los primeros años de matrimonio se empeñaba con mucha eficacia en que

le acompañase en ellas su mujer, y esta aceptaba gustosa su convite por no dar a un hombre que estaba muy distraído ni aun el menor motivo para sacudir el yugo de las apariencias, a las cuales aún le tenía sujeto su orgullo; pero después, cuando le vio más frío en sus instancias y observó que su compañía le hacía prolongar su residencia en la corte aumentándose con esto considerablemente los gastos, halló razones para dispensarse de acompañarle, tanto más que teniendo entonces el señor Thomas los tres hijos que le quedaron, creyó que este estaría tan satisfecho como ella de verla dedicada tan sólo a los cuidados domésticos; y viendo milady Grandison que no podía persuadir a su marido a que se moderase en sus excesivos gastos, miró como uno de sus deberes emplear toda su habilidad para ponerle en estado de sostenerlos, pues sus hijos eran de tan corta edad que no exigía mucho tiempo su educación.

¡Qué madre, mi querida Lucy! ¿Y se dirá que las madres no son la parte más útil de las familias, cuando son apegadas a sus deberes y los maridos se olvidan de los suyos? El señor Thomas lo refería todo a sí mismo, y su esposa encontraba todas sus delicias en su marido y en sus hijos.

Sin embargo, esta virtuosa dama con la más prudente economía no tenía el corazón mezquino, y era amada y adorada de todos sus vecinos por su liberalidad. Su mesa era espléndida y admitía en ella a los más apreciables sujetos del cantón, tanto por obedecer a los impulsos de su alma generosa como por hacer honor a su marido. Siempre que dispensaba algún beneficio, lo hacía en nombre del señor Thomas, aun cuando hubiese estado muchos meses sin verle e ignorase el tiempo de su vuelta, como muchas veces sucedía. Únicamente aspiraba a tener el segundo lugar en el mérito, aunque tuviese derecho al primero.

—Yo no soy —decía— más que la limosnera del señor Thomas, con cuyas intenciones me conformo: lo que yo hago, lo haría él mismo, si estuviese aquí, y tal vez su buen corazón se extendería a más.

En cierta ocasión que se ausentó de ella por seis semanas, no se restituyó a su casa hasta pasados seis meses. Su ánimo al ponerse en camino únicamente era el de dar una vuelta a París; pero un compañero de su humor le indujo a hacer otros más largos viajes, y lo que parece increíble, no informó de esto a su mujer sino por mano ajena, ni le escribió de su propio puño una palabra en toda su ausencia. Sin embargo, a su vuelta afectó sorprenderla con una aparición repentina antes de saber ella que estaba en Inglaterra. ¡Insoportable vanidad! El señor Thomas se creía tan seguro de una terneza a que no era acreedor, que supuso que al momento el placer de volverle a ver le haría olvidar todas sus durezas. Después de la primera conmoción, pues ella le recibió con una verdadera alegría, le

preguntó si podía perdonarle.

—¡Perdonarte! Sí —le respondió—, si tú puedes perdonarte a ti mismo —Esta respuesta pareció al señor Thomas algo severa y tenía razón, porque era justa. La bondad de milady Grandison estaba apoyada en buenos principios sin ninguna mezcla de bajeza ni debilidad—. Deja esa seriedad —replicó ella abrazándole—: tu misma pregunta muestra que crees haber hecho alguna cosa digna de vituperio y reprensión. ¡No haberme escrito un renglón de tu puño en seis meses! Pero al fin te vuelvo a ver con perfecta salud y ya están olvidadas todas las inquietudes que me has causado. ¿Podré yo decir que he estado sin inquietud? Me compadezco de ti —añadió—, porque en tan larga ausencia has perdido infinitos placeres. Ven, o por mejor decir, tráiganse ahora mismo nuestros amables niños para que reciban la bendición de su padre. ¡Qué delicia ver la aurora de su razón! Sus progresos exceden a mis esperanzas. ¡De qué satisfacción te has privado con esas largas ausencias!

Charlotte me insta a que baje. Tenga paciencia algunos momentos. Lo bello y agradable del asunto me detiene y arrebata. ¡Quién no desearía, mi amada Lucy, verse en el lugar de esta mujer medio despreciada, de esta respetable madre, en una palabra de ser milady Grandison!

Una reflexión, Charlotte, no te pido tiempo más que para hacer antes de dejar la pluma una reflexión que sentiría se me olvidase. ¿Qué hombre en el mundo por joven y amigo que sea de la diversión y del deleite, podrá considerando en general la vida alegre y voluptuosa del señor Thomas Grandison proponerse ser más feliz que lo que este creería serlo? ¿Qué mujer por amante que sea del placer y de la distracción, considerando también toda la vida prudente, útil, pacífica y benéfica de milady Grandison, no ve en este imperfecto bosquejo todo lo que desearía ser ella misma, y la vana felicidad del uno y el sólido contento que no puede faltar a la otra así en esta vida como en la venidera?

Querida Charlotte, yo daría más fuerza y extensión a este pensamiento si tus instancias no fueran tan urgentes. Bajo, bajo.

Se me ha precisado, amada Lucy, a leer públicamente parte de lo que acababa de escribir.

—No tenemos duda —me dijo Charlotte— de que en tu carta hablarás de nosotras, y no creeremos que nos hace favor, si rehúsas leernos algunas cosa.

Después, con el tono imperioso que ella toma con tanta gracia, no exigió menos que el que yo le hiciese también la historia de mi familia, prometiéndome con esta condición continuar la de la suya.

Nosotras estábamos tomando té y milord L... se hallaba presente.

Considera, Lucy, con cuánta satisfacción me extendería yo sobre el carácter de mi padre y de mi madre, según se lo he oído pintar tantas veces a abuelita. ¡Agradable y lisonjero recuerdo! Pero ¿crees que no se me preguntaría también sobre circunstancias más recientes? Les causaron tanta complacencia mis relaciones que ya están con extremada impaciencia por conocer personalmente a la abuela, a tío George, a tía Marianna, a mi prima Lucy y al señor Deane mi padrino. Todo el mérito, querida, no se encierra únicamente en la familia de los Grandison. Si piensas que me he extendido con especialidad sobre la historia de una joven cuya prudencia ha triunfado del amor y que no se a ama a sí misma más que yo la amo, no te habrás engañado. Lo único que temo, Lucy, es que las dos hermanas te amen al presente más que a mí.

Antes de proseguir la historia de su familia te pregunto, querida mía, si no crees como yo que el cielo ha bendecido a estos felices hijos en consideración para con su excelente madre. ¿Quién sabe si no es esto una recompensa del respeto que tuvieron siempre a un padre cuya conducta parecía no merecer tanto? Según lo que yo alcanzo, las obligaciones son recíprocas y la omisión de uno en el cumplimiento de sus deberes no dispensa a otro de los suyos. Es difícil a la verdad tener el mismo afecto a los padres viciosos que a los que nos dan ejemplos de bondad y virtud; pero el respeto no es menos indispensable, y el desempeño de este deber da acaso tanto más derecho a la recompensa cuanto menos han cumplido sus padres con sus propias obligaciones, prescindiendo de otra consideración que me parece digna de tenerse presente, y es que un hijo virtuoso no saca menor utilidad de los malos ejemplos que de los buenos, lo cual creo muy bien comprobado en Charles Grandison por los de su padre y de su madre.

Milady Grandison no tuvo el dichoso fin que merecían sus muchas virtudes. Habiéndose despedido de ella su esposo sólo por algunos días, se le condujo a su casa una hora después herido mortalmente en un duelo. La sorpresa y el dolor que le causó tal vista, la pusieron en un estado fatal de que jamás se restableció en un todo. Su constitución quedó tan alterada con continuos desvanecimientos, pesares y temores que duraron hasta mucho tiempo después de mejorado el señor Thomas, que habiéndose debilitado y consumido en cerca de un año murió en la flor de su edad, sentida muy amargamente de su marido que se echaba en cara haber llevado al sepulcro a la mejor de todas las mujeres, y llorada tiernamente de sus hijos, aunque eran demasiado jóvenes para conocer todo lo grande de su pérdida.

De paso se me advirtió que este recuerdo no ha contribuido poco para corroborar a Charles en sus principios de religión y de honor que le han hecho concebir tan justo horror a los duelos. Milady, que me hacía esta relación, añadió una pintura muy patética de los últimos

instantes de su madre, y en especial de las tiernas instancias con que su inquietud y afecto a sus hijas le hicieron suplicar encarecidamente a su hijo que concibiese respecto a sus dos hermanas todos los sentimientos que la muerte iba a extinguir en el corazón de su madre.

—Siendo Charles tan bondadoso —prosiguió milady—, no había necesidad de que se le hiciesen instancias en nuestro favor; pero está tan distante de haber olvidado las exhortaciones de una madre moribunda, que algunas veces parece tiene un delicioso placer en recordárnoslas; y si algo ha podido consolarnos en la pérdida de las dos amables personas a quienes debemos el ser, ha sido el haber encontrado a la una y a la otra en el más amable de todos los hermanos.

La muerte de milady Grandison causó a Charles un dolor inconsolable. Tenía a su padre grande afecto, pero profesaba más tierno amor a su madre. El señor Thomas, que no tenía otro hijo, le amaba vivamente a pesar del poco cuidado que había tenido hasta entonces de su educación, y su alegría fue extremada al ver que había reparado muy felizmente su negligencia el celo de su mujer, proveyendo de todos los maestros necesarios al heredero de su apellido y de sus facultades. Habiendo caído Charles en una profunda melancolía que el tiempo no le curaba, apenas esperó su padre a que tuviese diez y siete años para hacerle viajar. Le dio por ayo a un oficial antiguo que había servido bajo las órdenes del general W…, hermano de milord W…, y mil guineas de pensión para sus gastos.

Milady W…, tía de Charles, quiso llevarse consigo a sus dos sobrinas y se encargó de su educación; pero habiéndosela robado la muerte cerca de dos años después de la de su madre, volvieron a casa de su padre, quien ya se había consolado de su pérdida y no estaba menos restablecido de sus heridas. Introdujo en su casa con la cualidad de aya de sus hijas a una mujer llamada la señora Oldham, viuda de uno de sus antiguos amigos cuyo caudal no había resistido como el suyo a las disipaciones que inconsideradamente habían hecho ambos. Paréceme que puede aplicarse a los desperdicios de un caudal mediano lo que me acuerdo haber oído decir de los temperamentos débiles: esto es, que deben temer mezclarse en sus excesos con los de una constitución más fuerte, porque los excesos que no hacen más que quebrantar a esta causan por común la total ruina de aquellos.

La señora Oldham tenía prendas estimables, como por ejemplo una grande inteligencia en los negocios domésticos, y merecía haber sido más feliz en su matrimonio. Sus jóvenes discípulas, que habían recibido principios de buen gobierno y economía en una escuela aún más perfecta, tuvieron nuevo aprovechamiento con sus instrucciones; pero me han dicho, aunque con suma repugnancia y como una cosa que no puedo ignorar mucho tiempo si continúo frecuentando su casa,

que el señor Thomas mostró a esta mujer su reconocimiento por medios que le costaron su reputación. En una palabra, la señora Oldham se vio precisada a refugiarse en Londres y a estar aquí algo más de un año.

Caroline era entonces de cerca de diez y nueve años y su hermana de diez y seis, y ambas tuvieron bastante firmeza para oponerse a que volviera a su casa un aya que no necesitaban en su edad. Así pues, las dos tomaron a su cargo los cuidados domésticos en la hacienda principal de su padre, que es la de Hampshire; pero el señor Thomas tenía una muy bella en Essex, adonde se llevó a la señor Oldham, y durante algún tiempo todo el mundo estuvo persuadido a que estaban casados. La señora Oldham era hermosa y de ilustre nacimiento, y aunque tuvo la desgracia de dejarse seducir por los presentes y artificios del señor Thomas, su reputación se había conservado sin mancha antes que se hubiese encargado de la educación de sus hijas. El señor Thomas sintió vivamente la oposición que hicieron estas a recibirla, pues se había figurado que eran muy secretas las causas de su ausencia, porque deseaba que lo fuesen; pero en realidad eran el platillo de todas las conversaciones. Esta mujer vive todavía y tiene del señor Thomas dos hijos que viven también además de otro del señor Oldham. Ambas hermanas me han prometido referirme otras circunstancias de su historia cuando lleguen a la de su hermano.

El señor Thomas se abandonó a sus antiguos placeres, y habiéndose corroborado con el hábito su pasión a ellos llegó a ser esclavo de lo que llamaba su libertad. La señor Oldham no era la única a quien trataba con intimidad; pues tenía asimismo en Londres otra dama tan apasionada como él a las vanas diversiones y que aun tomó su apellido. Sin embargo, de cuando en cuando hacía un viaje a la quinta de Grandison, afectando siempre llegar a ella sin que se le esperase; pero aunque esta hacienda había sido en otros tiempos su delicia, se detenía poco en ella por no encontrar ningún placer, y cuando la dejaba, parecía fuga su partida. No obstante, ningún padre tuvo más justo motivo para vanagloriarse de la conducta y respeto de sus hijas, como él mismo lo decía lisonjeándose de esto en su ausencia; mas delante de ellas nunca cesaba de quejarse y regañar, teniendo siempre algo que vituperarlas.

Lo que sorprendió y afligió mucho a las dos hermanas fue que se les vedase toda correspondencia con Charles, que entonces estaba en sus viajes. En virtud de la prohibición, no podían escribirle ni contestar a sus cartas, y habiendo dejado su hermano al mismo tiempo de escribirles creyeron que se le había impuesto el mismo mandato, cuya sospecha confirmó después la serie de los sucesos. Esta conducta sólo se podía atribuir al temor que tendría su padre de que el olvido de sí mismo fuese el asunto de sus cartas, mayormente cuando se

deterioraba mucho su caudal con sus profusiones. No obstante, las dos hermanas continuaron escribiendo, sobre lo cual Charlotte, que me hacía esta relación, me confesó con su acostumbrada viveza que jamás había sido capaz de someterse a órdenes que ofendían la razón y la naturaleza, preguntándome entonces cuál era mi modo de pensar sobre este punto y suplicándome también la condesa que les dijese mi parecer.

—Temo —les dije— la parcialidad de hijos sobre tan delicado particular. Si ellos se hacen sus propios jueces para sentenciar sobre la naturaleza y diversidad de las obligaciones, ¿no es de temer que escuchen más bien su inclinación que su razón?

—Pero, querida Harriet —replicó Charlotte—; ¿no hubieras tú escrito en iguales circunstancias?

—Paréceme —respondí— que no lo habría hecho, aunque no hubiese sido más que por la razón de que hubiera creído se había dado a mi hermano la misma orden, y violándola me hubiera declarado desobediente sin sacar de esto ningún fruto; o si mi hermano me hubiese contestado, le hubiera hecho incurrir en el mismo yerro.

Charlotte pretendió que este pensamiento no era más que una sutileza política y que yo no sería capaz de sostener en su presencia que un mandato contrario a la naturaleza... —Aquí se detuvo mirándome, pero sus ojos me excitaban a hablar.

—El mandato —le dije— me hubiera parecido duro; mas por lo mismo hubiera creído contraer mayor mérito con someterme a él, y acaso habría supuesto a mi padre razones que yo no alcanzaba. Pero hacedme, amigas mías, el favor de decirme, ¿qué hizo el señor Charles?

—Charles —me respondieron ambas— obedeció sin réplica.

—Pues perdonadme —dije—; pero me parece que sobre un punto de mi obligación, aunque hubiese sido más dudoso, habría tenido algún pesar de que mi hermano se hubiera mostrado más escrupuloso y delicado que yo.

Charlotte alabó esta reflexión y me dijo:

—Que tu doctrina sea justa que no lo sea, estamos acordes sobre este último punto.

La prohibición de su padre las afligía tanto más que podía echar en el ánimo de Charles los cimientos de una frialdad y de una indiferencia que los últimos razonamientos de milady Grandison hacían temer; pues esta respetable madre les había hecho prever un tiempo en que podrían necesitar del afecto y favor de su hermano. Además, este al partir les había prometido escribirles una relación seguida y circunstanciada de sus viajes con sus observaciones sobre todos los lugares que se había propuesto visitar, y ya había comenzado

a cumplir su promesa habiéndoles pedido al mismo tiempo algunas noticias tocantes a su ayo y a las cuales por varios motivos aún no habían podido responder.

Así pues, se vieron en precisión de preguntar muchas veces a su padre por un sujeto de quien no esperaban saber por ningún otro conducto, y él les respondía lleno de complacencia y a veces con lágrimas en los ojos que tenía un excelente hijo, un hijo noble, virtuoso y digno de sus antepasados. En todas las conversaciones y tertulias se gloriaba de ser padre de un hijo como el suyo; pero cierto día milord W…, que después de la muerte de su esposa se había abandonado paladinamente a vicios que hasta entonces sólo se habían sospechado en él (en este siglo, querida mía, son muy raras las personas virtuosas), respondió a algunos amigos que extrañaban tuviese el señor Thomas ausente tantos años a su hijo, que no era necesario buscar más razón que la diferencia de costumbres entre el uno y el otro, y que el primero no era capaz de soportar el paralelo. El señor Thomas se había familiarizado de tal manera con el vicio, que tomaba sus mismos excesos por asunto de burla y chanza entre sus amigos. Sin embargo, añadía algunas veces que tenía ánimo de adoptar una conducta más arreglada y que entonces llamaría a su hijo; pero siendo vanas todos los años sus resoluciones, no vivió bastante para llevar a efecto su propuesta mudanza.

No obstante, un acontecimiento que debía mirar como un aviso del cielo le hizo al parecer pensar más seriamente en su reforma. La señora Farnborough, que era la segunda dama que tenía en Londres, fue arrebatada en medio de sus placeres por una muerte repentina, lo cual hizo tanta impresión en él que abandonó la corte, se fue a vivir retirado con sus dos hijas, habló de llamar a su hijo y en algunos meses se condujo como el hombre de honor y de talento por que estaba reputado. En este intervalo se restituyó milord L… de sus viajes y trajo al señor Thomas algunos presentes de su hijo, quien siempre se había aprovechado de la ocasión de enviarle varias curiosidades de los países extranjeros como un testimonio de su respeto y del buen empleo que hacía de su pensión. El señor Thomas se apasionó tanto de milord L…, verosímilmente por el placer que le causaba oírle hablar de su hijo, que le instó a que se detuviese algún tiempo en la quinta de Grandison.

Este joven caballero consintió en ello, pero durante la mansión de algunas semanas no pudo resistir a los atractivos de la mayor de las dos hijas. Así pues, le declaró sus sentimientos y ella se remitió sobre este punto a lo que dispusiese su padre. Al señor Thomas no pudo ocultarse su recíproca inclinación, pues estaba manifiesta a todos. La de milord era vehemente y sus intenciones eran muy honradas para que deseara se ignorase. No obstante, el señor Thomas quiso darse por

desentendido, y no siendo menos atento que antes con Milord, dio tiempo para que se inflamase más la pasión de su hija, y por otro capricho frustró muchas ocasiones que el joven amante había proporcionado para declararle sus intenciones.

En fin, Milord le pidió un rato de conversación a solas para tratar de un negocio que llamó importante, y no lo obtuvo hasta después de varias dilaciones y de algunas señales de repugnancia que no eran feliz presagio. Mas al fin habiéndolo conseguido, este negocio importante se redujo a la declaración de su amor. El señor Thomas le preguntó inmediatamente si se había abierto con su hija, no obstante de que si se ha de estar a la festiva relación que hace Charlotte de esta aventura, era imposible que no hubiese conocido en todas las horas del día el estado del corazón de ambos por mil circunstancias que descubren y venden a los amantes. Milord le confesó que no ignoraba sus sentimientos, y que habiendo pedido a la señorita Caroline el permiso de declarárselos a su padre, se remitía ella enteramente a su voluntad. El señor Thomas pareció confuso y su respuesta fue extravagante.

»—Quisiera —dijo— que no habría sido Milord quien hubiese inspirado esas necias ideas a mi hija. Tengo dos ¿y quieren comenzar a ser el asunto de otras tantas novelas? Hasta ahora han sido muy modestas, y yo no soy de parecer de dejar tan pronto a las jóvenes el cuidado de pensar en su propia felicidad. ¡Cuántas doncellas sencillas y pacíficas han perdido la cabeza en la edad de mis hijas, por haber pasado algunos días con un hombre! No alcanzo por qué los jóvenes aventureros se meten a descubrir en las hijas ajenas cualidades que sus propios padres aún no han tenido tiempo de advertir; pero me lisonjeo a lo menos de que una hija mía no habrá contribuido por sí misma a este descubrimiento.

¿Qué piensas, querida mía, de un padre como el señor Thomas? ¿No es cosa graciosa que habiendo vivido como era notorio, creyese deber usar de semejante lenguaje?

»—A la verdad, milord —continuó—, no puedo tolerar el pensamiento de casar a ninguna de mis hijas, las cuales no se han criado en el terruño ardiente de Londres. Ambas son dos niñas que sólo se han instruido en mis haciendas en el gobierno doméstico, y no gusto de que las doncellas piensen en casarse antes de tener toda su estatura. Una casa demasiado joven hace una madre hipocondríaca. No me acuerdo muy bien de su edad; pero aún distan mucho de los veinte y seis o veinte y ocho años, que me parecen la edad conveniente para las jóvenes discretas y modestas.

Milord se sorprendió sobremanera y no sin razón. El señor Thomas había olvidado, según la advertencia de Caroline, que no le había parecido la señorita W… de diez y siete años demasiado joven para

hacerla milady Grandison.

Milord era un caballero muy prudente. Pedía como por favor una joven por quien estaba perdido, y esta súplica la hacía al padre de su querida que era un hombre de mundo, que había mucho tiempo hacía un papel considerable, y que no tenía para rehusar su hija más razones que las que hubiera siempre tenido, si hubiese vivido bastante para verla de cuarenta años. Sin embargo, Milord sólo hizo presente su pasión y las excelentes prendas de la señorita Caroline, a la cual había tenido tiempo de conocer bien. Habló modestamente de las suyas y de la estrecha amistad que había tenido con su hijo, sin tocar absolutamente nada de su familia ni de sus enlaces que otro amante de la misma clase no hubiera olvidado. Acaso había visto que el señor Thomas estaba lleno de orgullo por sus antepasados; pues se le oía algunas veces decir que su bisabuelo en el reinado de Jacobo I había echado una mancha en su apellido con aceptar el título de caballero barón.

El señor Thomas concedió alguna cosa por respetos de la amistad que Milord tenía con su hijo, protestando que no daría ningún paso en asunto de tanta importancia para su familia sin haberle consultado. Milord pidió que se dejasen sus proposiciones al arbitrio de Charles y el señor Thomas le interrumpió.

»—Hacedme, milord, la gracia de decirme qué dote esperáis con mi hija. Cualesquiera que sean vuestros sentimientos tocante a ella, supongo que con la correspondencia de los suyos de que al parecer estáis seguro, no quedaréis satisfecho. ¿Puede ella llegar a ser condesa sin una maldita y abominable cáfila de vestidos y otros mil adornos para hacer contrapeso en la balanza?

»—Mi situación —respondió el tierno escocés— no me permite hacer a mi amor los sacrificios que mi corazón le haría alborozado en otras circunstancias; pero yo os expondré sinceramente el estado de mi caudal y me someteré sobre esto a vuestro generoso corazón.

El señor Thomas celebró esta respuesta; mas añadió que los padres que sabían de mundo gustaban sobremanera de sacar algún provecho de un conocimiento que les había costado tan caro; que él no sentiría ver alargarse un poco la novela con un hombre que pretendía a su hija, aunque podría no tener la misma complacencia tratándose de la hija de otro para su hijo; y en fin, que todos los padres pensaban del mismo modo, aunque no todos tenían un corazón bastante franco para hacer semejante confesión.

»—Estoy seguro —le dijo Milord— de que no creeréis digno de vuestra hija a un hombre que no tenga otra mira que la de satisfacer sus propios deseos, ni ningún reparo en exponer a una joven a embarazos e inconvenientes que no ha experimentado en casa de su padre.

»—Muy bien —respondió el señor Thomas—: ambos seríamos capaces de hacer un elocuente e ingenioso cumplimiento, cuando no se tratase más que de cortesía y urbanidad; pero yo gozo de perfecta salud y mi divorcio del mundo no ha sido tan absoluto que esté dispuesto a sacrificar mi felicidad por la de mis hijas. Contad, milord, con que aún me queda una fuerte inclinación a los placeres. Mis hijas pueden ser casaderas, y parece que vos lo habéis conocido y se lo habéis hecho conocer a una de ellas, de donde infiero que la otra no se creerá muy atrasada, por tener tres años menos, cuyo favor que debo a vuestro amor; pero como yo no sentiré vivir algún tiempo más para mí mismo, os suplico que desistáis de vuestro intento y me dejéis el gobierno y la dirección de mis hijas. Tengo ánimo de llevarlas el invierno próximo a Londres, donde abrirán los ojos, verán si algunos les agradan y si ellas agradan a algunos, y así por lo menos no se expondrán al arrepentimiento de haber admitido el primer hombre que se les presentó.

El señor Thomas rompió aquí la conversación sin atender al pesar de Milord, que sentía justamente tener que pelear con un hombre de ingenio más bien que con un hombre de juicio y de razón. Entró en su gabinete y habiendo llamado al punto a sus dos hijas, les dio mucha cantaleta, aunque sin severidad, sobre lo que llamaba malignamente *sus descubrimientos,* y sobre haber revelado este secreto a Milord sin haber tenido fuerza para guardarle dos o tres días en su presencia. Caroline sintió al retirarse que tenía su corazón enternecido, tanto quizá por las reprensiones de su padre como por el generoso afecto de Milord.

El joven amante escribió inmediatamente a Charles para persuadirle a que aprobase sus sentimientos, y Milady, que sabe como su hermana qué uso hago yo de su confianza, me permitió copiar la respuesta de su hermano.

«Amigo mío: jamás un hermano ha tenido más tierno afecto que yo a sus hermanas, y por lo mismo he sabido con extremado placer que tú se lo profesas asimismo a la mayor de ellas. En verdad, de mi parte no tendrás que experimentar ningunos obstáculos; pero ¿quién soy yo en esta ocasión? Mi hermana está en la absoluta dependencia de mi padre como lo estoy yo mismo. La consideración que muestra tener para conmigo me causa suma extrañeza, y me obliga con doble motivo a profesarle el mayor respeto. Sería querer aprovecharme demasiado de su bondad darle mi respetuoso parecer antes que haya gustado de pedírmelo. Si lo hace, está seguro, milord, de que supuesta una loable correspondencia de mi hermana, será tan favorable a ti como lo es grande y tierna la estimación que te profeso. Queda a tus órdenes, etc.»

Una carta en que mostraba Charles tan vivo afecto a sus dos

hermanas, las complació tanto más que ya empezaban a temer se hubiese entibiado con la prohibición de su padre.

Yo no te referiré el pormenor de otra conversación sobre el mismo asunto entre Milord y el señor Thomas, aunque lo tengo a la vista de la mano misma de Milord, que lo escribió inmediatamente para comunicárselo a Caroline dejando a su arbitrio la decisión de su suerte; pues acaso no tendría en el papel la gracia que ha tenido para mí en una relación delicadamente sostenida por los gestos de los ojos y del semblante. Añadiré solamente que apenas hubo milord comenzado a explicarse, cuando el señor Thomas le preguntó francamente cuál era el estado de su caudal; y Milord respondió de buena fe que pagaba el interés de un capital de 15.000 libras por la parte que habían heredado sus hermanas, de las cuales aunque tres eran solteras, esperaba casar prontamente a dos muy bien, y que después de haberles pagado su dote, como procuraba poderlo hacer mediante una grande economía, no le quedaría más que satisfacer una deuda de 4.000 libras que le había dejado su padre, para gozar pacíficamente de una renta líquida y segura que ascendería a 5.000.

»—Mi parecer es —le dijo el barón— que no debéis pensar en el matrimonio hasta haber desempeñado enteramente vuestro caudal. Habiendo casado a dos de vuestras hermanas os quedará por pagar el interés de 5.000 libras a la otra y sin duda aún el de 4.000 de deudas, mientras no las satisfagáis. Vos os olvidáis de que las personas de título como vos no se casan sin aumentar sus gastos, aunque no sea más que en nuevos coches, en joyas, en alhajas, en muebles y en todo lo demás a que obliga la ostentación. En una palabra, en la situación en que os halláis no puedo daros mi hija, y os aconsejo retardéis el casaros algunos años a no ser que se os presente alguna viuda o soltera rica que pueda de una vez desempeñaros enteramente.

Esta respuesta fue lo único que dijo el señor Thomas con formalidad, como si fuese una resolución que nada podría hacerla variar. Todo lo demás fue una serie cruel de burlas y bufonadas, y en vano Milord, que conocía el motivo de la repulsa, le ofreció admitir a su hija sin dote dejándolo todo al tiempo y a su voluntad; pues al fin se le echó en cara su obstinación con expresiones tan duras que por no exasperar más a un hombre de quien esperaba su felicidad, determinó retirarse protestándole no obstante que nunca dejaría de amar a la señorita Caroline ni de hacer todos sus esfuerzos por conservar su afecto.

Estas palabras picaron al señor Thomas, quien las tuvo por una amenaza. Hizo llamar a sus dos hijas, y les prohibió rigurosamente admitir los obsequios de Milord ni de cualquiera otro hombre que les hablase de matrimonio o amor; pero en un momento que Milord había tenido para despedirse de ellas, había renovado todas las promesas

que se reputan entre los amantes por juramentos sagrados, y Caroline no se había obligado menos con los suyas. Después, mientras que el señor Thomas imponía este precepto a sus hijas, el temor de irritarle volviendo a ponerse en su presencia obligó a Milord a despedirse de él por medio de un billete muy atento, y partió inmediatamente con pretextos que ocultaron a los criados lo sustancial de esta escena.

A la hora de comer hizo pedir Caroline el permiso de estarse en su cuarto, mas no se atendieron sus excusas. ¿No te compadeces de ella, mi querida Lucy, en esta triste situación? Había visto partir a su amante y sólo le quedaba la incertidumbre de volverle a ver. Su hermana le dijo que si hubiese estado en su lugar le habría sido difícil dejarle partir solo, aunque no hubiera sido más que por evitar el tormento de una sesión con un padre que tenía una vena tan satírica y parecía demasiado acostumbrado a ver lágrimas de mujeres para compadecerse de ellas.

—Por lo que a mí hace —dijo Caroline—, confieso que en este pasaje me impacienté sobremanera para oír bien lo que pasó durante la comida; pero Charlotte se hizo cargo de satisfacer mi curiosidad.

—Esta narración me corresponde a mí —dijo—, porque yo sólo era espectadora y los actores eran mi padre y mi hermana.

—¡Cruel escena! —exclamó la condesa— Creo que Harriet no extrañará haga yo más aprecio en mi marido de la prenda de hombre sensato que de la de hombre de ingenio.

He aquí la relación de Charlotte.

—Yo me encargué de dar a mi padre las excusas de Caroline y tuve que subir con la orden y tuve que subir con la orden absoluta de que bajase.

»—¡Oh, amada madre! —exclamó Caroline cuando se vio precisada a bajar, ¡cuánto echo de menos vuestra dulce mediación! Pero, Charlotte, yo no puedo andar ni mantenerme en pie.

»—Yo te ayudaré a sostenerte —le respondí—, y tú harás tus esfuerzos por ir arrastrando: el amor va por el suelo, según se dice, cuando no puede andar.

—Acuérdome de que Caroline me trató de perversa, pero yo no dije esto sino por hacerla reír y animarla un poco: bien vio que tenía mis ojos arrasados en lágrimas.

—Tú temías —le respondió con mucha gracia Caroline— lo que podía sucederte a ti misma.

—Bien lo creo —replicó Charlotte—, pues me parece que las penas de otros por más que las sintamos, no nos llegan nunca a lo vivo.

Yo hice también mi reflexión.

—Un corazón compasivo —dije a las dos hermanas— es un verdadero presente del cielo, aunque está expuesto a muchos pesares; pero la vida sería insoportable si nosotros sintiésemos tan vivamente

los ajenos como los nuestros. ¡Qué fortuna fue para Charlotte sentirse capaz de reír, cuando las lecciones de su padre no se dirigían menos a ella que a su hermana!

—Muy bien —me respondió—: cuenta con que yo me desquitaré. Pero vuelvo a tomar el hilo de mi relación.

»Caroline siguió mi consejo y se apoyó sobre mí para bajar como mejor pudiese la escalera. Una nueva copia de lágrimas derramó la pobre, luego que llegó a la puerta de la sala de comer. Temblaba como un azogado, y habiéndose sentado en la entrada me dijo que no podía pasar adelante; mas inmediatamente se oyó una voz bien desapacible a la que sabemos es forzoso obedecer.

»—¿Dónde están mis hijas? Caroline, Charlotte, ¿no sois vosotras las que he oído bajar?

»El ama de llaves, que estaba en la repostería, fue corriendo a decirnos:

»—Señoritas, señoritas, por las dos pregunta vuestro papá.

»Y nosotras, a pesar de la debilidad de la una y de la repugnancia de la otra sentimos entonces ágiles nuestras piernas y entramos en la sala yendo mi hermana apoyada sobre mi brazo.

»El primer recibimiento de mi padre fue de un hombre admirado.

»—¿Qué diablo de espectáculo es este? ¿Qué pasos de tragedia son estos? ¿Qué afectado andar es ese? Las mujeres son naturalmente cómicas, pero ya es demasiado tarde, Caroline. La pieza se ha concluido y ese papel está de más.

»—¡Señor! —dijo mi hermana con un sollozo, alzando las dos manos y juntándolas con un aire lastimoso.

»Yo lloré por ella, y por mí misma, si le parece a Harriet, teniendo presente otro caso igual aunque remoto.

»Mi padre prosiguió.

»—Tú estarás encargada del prólogo, Caroline, y creo que Charlotte tendrá prevenido también su papel. Ya es tiempo de que se concluya esta farsa: tomad ambas asiento; creedme: no seáis necias.

»El consejo era admirable, cuando él nos hacía lo que nos vituperaba ser. Sin embargo, habiendo entrado los criados con la comida tosimos, nos enjugamos los ojos, nos echamos la una a la otra algunas miradas a hurtadillas y nos sentamos a la mesa. Tomamos nuestras cucharas y nuestros tenedores, y los volvimos a poner en su lugar y después a tomarlos cuando mi padre puso la vista en nosotras. Los alimentos no pasaban de la extremidad de los labios, y como estábamos juntas, se ejercitaban nuestros ojos más que nuestros dientes. El amor estaba como detenido en el gaznate de mi desventurada hermana, y ella hacía esfuerzos por tragar con la fatiga que se padece en una esquinencia o angina. En sus contorsiones se conocía la dificultad que costaba a la comida el abrirse paso, y lo que

aumentaba su embarazo, como lo puedo asegurar por lo que a mí me sucedió, eran dos ojos los más perspicaces que se han visto jamás en cabeza de hombre y principalmente de un padre, que nos clavaban alternativamente, y que con los movimientos de sus cejas que arrugaba de cuando en cuando nos hacían temblar. Las dos pobres criaturas no tenían allí ni madre ni tía que las animase. Sin embargo, aún temían más el fin de la comida y la idea de los criados que las amaban. Los que servían a la mesa prestaban atención con el semblante muy triste y los ojos bajos, y se hubieron de alegrar cuando se les dio licencia para retirarse.

»Entonces Caroline se levantó de su silla, hizo una cortesía muy desgraciada con los brazos cruzados por delante y con el aire propio de una niña que aún va a casa de la maestra, y se fue hacia la puerta. Mi padre le dejó hacer las debidas ceremonias y yo me levanté también para seguirla; mas cuando estaba para salir la llamó, y oso decir que no la dejó ir hasta tan lejos sino por tener la complacencia de ver su confusión mayormente a su vuelta.

»—¿Quién te manda salir, Caroline? —le dijo— ¿Adónde vas? Vuelve, Charlotte. Pero he aquí lo que sucede siempre: la compañía de un padre es fastidiosa, cuando se mete el amor en la cabeza: excelente motivo para aprobar una pasión que no le deja más que el segundo o tercer lugar en el afecto de sus hijas después de haber tenido en él el primero. Muy afortunado seré si mis hijas no me miran al fin como su enemigo. Volved las dos, os digo.

»Nosotras nos habíamos detenido, cuando él había comenzado a hablar, y fue necesario retroceder con tanta turbación como la que habíamos tenido al irnos.

»—Sentaos —nos dijo, y nosotras permanecimos delante de él con los brazos cruzados como dos tontas—. Sentaos, pues que os lo mando —repitió—: ambas sois en extremo humildes: tengo que hablaros —Y las dos bobas volvieron a tomar sus asientos.

Al llegar aquí, me dijo Charlotte que no podía continuar esta parte de su narración sin ponerla en un diálogo, y que para hacerme conocer los interlocutores tomaría el tono de cada uno, es decir, un tono humilde para su hermana, un tonto menos modesto para ella misma y un tono imperioso para su padre, lo cual hizo en efecto de un modo muy gracioso; mas para suplir esta variedad anticiparé yo el nombre de cada uno a lo que ella le hace decir.

Señor Thomas. ¿Cómo se ha despedido de ti Milord, Caroline? Para mí ha dejado un billete. ¿Te ha escrito a ti también? Pienso que no habrá creído deberse despedir de ti de boca, cuando se ha dispensado de hacerlo así conmigo.

Charlotte. Creyó, señor, que estabais muy irritado contra él. *(La pobre Caroline no estaba todavía prevenida para responder.)*

Señor Thomas. Y no creyó que tu hermana lo estaba. Muy bien. ¿Cómo se despidió de ti, Caroline? A ti te hablo, muchacha, mujer, demonio, pues no sé qué nombre darte.

Charlotte. Me atrevo a deciros, señor, que Milord no tuvo ánimo de ofenderos.

Señor Thomas. Yo no gusto de que tú me interrumpas, niña. Es con tu hermana con quien hablo, y así no me digas ni una palabra más. Ten la cabeza derecha, Caroline, y déjate de contorsiones y de gestos. Haya en tu corazón alguna más inocencia y habrá menos confusión en tu rostro. Veo qué liga habéis formado las dos y ella me hace prometerme bellísimas resultas para lo sucesivo. Pero dime, Caroline, ¿quieres tú a Milord? ¿Le has prometido ser suya, cuando llegues a hacer ceder a un padre fastidioso, o lo que sin duda te agradaría más, cuando la muerte te libre de él? Todos los padres son unos hombres crueles en no pensado como sus imprudentes hijas respecto a sus amantes. ¿Me respondes, Caroline?

Caroline. (Llorando por tan duras expresiones.) ¿Qué he decir, señor, sin tener la desgracia de disgustaros?

Señor Thomas. ¿Qué has de decir? Di que pierdes a tu padre el respeto y la obediencia que debes tenerle. ¿Sería contraria esta respuesta a tus sentimientos?

Caroline. Yo me lisonjeo, señor...

Señor Thomas. Yo me lisonjeo de ello también; mas esto no basta. Una hija debe explicarse con más claridad y verdad. ¿No puedes tú responder según lo que te dicta tu corazón?

Caroline. Paréceme, señor, que no tenéis a Milord por un hombre sin mérito.

Señor Thomas. Yo no formo mejor concepto de un hombre por haber hecho olvidar su deber a mis hijas y haberlas hecho parecer unas necias delante de su padre.

Caroline. Puede suceder, señor, que yo parezca delante de vos una necia, mas yo no os falto en nada al debido respeto. El temor que me causáis me hiela: yo no tengo ánimo para soportar vuestra presencia, cuando os mostráis irritado contra mí.

Señor Thomas. Dime que has roto con Milord, como te lo he mandado: dime que jamás volverás a verle, si puedes evitarlo: dime que no le escribirás.

Caroline. Perdonad, señor, si me tomo la libertad de haceros presente que Milord se ha conducido siempre respetuosamente conmigo y que respeta también a mi padre. ¿Cómo he de poder yo mostrar que le aborrezco y desprecio?

Señor Thomas. ¡Bueno va el óleo! Prosigue, Caroline, y tú, Charlotte, aprovéchate de la lección que vas a recibir de tu hermana mayor.

Charlotte. A la verdad, señor, puedo salir por fiadora del buen corazón de mi hermana y del respeto que os tiene.

Señor Thomas. Muy bien: tú, Caroline, sal también por fiadora del buen corazón de Charlotte: una buena oferta merece otra. Sin embargo, niñas mías, después de todos los testimonios que podéis daros recíprocamente en vuestro favor, yo pretendo ser el juez de vuestros dos corazones y contad con que yo no me atengo más que a los hechos. ¿Sabes tú, Caroline, si tu hermana Charlotte tiene alguna intriga que te sirva para acalorarte en la tuya?

Caroline. Me atrevo a deciros que mi hermana no es capaz de faltar a lo que os debe.

Señor Thomas. Deseo, Caroline, que puedas decir otro tanto de la hermana de Charlotte.

Caroline. Creo poderlo decir, señor.

Señor Thomas. Pues bien, hija mía, tú sabes cuál es mi voluntad.

Caroline. Pienso, señor, que vuestro ánimo es el de que yo pase toda mi vida en el celibato.

Señor Thomas. ¡Ola! ¿Y por qué formas, niña, ese juicio de las intenciones de tu padre? Responde, yo te lo mando.

Caroline. Porque me parece, señor, si me lo permitís decir, que el nacimiento y las buenas prendas de Milord no dejan nada que desear. Perdonad, padre mío, hacedme el favor de perdonarme. *(Alzando las manos de un modo muy lastimoso y expresivo.)*

Señor Thomas. ¡Su nacimiento! ¿Estás en tu juicio? ¿Qué es un Par de Escocia? Según parece, tú te has deslumbrado con el título de condesa; pero te digo que si tienes una verdadera estimación a Milord, no debes desear que en el atolladero en que se halla respecto a sus hermanas, piense en casarse contigo.

Caroline. Os aseguro, padre, que el título sin estar adornado de un buen carácter es para mí de ninguna importancia. En orden al atolladero, yo no advierto nada en mí que sea capaz de hacer olvidar a milord las reglas de la prudencia.

Señor Thomas. Veo que no serás tú quien ponga dificultades y que no tienes ninguna objeción que hacer contra Milord, si él no tiene que hacerla contra ti: tú estás muy humillada y mortificada. Es necesario que una mujer esté muy apasionada para dar a su amante tan de buena gana la preferencia sobre sí misma; pero veamos, Caroline. Yo quiero saber qué esperanzas has dado a Milord, o por mejor decir, qué esperanzas por ventura te ha dado él a ti. ¿Qué, callas? ¿Me harás el favor de responderme?

Caroline. Creo, señor, que no deshonraré a mi padre con formar buen concepto de Milord.

Señor Thomas. Él no se deshonraría tampoco con enlazarse conmigo, por más orgullosos e hinchados que estén estos pelones de

Escocia con su nobleza.

Caroline. Milord sin ser un pelón tendría a mucho honor...

Señor Thomas. Y con razón. Prosigue. ¿Por qué te detienes? Pero si Milord no es un pelón para mi hija, yo no permitiré que mi hija caiga en la pelonería por él. Tendría a mucho honor..., dices, ¿y el qué? El ser tu marido sin duda. Responde a mi pregunta. ¿En qué términos te hallas con Milord?

Caroline. Es mucha mi desgracia de no poder decir cosa que agrade a mi padre.

Señor Thomas. ¡Ah, picarilla! ¡Con qué destreza eludes mi pregunta! ¿Me la harás repetir, niña?

Caroline. Creo poder confesar sin vergüenza que mejor querría... *(Aquí se detuvo inclinando la cabeza y ocultando la mitad de su rostro en su seno. Charlotte dice que jamás le ha parecido tan hermosa.)*

Señor Thomas. ¿Que mejor querrías... ser mujer de Milord que hija mía? Y tú, Charlotte, ¿me dirás cuándo comenzará también a entibiarse el afecto que me tienes? ¿Cuándo empezarás a mirarme como un obstáculo para tu felicidad? ¿Cuándo tus ojos se dejarán deslumbrar por un extranjero y te le harán preferir a tu padre? Veo que ya he hecho mi papel. No me queda más que partir entre vosotras el caudal de que vuestros amantes necesiten, y tomar el camino del sepulcro. Vuestros queridos vendrán alegres a bailar con vosotras sobre mi sepultura y yo seré olvidado, como si nunca hubiese existido... menos de vuestro hermano, cuya virtud y excelente índole conozco.

(Al oír esto, Caroline no pudo menos de alzar la voz.)

Caroline. ¡Oh, señor! —exclamó— ¿Cómo me atravesáis el corazón? ¿Todos los padres son...? Perdonad, señor.

(A Caroline le pareció verle arrugar las cejas.)

Señor Thomas. No puedo aguantar tu impertinencia: no puedo tolerar... *(Aquí se detuvo como para templar su cólera.)* Caroline, ¿por qué eludes siempre mis preguntas? Tú sabes qué es lo que te pregunto: responde.

Caroline. Yo sería indigna del afecto de un hombre como Milord, si negara la estimación que le tengo. Es cierto, señor, que he concebido respecto a él unos sentimientos que me hacen preferirle a todos los demás hombres. Vos mismo, señor, no habéis pensado siempre tan mal de él. Mi hermano...

Señor Thomas. Vaya, todo se ha descubierto. ¿Tú tienes la osadía...? Pero aun cuando yo haya estimado y aun estime a Milord, ¿se infiere de esto que ha de ser mi yerno? Él ha venido como amigo de mi hijo y con este motivo le he tenido en casa. Entonces no te conocía, pero apenas os habéis visto, se ha apoderado de ambos la necesidad de casaros. Tú te lisonjeas de ser una hija respetuosa y ponderas su

prudencia, y sin embargo te declara su amor, o tú le declaras el tuyo, no sé cuál de los dos, y después que se cree seguro de ti, es cuando se consulta al simple padre; ¿y con qué mira? Únicamente con la de saber qué es lo que quiere hacer por dos personas que no le han concedido parte ninguna en su elección. Este es artificio común, y el pobre padre ha de cerrar los ojos y la boca, o pasar por un tirano.

Caroline. (Anegada en lágrimas.) El cielo es testigo, señor, de que no he aceptado las proposiciones de Milord sino condicionalmente, dejándolo todo a vuestra voluntad, ni él mismo ha deseado en otros términos mi aprobación.

Señor Thomas. ¿Qué jerigonza es esa? ¿Has dejado tú algo a mi voluntad? A ver, Caroline: hagamos una prueba de mi poder y de mi autoridad. Tengo ánimo de llevarte a Londres, donde un joven de ilustre nacimiento que aspira a tu mano me ha hecho proposiciones que me agradan, y que no dudo de que a ti misma te agradarán siempre que tu corazón no esté ya apasionado por otro. Explícate. ¿Estás en libertad para atender mi recomendación? Tu convenio con Milord, según dices, es condicional. ¿Qué? ¿Callas? ¿Te has turbado? Con razón, si no puedes darme la respuesta que deseo. Si puedes, ¿por qué no la das? Yo me valgo, como ves, de tus propias armas.

Caroline. No corresponde a una hija, señor, disputar con su padre. Estoy segura de que Milord no me ha faltado en nada al respeto, y no lo estoy menos de no haber hecho ningún agravio a mi familia aceptando sus proposiciones condicionales.

Señor Thomas. ¡Condicionales! ¡Qué necia eres! ¿No son absolutas, puesto que nada se deja en ellas a mi voluntad? Pero siempre he experimentado que un hombre que se humilla a hablar con una mujer particularmente sobre ciertos puntos en que la naturaleza tiene más parte que la razón, debe prometerse el seguirla por mil rodeos y hallarse después muy lejos del término, cuando creía llegar a él, siendo necesario que se contente al fin con volver a tomar respiración en el lugar de donde partió, mientras que ella anda dando vueltas y está dispuesta hacerle volver a empezar otra nueva carrera.

Caroline. Espero, señor...

Señor Thomas. Dejémonos de esperanzas, niña: yo necesito de certidumbres. ¿Puedo contar...? Pero yo te obligaré, si me es posible, a que hables con exactitud, aunque seas mujer. ¿Puedo yo admitir proposiciones respectivas a ti de cualquiera otro hombre? Responde sí o no. No te conduzcas conmigo como suelen conducirse las hijas con los padres: no empieces por desobedecer confiada en que yo tendré la debilidad de perdonarte. Yo no soy un padre ordinario: yo conozco el mundo y conozco tu sexo, en el cual he encontrado más necias de las que yo he hecho. Las mujeres no necesitan de que contribuyan los hombres a hacerlas simples, pues las ha formado tales la naturaleza.

Ninguna he conocido a quien haya hecho prudente la experiencia de las demás. Pero respóndeme, Caroline. ¿Puedo admitir nuevas proposiciones respectivas a ti, o no puedo admitirlas?

(Caroline sólo respondió con lágrimas.)

Señor Thomas. ¡Maldita constancia! ¿Así sacrificas una virtud real, la obediencia que debes tener a tu padre, a las ideas caballerescas de constancia y fidelidad a un amante? Acércate a mí, hija enamorada: acércate, digo: yo te lo mando.

(Caroline se levantó y a cuatro pasos que dio arrastrando con su pañuelo en los ojos, se halló junto a su padre, quien asió prontamente una de sus manos y haciéndole besar su manga la arrimó hasta sus rodillas. Después tomó su otra mano que tenía sobre sus ojos y cayó el pañuelo, descubriendo cuán encarnados e hinchados estaban de llorar. Caroline hubiera querido volver la cabeza para ocultar la turbación de su semblante; pero su padre tenía fuertemente sujetas sus manos y de contado se puso a dar grandes carcajadas.)

Señor Thomas. ¡Jesús! ¿Por qué llora esta niña? Consuélate, Caroline, tú tendrás marido, te lo prometo. Quiero llevarte inmediatamente al gran mercado de Londres, donde se te expondrá a la vista de todo el mundo en todos los lugares públicos. Yo haré que se te componga y atavíe con los diamantes y joyas de tu madre para que atraigas los ojos de los galanes; pero mira que es necesario hacer las conquistas prontamente y mientras tengas el mérito de la novedad, pues si no, serás bien presto confundida entre las infinitas mujeres que se dejan ver demasiado en todas las concurrencias. ¡Qué niña tan impaciente! ¡Cuán digna es de lástima! Mírame, Caroline. *(Dando más carcajadas.)*

Caroline. A la verdad, señor, si no fuerais mi padre...

Señor Thomas. ¡Justos cielos! ¿Qué sucedería?

Caroline. Diría que me tratáis con mucha crueldad.

Señor Thomas. ¿Es eso lo que tú dirías, infeliz criatura, a cualquiera otro hombre en las mismas circunstancias? Sea en buena hora; pero entre tanto, no me dices si darías tu mano a otro hombre que no fuese tu escocés. *(Teniéndola siempre sujeta.)*

Caroline. Yo soy tratada con excesivo rigor. Seguramente, señor, vos no me hacéis experimentar vuestra bondad, y oso deciros que no soy una hija *enamorada,* según me lo habéis echado en cara. Yo no estoy impaciente por casarme, y esperaré vuestras órdenes y el tiempo que os acomode; pero como me parece que no se puede hacer ninguna objeción contra Milord, no tengo ningunos deseos de que se me lleve al mercado de Londres.

Señor Thomas. (Con seriedad.) Sin embargo de que me burlo de ti, Caroline, y de que tomo por asunto de mofa un apresuramiento o ardor que no esperaba de mis hijas, y que me ha hecho algunas veces

despreciar las de otros, aunque no se lo he manifestado a ellas; en ningún modo consentiré que me des respuestas impertinentes. Créeme, no faltes a tu deber.

Caroline. (Haciendo una profunda reverencia.) Padre, os pido por favor el permiso de retirarme. Yo me acordaré de mis respuestas con un dolor mortal, sí...

Señor Thomas. ¿Es necesario que te retires para que te acuerdes de tu deber? Pero ¿responderás por fin a mi pregunta? ¿En qué términos te hallas con Milord? ¿Está enteramente resuelto que sea tu marido y que no quieras a otro? ¿Tendrás tú y tendrá él la paciencia de aguardar a que la muerte me haya conducido al sepulcro de mis mayores?

Caroline. ¡Oh, señor, qué expresiones! *(Entonces buscó su pañuelo que estaba en el suelo, y quiso desasir una de sus manos para tomarlo; pero habiéndolo intentado en vano, se dejó caer de rodillas corriendo sus lágrimas como dos arroyos.)* Imploro, padre, vuestra piedad, temo vuestra ira; mas vuelvo a repetir que no soy una hija *enamorada,* y para convenceros de esto no me casaré nunca sino con Milord.

Charlotte cuenta que durante estas agitaciones de su triste hermana no estando ella quizá menos agitada sacaba las sillas de su lugar y las volvía a poner en él, miraba a Caroline y apartaba los ojos de ella temiendo que se encontrasen con los de su padre, ponía la vista en las puntas de sus dedos deseando ver garras en ellos y que el hombre en lugar de ser un padre fuese un marido.

—A la verdad, Harriet —me dijo—, me era imposible no suponerme en el lugar de mi hermana, y el caso no estaba tan remoto como ella pensaba. En una ocasión oí a mi corazón decirse a sí mismo: si algún Milord a quien yo tuviese tanta inclinación, me solicitara con tan buen fin, no aguantaría todas estas persecuciones. Al primer resplandor de la luna si me instaba de buena fe y estaba segura de encontrar un sacerdote prevenido, me hallaría bien pronto bajo otra protección sin embargo del grande desprecio que he hecho siempre de las jóvenes que huyen con los hombres. ¿Me hubiera vituperado Harriet?

—Charlotte —le respondí yo—, tú olvidas qué madre te dio el cielo y los ejemplos que le debes. El público que habría criticado el hecho de la hija, hubiera ignorado al mismo tiempo el cruel trato del padre. En una palabra, ha sido mucha fortuna para ti que no te hayas visto en semejante lance, y ya ves que la respetuosa paciencia de Caroline ha sido plenamente recompensada.

La condesa aprobó sobremanera mi respuesta, y volviéndose a su hermana que aún quería defender más la virtud y la razón contra la crueldad, le trajo a la memoria que en su relación la había dejado de rodillas.

—Levántame —le dijo con mucha gracia—, y restitúyeme lo más pronto que puedas a mi cuarto.

Charlotte prosiguió.

Señor Thomas. ¿Tú no te casarás jamás si no...? ¿Y me dices esto para probarme que no estás *enamorada?* ¡Qué extravagancia! Si tú no hubieses estado muy enamorada, no te hubieras puesto en una situación que te inspira la osadía de decirme semejantes expresiones. ¡Qué descarada simplecilla! Apártate de mi vista.

(Carolina se levantó, pero la detuvo con sus manos.)

Señor Thomas. ¡Y osas hacerme semejante declaración! ¿Sobre qué pues recae aquí mi autoridad? Sin embargo tú y Milord, como asegurabas ahora, sólo habéis celebrado un convenio condicional que hacéis depender de mi aprobación. ¡Maldito sea tu sexo! Tal ha sido siempre y siempre lo será. El Dios ciego le hace montar en una caballería pacífica y seguir un camino que únicamente ofrece a su corazón el placer y la seguridad, marchando con un paso alegre y de triunfo hasta que se le vuelve el juicio, y entonces salta por encima de los fosos, de los setos y de todos los atrincheramientos sin tener ningún miramiento al deber, al decoro, ni a la prudencia.

Al llegar aquí no pude menos de interrumpir la relación.

—Estimada Caroline —dije—, yo esperaba este cruel ataque.

—Yo lo presentía también —me respondió—, y esto me impidió declarar antes la preferencia que daba a Milord sobre todos los hombres, aunque estando tan segura de su mérito me estimulaba a ello sin ningún escrúpulo mi corazón. Pero dejemos concluir a mi hermana.

Señor Thomas. Apártate, te digo, de mi presencia. *(Sin embargo de que continuaba teniéndola sujeta de las manos.)* Y esta picarilla... *(Volviéndose a la pobre Charlotte que te habla.)* No he cesado de observar sus ojos y los continuos gestos de su descarado rostro. Sin duda toma parte en tus ridículas penas y ambas os halláis muy afligidas mirándome como vuestro tirano. Vosotras quisierais que yo estuviese bien lejos para tener la libertad de abandonaros juntas a vuestras indiscretas reflexiones, de las cuales yo sería el asunto, bien que no os faltará ocasión en que se desahogue libremente el resentimiento que procuráis ocultar aquí. Yo no seré ya respetado sino en cuanto lo permita el interés de vuestra loca pasión. Milord será consultado antes que yo y gozará de la confianza de mis dos hijas contra su padre. Preveo que desde este momento me vais a mirar como vuestro más mortal enemigo; pero yo no os tendré por hijas mías y permitiré que repase prontamente el mar vuestro hermano, la alegría de mi vida y la esperanza de mis más felices días, el cual no os tendrá asimismo por hermanas, o yo no le tendré a él mismo por hijo mío, y entonces seré un padre sin hijos, aunque tenga tres vivos y

sanos de la mejor de todas las madres. ¿Qué dolor no tendría ella?…

La conmoción de Charlotte fue tan viva que no pudo contenerla ni superarla.

»—¡Oh, amada madre mía! —exclamó— ¡Qué desgracia es la nuestra de haberos perdido! ¡Ahora conocen vuestras hijas la falta que les hacéis!

Al prorrumpir en esta exclamación estuvo por huir, pero las miradas de su padre la hicieron temblar. Este se levantó y dijo:

»—Caroline, no te muevas que aún tengo que decirte. Tú, Charlotte, acércate —Y tomándola de ambas manos la vituperó haber osado interrumpirle con una desvergüenza que aseguró haber observado hasta en sus ojos.

Charlotte se dejó caer a sus pies y le pidió perdón; mas teniendo con una mano sujetas las dos suyas y amenazándola con la otra, le dijo enfurecido:

»—¡Que el cielo me castigue, si te perdono! Yo quise que estuvieses presente para que tomases una buena lección de la simple conducta de tu hermana. Milord es un incendiario que ha puesto fuego a mi casa, un ladrón que me ha robado el afecto de la mayor de mis hijas por medio de un artificio común, asegurando que nada le pedía sin mi aprobación. Milord no me agrada y espero que no se me disputará el derecho de hacer mi gusto. Sin embargo, una desobediente osa decirme que no tendrá otro marido. ¿No he criado y educado yo pues mis dos hijas hasta la edad en que debía esperar de ambas algún alivio y consuelo, ni me he mantenido viudo por amor de ellas sino para ver que me arrebata una un hombre que desprecio, y para oír a la otra pedir auxilio a su madre en las tinieblas de su sepulcro contra la tiranía de un padre? ¿Qué debo yo prometerme para lo sucesivo de la una y de la otra? Mas yo no tendré la necedad de exponerme a esto. Ambas me dejaréis. Dejadme, dejad esta casa y buscad vuestra fortuna en otra parte. Ya podéis tomar vuestros vestidos y todo lo que os pertenece; mas guardaos de tocar a lo que me ha quedado de vuestra madre. A cada una de vosotras daré 500 guineas que os entregará mi banquero, y luego que esté para acabarse esta cantidad, sabré cuál es vuestra conducta y veré qué más debo hacer.

»—Amado padre mío —le dijo Caroline postrándose a sus pies—, perdonad a mi hermana: sed riguroso conmigo cuanto gustéis y no lo seáis con ella.

Señor Thomas. Eso es decir, Caroline, que tú no temes nada por ti misma. Tú te arrojarás a los brazos de Milord, no lo dudo… Mas voy a llamar inmediatamente a vuestro hermano… y no por esto dejaréis de salir de casa. En el momento que partáis, se cerrará la puerta y no se abrirá en mi vida para vosotras. Cuando mis cenizas se hayan mezclado con las de vuestra madre, entraréis en ella y pisaréis unas y

otras.

Charlotte. (Llorando y suspirando.) Señor, pido perdón al cielo y a vos. Invocando a mi madre no tuve ánimo de ofenderos. Yo la he sentido por vos tanto como por mi hermana y por mí; pues hubiera ablandado...

Señor Thomas. La dureza de mi corazón, verosímilmente. Penetro muy bien tu interior, niña.

(Entonces se alejó algunos pasos, dejándonos arrodilladas junto a la silla que había ocupado. Se paseó por la sala sumamente conmovido, y después habiendo tocado la campanilla se acercó a la puerta, la abrió, y teniéndola con una mano hizo llamar al ama de llaves, la cual fue al punto. Esta era una mujer de muy buena índole y echó a temblar sobremanera cuando vio a sus dos señoritas de rodillas.)

Señor Thomas. Beckford, ayuda a estas dos niñas a que junten todo lo que sea suyo, y después me darás una memoria de todo lo que hayan tomado. La autoridad de su padre comienza a serles pesada y quieren sacudir el yugo. Piensan haber pasado de la edad de la sumisión y necesitan de hombres y de maridos.

Caroline. No, Beckford, ¡ay, Jesús mío!, no, no...

Señor Thomas. ¡Tú te atreves a desmentirme, desvergonzada!

Beckford. Señor, os suplico... os ruego encarecidamente... Jamás ha habido señoritas más modestas: en todo el país son nombradas por su recato y su bondad.

Señor Thomas. No se me replique: no puede haber modestia sin el cumplimiento de los propios deberes. Caroline aborrece a su padre: Milord L... me ha robado su afecto: Charlotte se pone de su parte contra mí y creo que tú también. Obedéceme y ejecuta mis órdenes sin hablar palabra. Estas dos niñas no han de estar aquí cuatro días.

(Beckford se puso de rodillas, repitiendo «os suplico... os ruego encarecidamente...», *y las dos hermanas se levantaron, se acercaron a su padre y se postraron también a sus pies.)*

Caroline. Padre, perdonadnos: os pido perdón en nombre de mi madre.

Charlotte. (Con un tono lastimoso.) ¡Por mi madre y por mi hermano, que nos perdonéis!

(Ambas le tiraban de los faldones de la casaca, Beckford hacía lo mismo y él las miraba sin mostrarse enternecido.)

Señor Thomas. Yo os doy gusto y os hago favor en esto, niñas mías: sé que os es gravosa mi autoridad y que nada os falta para ser mujeres. No conoce un padre la desgracia que es tener hijas hasta que hay quienes les hagan prever fuera de la casa paterna una felicidad que rara vez encuentran fuera del lugar que desean abandonar con ansia.

Charlotte. Nosotras somos enteramente vuestras, mi amado papá:

nosotras no queremos ser más que de vos; no expongáis vuestras hijas a la censura del público; hasta el presente se ha conservado sin mancha nuestra reputación.

Caroline. ¡Oh, mi querido padre! ¡No nos precipitéis en un mundo que aún no conocemos! ¡Guardadnos y defendednos con vuestra protección! Nosotras no queremos ninguna otra.

Señor Thomas. La experiencia os instruirá, niñas: vosotras no me creéis capaz de ser vuestro consejero. Milord me priva del afecto de la una, la otra pide que se aparezca su difunta madre para que la defienda de mi crueldad; y Milord, ¿no ha tenido la insolencia de darme a entender que yo era aún demasiado joven para querer gobernar hijas ya hechas como las mías? Yo pienso como él. Beckford, tus lágrimas son inútiles y así dispón su partida. Ocho días a lo más puedo permitirlas estar en esta casa que se les cerrará para siempre.

Caroline. ¡Oh, padre mío! No reduzcáis vuestras hijas a la desesperación: nosotras somos solteras y nunca hemos necesitado tanto de la protección de un padre.

Charlotte. ¿Qué hemos hecho, señor, para merecer que se nos eche de vuestra casa? Os pedimos perdón por todo lo que pueda haberos ofendido: nuestra obediencia y nuestro respeto no tendrán límites. Permitidme que escriba a mi hermano.

Señor Thomas. ¡Excelente medio para sosegarme! ¿Pensáis hacer que vuestro hermano se ponga de vuestra parte? ¿Queréis recurrir a él y constituirle juez de su padre? ¡Insoportable necedad! Apartaos, digo, de mí: dispóngase la marcha y que esta casa se os cierre para siempre.

Caroline. Nosotras no pensamos más que en vivir bajo vuestra protección y vuestras órdenes. ¡Oh, papá mío!

Señor Thomas. Supongo, Caroline, que a Milord no le costará más trabajo encontrarte que le costó asegurarse de tu amor. Por lo que a ti hace, Charlotte, tú te retirarás a casa de tu anciana tía de Yorkshire, que es capaz de enseñarte que la paciencia es una virtud, y que una soltera no debe apresurarse en aceptar la primera oferta por temor de que no se le haga otra. *(Al decir esto la echó una mirada muy desdeñosa.)*

Advierte, mi querida Lucy, que esta tía anciana de Yorkshire es una hermana del señor Thomas a quien siempre ha impedido casarse, y a quien da por razón de alimentos una corta pensión, eludiendo sagazmente la satisfacción de crecidas cantidades que le debe.

Caroline. Yo soy hija vuestra y todo es digno de respeto en un padre. Vos no tendréis nada que vituperarme; pues yo no tendré empeño por casarme, y os prometo de rodillas no ser nunca de Milord sin vuestro consentimiento. Lo que os pido únicamente es que jamás me propongáis otro hombre.

Señor Thomas. (Algo sosegado.) Te cojo la palabra, niña; pero exijo

al mismo tiempo que no tengas ninguna correspondencia con él y que ni os veáis ni escribáis. En una palabra, tú sabes mis intenciones, y por la última vez te digo que quiero ser obedecido. Beckford, puedes retirarte. Levántate, Caroline.

Caroline. (Con un grande alborozo.) ¡Ah! ¿Se me concede el perdón, señor? Perdonad también a mi hermana.

Señor Thomas. Charlotte, aprovéchate de esta escena con especialidad para guardarte de hacer ningún convenio de amor sin noticia de tu padre: consérvala bien en tu memoria. Caroline se ha granjeado algunos pesares por los que me ha dado y es muy justo: sírvate de lección su ejemplo.

Habiendo salido Beckford, alentó algún tanto el señor Thomas a las dos hermanas con una sonrisa bastante agradable. Parecía lisonjearse de haberlas mortificado y atormentado tanto; ¿y por qué, querida Lucy? No creo que tú puedas adivinarlo mejor que yo. Paréceme a la verdad que el mundo no sería peor si fuesen menos comunes en los padres y en las madres estas vanas irritaciones.

Pero ¿cómo la viveza de Charlotte, dije entre mí, se dejó tan fácilmente subyugar? Esta reflexión me hizo sonreírme y Caroline que lo advirtió me preguntó que en qué pensaba.

—¿Me lo perdonarás? —le dije.

—Eso ignoro —me respondió.

—Pues yo confío —repliqué— en tu buen genio. Yo me sonreía de admiración por los excelentes progresos que ha hecho nuestra Charlotte desde aquel tiempo.

—¡Oh, qué picarona! —exclamó Charlotte—, mas a ti parece se te ha olvidado que te debo mucho de tales progresos.

—¡Bello golpe! —dijo Caroline—: sin embargo, debo hacer a Charlotte la justicia de que aunque ha tenido siempre el mismo fuego que ves en ella, no lo manifestó nunca en presencia de su padre. Mas yo quiero añadir —prosiguió Caroline— algunas palabras a su relación. Mi padre nos tuvo consigo hasta que leyó el billete de Milord que aún no había abierto, y que sólo abrió entonces, si no me engaño, por si hallaba en él algún motivo para zaherirnos. Sin embargo, salí de mi cuidado mucho mejor de lo que pensaba, pues yo misma no había visto este importante billete. Tú no sentirás, amada prima, que te lo copie del original mismo que me entregó la condesa al separarnos.

«Permitidme, señor mío, que me valga de mi pluma por la única razón de que podrá seros menos desagradable que mi presencia, para daros gracias de todo corazón por los muchos testimonios de bondad y amistad que me habéis dado en un mes que he estado en vuestra quinta en lugar de veinticuatro horas solamente que había tenido ánimo de detenerme en ella. De la última conversación que hemos tenido, me ha quedado un justo recelo de haberme enardecido y

proferido algunas expresiones demasiado fuertes, y si vos formáis el mismo juicio, debo pediros humildemente perdón, como os lo pido en efecto. ¿Quién puede disputar a un padre sus derechos sobre sus hijos? Pero yo sería el más feliz de todos los hombres si los vuestros pudieran conciliarse con mi amor a la señorita Carolina. Acaso os pareceré culpado asimismo, por no haberos declarado mis intenciones antes que a vuestra apreciable hija, y por esto os pido perdón igualmente.

»Mas temo haber cometido un yerro mucho más grave, y aunque nada me obliga a declarároslo, quiero más bien granjearme vuestra indulgencia con mi franqueza que valerme de ningún artificio en asunto de tanta importancia. Os confieso pues que al dejaros fui a echarme a los pies de la señorita Caroline y a pedirle su mano. No pudiendo traerle ningún deshonor enlazarse conmigo, le aseguré que mi caudal nos bastaba sin esperar nada de vos, y que no tardaría en desempeñarse con una economía a la que estaba cierto tendría ella la bondad de contribuir; pero la señorita Caroline rehusó condescender a mis súplicas, firme siempre en esperar el consentimiento de su padre, dándome a entender no obstante que por su parte no habría ningún reparo, si llegábamos a obtenerlo. El resultado, señor, es que mientras me quede alguna sombra de esta esperanza, no pensaré en otra mujer. El trato familiar e íntimo que he tenido algunos meses en varios países de Italia y Alemania con vuestro hijo el mejor de todos los hombres, ha excitado en mí la ambición de seguir su ejemplo, y si puedo lograr por vuestro favor una esposa tan amable y un hermano tan virtuoso, ninguna felicidad podrá igualar a la de vuestro humilde y agradecido servidor.

— *L...*

Esta carta, según me dijo Milady, pareció artificiosa al señor Thomas, y no dejó de decir que Milord se creería muy seguro de ella, cuando le había hecho una proposición que con ningunas razones se podía justificar.

»—Tú no podías dudar de que se inflamaría la pasión de Milord rehusando un matrimonio clandestino, aunque no fuera más que por la esperanza de que le fuese más ventajoso su casamiento. En el orgullo —prosiguió— consiste la virtud de la mitad de las mujeres y en la política la de la otra mitad. Suponedlas ciertas de que un hombre no formará mal concepto de ellas, por admitir la primera oferta, y seguro está que la rehúsen. Si hubieras tenido un caudal libre e independiente, di, niña, ¿qué hubieras hecho? Anda, que eres una mujer débil, aunque todavía tienes más de astuta. El artificio se tiene por prudencia en las mujeres y en su propia debilidad estriba la fuerza de los hombres. Siento que mis hijas no estén compuestas de materiales menos frágiles, y lo que más me admira es que un hombre

que conoce vuestro sexo pueda pensar en el matrimonio.

Tal fue, querida Lucy, la respuesta de este padre que había pasado toda su vida en las mayores disoluciones, como si hubiese creído bien justificadas sus miras con sátiras vagas y generales contra las mujeres. De este modo, la malignidad acompañada de la depravación de costumbres pasa por conocimiento del mundo y del corazón humano. ¡Cuántos autores deben su fama y reputación a tan odiosas pinturas! Mas guardémonos de formar juicio del carácter de la naturaleza humana, es decir, de tantas criaturas formadas a imagen de Dios, por los extravíos de una imaginación obscena. Lo que se ha de creer de la mayor parte de estos pintores satíricos es que han vivido y tratado con muy perversas gentes.

Por aquí iban de su historia las dos hermanas, cuando se me entregaron las cartas de abuela y tía. De mi respuesta inferirás la alteración que me causaron. Yo no pude disimularla, y habiendo ambas hermanas querido saber la causa, les dije de quiénes eran las cartas, y que tía había de dar mi respuesta a milady D… el sábado próximo, por lo cual me permitieron que me retirase a escribirte; pero después de la partida del mensajero me preguntaron cuál había sido mi resolución, y no tuve reparo en decirles que había confirmado mi repulsa. Charlotte alzó las manos y los ojos, y después echándome una mirada penetrante me dijo:

—Tú nos dirás la verdad, mas temo que no la dirás toda —Entonces me mudé de color y ella prosiguió mirándome—. ¡Oh, amada Harriet! —exclamó con un aire misterioso.

—¡Oh, amada Charlotte! —exclamé yo naturalmente.

—No me harás creer —añadió— que no hay en Northamptonshire algún amante de quien aún no hemos oído hablar.

Estas últimas expresiones me tranquilizaron algún tanto. Sin embargo, ¿querría darme a entender alguna otra cosa la curiosa Charlotte? Yo la tengo por demasiado generosa para que se burlase de mi situación. Lo que temo es mi salud, que ya no es tan perfecta como siempre lo ha sido: ya no soy tan feliz como lo era en mí misma. A la verdad, querida mía, ¿no te parece que todas las circunstancias en que me he visto de seis semanas a esta parte, habían de haber causado en mí semejante alteración? Pero pasemos a otra cosa más divertida.

A ruego mío, las dos hermanas continuaron la historia de su familia. El señor Thomas no hubo de mudar de resolución, pero sus dos hijas entrevieron fácilmente que se hubiera dejado vencer por el respeto de Caroline y por la generosidad de Milord, si a causa del mal manejo de su caudal y hacienda no se le hubiera seguido incomodidad de hacer algún desembolso. Pasó a Londres acompañado de sus dos hijas y se creyó que no hubiera sentido se hubiesen casado los dos amantes sin su noticia; pues su primera orden al llegar a la corte fue

una nueva prohibición de recibir las visitas de Milord, y durante algunas semanas fueron deudores a Charlotte, como dijo en tono festivo Milady, de mil medios que se emplearon para verse.

En este fatal estado se hallaba el señor Thomas, cuando se le hicieron proposiciones en orden a la menor de sus dos hijas; pero aunque no podía objetar contra Charlotte los frívolos pretextos que había objetado contra su hermana, no le comunicó nada y solamente por otros conductos llegó a saberlo.

—¿Te hubiera causado extrañeza —me preguntó— que el ejemplo de lo que había pasado a mi vista, me hubiese precipitado en algún paso temerario?

—Estoy persuadida —le respondí— a que ninguna injusticia de un padre puede autorizar ninguna temeridad en un hijo. Tu virtud te aprovechó y sin duda te alegras ahora de ello.

Charlotte se demudó y se mordió los labios. ¿Qué motivo pudo haber tenido para avergonzarse?

En fin el señor Thomas determinó arreglar su caudal y sus negocios con ánimo de llamar a un hijo en cuya prudencia y en cuyo respeto, según decía, consistiría la felicidad de su vida; pero se hallaba embarazado con la señora Oldham y sus dos hijos. Aunque tenía motivo para creer que no estaba ignorante Charles de esta antigua amistad, no quería que a su llegada viese el espectáculo de una nueva familia establecida en una de sus haciendas. Por otra parte, habiéndole hecho esta mujer demasiado grandes sacrificios para que se la tratase sin ningún miramiento, se creyó en la obligación de suministrar alimentos a los hijos que había tenido de ella.

Mientras que se ocupaba en estos cuidados, le hizo proposiciones de matrimonio en orden a su hijo uno de los primeros señores del Reino, cuya hija habiendo acompañado a su hermano en un viaje por Francia e Italia, había sentido una muy fuerte inclinación a Charles Grandison, a quien había visto muchas veces en Florencia; y su padre y su hermano, que sabían cuál era el mérito de este joven, habían aprobado semejante inclinación. El señor Thomas tuvo sobre este asunto muchas conversaciones con ellos, y se lisonjearon tanto sus miras que resolvió abandonar todo su caudal a su hijo por respetos de este matrimonio y contentarse con una pensión anual. Ambas hermanas me acreditaron esto con una respuesta de su hermano que encontraron antes de su vuelta entre varios papeles y que me han permitido copiar.

«Mi muy amado y venerado padre: vuestra última carta me ha causado suma extrañeza. Si la proposición que contiene se me hace por un efecto de vuestra grandeza de alma y de una indulgencia que tanto he experimentado, ¿qué he de responderos? Me faltan

expresiones para manifestar mi agradecimiento. Pero si vos os habéis dejado inducir a este exceso de bondad por algunas instigaciones, ¡guárdeme el cielo de dar vuestro apellido a una mujer, cualesquiera que sean su nacimiento y sus riquezas, cuyos parientes hayan sido capaces de proponer semejantes condiciones a mi padre! He recibido una inexplicable alegría con la esperanza que me dais de volver bien pronto a mi patria para echarme a vuestros pies. Luego que tenga este permiso, os franquearé todo mi pecho. La reputación de vuestro nombre y de vuestra bondad serán mi más gloriosa recomendación en el casamiento que parece deseáis; pero os pido por favor que suspendáis hasta mi vuelta las capitulaciones de que habéis empezado a tratar. Vos me hacéis la gracia de pedirme mi parecer en orden a la persona que se os ha propuesto, y puedo deciros que me ha parecido una señorita de mucho mérito y de mucha gracia.

»No he sabido sin un vivo sentimiento que mis hermanas os han dado algunos disgusto con su conducta. ¿Cómo las hijas de una madre como la nuestra son capaces de olvidarse de su deber? No esperen ellas que yo favorezca sus yerros; pues por el contrario les haré ver que mi estimación y mi afecto, si los tienen en algún aprecio, se fundan menos en la sangre que en el mérito, como asimismo que las mejores prendas son sospechosas no yendo acompañadas del respeto debido a los padres.

»Vos me preguntáis qué juicio formo de milord L..., y si ha dado algún paso para tenerme de su parte en la solicitud que ha hecho de la mano de mi hermana Caroline, y debo deciros que en efecto me ha escrito una carta, la cual os envío con una copia de mi respuesta. En orden a su carácter, puedo aseguraros que ningún inglés de cuantos he tratado en mis viajes se ha granjeado tanto con su índole y conducta mi estimación y afecto. La justicia y mi inclinación me obligan igualmente a dar en favor suyo este testimonio. ¡Cuán grande sería mi pesar, si no se hubiera portado con vos como siempre, y si mi hermana os hubiese faltado a lo que os debe!

»Vuestra bondad os hace decir que mi vista aumentará vuestras fuerzas. ¡El cielo me quite las mías y me prive del poder de hacer bien así a mí mismo como a los sujetos que amo, si me olvido o si ceso de honrar y respetar al más indulgente de todos los padres! Soy, etc.

»*Charles Grandison.*»

¿Qué dices, Lucy, de este admirable joven? Pero observemos que promete abrir a su vuelta enteramente su pecho, y que pide se interrumpa hasta entonces el curso de las capitulaciones. ¡Oh, querida mía! ¿Cuál podría ser la esperanza de una persona recién conocida cuyo corazón no se hubiese cautelado bien? Si Charles Grandison estuviera actualmente casado, ¿no daría este obstáculo a una mujer

prudente las fuerzas necesarias para vencer su pasión? No es pues imposible triunfar de ella, y si la mujer que cree posible la victoria en una suposición, experimentara imposibilidad en otra, la exhortaría a que se muriese de vergüenza, o por lo menos a que llorase su necedad en una profunda humillación.

La carta de Charles no vino a parar a manos de sus hermanas hasta después de la muerte de su padre, que aconteció algunas semanas después de haberla recibido; es decir, antes que hubiese enviado a su hijo el permiso de volver. Desde luego, te harás cargo de que a las dos hermanas inquietaron vivamente las preocupaciones que su padre había procurado hacer concebir contra ellas en el corazón de su hermano, como también de que este temor se aumentó después de su muerte. Había suspendido las capitulaciones y puesto todo su cuidado en el arreglo de su caudal y de sus negocios. Hizo venir de Irlanda al administrador de las haciendas que tenía en ella y empleó algunos días en tomarle cuentas. El administrador de las haciendas de Inglaterra dio también las suyas; pero obrando de acuerdo estos dos hombres hallaron modo de hacerle aprobar todas sus memorias en virtud sólo de unas sumas por entero, y prometió firmar el finiquito. Parecía que no temía en todas sus disposiciones más que los ojos de su hijo. ¡Extraña fuerza del vicio que humilla hasta la misma altivez!

Pero ¿quién saldrá por responsable de la reforma de un libertino por hábito, cuando se halla expuesto a la tentación? Atiende a lo que voy a decirte. El señor Filmer, administrador de Irlanda, conociendo las flaquezas de su amo, había traído de Dublín una joven de cerca de diez y seis años con el pretexto de ver a dos tías ancianas que vivían en Londres. Esta niña no tenía ninguna parte en este crimen; pero sus padres, que eran unos irlandeses sin virtud, habían pensado tan poco en inspirársela que por el contrario la habían educado con la mira de que debiese algún día su fortuna a sus gracias naturales, y no habían cesado de decirle que no debía prometerse otra. El señor Filmer siempre que veía al señor Thomas, le celebraba la belleza de la señorita Obrien y con particularidad su inocencia, que es un poderoso atractivo para los disolutos. El señor Thomas, que seguía de buena fe sus nuevos propósitos, se contentó al principio con dar oídos a estas artificiosas insinuaciones; mas al fin la curiosidad le impelió a hacer una visita a las dos tías: la sobrina no estaba ausente y su hermosura correspondía a los elogios de Filmer. El señor Thomas la vio muchas veces y se apasionó tan vivamente por ella que confesó a su administrador que no podía vivir sin la irlandesa.

Así que únicamente se pensó en aprovecharse de su ceguedad. Hizo proposiciones muy útiles, pero en algún tiempo no quisieron oír hablar las tías más que de matrimonio. El señor Thomas había vivido demasiado en el mundo para que le engañasen tan fácilmente. Sin

embargo, las tías le hicieron también proposiciones, asegurando que no harían en ellas ninguna rebaja, aunque la niña que le profesaba, según le decían, un amor tan tierno cual nunca lo había tenido a nadie, se hubiese de morir de dolor y debilidad. Esto era lisonjear diestramente a un hombre que tenía dos tantos más de edad que su dama, y que aún era sensible al placer de ser amado.

Las proposiciones eran que ante todo asegurase a la señorita Obrien una pensión vitalicia de 500 libras, y que si se podía obtener el consentimiento de sus padres, les daría otra de 200 por la vida de ambos; que la señorita Obrien residiría en una de las haciendas del señor Thomas con coche y librea de su amante, y que por el bien parecer consentiría tácitamente en que ella tomase su nombre. Ambas tías dejaron a su arbitrio y generosidad la recompensa que creían merecer por tan importante servicio.

Estas peticiones parecieron excesivas al señor Thomas, y se resistió algún tiempo a condescender a ellas; pero habiéndose recurrido a todo género de artificios para seducirle, el amor, este nombre envilecido como ya lo he dicho, le obligó a someterse a su yugo. Sus embarazos eran suministrar estos nuevos gastos sin empeñar más sus haciendas y encontrar pretextos para tener aún más tiempo distante a su hijo. Por otra parte, la señora Oldham estaba inquieta desde que el señor Thomas le había hablado de la vuelta de su hijo, y quería dejar la residencia de Essex temerosa de hacerse tan odiosa a Charles Grandison como se había hecho a sus dos hermanas. Así pues, agitado con estas varias inquietudes, creyó que debía deshacerse ante todo de su antigua dama, y tomando el camino de Essex antes de haber firmado su nuevo convenio con las tías de la Obrien, resolvió con el fin de proveer a tantos gastos echar por tierra un excelente y bello bosque que esperaba, según decía, impacientemente el hacha, y que había no obstante reservado siempre como un recurso de que podía valerse su hijo para desempeñar parte de sus bienes.

El señor Thomas llegó a su hacienda de Essex, pero mientras que estaba aquí ocupado en sus proyectos y tratando del retiro de la Oldham que convino desde luego en él, teniendo esta novedad por principio de una verdadera reforma, le atacó una violenta fiebre y le privó en tres días de las fuerzas del cuerpo y del espíritu de que tanto tiempo había abusado. El administrador de Inglaterra tomó al punto la posta con la esperanza de hacerle firmar sus cuentas; mas el apresuramiento con que se presentó en la quinta hizo concebir sospechas que no permitieron a la Oldham dejarle ver a su amo. Filmer, que había ido a recibir a la señora Obrien para llevarla a Londres y hacer que concurriese a la conclusión del infame convenio de su hija, llegó también con sus cuentas en la mano, y encontrando en la quinta una terrible consternación, se retiró a una posada

inmediata algo confiado en el vigoroso temperamento del enfermo. Al sexto día le desahuciaron enteramente los médicos, y la Oldham comunicó la fatal situación de su padre a las dos hermanas, quienes se pusieron en camino inmediatamente. Era de creer que no tendrían mucho afecto a una mujer que había causado parte de sus pesares, y así Everard Grandison, que las acompañaba, le dijo de parte de ellas que por ningún motivo debía permanecer allí más tiempo. La Oldham había tenido la prudencia de retirar sus hijos; mas insistió constantemente en no irse ya por ternura, o ya por evitar las sospechas de haber ocultado algunos efectos, porque después de la muerte del señor Thomas no esperaba tuviese ninguna compasión de ella su familia. ¡Desventurada mujer! ¿Con qué título había de haber aspirado a ella? Caroline consintió e hizo consentir a su hermana en que permaneciese; pero nada fue tan desagradable para ellas como oír a su padre en su delirio repetir incesantemente el nombre de la Obrien, aunque no habían sabido nada del nuevo convenio que ignoraba asimismo enteramente la Oldham. Algunas veces se le oía proferir también el nombre de su hijo, mas siempre hacía esto mostrando señales de temor y confusión. Al octavo día se despidieron los médicos y las dos hermanas enviaron una posta a Charles para que acelerase su vuelta. Sabían por cartas recientes que habiendo dejado a Emily Jervois en Florencia bajo la custodia del doctor Bartlett, había venido a esperar en París el permiso de venir a Inglaterra. Al décimo día volvió algún tanto en sí el señor Thomas, y habiendo reconocido a sus hijas derramó lágrimas doliéndose de no haber sido con ellas un padre más afectuoso y tierno. Habiéndose acercado a su lecho la Oldham, se confesó culpado de la mala conducta que había tenido; mas este intervalo de razón duró poco y habiendo vuelto a su delirio expiró al anochecer con las más violentas agitaciones. Añade, querida, una lágrima a las mías por el terrible fin del señor Thomas Grandison, aunque no le hemos conocido.

Las dos hermanas, Everard Grandison y la Oldham pusieron para seguridad suya sus sellos en todos los lugares o partes en que podía suponerse que había papeles de importancia o efectos preciosos. Everard tomó además a su cargo el despedir a la Oldham, y aunque no era más apreciable que ella, tuvo la dureza de negarle hasta el permiso de llevarse sus vestidos. Los malos, querida mía, son los que afectan mayor severidad en el castigo de los demás. La Oldham lloró muy amargamente, quejándose de semejante rigor; pero lejos de tenerle lástima, Everard le dijo que recurriese después a su primo Charles, haciéndole temer más severa justicia de su parte. Entonces apeló a las dos hermanas, quienes le echaron en cara la vida que había tenido contra lo que le dictaban sus propias luces, y principalmente el abuso que había hecho de la confianza de su padre para inspirarle en

orden a sus hijas una crueldad no conforme a su genio. Unas señoritas tan bien educadas tenían razón sin duda para disculpar la conducta de su padre; pero la infeliz Oldham lo pagó todo.

De tal suerte me he dejado arrastrar del interés que tomo en esta historia que no la he interrumpido para hablarte del gusto y placer con que aquí vivimos. Ambas hermanas ponen todo su cuidado en hacer que me parezca el tiempo demasiado corto y breve. Emily me agrada mucho por su dulce índole y por un no sé qué de sencillez y puerilidad que no podía esperarse de lo grande de su talla. Milord L... es el hombre amable y juicioso que ya te he pintado.

Pero ¡mañana es viernes y aún no ha venido Charles! Canterbury será una ciudad muy seductora. ¿Has estado tú, querida mía, alguna vez en Canterbury?

Mañana ha de hacer milady D... su visita a tía, y creo que mi carta llegaría a buen tiempo. Mi impaciencia es muy grande... mas ¿por qué he de estar impaciente? Milady D... es la bondad misma, y espero que no tomará a mal mi repulsa y con especialidad que no hará más instancias.

Aún me queda que contarte gran parte de la historia de esta familia. ¿Por qué no se escribirá tan pronto como se habla? Pero, Lucy, ¿no deseas estar más bien informada de lo respectivo a la señorita con la cual había empezado el señor Thomas a tratar el casamiento de su hijo? ¡Oh, querida mía! Cualquiera que sea el estado actual de estas capitulaciones, hay una señorita en el mundo por la que ambas hermanas se interesan. Esto he descubierto y verosímilmente no tardaré mucho en saber cómo se llama, o por lo menos si Charles le tiene afecto. Adiós, amadísima Lucy, que bien pronto leerás la serie de mi relación.

Carta XL
Harriet Byron a Lucy Selby

Ya sabes, querida prima, cuántos negocios importantes dependían de la conducta y decisión de Charles Grandison. Milord L... estaba entonces en Escocia, donde había casado a dos de sus tres hermanas, y se ocupaba en el arreglo de sus haciendas y negocios para depender lo menos que fuese posible de la justicia o de la generosidad del señor Thomas Grandison. Charlotte estaba en un todo dependiente del afecto de su hermano. La desdichada Oldham había ya tenido fatales pruebas de la mudanza de su fortuna, y no podía dudar de que ambas hermanas con tantos motivos de aversión irritarían contra ella a un hermano cuyo caudal había contribuido a disminuir con las profusiones de su padre. Los dos administradores temblaban de que llegase su nuevo amo por la duda de si querría aprobar unas cuentas

mal hechas y cuyo finiquito por su continuo delirio no había podido firmar su padre. La señorita Obrien, su madre y sus dos tías aunque frustradas sus principales esperanzas tenían algunas pretensiones que les causaba pudor formalizar. Milord W..., tío materno de Charles, no tenía que tratar entonces de ningunos intereses con el hijo de su hermana; pero siendo este su más próximo heredero no podía evitar un trato cuyo temor aguaba ya sus placeres. Además, Milord W... no había tenido buena armonía con el señor Thomas, y esta antigua indisposición se extendía hasta el hijo. Desde la muerte de su mujer se dejaba gobernar por una dama que no igualaba ni en nacimiento, ni en talento, ni en educación a la Oldham, y esta mujer que sólo debía a su sagacidad el ascendiente que tenía sobre él, no le hacía desear ni la vuelta ni la amistad de su sobrino. En fin, las capitulaciones que había empezado el señor Thomas debían tenerse también en alguna consideración para continuarlas o romperlas enteramente. Tal era el estado de los negocios de esta familia, cuando recibió Charles Grandison el correo de sus hermanas.

Charles no les respondió; pero partiendo inmediatamente a Calais hizo su viaje con tanta prontitud que entró en Londres dos días después de la muerte de su padre. Sus hermanas que no recibían respuesta, creyeron que llegaría tan pronto como una carta y le esperaban de hora en hora. Considera, querida mía, cuál sería su agitación al acercarse un hermano a quien no habían visto en ocho o nueve años, un hermano de quien dependía toda su fortuna, un hermano a quien un padre se las había pintado culpadas y un hermano que había sido fiel e invariable en el cumplimiento de todos sus deberes.

Al instante que se presentó en su silla de posta, se le abrieron todas las puertas y sus dos hermanas salieron a recibirle. Su noble aspecto que las circunstancias hacían más grave y majestuoso, les causó tanto respeto como ternura y admiración.

—¡Oh, hermano mío! —exclamó Caroline yendo hacia él con los brazos abiertos; pero como detenida por cierto temor añadió—: ¡puedo yo decir hermano mío! —Y con su turbación estuvo cerca de desvanecerse.

Charles corrió a abrazarla para sostenerla en sus brazos. Charlotte igualmente conmovida de la turbación de su hermana y de la presencia de su hermano, entró al punto en el aposento de donde acababa de salir y sólo tuvo fuerzas para echarse en una cama. Charles la siguió llevando abrazada a Caroline y animándola con las más tiernas expresiones. Sus miradas ansiosas avanzándose hacia Charlotte, y su mano que le alargó para hacerle tener confianza, la alentaron y confortaron bien pronto. Se levantó y le echó los dos brazos al cuello, y Charles estrechando a sus dos hermanas contra su

pecho les dijo:

—Recibid a vuestro hermano y a vuestro amigo, y confiad en su ternísimo y constante afecto.

Estas expresiones y el tono con que las profirió fueron, según me han dicho ambas hermanas, como un bálsamo que calmó su conmoción. Después de haberse sentado los tres, Charles que se había puesto enfrente de ellas las miró muchas veces como si no pudiera saciarse ni satisfacerse de verlas, y tomando a cada una una mano les dijo:

—¡Cuántos atractivos y cuántas gracias! ¡Con qué admiración miro a mis hermanas! Preciso es que las prendas del alma correspondan a las del cuerpo. ¡Qué placer, qué orgullo me causará tener tales hermanas!

—Charlotte —dijo entonces Caroline tomando la otra mano de su hermana—, ¿no adviertes en las facciones de nuestro hermano todo cuanto se nos ha dicho de su bondad? ¿Por qué me habré yo asustado?

—Confieso —respondió Charlotte— que yo me desmayé. No puedo decir por qué, mas nosotras hemos temblado… Sí, hermano, hemos temblado… ¡Oh, Charles mío! Nunca hemos pensado en faltar a nuestro deber —Y en esto derramaban ambas copiosas lágrimas.

—Amad a vuestro hermano —les dijo—, amadme como yo procuraré granjearme vuestro afecto. Las hijas de mi madre no pueden haberse apartado de su obligación. Inadvertencias solamente, fatales equivocaciones… ¿No erramos todos los hombres? Pero echemos respetuosamente un velo… —Y no pudo acabar.

Estrechó sucesivamente contra sus labios las dos manos que aún tenía asidas, y habiéndose levantado se fue hacia la ventana sacando su pañuelo. ¿Qué ideas le causarían semejante alteración? Sin duda eran la vituperable conducta de su padre y la imagen de su reciente muerte. No es extraño que un hijo como Charles no pudiese apartar de su imaginación en este instante muchas tristes reflexiones. Después, viniendo hacia sus hermanas, les pidió permiso para retirarse por algunos momentos.

—Un padre —les dijo volviendo la cara— exige este tributo.

Entonces puso la vista con un aspecto enternecido en los retratos de su padre y de su madre que tenía al frente, y sin hablar más palabra dejó a sus hermanas haciéndoles una profunda reverencia.

Media hora después volvió con otro traje, y saludándolas con un agrado que acabó de desterrar todos sus temores, hizo que volviese a principiar el dichoso reinado de la confianza y unión fraterna.

A este tiempo llegó Everard Grandison. Creo haberte dicho en otra carta que tomando algunas veces un tono conforme a su conducta se lisonjeaba de burlarse mucho del carácter serio que se atribuía a su primo, y aun de hacerle entrar en las diversiones de Londres y

transformarle en un hombre de fino gusto; pero le sorprendió tanto el aire de dignidad que observó en toda su persona, y le agradaron tanto no obstante la gracia y despejo de sus modales que no pudo menos de decir después a sus hermanas:

—¡Qué hombre es vuestro hermano! ¡De cuántas satisfacciones no se ha privado mi tío!

Everard habló a su primo de las circunstancias de la enfermedad y de la muerte de su padre. Se irritó contra la Oldham lisonjeándose de la conducta que había tenido con ella, y trayendo a la memoria todo cuanto se le podía vituperar en orden a su ilícito trato, ponderó su obstinación en permanecer en la quinta hasta el último momento de la vida del señor Thomas y la presunción de exigir que se pusiese su sello en todas partes junto con el de la familia. Charles oyó esta relación sin dar ningunas muestras de aprobarla ni de vituperarla. Preguntó si se había encontrado algún testamento y Everard le respondió que por más que se había buscado, no se había podido hallar.

—Pues lo que yo pienso hacer —dijo entonces Charles— es colocar las venerables reliquias de mi padre con las cenizas de mi madre: sé que mi padre tuvo siempre esta intención. Para honrar la memoria de ambos se erigirá un sepulcro menos suntuoso que elegante con una inscripción modesta que contendrá más bien una instrucción para los vivos que un elogio de los muertos. El funeral será decente, pero sin ostentación, y lo que había de emplearse en esta servirá para socorrer secretamente a los necesitados de la parroquia o a algunos pobres arrendadores de mi padre que estén cargados de una numerosa familia, y que emplean honradamente su trabajo y su industria para mantenerla.

Estas ideas parecieron extrañas a Everard Grandison, y recordó a su primo la pasión que había tenido siempre su padre por la magnificencia; pero ambas hermanas las tuvieron por muy apreciables y se lisonjearon de aplaudirlas. Así pues, se ejecutó la ceremonia brillando igualmente la decencia y la piedad.

Inmediatamente que cumplió Charles con este primer deber en la quinta de Grandison donde está el sepulcro de sus mayores, pasó a Londres con sus hermanas para comenzar en presencia de ellas a quitar el sello en la quinta de St. James-Square. Aquí no encontraron nada de importancia más que los muebles y un gran número de papeles que en pocos días puso en un bello orden, en que no habían estado hacía mucho tiempo. Desde esta casa se trasladaron a su hacienda de Essex, y Charles dijo a sus hermanas que no se podía omitir el comunicar a la Oldham, la cual se había alojado en una granja inmediata, que se necesitaba de su presencia para quitar los sellos, pues que allí había puesto el suyo. Las dos hermanas rogaron a Charles que no las pusiese en precisión de verla, y él consintió en ello

diciéndoles que hubiera querido poder excusarse de lo mismo, pero que había de hacerse todo lo que era debido. Así que esta pobre señora fue llamada y se presentó en la quinta temblando.

Estoy cierta, mi querida Lucy, de que no ha de desagradarte lo acaecido en esta ocasión. Yo estuve embelesada mientras me lo contó Charlotte, a cuya memoria ayudaba la de su hermana. Bien sabes que yo gusto de estas escenas patéticas en que el remedo de las palabras y de los gestos forma un retrato vivo y natural.

No esperando Charles que llegara tan pronto la Oldham, estaba en sus cuadras con su caballerizo viendo los caballos de su padre, que eran muchos y de los más hermosos del reino, y en este tiempo por equivocación de un ayuda de cámara fue conducida la pobre mujer al aposento de las hermanas.

—¿Cómo es eso? —dijo Caroline al criado—: aquí no tiene a qué venir.

—Perdonadme, señoritas —respondió ella con mucha humildad, y haciendo una profunda reverencia iba a retirarse; pero Charlotte la detuvo con decirle:

—Mi hermano es quien os ha llamado, y creed que nosotras no hemos tenido en ello parte. Mi hermano dice que debéis estar presente cuando se quiten los sellos, porque tuvisteis por conveniente poner también el vuestro. Vuestra presencia no le agradará más que a nosotras, pero sin embargo preparaos para verle. Parece que no os halláis en disposición de ello, mas no lo extraño.

Ya te he dicho muchas veces, querida mía, que Charlotte se echa en cara haber sido demasiado viva, y que cree deber al ejemplo de su hermano muchas útiles mudanzas que advierte en su propio carácter.

—¡En disposición de ello! —respondió la pobre señora— ¡Ay de mí!, en muy mala me hallo por cierto y aun en peor, señoritas, que lo que podéis pensar. Permitidme que implore vuestra generosidad y aun no temo decir vuestra compasión. De una y de otra necesito, pues a la verdad mi suerte es digna de lástima.

—Es la que merecéis —le dijo Charlotte.

—Estoy segura —añadió Caroline— de que son mayores nuestras penas.

Ella me ha confesado que tenía entonces a su amante en la cabeza como en el corazón.

—Si yo pudiera salir sin ver al señor Charles —replicó la Oldham —, os lo estimaría como un gran favor: yo no me siento con ánimo de soportar su vista; de buena gana renuncio a ver quitar el sello. Todo lo espero, señoritas, de vuestra piedad y la suya.

¡Crueles niñas! ¿Les daré yo este nombre, amada Lucy? Sí, por cierto. Ellas no dijeron a la Oldham si gustaba de sentarse, aunque veían su extremado terror y que tenía la modestia de estar de pie en

su presencia. ¡Cuánto no humilla la conciencia a un alma culpada, cuando van acompañados sus baldones y reconvenciones del peso del infortunio! Pero ¿no debería compadecerse la virtud viendo que el ofensor confiesa con su postura, con su conducta y con sus expresiones que Dios ha descargado su mano sobre él? Sin embargo, es quizás cosa dura para los que padecen... Veamos: ¿he perdonado yo de todo corazón a Hargrave Pollexfen? Yo reflexionaré sobre este punto en otra ocasión.

—¿Y qué, os habéis puesto luto, señora, y aun luto riguroso? Vuestros títulos están verosímilmente en el lugar de vuestra residencia.

¿Diré yo que fue Caroline quien dijo esto?

Ya te he dicho, querida, que muchas gentes llamaban a la Oldham milady Grandison, y que por su nacimiento, su educación y sus luces aunque demasiado débiles para defender su virtud de la necesidad y la tentación, hubiera podido aspirar a este título.

La Oldham respondió modestamente:

—Mi luto es verdadero, pero os aseguro, señoritas, que jamás he tomado un título que nunca he pensado adquirir.

—Pues el público —replicó Charlotte— os ha hecho una grande injusticia.

Entonces la triste Oldham entregó a las dos hermanas las llaves de la guardarropa, de la repostería y de las bodegas que a nadie se le ocurrió pedírselas cuando dejó la quinta, y les pidió perdón aun otra vez de haberse presentado a ellas sin que la hubiesen llamado. Las hermanas mandaron a una criada que tomase las llaves.

Después dijo Caroline:

—Mi hermano viene.

Y Charlotte añadió:

—Ahora veréis, señora, lo que os pasa con él.

La infeliz mujer se puso pálida y echó a temblar. ¡Qué latidos le daría su corazón!

En esto entró Charles. Las hermanas estaban en lo último del aposento y la Oldham cerca de la puerta. La saludó muy cortésmente y le dijo:

—Yo supongo que tengo el honor de saludar a la señora Oldham: tomaos la molestia de sentaros. Os he hecho llamar para que presenciéis y veáis quitar los sellos: hacedme el favor de tomar asiento. Entonces la tomó de la mano, la llevó a una silla y se sentó entre ella y sus hermanas. Estas confiesan que las sorprendió semejante cortesanía, y yo digo que mis queridas amigas se olvidaron en este momento de que la justicia y la bondad son inseparables en un alma virtuosa.

—Sosegaos, señora —prosiguió el generoso hermano, observando

con ojos compasivos la turbación de la Oldham, e inmediatamente se volvió hacia sus hermanas como para darle tiempo de serenarse. Un torrente de lágrimas la alivió, y aunque hizo esfuerzos para sofocar algunos sollozos, no se dejaron de oír. Llamando esta conmoción la atención de las dos hermanas, se levantó Charles, y con el pretexto de hacerles algunas preguntas sobre un retrato que había en el otro extremo de la sala las llevó hasta él. Después, volviéndose hacia la Oldham, acercó su silla cuanto pudo a la suya y le volvió a tomar la mano.

—No ignoro, señora —le dijo—, vuestra triste historia: tranquilizaos —La dejó algunos momentos para que se serenara y volviendo añadió—: vos veis en mí un amigo que os da gracias por todos los beneficios que nos habéis hecho y que aun echa en olvido todos los motivos de queja.

Enajenada al ver tanta bondad iba a echarse a los pies de Charles, pero este la detuvo.

—Vuestra desgracia —le dijo— ha consistido en no haber velado bastante sobre vos misma. Sin embargo, sé que el amor ha tenido mucha parte en ella y que vos merecíais el que se os ha profesado. Las disipaciones y el mal manejo de vuestro caudal os han traído a nuestra familia. Vos habéis gobernado muy bien esta hacienda mientras que habéis residido en ella, pues tengo pruebas de esto por escrito de mano de persona cuyo testimonio debemos respetar aquí todos.

Es muy verosímil que el señor Thomas en sus cartas a su hijo le hablaría de la Oldham como de una mujer inteligente a quien confiaba el cuidado de sus negocios, y que sólo con este aspecto querría mirarla un hijo tan respetuoso. La Oldham dijo algunas palabras acerca de los cuidados que había tenido... de lo que hubiera hecho... si... la... pero Charles la interrumpió diciendo:

—Señora, no hablemos más de eso. Mi primo Everard que es de una bella índole, pero sobremanera ardiente, me ha dicho que os ha tratado con rigor asegurando que lo sufristeis con paciencia. La paciencia es una virtud que nunca va sola. Se ha engañado en pensar que quisisteis sin razón tener parte en el sello, y aun me inclino a creer que una mujer tan prudente como vos no pudo faltar en esto a su deber. Para formar un juicio acertado de la conducta de otro es necesario ser capaz de figurarse en su situación y de ponerse como en su lugar.

—¡Oh, hermano mío! —exclamaron a un tiempo las dos hermanas con una mezcla de confusión y admiración; pero Charles les suplicó que se serenasen por un momento.

—Todos cuantos estamos en el mundo —añadió— ¿no tenemos necesidad de alguna indulgencia?

Las hermanas confiesan que esta expresión les causó sentimiento,

recelando si acaso provendría de las acusaciones de su padre. No obstante, ¿cómo se habían de dar por agraviadas viendo tanta paciencia y dulzura en un hermano mucho más interesado que ellas en esta escena? Charles, valiéndose del pretexto de que aún faltaba mucho tiempo para la comida, pidió chocolate, y dirigiéndose a la Oldham, le dijo atentamente que sin duda sabría dónde estaba esta provisión. Ella respondió que había entregado las llaves y Caroline las ofreció a su hermano, quien mandó a una camarera que fuese por el chocolate, suplicando a la Oldham que tuviese la bondad de servirla de guía.

Las dos hermanas comprendieron fácilmente que esto era un pretexto para dar algunos instantes de desahogo a esta desventurada mujer, y para proporcionar tiempo de hacerles aprobar la conducta que quería tener con ella. Inmediatamente que la Oldham salió, les habló Charles en estos términos:

—Permitidme, mis amadas hermanas, que os suplique forméis un juicio algo más favorable de mí en la presente ocasión. Yo no soy capaz de desagradaros; pero nosotros no debemos arreglar nuestra conducta por el mérito de esta afligida mujer, y la memoria de nuestro padre se interesa en ello. ¿Debía él darnos cuenta de sus acciones? ¿Y nos la debe ella dar de las suyas? Ambos estaban independientes. Nosotros sí que debemos ser justos con la señora Oldham por amor de ella, generosos por nuestro propio honor y aun bondadosos por respectos de un padre a quien junto con la vida lo debemos todo. Everard la acusa de haber vivido con demasiado fausto; pero ¿es a ella a quien debemos acusar por esto? Y si nosotros no nos olvidamos de quien nos ha dado el ser, ¿parecerá bien que por semejante motivo acusemos a nadie? Demasiado notoria era la pasión de nuestro padre por la ostentación. Le agradaba mucho esta casa y sus nobles inclinaciones le acompañaban por todas partes. Yo tengo muchas cartas suyas en que me celebra la economía de la señora Oldham. ¿No tenía libertad para hacer de sus bienes lo que quisiese? A nosotros no nos corresponden hasta después de su muerte, y él pudo haberlos disminuido mucho más. Únicamente con el aspecto de mujer económica que es el que la favorece, debemos mirar a la señora Oldham. Si no ha usado siempre de su bondad nuestro padre con sus hijas, estas pueden alegrarse de haberlo merecido todo de él; y siendo cierto que los padres tienen una justa autoridad sobre sus hijos, es mucha gloria para ellas haberse sometido a la del suyo. Nuestro padre pudo haber dado a la señora Oldham un título que nos hubiera obligado a respetarla. Mis hermanas han recibido un alma noble de la naturaleza y son hijas de la más generosa e indulgente de todas las madres. Everard ha sido demasiado riguroso; pues me persuado a que vosotras no le daríais motivo para serlo, aunque sin duda no tuvo más

mira que la de servirnos. Por otra parte, no habiéndome podido dispensar de ver a esta mujer desventurada, he querido formar juicio de su conducta antes de recomendarla a vuestra bondad. ¿No está ya bastante humillada? Yo me compadezco de ella de todo corazón. Amaba a nuestro padre y no dudo de que le llora en secreto, aunque no ose confesar ni hacer presente en favor suyo su amor. ¿Quién nos quita que la consideremos solamente como un ama que tenía en esta hacienda? Es digno de nosotros hacer pensar al público que no la miramos con otro aspecto. En orden a los testimonios vivos... (¡infelices inocentes!) siento que lo que causa las delicias de otras madres, sólo pueda ser en la presente ocasión motivo de pudor y vergüenza; pero guardémonos de publicar yerros que suponen dos culpados. ¿Qué más he de decir? Sería doloroso para mí tener algo más que deciros y acaso os he dicho demasiado. Las circunstancias son de tal naturaleza que no me permite darles toda su fuerza. Amadas hermanas, os pido por favor que me dejéis la dirección de este negocio, en lo cual me complaceréis mucho. Estoy muy distante de exigir esto como de justicia; pues yo me despreciaría a mí mismo si fuera capaz de hacer semejante uso de las facultades que puedan corresponderme por muerte de padre.

Las dos hermanas sólo respondieron con lágrimas, pues tantas imágenes patéticas las habían enternecido hasta quitarles el uso de la palabra. No obstante, la vuelta de la Oldham que vino a traerles en sus propias manos el chocolate, dio motivo a algunos nuevos rasgos de severidad. La recibieron bajándole un poco la cabeza, sin hacerle más cortesía; pero Charles, disgustado de esta dureza, tomó prontamente una jícara y se la ofreció a la Oldham y la precisó a recibirla. Después del desayuno, le propuso Charles que se comenzase la visita de los aposentos.

—Subamos, si gustáis —le dijo—, pues voy a mandar que se abran las puertas, y mis hermanas se tomarán la molestia de acompañaros.

Las dos señoritas se levantaron para seguirle, y ya te harás cargo de que al pasar por delante de la pobre Oldham las saludaría esta con una profunda reverencia. Paréceme que las veo ir con la cabeza derecha tan majestuosamente como nuestras duquesas en una procesión de coronación. Charlotte confiesa que le parecieron excesivas las atenciones de Charles. Subiendo con su hermana a quien llevaba asida, no pudo menos de decirle que era cosa muy extraña tanta cortesanía, y Caroline respondió que no sabía absolutamente a qué atribuirla. Pensaban que su hermano no las oiría; pero yendo delante aplicó el oído, y mientras que la Oldham aún estaba distante, se volvió a ellas y les dijo en voz baja:

—No hagáis demasiado poco, hermanas mías, y os prometo que en nada haré demasiado. Ella es mujer de ilustre nacimiento y conoce su

infortunio: tened presente que en nada depende de vosotras ni ha dependido nunca.

Las dos hermanas se mudaron de color y se miraron recíprocamente con alguna confusión.

—Mi ánimo no es el de disgustaros —añadió en un tono más tierno —; pero permitidme que cuando aún es tiempo, os haga presente que tenéis ahora una bella ocasión para mostrar sentimientos dignos de vosotras.

Cuando llegaron a la puerta del aposento en que habitaba de ordinario y había muerto el señor Thomas, se puso la Oldham pálida de repente y pidió que se la dispensase de entrar en él. Lloró muy amargamente y dijo a Charles:

—Me lisonjeo, señor, de que todo lo encontraréis en buen orden, y estoy dispuesta a responder a cuantas preguntas se me hagan; mas permitidme que os espere en otro aposento inmediato.

Carlos consintió en ello y dijo a sus hermanas:

—¡Infeliz mujer! ¡Qué situación la de no poder mostrar delante de nosotros una ternura que es la gloria de su sexo y de toda la especie humana!

En un armario de la alcoba encontró Charles un bellísimo cofrecito con un rótulo de letra del señor Thomas que decía: *joyas de mi mujer*. La llavecita estaba pendiente de una de las asas con un cordón de oro. Charles les preguntó si no se había hecho entre ellas la partición de los diamantes de su madre, y Caroline respondió que muchas veces había hablado su padre de hacerla; pero que no gustando de verlas muy compuestas, lo había diferido siempre para el tiempo de su matrimonio.

—Tomad lo que os pertenece —les dijo Charles poniendo el cofrecito en sus manos—: es superfluo que yo asista a su apertura, pues no dudo de que entre dos hermanas que se aman tan tiernamente, no puede suscitarse ninguna disputa. El cofrecito pesa mucho y así creo que encontraréis en él más que diamantes.

Mientras que Charles hacía un inventario de muchos papeles, se retiraron las señoritas a hacer el de los dijes. Con los diamantes de su madre que estaban guardados en una cajita muy preciosa, encontraron tres bolsillos de los cuales uno tenía 500 guineas con esta inscripción: *ahorros de mi juventud;* y otras 120 piezas de oro en dos papeles con los nombres de dos tías de quienes milady Grandison había recibido este presente. El segundo bolsillo tenía 400 guineas en varias monedas de oro que había debido a la liberalidad de su madre, y el tercero tenía una muy extensa inscripción en que decía que lo regalaba a su hijo, y hacía un elogio muy tierno de sus grandes prendas y muchas súplicas a Dios por que se confirmasen las esperanzas que había dado en su primera edad. Las dos hermanas llevaron inmediatamente este

bolsillo a Charles, quien habiéndolo tomado y leído la inscripción, volvió un poco la cara y les dijo:

—¡Excelente madre! Aún todavía habla por muerta que esté. ¡Quiera el cielo oír las súplicas de su ternura!

Después, abriendo el bolsillo encontró en él cinco grandes monedas de la coronación de diferentes príncipes, tres sortijas de diamantes, una rica caja de oro y lo que fue más precioso para él que todo lo demás, un retrato de su madre misma montado en oro y guarnecido de diamantes que era una copia viva y admirable de su original. Las dos hermanas me prometieron decir a Charles que me lo mostrase. Charles lo tomó con ansia y habiéndolo mirado atenta y silenciosamente algún tiempo lo besó con tanta terneza que derramó algunas lágrimas. Salió por un instante para serenarse de tan fuerte conmoción, y habiendo vuelto con un rostro sereno le dieron cuenta sus hermanas de lo que habían encontrado en los otros dos bolsillos, y le ofrecieron el dinero contentándose con tomar los dijes y diamantes. Charles tomó los tres bolsillos y vaciándolos sobre una mesa mezcló todo cuanto contenían y dijo a sus hermanas:

—Su valor puede ser desigual y mezclándolos así os será más fácil la partición. Este retrato —añadió metiéndoselo en su pecho— es más precioso para mí que todo el oro y todos los diamantes que os quedan.

Te pido perdón, querida Lucy, porque me extiendo en todas estas particularidades; bien que aunque no lo obtuviera, me sería imposible dejar de hacerlo. Me causa un delicioso placer pintar los objetos que me agradan; por Dios que no me lo quites: acaso lo pagaré bien caro. Me es imposible decirte cuánto admiro a este hombre.

Es sábado por la noche y aún no ha venido Charles. Sea en buena hora.

Habiendo concluido Charles y sus hermanas la visita del aposento de su padre, siguieron a la Oldham al suyo. ¡Excelente habitación por cierto! Esta fue la primera observación de Charlotte; pero ¿no sabía cuál había sido la situación de esta mujer y que había sido dueña absoluta en la casa? Su hermano le echó una mirada seria.

La Oldham les mostró ante todo el amueblado y algunos buenos cuadros que según dijo, eran reliquias del antiguo caudal de su marido y que había conservado mediante cierto convenio con los acreedores.

—En este lugar —prosiguió, mostrándoles un retrete— se encierra todo lo que poseo en el mundo. El señor Everard Grandison tuvo por conveniente poner en él su sello, y aunque le supliqué que me dejase sacar 50 guineas, porque tenía muy poco dinero conmigo, rehusó condescender en ello y me ha causado algunas molestias; pero ahora, señor, recurro a la bondad vuestra.

Las dos hermanas confiesan de buena fe que se irritaban al ver todo

lo que se ofrecía a su vista, y que se dijeron una a otra que no debía tenerse ninguna indulgencia con una mujer que parecía no la esperaba. ¡Cuán gloriosa es la bondad, querida mía, ya se considere en sí misma, ya en sus influjos! Estas dos amables hermanas estaban muy distantes antes de la vuelta de su hermano de ser lo que son al presente, como no se cansan de decirlo ellas mismas.

—Contad, señora —le replicó Charles—, con que se os hará justicia. Mi primo Everard se abandonó algún tanto a su viveza natural, creyéndose obligado a ello en un asunto de confianza. Vos podéis tener en este retrete cartas y papeles que no tengan ninguna relación con nosotros, y así quito el sello dejando a vuestro cuidado el mostrarnos todo lo que se debe poner en el inventario: nada más quiero ver.

Entonces ofreció la Oldham exponerlo todo a la vista de las dos señoritas.

—Sí —dijo Caroline, y al mismo tiempo se adelantaba con su hermana; pero Charles las tomó a las dos de la mano y las hizo salir con él, diciendo a la Oldham que podía disponerlo todo a su arbitrio y que ellos la esperaban en el aposento inmediato.

—Tú eres generoso con extremo —le dijo Charlotte, y Charles respondió:

—Por lo menos quisiera serlo. ¿No deben ser sagrados los retretes de las mujeres? Además, tened presente de quiénes fue aya esta mujer.

Algunos momentos después fue la Oldham llorando a suplicar a las señoritas y a Charles que volviesen al retrete, y habiéndolo hecho vieron sobre la mesa y las sillas muchos papeles, ropa blanca y encajes que había extendido por ellas.

—Estos papeles, señor —dijo a Charles—, os pertenecen a vos: yo tenía orden de guardarlos con cuidado.

¡Pobre mujer! No se atrevió a nombrar el sujeto que le había dado esta orden. Charles le preguntó si había allí algún testamento, y ella le respondió que no creía lo hubiese, y que según se le había dicho, aquellos papeles eran respectivos a las haciendas de Irlanda.

—¡Ay de mí! —añadió enjugándose los ojos—: demasiadas razones tengo para creer que ha faltado tiempo para hacer un testamento.

—Supongo, señora Oldham —le dijo con bastante malicia Charlotte—, que vos haríais instancias por que se hiciese.

La Oldham confesó que había hablado muchas veces de testamento y Caroline dijo que no lo dudaba; pero Charles, para interrumpir estas amargas expresiones, dio que le parecía un testamento una de las más prudentes acciones de la vida, y que creído en esto jamás viajaba sin el suyo.

—Aquí están, señor —le dijo la Oldham abriendo una gaveta—, mi dinero, mis billetes y todo lo que he podido juntar por medios que

como es testigo el cielo, nada tengo que vituperarme.

—¿Puedo yo preguntar —dijo Caroline— a cuánto asciende todo esto?

Mas Charles respondió prontamente:

—¿Qué importa saberlo, hermana mía, cuando asegura la señora Oldham que todo lo ha adquirido honradamente?

Las hermanas se dijeron una a otra, como me lo han confesado:

—¡Ah!, no lo dudamos.

¿No te causa extrañeza, Lucy, su obstinado odio? Temo crea justificado tío con este ejemplo su parecer de que una de las cosas más difíciles del mundo es la de reducir a la razón a una mujer que se ha apartado de ella.

—Me parece —respondió la Oldham— que todo podrá ascender a 1200 libras —E inmediatamente miró a las dos señoritas como si esta confesión le hubiera hecho temer su censura.

—¡1200! —dijo Charlotte— ¡Ay, hermana mía!, que nosotras hubiéramos quedado contentas si hubiésemos tenido algunas veces otros tantos chelines que partir.

Charles, a quien disgustaban todas estas expresiones, respondió que en su edad y en la casa de su padre no podían haber tenido necesidad de grandes cantidades; pero que habiendo llegado a estar independientes pensaba que no se limitaría su caudal a 1200 libras. Las hermanas le mostraron su agradecimiento con una profunda reverencia, aunque no creían menos por esto que los ahorros de la Oldham eran excesivos. ¿No debían considerar, amada Lucy, que esta desdichada mujer tenía dos hijos, por no decir nada de otra persona?

Trémula, como aseguran las dos hermanas, prosiguió la Oldham mostrando otra gaveta que según les dijo, contenía algunos presentes; pero añadió que no los pedía, que nunca los había deseado, que no se los había puesto más que una vez y que no pensaba hacer uso de ellos jamás. Quiso abrir la gaveta y Charles le dijo:

—No, señora, excusaos esa molestia: los presentes son vuestros y no lo es menos el dinero que está ahí. Yo me guardaré muy bien de cercenar nada de lo que han debido otros a la liberalidad de mi padre. ¿No era dueño de sus acciones? Si hubiese hecho testamento, ¿no hubiera confirmado todo lo que había hecho por vos? Decidme, señora Oldham, y decidme vosotras, amadas hermanas, qué favor o beneficio por pequeño que sea, ha tenido intención de hacer a alguien, y yo lo haré con tanta exactitud como si me hubiera obligado a ello en su última voluntad. ¿Hemos de limitarnos a los deberes que son de rigurosa justicia? La ley no se ha hecho para el hombre de conciencia y de honor.

¡Válgame Dios! Este hombre, querida Lucy, me ha de volver el juicio.

¿Adivinarás tú qué es lo que me ha hecho detenerme aquí? Yo solté la pluma, me puse a pensar y he llorado de alegría: de alegría según me parece, amada prima, de que haya en el mundo un joven de semejante carácter. ¿Qué otra puede ser la causa? Mas voy a continuar, aunque no están todavía muy enjutos mis ojos.

Sus hermanas confiesan que se quedaron confundidas, pero que aún no había llegado el tiempo en que habían de aprobar de corazón todo lo que le veían hacer.

La bondad de Charles enterneció tanto a la Oldham que derramó algunas lágrimas, en las cuales tendría parte también sin duda su arrepentimiento. Ofreció a las señoritas mostrarles... diamantes, supongo, pues interrumpiéndola Charles y deteniendo el brazo que alargaba hacia la gaveta, le dijo que sus hermanas tenían el apellido de Grandison. Abrió otra de donde sacó 40 guineas y algún más dinero, y le dijo:

—Esta cantidad os pertenece, pues la he recibido durante la última enfermedad de vuestro señor padre. Me queda algún más dinero, como resultará de mis cuentas que estaban casi concluidas cuando se me dio la orden de dejar esta casa: pronto las acabaré para ponerlas en vuestras manos.

Charles renunció entonces lo que le ofrecía, diciéndole que ella tendría la bondad de hacerse cargo de este dinero en las cuentas.

La Oldham le mostró varios papeles que podían ser respectivos a los negocios de la familia, y mientras que estaba ocupado en verlos, pasaron sus hermanas con ella a otra pieza, donde encontraron dos grandes armarios de ébano en que estaban sus vestidos. Las hermanas confiesan que no pudieron resistirse a la curiosidad de verlos, y la Oldham muy deseosa de complacerlas había abierto uno de los armarios y sacado de él un vestido, cuando entró Charles. Este se mostró disgustado y llevándose aparte a sus hermanas les preguntó, si lo que veía hacer a la Oldham era de su propio movimiento. Añadió que les suplicaba dijesen que lo hacía por causa de ellas mismas, para no darle motivo de pensar que había en el mundo una mujer que en tales circunstancias se alegraba de hacer admirar sus vestidos. Charlotte, que comprendió el sentido de estas expresiones, confesó al punto que la Oldham lo hacía todo a ruego de ellas.

—En ese entender estoy —replicó—, y creo que le cuesta muy cara su condescendencia. Vosotras sois muy vivas, queridas hermanas, y tal vez no habéis reflexionado sobre el caso. ¿Qué placer podéis prometeros de semejante curiosidad? ¿No sabéis lo que podéis esperar aquí de la magnificencia y bondad de una persona cuya memoria debéis respetar?

Las dos hermanas bajaron los ojos avergonzadas, y Charles suplicó

a la Oldham que cerrase el armario. La satisfacción que esto le causó hizo ver claramente cuánto había sentido la primera orden.

¡Ah, estimada Lucy! Es necesario que me permitas descansar otra vez.

Sólo tengo un recelo, y es el de que Charles, sin embargo de ser tan atento con nuestro sexo mire a las mujeres en general como unas criaturas muy despreciables. Quisiera saber de positivo, si esto es así, no solamente por encontrarle algún defecto vituperable, sino también por lisonjearme de pensar que se convencería de su error si conociese a nuestra abuela y tía. Por otra parte, ¿te admiras de que sus dos hermanas, a quienes han como engrandecido el alma los ejemplos de semejante hermano, sólo hablen de él con una especie de enajenamiento? ¿No tiene razón Charlotte para despreciar a sus amantes, cuando les compara con él?

Es domingo, y sabemos que Charles está en Londres desde ayer noche, por lo cual sus hermanas están más sentidas que yo. ¿Y qué motivo puedo yo tener para estarlo? Pero yo digo de él lo que milady L...: es tan bueno que todos desean ser sus amigos. Además, bien sabes que es mi hermano.

Carta XLI
Harriet Byron a Lucy Selby

Después de haber concluido la visita de la quinta y de haberlo arreglado todo, hizo Charles que trasladasen sus criados al aposento de la Oldham todo lo que le pertenecía, y habiéndole entregado la llave, mandó que se la sirviese en cuanto pudiera desear para la transportación de sus efectos, y que se la tuviera tanto miramiento como si no hubiera habido ninguna novedad en la familia. Tales fueron sus expresiones. Considera tú cuántas serían las muestras de agradecimiento y cuántas las lágrimas de esta pobre mujer. Las hermanas hubieron de manifestar alguna envidia, pues Charles les dijo:

—Vosotras debéis mirar la justicia que hago a los sujetos que no pueden pedirme nada sino con este título, como una prueba segura de que quiero hacer por dos amadas hermanas más de lo que exige la justicia. Ya hubierais experimentado esto mismo si no hubiese temido que la prudencia pusiese un freno a mis intenciones; pero lo experimentaréis inmediatamente que yo sepa qué es lo que puedo hacer. Yo no pongo límites a vuestras esperanzas y contad con que me excederé a ellas si me es posible.

»Mis queridas hermanas —prosiguió apretándoles la mano—, siento que con un alma tan grande hayáis quedado bajo mi dirección. La mejor de las madres lo temió siempre; pero inmediatamente que

pueda, os pondré en una absoluta independencia de vuestro hermano, y sólo tendréis que dar razón de vuestras acciones a vosotras mismas.

Primero sólo respondieron con lágrimas, y después protestó Caroline que la felicidad de ambas consistiría en vivir bajo la dirección de un hermano como él. «En orden a la *grandeza de alma…*», y no pudo acabar. Pero Charlotte, continuando por ella, aseguró a su hermano que nada sería tan del agrado de ambas como el que sus almas y corazones estuviesen subordinados enteramente a sus talentos y afecto.

—De lo respectivo al corazón —replicó sonriéndose—, se tratará en otra ocasión. Yo suplicaré a Caroline que me declare su inclinación y a Charlotte que me diga la suya. Estad ambas ciertas del deseo que tengo de veros felices.

No me han dicho que se arrojaron las dos a su cuello, pero yo me figuro que lo harían con igual ternura.

Al despedirse de la Oldham para restituirse con sus hermanas a la quinta de Grandison, le preguntó Charles cuáles eran sus miras en orden a ella misma.

—El infortunio —le dijo— da derecho a los buenos oficios de los que se hallan en situación más venturosa. Luego que os hayáis establecido, me diréis dónde, y si me informáis del estado en que os halláis y de lo que pensáis hacer en favor de aquellos a quienes debéis dedicar vuestros primeros cuidados, no será inútil la confianza que hagáis de mí.

Al llegar aquí, no pude menos de interrumpir la relación y de preguntar cuál fue la respuesta de la Oldham y qué impresión hicieron en ella estas palabras.

—Nuestra querida Harriet —dijo Charlotte— toma un interés extraordinario en la historia de la señora Oldham y es necesario satisfacer su viva curiosidad. Ella lloró mucho, como te harás cargo; juntó las manos y aun se hincó de rodillas para pedir al cielo que le bendijese y bendijera todo cuanto le pertenecía. La Oldham no podía hacer otra cosa.

¿Ves, Lucy? Mas ¿se me puede vituperar que tome tal interés? ¿Prohíbe la más rígida virtud enternecerse en una historia semejante? ¿No inspira ella misma la compasión de los que han tenido la desgracia de apartarse de su deber? Sí, estoy segura de ello y no lo sé menos que Grandison, siendo del mismo modo de pensar todos mis amados parientes. Yo me miraba no ha mucho tiempo como una joven de muy mediano mérito en comparación de estas dos hermanas, pero empiezo a creer que las igualo en muchos puntos. A la verdad, no tienen una abuela ni una tía como las que por mi fortuna he recibido del cielo. Perdieron en su niñez una excelente madre y su hermano ha estado ausente mucho tiempo. Sus prendas, que han esparcido de

repente el más brillante resplandor, han hecho ver a la manera del sol manchas e imperfecciones que con dificultad se hubieran descubierto antes de su vuelta.

Charles quiso que la Oldham le comunicase por escrito lo que se proponía hacer en orden a ella misma y a las personas que tenía a su cargo, y la Oldham no tardó mucho tiempo en darle esta satisfacción. «Tengo ánimo», le escribió, «de retirarme a Londres por causa de la educación de mis hijos; de convertir en dinero contante mis muebles, diamantes, vestidos y todo lo que me parece desdecir de mi situación; de tener una vida recogida y de no tratar más que gentes de bien.» A esto añadió una memoria de todo lo que poseía. Aún ignoran las dos hermanas a cuánto asciende su caudal, pero saben que su hermano le ha señalado una pensión anual en favor de los dos hijos que ha tenido del señor Thomas, y verosímilmente será mayor su liberalidad con ellos cuando lleguen a la juventud.

En la quinta de Grandison lo halló Charles todo muy bien arreglado; pero le causaron bastante incomodidad y embarazo los dos administradores de su padre que le habían estado esperando en ella. Con su penetración conoció al punto que ambos habían hecho de acuerdo sus cuentas, habiendo sido tanta la inconsideración del señor Thomas que había sometido el examen de las del administrador inglés al administrador irlandés y por el contrario. Charles mismo examinó todas las memorias, y aunque pasó por alto muchas partidas dudosas o bien o no bien aclaradas, les hizo confesar que eran deudores de muchas más cantidades que las que resultaban de sus cuentas. El uso que hizo de este descubrimiento fue el de decir a sus hermanas que su padre había sido menos pródigo de lo que se creía.

En sus discusiones con Filmer no sólo descubrió el convenio respectivo a la Obrien, sino que se hallaron pretextos para hacer que se presentase a él esta joven, como se presentó en efecto acaso con miras más inocentes que las de los que la conducían. Charles admiró su beldad y aun hizo elogio de ella a sus hermanas; pero luego que vieron la madre y las tías que su admiración no era más que como la que se tiene de una hermosa pintura, volvieron a hablar de las promesas de su padre, pretendiendo que debían tenerse por una palabra formal de casamiento, y apoyándose en dos cartas que mostraron y que lo hacían muy verosímil. Esto causó a Charles un vivo sentimiento por el honor de su padre, mayormente conociendo que en el último viaje que había hecho a su hacienda de Essex, estaba muy encaprichado en casarse con la Obrien de secreto. Filmer le propuso una conferencia en casa de las tías y consintió en ello por evitar el escándalo; pero antes de tratar del asunto pidió que se le concediese un cuarto de hora de conversación a solas con la Obrien. Como de intento había celebrado mucho sus gracias naturales, se

lisonjearon las tías de que comenzaban a hacer fuerte impresión en su corazón y dieron a su sobrina lecciones correspondientes a esta esperanza; mas en vez de experimentar Charles el poder de sus hechizos y atractivos, empleó el tiempo en obligarla a hacer muchas declaraciones que le manifestaron evidentemente la vileza de esta familia, y presentándose con la joven a quien llevaba de la mano, improperó y vituperó con tanta energía a su madre por el papel que había venido a representar en tan infame escena, que cayó desvanecida a sus pies. Las tías se amedrentaron y su sobrina lloró amargamente prometiendo al cielo conformarse en toda su conducta con las leyes del honor.

Charles les propuso que le restituyesen las dos cartas de su padre y que se sepultase este asunto en un eterno olvido, ofreciendo dar 1000 libras a la Obrien con estas condiciones luego que se le proporcionase ocasión de casarse con algún hombre honrado. Filmer se quiso justificar de la parte que había tenido en tan malvado designio; pero Charles, que no quería desacreditarle, sólo le dijo que le abandonaba a su conciencia. No pudiendo aclararse sino en Irlanda las dudas y objeciones que tenía contra sus cuentas, pasó a este reino con él, y habiéndose satisfecho con sus propios ojos le despidió de su servicio con más nobleza y bondad de la que merecían tantas pruebas de injusticia y corrupción.

A su vuelta supo que a la Obrien le habían dado las viruelas, y lejos de compadecerse creyó que esta desgracia era para ella un favor del cielo. En efecto, aunque su rostro hubiese padecido demasiado para que pudiera lisonjearse de ser bella, le quedaron bastantes atractivos para agradar a un honrado mercader de Londres que la adora y tiene a grande dicha haberse casado con ella. Charles le hizo entregar la cantidad que le había prometido y además 100 libras para sus trajes. Una parte de su felicidad y de la de su marido consiste en verse libres de dos tías que han mirado este enlace como una desgracia para su familia; y aun la madre ha vuelto a Irlanda con no mayor satisfacción.

Durante el curso de todos estos negocios no olvidó Charles las antiguas proposiciones de matrimonio que su padre había admitido por él y que Charles le había rogado suspendiese. Se avistó con los dos señores que le habían hecho las ofertas, y sus hermanas solamente saben que en esta primera visita se rompieron del todo los contratos. Sin embargo, Charles no cesa de hacer grandes elogios de esta familia, y nadie ignora que la joven que se le propuso le profesa todavía un ternísimo afecto. Habiéndole dicho Charlotte un día que no desconfiaba de que se volviese a entablar este negocio, respondió que nada podía desear más honorífico para él, pero que esto era cosa imposible. ¿Qué no daría yo por saber la causa de esta imposibilidad? ¡Ah, Lucy!... Mas yo no sé lo que quería añadir. Esto es lo que sucede

a todas las necias de cuyo número empiezo a creerme.

Charles habiendo llegado a Inglaterra fue a visitar y rendir sus respetos a milord W…, su tío materno que residía en una quinta cercana a Windsor. Ya te he dicho que milord W… había concebido injustas preocupaciones contra él por el único motivo de que le amaba su padre, a quien este caballero había mirado siempre con aversión. Milord no sólo le recibió con extremada frialdad, sino que profirió varias expresiones tan ofensivas para la memoria del señor Thomas que Charles, combatido de diferentes sentimientos, tuvo necesidad de toda su moderación para contenerse; pero supo unir con tanta prudencia y gracia la firmeza debida para defender a su padre y el respeto que debía tener al hermano de su madre, que no pudiendo resistirse Milord a los atractivos de la virtud y del talento le estrechó con sus brazos, prometió tenerle el más tierno afecto y le predijo que sería un grande hombre.

Ya has leído en una de mis cartas que partiendo Charles de Florencia para venir a esperar en París el permiso de restituirse a Inglaterra, dejó a la Jervois, su querida pupila, en Italia bajo la custodia del doctor Bartlett. Pues Charles no tardó en hacerles volver a ambos. La Jervois fue confiada al cuidado de una prudente y virtuosa viuda que tiene tres hijas muy bien educadas, y algunas veces obtiene licencia de pasar algunos días en la campaña con las hermanas de Charles, que la tienen un cariño muy tierno. Algunos día ha, anda tras mía para que le proporcione lo que ella llama su felicidad, que es el estar siempre en compañía de Charlotte, y de mil amores procuraré complacerla en lo que no veo tenga nadie repugnancia. Además de perfeccionarse en tan excelente escuela necesita, según dice, de una protección más poderosa que la de su aya e hijas para defenderse de las empresas de una madre peligrosa que busca ocasión de robarla. Es menester contarte en pocas palabras la historia de esta niña. Su padre fue uno de los mejores padres; pero su madre es una de las mujeres más perversas del mundo y a quien se atribuyen todos los vicios. Ya te he dicho que sus continuas embriagueces y su desenfrenada incontinencia pusieron en precisión a su marido de que dejase la Inglaterra por libertarse de ella. Sin embargo quiere tener a su hija bajo su custodia, lo cual sería la mayor desdicha para una joven sumamente amable por su persona y sus inclinaciones. Charles ha tenido ya algunas diferencias con esta temible madre y espera que le cause otros embarazos.

Emily Jervois ha heredado un bello caudal, pues se cree asciende a 50.000 libras. Su padre hacía un gran comercio en Italia y en las escalas de Levante, y después de su muerte ha sabido Charles aumentar lo que dejó, recobrando gruesas cantidades que hubiera perdido con otro tutor menos instruido.

¡Qué nueva perspectiva se ha ofrecido a mi vista, querida Lucy, después de haberme enlazado con esta familia! ¡Quiera el cielo que no lo pague demasiado caro tu Harriet! Esto debe temer, le dirás tú, si la precipita su desgracia en *una pasión sin esperanza.*

Milord L... volvió de Escocia dos o tres meses después de la vuelta de Charles a Inglaterra y su primera visita fue a la quinta de Grandison, donde habiendo recibido Charles de él mismo la declaración de su amor y no pudiendo dudar del de su hermana, tuvo a gran dicha introducirle en el aposento de ella y juntar sus manos estrechándolas con las suyas.

—Hazme el honor —dijo a Milord— de mirarme desde este momento como hermano. Es cierto, según ahora he reconocido, que mi padre estaba algo embarazado con sus negocios, y no dudes de que amaba a sus hijas; pero acaso temía que ellas procurasen eximirse de su potestad y sujetarse a otra demasiado pronto. Estoy persuadido a que hubiera procurado hacerlas felices, si hubiese vivido bastante para poner en buen estado su caudal. A mí me ha dejado esta obligación que cumplir y mi primer cuidado será el desempeñarla.

Sumamente alborozada, Caroline no sabía con qué expresiones manifestar su agradecimiento, y Milord sobremanera enternecido estuvo muy cerca de llorar.

—Mi padre —prosiguió Charles— me comunicó en una de sus cartas la situación en que se hallaba Milord, y yo no puedo emplear mejor mi celo que en servir a mi hermano. Prometa, empeñe y tome empresas a su cargo: el hermano se encarga de ayudarle y la hermana de hacerle feliz.

Esta escena enterneció tanto a Charlotte, que alzando las manos y los ojos pidió al cielo le diese un poder igual a sus sentimientos.

—Entonces —dijo— todo el mundo experimentaría su bondad.

¿Extrañarás tú, querida Lucy, que milord L... y las dos hermanas no puedan contener los impulsos de su gratitud, cuando se les habla de un hermano de quien han recibido tantos beneficios?

Dos meses antes del matrimonio entregó Charles a Caroline un papel cerrado y sellado con sus armas, diciéndole:

—Aquí encontrarás lo que sin duda hubieras recibido de la bondad de padre, si el estado de su caudal se lo hubiese permitido, y lo que milady Grandison le hubiera inducido a hacer por ti, si el cielo nos hubiera conservado más tiempo tan buena madre. Cuando des una mano a Milord, le harás este presente con la otra para que todo su reconocimiento se dirija a ti. Yo no hago más que mi deber; pues creo cumplir con una cláusula del testamento de padre cual me figuro la hubiera puesto, si la muerte le hubiese dejado tiempo para ello.

Después de haber abrazado Charles tiernamente a su hermana, se retiró antes que hubiese abierto el papel, en que encontró la cantidad

de 10.000 libras en vales de banco. En el primer impulso de su corazón se echó en un canapé, donde estuvo algún tiempo sin tener fuerzas para moverse, y habiendo vuelto en sí de su sorpresa fue a buscar inmediatamente a su hermano. Se le dijo que estaba en el aposento de su hermana y no le halló en él; pero se quedó sorprendida al ver llorando a Charlotte, a quien Charles acababa de dejar.

—¡Qué veo! —le dijo— ¿Por qué llora, qué tiene mi querida Charlotte?

—¡Oh, qué hermano! —le respondió esta—: es imposible soportar tanta bondad. Mira, lee ese papel que está ahí encima.

Caroline tomó un billete que contenía lo que sigue.

«Acabo de entregar a Caroline la cantidad que en mi entender tenía derecho de esperar de la bondad de padre y de la situación de nuestra familia, si hubiese vivido bastante tiempo para manifestarnos su última voluntad; y como no tengo menos confianza en la discreción de mi querida Charlotte, encontrará en el papel que acompaño a este billete asegurados de un modo irrevocable su caudal y su independencia según los derechos en que reconozco ha sucedido por muerte de su padre. La cualidad de testamentario que es la única que pretendo tener en esta ocasión, no me permite contraer más mérito que el de haber desempeñado las intenciones de los autores de nuestro ser cuales justamente deben suponerse. Venerad su memoria y acordaos en la elección de un marido de que es el apellido de Grandison el que habéis de mudar por otro. Mas, a pesar de todo mi orgullo, ¿qué es el apellido? El hombre ha de ser digno de vosotras, y cualquiera que elijáis, yo le abrazaré con todos los sentimientos de un hermano.»

—*Charles Grandison.*

Dicho papel contenía la obligación de dar Charles a Charlotte cuando se casase igual cantidad a la que había dado a Caroline, habiendo de correrle desde luego los intereses. Ambas hermanas se felicitaron con lágrimas de ternura y alegría. Caroline encontró a su hermano; pero al acercarse a él no pudo pronunciar ni una sola palabra de las expresiones de gratitud que se le habían ocurrido. Tomó su mano que estrechó mucho tiempo contra sus labios bendiciéndole de corazón, mas sin poder absolutamente manifestar de otro modo su reconocimiento. Mientras que Charles la abrazaba y suplicaba que se sentase, entró Charlotte para abandonarse a los transportes de los mismos sentimientos. La puso cerca de su hermana y, tomando una silla en que se sentó enfrente de ambas, asió a cada una de ellas una mano y les hizo en voz baja este razonamiento, como si hubiese temido tener más testigos de sus beneficios.

—Vosotras sois demasiado sensibles, mis queridas hermanas, a

estos justos testimonios de la ternura de un hermano. Habiendo querido el cielo llevarse las dos respetables personas a quienes debemos el ser, somos recíprocamente más que hermanos y hermanas, puesto que nosotros debemos tenernos en lugar de los amados padres que nos faltan. Por otra parte, no consideréis en mí sino el ejecutor de una voluntad que sin duda se había de haber manifestado en un testamento si el tiempo lo hubiese permitido. El caudal se halla en mejor estado de lo que yo esperaba, y aun en mejor estado, oso decir, de lo que padre mismo pensaba. Yo no podía hacer menos por vosotras, pues que he podido hacer lo que he hecho. Así que, me haréis un gran favor en no hablarme jamás de más agradecimiento que del que quiero merecerme con mi cariño; y permitidme que os lo diga: el darme demasiado a conocer que no miráis lo que he hecho como un deber, no sería obrar con el decoro que corresponde a unas hermanas mías.

¡Oh, querida Lucy! ¿Has visto hermano más generoso y benéfico que este prodigioso mortal?

Ocho meses después de la muerte de su padre, dio Charles con su propia mano su hermana Caroline a milord L... y, habiendo ido con su esposo a Escocia, gozó algún tiempo de la admiración y de las caricias de su nueva familia. ¡Qué felicidad para mí que la noticia de su vuelta condujese a Charles y a Charlotte a Colnebrook a fin de hacer las disposiciones necesarias para su recibimiento!

En su viaje a Escocia les acompañó Charles hasta York, donde estuvo algunos días en casa de su tía Eleanor Grandison, que tiene una vida privada en el celibato. Lo que había sabido de sus grandes prendas por las cartas de sus hermanas, había excitado en ella una viva impaciencia por ver a tan amable sobrino.

¡Cuántas otras relaciones no tengo que hacerte de este hombre extraño! Es necesario que yo le dé nombres tan extraños como él. He pedido a las dos hermanas que me cuenten la historia del doctor Bartlett, y me han respondido que no sabiéndola enteramente me remitían al mismo Doctor. Sin embargo, creen saber bastante de ella para venerarle como uno de los hombres más prudentes y virtuosos, y están persuadidas a que sabe todos los secretos de Charles. ¿No es de extrañar que los secretos de este sean tan profundos? Sin embargo, no son tan ásperos ni desabridos Charles y el Doctor que no se les puedan hacer algunas inocentes preguntas. Es verdad que yo no soy curiosa; ¿y por qué he de serlo más que sus hermanas? Pero creo que es difícil estar en compañía de una familia de tan extraordinario mérito sin desear instruirse algún tanto de todo lo respectivo a ella; y cuando la única mira de esta curiosidad es la de aplaudir e imitar, no alcanzo que pueda ser muy vituperable.

He aquí concluida la historia que prometí escribirte, y que he

abreviado cuanto me ha sido posible sin soltar la pluma ni de noche ni de día, habiéndome servido fuera de la relación de las dos hermanas que veían cuánto empeño tenía en ello, varias memorias que han conservado de la mayor parte de las principales circunstancias. Ahora te diré algunas palabras sobre el estado actual de las cosas.

Charles está todavía ausente sin embargo de ser ya lunes. Muy bien. Charles se ha excusado por su tardanza por medio de su primo Everard, que vino ayer a vernos con Reeves y se volvió por la noche. Sin duda está muy ocupado, aunque si no se ha engañado mi oído, vendrá mañana.

Charlotte se queja de que yo no le abro mi pecho y dice que ella está en ánimo de abrirme enteramente el suyo; pero añade que hallándose en ciertos embarazos que yo no puedo tener, quiere que yo comience, mayormente cuando ella misma no sabe por dónde ha de comenzar. Yo no trato de adivinar cuáles sean sus embarazos, y lo que sé es que no me conviene decir a una hermana cuya declarada inclinación a otra mujer conozco, que tengo particular afecto a su hermano, por lo menos antes de estar bien cierta de que él también me lo tiene. Además, Caroline de quien sería necesario hacer también confianza, no oculta nada a su marido. Es cierto que de cuantos hombres conozco sin exceptuar a nuestro tío, este es a quien tendría menos reparo en revelar mis secretos. Pero ¿los tengo realmente, amada Lucy? Para mí lo es uno que jamás debe revelarse el amar a un hombre que no me ha hecho ninguna declaración de amor.

Carta XLII
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes 13 de marzo.

Ya es tiempo de decirte, querida prima, a quién desean por hermana las dos hermanas. Lo es milady Anne S..., hija única del conde de S... Parece que ya tiene un gran caudal independiente de su padre del cual espera también heredar. Ha enviado a decir a las dos hermanas que hoy mismo vendrá a hacerles una visita, y me alegro de ello. Sin duda, es una señorita de un grande talento, de una rara hermosura y la más amable del mundo; pero yo dudo, Lucy mía, de si deseo sinceramente que me parezca digna de estos elogios. ¿Qué, el amor si se ha de confesar que tiene algún poder sobre mí, ha de ser capaz de estrechar el corazón? Yo no sé, si cuando es incierto y reside sólo en un sujeto, tiene alguna afinidad con los celos, la envidia y el disimulo; mas no por esto corresponderé menos a mi educación y a los ejemplos que se me han dado, cualesquiera que sean los deseos de mi corazón en todo el tiempo que tenga de incertidumbre. Estoy segura

de que si se casara Charles Grandison, respetaría a su venturosa mujer y desearía a los dos cuanta felicidad puede esperarse en este mundo.

Ambas hermanas procuran con mucho empeño les diga su primo Everard qué asuntos motivan tantos viajes de Charles a Canterbury; pero confesando él desde luego que no se halla obligado al secreto, las trae entretenidas con chanzas y aventuras muy semejantes a las de novelas, y les ha hablado de una hermosísima dama que quiere a Charles y a quien este corresponde sin pensar en matrimonio. Este Everard tiene en poco la verdad, y no escrupuliza echar juramentos aunque en tono festivo para suscitar en los que le escuchan dudas e incertidumbres con relaciones inverosímiles; y conseguido que ha su intención, se ríe el miserable a carcajadas. ¡Qué entes tan ridículos son los pisaverdes! ¿Qué concepto tendrán formado de las mujeres? ¡Y cuán tontas son estas en efecto por hacer caso de extravagancias cuya ridiculez recae de ordinario sobre ellas!

Este hombre de tanta importancia tuvo ayer ocasión de hablarme a solas y me suplicó con mucha formalidad que admitiese sus obsequios. Yo me resentí mucho de las dos hermanas, porque pensé que me habían dejado a solas con él por favorecer su intento. «¿Habrán llegado a formar tan bajo concepto de mí», decía entre mí misma, «que me crean propia para mujer del único hombre que desprecio en su familia sin más motivo que el de no tener las riquezas de milady Anne?» Yo sabré qué es lo que piensan sobre esto, y aunque a instancia suya dije a Reeves que permanecería aquí más tiempo del que me había propuesto, volveré a Londres luego que sea posible. «Por altivas que las haga su apellido», añadía yo en mi resentimiento, «el apellido solo no deslumbra a Harriet: yo soy tan altiva como ellas.»

Sin darles a entender nada de esto me aproveché de la primera oportunidad para hablarles de la declaración de su primo, y se mostraron muy disgustadas de su osadía, extrañando Charlotte semejante presunción y jurando que le hablaría sobre el particular.

—A la verdad —prosiguió—, sin embargo de todas las locas prodigalidades de su juventud, le queda un caudal muy vasto; pero en un hombre de tan malas costumbres ha sido una presunción insoportable la de creerse digno de aspirar…

…A tu Harriet, querida Lucy. Así piensan de ella Charlotte y su hermana, de cualquier modo que pienses tú misma en un tiempo que es el de su humillación. Entonces, habiéndoles yo manifestado el intento que tenía de partir con este motivo, hicieron buscar inmediatamente a su primo y hubieron de darle tan buena carda que les prometió no dar nunca motivo para semejantes quejas. Les dijo que en realidad no tenía mucha inclinación al matrimonio y que había estado titubeando mucho tiempo antes de resolverse a hacer una declaración tan seria; pero que creyéndose amenazado de inclinar

algún día la cabeza bajo el yugo conyugal, había pensado que jamás encontraría mujer con la que pudiese ser más feliz que conmigo.

Del paso de Everard inferirás, querida mía, que no tiene esta familia ningún pensamiento de otra naturaleza. Lo que me causa quizá alguna más pena de la que tendría sin este motivo, es ver que toda mi parentela hace sumo aprecio del más grande... sí, del más grande de todos los hombres, porque es el mejor. A la verdad, es mucha dicha para una joven que el gusto de todos sus parientes se conforme con el suyo; pero no hay que esperar ningún imposible. Bien pronto veré cuál es el mérito de esta milady Anne. Si mi caudal... Seguramente, amada Lucy, que aun cuando yo fuera la mayor princesa del mundo, no amaría a otro hombre, si pudiera lograr que fuese mío; mas por desgracia no soy más que la pobre Harriet Byron. Al mismo tiempo, espero que la condesa de D... habrá tomado las disposiciones convenientes para que no se me inquiete en mi resolución. Ya estoy determinada, querida Lucy: yo no puedo, ni debo, y por consiguiente no quiero dar mi mano a nadie, cualquiera que sea, mientras conozco que mi corazón prefiere manifiestamente a otro. La gratitud, la justicia, la virtud y el decoro me imponen sobre esto una ley que no violaré jamás.

Sin embargo, como no tengo ninguna sombra de esperanza, he comenzado a tentar la conquista, por decirlo así, de mi inútil pasión. Dese pues este nombre a mis sentimientos, si es verdaderamente el que les corresponde. *Un principiante en amor* no se engañaría en esto: tú sabes que así se me ha echado en cara. Pero aunque sea inútil mi pasión, porque me falta la esperanza, no me avergonzaré de confesarla. ¿No tengo de mi parte la razón y la virtud? ¿Es lo personal lo que yo amo, si lo que siento es amor? Nada menos. La bondad, la generosidad, la honradez y la verdadera urbanidad han triunfado de mi corazón. Pues ¿qué motivo tengo para avergonzarme? No obstante, algunas veces me es imposible dejar de sentir algún rubor.

Las dos hermanas me instan siempre a que les lea muchos pasajes de mis cartas antes que las envíe a la quinta de Selby; pero tienen la bondad de no quejarse, cuando salto algunos renglones y aun páginas enteras para ocultarles algunas cosas.

Milady Anne ha hecho ya su visita y acaba de irse. No puedo negar que es una señorita muy agraciada, y si fuera actualmente milady Grandison, no dudo de que la respetaría. Pero, querida prima, ¡cuán dichosa era yo antes de mi viaje a Londres!

Se ha hablado mucho tiempo de Charles, y milady Anne no ha tenido reparo en confesar que le tiene por el hombre más hermoso que ha visto en su vida, ni en decir que está enamorada de su excelente carácter, añadiendo que no va a parte ninguna donde no oiga

elogiarle. El asunto de Hargrave de que había oído hablar, le dio motivo para hacerme mil cumplimientos, y aún dijo que habiendo sabido que yo estaba en Colnebrook, había tenido mucha parte en su visita la esperanza de verme. Me pareció haberla oído decir a Charlotte al oído que yo era la más linda *criatura* que jamás había visto: de esta palabra se sirvió. Todas nosotras somos criaturas, convengo en ello; mas te confieso que nunca me ha desagradado tanto esta palabra como en la boca de milady Anne.

Ahora mismo se me ha traído la carta de tía tocante a lo que ha pasado entre ella y la condesa de D... ¡Conque habéis partido muy triste, amada y buena condesa! Lo siento mucho. Pero mi tía me asegura que por otra parte estáis satisfecha de mí y que alabáis por lo menos mi franqueza, elogio que creo merecer. Me alegro infinito de que esta amable señora desconfíe de vencer mi preocupación en favor de otro hombre, cuyo parecer es digno de ella y de su hijo: yo la estimaré eternamente. Gracias a Dios, este negocio me parece concluido.

Tía siente la incertidumbre en que me hallo; pero ¿no me ha dicho ella misma que Charles Grandison era demasiado rico, que tenía demasiadas prendas y que sobre este punto era respecto a nosotros como lo que es el público en orden a las personas privadas? Pues yo no veo que haya ningún motivo de sentimiento.¿Por qué se ha de hablar de incertidumbre? Estemos ciertos y todo está acabado. Sus hermanas pueden chancearse conmigo, hablarme de algún hombre feliz en Northampton-Shire, como si me dijesen, *tú no debes pensar en mi hermano;* y decirme repetidas veces que milady Anne es una señorita muy rica, lo cual es decirme en otros términos que no debo tener ninguna esperanza. Nada me hace tan pequeña impresión; pues este mundo no es más que un tránsito, un tránsito muy corto que nos conduce a mejor vida.

En una palabra, en la situación en que me hallo, no hay más que un hombre en el mundo a quien pueda honradamente desear pertenecer, y no habiendo ningunas apariencias de obtenerle, sólo me queda tomar el partido de un perpetuo celibato, de lo cual hago voto. ¿Qué perjuicio hay en esto, querida mía? ¿No tendré menos cuidados e inquietudes? El favor pues que pido a todos mis amados parientes es que no se me hable jamás de matrimonio.

Carta XLIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Martes 14 de marzo.

Por último ha venido Charles y ha traído en su compañía al doctor

Bartlett. Mi filosofía se verá expuesta a un gran peligro por lo menos hasta que tenga tiempo de fortificarse con mis reflexiones. Preveo que al fin será necesario tomar el partido de buscar asilo en la quinta de Selby.

No oigo decir ahora una palabra que en mi concepto no merezca repetirse. Sin embargo, no esperes que pueda explicarte cuánto anima y alegra la presencia de Charles una compañía; pero he aquí parte de lo que ha pasado.

—Creíamos —le dijo Milord a su llegada— que tendríamos antes el placer de verte.

—Yo os he acompañado siempre con mi pensamiento, Milord —le respondió, y tomando mi mano para sentarse junto a mí añadió—: mi impaciencia se aumentaba por el deseo de tener prontamente parte contigo en el honor de ver a la señorita Harriet.

¿Por qué me había de tomar la mano? Pero el nombre de hermano podía autorizarle para semejante libertad.

Charles prosiguió.

—La mayor parte de la semana he tenido que desempeñar un negocio muy triste, como habrá contado Everard, y hasta el sábado no volví a Londres, donde encontré un billete de Hargrave Pollexfen en que se convidaba a comer en mi casa el día siguiente con Merceda, Bagenhall y Jordan; pero habiéndome obligado algunos asuntos a diferir el convite para el día inmediato, no podréis adivinar, señorita Harriet, a qué nos condujo: a hacer juntos el corto viaje de Paddington para ver a la señora Awberry.

Yo me estremecí y aun temblé trayendo a la imaginación todo lo que había padecido en este lugar.

Charles continuó diciéndonos que había persuadido a Hargrave aunque con alguna dificultad a que le diese letra contra su banquero para el pago de 100 libras esterlinas que había prometido a Wilson, y que habiéndole agradado mucho lo que le había dicho la Awberry de las intenciones de este joven respecto a su hija, se había obligado a entregarles esta cantidad el día de su matrimonio con las 50 guineas que él quería añadir. Hizo que se le mostrase el lugar de la escena de mi triste aventura, y en una conversación a solas que proporcionó con la Awberry, se le contaron las principales circunstancias. Con su bondad añadió que le había conmovido tan vivamente esta relación que al volver a Hargrave le había sido bastante difícil mostrarle el buen semblante que hasta entonces le había manifestado. Los tres amigos le pidieron por favor y como un motivo para condescender a todos sus deseos asistiera a un banquete que da Hargrave al fin del mes en su bella quinta de la floresta de Windsor, y Charles consintió en ello con tanto más gusto que habiendo de partir inmediatamente los tres al viaje que se han propuesto, será esta la última ocasión que

tendrá de verles.

Sus hermanas y Milord mostraron entonces mucho deseo de saber el negocio que había llamado triste y que le había detenido tanto tiempo en Canterbury.

—Así pueden llamarse —les dijo— los cuidados que me ocupan, y vosotros no debéis extrañar verme algunos días de luto.

Sus dos hermanas le miraron con viva inquietud, y yo que soy la tercera no pude menos de alterarme también. Se le preguntó con impaciencia si toda la familia se había de poner de luto, y respondió:

—Yo solo tengo que ponérmelo, por un estimadísimo amigo que estaba enfermo en Canterbury y a quien acabo de ver expirar. El señor Danby (que así se llamaba), después de haber residido mucho tiempo en Francia donde se enriqueció con el comercio, viéndose con una enfermedad incurable que le iba debilitando y consumiendo, quiso venir a morir en su patria. Pasó de Calais a Dover dos meses ha; pero yendo a Londres creció tanto el peligro de su indisposición que se vio precisado a detenerse en Canterbury, donde pagó el último tributo de la naturaleza. Su cuerpo se ha de trasladar esta noche a Londres, y ya he dado órdenes para que se hagan los preparativos de su entierro que me ocupará dos o tres días. El caudal del señor Danby era considerable, pero al poner a mi cargo todos sus negocios me dijo que estaban arreglados. Su testamento no se ha de abrir hasta que se haya sepultado el cadáver. Deja dos sobrinos y una sobrina, y aunque yo le propuse que les nombrase juntamente conmigo por testamentarios, no fue posible reducirle a ello. Un día le asaltaron para quitarle la vida unos asesinos pagados por su hermano, y yo tuve la dicha de salvársela con muy poco mérito, por haber tenido que defender la mía que estaba expuesta al mismo peligro; mas a pesar de que sus sobrinos y su sobrina no han tenido parte en esta negra empresa, recelo que haya sido excesivo su resentimiento contra su hermano y su agradecimiento a su amigo.

—Pero ¿no es verdad —le dijo Charlotte— que nosotros podemos vituperarte alguna reserva en esta ocasión? Diez veces has ido a Canterbury sin decirnos ni una palabra de los motivos de tantos viajes, y te aseguro que sospeché en ti alguna intriga de galanteo.

Charles respondió que su reserva no había tenido nada de afectación, sino que creía que no debía comunicar a sus parientes cosa que pudiese entristecerles, mayormente cuando no se les podía seguir de ello ninguna utilidad; añadiendo que todos los días estaba ocupado en mil cosas con las cuales por esta única razón no quería cansar a sus hermanas.

—Creo no obstante —añadió sonriéndose—, que Charlotte es bastante curiosa y que halla algunas veces secretos donde no se piensa tenerlos.

Charlotte se puso encarnada y *vivas mil años* fue toda su respuesta.

—Tú creíste pues —replicó Charles— que alguna dama me arrastraría a Canterbury. ¡Cuán poco conoces a tu hermano! Contad, Milord, y vosotras, queridas hermanas, que nunca os ocultaré un secreto de tal naturaleza, cuando me sienta impelido por mi inclinación a hacer segunda visita a alguna dama. A tu sexo, Charlotte, se le puede perdonar que haga misterio de sus inclinaciones, y no creo que esto se le deba vituperar, si duda haber puesto bien su afecto, o que sea correspondido.

Al proferir estas últimas palabras la miró atentamente, y ella se turbó tanto que mudándose cada vez más de color, le suplicó con mucha formalidad que se explicase francamente sobre dos o tres pullas semejantes que le había echado antes de su último viaje a Canterbury.

—Se pensará —le dijo— que yo te oculto algo de lo que debes saber. Pues que me instas tanto —le replicó—, permite que te pregunte, si hay en tu pecho alguna cosa que me ocultarías.

—¿Y crees tú mismo —le preguntó ella también— que yo te oculto algo?

—Tu turbación, hermana, y la inquietud que parece te causan algunas veces palabras y expresiones muy sencillas, dan motivo para pensar…

—Para pensar… ¿Qué, hermano mío? Hazme el favor de explicarte claramente.

—¡Ah, Charlotte! —dijo Charles, mirándola con una sonrisa algo maliciosa.

—Yo no puedo aguantar ese *¡ah, Charlotte!,* y ese modo de mirarme: tú te has de explicar, Charles.

—¿Y te alegrarías tú, hermana mía, de que se aclarase este asunto?

—Sí, por cierto, y lo pido.

Te confieso, querida Lucy, que al llegar a este pasaje no dudando de la inocencia de Charlotte, me lisonjeé entre mí de tener algo que vituperar a este hermano en quien se ven tantas prendas reunidas. Se habló de formar un tribunal del que al punto fue excluido unánimemente Everard Grandison. Emily se excluyó por sí misma, y el doctor Bartlett por su modestia quería también excluirse; pero Charles le instó a que hiciese de abogado de su hermana.

—La señorita Harriet —dijo— hará de juez.

Yo pedí con muchas veras que se me dispensase de ello. El asunto parecía que comenzaba a tomar un aspecto demasiado serio.

Charlotte me dijo al oído:

—¡Cuánto siento no haberte franqueado enteramente mi pecho! Tú tienes la culpa con tanto escribir: siempre se te encuentra con la pluma en la mano.

Yo le respondí:

—Charlotte, a mí no me correspondía instarte sobre ese particular, ni mi pluma hubiera servido de ningún estorbo si tú me hubieses manifestado la menor intención...

—Hay secretos —me interrumpió— que no se revelan sin que se hagan algunas instancias para ello. Causa cortedad el comenzar aunque impela a ello el corazón. Pero, querida Harriet, ya ves quién es mi acusador: lo mejor será confesarme rea desde luego.

Yo la exhorté a que no temiese nada, puesto que la parte contraria era el mejor de todos los hermanos, y habiéndose animado bastante se volvió a él y le preguntó cuáles eran sus acusaciones.

—¿Pero no decías —añadió con una sonrisa forzada— que no podías ser a un tiempo acusador y juez? ¿Quién ha de ser mi juez, si Harriet no quiere serlo?

—Tu propio corazón —respondió Charles—. Todos los circunstantes serán tus abogados, si te es favorable su juicio, y si no lo es, yo les pido una muda compasión de ti.

Te confieso, amada prima, que estos antecedentes me hicieron temer por Charlotte.

—¡Compasión! —exclamó Charlotte—; pero no importa, Charles: vamos al asunto. ¿Cuál es tu acusación?

Aunque hacía esfuerzos por tener un rostro sereno, era fácil de ver su confusión. Tenía agitada la respiración, bajaba los ojos, se quitaba el anillo y se lo volvía a poner, y estando sentada cerca de una rinconera formaba en ella figuras con la punta del dedo y con una especie de atención que sólo podía provenir de algún temor o pesar, por manera que yo estaba desazonada de verla.

Charles, aparentando que no advertía su confusión, empezó entonces a recordar con mucho agrado todo lo que había hecho desde su llegada para inducirla a que se franquease con él en orden a su inclinación, sin otro fin que el de favorecerla en cuanto le fuese posible y el de prevenirse para pagarle la dote que le había señalado.

—Pero el ejemplo de su hermana —prosiguió—, que inmediatamente hizo de mí confianza, y todos los esfuerzos que he hecho para descubrir entre milord G... y el caballero Watkyns que eran sus declarados amantes, cuál tenía la preferencia en su corazón, no habiéndome podido dar las luces que deseaba, creí desde luego que aún no tendría ninguna inclinación. Después, otras observaciones me hicieron ver que me había engañado, y volví a instar a Charlotte sobre la elección de alguno de sus pretendientes. Además, infiriendo de sus respuestas que milord G... no le desagradaba, resolví sondear al padre de este caballerito acerca de un enlace contra el que no podía ponerse ningún reparo. Sin embargo, cuando después de tener bien adelantado este asunto creía yo causarle un grande alborozo comunicándole el buen éxito de mi celo, me quedé sorprendido de ver en ella tanto

embarazo como frialdad. No quiero ocultar que durante la incertidumbre en que hubiera quizá estado mucho más tiempo, algunas especies que por casualidad llegaron a mis oídos pusieron en claro…

Un profundo suspiro y algunas lágrimas que se escaparon aquí a Charlotte, detuvieron a Charles en medio de su relación; milord L… y Caroline, que le habían escuchado hasta entonces sonriéndose, se pusieron serios; el doctor Bartlett bajó los ojos y yo eché a temblar sin osar moverme de mi silla.

—Creo —prosiguió Charles después de un corto silencio— que el efecto no ha correspondido muy mal a mis intenciones. Si yo me adelanto demasiado, querida hermana, tú me lo debes manifestar. Dios me libre de querer ensalzarme a tu costa. Créeme, Charlotte: en un punto de delicadeza mejor quisiera que fuese culpado el hermano que la hermana, y así quiero suponerlo y sólo te pregunto en qué puedo contribuir a tu felicidad.

Charlotte. (Llorando amargamente.) Perdona, hermano mío, y añade este favor a tantos como te debo. Es cierto que tengo algo que vituperarme.

Charles. Sí, te perdono y de todo corazón.

Charlotte. (Enjugándose los ojos.) ¿No prosigues tu relación?

Charles. En otra ocasión hablaremos, señorita.

Charlotte. ¡Señorita! Bien conozco que estás irritado contra mí. Hazme la gracia de continuar.

Charles. ¿Irritado? Te aseguro que no lo estoy; mas cuando tú gustes, nos veremos en tu gabinete.

Charlotte. No, no: prosigue, te lo suplico. Todos los presentes son sujetos de mi estimación y confianza, y es menester que todos oigan mi absolución o condenación. Hazme el favor, hermano, de continuar tu relación. ¿Por qué os levantáis? Harriet, he de merecerte que te sientes. Yo creo que tengo culpa. Charles os ha suplicado que os compadezcáis de mí silenciosamente, si me tenéis por culpada, y acaso necesitaré en efecto de vuestra compasión. Te ruego, hermano, que me digas ingenuamente lo que sabes de mis yerros.

Charles. Bastante he dicho, querida Charlotte, para que los advierta tu corazón, y yo me guardaré muy bien de pasar adelante. No creas que yo quiero hacer del censor contigo; pero…

Charlotte. (Interrumpiéndole con extremada agitación.) ¿Pero qué, hermano?

Charles. Pero mejor hubieras hecho… Sin embargo, deseo haberme engañado sobre este punto y no advertir en mi hermana nada vituperable.

Charlotte. Pues bien, Charles, no se te ha engañado, si se te ha dicho… *(Pareciendo buscar expresiones.)*

Charles. Que hay un hombre a quien tienes inclinación, a pesar...

Charlotte. (Interrumpiéndole.) A pesar de todo cuanto he dicho en contrario, ¿no es esto? Si esto es, hermano, he cometido un gran yerro en haberlo negado.

Charles. Eso es lo que yo pienso únicamente, hermana; pues no es un yerro que des a alguien la preferencia en tu estimación, como ni tampoco lo es el darla sin haber consultado a tu hermano. ¿No me he propuesto dejarte absolutamente en libertad de conducirte en todo como mejor te parezca? Sería falta de generosidad en mí atribuirme otras facultades, cuando nada he hecho por ti que no hubiese mirado como un deber. No me creas capaz de esto, no; pero yo me había explicado bastante contigo para poder contar con que no me dejarías decir a milord G..., y aun al Conde su padre, que tu corazón no estaba empleado estándolo en efecto.

Charlotte. ¿Estás tú seguro de que lo estaba?

Charles. ¡Oh, hermana mía! ¡Cuán sensible me es estrecharte como te estrecho! Dejemos el asunto en este estado. Por amor de ti no pasemos adelante.

Charlotte. Di en quién estaba empleado: nombra al sujeto.

Charles. ¿Quieres que nombre al capitán Anderson?

Inmediatamente se levantó Charles, tomó la mano de su hermana que parecía inmóvil y la estrechó contra sus labios.

—No te inquietes con tanto extremo —le dijo—: tu pesar me desazona más que tu error —Y haciéndole una profunda reverencia se salió al punto, queriendo compadecido de su confusión darle tiempo para que se serenase.

Charlotte permaneció enteramente turbada, y su hermana le aplicó al punto sales y espíritus de los cuales acaso no había necesitado nunca tanto como en esta ocasión.

—¡Cuán despreciable soy aun a mis propios ojos! —exclamó— Perdona, Harriet; perdonad, señor doctor. ¿Lo concederéis a mi necia perseverancia? Perdona, Milord; y tú, Caroline, ¿no serás algo indulgente con una hermana? Pero Charles me mirará siempre con desprecio, aunque le sea muy sensible y doloroso. ¡Cuán cierto es que un error precipita en otros!

Oyendo Charles su voz y la de los circunstantes que procuraban consolarla, volvió a entrar en el aposento. Charlotte quiso levantarse y según la disposición en que parecía estar, iba acaso a postrarse a sus pies; pero Charles tomó sus dos manos con una de las suyas y acercando una silla con la otra se sentó junto a ella. Una afable majestad brillaba en su rostro con la compasión y sólo pareció terrible a los ojos de Charlotte.

—Perdona, hermano —fueron sus primeras palabras.

—Sí, hermana mía —le respondió con agrado—. ¿No necesitamos

todos de la misma gracia? Nunca es más sincera nuestra compasión de otros que cuando nosotros mismos tenemos por qué pedirla. Ten sólo presente el mitigar la severidad de tu virtud con los demás —Esta expresión aludía verosímilmente a la Oldham—. No siempre se prevé —prosiguió— adónde puede arrastrar el menor olvido de los buenos principios. Miremos un poco adelante. Pero ¿no gustarás más bien de que pasemos a tu gabinete?

Charlotte. Yo no quiero ocultar nada a los circunstantes, pues la confianza que hago de ellos, es igual al afecto que les profeso; mas permítaseme salir por un momento.

Entonces salió después de haberme hecho seña de que la siguiese, y queriendo hacerme cómplice de su yerro, me vituperó de nuevo mi pasión a escribir que le había impedido, según me dijo, hacerme su confesión. Yo le pregunté que de qué hubiera servido semejante confianza y si su hermano no hubiera podido igualmente...

—Sí —me interrumpió—, pero tú me hubieras dicho tu parecer, yo habría tenido esta ventaja y acaso me hubieras aconsejado que previniese la acusación; mas perdona —añadió.

«Oh, Charlotte», dije entre mí, «si tú pudieras tener algún más imperio sobre tu graciosa viveza, no tendrías que pedir dos perdones en lugar de uno.» Charlotte me pidió que entrara antes que ella, pero me siguió casi al punto. Volvió a tomar su asiento y habiendo podido unir con su turbación un aire de verdadera dignidad, preparó nuestra atención con este preámbulo.

—Si después de una larga perseverancia en el error no es demasiado tarde para restablecerme en el concepto de un hermano cuya estimación y amistad me son más preciosas que todos los tesoros del mundo, mi ingenuidad abogará ahora por mí.

Charles. Amada hermana, yo quisiera excusarte la molestia...

Charlotte. Yo no pido que se me tenga ningún miramiento y te suplico que me escuches. Mi ánimo no es el de exagerar los yerros de otro para disminuir los míos, y mucho menos el de echar la menor mancha sobre la memoria de un sujeto que respetaré y veneraré siempre; pero tu piedad no se ofenderá, hermano, si recuerdo algunas circunstancias que es necesario precedan a lo que voy a declarar. Padre, creyéndose ofendido o teniendo por conveniente aparentarlo con motivo de algunas proposiciones respectivas al casamiento de mi hermana...

Charles. (Interrumpiéndola.) Dos palabras, querida Charlotte. Quizá le desagradó que se hubiese comenzado sin su noticia un tratado de matrimonio por benemérito que fuese el sujeto y por muy buenas que fueran las proposiciones.

Charlotte. Nadie ignora que padre tenía excelentes prendas acompañadas de una extremada travesura, con la cual pensó humillar

a sus dos hijas, y queriendo hacerlas desistir enteramente del matrimonio unió a la autoridad paterna que podemos gloriarnos de haber respetado finalmente, una vena satírica bien conocida de todos, por manera que estábamos corridos y no osábamos levantar la cabeza. Caroline en particular tuvo que avergonzarse de una inclinación que por el mérito del objeto no podía ser vergonzosa en ninguna mujer. También gustó padre de decirnos y sin duda por prudentes razones que no debíamos esperar sino un caudal muy corto, y el efecto de toda esta conducta fue el de envilecerme a mis propios ojos. Caroline, como que se le ofrecía a la vista una bella perspectiva, se mantuvo más animosa; pero lo que había padecido me hizo temer igual trato, y por tanto yo me sentí en disposición de emprender todo lo que pudiera conformarse con la virtud antes que exponerme a burlas e invectivas a las cuales mi deber no me permitía replicar.

»Mientras que estas ideas hacían en mí la más viva impresión, el señor Anderson, que estaba acuartelado en nuestra vecindad, tuvo ocasión de verme. Este es un hombre muy bien parecido, vivo, alegre, querido de todos y particularmente de tres señoritas que por esta causa están muy enemistadas. Confieso que con la preferencia que mostró darme sobre todas las demás, contrajo a los principios algún mérito a mis ojos. Además, siendo el oficial de más graduación en el cantón, se hacía de él tanto caso como de un general. Todas las gentes creyeron como él que una hija del señor Thomas Grandison era objeto digno de su ambición, mientras que esta pobre hija temiendo las dificultades que embarazaban a su hermana e infiriendo de la declaración de su padre que de dos a tres mil libras eran todo el caudal a que podía aspirar, recelaba que se burlasen las esperanzas de un capitán de caballería que solicitaba acaso aumentar sus conveniencias con un matrimonio ventajoso, aun suponiendo que ella obtuviese el perdón de su padre, si se contraía con él, a lo cual la estimulaba con cartas que halló modo de enviarle secretamente. Espero, hermanos, que toda esta confesión os hará volver a formar mejor juicio de mi sinceridad, aunque no pueda justificar mi indiscreción.

»Sin embargo, algunas veces se daba por ofendido mi orgullo; mas de ordinario yo me dejaba cegar por los artificios en que nos exceden los hombres. Por grados se me arrastró hasta tan lejos que me era igualmente difícil el pasar adelante y el retroceder. El señor Anderson era de una familia distinguida; pero había tanto que decir en favor del amante de mi hermana y eran tan diferentes su nacimiento, su clase y sus títulos, sin hablar de su amistad con mi hermano, que una promesa temeraria la tenía por un oprobio. Parecíame que la mujer del capitán Anderson sólo podía esperar compasión, o acaso desprecio. Y además, ¿qué derecho tengo yo, me decía a mí misma cuando me

permitía hacer alguna reflexión seria, para dar a mi padre un hijo y a mis hermanos y a milord L... si se casa con mi hermana, un hermano que ellos no hubieran nunca elegido y que acaso no querrán reconocer como tal? ¿Se les podrá vituperar que desprecien este enlace? Y Charlotte Grandison, hija de una de las más prudentes madres, ¿dará un paso tal que se la tenga por la afrenta de su familia? ¿Se pondrá ella en la precisión de seguir la fortuna de un soldado de cuartel en cuartel y quizá a países lejanos? Estas reflexiones, cuya fuerza conocía, fueron el único motivo que me impidió siempre franquearme a mi hermana, además de ver la excesiva ventaja que su elección tenía sobre la mía. En estas últimas semanas he pensado muchas veces descargar mi corazón en el pecho de nuestra querida Harriet, y esta fue una de las causas que me hicieron aceptar, Milord, tu convite, cuando me dijiste que consentía en acompañarnos aquí; pero yo la encuentro ocupada eternamente con su pluma y no he querido pedir una ocasión que no se ofrecía por sí misma.

Charles. Yo no quisiera interrumpirte, Charlotte; pero ¿puedo preguntarte si se ha tratado todo el asunto por cartas? ¿No os habéis visto algunas veces?

Charlotte. Nos hemos visto, mas esto no ha sido con frecuencia, porque él ya estaba en Escocia, ya en Irlanda, ya en varias provincias del reino pasando en todas estas partes seis o siete meses con su tropa.

Charles. ¿Y dónde está ahora?

Charlotte. Tú te burlas: los que te han informado del asunto te habrán informado también de lo que preguntas.

Charles. (Sonriéndose.) Es cierto, Charlotte: sé que está en Londres.

Charlotte. Yo me lisonjeo de que mi hermano es demasiado generoso para que después de una confesión tan sencilla me arme lazos que merecería, si fuera menos sincera.

Charles. Es reconvención es justa, Charlotte, y te pido perdón. ¿No te he dicho que todos necesitamos algunas veces de indulgencia? Sin embargo, mi ánimo no es el de suscitarte ningunos obstáculos sino el de darte la mano.

Charlotte. ¡Que no hayamos tenido libertad para escribir a un hermano como tú y para recibir sus cartas! Yo seré demasiado dichosa, si puedo reparar...

Charles. (Interrumpiéndola.) Prosigue tu relación, mi querida Charlotte, que la reparación es mucho mayor que el yerro.

Charlotte. El señor Anderson está en Londres y le he visto dos veces después de su vuelta. Además, había de verle en la comedia, si yo no hubiera venido a Colnebrook. Cuenta, hermano, con que no te ocultaré nada, y con que ahora que he vuelto a entrar en el buen camino, nunca me apartaré de él. Mis yerros me han hecho padecer bastante, aunque haya hecho muchos esfuerzos y muchas veces con un

valor afectado para resistir el peso que me tenía oprimido el corazón.

Al oír esto, Charles se levantó enajenado, tomó una de las manos de Charlotte y estrechándola entre las suyas dijo:

—¡Oh, amada hermana e hija digna de mi madre! Después de tan noble franqueza no debemos permitirte que te acuses más a ti misma: un error confesado con tanta gracia es una gloriosa victoria. Si el capitán Anderson te parece digno de tu corazón, prometo darle un lugar en el mío, y emplearé todo mi influjo con Milord y Caroline para que aprueben su enlace. La señorita Harriet y el doctor Bartlett le favorecerán con su amistad.

Dicho esto, volvió a tomar su asiento mostrando en todas sus facciones una mezcla de alegría y afecto fraternales.

Charlotte. ¡Oh, hermano mío! ¿Qué he de responderte? Tu bondad aumenta mi confusión. Ya te he dicho de qué modo me dejé como encadenar. Yo he conocido en mil ocasiones que el principal incentivo de Anderson en pretenderme es el tener por seguro tarde o temprano un gran caudal con una hija del señor Thomas Grandison; y yo por el contrario he tenido siempre el recelo de no verme nunca con bastantes facultades para atraer a un hombre más generoso. Hablo de un tiempo en que se nos tenía muy oprimidas y yo respiraba sólo por la libertad: matrimonio y libertad son términos sinónimos en el concepto de las jóvenes. Yo me figuré al principio que siempre que lo tuviese por conveniente, podría romper con él; pero se formaliza mucho y rehúsa libertarme de mi promesa con especialidad después que ha sabido cuántos beneficios me has hecho, y que funda esperanzas de adelantar su fortuna en el honor de enlazarse contigo.

Charles. Pero, hermana, ¿quieres tú al capitán Anderson?

Charlotte. Creo que le quiero tanto como me quiere. Anderson no ha disimulado que su principal estímulo era mi caudal, y si mis sentimientos han de conformarse con los suyos, la causa del amor que me tiene no debe moverme a tenerle yo mucho a él.

Charles. Yo no extraño que Anderson rehúse libertarte de tu promesa; pero, querida Charlotte, respóndeme. ¿Le estimas menos que le has estimado antes, después que tienes asegurado y enteramente a tu disposición tu caudal?

Charlotte. Si mi corazón no me engaña, nada influye en esto semejante motivo; pero yo he notado mayor eficacia y oficiosidad en sus obsequios después de haber sabido lo que has hecho por mí. Cuando corría en el público que yo dependía en un todo de mi hermano y que el caudal de la familia se hallaba en muy mal estado: en una palabra, cuando estábamos mi hermana y yo dudosas de nuestra suerte, no oía hablar muchas veces del capitán Anderson, y su prudencia me mostraba su frialdad, pues no tardé mucho tiempo en comprenderle.

Al oír esto, querida Lucy, le trataron con bastante calor de hombre vil Milord y su esposa: yo formé el mismo juicio, y el doctor Bartlett dio a conocer en sus miradas que pensaba como nosotros.

Charles. Me compadezco de él. Verosímilmente es demasiado prudente para fiarse de la providencia. Pero, hermana, ¿cuáles son en la actualidad tus embarazos?

Charlotte. Provienen de mi necedad. Anderson me pareció al principio tan sensato como a todo el mundo parecía agradable. Habla con mucho fuego y mucha fluidez. Su aire magistral no me dejó dudar de su juicio, y el hombre que sabe decir a una mujer cosas agradables en un tono también agradable, tiene siempre a su favor la vanidad de la que le escucha, porque no puede dudar ella de la buena fe del adulador sin oponerse al concepto que ha formado de su propio mérito. Cuando el Capitán comenzó a escribirme, sus cartas aumentaron aún más mi preocupación; pero inmediatamente que se creyó seguro de mí, vi mudarse la belleza de su estilo y hasta su ortografía. Me avergüenzo de decirlo y aún más me avergoncé entonces de verlo.

Charles. Todos los hombres se asemejan y en todos es natural, cuando descubren en sí mismos alguna imperfección, poner el mayor cuidado en ocultarla con especialidad a los ojos de aquellos sujetos cuya estimación se quieren granjear; pero he conocido algunos hombres que no estaban tan dispuestos como Anderson a reconocer sus yerros. Por lo demás, acaso había perdido su escribiente con la mudanza de cuarteles. Lo extraño es que un hombre de buen nacimiento no hubiese tenido buena educación.

Charlotte. Una juventud desarreglada, como después he sabido, le hizo abandonar los estudios antes que hubiese adquirido ni aun los más vulgares conocimientos. Después le beneficiaron sus padres una subtenencia y no quisieron hacer más por él. Un segundo matrimonio de que su padre tuvo hijos fue causa de que se le mirase como un extraño en su familia. Mediante algunas averiguaciones he descubierto esta parte de su historia, pues al principio me hizo otra pintura de su situación. Según aseguraba, tenía una bella hacienda que aunque no era de mucha extensión, estaba bien cultivada y podía recibir bastantes mejoras, siendo además muy considerables los bienes que esperaba heredar. Aguanta una persona con tanta menos paciencia que se la engañe cuanto es menos capaz de engañar a otros, y así no pude menos de concebir un grande desprecio de Anderson al conocer que me había engañado tan neciamente con cuentos y cartas que hacía escribir para él, como también que ni era dueño de ninguna hacienda, ni el hombre de juicio y saber por que se había hecho pasar.

Charles. Pero ¿qué motivo tuvo para creerse seguro de ti?

Charlotte. ¡Ah, hermano! Mientras que conservaba estas engañosas

apariencias, me arrancó una promesa de mi mano, e inmediatamente que logró esta ventaja sobre mí, me escribió de la suya. Así quedé convencida de que se había valido de la de otro, aunque nos habíamos convenido en guardar un secreto inviolable, causándome grande sentimiento verme expuesta a la indiscreción de su escribiente que yo no conocía, y que miraría con desprecio así al amante que había necesitado de su auxilio como al objeto de esta indigna trama. No obstante, yo estoy cierta de que mis cartas no contenían nada digno de censura; pero confieso que el responderle por escrito era acalorarle bastante y que se fundó en esto su presunción para solicitar una promesa cuatro meses antes que pudiese obtenerla.

Charles. ¿Y en qué términos estaba concebida tal promesa?

Charlotte. ¡Oh, qué locura que me vituperaré siempre! Yo prometí que mientras él se mantuviese célibe, no me casaría con otro sin su consentimiento. De esta manera, con extremada confusión mía le constituí mi padre, mi tutor, mi hermano, o al menos hice como inútiles en el más importante asunto de mi vida todos los consejos y todo el influjo de mis más amados parientes. Bien pronto, como se lo he dicho, me dieron a conocer los billetes de su propio puño con quién había tenido la desgracia de tratar, y después de este tiempo no he cesado de hacer esfuerzos de boca y por escrito para arrancar mi temeraria promesa. A esto se dirigían todos mis cuidados antes que tu bondad, querido hermano, me hubiese dado derecho a la independencia, y me lisonjeaba de que al fin cedería Anderson a mis instancias y buscaría otra mujer; pero tú te has apresurado tanto en dispensarme tus beneficios que no me has dejado tiempo para concluir este negocio antes que él tuviese noticia de ellos. A pesar de esto, he guardado mi secreto y no he tenido bastante osadía, o por mejor decir, bastante humildad para comunicar mi situación a nadie. Sin embargo, Harriet puede asegurar que desde el primer instante de nuestro conocimiento me he lamentado con ella de mis embarazos, pues con verdad no podía darles el nombre de amor.

Charles. ¡Admirable franqueza! ¡Cuánta virtud veo brillar en medio de tus errores!

Charlotte. Yo admiro la bondad de mi hermano. Paréceme que mi mayor desgracia ha consistido en haber temido mucho tiempo el comunicar mis secretos, que era el único medio de salir del abismo en que me había sumergido. Si yo hermano, te hubiera conocido mejor en los cinco o seis últimos años de mi vida, y si no se me hubiese prohibido tener contigo correspondencia epistolar, no habría dado un paso sin tu aprobación.

»Ya sabes al presente todos los secretos de mi corazón. Yo no he exagerado ni pensado exagerar los agravios de Anderson; pues me basta haberle querido con fin honesto para creerme obligada a

desearle la mayor felicidad, aunque no haya correspondido al concepto que formé de él. No obstante, debo añadir que es de un genio colérico y violento, y que de algún tiempo a esta parte nunca le he visto sin repugnancia. En verdad yo le habría visto, según le prometí, si no hubiese venido a Colnebrook; mas hubiera sido para decirle, como se lo estaba diciendo ya había mucho tiempo, que jamás podía ser suya y que si no quería eximirme de mi indiscreta promesa, estaba resuelta a mantenerme célibe toda mi vida. Ahora pues que les he abierto mi pecho, pido consejo a todos los que me han hecho el favor de escucharme.

Milord. Yo pienso, hermana mía, que ese hombre es absolutamente indigno de ti, y apruebo tu determinación de no casarte jamás con él.

Caroline. Sin esperar el parecer de nuestro hermano, el mío es que Anderson se conduce vilmente, cuando quiere obligarte con una promesa desigual; es decir, con una promesa que no ha recompensado con la suya, y así no puedo creer, Charlotte, que tú te halles obligada en su favor. ¿Y qué se ha de pensar del bajo artificio de valerse de otro para escribirte, a riesgo de manchar tu reputación y contra la promesa formal de guardar secreto? ¡Cuánto aborrecería a semejante hombre! ¿Qué dices de él, Harriet?

Harriet. Yo correspondería mal a la confianza de los circunstantes, si no arriesgara decir mi dictamen cuando se me hace el honor de pedírmelo. Paréceme, Charlotte, que nunca os habéis profesado tú y el capitán Anderson ningún vivo afecto, y que no ha habido entre los dos ninguna simpatía de carácter, si se me permite usar de esta expresión.

Charles. Excelente parecer.

Charlotte. Creo que ni en Anderson ni en mí ha habido nunca nada de eso, y ya te he manifestado sus motivos y los míos. Cada carta suya me confirmaba en lo que he dicho de sus miras, y en la actualidad su principal motivo para no libertarme de mi promesa es el interés. Yo no quiero alegar el mío ni jamás lo he hecho, aunque pudiera servirme de excusa su ejemplo.

Milord. Hermana, ¿hiciste tu promesa por escrito?

Charlotte. (Bajando los ojos.) Sí, Milord.

Harriet. Permíteme otra pregunta, Charlotte. Tu promesa ha sido de que mientras Anderson esté sin casarse, no aceptarás la mano de otro sin su consentimiento; ¿y has prometido que si te casas en algún tiempo, ha de ser con él?

Charlotte. No. Me instó a que le hiciera la promesa en esos términos, pero yo lo rehusé. ¿Cuál es pues tu dictamen, Harriet?

Harriet. Yo tendría mucho gusto en oír antes el del señor Charles y el del señor doctor. *(Charles miró al doctor, y el doctor rogó a Charles que comenzase.)*

Charles. Consiento en ello, señor doctor, y así rectificaréis mi

parecer si no es acertado, pues sois un hábil casuista. Yo pienso como Milord, que el capitán Anderson atendida su conducta no parece digno de Charlotte; bien que conozco pocos hombres que sean dignos de ella, y si esto es parcialidad, merece indulgencia en un hermano. *(Charlotte le dio gracias con una profunda reverencia y todos nosotros aplaudimos un elogio que le dio ánimo para levantar la cabeza.)* Creo asimismo que si mi hermana no le tiene estimación, puede justamente negarle para siempre su mano. Me persuado a que se dejó inducir en vida de mi padre que tenía seguramente facultades para dispensarla de su promesa. Sin embargo, los mismos esfuerzos que ella ha hecho después para conseguir la dispensa de Anderson, muestran que se cree absolutamente obligada. *(Charles nos miró a todos y guardando todos silencio prosiguió.)* Caroline piensa que es conducirse vilmente querer tener obligada con una promesa desigual; pero ¿dónde está el hombre, si no se supone sobremanera generoso, que teniendo alguna ventaja sobre una joven como Charlotte *(esta se mudó de color)* no procure valerse de ella? ¿Podría hacer otra cosa sin condenarse a sí mismo? En una palabra, ¿se puede pensar que quien induce a una mujer a que le haga alguna promesa, no tiene ánimo de exigir su ejecución? Yo debo conocer mi sexo, y me hubiera aprovechado poco de lo que he visto y experimentado si no conociera algún tanto el mundo. Mi hermana nos ha indicado los motivos que le impidieron obligar al Capitán con igual promesa; es a saber, que no le estimaba bastante para imponerle semejante ley; ¿y no consiste en esto precisamente la desgracia de Anderson?

»Charlotte teme que se la vitupere por su yerro, pero consideremos cuál era su situación. Yo no recordaré las circunstancias de esta, pues es demasiado doloroso para mí que mis hermanas se hayan visto en ellas. Tocante al artificio del Capitán de valerse de la mano de otro, convengo en que este un motivo de desprecio a los ojos de una mujer que se conduce como es debido en su correspondencia. Pero en punto de amor, ¿de qué no son capaces algunos hombres para conseguir sus fines? Este medio no es nuevo; pues se cuenta que una dama célebre se sirvió felizmente de él para conseguir el favor de un monarca a costa de otra dama que se valía de ella. Deduzcamos solamente que las mujeres deben estar bien seguras de su elección antes de hacer confianza de los hombres. Caroline le *aborrecería,* por haber arriesgado su reputación, y ella me permitirá decir que una mujer que no quiere estar expuesta, no debe abandonarse nunca a la discreción de nadie. ¡Oh, señorita Harriet! *(volviéndose a mí, que estaba pensando en aprovecharme de parte de su consejo),* tened la bondad de advertir algunas veces a mi pupila que jamás debe amar a un hombre sin estar cierta de su correspondencia; que nunca debe darle a conocer el influjo que tiene sobre ella sin tener por seguro que es agradecido,

justo y generoso; y que debe despreciarle como a un alma vil e interesada desde el primer momento que solicite obligarla con una promesa. Perdona, querida Charlotte: tú te vituperas tan generosamente a ti misma que no debes poner reparo en que tu propia experiencia se proponga por ejemplo a una joven que puede verse en tan infeliz situación sin ser capaz de conducirse en ella con tanta magnanimidad como tú.

Fue muy conveniente para mí, amada Lucy, que Charles cesase de dirigirme sus últimas palabras. La confusión de su hermana sirvió de velo a la mía y temo que esta le serviría muy bien a ella. Conozco, querida prima, que no debo estar más tiempo distante de mi familia, al menos para permanecer donde al presente me hallo. Señorita Cantillon, señorita Barnvelt y tantas otras cuya pintura me acuerdo de haber hecho, ¿dónde estáis? ¿Adónde podré encontraros? Cuando comencé a conoceros, estaba mi corazón tranquilo y libre de temor: entonces podía reírme de todo cuanto veía y no me daba cuidado que las burlas y chanzas pudiesen recaer sobre mí.

—Pero ¿qué partido tomaremos en orden a nuestra querida hermana? —preguntó Caroline. Las miradas de Charlotte nos hicieron la misma pregunta, pero todos se conformaron con lo que dispusiese Charles.

—Comienzo por asegurarte, estimada Charlotte —prosiguió—, que si tu corazón da la menor preferencia al Capitán y que si crees que la justicia u otras razones te obligan a ser suya, le veré como amigo para hacerle mis proposiciones y admitir las suyas. Si no encontramos en él un alma generosa o reconocida, le inspiraremos estos sentimientos con nuestro ejemplo, y yo prometo empezar.

Estas palabras causaron en todos mucha impresión y no la hicieron menor en el doctor Bartlett. Charlotte apenas podía estar en su silla, mientras que su hermano con el aire de un hombre acostumbrado a las grandes acciones que no supone nada de extraordinario en ellas, ni aun advirtió nuestra conmoción.

Charlotte. (Después de haber titubeado algunos momentos.) A la verdad, Charles, el capitán Anderson no merece el nombre de hermano tuyo. Omito hablar circunstanciadamente sobre este punto, porque estoy resuelta a no admitir nunca su mano y él sabe mi determinación. Además, mi promesa no me obliga a ser suya. Si yo viera en él virtud, generosidad… pero él no tiene bastante ni de la una ni de la otra para inspirarme el respeto que una mujer debe tener a su marido.

Charles. Pues en vista de eso, querida hermana, te aconsejo que no le veas, aunque le hayas prometido verle. Dale tus excusas y hazle decir que me has comunicado todo lo que ha pasado entre tú y él, y

que enteramente te remites a mí con una firme resolución, si la tienes en efecto, de no ser jamás su mujer.

Charlotte. Temo su genio colérico y violento.

Charles. Nada temas: los que son capaces de emplear la violencia con una mujer, no la emplean siempre con los hombres; pero yo le hablaré cortésmente. Si alguna vez ha tenido esperanza de que fueses suya, es mucha su desgracia de perderte. Puedes decirle que yo le veré en el lugar o sitio que guste citar, y entre tanto sería conveniente, si no tienes a ello ninguna repugnancia, que me manifestases algunas de tus cartas y de las suyas, con particularidad las primeras si las tienes y aquellas en que le has instando a que te olvide.

Charlotte. Te entregaré, si gustas, todas sus cartas y las copias de todas las mías, las cuales te convencerán de que la desgraciada suerte a que me creí condenada después del riguroso trato que recibió Caroline, y el sentimiento de no poder prometerme un caudal que me hiciese concebir mejores esperanzas, me impelieron a dar oídos al capitán Anderson.

Charles. ¡Triste recuerdo! Pero pongamos la vista en lo venidero, que será más feliz que lo pasado. Si en algunas de sus cartas te ha hablado con demasiada aspereza, no debes mostrármelas. No por curiosidad, sino tan sólo por servirte deseo verlas. Sin embargo, es menester que me comuniques todo lo que sea esencial en tu situación, a fin de que en ninguna manera pueda decirme que no estoy informado de ella y sacar de esto consecuencias en su favor. Te aseguro que le concederé todo lo que crea deberle conceder en justicia, y tú verás que si vuestras cartas eran como de dos amantes apasionados, no tienes que temer nada de mi censura. Yo no soy severo ni riguroso con las debilidades del corazón, y sé que nuestras pasiones producen a veces excelentes frutos. Contad, señoras mías *(mirándonos a todas tres),* con que la filosofía de vuestro hermano no es el estoicismo.

«Sí, Charles:», dije entre mí, «a la verdad... ¿habrás tú estado enamorado?» Yo no sé, querida Lucy, si debería sentir o alegrarme de esto; pero sobre todo, ¿no es muy extraño que se sepa tan poco de sus aventuras en países extranjeros? Sin embargo, dice que no le disgusta muestre su hermana curiosidad sobre ello, y si yo fuera alguna de ellas, ha mucho tiempo que hubiera hecho la prueba de su franqueza. Mas he aquí nuevos embarazos para Charles con este asunto cuyo fin deseo con impaciencia ver.

Charlotte me ha mostrado algunas cartas del capitán Anderson. ¡Cuánto le habría despreciado, si su desgracia la hubiera precisado a ser suya, y cuánto se hubiera aumentado este desprecio con verle al lado de su hermano! De este modo, el señor Thomas con todo su ingenio y orgullo se expuso a ver una hija del más noble carácter caer

en poder de un hombre sin facultades, sin educación, sin juicio, ni apariencias ningunas de generosidad.

Se me permite copiar para ti lo que Charlotte acaba de escribir al Capitán:

«Muy señor mío: con un hombre generoso no me hubiera yo expuesto a la censura de un hermano, cuya virtud podía hacerme temer que se entibiase justamente su afecto a una hermana que puede en esta ocasión parecerle indigna de él; pero es el más noble de todos los hombres, y tiene compasión de mí. Se ha encargado de hablaros amistosamente en donde gustéis sobre un negocio que me tiene muy afligida ha mucho tiempo. Vos sabéis cuáles son mis sentimientos y omito haceros ningunas reconvenciones; mas os repito, como os lo he dicho cien veces, que no puedo ni quiero ser nunca vuestra sino con el título de vuestra humildísima servidora —*Charlotte Grandison.*»

Carta XLIV
Harriet Byron a Lucy Selby

Jueves 16 de marzo.

Charles nos ha dejado y se ha restituido hoy por la mañana a Londres para poner en ejecución el testamento de su amigo. El doctor Bartlett, cuya amistad me lisonjeo de haber logrado, y que parece conoce el fondo de su corazón, me ha dicho que está incesantemente agobiado de ocupaciones. Ya había yo advertido esto mismo, y así no extraño que le haya faltado tiempo para dedicarlo al amor que es una pasión ociosa, o al menos fruto ordinario de la ociosidad. Tú sabes que entre las pequeñas cosas que me ocupaban en la quinta de Selby, nada entendía de esto; pero no había allí ningún Charles que me obligase primero al reconocimiento y bien pronto después a tenerle el más tierno amor. Esta es la verdad, querida mía, pues me parece que ya no debo negarlo. *Si yo quisiera disimular, me descubriría inmediatamente cualquiera principiante en amor.*

¡Oh, amada Lucy! Las dos hermanas me han tratado sin ningún miramiento. Han rasgado el velo, o por mejor decir, me han dado a conocer que lo habían penetrado hacía mucho tiempo. Es menester darte cuenta de todo lo que ha pasado.

Yo estuve escribiendo hasta tan tarde por la noche, que a pesar de mi antigua costumbre de vestirme siempre la primera, estaba aún descompuesta y menos ocupada de mi adorno que de una carta que había empezado para ti, cuando entraron ambas en mi gabinete con los brazos enlazados, y después he traído a la memoria que según su aspecto meditaban alguna burla, principalmente Charlotte, la cual me había amenazado con darme algún chasco.

Al pronto mostré alguna vergüenza por haber sido tan perezosa y ver que se me hubiesen anticipado tanto. Charlotte quiso peinarme con sus propias manos e hizo salir a mi camarera que había empezado a hacerlo.

Sus primeras expresiones fueron unos cumplimientos lisonjeros, y mientras que me peinaba, me dijo dos veces que yo era una joven muy hermosa, y la segunda dirigiéndose a su hermana continuó:

—¿No te parece, Caroline, que es mucha verdad lo que Charles piensa de ella?

Un exceso de viveza me hizo abrir inmediatamente la boca.

—Qué… qué… —Yo iba a decir «¿qué piensa de mí?», mas por fortuna me detuve para mudar de idea y dije para acabar mi expresión—: ¡Qué honor me haces, Charlotte, con tomarte tanta molestia por mí!

Entonces me miró al soslayo y volviéndose a su hermana le dijo:

—Cuenta con que nuestra querida Harriet es una picarona.

—Pues castígala, Charlotte —respondió Caroline—. Te ha costado tanto abrirnos tu pecho que has adquirido cierta especie de derecho para castigar a los que afectan y se reservan de sus mayores amigos.

—¡Válgame Dios! —exclamé—. Qué… qué… —Yo quería decir «¿qué acusación es esa?», mas no pude acabar y sentí que el rubor me subía al rostro.

—Qué… qué… —repitió Charlotte—: ¡mi querida niña no sabe decir sino *qué, qué!*

Yo tenía en la mano mi pañuelo del cuello y quise ponérmelo, pero mis brazos permanecieron inmóviles, eché a temblar y me faltó el habla.

Charlotte. ¡Confirmación, Caroline, confirmación!

Caroline. Yo pienso lo mismo, mas te aseguro que no necesitaba de ella.

Harriet. A la verdad, amigas mías, que me causáis una sorpresa extremada. ¿Por qué es ese repentino ataque?

Charlotte. ¿Y por qué son, querida Harriet, todos esos *qué, qué* y esa repentina conmoción? Dame ese pañuelo: me causa lástima tu turbación. *(Charlotte tomó al punto mi pañuelo y me lo puso al cuello. Mis manos temblaban.)* ¿Por qué es ese temblor? ¿No me respondes? ¡Ah, cara Harriet! ¿No quieres pues fiarte de tus dos hermanas? ¿Piensas que nosotras no habíamos comprendido tu interior?

Harriet. ¡Comprendido! ¿Qué quieres decirme? Seguramente, Charlotte, que no conozco a nadie que tenga tanto talento como tú para inquietar a las gentes.

Charlotte. ¿Sí? ¿Tan bien me conoces? Mas para abreviar de palabras… Serénate, amada Harriet: tú pareces toda agitada. ¿Es tan deshonroso para una bella joven ser dominada por el amor?

Harriet. ¿De quién hablas? ¿Yo, dominada por el amor?

Charlotte. (Dando una carcajada.) Ya ves, Caroline, que Harriet se tiene por la bella joven de quien hablo. Niega ahora. ¿Quién te lo quita? Cuéntanos mil bolas, disimula y dinos que no eres una linda muchacha y otras cosas semejantes.

Harriet. Querida Charlotte, considera en qué situación te viste ayer. ¿Cómo puedes olvidar...

Charlotte. ¡Oiga! ¡Vengativa también! Te aseguro, Harriet, que me lo has de pagar caro. Pero, hija mía, yo no estaba enamorada. ¡Ah, Harriet! ¡Ese hombre de Northampton-Shire! ¿Has podido creer que nosotras no le descubriríamos? *(Al oír esto tomé algún aliento.)*

Harriet. ¿Es por este medio por el que esperas conseguir tu intento? Yo debía precaverme más contra el talento que tienes para causar inquietudes.

Charlotte. Otra ofensa que me pagarás también. Yo he de tratar sin compasión a una hermana menor para curarla de su afectación abominable.

Harriet. Sin duda creéis, bien lo veo, que Orme...

Caroline. (Interrumpiéndola.) Mira, Harriet, que al presente estoy contra ti. Quiero hacer una prueba de esa franqueza que tanto se me ha celebrado. Seguramente, si tú la habías de haber tenido con alguien, había de haber sido con tus dos hermanas.

Charlotte. Basta, Caroline, basta. ¿No me la has abandonado? Pues yo la castigaré. No te has de burlar de mí con tus palabritas mansas. Respóndeme, Harriet. ¿No quieres más a Orme que a ninguno de cuantos hombres has visto?

Harriet. No por cierto.

Charlotte. ¿A quién quieres más que a él?

Harriet. Hazme el favor, Charlotte...

Charlotte. Y hazme el favor, Harriet...

Harriet. Caroline, no se puede sufrir a Charlotte: ella no tiene piedad, aunque experimentó mucha.

Charlotte. Ayer, ¿no es así? Muy bien; pero tú no me echarás en cara el no haber sido ingenua.

Harriet. ¿Y crees que yo no lo soy? Di, Caroline.

Caroline. Sí, lo creo. *(Entonces me pareció que la complacía mi turbación.)*

Charlotte. Y tú dices que no hay un caballero en Northampton-Shire...

Harriet. Yo no alcanzo, amigas, cuáles son vuestras miras; mas os aseguro que no hay un...

Charlotte. ¿Ves, Caroline? Hay preguntas a las cuales no se hace instar para responder. *(Creo que hube de ponerme seria. Yo callaba y estaba abrasada.)* Ánimo, Harriet. Yo gusto de verte de ese humor. No

respondas nada: ese es el único medio al presente de evitar que pasemos adelante. Pero dime: ¿no te arrepientes de la repulsa que diste a milady D...?

Harriet. Yo no estoy de mal humor, amigas, pero no gusta verse estrechada...

Charlotte. Pues confiesa, Harriet, que eres mujer y que en ciertos puntos eres asimismo capaz de afectación y reserva. Veo, querida mía, que hay casos en que las virtudes contrarias exceden el poder de una mujer.

Harriet. Suponed pues que lo soy: jamás me he tenido por libre de los defectos que atribuís a mi sexo. Soy débil, muy débil... y bien veis que lo soy. *(Yo saqué mi pañuelo sin poder dejar de llevármelo a los ojos.)*

Charlotte. Bueno. ¿Lloras, amor mío? Mi hermana se acordará de haberme oído decir que nada me ha caído tanto en gracia como ver a Harriet Byron llorando.

Harriet. ¿Qué he hecho para merecer...

Charlotte. Semejante cumplimiento. Sea enhorabuena. Mas yo no quiero que tú llores. Pues qué, Harriet, ¿te parece el asunto tan lastimoso y tierno?

Harriet. Vosotras me sorprendéis. Anoche nos dejamos sin que hubiese ni aun sombra de motivo para que se me improperase, y hoy por la mañana de repente me agobiáis ambas con improperios.

Charlotte. ¡Improperios, Harriet!

Harriet. Eso me parecen: yo no sé que pueda dárseles otro nombre.

Charlotte. ¿Qué, es un improperio atribuirte amor?

Harriet. No, pero el modo...

Charlotte. ¡Calle! ¿Es pues el modo el que motiva tus quejas? Pues bien *(poniéndose grave y hablando en un tono más dulce),* no será menos cierto por eso que tu corazón está enamorado; mas ¿de quién? De esto se trata, y a nosotras que somos tus hermanas ¿no dirás de quién?

«Seguramente vosotras mismas», dije entre mí, «tenéis algo que decirme que os parece una indemnización de esa insoportable y pesada burla», y sin embargo por mi orgullo no me parecía bien que ellas tuviesen por cosa de tanta importancia lo que me habría parecido del mayor aprecio, si sólo hubiera tenido que ver con mi propio corazón.

Caroline. (Viniendo a mí y tomándome de la mano.) Te digo, querida Harriet, que eres la joven más insensible si no estás enamorada... ¿Qué me respondes ahora?

Harriet. Que quizá no conozco bastante esa pasión para merecer que se me trate con tan poco miramiento. *(Entonces se sentaron ambas cogiéndome en medio y cada una tomó una de mis manos trémulas.)*

Caroline. Estoy tentada, Harriet, por jorobarte más la paciencia.

Nosotras te hemos tratado con rigor; pero dinos, hermana, di en una palabra a tu Caroline y a tu Charlotte, si no hay un hombre en el mundo a quien amas más que a todos los demás. Esta confianza se merece nuestro afecto, sin el cual seguramente no te hubiéramos dado tanta matraca.

Yo permanecía en silencio con la vista inclinada, y estaba en un ataque de calentura que me hacía pasar alternativamente del frío al calor y del calor al frío, pero sus caricias llegaron hasta estrechar mis manos contra sus labios y yo no pensaba en retirarlas.

Charlotte. Abre la boca, no temas, confía en nuestra fina amistad. Yo me había propuesto abrirte el camino comunicándote todos los secretos de mi corazón antes que mi hermano los hubiese penetrado... Pero nada puede ocultarse a su comprensión...

Harriet. (Sumamente agitada.) ¡Charlotte, Caroline! Vuestro hermano no habrá... Es imposible que haya... Primero muriera...

Charlotte. ¡Apreciable delicadeza! No, no ha... mas ¿por qué había de ser imposible que hubiese... Querida Harriet, si nuestra burla te fatiga, deja esa reserva. ¿Crees que en mil ocasiones no hemos visto tu corazón en tus ojos, y que no entendemos lo que significan esos suspiros que se te escapan? *(Yo suspiré.)* Sí, eso justamente. *(Yo permanecí turbada.)* Mas para hablar con formalidad te aseguramos, querida Harriet, que si no hubiésemos estado en algún modo contraídas con milady Anne, no hubiéramos esperado a tan tarde para hablarte de este asunto. Todos sus parientes nos han solicitado, y tú misma habrás advertido que ella no oculta sus sentimientos.

Harriet. (Desasiendo una de sus manos para tomar su pañuelo.) Mis queridas amigas, vosotras decís que me profesáis afecto, ¿y no despreciaréis ahora a quien se lo tenéis? Confieso... *(Aquí me faltó el habla y proseguí enjugando mis ojos.)*

Caroline. ¿Qué confiesa nuestra querida Harriet?

Harriet. Si yo tuviese formado de mí el concepto que no tengo motivo para formar, y que nunca ha sido tan bajo como después que os conozco a ambas, consentiría en abriros mi pecho sin reserva; pero tengo un favor que pediros y espero no quedar desairada.

Caroline y Charlotte. ¿Qué favor? Habla.

Harriet. El de darme un coche para volver esta tarde a Londres, donde os aseguro que no estaré mucho tiempo. A la verdad, amigas mías, yo no podré ya mirar cara a cara a vuestro hermano y vosotras me despreciaréis: estoy cierta de que me despreciaréis. *(Entonces me hicieron mil protestas de la continuación de su afecto, lo cual fue muy oportuno, pues yo me sentía muy agitada.)*

Charlotte. Nosotras hemos tenido esta mañana una larga conversación con Charles.

Harriet. ¿Acerca de mí? ¡Válgame Dios! Creo que él no tiene el

menor conocimiento.

Caroline. Se ha hablado de ti, pero para no inquietarte más te contaremos lo que ha pasado. Milady Anne ha sido el asunto de la conversación.

Charlotte. Nosotras le preguntamos por venir al caso, si pensaba tomar estado de matrimonio, y aunque no dio respuesta, se le escapó un suspiro y se puso muy serio. *(¡Un suspiro, querida Lucy! ¿Qué motivo tiene Charles para suspirar?)* Nosotras repetimos la pregunta y yo le dije: «Tú nos has asegurado que no pensabas absolutamente volver a tratar del casamiento que quiso padre proporcionarte. ¿Y qué juicio formas de milady Anne? Es superfluo hacerte presente sus inmensas riquezas y su ilustre nacimiento. Su persona no es seguramente desagradable y todos saben que te profesa grande estimación.»

«Yo hago justicia», me respondió, «al mérito de milady Anne; pero sentiría mucho que me tuviese un afecto particular, porque no está en mi mano corresponderla.»

«¿Cómo es eso, hermano mío?», le dije clavándole con la vista.

«No», repitió con un suspiro, «no está en mi mano corresponderla.»

¡Oh, amada Lucy! ¡Cuántas agitaciones causaron estas palabras en mi corazón! La fiebre me acometió de nuevo con sus calores y sus fríos. Las dos hermanas me prometieron no atormentarme más; pero hay asuntos que no pueden tocarse sin causar una viva conmoción a los que vacilan entre la esperanza y el temor. ¡Cuán cruel tormento es la incertidumbre! Son insoportables a la verdad todos los instantes de esta triste situación.

Charlotte. Mi hermano prosiguió. «Tú me has sondado más de una vez sobre el mismo asunto, y yo no quiero responderte, como pudiera, que mi primer deseo es el de verte felizmente casada antes de pensar yo en matrimonio; pero quizá en algún tiempo me hallaré en estado de satisfacerte, según lo puedes esperar de un hermano.» Lo que nos da que pensar, querida Harriet, es la expresión *no está en mi mano* que nos repitió, y como nos ha dado a entender que no puede sino en algún tiempo responder a nuestra pregunta, recelamos que haya puesto la mira en alguna dama extranjera...

Ellas me habían hecho concebir esperanzas, y ocasionando su bien fundado recelo el mío tuvieron precisión de aplicarme sales y espíritus a la nariz. Mi corazón había padecido tanto con su anterior matraca que no tuvo fuerzas para resistir, y dejé caer mi cabeza sobre el hombro de Charlotte. No obstante, habiéndome aliviado algunas lágrimas, les pedí que se compadeciesen de mi situación, y ambas me prometieron su más tierno afecto, instándome Milady por su amor a que les abriese enteramente mi pecho.

Yo pensé, reflexioné, titubeé y parecía que las palabras se rehusaban a mi lengua; pero al fin se desembarazó y les dije:

—Si yo hubiese tenido algún motivo que me hubiese parecido capaz de excusarme a vuestros ojos, el nombre de hermana que me hicisteis el favor de darme desde el principio de nuestro conocimiento, me hubiera hecho desterrar toda reserva con mis hermanas; pero al presente no obstante... *(Aquí me detuve e incliné la cabeza sin poderlo remediar.)*

Caroline. Habla, querida mía. Bien va. *Al presente...*

Charlotte. Vaya, *al presente no obstante...*

(Estas instancias me alentaron y alcé la cabeza con todo el ánimo que me fue posible, aunque no con mucho, según me figuro.)

Harriet. Yo confesaré que el sujeto cuyo valor y cuya bondad me han constituido deudora del más importante beneficio, es dueño absoluto de mi corazón.

Al decir esto, querida, sin saber a la verdad lo que hacía, ceñí con uno de mis brazos el cuello de Caroline y con el otro el de Charlotte, y mi rostro que yo sentía lleno de ardor, procuraba ocultarse en el seno de la mayor de las dos hermanas. Ambas me abrazaron y me prometieron unirse en mi favor, diciéndome además que el doctor Bartlett no me estimaba ni amaba menos; pero que habían sido inútiles todos sus esfuerzos para que les revelase el secreto de su hermano y que siempre las remitía al mismo Charles. En fin, me aseguraron que yo tenía también de mi parte el afecto y el voto de Milord.

Es un consuelo, amada Lucy, y aun no sé si diga, un alivio también para mi vanidad misma, ver el concepto en que me tiene esta familia; pero ¡cuánto ofende esta vanidad el hallarme precisada a formar una especie de liga para conquistar el corazón de un hombre cuyas obligaciones y situación no sabe ninguna de nosotras! No obstante, si se ve al fin que el más benemérito de todos los hombres tiene libre su corazón, y yo logro hacerme dueña de él, que no se hable más de vanidad. Este hombre, como me ha escrito tía, ¿no es Charles Grandison?

Yo pregunté con mucho ahínco a las dos hermanas, pues que mis ojos les habían dicho tanto, si Charles había tenido alguna sospecha de mis sentimientos; y me respondieron que no habían advertido nada de esto ni en sus palabras ni en su conducta, y que él no me había visto tanto como ellas. Caroline quisiera que no sospechase nada, porque según dice, los hombres mejores y más prudentes gustan de encontrar dificultades, y por generoso que sea su hermano, es hombre sin embargo. No obstante, se acuerda de haberle oído decir que no amaría ni aun a la mayor princesa del mundo, si no estuviera seguro de ser amado de ella. Yo me imagino, querida mía, que los hombres que aman y dudan de la correspondencia, tendrán mucho que padecer por la variedad de sentimientos entre el temor de disgustar al objeto de su

cariño con un amor demasiado oficioso, y el de desagradarle con una extremada reserva. ¿No te parece a ti lo mismo?

Las dos hermanas aseguran que desean con ansia ver a Charles casado y no menos el que sea conmigo, y aun si he de dar crédito a su fino cariño, estaban sumamente inclinadas a mí al tiempo mismo que por varios respectos debían interesarse por milady Anne. Además, me han contado lo que Charles había dicho de mí y de lo cual me insinuaron algo al principio de nuestra conversación.

—Después de habernos asegurado —me dijo Charlotte— que no estaba en su mano corresponder a la estimación de milady Anne, le hice con malicia esta pregunta: «Y si milady Anne se asemejara a Harriet, ¿crees que podría aficionarte a ella?»; y me respondió que la señorita Harriet era una joven muy bella. Caroline añadió a este elogio que la señorita Byron era la mujer más amable que jamás había conocido, y que nunca había visto la belleza, las gracias, la dulzura y la dignidad formar un todo tan perfecto.

Ya te harás cargo, Lucy, de que yo no digo nada de esto pro vanidad, y de que sólo pienso en repetirte fielmente hasta la menor palabra.

—Mi hermano —prosiguió Charlotte— se valió de esta ocasión para hacer de ti otra pintura tan bella y enérgica que no pude menos de preguntarle si había tenido parte en ella el amor.

Mis ojos, amada prima, tuvieron la osadía de preguntar también qué respuesta se había dado a esta pregunta, y Charlotte los comprendió muy bien.

—¡Ah, Harriet! —me dijo—: entiendo esa mirada a pesar de la turbación que la acompaña. He aquí la respuesta de mi hermano: «Es imposible ver a la señorita Harriet sin amarla. Tú sabes, Charlotte, que te la presenté como una tercera hermana, ¿y quién ha tenido más afecto que yo a las suyas?» Caroline y yo bajamos los ojos, pero menos sorprendidas y menos engañadas en orden a lo que esperábamos de lo que lo estás actualmente tú misma.

Harriet. ¡Qué dices, Charlotte!

Charlotte. Aprende para otra vez a no hacer hablar a tus ojos en vez de tus labios. *(¡Una tercera hermana! ¡Oh, Lucy, creo que en efecto estuve muy necia y confieso que quedó burlada mi esperanza!)*

Harriet. ¿Y fue eso todo lo que dijo, Charlotte? Ya ves por esta pregunta que quiero dejar hacer su oficio a mis labios.

Charlotte. No dijo más, porque se retiró a su gabinete después de esta respuesta.

Harriet. ¿Cómo se retiró? ¿Notaste algo de conmo... Acaso te ríes de mi tontería y de mi presunción.

Charlotte. (Sonriéndose.) No, yo no advertí ninguna mudanza ni en su rostro, ni en sus acciones, ni tampoco mucho de conmo...

Harriet. Pues bien, amigas, lo que tengo que deciros es que no me queda que hacer más que tomar un coche para restituirme prontamente a Northampton-Shire.

Charlotte. ¿Y por qué, Harriet?

Harriet. Porque es imposible que yo no pierda algo de la estimación de tu hermano cada vez que me vea en su presencia, ya hable, ya calle.

Las dos hermanas me tuvieron muchos finos cumplimientos que lo hubieran sido mucho más bien, si me los hubiese tenido su hermano.

¿Qué dices de esto, querida Lucy? ¿Crees que si Charles tuviera alguna mira, habría hecho a sus hermanas tan grande elogio de mí antes de haberme declarado en algún modo su amor? Yo formo juicio de él por mí misma. Hay tanta semejanza entre los hombres y las mujeres, que dejando aparte la tiranía introducida por el uso, se pueden generalmente adivinar las intenciones de un sexo por las del otro en los asuntos en que está interesado el corazón. ¿Con qué miramiento no he hablado yo muchas veces de Orme y de Fowler? ¿No he alabado la bondad de sus corazones y confesado que mis sentimientos respecto a ellos llegaban hasta la compasión? ¿Por qué, querida mía? Porque esto era efecto tan sólo de cierta especie de cortesanía bastante expresiva que creía deber a su mérito y cuyos impulsos no temía seguir. Paréceme que comprendo ahora mejor que entonces cuáles eran las miras de Greville, cuando me pedía con instancias le asegurase que le aborrecía. ¡Qué picarón! Sabe que en punto de amor muestra una mujer con sus desaires tener por sujeto de más importancia de lo que piensa al hombre con quien tiene aquella especie de atención.

Pero ¿qué complacencia puedo yo tener en atormentarme? Tarde o temprano ha de suceder lo que está decretado por la Providencia. ¿Quién sabe lo que ha dispuesto en orden a Charles? ¡Ojalá sea feliz en cualquiera estado y situación! Aunque en verdad, querida Lucy, de este bien no goza tu Harriet al presente.

Carta XLV
Charles Grandison a Charlotte Grandison

Viernes 17 de marzo.

Te alegrarás de saber, mi querida Charlotte, que ya he visto al capitán Anderson. Yo le había hecho entregar tu carta al llegar a Londres, y habiéndose enardecido con su lectura profirió algunas indiscretas expresiones; pero como yo estaba resuelto a tener una conversación pacífica con él, no le hice que me diese satisfacción por ellas.

Ayer nos vimos a las cuatro de la tarde en un café estando Anderson acompañado de los señores Mackenzie y Dillon, amigos suyos, el uno teniente coronel y el otro sargento mayor del mismo regimiento. Yo no tenía el honor de conocerles; pero cuando pasé con Anderson a una pieza excusada entraron con nosotros.

Tú me pedirás sin duda una circunstanciada relación. Convengamos desde luego, hermana, en que no era buena la causa que yo tenía que manejar; pues no podía hacer presente a Anderson sin que se diese por ofendido los motivos que te hicieron pensar en abandonarle, cuando llegaste a conocerle. Además, por esto no habíamos de ponernos de acuerdo fácilmente, y así de nada me hubiera servido.

Habiendo entrado los dos amigos de Anderson sin haberme dicho este ni una sola palabra acerca de ellos para prevenirme, le pregunté si estaban informados del asunto de que íbamos a tratar, y me respondió que eran sus amigos inseparables y que sabían todos los secretos de su corazón.

—Acaso, señor mío —le repliqué—, sería mejor en la ocasión presente que los hubiesen ignorado.

—Nosotros somos personas de honor, caballero —me interrumpió con bastante viveza el Sargento Mayor.

—No pongo duda en ello —le respondí—; mas en un negocio en que está interesado el honor de una mujer, las dos partes deberían ser el mundo entero la una para la otra; pero este mal ya no tiene remedio. Yo estoy dispuesto, señor Anderson, a oíros delante de vuestros amigos, si lo tenéis por conveniente.

—Contad, señor Grandison —me dijo muy cortésmente el Teniente Coronel—, con que experimentaréis que somos hombres de honor.

Entonces el Capitán comenzó su historia con algún calor aunque con mucha gracia, de lo cual me alegré *por amor de mi hermana:* perdona, Charlotte, esta expresión. A mí no me pareció despreciable ni por su talento ni por su persona. Bien puede ser poco literato; mas no se podrá decir que es ignorante o grosero, aunque a los parientes de Charlotte Grandison no parezca digno de ocupar el primer lugar en su corazón.

Después de concluida su relación que es inútil repetirte, insistió sobre tu promesa, y sus dos amigos se declararon en su favor en un tono que me pareció demasiado decisivo. Yo no tuve reparo en manifestarles mi modo de pensar, ni en decirles que me debían hacer la justicia de creerme tan instruido como ellos en las leyes del honor.

—Yo vengo aquí, señores —añadí—, con intenciones rectas y pacíficas, y el ardor de otros no me enardece jamás en términos irregulares; pero si os prometéis prevalecer sobre mí acerca de algún punto, no será ni por levantar la voz ni por inflamarse sobremanera.

Sus ojos se templaron inmediatamente, y el señor Dillon me

aseguró que no habían tenido ninguna intención de ofenderme.

Yo dije al Capitán que quería hablarle extensa y circunstanciadamente en defensa de mi hermana, y confesé que esta se había conducido con alguna precipitación.

—Algunos pesares —continué— que había tenido en su casa y otros que temía, junto con la juventud y el ningún conocimiento de mundo contribuyeron mucho a ello. Además, las jóvenes se dejan llevar fácilmente de las apariencias. Vos tenéis, señor mío, en vuestra persona y en vuestros modales prendas que pueden llamar la atención de una joven, y en la situación en que se hallaba mi hermana, no extraño que diese oídos a las ofertas de un hombre de mérito que estaba de Comandante en el país y cuya conducta añadía sin duda un nuevo esplendor a su destino. Sin embargo, estoy persuadido, señor Anderson, a que ella se os mostró arrepentida, cuando reflexionó sobre el agravio que se hace una persona de su edad con tener un trato ignorado de su padre. No hay que hablar respecto a ninguno de los dos de estas violentas pasiones que impiden el uso de la razón y nos hacen faltar a nuestro deber. No causará pues extrañeza que mi hermana con el buen juicio que es notorio, haya sido capaz de entrar en sí misma; y quizá la causaré menos que habiendo vos notado su mudanza pensaseis obligarla en una promesa. Pero ¿qué promesa es esta? No la que parece que vos desearíais y que os hubiera dado un poder absoluto sobre ella, sino la de no disponer de su mano sin vuestro consentimiento, mientras que vos no hubieseis dispuesto de la vuestra: promesa, permitidme que os diga, que no era más justo proponer que a ella aceptar.

—¡Señor! —me interrumpió el Capitán alzando la cabeza con un aire marcial, y yo repetí lo que acababa de oírme— ¡Señor! —me dijo otra vez y volvió la vista a sus dos amigos que inclinaron sucesivamente la cabeza el uno hacia el otro y hacia él como para dar a entender que les parecía libre mi lenguaje— En efecto, señor mío —proseguí yo con serenidad—, ¿no era esto dar motivo para creer que dudabais de vuestro mérito, o de la inclinación y constancia de mi hermana? Y en cualquiera de ambos casos, ¿debía haberse propuesto semejante promesa? ¿Debía ser aceptada? Por lo que a mí hace, yo despreciaría la mano de una mujer que me diese motivo para pensar que había balanceado un momento entre otro hombre y yo.

—No puede vituperarse ese modo de pensar —me interrumpió el Sargento Mayor.

—Es cierto, señor Charles, que yo pensaría como vos —añadió Mackenzie.

El Capitán no quedó igualmente satisfecho y mostró en su silla bastante desasosiego.

—Nosotros no dudamos, señor Anderson —volví a continuar—, de

que vuestro incentivo sería un tierno afecto, pues mi hermana Charlotte es una joven a quien todos se pueden aficionar. Vos me permitiréis decir de paso que no hay necesidad de promesa para un hombre que se tiene por seguro de una perfecta correspondencia; pero al fin se ha hecho promesa. Mi hermana es una mujer que piensa noblemente, y creyéndose obligada está resuelta a pasar toda su vida en el celibato, si no la restituís la libertad de disponer de ella misma. Sin embargo, os deja la vuestra que nunca ha pensado quitaros. Haced la justicia de convenir en que hay en esta conducta una generosidad a la que aún no habéis correspondido. ¿Quisierais que mi hermana estuviese obligada sin estarlo vos mismo? Ella no se atribuye ningún derecho sobre vos. Os confieso, señor Capitán, que en vuestra situación si yo hubiese sido capaz de hacer todos mis esfuerzos para arrancar semejante promesa, me quedaría el sentimiento de pensar que no se me tendría mucho amor, puesto que no se había procurado sujetarme con el mismo vínculo. «¡Qué», diría entre mí, «amo a esta mujer más que a todas las mujeres del mundo, y mientras que yo procuro obligarla con una promesa solemne que me haga dueño de su libertad, me profesa tan poca estimación que me deja la mía y puedo dar la preferencia sobre ella a cualquiera otra mujer!»

Los dos amigos se miraron, pero sin decir ni una sola palabra, y yo continué.

—Miremos este asunto en su verdadero aspecto. Yo veo a una joven que se ha dejado inducir a hacer una promesa en que según asegura, no ha tenido nunca parte su corazón. Este ha sido su yerro; pero ¿no sabemos cuáles son las redes del amor para prender en ellas a todas las mujeres cuando llegan a tener correspondencia con los hombres? Nuestro sexo tiene proporciones para conocer el mundo que el otro no tiene. La experiencia, señores, combate con la falta de experiencia, y a pesar de la diferencia acaso de otro tanto de edad —«¡Señor!», me interrumpió el Capitán—, el combate es muy desigual. ¡Qué auxilios no sacan los hombres del arte para ganar el corazón de una mujer que creen digna de sus rendimientos y obsequios! Pero ¿querrá alguno de nosotros ser marido de la que declara que se la ha hecho insensiblemente pasar hasta más allá de lo que pensaba; de la que rehusando obligarse con una promesa a ser suya ha manifestado que no le da la preferencia en su corazón; de la que cuando ha consentido en recibir cadenas, no ha hecho de él tanto aprecio que quisiera las recibiese también; y en fin, de la que le está declarando ha mucho tiempo y no cesa de declararle que no quieres ser suya jamás? Señores, a mí me parecéis sujetos de honor. ¿Quisierais con estas condiciones a la mujer más apreciable del mundo? Y no obstante el caso es muy diverso, pues mi hermana no llegó a prometer que se casaría con el señor Anderson.

El Capitán dijo que no le había parecido bien parte de mis razones y que aún menos aprobaba algunas de mis palabras, manifestando en su semblante que estaba dispuesto a explicarse con más altivez de la que correspondía al asunto de nuestra conversación; pero yo le repliqué:

—Señor capitán, yo no pienso entrar en discusión sobre las palabras. Cuando os aseguré que venía aquí con intenciones pacíficas, debisteis creerme. Mi ánimo no es el de ofenderos y así hablemos como personas sensatas. Aunque yo sea el más joven de los presentes, he visto tanto de mundo como el que más de mi edad, y sé lo que se debe a un hombre de honor y no espero interpretaciones que ofendan mis sentimientos.

—Mi intención, señor mío —respondió el Capitán—, no es más que la de daros a conocer que no quiero se me trate con desprecio ni aun por el hermano de la señorita Charlotte Grandison.

—El hermano de la señorita Charlotte Grandison —repliqué yo— no está acostumbrado a hablar en tono de desprecio. Comenzad por respetaros a vos mismo y no tendréis por qué quejaros de que yo falte a mi deber. En mano de cada uno está que yo forme de él el concepto que quiera él mismo. Mi caridad tiene mucha extensión; pero no llega hasta la credulidad, y yo no rehúso nunca remitirme a la decisión de un tercero sobre la rectitud de mi conducta y de mis intenciones.

El Capitán me dijo que atribuía gran parte de la obstinación de mi hermana (esta fue su expresión) a las nuevas ideas que había concebido después de mi vuelta a Inglaterra; que no dudaba hubiese yo apoyado las proposiciones ya del caballero Watkyns, ya de milord G… por razón de su clase y de sus riquezas; y que de uno y otro provenían todas las dificultades. Al decir esto se levantó, dio un puñetazo sobre la mesa, echó mano a la espada, y soltando por exordio una imprecación contra él mismo parecía estar para explicarse con poco miramiento. Yo le interrumpí.

—Reportaos, señor Capitán, y escuchadme con sangre fría, si es posible, pues quiero exponeros la verdad desnuda. Luego que yo haya concluido, volveréis a mostrar, si lo tenéis por conveniente, el aspecto colérico con que os habéis levantado, y veréis el uso que habéis de hacer de él.

Sus amigos le exhortaron a que se serenase, y se sentó como sin respiración por la agitación y la cólera; pero la inflamación de sus facciones se fue disipando poco a poco.

—He aquí la pura verdad. Todos los embarazos de mi hermana Charlotte en que acaso tenía menos parte la razón que el temor, se acabaron con la vida de mi padre. Mi primer cuidado a mi llegada fue el de asegurar una decente subsistencia a mis hermanas. Milord L… casó con la mayor y milord G… y el señor Wilkins pretendieron a la

segunda. Por entonces no se habló de vos, señor Capitán; pues esta había guardado tanto su secreto que ni aun se lo había revelado a su hermana. La razón que ella da de esto y que vos no podéis ignorar, es la resolución que había tomado de no ser jamás vuestra. Yo me explico sin rodeos, señor Anderson, y el asunto me obliga a ello. Mi hermana se lisonjeaba de obligaros a que la restituyeseis su libertad tan generosamente como os había dejado la vuestra, y os aseguro como hombre de honor que no corresponde a ninguno de sus dos pretendientes y que ignoro si corresponde a algún otro sujeto. Yo que soy su hermano, deseo verla casada sin que parezca que ella misma piensa en esto. Su indiferencia sobre mudar de estado sin embargo de habérsele hecho ofertas y proposiciones contra las cuales no podía hacerse ninguna objeción, me hizo suponer que no tenía su corazón libre; y después supe por una persona que lo sabía de uno de vuestros amigos que teníais correspondencia epistolar con ella. La presencia de los dos señores que nos escuchan, parece confirmar que vos no habéis cuidado tanto como ella de guardar el secreto. *(Ambos se miraron con cierto aire de extrañeza.)* Yo vituperé a mi hermana después de haber tenido tal noticia que me ocultase sus sentimientos; pero le ofrecí servirla en cuando dependiese de mí, asegurándole que si su corazón estaba empleado, no serían de ninguna consideración para mi ni la calidad, ni el título, ni las riquezas, y que admitiría por hermano al que ella eligiese para marido.

Los dos amigos aplaudieron en extremo este modo de pensar que sólo merece un elogio común.

—Mi hermana me ha protestado con toda formalidad —proseguí yo — que, reconociéndose obligada por una promesa que le arrancaron la imprudencia de su edad, los pesares domésticos y las urgentes solicitudes, estaba determinada, si se insistía sobre su ejecución, a cumplirla con un celibato perpetuo. Así ya veis, señor Capitán, que está en vuestra mano el condenar a Charlotte Grandison a que se mantenga soltera hasta que os caséis con otra mujer, derecho cuyo ejercicio, permitidme os lo diga, no sería glorioso para vos; o el restituirle generosamente la misma libertad que ella os dejó. Yo dejo este asunto a vuestra consideración, señores, si es la cualidad de jueces más bien que la de partes la que queréis tomar entre nosotros, y voy a retirarme por algunos momentos.

Yo los dejé cuando se preparaban todos para hablar y pasé a la sala principal del café, donde hallé al coronel Martin a quien había conocido en mis viajes, y que buscaba al sargento mayor Dillon, y con gran extrañeza mía me cumplimentó sobre el asunto que me había conducido allí. Considera, hermana mía, qué mujer de importancia eras para el capitán Anderson; pues no pudo encerrar en su pecho el honor de ser del agrado de la hija del señor Thomas Grandison y las

esperanzas de adelantar su fortuna que fundaba en ti. ¡Oh, amada Charlotte!, ha sido mucha desgracia para el Capitán que un justo orgullo te hiciese creer que se interesaba tu felicidad en ocultar una promesa que él por el contrario se lisonjeaba de publicar; pues parece (¿lo diré en elogio suyo?) que tiene muchos *amigos inseparables y que saben todos los secretos de su corazón.*

Mackenzie no tardó en seguirme y nos retiramos juntos a un rincón de la sala, donde me habló mucho acerca de la violenta pasión del Capitán y de los proyectos de engrandecimiento que había formado sobre el crédito de una familia que tenía en el mayor aprecio. Me tuvo mil cumplimientos y ponderó los excesivos perjuicios que un negocio suspenso tanto tiempo había causado a su amigo, añadiendo con mucha formalidad que el Capitán era tantos años más viejo cuantos había empleado en su pretensión, y que reputaba por de un precio inestimable la pérdida de su juventud. En una palabra, me ponderó mucho el vivo dolor que causaba al Capitán ver desvanecérsele un casamiento con que había contado siempre.

Habiéndole oído le supliqué me dijera cuál era el fin de su razonamiento y por qué había dejado al Capitán; y entonces se extendió sobre los mismos particulares para preguntarme por último, si había alguna esperanza de que la señorita Charlotte...

—No, señor —le interrumpí—: mi hermana es una joven sensata que une a esta otras sobresalientes prendas, y puede hacer objeciones indisolubles apoyadas en un más perfecto conocimiento del señor Anderson y de su propio corazón que no pudo haberlas hecho en edad más tierna. Yo no soy capaz, señor Mackenzie, de hacer un feo retrato de vuestro amigo; pero sepa yo, si gustáis, cuál es su pretensión. Parece de genio vivo y yo no soy hombre que me dejo avasallar. Evitemos contiendas y que no se diga nunca que el señor Anderson, que se prometía adelantar su fortuna por medio del casamiento con mi hermana, ha recibido de mí la menor ofensa.

El coronel Martin, que estaba bastante inmediato para oír algunas de nuestras expresiones, pidió a Mackenzie que le oyese dos palabras, y yo estaba también demasiado cerca de ellos para dejar de aplicar el oído. Yo oí al Coronel que, estimulado de su afecto, aseguraba que yo me había granjeado gran reputación en los países extranjeros, ponderando mucho mi valor que es prenda muy apreciable en un militar y para tu sexo. En fin, se extendió con tan poca moderación sobre mis alabanzas que estaba ya para darle quejas, cuando Mackenzie le hizo pasar consigo a la pieza en que aún permanecían Dillon y Anderson. Yo supongo que se informó a este de todo lo que había pasado; pues un cuarto de hora después vino el Coronel a suplicarme en nombre de los otros que volviese adonde se hallaban, y dejándome ir solo se quedó en la sala principal.

Yo fui recibido con grandes señales de aprecio, y algunas nuevas dificultades me dieron motivo para repetir parte de lo que había dicho en tu favor. Por último, se me hicieron dos proposiciones asegurándome que si consentía en alguna de ellas, me profesaría el Capitán toda su vida la más singular estimación; y un impulso de compasión me hizo aceptar la una sin dar las razones que tenía para no admitir la otra. En realidad, yo no creí que debía empeñar mi crédito, aun cuando tuviera mucho más, en favor de un hombre cuyo mérito no conozco mejor. Acaso no me hubiera sido difícil servirle por medio de milord W..., que tiene bastante intimidad con los Ministros; pero yo no miro una eficaz recomendación como un paso indiferente, con especialidad respecto a los empleos de que depende el bien del público; y habiendo yo empeñado mi palabra, no me permitía esta que me interesase fríamente. Por tanto, me resolví a hacer un favor de que no era responsable a nadie más que a mí mismo; y ahora espero que mi hermana no me hará ninguna pregunta sobre esto.

A ruegos del Capitán di un borrador para cierto papel. Se pidió al señor Martin que entrase y todos prometieron sepultar en el silencio todo lo que sabían de esta extraña aventura.

No tienes por qué ofenderte, mi querida hermana, de estas precauciones. ¿Cuántas jóvenes en quienes nada había que pedir ni en orden a su nacimiento ni en orden a su juicio se dejaron arrastrar hasta mucho más adelante? Con grandes prendas, pues yo tengo formado un concepto muy alto de mi Charlotte, no se cae por lo común en pequeños defectos. La mayor parte de las mujeres que comienzan a tener correspondencia con los hombres, se lisonjean de poder cortarla cuando quieran, y se engañan. Nosotros y la ciega inclinación que nos pone en acción, y a la cual se da sin fundamento el nombre de amor, conseguimos casi siempre el impedirlo. Los dos sexos hacen el oficio de demonios el uno con el otro y no necesitan de más tentadores.

Todo ha de concluirse antes que se pase el día y tu promesa se pondrá en mis manos. Así pues, doy la enhorabuena a mi Charlotte, porque ya es dueña de sí misma y ha recuperado su antiguo derecho de elección. Después de haber contribuido a libertarla felizmente de un yugo no me perdonaría a mí mismo si contribuyese a imponerle otro. No pienses ni en milord G..., ni el caballero Watkyns, si tu corazón no se inclina ni al uno ni al otro. Algunas veces has creído que yo me declaraba formalmente por milord G..., pero nunca te he hablado en su favor sino por satisfacer a objeciones cuya fuerza no comprendía bien; y en realidad, me parecieron siempre tan ligeras, querida hermana, que sospeché de ti me las hacías por que te diera la complacencia de desvanecerlas. A Charlotte Grandison no faltarán nunca amantes en donde quiera que se presente, y yo repito que quien

tenga la felicidad de agradarla, podrá contar con la aprobación y los buenos oficios del más apasionado de todos los hermanos.

—*Charles Grandison.*

Carta XLVI
Harriet Byron a Lucy Selby

18 de marzo.

Bajo esta cubierta encontrarás una carta de Charles a su hermana que contiene el feliz éxito de un asunto cuya conclusión no esperábamos tan pronto. Charles, como verás, no acusa a su hermana de precipitada, ni hubiera podido hacerlo sin injusticia. ¡Oh, querida Charlotte! ¡Cuánto ha humillado tu orgullo la bajeza de tu amante! Pero no hablemos más de esto, amada Lucy, puesto que tienes a la vista la carta que me devolverás a vuelta de correo.

Acompaña otra que me ha comunicado el doctor Bartlett en recompensa de mi franqueza, que parece excitar la suya. Algunas veces me permite la entrada en su gabinete, donde tengo la singular complacencia de quitarle un cuarto de hora en medio de sus profundas ocupaciones. Me ha prometido la historia de su amistad con Charles, y yo la espero con tanta más impaciencia que contiene, según me ha dicho, algunas circunstancias respectivas a su conducta en los primeros años de sus viajes y a la del más querido de sus amigos que se llama el señor Beauchamp y a quien el Doctor da el sobrenombre de *segundo* Charles Grandison. Tiene todas sus relaciones por escrito y, estimulado de su bondad, me ha prometido darme a leer lo que puede comunicar sin indiscreción; pero yo no quiero ser demasiado atrevida. Charlotte, que es menos tímida que yo, ha jurado hacerle revelar todo lo que no sea absolutamente un secreto. Si el primer hombre, dice, no pudo resistirse a una mujer, ¿cómo el Doctor ha de defenderse de tres de las cuales ninguna es menos curiosa que la primera, y que le aman y son correspondidas? Ya ves, Lucy, que Charlotte ha tenido la grande dicha de recuperar su buen humor.

Carta XLVII
Charles Grandison al doctor Bartlett
[Incluida en la precedente]

«*Viernes, 17 de marzo.*

Esta noche, querido Doctor, he visto enterrar las cenizas de mi digno amigo el señor Danby. Yo había dado orden de que convidaran a esta fúnebre ceremonia a sus dos sobrinos y a su sobrina, pero no

concurrieron.

Como el testamento no había de abrirse hasta concluir el funeral, y el señor Danby me había manifestado verbalmente su intención sobre este punto, les hice proponer esta mañana que asistiesen a su apertura. Su procurador, que se llama el señor Sylvester, vino a traerme una carta firmada de todos tres en la cual se excusan con muy frívolos pretextos, suplicándome tenga a bien que él haga sus veces. Yo le di a entender que en este modo de conducirse no mostraban tener mucho respeto a la memoria de su tío, ni ser demasiado atentos conmigo; y aunque convino muy cortésmente en esto, me dijo para justificarles que el señor Danby les había declarado poco antes de su muerte que había hecho un testamento y que no debían prometerse mucho de él; y que por lo mismo ellos, que habían sido educados bajo su dirección con la esperanza de heredarle, y que no le habían dado nunca motivo de disgusto, no podían hallarse presentes a la apertura de un instrumento por el que sólo esperaban recibir muchos pesares.

Yo abrí el testamento en presencia del señor Sylvester. El preámbulo es de un hombre irritado que da las causas de su resentimiento contra un hermano de quien, según pienso habéroslo dicho, había recibido efectivamente las más graves ofensas. Sin embargo, me desagradó ver que extendía su resentimiento a los infelices hijos del culpado, y en un testamento que había hecho tres semanas antes; es a saber, cerca del fin de una vida de la que estaba desahuciado hacía tres meses; y a pesar del tierno afecto que le profesé, no puedo menos de preguntar hasta dónde habría llegado su venganza, si hubiese sido un monarca poderoso que hubiera podido emplearla en su última voluntad. Mas por otra parte, ¿no se echa de ver que los sobrinos, si estuviera en su poder, castigarían a su tío porque había dispuesto a su arbitrio de un caudal que sólo debía a su industria? Este suministró los gastos necesarios para su educación y les dio la mano para entrar en la carrera del comercio, cuyos auxilios no podían esperar de su padre, que es un hombre malvado y que se ha perdido con sus excesos. ¿No serían más acreedores a la herencia que su tío pudo dejarles, si recibiesen con más gratitud la pequeña parte que les deja?

El señor Danby lega a cada uno de los tres, mil libras; pero con la expresa condición de declarar a su testamentario en el espacio de tres meses que aceptan el legado y se dan por contentos con él. Si así no lo hacen después de las acostumbradas notificaciones, se invertirá dicha cantidad en otros usos, según se previene en el testamento. En seguida me nombra por su albacea y por su legatario universal, dando por razón que le he salvado la vida. Da algunas pruebas generosas de su tierno recuerdo a muchos amigos que tenía en Francia, y en una cláusula especial pide a su albacea emplee tres mil libras en obras de

caridad, ya sea en dicho reino, ya en Inglaterra. Según un inventario que está unido al testamento, asciende todo su caudal en dinero, vales, acciones y alhajas a más de 30.000 libras.

El señor Sylvester me cumplimentó por la buena ganga que había cogido, según llamó a la herencia que se me ha dejado; y me aseguró que aconsejaría a sus clientes se contentasen con sus legados, añadiendo que les creía tanto más dispuestos a ello que según las últimas declaraciones de su tío recelaban no dejase a cada uno arriba de 100 guineas.

Yo me he informado de sus inclinaciones y de sus miras, y me ha complacido mucho todo cuanto he sabido de ellos. La sobrina, según se dice, tiene ya un novio de su gusto. Su padre, aborrecido de todo el mundo después de su hermano, pasó a la América, y se ha sabido por las últimas noticias que así por su falta de salud como por falta de medios se hallaba en un deplorable estado en las Barbados, siendo de creer que ya no existe. He rogado al Procurador persuada con sus consejos a los tres jóvenes a reflexionar algún tanto sobre su conducta, y le he dicho que yo estaba dispuesto a tratarles con bondad; que les pedía hicieran bastante confianza de mí para instruirme ellos mismos de su situación; y que estaba resuelto a servirles en todo por respectos de su tío.

—En una palabra —dije al señor Sylvester—, aseguradles que la pequeñez del corazón de otro no es capaz de estrechar el mío.

El Procurador se despidió muy contento y dos horas después me manifestó en un billete la gratitud de sus clientes, pidiéndome en nombre de estos el permiso de presentármeles por la tarde; pero no habiéndome permitido algunas visitas y varios negocios que me ocuparon lo restante del día, el recibirles tan pronto como yo deseaba, les convidé a cenar con su honrado Procurador.

Esperaré para enviar mi carta a Colnebrook, donde supongo gozan todos de buena salud, que pueda unir a esta relación las circunstancias de nuestra vista.

Viernes por la noche.

El señor Sylvester, manifestando en su semblante la satisfacción de su corazón, me presentó primero a la señorita Danby y después a sus dos hermanos, quienes recibieron mis primeras atenciones con alguna turbación, como si hubieran tenido algo que vituperarse y les causara un loable pudor el que yo me hubiese anticipado a sus deseos. La hermana estaba más despejada sin ser menos modesta, lo cual me hizo pensar que no era tan vituperable como sus hermanos, de los cuales según es verosímil, se dejó seducir. La señorita Danby es una joven muy graciosa, y los señoritos Thomas y Edward Danby son también dos jóvenes agraciados y de buenos modales, y a quienes no parece

que falta juicio ni talento.

Al momento desvanecí todo lo que les quedaba de inquietud, y todos nos sentamos con aire de confianza y amistad.

—Yo no os ofrezco —les dije— leeros el testamento de vuestro tío, pues basta repetiros lo que habréis sabido del señor Sylvester; esto es, que en virtud de él se os deben dar a cada uno mil libras.

Entonces me hicieron una profunda reverencia y el mayor de los dos hermanos me declaró que aceptaban el legado, conformándose con lo prevenido en el testamento.

—Tres mil libras —proseguí yo— han de emplearse en obras de caridad a voluntad del albacea; algunos presentes se hacen a tres o cuatro amigos de vuestro tío y lo restante, que no asciende a menos de 24.000 libras, toca al albacea, que está también nombrado por legatario universal, favor que no ha deseado ni esperado.

El hermano mayor, inclinando la cabeza hacia mí, dijo:

—¡El cielo lo haga prosperar en vuestras manos!

Y el menor añadió inmediatamente:

—No podía caer en las de un hombre más honrado.

La hermanita meneó los labios, y aunque no profirió su cumplimiento, advertí en sus ojos que me lo hacía.

Paréceme, querido doctor, que hay poco de generosidad en tener suspensos los ánimos aunque con la mira de agradar y hacer favor. El placer de sorprender sólo puede provenir en este caso de cierta vanidad que tiene algo de ofensivo, y así sin dilación dije a los tres hermanos:

—Yo ardo en deseos, señores, de poderos ser útil: explicaos libremente. Acaso pediré a esta señorita un momento de conversación a solas. ¿Qué esperabais de vuestro tío? ¿Qué se necesita para seguir con adelantamiento la carrera que cada uno de vosotros ha tomado? Yo he dicho al señor Sylvester que me encontraríais dispuesto a serviros en todo. Pero, señor mío —dirigiéndome al hermano mayor, que abría la boca para hablar—, vos reflexionaréis sobre ello antes de responderme, que el asunto es de importancia. No me ocultéis nada, pues gusto de la franqueza y buena fe. Yo me retiro para que tengáis tiempo de conferenciar, y me avisaréis cuando hayáis resuelto lo que os parezca más acertado.

Yo pasé a mi gabinete, y poco después me enviaron a decir que esperaban mis órdenes. Yo volví y ellos se estuvieron algunos instantes mirándose.

—Hablad, señores —les dije—: no temáis explicaros. Por respectos de vuestro tío podéis mirarme como hermano vuestro.

El mayor abrió la boca, pero viéndole titubear desde las primeras palabras proseguí:

—Vamos, señor Danby: yo mismo voy a abriros el camino. ¿Cuál es

al presente vuestra situación? ¿Cuáles son en la actualidad vuestras facultades?

—Mi padre, señor, las desgracias de mi padre...

—No hablemos de eso, señor Danby, y olvidemos que vuestro padre ha existido. Yo me imagino que poníais todas vuestras esperanzas en vuestro tío.

—Mi tío nos ha dado educación... Mi tío nos ha dado a mi hermano y a mí a cada uno 1.000 guineas para instruirnos en el comercio, de las cuales no tenemos más que 500 y las demás están en manos seguras.

—Vuestro tío, señor Danby, era un excelente hombre cuya memoria debemos respetar eternamente. ¿En qué comercio estáis empleado?

—En el comercio de América.

—¿Y cuáles son vuestras miras en esta profesión?

—Ellas prometían mucho si el cielo... El comerciante con quien me hallo tenía ánimo de hacer consentir a mi tío en que me asociase en una cuarta parte de sus negociaciones, y pasado un año me hubiera asociado en la mitad.

—Ese pensamiento os hace honor y prueba que ha parecido muy bien vuestra conducta. Y ese comerciante, ¿está todavía en el mismo ánimo?

—Mucho, señor.

—¿Y con qué condiciones quería asociaros en una cuarta parte?

—Con la de dar, señor, cuatro mil guineas; pero mi tío no nos dio a entender nunca que nos daría más de tres mil además de su primera donación, y cuando supo la fatal conducta de mi padre nos hizo decir que no haría más nada por nosotros, por lo cual las mil libras que nos deja a cada uno en su testamento, han excedido mucho a nuestras esperanzas.

—Me agrada vuestra ingenuidad. Pero decidme: en la situación en que os halláis, ¿podrán emplearse bien 4.000 guineas?

—Señor, para hablaros con claridad la mira de mi principal, si nada acontecía que la hiciese variar, era la de darme al fin del año en matrimonio a su sobrina y de asociarme entonces en la mitad de su comercio, lo cual hubiera aumentado al doble mi caudal.

—¿Y amáis vos a esa sobrina?

—¡Uh, si la amo!

—¿Y creéis que os corresponde?

—Si su tío... Yo no dudo de ello, si su tío hubiera podido persuadir al mío.

—Pues bien, señor Danby, yo soy testamentario de vuestro tío. Pero oigamos un momento a vuestro hermano. ¿Qué decís, señor Edward? ¿Me diréis vos también cuál es vuestra situación y cuáles son vuestras miras?

—A mí se me ha puesto, señor, en casa de un rico mercader de vinos franceses, quien confía a mi cuidado el manejo de todo su comercio, y yo creo que tenía ánimo de renunciarlo todo a favor mío y de un sobrino suyo, si yo hubiera podido pagar la mitad del fondo.

—¿Y de cuánta cantidad necesitaréis?

—¡Ay, señor! No necesitaría menos de 6.000 libras; pero si mi tío me hubiese dejado las 3.000 que me había hecho esperar, hubiera podido encontrar las otras 3.000 por un moderado interés, pues yo me he granjeado muy buena reputación.

—Y puesto que ambos no esperabais de vuestro tío más que 3.000 guineas cada uno, ¿qué uso suponíais que había de hacer de la mayor parte de su caudal?

—Nosotros creímos —me respondió el señor Edward— que habiendo debido la vida a vuestro valor os nombraría por su principal heredero. Jamás nos hemos lisonjeado de percibir toda su herencia, y en un viaje que yo hice a Francia, me aseguró que os dejaría las más de sus riquezas.

—Pues a mí —le dije— nunca me declaró tal intención. Libertando su vida yo no había hecho más que defender la mía, y no obstante siempre tuvo por muy grande mi servicio. Mas si vuestro principal os hubiera cedido la mitad de su fondo, ¿hubierais pensado, señor Edward, en aumentarlo por medio de un buen casamiento?

—Las mujeres son una carga, señor, y si yo habría llegado a ser amo, no hubiera tenido la molestia de buscarla, pues tengo mil en que escoger.

A su hermana hubo de amargar esta respuesta; el señor Sylvester, que es un viejo soltero, se rio; a mí me sorprendió en su edad, y dije entre mí: «verdadero lenguaje de mercader.»

—Ahora, señores, ¿me permitís que yo me lleve aparte por un instante a vuestra hermana? ¿Haréis vos semejante confianza de mí, señorita Danby, o queréis más bien que os haga aquí mis preguntas?

—Señor, es tan notoria vuestra honradez que no tendré reparo en seguiros.

Yo la tomé de la mano y la llevé a mi gabinete, cuya puerta que daba a la pieza en donde dejé a sus hermanos estaba abierta. Le pedí que se sentase y yo me senté junto a ella sin soltar su mano.

—Ahora, querida señorita —le dije—, debéis mirarme como un ejecutor de la última voluntad de vuestro tío, y de consiguiente como un amigo que hace sus veces. Si estuvierais en presencia de este amable tío y os instara a que le dijeseis lo que puede haceros feliz, asegurándoos que estaba dispuesto a concedéroslo, ¿no le abriríais vuestro pecho? Pues yo os ruego tengáis conmigo la misma franqueza. Hay la diferencia de que vuestro tío tenía un justo resentimiento contra vuestro padre, aunque fue excesivo por haberlo extendido a

unos sobrinos inocentes; y yo que me hallo revestido de todas sus facultades sólo tengo un sincero deseo de serviros, como lo hubiera tenido vuestro tío, si no hubiese sido por dicha causa. Por tanto, decidme qué puedo hacer por vos.

La señorita Danby lloró, inclinó la vista y empezó a tirarse de las puntas de su pañuelo; pero yo no pude sacar respuesta más que de sus ojos, los cuales alzó una vez al cielo.

—Explicaos, estimada señorita: yo sentiría mucho desazonaros. Instruidme algún tanto de vuestra situación, como lo han hecho vuestros hermanos. ¿Vivís vos con alguno de ellos?

—No, señor, yo vivo con una tía, hermana de mi madre.

—¿Y se porta bien con vos?

—Muy bien, pero está la pobre cargada de hijos. Sin embargo, nada ha omitido para darme una buena educación. Con los réditos de la cantidad que me dio mi tío igual a la de mis hermanos y que ella ha puesto en muy buenas manos, me pone en estado de hacer un papel decente, y aun con mi propia economía he ahorrado algo.

«¡Excelente niña!», dije entre mí.

—¿Cómo osa decir tu hermano Edward que las mujeres son una carga, cuando su economía es tan superior a la de los hombres? No hay duda, señorita, de que vuestro tío se portó bien con vos; pues os favoreció igualmente que a vuestros hermanos, lo cual ha hecho también en su testamento; y contad con que yo que le represento seguiré sus intenciones en esta igualdad. Pero, ¿podré yo preguntaros como lo hubiera hecho vuestro tío, si dais a algún hombre la preferencia sobre todos los demás?

La señorita Danby en vez de responderme bajó los ojos y empezó otra vez a tirarse de las puntas de su pañuelo, por lo cual llamé a su hermano Edward y le pregunté si sabía cuáles eran las inclinaciones de su hermana. ¿Por qué, mi estimado doctor, se avergüenzan las mujeres de confesar un loable afecto? ¿Qué encuentran de vergonzoso en el amor, cuando va dirigido por el honor y la discreción?

El señor Edward me contó la historia de los amores de su hermana, mientras que esta amable niña se mudaba de color a cada palabra y tenía la vista inclinada con una graciosa turbación. El señor Galliard, hijo de un rico negociante del comercio de Turquía, es el joven por cuyo corazón ha trocado el suyo la señorita Danby. El padre del señor Galliard, que es vecino de su tía, le envió a su factoría de Asia con el pretexto de que se instruyese en los asuntos de comercio; pero en realidad por alejarle de la señorita Danby, de quien no quería hablar tocante a matrimonio sin saber lo que su tío tenía ánimo de hacer por ella. El joven amante volvió poco después, y para conseguir la libertad de estar en Londres prometió a su padre no casarse nunca sin su consentimiento. Sin embargo, el señor Edward asegura que tiene

grande pasión a su hermana y que ha jurado no casarse nunca con otra.

Yo le pregunté si el padre hacía contra la elección de su hijo otras objeciones fuera de la respectiva a las conveniencias; y con el calor propio de un hermano me respondió que no, y que era imposible hiciese otras.

—No hay en el reino —añadió— una doncella más prudente que mi hermana, aunque esta alabanza no parezca bien en mi boca.

—¿Por qué no? —le dije— ¿No debemos hacer a nuestros parientes la justicia que haríamos a los demás? Pero yo me figuro que un padre que ha empleado toda su vida en enriquecerse, no gustará mucho de ver hacer a su hijo un casamiento que no corresponda a sus miras. Si los padres deben tratar con alguna indulgencia a sus hijos, también tienen derecho para que ellos les obedezcan y respeten. Vos, señorita, estáis resentida del padre del señor Galliard: confesadlo —Yo quería ver qué respuesta me daba.

—Seguramente no lo estoy, señor. El padre del señor Galliard sabe mejor que nadie lo que le conviene según el estado de sus negocios. Yo lo he dicho más de veinte veces, y su mismo hijo está convencido de que no siendo único no tiene justo motivo para quejarse. Es cierto, señor —añadió bajando los ojos—, que en nuestras conversaciones hemos deseado algunas veces… Pero, ¿de qué sirven los deseos?

El señor Edward advirtió que teniendo ya su hermana 2.000 libras era de creer que el padre del señor Galliard, que sabía la inclinación de su hijo…

—El padre del señor Galliard —le interrumpí yo— no hará nada contra sus intereses ni los de los demás hijos, y la sobrina de mi digno amigo no entrará en su familia sin estar cierta de que será muy bien recibida.

Fácilmente os haréis cargo, mi estimado doctor, de que con un corazón tan sensible como el mío tendría suma complacencia en ver a unas mismas personas con un semblante muy diverso del que habían traído. Mostrándome su gratitud la hermana con sus miradas y los hermanos con sus expresiones, me figuré más de una vez que veía a mi querido amigo Danby mirándonos atentamente y aplaudiendo la elección de un testamentario que veía resuelto a suplir unas faltas que ocasionaron el exceso de su resentimiento por una parte y el de su agradecimiento por otra. Yo aseguré al señor Thomas que además del legado de su tío podía contar con 5.000 libras, y que estaba en su mano tratar con su principal acerca de su sobrina y del asunto del comercio. Lo mismo dije al señor Edward, exhortándole a que también tratase con el suyo.

—Vos, señorita Danby —proseguí dirigiéndome a ella—, diréis a vuestro amado Galliard que fuera de las 2.000 libras que ya os

pertenecen, tenéis a su disposición 5.000 más; y si estas cantidades no son suficientes para llenar vuestras intenciones, os pido por favor que me lo digáis. Basten o no basten, mi veneración a la memoria de vuestro tío no se contendrá dentro de estos límites: yo no deseo ser más rico de lo que soy. Además, me diréis si tenéis otros parientes y cuál es su situación, para poder rectificar un testamento hecho durante una larga enfermedad que pudo alterar algún tanto la complexión de un hombre naturalmente muy afable y benéfico.

Ellos no me respondieron sino con lágrimas. Primero lloraban, después se miraban unos a otros, luego se enjugaban los ojos y finalmente de pronto empezaban otra vez a llorar. El señor Sylvester lloró también de alegría, y creyendo yo que les causaría pena mi presencia salí con un pretexto.

A mi vuelta, por excusarles el embarazo de los cumplimientos, me anticipé al señor Thomas que quería hablarme.

—Estimados amigos —les dije a todos—, yo le en vuestros ojos los honrados sentimientos de vuestros corazones; ¿y creéis que mi satisfacción no es por lo menos igual a la vuestra? Yo soy más que recompensado con la seguridad que tengo de haber hecho un buen uso de lo que vuestro tío me ha confiado, y debéis mirarlo como una deuda que estaba encargado de satisfacer por esta Providencia que os manda contar entre los principales deberes de vuestra religión el de hacer bien. En una palabra, el único derecho que yo me atribuyo es el de recomendaros en todas ocasiones y en todas vuestras empresas el ejercicio de la justicia y de la humanidad.

Los dos hermanos, extendiendo y elevando sus brazos al cielo, protestaron que el ejemplo que se les acababa de dar abriría sus manos, las cuales prometían no cerrar jamás. Su hermana hizo después de ellos la misma declaración, y el señor Sylvester, como enajenado por esta escena de reconocimiento, dijo llorando que estaría impaciente hasta que hubiese arreglado sus negocios y encontrado ocasión de imitar una acción que tenía en sí misma su recompensa.

Si el ejemplo de un solo beneficio en un hombre privado tiene virtud, mi estimado doctor, para ennoblecer los corazones de cuatro personas, aunque por otra parte nada se advertía en ellas de bajo y despreciable, ¿qué efectos no causaría el de los príncipes y el de todos aquellos que gozan de inmensas riquezas? Sin embargo, yo no he desempeñado, como veis, sino lo que exige la justicia. Nada he dado que me perteneciese antes de tener las facultades de que me ha revestido el testamento, y tal vez se puso en mis manos para hacer una nueva prueba de la integridad de mi corazón. Pero ¿cuánta no será nuestra debilidad, amigo mío, si somos capaces de lisonjearnos y vanagloriarnos de haber evitado una mala acción?

Al despedirnos, pedí a los dos hermanos que me informasen del éxito de sus negociaciones, y les dije que cualquiera que fuese, haría poner a la mayor brevedad en sus manos y en las de su hermana todos los títulos que podían asegurarles la posesión de lo que a nadie pertenecía más que a ellos. No sin dificultad, pude precisarles al silencio. Su hermana volvió a llorar y cuando solté su mano al despedirme de ella, estrechó también la mía; pero con tal modestia y tales señales de una graciosa confusión que mostraban que el reconocimiento de que su corazón estaba penetrado la hacía superior a las formalidades de su sexo. El buen procurador, tan enternecido como si hubiese tenido parte en el beneficio, unió sus bendiciones a las de los dos hermanos.

Ya sabéis, mi estimado doctor, cuáles han sido esta noche mis ocupaciones. No es este el tiempo de mi vida que más mal he empleado.»

No sé, querida Lucy, qué juicio harás después de haber leído esta carta; pero no me pedirás cuenta del efecto que ha producido en mí.

Antes debí decirte que hoy ha venido a verme el señor Deane, mi amado padrino, quien vino a comer con nosotros para restituirse esta tarde a Londres. A mis amigas, a Milord y al Doctor agradó mucho esta visita. No obstante, el placer que me ha causado ha sido mezclado con dolor y pena. Mi padrino me llevó aparte y me estrechó fuertemente siendo tan viva su curiosidad que jamás la ha tenido igual por saber los secretos de mi corazón. Bien podrá lisonjearse de mi franqueza; pues yo no me hubiera perdonado a mí misma, si hubiese faltado a ella con un amigo a quien debo tanto. Sin embargo, no me costó poco trabajo satisfacerle.

Asegura que me ha encontrado más flaca y más pálida que lo estoy de ordinario, y acaso no se engaña. Tengo algunas veces unas agitaciones... Yo no me conozco a mí misma. Charles está también inquieto por la retardación de algunas noticias que espera de países extranjeros. Si tuviera algunos defectos, algunas imperfecciones que echarle en cara, me parece que estaría más tranquila; pero el no oír nada que no aumente mi admiración y el ser tan sensible respecto a las acciones heroicas, a la verdad, querida mía... Añade a esto que el señor Deane no se cansa de celebrarle, y que en vez de vituperar mis sentimientos, los alaba llegando hasta creer que es un mérito en mí el tenerlos. ¿Sabes que me tiene por digna de él? ¡Por digna de Charles Grandison! ¿Por qué no me ha reprendido? ¿Por qué no ha intentado disuadirme? ¡Qué haya tanta desproporción entre el mérito y las riquezas en un hombre que sabe hacer tan buen uso de ellas! Las Indias, amada Lucy, debieran ser suyas. ¡Qué papel haría en el trono! No sería capaz de corromperse con el poder un alma como la suya.

—César —dijo el Doctor, hablando de él en presencia del señor Deane— no tenía mayor ansia por destruir que la que tendría Charles por reparar.

Los ojos de Emily parece se avivaron con esta expresión, y alegre y ufana miró a todos los circunstantes como para decirnos, «ese señor Charles es mi tutor.»

¿Qué juicio haces de Emily, amada prima? El señor Deane cree advertir en ella una pasión nueva a su tutor. ¡Dios la libre de esto! Estoy persuadida a que el amor puede vencerse en los principios; pero ¿cuáles serán las armas de una niña inocente y sin experiencia? ¡Oh, amada Emily!, guárdate de una pasión que originaría tu desgracia, y no aumentes la de un hombre que quisiera hacer dichoso a todo el mundo y sólo puede hacer feliz a una mujer. Mas Harriet Byron, que da este consejo, ¿no debiera haberlo tomado para sí? A la verdad, ella no recelaba entonces que estuviese empleado su corazón. ¡Que la muerte me hiele para siempre el mío antes que yo sea causa de la menor inquietud del suyo! Aunque sus hermanas me hayan comprendido, me lisonjeo todavía de que no ha echado de ver él mismo la completa victoria que ha conseguido sobre mi corazón. ¡Ojalá que la ignore eternamente, si este conocimiento es capaz de interrumpir su reposo con una sombra de disgusto!

Pero, querida Lucy, ¿no te avergüenzas por mí al leer esta última página? Debes avergonzarte, pues que yo misma me avergüenzo de leerla y me guardaré muy bien de poner en ella mi nombre.

Carta XLVIII
El doctor Bartlett a Harriet Byron

18 de marzo.

Os envío, señorita, el extracto que os prometí de mis primeras relaciones, habiéndome servido de la mano de mi sobrino para satisfacer prontamente vuestra impaciencia. Con algún más tiempo hubiera podido haceros más agradable esta lectura; pero vos me habéis dicho que os bastan los simples hechos, y así obedeciéndoos reposo en vuestra bondad.

«El doctor Bartlett partió de Inglaterra con un joven de distinguido nacimiento de quien era ayo y a quien llamará el *señor Lorimer* por ocultar su verdadero nombre. Tenía un carácter enteramente opuesto al del caballero Grandison; pues no sólo era grosero y sumamente indócil, sino presuntuoso y perverso con inclinaciones bajas y viciosas. El doctor Bartlett repugnó mucho encargarse de este discípulo cuya malvada índole conocía; pero se rindió a las instancias de su padre,

que le había interesado con el motivo de la caridad cristiana y con el juramento solemne que había hecho el hijo de mejorar de conducta, tanto más que hasta entonces se había notado que nadie tenía tanto ascendiente sobre él como el doctor Bartlett.

»Ambos se hallaban en Turín cuando el señor Grandison, que había estado algunos meses en Francia, llegó por la primera vez a esta ciudad. Tenía cerca de diez y ocho años, y su ayo no era más apreciable que el alumno del doctor Bartlett, aunque se lo había dado milord W..., su tío; y era fácil de observar en cada pueblo que el señor Creutzer y el señor Grandison hacían recíprocamente el oficio el uno del otro; es decir, que el discípulo necesitaba de toda su prudencia para contrarrestar a los malos ejemplos y a las disoluciones con la mira de libertarse de sus amonestaciones, o la de impedir que se quejase a su padre. El señor Grandison contrajo íntima amistad con el doctor Bartlett y el señor Creutzer no la contrajo menos estrecha con el señor Lorimer, habiendo tenido la virtud y el vicio un mismo poder para formar estos dos vínculos.

»Creutzer y Lorimer estaban siempre juntos a pesar de los esfuerzos que hacía continuamente para separarles el doctor Bartlett. Ambos cometieron muchos excesos de los cuales uno fue bastante ruidoso para que se les formase causa. Lorimer sólo evitó el castigo a fuerza de dinero y empeños, mientras que Creutzer, habiendo hallado modo de escaparse, huyó a Roma, desde donde escribió a su discípulo que fuera a juntarse con él. El señor Grandison, que le había amenazado muchas veces con que informaría de su conducta a su padre, se valió de esta ocasión para hacerlo y pedirle otro ayo o el permiso de ir a esperar en Inglaterra que hubiese hecho mejor elección; y entre tanto, suplicó al doctor que le favoreciese con sus instrucciones y consejos. Su padre no tardó en responderle que oyendo hablar incesantemente de su prudencia, le daba libertad para elegir un compañero de viaje y no le nombraba más ayo que su propia discreción. Entonces el señor Grandison, con la modestia y desconfianza de sí mismo que son uno de los ornamentos de su carácter, pidió con más instancias que nunca al doctor le diera los consejos que creyese convenientes, y cuando se vieron precisados a separarse, entablaron una correspondencia que sólo acabará con la vida del uno o del otro.

»El señor Grandison expuso todo su plan al doctor Bartlett, sometiendo a su instrucción y prudencia el método de sus estudios y la serie de sus viajes; pero no había durado mucho tiempo esta correspondencia, cuando el doctor le dio a entender que era inútil consultarle con anticipación, mayormente siendo la dilación perjudicial algunas veces a las mejores resoluciones; aunque sin embargo de esto le suplicaba encarecidamente que le informara de sus empresas y de todo lo que le aconteciese de importante; pues además

de la satisfacción con que recibiría este testimonio de confianza y amistad, tendría la de encontrar en él ejemplos que harían tal vez más impresión que todos sus preceptos en el corazón y en el ánimo del desgraciado Lorimer.

»Mientras que el doctor era detenido con sentimiento suyo por su discípulo en algunas ciudades de la Lombardía, el señor Grandison dio casi vuelta a Europa haciendo observaciones muy superiores a su edad. Lorimer estaba ocupado entonces en las más frívolas diversiones, deteniéndose en cada ciudad como si nunca hubiera de dejarla. El doctor, que veía despreciados sus consejos, disimulaba estas dilaciones para dejar pasar las carnestolendas de Venecia que aún temía mucho más; pero habiendo su discípulo comprendido sus intenciones, se escapó secretamente y se halló en esta ciudad al tiempo de principiarse sus fiestas. El doctor, que se vio precisado a seguirle, supo a su llegada que ya se distinguía allí con sus extravagancias. En vano le hizo presente el ejemplo del señor Grandison; pues las cartas que le leía con esta mira sólo produjeron un vil y vergonzoso efecto cuyas resultas expusieron la vida del ayo al mayor peligro.

»En cierta ocasión, Lorimer, con el pretexto de volver a leer una carta que contenía varias observaciones, quiso tenerla un día o dos, y habiéndola copiado prontamente la envió a su padre, quien le había pedido muchas veces alguna prueba del fruto que sacaba de sus viajes. Después de esto fue sorprendido sobremanera el doctor con recibir enhorabuenas de su padre por los progresos de su hijo, vituperándole en algún modo que se quejase de su indocilidad. «Apenas podía persuadirme», le escribía este padre crédulo, «a que mi hijo no fuese capaz de nada, y ahora veo que no le falta más que alguna aplicación.» Además, con el fin de animarle daba orden para que se le duplicase su pensión. El doctor Bartlett adivinó parte de la verdad, y no le fue difícil arrancar de su discípulo la confesión de un artificio con que se lisonjeaba de haber engañado a su padre; y estimulado de un justo escrúpulo escribió inmediatamente a Londres para excusar al padre unos gastos contrarios a sus verdaderas miras. Enfurecido Lorimer por lo que llamaba una traición, buscó ocasión de vengarse. Tenía amistad con una dama cortesana, famosa por haber perdido a muchos jóvenes viajeros que había prendido en sus lazos, y ya irritada contra el doctor porque había echado mano de todos los recursos posibles para romper dicha amistad; y entre muchos medios que le propuso, eligió el de sobornar a uno de los espías del estado para acusar al doctor de haber hablado contra el gobierno veneciano, crimen que como es notorio, se castiga con extremado rigor en esta recelosa república. La ciudad de Venecia está llena de estos espías, cuyo único oficio es el de velar sobre el lenguaje de los extranjeros.

»El señor Bartlett fue preso sin saber la causa de su desgracia; mas sin embargo uno de los tres inquisidores de estado que componen un formidable tribunal, tuvo bastante penetración para descubrir su inocencia en una conversación de algunos momentos e hizo que se le diera libertad. Aunque estaba muy ajeno de sospechar de su discípulo, otros muchos pesares que le parecían inevitables le hicieron pensar en dejar su empleo, y nunca escribía a Inglaterra sin pedir como un favor que se le eximiese de él; pero sumamente embarazado el padre con el hijo, le exhortaba a la paciencia y le revestía con sus cartas de toda la autoridad paterna. Este caballero, que estaba muy instruido en la historia griega y romana, quiso que su hijo visitara las famosas plazas de la antigua Grecia de que había leído tanto, y no sin grande dificultad obligó el doctor a su discípulo a salir de Venecia, donde su dama y otros placeres llamaban enteramente su atención.

»Atenas era la ciudad en que quería el padre se detuviesen algún tiempo antes de visitar las demás partes de la Morea. A su llegada encontró aquí Lorimer a su dama según lo que habían acordado, y por mucho cuidado que pusiesen para encubrir su trato, no pudo ocultarse mucho tiempo al doctor. El miramiento que creyó debía tener a su discípulo, le hizo convertir su celo contra la dama, y así se quejó de ella en el tribunal que tienen los cristianos en Atenas, compuesto de ocho ancianos que eligen aquellos en los ocho cuarteles de la ciudad; pero mientras que el tribunal tomaba informes, presentó esta perversa mujer al cadí, que es el juez turco, una terrible acusación contra el señor Bartlett, imputándole muchas calumnias. Habiendo puesto de su parte al gobernador con algunos presentes que le hizo, tuvo bastante influjo para hacer prender al doctor, quien fue cargado de cadenas en un profundo calabozo. Los amigos cristianos de que se había hecho en la ciudad, tuvieron orden de no dar ni un paso en favor suyo, y el rigor llegó a tal extremo que se le prohibió toda especie de comunicación. Lorimer y su dama se volvieron a Venecia.

»El señor Beauchamp, joven viajero inglés y de un mérito extraordinario que por casualidad había conocido al señor Grandison en la isla de Candia y cobrádole de repente esta especie noble de afecto que se apoya en la semejanza de las más virtuosas inclinaciones, llegó a Atenas en este tiempo y fue informado de la desgracia del doctor por uno de los ocho cristianos del tribunal. Estos venerables ancianos se lamentaban de tan cruel opresión; pero habiendo mezclado la dama entre sus imposturas puntos de religión y de estado, tenían el sentimiento de ver subsistir la orden que les obligaba al silencio. Un sujeto que el señor Beauchamp se acordó de haber oído nombrar a su amigo con aprecio y elogio, excitó al punto todo su celo, por lo cual hizo que pronta y secretamente se tomasen dichos informes, dándoseles toda cuanta fuerza podían tener; y

sabiendo que el señor Grandison estaba entonces en Constantinopla, le despachó un expreso con varios documentos y una carta en que le instruía circunstanciadamente de todo lo acaecido.

»Tan inesperada noticia no causó menos extrañeza que dolor al señor Grandison e inmediatamente se presentó al embajador de Inglaterra, quien interesó en este asunto a todos los ministros de las potencias cristianas, los cuales habiéndose quejado de acuerdo al visir, obtuvieron fácilmente una orden para que se pusiese en libertad al doctor. El señor Grandison, no fiándose mucho de la diligencia del *chiaux* que fue encargado de llevarla, resolvió acompañarle para acelerar su marcha, y llegó a Atenas, como lo supo del gobernador, el mismo día en que el señor Bartlett había de ser víctima del fatal cordón. Un peligro tan urgente hizo al doctor más amable que nunca para el señor Grandison, así como un socorro tan oportuno no pudo menos de hacer al señor Grandison más amable para el doctor, y en su tierno y recíproco afecto no lo cobraron menor al señor Beauchamp, que no sólo había sido el primer instrumento de tan feliz libramiento, sino que no había querido dejar a Atenas sin ver al doctor fuera del peligro, ni había excusado pasos ni dineros para obtener que se suspendiese la sentencia. Este acontecimiento corroboró una amistad que había empezado entre los dos jóvenes por la conformidad de sus caracteres. A la bondad de ambos debe el señor Bartlett el honor que le hacen de tratarle como a un padre, y su mayor complacencia hasta el presente es la de escribir al señor Beauchamp todo lo concerniente a la vida y acciones de un hombre que el uno se ha propuesto por modelo, y el otro mira como la gloria y ornamento de la especie humana.

»El doctor ignoró algún tiempo la parte que había tenido Lorimer en su desgracia. Este joven insensato había escrito a Inglaterra mostrándose muy afligido del peligro de su ayo, y su padre había hecho cuanto era posible a tan grande distancia para que se socorriese y libertase al doctor, pero es muy verosímil que todo hubiera llegado demasiado tarde.

»Como el padre no podía adivinar que su hijo había tenido parte en semejante maldad, apenas tuvo noticia del libramiento del doctor cuando le suplicó encarecidamente que no abandonase a su hijo a sus malas inclinaciones. El doctor, igualmente distante de sospechar de su discípulo, no tuvo reparo en volver a Venecia compadecido del padre y del hijo, y no sin grande dificultad pudo desprenderle de los brazos de su dama. Después fue a Roma con él; pero no teniendo aquí este infeliz joven ninguna moderación en sus disoluciones llegó a ser justamente víctima de ellas, siendo su muerte un alivio para su padre, para el doctor y para todos aquellos con quienes tenía algún vínculo o relación. En los últimos momentos de su vida confesó el negro

proyecto a que su dama le había inducido en Venecia, y la parte que había tenido en las calumniosas acusaciones de Atenas. Esta confesión y las circunstancias de su muerte causaron al doctor tan profunda tristeza que cayó en una enfermedad de que le fue muy difícil restablecerse.

»Entre tanto, el señor Grandison había visitado algunas partes del Asia y del África, particularmente el Egipto, aprovechándose de todas las ocasiones de continuar su correspondencia con el señor Beauchamp y el doctor. Cuando volvió a Italia, donde le esperaban sus dos amigos, indujo al doctor a que sirviese de compañero al señor Beauchamp en algunos otros viajes que les hizo emprender con el pretexto de que él mismo esperaba adquirir por medio de ellos algunas luces que no había tenido tiempo de adquirir por sí mismo. Este era también pretexto para suministrar los gastos de esta empresa; pues sabía que el señor Beauchamp tenía una madrastra que poco antes había hecho le quitaran dos partes de su pensión; y cuando su amigo quiso rehusar semejante generosidad, añadió al primer motivo que tales viajes conducirían para restablecer la salud del doctor, a quien ambos profesaban igual afecto. Nunca le faltaban razones para disminuir el pudor de aquellos a quienes quería servir y para hacerles recibir sus beneficios como una deuda o como un favor por el que les estaba obligado él mismo.

»Mientras que hicieron sus dos amigos el viaje que les había propuesto, no dejó a Bolonia ni a Florencia, donde algunos asuntos le causaron mucho embarazo. El señor Beauchamp y el doctor visitaron juntos las principales islas del archipiélago, después de lo cual, pensando el primero pasar al Asia, se aprovechó el señor Bartlett de la ocasión de darse un navío a la vela para Livorno. Además de que su salud estaba restablecida, sabía que el señor Grandison esperaba de su padre con impaciencia la orden de restituirse a Inglaterra, y no dudó de que gustaría de su presencia para la conclusión de algunos negocios de que estaba informado. En efecto, el señor Grandison se alegró de su llegada, y partiendo inmediatamente a París confió a su cuidado a la señorita Emily.»

Hasta aquí, señorita Harriet, que sois la delicia de los que tienen la delicia de trataros, no habéis leído más que un extracto de mis papeles de mano de mi sobrino. Yo añadiré a él algunas circunstancias respectivas al señor Beauchamp, de quien me habéis pedido más noticias; pero no os prometo detenerme fácilmente si intento hacer el elogio de tan caro amigo.

El señor Beauchamp es un joven de bellísima presencia, y llamándole yo un segundo Charles Grandison formaréis un concepto muy alto de su talento, de su urbanidad y de todas sus amables

prendas. Por lo que toca a su nacimiento, es de una antigua e ilustre familia. El señor Harry Beauchamp, de quien es hijo único, le ama tiernamente y le tiene distante contra la inclinación de ambos, mayormente contra la del hijo después que se ha restituido a Inglaterra su más estimado amigo. Esto es efecto de su condescendencia con una segunda mujer imperiosa y vengativa que durante su viudedad había puesto los ojos en el joven Beauchamp, esperanzada en que le induciría a aceptar su mano con un resto de su hermosura apoyado en un caudal considerable, cuyo intento nunca lo supo el padre, quien le declaró su amor al mismo tiempo que el hijo le hacía declarar tal vez con algún desprecio que no le agradaban sus proposiciones. La enfureció tanto esta repulsa que sólo pensó en vengarse, y no ignorando que el hijo nada tenía que esperar sino de su padre, mostró que apreciaba los obsequios del señor Harry, y su resentimiento le hizo aceptar su mano con condiciones que le dan un poder casi igual sobre el padre y sobre el hijo.

Además, ella llegó bien pronto a dominar enteramente a su marido. El señor Beauchamp había partido a sus viajes con una pensión de 600 libras, y la buena madrastra no tuvo un momento de sosiego hasta que la hubo reducido a 200, cuyo resto se le pagaba tan mal que el pobre joven se hubiera visto en los mayores embarazos, si no le hubiese socorrido siempre prontamente su fiel amigo el señor Grandison.

Sin embargo, se asegura que su madrastra tiene algunas buenas prendas y que en todo lo que no es respectivo al hijo se conduce muy bien con el padre; pero entendiendo ella de negocios y no teniendo el señor Harry inclinación a ellos, se ha arrogado la facultad de disponer de todas sus rentas comunes, lo cual imposibilita a su marido de dar nada sin su noticia.

Ambos admiran sobremanera el mérito del señor Grandison, habiendo contribuido a esto las cartas del hijo no menos que la voz pública, de donde me parece se puede inferir que si al señor Grandison se le presenta ocasión de trabar amistad con milady Beauchamp, la hará consentir tarde o temprano en la vuelta de su hijastro, con especialidad al presente que comienza a perder la esperanza de tener hijos de este matrimonio. El señor Beauchamp, que se promete también esto mismo, escribe al señor Grandison que profesará el mayor respeto a la mujer de su padre y que la mirará con los sentimientos de hijo cuando guste de tenerle en su compañía; pero protesta que renunciaría a su patria antes que exponer a su padre al menor sentimiento restituyéndose a su casa sin el beneplácito de una mujer tan altiva; y en su incertidumbre se ha propuesto dejar a Viena, donde se halla actualmente, para venir a esperar en París que el señor Grandison, a quien cree capaz de conseguir todo lo que la amistad puede hacerle emprender, y a quien ayudará el tierno afecto de su

padre, obtenga lo que él tanto desea. ¡Cuánto me parece que se tarda el volver a ver a este excelente joven! Estoy seguro de que en especial la señorita Harriet no podrá menos de estimarle. Con tan nobles sentimientos y bellas prendas, vuelvo a decir resueltamente que es un segundo Charles Grandison.

Yo tendría particular gusto, señorita, en poderos servir con daros todas las noticias que según me habéis confesado, excitan vuestra curiosidad; pero que Milady y la señorita Charlotte me permitan exhortarlas a que destierren toda reserva con el más afectuoso de todos los hermanos, y yo oso asegurarles que él no la tendrá en nada de lo que crea capaz de complacerlas. Si entre sus negocios hay alguno cuya comunicación difiera, será por estar todavía incierto el éxito.

* * *

¡Qué obscuridad, prima mía! Recordemos algunas circunstancias de esta relación. ¡Charles tiene asuntos que aún no puede revelar a sus hermanas! ¡Su éxito es incierto para él mismo! ¡Embarazos considerables en Bolonia y en Florencia! ¿Y se han acabado, o duran todavía? Sin embargo, Charles no tiene reserva y sin embargo Charles es reservado. ¿Qué te parece todo esto, amada Lucy?

Pero el doctor está seguro de que en particular la señorita Byron hará aprecio del señor Beauchamp. ¿Qué querrá decir el doctor? Sin duda, no puede haber tenido más intención que la de manifestar su propio afecto a un joven que ama tanto. Le parece que se tarda el verle. Si yo le veo también, no estará muy remota su vuelta: porque ¿no estoy determinada a volver prontamente a mi más seguro refugio, a los brazos de mi amada familia? Sí, querida mía, estoy determinada a ello.

Pero dime, Lucy, ¿tienes algún odio? ¿Eres capaz de aborrecimiento, de un aborrecimiento moral a alguien? Si te hallas actualmente en tal disposición, satisfácete y desea a la persona que aborreces, el estar enamorada de un hombre (pues veo que no debo disimular nada) que ella misma y todo el mundo creen muy superior a ella por todas las prendas del alma y por las conveniencias; y el dudar entre algunas vislumbres de esperanza, duda más cruel mil veces que la certidumbre, si este hombre tiene su corazón empleado, y supuesto que no le tenga, si puede corresponderla. ¡Ah, Lucy!, tú me entiendes: no me digas que me explique más.

Pero aún te diré una palabra. El preámbulo de la carta del doctor, ¿no te parece un poco extraño? *Delicia de los que tienen la dicha de trataros.* ¡Bellas expresiones! ¿Qué querrán decir? ¿Soy yo las delicias del corazón de Charles? Él me trata. ¡Qué débil, qué boba, qué humilde y sin embargo qué vana y orgullosa soy! Mis simples conjeturas me hacen avergonzarme: un impulso de rubor me ha hecho

rasgar mi carta. No obstante, los pedazos partirán, pero con condición de que has de arrojarlos al fuego, y no ha de verlos nadie más que tú.

Carta XLIX
Harriet Byron a Lucy Selby

Sábado, 18.

Hasta el presente, querida mía, me parece que mi corazón no tiene nada que vituperarse; pero ha faltado poco para que yo haya caído en un grande yerro que tú no adivinarás. Charlotte en ausencia del doctor, que ha ido a comer hoy a algunas millas de Colnebrook, se ha apoderado por medios que no me ha dicho, de una carta que el buen doctor había recibido esta mañana de Charles y que dejó abierta sobre su atril. Inmediatamente vino a mi cuarto diciéndome con ahínco:

—He aquí la carta que le ha venido hoy al doctor. Acaso no me he valido para cogerla de muy buenos medios, mas en ella se habla con calor de ti. ¿La vuelvo a poner donde estaba, o quieres más bien tener parte en mi yerro y leerla antes?

Dicho esto, me la presentó.

—¡Oh, Charlotte! —le respondí en mi primer impulso—, ¿dices que se habla en la carta de mí? Permíteme que ponga la vista en ella.

Yo alargué una mano más que medio culpada y tomé la carta; pero entrando inmediatamente en mí misma le dije:

—¿No me has dicho que no te has apoderado de ella por buenos medios? Pues tenla, tómala, que yo no quiero ser cómplice en tu yerro. ¡Oh, cruel Charlotte! ¿Cómo osas exponerme a esta tentación?

En esto puse la carta sobre una silla. Charlotte me instó a que leyera por lo menos los primeros renglones, y habiéndola vuelto a tomar la abrió y me la puso debajo de los ojos.

—¡Serpiente tentadora! —exclamé— ¿Por qué quieres hacerme imitar a nuestro primer padre?

Yo me senté y puse ambas manos delante de los ojos.

—Quita, quita allá, Charlotte —añadí—, mientras que aún estoy inocente: no me precipites en una culpa que no me perdonaría a mí misma; tú misma la has confesado y yo no quiero tener parte en ella.

Entonces me leyó dos o tres renglones y deteniéndose dijo:

—¿Continúo, Harriet?

Yo me metí los dedos en los oídos, y volvía exclamar:

—No, no: si hubiera venido a tus manos por buenos medios, desearía con extremo leerla. ¿Por qué medios...

Charlotte. (Interrumpiéndome.) ¿Qué, qué es eso? Los que dejan sus gabinetes abiertos, no pueden quejarse sino de sí mismos.

Harriet. Ese es un olvido involuntario. ¿Te alegrarías tú de que se

tomase alguien la libertad de leer tus cartas?

Charlotte. Pues bien, voy a ponerla en su lugar. ¿Voy? —teniéndola suspensa delante de mí— ¿Voy, Harriet? —Y dos o tres veces se fue hacia la puerta y volvió hacia mí mirándome del modo más propio para excitarme.

Harriet. Dime solamente si hay algo de que a tu entender no quisiera tu hermano que fuésemos sabedoras. Pero yo estoy casi segura de que el oficioso doctor, que nos ha comunicado otras, hubiera tenido la bondad de leernos esta.

Charlotte. Por la mitad de lo que tengo, no quisiera no haberla leído. ¡Oh, querida Harriet! Hay en ella tales cosas... ¡París, Florencia, Bolonia!

Harriet. Aparta, aparta, tentación: una carta es una cosa sagrada; llévala a su lugar. ¿No confiesas que no te has apoderado de ella por buenos medios? Sin embargo, veo... —¡Ah, Lucy!, yo estaba cerca de dejarme vencer, pero cobrando ánimo repetí—: aparta, aparta, llévate ese papel: yo misma me temo.

Charlotte. Pues bien, Harriet, no leas más que un pasaje: hay uno que debes leer: esto es cosas de un momento.

Harriet. Tú eres el demonio: quita, quita: yo no leeré nada, yo esperaré a que se me comunique.

Charlotte. Mas entonces puedes sorprenderte y no saber lo que has de responder: mejor sería que te aprovechases de la ocasión. Vaya, toma, lee. ¡Jesús y qué delicadeza! Nunca se han visto semejantes escrúpulos. Se habla de ti y de Emily.

Harriet. ¡De mí y de Emily! ¿Qué puede haber ahora que nos toque a las dos?

Charlotte. ¿Qué diferencia encuentras, Harriet, entre leer la carta y preguntarme lo que contiene? No obstante, consiento en decírtelo.

Harriet. No, no me lo dirás: yo no quiero oírlo: nunca te lo preguntaré. ¿No hay nadie capaz de una acción noble sino tu hermano? Es necesario, querida amiga, que las dos saquemos algún fruto de su ejemplo. Tú no me leerás, ni me dirás nada.

Charlotte. Jamás se ha alabado a una mujer en tales términos. Son alabanzas, Harriet... En mi vida he oído otras semejantes.

Harriet. ¡Alabanzas, Charlotte! ¡De la mano de tu hermano! ¡Oh, maldita curiosidad, primer yerro de nuestros primeros padres! Mas yo tendré valor para contrarrestarla. Si me incitas a hacer preguntas, ríete de ellas muy enhorabuena; pero te pido por favor que no me respondas. Cara Charlotte, si me estimas, llévate esa carta y no procures envilecerme a mis propios ojos.

Charlotte. ¿Sabes, Harriet, que tus expresiones recaen sobre mí? Pero yo misma quiero hacerte una pregunta. ¿Te sientes en disposición como una tercera hermana de hacerte cargo de Emily y de

llevártela a Northampton-Shire? Responde.

Harriet. ¡Ah, Charlotte! ¿Y crees que la carta contiene semejante proposición? Mas no me respondas, te lo suplico: espera que se me hagan las proposiciones, cualesquiera que sean, pues siempre se me harán demasiado pronto, si son desagradables —yo tenía arrasados los ojos—, pero te aseguro que no me tratará con menosprecio ni aun el mejor de todos los hombres, y mientras que puedo rehusarme a lo que sea indigno de mí, tengo un título para obrar con firmeza, si se presenta la ocasión. Tú eres hermana, Charlotte, y nada tienes que esperar ni temer.

Charlotte. Pienso, querida, que te formalizas demasiado. Me has de oír leer el pasaje en que se habla de ti y Emily, si no quieres leerlo tú misma.

Entonces iba prontamente a leérmelo, y poniendo yo una mano sobre la carta le dije:

—No, no quiero ni leerlo ni oírlo. Comienzo a temer que se exponga a mucho riesgo mi firmeza, y una vez que aún está en mi mano elegir el bien o el mal, no me privaré de la satisfacción de pensar que he tomado el mejor partido, cualquiera que sea en adelante mi suerte. Tú me perdonarás, Charlotte... —Y sin acabar me dirigí hacia la puerta de mi cuarto y ella me siguió corriendo.

Charlotte. ¡Cara Harriet! ¿Qué, te has enojado conmigo? Pero ¡cuán bien parece en ti esa altivez! Advierto en ella un aire de dignidad que me causa respeto. ¡Cuán propio es de la única mujer del mundo que puede compararse con el mejor de todos los hombres! Perdona, amada Harriet: di prontamente que me perdonas.

Harriet. ¡Perdonarte, Charlotte! Sí, de todo corazón. Mas ¿has podido decirme que no ha venido esa carta a tus manos por buenos medios, y sin embargo perdonarte a ti misma? Ponla pues al instante donde estaba, y vela sobre mí como una verdadera amiga, si adviertes que en algún momento de flaqueza se excita mi curiosidad respecto a papeles que no hayan llegado a mi poder por medios regulares. Confieso que he tenido debilidad, y si hubiese cedido a ella, lo más lisonjero que hubiera sabido no me habría nunca indemnizado de lo que me hubieran hecho padecer mis reflexiones.

Charlotte. ¡Alma grande! ¡Qué confusión me causas! Yo pondré la carta en su lugar y juro que si no puedo olvidar lo que contiene, aunque todo es glorioso para mi hermano, jamás te diré ni una palabra de ella, por lo menos si no sé su contenido por otro conducto.

Yo le eché los brazos al cuello y ella me correspondió con el mismo afecto. Desde ahora la querré más que antes, por haber sufrido con tanta bondad que mi conducta condenase la suya. ¿No me felicitas, querida mía, por la victoria que he conseguido sobre mí misma? Mucho me ha costado. Es cierto que no podía ser más viva mi

curiosidad tocante a unas particularidades en que tenía tanto interés; pero me parece que el placer de saberlas no hubiera igualado nunca al que tengo por haber vencido la tentación, prescindiendo de que mi orgullo está muy ufano por el concepto que he hecho formar de mí a Charlotte. Sin embargo, ¿qué mérito he contraído ahora? Con sólo consultar la prudencia yo hubiera hecho mal en ceder. ¿De qué me habrían servido las luces que hubiese logrado tener por este conducto? Si hubiese sabido algo que me hubiera causado una viva impresión, mi odio al artificio me hubiera infaliblemente vendido, y el doctor o Charles habría podido descubrir mi yerro. ¿Hubiera yo tenido la bajeza de acusar a Charlotte para justificarme? Yo me habría cubierto con una mancha vergonzosa, y el señor Bartlett que me favorece con su confianza se excusaría tal vez a comunicarme todo lo que espero saber de él. Así ya ves que justificaba mi conducta la política no menos que la rectitud, y concluyo con que he sido afortunada en esta ocasión.

Charlotte acaba de contar a su hermana todo lo que ha pasado entre nosotras, y esta dice con mucha gracia que no hubiera querido ser Charlotte al tomar la carta; pero que si alguien se la hubiese presentado abierta, duda si hubiera sido Harriet Byron. Con este motivo me estrechó en sus brazos, diciendo muchas veces que yo sería milady Grandison y que había nacido para su hermano y su hermano para mí.

Cualquiera que sea el giro de los acontecimientos, desde luego convendrás, amada Lucy, en que con esta apreciable aprobación de las dos hermanas es cosa muy dulce haber podido vencer la curiosidad. Charlotte ha hablado a su hermana de muchos viajes que está en hacer Charles a Francia para concluir los negocios del señor Danby, y a Florencia y a Bolonia; como también de una visita a la quinta de Grandison adonde parece que ella ha de acompañarle. Ya ves, Lucy, que se acerca el tiempo de mi partida. ¿Por qué no se me ha recordado que los tres meses que se me concedieron estaban para expirar? ¿Te hallas dispuesta a recibir a una prima que acaso no volverá con el corazón que trajo? ¿Y cómo ha de presentarse a tan querida familia con un corazón que esta no podrá ya reconocer?

Pero ¡cuánta es la felicidad de Charlotte en tener un genio como el que tiene! Ya has visto cuánto pareció conmovida en nuestra última escena. Pues sin embargo ya no le queda ninguna señal de esto. Con cantar un aria al clave se ha restituido a su primer estado y ha vuelto otra vez a chancearse con tanta viveza y alegría como si nada la hubiera desazonado; y si yo me hubiese dejado inducir a leer la carta, ¿qué papel hubiera hecho a mis propios ojos al menos en todo un mes? Pero ¿no olvidó con la misma facilidad la mortificación que le causó su hermano con el descubrimiento de su intriga? ¿No me dio

una terrible cantaleta en el mismo día? No obstante, tiene prendas admirables y no se puede dejar de amar. Yo la profeso un vivo y tierno afecto. Pero ¿no es debilidad ver en una persona si disminuirse el afecto a ella yerros que parecerían inexcusables en otra? No, Lucy, no digas que lo es en el caso de Charlotte. ¡Qué diferencia en mi concepto! Sin embargo, acaba de confesarme que se vituperó su acción antes de traerme la carta; pero que había esperado cubrir su culpa haciéndome cómplice en ella, por lo cual le dije que esto era hacer el papel de Satanás. Sobre todo, Charlotte más bien pensaba en complacerme que en satisfacerse a sí misma. No hay amistad, dirás tú, que pueda justificar una mala acción. Convengo en ello, Lucy, pues nada es más cierto; pero si tú conocieras a Charlotte, la amarías mal de tu grado.

NOTA. *La carta de Charles, que es el asunto de la anterior, contiene una relación circunstanciada de sus negocios en que sin embargo sólo se explica a medias, porque el doctor a quien escribe está informado de lo substancial de ellos. Habla de los urgentes motivos que le obligan a pasar a Francia y a Italia; nombra algunas damas extranjeras sin dar a entender qué especie de vínculo o amistad tiene con ellas; y se extiende sobre una iglesia nueva que hace construir en su quinta de Grandison, suplicando al doctor que se prepare para predicar el sermón de la dedicación a fin de excusarle las excesivas alabanzas que teme en boca de su cura. En la carta se hace mención muchas veces de Harriet y siempre con algún elogio. De Emily se habla con bastante extensión; pues embarazado Charles con esta joven por razón de dicho viaje, pregunta al doctor qué le parece su pensamiento de confiarla hasta su vuelta a Harriet para alejarla de una madre peligrosa. Piensa que estará tranquila en Northampton-Shire y que recogerá aquí para su educación copiosos los frutos del más virtuoso modelo, con cuyo motivo hace una viva pintura del mérito extraordinario de Harriet, aunque sin manifestar más sentimientos que los del respeto y de la admiración. En fin, propone al doctor que le ayude en la ejecución de una cláusula del testamento del señor Danby respectiva al destino de 3.000 libras en obras de caridad; y según los principios de su virtud, cree que sus primeros cuidados deben dirigirse a lo que se refiere al bien público, como los matrimonios de las doncellas pobres con hombres honrados de su clase, los socorros necesarios a los artesanos industriosos, los auxilios a las personas laboriosas que se hallan reducidas a la indigencia por la edad, por indisposición habitual, por algún fatal acontecimiento, o por enfermedades incurables, etc.*

Carta L
Harriet Byron a Lucy Selby

18 de marzo por la noche.

A las dos hermanas y Milord habrá agradado mucho mi confianza; pues les he entregado todas mis cartas sin volverlas a leer y con el mismo orden con que me las has enviado. En la actualidad tienen todo mi corazón a la vista; pero esto me inquieta poco, por ser el objeto de mi amor Charles Grandison. Después que no me notan de reservada, se me da menos cantaleta, y seguramente sería crueldad proseguir del mismo modo y yo no haría entonces larga detención en Colnebrook.

Me ha causado complacencia el asegurarme tú que la conducta de ambas hermanas conmigo te ha parecido algo dura. También a mí no pudo menos de parecerme lo mismo; pero es un consuelo para mi orgullo el que reflexionando sobre ella pienso que si hubiese estado en lugar de cualquiera de las dos hubiera tenido más miramiento. En realidad, comienzo a creerme más cerca de la igualdad con ellas de lo que había osado figurármelo; bien que son de un carácter excelente y yo las perdono como tú debes perdonarlas también. Siento que la delicadeza de abuela haya llegado hasta el extremo de hacerla llorar esta escena. ¿Es posible que haya llorado la tierna e indulgente madre? Tío no ha sido tan compasivo y lejos de esto se ha regocijado mucho con semejante aventura. Cree, dices, que no han hecho nada las dos hermanas que no hubiera hecho él mismo. Este es un cumplimiento sin duda que quiere hacer a la delicadeza de ellas; pero estoy persuadida como tía a que no las hubiera dado gracias a su generoso hermano por la agitación que sus burlas me causaron.

¿No es tiempo, mi querida prima, de que piense ir a acompañarte? Muchas veces al día me avergüenzo de verme aquí como esperando una favorable declaración y con el temor juntamente de que no se me haga jamás. Yo advierto en esto un aparente designio... un afecto que se asemeja... no puedo decir a qué; pero hay momentos en que apenas puedo soportarme a mí misma. No obstante, mientras que el amor a la virtud (quizá algo *personal)* sea el fundamento de este designio, de esta expectativa y de estas agitaciones, no me creeré enteramente inexcusable. Estoy segura de que no tendría tanta estimación a Charles, si tuviera algunas virtudes de menos.

¿A qué habrá venido el señor Deane a meterme en la cabeza que Emily alimenta y se recrea acaso sin saberlo con una llama que será funesta para su reposo? Seguramente esta niña no puede esperar... Sin embargo, 50.000 guineas son un bello caudal, mas es imposible que tienten a su tutor: un hombre como Charles no se pondrá nunca en venta. Yo observo la postura, las expresiones y el aire de esta niña cuando se habla de él, y veo con lástima que no puede oírle nombrar sin que centelleen o brillen sus ojos. Al momento deja enteramente de poner la atención en lo que la ocupaba y clava con la vista a la

persona que elogia a su tutor, por manera que no puede oír y trabajar a un tiempo. Después suspira, y son tantos, Lucy, sus suspiros que no se puede celebrar a Charles delante de ella. ¡En tan corta edad! Mas ¿quién le advertirá su peligro?

Lo que me hace estar algo más atenta a todas sus acciones de lo que lo estaría sin embargo de la observación del señor Deane, es una o dos palabras que ha soltado Caroline y que le diría tal vez su hermana, las cuales tomó esta verosímilmente de la carta substraída; pues me tocó algo del mismo particular, aunque yo creí entonces que esto era únicamente con el fin de excitar mi curiosidad. Se trata de una proposición que es más que probable que se me ha de hacer: de la de llevar conmigo esta niña a mi país... conmigo necesitando yo misma de un aya. Pero que se me haga enhorabuena la proposición.

En una conversación que acabamos de tener nosotras las mujeres acerca del amor, sujeto favorito de las jóvenes, dio la niña su parecer sin que se le pidiese y no dejó de hablar para su edad. Por lo común habla menos que escucha, y yo dije al oído a Charlotte:

—¿No te parece que Emily habla más que de ordinario?

—Sí, me parece —me respondió esta taimada, a quien nada se escapa.

—Perdona, Charlotte —le dije con alguna malicia, y ella replicó en el mismo tono.

—Yo te lo concedo; pero dejémosla hablar cuanto quiera que muchas veces no está del mismo humor.

—Yo quiero mucho a Emily —añadí—; pero observo que muda de conducta, y siempre temo que las jóvenes se hallen expuestas a esto, cuando están para pasar de niñas a mujeres.

Emily, que nos vio hablar en secreto, dijo en un tono más resuelto que nunca que no gustaba de cuchicheos, pero que estando segura de que su tutor la quería y nosotras también, tenía su corazón tranquilo. ¡Su corazón tranquilo! ¿Quién pensaba en su corazón? ¡Y su tutor la quiere! Emily no irá conmigo, querida mía.

19 de marzo por la mañana.

¡Oh, Lucy!, aquí estamos en una grande inquietud por Emily con motivo de una carta de Charles al doctor Bartlett que llegó ayer noche, pero que no ha podido comunicarnos hasta hoy. La madre, esta infeliz mujer de quien te he hablado, ha hecho una visita a Charles. ¡Pobre Emily! ¡Cara niña! ¡Qué madre le ha dado el cielo!

El doctor está tan agradecido a mi condescendencia de entregarle mis cartas después de habérmelas remitido mi familia, cuya aprobación me ha lisonjeado mucho, que no se ha hecho de rogar para darme el permiso de enviarte la carta de Charles. Yo le pedí este favor en el entender de que leerías de buena gana todo lo respectivo a

Emily; pero no dejes de devolverme en la primera ocasión lo que el doctor ha tenido la bondad de confiarme.

Al fin de su carta verás que el señor Bartlett le ha comunicado el deseo que ha mucho tiempo tienen sus hermanas de inducirle a que les escriba algunas veces, y que en efecto Charles consiente en ello aunque con condiciones, como también verás, a las cuales es poco verosímil que quiera someterse ninguna de sus tres hermanas, pues me pone en el número. *¡Sus tres hermanas! ¡Su tercera hermana!* ¡La repetición tiene tanto de oficioso! Tengo mil razones para admirar su bondad, mas no obstante reparo en que acaso será severo con nuestro sexo. Una de las expresiones de su carta es que no está en mano de las mujeres el dejar de ser reservadas, y añade que tal vez no deben serlo. ¿Por qué no? ¿Será esto algún consejo que me da? Pero él apenas se proporciona a sí mismo la ocasión de observar lo que yo soy. Mas sea lo que fuere, Lucy, repito por la vigésima vez, que no habrá ninguna bajeza que vituperarme. Yo no le daré motivo para que me desprecie, ni se lo daría aunque fuera el mayor monarca del universo. Fía sobre este particular de tu

—*Harriet Byron.*

Carta LI
Charles Grandison al doctor Bartlett
[Incluida en la precedente.]

18 de marzo.

He recibido, estimado doctor, una visita de la madre de Emily, y es muy probable que hará también otra en esa quinta antes que yo pueda tener la dicha de volver a ella. Sabe que está ahí su hija y que mis asuntos aún me detienen en esta corte. Os despacho un expreso para comunicaros este recelo, y creo deber informaros de lo que ha pasado entre los dos.

Ella hizo entrar recado de parte de la señora Jervois y yo la recibí cortésmente. Me pareció que ella esperaba la salutación de nuestro sexo [15]; pero yo tomé, o por mejor decir, recibí su mano que ella me presentó y me contenté con llevarla a una silla. ¿No la habéis visto? Esta señora se tiene todavía por hermosa, y si sus vicios, que parecen distribuidos por su rostro no la hicieran odiosa, aún podría lisonjearse de ser bella.

—¿Cómo lo pasa Emily, señor Grandison? —abanicándose— ¿Está aquí? Tomaos la molestia de hacerla llamar, que quiero verla.

—No está aquí, señora.

—Pues ¿dónde está? Ya hay algún tiempo que dejó a la señora Lane.

—Está bajo la mejor protección del mundo, bajo la de mis dos hermanas.

—Hacedme el favor de decirme cuáles son vuestras miras respecto a ella: ya no es niña —sonriéndose y haciéndome ver su pensamiento en sus ojos—. Decidme qué queréis hacer de ella. Vos sabéis —añadió afectando más gravedad— que la señorita Jervois es mi hija.

—Señora, si vos merecéis que se os tenga por madre suya, debéis alegraros de verla en tan buenas manos.

—¡Ay, señor! Jamás he confiado en la bondad de los hombres. Cuando se les pone a tiro una linda doncella… Yo conozco el mundo —echando una mirada lasciva y volviéndose a sonreír.

—Y yo conozco, señora Jervois, que por ningún motivo debo responderos con formalidad. Pero ¿qué tenéis que decir a mi pupila?

—¿Qué decir? Vos no ignoráis que soy su madre y que pienso encargarme de ella: su padre os confió el cuidado de sus bienes, y yo mirando por su reputación estoy en sacarla de las manos de un tutor tan joven, a lo cual espero no os opondréis.

—Si es ese, señora, el único motivo de vuestra visita, os pido permiso para abreviarla, pues mis negocios me instan a salir. Si esa ansia proviene del amor paternal, la veréis a su vuelta, aunque hasta ahora no la hayáis tratado con el afecto de madre. Su persona y su reputación se me han confiado no menos que su caudal.

—Yo estoy casada y mi marido es hombre de honor.

—Vuestro matrimonio es un nuevo motivo para que no os encarguéis de Emily.

—Sabed, señor Grandison, que mi marido es un hombre de honor, tan valiente como lo sois vos mismo y capaz de defender mis derechos.

—Sea lo que fuere, señora, nada tiene que ver con Emily. ¿Habéis venido a decirme que estáis casada?

—Sí, señor, y vos no me dais la enhorabuena.

—¿Enhorabuena, señora? Yo deseo que merezcáis ser feliz, y entonces no dudaré de vuestra felicidad; mas perdonadme, que mis amigos me están esperando.

Apenas podía contener mi indignación. Esta mujer, según dicen, se casa dos o tres veces todos los años.

—Vaya pues, señor Grandison: quizá sabréis quién es el sargento mayor O'Hara, y sabed de mí ahora que es de una de las mejores casas de Irlanda, y que no consentirá se me robe a mi hija.

—El sargento mayor O'Hara no tiene ninguna relación con la hija de mi desgraciado amigo. Emily está bajo mi protección, y siento deciros que ella no hubiera necesitado de auxilios extraños, si la persona que toma el nombre de su madre fuera más propia para suplir la falta del excelente padre que ha perdido. Permitidme, señora, que

os ofrezca mi mano hasta vuestro coche.

Entonces se irritó fuertemente y con palabras a que la creo muy acostumbrada, me amenazó con el resentimiento de su sargento mayor O'Hara, diciéndome en conclusión que había salido victorioso en una media docena de duelos. Yo le presenté mi mano, que no rehusó, y la acompañé hasta su coche.

—Mañana nos veremos —me dijo con aire de amenaza—, y quizá estaré acompañada del sargento mayor.

Yo no le manifesté mi desprecio sino con el silencio. ¡Qué vil y escandalosa mujer!

Es necesario, mi estimado doctor, que no se os escape ni una palabra de esta aventura delante de Emily. Creo que sólo debe verla en mi presencia; pues las expresiones injuriosas de esta perversa mujer le causarían un espanto mortal, como sucedió la última vez. Pero no acaso no volveré a verla en un mes o dos, porque como está en mi mano darle al año 100, ó 200 guineas de pensión a mi voluntad y según la satisfacción que tuviere de su conducta, su marido (si está verdaderamente casada), que no se habrá casado con ella sino por este motivo, no consentirá se exponga a que yo reduzca la pensión, pues vos sabéis que hasta ahora le he dado anualmente 200 guineas. La amenaza que me hizo al despedirse no es tal vez más que una necedad con que creyó causarme algún embarazo. Esta es una mujer muy loca y muy amante de artificios e intrigas.

Acabo de recibir vuestra carta de hoy, y encuentro en ella un particular muy interesante. Me dais a entender que mis hermanas desearían recibir algunas cartas mías, aunque mis ausencias fuesen cortas. Ha mucho tiempo, estimado amigo, que me hicisteis contraer una especie de hábito en virtud del cual os escribo siempre con tanta facilidad como placer. A vos y a nuestro querido Beauchamp puedo comunicar todo lo que me ocurra, y a causa del uso experimentaría igual complacencia en escribir a mis hermanas. Yo no quisiera que pensasen que hay en el mundo un hermano que ame a sus hermanas más que yo, y ya sabéis que al presente tengo tres. Mas ¿por qué no me han manifestado ellas mismas este deseo? Yo no me perdonaría a mí mismo el rehusar a un sujeto que amo un placer que no pudiera costarme mucha molestia.

Yo entablaría de buena gana una correspondencia seguida con mis hermanas, si ellas lo desearan de veras; pero yo quisiera entonces que hubiese una verdadera *correspondencia*, es decir, que a mí también me escribiesen. ¿Piensan que no me sería asimismo muy grato que me informasen algunas veces de sus ocupaciones y que me manifestaran su modo de pensar acerca de las personas y de las cosas? Si su deseo no es un deseo pasajero, y si tenéis otra vez ocasión de hablarles de este particular, proponedles mi condición; mas aseguradles que si

advierto que su franqueza no corresponde a la mía, rompo inmediatamente la correspondencia. Mis *tres* hermanas tienen una franqueza muy amable para mujeres; pero después de este desafío, ¿osarán entrar en la liza en iguales términos con un hombre bastante perspicaz, con un *hermano*? No: estoy casi seguro de ello. No está en mano de una mujer dejar de ser reservada sobre ciertos puntos y acaso no debe serlo. Sin embargo, hay algunos hombres y hermanos de quienes seguramente se puede hacer confianza.

Si aprobaran mi proposición, pudiera escribirles la mayor parte de las cosas que os comunico, puesto que tengo pocos secretos. Sólo podría proceder con precaución en muy pocas ocasiones en que temería causarles inquietud o pesar. Cuando os escribo, mi estimado doctor, sé que puedo confiar en vuestro juicio tocante a los pasajes de mis cartas que se les pueden mostrar. Algunas veces, a la verdad me sirve de entretenimiento y diversión la curiosidad de Charlotte que parece tiene gusto particular, como se lo dije poco hace, en suponer secretos donde no los hay para lisonjearse de su perspicacia, cuando cree haberlos descubierto. Entonces gusto de verla confundida y turbada como en castigo del silencio que guarda más de cuatro veces. Pero basta por hoy de un asunto que podré continuar. No podéis figuraros cuán impaciente estoy por verme en Colnebrook. Es cosa dura, como lo experimento muchas veces, el violentar las propias inclinaciones.

Carta LII
Harriet Byron a Lucy Selby

Colnebrook, 19 de marzo, domingo por la noche.

¡Cuánto me compadezco de Emily! Está la pobre llena de pesares. ¡En qué bajezas ha estado para precipitarme mi vil pasión! Sí, querida mía, *quiero* llamarla baja y *vil*. Nada ha faltado para que me haya convertido en una mujer envidiosa, dura e injusta, y lo que es peor que todo en el mundo, con una pobre huérfana que necesita de protección ¿contra quién? Contra una *madre*. ¡Terrible situación! Sin embargo, yo estaba ya para envidiarle su tutor y la inocente complacencia que siente en hablar de él. Pero permita el cielo que sólo vuelva a verme para despreciarme, si no sofoco en sus principios este monstruo, estos odiosos celos, y si el infortunio de Emily no contribuye para que más la quiera. ¡Tierna niña! Tú vendrás conmigo, si se me hace tal proposición, y mi tío y mi tía prestarán su consentimiento; pues son generosos, no tienen ninguna pasión baja que pueda perturbar su inclinación a hacer bien, y son lo que yo espero ser ahora que he vuelto en mí misma. ¿Pues qué?, si la ternura

de su corazón ha convertido su amor en gratitud, ¿no tendrá alguna excusa, como yo me lisonjeo de tenerla?

NOTA. *Harriet hace relación de una visita que la madre de Emily hizo el mismo día en la quinta de Colnebrook acompañada del sargento mayor OHara y del capitán Salmonet para ver a su hija. Las circunstancias de tal visita son muy extrañas. Estos dos pretendidos oficiales hacen de guapetones, y milord L…, que los recibió, les tuvo muy poco miramiento. Sin embargo, la obstinación de la madre en ver a su hija y el creer Milord que no tenía derecho para oponerse a ello, le obligaron a hacer depender esta vista de la voluntad de Emily, y consintió en que se le diese aviso; pero el temor la había ya hecho desaparecer. Emily había suplicado a Harriet que entrase con ella en un coche de Caroline en que se restituía esta señora de la iglesia, y con el pretexto de tomar el aire antes de comer se alejaron de la quinta. Dícese a la madre que su hija está ausente y se irrita. Sus valentones quieren tomar el mismo tono; pero Milord les exhorta con serenidad a que se retiren si no quieren más bien ponerle en la precisión de obligarles a ello, por lo cual partieron de la quinta lisonjeándose de ver a Charles y de tomar satisfacción de él.*

Harriet pinta el susto de su compañera, la compasión que tiene de ella, las tiernas instancias con que esta niña implora su favor, y su sencillez en la relación que le hace de los malos tratamientos que ha recibido de su madre. El resultado es que Harriet se apasiona mucho a Emily, que le concede la libertad de verla muchas veces a solas, de entrar por la noche con toda confianza en su cuarto, de escribirle y de comunicarle todos los secretos de su corazón. Harriet no oculta a Lucy que se lisonjea de penetrar por este medio los sentimientos de Emily en orden a Charles; pero superior como quiere serlo a los celos, piensa que no tiene nada que vituperarse en su curiosidad. En el mismo día se presenta Emily a la puerta de su cuarto, y no puede recibirla por tener que concluir una carta; mas se propone indemnizarla de esto con una visita que quiere hacerle por la noche en su propio aposento, para darle una confirmación de todo el afecto que en su paseo prometió tenerle.

Carta LIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes, 20 de marzo.

Anoche después que todos se recogieron, llamé a la puerta de Emily y me la abrió inmediatamente su camarera.

—¿Sois vos, mi queridísima señorita? —exclamó viniéndose a mí con los brazos abiertos— ¡Qué extremada bondad!

—Vengo, querida mía —le dije—, a pasar media hora gustosa

contigo, por lo menos si no te incomodo.

—¡Ah, nunca la señorita Harriet puede incomodar a nadie!

—Ante todo, Emily, da permiso a tu camarera para que se acueste, porque de lo contrario abreviaré mi visita: el mismo favor he hecho a la mía. Si necesitas de que se te sirva en algo, yo misma te serviré.

—¡Oh, señorita! Vuestros oficiosos cuidados se extienden a todo el mundo. Anne me dice que todos los criados os adoran en esta casa, y yo sé muy bien cuánto os aprecian los amos. Anne, puedes irte a acostar.

—Mi camarera me ha dicho más de una vez que tú gustas de acostarte tarde, y que lees, o haces que te lea Anne, quien no gusta mucho de esta ocupación, aunque la desempeña muy bien. Los criados son tan sensibles como sus amos y sus amas, manifiestan naturalmente lo que sienten, y yo no dudo de que también a ti te aman. Yo formaría juicio de los amos por el afecto de los criados con tanta satisfacción como por cualquiera otra regla. El sumo respeto y la exacta puntualidad con que sirven a Charles los suyos, ¿no muestra cuánto adoran a su amo?

—Yo procuro mucho granjearme el afecto de los míos después que observo a los de mi tutor y que me ha contado Anne todo lo que dicen de vos; pues hay tanta semejanza entre vos y mi tutor que parece que él ha nacido para vos y vos para él.

Al decir esto dio voluntariamente un suspiro, aunque sin hacer ningunos esfuerzos para contenerlo.

—¿Por qué suspira mi querida amiga? ¿Cuál es la causa de los suspiros de mi Emily?

—¡Qué bondad la vuestra de llamarme *vuestra* Emily! Mi tutor me llama también *su* Emily y me envanezco cuando me da este nombre. Pero aún vuelvo a suspirar, y a la verdad no sé por qué: este es un hábito que me parece he tomado poco ha. ¿Puede perjudicar a mi salud? Anne me dice que es una mala señal y que debo desterrar tal hábito: asegura que no es cosa buena en una joven suspirar como yo lo hago; mas yo no veo dónde está el mal.

—Se asegura que los suspiros son indicio de amor, y tú sabes que las jóvenes...

—¡Ah, señorita! —interrumpiéndome—, *vos* no dejáis de suspirar muchas veces también.

El rubor me subió al rostro.

—Es verdad, querida mía, que algunas veces lo he advertido eso yo misma: este es un hábito, como dices, y yo no quisiera que tú lo tomases.

—Pero, señorita, yo tengo *motivos* para suspirar que vos no tendréis: yo tengo una madre... ¡ay de mí! ¡Una madre a quien debo desear que sea virtuosa menos por mí que por ella misma! ¡Una madre

tan infeliz que me veo obligada a huir de ella! Mi padre, cuya bondad fue notoria a todo el mundo, murió de pesadumbre por su causa. ¡Oh, señorita! —abrazándome y ocultando su rostro en mi seno— ¿No tengo motivo para suspirar?

Yo derramé sobre su cuello algunas lágrimas que no pude contener al ver tan justo y tierno dolor. ¿Y quién no se hubiera enternecido?

—¡Y lo que pasó ayer aquí! —prosiguió alzando la cabeza— ¡Pobre señora!, no ha sacado mucho fruto. ¿Creéis que no basta esta sola aventura para hacerme suspirar?

—¡Excelente índole! —besándole ambas mejillas— Yo te querré en extremo, Emily.

—Vos tenéis conmigo demasiada bondad, señorita: moderaos en ella, pues ya veis que asimismo me hace suspirar. La de mi tutor me hace suspirar también, y creo a la verdad que mis suspiros son más frecuentes que nunca después que habiendo dejado a la señora Lane conozco mejor su bondad, y veo de más cerca la admiración que causa a todo el mundo y la gratitud a que todos creen estarle obligados. Un extraño, como puedo decirlo, un hombre de este mérito que me colma de beneficios, y una desgraciada madre que le causa tantos embarazos, ¡cómo he de contener mis suspiros con dos motivos tan poderosos!

—Querida Emily —yo sentía mi corazón sumamente lastimado—, ambas debemos profesarle la misma estimación por muy fuertes razones que nos obligan al reconocimiento.

—¡Ah, señorita! Vos seréis algún día la más dichosa de todas las mujeres y bien lo *merecéis*.

—¿Qué quiere decir mi Emily?

—¿No veo, no oigo yo aquí todos los días lo que Milord y las dos señoras hermanas han proyectado? Y mi camarera, ¿no me dice cuáles son los deseos y la esperanza de toda la casa?

—¿Y qué se espera, qué se desea, Emily mía?

—¿No veo yo que mi tutor os ama?

—¿Lo crees tú, Emily?

—¡Vaya si lo creo! Era necesario no ver cuánta atención pone en todas vuestras palabras.

—Puro capricho, querida.

—¡Puro capricho! No habéis observado como yo sus ojos, cuando está con vos. También me ha sucedido algunas veces observar los vuestros; pero no he advertido que vos le miréis tan atentamente como él os mira. Estoy segura de que os ama.

A estas últimas palabras se siguió asimismo un suspiro.

—Mas ¿por qué suspiras, Emily mía? Si yo tuviera la felicidad de ocupar tan buen lugar como piensas en la estimación de tan excelente hombre, ¿me tendrías envidia?

—¡Envidia! ¡Yo! ¡Yo, teneros envidia! No, por cierto. ¿Qué motivo

habría para ello? Pero, estimada señorita, decidme ahora… os lo suplico, decidme: ¿amáis a mi tutor?

—Tú sabes que todos le aman. Tú, Emily mía, ¿no le amas?

—¡Yo, muchísimo! Pero vos, señorita, le amáis con esperanzas que sola vos podéis tener. Honrad a vuestra Emily con hacer de ella alguna confianza: mi tutor no sabrá nunca nada de esto; os suplico encarecidamente que me lo confeséis; no podréis imaginar cuánto me obligaréis con este favor, el cual me hará formar más alto concepto de mí misma.

—¿Quieres, Emily, prometerme el tener tanta franqueza conmigo como quieres que yo tenga contigo?

—Os lo prometo.

—Pues te confieso, querida mía, que tengo mucha estimación a tu tutor.

—¡*Estimación*! ¿Es esa la voz? ¡Ah, señorita Harriet!, por joven que sea, sé que la estimación no es el amor.

—Pues bien, yo quiero ser sincera con mi Emily; pero con condición de que nadie sabrá nunca que le he confiado semejante especie. Yo preferiría tu tutor a un rey en todo su esplendor.

—Y yo le preferiría también, si fuera la señorita Harriet: yo quisiera semejaros en todo.

—¡Amable inocencia! Pero dime, Emily, ¿quisieras tú que yo no tuviera tal afecto a tu tutor? Tú sabes que lo es mío también y que me ha servido de tal en la más importante ocasión que se me podía presentar jamás.

—¡Yo, querer eso! ¡Yo, desear que la señorita Harriet fuese una ingrata! No, no.

A esto se siguió otro suspiro.

—¿Por qué pues suspira mi Emily? Ella me ha prometido ser franca conmigo.

—Y os lo vuelvo a prometer; mas a la verdad yo misma ignoro por qué suspiro. Quisiera que mi tutor fuese el más feliz de todos los hombres y que vos, señorita, fueseis la más feliz de todas las mujeres, lo cual no podéis ser ambos sin contribuir a ello recíprocamente. No obstante, me parece que hay algún obstáculo que se opone a vuestra mutua felicidad, y yo me imagino que esta es la causa de mi pena, aunque no estoy segura de que sea la única. No, no sé cuál sea, y si lo supiera, os lo diría; pero algunas veces me da unos latidos el corazón que me impiden la respiración, de lo cual nada comprendo. Yo siento aquí como un peso que me hace suspirar, y mis suspiros me agradan, verosímilmente porque me alivian. ¿De qué puede provenir esto?

Al decir esto se detuvo mirándome.

—Prosigue, querida mía: tu pintura es admirable.

—Concluiré de buena gana. Si alguien se apresura, como sucedió la

última vez a mi camarera, en venir a decirme: «Señorita, señorita, vuestro tutor ha venido», se me causa inmediatamente grande agitación, y parece que mi corazón se hincha hasta no poder caber en mi pecho; tengo precisión de sentarme y me falta la respiración, como si hubiese subido corriendo por una cuesta penosa; media hora entera estoy tan trémula que no tengo ánimo para ir a ponerme en presencia de mi tutor, aunque esté muy impaciente por verle; y además, el oír que se compadece de mí en un tono tan dulce por tener una desgraciada madre; el oír que me llama *su* Emily... ¿No os parece que el sonido de su voz es de una dulzura extremada? ¡La vuestra es tan dulce también, señorita! Todo el mundo dice que aun en vuestros más sencillos razonamientos vuestra voz tiene tanta melodía... Anne me asegura...

—Aduladorcilla, tú me encantas.

—Yo no sé adular, señorita: no me llaméis aduladora, pues soy la misma sinceridad.

—Sí, Emily, yo te tengo por sincera, pero tú excitas mi vanidad. Yo no te vitupero que me digas lo que se piensa de mí; mas yo me vitupero a mí misma el ser demasiado sensible a ello. Prosigue. «Anne me asegura», decías...

—Me asegura que todas estas extraordinarias conmociones son indicios de amor. ¡Qué necia! Sin embargo, no es imposible lo que dice; pero esto no es un amor como parece que ella lo entiende, como afirma haberlo experimentado en *sus días críticos,* según los llama, y por los cuales dice que ha pasado dos o tres años más tarde que yo. En primer lugar, yo soy muy joven, como sabéis, y no hago más que salir de la niñez. Jamás he tenido madre, ni hermana, ni compañera de mi sexo. Las hijas de la señora Lane, ¿qué eran para mí? Ellas me miraban como a una niña y yo no era nada más. Por otra parte, yo amo ciertamente a mi tutor; pero esto es con tanto respeto como si fuera mi padre. Nunca he tenido el menor pensamiento que no haya ido acompañado de una profunda veneración a él, según me acuerdo de habérsela tenido a mi papá.

—Sin embargo, Emily, tú no sentías jamás ninguno de esos latidos de que has hablado, cuando se te avisaba la vuelta de tu padre después de algunos días de ausencia.

—No, señorita: confieso que nunca me sucedió tal cosa, y aunque yo me alegraba de ver a mi tutor siempre que iba a casa de la señora Lane, tengo presente que mis agitaciones jamás fueron tan violentas como lo han sido las últimas. Así, yo misma estoy sorprendida de esto. ¿No pudierais decirme la causa?

¿No te sientes, querida Lucy, sumamente compadecida y enamorada de esta amable niña?

—Mi querida Emily, no dudes de que eso son síntomas...

—¿De qué, señorita? —interrumpiéndome— Decídmelo con sinceridad, que yo no os ocultaré ni un solo pensamiento de mi corazón: decídmelo, ¿de qué?

—Síntomas de amor, no dudo de ello; y de un amor capaz de turbar tu reposo…

—No, no, señorita —volviéndome a interrumpir—, es imposible. Si fuera lo que pensáis, no tuviera la osadía de ponerme en vuestra presencia. El cielo es testigo de que sólo a vos quisiera yo ver milady Grandison. No tengo más que un temor…

—¿Qué temor?

—El de que el afecto que me tiene mi tutor se entibie estando casado.

—¿Temes que su mujer procure estrechar un corazón tan grande como el suyo?

—No, señorita, si esta mujer fuerais vos. Pero, excusad la simpleza —bajando los ojos—: él no me tomaría más la mano con tanto agrado como lo hace al presente; en sus miradas no se advertiría más la ternura que debo a la compasión que tiene de mi situación; no me llamaría más *su* Emily, ni exigiría más de todo el mundo los mismos miramientos a su pupila.

—Querida mía, tú ya no eres niña, y si el señor Charles tarda algún tiempo en casarse, cuenta con que todo el afecto que te ha manifestado hasta ahora con sus expresiones, se quedará encerrado bien pronto en lo interior de su corazón. Esta mudanza la debes esperar de su prudencia, y tú misma le darás el ejemplo siendo más reservada en lo exterior de lo que lo has sido en otra edad.

—¿Qué me decís, señorita? Aun cuando tuviera veinte años, recibiría gran pesar, si dejara de tratarme con la misma ternura. Si yo le doy motivo para que me crea indiscreta, temeraria e importuna, consiento entonces en que me llame *la* Emily de cualquiera otro y que no me tenga por suya.

—Tus ideas, querida mía, se mudarán antes.

—Pues bien: yo no quiero vivir cuando llegue esa mudanza. Considerad, señorita, que mi único consuelo en la desgracia que me ha ocasionado mi madre, es el de tener un tutor tan amable y virtuoso, el de oírle llamarme *mi* Emily y el de verme amada de él como si fuera su hija. Decidme, señorita: si vos fuerais milady Grandison, ¿me envidiaríais estos testimonios de su compasión y de su afecto?

—No, querida mía; no, si conozco bien mi propio corazón.

—¿Y me concederíais el permiso de vivir con vos? Decid, señorita, ahora que lo sabéis todo: ¿me permitiríais vivir con vos y mi tutor? Esta es una pregunta que hace algún tiempo he pensado haceros; pero el temor y la confusión me lo han impedido hasta que habéis tenido la bondad de animarme.

—Te aseguro que consentiría en ello de mil amores, si tu tutor no ponía ningún reparo.

—Eso no es bastante, mi estimada señorita. ¿Seríais de veras una ardiente abogada mía para con mi tutor? Es cierto que no os rehusaría nada. ¿Querríais... Voy a deciros cómo sería necesario conducirse en este asunto. ¿Querríais decirle: «Charles, ya ves que esta niña, que esta Emily es de muy buen natural, y que así por esto como por tener un caudal considerable, se le pueden armar lazos. Ella no tiene más padre que tú y la pobre niña (supongo que para ablandarle me daríais nombres tiernos), la pobre niña carece de madre, o es más infeliz que si no la tuviera. ¿Qué cosa mejor puede hacerse para ella que el que viva con nosotros? Yo seré su protectora, su amiga y su *mamá*.» Sí, señorita —interrumpiéndose—, permitid que yo elija una mamá: no dejéis a una desgraciada doncella sin madre pudiendo darle una; estoy segura de que todo mi conato se dirigirá a complaceros y que nunca os causaré ningún pesar. Diréis pues al señor Charles: «Charles, tengo empeño en esto: nosotros haremos feliz a esta pobre huérfana. Se le ha hablado de los artificios de los hombres para prender en sus redes a las jóvenes ricas, y este temor y su madre la hacen temblar continuamente, y con nosotros estaría tranquila.» ¿Querríais, digo, decirle todo esto? Estimada señorita, vos estáis compadecida de mí —¿Y quién no se hubiera compadecido de sus ternezas pueriles?—. Veo que estáis compadecida —echándome los brazos—. Yo me vanaglorié de estar en vuestra compañía, seré vuestra camarera si es necesario, y os ayudaré a componeros y haceros cada día más amable a los ojos de mi tutor.

—Yo no puedo tolerar todas esas ideas: basta, basta, mi amada y generosa Emily. Si mi suerte llegara a ser la que piensas, nada me pedirías que no estuviera siempre pronto a concederte mi corazón, y no tendrías ningún deseo que no quisiera yo ver cumplido como tú misma.

Yo la estreché contra mi pecho, mientras que ella continuaba estrechándome con sus dos brazos.

—Acaso os molesto —prosiguió—, y por el mundo entero no quisiera causar la menor incomodidad a mi joven mamá. Permitid que os dé este nombre: *mamá*, según se me ha dicho, es nombre aún más tierno que el de madre. La desventurada señora Jervois o la señora O'Hara, si así le agrada, no será más que madre. Una hija no debe renunciar la suya, aunque su madre la renuncie a ella misma, o haga otra cosa peor.

—Ya es tiempo de que me retire, Emily.

—Pues decid, *Emily mía*.

—Emily mía, mi queridísima Emily, tú me has quitado el sueño por esta noche.

—¡Oh, cuánto lo siento!

—No, no lo sientas. Es verdad que tú me has causado alguna pena; pero ha sido la pena más dulce que jamás ha tenido un corazón. Yo admiro tanta bondad, tanta inocencia y tan generosos sentimientos, y tengo por una dicha el conocer un corazón como el tuyo.

—¡Cuánta es vuestra bondad! —volviéndome a estrechar con sus brazos— Mas ¿por qué os retiráis tan presto?

—Es preciso, querida mía: yo no puedo estar aquí más tiempo; pero cuenta con que Emily ocupará siempre un distinguido lugar en mi corazón, y con que procuraré contribuir a su felicidad y al cumplimiento de todos sus deseos.

—Pues estoy bien segura de vivir con vos y mi tutor —hincándose de rodillas y estrechando con sus brazos las mías—, ¡quiera el cielo así por mi interés como por el vuestro que seáis bien pronto la más feliz de todas las mujeres desposándoos con el mejor de todos los hombres, con mi tutor! Unid vuestras oraciones a las mías: decid *amén,* señorita, y Dios os colme de bendiciones.

Apenas pude arrancarme de sus brazos.

—¡Oh, amor mío!, yo no puedo resistir tus agradables enajenamientos —Y prontamente tomé el camino de mi cuarto.

Emily me siguió y tomó mi mano para besarla con ardor.

—¿Estáis enfadada, señorita? Decid que no lo estáis: yo no os dejaré si no me dais esta seguridad.

—¡Enfadada, hechizo mío! ¿Quién podría estarlo contra ti? ¡Cuánta agitación me has causado con tus tiernos...

—Quedo contenta si no os he ofendido; pero decir aun otra vez: *Emily mía;* decid *buenas noches, Emily mía, amor mío,* y todos los nombres tiernos que pronunciáis con tantísima gracia. Echadme vuestra bendición como si fuerais mi querida mamá, y os dejaré y pensaré que voy a dormir con los ángeles.

—Los ángeles habían de estar siempre alrededor de Emily. ¡El cielo bendiga a mi Emily! Buenas noches. ¡Ojalá que sea dulce y tranquilo tu sueño!

Yo le di uno, dos y tres besos con toda la ternura que ella se había granjeado, y aceleré el paso para alejarme; pero ella se quedó en su puerta siguiéndome con los ojos y haciéndome profundas reverencias cada vez que volvía la cabeza para verla.

Reflexionando en mi retiro sobre todo lo que esta amable niña me había dicho, y sobre la incertidumbre de mi suerte, llegaron a ocupar mi imaginación tantos varios pensamientos que no pude cerrar los ojos en toda la noche. Me levanté antes de amanecer, y agitada con un asunto tan patético que no cesaba de... no tuve otro recurso que mi pluma.

Tú, querida prima, y vos, mi amada abuela, amada tía y amado tío,

no me permitáis solamente, sino mandadme e instadme a que os lleve a mi Emily, si se me hace la proposición de llevármela. Sin embargo, yo no os la llevaré, si todos no me prometéis tenerle tan tierno afecto como a mí.

Carta LIV
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes 20 de marzo.

La activa e infatigable bondad de Charles Grandison me causa, querida Lucy, una admiración que no puedo explicar. Te envío otras dos cartas que el buen doctor Bartlett nos ha comunicado y que contienen la relación de lo que Charles ha hecho por su tío, a quien acaba de hacer un servicio de padre. ¿Has visto tú cosa más extraña? Pero Charles ha nacido para servir a todo el mundo. El doctor nos dijo que habiendo obtenido de él, después que Charlotte mostró desearlo, la libertad de manifestarnos algunos pasajes de sus cartas, no podía hacer mejor uso de ella que leyéndonos las dos últimas, por hablar de un asunto de la familia. Después de habérnoslas leído pasé con él a su gabinete y obtuve el permiso de sacar una copia para ti. Yo no puedo darte una justa idea de la prudencia, generosidad, justicia y desinterés que reinan en estas cartas sin copiarlas enteramente. Pero, Lucy, ¡cuántas otras reflexiones podría hacer y por mi desgracia más dolorosas! No haré ahora más que una, y es que si Charles me ofreciera voluntariamente su mano, no sé si debería aceptarla. ¿Crees que si yo fuese suya, no viviría con el continuo temor de verme separada de él, aunque no fuera más que por el golpe inevitable que amenaza a todos los mortales? ¿Y qué tormento mayor que semejante vida?

NOTA. *Las cartas que se suprimen contienen todo lo que hizo Charles para libertar a milord W... su tío de una antigua dama que le tiranizaba, y la relación de una visita que recibió de la madre de Emily acompañada de sus dos guapetones. En el asunto de su tío se condujo en efecto con una nobleza admirable, correspondiendo sus razonamientos a su conducta y consiguiendo por varios medios despedir a la señora Giffard bastante contenta con una buena pensión que la hizo señalar. El carácter de esta mujer que es a un mismo tiempo altiva y muy interesada, y el de milord W..., que está disgustado de un largo y molesto trato, pero que al mismo tiempo se halla desanimado y embarazado con un poderoso hábito de condescendencia y esclavitud, dan motivo a sucesos muy extraños. Charles propone después un matrimonio a su tío para que tenga una vida igualmente gustosa que honrada, y aun se encarga de buscar una mujer que le convenga; y milord W..., enamorado de la generosidad de un*

sobrino que siendo su heredero natural sacrifica por consiguiente sus propios intereses a su felicidad, se abandona enteramente a él, exigiendo no obstante que la mujer que le dé no tenga menos de cincuenta años. La visita de la madre de Emily forma una escena más viva y más peligrosa, de la cual provienen verosímilmente los temores que hacen prever a Harriet un continuo tormento en lo que podría ser más feliz para ella. Habiéndose lisonjeado el sargento mayor O'Hara y el capitán Salmonet de intimidar a Charles, llega su insolencia hasta la amenaza, y en vista de una respuesta fuerte que este les da, echan ambos mano a las espadas. Charles se vio precisado a desenvainar la suya, y con su valor y destreza hace saltar la del uno y desarma al otro, poniéndoles en la necesidad de salir de su casa y de entrar en su coche sin armas ni sombrero. Dicen a Charles muchas injurias que este desprecia, y ensoberbecidos como están, sucede el gracioso lance de que mientras uno hablaba con la cabeza inclinada al estribo, la levanta prontamente a tiempo que el otro quiere bajarse con el mismo calor, y encontrándose ambos se dan un furioso golpe que les hace convertir sus injurias el uno contra el otro. Por último, parten con la dama y poco después se promete a Charles de parte de ellos más moderación sólo con que les vuelva las espadas y los sombreros, y dé a la señora O'Hara las 200 guineas de pensión. Charles restituye los sombreros y las armas; pero responde que tocante a la pensión se arreglará por la conducta de esta mujer sin que nada pueda hacerle faltar a las leyes de la más rigurosa justicia.

En fin, se suprime otra carta que contiene la relación de las disposiciones que Charles y los amos de los hijos del señor Danby tomaron en orden al matrimonio y acomodo de la hija y de los dos hermanos. El doctor Bartlett, que se halló en Londres en esta ocasión, vuelve admirado de lo que ha visto, y añade a su relación algunos otros ejemplos de la generosidad de Charles que hacen la acostumbrada impresión en el corazón de Harriet.

Carta LV
Harriet Byron a Lucy Selby

Viernes 24 de marzo.

Charles llegó esta mañana, y al tiempo de su entrada pareció que se extendía un rayo de luz por nuestros semblantes. Se excusó con todos por tan larga ausencia, señaladamente mientras que yo estoy en Colnebrook, cuyas expresiones acompañó cortésmente con una profunda reverencia que me hizo, y aun yo me figuré que se habían seguido a ellas un suspiro y una mirada afectuosa; pero no me atreví a preguntar a Charlotte si había notado algo de particular en los cumplimientos que me tuvo. Yo presumo que su cortesanía no le

permitió excusarse directamente conmigo, habiendo creído que esto sería hacer suponer que yo habría estado esperando su venida; y por otra parte no sentí que no me hubiese llamado su tercera hermana. Ya ves, Lucy, cómo la duda hace pasar aun las más pequeñas circunstancias.

A la verdad yo no estaba gustosa porque durase tanto tiempo su ausencia, y en las reflexiones que hacía sobre esto, me sentí una vez inclinada a volver a Londres, y quizá me hubiera determinado a ello si me hubiese creído de bastante suposición para causarle algún pesar por mi partida. «¡Ah, mujeres! ¡Ah, mujeres!», exclamará tío al oír esto. Yo no me vanaglorio de ser superior a todas las pequeñas debilidades de mi sexo. Pero inmediatamente que le he visto, se han desvanecido todos mis disgustos. Después del asunto de Anderson, del de Danby y del de milord W…, me ha parecido más grande y admirable que un héroe cubierto de laureles que volviera en su carro triunfal seguido de una multitud de príncipes cautivos. ¡Cuánto más glorioso es el título de amigo del género humano que el de vencedor de las naciones!

Mi querida Emily no pudo menos de tener un generoso sentimiento al recordar las penas que ha causado a su mejor amigo, aunque ignora todavía la visita que le hizo su madre con O’Hara y Salmonet. Charles se mostró agradecido por la bondad que tuve, según dijo, de ocultar a Emily de su madre, y Milord recibió también gracias por el afecto que manifestó en esta ocasión a su pupila.

A Charles se le dio la carta que la señora Jervois había dejado para su hija, y él la entregó a Emilia sin leerla; pero ella se la volvió inmediatamente con tanta gracia que no pudiendo rehusar el tomarla le dijo que se leería a presencia de todos. Esta carta dio motivo al doctor para decirle que nos había comunicado muchos pasajes de las suyas, y entonces respondió:

—Yo apruebo enteramente todo lo que el doctor ha hecho; mas ¿qué juicio hacen mis hermanas de las condiciones que he puesto en orden a su deseada correspondencia?

Caroline dijo que se alegraría mucho de ver todo lo que Charles escribía al doctor, pero que no podía obligarse a contestar a todas las cartas.

—¿Por qué? —preguntó Charles; y Charlotte respondió al punto que la lectura de las cartas de Harriet les había quitado la gana de escribir.

—Deseo mucho —replicó— obtener un favor que no se ha rehusado a Milord. De dos hermanos, señorita —añadió volviéndose a mí—, ¿excluiréis al uno de una confianza que habéis tenido con el otro?

¡Hermanos, Lucy! En este momento no me pareció tan amable como cuando entró. Sin embargo, yo me corté algún tanto y no sé cuál

habría sido mi respuesta si Charlotte no me hubiera sacado de mi apuro ofreciéndole obtener para él la comunicación de mis cartas, si quería obligarse también a manifestarnos las que había escrito al señor Bartlett en el mismo espacio de tiempo y carta por carta. Charles preguntó si con esta condición estaba seguro mi consentimiento, y aunque yo me resistí mucho tiempo, las instancias de sus hermanas y acaso mi curiosidad vencieron mi repugnancia. Charlotte se encargó de la ejecución de este convenio.

Volvióse a hablar de la carta de la señora Jervois, y Charles acercó su silla a Emily llamándola su querida Emily y *la hija de su compasión.*

—Tú estás destinada —le dijo— a sufrir gloriosas pruebas y hasta el presente te han hecho honor. Yo quisiera que esta desventurada fuese capaz siquiera de la mitad de tu honradez. Pero leamos su carta.

Charles la sacó de su faltriquera, y Emily, que se había levantado, estaba en pie cerca de él enjugando sus ojos y procurando calmar su agitación. Después de haber abierto la carta, ciñó Charles con un brazo la cintura de su pupila. Seguramente, Lucy, es el más tierno así como es el más valiente de todos los hombres. ¿Qué no daría yo por una pintura que representara una parte del fuego y de la ternura que brillaban en sus miradas, mientras que las echaba ya a la carta, ya a su pupila?

—¡Infeliz mujer! —dijo dos o tres veces leyendo con los ojos, y habiendo concluido, prosiguió—: tú la leerás, querida mía, pues encuentro en ella algunos sentimientos maternales: tú reconocerás una madre en todas las ocasiones que tengas la dicha de encontrarla.

Emily estuvo para echarle ambos brazos al cuello, y estoy segura de que sólo su modestia la contuvo.

—¡Oh, mi amado tutor! —exclamó con un tono tan tierno como sus miradas y lágrimas—, ¡queréis pues que la lea! Voy a mi cuarto a obedeceros.

Charles se levantó, tomó su mano, y acercándose a mí la puso en la mía.

—Tened la bondad, señorita —me dijo—, de alentar el corazón de esta amable niña durante una lectura que no puede dejar de enternecerla.

Y entonces me entregó la carta, habiéndome envanecido su atención.

Yo pasé con Emily al aposento inmediato, donde leyó la carta de su madre, pero no de seguida ni sin interrumpirse muchas veces con sus lágrimas; y más de una vez me echó los brazos al cuello, enajenada de un mudo dolor que le hacía como buscar un refugio. Yo le di mil nombres tiernos, mas no podía hablar mucho a causa de haberme enternecido también vivamente la carta. Se me da permiso para que te la remita.

«Mi querida Emily: si te queda algún amor y respeto a una desgraciada madre cuyos yerros se han exagerado sin compasión con la mira de justificar el mal trato que recibió de un marido que no era irreprensible, te suplico encarecidamente que vengas a verme en mi nueva morada de Dean Street, o que me envíes a decir a qué otra parte puedo yo misma ir a verte. Esta súplica supone que no se me permite hablarte en Colnebrook, donde sé que estás hace algunos días. No puedo persuadirme a que tu tutor, cuya reputación es de hombre honrado, sea capaz de rehusarte un permiso que debe dar así de justicia como por su honor, a lo menos si se lo pides con alguna eficacia, como estás obligada a hacerlo, si me tienes la mitad del tierno afecto que yo te tengo. ¿Puedo yo dudar de que querrás complacerme? No puedo. Es extremada la impaciencia que tengo por verte, y me parece que se tarde mucho el estrecharte en mis brazos. He asegurado al sargento mayor O'Hara que no tendrás reparo en llamarle padre. Este es un sujeto de las mejores casas de Irlanda, un valiente y benemérito oficial, capaz de defender los derechos de una mujer injuriada si es obligado a ello, pero que desea arreglarlo y concluirlo todo por medios pacíficos.

»Se me habla muy bien de tus progresos, Emily, y sé que tienes un bello rostro y una gallarda persona. ¡Oh, querida Emily! ¿No es muy doloroso para mí que tenga estas noticias de boca de otra persona, y que no se me permita ver ni admirar las perfecciones de mi hija, que tanto contento darían a mi corazón y que producirían seguramente este efecto a pesar de los indignos tratamientos que se me han dado? Pero tú, Emily ¿despreciarás a la que te ha llevado en su vientre? Es cosa muy terrible que con un caudal como el que te dejó tu padre, me vea yo reducida a la indigencia y dependencia, y que después sirva esto de motivo para despreciarme. ¡Hija mía! ¡Mi querida hija! Si eres del número de los que desprecian a sus madres, si se te han imbuido tan crueles máximas, ¿cuál será mi suerte a pesar de las lisonjeras esperanzas que debo fundar en mi nuevo matrimonio? ¿Qué otra cosa deberé esperar sino una vida amarga y una muerte que acelerará tu ingratitud? Una madre no puede tolerar mucho tiempo los desprecios de una hija, y en esta triste suposición tus muchas riquezas no te pondrán a cubierto de los juicios de Dios. Mas yo me prometo de mi Emily que se conducirá de otro modo con su indulgente y desventurada madre

—*Helen O'Hara.*»

Charlotte vino adonde estábamos y estrechó entre sus brazos a la pupila de su hermano, y llamándonos sus dos queridas nos hizo volver. Me pareció que Charles había confesado en nuestra ausencia la visita que le habían hecho el señor y la señora O'Hara, y que se

vituperaba haberse irritado algún tanto a causa de su justo resentimiento. Emily le entregó la carta de su madre y poniéndose detrás de él se apoyó sobre el espaldar de su silla, mientras que volviendo a leer la carta hizo algunas observaciones cuyos términos creo poder recordar.

—*Una desgraciada madre cuyos yerros se han exagerado sin compasión.* El padre de mi Emily era un marido muy indulgente y había perdonado a esta desventurada madre crímenes que pocos hombres serían capaces de perdonar. Se había casado con ella por inclinación y pasión que le tenía, y la facilidad con que había disimulado sus primeros extravíos sólo había servido para que se obstinase en seguir sus vicios. Luego que experimentó la imposibilidad de vivir en su compañía, mudó muchas veces de residencia solamente por huir de ella; y en fin, amenazado de varias maquinaciones horrendas que tuvo la dicha de descubrir, tomó el partido de dejar la Inglaterra para continuar su comercio en los países extranjeros después de haber tenido no obstante la atención de señalar a su mujer una pensión correspondiente.

»Ella se aprovechó de su ausencia para entregarse a toda especie de desórdenes, y después fue a buscarle. Yo le había conocido en Florencia y me había parecido un hombre muy honrado, capaz de los mejores sentimientos y siempre dispuesto a manifestarlos con favores y beneficios. De todos cuantos le conocían, su mujer era la única que no le amaba. Habiéndole esta encontrado, le hizo instancias para que le entregase a su hija, prometiendo corresponder a tal condescendencia con una mejor conducta; estimulábala a ello el interés, pues ya se creía entonces que esta niña heredaría un considerable caudal. Yo estaba con el señor Jervois en la primera visita que ella le hizo en Livorno, y aunque no se me había hecho buena pintura de su carácter, me sentí inclinado a servirla. Tenía una exterioridad que causaba respeto, y yo me figuré que la más mala mujer no podía ser una mala madre, mayormente cuando el señor Jervois por su bondad hablaba de ella con mucho miramiento; pero no tardó mucho tiempo en darse a conocer. Todos los comerciantes ingleses de Livorno fueron testigos de sus excesos. Con especialidad se abandonó al que deja a una mujer indefensa y la precipita en todos los vicios, haciendo desaparecer una gracia que es no solamente la gloria sino también como la salvaguardia de su sexo. Se me ha dicho que en la actualidad se embriaga menos, y yo me alegraría mucho de que diese algunas esperanzas de reforma. El efecto de este odioso hábito fue el de hacerla insensible a la vergüenza y el de envilecerse ella paladinamente con las más feas y horribles disoluciones.

»Sólo el interés de un amigo y la justicia que debo hacer a su memoria podrían impelerme a contar esta desagradable relación.

Perdona, Emily mía. Pero ¿no he de tomar la defensa de tu padre? Yo no he dicho todo lo que sé de su mujer. Sin embargo, tiene la osadía de escribir *que sus yerros se han exagerado sin compasión con la mira de justificar el maltrato que recibió de un marido que no era irreprensible.* ¡El maltrato de un marido! ¡Qué descarada! ¿Cómo tiene semejante audacia? Bien sabía que yo leería su carta, y sabe que tengo en mi poder confesiones de ingratitud y maldades firmadas de su puño, como asimismo testimonios auténticos de la bondad del señor Jervois.

Charles se levantó, viendo el rostro de su pupila inundado de lágrimas, y le tomó la mano.

—Pero, Emily mía —prosiguió—, tú no tienes más que motivos de alegría al acordarte de tu padre, que era un hombre sumamente honrado por todos títulos. En orden a su mujer, no tuvo más defecto que una excesiva indulgencia. ¿Diré yo que después de haberla visto muchas veces en poder de otros y abandonada y despreciada por amantes tan despreciables como ella no tuvo dificultad en volverla a recibir? Obtuvo de su piedad lo que ya no podía prometerse de su afecto, y aun después de esta humillación no se condujo mejor con un hombre a quien era más fácil perdonar que castigar. No sin dolor recuerdo tan horribles circunstancias; pero la memoria de mi amigo, lo repito, no se ha de ofender con imposturas. ¿Cuántas veces le vi llorar por los excesos de su mujer, mientras que esta se vanagloriaba de ellos? No condeno tus lágrimas, querida Emily, pero quiero enjugarlas.

Entonces tomó el pañuelo de su pupila y le enjugó afectuosamente sus mejillas.

—Bastante he dicho —continuó— para justificar a tu padre: pasemos a otros pasajes de la carta que te afligirán menos.

»Tu madre te pide una visita diciéndote que tiene extremada impaciencia por verte y estrecharte en sus brazos, felicitándote por tus progresos y rogándote de un modo patético que no la desaires. Querida niña mía, tú recibirás su visita, y ella misma puede elegir el lugar con tal que yo me halle presente. Siempre te he dicho que debes hacer distinción entre el crimen y la que se ha infamado con él: el uno merece que lo mires con horror, y la otra es acreedora a tu compasión. Di, amada Emily, ¿quieres ver a tu madre? Yo lo deseo: no se quejen ni aun los malvados de que no usamos de bondad con ellos: hay yerros cuyo castigo pertenece al cielo, bastándonos a nosotros que no precavamos de sus resultas. Tú estás bajo una protección tal que nada tienes que temer. ¿Puede mi Emily olvidar los terrores de la última vista y se siente capaz de postrarse con serenidad en mi presencia a los pies de su madre?

Emily. Yo haré, señor, todo lo que me mandéis.

Charles. Es menester que respondas a su carta, donde la convidarás

respetuosamente a que venga a casa de tu tutor, pues soy de parecer que no vayas a la suya. No obstante, si gustas de ello, consiento en acompañarte.

Emily. Pero, señor, ¿debo yo reconocer a su marido por padre mío?

Charles. Deja eso a mi cuidado, querida mía. Los pequeños obstáculos nos detendrán poco y nosotros depondremos todo orgullo; pero yo quiero estar seguro de ser cierto su casamiento. No es imposible que por una parte el atractivo de una pensión anual y por la otra la esperanza de una especie de protección les hayan hecho considerar que será conveniente para ambos el tener en la apariencia una vida más arreglada, y si tu madre empieza a conducirse bien en lo exterior, esto hay adelantado para lo sucesivo.

Emily. Yo cumpliré fielmente todas vuestras órdenes.

Charles. Tengo, querida mía, un consejo que darte. Si están casados en efecto y se puede esperar de ellos una conducta soportable, les harás, si quieres, un presente cual corresponda y lo permitan tus facultades, dándoles a entender que se hará todos los años, si el señor O'Hara continúa portándose bien con tu madre. Esta se queja de estar pobre y dependiente. ¡Pobre! Ella tiene la culpa. Cuando se casó con tu padre, no llevó 200 libras. ¡Qué ingrata! Creo haberte dicho que tu padre se casó por inclinación. Con 200 guineas que se le dan anualmente, no debe estar pobre, pero dependiente debe estarlo. Tu padre le hubiera señalado mayor pensión, si no hubiese sabido por una larga experiencia que esto era darle más armas contra ella misma. Después de su muerte encontré esta declaración entre sus papeles; y el conocimiento que tengo de sus intenciones me obliga a darte el consejo que repito: si hay alguna esperanza de reforma, yo te proporcionaré, querida mía, los medios para que te hagas honor a ti misma con tu generosidad, quedando a mi cargo el aconsejarte que la moderes, en suposición de tener ambos buena conducta, tanto por interés de ellos como por el tuyo.

Emily. ¡Oh, señor! ¡Cuánto admiro vuestra bondad! Vos me inspiráis ánimo, y al presente deseo ver a mi desgraciada madre prometiéndome que me dará motivos para que contribuya a su felicidad. ¡Quiera el cielo que se haya casado y que sea sumamente acreedora a todo lo que aconsejéis hacer por ella!

Charles. Dudo de que ese señor O'Hara sea el sujeto que dice ser; pero ya puede haber tenido bastante experiencia de mundo para arrepentirse de sus locuras. En orden a tu madre, ¿qué esfuerzos no he hecho ya por servirla? Yo había perdido la esperanza de hacerla entrar en sí misma; mas deseo sepamos que se ha casado verdaderamente. Esta tentativa será la última. Escríbela, querida mía; pero sin embargo, no le digas nada de nuestra intención, y si no está casada, permanecerán las cosas en el mismo pie.

Emily subió prontamente a su cuarto, de donde volvió a poco con el billete siguiente.

«Señora: os suplico creáis que tengo a mi madre todo el respeto que debo tenerle. Mi corazón se ha alegrado de que aseguréis que me amáis. Mi tutor es tan bueno que no ha esperado a que le pida el permiso de escribiros para dármelo, juntamente con el de comunicaros que él mismo me presentará a vos el día que gustéis de elegir para ofrecerme la ocasión de rendiros mis respetos en su quinta de St. James' Square.

»Espero, mi querida mamá, que vos no os enfadaréis conmigo tanto como parece os enfadasteis la última vez que os vi en casa de la señora Lane. Vos veréis en mí todos los sentimientos que una hija debe profesar a su madre, pues soy y seré siempre vuestra muy humilde y respetuosa hija

—*Emily Jervois.*»

Charles, como tan generoso, puso algún reparo en el último particular del billete, creyendo que después de una carta como la de la madre no era necesario recordarle enojos que acaso deseaba olvidar. Yo era de su dictamen, pero las dos hermanas y Emily pidieron con tantas instancias que no se mudase nada, aunque no fuera más que por libertarla de una nueva escena avergonzando a la señora Jervois con recordarle la última, que Charles cedió al parecer de ellas.

Emily se retiró a copiar su billete, y teniendo las dos hermanas que atender a los asuntos domésticos, subí al gabinete del doctor, a quien quito algunas veces un cuarto de hora para adquirir algunos nuevos conocimientos de historia y geografía. Aún no había estado mucho tiempo cuando entró Charles, que quiso salir después de haberme visto; pero el doctor le instó a que se detuviese un momento. Yo, que estaba muy ajena de semejante sorpresa, quedé cortada, y Charles me dijo:

—¿Por qué os habéis de avergonzar de ser sorprendida con el doctor?

Pero yo debo añadir que Charles me pareció también con algún embarazo.

—Vos me detenéis —dijo al doctor—, y consiento en ello. No obstante, si estabais ocupados en algún asunto que interrumpe mi presencia, os incomodaré y voy a retirarme.

—Nosotros habíamos acabado un asunto —respondió el doctor—, y comenzábamos otro: yo iba a hablar de la señorita Jervois.

—¿No os parece —me preguntó Charles— que tiene un excelente natural?

Y yo le aseguré que era muy amable. La conversación duró algunos minutos sobre los pesares que le causa su madre, y esperando yo se

me dijese algo sobre el pensamiento de que me la llevase a Northampton Shire, palpitaba mi corazón de pensar cómo se me propondría y cómo debía yo recibirlo, mayormente cuando no se podía suponer que yo tendría de esto ni aun la menor noticia. ¿Qué habría sido si yo hubiese tenido la debilidad de leer la carta? Pero no se dijo ni una palabra tocante a mi viaje. Yo empiezo a recelar, querida Lucy, si Charles ha mudado de intento dado caso que lo haya tenido. Paréceme que deseo tener a Emily en esa quinta con más ansia de lo que hubiera creído de mí misma. ¡Qué diverso aspecto tienen las cosas, cuando no están en nuestra mano de cuando estamos persuadidos a que dependen de nosotros! Mas yo no veo el menor motivo para esperar que lo que más te lisonjearía llegue nunca a suceder. Paciencia.

Esta aduladorcilla de Emily me dijo que había notado en los ojos y gestos de Charles todas las señales que indican tenerme un vivo afecto; pero yo, lejos de ver que haya fundamento para ello, casi no dudo de que su corazón está empleado. ¡Ojalá sea feliz cualquiera que sea el objeto de su amor! Durante su ausencia, animada como lo estaba por sus hermanas y Milord, pensaba bien favorablemente de mí misma; mas ahora que le tengo a la vista, veo en él tantas brillantes prendas que mi humildad supera a mi ambición.

Mi ambición, he dicho: sí, querida mía. ¿No es propio de esta pasión que tenemos la simpleza de llamar noble, el hacernos ensalzar su objeto mientras que nos humilla a nosotros mismos? Las riquezas me faltan por lo menos. A la verdad, yo oigo decir a Charles que esto no es lo principal para él y que es bastante rico con sus propios bienes. No tiene duda que los deberes se aumentan con las conveniencias, y de consiguiente que puede una persona ser tan buena con un caudal mediano como con un caudal más considerable; ¿y no es la bondad parte esencial de la felicidad? En cualquiera situación, estado o género de vida que se suponga, ¿podemos tener más interés que el de saber limitarnos humildemente a ellos y el de desempeñar sus obligaciones? Mas ¿quién puede desear por su amor propio limitar las facultades de tan generoso hombre? Su felicidad ha de aumentarse en cada ocasión que tenga de ejercer su bondad. No, querida Lucy, no veo que tengamos ningún fundamento para lisonjearnos.

Charles se ha alegrado de recibir ahora un billete de Hargrave en el cual le dice que ha suspendido para la semana próxima el banquete en su quinta de Windsor.

Carta LVI
Harriet Byron a Lucy Selby

No habiéndome permitido el tiempo concluir mi carta, me queda

materia para escribir otra.

Yo dejé a Charles con el doctor, pues aunque querían detenerme más tiempo, consideré que podía causar extrañeza a sus hermanas hallarme con él en el estudio del doctor. Estas y Milord se habían ya juntado y al verme llegar Charlotte me dijo:

—Harriet, hemos resuelto hacer hoy todos los esfuerzos posibles por penetrar el corazón de Charles, y es necesario que te halles presente y sueltes de cuando en cuando algunas palabras. Veremos si el doctor nos engaña con asegurarnos que Charles es el menos reservado de todos los hombres.

El señor Bartlett entró al mismo tiempo y Caroline le dijo:

—Creo, doctor, que seguiremos vuestro consejo y haremos a mi hermano todas cuantas preguntas se nos ocurran acerca de haber empleado o no su corazón en algún país extranjero.

Aún no había acabado cuando se presentó Charles y se sentó junto a mí. A mí me pareció que me miraba con cierta mezcla de respeto y amor.

Charlotte comenzó diestramente por recordar la carta tocante a milord W..., de la cual dijo a su hermano que nos había leído el doctor algunos particulares.

—Yo deseo mucho —añadió— saber a quién ha elegido Charles para mujer de su tío.

Charles respondió que antes de nombrarla quería tener algunos momentos de conversación con ella; que estaba seguro de que sería de la aprobación de sus hermanas, si ella aceptaba las ofertas de Milord; y que tenía ánimo de hacerle una visita al restituirse de la quinta de Grandison. Después propuso a Charlotte la acompañara en este viaje que no podía diferir más, porque debía asistir a la dedicación de su nueva iglesia.

—Hemos de detenernos tan poco tiempo —dijo a Milord y a Caroline— que por lo mismo no os propongo que vengáis también. Estoy en partir el viernes próximo para volver el martes siguiente.

Charlotte. Creo, hermano mío, que te pediré me excuses. Si hubieras de estar ocho o quince días en tu hacienda, te acompañaría de buena gana, y pienso que Milord y Caroline lo harían también.

Charles. Yo tengo precisión de estar en Londres de hoy en ocho días; pero tú podrás estarte en la quinta todo el tiempo que gustes. Me parece que no te faltará diversión, pues encontrarás allí a tu primo que te obsequiará y cortejará; y si yo formo juicio de tus sentimientos por la libertad con que le tratas, acaso ocupa mejor lugar en tu corazón del que tú misma piensas.

Charlotte. Viváis mil años, señor Charles. Pero yo me desquitaré. Puedo preguntarte... aquí estamos entre hermanos y hermanas.

Charles. (Sonriéndose.) Poco a poco, Charlotte. Si por despique me

haces preguntas, no responderé.

Charlotte. ¡Por despique! Nada menos. Pero según la carta que nos ha leído el señor Bartlett, cuando milord W... te propuso que te casaras, le diste unas respuestas que nos han hecho recelar que no tienes inclinación al estado de matrimonio.

Caroline. Tú no gastas muchas ceremonias, Charlotte. *(A la verdad, Lucy, ella me hizo temblar.)*

Charlotte. ¿Para qué hemos de andar con ceremonias entre todos unos?

Charles. Escucha, Charlotte...

Charlotte. Yo quisiera preguntar si piensas casarte algún día.

Charles. Sí, Charlotte, lo pienso; pues yo no me tendré por feliz si no llego a lograr la mano de una mujer amable. *(Mucho recelo, Lucy, haber manifestado agitación. Yo no sabía...)*

Charlotte. Me alegro mucho. Y dime también: ¿no has visto ya en Inglaterra, ya en otra parte, la mujer que quisieras poder llamar tuya? No tengas cuidado, hermano mío: cuando yo sea impertinente, me lo dirás.

Charles. Tú no puedes serlo, Charlotte, y si quieres saber algo de mí, el mejor medio que puedes tomar es el de ir al fin en derechura.

Charlotte. Pues bien: si yo no puedo ser impertinente, si gustas de que yo vaya al fin por el camino más corto, y si tienes inclinación al matrimonio, ¿por qué has rehusado las proposiciones de milord W... en favor de milady Frances N..., de milady Anne S... y de qué sé yo cuántas otras?

Charles. Los parientes de la primera de estas dos damas no fueron generosos con padre, y toda su familia ha ponderado sobremanera el influjo y el título del suyo. Yo no he querido ponerme en la dependencia de un hombre público, y mi felicidad en cuanto sea posible, quiero circunscribirla a mi esfera. Yo tengo pasiones vivas y no me falta ambición, y si hubiera soltado las riendas a esta, por joven que soy, dependería ahora mi tranquilidad de los caprichos de otro. ¿Te satisface, Charlotte, esta respuesta tocante a milady Frances?

Charlotte. Bastante, y tanto más que hay una joven que yo hubiera preferido a milady Frances. *(Yo pensé, querida mía, que no debía hallarme presente a esta conversación. Milord me miró y no debió haberlo hecho. Las dos hermanas no lo hicieron.)*

Charles. ¡Sí! ¿Y quién es?

Charlotte. Milady Anne, como sabes. ¿Puedo yo preguntar, por qué no han surtido efecto las proposiciones respectivas a esta señorita?

Charles. Milady Anne, no lo dudo, es una persona de mérito; pero sus riquezas hubieran sido mi principal motivo si yo la hubiese solicitado, y nunca esta sola mira me ha llevado dos veces a casa de una mujer.

Charlotte. En vista de eso, supongo que estás apasionado de alguna señorita extranjera.

Charles. Yo había creído, Charlotte, que tu curiosidad sólo se extendería a las damas de Inglaterra.

Charlotte. No, hermano, que se extiende a todas las mujeres sin distinción de países, si hay alguna en efecto que haya sido causa de despreciar mi hermano las ofertas que aquí se le han hecho y contra las cuales no sabemos que se pudiese hacer objeción. Pero tú me das a entender que alguna extranjera...

Charles. (Interrumpiéndola.) Espero, Charlotte, que si te llega tu vez, serás tan franca en tus respuestas como lo eres en tus preguntas.

Charlotte. Tu ejemplo será mi regla.

Charles. ¿No he respondido ingenuamente en orden a todas las personas que has nombrado?

Charlotte. No puedo quejarme de eso; pero ¿no has visto en los países extranjeros mujeres que te hayan agradado más que las nombradas? Responde a esta pregunta.

Charles. Las he visto, Charlotte, y no sólo en los países extranjeros sino también en Inglaterra.

Charlotte. No sé qué te diga acerca de eso; pero hazme el favor de decirme si has visto extranjera que te haya hecho más impresión que ninguna dama de Inglaterra.

Charles. No. Pero dime, Charlotte, ¿a qué se dirigen todas esas preguntas?

Charlotte. Únicamente, hermano mío, a darte a conocer que nosotras estamos impacientes por verte felizmente casado, y que sospechamos provenga tu repugnancia a las proposiciones que se te han hecho de haber empleado antes tu corazón: helo aquí todo.

Milord. Dice la pura verdad, querido hermano.

Caroline. ¡Si quisiera ahora Charles satisfacer nuestra curiosidad! *(¿Crees, Lucy, que habré necesitado nunca tanto de toda mi presencia de ánimo? Charles suspiró y estuvo algunos momentos sin responder.)*

Charles. Vosotras sois demasiado buenas, demasiado generosas, cuando deseáis tan ardientemente verme casado. Yo he visto la única persona que creo capaz entre todas las mujeres del mundo de hacerme verdaderamente dichoso. *(Al decir esto se puso encarnado y bajó los ojos. ¿Por qué se había de poner encarnado? ¿Por qué había de bajar los ojos? La mujer dichosa no estaba presente. ¿Lo estaba? ¡Ah!, no, no, no.)*

Charles. ¿Te quedan otras preguntas que hacerme?

Charlotte. Una sola. Esa persona ¿es extranjera?

¡Con qué ansia le miraron todos menos yo aguardando la respuesta! Primero titubeó, y después suplicó a Charlotte que le perdonase si no respondía a una pregunta que le causaba algún embarazo, porque daba motivo a otras declaraciones que él mismo estaba imposibilitado

de hacer, y sin las cuales la respuesta sería inútil. «¿Y por qué?», dije entre mí.

Milord. Nosotros sentiríamos, Charles, causarte el menor pesar. Sin embargo...

Charles. Bien: sin embargo... Continúa, Milord.

Milord. Mientras que yo estaba en Florencia, se habló mucho...

Charles. ¿De una señorita de esa ciudad que se llama Olivia? Es cierto, como también lo es que ella tiene muchas prendas estimables; pero yo nunca quise recibir de ella favor ninguno, aunque me hizo demasiado honor. Yo no la nombraría tan fácilmente, si ella misma hubiera puesto más cuidado en ocultar la distinción con que me honraba; mas oso asegurar, Milord, que tú harás justicia a su reputación, y que no has oído nunca vituperar en su conducta más que una excesiva preocupación por un extranjero.

Milord. Tus prendas, Charles, honraban su inclinación.

Charles. Parcialidad de hermano, Milord. Pero independiente de esta dama, confieso que ha turbado mucho mi reposo un tierno defecto de mi naturaleza y constitución, sin el cual no obstante no quisiera estar.

Emily, enternecida por el tono con que profirió estas últimas palabras, no pudo contener sus lágrimas, y habiendo llamado nuestra atención un suspiro que procuró sofocar, se levantó Charles, tomó su mano y preguntó por qué lloraba Emily.

—Porque vos —le respondió—, que merecéis tanto ser feliz, no parece que lo sois.

Los ejemplos de ternura son contagiosos, Lucy, pues me costó mucho trabajo no llorar también.

Charles consoló a su Emily con mucha afabilidad, y le dijo:

—Mi desgracia sólo proviene de la de otros, sin cuyo obstáculo yo sería feliz en mí mismo, porque tolero con resignación los males que no puedo evitar, y hago en cuanto es posible una virtud de la necesidad. Pero, Charlotte, ya ves cuánto nos has entristecido a todos: es tiempo de dejar un asunto demasiado serio.

¡Es tiempo de dejarlo! La última pregunta le causa algún embarazo, porque da motivo a otras declaraciones que él mismo está imposibilitado de hacer.

Mas sea lo que fuere, yo te pregunto, amada prima, antes de continuar mi asunto, qué piensas puede deducirse de todo lo que has leído hasta aquí. Si Charles mismo padece los tormentos de la incertidumbre, es más digno de compasión que de vituperio. Pero ¿no te parece que hubiera debido decirnos si la dama era extranjera o no? ¿Cómo podía saber qué pregunta se le haría después?

Concluida la conversación, pregunté a Charlotte si había notado algo en sus ojos, cuando habló de esta mujer que prefería a todas las

demás, pues yo estaba sentada junto a él, y Charlotte enfrente de nosotros; y me respondió que no sabía qué juicio hacer, pero que fuese extranjera o inglesa, su hermano tenía una mujer en el corazón, y ella notaba en él todos los síntomas del amor.

Yo soy del parecer de Charlotte. ¡Tan tiernos sentimientos, tan bello modo en su porte y tanta dulzura en su voz! Al amor debe todo esto y no dudes de que la dama es extranjera. Sería muy extraño que en el espacio de siete u ocho años no hubiese empleado su corazón un hombre como él, particularmente en la edad en que verdaderamente reinan las pasiones. Pero ¿qué quiere decir cuando se queja de que turbado su reposo un tierno defecto de su constitución? Sin duda, habla de su compasión de algún infeliz objeto. Dentro de pocos días volveré a Londres, donde dispondré inmediatamente mi viaje para ir a recibir los dulces abrazos de mis amados parientes de Northampton Shire; pues de no hacerlo así acaso aumentaría el número de los sujetos que han inquietado su reposo.

Pero ¿no es muy extraño que no haya podido decir si la dama es extranjera o no? Señor doctor Bartlett, vos os engañáis que Charles no es tan poco reservado como pensáis. Y tú, Emily, querida aduladorcilla, ¿cómo me has dicho que has observado sus ojos y que los has visto siempre inclinados tiernamente a mí? Sí, quizá se ocupaba entonces en hacer entre las facciones de su extranjera y las mías comparaciones que no me eran favorables.

Mas ¡esta Olivia, amada Lucy! Es menester informarme algo más. Nunca quiso, dice, recibir de ella ningún favor. ¡Infeliz mujer! Paréceme que me siento inclinada a tenerle lástima.

Pero continuemos, continuemos nuestro asunto. Yo quisiera encontrar en él algún defecto; pues es cosa dura verse como precisada a enfadarse con un hombre en quien no se advierte nada que vituperar. Sin embargo, vas a verle de mal humor. ¿No estás impaciente, Lucy, por saber cómo se conduce Charles cuando está de mal humor?

—Ahora, Charlotte —prosiguió, como si hubiese respondido enteramente a las preguntas de su hermana. ¡Estos hombres, Lucy!... —, permite que yo también te pregunte: ¿cuáles son tus miras en orden a Milord G..., de quien tuve ayer una visita? Pero acaso querrás más bien que tratemos a solas de este particular: pasemos al gabinete.

Charlotte. Siento, Charles, no haberte propuesto también pasar al gabinete, pues acaso me hubieras informado mejor de lo que lo has hecho.

Charles. Yo estoy pronto a salir contigo si quieres, y oiré con gusto cualquiera otra pregunta que me hagas.

Charlotte. Por lo que a mí hace, ninguna puede hacérseme a que no esté dispuesta a responder delante de esta amable compañía.

Charles. Ya sabes, Charlotte, lo que te he preguntado.

Charlotte. ¿Y qué me aconsejarías tú en este negocio?

Charles. Yo no tengo más que un consejo que darte, y es que rehúses o aceptes la mano de Milord G…, si conoces bien tu propia inclinación.

Charlotte. Creo, hermano mío, que deseas deshacerte de mí.

Charles. ¿Conque quieres aceptar la mano de Milord G…?

Charlotte. ¿Es justa esa consecuencia, Charles?

Charles. De otra manera no supondrías que yo pienso en separarte de mí. Pero ven, Charlotte, pasemos al gabinete. Considero que cuesta repugnancia a una mujer responder directamente a semejantes preguntas delante de gestes aun sin exceptuar a sus más queridos parientes.

Charlotte. Yo puedo responder aquí a toda pregunta tocante a Milord G…

Charles. ¿No tienes pues ánimo de rehusar su mano?

Charlotte. No advierto que esa consecuencia sea más justa que la otra.

Charles. Es justa, por lo menos si yo entiendo algo del lenguaje de las mujeres.

Charlotte. Yo había creído a mi hermano demasiado político para decir expresiones injuriosas a mi sexo.

Charles. Pues qué, ¿es injuria decir que yo entiendo algo del lenguaje de las mujeres?

Charlotte. Lo es en el sentido que tú lo has dicho.

Charles. Pues bien, usa de un lenguaje que no admita interpretaciones.

Charlotte. Temo, querido hermano, que te haya disgustado el mío, y así yo te responderé más directamente.

Charles. Eso es lo que yo quiero, Charlotte, pues he prometido a Milord G… darle una respuesta.

Charlotte. ¿La quiere concisa? ¿Es *sí* o *no* lo que pide?

Charles. Ten alguna confianza en mí, hermana, que a pesar de todas tus delicadezas puedes tenerla.

Charlotte. ¿Rehúsas darme un consejo?

Charles. Yo te doy uno, que es el de seguir tu inclinación; y si Milord G… te desagrada, despídele.

Charlotte. A la verdad, hermano mío, tú estás enfadado conmigo.

Charles. *(Dirigiéndose a mí.)* Estoy seguro, señorita Harriet, de que sobre semejantes puntos encontraré en vos una hermana muy diferente, cuando tenga el placer de leer vuestras cartas. El señor Reeves me dijo un día que después de haber consultado vuestro corazón no teníais jamás en duda a nadie.

Charlotte. ¿Y qué sé yo, si he consultado el mío?

Charles. Pues entonces no hay que hablar palabra del asunto; pero te pido que cuando lo hayas consultado, me comuniques tus intenciones para poderte servir.

Charlotte. Yo estoy con los mejores parientes del mundo. Milord, ¿cuál es tu dictamen? Charles no parece que quiere darme el suyo.

Charles. Me excuso únicamente, por que sigas tu inclinación.

Milord. Yo tengo formado muy buen juicio de milord G… ¿Cuál es el tuyo, Caroline?

Caroline. El mismo. ¿Y el tuyo, Harriet?

Harriet. Me parece que Charlotte no debe consultar a nadie más que a ella misma en esta ocasión. Si su corazón no tiene nada que objetar contra milord G…, pienso que no debe temer las objeciones de nadie.

Charlotte. Explícate, Harriet, explícate.

Charles. La señorita Harriet se explica con la agudeza y prudencia que nunca le faltan. Si yo soy bastante feliz para interpretar su parecer dando el mío, helos aquí ambos. Milord G… es de una excelente índole y de un genio muy afable, y podrá hacer dichosa a una mujer que tenga alguna prudencia, aun cuando vaya acompañada de algo de capricho. Charlotte es de una viveza extraordinaria y es casi tan amante de las chanzas como de sus parientes.

Charlotte. ¡Qué dices, Charles!

Charles. Y milord G… no se opondría a ella en este particular. Entre marido y mujer no debe haber envidia por razón del mérito. Yo he conocido a un poeta que comenzó a aborrecer a su mujer por haber oído decir que componía mejor versos que él; pero reconozca Charlotte las buenas prendas de su marido, y yo le aseguro que él reconocerá las de ella y serán felices.

Charlotte. En vista de eso, considero que si llegara a ser mujer de milord G… no debería contradecirle en nada tocante a los insectos y a las mariposas [16].

Charles. Milord perderá la afición a esas bagatelas cuando tenga una más preciosa y linda para entretenerse. Perdona Charlotte, pero en todo lo que me has dicho hasta ahora, ¿no te has manifestado algo necia?

Charlotte. Los epítetos de *preciosa* y de *linda* hacen disimular las más duras expresiones.

Charles. Pero ¿te agrada más que milord G… el caballero Watkyns?

Charlotte. Me parece que no: yo no tengo formado tan buen juicio de su genio.

Charles. Me alegro mucho, Charlotte, de que hagas esa distinción.

Charlotte. Verosímilmente la crees necesaria para una mujer que piensa en casarse.

Charles. Me ha escrito una carta a la que no puedo dejar de contestar, instándome a que le sirva de empeño contigo, y es necesario

me digas *(dándole la carta)* qué he de responderle.

Charlotte. (Después de haberla recorrido.) ¡Jesús! ¡Pobre hombre! ¡Qué enamorado está! Pero a mí me costaría mucho trabajo enseñarle la ortografía. Sin embargo, se lisonjea de tener en la uña el italiano y el francés. *(Al decir esto empezó a romper la carta.)*

Charles. No, Charlotte: vuélveme esa carta: una mujer nunca tiene derecho para ridiculizar a un amante que la desagrada. Si le mira con indiferencia por tener formado un alto concepto de sí misma, debe compadecerse de él, y cualquiera que sea su modo de pensar, la que hace una herida debe curarla. El señor Watkyns puede pretender mil mujeres que por sus riquezas y la figura que hace en el mundo, le perdonarán su ortografía.

Charlotte. No disgusta verse acompañada algunas veces en público de uno o dos amantes, y acaso no he visto yo bastante los dos míos para poderme resolver en favor del uno o del otro. ¿No se me ha de permitir, puesto que ninguno de ellos tiene un mérito singular, que procure verles con diferentes aspectos para poder formar juicio de cuál es más soportable, y para dar tiempo a que se presente otro sujeto que me desagrade menos? *(Charlotte dijo esto en el tono más festivo, a pesar de ser el asunto tan serio y de pretender su hermano con mucha seriedad conocer su inclinación.)*

Charles se volvió a milord L..., y le dijo se admiraba de que su primo Everard permaneciese tanto tiempo en la quinta de Grandison. Charlotte conoció muy bien que se dirigía a ella esta pulla, y le dio excusas; pero Charles prosiguió sin atender a ellas.

—El ingenio, Milord, es un arma peligrosa, y quien no puede brillar sino a costa de otros no puede vanagloriarse del suyo. La señorita que está enfrente de mí y yo hemos padecido una equivocación extraña: yo la he tenido por mi hermana Charlotte, y ella me ha tenido por nuestro primo Everard.

Todos conocieron la severidad de estas expresiones, y a mí me hicieron tanta impresión como si se me hubiesen dirigido a mí misma. ¡Un lenguaje tan duro en boca de Charles y proferido con tanta gravedad! Por el mundo entero no hubiera querido ser Charlotte en aquel momento. Esta no sabía dónde poner la vista. Caroline pareció sumamente afligida por su hermana (¡amable mujer!) y ambas derramaban algunas lágrimas. Al fin, Charlotte se levantó y dijo a su hermano:

—Quiero, Charles, apartar de tu vista la causa del error, y espero que cuando pueda rectificar mi engaño y traerte a tu hermana, la recibirás con tu acostumbrada indulgencia.

Charles. (Asiéndola prontamente de la mano.) ¡Charlotte mía! ¡Querida hermana! No tengas ningún resentimiento de mí. Tu ingenio me agrada mucho; pero pidiéndote yo que pusieses la atención en un

asunto serio, en un asunto respectivo a la felicidad de tu vida y por consiguiente de la mía, no he podido tolerar con paciencia se te escaparan chanzas que sólo corresponden a una mujer sin principios, ni menos dejar de desear que hubiesen salido de otra boca y no de la tuya. Distingamos, mi querida Charlotte, de tiempos y ocasiones.

Charlotte. Basta, Charles, basta: yo reconozco mi necedad: permite que me retire.

Charles. ¿Retirarte? Yo, Charlotte, voy a dejarte en libertad un momento a fin de que recibas los consuelos que están dispuestos a darte tus amigos. Emily, tengo dos palabras que decirte.

Emily fue volando y salieron juntos.

—Mirad —dijo Charlotte—, se lleva a esa niña consigo para hacerle tomar una lección de mi extravagancia.

El doctor Bartlett se retiró sin decir palabra. Caroline manifestó el pesar que había tenido por su hermana; pero no dejó de decirle que se había excedido. Milord la reprendió también, haciéndole presente que su hermano había tenido mucha paciencia, que el asunto era de los más serios y que hablaba de él con mucha formalidad.

—¡Oh, señorita Harriet! —dijo volviéndose a mí— ¡Qué placer no tendrá en leer vuestras cartas, cuando vea vuestra conducta con esa multitud de amantes a quienes tenéis por conveniente no dar oídos.

—Sí, sí, Harriet —me dijo Charlotte—, tú lucirás a costa de la pobre Charlotte; mas pues que yo he perdido la gracia de mi hermano, ¡ojalá ocupes mi lugar! Lo que yo me atrevo a prometer es que no le daré nunca motivo para echarme en cara que le tengo por mi primo Everard. Pero ¿ha sido muy grande mi necedad? Habla con franqueza, Harriet. ¿He sido muy necia?

Yo le respondí que con bastante sentimiento mío se había extraviado desde la primera palabra hasta la última, y que oyéndola hablar de amantes que quería la acompañasen, y de nuevas conquistas que se proponía hacer, la hubiera reprendido de buena gana, si no me hubiese contenido la presencia de su hermano.

—Perdóname —le dije al oído—, mas tus expresiones eran de una *coqueta* consumada, y el aire correspondía perfectamente a ellas. A la verdad, querida Charlotte, nunca te has excedido tanto.

—Todos pues están contra mí —exclamó Charlotte—: precisamente me excedería mucho.

—El tiempo y la ocasión, hermana mía —le dijo Milord—, no eran nada oportunos. Si el asunto hubiera sido de menos importancia, Charles se habría burlado de tus vivezas, como siempre lo ha hecho.

—Es decir —replicó Charlotte—, que todo lo que le desagrada, o que no le asemeja, es vituperable. ¡Dichoso él por la reputación que se ha granjeado!

Caroline advirtió que en medio de su descontento no había

olvidado que era hermano, porque diciendo que se trataba de la felicidad de Charlotte, había añadido, *y por consiguiente de la mía.*

—Yo debo hacer otra advertencia en honor de Charles —prosiguió Milord— y espero, hermana mía, que no te ofenderás. Charles no ha dicho ni una palabra del apuro de que te ha sacado, aunque siendo tan reciente es de creer que lo tenga bien en la memoria, y esto es una prueba manifiesta de que en vez de ofenderte no tiene más mira que la de servirte.

—Paréceme, Milord —respondió poniéndose encarnada—, que hubieras podido omitir esa especie; pues no veo qué razón obligue al uno de mis dos hermanos a recordar lo que el otro tiene la bondad de sepultar en el olvido. En una palabra, Milord, no tengo que darte gracias por tu advertencia.

Esta respuesta desazonó a su excelente esposa, y suplicó a su hermana que no vituperarse a su marido.

—No te tendré lástima —le dijo— si lo haces. ¿No deben franquearse con toda libertad nuestros corazones?

—¡Bueno! —exclamó Charlotte—: ya tengo a la mujer y al marido contra mí. ¡Pluguiese al cielo que yo estuviera casada para tener a alguien de mi parte! Pero di, Harriet, ¿soy yo culpada también ahora?

—Yo me presumo, querida Charlotte —le respondí—, que lo que has dicho a Milord ha sido una mera chanza, y en esta suposición tú no has tenido más culpa que la de haberlo dicho con demasiada seriedad.

—Muy bien, muy bien —me interrumpió—: préstame tu auxilio al menos para sacarme de este nuevo embarazo: hoy estoy desgraciada. Es sensible para mí no haber dicho mis chanzas en tono de chanza. Sin embargo, Caroline ¿no ha incurrido en el mismo yerro? ¿No me ha corregido en un tono demasiado serio?

—Yo me condeno de buena gana a mí misma —respondió Caroline —; pero, querida hermana, tú no debes privarte con tus agudezas de los consejos tiernos y sinceros de quien tiene uno de los mejores corazones del mundo.

Milord, a quien ella miró con agrado, le bajó la cabeza con igual afabilidad. ¡Dichoso enlace!

—Por vida mía —replicó Charlotte—, que yo me lisonjeé de que todos os compadecíais de mi situación, mientras que Charles descargaba su mano sobre mí, y lo que dijo al retirarse da a entender que él mismo lo pensaba así; pero vuestros ojos me han desengañado enteramente.

Milord. Te aseguro que tuve una verdadera compasión de ti; mas ¿por qué había de compadecerme de mi hermana, si no hubiese creído que había errado?

Charlotte. Viváis mil años, Milord: vuestra distinción es delicada.

Caroline. ¿Y no es justa, Charlotte?

Charlotte. Sin duda, Caroline, y ya veo que la causa de tu compasión era la misma. Os suplico pues a ambos que *no me privéis* de vuestra compasión. También tú, Harriet, te compadecerás de mí, y por el mismo motivo.

Harriet. (Por que se disimulase esta respuesta.) Me agrada ese tono, querida Charlotte: te sienta grandemente: eso es lo que se llama verdaderamente ser graciosa.

Entonces Caroline dijo riéndose que esto era una bella prueba del arrepentimiento de Charlotte; pero aunque mostraba estar de buen humor, no fue bien recibida su expresión y Charlotte se salió al punto. Nosotros la oímos tocar su clave y nos levantamos para ir a oírla. Emily, que volvía, entró con nosotros, y Charlotte se fue hacia ella y le preguntó si se le habían propuesto todos sus yerros para que le sirviesen de lección.

—A la verdad, señorita —respondió esta amable niña—, mi tutor no me ha dicho más que una palabra respectiva a vos y hela aquí: «yo amo a mi hermana, pues tiene admirables prendas. ¿Quién no tiene algunos defectos? Tú acabas de ver, Emily, que queriendo reprenderla un poco le he hablado con demasiada dureza.»

—¡El cielo bendiga para siempre a mi hermano! —exclamó Charlotte con una especie de enajenamiento—: su bondad me hace ahora odiosa a mí misma.

En esto entró Charles con un semblante tan sereno como si nada hubiese sucedido. Charlotte empezó a excusarse, pero él le dijo tiernamente:

—Olvidemos, querida Charlotte, nuestros recíprocos yerros —Y habiendo venido un criado a avisarnos que ya estaba puesta la mesa, le dio la mano y la llevó hasta su silla.

¡Qué superioridad! ¿No se ha de ver nada reprensible en este hombre extraordinario? ¿Nada contra la bondad, contra la justicia o el decoro? Si yo le viera hacer por lo menos algún esfuerzo para violentarse, para contener sus pasiones, supondría en él intervalos de debilidad. Si es hombre, si ha nacido con los defectos de su especie ¿no puede tomar un aire de amo y modales imperiosos donde se le tiene un respeto que llega a temor, y donde no necesita más que de mover la cabeza para ser obedecido? ¿No puede ser altivo con los criados para mostrar el disgusto que otras personas le hayan causado? No. Le es natural ser bueno como ser justo, y todos sus pensamientos y sentimientos se refieren a hacer bien, no habiéndosele ocurrido nunca ofender ni dañar.

Después de la comida, me puso Charlotte en la mano el paquete de cartas que yo había consentido en dejar leer a Charles, quien habiéndolo recibido de mí lo besó con un aire de galantería que me

pareció correspondía en la ocasión. «¡Oh, vanidad de mi sobrina!», me parece que oigo decir a tío. No sé si me engañaré, Lucy; pero creo advertir que Charles recibe un extremado gozo al oírme celebrar, y Milord y las dos hermanas no pierden ninguna ocasión de hablar de tu Harriet con elogio; mas ¿no podía haber respondido a Charlotte, cuando le preguntó si su favorita era extranjera o no?

Charles nos dejó inmediatamente que cenamos, y viéndome Charlotte algo pensativa, me dijo que apostaría la cabeza a que yo creía que su hermano se había retirado a leer mis cartas.

—Tú no te engañas —añadió—, porque me lo dio a entender al retirarse; mas no tengas miedo, Harriet, que no corres ningún riesgo.

Caroline asegura que en toda especie de asuntos las ideas de su hermano y las mías son enteramente semejantes. Sin embargo, Lucy, cuando tiene una persona su propia causa a la vista del juez, no puede dejar de agitarse el corazón. Mas por otra parte ¿qué motivo tengo para temer? Si ha entregado su corazón a una extranjera, ¿qué me importa que forme buen o mal concepto de mis cartas? No obstante, me importa; pues todos somos sensibles a la estimación de aquellos a quienes no podemos rehusar la nuestra.

NOTA: *Muchas cartas de una extensión monstruosa, como el mismo autor las llama, ofrecen aquí ingeniosas conversaciones en que se sostiene el carácter de los actores con mucha gracia y viveza. Charles, enamorado de las cartas de Harriet, le hace tan lisonjeros elogios de ellas que causan suma extrañeza a esta señorita, en cuyo concepto no había en sus cartas sino una mera relación de lo que le había sucedido en Londres durante algunas semanas y del atentado de Hargrave Pollexfen, cuyas principales circunstancias sabía ya Charles; pues desde luego se creerá que entre estas cartas no había comunicado Harriet las que contenían la declaración de su pasión. Charles insta otra vez a Charlotte a que le abra su pecho, y esta continúa excusándose con mil rodeos que dan motivo a nuevas reprensiones ya en tono de chanza, ya en tono serio. En fin, ambos hermanos se convienen en que Charlotte descubrirá francamente su corazón a Harriet, a la cual pide Charles que le comunique entonces los sentimientos de su hermana en una conversación a solas. Otros acontecimientos le dan motivo para contar el servicio que había hecho al señor Danby que fue una aventura bastante extraña, en que estando amenazada su vida y la de su amigo por unos ladrones nocturnos se valió felizmente de su prudencia y valor. En la última de estas conversaciones se advierte que Charles está agitado y confiesa que ha recibido cartas que le causan inquietud, por lo cual se retira de contado con el doctor Bartlett. Harriet concluye todas sus cartas con una posdata del viernes por la mañana. Charlotte le comunica todos sus secretos y ella espera tener el mismo día la conversación que Charles le había pedido. Esto la agita mucho, pero no la inquietan menos las noticias que causan la agitación de*

Charles. «¡Cartas extranjeras!», *dice a su prima,* «*¿Por qué no puedo desterrar de mi memoria esta palabra,* extranjera? *Jamás he tenido el corazón tan estrecho como en estos últimos meses; pero ya te he dicho esto veinte veces. Adiós. Esta carta enorme no será acaso la única que te envíe hoy. Me hace temblar el asunto que se ofrecerá para otra.*»

Carta LVII
Harriet Byron a Lucy Selby

Viernes 24 de marzo.

La conversación, amada prima, la conversación que yo esperaba temblando se acaba ahora mismo. ¿Y cuál es el resultado? Tú formarás juicio de él por todas las circunstancias que vas a leer. Charlotte y sus amantes no han sido nuestro único asunto. Cuenta, Lucy, con que te volveré a ver bien pronto; mas a pesar de todo lo que ha pasado, no dejaré de ser exacta sobre todas las particularidades. ¿Y qué ha pasado? Lee, querida mía.

Charles nos hizo compañía en el desayuno. Había entrado muy serio, pero bien pronto a la seriedad sustituyeron el agrado y la afabilidad ordinaria de su semblante. Milord le manifestó la inquietud que teníamos desde ayer noche por los nuevos motivos de pesar que había encontrado en sus cartas; Emily, sin abrir los labios, hizo leer el suyo en sus ojos; Charlotte tomó un aspecto serio; Caroline tenía pintada la impaciencia en su bello rostro, y el doctor Bartlett estaba sentado con ánimo al parecer de no hablar. Por mí, yo supongo que se hubieran advertido en mis facciones el temor y la esperanza; pues tenía del uno y de la otra, y no sabía si debía desear la conversación apalabrada, por lo cual sentía mis mejillas encendidas.

Charles respondió:

—En esta compañía agradable no ha de haber, Milord, más que contento y alegría.

Después me saludó y me preguntó cómo había pasado la noche con motivo de un leve constipado que había enronquecido algo mi voz. También preguntó a Emily por qué estaba triste, a Milord y a su esposa cuándo pensaban volver a Londres, y a Charlotte, qué la hacía estar tan pensativa.

—¿No veis, señorita Harriet —me dijo sonriéndose—, que aún no ha resuelto Charlotte qué humor ha de tener en el cuarto de hora siguiente?

Yo le respondí que Charlotte me parecía resuelta a tener un humor como el que tuviera él mismo.

—Pues yo me guardaré bien —replicó— de tenerlo serio, porque quiero que aquí reine la alegría en todos —y dirigiéndose otra vez a

mí me dijo—: ¿puedo prometerme, señorita, que me permitiréis os lleve a la librería?

—Seguramente, señor... seguramente no tendré reparo en seguiros.

Tal fue la respuesta de la inocente, que no pudo darla sin titubear. Charles me alargó la mano y fuimos a la librería. ¡Qué esfuerzos no hice en el camino para recobrar toda mi presencia de ánimo! ¡Y qué mezcla de ternura y respeto no creí notar en sus miradas y en sus modales!

Me pidió que me sentase y después se sentó enfrente de mí. Yo creo que comencé por bajar los ojos. Mi continente descubría mi corazón, pero él tenía en sus miradas tan respetuosa modestia que yo podía ver sin ninguna cortedad que pusiese en mí la vista, mayormente cuando yo creía advertir en ella cierto aire de languidez; y cada vez que alzaba los ojos para echarle una mirada, le veía infaliblemente apartar los suyos, por lo cual llegué a estar con más libertad de la que hubiera tenido sin este motivo. ¡Qué atrevida mujer es la que prefiere a un hombre atrevido! Y si le falta la osadía ¿cuál será su turbación al ver que la clava con la vista quien manifiesta en sus miradas una gran confianza? ¡Cuánto se aumentará su timidez y cuánta ventaja dará sobre ella el descaro de otro!

Charles principió nuestro asunto en estos términos.

—Yo no me excuso con vos, señorita, por la libertad que me he tomado de pediros esta conversación, porque conozco la franqueza de vuestro corazón, y acaso tendré el honor de hablaros de más de un asunto —¡Cuánto al oír yo esto palpitó mi corazón, querida Lucy!—. Mas permitid que comience por el respectivo a mi hermana Charlotte. Creo poder inferir de algunas de sus expresiones y del testimonio de Caroline que es de su agrado milord G..., aunque sin embargo es fácil conocer que no tiene formado grande concepto de él. Mi temor consiste en que más bien se mueva a recibir su mano por saber mi inclinación que por seguir la suya. Más de una vez le he dicho que su gusto será el mío, pero su viveza es tal que casi no permite penetrar sus verdaderos sentimientos. No obstante, supongo que da la preferencia a milord G... sobre el caballero Watkyns.

Aquí se detuvo.

—Yo lo creo, señor Grandison; mas ¿por qué digo, *yo lo creo,* cuando Charlotte me ha permitido confesaros que prefiere enteramente a milord G...?

—¿Estáis bien persuadida, señorita, a que le prefiere en efecto no sólo al señor Watkyns, sino también a cualquiera otro hombre? En otros términos: ¿creéis que no hay ningún hombre que pueda preferir a milord G...? Yo me intereso con extremo en la felicidad de Charlotte, y tanto más que me inquieta su viveza y temo esta prenda en una mujer, por agradable y atractiva que sea en el estado de célibe.

—Me atrevo a decir que si Charlotte no prefiriera milord G… a cualquiera otro hombre, no consentiría en recibir su mano.

—Yo no presumo, señorita, que una joven del carácter de Charlotte que no encontró tanto mérito como suponía en el primer objeto de su amor, tenga una pasión muy grande a un hombre que no tiene prendas extraordinarias, y puede al presente tomar por un entretenimiento su afecto. Milord G… es un hombre de mérito sin ser un hombre muy sobresaliente. Las mujeres tienen ojos y los ojos quieren quedar satisfechos, proviniendo de aquí que muchas veces se atiende más bien el exterior que el interior. Todas las buenas cualidades no se encuentran reunidas en un mismo hombre, y si Charlotte no mirara más que su felicidad, acaso no haría ninguna objeción contra milord G…, pero si Milord siguiera la misma regla, no sé si debería querer a Charlotte por esposa. Ya sabéis mi modo de pensar acerca de los dos sujetos de que hablamos. Prescindo del señor Watkyns, pues que no tiene parte en nuestras deliberaciones. A Milord G… no falta talento, y es un hombre de honor y aun virtuoso cuya prenda merece tenerse en gran consideración en un joven de su clase. Además, su genio es muy amable y creo que es un hombre capaz de tener bastante paciencia; pero ¿adónde se ha de encontrar un marido que pueda aguantar en su mujer un aire de desprecio o lo que se le asemeje? Mucho más temería por ella los resentimientos inveterados de un hombre dulce que la ira repentina de un hombre colérico.

—Charlotte me autoriza, señor Grandison, para aseguraros que si aprobáis la solicitud de milord G…, y tenéis la bondad de tomar vos mismo a vuestro cargo este negocio, se gobernará únicamente por vuestros consejos. Charlotte ha visto algún tiempo a milord G… y sabe cuán amable es su genio, y yo oso afirmar que ella es capaz de desempeñar con tanta prudencia como honor todos los deberes de una casada, especialmente el que tiene el primer lugar entre ellos.

—¿Me permitís, señorita, preguntaros cuál es su mira en las preguntas que me hace algunas veces acerca de Beauchamp? Creo que ella no le ha visto nunca; pero ¿supone que por los elogios que me oye hacer de él, podrá preferirle a milord G…?

—Presumo, señor Grandison, que lo que ha dicho tocante al señor Beauchamp, sólo ha sido efecto de su viveza. Si Charlotte tuviera verdaderamente algunas miras acerca de este caballero, estoy persuadida a que hubiera hablado de él con más circunspección.

—Así lo creo. Yo amo a mi hermana y amo a Beauchamp; pero también conozco la delicadeza de este amigo. Si Charlotte tuviera las miras que yo sospechaba, no podría tolerar que él creyese tener un motivo para no estimar a mi hermana en su desgracia de haber tenido una correspondencia secreta con un hombre absolutamente indigno de ella.

Yo estaba algo abatida y tuve precisión de sacar mi pañuelo.

—¡Oh, querida Charlotte! —dije de modo que se me pudo oír—. Yo temía mucho que hubiese perdido al menos en parte un bien que no puede estimar demasiado el buen concepto de su hermano.

—Perdonad, señorita: yo os causo una pena muy generosa que me hace apreciar infinito vuestra bondad; pero creo poder revelaros todos los secretos de mi corazón. Vuestra noble franqueza excita la mía, y aun me la inspiraría mayor si tuviera menos de la que tengo. Mi hermana, como me habéis oído decírselo a ella misma, no ha perdido nada de mi cariño. Yo la amo con todos sus defectos, pero no debo cegarme. ¿No tiene la justicia igual derecho a lo que es digno de vituperio y a lo que es digno de elogio? Yo tengo también mis defectos; ¿y qué se diría de un hombre que los tuviera por virtudes? ¿A qué riesgo no estaría yo expuesto, si el justo concepto que he formado de mí mismo cediera a las imposturas de la adulación?

—Ese modo de pensar es digno del señor Charles Grandison.

—Es digno de todo el mundo, estimada señorita.

—Pero, señor Grandison, sería cosa muy dura que una mera indiscreción expusiese las mujeres a la censura, mayormente cuando en nada han faltado a la virtud y cuando han vuelto a entrar prontamente en sí mismas.

—Convengo en eso; pero es también por afecto a Charlotte por lo que me sería difícil contribuir al enlace con un hombre tan delicado como Beauchamp, aun cuando ambos se tuvieran una misma inclinación.

—Espero, señor Grandison, que Charlotte no será nunca despreciada de nadie por lo que ha turbado tanto su reposo.

Yo titubeé, querida Lucy, y bajé los ojos.

—Ya entiendo, señorita. Aunque yo amo a Beauchamp más que a todos los demás hombres, no quiero hacer menos justicia a milord G... que a él. Yo estaba tan creído en la indiferencia de Charlotte para con este caballerito y en la diversidad de sus caracteres, aunque muy estimables ambos, que hice todos mis esfuerzos para curarle su pasión; y habiéndole visto obstinado en ella, le conté la aventura del capitán Anderson y la dicha que tuve de finalizarla. En vista de esto, se lisonjea de que la dificultad que ha encontrado hasta el presente para hacer que mi hermana admitiese sus obsequios, ha provenido de la fatal situación en que se había puesto, y que habiendo variado la encontrará más dispuesta a recibirlos. Añade que si logra sus deseos, no duda de que ella tenga por un mérito suyo su constancia. Y ahora pues, señorita, es cuando yo os pido vuestro parecer. ¿Creéis que el amor y la indulgencia podrán conquistar el corazón de Charlotte? ¿Tendréis la bondad de decirle que casándose con un hombre cuyos talentos tiene por inferiores a los suyos, debe poner más cuidado en

reprimir su viveza que si la diferencia del mérito fuera en favor de su marido? Permitidme añadir que si la creyera capaz de pagar su ternura con desprecios, de tomar con un hombre que la ama, libertades que puedan envilecerle y que la envilecerían a ella misma a los ojos del público, olvidaría que tengo más de una hermana, porque cuando se trata de justicia, desaparecen los derechos de la sangre y de la amistad.

¿No prueba, Lucy, este ejemplo que grandeza y bondad son palabras sinónimas?

—Estoy persuadida, señor Grandison —repliqué yo—, a que si milord G… es de tan buen genio como lo parece, y no siente tenga su mujer una viveza a la que él mismo no puede aspirar, le hará Charlotte perfectamente feliz. ¿No tiene prendas admirables? ¿No es generosa, tierna y compasiva? Vos sabéis que la adornan todas estas virtudes. ¿Y se ha de suponer que su agradable viveza le haga traspasar los límites de la prudencia y de la discreción de manera que olvide las obligaciones que piensa imponerse?

—En esa atención puedo, señorita, alegrar el corazón de milord G…, comunicándole que puede ver a mi hermana cuando vuelva a Londres, o previendo su impaciencia, en Colnebrook, si se retarda la partida.

—Me atrevo a decir que podéis hacerlo.

—En orden a las capitulaciones, yo me encargo de este cuidado; pero tened la bondad de repetir a Charlotte que por mi parte tiene una plena libertad. Si en las ocasiones que tuviere de conocer mejor que hasta ahora el carácter y la conducta de milord G… no se siente capaz de profesarle la estimación que una mujer prudente debe profesar a su marido, no le vituperaré que renuncie a él con tal que no le tenga en duda, cuando esté cierta de los deseos de su corazón, siguiendo el ejemplo del modelo de su sexo.

Yo no podía menos de conocer a quién se dirigía este cumplimiento, y poco faltó para que le diese gracias con una reverencia; pero me lisonjeo de no haberlo hecho.

—Paréceme, señorita, que nada nos queda que decir acerca de mi hermana Charlotte. Ya he escrito al caballero Watkyns pidiéndole en los términos más atentos que desista de su pretensión. Milord me espera con impaciencia en Londres y yo partiré con tanto más contento que pienso causarle mucho.

—Vos seréis en extremo feliz, señor Grandison, pues al continuo placer de hacer bien unís el de tener gran parte en la satisfacción de otros.

Su modestia, querida mía, es tan noble que yo podía hablarle con más libertad de lo que me había figurado cuando íbamos a la librería. Además, yo recobré mi presencia de ánimo después que nuestra

discusión sobre el amor de otra me había hecho como una persona de suposición; pero bien pronto había de llamar toda mi atención un asunto mucho más interesante para tu Harriet, como vas a ver.

—A la verdad, señorita, yo estoy muy distante de ser feliz en mí mismo; pero ¿no es conveniente que procure contribuir a la felicidad de otros para hacerme merecedor de ser también dichoso?

—Si vos no sois feliz, señor... —Yo me detuve y hube de suspirar: incliné la vista y saqué mi pañuelo pensando necesitar de él.

—Paréceme advertir —me dijo— una mezcla de generosa compasión y de oficiosa curiosidad en uno de los más amables rostros del mundo. Mis hermanas me han manifestado bastante de esto mismo en vuestra presencia, y si yo no hubiese estado sumamente incierto de un suceso que ha de influir mucho en mi suerte, hubiera tenido gran complacencia en satisfacerlas, mayormente después que Milord ha apoyado sus instancias. Yo las he dicho varias veces, como quizá os acordaréis, que la crisis no estaba remota.

—Me acuerdo de eso, señor Grandison —En efecto, Lucy, el *quizá* estaba de más: lejos de haberlo olvidado nada tenía tan presente.

—Sí, señorita, la crisis se acerca. Yo no tenía ánimo de abrirme a nadie hasta el desenlace más que al doctor Bartlett que sabe todas las circunstancias de este asunto y que ignora ningún acontecimiento de mi vida; pero yo siento franquearse mi corazón por la franqueza del vuestro. Si queréis favorecerme con un momento de atención, os referiré parte de mis embarazos dejándoos en libertad para que los comuniquéis a Milord y a mis hermanas. Parece que todos cuatro estáis animados de un mismo espíritu.

—Yo tomo, señor Grandison, un interés muy vivo en vuestras penas... —*un interés muy vivo,* repitió la inocente temblando con las mejillas ya frías, ya ardientes, ya encarnadas, ya pálidas y con otros síntomas que Charles no pudo menos de advertir—, pero tendré vuestra confianza por un gran favor.

Se me interrumpe, querida mía, al principiar esta interesante narración. Ten paciencia: yo misma quisiera verdaderamente no haberla oído.

—Yo no os cansaré, señorita, con la historia de aquella parte de mi juventud que he pasado fuera de mi patria desde la edad de diez y siete años hasta los veinticinco, sin embargo de que contiene tantos sucesos notables como pueden ofrecerse en esta primera estación y en la vida de un joven que no ha querido andar nunca por caminos torcidos; pero después de la relación que voy a haceros, el doctor Bartlett, con quien he tenido cuatro años la mayor intimidad, ejemplo acaso único entre dos personas de edad tan diferente, podrá satisfacer más individualmente vuestra curiosidad. Yo debo confesar ahora lo

mucho que su amistad me ha servido. Habiendo yo formado gran concepto de su probidad y conocimientos, me he acostumbrado a no emprender nada de importancia sin hacerme las preguntas siguientes, cuya utilidad para la conducta de mi vida experimento a cada paso. ¿Qué cuenta daré yo de esta acción al doctor? Si me dejo arrastrar de esta pasión ¿se lo diré al doctor, o haciéndome un vil hipócrita le presentaré la cosa por el buen aspecto y le ocultaré ruinmente el malo?

»Así pues, el doctor Bartlett me sirve de una segunda conciencia. Si yo he hecho algunas buenas acciones en mi vida y si he conservado mi odio al vicio, ha sido por haberle constituido como un celador de mi conducta. Yo necesitaba tanto más de este auxilio que soy naturalmente colérico, altivo y ambicioso, y que desde el principio de mi juventud, si me perdonáis, señorita, esta apariencia de vanidad, me ha tenido alguna estimación un sexo del que nadie ha hecho nunca mayor aprecio que yo: favor que creo deber a la aversión que he tenido siempre a las mujeres demasiado libres, sin dejarme deslumbrar por su alta clase ni por su beldad, que son los atractivos ordinarios de la mayor parte de los jóvenes.

»En vista de esto no extrañaréis, señorita, que se me haya atendido y distinguido en mis viajes, como no podrán todos los viajeros lisonjearse de haberlo sido. Mi larga residencia en las cortes principales y grandes ciudades me han hecho mirar como natural en ellas, al mismo tiempo que se me trataba con la misma distinción con que se suele tratar en Francia e Italia a los más célebres viajantes. Por la generosidad de mi padre pude portarme con mucha decencia y ostentación. Yo era tenido en aprecio de mis compatriotas, a quienes tuve mil ocasiones de ser útil, y estos ponderaban en todas partes el afecto que mi padre me tenía, sus magnánimas inclinaciones y la antigua nobleza de nuestra casa. Yo me he acompañado con los sujetos más apreciables, he huido de las intrigas, y me he conformado con las preocupaciones nacionales, aunque sin llegar a ser baja ni vil mi condescendencia, ni ocultar en las ocasiones que se ofrecían mis verdaderas ideas. Esta conducta me ha hecho de estimar más de lo que podía desear, y aun más, añado, de lo que a mi calidad correspondía.

»Yo nos os haría, señorita, tan lisonjera pintura del aprecio que de mí se ha hecho, si no la creyera necesaria para explicaros los favores con que me han honrado muchas familias de primer orden, y para dar una excusa a algunas que no han tenido reparo en desear enlazarse conmigo.

»Milord os ha hablado de una señorita de Florencia llamada Olivia y adornada seguramente de brillantes prendas. Es de muy ilustre cuna y tiene talento, hermosura y gracia en sus modales, con un caudal considerable por haber sido única heredera de su madre que no tenía

otro hijo. Yo la vi por la primera vez en la ópera, y habiéndome granjeado muchos aplausos una ocasión que se ofreció a su vista de tomar la defensa de otra señora que había recibido un insulto, Olivia con especialidad hizo de mí grandes elogios. Después tuve el honor de verla dos o tres veces en una casa que ambos visitábamos. Yo estaba muy distante de tener aquella presunción que con demasiada facilidad hace concebir lisonjeras esperanzas; pero una persona que me profesaba algún afecto me dio a entender que estaba en mi mano ser dueño de la de la señorita Olivia, y habiendo yo opuesto la diferencia de religión se me aseguró que sería fácil de quitar este obstáculo. Mas ¿podía yo aprobar una apostasía cuyo motivo era solamente una ciega pasión? Ninguna otra objeción podía hacerse contra la señorita Olivia y no se dudaba de su virtud; pero se le atribuía un genio imperioso y violento. Mis ideas acerca del amor siempre han sido unas mismas, y yo no hubiera podido creerme feliz con ella, aun cuando hubiese sido la mayor princesa del mundo. Yo tuve el sentimiento de verme precisado a hacerle esta declaración, y de resultas fue necesario que me ausentase por algún tiempo de Florencia; pues supe que habiéndose sustituido el amor de la venganza a otra pasión más dulce estaba expuesto a algún riesgo.

»¡Cuánto sentí entonces verme privado de mi refugio natural, de no hallarme en el seno de mi patria y en los brazos de mi padre! Yo me veía amenazado en edad tan tierna de todas las desgracias que pueden sobrevenir a un desterrado, por cuyo motivo me consideraba muchas veces como tal; y tanto más me lamentaba de mi situación que no sólo no tenía que vituperarme haberme hecho indigno del afecto de mi padre, sino que por el contrario las pruebas continuas que yo tenía de su bondad paternal, me hacían desear con más ansia el poderlas experimentar a sus pies.

¿Debía yo aquí impedir a mis ojos, amada Lucy, que mostrasen su sensibilidad por esta viva expresión de filial ternura? Si debía hacerlo, siento no haber tenido más poder sobre mí misma; pero considera cuán lastimosos era el asunto.

Charles prosiguió.

—Esta violenta señorita me suscitó después varios embarazos y hasta hoy… Pero dejo al doctor la relación de esta parte de mi historia, en la cual solamente me he detenido por daros una ligera noticia de un acontecimiento que parece picar la curiosidad de Charlotte. Paso al que causa mis más vivas inquietudes y que excitando toda mi compasión, aunque no se halle empeñado en él mi honor, me despedaza verdaderamente el alma.

En esto me sentí indispuesta, amada prima, y me creí cerca de desvanecerme. El temor de que Charles atribuyera esta alteración a lo que yo no hubiera querido que la atribuyese, pues no creo que

proviniera de esto, sirvió para aumentarla. Aun cuando hubiese estado sola, me hubiera dado el mismo accidente: estoy cierta de que no provino de lo dicho, pero no pudo, dirás tú, suceder en peor ocasión.

Charles me tomó la mano con el más tierno sobresalto y llamó al punto. Emily acudió corriendo e inclinando la cabeza sobre ella le dije:

—¡Querida niña!... Perdonad, señor Grandison... —Y levantándome llegué hasta la puerta. Apenas tomé el aire cuando sentí recobrar mis fuerzas, y volviéndome a Charles que me había seguido, le dije—: ya estoy mejor y vuelvo al momento a oíros continuar vuestra interesante narración.

En efecto, yo me había mejorado al punto que había salido de la librería. La copa estaba demasiado encendida, o tal vez estaba yo demasiado cerca de ella, y no dudes, Lucy, de que esto causó mi indisposición, como lo dije a mi vuelta después de haber bebido un vaso de agua fresca.

¡Cuánta ternura me pareció ver en todas sus atenciones conmigo! No me avergonzó atribuyendo mi incomodidad a su relación, u ofreciéndome interrumpirla y dejarla para otro tiempo. Te digo de buena fe, Lucy, que no fue esto la causa de mi accidente, pues con facilidad lo hubiera yo conocido; y por el contrario, como apenas me sucede que me causen tanta impresión las desgracias en el momento que acontecen como después de haber tenido tiempo de aumentarlas, de compararlas con mis reflexiones y de pesar sus consecuencias, sentía tener mi corazón muy animoso. Nada, decía yo, es peor que la incertidumbre; pero ahora que se le ofrece a mi constancia una ocasión para ejercitarse, he de soportar tan animosamente como Charles un mal irremediable. Por lo menos en esta disposición me sentía yo a mi vuelta, y así, prima, puedes estar persuadida a que sólo motivó mi accidente el excesivo calor.

Yo pues me armé de todo mi valor y le supliqué que prosiguiese su historia; mas tuve cuidado de afirmarme bien sobre los brazos de mi sofá por causa de unos pequeños temblores que me quedaban de mi accidente y que podían aumentarse, los cuales, como te harás cargo, no hubiera yo querido que Charles atribuyese a la impresión que su relación podía hacer en mí. Charles pues prosiguió en estos términos.

—En Bolonia y en las inmediaciones de Urbino hay dos ramas de una casa nobilísima con los títulos de marqués y conde della Porretta que deben su origen a unos príncipes romanos y han dado muchos cardenales a la Iglesia. El marqués de la Porretta que reside en Bolonia es un hombre del mayor mérito, y su esposa que no es de un nacimiento menos ilustre une a la nobleza de su sangre mucha dulzura y bondad y una rara prudencia. Tienen cuatro hijos, tres varones y una hembra.

«¡Ah!, ¡esta hembra!», dije entre mí.

—El mayor de los hijos es oficial general y sirve al rey de las dos Sicilias. Se ha granjeado la reputación de hombre de honor y valor; pero es colérico y altivo, y está muy envanecido con su nacimiento. El segundo eligió la carrera de la Iglesia y no tardó mucho tiempo en obtener un obispado. El tercero que tiene el título de barón della Porretta y se le llama más comúnmente el señor Jeronymo, es coronel de un regimiento del rey de Cerdeña. La hermana es el ídolo de esta bella familia. A todas las gracias de la persona acompaña un genio muy afable. Tiene altas, pero justas ideas de la nobleza de su casa, del honor de su sexo y de todo lo que corresponde a su propio carácter. Es piadosa, caritativa y oficiosa. Sus tres hermanos parece que la aman más que a ellos mismos. Su padre la llama la honra de su vida, y su madre no vive sino por ella y cifra toda su felicidad en su amada Clementina.

¿Clementina? ¡Qué nombre tan gracioso, Lucy!

—Yo había contraído en Roma una estrecha amistad con el señor Jeronymo cerca de diez y ocho meses antes que me conociese su familia de vista; pues ya tenía noticias de mí por mi amigo que no había escaseado sus elogios en mi favor. Tenía muchas buenas prendas; mas por su desgracia contrajo amistad con una cuadrilla de jóvenes libertinos de su misma clase de quienes procuró hacerme amigo. Yo tuve la condescendencia de asistir algunas veces a sus juntas, no porque ignorase la disolución de sus costumbres, sino porque esperaba hacerle abrir los ojos y cobrar insensiblemente aversión a tan peligrosa compañía. Sin embargo, el amor a los placeres prevaleció sobre mis consejos y sus buenas inclinaciones, y no pudiéndose en vista de esto conservar nuestra amistad, y habiendo partido ambos de Roma, cesó enteramente nuestra correspondencia; mas por casualidad nos juntamos otra vez en Padua, y Jeronymo, que había tenido fatales ocasiones para reconocer sus errores, me confesó que había mudado de ideas y se renovó la amistad de buena fe.

»Sin embargo duró poco, pues una mujer de calidad menos célebre por su virtud que por su hermosura tomó sobre él un ascendiente de que no pudieron eximirle ni mis consejos ni sus promesas. Yo le di quejas por esto haciéndole presente su palabra, y se ofendió tanto de una libertad nada vituperable en un amigo que haciéndole obrar su ciega pasión contra su natural carácter se irritó hasta desafiarme en términos injuriosos y ofensivos. ¡Oh, estimado Jeronymo! ¡Con qué generosidad reconociste en otro tiempo la conducta que tuve entonces contigo! Nosotros nos dejamos por la segunda vez, resueltos a no volvernos a ver más.

»Jeronymo continuó la amistad que fue causa de nuestra separación y pasó algunos meses en este olvido de sí mismo, hasta que otro

amante de la misma dama, celoso de tan dilatada preferencia, intentó deshacerse de su rival por un medio demasiado ordinario en Italia, y aprovechándose de la ocasión de un viaje que había de hacer por causa de sus negocios, sobornó algunos bandidos de Brescia para que le asesinasen. Este atentado se ejecutó en el Cremonés, habiéndose ellos esperado en un pequeño bosque a poca distancia del camino real. Uno de estos encuentros que se llaman comúnmente casualidades felices, pero a los cuales dan mejor nombre los que reconocen una Providencia, hizo que yo pasara al mismo tiempo por este camino con dos criados que iban corriendo delante, y que viese un caballo espantado que atravesaba el camino con las riendas rotas y la silla ensangrentada. Haciéndome esto recelar que hubiese sucedido alguna desgracia al jinete, me dirigí al bosque y bien pronto descubrí un hombre por tierra que se defendía con todas sus fuerzas de dos bandoleros, de los cuales uno procuraba impedir sus gritos, mientras que el otro le daba de puñaladas. Yo salté de mi silla y eché a correr hacia ellos con la espada en la mano dando gritos a mis criados para que me siguiesen, y aun aparentando en el modo de llamarles que eran en mayor número. Los asesinos echaron a huir inmediatamente y yo les oí decirse uno a otro, *salvémonos, ya está muerto.* Irritado por esta vileza les perseguí, y habiendo alcanzado al uno se volvió a mí apuntándome con una escopeta; pero yo estuve bastante pronto para bajarla con una mano y asiendo al matador con la otra le hice caer a mis pies. Yo esperaba detenerle; pero la vista del más distante, que volvía al socorro de su compañero, y la de otros dos malvados que se presentaron de contado a caballo, me hizo retirarme. Mis criados acudieron bien armados y aun el postillón había dejado mi silla para seguirles; mas entonces estos perversos hombres que creyeron al menos el peligro igual, parece se alegraron tanto de poder retirarse como yo me alegré de que tomaran tal resolución. Inmediatamente acudí al desgraciado viajante que estaba tendido sobre la hierba y cubierto de sangre; pero ¡qué sorpresa fue la mía al reconocer al barón de la Porretta!

»Dio algunas señales de vida y sin dilación envié uno de mis criados a Cremona para que llevase un cirujano, procurando yo entre tanto con el mayor cuidado vendar sus heridas. Tenía una en el hombro, otra en el pecho y otra que me pareció la más profunda, en la cadera derecha, y no pudiendo absolutamente vendar esta, tuve precisión de servirme de mi pañuelo para detener la sangre. El otro criado y el postillón me ayudaron a llevarle a mi silla, donde continuaba asistiéndole cuando me dijeron ambos que a corta distancia en el mismo bosque acababan de encontrar a su criado cubierto también de heridas y atado al tronco de un árbol con su caballo muerto junto a él. Yo hice que me le llevasen, y viéndole en un estado que no le permitía

sostenerse, le cedí mi lugar a lado de su amo, y nos pusimos en camino para Cremona a fin de podernos servir más pronto del cirujano, yendo yo a pie cerca de la silla.

»Jeronymo continuaba privado de conocimiento, pero a la llegada del cirujano que le suministró al punto todos los auxilios de su arte, abrió los ojos, pareció mirarme con admiración y no tardó mucho tiempo en conocerme. Habiéndole dicho el cirujano que me debía la vida, dijo:

»—¡Oh, Grandison! ¡Que no haya yo seguido tus consejos! ¡Que no haya yo sido más fiel a mis promesas! Yo he tenido la vileza de insultarte; ¿y me perdonará mi libertador? Tú dirigirás mis pasos, y dispondrás de mi vida si el cielo me la conserva.

»Sus heridas no eran mortales; mas nunca volverá a ser lo que era, ya por no habérsele curado al pronto y ya por haber retardado el efecto de la cura con su impaciencia, especialmente en la herida de la cadera de que aún no se ha restablecido. Disimulad, señorita, que os cuente estas particularidades; pues pertenecen al asunto, y el señor Jeronymo se halla en un estado que merece toda vuestra compasión.

»Yo le conduje a Cremona, donde le obligó a detenerse su debilidad, y aquí le visitó toda su familia que fue de Bolonia con la mayor prontitud. Nunca se ha visto más afecto entre personas de una misma sangre: la desgracia de una lo es de la otra. Jeronymo era amado en extremo de su padre, de su madre y de su hermana, y su afabilidad, su bello corazón, su viveza y buen humor hacían desear a todos su compañía. Así pues, fácilmente os haréis cargo, señorita, de cuánto se apreciaría el servicio que había tenido la dicha de hacerle. Yo fui colmado de caricias y bendiciones mayormente cuando se supo que yo era el mismo de quien Jeronymo había hecho tantos elogios a su hermana y a sus hermanos en el tiempo de nuestra amistad. Jeronymo les contó la causa de haberse esta entibiado en términos tan honoríficos para mí como vergonzosos para él. El fatal y peligroso estado a que se veía reducido, le hizo mirar esta declaración como necesaria en su arrepentimiento. Mientras que yo continuaba asistiéndole, me pedía con frecuencia le repitiera los consejos y las máximas que se vituperaba haber despreciado. Mil veces me pidió perdón por la conducta que había tenido conmigo, y cuando hablaba de ella a su familia, le suplicaba que me mirase no sólo como el conservador de su vida sino también como el restaurador de su razón y de sus costumbres. Sus generosos lamentos llegaron hasta hacerle mostrar una carta que yo le había escrito antes de nuestras separación y que contenía todo lo que la amistad me había dictado de más patético contra los ilícitos y vergonzosos placeres.

»Todas estas circunstancias hicieron formar de mí un alto concepto, y el reconocimiento de esta familia no puede ser mayor. El padre se

afligía de no saber cómo manifestar el suyo a un hombre que por su nacimiento y conveniencias no podía recibir de él ningún beneficio de importancia. La madre, con una libertad más amable que la que se encuentra comúnmente en las damas de Italia, mandó a su hija que me mirase como un cuarto hermano que le había conservado el tercero. El barón protestó que se tendría por infeliz toda su vida y que su salud no se restablecería jamás, si no satisfacía a los sentimientos de su corazón con alguna brillante recompensa que yo mismo tuviese por honorífica y lisonjera.

»Cuando estuvo en disposición de que se le pudiese trasladar a Bolonia, buscó toda la familia pretextos para obligarme a que le siguiese y después para retenerme en esta ciudad. El general me hizo prometer que inmediatamente que su hermano pudiera consentir en privarse de mí, haría con él un viaje a Nápoles. El obispo, que pasa en Bolonia todo el tiempo que le permiten sus funciones y que es hombre de letras, me suplicó que le diera las primeras lecciones de la lengua inglesa. La reputación de nuestro Milton comenzaba a extenderse por Italia, y Milton fue nuestro principal autor. Esta ocupación se tenía por lo común en el cuarto del enfermo para contribuir a su entretenimiento, y él mismo quiso ser también mi discípulo. El padre y la madre concurrían muchas veces, y Clementina, que gustaba de acompañarles, se hizo asimismo mi discípula, y aunque no asistió a mis lecciones tanto como sus hermanos, adelantó mucho más que ellos.

¿Dudarás de esto, Lucy?

—Aunque yo estuviese en Italia contra mi inclinación y mis deseos, no sentía emplear el tiempo en tan grata compañía. Yo era honrado particularmente con la confianza de la marquesa, que me franqueaba su pecho sobre todos sus asuntos y nada hacía sin consultarme. El marqués, cuya urbanidad no puedo celebrar bastantemente, nunca se hallaba más contento que cuando me veía en medio de su familia; y aun en los ratos en que no estábamos ocupados con nuestras lecciones, solía acompañar a su madre la bella Clementina.

»Por este tiempo se supo que el conde de Belvedere se había restituido a Parma para establecerse en el pueblo de su nacimiento. Su padre, que había tenido un grande influjo con la princesa de Parma y que la había acompañado a la corte de España, murió aquí poco después, y el hijo se puso de contado en camino para volver a su patria con las inmensas riquezas que había heredado. En un viaje que hizo inmediatamente a Bolonia, vio a Clementina, y habiendo llevado de España su corazón libre se enamoró de ella.

»El conde de Belvedere es un hombre amable, y por sus conveniencias y prendas naturales no era de despreciar su enlace. Al marqués no parecía desagradarle, y la marquesa me hizo el honor de

hablarme muchas veces de este particular, creyéndose acaso obligada a saber cuáles eran acerca de él mis sentimientos, porque Jeronymo había dicho sin mi noticia que no se le ocurría otro modo de reconocer los servicios que yo había hecho a la familia más que el de hacer que yo me enlazase con ella. El doctor Bartlett os convencerá, señorita, con la lectura de mis cartas y con varias particularidades que hoy omito referiros, que así en Italia como en los demás países del mundo hay honor, bondad y generosidad, y que se encuentran en ella personas superiores al disimulo, a la venganza, a la envidia y en una palabra, a las odiosas pasiones que con demasiada generalidad se atribuyen a toda la nación.

»Por mí, que me veía tratado con tanta distinción por una familia cuya nobleza y virtud conocía; que tenía ocasión de admirar incesantemente a una joven adornada de muchas excelentes prendas, y que había conservado hasta entonces enteramente libre mi corazón; era imposible que no se excitase algunas veces mi vanidad y que entre mis deseos no concibiese impensadamente ninguno tocante al digno objeto que tenía a la vista; pero yo lo sofoqué al punto que creí reconocerlo. Yo me hubiera vituperado como una negra infidelidad a toda una familia que confiaba en mi carácter y conducta, hacer la menor pretensión con obsequios secretos o con miradas. La altivez de una casa tan distinguida, sus extraordinarias riquezas al menos para el país cuyo ornamento era, mi cualidad de extranjero, el mérito de una joven que antes de la llegada del conde de Belvedere habían solicitado varios jóvenes de alta clase, y de los cuales ninguno había obtenido su corazón ni la aprobación de su familia; y más que todo, la diferencia de religión y la adhesión tan grande de Clementina a la suya que con dificultad se la había disuadido de meterse monja, y que oyéndome confesar en una ocasión los principios de la mía había dicho con cierta especie de ira, sentía debiese un la Porretta la vida al valor de un hereje; todas estas consideraciones, digo, desvanecían enteramente las esperanzas que un corazón tan sensible como el mío hubiera podido fundar en los muchos favores que continuamente se me hacían

»Por el mismo tiempo se suscitaron en Escocia los últimos alborotos y no se hablaba en Italia más que de este suceso. Yo tuve que soportar la alegría y el contento de todas las personas de distinción que habían abrazado el partido del pretendiente. Cada nueva que se recibía de parte de los rebeldes parecía anunciar el restablecimiento de la religión romana, y Clementina se regocijaba con la esperanza de ver entrar bien pronto al hereje su preceptor en el seno de su Iglesia. Yo tenía que sufrir desde por la mañana hasta la noche semejantes enhorabuenas con que Clementina gustaba de atormentarme en la lengua que le había enseñado y que ella comenzaba a hablar fácilmente.

»Mi adhesión al gobierno bajo el cual había nacido me hizo tomar la resolución de dejar por algún tiempo la Italia y de retirarme a Viena o alguna de las cortes de Alemania que se interesaban menos por el pretendiente. Me confirmé en esta determinación por unas cartas de Florencia en que se me comunicaba lo mucho que tenía que temer de la señorita Olivia, cuyo resentimiento que yo creía extinguido después de haber dejado aquella ciudad, se había vuelto a inflamar con las noticias que se le habían dado de mi residencia en Bolonia. El señor Jervois, que me daba este aviso, añadía que ella con menos discreción de la que correspondía a su altivez, hablaba abiertamente de su venganza.

»La marquesa, que fue la primera a quien comuniqué mi intención de partir, se mostró afligida, y no consultando al principio más que su pesar me instó a que me detuviese por lo menos algunas semanas; pero bien pronto me dio a entender con una franqueza que creyó deber a la mía, el recelo que su marido y ella tenían de que yo estuviese enamorado de su Clementina. Yo le aseguré que el honor me había contenido, y ella por su parte convenció de esto tan completamente al marqués que habiendo rehusado su hija las ofertas del conde de Belvedere, hicieron de mí tanta confianza que me suplicaron le hablase en su favor. Yo no pude excusarme a ello, y tuve con la señorita Clementina una conferencia cuya relación os comunicará el doctor si queréis tomaros la molestia de leerla. Los padres no me dijeron que estarían en un gabinete inmediato a la pieza donde yo hablé a su hija; mas sin embargo nada oyeron que les desagradase.

»No faltando más que algunos días para mi partida y obstinándose Clementina en rehusar al conde de Belvedere, Jeronymo siempre sin advertírmelo y persuadido a que yo admitiría gustoso el honor que pensaba hacerme, se declaró abiertamente en mi favor. Se le hicieron las objeciones que se ofrecían por sí mismas, esto es, las respectivas a mi país y a mi religión, y pidió se le permitiera explicarse conmigo sobre estos dos puntos y hacer por penetrar los motivos de rehusar su hermana al conde de Belvedere. No se le concedió lo que deseaba; pero la misma marquesa tomó a su cargo el hablar a su hija y preguntarle por qué razones le desagradaban todos los pretendientes de su mano.

»El mismo día la envió a llamar a su gabinete y no pudo sacar de ella más que lágrimas. Un silencio cuya causa se ignoraba, había indicado algunos días que su corazón estaba poseído de una profunda tristeza y se disgustaba de que se atribuyese al amor. Sin embargo, su madre me dijo que sospechaba la dominase esta pasión sin saberlo, y me hizo advertir que nunca se la veía alegre sino en los ratos que tomaba lecciones de una lengua que verosímilmente, añadió esta

dama, jamás sería de ningún uso para ella.

Añadió esta dama... ¡ah, Lucy!

—No cesando de aumentarse su melancolía, se rogó al preceptor que hiciese algunas tentativas para descubrir la causa de sus penas, y sin embargo de que conoció la dificultad de conseguirlo, tuvo una condescendencia que no surtió ningún efecto. Todos advertían que Clementina tomaba un aspecto sereno cuando estaba con él, si bien hablaba poco. No obstante, parecía tener complacencia en oírle, y aunque él sólo le hablase en italiano o en francés, las cortas respuestas que lograba de ella, siempre eran en la nueva lengua que había aprendido. Inmediatamente que su preceptor la dejaba, mudaba de aspecto y todos sus conatos se dirigían a estar sola.

¿Qué piensas de mi valor, querida prima? Pero la curiosidad me sostenía. «Cuando sea tiempo de reflexionar», decía yo entre mí, «lo consultaré todo con la almohada.»

—Sus padres estaban afligidos en extremo, y todos los médicos que consultaron fueron de parecer de que su enfermedad no era otra que el amor. Se dijo esto mismo a Clementina prometiéndole tener con el objeto de su cariño toda la indulgencia que desease su corazón; pero aun no pudo tolerar que se le atribuyese tal pasión. Habiéndole dicho un día su camarera que tenía amor, le respondió:

»—¿Quisieras tú que yo me aborreciese a mí misma?

»Su madre le habló del amor en términos favorables y como de una pasión lícita, y aunque pareció escucharla atentamente, no le dio ninguna respuesta.

»La víspera de mi partida a Alemania tuvo la familia una espléndida cena en obsequio de un hombre a quien se habían hecho tantos favores. Se consentía por último en verle partir con tanta menos pena que se quería experimentar, si su ausencia hacía alguna impresión en Clementina. Su madre dejó a su voluntad el asistir o no a la cena, y habiendo concurrido a ella, todos tuvieron el contento de verla más alegre de lo que la habían visto en mucho tiempo. Tomó parte en la conversación con la viveza y el buen juicio que le eran naturales hasta hacerme sentir el no haber partido antes. Sin embargo, me pareció cosa extraña que habiendo mostrado siempre verme con gusto aun después de la mudanza de su humor, manifestase alegría por una partida que todos tenían la bondad de sentir, pareciendo que debía a ella su restablecimiento. Por otra parte, no se advirtió ninguna afectación ni en sus modales ni en sus miradas. Cuando se me dieron gracias por el contento que había dado a toda la familia, me dio también las suyas atentamente; cuando se me manifestó el deseo de que yo gozase de perfecta salud y de una completa felicidad, me hizo igual manifestación; cuando se me instó a que pasase por Bolonia antes de restituirme a Inglaterra, repitió la misma súplica que sirvió

de alivio a mi corazón; finalmente, cuando yo maravillado de tan feliz mudanza me despedí de ella por la última vez, recibió mis cumplimientos con serenidad. Yo quise poner mis labios en una de sus manos, y me dijo que el libertador de su hermano debía tratarla con más familiaridad; e inclinándose a mí, me presentó una de sus mejillas.

»—¡El cielo —añadió— conserve a mi preceptor! *¡Y os convierta, caballero!* —me dijo también en inglés— ¡Ojalá no os falte nunca un bello amigo como vos lo habéis sido para nosotros!

»El señor Jeronymo no se hallaba en estado de salir de su cuarto y fui a despedirme de él.

»—¡Oh, querido Grandison! —exclamó estrechándome en sus brazos—: ¿es pues cierto que nos dejas? ¡El cielo te colme de bendiciones! Mas ¿qué será del hermano y de la hermana después de haberte perdido?

»—Tú me darás una gran complacencia —le dije— si me haces el honor de escribirme algunas palabras con uno de mis criados que dejo aquí por unos días y que ha de alcanzarme en Innsbruck. Dame noticias de toda esta amable familia y dime si tu hermana conserva su salud.

»—Ella será y debe ser tuya —añadió—, a no ser que de nada sirvan todos mis esfuerzos. ¿Por qué, por qué nos dejas?

»Yo extrañé mucho una declaración que jamás me había hecho tan claramente.

»—Vana, vana esperanza —le dije—: hay mil obstáculos...

»—Que yo me lisonjeo de vencer —interrumpiéndome—, por lo menos si tu corazón no está en Florencia.

»Como todos sabían por la indiscreción de Olivia las proposiciones que esta dama me había hecho y la resolución que yo había tomado de no aceptarlas, le aseguré que tenía mi corazón libre. Entonces arreglamos una correspondencia y me despedí del más agradecido de todos los hombres.

»Pero ¡con qué dolor supe por su primera carta que sólo habían durado hasta el día siguiente las esperanzas de su familia! La enfermedad de Clementina había vuelto con nuevas fuerzas. ¿Os referiré en pocas palabras, señorita, las circunstancias de este fatal accidente?

»Clementina se encerró en su cuarto, sin saber o sin atender a que estaba en él su camarera, y aun no respondió a dos o tres preguntas de esta criada; pero sentándose con la espalda vuelta a ella y con la cara enfrente de un gabinete contiguo estuvo un rato en un profundo silencio. Después, alargando la cabeza como para escuchar mejor a alguien que le hubiese hablado desde el gabinete, dijo en voz baja:

»—¿Me aseguráis que ha partido? ¡Partido para siempre! ¡Ah!, no,

no.

»—¿Quién, señorita? —le dijo su camarera—: ¿a quién habláis?

»Clementina continuó.

»—Nosotros le debemos sin duda grandes favores. ¡Salvar tan generosamente a mi hermano, perseguir a los asesinos y como mi hermano lo cuenta, meterle en su propia silla para seguirle a pie!... Los malvados, como decís, pudieron asesinarle a él mismo. Sus caballos hubieran podido despedazarle con los pies.

»Clementina parecía siempre que aplicaba el oído, como si alguien le estuviese hablando de lejos. La camarera pasó por delante de ella, abrió la puerta del gabinete y la dejó abierta para apartar de allí su atención, rompiendo el hilo de sus ideas; mas no por esto dejó de volver a inclinarse como para no perder nada de lo que se le decía, ni de responder tranquilamente a lo que creía oír. Después, dando una carcajada forzada, dijo:

»—¡Amor! ¡Ah, qué cosa tan graciosa! Sin embargo no se engañan, si se quiere decir que yo amo a todo el mundo y más que a mí misma.

»Inquieta y cuidadosa su madre entró a este tiempo en su cuarto, y ella se levantó presurosa, cerró la puerta del gabinete como para encerrar en él a alguien, y arrojándose a los pies de la marquesa le suplicó que le concediese una gracia necesaria para su felicidad: el permiso de entrar en un convento.

»Después se supo que inquieto su director por lo que ella le había confesado acerca del preceptor inglés, la había llenado de terrores alterando notablemente su imaginación. Creo haberos ya dicho, señorita, que eran ejemplares su piedad y su modestia; pero demasiado me detengo en esta triste escena haciendo, como veo, grande impresión en el corazón tierno de la señorita Harriet.

En efecto, querida Lucy, ¿pensarás que yo pude contener mis lágrimas? No, por cierto. ¡Infeliz Clementina! Pero yo me sentía entonces deseosa de oír asuntos melancólicos y rogué a Charles que continuase su relación.

—Os lo pido por favor, señor Grandison —le dije—: proseguid. ¡A qué corazón no causaría un vivo sentimiento tan deplorable aventura!

Charles me respondió que en sus cartas que el doctor Bartlett había conservado, encontraría yo lo bastante para satisfacer enteramente mi curiosidad, puesto que él iba a abreviar por causa de su propio dolor.

—Todos los auxilios de la medicina fueron inútiles. Su confesor, que por otra parte es hombre de bien, conservaba los terrores que había excitado; pues además de haber visto que el preceptor inglés era muy estimado en Bolonia, sabía que Jeronymo había hablado sobre lo que creía deber a su reconocimiento; y en muchas conversaciones que había tenido él mismo con el preceptor, le había encontrado muy adicto a los principios de su religión. El temor de una seducción que le

parecía inevitable, le había hecho suscitar en el ánimo de su confesada un combate entre la gratitud y la piedad al que no había podido resistir su tierna constitución.

»Había entonces en Florencia una señora inglesa que habiendo quedado sin facultades después de la muerte de su marido encontró por fortuna el asilo de una de las casas más ilustres de esta ciudad, donde estaba hacía muchos años por haberse granjeado con su talento y conducta una singular estimación. Había nacido protestante, y uniéndose al afecto la esperanza de hacer en ella una conquista para la Iglesia romana, procuraron las señoras de dicha casa ganar su voluntad con beneficios y caricias. La señora Beaumont, que así se llamaba la señora inglesa, había llegado a ser su compañera inseparable, y las acompañó en un viaje que hicieron a Bolonia para hacer una visita a la marquesa de la Porretta. Esta madre afligida les comunicó sus penas, y como tenían formado gran concepto de la prudencia de la señora Beaumont, quisieron que Clementina se confiase a los cuidados de esta por algún tiempo en su casa de Florencia. La marquesa consintió, y su hija no se opuso a ello. Las dos familias tenían estrecha amistad y la reputación de la inglesa estaba arraigada. Así pues, Clementina partió con las tres señoras a Florencia.

»Permitid, señorita, que para acortar mi relación me remita también sobre las particularidades de esto al doctor Bartlett. La Beaumont comprendió hasta la raíz del mal e informó inmediatamente de ella a la familia que estimulada de las nuevas instancias del señor Jeronymo resolvió seguir su parecer. Se aseguró a Clementina que se condescendería a todos sus deseos, y entonces fue cuando ella descubrió su pecho. Habiéndola aliviado mucho esta declaración, volvió más tranquila a Bolonia. Toda la familia resolvió llamar al preceptor, y las proposiciones que habían de hacerse a este hombre feliz fueron arregladas de concierto; pero se esperaba para explicarse con él que hubiese visto a Clementina, lo cual no era obrar con prudencia.

»El preceptor se hallaba entonces en Viena, y Jeronymo le felicitó en su carta con todas las expresiones de un corazón tierno y penetrado de gratitud que creía haber hallado por fin la ocasión de satisfacer a ella, dándole a entender que las condiciones serían más favorables de lo que podía esperar; quería decir verosímilmente en orden a la dote que se había de dar a su hermana. El amigo de quien se hacía tanto aprecio no pudo menos de ser sensible en extremo a estos favores; pero sin embargo, como conocía a Clementina y a su familia, temió que hubiese dificultades para conformarse sobre los puntos de la religión y residencia, y así tuvo que suspender toda determinación.

»El preceptor volvió a Bolonia y se le permitió ver a Clementina en presencia de su madre. ¡Qué de gracias y atractivos no advirtió en la

noble franqueza de la una y de la otra! ¡Cuánto no le enternecieron los afectuosos abrazos de Jeronymo, que no tuvo dificultad en darle anticipadamente el nombre de hermano! El marqués no se apresuró menos en reconocerle por su cuarto hijo. Se determinó añadir una gran dote a los bienes que ya pertenecían a Clementina en virtud de los testamentos de sus dos abuelos. La celebración del matrimonio no había de diferirse sino hasta la llegada de mi padre, pues se le quería persuadir a ir a Italia para aumentar con su presencia el contento y la alegría.

»Yo no me extenderé sobre lo demás. Fue imposible convenir en los medios, pues yo había de renunciar formalmente mi religión y fijar mi residencia en Italia, con la libertad solamente de venir a pasar de tres en tres años algunos meses en mi patria y de traer a ella una sola vez a su hija, si gustaba de ello, por el tiempo que se reservaban poder limitar.

»¡Cuál fue mi sentimiento al verme en precisión de corresponder tan mal a la expectativa de un gran número de sujetos honrados, que seguramente hacían de mí el mayor aprecio y me profesaban la mayor estimación! Vos no podréis figuraros cuáles fueron los tormentos de mi corazón. Pero cuando este hermano, con quien me tenía unido una tierna amistad, imploró mi condescendencia; cuando tan excelente madre me suplicó encarecidamente que me compadeciera de su hija y de su propio corazón; y cuando la amable Clementina, sin decir ni una palabra de sí misma, me instó a que por el bien de mi alma abrazara la doctrina de su Iglesia, ¿qué pensáis, señorita...? Mas advierto que os agita y conmueve demasiado esta relación.

Charles se detuvo y se vio precisado a hacer uso de su pañuelo como yo del mío. ¡Qué escena, querida Lucy!

—¿Y qué, señor —le dije con palabras interrumpidas—, os pudisteis resistir?

—Persuadido como lo estoy de la verdad de mi religión y amante por muchos motivos de lugar de mi nacimiento, ¿podía yo ceder sin hacer el doble sacrifico de mi Dios y de mi patria? Mas yo procuré encontrar conciliaciones. Ofrecía pasar alternativamente un año en Inglaterra y otro en Italia, si la idolatrada Clementina quería consentir en ello, y aun me reduje, si la desagradaba vivir en mi patria, a no estar en ella más que tres meses cada año. Propuse dejarla en una absoluta libertad sobre el punto de religión, y prometí que si el cielo nos daba hijos, dejaría a su cargo la educación de las hijas, reservándome yo la de mis hijos para cuya condición esperaba el consentimiento del Papa mismo, puesto que había ejemplar de ello. Esto era sin duda sacrificar mucho a la compasión y al amor. ¿Qué más podía yo hacer?

—¿Y encontrasteis, señor Grandison, encontrasteis oposición a esas

ofertas de parte de Clementina?

—¡Oh, desventurada joven! La consideración de eso mismo aumenta mi pesar. Clementina consintió en ello y nada omitió por obtener el beneplácito de su familia con dichas condiciones, cuyo empeño, adicta como lo estaba a su religión, excitó vivamente mi compasión y gratitud. ¡Qué sucesos tan tristes ha habido después! El padre olvidó la prometida indulgencia: la madre a la verdad pareció estar neutral, y el hijo menor se mantuvo firme en favor mío; pero el marqués, el general, el obispo y toda la rama de Urbino estuvieron inflexibles, con especialidad cuando ofreciéndose de mis dificultades comenzaron a tratarme de hombre obscuro y de aventurero, para quien su enlace era tan glorioso como lo era poco el mío para familia tan distinguida. En una palabra, se me permitió y aun se me instó a que dejase a Bolonia sin concederme que me despidiese de la infeliz Clementina, aunque ella pidió esta gracia de rodillas.

—¿Y cuáles fueron las resultas?

—Del doctor Bartlett las sabréis. ¡Malaventurada Clementina! Ahora me proponen sus parientes que vuelva a Bolonia. ¡Desgraciada joven! ¿Cuáles pueden ser sus esperanzas?

Al acabar, me pareció demasiado penetrado de dolor para responder a mis preguntas, aun cuando yo hubiera tenido ánimo para hacérselas.

¡Oh, Lucy! ¡Oh, mis queridos parientes! Ya veis lo más secreto del misterio. ¿Puedo yo ser tan infeliz como él? ¿Tan infeliz como su Clementina? Bien puede decir el señor Bartlett que Charles no es dichoso, y bien puede asegurar él mismo que ha padecido mucho y por causa de las mujeres más virtuosas. También puede quejarse de las noches que pasa sin dormir. ¡Infeliz Clementina! Yo lo repito. Digamos asimismo ¡infeliz Charles! ¿Y quién, querida mía, es feliz? No lo es seguramente tu

—*Harriet Byron.*

Carta LVIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Mi melancolía y mi sentimiento me obligaron a soltar la pluma, y es necesario que comience otra carta. Yo no pensaba concluir la anterior donde la concluí.

Viendo Charles cuánto me había enternecido, pareció olvidar su propio dolor para aplaudir lo que llamó mi humanidad.

—Muchas veces —me dijo— os he remitido al doctor Bartlett, y yo le pediré que os participe todas las particularidades que le he comunicado en una correspondencia sin reserva. Vos, señorita, que tenéis el dulce entretenimiento de divertir a vuestros parientes con

vuestras cartas, quizá encontraréis en semejante historia con qué satisfacer su curiosidad, pudiendo yo reposar en su discreción. ¿No son de la misma sangre que vos? Para mí es una dicha contribuir a su satisfacción como a la vuestra.

Yo le di gracias bajando la cabeza, pues no estaba capaz de otra cosa.

—Ya os he dicho, señorita, que se halla empeñada mi compasión, mas no mi honor. Cuando hayáis visto todo lo que el doctor Bartlett puede comunicaros, formaréis más fácilmente juicio de lo substancial del asunto y de sus circunstancias. No hay mujer en el mundo cuya estimación sea más preciosa para mí que la de la señorita Harriet Byron.

—Lo que acabo de oír —le dije—, ¿no bastaría a cualquiera persona para desear que la infeliz Clementina...

¡Ah, Lucy! La voz me faltó al considerar que iba a envilecerme con una falsedad. Sin embargo, ¿no debía yo ser capaz de acabar de decir de todo corazón lo que iba a decir? Cuenta, prima mía, con que el amor estrecha el corazón, según lo he experimentado varias veces. ¿No se me ha tenido siempre por buena, generosa y superior a los artificios del amor propio? ¿Y qué soy yo al presente?

—En fin, señorita... —prosiguió, y sin continuar él mismo iba a tomar mi mano, aunque con alguna timidez, con una ternura que se advertía en sus ojos y con un respeto que se manifestaba en todo su semblante. Sin embargo, no hizo más que tocarla y retirando la suya añadió—: ¿qué más he de decir, señorita? Yo no sé qué debo añadir; pero veo que sois capaz de tenerme lástima y que la tenéis de la desventurada Clementina. El honor me prohíbe..., no obstante el honor me prescribe... mas yo no puedo ser injusto, ingrato e interesado —Al decir esto se levantó de su silla—. ¡Cuántas gracias no debo daros por la condescendencia que habéis tenido de escucharme! Pero yo abuso de ella. Perdonad la inquietud que he causado a un corazón tan tierno —Y haciéndome una profunda reverencia, se retiró precipitadamente, como si hubiera temido que yo viese toda su alteración.

Yo estuve algunos momentos inmóvil como una estatua, y después un torrente de lágrimas que derramé oportunamente me restituyó el conocimiento y el movimiento. Habiendo visto Charlotte salir a su hermano, esperó algunos instantes temiendo que volviera; pero oyéndome suspirar acudió corriendo con los brazos abiertos.

—¡Oh, querida Harriet! —me dijo abrazándome—: ¿qué ha pasado? ¿Es a mi hermana a quien abrazo? ¿A mi hermana verdadera, a mi hermana Harriet Grandison?

—¡Ah, Charlotte mía! Es necesario renunciar a toda esperanza. No soy tu hermana, es imposible: no hay que pensar en eso. Conozco...

pero ayúdame, ayúdame a salir de esta pieza, pues su vista me desagrada —poniendo una mano extendida sobre mis ojos y sintiendo correr mis lágrimas por entre mis dedos; lágrimas, querida mía, que yo derramaba no sólo por mí sino también por Charles y la infeliz Clementina: porque ¿no infieres tú de todo lo que has leído que ha sucedido alguna cosa funesta en Bolonia?

Y apoyándome en los brazos de Charlotte salí de contado de la librería para subir a mi cuarto. Charlotte quería acompañarme; pero yo le dije que no, que me dejase por un cuarto de hora, y que yo misma iría a su gabinete.

Charlotte tuvo la bondad de retirarse y yo me eché en una silla, abandonándome algunos momentos a mis lágrimas, las cuales me dieron algún alivio para recibir a las dos hermanas que vinieron asidas de las manos impacientes por consolarme. Mas yo no pude contarles con ningún orden lo que acababa de pasar, y solamente les dije que todo estaba concluido, que su hermano era digno de compasión sin ser vituperable en nada, que si querían permitirme estar a solas algunas horas para recordar lo que había oído de más lastimoso, iría después a verlas y les haría una relación más exacta. En vista de esto, se retiraron luego que me vieron algo más tranquila.

Charles salió en su coche con el doctor Bartlett, habiendo preguntado antes muchas veces por mi salud, y habiendo asimismo dicho a su hermana Charlotte que temía haberme causado demasiada alteración con las tristes relaciones que me había hecho, y que se le permitiera no venir a comer. «¡Cuán digno es de lástima! ¡Cuál será su aflicción! ¡No hallarse en estado de vernos ni de acompañarnos!» Yo me excusé también por la agitación con que estaba, pero no se admitió mi excusa, y así tuve que bajar y sentarme a la mesa. ¡Cuán largo me pareció el tiempo de la comida! Los ojos de los criados me incomodaban y no menos los de Emily, en que advertía yo una grande curiosidad sin que ella misma supiese por qué, aunque verosímilmente sería por una especie de simpatía y por suponer que no todo iría a su gusto.

Emily fue tras de mí luego que me vio subir a mi cuarto, y teniendo abierta la puerta con una mano y asomando solamente la cabeza para verme, me dijo:

—Una palabra, estimada señorita: decidme, ¿hay alguna desavenencia entre vos y mi tutor? Yo no os pido sino que me digáis una palabra.

—No, querida mía, no la hay: no, no, mi amada Emily.

—¡Gracias a Dios! —juntando afectuosamente las manos— ¡Gracias a Dios! Si estuvierais indispuestos, no sabría de parte de quién ponerme. Pero no quiero interrumpiros: me retiro.

—Estate aquí, no te vayas, mi querida amiguita: no te vayas, mi

buena Emily —Yo fui hacia ella y la así de la mano—. ¿Y qué, dices que deseas vivir conmigo?

—¡Ay, si lo deseo! Nada deseo tanto.

—¿Vendrás conmigo a Northampton Shire, amor mío?

—Hasta el fin del mundo iré con vos, señorita. Yo seré vuestra doncella y os querré más que a mi tutor, si es posible.

—¡Ah, querida mía! ¿Cómo has de poder tú vivir sin ver algunas veces a tu tutor?

—¿Pues qué, no ha de vivir con nosotros?

—No, no, querida mía, y entonces más bien querrás tú vivir con él que conmigo. ¿No es verdad?

—Perdonadme, señorita: yo quiero seguramente vivir y morir con vos, y no dudo de que mi tutor con su buen corazón irá muchas veces a vernos. Pero ¡vos lloráis, querida señorita! Decidme, ¿por qué son esas lágrimas? ¿Por qué habláis tan aprisa y con tanta concisión? ¿Por qué, según parece, estáis con inquietud?

—¡Yo hablo aprisa y concisamente, y parezco estar inquieta! Te doy mil gracias, amor mío, por tu observación, y me aprovecharé de ella. Hazme el favor ahora de dejarme.

Esta amable niña se fue inmediatamente de puntillas. Con toda sinceridad le di gracias por su observación, que me sirvió verdaderamente. Pero tú te harás cargo, mi querida Lucy, de que yo había de estar algo agitada. El modo de dejarme Charles... ¿No te parece algo extraño? ¡Retirarse tan aceleradamente y no haberme dicho nada que no fuese acompañado de miradas tan afectuosas que parecían dar a entender mucho más que sus palabras! ¡Retirarse sin ofrecerse a volverme a llevar como si... no sé cómo diga; pero tú me dirás tu parecer sobre todas estas cosas. Lo que yo puedo decir es que considero acabadas mis incertidumbres y que no por esto es más feliz mi situación. Sin embargo... Mas ¿por qué he de confundirme con mis pensamientos? ¿No está determinado por la Providencia lo que ha de suceder?

No habiendo venido Charles ni el doctor por la tarde hice a Milord y a las dos hermanas una relación abreviada de lo que había pasado entre su hermano y yo sin darme cuidado la presencia de Emily. Apenas había yo acabado cuando yéndome a mi cuarto entraron los dos amigos. Charles se dirigió inmediatamente a mí dándome nuevas excusas por la pena que me había causado, y a cada palabra que decía, se echaba de ver su alteración que le hacía titubear y temblar. ¿Por qué titubear y temblar, querida mía?

Yo le respondí que no tenía inconveniente en confesar cuánto había excitado mi compasión su triste historia, y le supliqué que se acordase de su promesa. Entonces me dijo que había encargado al doctor Bartlett la cumpliese, y el buen doctor aseguró que nada le era más

grato que tal encargo. Como yo estaba cerca de la puerta con ánimo de subir a mi cuarto, lo hice en efecto así. Al pasar me saludó Charles con una profunda reverencia sin decirme ni una palabra, y yo creí notar que él había pensado que me detendría; pero no, por cierto.

Sin embargo, yo me compadezco de Charles de todo corazón, y por consiguiente ¡qué capricho el de estar enfadada con él! Nunca tanta bondad, tanta sensibilidad, tanta compasión que es según creo, el principal origen de sus penas, se han hallado juntas en un corazón tan varonil.

Di, di, mi querida Lucy... pero no, no me digas nada antes que hayamos leído las cartas que ha de entregarme el doctor, pues entonces tendremos a la vista todos los documentos necesarios.

Sábado 25 por la mañana.

Charles ha partido a Londres. No pudiendo ser feliz en sí mismo, va a proporcionarse el placer de contribuir a la felicidad de otros, y gozará de ella como estos. ¡Qué presente del cielo es un corazón benéfico! Aunque sucedan todas las desgracias posibles a un hombre de este carácter, jamás le harán enteramente infeliz.

Sábado al mediodía.

Acabo de tener una larga conversación con Milord y las dos hermanas. ¿Qué dirás, Lucy? Todos están persuadidos a que el gran combate de Charles y su más vivo dolor provienen de... Su gran combate (a la verdad, no sé lo que escribo... pero no mudaré nada) es o proviene de su compasión de la desventurada Clementina por una parte, y de su amor a otra por otra.

Pero ¿quién se contentará con la mitad de un corazón, por grande y por sensible que yo suponga el suyo? ¡La compasión, Lucy, la compasión del corazón de Charles! Esto no puede ser más que amor. ¿Y no debe tenerlo a una mujer de semejante carácter? Tú misma, Lucy, ¿no estás sumamente compadecida por la desdichada Clementina? ¡Qué desgraciado amor! Clementina ama contra su religión, es decir, contra su inclinación al menos por este respecto a un hombre que no puede ser suyo sin ir contra su conciencia y honor. ¡Amar contra su inclinación! ¿Qué quieren decir estas palabras? ¡Cuánto hay de absurdo en esta pasión que se llama amor, o por mejor decir, cuántos efectos absurdos produce en los que se dejan arrastrar de ella! Yo quiero que la mía esté siempre subordinada a las leyes de la razón y del deber, y así mis recuerdos y mis reflexiones no me causarán nunca un pesar durable.

Carta LIX

Harriet Byron a Lucy Selby

El doctor Bartlett me preguntó qué circunstancias de la historia de Clementina quería yo que me comunicase primero, y prometió copiármelas. Yo se las manifesté por escrito, y acaso tengo que vituperarme alguna afectación; pues comencé por algunos pasajes que no son los más interesantes como la historia de Olivia, la de la señora Beaumont, y el señor Jeronymo, etc., pero las verdaderas circunstancias, querida mía, que estoy impaciente por saber, son estas: la primera conversación de Charles con Clementina en orden al conde de Belvedere; la conferencia que se le rogó tuviese con ella con motivo de sus primeras melancolías; los medios con que logró la señora Beaumont arrancar de ella misma la confesión de una pasión que tan cuidadosamente había ocultado a los más tiernos parientes del mundo; la acogida que se tuvo a Charles cuando llegó de Viena; cómo recibió la familia, y en especial Clementina, sus proposiciones de reconciliación tocante a la religión y a la residencia; y la más importante de todas, amada Lucy, su triste y última separación, lo que la hizo necesaria, qué sucedió después en Bolonia, y cuál es al presente la situación de Clementina.

Si el doctor se explica francamente sobre este último particular, sabremos tal vez qué hace desear la vuelta de Charles a Bolonia después de tan larga ausencia, y por qué parece persuadido a que no servirá de nada su condescendencia. ¡Oh, Lucy! ¡Cuántos grandes acontecimientos dependen de este punto! Pero dejaos de dilaciones, señor Charles Grandison, os lo suplico encarecidamente: dejaos de dilaciones, estimado doctor: a mi corazón atormenta el pensamiento de la menor tardanza y no puede sobrellevarlo.

NOTA. *Muchas cartas contienen aquí las primeras relaciones que Harriet pidió al doctor Bartlett, las cuales son tan sumamente dilatadas que se tiene por conveniente suprimir varias de ellas, a causa de que retardan demasiado el curso de los sucesos; pero al mismo tiempo se cree que deben conservarse otras para que se sostenga el carácter de la obra. Se empezará por la conferencia de Charles y Clementina con motivo de sus primeras melancolías, siendo de advertir que Charles no sospechaba todavía que fuese la causa de ellas, aunque Clementina había rehusado las proposiciones que él se había encargado de hacer en favor de otro. Lo que se va a dar es un extracto de sus cartas escritas al doctor.*

El marqués, la marquesa y yo nos paseábamos en una alameda del jardín, y Clementina, a quien su tristeza hacía buscar la soledad, estaba bien distante de nosotros en otra alameda con Camilla su camarera, la cual iba detrás procurando divertirla con su conversación; si bien aunque ella la amase, lejos de responderle se quejaba de que la importunara con sus palabras.

—¡Cara hija! —me dijo el marqués arrasados sus ojos en lágrimas —: miradla andar ya con paso lento, ya con paso más ligero como para deshacerse de la compañía de Camilla, de quien empieza a fastidiarse porque la ama. ¡Ay de mí! ¡Me habría pasado por la imaginación que una hija que era la delicia de mi corazón, llegaría alguna vez a ser su tormento! Sin embargo, no por esto es menos amable a mis ojos. Pero ¿sabéis, mi estimado Grandison, que nosotros no podemos arrancar de ella más que sí o no? Ya no es posible conseguir que entre en la menor conversación, aunque sea sobre la nueva lengua que le habéis enseñado, y a la cual hemos visto tenía tanta afición. Procurad hacerla hablar: obligadla a que discurra acerca de algún asunto.

—Sí, señor Grandison —me dijo la marquesa—: habladle, suscitad algún asunto que sea capaz de llamar su atención. Nosotros le hemos prometido que no le hablaremos más de casamiento hasta que ella misma se halle dispuesta a admitir nuestras proposiciones, y sus ojos llorosos nos han manifestado su gratitud. Cuando está en pie, nos da gracias con una reverencia, y cuando está sentada, con inclinar la cabeza; mas no sale ni una palabra de su boca pareciendo estar inquieta y violenta, cuando nosotros le hablamos. ¡Miradla! Ahora entra en el templo griego, y la pobre Camilla le habla sin lograr ninguna respuesta. Pienso que no nos ha visto: adelantémonos por este rodeo hasta el bosquecito de mirtos desde donde podremos oír lo que pase.

Mientras íbamos, me contó la marquesa que en su último viaja a Nápoles un oficial joven llamado el conde de Marulli, hombre amable pero pobre, había aspirado secretamente al corazón de Clementina, lo cual no habían sabido hasta poco tiempo antes por la confesión de Camilla, quien hablando con ellos sobre la causa de esta profunda melancolía de su hija, les había dicho que el conde había querido inducirla con grandes ofertas a que pusiese una carta en manos de su señorita; que ella le había rechazado con indignación, y que él le había suplicado encarecidamente no comunicase nada de esto al hermano general de quien dependía toda su fortuna, por cuyo motivo había callado; pero que pasados algunos días habiendo hablado con su señorita acerca de lo que había visto en el viaje de Nápoles, la había oído nombrar con bastante elogio al conde de Marulli.

—¿Sería imposible —añadió la marquesa— que mi hija se hubiese inclinado a él? En todo evento haced, señor Grandison, que recaiga la conversación sobre el amor, aunque con maña y sin nombrar en ninguna manera a Marulli, pues ella pensaría que habíais hablado con Camilla. Mi hija es altiva y sentiría con extremo que la creyeseis enamorada, especialmente de un hombre inferior a ella. No obstante, confiamos en vuestra prudencia, y se lo nombraréis o no se lo

nombraréis, según os parezca conveniente.

—Cuenta —la interrumpió el marqués— con que esa sospecha es infundada. Es verdad que Marulli estaba en Bolonia cuando nosotros, pero Clementina no es capaz de corresponder a ningún amante secreto.

En esto llegamos al bosquecito de mirtos que está a la espalda del templo, desde donde oímos el diálogo siguiente.

Camilla. Pero ¿por qué, señorita, por qué queréis que os deje? Vos sabéis cuánto os amo y habéis tenido siempre gusto en conversar conmigo. ¿Qué agravio os he hecho? Yo no entraré en este templo, si me lo prohibís; mas no puedo, no debo alejarme.

Clementina. ¡Importuno afecto! ¿Crees tú que haya mayor tormento para mí que tu persecución? Si tú me amaras, sólo procurarías complacerme.

Camilla. Yo no tengo otra pasión ni otro cuidado, mi amada señorita.

Clementina. Déjame pues, Camilla: yo me hallo mejor, y me siento más tranquila cuando estoy sola. Tú me persigues, Camilla, y andas alrededor de mí como una sombra, y a la verdad no eres más que una sombra de la oficiosa Camilla que eras.

Camilla. ¡Queridísima señorita! Os suplico...

Clementina. ¿Vuelves ya a la canción de tus súplicas? ¿No se atreven a confiarme a mí misma? Aun cuando yo fuese una criatura vil de quien se sospechase algún mal designio, no me observarías con más cuidado.

Camilla quería continuara esta conversación, pero una orden absoluta la obligó a dejarla, y ambas permanecieron en silencio, llorando al parecer Camilla.

—Ya es tiempo, señor Grandison —me dijo el marqués—: acercaos; dejaos ver; hablad de Inglaterra o de cualquiera otro asunto: aún os queda una buena hora hasta la de comer. Espero que nos la traeréis más alegre. Es menester que se siente con nosotros a la mesa, pues nuestros convidados notarían su falta, por correr ya la voz de que se le ha vuelto el juicio.

—Temo —respondí yo— que no sea este momento de los más favorables, porque al parecer está agitada, y tal vez Camilla aunque sus intenciones sean las mejores del mundo, haría mejor en estas ocasiones en acomodarse algún tanto al humor de su señorita.

—Entonces —me dijo la marquesa—, sería de temer que el mal se radicase y se hiciese habitual. Nada menos que eso. Ved cómo habéis de trabar conversación con ella: nosotros esperaremos aquí algunos minutos para daros tiempo.

Yo me retiré un poco, y pasando a la alameda que va a parar al templo, me acerqué lo bastante para ser visto; pero viéndola sentada

me contenté con hacerle una profunda reverencia. La camarera estaba de pie y con su pañuelo en los ojos entre dos columnas, y acelerando yo el paso como si hubiese temido inquietar su soledad, pasé con bastante ligereza; pero después fui muy poco a poco por oír lo que decían. Clementina se levantó y adelantándose hacia la puerta del templo, echó una mirada por mi lado y la oí decir:

—Ha pasado. Aprende, Camilla, a tener alguna más discreción.

—¿Le llamo? —le dijo esta criada, y ella respondió sucesivamente:

—*No, sí, no:* en fin no, no le llames: quiero dar un paseo por la alameda. Ahora, Camilla, puedes irte, que no falta gente en el jardín que vele sobre mí; y si no, no te vayas, si piensas estarte; poco me importa que sea este o el otro quien tenga cuidado de mí: solamente quiero que no me hables cuando yo te mande callar.

En esto echó por una alameda que atravesaba aquella en que yo estaba; pero después de una o dos vueltas hallándome junto a ella, la saludé respetuosamente como con ánimo de retirarme para dejarla en libertad. Clementina se detuvo y yo la oír repetir a Camilla:

—¿Aprenderás de este caballero lo que es discreción?

Yo le dije entonces:

—Perdonad, señorita, ¿no es demasiada libertad la mía?...

Clementina me interrumpió:

—Camilla hace hoy algo de la oficiosa y me atormenta... ¿Son tan severos, señor Grandison, los poetas de vuestro país como los nuestros contra el abuso que hacen las mujeres de su lengua?

—Los poetas de todos los países, señorita, se jactan de tener la misma inspiración; y los poetas, como los demás hombres, escriben lo que sienten.

—Hacéis, señor Grandison, un lindo cumplimiento a mi sexo.

—Los poetas, señorita, tienen mejor ingenio que los demás hombres, y de consiguiente una sensibilidad más viva; pero como no siempre tienen el mismo derecho para vanagloriarse de su juicio, porque esta prenda y el ingenio rara vez van juntos, acaso les sucede algunas veces explicar muy bien las causas y desenfrenarse después satirizando los efectos.

A este tiempo, Clementina percibió a su padre y a su madre entre algunos naranjos y me dijo:

—¡Ay, Dios mío! Me vitupero no haberles rendido mis respetos en todo el día. No os alejéis, caballero.

Clementina se acercó a sus padres, los cuales se detuvieron.

—Parece —le dijo el marqués— que te hallas en una seria conversación con el señor Grandison. Pues te dejamos, querida hija, y tu mamá y yo nos volvemos a casa.

Y en efecto nos dejaron.

—Jamás ha habido padres tan bondadosos —me dijo volviendo a

su alameda—. ¡Cuán vituperable sería yo si no les correspondiese! ¿No les habíais visto, señor Grandison?

—Yo no hacía más que apartarme de ellos, señorita. Os miran como la mejor de todas las hijas, pero les causa suma aflicción vuestra tristeza.

—Yo conozco su extremada bondad y mi sentimiento sería causarles alguna pena. ¿Os han manifestado alguna inquietud, señor Grandison? Vos sois el confidente de toda la familia, y vuestra conducta noble y desinteresada os hace amar de todo el mundo.

—Esta mañana misma se han dolido, arrasados sus ojos en lágrimas de la triste situación en que os ven.

—Camilla, puedes acercarte y oirás defender tu causa; acércate, te digo: ven a oír lo que parece quiere decir este caballero: a las dos nos excusará muchas penas.

—Señorita, he concluido.

—No, señor, yo no puedo creerlo. Si tenéis encargo de mi padre y de mi madre, estoy dispuesta, como debo, a escucharos hasta la última palabra.

Camilla se acercó.

—¡Señorita! —proseguí yo con un aspecto enternecido—: ¡digno objeto de tantas inquietudes! ¿Qué podré, qué deberé yo deciros? Lo mucho que deseo vuestra felicidad puede hacerme importuno; pero ¿cómo he de esperar merecer vuestra confianza, cuando rehusáis tenerla con vuestra madre?

—¿Qué es eso, señor Grandison? ¿Qué se pretende de mí? Yo no gozo de buena salud: yo era viva, yo gustaba de la conversación, del canto, del baile, del juego y de las visitas, y ya no tengo afición a ninguna de estas diversiones. Sólo gusto de la soledad, y estoy contenta conmigo misma: la compañía ha llegado a serme molesta, y no está en mi mano pensar de otra manera.

—Pero ¿de qué puede provenir, señorita, esa mudanza en una persona de vuestra edad? Vuestra familia no alcanza la razón y esto es lo que la aflige sobremanera.

—Lo conozco así y lo siento en el alma.

—Parece que no os agrada absolutamente ninguna diversión. Vos sois de una piedad ejemplar, nadie ha tenido más respeto que vos a la religión, y sin embargo...

—¡Vos, señor! ¡Un inglés, un hereje!... Perdonad si os doy este nombre, mas ¿no es verdad que lo sois? ¡Vos me habláis de piedad y religión!

—Nosotros, si gustáis, no tocaremos ese punto. Lo que yo quiero decir, señorita...

—Sí, señor, entiendo lo que queréis decir, y yo confesaré que estoy algunas veces muy melancólica. Ignoro qué origina esta alteración;

pero ella es real y verdadera, y para nadie puede ser más sensible que lo es para mí misma.

—Pero, señorita, ese mal precisamente ha de tener alguna causa. ¿No es muy extraño que sólo respondáis con suspiros y lágrimas a la más tierna y a la más indulgente de todas las madres? Sin embargo, ella no advierte nada en vos que muestre obstinación o mal humor, sino por el contrario el mismo respeto, la misma dulzura y la misma condescendencia que siempre le ha encantado ver en su amada Clementina. No osa forzar vuestro silencio y su ternura le hace temer el instaros demasiado. ¿Cómo pues podéis, querida hermana (perdonad esta libertad, señorita), cómo podéis dejar a tan buena madre sin decirle ni una palabra consolatoria? ¿Cómo podéis verla padecer con el corazón oprimido, con los ojos anegados en lágrimas, no pudiendo contener ni sabiendo adónde dirigir sus pasos, porque no puede decir nada capaz de consuelo a vuestro afligido padre? ¿Cómo el secreto de tan fatal alteración es todavía impenetrable para ellos que temen mucho ver convertirse el mal en hábito, y en un tiempo en que debéis colmar todas sus esperanzas?

Clementina derramó algunas lágrimas, inclinó la cabeza hacia Camilla y se apoyó un momento sobre su brazo. Después, levantándola hacia mí me dijo:

—¡Qué pintura me hacéis de mi obstinación y de la bondad de mi madre! Yo quisiera... ¡sí, quisiera con toda mi alma que mis cenizas estuviesen ya depositadas con las de mis mayores! Yo era el consuelo de mi familia y veo que ya seré siempre su tormento.

—¡Válgame Dios y qué expresiones, señorita!

—No me vituperéis: nada me satisface en mí misma. ¡Cuán miserable ser el que no puede soportar su propia existencia!

—Yo me lisonjeo, señorita, de que tendréis bastante confianza en vuestro cuarto hermano para abrirle vuestro pecho, y lo que únicamente os pido es que aliviéis el corazón de la mejor de todas las madres y que hagáis pueda dar el mismo consuelo al mejor de todos los padres —En esto pareció reflexionar, volvió el rostro, lloró y yo la creí medio persuadida—. Encargad a vuestra fiel Camilla, señorita, que declare vuestras penas a vuestra madre.

—Deteneos, caballero —pareciendo recobrarse—: os suplico que no paséis tan adelante. ¡Abrir mi pecho! ¿Y quién os ha dicho que yo tengo alguna cosa que revelar? Vos sabéis insinuaros, señor Grandison, vos me habéis casi persuadido a que tengo algún secreto que me oprime el corazón, y luego que he querido buscarlo para condescender a vuestras instancias, no he hallado nada en él. Perdonadme, señor... —Aquí se detuvo.

—Y perdonadme, señorita —tomando su mano—: no creáis que yo me satisfago con semejante excusa.

—Vos sois demasiado libre, señor Grandison —Sin retirar no obstante su mano.

—¡Para un hermano, señorita! ¡Demasiado libre para un hermano! —Y solté su mano.

—Y bien ¿qué es pues lo que exige de mí mi hermano?

—Os ruega, os conjura tan sólo que declaréis a vuestra tierna, a vuestra excelente madre...

—Deteneos, señor Grandison, os lo suplico. ¿Qué, qué queréis que yo declare? Decidme vos mismo, inventad un secreto que me convenga declarar, y si me excusa la molestia de las averiguaciones, tal vez llegaré yo entonces a tranquilizar algo a mis hermanos por lo menos.

—Esas chanzas, señorita, comienzan a darme alguna esperanza: continuad en esa agradable disposición, y el secreto se descubrirá por sí mismo, sin que sean necesarias ningunas averiguaciones.

—Camilla, a quien veis aquí, no cesa de atormentarme con el necio capricho de que yo estoy enamorada. Una joven no puede estar seria ni entregarse algún tanto a la meditación sin que de contado se la acuse de tener amor. Yo me creería digna de todo mi aborrecimiento, si hubiera dado a algún hombre en el mundo poder para que me causase la menor inquietud; y me lisonjeo, señor, me lisonjeo de que vos, que tomáis el nombre de hermano mío, no hacéis de vuestra hermana tan despreciable concepto.

—¡Despreciable! Yo no convengo, señorita, en que el amor sea digno de desprecio.

—¡Qué! ¿No lo es cuando no es acertada la elección?

—¡Señorita!

—¿Qué he dicho que os admira? Vos queríais... Pero yo sólo he pensado daros a entender que no es de ahora el comprender yo vuestras insinuaciones, y que el día, si os acordáis, en que me leísteis cuatro versos de uno de vuestros poetas que contenían una pintura muy fuerte de la melancolía de los amantes, tuvisteis, como supongo, la malicia de aplicármelos; pero si fue esta vuestra mira, os aseguro, señor Grandison, que carecía de fundamento igualmente que la importunidad de los que me importunan y afligen de continuo atribuyendo mi enfermedad a alguna debilidad de amor.

—Os aseguro, señorita, que no tuve entonces tal intención.

—¡Entonces! Ni aún ahora, me lo prometo.

—Me acuerdo de los versos; ¿y cómo podía yo habéroslos aplicado? La repulsa que habéis hecho de muchos amantes, la aversión que mostráis tener a un hombre del mérito y de la suposición del conde de Belvedere, aunque es de la aprobación de toda vuestra familia, son pruebas convincentes...

—¿Ves, Camilla? —interrumpiéndome con precipitación— Este

caballero está convencido. Te suplico por la última vez que no me incomodes con tus preguntas y conjeturas sobre el mismo asunto. ¿Me entiendes, Camilla? Sabe que por todo el oro del mundo no quisiera que se me pudiese echar en cara el tener amor.

—Pero, señorita, si quisierais explicaros con vuestra madre acerca de la melancolía que ha substituido a vuestra alegría natural, ¿no excusaríais sospechas que parecen disgustaros? Acaso vuestra tristeza proviene del sentimiento que os causa no poder condescender a los deseos de vuestro padre... Acaso...

—¡Explicarme! —me interrumpió— ¿He de estar yo siempre oyendo hablar de explicaciones? Pues bien, señor Grandison: yo no me hallo con salud; yo no estoy contenta conmigo misma: ¿lo he de volver a decir?

—Si vuestra inquietud proviniera de algunos escrúpulos de conciencia, no dudo de que vuestro confesor...

—No me pondría más tranquila: es un hombre de bien, pero ¡tan severo! —esta última palabra la dijo en voz muy baja y mirando si Camilla había podido entenderla—. Algunas veces se inquieta acaso más de lo que debería; ¿y por qué? Porque las buenas prendas que veo en vos me inclinan a pensar bien de vuestros principios, y porque aunque seáis hereje, creo advertir cierta apariencia de bondad en vuestros sentimientos.

—Vuestra madre, señorita, me preguntará si me habéis honrado con hacer de mí alguna confianza; pues su carácter naturalmente franco le hace pensar que todo el mundo será tan poco reservado como ella. Vuestro padre suplicándome que os estimule a franquearme vuestro corazón, manifiesta claramente que tendría singular complacencia en que yo os mereciese esta gracia a título de cuarto hermano. El señor obispo de Nocera...

—Sí, sí, sé que sois adorado de toda mi familia: yo misma hago de vos el mayor aprecio y creo deberlo hacer de un cuarto hermano que tan generosamente me ha conservado el tercero; pero, señor Grandison, ¿quién es capaz de vencer vuestra propia obstinación en todos los puntos en que habéis llegado a fijaros? Si yo encerrara algún secreto en mi corazón, ¿creéis que reservaría mi confianza para un hombre que ha nacido en el error y que cierra los ojos a la luz en lo concerniente a su eterna felicidad? Haceos católico, señor Grandison, y no os ocultaré absolutamente nada de lo que pasa en mi corazón. Entonces sí que seréis mi hermano, y yo libertaré a uno de los hombres más santos del mundo de las muchas inquietudes que le causa el verme tratar familiarmente a un hereje tan obstinado como vos. Entonces sí, vuelvo a deciros, que no tendré secreto que no os comunique gustosa como a un hermano mío.

—Pero nada os impide, señorita, revelarlo a vuestra madre, a

vuestro confesor, al señor obispo de Nocera…

—Sí, si yo lo tuviera.

—Por lo demás, yo extraño que vuestro confesor se inquiete por los favores que me dispensa vuestra familia. ¿Os he hablado yo nunca de religión?

—Confieso que no, señor Grandison; pero vos sois tan obstinado en vuestros errores que quitáis toda esperanza de convenceros de ellos. Yo os miro verdaderamente según la orden que tengo de los que me han dado el ser, como mi cuarto hermano, y desearía que todos mis hermanos estuviesen en el seno de una misma religión. ¿Queréis que el padre Marescotti conferencie sobre este punto con vos, y prometéis que si desvanece todas vuestras dudas, cederéis a la fuerza de la razón y del convencimiento?

—Excusadme, señorita, todas las disputas tocantes a religión.

—Hace mucho tiempo, señor Grandison, que estoy pensando en haceros esta proposición.

—Algunas veces me lo habéis dado a entender, señorita, aunque no os habéis explicado tan claramente como hoy; pero yo estoy adicto a la religión de mi país, aunque sin embargo respeto los hombres de bien de todas las religiones.

—Muy bien, señor Grandison: vos sois un hombre pertinaz, como puedo inferir de esa respuesta. Os tengo lástima y me compadezco de vos de todo corazón. Vos estáis adornado de excelentes prendas, y varias veces me he dicho a mí misma que no habéis nacido para vivir ni morir aborrecido del cielo; pero retiraos, señor Grandison, dejadme: vos sois el más obstinado de todos los hombres, y vuestra pertinacia es de las más vituperables y delincuentes, porque huís de quedar convencido.

—Nos hemos alejado tanto de nuestro asunto que tengo a bien obedeceros. Os dejo y os pido por único favor…

—Acaso no nos hemos alejado tanto como vos imagináis —me interrumpió, volviendo la cabeza para ocultarme que se ponía encarnada—; pero ¿qué pedís a vuestra hermana?

—Que para llenar de alegría a toda su familia se presente hoy en la mesa con un rostro más alegre del que suele tener, con especialidad habiendo muchos convidados que se prometen el honor de verla. Déjese, señorita, ese silencio…

—Ya habréis visto, señor Grandison, que no he guardado demasiado con vos. ¿Leeremos esta noche algún autor inglés? Adiós, caballero. Procuraré estar de buen humor en la mesa; mas si lo estoy menos de lo que se desea, que no me lo vituperen vuestros ojos.

En esto echó por otra alameda.

Yo estaba muy distante, estimado doctor, de aplicarme la consecuencia que naturalmente podía inferirse del giro que había

tomado la conversación; pero no me creí menos obligado a disponer prontamente mi marcha por el miramiento debido a toda la familia; y cuando dije a Clementina que me disponía a partir, no me causó poca satisfacción el aire de frialdad con que la vi recibir esta noticia.

Harriet hace las reflexiones siguientes sobre esta conferencia y la primera tocante a la pretensión del conde de Belvedere.

¿No infieres de este pormenor, querida Lucy, que bien pronto tendré el placer de abrazaros a todos en Northampton Shire? Sí, sí, no lo dudes.

Pero ¿no es extraño, amada prima, que un padre, una madre, unos hermanos tan celosos como nos pintan a los italianos, y tan altivos como debe suponerse a una familia de su clase, diesen tanta libertad al más amable de todos los hombres para ver y hablar a su hija y hermana cuya edad, según parece, no pasa de diez y ocho o diez y nueve años? ¡Hacerle aprender la lengua inglesa! ¡Grande discreción por cierto en un padre y una madre! ¡Elegirle para que hablara a esta pobre niña en favor de un hombre con quien deseaban verla casada! Mas acaso dirás tú que el medio de escuchar desde un gabinete inmediato todo lo que se hablase en la primera conferencia, era muy suficiente para asegurarse de su integridad, y que después de esta prueba quedaba justificada su prudencia para lo sucesivo. Sea muy enhorabuena, Lucy: tú puedes excusarles si quieres; pero sin haber nacido en Italia todo el mundo hubiera creído a tal preceptor peligroso para una joven, y tanto más que es hombre de honor y de ilustre nacimiento. ¿Cuál es el país del mundo en que no se busque para maestro de una señorita un hombre casado, ya se trate de baile, ya de música, ya de lenguas o de alguna ciencia? Pero dejémosles pagar el precio de su indiscreción.

En ese momento me aparto del doctor, a quien he insinuado con toda la maña que me ha sido posible algunas de mis observaciones, y me ha dicho que la marquesa había sido educada en París; que además hacía algún tiempo que habían variado mucho los usos en Italia; que entre las personas de condición comenzaba la libertad francesa a ocupar manifiestamente el lugar de la reserva italiana; y que por el saber, la urbanidad y el buen gusto que reinan en las damas de esta familia, se les daba con particularidad el nombre de *francesas.*

Tú advertirás en la segunda conferencia con cuánta destreza (y con cuánta honradez, a la verdad) recuerda Charles a Clementina la cualidad de hermano que se le permite tomar con ella. ¡Cómo repite el nombre de *hermana!* ¡Ah, Lucy! Yo soy también su hermana en el mismo sentido. Charles está acostumbrado a este lenguaje y acaso se vale de él como de un preservativo contra la pasión de las jóvenes. Sin embargo, yo te he confesado la mía casi gloriándome de tenerla; y sus

hermanas ¿no la conocieron? ¡Cuánto admiro el silencio de Clementina! Pero en circunstancias iguales a las mías ¿hubiera sido ella más reservada? ¡Cuán sagazmente en la segunda conferencia oculta sus sentimientos con el velo de la religión! Bien se echa de ver que si sus instancias hubiesen surtido algún efecto, o hubiera ocultado mucho tiempo la causa de su melancolía, con especialidad cuando sus parientes tenían tanta indulgencia con ella como la que tienen conmigo los míos.

Mi compasión de esta noble Clementina empieza a hacer fuerte impresión en mi corazón, y sólo me ocupa este pensamiento. ¡Cuán impaciente estoy por ver todos los extractos!

NOTA. *Conferencia en que la señora Beaumont descubre el secreto de Clementina. El doctor Bartlett dijo a Harriet que a instancia de la marquesa escribió la Beaumont a esta señora todo lo que había pasado en Florencia entre ella y Clementina, y que él sólo daba la traducción de su carta.*

Vos me perdonaréis, señora, que haya diferido hasta hoy el escribiros, habiendo de comenzar por comunicaros que solamente desde ayer noche me hallo en estado de daros alguna satisfacción sobre la empresa que me habéis hecho el honor de confiarme.

Yo he llegado a descubrir un secreto que acaso vos habíais adivinado. El amor, pero un amor puro y loable, es la enfermedad que turba ha mucho tiempo el reposo de vuestra admirable Clementina y la alegría de vuestra ilustre familia. Tengo que hablaros de una grandeza de alma que es digna igualmente de lástima y admiración. ¡Cuánto no ha padecido esta amable niña en un combate no interrumpido entre el deber, la religión y el amor! Temo no obstante que este descubrimiento no sea muy agradable para vuestra familia; pero la certidumbre es preferible a la duda, y vos me mandasteis que no omitiese ninguna circunstancia en la relación que deseáis tener con la mira de valeros de los remedios más convenientes para la curación del mal, por lo que voy de contado a obedeceros.

Los primeros días después de nuestra llegada a esta ciudad se pasaron en cuantas diversiones nos parecieron más proporcionadas para hacer reinar la alegría en derredor de la amable Clementina; mas viendo que la compañía la era sumamente molesta y que el no rehusarla era sólo por política, dije a las señoras que yo tomaría enteramente a mi cargo el cuidado de divertirla y dedicaría todo mi tiempo a su servicio, en lo cual consintieron desde luego. Cuando yo le manifesté mi intención, se me mostró muy alegre, y haciéndome el honor de abrazarme con todas las gracias de que tan liberalmente la ha enriquecido el cielo, me protestó que mi conversación sería un bálsamo para su corazón, si se la permitía gozar de ella en la soledad.

Es superfluo añadir que en los primeros días nada había yo omitido por granjearme su cariño, cuyo cuidado tuvo tan buen efecto que me prohibió darle más nombre que el de *querida Clementina,* por lo cual me lisonjeo, señora, de que disimularéis mi libre tratamiento.

Ayer por la noche me suplicó la diese en algún buen libro inglés lo que ella llama una lección, y yo quedé maravillada de ver sus progresos en el idioma de mi país.

—¡Ah, querida mía! —le dije— ¡Qué admirable método ha seguido vuestro preceptor, si formo juicio de él por el conocimiento que habéis adquirido en tan poco tiempo de una lengua que no tiene la dulzura de la vuestra, aunque por la fuerza de la expresión no cede quizá a ninguna de las modernas! —En esto la vi llenarse de rubor.

—¿Os parece así? —me dijo, y entonces advertí en sus ojos y en todo su semblante que no había necesidad de insinuarle nada de Marulli ni de ningún otro hombre.

En vista de esto, comencé a hablarle con elogio del conde de Belvedere, como el señor marqués quiso que lo hiciese, y me declaró con franqueza que nunca tendría afición a él. Yo le hice presente que agradando al parecer el conde a toda su familia, debía en mi dictamen explicarse algún tanto sobre sus objeciones.

—En verdad, querida mía —añadí—, vos no tenéis sobre este punto todo el respeto que se merece la indulgencia de vuestros amados padres.

Clementina se estremeció.

—Esa reconvención es dura —me respondió—: ¿no es verdad, señora?

—Pensad bien en ella —repliqué yo—, si os parece justa, y después de una hora de reflexión me parecerá como a vos y os pediré perdón.

—Temo en efecto —prosiguió ella—, tener algo que vituperarme. Yo tengo los mejores y más tiernos padres del mundo; pero hay algunas cosas, algunos secretos que cuesta repugnancia comunicar, y acaso se querría más bien que se arrancasen con la fuerza de la autoridad.

—Vuestra confesión, querida mía, es propia de un alma en extremo generosa. Si yo no temiera ser indiscreta...

—¡Oh, señora! —me interrumpió—, no me hagáis preguntas demasiado urgentes, pues me vería perpleja para responderos.

—Paréceme, mi querida Clementina, que la comunicación de los secretos es el verdadero cimiento de una sincera amistad. ¿Sucede algo interesante? ¿Se ve una persona en una nueva situación? Un corazón fiel no tiene sosiego hasta que haya depositado su contento o su pena en el corazón con el que se ha asociado, y esta recíproca franqueza hace el vínculo aún más estrecho. Por el contrario ¿en qué soledad, en qué tristeza y en qué tinieblas no cae un alma que no

puede confiar a nadie sus más ocultos pensamientos? El peso de un secreto respectivo a un negocio interesante oprime necesariamente un corazón sensible y de esto se origina la más profunda melancolía. Por cuanto hay en el mundo no quisiera haber recibido del cielo un alma incapaz de amistad; y la esencia de este divino sentimiento ¿no es la comunicación, la unión de los corazones, el placer de derramar el alma en la de un verdadero amigo?

—Convengo en ello, señora; pero vos confesaréis también que puede hallarse una joven sin un verdadero amigo, o cuando tenga alguno cuya fidelidad conozca, puede entibiarse su confianza por las cualidades de la persona, por la diferencia de la edad, o por la diversidad de la condición, como me sucede respecto a mi Camilla, que es por otra parte una excelente muchacha. Vos sabéis, señora, que en el estado en que hemos nacido, nos vemos rodeados de más cortesanos que amigos. La falta de Camilla es la de atormentarme continuamente, la de volver sin cesar a la misma canción por orden, según es verosímil, de mi familia. Si yo tuviera algún secreto que comunicar, mucho mejor se lo comunicaría a mi madre que a ella, tanto más que en efecto todo sería uno.

—Vos tenéis razón, querida mía, y como el cielo os ha dado una madre que menos madre vuestra que hermana y amiga, me causa suma extrañeza que la hayáis tenido tanto tiempo en la incertidumbre.

—¿Qué he de deciros? ¡Ay, señora!... —aquí se detuvo— Pero mi madre está de parte del hombre a quien no puedo amar.

—Eso es volver a la cuestión. ¿No tienen derecho vuestros padres para querer que se les informe de vuestras objeciones contra el amante por quien se interesan?

—Yo no tengo objeciones particulares contra él. El conde de Belvedere merece una mujer más apreciable que yo lo soy, y yo le profesaría la mayor estimación si tuviera una hermana a quien dirigiese sus obsequios.

—Pues bien, mi querida Clementina, si yo adivino la causa de vuestra aversión al conde de Belvedere, ¿me prometéis hablarme con aquel candor y aquella franqueza que creo esenciales en la amistad? —Clementina titubeó, yo esperé su respuesta callando, y al fin me dijo:

—Os temo, señora.

—Tenéis razón para ello, si me creéis indigna de vuestra amistad.

—¿Qué pensáis vos, señora?

—Que estáis preocupada en favor de algún otro hombre, sin lo cual no pudierais desear a vuestra hermana, si la tuvierais, el marido que creéis indigno de vos.

—¡Indigno de mí! No, señora, no es ese el juicio que he formado del conde de Belvedere.

—Pues eso da nueva fuerza a mi conjetura.

—¡Oh, señora, cuánto me estrecháis!

—Si os parezco indiscreta, decídmelo y callaré.

—No, no: yo no digo que seáis indiscreta; pero sin embargo vos me ponéis en un embarazo.

—Yo no os lo causaría si no hubiera acertado, y si el objeto no fuera demasiado indigno de vos para que lo confeséis sin vergüenza.

—¡Oh, señora! ¡En qué estrecho me habéis puesto! ¿Qué he de deciros?

—Si tenéis alguna confianza en mí, si me creéis capaz de ayudaros con mis consejos...

—Yo tengo en vos toda la confianza que merecéis, pues conozco vuestra prudencia, que es notoria a todos.

—Pues bien, cara Clementina, voy a pensar otra vez. ¿Me lo permitís?

—¿Qué, qué podéis pensar?

—Que un hombre de bajo nacimiento... pobre... sin mérito tal vez...

—Deteneos, deteneos. ¿Y me creéis capaz de envilecerme hasta ese extremo? ¿Por qué me consentís un momento en vuestra presencia?

—Pues vaya, volveré de nuevo a pensar. Presumo que un hombre verosímilmente de sangre real, de un raro talento, superior a nuestras esperanzas...

—¿Y por qué, señora, no recaen también vuestras conjeturas sobre algún príncipe mahometano, una vez que se toma tanta libertad vuestra imaginación?

—No, querida; pero me valgo de vuestras expresiones; y no dudando de que mi amada Clementina tiene amor, me persuado a que la religión le opone todos sus obstáculos. Los católicos celosos no tienen en mejor concepto a los protestantes que a los sectarios de Mahoma, y aunque protestante, confieso que los individuos de mi religión tienen también sus preocupaciones. El celo es siempre celo, cualquiera que sea el aspecto y nombre que tome. Se me ha dicho que un joven aventurero se ha declarado amante apasionado de Clementina.

—¡Un aventurero, señor! —con aire de desprecio— No me creáis nunca capaz...

—Pues no hablemos más de él. Yo he oído hablar asimismo de un caballerito romano, de un segundo de la casa de Borghese. ¿Podré yo suponer que es él?

—Suponedlo muy enhorabuena, señora —Ella estaba contenta, cuando me creía distante de la verdad.

—Pero si el caballero Grandison —este nombre la puso encarnada — le ha hecho malos oficios...

—El caballero Grandison, señora, es incapaz de hacer malos oficios.

—¿Estáis vos segura, señorita, de que no es artificioso el señor Grandison? Él es hombre de talento, y esta prenda debe algunas veces inspirar desconfianza: las personas de su carácter procuran no dar en vago sus golpes.

—El señor Grandison no es artificioso, señora; es superior al artificio y no necesita de él; todos cuantos le conocen le adoran, y su ingenuidad es tan admirable como su prudencia: es superior al artificio —Repitió con calor.

—Convengo en que es acreedor a muchos miramientos de parte de vuestra familia, y no me admiro de que le muestre el mayor cariño; pero me parece cosa muy extraña que contra todas las máximas prudentes del país haya sido admitido un joven de su presencia… —Aquí me detuve.

—¿Cómo es eso? No penséis que yo… que yo… —Clementina se detuvo también, titubeando con una turbación muy notable.

—La prudencia, señorita, no permite exponer ligeramente el honor de una familia y dar motivo a las intrigas…

—A la verdad, señora, vos os habéis dejado preocupar contra el señor Grandison; él es el más desinteresado de todos los hombres.

—Mientras que estuvo en esta ciudad, oí decir a algunas señoritas que tenía muy buena cara.

—¡Muy buena cara! Bien lo creo. Apenas se ven hombres de tan buena presencia como la del señor Grandison.

—¿Y os parece tan maravilloso en orden a su alma y a su carácter, como también me acuerdo de haberlo oído decir? Yo no le he visto más que dos veces, y me pareció que se tenía por hombre de suposición.

—¡Oh, señora!, no le acuséis de hombre inmodesto. Es verdad que sabe distinguir las ocasiones de hablar y de callar, pero nada tiene que se asemeje a la presunción.

—¿Era menester tanto valor para socorrer a vuestro hermano como le atribuyen muchos en esta feliz aventura? Le acompañaban dos criados bien armados, tenía esperanzas de que pasasen algunos caminantes, y los asesinos eran muy pocos y estaba acobardados por su propia conciencia.

—Estimada, estimada señora Beaumont ¿por quién os habéis dejado preocupar? Nadie, según se dice, es profeta en su patria, y yo veo que el señor Grandison no puede prometerse aquí mucho favor de una dama de la suya.

—Yo no sé… pero ¿os ha hablado él alguna vez de otro hombre en términos algo favorables?

—¡Si lo ha hecho! Sí, me ha hablado del conde de Belvedere y quizá con más eficacia…

—¿Efectivamente?

—Sí, efectivamente con más eficacia que la que a mi entender debió haber tenido.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque... porque... Le correspondía a él... vos me comprendéis, señora. Yo supongo que se le habría hecho tal encargo.

—Yo lo presumo también.

—Sin duda, sin duda. De otra manera no hubiera intentado... Creo entrever, señora, que vos no tenéis afecto al señor Grandison; pero puedo aseguraros que sois la única persona a quien he oído hablar de él... aun con indiferencia.

—Decidme con sinceridad, mi querida Clementina: ¿qué os parecen la persona y el carácter del señor Grandison? ¿Es un hombre bello, generoso, prudente, bravo y culto?

—Seguramente yo le tengo por lo que decís, y no soy la única persona de este parecer.

—Pero es mahometano.

—¿Mahometano? ¡Ah, señora Beaumont!

—¡Ah, mi querida Clementina! ¿Creéis que no os he comprendido? Si no hubieseis conocido nunca al señor Grandison, no hubierais tenido repugnancia a ser condesa de Belvedere.

—¿Y podéis pensar, señora...?

—Sí, sí, amiguita mía, lo pienso.

—Vos no sabéis lo que iba a decir.

—Vaya un poco de buena fe, cara Clementina. ¿No ha de ser nunca sincero un amante no hablando con su amante?

—¡Qué, señora, siendo un hombre de diferente religión! ¡Un hombre obstinado en sus errores! ¡Un hombre que no me ha mostrado jamás el menor sentimiento de amor! ¡Un hombre cuya sangre no iguala a la mía! ¡Un hombre además cuyas facultades, como él mismo confiesa, dependen enteramente de la bondad de su padre y de un padre que nada rehúsa a sus placeres! Prohibiéndome el orgullo, el nacimiento, el deber y la religión...

—Pues de ese modo puedo alabar sin cuidado al señor Grandison. Vos me habéis acusado de una injusta preocupación contra él, y yo quiero haceros ver ahora que algunas veces es un hombre profeta a los ojos de las mujeres de su país. De todos cuantos le conocen y que yo he visto u oído hablar de él, tomaré los colores para pintar su carácter. No ha producido la Inglaterra en este siglo persona que le haga tanto honor. El señor Grandison es un hombre honrado según la significación más extensa que tiene esta voz, y si las virtudes morales se perdieran en el mundo, se encontrarían en él sin vanidad ni ostentación. Donde quiera que se presenta, se ve rodeado y cortejado de los hombres más virtuosos, más sabios y eminentes. Hace bien a todo el mundo sin distinción de estados, de sectas ni de naciones. Sus

mismos compatriotas se vanaglorian de ser amigos suyos, y se valen de él para granjearse un buen crédito en sus viajes y en sus negocios, señaladamente en Francia, donde no es menos estimado que en Italia. Es descendiente por todos cuatro costados de las mejores casas de Inglaterra, y puede obtener los primeros honores de su patria, cuando quiera pretenderlos. Estoy informada de que ya se le ha ofrecido la mano de algunas de las mujeres más ricas e ilustres, y si no hubiera nacido para ser rico, llegaría sin duda a serlo. Vos convenís en que es generoso, valiente, de la más bella presencia...

—¡Oh, estimada, estimada señora Beaumont! ¡Basta, basta, que ya habéis dicho demasiado! Sin embargo, yo le reconozco en cada rasgo de esa pintura, y me es imposible resistiros más tiempo. Confieso, confieso que mi corazón sólo es para Charles Grandison. Al presente, no dudando yo de que mis padres os habrán hecho el encargo de arrancarme esta confesión ¿cómo podré soportar sus miradas? No puedo negar que os he revelado mi secreto con sinceridad y sin ninguna condición; pero que sepan al menos cuánto he combatido contra una pasión que me vitupero y que tampoco corresponde a una joven de su sangre, para lo cual voy a poneros en estado de instruirles.

»En primer lugar Grandison, como sabéis, ha salvado la vida al más querido de mis hermanos, quien ha confesado que si hubiese seguido los consejos de tan buen amigo, no hubiera caído en el peligro de que debe a él mismo haber escapado. Mis padres me le presentaron con orden de que le mirase como a un cuarto hermano, y yo no conocí al punto que sólo podía tener tres. No se pasó mucho tiempo sin conocer que el libertador de mi hermano era el más amable y afable, así como el más valiente de todos los hombres, de suerte que toda mi familia le ha colmado de caricias, dispensándole las formalidades domésticas y las de la nación, con lo cual ha tenido en casa tanta liberta y familiaridad como si fuese uno de nosotros. Mi hermano Jeronymo me manifestaba incesantemente que nada deseaba tanto como que yo fuese de su amigo, pareciéndole pequeña para el señor Grandison cualquiera otra recompensa, y que yo sola, por el grande concepto que tenía hecho de mí, era capaz de satisfacer su reconocimiento. Mi confesor, con sus temores y sus invectivas, inflamó más bien que entibió mi estimación a un hombre que no creía digno de ellas. Además, su propia conducta, su desinterés y su respeto han contribuido mucho a los progresos de mi inclinación; pues siempre me ha tratado como hermana, no obstante la grande familiaridad de nuestra amistad y el haber tenido la bondad de ser mi preceptor. ¿Cómo había yo de haberme precavido de un hombre de quien nada me podía hacer desconfiar?

»Sin embargo, yo no comencé a sentir la fuerza de mi pasión hasta que se me propuso al conde de Belvedere y con tantas veras que no

pude menos de inquietarme. Yo miré al conde como la pérdida de mis esperanzas, y a pesar de esto, no respondí a las preguntas de mis padres que querían saber la causa de mi repulsa. ¿Qué razón hubiera yo podido darles, cuando no tenía otra más que mi preocupación en favor de otro hombre, preocupación enteramente oculta en lo íntimo de mi corazón? Pero no obstante yo estaba resuelta a morir antes que a ser mujer de un hombre de una religión contraria a la mía. Yo soy católica celosa, y todos mis parientes no lo son menos. ¡Cuánto no me he irritado con este pertinaz hereje, como muchas veces le llamaba, el primero (pues yo aún no os conocía, estimada señora Beaumont), el primero que mi corazón no haya detestado! Creo en efecto que es el más pertinaz protestante que ha salido jamás de Inglaterra. ¿Qué necesidad tenía de venir a Italia? ¿Por qué no se ha quedado en su patria? O si había de venir aquí, ¿por qué había de detenerse tanto tiempo, insistiendo en su obstinación como para desafiar a los que le han dado tantas muestras de amistad? Mi corazón le hacía secretamente estas reconvenciones, y al principio me pareció que no tenía en esto más interés que el de su salvación; pero después, advirtiendo que sin él no podía ser feliz y permaneciendo no obstante siempre en mi determinación de no admitir su mano si no se hacía católico, enderecé todos mis cuidados a su conversión, esperanzada en obtener todo cuanto fuese posible de la indulgencia de mis padres, y persuadida a que él por su parte se lisonjearía de nuestro enlace.

»Mas luego que perdí las esperanzas de doblarle, tomé la resolución de convertir mis esfuerzos contra mí misma y de vencer mi pasión o morir. ¡Ah, señora! ¡Cuánto he padecido en este combate! Mi confesor me ha intimado sobremanera con las amenazas del cielo; mi camarera no ha cesado de atormentarme; mis parientes me han instado en favor del conde de Belvedere; el conde me ha importunado con sus obsequios, y Grandison ha venido a aumentar la persecución hablándome por el conde. ¡Sagrados cielos! ¿Qué hacer? ¿A qué resolverme? No se me deja un instante de sosiego ni de libertad para reflexionar, para deliberar, para darme cuenta a mí misma de mis propios sentimientos. ¿Cómo había de haber hecho a mi madre mi confidente? Mi juicio estaba en guerra con mi pasión y siempre tenía confianza en que aquel quedaría victorioso. Yo combatí fuertemente; pero aumentándose cada día las dificultades, experimenté que el combate era demasiado violento para mis fuerzas. ¡Que no hubiera yo tenido entonces una señora Beaumont a quien consultar! No es extraño que yo haya llegado a ser víctima de una negra melancolía que me ha obligado al silencio.

»En fin, Grandison tomó la determinación de dejarnos. ¡Qué pena y qué placer sin embargo no me causó esta nueva! Yo creí muy santamente que su ausencia restablecería mi sosiego, y la víspera de

su partida me lisonjeé de haber tenido con él a presencia de toda mi familia la uniforme conducta que tuve. Yo me mostré alegre, tranquila, feliz en mí misma y admiré la alegría que causaba a mis queridos parientes; le di gracias por el placer y la utilidad que había sacado de sus lecciones, y le manifesté grande deseo de que fuera dichoso y de que nunca le faltase alguna persona cuya amistad le fuese tan agradable, como la suya lo había sido para nosotros. Yo estuve tanto más contenta de mí misma que no experimenté ninguna necesidad de violentarme para ocultar los tormentos de mi corazón, y fundaba en esto lisonjeras esperanzas acerca de mi futura tranquilidad. Al tiempo de su despedida tuve más despejo del que él debía de esperar, y me pareció advertir por la primera vez en sus ojos cierta pasión, cierto amor, que me hizo temer de él mismo una compasión de que ya no creía yo necesitar. Sin embargo, al retirarse sentí una instantánea conmoción, y cuando la puerta se cerró después de su salida, dije entre mí: «¡No ha de volver pues a abrirse para recibir a este agradable extranjero!» A esta reflexión se siguió un suspiro; pero ¿quién había de notarlo, no habiendo yo nunca visto partir a mis amigos sin dar alguna muestra de sensibilidad? Mi padre me estrechó contra su pecho; mi madre me abrazó; mi hermano el obispo me dio mil nombres tiernos, y todos mis amigos, no pensando más que en felicitarme por mi buen humor, me dijeron que empezaban a reconocer a su Clementina. Yo me retiré sumamente complacida por el contento que había causado a una amable familia, donde yo misma había hecho reinar largo tiempo la tristeza.

»Pero ¡ay de mí!, este nuevo papel era demasiado difícil de sostener. Las heridas habían profundizado sobremanera, y... Vos sabéis, señora, todo lo demás y que las dulzuras de la vida se han acabado para mí. Jamás, jamás, aun cuando mi suerte estuviese en mi mano, seré mujer de un hombre que hace profesión de ser enemigo de una fe en la que nunca he titubeado, y que no abandonaría por una corona, aunque adornase la frente del hombre que amo, y aunque la repulsa que hiciese de él hubiera de ser vengada con una cruel muerte en la edad más florida de mi vida.

Un diluvio de lágrimas la impidió proseguir, y ocultó suspirando su rostro en mi seno. ¡Cara Clementina! ¡Qué dio de suspiros y cuánto me enternecieron!

Ya no ignoráis nada, señora, de lo que ha pasado entre vuestra amable hija y yo. Jamás ha habido combate tan noble entre el deber y el amor, aunque su corazón sea demasiado tierno y el mérito del objeto demasiado brillante para daros esperanzas de una dichosa transformación. Vuestra hija teme al parecer que yo os informe de todas estas circunstancias, y según me ha dicho, no osará alzar los ojos delante de su padre ni de su madre. Aun más teme, si es posible, que

se informe a su confesor del estado de su alma y de la causa de su mal; pero yo le he hecho el cargo de que es absolutamente necesario que su madre no ignore nada para que pueda aplicar un buen remedio a su enfermedad.

Temo, señora, que sea imposible la cura sin la medicina de satisfacer su corazón. No obstante, si llegáis a superar los obstáculos que oponga vuestra familia, quizá tendréis aun que combatir con vuestra misma hija, es decir, con sus escrúpulos de religión, para hacerle aceptar el único hombre que puede amar. Vos consultaréis vuestra propia prudencia, pero cualquiera que sea el partido que abracéis, paréceme que se la debe tratar con el mayor agrado. Como nunca ha recibido otro trato, estoy persuadida a que en ocasión tan delicada de estar en su juicio en guerra con su amor, sería superior a sus fuerzas un trato opuesto. ¡Quiera Dios a quien tanto respetáis y amáis inspiraros las mejores resoluciones! Solamente añadiré que después de la revelación de un secreto que ha causado en su admirable índole tan fatal alteración, parece estar mucho más tranquila, aunque sin embargo teme el recibimiento que cree la amenaza a su vuelta, y me suplica encarecidamente que la acompañe, cuando la mandéis restituirse a esa ciudad. Mi asistencia, dice, le será necesaria para animarla y alentarla. Habla de entrar en un convento, y piensa que la es igualmente imposible ser jamás de otro hombre y conciliar su deber con una pasión que no puede señorear.

Una palabra consolatoria de vuestra preciosa mano serviría mucho, señora, no lo dudo, para curar su corazón herido. Queda a vuestras órdenes, etc.

—Hortensia Beaumont.

La marquesa dio a esta carta una respuesta donde rebosaba en cada renglón la gratitud maternal, y que iba acompañada de un billete para su hija sumamente tierno y afectuoso, instándola no sólo a volver a Bolonia, sino también a inducir a su amiga a que la acompañase. Al mismo tiempo, le prometió en nombre de su padre y de sus hermanos que sería recibida con el mayor agasajo, y le aseguraba que se intentarían aun cosas imposibles por complacerla y hacerla feliz.

Carta LX
Harriet Byron en continuación

He aquí, mi amada prima, la relación del recibimiento que se hizo a Grandison cuando llegó de Viena.

Yo fui recibido —dice él mismo— con vivos testimonios de estimación y aprecio por el marqués mismo y por el obispo. Jeronymo,

que aún no salía de su cuarto, me abrazó tiernamente diciendo:

—Por fin lo que deseaba a par del alma ha tanto tiempo se ha decidido felizmente. ¡Oh, mi amado Grandison!, y tu dicha es cierta: Clementina es tuya; ahora es cuando tengo la dulce satisfacción de abrazar a mi hermano. Pero yo te detengo: anda a ver a mi dichosa hermana; con mi madre la encontrarás, pues ambas te esperan. Disimula alguna cosa a la turbación de una joven tan tierna, que no tendrá ánimo para declararte ni aun la mitad de sus sentimientos.

Camilla llegó entonces para conducirme al gabinete de la marquesa y en el camino me dijo en voz baja:

—¡Con qué alborozo volvemos a ver al mejor de todos los hombres! Bien merecía tanta bondad esta recompensa.

Yo encontré a la Marquesa en su tocador ricamente compuesta como de ceremonia, mas sin que la acompañase ninguna de sus criadas, y aun Camilla se retiró luego que me abrió la puerta. Clementina estaba en pie detrás de la silla de su madre y vestida del mejor gusto; pero su modestia natural, realzada por un gracioso rubor motivado verosímilmente de las circunstancias del caso, le daba mayor brillantez que la que podía darle el más magnífico adorno. La marquesa se levantó y yo me aceleré para besar su mano. Felicitóme por mi vuelta y me dijo:

—Vos sois el único, señor Grandison, el único de todos los hombres a quien yo pueda cumplimentar así sin faltar a mi decoro. —Y volviéndose a su hija le dijo asimismo—: Clementina, hija mía ¿no dices nada al señor Grandison? —La hermosa Clementina tenía los ojos bajos, con algunas señales de turbación en su rostro—. El habla le falta —prosiguió su indulgente madre—, pero yo os respondo de sus sentimientos.

Considerad, estimado doctor, cuánto me conmovería tan lisonjero recibimiento no sabiendo aún qué se me quería decir.

«Perdonadme, querida marquesa», dije entre mí: «no exijáis nada que ofenda mis principios, y tomad para vos el mundo entero con toda su gloria y todos sus tesoros, que yo seré bastante rico, si me dais a vuestra Clementina.»

La marquesa puso a su hija en su propia silla y yo me acerqué; pero ¿cómo había de abandonarme a mi gratitud cuando estaba combatido de mis temores? Sin embargo, yo me expliqué con bastante ardor para hacer que se atribuyese a mi respeto una modestia de que no era él la única causa. Después, habiendo arrimado una silla para la marquesa, tomé otra para mí de su orden. La marquesa asió una de las manos de su hija para excitar su confianza, y yo me arriesgué a tomar la otra. La amable Clementina inclinó la cabeza, poniéndose encarnada; pero no repugnó esta osadía, como lo había hecho en otra ocasión. Su madre me hizo muchas preguntas indiferentes acerca de mi viaje y de las

cortes que había visitado después de mi partida. También me habló de Inglaterra, y me preguntó por mi padre y mis hermanas, acompañando a esto un aire de placer y amistad como el que se toma para informarse de personas que muy presto han de pertenecernos.

¡Qué mezcla de pena y complacencia no me causaron todos estos favores! Yo no dudaba de que se me propondría la mudanza de religión y aún menos dudaba de mi adhesión invencible a la mía. Después de una conversación bastante corta, se levantó la amable Clementina, hizo una profunda reverencia a su madre, me saludó con aire de dignidad y salió del tocador.

—¡Ah, señor Grandison! —me dijo entonces la marquesa—, apenas podía esperar cuando nos dejasteis que volvería a veros tan pronto, ni para el asunto que nos vemos; pero vos sois capaz de aceptar vuestra dicha con gratitud: vuestra modestia sirve de freno a vuestros ansiosos deseos. —Yo sólo respondí con inclinar profundamente la cabeza; ¿y qué podía decirle?—. El marqués y yo —prosiguió— dejaremos ciertos puntos para que se arreglen entre vos y nuestro hijo el obispo. Vos tendréis, si no lo repugnáis, un tesoro en Clementina y aun un tesoro con ella. Tenemos ánimo de hacer en su favor todo cuanto hubiéramos hecho si no hubiese rehusado al sujeto que le proponía su padre para marido. Ya os haréis cargo de que amamos a nuestra hija... sin lo cual... —Yo celebré su indulgencia y su bondad—. No puedo dudar, señor Grandison, de que queréis a Clementina más que a todas las demás mujeres.

Es cierto, mi querido doctor, que jamás había visto mujer a quien me sintiese más inclinado. Yo no me había contenido sino con el alto concepto que formaba de su calidad, con los motivos de religión, con la confianza que hacía de mí toda su familia y con la resolución que había tomado al empezar mis viajes de no casarme absolutamente con extranjera.

Yo aseguré a la marquesa que no estaba empleado mi corazón, y que no habiendo tenido la presunción de aspirar al logro de la felicidad que ella me ponía a la vista, apenas osaba lisonjearme de que fuese para mí para quien estaba reservada; y entonces me respondió que me creía digno de ella; que yo conocía la singular estimación que me profesaba su familia; que la de Clementina sólo estribaba en la virtud; que a mi carácter debía atribuir mi felicidad; que la opinión del mundo no había dejado de causarles algún embarazo; pero que se habían hecho superiores a ella y no dudaban de que la generosidad junto con el reconocimiento me obligaría a hacer también todo lo que estuviese en mi mano.

A este tiempo entró el marqués, mostrando en todas sus facciones una profunda tristeza.

—Esta cara hija —dijo al entrar— me comunica parte de su mal.

No es siempre una dicha, señor Grandison, tener hijas hermosas y apreciables; pero no hablemos más de esto. Clementina es una joven excelente, y según las disposiciones generales de la Providencia los males de unos redundan en bienes de otros. El obispo de Nocera os hablará de las condiciones.

—He insinuado al señor Grandison —le interrumpió la marquesa— lo que pensamos hacer por él.

—¿Cómo le ha recibido nuestra hija? —preguntó el marqués—: con bastante embarazo, lo considero.

La marquesa le respondió que no había osado alzar los ojos, y él dijo con un profundo respiro que ya lo había previsto.

«¿Por qué», dije entre mí, «se me ha permitido ver a esta excelente madre y a esta prodigiosa hija antes de haberme propuesto las condiciones?» ¡Qué padres, venerado doctor! ¡Qué indulgencia! ¿Y hay en el mundo cosa comparable a su Clementina? Sin embargo ¡no son felices! Pero yo creo serlo aún menos, yo que sufriría de mejor gana los desaires de veinte mujeres que verme en precisión de rehusar las ofertas de una familia a la que debo venerar y amar tanto.

En esto entraron a decirme que el obispo quería verme en una sala inmediata y yo pedí permiso para complacerle. Después de algunas insinuaciones me declaró francamente lo que se esperaba de mis sentimientos en orden a Clementina y de mi gratitud a la familia. Mis recelos no me habían engañado, y aunque yo hubiese previsto este extraño desenlace, me faltó el ánimo para responderle, y el obispo prosiguió:

—¡Vos no decís nada, mi estimado Grandison! ¡Vos titubeáis! ¡Qué, una joven de una de las primeras casas de Italia, una Clementina con una dote que excitaría la ambición de un príncipe, ha de ser desairada por un mero caballero, por un extranjero que aún no tiene conveniencias ni facultades! ¿Es posible, señor Grandison, que estéis incierto tocante a mis ofertas?

Yo respondí por último que sus proposiciones me causaban menos sorpresa que aflicción, y que ya había conjeturado se me harían, sin lo cual el honor que se me había hecho de llamarme y los testimonios de bondad con que se me había recibido, no hubieran podido contener mi alborozo.

El obispo suscitó algunos puntos de religión sobre los cuales rehusé mucho tiempo hablar, y mis respuestas fueron menos de un teólogo que de un hombre de honor que se atiene a su creencia.

—Débil defensa —replicóme—; no esperaba encontraros tan obstinado en vuestro error; pero dejemos una materia que entendéis tan mal. Yo miraría como una grande desgracia verme reducido a la necesidad de valerme de argumentos para inducir a un particular a que aceptase la mano de mi hermana. Sabed, señor Grandison, que si

yo diera a entender a Clementina que vos habíais tan siquiera titubeado… —El obispo comenzaba a enardecerse y el rubor cubría ya su rostro.

Yo le pedí permiso para interrumpirle, y habiéndole hecho notar algún calor en el cargo que me hacía, le aseguré que no pensaba satisfacer a él, porque yo no debía presumir que me creyese capaz de faltar al respeto debido a una persona digna de las atenciones de un príncipe. Le dije que yo no era seguramente más que un particular, pero que mi cuna no era nada despreciable, si merecía tenerse en alguna consideración una dilatada serie de ascendientes sin tener que vituperarse el haberles deshonrado.

—Pero, señor —añadí—, ¿de qué sirven a la virtud los antepasados? Yo no conozco otra guía más que mi propio corazón. Mis principios eran bien sabidos antes que se me hiciese el honor de llamarme, y vos no me aconsejaréis que renuncie a ellos, mientras que funde mi honor en seguirlos.

El obispo prosiguió en un tono más moderado.

—Vos haréis sobre el particular otras reflexiones, mi caro Grandison, y únicamente os ruego observéis que vos os acaloráis también. Sois un hombre estimable y toda la familia desearía como mi hermana veros entre nosotros, pues un prosélito como vos justificaría todo lo que pensamos hacer en favor vuestro. Reflexionad sobre el caso, y que no obstante nadie sepa de nuestra familia que habéis tenido necesidad de esto, y con especialidad que Clementina lo ignore eternamente. Lo que ella ama en vos es vuestra alma y de aquí proviene el ardor con que nosotros acaloramos pasión tan pura y noble.

Yo le aseguré que mi sentimiento era mayor de lo que podía explicar, y que toda mi vida respetaría a su familia aun por otros motivos fuera de su nobleza y grandeza.

—¿No os tomaréis pues tiempo para reflexionar sobre ello? —me interrumpió con nuevo ardor—: vos estáis absolutamente resuelto.

—Si supierais —le respondí yo— cuánto me cuesta deciros que lo estoy, os parecería digno de vuestra compasión.

El obispo estuvo un rato como incierto y después me dijo:

—Lo siento mucho, señor Grandison: pasemos al cuarto de mi hermano Jeronymo, que siempre ha sido vuestro abogado desde que os conoce. Jeronymo es capaz de gratitud; pero vos no lo sois de un sincero afecto.

Mi única respuesta fue que gracias al cielo no hacía justicia a mis sentimientos.

Yo me dejé llevar al aposento de su hermano, y aquí, ¡cuánto no tuve que padecer por el afecto del uno y las instancias del otro! Por último, el obispo me preguntó en tono más sereno, si quería que me

presentase a su padre, a su madre y a su hermana, o si quería más bien partir sin verles. Con esta alternativa se me precisaba a manifestar mi condescendencia o no condescendencia. Yo hice una profunda reverencia a los dos hermanos, y habiéndoles saludado y encargado que rindiesen mis respetos a los estimables sujetos que habían nombrado, volví a mi posada con el corazón tan penetrado de dolor que estuve incapaz de salir en lo restante del día. En la misma silla en que me senté al llegar, estuve dos horas enteras.

Al anochecer, Camilla disfrazada vino a verme y se dio a conocer inmediatamente que estuvo sola conmigo.

—¡Oh, señor! —me dijo—: ¡en qué consternación he dejado toda la familia! Nadie sabe que estoy aquí, pero no he podido menos de venir a veros. Yo no me detendré más que un instante para deciros cuán dignos somos de lástima. Vuestra generosidad os inspirará lo que debéis hacer conforme a las circunstancias. Luego que os fuisteis, el señor obispo contó a mi señora vuestra conversación. ¡Ay, señor!, vos tenéis un ardiente amigo en el señor Jeronymo, que ha procurado sosegarlo todo. Mi señora fue corriendo a contar lo acaecido a mi señor y en mi vida le he visto tan encolerizado. No haya para qué deciros todo lo que se le ha escapado.

—¡Contra mí, Camilla!

—Sí, señor, porque cree ya a su familia sin honor.

—El señor marqués de la Porretta, Camilla, es un sujeto de los más apreciables: yo le venero hasta... pero hazme el favor de continuar.

—Mi señora se lo contó también a mi señorita, aunque en los términos más tiernos. Yo estaba presente, pues temiendo quizá necesitar de mí me había mandado que no me fuese. Antes que hubiese concluido su relación, mi señorita se postró a sus pies, y dándole gracias por su bondad le suplicó que omitiese lo restante.

»—Veo —le dijo— que una la Porretta, que vuestra hija, señora, es despreciada: esto basta. Contad, madre mía, con que vuestra Clementina no tiene el alma tan baja que necesite de los consuelos de una madre para soportar semejante afrenta: yo lo siento únicamente por mi padre, por voy y por mis hermanos. ¡Bendiga el cielo al extranjero, cualquiera que sea el país en que se halle! No sería conducirse noblemente el irritarse contra él. ¿No es dueño de su libertad? ¿No me deja a mí también dueña de la mía? No temáis, señora, que me falte firmeza en esta ocasión: vos, mi padre y mis hermanos no tendréis nada que notarme.

»Su madre la estrechó contra su pecho derramando lágrimas de alegría, e hizo llamar al marqués para contarle lo que acababa de oír a su hija. Este no la abrazó con menos ternura, y todos se alegraron de tan grande apariencia de sanidad; pero el Padre Marescotti, su director, llegó por desgracia en estas circunstancias y se le instruyó de

lo que había pasado. Solicitó con instancias el verla y pretendió que era necesario aprovecharse de esta crisis para hacerle aceptar al conde de Belvedere. A mí se me mandó que la previniera sobre esa visita, y habiéndolo hecho exclamó:

»—¡Oh, Camilla!, que se me deje volver a Florencia para gozar de la compañía de mi querida señora Beaumont. Partamos mañana, en este instante si es posible. Yo quiero diferir el ver al Padre Marescotti hasta hallarme en la situación que desea.

»Mas prevalecieron las instancias del Padre, de cuyas buenas intenciones no dudo. Estuvo una media hora con ella y la conversación le causó una profunda melancolía. Su madre, que fue incontinente a verla, la encontró como inmóvil, con los ojos parados y un semblante más triste que nunca. Dos o tres preguntas no pudieron arrancar de ella ni una palabra de respuesta, y habiendo comenzado a hablar mostró algún desorden en su razón, y sin ser solicitada en favor del conde de Belvedere declaró que no le quería ni a ningún hombre en el mundo.

»Su madre le prometió que volvería a Florencia y entonces recuperó su serenidad de ánimo. ¡Pluguiese al cielo que hubiese partido antes de haber visto a su director! Toda la familia dice ahora lo mismo. Inmediatamente que se halló sola conmigo, me dijo:

»—Camilla ¿qué necesidad hay de injuriar al señor Grandison? ¿De qué sirve enfurecerse contra él? ¿Está obligado a admitir la mano de una joven a quien por ventura su grande ligereza ha hecho despreciable a sus ojos? No puedo aguantar que se le maltrate, pero que su nombre jamás lo oigan mis oídos. —Aquí se detuvo un momento—. Sin embargo, Camilla —prosiguió—, es menester convenir en que el desprecio es muy difícil de soportar.

»En esto se levantó de su silla, y desde entonces padece muchas variaciones su humor. Ya no habla más que consigo misma, y ya parece dirigirse a alguien: siempre tiene un aire de extrañeza o admiración. Algunas veces se estremece, como sucede en una grande sorpresa. Sentada o de pie nunca está tranquila, y aunque se agita con varias señales de tristeza y aflicción, no se la ve llorar arrancando ella las lágrimas a todo el mundo. En los razonamientos que hace, creo haber descubierto que repite parte de lo que ha pasado entre ella y su director; pero nada se le escapa más veces que estas cuatro palabras: *¡Sagrados cielos! ¡Ser despreciada!* Una vez dijo: *¡Ser despreciada por un protestante! ¡Qué vergüenza!*

—Tal es —añadió Camilla— la situación de mi desventurada señorita. Veo, señor, que esta relación os enternece y que sois sensible a la compasión. Vos amáis a mi señorita, es imposible que no la améis. ¡Cuánto me compadezco de los tormentos de vuestro corazón! El amor de mi señorita se extendía hasta más allá de este mundo caduco y

perecedero, y quería ser vuestra por toda una eternidad.

Camilla hubiera podido abandonarse más tiempo a su tierno cariño a una señorita que había criado desde la niñez; pues yo me sentía sin aliento para hablar; y aun cuando hubiese estado capaz de ello ¿para qué pintarle los tormentos de mi corazón? Yo le di gracias por sus intenciones y le encargué dijese a Jeronymo que contaría eternamente con su afecto, que el mío no era menos que mi veneración a su ilustre familia, y que todo cuanto poseía en el mundo sin exceptuar mi propia vida estaría siempre a su disposición. Mientras que me saludaba para retirarse, le puse en el dedo un anillo de diamantes que tenía en el mío, temiendo, según le dije, que se me prohibiese la entrada en el palacio de la Porretta, y que no tuviera más ocasión de hablarle; pero sin embargo se hizo instar mucho tiempo para recibirlo.

¿Qué otras condiciones, estimado doctor, hubiera yo sido capaz de rehusar? ¡Cuánto no aumentó el peso de mis penas la relación de Camilla! Mi mayor consuelo en esta triste aventura es que después de haberlo reflexionado bien todo no me arguye nada mi conciencia, tanto más que nunca por ventura ha habido mayor ejemplo de desinterés, pues no ha producido la naturaleza mujer como Clementina.

NOTA. *El día después recibió Grandison la siguiente carta del señor Jeronymo.*

«¿Eres tú, mi caro amigo, a quien debo vituperar en el más cruel y desgraciado de todos los sucesos? Yo no podría hacerlo con justicia. ¿Vituperaré a mi padre y a mi madre? Ellos se vituperan a sí mismos haberte concedido demasiada libertad para ver y tratar a mi hermana. Sin embargo, confiesan que tú te has conducido muy noblemente; pero habían olvidado que su hija tenía ojos. ¿Quién no conocía su discernimiento? ¿Quién podía ignorar su inclinación y la estimación que profesaba al mérito? ¿Debo yo pues vituperar a mi hermana? No seguramente y aún menos vituperaré sus otros dos hermanos; pero ¿no soy yo quien debe ser vituperado? Mi amable hermana, según se me ha dicho, ha confesado a la señora Beaumont que el vivo afecto que yo te he profesado y de que era testigo, no ha influido en su corazón. Así pues, ¿deberé yo acusarme a mí mismo? Si considero mis intenciones y lo justo de mis sentimientos respecto de un hombre a quien debo la vida y mi amor a la virtud, no puedo creerme culpable por haberme abandonado algunas veces a los transportes de mi agradecimiento. ¿No he de encontrar pues persona a quien podamos imputar nuestra desgracia? Ella es bien extraña y las circunstancias no tienen ejemplo.

»Pero ¿es cierto que hay una diferencia tan irreconciliable entre las dos religiones? Es menester creerlo. El obispo de Nocera lo asegura,

Clementina lo piensa así y mis padres están persuadidos de ello. Mas tu padre ¿es de la misma opinión? ¿Quieres que le elijamos por árbitro? No, tú no querrás: tú estás tan resuelto como nosotros aunque seguramente con menos razón.

»¿Qué recurso tomaremos? ¿Hemos de dejar perecer a Clementina? ¿Qué, un joven que no tuvo dificultad en exponer tan generosamente su vida por el hermano, no ha de hacer nada por salvar a la hermana? Ven, cruel amigo, y mira su situación. Sin embargo, no se te permitirá verla en tan fatal estado. La idea de tu desaire con que se cree envilecida y los frecuentes cargos de un celoso director... ¿Cómo este hombre ha tenido por un deber suyo el despedazar un alma tan sensible a la piedad como al honor? Ya ves que por fin he encontrado a alguien a quien vituperar. Mas voy a lo que me mueve a importunarte con una carta, que es a pedirte que vengas a verme. Hazme el favor de venir hoy por la mañana a estar algunos momentos conmigo: acaso no verás a nadie sino a mí. Camilla me ha dicho (y no lo ha dicho más que a mí) que te vio ayer noche y me ha hecho una pintura de tus penas. Yo renunciaría a tu amistad, si no las tuvieras. Me compadezco de ti de todo corazón, porque conozco ha mucho tiempo cuán firmemente adicto estás a tus principios, y porque es imposible que no ames a Clementina. ¡Que no me halle yo en estado de prevenirte! Yo te excusaría con tanto más gusto la molestia de esta visita que en las actuales circunstancias no puede serte agradable. Mas sin embargo atiende a mis instancias.

»Tú has dado a entender a mi hermano que, sabiéndose cuáles eran tus principios, te habías lisonjeado de que no se tendría repugnancia a una conciliación. Es menester que te expliques conmigo sobre este punto. Si yo viera la menor apariencia de buen éxito... Pero desconfío de él no adoptándose el medio de la abjuración. Mi familia ama tu alma y aun está persuadida de que la ama más que tú mismo. ¿No hay en esto un mérito que tú no podrás atribuirte?

»Sé que el General llegó anoche; mas por causa de varias ocupaciones que ha tenido esta mañana, aún no he podido verle. Creo no es conveniente que os veáis, pues tiene un genio vivo y adora a Clementina. Aún no está bien informado de nuestra infeliz situación. ¡Cómo han sido burladas sus esperanzas! Uno de los principales fines de su viaje era el de abrazarte y el de contribuir a la satisfacción de su hermana. ¡Oh, amigo Charles! Ha venido para asistir a dos actos solemnes, el uno que había de ser tu matrimonio a consecuencia del otro. Repito que no es conveniente os veáis. Sería una mortal aflicción para mí que recibieses la menor ofensa de alguien de mi sangre, con especialidad en casa de mi padre. No obstante ven, pues estoy ansiando por verte y consolarte, aunque hayas de quitar toda esperanza de consuelo a tu tierno y fiel amigo

»—*Jeronymo della Porretta.*»

NOTA. *Habiendo hecho Grandison la visita, lo participó entonces al doctor Bartlett, quien continúa comunicando extractos a Harriet.*

A mí se me introdujo sin dificultad en el aposento de Jeronymo, que se había levantado para esperarme, y creí notar en sus ojos y en el modo con que me saludó más reserva de aquella a que yo estaba acostumbrado.

—¡Cuánto temo —le dije— haber perdido a mi amigo!

Jeronymo me aseguró que esta mudanza era imposible, y pasando de contado a hablar de su hermana, me dijo:

—¡Amada Clementina! Ha pasado muy mala noche: mi madre no la dejó hasta las tres, pues sólo su presencia le causa respeto.

¿Qué podía yo decir? Yo me sentía conmovido en extremo, y mi amigo que lo advirtió se compadeció de mi inquietud, por lo cual habló de cosas indiferentes a que no pude prestar atención. Después tocó otro asunto en que no podía dejar de ponerla.

—El General puede entrar en cualquiera instante —me dijo—, y creo, como me he tomado la libertad de escribírtelo, que no conviene os encontréis. He mandado que se me avise antes de introducir aquí a nadie, mientras que me hagas el honor de acompañarme. Si no quieres ver al General ni aun a mis padres, cuando vengan a informarse de mi salud con su acostumbrada atención, podrás pasar a la pieza inmediata o bajar al jardín por la escalera secreta.

Yo le respondí que no era el menos digno de lástima en el presente caso; que yo no estaba en su casa sino porque me había llamado, y que si quería por respecto a él mismo que yo me retirase a la llegada de ellos, le complacería gustoso, pero que por cualquiera otro motivo no estaba dispuesto a ocultarme.

—Esa respuesta es digna de ti —me dijo—. ¡Siempre eres el mismo, Grandison! ¡Que no seamos hermanos! Al menos lo somos de corazón. Pero ¿cuál es la conciliación que en tu concepto puede haber?

Yo le declaré entonces que pasaría alternativamente un año en Italia y otro en Inglaterra, si la amable Clementina consentía en acompañarme a ella, o que si le desagradaba este viaje, sólo estaría yo tres meses del año en mi patria; que en orden a religión tendría siempre libertad para seguir la suya, y que yo no exigía más que un hombre discreto para confesor suyo.

Jeronymo me dio a entender meneando la cabeza que nada esperaba de esta proposición; pero sin embargo me prometió hacerla presente de mi parte.

—Ella te satisfará a ti —continuó—, mas dudo de que satisfaga a la familia. Mucho más he hecho yo por ti y nadie quiere escucharme. ¡Pluguiese al cielo que por el amor que nos profesas...! Mas sé que no

te faltan razones para defenderte. No obstante, es muy extraño que la opinión de tus antepasados te parezca una tan poderosa. Me parece que habrá pocos jóvenes capaces de semejante obstinación... ¡contra ofertas! ¡contra ventajas!... Por otra parte, es indudable que amas a mi hermana, que amas a toda mi familia. Todos, oso decirlo, merecen aquí tu afecto, y tú convendrás en que ellos no han podido darte mayores pruebas de su estimación.

Mi amigo no esperaba que yo le respondiese con argumentos: en caso tan tierno mi respuesta más expresiva era el silencio.

Camilla llegó a este tiempo y le interrumpió, diciéndome:

—La señora marquesa sabe que estáis aquí, señor Grandison, y os suplica que no os retiréis sin verla. Creo que viene tras mí. Yo la dejé con mi señorita y sumamente embarazada para hacerla consentir en la sangría que ella teme mucho. El señor marqués y el señor obispo han salido, porque no podían soportar las tiernas instancias que les hacía para obtener que se despidiese al cirujano.

La marquesa entró casi al punto. La inquietud y el dolor estaban pintados en su rostro, aunque con una mezcla de ternura y abatimiento.

—Estaos quieto —me dijo—, no os levantéis.

Se echó en una silla, suspiró y lloró; pero hubiera querido poder ocultar sus lágrimas. Si yo hubiese estado menos conmovido que ella, me habría esforzado a consolarla; pero ¿qué podía yo decir? Yo volví la cabeza y hubiera querido también poder ocultar mi conmoción. Mi amigo lo advirtió y dijo en tono de lástima:

—¡Pobre Grandison!

—Yo no dudo de sus penas —añadió la marquesa con el mismo aire de bondad, aunque su hijo había hablado muy bajo—: el señor Grandison puede ser pertinaz, mas yo no le creo capaz de ingratitud.

¡Excelente mujer! ¡Cuánto me enterneció su generosidad! En verdad, con sus expresiones me partió el corazón, y vos que lo conocéis, mi estimado amigo, os figuraréis su dolor.

Jeronymo preguntó por la salud de su hermana, lo cual había yo temido hacer.

—No está peor —le respondió la marquesa—, pero su imaginación está con una turbación... ¡Desventurada hija! —Y en esto derramó un torrente de lágrimas.

Yo tuve la osadía de tomar su mano y le dije:

—¡Oh, señora! ¿No hay conciliación? ¿No hay?... —La marquesa me interrumpió:

—No, señor Grandison, la religión no la admite, y a mí no me es permitido proponerla. Se conoce muy bien vuestro ascendiente: mi hija no será católica mucho tiempo, si consentimos en que sea vuestra, y vos sabéis qué pensaríamos entonces acerca de su salvación. Mejor

es perderla para siempre... Sin embargo, ¿cómo una madre?... —Sus lágrimas acabaron de decir lo que el dolor detuvo en los labios; y habiendo recuperado el habla, prosiguió—: Clementina está en disputa con su cirujano por excusar la sangría. A mí me pidió auxilio con tantas instancias que tuve por más acertado retirarme, y creo que la operación se habrá ya concluido.

Entonces llamó con la campanilla y en el mismo instante se presentó su hija con el brazo vendado y el rostro turbado y pálido. Ella había sentido la lanceta, pero no se le habían podido sacar más que dos o tres gotas de sangre, y con su espanto acudía a implorar la asistencia de su madre.

NOTA. *Aquí representa Grandison la suma extrañeza que le causó verle, la serenidad que sucedió de improviso en su ánimo y la facilidad con que se dejó sangrar habiendo él unido sus ruegos a los de la marquesa. Se hizo la sangría en el cuarto del señor Jeronymo, y valiéndose de la ocasión se sacó a la pobre Clementina tanta sangre que se desvaneció y fue llevada a su aposento acompañándola su madre. El señor Grandison continúa.*

No se pasó mucho tiempo sin que se ofreciese otra escena. Camilla vino a decirnos que el General había llegado y estaba lamentándose con la marquesa del miserable estado de su hermana que había caído en otro desmayo.

—Muy luego estará aquí —me dijo Jeronymo—: ¿te hallas dispuesto a verle?

Yo le respondí que habiendo quizá sabido su hermano dónde yo estaba, no podía salir de contado sin alguna apariencia de afectación; pero que si tardaba un poco, me retiraría. Apenas había yo acabado de hablar, entró solo enjugándose los ojos.

—Estoy a vuestra disposición, señor Grandison —me dijo con un semblante muy triste; y volviéndose a su hermano le preguntó por su salud—. Nuestros pesares —añadió— no son propios para recuperarla. He visto a Clementina. ¿Quién diablos hubiera creído que el mal estaba tan radicado? A la verdad, señor Grandison —dirigiéndose a mí—, podéis lisonjearos de vuestro triunfo: el corazón de Clementina no es una conquista vulgar. Su cuna... —Yo le interrumpí.

—Paréceme, señor general, que no merezco ese cumplimiento. ¡Mi triunfo! No hay en vuestra familia un corazón más afligido que el mío.

—Pues ¿qué, señor Grandison, la religión y la conciencia tienen tanto poder?

—Permítaseme haceros la misma pregunta, hacerla al señor obispo de Nocera y a toda vuestra familia, y vuestra respuesta será la mía — Entonces me suplicó vivamente que me explicase.

—Si vos encontráis —proseguí— una diferencia bastante esencial entre las dos religiones para exigir que abandone la mía, ¿por qué he

de ser capaz de abandonarla creyendo yo que debo estar tan adicto a ella, como vos creéis deberlo estar a la vuestra? Poneos, señor, en mi lugar.

—Me pongo en él y pienso que en vuestra situación tendría menos escrúpulo. El obispo de Nocera os daría quizá otra respuesta.

—El señor obispo de Nocera no puede estar más adicto a sus principios que yo lo estoy a los míos; pero me lisonjeo de que vuestra respuesta aun sobre este gran punto puede darme algún derecho a vuestra amistad. Se me propone que renuncie a mi religión y yo no hago a vuestra familia ninguna proposición semejante, consintiendo por el contrario en que vuestra hermana sea fiel a la suya, y estando pronto a señalar una buena pensión a un confesor prudente cuyo único oficio será fortificarla y mantenerla en sus principios. Tocante a la residencia, yo ofrezco pasar un año en Italia y otro en Inglaterra, y si vuestra hermana no gusta de ir allá, consiento en que no deje su país y me contento con pasar cada año tres meses en el mío.

—¿Y los hijos? —me interrumpió Jeronymo con la mira de corroborar mis ofertas.

—Yo consentiré, señores, en que las hijas sean educadas por su madre, pero se me dejará la educación de los hijos.

—¿Y qué habrán hecho los pobres hijos, caballero —replicó el General con una sonrisa irónica—, para que se abandonen a la perdición?

—Considerad, señor General, que sin entrar en las opiniones de los teólogos de una y otra religión, mi proposición es como un compromiso. Yo no hubiera hecho semejantes ofertas a una princesa. Las riquezas por sí solas no tienen ningún poder sobre mí: déjeseme libre sobre el punto de religión y renuncio gustoso hasta el último maravedí de vuestra hermana.

—¿Y con qué habéis de mantener...?

—Descansad sobre eso en ella y en mí: yo me conduciré con honor, y si sabéis que me abandona por esa causa, os congratularéis de haberlo visto.

—Con vuestro matrimonio, señor Grandison, adquiriríais más bienes de los que podéis heredar, y así ¿por qué no hemos de poner la vista en vuestra posteridad como italianos? Y en esta suposición... —Aquí se detuvo. Su conclusión no era difícil de adivinar.

—Yo no soy más capaz —le dije— de renunciar a mi patria que a mi religión. Yo dejaría a mi posteridad en libertad; pero no quisiera ni privarla de una religión que me glorío de profesar, ni privar a mi país de un linaje que nunca lo ha deshonrado.

El General tomó tabaco, me echó una mirada y volvió la cabeza con un aire demasiado altivo que no pudo menos de desazonarme.

—No me causa pena —le dije— soportar los embarazos de mi

situación junto sobre todo con los pesares que me causa por sí misma. ¡Pasar aquí por culpado sin tener nada que vituperarme ni en mis pensamientos, ni en mis palabras, ni en mis obras!... Confesad que no puede haber cosa más dura.

—Sí, hermano mío —le interrumpió Jeronymo—: la grande desgracia de esta aventura —añadió con mucha bondad— es que Grandison no es un hombre ordinario, y que nuestra hermana que no era capaz de apasionarse a una persona de un mérito común, no ha podido ser insensible al suyo.

—Cualquiera que sea la pasión de Clementina —respondió el altivo General—, nosotros conocemos la tuya, Jeronymo, y no negamos que es generosa; pero ¿no sabemos todos que los buenos mozos no necesitan de abrir la boca para hacerse dueños del corazón de las jóvenes? El veneno, una vez tomado por los ojos, se extiende muy presto por todo el cuerpo.

Yo le supliqué considerase que así en orden a las mujeres como en orden a los hombres, jamás se había sospechado de mi honradez. Entonces me confesó que yo estaba en la mejor reputación, y protestó que si su familia no me hubiese tenido en buen concepto, nunca hubiera entrado conmigo en el menor tratado; pero que no por esto era menos picante para ella ver *desairada* a una joven de su sangre, y que sin duda yo no preveía las consecuencias de semejante afrenta en el país en que me hallaba.

—¡*Desairada*! —le interrumpí yo con mucho calor—: responder a esa acusación sería hacer ultraje a vuestra justicia y ofender indignamente vuestra ilustre casa.

El General se levantó irritado, jurando que no se le trataría con desprecio. Yo me levanté también, y le dije:

—Si yo lo soy con indignidad, sabed que no estoy acostumbrado a sufrirlo.

Jeronymo pareció consternado, y nos dijo que se había opuesto a nuestra vista; que conocía la viveza de su hermano, y que yo mismo con consideración a las escenas anteriores debía quizá mostrarme menos resentido que compadecido. Yo le respondí que un justo miramiento a la delicadeza de su hermana, a la cual amaba con la mayor ternura, tanto como la necesidad de justificar mi propia conducta no me había permitido oír la palabra *desairada* sin conmoción.

—¡*Sin conmoción*! —dijo el General—: con palabras blandas decís cosas duras; mas yo, que no pongo tanto cuidado como vos en las expresiones, sólo hago caso de las que se explican con las obras.

Yo me contenté con decirle que había esperado de su parte más favor que repugnancia a mis proposiciones; y poniéndose entonces más sereno, me dijo:

—Hacedme la gracia, señor Grandison, de considerar a sangre fría y a fondo este negocio. ¿Qué satisfacción hemos de dar a nuestro país, pues somos personas públicas, a la Iglesia, a la cual pertenecemos por muchos aspectos, y qué satisfacción además hemos de darnos a nosotros mismos, si aceptamos para una hija y para una hermana la mano de un protestante? Vos, como decís, os interesáis en su honor; ¿y qué responderíamos nosotros por ella, si oyésemos tratarla de mujer ciega por el amor, a quien su pasión ha hecho despreciar sujetos de la más alta clase, todos de su misma religión y país, para arrojarse a los brazos de un extranjero, de un inglés?...

—Que promete —le interrumpí—, que jura (tenedlo presente) dejarla en libertad de seguir su religión. Si vos tendríais tanta dificultad en responder con esta promesa en su favor, ¿qué se pensará de mí que aun sin ser hombre público no soy de familia obscura en mi patria, si contra mi conciencia y mis luces abandono mi religión y mi país por un motivo sin duda de la mayor consideración en la vida privada, pero que no obstante sólo se refiere al amor propio y al interés personal?

—Basta, señor Grandison, basta. Si vos despreciáis las grandezas, si vos no estimáis en nada las riquezas, los honores, ni el amor, podrá decirse en alabanza de mi hermana que es la primera mujer, por lo menos de cuantas conozco, que se haya enamorado de un filósofo; y soy de dictamen de que debe sufrir con paciencia las resultas de esta extravagancia, cuyo ejemplo no será muy contagioso.

—Lo será —dijo Jeronymo—, si Grandison es el filósofo.

A mí no me supo bien que se terminase con este aire de ligereza un asunto que me había partido el corazón; pero Jeronymo, valiéndose de la ocasión de zumbarse, añadió otras chanzas para acabar de disipar nuestra alteración, y yo me retiré. Al pasar por la sala principal, tuve la complacencia de saber de Camilla que su señorita estaba menos agitada desde la sangría.

Por la tarde, el General me hizo el honor de pasar a mi posada y me dijo francamente que había entendido mal algunas expresiones que yo había proferido. Yo no le oculté que las suyas me habían acalorado por un instante, y me excusé con su ejemplo. Recibió bien las instancias con que le recomendé mi plan de conciliación; mas no me prometió nada, y habiéndose contentado con tomar por escrito mis proposiciones, me preguntó si mi padre estaba tan firme como yo en el punto de la religión. Yo le respondí que aún no había comunicado nada de este asunto a mi padre, y entonces me dijo que lo extrañaba; que de cualquiera religión que uno fuese, siempre había creído que cuando se hacía profesión de estar tan fuertemente adicto a ella, se debía guardar consecuencia; y que quien podía dispensarse de un deber era capaz de violar otro. Yo no tuve dificultad en responderle

que, no habiendo pensado jamás en solicitar a su hermana, sólo había hablado a mi padre de la favorable acogida que se me había hecho en una de las principales casas de Italia; que mis esperanzas eran muy recientes, como no lo ignoraba él mismo, a causa de haberlas sofocado en sus principios el recelo de que la religión y la residencia fuesen obstáculos invencibles; pero que a la primera apariencia de buen éxito estaba resuelto a comunicar mi felicidad a toda mi familia, y seguro de que aprobaría mi padre un enlace que correspondía tan bien a sus grandes y magníficos pensamientos.

El General me dijo al salir y con un aire bastante altivo:

—Adiós, caballero; supongo que no partiréis inmediatamente de Bolonia; me es imposible disimularos que soy en extremo sensible a todos los disgustos de esta aventura: sí —añadió con juramento—, lo soy. No esperéis que nosotros deshonremos a nuestra hermana y nos deshonremos a nosotros mismos haciéndoos la corte para que la aceptéis. Sé que otra dama está también muy apasionada por vos, y estas competencias de amor pueden haceros muy estimable a vuestros propios ojos; pero la señorita Olivia no es una Clementina. Vos estáis en un país celoso del honor, donde mi familia es una de las principales, y no sabéis en qué asunto estáis metido.

Yo le respondí que no había merecido el lenguaje que me tenía y que quería dejarlo sin respuesta; que no me ausentaría de Bolonia sin comunicárselo ni estar bien seguro de que no me quedaba nada que hacer para conseguir la felicidad que se me había hecho esperar.

—Mis principios —añadí— eran bien sabidos antes que se me hiciese el honor de escribirme a Viena.

—¿Vos nos echáis pues en cara ese paso? —replicó después de haberse mordido los labios—: es una bajeza, lo confieso, pero yo no he tenido parte en ella —Y se retiró encolerizado.

Yo, que estaba con una suma aflicción, hubiera querido que un hermano de Clementina me hubiese excusado tal insulto. Me pareció cosa muy dura que se me amenazase, pero gracias al cielo no merezco semejante tratamiento.

Camilla me hizo otra visita dos horas después de haberme dejado el General, y me dijo que había venido con el beneplácito de la marquesa y por orden del señor Jeronymo, quien le había dado una carta para mí. Yo le pedí con ansia noticias de su señorita y me respondió:

—Se halla bastante tranquila, y aún más de lo que podía esperarse de un insulto tan violento que apenas se acuerda de haberos visto esta mañana.

La marquesa había mandado a Camilla me dijese de su parte que a pesar de mi pertinacia que convertía sus esperanzas en desesperación, creía deber a la estimación que me profesaría eternamente, el

advertirme que los resentimientos podían inflamarse mucho, y que por tanto deseaba no me detuviese mucho tiempo en Bolonia, prometiéndome que si las circunstancias eran más favorables en lo sucesivo, sería ella la primera que me felicitase por esto.

Yo abrí la carta de mi amigo y estaba concebida en estos términos:

«Mi inquietud y mi pesar son extremados, querido Grandison, al ver que un hombre tan valiente y generoso como mi hermano se deja arrastrar tanto de su ira que no parece el mismo. Sin duda, es tu grandeza de alma la que te hace preferir tu religión a todas las ventajas que te ofrecen el amor y las riquezas. Por mí, yo te creo muy afligido, y si no lo estuvieras infinito, no serías bastante sensible al mérito de una excelente joven, y sería extrema tu ingratitud al distinguido aprecio con que te honra. Estoy cierto de que no condenarás estas expresiones, y de que crees tengo justos motivos para pensar que Clementina hace honor aún a mi caro Grandison. Mas si este asunto tuviera fatales resultas, ¡qué manantial de quebrantos para nuestra familia que el uno de los dos hermanos viniese a perecer por la misma mano que había salvado al otro, o que tú a quien ella debe la vida del menor, perdieses la tuya por la mano del mayor! ¡Quiera el cielo que ambos tengáis más moderación! Pero permite que te pida una gracia, y es la de que te ausentes de Florencia al menos por algunos días.

»¡Cuán doloroso es para mí verme en la imposibilidad de dar mayor fuerza a mis reflexiones! Sin embargo, el General te admira; ¿y cómo ha de vituperársele un celo por el honor de su familia y del que se alegraría en extremo fuese inseparable el tuyo?

»Por Dios, te pido que salgas de Florencia por algunos días. Clementina está más tranquila, y yo he obtenido que en las actuales circunstancias no se permita a su director el verla. Sin embargo, es hombre de mérito y de honor. ¡Qué fatalidad! Todos tienen las mejores intenciones y todos son miserables. ¡Ay de mí! Yo no puedo obrar, sino tan sólo reflexionar y afligirme. Estimado amigo, escríbeme dos palabras para decirme que dejarás mañana a Bolonia, pues así tendrá mi corazón por lo menos algún alivio.»

Yo encargué a Camilla hiciese de mi parte a la marquesa las más respetuosas protestas de gratitud, añadiendo a ellas la promesa de tener una conducta que mereciera su aprobación. Hablé con dolor de los resentimientos que la inquietaban, y dije a Camilla que estaba seguro de que por grandes que fuesen, no emprendería nada sin reflexionarlo un hombre tan generoso y tan noble como el General; pero añadí que me era imposible alejarme de Bolonia, porque aún no desconfiaba de que hubiese alguna feliz mudanza en mi favor. En iguales términos escribí a Jeronymo, y le aseguraba al mismo tiempo cuán grande aprecio hacía de su hermano, lamentándome de la

ocasión que causaba tanta inquietud y respondiéndole de mi moderación. Le recordaba mi antigua resolución de evitar todos los reencuentros premeditados, y le representaba cuánto debía confiar en ella tratándose de un hijo del señor marqués de la Porretta y de un hermano no sólo de mi amigo sino también de la más amable y de la más querida de todas las hermanas.

Mi respuesta no satisfizo ni a la marquesa ni a Jeronymo; mas ¿podía yo tomar otro partido? Yo había dado mi palabra al General de no irme de Bolonia sin participárselo, y conservaba realmente, como se lo hice decir a la marquesa, la esperanza de alguna dichosa novedad.

El marqués, el obispo y el General pasaron a Urbino y aquí, como lo supe después por mi amigo, resolvieron en una junta que el caballero Grandison por la diferencia de principios y la desigualdad de clase y de facultades era indigno de su enlace, y aun se dio a entender al General que no era menos indigno de su resentimiento.

En ausencia del padre y de los dos hermanos, dio Clementina algunas esperanzas de restablecimiento y pidió a su madre que la permitiese verme; pero la marquesa, no osando fiarse de sus deseos y temiendo las reconvenciones de su familia, mayormente cuando se estaba deliberando sobre el asunto, rehusó tiernamente su condescendencia. Esta repulsa sólo sirvió para que Clementina repitiese sus instancias, y Jeronymo se inclinaba a complacerla; pero corroborando el director los temores de la marquesa, sin embargo del peso que los males de mi amigo daban a sus consejos, no habrían prevalecido sobre los del Padre Marescotti sin una empresa de Clementina que los inquietó a todos y les precisó a rendirse a su voluntad. Camilla me ha contado circunstanciadamente un lance muy extraño que nada más que a vos puedo confiar y cuyo recuerdo aún me arranca el corazón.

La enfermedad de Clementina, después de algunos síntomas favorables, volvió a manifestarse con un nuevo aspecto. La continua agitación en que había estado dio lugar a una serenidad aparente con que parecía estar contenta; pero como no se la permitía salir de su cuarto, la disgustó mucho esta opresión. Habiéndola dejado sola Camilla por un cuarto de hora, se quedó extremadamente sorprendida a su vuelta de no encontrarla, y al punto puso en consternación toda la casa. Se registraron todos los aposentos y sitios del jardín. Mil ideas funestas que no osaban explicarse unos a otros hacían temer hallar a la que se buscaba con tanta diligencia.

En fin Camilla viendo, según se lo creyó, una criada que bajaba poco a poco la escalera, se irritó contra ella y la vituperó muy amargamente que estuviese tan tranquila, mientras que todos en la casa estaban con una mortal inquietud.

—No te enfades, Camilla. —Le respondió la supuesta criada, y Camilla reconociendo a Clementina exclamó:

—¡Oh, mi amada señorita! ¿Qué, sois vos? ¡Sois vos misma con el traje de una criada! ¿Adónde vais, señorita? ¡Qué tormentos nos habéis causado! —E inmediatamente dijo a algunos criados diesen aviso a la marquesa, quien en sus excesivos temores se había retirado a un pabellón del jardín, donde temblaba de ver llegar a alguien con alguna fatal nueva.

Clementina durante algunos momentos que estuvo sola con Camilla, se mostró muy serena.

—Yo quiero salir —le dijo—; sí, quiero salir: tú me desazonas mucho con todos tus movimientos frenéticos. ¿No puedes estar tan tranquila como yo? ¿Por qué te agitas?

Su madre, que llegó bien pronto, la tomó en sus brazos y pudiendo apenas respirar exclamó:

—¡Oh, hija mía! ¿Cómo has podido darnos tan terrible susto? ¿Qué quiere decir ese disfraz? ¿Adónde vas?

—¿Adónde voy, señora? Voy a una obra del cielo, a la conquista de un alma: no es mi propio interés sino el de Dios el que me mueve, y dentro de una o dos horas os daré buena cuenta de mi comisión.

La pobre marquesa comprendió parte de su designio y la persuadió con sus caricias a subir a su aposento, donde supo de ella misma que en ausencia de Camilla había ido al cuarto de una criada y se había puesto sus vestidos.

—Estoy resuelta —dijo a su madre— a ver a Grandison, pues he meditado argumentos a que no podrá resistir, y aunque una muchacha simple, me lisonjeo de hacer más impresión en él que el obispo de Nocera y el padre Marescotti. Grandison me ha desairado —añadió—, y todo está concluido entre él y yo, en cuyo supuesto nadie me acusará de que me mueve a ello mi interés siendo el suyo el que me mueve. Nosotros no le aborrecemos tanto que no deseemos su conversión, y así es una obra del cielo la que voy a desempeñar.

—Mas ¿adónde has de ir? —le preguntó su madre temblando por lo que había oído— ¿Sabes tú dónde vive el señor Grandison? —Esta pregunta la hizo callar y estuvo algún tiempo muy pensativa.

—No a la verdad —dijo en fin—, no había reparado en eso. Pero ¿no sabe toda la ciudad dónde está hospedado Grandison? Estoy segura de ello... No obstante, si él mismo viniera aquí, sería mucho mejor...

—Vendrá —la interrumpió de contado su madre—: yo enviaré a suplicarle que venga.

El fin de la marquesa era el de detenerla sin repugnancia suya con esta promesa, y así se mostró en extremo satisfecha.

—¡Cuánto os debo! —prosiguió—: vuestro consentimiento, señora,

me hace pronosticar favorables resultas. Si yo he preparado vuestro corazón para servirme ¿por qué no he de poder reparar el suyo para servirse a sí mismo? Yo no tengo otra mira. Grandison ha sido mi preceptor y yo quisiera hacerle igual servicio. Mas será menester dejarme con él a solas, porque a estos hombres altivos cuesta empacho verse convencidos delante de gentes por una niña.

Aunque la intención de su madre no fue otra que la de serenar su espíritu con esta promesa, el favorable efecto que produjo en ella y el temor de una nueva tentativa que burlase la vigilancia de todos sus criados, la hicieron resolverse a proponerme una visita.

—Anda —dijo a Camilla—, pues no es creíble que haya partido ya de Bolonia; cuéntale todo lo que ha pasado: si quiere condescender a nuestros deseos, tal vez aún no es demasiado tarde; pero no debe esperar la vuelta de mi esposo y de mis dos hijos. Sin embargo, yo no me prometo nada de este paso sino que se tranquilice algún tanto mi hija.

Entonces pasó al aposento de Jeronymo para comunicarle esta resolución que, según le dijo, no dudaba le agradaría mucho, y Camilla vino a darme el recado.

Yo, aunque sumamente agitado por lo que había sabido, no titubeé en complacer a la marquesa, que aún estaba en el cuarto de mi amigo.

—Camilla —me dijo al punto— os habrá informado de nuestra situación. Esta amada hija arde en deseos de hablaros. ¿Quién sabe si vuestra condescendencia y la mía surtirán algún buen efecto? Ella está más serena desde que espera veros y se promete convertiros.

—¡Pluguiese al cielo —me dijo Jeronymo— que estuviese reservado este milagro para la compasión! ¡Cuánta lástima te tengo, Grandison! ¡Qué pruebas para tu humanidad! Yo leo tu aflicción en tu rostro.

—¡Ay de mí! —le dije—, mucho más profunda y más viva es en mi corazón.

La marquesa envió a preguntar a su hija si estaba dispuesta a recibirnos, y Camilla vino a decirnos que nos esperaba.

NOTA. *Cualquiera que sea el juicio que se haga de la escena siguiente, parece necesario conservarla para dar alguna idea de otras semejantes que se suprimen.*

Clementina —prosigue Grandison según los extractos del doctor— estaba sentada cerca de una ventana con un libro en la mano y se levantó con un aire muy majestuoso. La marquesa fue hacia ella con su pañuelo en los ojos y yo la seguí; pero a algunos pasos me detuve para hacer una profunda reverencia. Yo tenía mi corazón demasiado oprimido para poder hablar primero, mas Clementina no pareció tener igual embarazo y así me dijo sin titubear:

—Señor Grandison: vos no sois ya nada para mí; vos me habéis rehusado y os doy las gracias por ello, y aun apruebo vuestro hecho,

pues soy una mujer muy altiva, y ya veis qué penas causo a los mejores padres y parientes del mundo. Apruebo vuestro hecho de buena fe: la que ocasiona tanta inquietud en su familia debe intimidar a un hombre de talento. Sin embargo, parece que la religión os sirve de pretexto. Yo siento mucho veros obstinado: vuestras luces me hacían esperar más. Pero vos habéis sido mi preceptor, señor Grandison; ¿y queréis que yo lo sea ahora vuestro?

—Os prometo, señorita, prestar la mayor atención a todas las instrucciones con que quiera honrarme vuestra bondad.

—Mas permitid, señor Grandison, que yo consuele a mi madre —y fue a ponerse de rodillas a los pies de la marquesa, cuyas manos estrechó con las suyas, dándoles muchos besos—. Consolaos, mamá. ¿Por qué lloráis? Yo estoy buena. ¿No veis que tengo mi espíritu sereno? Echadme vuestra bendición.

—¡El cielo bendiga a mi hija!

Entonces se levantó con mucha prontitud y volviéndose a mí me dijo—: parece que estáis triste, señor Grandison; vos estáis taciturno: yo no quiero tristezas, pero consiento en que guardéis silencio. Un discípulo debe oír con atención, y jamás dejé yo de hacerlo así con vos.

Después de haber reflexionado algunos instantes, volvió la cabeza llevándose la mano a la frente.

—Yo tenía muchas cosas que deciros, señor Grandison, pero de nada me acuerdo. Mas ¿de qué proviene esa tristeza? Vos conocéis vuestro propio corazón y nada habéis hecho que no os haya parecido justo. ¿No es verdad? Responded, señor. —Después, volviéndose a su madre, le dijo—: el pobre caballero ha perdido el habla, señora. Sin embargo, nadie hay que le aflija. ¡Yo le veo triste! Ea, señor —volviéndose a mí—, dejad esa tristeza... No obstante, el hombre que me ha desairado... ¡Ah, caballero! ¡Me habéis dado un terrible golpe! Pero bien pronto he logrado la ventaja. Ya veis cuán tranquila estoy al presente. ¿No podréis estarlo tanto como yo?

¿Qué había de responder? Yo no tenía que hacer esfuerzos para calmarla, cuando ponderaba su serenidad, ni tampoco podía entrar en disputa con ella. Si se hubiese admitido mi proyecto de conciliación, me habría abandonado a las más dulces caricias. Pero jamás ningún hombre se vio en lance tan fatal. ¿Por qué no había renunciado a verme toda la familia? ¿Por qué Jeronymo no había roto conmigo? ¿Por qué esta excelente madre continuaba obligándome con la más tierna estimación y empeñando a un mismo tiempo mi gratitud y respeto?

Clementina prosiguió con la misma dulzura.

—Hacedme el favor de decirme, cómo habéis podido ser tan injusto que esperaseis abandonaría yo mi religión estando vos tan firme en la

vuestra. ¿No era sumamente injusta esta esperanza? En verdad creo que vosotros los hombres contáis por nada la conciencia en las mujeres, bastándoos que procuremos saber vuestros deseos y que cumplamos fielmente con lo que os debemos. Los hombres se tienen por los dioses de la tierra y creen a las mujeres destinadas para servirles. Yo no esperaba que siguieseis tan crueles máximas, pues solíais hablar con honor de nuestro sexo. ¿Qué ha motivado vuestra injusticia?

Un cargo tan poco merecido aumentó los tormentos de mi corazón. Yo me volvía a su madre y le dije:

—¿Se me permitirá, señora, que le diga mis proposiciones? Parece creer que yo he insistido en su mudanza de religión.

—No se pensó —me respondió la marquesa— en hacerle formar tal juicio; pero me acuerdo de que en la primera relación que le hice de lo que había pasado entre vos y mi hijo el obispo, no me permitió su impaciencia acabar. «Bastante es», me dijo, «haber sido desairada: os suplico que excuséis referir lo demás»; y desde entonces nunca ha estado capaz de que se la informe mejor. Si vuestras proposiciones hubiesen sido admisibles, nuestro primer cuidado hubiera sido el de comunicárselas. Sin embargo, no alcanzo pueda originarse ahora algún mal de que se le diga lo que habéis propuesto. Así verá que no se ha hecho de ella lo que llama desprecio, cuyo pensamiento ha mudado quizá su humor hasta ponerla extremadamente triste y pensativa después de la viva agitación en que la hemos visto.

Como su madre me hablaba bastante bajo, se mostró desazonada por estoy y me dijo:

—No hay necesidad de secretos: después de manifiestos desaires debéis creerme capaz de aguantarlo y oírlo todo —y volviéndose a la marquesa añadió—: ya veis, señora, cuál es mi tranquilidad: yo he sabido vencerme y así no temáis explicaros delante de mí.

—¡Desprecios, queridísima Clementina! El cielo y vuestra respetable madre son testigos de que no ha tenido lugar en mi corazón ese odioso sentimiento. Si se aceptaran las proposiciones que hago, sería el más feliz de todos los hombres.

—Sí, sí, y yo la más desdichada de todas las mujeres. En una palabra, vos me habéis desairado. Que no se sepa —ocultándose el rostro con las dos manos—, al menos fuera de esta casa, que una hija de la mejor de las madres ha sido desairada por otro que un príncipe. ¡Cuánto desprecio hago yo misma de esta hija! ¿Cómo puede parecer a los ojos de quien la desprecia? ¡Yo me avergüenzo de mí misma! —dando algunos pasos hacia atrás— ¡Oh, señora Beaumont! ¡Sin vos nunca hubiera salido de aquí mi secreto! —apretándose el pecho con una mano y teniendo todavía la otra en su rostro. Después se volvió a mí—. Pero, señor, no me habléis: escuchadme y luego que haya

acabado lo que tengo que deciros, guardaré enhorabuena un eterno silencio.

Su madre se anegaba en lágrimas y el dolor me tenía como inmóvil.

—Paréceme que tenía mil cosas que deciros: yo quería convenceros de vuestros errores. No penséis, señor, que tengo el menor favor que pediros: todo dimana de una estimación desinteresada; una voz que creo venida del cielo me ordena que os convierta; yo estaba dispuesta a seguirla, y no dudo hubiera ejecutado su mandato. Dios se sirve de la boca de los párvulos como de instrumento para manifestar su gloria: vos sabéis este pasaje. Si se me hubiera permitido salir cuando quería... entonces todo lo tenía presente; pero ya todo se me ha ido de la memoria. La enfadosa Camilla con sus impertinentes preguntas... Ella me ha hablado con un aire de frenética: debía de disgustarla el verme tan tranquila.

Yo quise responder, pero ella me dijo:

—¿Callaréis vos, cuando yo os lo mando? —Y al mismo tiempo me tapó la boca con una de sus manos, que yo sujeté un momento con las dos mías tomándome la libertad de poner en ella mis labios— ¡Ah, señor Grandison! —continuó sin retirarla—: vos no sois más que un adulador. ¿Os olvidáis de que habéis despreciado a una doncella?

—Ahora, señorita, séame permitido decir dos palabras. Os pido por favor escuchéis las proposiciones que he hecho a vuestra familia. —Clementina me dio tiempo para decírselas y añadí que Dios sólo sabía los tormentos de mi corazón.

—Deteneos —me interrumpió, y volviéndose a su madre le dijo—: yo no entiendo nada del lenguaje de los hombres. ¿Debo creerle, mamá? Paréceme en su aspecto que puedo. Decide, señora, ¿puedo fiarme de lo que dice? —El dolor imposibilitaba a su madre el responderle—. ¡Ah, señor! Mi madre, que no es vuestra enemiga, teme salir por fiadora vuestra. Pero yo quiero obligaros con vuestra propia mano. —Entonces fue corriendo a su gabinete y volvió con recado de escribir—. Veamos, señor. Sin duda vos no pensáis burlaros de mí: poned por escrito todo lo que acabo de oíros. Mas yo misma quiero escribirlo, y veremos si lo firmáis.

Clementina escribió en un instante lo siguiente.

«El caballero Grandison declara formalmente que ha propuesto con toda eficacia y de propio movimiento dejar a cierta doncella que se pensaba fuese su mujer en el libre ejercicio de su religión, permitirle la elección de un sujeto prudente para confesor, no llevarla nunca a Inglaterra contra su gusto y pasar con ella en Italia de cada dos años uno.»

—¿Firmaréis este escrito, señor Grandison?

—De muy buena gana, señorita. Yo lo firmaré.

Clementina volvió a leer lo que había escrito y dijo:

—¿Qué, habéis hecho estas proposiciones? ¿Es cierto, señora?

—Sí, querida mía, y yo te lo hubiera dicho antes; pero te causó tan terrible impresión la suposición de un desaire...

—¡Oh, señora! —la interrumpió— ¡Era cosa bien dura en efecto creerse desairada!

—Pero ¿quisieras, hija mía, que nosotros hubiésemos aceptado estas ofertas? ¿Hubieras podido resolverte a ser mujer de un protestante? ¡Una doncella de la sangre de que desciendes! —Clementina se llevó a su madre aparte, pero con su alteración habló bastante alto para poder ser oída.

—Confieso, señora, que hubiera hecho mal; pero me alegro mucho de no haber sido desairada con desprecio: me alegro de que mi preceptor y el libertador de mi hermano no me haya mirado como un objeto despreciable. Yo sospechaba (la verdad) que quería a Olivia y que por esto buscaba pretextos.

—¿No estás persuadida, hija mía, a que tu fe hubiera estado en gran peligro, si hubiéramos admitido las proposiciones del señor Grandison?

—¿Por qué, señora? No, seguramente. ¿No podía yo esperar el convertirle, como él hubiera esperado precipitarme en sus errores? Yo fundo mi mayor gloria en mi religión.

—El señor Grandison no está menos adicto a la suya.

—Esa es su culpa, señora. Caballero —acercándose a mí—, vuestra obstinación es extremada: yo me lisonjeo de que no nos habéis entendido.

—Tú te engañas, hija: no se le ha escapado una palabra y no lo siento.

—¡Pluguiese al cielo, señora —dije entonces a la marquesa—, que yo pudiese prometerme algún favor de vos! Algunas palabras que se han escapado a la amable Clementina me darían la osadía...

—No infiráis nada de ellas —me interrumpió Clementina mudándose de color—: yo no soy capaz de titubear en orden al interés de mi salvación.

Yo pedí a su madre que se retirase un momento conmigo.

—Por Dios, señora —le dije con todo el ardor que pude mostrar en el sonido de mi voz—: no os opongáis a mis presuntuosas esperanzas. ¿No advertís ya alguna mudanza en vuestra amada hija? ¿No os parece más tranquila un instante ha que empieza a ver que nada tiene que recelar tocante a su honor y a su conciencia. Miradla. ¡Qué dulce serenidad en sus ojos, que antes estaban algo perturbados!

—¡Ah, señor Grandison! Vos me pedís lo que no está en mi mano concederos, y aun cuando pendiera de mí vuestra felicidad, no podría querer para mi hija un hombre tan fuertemente adicto a sus errores; pero si yo advirtiera en vos menos celo por vuestra religión, tendría

más esperanza de veros convertido y de consiguiente menos objeciones.

—Si no fuera tanta mi adhesión a mis principios, a la tentación, señora, sería superior a mis fuerzas. Una Clementina, el honor de enlazarme con tal familia...

—Yo no puedo, señor Grandison, daros la menor esperanza.

—Hacedme la gracia, señora, de mirar a vuestra querida hija: miradla: acaso titubea en mi favor. Considerad que ha sido la alegría de vuestro corazón: pensad en lo que puede sucederle y de que ruego al cielo la libre de cualquier modo que disponga de mí. ¿Qué, señora, la amable Clementina no ha de tener un abogado en su madre? Protesto al cielo que en mis súplicas influye más su felicidad que la mía. ¿Qué es mi interés en comparación del suyo? Permitid implore de rodillas vuestra poderosa protección que unida a la de mi querido Jeronymo, producirá efectos cuya sola esperanza me enternece hasta llorar.

Clementina no había podido entenderme; pero al punto que me vio arrodillado, acudió corriendo y alargando ambas manos dijo:

—¿Le ayudaré a levantarse, señora? Decidle que se levante. ¡Ay, que llora! Mirad sus lágrimas. Mas yo veo que todos las derraman. ¿Por qué lloráis, caballero? Mamá llora también. ¿Cuál será el motivo de tantas aflicciones?

—Levantaos, señor Grandison —me dijo la marquesa—. ¡Oh, admirable hija! La compasión y el dolor me quitarán la vida. Vos no obtendréis nada sino conformándoos con nuestras condiciones, y aun no puedo querer que las cosas tomen otro semblante. Pero ¿es posible que no os mueva esta amable criatura? ¡Insensible Grandison!

Yo me levanté.

—¡Cuál es mi suerte! ¡Tratarme de insensible, señora, cuando tengo mi corazón partido por la situación de vuestra adorable hija y por el pesar que causa a una familia que tanto respeto y amo! ¿Qué otro deseo he manifestado más que el de no abandonar una religión a la que estoy adicto por la conciencia y el honor? Vos misma, señora, con ser madre y amiga no podréis estar más afligida y angustiada que yo lo estoy.

Entre tanto, Clementina ponía la vista con mucha atención ya en mí, ya en su madre cuyo llanto veía correr. En fin, rompiendo el silencio después de haber tomado y besado la mano de la marquesa, dijo:

—Yo no alcanzo nada de lo que aquí pasa: esta casa no es ya la que era: nadie hay que no se haya mudado en ella sino yo: mi padre es en un todo diferente de lo que ha sido, mis hermanos también, mi madre no tiene nunca los ojos enjutos, y yo que no lloro debo consolarlos a todos. Sí, este es mi oficio. Querida mamá, dejaos ya de afligiros. Pero

yo no hago más que aumentar vuestro llanto. ¡Oh, mamá! ¿Qué diríais de mí, si yo rehusara daros algún consuelo? —En esto se arrodilló a los pies de la marquesa y tomó sus manos, que besó afectuosamente—. Consolaos, señora, os lo pido encarecidamente, o dadme algunas de vuestras lágrimas para que yo pueda llorar con vos. ¿Por qué no he de poder yo sacarlas de mis ojos? ¡Y yo veo que el señor Grandison llora también! ¿Por qué es eso? ¿No me lo diréis? Ya veis qué ejemplo os doy: yo, que soy una muchacha débil, no derramo una lágrima. —Al mismo tiempo, afectaba tener serenidad.

—¡Oh, señor Grandison! —me dijo su madre con tantos sollozos como palabras—: fácilmente me persuado de que tenéis el corazón penetrado de dolor. ¡Cara hija! —estrechándola con sus brazos— ¡Mi demasiado cara Clementina! ¡Pluguiese al cielo que el sacrificio de mi vida pudiese servir para tu restablecimiento! Señor Grandison, si fuera verdad que cediendo a vuestras ofertas... pero ¡vos no queréis hacer nada por nosotros!

—¡Qué reconvención, señora, cuando yo he hecho proposiciones que acaso no haría a la mayor princesa del orbe! ¿Permitís que las repita delante de vuestra hija?

—¿Qué? —me interrumpió Clementina— ¿Qué quiere repetir? Permitidle, señora, que diga todo cuanto tenga que decir: permitidle que alivie su corazón. Hablad, señor Grandison. ¿Puedo yo daros algún consuelo? Mi felicidad sería haceros a todos felices si pudiera.

—Eso es demasiado, señora, eso es demasiado —dije yo a su madre con un profundo suspiro—. ¡Qué maravillosa bondad que aún brilla entre las tinieblas de una imaginación perturbada! ¿Os será difícil creer que jamás ha habido hombre tan desventurado como yo?

—¡Oh, hija mía! —dijo su madre—: ¡querida hija de mi corazón! ¿Qué, podrás tú consentir en ser mujer de un hombre que profesa una religión diversa de la tuya? ¿En ser mujer de un extranjero? (Ya veis, señor Grandison, que yo le recuerdo vuestras proposiciones.) ¿De un hombre, hija mía, que está en guerra con la religión de sus mismos antepasados como con la tuya?

—Mas no, señora, yo no puedo creer que forme ese juicio de mí. Permitid, señora —dije a la marquesa—, que yo le represente las mismas cosas con otro aspecto. Sin embargo, si vos no me dais alguna esperanza de protección, si nada tengo que prometerme del señor marqués y de vuestros dos hijos, temo ir contra lo que más deseo.

—No, señor Grandison, ellos no darán oídos a nada.

—Pues bien, señora, yo debo consentir en parecer injusto, ingrato y aun insolente a los ojos de Clementina, si esto puede conducir a su alivio. Perdiendo la esperanza de obtener vuestro favor, no me queda más partido que el de la desesperación.

—Si yo viera la menor apariencia de serviros útilmente, no sé de

qué no sería capaz; pero sobre un punto tan importante no me es permitido separarme de mi familia.

Después, pareciendo romper esta conversación, dijo a su hija:

—Querida mía ¿no me dijiste que deseabas hablar al señor Grandison a solas? Pues esta ocasión es la única que puedes esperar. Tu padre y tus hermanos estarán aquí mañana, y entonces, entonces, señor Grandison —volviéndose a mí—, todo quedará concluido.

Clementina respondió con bastante serenidad que se había propuesto efectivamente verme a solas, y que no interesándole nada a ella lo que tenía que decirme...

—¿Te parece a ti —la interrumpió su madre— que podrás acordarte de todo lo que le habrías dicho, si le hubieses hecho la visita que pensabas hacerle?

—Yo no sé.

—Pues voy a salir. ¿Salgo, querida mía?

Clementina se volvió a mí.

—Vos habéis sido mi preceptor y me habéis dado excelentes lecciones: ¿debo yo desear que mi madre se aleje? ¿Debo yo tener que deciros alguna cosa que ella no pueda oír? Paréceme que no.

Al retirarse la marquesa le supliqué que entrase sin ser vista en el gabinete inmediato.

—Es menester, señora —le dije—, que lo oigáis todo: la ocasión puede ser de importancia; y si salís, quedaos al menos bastante cerca para juzgar de nuestra conducta, pues yo os pido vuestra aprobación o vuestra censura.

—¡Oh, señor Grandison! —me respondió— Jamás os abandonan la prudencia y la generosidad. ¡Que no seáis católico!

La marquesa salió, y yo hice de modo que volviese a entrar sin que la viera su hija, a quien persuadí que se sentara en una silla cuyo respaldo estaba hacia la puerta del gabinete, lo cual hizo sin ningún recelo mandándome sentar junto a ella.

Nosotros guardamos silencio algunos momentos. Yo quería que Clementina hablase la primera a fin de que no se me pudiese acusar de haber preocupado su imaginación. Ella parecía estar dudosa, bajando y alzando alternativamente los ojos, y mirando con prontitud ya a un lado, ya a otro.

—¡Ah, señor Grandison! —me dijo por último— ¡Qué dichoso tiempo aquel en que yo era vuestra discípula, en que me enseñabais el inglés!

—Dichoso, seguramente, señorita.

—La señora Beaumont era demasiado severa para mí. ¿Conocéis a la señora Beaumont?

—La conozco: es una de las más apreciables mujeres del mundo.

—Yo formo el mismo juicio de ella; pero hizo de mí extrañas

pruebas. Creo haber cometido un gran yerro.

—¿Qué yerro, señorita?

—¡Qué yerro! El de haberla dejado penetrar un secreto que yo había ocultado a mi madre, a la más indulgente de todas las madres. Vos me miráis; mas no os diré cuál es el secreto.

—Yo no os lo pregunto.

—Vos me lo preguntaríais inútilmente. Pero ¡me parecía que tenía tantas cosas que deciros! ¿Por qué me detendría esa enfadosa Camilla, cuando yo iba a veros? Yo tenía mil cosas que deciros.

—¿Y qué, señorita, no podéis acordaros de nada?

—Dejadme reflexionar un momento... Ah, yo pensé primero que vos me despreciabais: esto no me ha desazonado, os lo aseguro, y por el contrario me ha servido. Yo soy altiva, señor, yo he logrado la ventaja y me hallo muy tranquila: ya veis cuál es mi tranquilidad. Sin embargo, decía yo entre mí, *este pobre caballero*, sea que me desprecie o no... Quiero descubriros todos mis pensamientos, pero que no os aflijan. Ya veis que tengo el ánimo sereno, aunque soy una muchacha débil. Vos estáis reputado por un hombre prudente: no desacreditéis vuestra prudencia. ¿Un hombre prudente ha de ser más débil que una muchacha simple? Que nunca esta reconvención... Pero ¿qué había empezado yo a deciros?

—*Este pobre caballero*, decíais, señorita.

—Sí, sí. Este pobre caballero, decía yo, ha recibido del cielo una bella alma y se ha tomado mucho trabajo por instruirme, y así ¿no me lo he de tomar yo también por su conversación? Yo había recogido muchos pensamientos excelentes que conservaba en la memoria, y la importuna Camilla ha sido causa de que se me olvide todo. Sin embargo, aún me queda alguna cosa: sí, me acuerdo de algo. Yo quería deciros en conclusión... Luego era una cosa premeditada, me diréis. No lo niego, señor Grandison. Es menester que os lo diga al oído; mas no: volved más bien la cara al otro lado: siento que ya me sale el rubor al rostro: no me miréis: mirad hacia la ventana —Yo hice lo que quería—. Yo había pues resuelto deciros... pero creo haberlo puesto por escrito —En esto sacó del bolsillo su librito de memoria—. Helo aquí. Mirad al otro lado, que yo os lo mando —Y se puso a leer—: «Consiento, señor Grandison, de todo corazón (esto es muy de veras, como veis) en que aborrezcáis, despreciéis y miréis con horror a la desgraciada Clementina; pero os ruego encarecidamente por el bien de vuestra alma inmortal que abracéis la verdadera religión.» Ea pues, señor mío, ¿qué me respondéis? —siguiendo con su hermoso rostro el mío que aún tenía vuelto, por no tener ánimo para mirarla—. Decid que consentís en ello: siempre he tenido vuestro corazón por honrado y sensible: decidme que se rinde a la verdad. Yo no os insto a ello por mí, pues ya os he dicho que tengo a bien me despreciéis. No se dirá

que habéis cedido a las instancias de una mujer: no, señor Grandison, únicamente vuestra conciencia tendrá este honor. Yo no os ocultaré lo que pienso tocante a mí misma. Yo permaneceré en una paz profunda —al decir esto se levantó con cierto aire de dignidad que aún parecía aumentar el espíritu de religión—, y luego que el ángel de la muerte parezca, le alargaré la mano. «Acércate», le diré, «¡oh tú, ministro de paz! Yo te sigo a la ribera adonde estoy ansiando por llegar, y allí conservaré un lugar para el hombre para quien no ha mucho tiempo lo deseo, pero junto al cual quiero estar sentada eternamente.» Esta esperanza, señor Grandison, satisfará a Clementina y la apreciará más que todas las riquezas. Así, ya veis, como se lo dije a mi madre, que yo hablaba de una obra del cielo y no trataba de mi propio interés.

Clementina hubiera podido continuar dos horas enteras sin que yo hubiese pensado en interrumpirla. ¡Oh, estimado amigo! ¡Cuáles fueron los tormentos de mi corazón! Clementina oyó los suspiros que se me escapaban.

—¡Vos suspiráis, señor! No sois insensible como se os ha vituperado. Pero ¿os rendís? Decidme pues que os rendís: yo no quiero ser desairada. ¿Queréis saber cuál será mi suerte? Si mi última hora no llega tan pronto como lo deseo, entraré en un convento y dedicaré a Dios el tiempo de esta infeliz vida.

¿Con qué expresiones había de responderle? ¿Cómo había de manifestarle en nuestra mutua situación los tiernos sentimientos de que mi corazón estaba inundado? La compasión es un motivo que no puede satisfacer a una mujer generosa, ¿y cómo había de hacer hablar al amor? ¿Podía yo emprender el restablecerme en su afecto cuando toda su familia rehusaba mis ofertas y no se me hacían otras que yo pudiese aceptar? Aún menos debía pensar en entrar en disputa contra su religión por defender la mía, viendo tan perturbada y alterada su razón. Por otra parte ¿me permitían la justicia y la generosidad abusar de su fatal estado para inspirarle dudas sobre una religión a que la veía adicta tan de buena fe?

Yo me contenté habiendo tenido aliento para hablar con hacer grandes elogios de su piedad. La llamé ángel y mujer divina, el ornamento de su sexo y la honra de su religión. En fin, yo enderecé todos mis esfuerzos a hacerla mudar de asunto; mas conociendo mi intención, me dijo después de algunos momentos de silencio que yo era el más obstinado de todos los hombres.

—Sin embargo —prosiguió—, yo no puedo creer que me despreciéis. Leamos aun otra vez vuestro papel.

Clementina lo volvió a leer, preguntándome a cada promesa, si hubiera sido fiel en cumplirla.

—No dudéis —le respondí— de una fidelidad que me hubiera hecho dichoso toda mi vida.

Clementina pareció reflexionar, pesar y comparar, y después dijo con un suspiro:

—¿Qué juicio se ha de hacer de lo que aún está oculto entre los secretos de la Providencia?

Yo creí que habiendo tomado otro giro nuestra conversación no sentiría la marquesa salir del gabinete, y me fue fácil coadyuvar a ello. Habiéndose acercado a nosotros con los ojos llorosos, le dijo Clementina:

—¡Ah, señora! Salgo de una viva disputa con el señor Grandison, y —arrimándose a su oído— no desconfío de que se le convenza, pues tiene un corazón tierno; pero silencio —añadió poniéndose el dedo en la boca.

Después, alzando la voz quiso hablar del escrito que había leído; pero su madre temió verosímilmente que esto fuese demasiado favorable para mí, y esta fue la primera vez que me pareció tibia en orden a nuestro enlace. Inmediatamente interrumpió a su hija y le dijo:

—Esa es una materia que nosotras trataremos a solas.

Entonces llamó y habiendo entrado Camilla le mandó que se quedase con Clementina.

La marquesa salió rogándome que la siguiese, y apenas llegamos a la pieza inmediata, cuando volviéndose a mí me dijo:

—¡Ah, señor Grandison! ¿Cómo habéis podido resistiros en esta escena? Vos no tenéis a mi hija todo el amor que se merece. Vuestro corazón es noble y generoso, mas también es invencible vuestra pertinacia.

—¿Pues qué, señora, me tenéis por un ingrato? ¡Cuánto esta imputación aumenta mis tormentos! ¿He perdido pues vuestro favor y protección? En vuestra bondad, señora, y en la de mi querido Jeronymo, había fundado todas mis esperanzas.

—Sé, señor Grandison, que vuestras proposiciones no pueden nunca ser aceptadas, y nada más espero de vos. Después de esta vista, que verosímilmente será la última, no me puede quedar la menor esperanza. Mi hija comenzaba ya a titubear. ¡Cuánto os ama! Pero es imposible que os unáis jamás: lo veo y no me parece conveniente volver a exponerla en conversaciones de que no puedo prometerme ningunas felices resultas. Vos parecéis afligido, y yo me compadecería de vuestras penas si no estuviesen en vuestra mano vuestra felicidad y la nuestra.

Yo estaba bien distante de esperar semejante mudanza en la marquesa.

—¿Me permitís, señora —le dije en tono muy sumiso—, despedirme de la amable Clementina, cuyo corazón y piedad merecen mis adoraciones?

—Paréceme también conveniente, señor Grandison, que se difiera.

—¡Que se difiera, señora! El señor marqués y el señor general volverán pronto, y mi corazón me dice que seré privado para siempre de la dicha de verla.

—Por esta vez al menos mejor es que se difiera.

—Si exigís mi sumisión, yo estoy obligado a ella, y sólo con el favor del cielo podría recompensar vuestros favores. ¡Que él restituya la salud a vuestra cara hija! ¡Que emplee su omnipotencia en vuestra felicidad! El tiempo puede hacer algo en favor mío, el tiempo y el testimonio de mi corazón... Mas vos no habéis tenido nunca en vuestra presencia hombre más desdichado.

Yo me tomé la libertad de besarle la mano y me retiré muy conmovido. Camilla me siguió y me dijo que su señora quería saber, si yo vería al señor Jeronymo.

—¡Que el cielo —respondí— colme de bendiciones a mi querido amigo! Me es imposible verle, pues no oiría de mí más que quejas y sería testigo de todos mis tormentos. Hazle presente mil veces mi fino cariño. ¡El cielo derrame sus beneficios sobre esta excelente familia! Camilla, oficiosa Camilla, adiós.

¡Oh, estimado doctor! Pero ¿quién puede condenar a la marquesa? Era responsable de su conducta en ausencia de su marido, sabía la resolución de su familia y su Clementina parecía inclinada a declararse en favor mío más de lo que convenía tal vez en aquellas circunstancias. Sin embargo, había tenido ocasión de advertir que su hija en la situación en que se hallaba, no renunciaba con facilidad a lo que había fuertemente concebido; fuera de que jamás se la había acostumbrado a la contradicción.

El día siguiente me hizo una visita Camilla de orden la marquesa, quien se excusaba por haberme rehusado el permiso de ver a su hija, y me suplicaba no considerase en su repulsa sino lo que había creído deber a la prudencia. Me prometía una estimación inviolable y aun tanto afecto como si sus mayores deseos se hubiesen cumplido. El marqués, el conde su hermano, el obispo y el general habían llegado la noche anterior, y la marquesa había tenido que sufrir muchas reconvenciones, por haber consentido en la vista; mas se arrepentía de ello tanto menos que después de nuestra separación había estado Clementina más serena y respondido con tranquilidad a todas las preguntas de su padre, aunque no obstante deseaba que yo dejase a Bolonia así por el bien de su hija como por el mío. Camilla me dijo de parte de Jeronymo que sabría con gusto que yo me había retirado a Trento o a Venecia, y añadió como de suyo que le marqués, el conde su hermano y el general habían vituperado efectivamente la vista; pero que estaban muy satisfechos de que la marquesa me hubiese negado el permiso de volver a ver a su hija, en atención a que el

escrito que me había hecho firmar parecía haberla dispuesto a levantar algún edificio sobre este cimiento; que al parecer todos iban de acuerdo en sus resoluciones; y que aun suponiéndome pronto a conformarme en todo con su voluntad, no creían ya que les conviniese mi enlace después de haber pesado los honores, circunstancias y conveniencias de ambas partes. En una palabra, Camilla me hizo inferir de su relación que habiendo ellos realzado mucho sus ventajas, había yo perdido mucho en esta comparación llegando a ser insuperables los obstáculos. Su empeño en dicha determinación era tal que se habían explicado severamente con Jeronymo sobre el ardor con que aún se declaraba en favor mío. Se había llamado al director y era consultado como un oráculo. En fin, el conde de Belvedere entraba también en el plan, habiéndose propuesto decirle que serían atendidas sus antiguas proposiciones, y por un modo de pensar poco delicado se lisonjeaban de que un marido sería un remedio más seguro que todos los experimentados.

NOTA. *Grandison prosigue refiriendo muy por menor lo que pasó durante algunos días entre la familia. Tuvo noticias de ella no sólo por Jeronymo, que le instaba a dejar a Bolonia, sino también por el mismo director, quien le hizo una visita, y en la conferencia que tuvieron concibió tales sentimientos de estimación y afecto a Grandison que llegó a ponerse de rodillas pidiendo su conversión al cielo con una fervorosa súplica. Sin embargo, viendo que no surtía ningún efecto su celo, le exhortó también a que se alejase. Grandison se detenía por dos motivos: por su tierna compasión de Clementina, cuyo mal sabía se aumentaba de día en día, y por el temor de faltarse a sí mismo cediendo de pronto a instancias en que creía entrever una mezcla de amenazas. En fin, una carta muy comedida del marqués en que este afligido padre le suplicaba hiciera por que pudiese decir a su hija que había partido a Inglaterra, pudo hacerle resolverse a marchar. Prometió partir; mas respondió al marqués que, no vituperándole nada su corazón, ni sintiendo por el contrario en sí mismo más que un vivo reconocimiento a una familia a la cual debía infinitos favores, exigía el permiso de despedirse de ella manifiestamente. Esta solicitud suscitó en la familia grandes debates y pareció muy osada al mayor número; pero habiendo Jeronymo hecho presente con energía que era digna de su amigo, de su libertador y de un hombre inocente que no quería se asemejase su partida a la de un delincuente, se resolvió que Grandison fuese convidado en forma, tomándose dos días de término para congregar algunas otras personas de la familia que, no habiéndole visto nunca, deseaban conocer antes de esta última separación a un extranjero que por tantos singulares acontecimientos era mirado como un hombre extraordinario.*

Entre tanto, le escribió Jeronymo una dilatadísima carta comunicándole todo lo que había pasado en el palacio de la Porretta, y habiendo llegado el día de la despedida se condujo Grandison en la asamblea con tanta

nobleza, modestia y discreción que se granjeó la estimación y afecto de todos. No se oían más que suspiros y tiernos lamentos, ni se veían más que lágrimas. Todos pidieron al cielo por su felicidad y se mostraron deseosos de merecer su afecto, a excepción del general, que procuró irritarle con miradas altivas y algunas expresiones muy picantes y amargas; pero Grandison supo responder con tanta firmeza como urbanidad y moderación. Satisface a todo, se dirige sucesivamente a cada uno de los circunstantes y aun al mismo general, a quien la fuerza de la razón y de la justicia hace enmudecer, siendo infinitos los testimonios de aprecio que se dan a Grandison y que parecen prometer una feliz conclusión. Sin embargo, habiéndose acercado Grandison a Jeronymo para repetir sus abrazos, se levanta el general, se acerca a él y le dice en voz baja: «Vos no podíais creer, señor Grandison, que yo tomaría a bien algunas de vuestras expresiones, y aun supongo que no las diríais con esta intención. Yo no tengo que haceros más de una pregunta: ¿qué día marcháis?» Desde aquí prosigue Grandison su narración.

—Permitid, señor —respondí yo en el tono natural de mi voz—, que os pregunte también cuándo pensáis volver a Nápoles.

—¿Por qué es esa pregunta?

—Yo os lo diré de buena fe. Vos me hicisteis el honor al principio de nuestro conocimiento de convidarme para un viaje a Nápoles, y yo acepté el convite. Si vuestra partida no se difiere mucho tiempo, tengo ánimo no sólo de ir a esta ciudad a haceros la corte, sino también a pediros hospedaje en vuestra misma casa, y no creyendo haber merecido que me neguéis esta gracia, me lisonjeo de que seré recibido en ella con tanta bondad como la que me mostrasteis con vuestro convite. Mañana pienso partir de Bolonia.

—¡Oh, hermano mío! —le dijo el obispo— ¿No cedes a tan generosos sentimientos?

—¿Habláis con ingenuidad? —me preguntó el orgulloso general.

—Sí, señor —le respondí—. Yo tengo en las diferentes cortes de Italia muchos amigos de suposición, de quienes quiero despedirme antes de dejar un país que desconfío de volver a ver más, y mi mayor deseo es el de poderos contar en este número; pero aún no percibo el aire de amistad que busco en vuestros ojos. Permitid, señor, que os ofrezca mi mano, pues un hombre de honor se degradaría con desechar las proposiciones de otro hombre de honor, sobre lo cual apelo a vuestros propios sentimientos.

El general se contentó con levantar la mano cuando me vio alargar la mía. A mí no me falta orgullo, como sabéis, estimado amigo, y en esta ocasión yo sentía mi superioridad. Yo tomé su mano tal cual me la ofrecía; pero algo compadecido de él por su aire violento y un gesto en que no advertí la gracia que acompaña siempre a todo lo que dice y hace.

El obispo me abrazó diciéndome:

—¡Oh, señor Grandison! Vuestra moderación os hace triunfar en todas ocasiones.

Mi querido Jeronymo se enjugó los ojos y me alargó los brazos para estrecharme con ellos.

El general me dijo:

—Yo estaré en Nápoles dentro de ocho días. Las desgracias de mi familia me tienen demasiado conmovido para conducirme en esta ocasión, como acaso debería. En verdad, señor Grandison, es difícil para los que padecen unir todas las virtudes en un mismo grado.

—Sí, estimado general —le dije yo—, y demasiado lo experimento. Mis esperanzas que habían tomado un aspecto tan lisonjero, se desvanecen ahora entrando en su lugar la desesperación.

—¿Puedo pues esperaros en Nápoles? —me dijo interrumpiéndome, verosímilmente para alejar estas ideas.

—Sí, señor, podéis; pero entre tanto os pido un favor, a saber, que tratéis con dulzura a vuestra querida Clementina. ¡Que no pueda llamarla mía! Asimismo os pido otro favor sólo respectivo a mí, y es que le digáis cómo me he despedido de toda vuestra familia, y cómo antes de partir he manifestado tan vehementes deseos de su felicidad como lo es mi afecto. No hago esta súplica a Jeronymo, porque el afecto que me profesa le impelería a hacer una circunstanciada relación que podría aumentar todas nuestras penas.

NOTA. *Grandison dejó admirados de su mérito a todos los circunstantes, y se retiró oprimido del más vivo dolor, habiendo dado pruebas de su liberalidad a todos los criados, que lloraban amargamente no verle en el número de sus amos.*

El mismo día y el día siguiente antes de su partida supo por cartas de Jeronymo y por las últimas visitas de Camilla que no reinaba la paz en el palacio de la Porretta, y que la desventurada Clementina, sabedora de su resolución, había recaído en la más lastimosa demencia; pero habiendo perdido toda esperanza de verla, se puso en camino para Florencia, donde sólo se detuvo a dar orden a su banquero de que hiciese formar todas las cuentas tocantes a la herencia del señor Jervois. Tenía en Siena, en Ancona y particularmente en Roma queridos amigos a quienes quería abrazar antes de restituirse a su patria; pero teniéndolos asimismo en Nápoles, esto era un motivo de más para cumplir primero con la palabra que había dado al general, y así llegó a este pueblo casi al mismo tiempo que se había propuesto.

Ahora continúa Grandison.

El general me recibió con más política que afecto, y después de las primeras atenciones, me dijo:

—Vos sois el más feliz de todos los hombres, arrostrando a los peligros habéis sabido libertaros de ellos. Os confieso que he tenido

que violentarme mucho para no ir a haceros una visita seria en Bolonia, a lo cual estaba resuelto antes que me hubieseis hecho esperar aquí la vuestra.

—Yo hubiera sentido mucho —le respondí— ver a un hermano de Clementina por algún motivo que no me lo hubiese hecho mirar como hermano suyo; pero antes de decir más permitidme que me informe de su salud. ¿Cómo se halla la más excelente persona de su sexo?

—¿Pues qué, lo ignoráis?

—Lo ignoro, señor general, mas no por falta de cuidado: he despachado tres expresos y por ninguno de ellos he logrado tener alguna satisfacción.

—Vos no sabréis nada de mí que pueda causaros mucha.

—¡Cuánto aumentáis mi aflicción! Y al menos ¿cómo lo pasan el señor marqués y la señora marquesa?

—No me lo preguntéis: están por extremo afligidos.

—He sabido que mi estimado amigo Jeronymo ha sufrido...

—¿Una terrible operación? —me interrumpió—. No se os ha engañado. ¡Cuán digno es de compasión! Él mismo no ha podido informaros de ello. ¡El cielo nos le conserve! Pero, señor Grandison, vos no habéis salvado más que la mitad de una vida, aunque os debemos mucho por haber puesto en nuestras manos la otra tan cara mitad.

—Yo tuve poca parte en tal accidente y nunca me lisonjeo de ello. La casualidad lo hizo todo y sin embargo se ha exagerado mucho mi servicio.

—¡Pluguiese al cielo que lo hubiese hecho cualquiera otro!

—Lo acaecido me obliga a desear lo mismo.

Después de esto, me enseñó el general sus cuadros, sus estatuas y su gabinete de curiosidades; pero menos por darme gusto que por hacer honor al suyo; pues cada vez advertía en sus modales mayor frialdad, y ponía en mí la vista con un aspecto melancólico que mostraba más de resentimiento que de aquella franqueza de corazón que por ventura debía tener conmigo después de un viaje de doscientas millas que había hecho por verle y manifestarle la confianza que hacía de su honradez. Como esta conducta no era injuriosa más que para él mismo, me contenté con compadecerme de él; pero me causó verdaderamente aflicción no poder lograr me diese la menor noticia sobre la salud de una persona de quien llevaba todos los males en lo íntimo de mi corazón. Una compañía bastante numerosa que tuvimos en la mesa hizo la conversación general. Él me trataba siempre con mucha distinción; pero yo notaba en esto demasiado aparato, lo cual me desazonaba tanto más que todas estas afectadas exterioridades me hacían recelar alguna nueva desgracia en Bolonia después de haber yo dejado esta ciudad.

Acabada la comida, me propuso pasar al jardín, donde me dijo:

—¿Me acompañaréis siquiera ocho días, señor Grandison?

—No, señor. Tengo que evacuar a la mayor brevedad un asunto de importancia en Florencia y en Livorno, y estoy en partir mañana a Roma, de donde pasaré a Toscana.

—Extraño esa precipitación, señor Grandison. ¿Os desagrada algo en mi conducta?

—Yo os confesaré, señor general, con la franqueza que me es natural, que no advierto en vos aquel aire de bondad y oficiosidad que me complacía de ver en otras ocasiones.

—El cielo me es testigo de que hay pocos hombres en el mundo a quienes profese más estimación que a vos; pero también os confesaré que no os miro aquí con tanta ternura como admiración.

—¿No exige esa expresión alguna explicación? Verosímilmente admiráis mi confianza, y si es así, no puedo menos de daros gracias por decirme lo que me hace mucho honor.

—Yo no quiero decir nada que pueda ofenderos: yo aludo en particular a la noble resolución que os trae aquí y a la grandeza de alma que hicisteis brillar en Bolonia al despediros de toda mi familia. Pero ¿no tuvisteis en esta despedida alguna intención de insultarme?

—Mi único fin entonces era el de haceros advertir, como aún lo hago ahora, que vos no habéis formado siempre de mis sentimientos el concepto que creo merecer; mas luego que advertí que comenzabais a enardeceros, en vez de responder a vuestra pregunta sobre mi estada en Bolonia, me convidé yo mismo a seguiros a Nápoles sin el menor pensamiento de insultaros.

—Confieso, señor Grandison, que esto me alteró y que mi ánimo fue el de excusaros el viaje.

—¿Y tuvisteis esa mira cuando me hicisteis el honor de pasar a mi posada?

—No, por cierto. Aún no había resuelto nada. Yo quería hablaros, y no sabía cuál sería el resultado de la conversación; mas si os hubiese propuesto salir ¿hubierais respondido a mis preguntas?

—Según la explicación que me hubieseis hecho de ellas.

—¿Y responderíais ahora a ellas, si os acompañara hasta Roma en vuestra vuelta a Florencia?

—Sí, señor, como exigiesen respuesta.

—¿Me creéis capaz de hacer alguna proposición que no la exija?

—Señor general, creo deber explicarme. Vos habéis concedido contra mí preocupaciones mal fundadas, y parecéis inclinado a imputarme desgracias que no pueden seros más sensibles que a mí. Yo conozco mi inocencia y tengo justo motivo para creerme ofendido por las varias esperanzas que se me dieron voluntariamente, una vez que a mí no se me puede vituperar el haberlas perdido por mi culpa. ¿Qué

temor puede tener un corazón inocente e injuriado? Mi flaqueza, si yo la hubiese manifestado, hubiera podido serme perjudicial. ¿No estaba yo en medio de vuestros parientes con la sola cualidad de extranjero? Y si yo hubiese sido capaz de huir de vos ¿de qué me hubiera servido, si hubieseis tomado la resolución de buscarme? Yo me presentaré siempre como hombre de honor a un enemigo antes que huir de él como un culpado. La fuga pasa en mi país por una confesión del crimen. Si me hubierais hecho preguntas a las que no me hubiese convenido responder, os habría dado mis quejas quizá con la misma serenidad que me veis aquí. Si hubieseis rehusado oírme, no hubiera dejado de defenderme; mas por el mundo entero no habría herido, si hubiese podido evitarlo, a un hermano de Clementina y de Jeronymo, a un hijo del marqués y de la marquesa de la Porretta. Si vuestra ira me hubiese dado sobre vos alguna ventaja tal como la de desarmaros, yo no hubiera usado de ella sino para presentaros nuestras dos espadas y mi pecho descubierto y ya despedazado por las aflicciones de vuestra amable familia, y quizá habría añadido solamente: «vengaos, si creéis haber recibido de mí alguna ofensa.»

»Ahora que me hallo en Nápoles, os declaro que si estáis determinado a acompañarme con alguna intención que no sea amistosa, no tendré otra conducta. Yo reposaré en mi inocencia y en la esperanza de vencer con la generosidad un corazón generoso: únicamente es propio de los culpados buscar su seguridad en las violencias y en los homicidios.

—¡Qué orgullo! —me dijo en tono colérico, mirándome atentamente de pies a cabeza. ¿Y en qué fundáis, decid, la esperanza de una ventaja?

—Cuando yo esté tranquilo y dispuesto tan sólo a defenderme; cuando vea un enemigo enfurecido por su pasión, como sucede siempre a los agresores, tendré la victoria por mía; pero si sin perder vuestra estimación puedo excusar el desenvainar la espada contra vos, jamás la desenvainaré. Es imposible que no conozcáis mis principios.

—Los conozco, señor Grandison, y sé que se os atribuye tanta destreza como valor. ¿Creéis que yo hubiera dado oídos a proposiciones de matrimonio, si vuestro carácter?... —Entonces tuvo la bondad de decirme mil cosas lisonjeras; pero después añadió—: sin embargo ¿sería posible que mi hermana se viese en tan fatal estado, si algunos artificios de amante?...

—Permitidme interrumpiros. Yo no puedo soportar semejante sospecha. Si el artificio hubiese tenido alguna parte en el mal, no sería tan grave. ¿No podéis considerar a vuestra hermana como una joven descendiente de dos de las más nobles casa de Italia? ¿No podéis representárosla en el estado en que la pintó tan vivamente la señora Beaumont, combatiendo con su propio corazón, luchando consigo

misma por su deber y su religión, y resuelta a morir antes que consentir en ninguna debilidad? ¿Por qué se me recuerda este tierno asunto? Pero ¿ha habido jamás otro ejemplo de una pasión tan noblemente combatida? ¿Y no puedo añadir que nunca se ha portado un hombre con más desinterés ni se ha visto en más extraña situación? Acordaos siquiera de mi primera partida, que fue no sólo voluntaria sino también inesperada para vuestra familia. ¡Cuánta magnanimidad mostró en esta ocasión vuestra hermana! ¡Qué noble franqueza manifestó asimismo en sus declaraciones, cuando la Beaumont le arrancó lo que me llenaría de gloria, si hubiese sido más feliz, y lo que me causa al presente la más profunda aflicción!

—En verdad, señor Grandison, mi hermana es una joven admirable. Acaso nos inclinamos demasiado a juzgar por los efectos sin penetrar bien las causas; pero ¡haberos dado tanta libertad para tratarla, teniendo vos todas las prendas que están manifiestas y que las circunstancias, como lo confieso, han hecho brillar tanto en ventaja vuestra!...

—¡Ah, señor general! —le interrumpí—, eso es juzgar también por los efectos. Mas en vuestro poder tenéis la carta de la Beaumont. ¡Qué mejor testimonio de magnanimidad en una mujer! Yo no os daré otra prueba en favor de mi conducta.

—Tengo esa carta, pues Jeronymo me la dio al partir, y me acuerdo de que me dijo al entregármela: «Grandison no dejará de ir a verte a Nápoles y tu viveza me intimida. Es notoria su firmeza y fundo toda mi esperanza en sus principios. Trátale con nobleza: yo cuento con la generosidad de tu corazón, pero lee esta carta antes de verle.» Os confieso —prosiguió el general— que aún no he tenido gana de leerla; mas la leeré, y si me lo permitís, voy a hacerlo en este momento.

En esto la sacó de la faltriquera y retirándose algunos pasos la leyó de la cruz a la fecha. Después se acercó a mí y me tomó afectuosamente la mano diciéndome:

—Me avergüenzo de mí mismo, mi querido Grandison, y confieso que no me he conducido con nobleza. Los pesares de una triste familia que tenía presentes me han hecho recibiros y trataros como al autor de un mal que sólo debo atribuir a nuestra mala suerte. Yo he buscado motivos de ofensa: perdonad, disponed de mi persona y de mis facultades. Ya participaré a mi hermano con qué grandeza de alma me habéis vencido aun sin haber leído su carta; pero que habiéndola leído después, he sentido no haberlo hecho antes. Yo me doy por satisfecho de vos y me lisonjeo de tener una hermana como la que tengo. Sin embargo, advierto en esta misma carta que la gratitud de mi hermano ha contribuido al mal que lloramos; pero no se diga ni una palabra más acerca de esta joven desdichada: me es por extremo doloroso hablar de ella.

—¿No permitís, señor?

—Hacedme el favor, querido Grandison, tened esta condescendencia conmigo. Jeronymo y Clementina tienen mi alma en un continuo tormento, pero su salud no se halla en tan fatal estado como puede temerse. ¿No vamos mañana a palacio? Pienso presentaros al rey.

—Ese honor se me hizo en mi primer viaje a Nápoles. Me es preciso partir mañana, y ya me he despedido de algunos amigos que tengo en esta ciudad.

—Pero ¿pasaréis al menos conmigo lo restante del día?

—Ese es mi ánimo.

—Volvamos con mis amigos: tendré que darles excusas, mas vuestra indispensable partida me las suministrará.

Volvimos en efecto y desde entonces siempre me mostró el general mucha franqueza y afecto.

Grandison partió el día siguiente, y habiendo llegado a Florencia acabó de arreglar todo lo respectivo a la herencia de su amigo con aquella mezcla de calor y moderación que se echa de ver en todos los negocios que toma a su cargo. Lo que otro no hubiera hecho sino en muchos meses, fue para él obra de pocos días sin embargo de que tuvo que vencer algunos obstáculos de parte de Olivia. Supo que antes de su partida de Nápoles había vuelto a Bolonia a instancias de la marquesa la señora Beaumont, y no sabiendo nada de su querido Jeronymo resolvió escribirla para informarse del estado de la familia y en particular de la salud de su amigo, cuyo silencio después de tres cartas que le había escrito, comenzaba a causarle los más terribles temores. Decía a la Beaumont que si él no veía ningunas apariencias de poder contribuir a la felicidad de tan amada familia, estaba en ánimo de marchar dentro de pocos días a París. La Beaumont le escribió la respuesta siguiente.

«No tengo, mi estimado señor Grandison, ninguna feliz noticia que comunicaros. Todos nosotros estamos aquí sumergidos en una profunda aflicción, y los criados tienen orden de no dar más que respuestas vagas a las preguntas que les hicieren y de ocultar cuidadosamente la verdad.

»Vuestro amigo el señor Jeronymo ha sufrido una temible operación. Había sido desahuciado, pero después del cruel servicio que le han hecho los cirujanos, si no hay esperanzas de su total restablecimiento, se cree al menos que el mal que se temía está más distante. ¡Cuán digno es de lástima! Sin embargo, al fin de sus dolores su inquietud es por su hermana y por vos.

»Cuando llegué a Bolonia encontré a Clementina en una lastimosa situación. Unas veces estaba furiosa y otras taciturna, por haber dado

motivo para recelar algún fatal intento. Paréceme que se han manejado muy mal en la conducta que se ha tenido con ella, empleando ya la dulzura, ya la severidad sin seguir ningún método. Hizo muy fuertes instancias por que se la permitiese veros antes de vuestra partida, y aun pidió muchas veces esta gracia de rodillas prometiendo estar más tranquila si se le concedía; pero la familia temió aumentar el mal, lo cual le he vituperado diciéndole que el mejor medio es el de la dulzura. Inmediatamente que dejasteis esta ciudad, se le comunicó vuestra marcha, y Camilla me ha intimidado verdaderamente con la relación que me ha hecho de la rabia y desesperación que fueron el fruto de esta noticia. Después, el silencio y la más profunda melancolía han sucedido a las pasiones violentas.

»La familia se lisonjeaba a mi llegada de que mi presencia y compañía darían algún alivio a su Clementina; pero estuvo dos días enteros sin poner la menor atención en mí ni en mis palabras. El tercer día, habiendo yo advertido que la impacientaba mucho no estar en libertad, obtuve aunque con mucho trabajo que se le desatasen las manos y se la permitiese pasearse conmigo en el jardín. Habíanme dado a entender que temían el estanque grande, y como nos acompañaba su camarera, quise llevarla poco a poco por esta parte. Clementina se sentó en un banco frente a la cascada grande; pero no hizo ningún movimiento que pudiera inquietarme, y desde aquel día me ha cobrado más cariño que antes. Cuando conseguí su libertad, el primer uso que hizo de sus brazos fue el de echármelos al cuello ocultando su rostro en mi seno. Yo noté fácilmente que esta era la expresión de su gratitud, pero se mostró poco dispuesta a hablar. Su situación ordinaria es un triste desvarío acompañado de un profundo silencio. Sin embargo, observo algunas veces que su espíritu está muy agitado. Se levanta para mudar de lugar, se detiene poco en el que ha elegido, y pasando de uno a otro da así vuelta a su aposento, cuya vista me parte el corazón. Jamás he visto mujer más perfecta y amable que ella. En tan continuo desvarío no ha perdido nada de su fervor en sus ejercicios de piedad, y conserva todos sus buenos hábitos; mas algunas veces no la conocemos.

»Con frecuencia se ocupa en escribiros; pero aunque se le quita a hurtadillas lo que escribe, no parece que echa de verlo, pues no pregunta qué ha sido de su carta, y vuelve a tomar papel para empezar otra, siendo siempre sus asuntos de santos o ángeles. De continuo se pone a meditar profundamente sobre una carta de Inglaterra, y muchas veces la oigo meditar con un suspiro su deseo de ser conducida a ella.

»La señora Sforza solicita con instancias llevarla a Urbino o a Milán, mas espero que no se condescenderá a ello. Cualquiera que sea el afecto que esta dama muestre tenerla, la veo persuadida de que los

medios severos son los únicos de que se puede esperar favorable éxito, y yo estoy segura por el contrario de que jamás surtirán buen efecto con Clementina.

»Yo no me siento capaz de acompañarla mucho tiempo, pues me causa la más vehemente aflicción la desgracia de una joven de tanto mérito. Si le fuera útil en algo, consentiría de buena gana con esta mira carecer de la vista de cuantos sujetos amo en Florencia; pero estoy en la firme persuasión, como aquí lo he dado a entender, de que un momento de conversación con vos hubiera servido más para calmar su espíritu que todos los métodos que incesantemente se emplean. Espero veros antes de ausentaros de Italia, lo cual será sin duda en Florencia, si no es en Bolonia. Sois muy generoso en dejarme la elección de esto.

»Ha ocho días que estoy en esta casa sin tener ni aun vislumbre de esperanza. Todos los médicos que se han consultado prescriben métodos severos y la más rigurosa dieta; pero si no me engaño, por complacer a algunas personas de la familia. ¡Qué lástima! La desdichada Clementina tiene tanta aversión a toda especie de alimento que sin cuidado se la puede dispensar del régimen: ella no bebe más que agua.

»Vos me habéis encargado que me extienda sobre todas las circunstancias y lo he hecho: mas ha sido a costa de mis ojos, y no extrañaré que esta triste carta enternezca un corazón tan sensible como el vuestro. El cielo os haga feliz por medios dignos de vos, como lo desea vuestra humildísima, etc.

»*Hortensia Beaumont.*»

La Beaumont dejó a Bolonia después de haber estado aquí doce días, y vio a Clementina en uno de sus momentos más tranquilos para despedirse de ella.

—Amadme —le dijo esta desventurada—, y compadeceos de vuestra infeliz amiga: lo uno no puede ser sin lo otro. Aún os pediré otra gracia —añadió acercando sus labios a su oído—. Vos veréis quizá al señor Grandison, aunque yo ya no tenga semejante esperanza. Pues decidle que Clementina está algunas veces que da lástima: decidle que se tendría por feliz en este mundo, si pudiera verle al menos en el otro; pero que él la privará aun de este consuelo, si continúa cerrando los ojos para no ver la verdad: decidle que yo miraría como un gran favor de su parte que no pensara en casarse sin haberme comunicado con quién, y sin creer poder asegurarme que será amado de la persona que haya elegido tanto como lo hubiera sido de otra. ¡Oh, amada señora Beaumont! ¡Qué desgracia para mí si el señor Grandison se casara con una mujer indigna de él!

Entre tanto, había hecho el señor Grandison todos los preparativos

para su marcha. Yo había llegado de Levante y del Archipiélago, adonde había acompañado a ruego suyo al señor Beauchamp, amigo de ambos, y me honró con otra prueba de su confianza poniendo a la señorita Jervois, su amable pupila, bajo mi custodia y al cuidado de la señora Beaumont, cuyo desempeño durante su ausencia correspondió perfectamente a su esperanza.

Entonces escribió al obispo de Nocera ofreciéndose a ir otra vez a Bolonia, si no desagradaba su visita a la familia; pero no siendo aceptada esta nueva prueba de gratitud y afecto, partió por último a París. Bien pronto se le llamó a su patria por la muerte de su padre, y algunas semanas después de su vuelta me envió a decir que pasase a Inglaterra con su pupila.

Acaso sentiréis, estimada señorita Harriet, que al fin de esta relación no se os informe cuanto desearíais sobre el estado actual de la infeliz Clementina, pero yo añadiré en pocas palabras las noticias que se han tenido después.

Cuando se supo en Bolonia que el señor Grandison había dejado la Italia, comenzó la familia aunque demasiado tarde a sentir no haber permitido la conversación que Clementina había deseado con tanto ahínco, y luego que llegó a su noticia, se había restituido a Inglaterra parar tomar posesión de la herencia de su padre, esta mayor distancia junto con el mar que oponía un grande obstáculo a sus ideas, aumentó su dolor y sentimiento. La familia no discurrió otro remedio para calmar algo las agitaciones de Clementina que tenerla en un continuo ejercicio haciéndola viajar; pues no habiendo logrado ver al señor Grandison, conservaría siempre el mismo deseo. Primero se la llevó a Nocera, a Roma y a Nápoles, y después a Florencia, a Milán y hasta Turín. Si se le daban esperanzas de encontrar al señor Grandison, lo ignoro; mas lo cierto es que ella se lisonjeaba de verle al fin de cada viaje y que esto la hacía caminar más sosegada. Algunas veces la acompañaba la marquesa, por haberse creído que necesitaba tanto del aire y ejercicio para su salud como su propia hija, y otras veces iban en su compañía la señora Sforza y otras personas de la familia; pero habiendo cesado ha tres meses estos viajes, la pobrecita enferma acusa a sus parientes de haberla engañado.

Ahora está muy inquieta y ha procurado escaparse dos veces, por cuyo temor su familia la ha encerrado estrechamente. Primero se la puso en un convento a instancia de la señora Sforza, sólo por hacer una prueba, y en él estaba bastante tranquila; mas el general, a quien no se había consultado, apenas supo esta novedad, cuando por razones difíciles de comprender se mostró desazonado e hizo que se la restituyese inmediatamente a su casa. Su imaginación está más ocupada que nunca de su preceptor, de su amigo, de su caballero Grandison, y se abrasa en vivos deseos de volver a verle. A mí me

parece muy vituperable su familia, si la ha hecho viajar con esta esperanza, pues sólo ha servido para aumentar su ansia por una conversación.

—Déseme una sola vez —dice ella—, una sola vez el consuelo de verle para decirle con qué rigor soy tratada, y se me olvidarán todas mis penas. Estoy segura de que me tendrá alguna compasión, ya que todo el mundo me la niega.

Algunos días ha recibió el señor Grandison del obispo de Nocera una carta tierna y ejecutiva en que le insta a volver a Bolonia. Me remito al mismo señor Charles para que os comunique su resolución sobre este punto, tanto más que hasta ahora no he hecho más que recorrer esa última carta que ha renovado todos los tormentos de su corazón. Antes había recibido otra de Camilla, la cual le decía sin manifestar de orden de quién, que toda la familia deseaba su vuelta a Bolonia. Clementina se halla amenazada de aquella mortal languidez que aquí se llama *consunción*; mas no la adora menos por esto el conde de Belvedere, quien atribuye el trastorno de su razón a sentimientos melancólicos de religión; y habiéndose traslucido poco dichas particularidades domésticas, la piedad de que él mismo está poseído, excita en su corazón una tierna compasión de ella. Sabe no obstante que sin su extrema adhesión a sus principios preferiría al caballero Grandison a cualquiera otro hombre, y lejos de entibiarse por esta causa su cariño, aplaude generosamente que ella anteponga su religión a su amor.

El señor Jeronymo continúa siempre en una tristísima situación. El señor Grandison le escribe muchas veces con el afecto que cree deber a este excelente amigo, quien en su última carta le dice que los cirujanos habían resuelto se hiciese otra nueva operación de cuyo buen éxito se dudaba mucho.

¡Cuán generosamente parece soportar el señor Charles tan graves aflicciones! Pues las de sus amigos lo han sido siempre suyas; mas su corazón sufre y padece en secreto. Un corazón sensible es un bien que cuesta caro a quienes lo tienen, pero que no quisieran trocarlo por ningún otro bien; y es al mismo tiempo una prueba moral de inocencia, porque el corazón que es capaz de tomar parte en las penas ajenas, no podrá serlo de causarlas a nadie voluntariamente.

Yo me lisonjeo de que la amable señorita Harriet estará satisfecha al presente de mi sumisión a sus órdenes, y de que no dudará soy, etc.

—Ambrose Bartlett.

Carta LXI
Harriet Byron a Lucy Selby

Grandison llegó ayer noche y con su acostumbrada política envió

inmediatamente a preguntar por mi salud y a suplicar a Reeves le permitiese venir hoy por la mañana a desayunarse. ¿Es por él mismo, es por mí por quien toma este aire de ceremonia? Acaso es por ambos, y así yo estoy en la expectación de ver bien pronto el noble objeto del amor de Clementina, su futur… ¡Ah, Lucy!

Pero ya ves que el cumplimiento se ha dirigido principalmente a Reeves. ¿Me estaré yo en mi cuarto? ¿Esperaré a que quiera verme? Él me es deudor de algo por la conmoción que me causó en la librería de Milord L… Después casi no le he visto. «El honor me prohíbe», me dijo entonces, «… sin embargo el honor me ordena… pero yo no puedo faltar a la justicia ni a la generosidad, ni anteponer mi propio interés…» Estas palabras, querida Lucy, resuenan aún en mis oídos. ¿Qué querrían decir? *El honor me prohíbe…* ¿Qué, explicarse? Grandison me había hecho y concluido una relación patética: ¿qué podía prohibirle el honor? Sin embargo, *el honor me ordena…* ¿Qué le impedía seguir las leyes del honor? *Pero yo no puedo faltar a la justicia:* respecto de Clementina, verosímilmente. ¿Quién le obliga a faltar a ella? ¡A la justicia! Yo no lo temo de vos, señor Charles Grandison. Aun es contra vuestra gloria tener esta especie de embarazo en vuestras ideas, como si estuvierais expuesto a la tentación de ser injusto y tuvieseis necesidad de cautelaros de vos mismo.

Yo no puedo faltar a la generosidad… ¿Con quién, pues? Sin duda con la ilustre italiana de quien debe compadecerse. Pero ¿le hubiera yo puesto con mi eficacia en la precisión de declarármelo, como si yo deseara que por mí fuera menos generoso de lo que quiere serlo? No puedo tolerar este pensamiento. ¿No es esto lo mismo que si hubiera dicho: «demasiado tierna, Harriet, conozco lo que esperas de mí, mas yo debo compadecerme de Clementina, y ser generoso con ella?» Sin embargo, ¡qué palabra la de compasión! Virtuosa Clementina, yo me aflijo por ti de que no encuentres en él más que un hombre generoso. ¡Dios me libre de verme compadecida de un hombre, aunque sea el mismo Grandison!

Pero ¿qué ha querido decir con las palabras *mi propio interés?* Yo no lo alcanzo. Clementina tiene un caudal vastísimo y el de Harriet es mediano. Charles no puede faltar a la justicia ni a la generosidad, ni anteponer su propio interés. Las últimas palabras me confunden en boca de un hombre que nada dice por acaso.

Sea muy enhorabuena; pero mientras yo discurro conmigo misma, se acerca el tiempo del desayuno, y quiero bajar para evitar toda afectación. Yo me esforzaré a ver con indiferencia al que todos nosotros hemos admirado, al que hemos observado quince días ha con tan diferentes aspectos, al cristiano, al héroe, al amigo… ¡ah, Lucy!, al amante de Clementina, al modesto y generoso bienhechor, al modelo de la bondad y de todas las virtudes. Mas ¡ya llega! Mientras que yo

charlo con mi pluma, ha llegado. ¿Por qué me has detenido, cara Lucy? Ahora es menester que baje la necia con cierta especie de precipitación. Sin embargo, quiere esperar a que se la llame. Así se ha hecho en este momento.

¡Oh, Lucy! ¡Qué conversación tengo que contarte! Pero es menester que te conduzca a ella por grados.

Charles vino hacia mí incontinente que me vio. Era el mismo Charles todo entero por su modestia, su cortesanía, su gracia y su despejo que no te puedo describir. Su primer movimiento me hizo creer que iba a tomar una de mis manos, y te aseguro que ni la una ni la otra se hubiera retirado. ¿Cómo sabe conciliar con sus modales tan francos el respeto que se merece una princesa?

Después del desayuno, habiendo llamado a mis primos el caballero Allestree y su sobrina, que por lo común ocupan la mañana en sus visitas, quedé sola con Charles, quien entonces con un aire igualmente atento y familiar me hizo este razonamiento.

—En la última conversación que tuve con la señorita Harriet le hice una muy tierna relación. Yo no dudaba de que excitaría en un corazón como el suyo una generosa compasión de una de las primeras personas de su sexo, y me he lisonjeado de que no pudiéndoseme echar en cara ninguna temeridad ni indiscreción, merecería también alguna parte de ella. Parecióme, señorita, que esta lastimosa historia os había enternecido mucho, y por miramiento a vos (permitid que añada *y a mí mismo),* supliqué al doctor Bartlett que os refiriese muchas especies sobre las cuales no podía yo extenderme como él, y ya me ha dicho qué es lo que os ha comunicado. Acuérdome de la pena que os causó mi relación, y no dudo de que por vuestra misma compasión y bondad os habrá hecho padecer aún más la del doctor, pero no obstante, ¿me permitiréis añadir sobre el mismo asunto algunas circunstancias de que no ha podido instruiros? Al presente que estáis informada de tan gran parte de mi historia, desearía que más bien que ninguna otra mujer del mundo no ignoraseis nada de lo que sé de ella yo mismo.

Aquí se detuvo. Yo temblaba.

—Señor... Señor Grandison... Confieso que la historia es muy patética. ¡Cuán digna es de lástima la desventurada Clementina! Vos me haréis mucha merced en decirme algo de su situación.

—El doctor os ha dicho que el obispo de Nocera, hermano segundo de Clementina, me ha escrito poco ha instándome a que vuelva a Bolonia. Aquí tengo su carta: vos entendéis el italiano. Permitid que yo... ¿o queréis más bien tomaros la molestia de leerla?

Entonces me entregó la carta, y he aquí, querida mía, su contenido.

«El obispo le informa del triste estado de su familia. La salud de su

padre y de su madre declina sensiblemente, y el señor Jeronymo se halla peor de lo que estaba a la partida de Charles. Su hermana no lo pasa mejor, y siempre desea con ansia ver a su preceptor. Al presente está en Nocera, pero se piensa en llevarla muy luego a Nápoles. El obispo insta en efecto a Charles a que les haga una visita, confesando no obstante que toda la familia no lo desea igualmente; pero él, el confesor y la marquesa están de acuerdo en querer que se tenga esta indulgencia con los continuos deseos de su hermana. Ofrece ir a recibir a Charles adonde guste y conducirle él mismo a Bolonia, donde el placer de verle reunirá a todos en favor de la conversación con su hermana. Si este remedio, al que siente haberse opuesto tanto tiempo, no tiene el buen éxito que espera, aconsejará que se encierre a su hermana en un convento, o se confíe a los cuidados de algunas gentes honradas que la tratarían con dulzura, pero como se trata a los que tienen la desgracia de caer en el mismo estado.»

Charles me hizo leer después una carta del señor Jeronymo en que le hace la pintura de su propia situación.

«La vida sólo es ya para él una carga y desea ver su fin. Le parece que sus cirujanos son unos ignorantes, y se queja con especialidad de su herida en la cadera que se ha burlado hasta ahora de todos sus conocimientos. Lo que pediría al cielo, según dice, sería tener en compañía suya al señor Grandison, porque la mayor felicidad que tiene que desear es la de dar el último aliento en los brazos de su querido amigo.»

Mas en esta triste carta no se habla ni una palabra de su hermana, cuyo silencio atribuye Charles a que no estando Clementina en Bolonia se oculta su deplorable estado al señor Jeronymo temiendo irritar sus dolores.

También me leyó parte de una carta de la Beaumont escrita en inglés y que contiene muchos párrafos no menos lastimosos. Se excusa de no haberle dado antes noticias de Clementina con una larga indisposición que no le ha permitido tomar los informes que deseaba. Se compadece de esta amable joven por no haberle aprovechado nadas sus viajes, teniendo al parecer la culpa de esto los que la acompañaban a causa de haberla entretenido continuamente con la esperanza de encontrar al caballero Grandison. Por segunda vez se la había puesto en un convento a instancia suya, y la tranquilidad que había tenido algunos días había empezado a dar las mejores esperanzas; pero no habiendo durado esta mudanza más tiempo que el de la novedad, una de las religiosas había empeorado la indisposición más que nunca, proponiéndole por experimentarla el bajar con ella al locutorio, donde le había prometido proporcionarle algunos instantes de conversación con cierto caballero inglés. Su irritación al verse burlada fue tanto más viva que había empleado dos horas enteras en

ataviarse para esta visita. En más de ocho días únicamente estuvo ocupada en el designio de pasar a Inglaterra. Después de muchos esfuerzos inútiles de las religiosas su madre sola pudo quitarle esta idea de la cabeza, suplicándole que la olvidase por amor de ella, y esta pronta sumisión la estimuló a llevársela consigo; pero repitiéndole los insultos con mucha fuerza y alterándose notablemente la salud de tan buena madre, decidió uno de los médicos más graves que no había que prometerse nada sino del rigor. Las señora Sforza y el general fueron del mismo sentir, y se tomó la determinación de llevarla a Milán. Sin embargo, se quejó de esto y pidió con tantas instancias que se la permitiese ir a pasar algún tiempo en Florencia con la señora Beaumont, que su madre obtuvo esta gracia para ella. El mismo marqués se encargó de conducirla a Florencia, y la Beaumont condescendió a sus deseos sin dificultad.

En cerca de un mes pareció Clementina bastante serena, mayormente cuando hablaba de Inglaterra, del caballero Grandison y de sus hermanas con quienes deseaba mucho trabar amistad. Después, habiendo ido el general y la señora Sforza a verla, se mostraron muy sentidos de que hablase incesantemente de unos mismos asuntos, se quejaron de la indulgencia con que esto se le había permitido, y no disimulando que sospechaban en ello alguna otra mira, llegó a tanto su resentimiento que en el mismo día la obligaron a partir en su compañía con extremado sentimiento de la Beaumont y de las señoras de Florencia que la llamaban *su inocente visionaria* y le habían cobrado un ternísimo afecto. La Beaumont asegura que la afabilidad con que se la trataba en una sociedad de mujeres prudentes y amables hubiera podido servir por grados a su restablecimiento.

Después refiere la Beaumont el riguroso trato que se dio a su desgraciada amiga. Charles hubo de querer interrumpir aquí su lectura, pues me dijo que no podía continuar sin una alteración de voz que aumentaría mi quebranto y me daría a conocer el suyo. En efecto, se me habían escapado algunas lágrimas leyendo las dos primeras cartas y mientras que él me había leído esta parte de la tercera, en cuya atención yo no dudaba de que lo que quedaba por leer las haría correr en abundancia. Sin embargo, le supliqué que me dejase leer a mí misma.

—La desgracia —le dije— no es espectáculo extraño para mí, y yo sé tomar interés en las penas de otros, sin lo cual no sería acreedora a que se compadeciesen de las mías.

En esto me mostró el pasaje y sin decir ni una palabra se retiró hacia una ventana.

La Beaumont cuenta que la triste madre se vio en precisión de abandonar enteramente su hija a la dirección de la señora Sforza, quien se la llevó de contado consigo a su palacio de Milán. No

obstante, se le suplicó que sólo emplease el rigor necesario, y lo prometió así; pero comenzó por alejar a Camilla, a quien acusaba de ser demasiado indulgente, y puso en su lugar a otra mujer llamada Laura, más propia para coadyuvar a sus designios. Bien pronto sabrás con qué inhumanidad la trataron. La señorita Laurana, hija de la señora Sforza, tuvo la imprudencia de lisonjearse de ello en algunas cartas atribuyendo a su madre el mérito de haber tenido más acierto en la elección de los remedios; y habiendo el padre Marescotti hecho un viaje a Milán e informádose por encargo de la marquesa de todo lo respectivo a su hija, comunicó a la Beaumont las siguientes noticias.

No le causó poca extrañeza la dificultad que hubo al principio en dejarle ver a Clementina; pero insistiendo en nombre de su madre la halló con un extremado abatimiento y con un verdadero terror, temiendo hablar, no osando alzar los ojos delante de su prima y deseando no obstante al parecer el quejarse. El director se mostró maravillado de esto a Laurana, y ella le respondió que aquel era el mejor medio según el dictamen de los médicos: que a su llegada sólo hablaba Clementina de Grandison y de la conversación que deseaba tener con él, pero que ya se le había obligado a no pronunciar más su nombre.

»—¡Cuánto no habrá sufrido —dijo el director— para llegar a ser capaz de semejante sumisión!

»—No os inquietéis por eso —se le replicó con la misma dureza—, todo lo que se hace es por su bien.

La trémula Clementina le conoció de contado y le suplicó con las manos cruzadas la hiciera meter en un convento para profesar en él y consagrarse eternamente a Dios. Parece que se había procurado inspirarle esta resolución, y la señora Sforza no disimulaba que miraba esta partido como el único de que podía esperarse el restablecimiento de su sobrina; añadiendo que sin querer meterse a gobernar a nadie estaba persuadida de que su familia cometía un pecado grave oponiéndose a los deseos de una joven que quería dedicarse a Dios, y cuya enfermedad era tal vez castigo de semejante resistencia.

En su carta a la Beaumont atribuye el director esta conducta de la señora Sforza a motivos interesados y la de la señorita Laurana a los impulsos de una envidia, ya bien radicada, por las grandes prendas de su prima. Refiere un ejemplo muy horrendo de su crueldad, empleada, querida Lucy, únicamente por su propio interés. ¡Cuánto se enardece mi corazón contra estas dos mujeres! Laura, su nueva criada, con el pretexto de confesarse con el director, le reveló el caso que había sucedido el día antes.

«Cuando se quería usar de algún rigor con la infeliz Clementina, se mandaba a Laura salir del aposento. Habíanse escapado a su señorita algunas palabras de que se pensaba en castigarla, y la señora Sforza,

que no era tan cruel como su hija, estaba fuera de casa, por lo cual habiendo tenido Laura la curiosidad de aplicar el oído oyó de la boca de Laurana muy fuertes amenazas con otras señales de ira, y de la de Clementina que sin duda no pudo resistir a las injurias de su prima:

»—¿Qué te he hecho, Laurana, para que me trates tan mal? Tú ya no me quieres; tú ves mi situación: ¿por qué insultarme tan cruelmente? Si Dios ha descargado su mano sobre mí, ¿no debes tenerme alguna compasión?

»Esta cruel prima le respondió que todo lo que se hacía era por su bien, y que sus mismas quejas que nunca habían sido tan juiciosas eran una prueba de ello.

»—¡Ay de mí! —replicó Clementina—, yo he creído que tú me amabas. Yo ya no tengo madre y tú la tienes: la mía era la mejor de todas las mujeres, pero ¡ella me abandona! O por mejor decir, ¿no soy yo quien ha tenido la desgracia de haberme separado de ella? No sé cuál de las dos cosas.

»Laurana, irritada verosímilmente por estas tiernas quejas, la amenazó con cascarla fuertemente con el corsé, castigo que causaba siempre mucho espanto a la infeliz Clementina. Laura la oyó hacer muy humildes súplicas; pero saliendo Laurana encolerizada tuvo esta muchacha que retirarse. Entre tanto Clementina, temiendo la vuelta de su enemiga, bajó apresurada con el corsé con que se la amenazaba, y se ocultó debajo de una escalera donde bien pronto fue descubierta por sus vestidos, que no había tenido cuidado de tirar para sí.»

¡Oh, querida Lucy! ¡Cuán difícil me hubiera sido contener aquí mis lágrimas! Charles, viéndolas correr en abundancia, conoció fácilmente a qué pasaje de la carta había yo llegado.

—Considerad, señorita —me dijo con voz alterada—, cuáles habrían sido mis reflexiones, si mi conciencia me hubiese vituperado ser voluntariamente la causa de tantos males.

Después de haberme serenado un poco, proseguí mi lectura.

«La cruel Laurana hizo la barbaridad de sacar a su triste e infeliz prima por las orillas de su vestido, acompañando a esta violencia toda especie de nuevas amenazas. Clementina no hizo resistencia, y de rodillas en la disposición en que se hallaba y con las manos cruzadas sobre su pecho pidió perdón no con sus palabras sino con sus ojos, aunque no salió de ellos ni una lágrima; pero sin embargo no pudo obtenerlo, y habiéndola llevado a su cuarto tuvo que sufrir el castigo con que se la había amenazado.

»El director se enterneció por extremo con la relación de Laura, y no se había enternecido menos con lo que él mismo había visto. Sin embargo, cuando volvió a Bolonia, creyó que por miramiento a la marquesa debía ocultarle el trato que se daba a su hija. Después de haberle dicho solamente que no podía aprobarlo, le aconsejó que no se

opusiese a la vuelta de Clementina, si se podía hacer consentir en ello al obispo y al general; pero se franqueó con menos reserva al primero, quien escribió inmediatamente a su hermano instándole a que se uniese eficazmente a él para poner término a la esclavitud de su hermana. Se convinieron en verse en Milán con esta mira y de resultas Clementina fue libertada; mas el descontento de la señora Sforza y de su hija causa nueva inquietud en la familia. Aseguran que su conducta había empezado a producir excelentes efectos, es decir, que quieren hacer pasar una sumisión forzada y los frutos del terror por un principio de curación.»

Estando bien quebrantada de salud la marquesa, se condujo a su hija a Nápoles con Camilla, que fue admitida de nuevo a su servicio, y la Beaumont supone que se hallan actualmente en aquella corte. ¡Infeliz Clementina! ¡Qué suerte la de ser así llevada de ciudad en ciudad! ¿Y quién podrá pensar en su prima Laurana sin una extrema indignación?

El obispo, añade la Beaumont, se alegraría mucho de poder inducir al general su hermano a unirse con él para convidar a Charles a volver a Italia como el último recurso que tiene por conveniente tentar antes de encerrar a su hermana en un convento o de abandonarla a manos extrañas; pero el general rehúsa adoptar sus miras, y pregunta qué utilidad traería esta visita, cuando todo el efecto que puede producir recuperando Clementina su razón, sería la de inflamar más que nunca el deseo de un desenlace que se quiere evitar. Jamás consentirá, dice, en que su hermana sea mujer de un inglés protestante. El obispo declaró que no estaba menos ajeno de consentir en ello, pero desea que el tratar de este punto se difiera para otro tiempo en la confianza de que su hermana después de su curación encontrará fuerzas en sus principios para satisfacer a todos sus deseos.

»—Podría hacerse —dijo el general— la prueba de ese expediente; pero el caballero Grandison me parece un hombre artificioso que se habrá valido para seducir a Clementina de medios que todos ignoramos y más eficaces sin embargo que una declaración manifiesta. ¿No ha tenido arte para hacer caer en sus redes a Olivia y a todas las mujeres que le han conocido?

En suma, el general confiesa que no ama a Grandison; que si le ha tratado cortésmente, ha sido por miramientos pasajeros de política que ha creído deber a su valor; que juzga de las causas por los efectos; que lo que hay de cierto para él es la pérdida de una hermana cuyo mérito la hacía digna de una corona; y que si encuentra a Grandison, en cualquiera parte que sea, no responde de las resultas. Sin embargo, habiendo el director y la marquesa adoptado, como escribe el obispo, la resolución de tentar este último recurso, y teniendo por seguro que ni el marqués ni el señor Jeronymo lo condenarían, se hizo el convite

en los términos que he referido.

Tal es, querida mía, el estado de esta lastimosa aventura, al menos según he podido acordarme de las circunstancias; mas tú no ignoras cuánto ayuda a la memoria el corazón, al cual nada se escapa. Lo que me quedaba por saber era la respuesta de Charles. ¿No era bastante delicada mi situación, Lucy? Si me hubiese consultado antes de haber tomado su resolución, el consejo que le habría dado de todo corazón hubiera sido el de que fuese volando al socorro de la desdichada Clementina; mas me parece que se le haría agravio con semejante incertidumbre, y el cumplimiento que me habría hecho no hubiera sido tampoco conveniente al carácter de un hombre tan generoso. Sin embargo, su propio interés se hacía sentir con toda su fuerza en mi corazón. Lo que la generosidad, o por mejor decir, la justicia, exigía de él respecto a Clementina y su propio bien introducían cierta especie de división en mi corazón. Yo necesitaba de algunos instantes para reflexionar sobre ello y conocía la importancia de poder meditar sobre mi conducta para evitar toda apariencia de ardor y afectación. Por fortuna, habiendo vuelto mi prima a tomar algo que se le había olvidado, me aproveché de esta ocasión, y mientras que Charles le decía algunas atentas expresiones, salí diciendo a ambos que volvería al instante.

Yo subí a mi aposento y dando algunos paseos por la antesala me dije a mí misma: «Harriet Byron, no hay que cometer ninguna bajeza. ¿No tienes a la vista el ejemplo de una Clementina? El combate de su religión y de su amor ha trastornado su juicio. Tú no puedes estar amenazada de semejante prueba; pero ¿no podrías mostrar que si lo estuvieras, serías capaz de tanta nobleza? El caballero Grandison es justo y debe dar la preferencia a la excelente Clementina. Derecho anterior, compasión de sus penas, prendas tan superiores, ¿no es todo esto el mérito que aprecias en él? ¿Y por qué no lo has de apreciar en una persona de tu sexo que lo tiene casi en el mismo grado? Sin duda te costará trabajo; pero baja y haz un esfuerzo por elevarte sobre ti misma.»

Yo bajé bastante contenta de haberme hallado capaz de esta resolución. Mi prima salió luego que me vio entrar, y Charles vino a mí hasta la puerta. Yo me lisonjeo de que vería dignidad sin orgullo en mi continente.

Yo hablé la primera, mientras que sentí mi alma elevada y para sostenerme en esta disposición.

—Mi corazón está muy afligido —le dije— por las desgracias de vuestra Clementina —Sí, Lucy, dije de *vuestra* Clementina—. Yo no os he dejado por algunos momentos sino para abandonarme a la admiración que ella me causa. ¡Cuánto me compadezco de su situación! Pero nada hay tan difícil y grande que no sea capaz de ello

el señor Grandison. Vos me habéis honrado con el nombre de hermana, y la ternura que inspira este nombre no me permite ocultaros mis temores en orden al general, al mismo tiempo que me aquejan casi como a vos las nuevas penas que el espectáculo presente de unos males ajenos ha de causaros. Sin embargo, estoy segura de que no habéis titubeado ni un punto en tomar la resolución de dejar vuestros parientes y vuestra patria, por pasar a Italia y tentar al menos lo que aún se puede esperar.

Si Charles hubiera celebrado mucho estas expresiones, habría parecido en las circunstancias en que nos hallábamos que él miraba mi desinterés como un efecto extraordinario de grandeza de alma, y de consiguiente que suponía en mí respecto a él miras que admiraba fuese yo capaz de renunciar. Seguramente ningún mortal tiene un alma tan delicada como la suya. Charles me suplicó que me sentase, y poniéndose junto a mí sin soltar mi mano que había tomado para llevarme a mi silla, me dijo:

—Desde que conozco a la señorita Byron la miro el honor de su sexo. Mi corazón pide un enlace con el suyo y se lisonjea de obtenerlo, aunque en situación tan delicada apenas oso fiarme de mí mismo. Casi no la conocía cuando le di el nombre de *hermana*; pero es para mí más que la más querida hermana. Yo aspiro a una amistad más tierna con ella a pesar de todos los obstáculos que pueden oponerse por una y otra parte, y este es un favor que me atrevo a prometerme de ella, mientras que pueda conformarse con los demás enlaces suyos.

Aquí se detuvo y yo hice un esfuerzo para responderle; pero me faltaron expresiones, y sentía mi rostro tan encendido como el fuego que teníamos delante.

Carlos prosiguió.

—Yo tengo siempre en los labios mi corazón, el cual sufre mucho cuando no puedo declarar todo lo que me dicta. Los cumplimientos son un lenguaje de que gusto poco; pero no creyéndome indigno de vuestra amistad quiero suponer que me la concedéis, y vuelvo a hablar de mis asuntos con toda la franqueza que exige este tierno sentimiento.

—Señor, vos me hacéis mucho honor. —Esto fue todo lo que le pude decir.

—Yo he recibido —continuó— una carta de la fiel Camilla, no porque yo tenga la menor correspondencia con ella, sino porque el trato que ve dar a su señorita, y algunas palabras que se han escapado al obispo y que manifestaban verosímilmente su extremado deseo de verme en Bolonia, la han estimulado a escribirme para suplicarme encarecidamente que emprenda el viaje. No obstante, sin carta de alguna persona de la familia y si alguna prueba del consentimiento de las demás, ¿en qué podría fundar la esperanza de ser bien recibido

después de haber sufrido tantos desaires como veces he solicitado presentarme, especialmente cuando la Beaumont, lejos de animarme, me habla bien mal de la disposición en que se halla la familia?

»Esta señora es de parecer, como lo habréis advertido al fin de su carta, de que yo debo suspender mi partida hasta que el general y el marqués se unan a la solicitud de la marquesa, del obispo y del director; pero apenas leí la carta del prelado, escribí prometiéndole satisfacer a todos sus deseos sin poner más restricción que la de que no se me obligará a pasar de Bolonia, donde tendré la complacencia de ver a mi querido Jeronymo y a su hermana.

»Vos extrañaréis, señorita —prosiguió—, no ver ningunos preparativos para mi viaje. Pues todo está prevenido y sólo aguardo a que disponga sus cosas un sujeto honrado que ha de partir conmigo. Este es un hábil cirujano que se ha granjeado mucha reputación con haber ejercido largo tiempo su facultad en las últimas guerras. Mi amigo no está contento con los suyos, y si el señor Lowther puede lograr su curación ¡qué satisfacción para mí! Si mi viaje es de alguna utilidad para la amable Clementina... Pero ¿cómo he de poder lisonjearme con tan dulce esperanza? Sin embargo, estoy persuadido de que en su situación, con un carácter como el suyo, y estando tan poco acostumbrada a las violencias que ha sufrido, el único medio de restablecerla es el de prevenir todos sus deseos. ¿Qué necesidad hay de contradecir a una joven que aun en los más fuertes ataques de su mal no ha manifestado un deseo ni un pensamiento contrario a su deber, ni a su reputación, ni, si me lo permitís decir, señorita, a la altivez de su sexo?

»Tengo precisión —añadió— de detenerme en París por causa de los negocios del señor Danby; mas con dos días de trabajo podré concluirlos a mi vuelta, y quizá mientras esté en Italia, proporcionaré la ocasión de finalizar dos o tres cuentas tocantes a mi pupila que están suspensas. Hoy tendré a comer a la señora Oldham y a sus hijos, y por la tarde espero a la señora O'Hara con su marido y el capitán Salmonet. Mañana, señorita, me prometo tener el honor de que me acompañéis en la mesa con los señores Reeves, y os suplico les persuadáis a estarse en casa lo restante del día. No hay que negarme este favor, porque necesito de todo vuestro ascendiente sobre mi hermana Charlotte para hacerla señalar a Milord G... el dichoso día. Uno de mis más vivos deseos es verles casados antes de mi partida, y siendo dudosa mi vuelta —¡ah, Lucy! ¡Cuánto se aumentó mi conmoción!—, he señalado el jueves próximo para el triple matrimonio de los jóvenes Danby. Si antes de nuestra separación veo bien consolidada la felicidad de Milord G... y la de Charlotte, será este el mayor consuelo que podré llevar. También deseo mucho ver llegar a mi querido Beauchamp y dejarle en el goce del tierno afecto de su

padre. El doctor Bartlett y él encontrarán en ellos mismos recíprocamente su felicidad. Yo tendré correspondencia epistolar con el doctor, quien os admira y os comunicará todo lo que considere digno de vuestras luces en la conducta de un hombre que se tendrá siempre por muy honrado con las menores muestras de vuestra atención.

¡Ay, prima mía!, aquí se le escapó un suspiro a Charles, y a mí me pareció notar en sus ojos más ardor que en sus palabras. ¿Qué he de decirte, querida? Yo no te prometo nada por mi corazón, si Charles me tiene más afecto del que suele haber en la amistad... si me hace pensar que desea... Mas ¿qué puede desear? Charles debe ser de Clementina, a ella pertenece, y si me da el segundo lugar en su amor, procuraré fundar en él mi felicidad. ¿Qué, Lucy, si me da esta respuesta, seré yo capaz de irritarme contra un hombre que no puede ser todo lo que yo desearía que fuese para mí? No, Charles no será por esto menos glorioso a mis ojos, y yo admiraré siempre la grandeza de su alma y la bondad de su corazón. ¿No está fundado mi amor en la amistad? ¿Y no me ofrece Charles la más tierna y perfecta?

Sin embargo, yo sentí mi corazón alterado y sorprendí una lágrima ya para escaparse, por lo cual no pude menos de valerme de un pequeño artificio de mujer. Cuando percibí que inútilmente estrechaba mis párpados para dispersar la gota que quería salir, y la sentí correr por mi mejilla, me apresuré a enjugarla y dije con mucha terneza:

—¡Pobre Emily! ¡Cuánto sentirá vuestra ausencia! Emily ama mucho a su tutor.

—Yo quiero también a mi pupila, y había pensado, señorita, pediros que la favorecieseis con vuestra protección; pero como tengo dos hermanas, pienso que será feliz bajo su amparo y el de Milord L..., tanto más que me prometo contener a su desventurada madre con el freno de su propio interés y del de su marido para impedirla al menos hacer mal a su hija.

Yo deseaba, querida mía, alejar mi pensamiento de mí misma y hacer también que Charles pusiese su atención en cualquiera otro asunto que yo, por lo cual le dije:

—Todos nosotros estamos persuadidos de que el señor Beauchamp es el marido que destináis...

—¡Un marido para Emily! —me interrumpió—: contad, señorita, con que no será a solicitud mía. La mitad de mis facultades está a la disposición de mi amigo, pero jamás procuraré que su elección recaiga sobre mi pupila. Emily se casará en cualquiera tiempo con quien crea propio para hacerla feliz, y el señor Beauchamp elegirá una mujer que pueda amar. Conozco que Beauchamp es un hombre muy delicado, y yo no lo seré menos tocante a mi pupila, creyéndome tanto más obligado a esto que a ella misma no le falta delicadeza. La persuasión

es cosa cruel, ya sea de un padre, ya de un tutor, cuando se propone un marido que el corazón rehúsa.

«¡Qué hombre!», dije entre mí. «¿No he de notar en él ningún defecto?»

—¿Esperáis pronto a vuestro amigo, señor Grandison?

—De día en día, señorita.

—Y habiendo de marchar al punto ¿cómo esperáis concluir tantos asuntos antes de vuestra partida?

—Yo no temo más que los caprichos de Charlotte. ¿Habéis notado en ella alguna repugnancia a su casamiento con Milord G...?

—No, señor. Todo dependerá de vuestras instancias y de las de Caroline y su marido.

Charles me dio excusas por haber ocupado tanto tiempo mi atención, y habiendo entrado mis primos se despidió de nosotros con un aire de serenidad. Yo había hecho todos mis esfuerzos para conservar mi espíritu, y pedí a mi prima permiso para retirarme por algunos instantes. ¡Parecióme que su despedida había sido tan seria! Subí a mi gabinete y aquí (¿te lo confesaré, Lucy?), después de algunos suspiros involuntarios un diluvio de lágrimas me alivió. Pedí de rodillas la tranquilidad para el ánimo agitado de la excelente Clementina, la resignación para el mío y felices días para Charles. Después, habiéndome enjugado los ojos al espejo, volvía adonde estaban mis primos, quienes no pudieron ver lo encarnado de ellos sin preguntarme la causa mostrando una viva inquietud. Yo les dije:

—La tempestad ha pasado, queridos primos; yo no puedo vituperarle: es noble y justo; no me preguntéis más ahora: ya leeréis mi carta que contendrá todo lo acaecido.

Yo volvía a subir para escribirte y he ocupado en ello todo el tiempo a excepción del de la comida. En fin cansada, agitada y descontenta de mí misma sin saber por qué, llevé la carta a mis primos y les dije:

—Tomad, leedla si podéis, y enviadla prontamente a mi querida Lucy. —Sin embargo, habiendo vuelto a reflexionar, añadí—: quiero mostrarla también a las dos hermanas y a Milord, pues sentirían no saber todo lo que ha pasado en una conversación de la cual todas las circunstancias exigían una delicadeza con la que temo no haber cumplido tan bien como Charles. No dudo que tendrán compasión de mí; pero no la quiero de los que no la tenga de la noble y hermosa Clementina.

NOTA. *En una carta del mismo día por la noche hace Harriet relación de una visita que tuvo de Charlotte y de todo lo que acababa de saber tocante a la comida y conferencia de Charles con la señora Oldham y sus hijos. Charles animó y alentó a la una y a los otros con la mayor bondad y generosidad, y dio las convenientes disposiciones para la educación de*

estos. Les prometió que sus cuidados por su bienestar corresponderían a su conducta, y para excitar desde luego su emulación encargó al doctor Bartlett que velase sobre sus progresos. La carta siguiente, que es del día inmediato, ofrece otra escena.

Carta LXII
Harriet Byron a Lucy Selby

Londres, miércoles 5 de abril.

Esta mañana a las seis vino a visitarme Emily muy impaciente, según dijo, por comunicarme bellas nuevas. Me encontró en mi gabinete con la pluma en la mano sin haber podido cerrar los ojos en toda la noche.

—He visto a mi madre —comenzó a decir esta amable niña—, y creo estar en su gracia. ¿Por qué no he de pensar yo, señorita, que he estado siempre en ella?

—Querida Emily —le dije yo estrechándola contra mi pecho—, tú eres una excelente hija. Dime lo que ha pasado —Es menester, Lucy, que te represente tan naturalmente como me sea posible todos los movimientos y términos de tan amable niña en esta interesante ocasión—. Siéntate, amor mío.

—¿Qué, señorita, cuando he de hablar de una madre reconciliada y delante de mi querida señorita Harriet? No, por cierto.

Durante su relación tenía muchas veces una mano abierta, mientras que ponía sobre ella el dedo pulgar de la otra con muy vivos afectos, y algunas veces las extendía ambas como transportada de placer y admiración. He aquí su preámbulo.

—Habéis de saber, mi querida señorita, que eran ayer cerca de las seis de la tarde, cuando mi madre, su marido y el capitán Salmonet llegaron a casa de mi tutor. Yo no había tenido noticia de su visita hasta dos horas antes, y luego que por haber oído el coche abrí la ventana para verles bajar, me creí cerca de desvanecerme. Hubiera dado la mitad de cuanto tengo por estar a cien millas de Londres. El doctor Bartlett se presentó para recibirles. Mi tutor estaba ocupado en dar una respuesta a Milord W..., que aguardaba un expreso. No tardó un cuarto de hora en parecer, y luego que se acercó a ellos les dio sus excusas con su acostumbrada cortesanía. El doctor asegura que jamás se han visto hombres más respetuosos que el señor O'Hara y el capitán. Querían disculparse por la conducta que habían tenido en su última visita; pero mi tutor no lo permitió, y desde el primer instante, según dice el doctor, se portó mi madre con el mayor decoro.

»Inmediatamente que preguntó por mí, tuvo mi tutor la condescendencia de subir a mi cuarto y me tomó de la mano. ¡Qué

bondad, señorita! Llevándome por la escalera me dijo con mucho agrado:

»—Querida mía, ¿por qué tiemblas? ¿No estoy yo contigo? Tu madre parece estar muy tranquila. Tú le pedirás su bendición, y yo te excusaré toda pena, teniendo cuidado de darte a entender cómo te has de conducir, según lo que ocurra.

»Apenas había acabado de hablar, cuando nos hallamos con mi madre. Yo me postré a sus pies, como me postro ahora a los vuestros, mas el habla me faltó. Yo hice como ahora —y la amable niña se puso a besar mis manos teniendo la cabeza inclinada sobre ellas»—. Mi madre me levantó (es menester que vos me levantéis también, señorita: sí precisamente, de esta manera), me dio dos besos, lloró sobre mi cuello y profirió muchos nombres tiernos. En fin, para alentarme sin duda me aseguró que me amaba más que su propia vida, y efectivamente yo tomé un poco de aliento.

»Entonces mi tutor me tomó la mano y la alargó primero al señor O'Hara y después al capitán. Ambos la besaron, y yo no puedo repetiros todo cuanto tuvieron la bondad de decir en mi alabanza.

»—Señor —dijo mi tutor al sargento mayor presentándome a él—, vos excusaréis a esta joven su embarazo: ella desea la felicidad de vuestro matrimonio, y os aseguro que no desea menos serviros por respectos de la señora su madre.

»El sargento mayor juró por su vida que yo era un ángel, y el capitán Salmonet dijo con otro juramento que no había visto niña más hermosa que yo.

»Mi madre lloró mucho. "¡Oh, señor!", le dijo a mi tutor, y dejándose caer sobre una silla no pudo proferir ni una palabra más. Yo fui corriendo y la abracé: sus lágrimas se aumentaron y yo las enjugué con mi pañuelo. Le dije que me partía el corazón y le supliqué encarecidamente que me excusase el tormento de verla llorar; pero mi madre sólo me respondió pasando sus brazos por debajo de los míos y besándome en la frente y en ambas mejillas. "¡Ay, Dios mío!", dije entre mí, "ya comienzo a encontrar afecto en mi madre".

»Mi tutor se acercó a nosotras, y tomándole muy atentamente la mano la llevó hasta la copa y me hizo sentar entre ella y la mesa del té, mientras que suplicó al señor O'Hara y al capitán que se sentasen junto a mi madre. Entonces me dijo:

»—Emily, querida mía, tú tendrás la bondad de hacernos el té. Mi hermana —volviéndose a mi madre— no está en casa, señora, y la señorita Jervois va a suplir su falta.

»—Sí, señor, con mucho gusto —le respondí, y yo estaba más ligera que un ave.

»Pero antes que entrasen los criados, dijo a mi madre:

»—Permitid, señora, que yo os declare lo que esta niña me ha

propuesto —Y guardando todos tres mucho silencio, prosiguió dirigiéndose al sargento mayor—: quiere que aceptéis de ella para vuestro recíproco uso un aumento anual de cien libras que se os pagarán por cuartas partes durante la vida de la señora O'Hara en la confianza de que contribuiréis cuanto os sea posible a su felicidad.

»Mi madre hizo una profunda reverencia, le salieron los colores a la cara y yo advertí que parecía estar contenta.

»—Y a vos, señora —continuó volviéndose a ella, os suplica esta niña que recibáis como del señor O'Hara igual cantidad para alfileres, que se os pagará también por cuartas partes a vos o a vuestro marido, pero de que vos sola, señora, dispondréis, y sin ninguna intervención vuestra, señor O'Hara.

»—¡Válgame Dios, señor! —exclamó el sargento mayor—: ¡cuánto me confunde lo que pasó aquí la última vez! Es imposible resistir tanta bondad —Entonces se levantó y se adelantó hacia la ventana.

»El capitán repitió "¡válgame Dios!", con otras exclamaciones de que no me puedo acordar, porque yo estaba llorando como una niña.

»—¡Qué, señor! —dijo mi madre— ¡Cien libras esterlinas al año! ¿No es esto lo que queréis decir?

»—Sí, señora.

»—¡Y cien libras pagadas con esa nobleza, como si no fuera a mi hija sino a mi marido a quien las debiese! ¡Sagrados cielos! ¡Cuánto me confundís, señor! ¡Qué vergüenza! ¡Qué remordimientos excitáis en mi corazón! —Y las lágrimas de mi madre corrían tan aprisa como las mías.

—¡Oh, señorita! —me dijo esta amable niña, interrumpiéndose a sí misma para abrazarme—: ¡cuánto parece enternecido vuestro bello corazón! ¿Qué hubiera sido, si hubieseis estado presente?

»El doctor Bartlett —prosiguió— entró a la hora del té, y mi tutor no quiso que los criados que fueron de propio movimiento nos lo sirviesen. No se oyeron durante el té más que aplausos y bendiciones, ni se vieron más que miradas y acciones de admiración y reconocimiento. ¡Qué alegría en todos los corazones! Bien os haréis el cargo, señorita. ¿No es sumamente grato proporcionar la felicidad a otros? Sin duda. ¡Cuántos sujetos dichosos hizo mi tutor! Es menester que le digáis, señorita, que no tenga conmigo tanta bondad, pues no sé qué haría yo de mí misma y temería llegar a adorarle. Mas si dejaba de tratarme con tal dulzura ¿qué sería de mí? Yo recurriría a mis lágrimas, mi ira se convertiría contra mí propia y yo pensaría que él no es capaz de hacer nada vituperable.

—Emily, amor mío —la interrumpí—, modera tu gratitud: ella ocupa el corazón de tu verdadera amiga.

—¿Y qué malo os puede parecer eso, señorita? Un buen corazón ¿ha de ser ingrato? El doctor Bartlett dice que no hay verdadera

felicidad en esta vida; ¿y no vale más que nuestra desgracia provenga de una buena causa que de una mala? Vos misma, señorita, me habéis hecho algunas veces infeliz: ¿cómo? Con vuestra bondad, y porque yo no me sentía capaz ni de merecerla ni de agradecerla.

Emily prosiguió su graciosa cháchara.

»Después del té me llevó aparte mi tutor.

»—Emily mía —yo gusto de que me llame *su Emily,* mas creo que trata a todo el mundo con esta bondad—, es menester ver —me dijo poniéndome dos vales de veinte y cinco guineas en la mano— qué hemos de hacer de estos dos vales. Tu madre y su marido pueden tener alguna urgente necesidad, y nosotros supondremos que se casaron ha tres meses para que de consiguiente puedan empezar a correr las dos pensiones en el mes de diciembre próximo pasado. Yo veré a su partida, Emily mía, con qué gracia les haces ese pequeño presente, y la conducta del señor O'Hara nos dará a conocer si es hombre que pueda hacer a tu madre feliz ahora que el interés de ambos estriba en llevarse bien. Pero la oferta has de hacerla como que sale únicamente de ti.

»¡Qué bondad, señorita! Yo hubiera besado de buena gana los vales, porque venían de su mano.

»—Estoy enterada, señor —le respondí; y luego que mi madre se levantó para irse repitiendo los testimonios de su reconocimiento, me dirigí al señor O'Hara y le dije—: Señor, paréceme que la primera cuarta parte debe principiar a correr en la última Navidad, y así cobradla de mi propia mano. —En esto le entregué uno de los dos vales. Después, echando yo una mirada respetuosa a mi madre por temor de que él se equivocase y desacreditara a los ojos del más hábil observador del mundo, le di también el segundo vale. El señor O'Hara miró antes el primero y después el otro con varias muestras de sorpresa, después de lo cual habiéndome hecho una profunda reverencia, a que se siguió otra a mi tutor, los entregó ambos a mi madre.

»—Tú, esposa —le dijo—, debes ser mi intérprete, pues yo no encuentro expresiones que correspondan a mis sentimientos. ¡El cielo me dé fuerzas para soportar las sensaciones que experimento!

»Al decir esto salió apresurado del gabinete, y estando en la antesala se enjugó los ojos y se le escaparon algunos sollozos que oyeron los criados. Mi madre miró sucesivamente como su marido los dos vales, e inmediatamente me abrazó en un nuevo enajenamiento de ternura. Quiso decir algo a mi tutor, pero este la previno diciéndola:

»—Emily no faltará nunca a lo que os debe y respetará también al señor O'Hara. ¡Ojalá que ambos seáis felices! —Después la llevó (¡qué condescendencia!), la llevó de la mano al señor O'Hara, quien habiéndose serenado un poco iba a agasajar a los criados; pero mi

tutor le dijo—: Señor O'Hara, considerad que mis criados no reciben su paga sino de su amo: ellos son honrados y se han merecido mi aprecio.

»El señor Charles acompañó a mi madre hasta su coche. Por mí, yo no pude hacer otro tanto y volví al gabinete llorando de alegría. Yo no era dueña de mí misma. ¿Cómo hubiera podido resistir? Bien lo conocéis, señorita. Durante este tiempo el señor Salmonet se enjugaba los ojos y los alzaba alternativamente al cielo haciendo varias exclamaciones; pero todos estos elogios y aplausos no parecían excitar la menor vanidad en mi tutor.

»Mi tutor volvió al gabinete y yo quise postrarme a sus pies teniendo apenas aliento para decirle que le daba gracias por su bondad con mi madre. Me detuvo en sus brazos, me hizo sentar y sentándose junto a mí tomó mi mano. Causóme tanta impresión esta caricia que sentí mi corazón palpitar de alborozo. Entonces me dijo:

»—Ya ves, mi querida niña, qué poder dan las riquezas para hacer a otros dichosos. Tú tienes muchas facultades, y ahora que tu madre está casada, espero mucho de ella y del señor O'Hara, quienes conocerán lo que se deben recíprocamente y lo que deben al público, pues no es juicio lo que les falta. Tú has hecho a un mismo tiempo una obra de justicia y de generosidad. El hombre que sienta se saquen 200 libras esterlinas de tu caudal para hacer feliz a tu madre, no será dueño de mi Emily. ¿Qué te parece?

»—Vuestra Emily, señor, vuestra dichosa Emily no será digna de ningún aprecio sino en cuanto se deje dirigir por un conductor como vos. —Esta respuesta le di, señorita, y no podía darle otra más verdadera.

Y al oír esa respuesta, la interrumpí:

—¿No estrechó a su Emily contra su generoso pecho?

—No, señorita, no me tiene acostumbrada a tanto favor; pero alabó la bondad de mi genio y me aseguró que jamás exigiría de mí una deferencia ciega, que consultaría siempre mi razón, y que quería fuese esta la que me hiciese confiar en sus consejos. Yo no me acuerdo bien de todos sus términos, mas esto es a corta diferencia lo que me dijo y mucho mejor que yo puedo repetirlo. El nombre que me da más comúnmente, cuando estoy sola con él, es el de *hija,* y aunque me trata siempre con extremada bondad, creo advertir que no gasta entonces tanta familiaridad conmigo como cuando hay gente delante. ¿Podréis decirme por qué es esto, señorita? Yo estoy cierta de que lo mismo le respeto en un tiempo que en otro. ¿Creéis que esto no quiere decir nada? Es preciso que esta diversidad se funde en alguna cosa. Yo gusto de estudiarle y procuro entender cuanto me es posible así el significado de sus miradas como el de sus acciones. El señor Charles es un libro que el cielo me ha dado para mi instrucción, y así ¿por qué

no le he de estudiar?

—Sí, amor mío —respondí a esta excelente niña—: estudia a tu tutor, mientras que puedes hacerlo, pero va a dejarnos y partirá dentro de pocos días.

—Eso es lo que siento —dijo en un tono triste—. Yo amo y me compadezco de la pobre Clementina, cuyo corazón padece tanto, y pienso mucho sobre su situación desde que me permitisteis leer los extractos del doctor; mas espero que mi tutor sólo será vuestro. Día y noche pido al cielo me conceda poderos llamar milady Grandison, y hasta este dichoso día no cesarán mis súplicas; mas perdonad si las acabo siempre pidiendo también que consintáis ambos en que viva en vuestra compañía la pobre Emily.

¡Amable niña! *¡La pobre Emily* dijo! Yo la abracé y afligidas ambas mezclamos nuestras lágrimas la una por la otra... o acaso cada una por sí misma.

Emily me dejó precipitadamente, y habiendo yo vuelto a tomar la pluma te lo he escrito todo al punto. Mis primos me dan prisa y me llevan a comer a St. James' Square.

Carta LXIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Miércoles por la noche, 5 de abril.

Creo haberte dicho que Charlotte se había llevado mi carta de ayer. Pues a nuestra llegada me felicitaron ambas hermanas por la preferencia que su hermano me ha dado sobre ellas comunicándome de un modo tan tierno sus asuntos y resoluciones, y milord L..., a quien se había mostrado la carta y que llegó poco después, me dio igual enhorabuena. ¿Y por qué, Lucy? Verosímilmente porque no es imposible que Dios se lleve a la malaventurada Clementina, o que sea encerrada en un convento, o que se disponga de ella de otra manera, y que en esta suposición puede esperar tu Harriet la mano de Charles, es decir, un marido atento y la mitad de un corazón. ¿No se reducen a esto en suma unas enhorabuenas que me humillan?

Grandison estaba en su gabinete con Lowther, el cirujano que ha de acompañarle a Italia, y sólo entró por un momento a saludarnos y pedirnos el permiso de volverse a su gabinete. Con Lowther había dos médicos famosos por su habilidad para las enfermedades de cabeza, los cuales habiéndoles ya comunicado Charles la situación de la infeliz Clementina, le daban su parecer sobre la curación que exige según la diferencia de los síntomas. Cuando volvió a nosotros, nos preguntó si pensábamos como él que siendo las enfermedades de nervios más comunes en Inglaterra que en cualquier otro país, sabrían curarlas

mejor los médicos ingleses que los de otras naciones; y habiendo aprobado Charlotte su dictamen, le dijo con ingenuidad que su viaje inquietaba mucho a todos sus parientes y que nos tenía con recelo el genio altivo y colérico del general.

—Harriet nos ha dicho —añadió— que la Beaumont no te aconseja el volver a Italia.

Charles respondió que el marquesito de la Porretta, si bien de un genio muy fogoso, no por esto era un hombre menos honrado; que amaba con pasión a su hermana, en cuya atención merecía su pesar alguna indulgencia; y que con tan justos motivos de aflicción era natural sentir amargamente el origen de ellos.

—Yo no recelo nada de él —prosiguió Charles mirándonos con rostro sereno—, ni por otra parte veo que haya razón para desconfiar. Se me llama y no ha de ser otro el éxito que el que sea del agrado de Dios. Si mi viaje es útil a alguien, me tendré por recompensado con esto; si lo es a muchos, seré feliz, y cualesquiera que sean las resultas, yo estaré más satisfecho de lo que podría estarlo si desatendiera las súplicas del obispo, aunque las hiciese sin el beneplácito de nadie de la familia.

Caroline preguntó a Charles qué día tenía señalado para el viaje y él respondió:

—Muy luego estará dispuesto. Lowther me ha prometido estar prevenido para el principio de la semana próxima, y pienso estar en Dover del sábado en ocho días.

Nosotros nos miramos unos a otros, y Charlotte me dijo después que me había mudado muchas veces de color y que ella había estado inquieta por mí. Es cierto que sentí alguna conmoción, y quizá haré bien en evitar su despedida al tiempo de su marcha. ¡Ah, querida prima!¡Ella ha de ser dentro de nueve días! Sin embargo, antes de los nueve me veré en los brazos de los más tiernos parientes del mundo.

Charles se llevó a su hermana aparte y habiendo estado una media hora en conversación volvieron a nosotros.

—Estoy sumamente gustoso —nos dijo Charles— porque Charlotte consiente en aceptar la mano de milord G..., pero tengo que hacerle una súplica aquí delante de todos, a saber, que en el supuesto de que el conde de G... y su familia están de acuerdo conmigo, me dé el gusto de verla *milady G...* antes que deje la Inglaterra. —Charlotte no pudo callar.

—Ya te he dicho, hermano mío, que me es imposible obedecerte, si partes dentro de nueve días.

Charles me pidió en particular mi intercesión, y yo le dije que no podía dudar de que Charlotte complacería a su hermano; pero ella no dejó de protestar contra un término tan corto. Charles volvió a principiar sus instancias con el mayor agrado y asimismo con mucha

seriedad, haciendo presente que toda especie de razones le obligaban a arreglar sus negocios antes de alejarse, y que partiría con mayor satisfacción, si dejaba a su hermana casada con un marido digno de ella.

—Milord —añadió con más calor— te ama e idolatra, y tú estás en ser suya. Complace a un hermano que desea verte feliz, aunque apenas se promete serlo nunca él mismo.

—¡Oh, Charles! —exclamó Charlotte—, tú me pierdes con tu gravedad y bondad.

—El asunto no es asunto de chanza, Charlotte, y por el contrario ninguno puede ser más interesante. Yo tengo innumerables negocios que me obligan a ausentarme hasta el miércoles próximo, y si hoy desatiendes mi súplica, no te diré más nada. Explícate con franquea. ¿No tienes más objeciones que la pena de una confesión? Yo no te insto más.

—¿Conque es esa tu última pregunta, Charles? —Con cierto aire de altivez.

—Entendámonos, Charlotte. La pregunta no es de milord sino mía. Yo quisiera verte algo más seria sobre un asunto de tanta importancia. Si puedes señalarme un día antes del martes próximo, me harás gran favor. Yo me remito a tus reflexiones.

Charles se retiró, y todos procuramos persuadir a Charlotte a que complaciese a su hermano. Caroline le hizo presente que él tenía algún derecho a la condescendencia de sus hermanas, y que se había explicado más fuertemente con ella y su marido.

—Un motivo tan serio —añadió— como el de arreglar sus negocios antes de su partida no permite objeciones en chanza. Tú sabes, Charlotte, que no puede tener más motivo que el de tu bien, y por otra parte tú me has dicho que piensas casarte con milord G... y que estimas a su padre, a su tío y a toda su familia, que hacen de ti también el más alto aprecio. Las capitulaciones están ya hechas, como Charles te lo dijo ayer, y nada falta sino que señales día...

Charlotte la interrumpió:

—Yo quisiera ver en él la mitad de esa ansia por casarse él mismo.

—Charles lo haría, no lo dudes —replicó milady—, si estuviera tan libre como tú.

—¡Bella proposición! —replicó la caprichosa Charlotte— ¡Casarme dentro de ocho días con un hombre con quien no he cesado de reñir en quince! El orgullo y el descaro, hermana mía, se han de ir acabando poco a poco. Un mes no es demasiado para acostumbrar mis facciones a que le muestren algún agrado y para acostumbrarle a él mismo a sonreírse delante de mí.

—Tu hermano, Charlotte —le dije yo—, te ha dado a entender que gusta de tu viveza, pero que aún gustaría más de ella, si consultaras el

tiempo y la ocasión.

—Considera, hermana —dijo al punto milord—, que Charles se ha ido resuelto a no instarte más, si le desairas hoy.

—Yo aborrezco ese tono decisivo —respondió ella.

—Pero, Charlotte —le repliqué yo—, ¿no te ha dicho con toda formalidad que es, en cierto modo, preciso?

Adivina, querida Lucy, la respuesta de Charlotte.

—Escucha, Harriet: yo no gusto de esa Clementina; ve aquí la causa de todo.

En el mismo instante, se oyó un coche a la puerta, y nuestra Emily entró corriendo a decirnos que eran milord G..., el conde su padre y milady G... su tía. Charlotte se mudó de color y dijo que esto era un artificio de su hermano.

—¡Sagrados cielos! —exclamó— ¿Se me ha de afligir a mí por todas partes? Mas yo sé el partido que he de tomar. Yo me haré la tonta para no hacer cosa peor.

—Eso es lo que temo poco —le dijo su hermana—. Sin embargo, acuérdate de las instancias de Charles y ten algún miramiento a milord G... delante de su padre y su tía, si no quieres desazonarnos a todos.

—¿Y cómo me he de gobernar yo para eso? —replicó— Todavía dura nuestra última riña. Pero aconséjale que no haga del impertinente ni del confiado.

Charles entró al punto trayendo de la mano a milady G... y después de los acostumbrados cumplimientos le dijo Charlotte tirando de él hacia mí:

—La verdad, Charles: ¿no sabías tú nada de esta visita?

Charles confesó que les había convidado a comer, aunque sin pensar en sorprenderla.

—Tu consentimiento —añadió— me causará la más viva satisfacción; pero sin embargo, no te estimaré menos si le rehúsas.

Charlotte le suplicó en dos palabras con toda la eficacia que le era posible hablando muy bajo, que fuese menos generoso o menos ejecutivo. Milady G..., si parecer extrañar este corto diálogo que no duró más de un instante, se levantó, la tomó de la mano y le suplicó que pasase con ella al gabinete inmediato, de donde no salieron hasta la hora de comer. Jamás me había parecido Charlotte más amable que a su vuelta. Un hermoso rubor se veía extendido por sus mejillas, y el aire de satisfacción que se notaba en su rostro hacía brillar en todo su aspecto gracias que yo aún no había advertido, y parecía templar la majestad natural de su semblante. Milord G... se mostró gustosísimo, como si su corazón hubiera deducido de esto la más favorable consecuencia, y el conde su padre no se manifestó menos contento.

Durante la comida habló poco Charlotte y a mí me pareció

pensativa. Esta mudanza me causó mucha alegría; pues me hace pensar que a medida que el amante se va acercando a ser marido, se van convirtiendo las vivezas extremadas de una querida en condescendencias de una mujer oficiosa. Sin embargo, algunas veces, cuando el contento de milord quería rebosar por sus labios, observé muy bien que volvía a tomar aquel modo de mirar suyo que inspira a un tiempo amor y temor. Acabada la comida, milady G… y el conde quisieron hablar con Charles y milady L…, y no había durado mucho tiempo la conversación cuando vino Charles por su hermana y la llevó a la junta. Yo vi mudarse muchas veces de color el rostro de milord G…

Charles dejó la junta, y habiendo venido a nosotros que estábamos en pie, me dijo:

—Espero que Charlotte se dejará persuadir, mas yo no la volveré a instar.

Parecía que quería decirnos más, cuando milady L… vino a decirnos a él y a mí que fuésemos, porque Charlotte había dejado a milady G… y al conde, y tenía alguna repugnancia a volver a entrar. Nosotros fuimos hasta la antesala donde la encontramos.

—¡Ah, querida Harriet! —exclamó—: compadécete de mí. Todo mi orgullo está humillado —Después, volviéndose a Charles, le dijo—: ea pues, hermano, me reconozco vencida por tus instancias, una vez que estás para dejarnos, y por las importunidades de milady G…, del conde y de mi hermana. Sin haber pensado en nada ni preparado vestidos estoy resuelta a complacer al mejor de todos los hermanos: haz, Charles, y dispón de mí como te parezca.

—Mi hermana —nos dijo Caroline— consiente en que el día sea el miércoles próximo —y Charles repitió que si le quedaba alguna objeción y titubeaba…

—Yo no titubeo —le interrumpió ella—; pero había creído que un mes o dos no era demasiado tiempo para pensar sobre un asunto tan grave, y que después de haberme mostrado con milord G… algo extravagante debía hacerle esperar poco a poco más felicidad conmigo de la que se prometerá al presente.

Charles la estrechó con sus brazos, diciéndole que reconocía a su excelente hermana, y le pidió permiso para presentarla solemnemente al conde y a milady G… Yo la acompañé y se hizo esta ceremonia con mucha solemnidad. Inmediatamente salió el conde para traer a su hijo, que presentó primero a Charles. Charlotte me dijo al oído viéndole acercarse:

—Perdida soy, cara Harriet: ya se acerca la más fatal escena de la comedia.

Milord G… puso una rodilla en tierra para besarle la mano; pero el enajenamiento de su alborozo le quitó el habla, porque acababa de

saber que el dichoso día era el miércoles.

Es pues imposible, querida Lucy, que Charles no consiga todo lo que desea de veras. Cuando habiendo llegado a Italia se presente en el palacio de la Porretta, ¿quién será capaz de resistirle? El aprecio que se granjeó allí con su mérito ¿no se aumentará al doble? El hombre cuya ausencia deseó una familia es convidado ahora a presentarse en ella; todos los recursos se han agotado para la curación de Clementina; él posee en la actualidad un gran caudal y la fama de sus virtudes ha pasado a los países remotos. ¡Oh, querida mía! ¡Qué obstáculos no podrá desvanecer! Y si es la voluntad del cielo que Clementina se restablezca ¿no se la darán todos sus parientes con las condiciones que ha propuesto? Y después de haberlas propuesto ¿tendrá libertad para no cumplirlas?

Es evidente que su corazón está en Bolonia, y yo convengo en que debe estarlo, aunque sin embargo no pudieron menos de causarme viva conmoción las expresiones que le oí decir con motivo de alguna cosa que milord L... le decía: «Estoy impaciente por volver a pasar el mar: si no esperara al cirujano, hubiera llevado en persona mi respuesta a las últimas cartas que he recibido de Italia.» Mas pues que le llaman el honor, la compasión, el amor y la amistad que aún me parece más noble que el amor, siga leyes tan poderosas. Charles me profesa estimación y yo quiero ser digna también de su amistad. Esto me costará algunos tormentos; pero ¿se puede preferir una persona al mundo entero y no tenerlos?

Charles nos ha hablado de la palabra que ha dado de hacer celebrar mañana el triple matrimonio de los Danby. Pasado mañana ha de ir a Windsor por acompañar a milord W... su tío en su primera visita a la quinta de Mansfield.

—Tú, hermana mía —dijo a milady L...—, te encargarás, si gustas, de hacer engastar los diamantes de nuestra difunta tía que milord W... quiere regalar a su nueva esposa. Son tan ricos que no necesitan de otra compostura. Tú y vosotras —añadió dirigiéndose a milord L... y a sus dos hermanas— os alegraréis infinito de ver a vuestra segunda tía y a toda su familia. Yo miro con sumo placer la felicidad que se promete el hermano de nuestra madre en su vejez, y no me alegro menos de un acontecimiento que va a libertar de la opresión a una antigua y virtuosa familia.

Habías de haber visto, querida Lucy, brillar el mismo aire de satisfacción en los ojos de todos los circunstantes. Nosotros nos mirábamos para comunicarnos nuestra mutua sensibilidad. Yo creía ver en medio de nosotros un príncipe benéfico que constituía su felicidad en la alegría que nos causaba. Mas ¿dónde estará dentro de ocho días? Y si esta reflexión se me permite, ¿de quién será dentro de un año?

Grandison habló largamente de su amigo Beauchamp, a quien todavía espera ver en Inglaterra antes de su partida, y se lastimó de su primo Everard que no hemos visto muchas semanas ha, y cree abandonado según su costumbre a algún nuevo galanteo. Con su bondad extrema le parece sincero cada vez que le ve romper alguna mala amistad, y espera, según dice, que tarde o temprano reconocerá perfectamente todos sus yerros. ¡Ah, querida mía! ¡Qué sujeto parece un licencioso cuando se le compara con un hombre del carácter de Charles, que hace tan glorioso papel en la sociedad! Milady G... y el conde viejo no se hartan de verle ni de oírle, y se muestran muy ufanos por el parentesco que van a contraer con un hombre a quien no conocen ninguno semejante.

En tu última carta me asegurabas, Lucy, que Greville tiene el atrevimiento de hacer amenazas contra este modelo de los hombres. ¡Graciosa especie! ¡Cuánto se irrita mi corazón contra Greville! Pero no hablemos más de estas almas bajas.

NOTA. *No se ha insertado la carta anterior sino para manifestar cómo se sostiene el carácter de Charlotte, y para enlazar la mudanza de su estado y de su nombre con muchos incidentes posteriores; pero se omiten todas las cartas concernientes al matrimonio de los Danby, de milord W... y de la misma Charlotte, y a la llegada de Beauchamp. Charles siempre es bueno, siempre generoso, justo e intrépido sin que se desmienta su carácter en las menores circunstancias. La admiración crece incesantemente en cuantos son testigos de sus acciones, llegando a ser tan viva y tierna la de Harriet que ya no puede padecer engaño tocante a sus verdaderos sentimientos, esto es, a un amor virtuoso, pero el más vehemente. Sus inquietudes se aumentan sobremanera con la llegada imprevista de Olivia, aquella misma dama de Florencia que hacía mucho tiempo tenía una violenta pasión a Grandison, la cual había curado tan poco la ausencia, que vino a buscarle a Inglaterra para ofrecerle con su corazón e inmensas riquezas el sacrificio de su religión, aunque a la verdad no hizo esta oferta sino por grados. Olivia dejó su patria con el pretexto de una antigua afición a los viajes. Primero vio a las hermanas de Charles con motivos aparentes de urbanidad, y a él mismo le vio a título de amiga; pero el amor triunfa muy luego de estos miramientos, y la impele a franquearse a las señoras Grandison y a declarar que no quiere se la ultraje con desaires; y cuando sabe que se dispone a volver a Italia, cae en una furiosa irresolución. Sin embargo, la señora Maffei, tía anciana que la acompaña, la reduce con muy prudentes reflexiones a pensar con honor y a tomar el partido de esperar en Inglaterra la vuelta de Charles. Además de las esperanzas con que esta dama la lisonjea tocante a lo venidero, la persuade a que volver a Italia como en seguida de un hombre a quien se sabe profesa un afecto muy vivo, es desacreditarse enteramente, cuando permaneciendo tranquila en Inglaterra da motivo para pensar que*

únicamente su afición a viajar la ha hecho ausentarse de su patria, prescindiendo de que durante la ausencia de Charles tiene tiempo de contraer amistad con las señoras Grandison y de granjearse su afecto. Harriet, que en muchas cartas a Lucy le cuenta todo esto, se muestra poco inquieta por Olivia; pero sus recelos son mayores que nunca en orden a Clementina, aumentándose su inquietud conforme se va acercando la partida de Charles. Harriet lo observa todo, y da cuenta a su amiga de cuanto ve y oye. Advierte que le es el dejarla muy sensible a Charles, quien se despide de ella bastante agitado y la recomienda a Emily. En fin, el mismo día de su partida se oculta de todas las personas que esperaban abrazarle, como si temiera enternecerse demasiado y manifestar lo que pasa en su corazón. Se sabe que ha partido y Harriet da esta noticia a su prima.

Carta LXIV
Harriet Byron a Lucy Selby

Sábado 15 de abril.

¡Oh, Lucy! Charles nos ha dejado. Partió a las tres de la mañana con la mira verosímilmente de excusar a sus hermanas, a sus cuñados, a milord W... y sin duda a él mismo el pesar de su separación que no hemos sabido hasta que despertamos. Si estuviera en disposición de escribir que nunca me ha faltado hasta hoy, podría extenderme sobre mil circunstancias acerca de las cuales no me siento capaz de decirte más que dos palabras.

El tiempo de la comida se pasó ayer con bastante gusto, o al menos todos procuraron mostrarse alegres. ¡Ay de mí! ¡Cuántas penas acompañan al placer de amar y ser amado! A mí no me parece Charles menos digno de lástima que lo somos nosotros.

La dama italiana fue la que estuvo más pensativa. Sin embargo, Emily... ¡ah, pobre Emily! Ella salió cuatro o cinco veces a llorar, mas yo sola lo advertí.

Después de la comida, no noté alegría más que en Charles, aunque me pareció violenta. A instancia suya, Caroline y yo tocamos el clave, o por mejor decir, procuramos tocarlo, y él lo hizo también después. Sabíamos que nos excedía, pero esto es fruto de su larga residencia en Italia. Olivia tocó asimismo y no extrañamos que nos excediese: la Italia es la tierra de la armonía.

A eso de las siete de la noche me pidió Charles que le oyese por un momento, y con no poca extrañeza mía me dijo que había tenido una visita de milady D... (Yo me sentía bastante abatida y estuve cerca de desvanecerme.)

—Ella me ha hecho varias preguntas —continuó.

—¡Señor, señor! —Esta fue toda la respuesta que fui capaz de darle. Charles mismo temblaba al abrir la boca.

¡Ay, querida mía!, estoy persuadida de que me ama. Sin embargo, ¡cuán grave me pareció!

—¡El cielo —me dijo— mire por vuestra felicidad, mi estimada señorita Harriet! No deseo más la mía que la vuestra. Por cumplir mi promesa os hablo de esta visita, sin lo cual hubiera podido excusaros esta molestia y excusármela a mí mismo —Aquí se detuvo y después prosiguió, viendo que yo no podía hablar—. Se solicitará la intercesión de vuestros parientes en favor de un hombre que os ama y cuyo mérito conozco... Yo os causo inquietud, señorita: perdonad, he cumplido mi palabra —Y en esto me dejó contento, al parecer. ¿Cómo podrá estar tan sereno?

Nos pusimos a jugar y yo no ponía en ello la menor atención. Emily sus piraba mirando sus cartas, y yo veía correr lágrimas por sus mejillas. ¡Cuánto ama a su tutor! Emily, te decía yo... En verdad no sé lo que escribo.

Durante la cena fue extremada la tristeza. Beauchamp quería partir con su amigo; pero Charles, tocando otro asunto, rehusó indirectamente esta proposición y recomendó con la mayor eficacia a su cuidado las dos señoras italianas. Habló algunos momentos a solas con Olivia, quien volvió de esta conversación con los ojos encarnados de llanto.

La pobre Emily buscó ocasión de hablarle también a solas, ¡y con qué ardor la buscó! Charles se la llevó un momento aparte cerca de una ventana, y le tomó ambas manos, la llamó *su Emily* y le rogó que no tardase mucho tiempo en escribirle. Emily confiesa que no pudo responder y que no hizo más que suspirar, aunque tenía mil cosas que decirle.

Habiendo dicho a Charles sus hermanas que esperaban desayunarse hoy con él, no dijo nada en contra, y así ellas nos convidaron a las dos señoras italianas y a mí para el desayuno. Todos se retiraron creídos en esto; pero esta mañana me envió a decir Charlotte que había partido. Hubiera sido cosa dura dejarme volver a su casa esperanzada en otra cosa. ¿Cómo ha podido dejarnos de este modo? Veo que su visita de ayer mañana fue una visita de despedida de mi prima y de mí. Yo me lo había sospechado. ¿Cuántas cosas tiernas no nos dijo? ¡Qué lamentos, qué reflexiones sobre su suerte! ¡Qué ofertas no nos hizo de servirnos en cuanto pudiese! Parecía embarazado para declararnos todos sus sentimientos. Seguramente, amada Lucy, no me aborrece. ¡Qué combates no advertí en su corazón!

Cuando nos retiramos, llevó de la mano hasta el coche a mi prima y conmigo tuvo igual atención. Reeves le dijo que contábamos con el placer de verle hoy, y sólo respondió con una reverencia. Al ayudarme

a subir suspiró y me apretó la mano, o al menos me pareció que me la había apretado. No hubo más, ni él abrazó a nadie. Yo dudo que vuelva a ver a Clementina como nos ha dejado; pero me inclino a creer que el doctor es sabedor del secreto.

Aquí ha estado el doctor, querida mía, y acaba de irse. Me encontró con los ojos hinchados, pues no los había cerrado en toda la noche. Sin embargo, no supe la partida hasta las siete.

¿No es extremada bondad en el doctor haber venido a verme? Su visita me ha serenado, mas él no hizo reparo en lo encarnado de mis ojos. Me dijo que las hermanas, cuñados y tío de Charles estaban tan afligidos, como si les hubiese dejado para siempre. ¿Y quién sabe?... Mas no quiero atormentarme con crueles suposiciones. Yo tendré presente lo que él mismo decía ayer y sin duda para instruirnos, a saber, que esperaba estar alegre. No obstante, ¿debo yo creer que juzgaría esta instrucción necesaria para mí? ¿Pensaría en dármela? Pero silencio, vanidad. Lejos, lejos toda esperanza: no hay que pensar sino lo más opuesto. Clementina está destinada para Charles y Charles para Clementina.

Sin embargo, Lucy, ¿qué se ha de decir de su conmoción, cuando me habló de milady D...? ¡Ah!, yo no quiero deberla sino a los impulsos siempre humanos de su corazón. Él ha deseado mi amistad, y me ha mostrado la más tierna. ¿No debo yo estar contenta con esto? Lo estoy y quiero estarlo. ¿No me ama con un amor superior a los sentidos? La infeliz Olivia no tiene esta satisfacción. ¡Cuán digna es de lástima! Si la veo triste y consumida, no podré menos de compadecerme de ella. ¡Todas sus esperanzas burladas y los fines que la obligaron a arrostrar a mil dificultades, a hacer un largo viaje, a exponerse a las olas, a venir hasta Inglaterra frustrados en el momento que los cree cumplidos! Ella llega, y él parte y vuelve en las alas del amor y de la compasión hacia un objeto más querido y más digno de su ternura en el país que ella ha dejado para venir a buscarle en el suyo. ¿No es su situación mucho más triste que la mía? Lo es seguramente a mis propios ojos. Pues ¿qué motivo tengo para quejarme?

Yo me extravío, querida Lucy: perdona si lo adviertes. La pérdida de mis esperanzas me aflige mucho y me hace muy sensible a las penas de otros. Pero si la adversidad produce este efecto, me será más fácil de soportar.

El doctor me ha dicho que Emily muy afligida estará aquí al momento. Si yo puedo darle consuelo... Mas ¿no necesito de él yo misma? Nosotras mezclaremos nuestras lágrimas llorando la una sobre la otra.

Milord W... vuelve a Windsor y Beauchamp parte dentro de pocos

días a Hampshire con ánimo de venir incesantemente a obsequiar a las damas italianas. Olivia está disponiendo con toda prontitud un gran tren, pues se ha propuesto hacer aquí un papel brillante; mas por este medio no se hará dueña de Charles. ¿De qué sirve la grandeza para calmar un corazón agitado? El conde de G... y milady su hermana vuelven a tomar el camino de Hertfordshire, milord y milady L... hablan de retirarse por algunas semanas a Colnebrook, el doctor se dispone a partir a la quinta de Grandison y tu pobre Harriet a Northamptonshire. ¡Oh, cielos, qué dispersión! Pero el matrimonio de milord W... reunirá parte de estos sujetos en Windsor.

Se me dice ahora mismo que Emily acaba de llegar, y que anegada en llanto está esperando en el cuarto de mi prima el permiso para subir al mío. Figúrate tú vernos llorar a amabas y rogar a Dios por la conservación de nuestro tutor común: en tu imaginación no se podrá representar una escena demasiado tierna. Adiós, querida Lucy.

Carta LXV
Harriet Byron a Lucy Selby

Domingo 16 de abril.

¡Oh, qué escena, querida mía! Pero es inútil representártela. ¡Pobre Emily! Pintarte su aflicción sería pintarte la mía.

¿Qué dirás tú de una conducta muy extravagante de Olivia? Habiendo ido Beauchamp a verla para ofrecerse a acompañarla en sus paseos y diversiones según los deseos de Charles, que le encargó proporcionase aquí toda especie de diversiones a las dos damas, le respondió ella delante de su tía que le daba gracias por su atención, pero que no le causaría ninguna molestia durante su residencia, porque tenía algunos criados que conocían la Inglaterra, con cuyo motivo Beauchamp la dejó muy descontento. En una visita que Caroline le hizo esta tarde, contó ella misma la oferta de Beauchamp y su respuesta. Alabó su persona y su cortesanía; pero lo que la hizo rehusar con alguna aspereza sus ofertas, según dijo a Caroline, fue el no dudar de que Grandison tendría algunas miras particulares en hacer dicho encargo a su amigo.

—Yo las desprecio —añadió—, y si estuviera segura de ellas, acaso encontraría modo de hacerle conocer semejante indignidad.

Caroline respondió que su hermano y Beauchamp no habían tenido más fin que el de divertirla y hacerle grata su patria.

—No importa —replicó la altiva italiana—, yo no deseo ningún obsequio del señor Beauchamp; pero si vos, señora, vuestra hermana y vuestros esposos me permitís que cultive vuestra amistad, me tendré por muy honrada. La compañía del doctor Bartlett me será también

muy agradable. Yo me atribuyo algún derecho a la de Emily, a quien quise tener conmigo en Italia; pero vuestro hermano, que siempre tiene razones para oponerse... No hablemos más de esto. Sin embargo, yo no veré con menos gusto a esa beldad inglesa que llamáis la señorita Harriet Byron. Yo la admiro tanto más que, si no me engaño, merece mi compasión, y tendré a mucha dicha contraer más estrecha amistad con ella.

Caroline le dio una respuesta muy atenta por ella y su marido; mas le dijo que yo estaba para volver a mi país y que el doctor tenía que ir a las haciendas de Charles por causa de algunos negocios urgentes. Durante esta conversación reparó Caroline en que Olivia tenía un brazo vendado con una cinta negra, y le preguntó si tenía alguna indisposición.

—Una bagatela —respondió la italiana—: vos no adivinaréis nunca la causa, pero os suplico que no me la preguntéis.

Esta respuesta no hizo más que excitar la curiosidad de Caroline, y encargó a Emily que por convite de Olivia se ha de desayunar hoy en su casa, se valiese de toda su habilidad para descubrir el secreto; pues rehusando Olivia declararse se puso encarnada y se mostró poco contenta de sí misma.

Charlotte me insta mucho a que me quede con ella un mes para disfrutar las diversiones de la ciudad; pero nada desea tanto mi corazón como verme a los pies de mi abuela y de tía y poder abrazar a placer a mi Lucy, a mi Nancy y a todas las personas que amo en Northamptonshire. Yo no temo más que a tío. ¡Qué burla y qué mofa prepara para su Harriet! Mas no dudo que esto será para divertirla y hacer reinar la alegría en ella; bien que según me parece, mis días alegres ya han pasado, pues mi situación no los permite.

Las instancias se renuevan tantas veces para detenerme aquí más tiempo del que debo y quiero, que no hay mejor medio para impedirlo que el de señalar el día de mi marcha. ¿Aprobáis, mis amados y afectuosos parientes, que me ponga en camino para esa quinta el viernes próximo?

Domingo por la noche.

¡Oh, querida Lucy! ¡Qué historia tan extraña tengo que contarte! Ahora acaba de salir de mi cuarto Emily, que había solicitado hablarme en secreto. Luego que se vio sola conmigo, me echó los brazos al cuello y exclamó:

—¡Ah, señorita! Vengo a deciros que hay una persona en el mundo que aborrezco y debo aborrecer toda mi vida, y es la señora italiana. Llevadme por Dios a Northamptonshire y que jamás tenga yo el disgusto de volverla a ver —Estas expresiones me sorprendieron mucho—. ¡Oh, señorita! Yo he descubierto que el jueves pasado quiso

matar a mi tutor.

»Ya os acordaréis, señorita, de que ambos se retiraron juntos. Mi tutor tenía el rostro inflamado a su vuelta, envió su hermana a ella y estábamos sorprendidas de que no hubiese vuelto él mismo. Ella exigió que difiriese su viaje y se puso furiosa por no poder obtenerlo. Los debates fueron muy vivos, y en su rabia sacó de su corsé un puñal con juramento de metérselo por el corazón, si no le prometía no volver a ver nunca a Clementina. Mi tutor se acercó a ella para quitarle esta arma, y habiéndole faltado valor para servirse de ella, como desde luego os haréis cargo, asió su mano y le quitó el puñal; pero forcejeando ella se hirió en la muñeca, por lo cual trae su cinta ancha negra. ¡Perversa mujer! ¡Haber sido capaz de tan cruel intento! Mi tutor se contentó con decirle, después de haberla desarmado:

»—¡Qué violencia! ¿Y qué os prometéis de ella? Yo no os vuelvo este fatal instrumento, pues no se os ofrecerá ocasión de usarlo en Inglaterra. —Y en efecto, lo guardó.

Esta relación me hizo temblar.

—¡Oh, querida mía! —dije a Emily—, nosotras sabemos lo que mujeres virtuosas le han hecho padecer.

—Pero esta Olivia no es de este número.

—¿Y puede ser eso cierto? ¿De quién lo sabes?

—De la misma señora Maffei, que pensaba que mi tutor no nos lo hubiese ocultado, y cuando supo que nosotras lo ignorábamos, pareció sentida de habérmelo dicho. Me suplicó que callase la especie, mas yo nada le prometí. Dijo que Olivia sentía mucho su arrebatamiento, mayormente cuando cree que mi tutor la perdonó al punto, y sabe que después la recomendó muy afectuosamente a toda su familia. Mas yo no la aborrezco menos por esto.

—¡Cuán digna es de lástima! —no pude menos de decir con un suspiro—. Pero mira, Emily, de qué las pasiones desordenadas nos hacen capaces aun a nosotras que somos naturalmente tan débiles y tiernas. Sin embargo, una vez que se muestra arrepentida, no sólo no ha de tenérsele ningún aborrecimiento, sino que debemos ocultar esta aventura a las hermanas del señor Charles y a sus maridos; pues no podrían disimular el horror que ella les había de causar forzosamente, y esto sería un nuevo motivo de desesperación para la infeliz extranjera.

—La señora Maffei añadió que si no se hubiese templado el furor de su sobrina, hubiera corrido mucho riesgo el señor Charles en acercarse a ella con demasiada osadía. Luego que la hubo arrancado el puñal, se creyó ella en gran peligro y lo primero que hizo fue echarse de rodillas a sus pies.

»—Yo os perdono y vuestra desordenada pasión me causa lástima —le dijo mi tutor con un aire en que, como confiesa ella misma,

estaba mezclada la majestad con la compasión.

»Pero inútilmente le suplicó que se detuviese. El señor Charles le envió su hermana, y habiéndose retirado a su gabinete no confió su pesar ni aun al doctor Bartlett, aunque tengo bien presente que este le siguió casi de contado.

La acusación que se hace Olivia a sí misma de su violencia, la hizo verosímilmente mostrarse tan modesta hasta el momento de la partida de Charles.

¡Sagrados cielos! ¿Qué he de hacer? Acabo de recibir una carta de milady D... en que nos pregunta a mi prima y a mí, si estaremos en casa mañana por la mañana. Sin duda viene a decirme que no pensando Charles en la señorita Harriet Byron, puede milord D... recuperar sus esperanzas, y acaso se valdrá de la recomendación de Charles en favor de su hijo. Si sucede que me hable así, ¡cielos!, dadme toda la paciencia de que necesito para oírlo. Temo ser desatenta con esta excelente mujer.

Carta LXVI
Harriet Byron a Lucy Selby

Lunes 17 de abril.

Milady acaba de irse. Reeves había dado palabra de ir a desayunarse hoy en casa de la Williams, y la condesa nos encontró solas a mi prima y a mí. Al verla entrar se me oprimió el corazón y el mal no hizo más que aumentarse durante el té. Ella me miraba con mucho agrado, y yo creía comprender el sentido de sus miradas. Parecíame leer en sus ojos: «Vos ya no tenéis esperanzas, señorita Harriet, y cuento con que muy luego seréis hija mía.»

Mas bien pronto me sacó la condesa de dudas acabado el desayuno.

—Yo noto vuestro embarazo, querida señorita —me dijo con mucha afabilidad—, y me ha causado bastante desazón el verlo aumentarse; pero él me muestra que el señor Charles me ha cumplido su palabra, de lo cual yo no dudaba. No es extraño, querida mía, que te hayas inclinado a él, pues por su persona y conducta es el hombre más amable que jamás he visto. Una mujer virtuosa y honrada puede quererle sin vergüenza; mas no es necesario que yo os haga su elogio ni a vos ni a la señora Reeves.

»Es preciso deciros —continuó— que ha poco tiempo se me propuso para mi hijo una señorita que tengo en muy buen concepto; pero este sería mejor, querida mía, si nunca os hubiese visto. Hablé de esto a mi hijo, pues como sabéis, deseo en extremo verle casado, y me respondió que mientras le quedase la menor esperanza de agradar a la

señorita Harriet, no podía dar oídos a ningunas proposiciones semejantes.

»—¿Tendrás a bien —le pregunté— que hable con el caballero Grandison para saber de él mismo sus intenciones? Está reputado por un hombre muy franco, y él sabe que nosotros no lo somos menos, y que nuestro enlace no deshonraría ni aun a la primera casa del reino. Confieso que esta pregunta puede parecer bastante libre entre personas que sólo se conocen por sus nombres; pero sin embargo, el señor Grandison es un sujeto a quien yo tendría gusto de hablar con franqueza.

»Mi hijo se sonrió de mi proposición; pero viendo yo que no se oponía a ella, fui a ver al señor Charles y no tuve reparo en explicarme con él.

La condesa, que es perspicaz, se detuvo y nos miró a mi prima y a mí.

—Muy bien, señora —le dijo mi prima con aire de curiosidad—, hacednos el favor de acabar.

Por mí, querida Lucy, la impaciencia no me permitió decir ni una sola palabra.

—Esto fue antes de ayer —prosiguió—, y jamás se ha hecho de una mortal tan bella pintura como la que el señor Charles me hizo de vos. Me habló de los urgentes motivos que le obligaban a partir, celebró la persona que era el objeto de su viaje, hizo el mismo elogio de un hermano a quien ama muy tiernamente, y se extendió sobre toda su familia mostrando tenerle singular afecto. «Dios sólo», me dijo, «sabe la suerte que me espera. Yo me dejaré conducir por la generosidad, por la justicia, o para decirlo mejor, por la Providencia.» Después de esta noble ingenuidad le pregunté si, suponiendo un feliz restablecimiento, esperaba que la dama extranjera pudiese ser suya.

»—Yo no me prometo nada —me respondió—, y parto sin ninguna especie de esperanza. Si los auxilios que llevo conmigo restablecen una salud sumamente preciosa para mí, y dan algún alivio a un hermano que quiero entrañablemente, será inexplicable mi alegría. Lo demás lo dejo en manos de la Providencia, pues el éxito no puede depender de mí.

»—De eso puedo inferir, señor Grandison —le dije al punto—, que vos no habéis contraído ninguna obligación con la señorita Harriet.

Aquí, amada prima, no puedo decirte si la condesa se detuvo por sí misma para observarnos, pues yo no pude impedir cierto impulso que me hizo levantarme de mi silla, por manera que advirtió mi turbación y me preguntó adónde iba, ofreciéndome no proseguir si me desazonaba su relación. Yo acerqué mi silla a la suya, y tanto que inclinando la cabeza detrás de esta y ocultando la mitad del rostro, apenas se veía más que mis ojos. Entonces se levantó, y yo le dije:

—No, señora, permaneced sentada y continuad: hacedme el favor de continuar; vos habéis excitado muy vivamente mi curiosidad: permitid solamente que permanezca como estoy, y no pongáis la atención en mí.

—Sí, señora —dijo mi prima, que no tenía menos curiosidad que yo, según me lo ha confesado después—: proseguid y dispensad a mi prima que esté en esa postura: ¿cuál fue la respuesta del señor Charles?

—Mi estimada señorita —continuó la condesa sentándose y dirigiéndose a mí—, primero tengo que haceros una pregunta, pues yo no gusto de desazonar a nadie.

—¡Oh, señora! Vos no sois capaz de eso —le dije—; pero ¿cuál es esa pregunta?

—El señor Grandison, querida mía, ¿os ha hecho alguna vez alguna declaración formal de amor?

—No, señora.

—Sin embargo, yo me engaño mucho si él no os ama. He aquí su respuesta.

»—Cualquiera que sea la impresión que haya hecho en mí el mérito de la señorita Harriet, yo sería el más vil de todos los hombres, si en las espinosas circunstancias en que me hallo, hubiera procurado obligar su corazón.

¡Ah, Lucy! ¡Cuán noblemente justificada veo su conducta conmigo!

»—En esa atención, señor Grandison —replicó la condesa—, no os ofenderéis de que mi hijo procure persuadir a la señorita Harriet que no está desnudo de todo mérito y que le ha ofrecido su corazón.

»—¡Ofenderme de eso! No por cierto. La justicia y el honor no me lo permiten. ¡Quiera el cielo que la señorita Byron encuentre en un dichoso matrimonio toda la felicidad que merece! Yo he oído hacer grandes elogios de milord D..., y sus conveniencias corresponden a su nacimiento. Puede vanagloriarse de tener una madre... Por mí, que a causa de estar divididos mis sentimientos no sé lo que puedo, ni muchas veces lo que debo hacer, me guardaré muy bien de hacer tomar parte en mis incertidumbres a una joven que admiro y cuya amistad me es tan apreciable, mayormente cuando con tantas gracias como la adornan, no debe tenerse por inferior a nadie.

¡Qué generosidad, Lucy! ¡Cuánto me ha enternecido! Yo sentía mi rostro inundado de lágrimas, mientras que lo ocultaba detrás de la silla de la condesa. Pero ella prosiguió refiriendo las expresiones de Charles.

»—Permitid, señora, que os excuse otras preguntas. Como yo ignoro cuál será el éxito de mi viaje, repito que mi propio honor y lo que debo a dos jóvenes igualmente respetables me imponen leyes que en mí sería vergonzoso violar. Y para abriros enteramente mi pecho ¿con

qué descaro osaría yo presentarme a una mujer de honor, a vos, señora, si mientras que la justicia y la honradez me someten a deberes cuya ejecución se me puede pedir con derecho, fuera capaz de manifestar otros deseos y de tener en incertidumbre el favor de otra mujer hasta la decisión de mi suerte? No, señora, yo perdería la vida antes que envilecerme con semejante indignidad. Yo conozco mi corazón obligado —añadió—, pero el de la señorita Harriet está libre así como el de la dama italiana cuyo infortunio me llama a Bolonia. Mi viaje es indispensable; mas yo no me pongo condiciones a mí mismo, y atendiendo sólo a mi deber encontraré mi recompensa en la satisfacción de haberlo desempeñado.

La condesa mudó de voz al repetir este noble razonamiento, acompañándolo con algunas señales de admiración. Después, continuando su relación, nos dijo:

—Yo le pregunté entonces, si debiendo todas las apariencias inclinarle a creer que no volvería de Italia si no casado, y formando tan buen concepto de mi hijo, no me favorecería con su recomendación para la amable señorita Harriet, a quien llamaba algunas veces su hermana y sobre la cual este título podía darle algún ascendiente; y me respondió:

»—Esa proposición, señora, muestra el alto concepto que tenéis formado de la señorita Harriet y del que reconoceréis es digna; pero ¿podría yo atribuirme sin una extremada presunción el ascendiente que me suponéis sobre su corazón, teniendo parientes tan dignos de ella como ella lo es de ellos?

—Ya os haréis el argo, señorita —me dijo la condesa—, de que mi intención en esta solicitud sería la de poner su corazón a prueba. Sin embargo, le di excusas y añadí que yo no me persuadiría a que me había perdonado sinceramente, si no me prometía al menos decir a la señorita Harriet el motivo de mi visita.

Paréceme, Lucy, que no habría sentido que él hubiese sido menos fácil para perdonar.

—Al presente, querida señorita —prosiguió con mucho agrado la condesa—, me miraréis sin rubor y me dejaréis volver a ver vuestro hermoso rostro —Entonces se volvió a mí, ciñó con un brazo mi cuello, me enjugó los ojos con su propio pañuelo, me besó las mejillas, y luego que me vio algo serena, me dijo estas palabras—: mi cara, mi cara señorita Harriet... (¿que no pueda decir *mi cara hija* en el sentido que deseo? Pues de este modo u de otro es menester que me permitáis no daros otro nombre), decidme ahora como si hablaseis verdaderamente a vuestra madre: ¿tenéis alguna esperanza de que sea vuestro el señor Charles Grandison?

—Señora —le respondí con mucho embarazo—, ¿no es eso hacerme una pregunta tan dura como la que hicisteis a él mismo?

—Sí, señorita, tan dura, y estoy también pronta a pediros perdón como a él, si me aseguráis de veras que os desazona.

—Yo he dicho, señora, y de todo corazón, que le creía obligado a ser de su extranjera, y aunque le prefiero en efecto a cuantos hombres he visto, estoy resuelta a superar, si es posible, la inclinación que le tengo. Él me ha ofrecido su amistad, mientras que no se oponga a ninguna otra, y a esto se limitan mis miras.

—No hay amistad —replicó la condesa— con la que una amistad tan pura no pueda conciliarse Mi hijo contribuiría de todo corazón a fortificarla; pues admira al señor Grandison y miraría como un doble honor hacerse amigo suyo por medio vuestro. Amada señorita, favoreced también con vuestra amistad, pero bajo un nombre más tierno, a un joven que os parecerá digno de ella. Yo os pediré el cuarto lugar. ¡Oh, querida mía! ¡De cuán feliz enlace seríais el nudo!

—Vos me hacéis demasiado honor, señora —Esto fue todo lo que pude responderle.

—Pero, señorita, yo necesito de que os declaréis y no me satisfago con un cumplimiento.

—Pues bien, señora, voy a explicarme: yo tengo honor y no me queda ningún corazón que dar.

—Vos tenéis en vista de eso alguna esperanza, querida mía. No importa: yo quiero llamarte *mía* si puedo lograrlo. Yo no me hubiera nunca creído capaz de hacer la proposición que voy a haceros; pero a mis ojos y a los de mi hijo sois una joven incomparable. Escuchadme. Nosotros no pensaremos en el enlace que se nos ha propuesto hasta ver las resultas del viaje del señor Charles. Vos me habéis dicho una vez que podríais dar la preferencia a mi hijo sobre todos cuantos aspiran a vuestro corazón. Yo no hablo del señor Charles en quien pusisteis vuestro afecto antes que nos conociésemos. Pero ¿prometéis ser de mi hijo, si el caballero Grandison no vuelve libre?

Yo le dije con mucha seriedad que me sorprendía.

—¿Qué, señora, no he de sacar yo ningún fruto del ejemplo que me habéis propuesto ha un instante? *¿Con qué descaro,* como habéis hecho decir a un sujeto (y es un hombre a quien se lo habéis hecho decir), *osaría yo presentarme a una mujer de honor, a vos, señora, si fuera capaz de tener a alguien en incertidumbre? No, señora, yo perdería la vida como el señor Charles antes que envilecerme con semejante indignidad.* Pero veo, señora, que así como a él, sólo me hacéis esta proposición por poner mi corazón a prueba.

—En verdad, querida mía —me interrumpió con algún embarazo—, me ha agradado esa excusa; mas sin embargo, yo hablaba de buena fe y esto debe causarme alguna confusión.

¡Qué apreciable ingenuidad! La condesa me tomó en sus brazos y volvió a besar mis mejillas.

—No tengo más de una cosa —me dijo— que alegar en mi defensa: el error en que he caído os dará a conocer con cuánta vehemencia deseo veros condesa de D... Pero ¿qué título es capaz de daros honor?

Entonces me preguntó cuándo pensaba yo volver a Northamptonshire y yo le dije cuál era mi intención.

—Vos no partiréis —prosiguió— sin llegar a verme a mi casa, y os prometo que durante vuestra visita no se pondrá mi hijo en vuestra presencia. Yo no quiero que se presente más a vos. —Y dirigiéndose a mi prima, le dijo—: os suplico, señora, que si viene aquí sin mi noticia, no le permitáis ver a esta señorita.

Yo le manifesté vivamente mi gratitud por tanta bondad, y ella me pidió que tuviésemos una correspondencia epistolar en mi ausencia, lo cual me hacía demasiado honor para rehusarlo.

—Mi hijo —me dijo sonriéndose— no verá vuestras cartas más que a vos —Al salir me llevó un poco aparte para decirme—: es menester confesarlo: jamás me ha sucedido que en los asuntos que he tomado con mucho empeño se me haya tapado la boca con mis propias expresiones. Paciencia. Yo había venido confiada en el buen éxito, y cuando la esperanza es casi igual al deseo, sólo ocurren ideas que la lisonjeen. Nuestras pasiones, querida mía, prevalecen siempre sobre nuestro juicio. Sin embargo, conozco dos excepciones de esta regla: vos y el señor Grandison —En esto nos dejó.

Omito referirte, cara Lucy, todas las reflexiones que hice acerca de esta importuna y lisonjera visita. ¡Ay de mí!, no es en estos pequeños pesares donde necesito de constancia y donde me cuestan mucho mis esfuerzos.

NOTA. *Aunque no se tiene reparo e suprimir continuamente muchas cartas que entibian el interés principal, hay entre las de esta naturaleza algunas tan divertidas que merecen ser exceptuadas. Tales son las dos siguientes, donde se muestra en toda su fuerza el carácter de Charlotte Grandison, y a milady G...*

Carta LXVII
Harriet Byron a Lucy Selby

Martes por la mañana, 28 de abril.

¿Qué dirás tú de esta extraña Charlotte? Por mí, yo la creo sumamente vituperable. Milord L... pierde la paciencia con ella y a Caroline le sucede otro tanto. Emily dice que la quiere mucho, pero que no le agradan sus caprichos; y milord G... habla de manifestarme sus quejas. El sujeto de la riña, según lo sé de Emily, no parece muy grave; pero las bagatelas originan a veces fatales resultas, cuando se tiene la extravagancia de insistir en ellas. Sea lo que fuere, el lance ha

sido entre ellos y ni el uno ni la otra se apresuran por contarlo. No obstante, Caroline y su marido desaprueban altamente el aire de bufona que ella afecta.

Su riña comenzó ayer noche. Nosotras, mi prima y yo, habíamos cenado en su casa con Caroline, su pariente y las dos damas italianas. Yo no tenía gana de jugar y nos retiramos temprano, como lo hicieron asimismo Olivia y su tía. Caroline, su pariente, Emily y el doctor Bartlett se pusieron a jugar, y en medio de su diversión Charlotte, que había subido a su cuarto, bajó con precipitación la escalera haciendo gorjeos. Su marido, que había subido tras de ella, la siguió con mucha turbación.

—Señora, comenzó a decir, es menester deciros...

—¿Es menester?... —le interrumpió ella—: no, milord, no es menester nada —Y se sentó detrás de Emily—. Estáte quieta —le dijo —. ¿Quién gana? ¿Quién pierde?

Su marido se paseó por la sala aceleradamente. Caroline y su esposo hubieran querido aparentar que no advertían nada, esperando que la tempestad se desvanecería por sí misma; pues se habían escapado a su hermana algunas satirillas durante la comida, aunque en la cena hubiese habido mucha tranquilidad. El doctor Bartlett le ofreció sus cartas y ellas las rehusó.

—No, doctor —le dijo—, yo tengo mis propias cartas, con las cuales quiero jugar y mi juego no es fácil.

Pero, Lucy, tú confundirás los papeles, si no pongo los nombres de los actores.

Milord G... Bien lo creo, señora, según el modo con que os manejáis en él.

Charlotte. No os expongáis, milord, que hay gentes delante. Caroline, me parece que tienes la espadilla.

Milord G... Permitid, señora, que os diga una palabra o dos.

Charlotte. Siempre estoy pronta a obedecer, milord.

Al punto se levantó, y habiendo querido milord tomar su mano, se la llevó a la espalda.

Milord G... ¿Vos me rehusáis vuestra mano, señora?

Charlotte. Yo la necesito.

Milord se alejó de ella, y sin añadir ni una palabra se salió del cuarto.

Charlotte. (Volviéndose a los circunstantes con un rostro alegre y sereno.) ¡Qué criaturas tan extrañas son estos hombres!

Caroline. Tú me admiras.

Charlotte. Eso es lo que yo quiero, hermana mía.

Caroline. Pero, hermana mía, yo no comprendo nada de eso.

Charlotte. Nosotras las mujeres gustamos de lo admirable, de lo incomprensible.

Milord L... A la verdad, Charlotte, yo no creo que a ti te asista la razón.

Charlotte. Me alegro mucho de ello, milord.

Milord L... ¡Te alegras mucho! ¿De qué?

Charlotte. De que mi hermana siempre tiene razón.

Milord L... Verdaderamente, Charlotte, que si yo fuera milord G... se me acabaría la paciencia.

Charlotte. He aquí una buena lección para ti, Caroline: aprovéchate de ella y prosigue siendo tan prudente.

Caroline. Cuando yo me porte como tú, Charlotte...

Charlotte. Ya entiendo, querida hermana, no hay necesidad de acabar. Cada uno tiene su método.

Caroline. Eso no sucedería si Charles...

Charlotte. Quizá no.

Caroline. Seguramente, Charlotte, creo que estás culpada.

Charlotte. Yo lo creo también.

Caroline. Pues ¿por qué no te apresuras...

Charlotte. ¿A reparar mi yerro? Cada cosa tiene su tiempo.

Emily asegura que comenzaba a temer el fin de este diálogo, cuando entró la camarera de Charlotte a decirle que milord quería verla.

—Estos hombres son incomprensibles —dijo—: ni están contentos con nosotras ni sin nosotras; mas yo soy la obediencia misma y cumpliré todos mis miramentos —En esto se fue.

Como ninguno de los dos volvió inmediatamente, Caroline y su marido, que oyeron llegar su coche, se valieron de esta ocasión para retirarse, y por manifestar su descontento a su hermana se fueron sin despedirse de ella. El doctor Bartlett tomó también el partido de subir a su cuarto, de suerte que Charlotte, que no tardó en bajar, se sorprendió en extremo y aun se picó algo de encontrar sólo a Emily. Milord llegó casi al punto por otra puerta y ella le dijo:

—Seguramente tenéis una conducta bien extraña: con vuestro aire de marido hacéis huir a todas las gentes.

Milord G... ¡Válgame Dios! Vos me causáis una extrañeza, señora...

Charlotte. ¿A qué vienen esas exclamaciones, cuando vos habéis espantado a todo el mundo?

Milord G... ¿Yo, señora?

Charlotte. Vos, señor; sí, vos. ¿No habéis tomado el tono de amo en mi gabinete? ¿No me hizo bajar el amor de la paz? ¿No me habéis seguido... con miradas... muy lindas por cierto para un hombre casado ha dos días? Después ¿no habéis querido llevarme con vos? ¿No se hubiera creído que esto era para manifestarme algún pesar por vuestra conducta? ¿He faltado en algo a la debida sumisión? ¿No me ha granjeado esta *vuestro aire masculino?* ¿No salisteis aceleradamente del

cuarto? Todos los circunstantes podrán decir con qué serenidad volví a ellos, temiendo que se afligiesen demasiado por mí y que creyeran nuestra riña muy grave. En fin, luego que se templó vuestro calor, como supongo, me hicisteis llamar. «Sin duda», dije entre mí, «ha vuelto enteramente en sí mismo.» Yo me di otra vez prisa a obedecer…

Milord G… ¿Y no os he suplicado, señora?…

Charlotte. ¿Suplicado? Sí, pero con miradas… El hombre con quien me casé, permitid que lo diga, tenía un semblante muy diferente. ¿Lo ves, lo ves, Emily? Mira como aun se ha ido otra vez. —En efecto, milord se retiró en un arranque de impaciencia— ¡Oh, qué hombres, querida mía! —exclamó mirando a Emily.

—Bien sé —me dijo esta amable niña— lo que hubiera podido decirle; pero he oído decir que no hay que meterse nunca en las riñas de los casados.

La riña fue en aumento hasta el día siguiente, y Emily no pudo darme más noticias; pero luego que acabó su relación, me entregó el billete siguiente de parte de Charlotte.

«Harriet: si tienes compasión de mí, ven a verme al instante, pues necesito de tus consejos. Estoy determinada a hacer que se declare la nulidad de mi matrimonio, y así no quiero firmar sino con mi caro nombre—*Charlotte Grandison.*»

Yo di al punto la respuesta siguiente.

«Yo no conozco a nadie que se llame Charlotte Grandison. Amo tiernamente a milady G…, pero únicamente soy capaz de compadecerme de milord. Yo no te veré, ni tengo otro consejo que darte sino el de que no te burles de tu felicidad sin venir al acaso.»

Una media hora después recibí otra carta.

«He aquí pues lo que he ganado con mi matrimonio. ¡Mi hermano ausente, un marido intratable, Caroline y su marido en su resolución sin informarse de quién tiene razón o no la tiene, grave el doctor Bartlett cuyo silencio me condena, Emily que me deja llevándose el dedo a los ojos, mi Harriet que me abandona y todo esto en la primera semana! ¿Qué partido tomar? La guerra parece declarada. ¿No tomarás tú pues la cualidad de mediadora? ¿No quieres, dices? Pues bien, consiento en ello, mas quiero contarte toda la aventura.

»Ayer noche antes de pasarse la primera semana de novios, tomó milord la libertad de forzar mi retrete sin haber consultado mi voluntad. De paso has de saber que durante la comida se le escaparon algunas impertinencias, mas ya las había yo disimulado.

»—¿Qué atrevimiento es ese? —le dije— Hacedme el favor de salir. ¿Por qué dejáis la familia?

»—Vengo, vida mía, a hacerte una súplica.

»El preámbulo como ves, era bastante atento, si hubiese mezclado algo menos de sus importunos transportes; pero me echó los brazos al

cuello delante de Jenny, mi camarera. Las imprudentes caricias de un marido pueden hacer mala impresión en estas muchachas. ¿No es esto ofender abiertamente las buenas costumbres?

»—Yo no condesciendo a vuestra súplica, ni aun quiero oírla. ¿Cómo habéis osado entrar hasta aquí? Debisteis considerar que yo no había dejado a mi hermana por mucho tiempo. Pues qué, ¿el matrimonio es tan antiguo que autoriza una falta de educación?

»—¡De educación, señora! —La expresión hubo de hacerle mucho eco.

»—Dejadme —proseguí sin darle tiempo para responder—: salid en este momento.

»Mis ojos no hubieron de manifestar mucha cólera, pues me dijo que no saldría, y estrechándome aún otra vez con sus brazos juntó su severo rostro con el mío, estando siempre Jenny presente.

»Así pues, Harriet, tú no me abandonarás en un caso en que se interesan el decoro y el bien parecer: no, estoy segura de ello. Tomar la defensa de estas odiosas libertades al principio de un matrimonio sería dar a entender que no te desagradarían a ti misma.

»Ya te harás el cargo de que yo soltaría el freno a mi indignación. Milord desapareció teniendo la osadía de poner mal gesto y refunfuñar. La palabra *diablo* salió de su boca, y yo pregunté a Jenny si a mí me la había dirigido. «No, por cierto», me respondió, y mira, querida Harriet, el efecto del mal ejemplo en las jóvenes de esta clase; pues tuvo el atrevimiento de hablar en favor de la ternura de un marido. Sin embargo, en cualquiera otra ocasión la veo hacer de la modesta.

»Antes que se hubiese templado mi cólera, no tuvo reparo en volver el atrevido hombre: esta es la pura verdad, Harriet.

»—Como no hacéis ninguna cosa secreta —me dijo—, no quiero dejaros. Seguramente, señora, vos me tratáis mal; pero si me permitís que vuelva a veros mañana por la mañana...

»—No, señor.

»—Siquiera a la hora del desayuno, querida mía, en casa de la señorita Harriet: os pido este favor.

»*¡Querida mía!* Nada aborrezco tanto en el mundo como un hipócrita. Yo sabía que tenía ánimo de llevarme hoy de visita para hacer ostentación de su nueva propiedad, y creí que viéndome irritada quería a un tiempo nombrar una casa de mi gusto, contraer mérito para contigo y proporcionarse la satisfacción de haber hecho obedecer a su mujer sin emplear para esto el aire de autoridad.

»Este ha sido el miserable principio de nuestra importante riña. Lo que más me pica es el artificio y el manifiesto designio que ha tenido el hombre de ponerte de su parte. No dejó durante la altercación de añadir la amenaza de recurrir a ti. ¡Querer privarme del cariño de mi

más querida amiga! ¿Se puede perdonar esta maldad? Ya considerarás, mi querida Harriet, que si la proposición de verte no la hubiera él hecho, con especialidad después de haber acumulado tantas ofensas, esta era la visita que podía causarme mayor complacencia.

»*A la verdad, señor... seguramente, milord... Os protesto, señor...* con un orgullo en un grado bastante moderado fueron mis mayores irritaciones, seguidas al fin de la rebelde expresión, *yo no haré nada de eso*. Por su parte, milord repitió veinte veces de varias maneras: *por mi vida, señora... que me maten si...,* y pareciendo titubear: *vos me tratáis mal, señora... Yo no he merecido... Permitid que os diga... Yo insisto, señora, en pediros este favor.*

»Este lenguaje, Harriet, no se podía aguantar. La noche estaba fresca, mas no por esto dejé de tomar mi abanico.

»—¡Válgame Dios! —dije— ¡Qué términos! ¡Qué términos! ¡Qué expresiones! ¿Vos insistís, milord? Yo creo que estoy casada: ¿me engaño? —Entonces miré mi reloj—: lunes por la noche a las diez y media. ¿A cuántos estamos del mes? Pido permiso a milord para señalar como una época muy notable este primer momento del ejercicio de su autoridad.

»—Querida milady G... —quizá para que llegase a su colmo el insulto me dio su nombre—, si yo no fuera capaz de soportar ese tratamiento, no os tendría el tierno cariño que os tengo.

»—Conque, señor, vos comenzáis a hacer valer todos los derechos de un marido por un exceso de amor. Sea muy en hora buena.

»Yo añadí algunas bufonadas bastante picantes sobre los preparativos que iba a hacer para la esclavitud, y hubiera continuado; pero hablando en tono grave que me pareció áspero y aun acompañado de algo de desprecio —considera, Harriet, si era posible moderarse—, quiso darme lecciones:

»—Algo menos de ingenio, señora, y algo más de discreción os sentarían acaso tan bien.

»La reconvención, como sabes, Harriet, era sobremanera justa para que yo la olvidase, especialmente haciéndola un hombre a quien no sobra nada ni de lo uno ni de lo otro; pero yo tenía demasiado imperio sobre mí misma para comunicarle esta observación.

»—Milord —le dije solamente—, yo reposo en vuestro juicio, que será siempre el contrapeso de mi ingenio, y algún día con el auxilio de vuestro amor desdeñoso me enseñará la discreción.

»Di, querida mía, ¿no era esto hacerle un cumplimiento muy lisonjero? ¿Debía tenerlo por otra cosa, mayormente en vista del tono grave con que lo dije y de una muy profunda reverencia con que fue acompañado? Pero ya fuese remordimiento de conciencia, o mal natural, o acaso ambos, lo cierto es que lo tomó por una sátira ofensiva y se mordió los labios.

»—Jenny —dijo a mi camarera—, sal.

»—Jenny —le dije yo por mi parte—, no salgas.

»Jenny no sabía a quién obedecer. En verdad, Harriet, yo comencé a temer que se le pusiese en la cabeza el cascarme, y mientras que me miraba con un aire ridículamente majestuoso, tomé la puerta y me fui con la familia.

»Como las personas casadas no deben exponerse a la censura de sus amigos, porque mil cosas indecorosas se conservan en la memoria de otros aún después de haberlas olvidado un honrado matrimonio, me determiné a seguir los consejos de la prudencia. Tú te hubieras admirado de mi discreción. «Yo impondré a mis amigos», dije entre mí, «y haré creer a mi hermana, a su marido, al doctor y a Emily (a quienes había dejado con las cartas en la mano) que nada nos falta para ser felices.» En esto bajé tan mansa como un cordero con ánimo de divertirme viendo jugar; pero yo me vi perseguida casi al punto por mi imprudente esposo con el rostro encendido y todas sus facciones en movimiento, y aunque yo le había advertido que no se expusiese, tomó un aire cuyo efecto, como vas a ver, fue el de hacer huir a todos los circunstantes. Sale por otro efecto del mismo aire y pocos momentos después me hace llamar. ¿Quién no hubiera creído que esto era por algún impulso de arrepentimiento? Otras mujeres habrían imitado a la reina Vasti, y rehusado salir por mortificar a su tirano; pero yo, siendo la misma sumisión y no habiendo olvidado mis promesas tan recientes, obedecía a la primera palabra. Sin embargo, bien te harás cargo de que a pesar de mi natural dulzura no podría menos de hacer lagunas reconvencioncillas; mas hacía demasiado del amo y señor para escucharlas. *Yo os diré, señora... —Yo no quiero que se me diga, señor.* Tuvimos un corto diálogo de esta naturaleza, y luego que hube dejado con bastante celeridad al irritado hombre para irme con la familia ¿qué pensarás tú que encontré? La sala desierta. Toda mi gente se había ido, quedando sólo Emily. De este modo se despidió a la pobre Caroline, quizá arrasados sus ojos por la tiranía que había visto ejercer en una hermana demasiado fácil.

»Milord no dejó de seguirme, y considera tú, si luego que nos vimos solos y dueños del campo de batalla, nos quedaríamos como dos necios uno enfrente del otro. Yo le di mis quejas con toda la dulzura que pude mostrar en mis expresiones, y él quiso que todas nuestras discusiones se dejasen para otro día. Pero no. Después de habernos los dos expuesto por su aire violento a la nota de tan gran número de testigos, tú convendrás, querida mía, tú que eres una doncella delicada, en que su proposición era imposible. Así que, el decoro me obligaba a tenérselas tiesas. Desde este momento se inflamó nuestra riña, y gracias a Dios se halla ahora en un punto que si nos encontramos casualmente, huimos cada uno por nuestra parte.

Nosotros hemos hecho ya dos mesas para el desayuno. Sin embargo, yo soy tratable, pero él es arrogante; yo le hago reverencias, y él no me corresponde, lo cual es unir la impolítica a la arrogancia; yo me pongo a tocar el clave, y la melodía le hace rabiar, de suerte que es peor que el rey Saúl, porque a este agradaban los instrumentos músicos aun con su humor melancólico y aun en manos del mismo a quien aborrecía.

»Yo quisiera que te tomases la molestia de venir, porque creo que esto conduciría a mi sumisión y rendimiento; pues siendo tan perverso como es, hubiera sido demasiada condescendencia acompañarle a tu casa. Él quería llevar su causa a tu tribunal, pero yo casi le he quitado esta intención con mis bufonadas. Yo tomé el partido de escribirte; ¿y qué respuesta he tenido? ¡Cruel Harriet! ¡Rehusar tu mediación entre un marido y su mujer! Pero yo dejaré arder el fuego. Si la casa se salva y se liberta del incendio por un poco de llama en la chimenea, sabré consolarme con esto.

»Adiós, perversa criatura. Si tú no conoces mujer que se llame Grandison, ¡quiera el cielo que cierta persona que reservo en mi pecho, haga no conozca yo tampoco bien presto a ninguna señorita Byron! ¿No soy yo terrible en mis venganzas?»

¿Ves, Lucy, con qué sagacidad me escribe esta caprichosilla para ponerme de su parte? Pero yo le aseguro que no me dejará llevar de sus adulaciones.

Carta LXVIII
Harriet Byron a Lucy Selby

Martes por la noche.

Acabo de llegar de St. James' Square. Emily salió a recibirme a la antesala y se arrojó a mi cuello.

—Me alegro de veros —me dijo—: ¿no habéis encontrado la casa en el camino? —Y viendo que yo no la entendía, prosiguió—: es que después de mi venida la han arrojado por la ventana, como se dice. ¡Ah, señorita! Aquí está todo en confusión. ¡El uno es tan cariñoso y la otra tan colérica! Pero ¡chitón que viene milady!

Es menester, querida Lucy, que vuelva al método del diálogo.

Charlotte. Por fin has venido, Harriet, después de haberme escrito que no vendrías.

Harriet. Lo confieso, pero no he podido mantenerme en mi resolución. ¡Ah, Charlotte!, tú no quieres ser feliz.

Charlotte. Eso es lo que me has escrito. Hazme el favor de no decirme lo que ya me has dicho: aborrezco las repeticiones, hija mía.

Harriet. Pues callaré.

Charlotte. No tanto. Me puedes decir cosas nuevas sobre asuntos viejos. Pero ¡silencio, que viene el marido! —Inmediatamente fue corriendo al clave— ¿Es esta la tonada que quieres oír, Harriet? —En esto comenzó a tocar al clave una tonada muy tierna.

Milord G... Señorita Harriet, a vuestros pies. Me alegro infinito de veros. Señora —volviéndose a su mujer—, aún no habéis estado bastante tiempo con la señorita Byron para empezar una tonada: no sé cuáles son vuestras miras.

Charlotte. ¡Qué bella cosa es la armonía! Pero ¡pobre de mí, que ya no disfruto más que la de mi clave!

Milord G... (Alzando ambas manos.) ¡La armonía, señora! Dios es testigo... más quiero contarlo todo a la señorita Harriet.

Charlotte. No hay necesidad, milord, pues ya sabe todo lo que puede saber, a menos que falten a esto los bellos colores que vuestro genio violento le puede dar. ¿Tienes ahí mi larga carta, Harriet?

Milord G... ¿Es posible, señora, que hayáis tenido ánimo para escribir?

Charlotte. Decid *coraje,* milord. ¿Por qué moderarse en los términos? Delante de Harriet podéis hablar con tanta libertad como lo habéis hecho antes de venir ella. Penetro a fondo vuestro pensamiento.

Harriet. ¡Quita, quita, milord! ¡Quita, quita, Charlotte! ¡Qué picados están los dos! Si no me engaño, habéis jugueteado como niños hasta que el juego se ha convertido en riña.

Milord G... Si sabéis la verdad y os parezco vituperable...

Harriet. Yo no vitupero más que vuestro calor, milord: bien veis que Charlotte está serena y que parece desear la paz.

Milord G... ¡Maldita sea su serenidad, mientras que yo estoy desesperado!

Charlotte. ¡Excelente lenguaje para tragedia! Pero, Harriet, tú te engañas: no es sólo calor sino rabia. Milord es muy colérico. ¡Tan humilde antes del matrimonio! ¿No conoció mi genio? Él lo sufrió cuando no me debía nada, y ahora que tiene contraídas en mi favor las mayores obligaciones... Harriet, Harriet, créeme, no te cases jamás.

Harriet. Querida Charlotte, tu corazón te condena: no dudo de que tú eres la culpada.

Milord G... Mil gracias, señorita. Yo quiero que lo sepáis todo desde el principio.

Charlotte. ¡Desde el principio! Harriet lo sabe ya, milord: yo os lo digo; pero lo que ha pasado de dos horas a esta parte, lo ignora, y se lo podéis contar como gustéis. A esta hora a corta diferencia estábamos hace ocho días con muy buena inteligencia en la iglesia de St. George.

Milord G… Os hago presente, señora, lo que prometisteis en ella.

Charlotte. Yo pudiera ser ahora vuestro eco, milord, si no estuviese resuelta a moderarme, como no podréis negar que lo he hecho hasta aquí.

Milord G… Señora, no tendríais ese imperio sobre vos, si no estuviera fundado en el desprecio que hacéis de mí.

Charlotte. ¡Valiente sinrazón, milord! Y bien la conocéis, porque de lo contrario no os hubiera permitido vuestro propio orgullo el proferirla.

Milord G… Señorita Harriet, permitid…

Charlotte. ¿Es posible que haya gentes tan necias que quieran exponerse voluntariamente? Si hubierais seguido mi consejo, cuando bajasteis ayer tras mí… Milord, os dije con tanta serenidad como ahora, no os expongáis; mas el consejo fue inútil.

Milord G… Señorita Harriet, ya veis… Pero yo sólo he venido a cumplimentaros —Me hizo una reverencia y se retiraba al punto, pero yo le detuve de la manga.

Harriet. Milord, vos no nos dejaréis. Tú, Charlotte, si tu corazón no te vitupera nada, habla: no haya miedo que digas que no —Charlotte callaba—. Confiesa pues tu yerro, promete ser menos viva, da excusas…

Charlotte. ¡Cielos! ¡Excusas!

Harriet. Y milord te las dará también por haberte entendido mal y por haberse picado con demasiada facilidad.

Milord G… ¡Con demasiada facilidad, señorita!

Harriet. ¿Cuál es el hombre generoso a quien no agraden las agudezas de una mujer joven, viva y alegre, cuando sólo se trata de una burla inocente sin ninguna mezcla de mala intención ni de mal humor? ¿No es vuestra por su propia elección? ¿No os ha preferido a cualquiera otro? Su cantaleta no perdona a nadie y en esto no puede irse a la mano. Estoy muy distante de aprobarla, y tú me permitirás esta libertad, Charlotte. Ni aun has perdonado a tu hermano, y me acuerdo de haberle visto mortificado. Pero, milord: observando después el señor Charles que este era su genio, y que su humor naturalmente alegre lo emplea contra los sujetos que ama, la perdonó y tuvo gusto en burlarse también de ella, cuya zumba sostenida por una y otra parte con mucho ingenio y gracia fue la diversión de los circunstantes. ¿La amáis vos, milord?

Milord G… Jamás se ha tenido mayor cariño a una mujer, y contad, señorita Harriet, con que no soy hombre de mal genio.

Charlotte. Pero sí capcioso y colérico, milord. ¿Quién lo hubiera pensado?

Milord G… A la verdad, estimada señorita Byron, no ha habido mujer de más habilidad para acriminar una ofensa. ¿De qué puede

provenir su obstinación sino del desprecio que hace de mí?

Charlotte. ¡Qué gran necedad! Ya volvéis a la misma canción. Pero si verdaderamente lo pensáis así ¿no os valéis de un medio excelente para curar el mal irritándoos, haciendo mil gestos y llegando vuestra cólera hasta parecer que vais a echar espuma por la boca? Yo le dije, Harriet (aquí está, que lo niegue, si tiene valor para ello) que el hombre con quien me había casado tenía otra cara. Cualquiera otro hombre ¿no hubiera tomado esto por una enhorabuena dirigida a su figura natural y arrojado al instante la horrible máscara de la ira para mostrar únicamente su fisonomía ordinaria?

Milord G... ¡Veis, señorita Byron, veis qué bufonadas todavía!

Charlotte. Mira, Harriet, si puede haber hombre más capcioso. Pero ¿sabes tú qué mujer le convendrá a milord? Una mujer altiva que pueda volverle cólera por cólera. La dulzura es mi delito: no se me puede poner de mal humor, y me parece que hasta ahora no se ha mirado la dulzura como un defecto en una mujer.

Milord G... ¡Válgame Dios! ¡Dulzura! ¡Válgame Dios!

Charlotte. Sé un juez recto, Harriet, y declara quién es el culpado. Milord me pone una cara que nunca se la vi antes de echarnos las bendiciones, y de consiguiente me ha engañado; yo le pongo la que siempre le he puesto, y le trato a corta diferencia, según lo he hecho siempre. ¿Cómo ha de hacer ver que no es el más ingrato de todos los hombres por el nuevo aire que se toma? ¿Un aire que no hubiera tenido la audacia de tomar ocho días ha? Habla, Harriet, di quién tiene la culpa: ¿Milord, o yo?

Milord G... ¿Veis, señorita Byron? ¿Cómo se ha de hablar con una mujer que se burla de todo sin gastar nada de formalidad?

Harriet. Pues bien, milord, haced lo que ella. Lo que no admite una conversación seria, ¿ha de ser capaz de irritaros?

Milord G... La señorita Harriet es vuestra amiga, señora, y dejo a su prudencia la decisión.

Charlotte. Mejor haríais en dejarla a la mía.

Harriet. Decid que sí, milord.

Milord G... Pues bien, señora, ¿cuál es vuestra sentencia?

Charlotte. Más bien quisiera que la pronunciase Harriet: a mí no me agradaría que se impugnase mi sentencia inmediatamente que saliese de mi boca.

Harriet. Si tú lo exiges, he aquí mi determinación. Tú, Charlotte, has de confesar que has sido la culpada prometiendo la enmienda, y Milord ha de perdonar y prometer que en adelante sabrá distinguir entre lo que proviene de buen o mal genio, que se prestará gustoso a tus chanzas, y que no se ofenderá nunca de ellas, en atención a que por pesadas que sean algunas veces, en lo substancial nada perjudican a tu admirable carácter. ¿Qué os parece, milord?

Milord G... ¿Y creéis que consentirá ella en lo que proponéis?

Charlotte. ¡Odiosa recriminación! Me retiro. Sabed que en mi vida he cometido yerro. ¿No soy una mujer? Si Milord quiere pedir perdón por todos sus melindres... —Aquí se paró, pero siempre en movimiento para salir y yo la detuve.

Harriet. Eso es lo que no hará Milord. Tu burla ha llegado a ser muy pesada. Milord conservará su dignidad por el honor mismo de su mujer y no consentirá tampoco que te vayas.

En esto Milord tomó una de sus manos y la estrechó contra sus labios.

—¡Por Dios, señora —le dijo—, que seamos felices! Nuestra felicidad depende de vos y dependerá siempre. Si soy culpado en algo, atribuid mi yerro a mi ternura. Yo no puedo soportar vuestro desprecio y jamás lo mereceré.

Charlotte. ¿Por qué no me habéis tenido el mismo lenguaje algunas horas ha? ¿Por qué haberos expuesto a pesar de mis instancias?

Harriet. (Llevándola un poco aparte.) Sé generosa, Charlotte, y que no sea tu marido el único sujeto con quien no lo seas.

Charlotte. ¡Bueno! Nuestra riña no ha durado la mitad de lo que había de durar. Si hacemos las amistades ahora delante de ti, no tendrán maldita la gracia. Una de las cosas más insípidas del mundo es una riña que no llega a ser algo vigorosa: sin duda la renovaremos.

Harriet. Toma para ti misma el consejo que das a Milord: no te expongas, y recibe otro, a saber, que una mujer se expone infaliblemente cuando expone a su marido. Ya siento algún rubor por ti: tú no eres aquella Charlotte que he conocido. Veamos si haces algún aprecio del concepto que he formado de ti, y si eres capaz de reconocer un error de buena voluntad.

Charlotte. Yo soy una mujer afable, humilde y dócil —En esto se volvió a mí y me hizo una graciosa reverencia teniendo las dos manos cruzadas—. Este es un ensayo —me dijo—, ¿estás ya contenta? —Después, yendo hacia su marido que estaba mirando a una ventana y que se fue a ella al verla acercarse, le dijo haciéndole otra reverencia —: Milord, Harriet acaba de enseñarme una parte de mis deberes que yo ignoraba. Ella se propone ser algún día un modelo de obediencia, y habría sido mucha fortuna para vos que me hubiese dado ejemplo. Hame insinuado que ahora que estoy casada, debo ser prudente, estar seria y en especial por extremo sumisa; que apenas me corresponde una sonrisa; que debo ser reservada y circunspecta, y respetar a mi marido. Si creéis que una mujer casada debe tener esta conducta, y os la prometéis de mí, tened la bondad, luego que me veáis faltar a ella, de advertírmelo con algún gesto. En adelante, si me siento dispuesta a chancearme con alguna demasía, no dejaré de pediros antes el permiso —Al acabar hizo otra reverencia con los brazos cruzados y

añadió—: ¿me queda algo más que hacer?

Milord la tomó en sus brazos y estrechándola tiernamente contra su pecho, le dijo:

—Ídolo de mi corazón y de mi vida, no obstante tus tan injustos caprichos, he aquí, he aquí lo que queda que hacer: yo no te pido más que la mitad del afecto que te tengo y seré el más feliz de todos los hombres.

—Milord —le interrumpí yo—, vos, en vista de cuanto Charlotte os ha dicho, lo echáis todo a perder con ese ardor. Si es esa la ventaja que sacáis de una riña, jamás, jamás os expongáis a otro caso semejante. ¡Oh, Charlotte!, tú te desembarazas muy fácilmente, si no eres generosa.

Charlotte levantó la mano hacia mí con aire de amenaza, y volviéndose a su marido le dijo:

—Creedme, milord, y unámonos contra esta extraña que osa meterse en nuestras pendencias. Harriet, Harriet —añadió—, jamás te perdonaré tu última lección.

Así, mi amada prima, se ha terminado esta riña pueril, y lo que únicamente me ha desazonado es que en la conclusión no se haya conducido Milord con bastante dignidad. La alegría de su corazón se manifestaba tan vivamente en sus labios que la impertinente Charlotte mostraba de cuando en cuando con varios gestos que se lisonjeaba de ser necesaria a su felicidad; pero, Lucy, no la quieras menos por esto, pues tiene muchas prendas admirables.

Ambos me hicieron que les acompañase lo restante del día. Emily se alegró de su reconciliación mostrando su corazón en los testimonios de su contento. Si pudiera quererla más de lo que la quiero, me daría nuevos motivos para ello cada vez que la veo.

NOTA. *Las cartas siguientes contienen una relación de la despedida de Harriet de todos sus amigos de Londres, con largas reflexiones sobre sus caracteres. Señala el día de su partida, y Caroline, Charlotte y sus maridos han de acompañarla parte del camino. Se despide de las señoras italianas, que se han propuesto ir a divertir sus pesares en varias provincias de Inglaterra.*

Por dos dilatadas cartas, la una del anciano caballero Meredith a Harriet y la otra de esta en contestación, sabe Lucy Selby que Fowler siempre perdido de amor aunque sin esperanza, ha renunciado al matrimonio; que el tío y el sobrino en un transporte de afecto y estimación a Harriet, piensan cederle parte considerable de sus bienes para confirmar la cualidad de padre que ha dado al tío y la de hermano que ha dado al sobrino; pero en su respuesta a dicho caballero se vale Harriet de muy buenas razones para disuadirle de este pensamiento.

Antes de partir Harriet de Londres, promete tener correspondencia epistolar con sus mayores amigos y principalmente con milady G…, y

después mudándose la escena por su partida escribe desde la quinta de Selby. Su primera carta contiene una larga relación de su viaje desde Dunstable, donde la dejaron los sujetos que la acompañaron, y adonde su tío, su tía y su prima fueron a recibirla. Sus antiguos amantes, es decir, Greville, Fenwick y Orme la salieron al encuentro por obsequiarla y manifestarle de nuevo su cariño. Harriet pinta el estado en que encontró a su familia y cuánto cree capaz de agradar a los amigos que ha dejado, y sus respuestas versan sobre lo que en su ausencia pasa en Londres y entre ellos. Las cartas de Charlotte son extensas por extremo y hacen admirar la fecunda habilidad del autor para presentar unos mismos caracteres bajo mil diferentes aspectos. Finalmente, Charlotte en una carta con fecha de 6 de mayor da a Harriet las primeras noticias que se han recibido de Grandison después de su partida.

Carta LXIX
Milady G... a Harriet Byron

Londres, sábado 6 de mayo.

Al presente, querida mía, van a desaparecer todos los demás asuntos. Hemos recibido noticias de Charles, aunque no son de su puño. Un amigo de Lowther ha venido aquí con una carta de este cirujano, por la cual sabemos que Charles se halla actualmente en París. Beauchamp, que estaba con nosotros cuando llegó el amigo de Lowther, le suplicó que nos dejase su carta, porque contiene una aventura muy extraordinaria cuya relación pensamos inmediatamente comunicarte. Ante todo, tranquiliza tu corazón tocante al caballero Hargrave Pollexfen, que está de vuelta en Londres, aunque en muy mal estado. El temor le ha traído a Inglaterra de donde no piensa salir más, y verosímilmente debe su existencia a mi hermano.

Beauchamp, para informarse mejor, se tomó la molestia de ir a su casa y de hablar con el mismo criado que se halló presente a la acción, con cuyas noticias y la relación de Lowther ha escrito una carta para el doctor Bartlett que nos ha comunicado, y yo le he pedido permiso para sacar de ella un extracto para ti.

El miércoles 30 de abril por la tarde llevando mi hermano consigo en su silla de posta a Lowther y acercándose a París, de cuya ciudad sólo distaba dos o tres millas, se llegó a él un hombre a caballo manifestando en todo su semblante grande espanto, y le suplicó que oyese una terrible relación. Mi hermano hizo detener al postillón, y el incógnito les dijo que su amo, que era un caballero inglés e iba acompañado de un amigo suyo de la misma nación, acababa de ser atacado por siete hombres a caballo y precisado a dejar el camino real en su silla de posta; que siendo los agresores en tanto número, era

muy creíble que intentaban asesinarle; y señalando un cerro hacia Montmartre, añadió que a la espalda de este lugar ejecutaban verosímilmente su sangriento atentado. Habíase dirigido a algunos otros pasajeros; pero estos no se habían compadecido mucho de su pena ni hecho otra cosa más que andar. Mi hermano le preguntó por el nombre de su amo, y no se sorprendió poco al saber que era Hargrave Pollexfen acompañado de Merceda. El camino de St. Denis a París está plantado por ambos lados de árboles, pero estando descubierta la campaña solamente dicho cerro pudo impedir a gran distancia que se percibiese una silla y tantos hombres a caballos. El camino real tiene también un foso por un lado y otro; pero con sendas de trecho en trecho para el paso de los carros a las tierras, y Charles mandó al postillón que echase por una de estas sendas diciendo que no se perdonaría a sí mismo haber dejado a Hargrave y su amigo en tan inminente peligro de la vida sin haber hecho todos sus esfuerzos por salvarles.

Tenía tres criados consigo sin contar el de Lowther, a quien hizo poner el pie en tierra, y montando en su caballo suplicó a Lowther que se quedase quieto en la silla, y al punto corrió a gran galope hacia el cerro con sus tres criados. Muy pronto percibieron sus oídos gritos lastimosos, y luego que descubrió a los caballeros, vio cuatro de ellos a pie cuyos caballos tenían los otros de la brida, y que parecían tener debajo de sí a los dos ingleses, gritando ambos, forcejeando y pidiendo auxilio por Dios. Charles, que se había adelantado bastante a sus criados, levantó la voz al acercarse para interrumpir al menos esta cruel escena, pareciendo ir en derechura al socorro de los dos desgraciados. Entonces, dos de los cuatro caballeros dejaron su presa para montar otra vez a caballo, y uniéndose a los otros tres se acercaron a Charles como resueltos a sostener su violencia, mientras que los dos que quedaban a pie continuaron maltratando sin compasión a los objetos de su furia con los mangos de sus látigos, cada golpe de los cuales les arrancaba terribles alaridos. No pareciendo dispuestos los agresores a concluir y no habiéndoles faltado tiempo para ejecutar su intento, si hubiera sido el de robar o matar, presumió Charles que se trataba de alguna venganza particular, de lo cual se aseguró cuando los cinco caballeros que habían sacado sus pistolas al verle acercarse con la suya, le pidieron que les oyese cuatro palabras después de haberle advertido sin embargo que no se granjease una muerte cierta con cometer la menor temeridad. Su respuesta fue la de exhortarles a que hicieran suspender las violencias, y metiendo su pistola en la funda prometió lo que se le pedía. Sus criados llegaron al mismo tiempo y él les dijo en voz alta que nada hiciesen sin su orden. Después, bajando de su caballo, se acercó con la espada en la mano a los dos hombres que no habían suspendido el cruel ejercicio de sus

látigos, y estos dieron asimismo algunos pasos hacia él desenvainando también sus espadas. Los cinco de a caballo se acercaron al mismo tiempo y uno de ellos les dijo:

—Basta, señores: es menester decir a este valiente incógnito la causa de una aventura que le causará alguna admiración —y volviéndose hacia Charles le dijo—: nosotros no somos ni asesinos ni salteadores, pero los dos hombres que parecen excitar vuestra compasión son unos infames.

—Cualquiera que sea su crimen —replicó Charles—, nos hallamos en un país donde no faltan magistrados que hagan justicia —e inmediatamente ayudó a los infelices a levantarse.

Ambos tenían la cabeza ensangrentada y todo el cuerpo tan lastimado que no pudieron alargar los brazos para tomar sus sombreros que estaban en el suelo junto a ellos, y Charles tuvo que hacerles este favor. En esto, uno de los caballeros que estaban a pie, impaciente por esta dilación, gritó furiosamente que aún no estaba satisfecha su venganza, y se hubiera arrojado a los culpados, si no le hubiese detenido uno de los compañeros. Charles preguntó a los dos ingleses si eran maltratados injustamente.

—No, señor —respondió uno de los agresores—: muy bien saben ellos que son dos infames.

En efecto, ya fuese por remordimiento, ya por temor sólo respondieron con gemidos, y ni el uno ni el otro podían mantenerse en pie. Lowther, que estimulado de su honor había seguido a Charles, llegó a este tiempo con su pistola en la mano, y se desmontó a ruego suyo para reconocer si las heridas eran peligrosas. El más irritado de los agresores quiso oponerse a ello; pero Charles detuvo su caballo por la brida, y volviéndose a los demás, les dijo con firmeza:

—Señores, estos dos sujetos son dos ingleses de distinción y les defenderé a riesgo de mi vida. Sin embargo, como no pensáis en huir y únicamente se dirige a ellos vuestra ira, comienzo a recelar que tengáis algún motivo para tratarles tan mal. ¿Me haréis el favor de informarme de esto?

—Los infames —respondió uno de los caballeros— nos conocen a todos y harán justicia a nuestro resentimiento: aún no han recibido la mitad del castigo que merecen. Vos, señor —continuó—, que parecéis hombre de honor y de razón, sabed que nosotros no lo somos menos y que estos dos motivos son aquí los nuestros. Nosotros no queremos quitar la vida a estos dos miserables, pero sí hemos querido darles una lección que no se les pueda olvidar mientras vivan. Ellos han ultrajado ruinmente a una mujer de honor, y temiendo la venganza de sus parientes han huido con las mayores precauciones para ocultar su ruta, que aparentaron ser la de Amberes, y les hemos seguido dos días. Aquí tenéis delante a su marido, a su hermano y a sus más cercanos

parientes, enajenados de indignación y furor.

Parece, querida mía, que los dos culpados habían hecho partir en efecto a Amberes algunos de sus criados y que por esta causa no tenían más de uno consigo. El caballero añadió que había habido otro inglés en la conspiración, el cual había salido de Abbeville, escena de su infamia, en diferente carruaje; pero que se le había seguido prontamente y le sería difícil escapar. Este es verosímilmente Bagenhall. No habiendo visto Hargrave al principio más que tres de sus contrarios, quiso hacer alguna resistencia; mas luego que vio a los otros cuatro le faltó el valor y se dejó llevar a un lugar proporcionado para el intento de ellos. Su criado, que estaba a caballo y de quien no habían hecho caso después de haberle desarmado, se había escapado durante la ejecución con la esperanza de proporcionarle socorro.

Charles les dijo que ni aun el más justo resentimiento autorizaba a nadie para hacerse justicia por su mano, y se le replicó que si los culpados creían tener razón para quejarse, no ignoraban dónde encontrarían a los que les habían maltratado. Entre tanto Lowther, que había tenido tiempo de reconocer sus heridas, aseguró que no eran mortales; pero creyendo que necesitaban de una pronta curación, propuso que se les hiciese entrar en la silla. Los siete caballeros, que se habían retirado a alguna distancia para conferencia, volvieron hacia Charles antes que la silla se acercase. Este temió algún nuevo impulso de aborrecimiento, y montando a caballo se puso a la frente de sus criados con aquella presencia de ánimo que realza siempre su carácter, y yendo hacia los que se acercaban a él, les dijo:

—Señores, ¿venís a mí como amigos o como enemigos?

Uno de ellos respondió:

—Nuestra enemistad sólo es con esos dos infames, y repito que no intentamos darles muerte; que ellos saben quiénes somos nosotros y que deben reconocerse por los más despreciables de todos los hombres. Aún no han recibido el castigo que merecen; pero que confiesen su bajeza de rodillas y pidan perdón en esta postura al hombre honrado cuya mujer han insultado. Esta es una satisfacción que exigimos por él con la promesa de que no se acerquen en su vida a menos de dos leguas del pueblo de su residencia.

Creo, querida Harriet, que nuestros dos héroes no necesitarían de instancias para firmar esta promesa.

Charles, volviéndose a ellos, les dijo con mucho agrado:

—Señores, si sois culpados, no debéis poner reparo en pedir perdón; mas si sois inocentes, mi amigo, mis criados y yo expondremos nuestras vidas por salvar a mis compatriotas de una injusta opresión.

Los miserables se pusieron de rodillas, y los siete caballeros después de haber saludado muy cortésmente a Charles, se dirigieron en

derechura al camino real. De contado se metió a Hargrave y a Merceda en la silla, aunque no sin dificultad, en medio de los alaridos que les arrancaba cada movimiento y de las humildes gracias que no se cansaban de dar a su bienhechor, quien les acompañó hasta París. Al día siguiente, habiendo tenido Charles la atención de pasar a su posada, los encontró a ambos en cama con el cuerpo tan dolorido de los golpes que no se podían mover. Merceda estaba más maltratado, lo cual hace creer que era el más delincuente. Hase quedado en París en manos de los cirujanos, mientras que Hargrave ha reunido todas sus fuerzas para hacerse llevar en litera a Calais, sin duda con la grande fidelidad de no acercarse demasiado a Abbeville, y ha llegado a Londres, donde está dos días ha.

Lowther añade que Charles, ocupado incesantemente en los negocios respectivos a la herencia del señor Danby, le ha pedido nos participe estas noticias, y que impaciente por continuar su viaje deja el escribirnos hasta que haya pasado los Alpes.

NOTA. *No podrá dudarse de que en este intervalo continuarían las dos damas su correspondencia epistolar; pero se suprimen sus cartas, que sólo echarán menos los que gusten de las menudencias domésticas. Ya es tiempo de presentar a Charles en Italia.*

Carta LXX
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 21 de mayo.

Ya os haríais el cargo, mi estimado y venerable amigo, de que me sería difícil escribiros antes de mi llegada a esta ciudad. El albaceazgo me ofreció en París más ocupaciones de las que había esperado; pero por fin el éxito ha correspondido en un todo a mis esperanzas. Lowther os habrá informado de los primeros acontecimientos de nuestro viaje y de una aventura muy extraordinaria que nos sucedió casi a las puertas de París.

La retardación de la buena estación nos ofreció alguna dificultad para pasar el Monte Cenis, y en tan mal tiempo no extrañé ver su cumbre menos agradable que lo está por lo común al principio del verano. Vos tendréis presente que el obispo de Nocera me había prometido llegar a recibirme hasta el pie de los Alpes; pero habiéndole yo escrito desde Lyon que esperaba verle en Parma, le encontré en esta ciudad en casa del conde de Belvedere, adonde había llegado la víspera con el padre Marescotti. Todos tres manifestaron extremado gozo por verme, y luego que les presenté a Lowther con los elogios debidos a su habilidad, diciéndoles también que yo había consultado los médicos más hábiles de mi nación sobre la enfermedad de su

Clementina, me colmaron de bendiciones hasta impedirme preguntar por tan amable familia. «¡Desgracias! ¡Aflicciones!», me dijo solamente el obispo con una mirada tan triste que me causó la mayor compasión.

Al fin, estimulado de mis instancias, me dijo:

—Jeronymo, el pobre Jeronymo está vivo: esto es todo lo que puedo deciros de bueno. Vuestra presencia le será más útil que todos los remedios. Clementina se ha puesto en camino para restituirse de Nápoles a Bolonia. Se halla en extremo débil y de consiguiente precisada a detenerse mucho en su viaje. En Urbino tendrá algunos días de descanso. ¡Cara hermana!, la crueldad de su prima la ha hecho padecer no menos que su enfermedad. El general la ha tratado siempre con agasajo. Después de vuestra partida se ha casado con una dama, cuyo mérito, caudal y nacimiento no nos dejan nada que desear. No se opone al deseo que ve tenemos de volver a hacer una tentativa. Su mujer ha querido acompañar a mi hermana, y no pudiendo él vivir sin ella ha tenido que hacer lo mismo, aunque si hubiera tomado mi consejo, se habría quedado en Nápoles. Sin embargo, espero que le encontraréis tan dispuesto como nosotros a mostraros su gratitud por vuestra visita y por todas las penas en que tan generosamente habéis tomado parte.

»En orden a mi hermana —continuó—, su salud no se ha deteriorado nada; pero nos quedan pocas esperanzas de que su razón se restablezca jamás. Ella guarda un obstinado silencio y no responde palabra a las preguntas que se le hacen. Camilla la acompaña y es la única persona a quien parece escuchar. Se le ha dicho que el general se ha casado, y esta noticia no ha hecho en ella ninguna impresión, como ni tampoco las caricias de su cuñada, que procura granjearse su afecto. Esperamos que a su vuelta llamarán mi padre y mi madre su atención, pues aun en sus más terribles ataques no se ha olvidado nunca de lo que debe al uno y a la otra. A Camilla le parece que alguna que otra vez escucha con cuidado cuando se le habla de vos; mas esto dura poco, porque de repente se estremece con apariencias de terror, mira en derredor de sí y se pone el dedo en los labios, como si temiera supiese su prima que se había pronunciado delante de ella vuestro nombre.

El obispo y el padre Marescotti sienten igualmente que se le hubiese rehusado la visita que deseaba, y ambos están persuadidos de que esta condescendencia y la de abandonarla a los cuidados maternales de la señora Beaumont eran el único recurso de que se podía esperar algún buen éxito.

—Mas al presente... —dijo el obispo, y no acabó declarando lo demás con un suspiro.

El día siguiente por la mañana despaché uno de mis criados a Bolonia para que me dispusiese un alojamiento, y nosotros nos

pusimos en marcha por la tarde. El conde de Belvedere tuvo ocasión de decirme que aún no se había entibiado su pasión a Clementina, y que sin embargo de su enfermedad había hecho nuevas proposiciones de casamiento a la familia, porque no siendo el mal hereditario, según dijo, se lo prometía todo de la paciencia y de los remedios. Al separarnos después de habernos acompañado parte del camino, dijo:

—Tened presente, caballero, que Clementina es el centro de mis esperanzas: me es imposible renunciar a ella y no tendré otra mujer.

Yo admiré la fuerza de su pasión y me compadecía mucho de él. Finalmente, me prometió explicarse más conmigo en Bolonia.

El día 15 llegamos a esta ciudad y yo tomé mi antiguo alojamiento. En el camino, Jeronymo había sido el principal sujeto de nuestra conversación. El obispo y el padre no necesitaron de oír mucho tiempo a Lowther para formar alto concepto de su habilidad, y con la satisfacción que esto les causó, le aseguraron que independiente del buen éxito, su viaje sería para él la más ventajosa empresa que hubiese intentado jamás. Lowther respondió que no siendo un hombre falto de medios para subsistir, había tenido en su viaje poca parte el interés, y que además estaba perfectamente satisfecho con las condiciones que ya le había yo hecho aceptar.

Considerad, estimado doctor, con qué conmoción volvería yo a ver el palacio de la Porretta, aunque Clementina no estuviese todavía en él. Yo pasé apresurado al aposento de mi querido Jeronymo, ya noticioso de mi llegada, y al verme exclamó:

—¡Abrazaré yo pues aún otra vez al hombre que amo, a mi caro, a mi generoso Grandison! ¡Ah!, hoy es cuando he vivido bastante.

En esto dejó caer la cabeza sobre su almohada para mirarme con un semblante enternecido, y yo veía brillar en su rostro el placer a pesar del dolor.

El obispo, que no había podido ser testigo de esta tierna escena, entró entonces diciéndome que sus padres estaban impacientes por verme, y fue mi conductor él mismo. El recibimiento del marqués fue atento; pero el de la marquesa sólo puede compararse con el de una madre que vuelve a ver un hijo después de una larga ausencia. Por tanto, me aseguró que siempre me había mirado como un cuarto hijo, y que entonces que acababa de saber había yo traído conmigo un hábil cirujano y el parecer de los médicos más grandes de Inglaterra, confesaba que los favores recibidos por su familia no podrían recompensarse jamás.

Lowther iba conmigo e inmediatamente se hizo llamar a los cirujanos que asistían a Jeronymo, quienes no tuvieron reparo en explicar su método y sus operaciones. Lowther tomó el tono de un hombre ilustrado que respeta los talentos de otros, y la envidia que naturalmente se tiene a los extranjeros no impidió que se confesase su

mérito. Jeronymo, que confía ciegamente en cuanto proviene de mí, quiso que Lowther tomase un aposento junto al suyo, y desde entonces Lowther, que no ha cesado de observarle, me asegura que se hará digno de su confianza y la mía. ¡Cuánta sería mi dicha, estimado doctor, si yo contribuyera a la curación del hermano y de la hermana, ambos tan amantes recíprocamente que se duda si su mutua ternura ha tenido mucha parte en la duración de sus males! Pero ¡cuánta presunción en tan lisonjera esperanza!

En la actualidad, todos están impacientes por ver llegar a Clementina, que se halla en Nocera, acompañada del general y su esposa. Este altivo conde no puede soportar la idea de mi vuelta ni pensar con moderación en que se me crea tan necesario al restablecimiento de su hermana, según me ha dado a entender la marquesa en una conversación que acabo de tener con ella, y en la cual me ha suplicado encarecidamente que me modere, si el extremado sentimiento por el honor de su familia le hacía excederse. En esta conversación no me causó poca extrañeza oírla decir que comenzaba a dudar si su cara hija, a quien había tenido siempre en el más alto concepto, sería digna de mí, aun suponiendo que tuviese la fortuna de restablecerse. Semejante cumplimiento no pudo menos de causarme mucho embarazo. ¿Qué podía yo responder que no pareciese demasiado frío, o acaso dictado por el interés y capaz de hacer pensar que yo contaba sobremanera con una recompensa que el general cree superior a mí? Yo me contenté con decir, y era la verdad, que el infortunio de la amable Clementina contribuía más a mi afecto que todas sus riquezas.

—No hay proposición —replicó la marquesa— que no esté pronta a haceros. Todas mis resoluciones están suspensas, y nosotros no sabemos qué partido tomar. Vuestro viaje, emprendido al primer aviso; un caudal considerable que poseéis en vuestra patria, pues ya os haréis el cargo de que nosotros no hemos omitido informarnos de todo lo respectivo a vos; Olivia que, sin ser una Clementina, os solicita y ha dejado la Italia para lograr sus deseos en Inglaterra; ¿a cuántos favores no os estamos obligados? ¿Qué hemos de resolver? ¿Qué debemos desear?

—La Providencia y vos, señora, dirigiréis mis pasos. Yo me hallo en vuestro poder, y la misma incertidumbre, que proviene de una misma causa, no me deja más libertad que a vos para resolverme. Al restablecimiento de nuestra amada Clementina se dirigen en la actualidad todos mis pensamientos y deseos sin ninguna mira interesada.

—Permitid —prosiguió— que os haga una pregunta para mi propia satisfacción. Si las resultas fueran felices para Clementina ¿os creeríais obligado por vuestras primeras ofertas?

—Cuando yo las hice, señora, vuestra situación era la misma que hoy, ni Clementina gozaba de mejor salud. No hay más diferencia que la de tener yo ahora facultades que no tenía y que satisfacen mis deseos; pero yo os declaré entonces que si me hacíais el honor de darme a vuestra hija sin insistir sobre un punto indispensable, renunciaría de mil amores a todas sus riquezas, y reposaría tocante a mis alimentos en la bondad de mi padre. La herencia de mis antepasados ¿había de ser capaz de mudar mis resoluciones? No, señora. Jamás he faltado a una promesa sin haber variado las circunstancias. Si vos cedéis en orden a la residencia, yo me reconoceré muy obligado a vuestra bondad sin proponeros otra condición.

La marquesa repitió que sólo me había hecho la pregunta por satisfacerse a sí misma.

—Hablo con sinceridad —añadió—, y nunca podréis notarme el proceder de mala fe.

Yo le aseguré que toda mi ambición consistía en corresponder al concepto que había hecho de mí.

—Yo me creo obligado —le dije—, y vos, señora, y vuestra familia estáis libres.

¡Qué satisfacción, amado doctor, para un corazón tan altivo, como sabéis lo es el mío, la de haberme hallado en estado de hablar en estos términos! Si abandonándome a mi inclinación hubiera yo procurado granjearme el afecto de la joven, cuyos atractivos conocéis, como podía hacerlo con honor y sin duda lo habría hecho, si hubiese estado menos compadecido de las desgracias de esta noble familia, me hubiera metido en embarazos que aumentarían mucho mis pesares. Decidme, querido amigo, que la señorita Harriet es dichosa. Cualquiera que sea mi suerte, yo me alegro de no haber hecho tomar parte a nadie en mis incertidumbres. La condesa de D... es una mujer muy respetable, y la señorita Harriet merece tal madre, así como esta no encontrará nunca una hija más digna de ella. ¡Cuán importante es para mi felicidad la de esta amable señorita! Yo le pedí su amistad guardándome muy bien de solicitar una correspondencia epistolar con ella, y me lisonjeo de no haberme fiado sobre esto de mi corazón. ¡Cuál hubiera sido mi embarazo! Gracias al cielo, nada tengo que vituperarme. Cuando uno no se arroja temerariamente al peligro, ni tiene demasiada confianza en sus propias fuerzas, se pueden esperar de su prudencia misma auxilios proporcionados a la ocasión.

Yo hablé a la marquesa de la señora Sforza y de su hija, y le pregunté si estas dos señoras estaban en Milán.

—Sí, señor Grandison —me respondió—, vos sabréis sin duda el cruel trato que a Clementina se le ha dado en su casa. Mi hermana se pone de parte de su hija y esta diferencia nos ha indispuesto mucho.

El general ha hecho juramento de no volverlas a ver jamás, si puede evitarlo, y el obispo ha necesitado de toda su religión para perdonarlas. Vos no ignoráis los motivos que no nos permiten dejar tomar el velo a Clementina.

—Yo he creído, señora, que esos motivos son los tocantes a la última voluntad de su abuelo; pero nunca he tenido la curiosidad de informarme de ello con más exactitud.

—Mi hija, señor Grandison, se halla en posesión de una hacienda muy considerable que está contigua a la principal de las nuestras y que debe a sus dos abuelos, quienes la amaban con pasión y se unieron para darle una prueba sólida de su ternura. Uno de ellos, que era mi padre, había amado en su juventud a una joven de un mérito extraordinario, y se había creído bien correspondido de ella; mas luego que con aprobación de ambas familias iba a celebrarse el matrimonio, un impulso de piedad mal entendida la impelió repentinamente a meterse en un convento, donde apenas le permitió su impaciencia esperar el fin del noviciado para hacer su profesión. En lo sucesivo, tuvo la desgracia de arrepentirse y todo el mundo supo su triste situación. Mi padre, aunque por otra parte un católico celoso, concibió por esto una aversión invencible al monjío, y advirtiendo en Clementina desde su niñez un carácter serio, tomó de acuerdo con mi suegro la determinación de no omitir nada para quitarle toda inclinación a la vida religiosa, teniendo al mismo tiempo la mira de consolidar las dos casas con buenos enlaces. En una palabra, habiéndose presentado la ocasión, compraron dicha hacienda para mi hija, y en una cláusula especial de sus testamentos, previnieron que si Clementina tomaba el velo, pasase tan rico legado a Laurana, hija de mi hermana Sforza.

»Nosotros estábamos muy ajenos de sospechar que Laurana estuviese sumamente apasionada del conde de Belvedere, y que su ánimo, así como el de su madre, fuese el de impeler a mi hija a un convento para suceder en su legado y asegurarse del conde. ¡Cruel prima! ¡Cruel tía! ¡Con las apariencias de tan vivo afecto a mi hija! ¡Fatal día aquel en que nosotros la pusimos en sus manos!

»Además de tan bella hacienda, nosotros podemos hacer mucho por ella; pues la Italia tiene pocas familias tan ricas como la nuestra. Sus hermanos se olvidan de sus propios intereses, cuando se trata de los suyos, aunque también debo hacerle la justicia de que su generosidad no cede a la de ellos. Nuestros cuatro hijos no han sabido jamás qué es una altercación, y el bien para uno lo es siempre para los otros. Esta hija, esta cara hija, ha sido en todo tiempo la delicia de su familia. ¡Cuál sería nuestro alborozo, si la viésemos restablecida y casada según la inclinación de su corazón! Sin embargo, siempre nos ha parecido que a pesar de las disposiciones de sus abuelos se inclinaba a

retirarse del siglo. Pero al presente, señor Grandison, vos no extrañaréis que estemos resueltos a oponernos a ello. ¿Podremos nosotros consentir en ver recompensada la inhumanidad de Laurana, mayormente cuando no se nos ocultan los motivos de su barbaridad? ¿Lo hubiera yo pensado nunca de mi hermana Sforza? Mas ¡qué no pueden el amor y la avaricia, cuando estas dos pasiones reúnen sus fuerzas, la una reinando en el corazón de una madre, y la otra en el de la hija! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! Ellas han privado de su razón a mi querida Clementina. Sólo el nombre de Laurana le causa terror.

Temo, mi estimado doctor, y al mismo tiempo estoy impaciente por ver el objeto de tantas lágrimas. Yo quisiera que no estuviese acompañada del general; pues yo podría faltar a la moderación, si se olvidase de la suya. Mi corazón me dicta que no he merecido se me trate mal, y que ni a mis superiores ni con especialidad a mis iguales debo permitirlo. Os confieso esto con confusión, porque siendo semejante orgullo un vicio real, ha mucho tiempo que debiera haberlo superado.

Dad finísimas expresiones a todas las personas que sabéis tienen parte en mi afecto, de cuyo número son los señores Reeves. Creo que Charlotte será feliz, y si algo falta a su felicidad, estoy persuadido de que ella tendrá la culpa. Siendo igual mi cariño a mis dos hermanas, que no me dé motivo para decir que la mayor es la mejor y de consiguiente la más amable.

Olivia me tiene inquieto, y me causa rubor por ella y por mí el que sin embargo de su ilustre nacimiento y de sus buenas prendas haya sido capaz de dar un paso que ella condenaría en otra. Cuando una mujer pasa por encima de aquella delicadeza que es como el baluarte de la modestia, ¿qué queda a la modestia misma para ponerse a cubierto del enemigo?

Decid a mi Emily que jamás se aparta de mi memoria, y que entre los excelentes ejemplos que tiene a la vista, nunca deben faltar de la suya los de la señorita Harriet. Milord L... y milord G... continúan en la posesión de mi cariño fraternal. Hoy no escribo a mi querido Beauchamp, pero escribiros a vos es escribirle a él.

Vos conocéis a fondo mi corazón. Si en esta carta o en las siguientes se escapa a mi pluma alguna especie cuya comunicación os parezca exigir algún miramiento, yo confío en vuestra discreción más que en la mía.

Espero de mis parientes un gran número de cartas por el primer correo. Mi patria, a la que siempre he amado, nunca ha sido tan cara como ahora a vuestro, etc.

Carta LXXI
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 22 de mayo.

El obispo partió ayer a Urbino con el único fin de informarse por sí mismo de la salud de su hermana, y tal vez de disponer al general a que me trate con política. Si yo estuviera cierto de que el honrado obispo había creído necesaria esta precaución, se ofendería de ello mi orgullo.

El conde de Belvedere está desde ayer noche en Bolonia. Ante todo, procuró verme, y en una muy larga conversación me dijo en confianza que se le habían hecho proposiciones de casamiento con la señorita Laurana; que había respondido que su corazón estaba empleado, aunque con pocas esperanzas; y que sentía poco haber dado tan corta respuesta, por haber sabido con qué crueldad y por qué motivo los autores de dichas proposiciones habían agravado los males de la obra más perfecta de la naturaleza.

—Ya veis —añadió— que os hablo sin reserva. Vos me haríais mucho favor en decirme cuáles son al presente vuestras miras, y me alegraría muy mucho de oír de vuestra propia boca lo que pasó entre vos, Clementina y la familia antes de vuestra partida de Italia: ellos ya me han hecho su relación.

Yo le hice la mía con tal exactitud que pareció quedar satisfecho.

—Eso es justamente —me dijo— lo que ya se me ha contado. Si Clementina y vos fueseis de una misma religión, ningún otro hombre tendría nada que pretender. Yo venero su piedad y su adhesión a la Iglesia; pero mi corazón no es tan estrecho que no haga la misma justicia a vuestros sentimientos. Como su enfermedad es accidental, nunca pensaría yo en ninguna otra mujer, si pudiera lisonjearme de merecer su correspondencia. Habladme francamente. Yo sé que la familia ha deseado vuestra vuelta; ¿y habéis vos venido con ánimo de casaros con Clementina si se restablece?

Yo le di la misma respuesta que a la marquesa, y pareció quedar tan contento de mí, como yo lo estoy de él. En el mismo día se volvió a Parma.

Viernes 23 de mayo.

El obispo se ha restituido ya. Clementina había estado muy mala, por haberle sobrevenido la fiebre. ¡Cuántas agitaciones no ha padecido! El obispo me asegura que el general y su mujer se confiesan deudores a mis cuidados por la salud de Jeronymo. Habiéndosele quitado la fiebre a Clementina, estará aquí dentro de uno o dos días.

¡Cuán impaciente estoy por verla! Sin embargo, sólo me promete amargura este espectáculo. Es, se me ha dicho, un verdadero retrato de la tristeza muda.

—Sus facciones son las mismas —añade el obispo—, aunque es mucho lo que ha enflaquecido.

Se le dijo que Jeronymo comenzaba a sentir alivio, repitiendo el general *tu querido Jeronymo,* y entonces pronunció tiernamente este nombre; pero bajando los ojos volvió a su profundo silencio. Después se profirió también el mío, y miró prontamente en derredor de sí, como si pensase ver allí a alguien; mas al oír algún ruido que se hizo por casualidad, se estremeció y ciñó con sus brazos a Camilla con los ojos espantados y con el temor verosímilmente de que estuviese mirándola la cruel Laurana. ¡Cuánto no habrá padecido por su inhumanidad!

Viernes en la noche.

He pasado la mitad del tiempo con Jeronymo, aunque en diferentes horas por no incomodarle. Los cirujanos italianos y Lowther van por fortuna de acuerdo en todo, y así el enfermo asegura que no se ha hallado tan bien hace muchos meses. Todos atribuyen el recobro de sus fuerzas a mis frecuentes visitas. Mañana se le ha de hacer una abertura en su más peligrosa herida, y Lowther que hará esta operación no quiere lisonjearse de nada, según dice, antes del suceso.

El marqués y la marquesa no cesan de manifestarme su gratitud en los términos más vivos y oficiosos. Ayer me hicieron una visita con el pretexto de una leve indisposición que me impidió salir de mi cuarto, y que provendría de la agitación de mis espíritus ocasionada de la fatiga, de mis temores por Jeronymo, de mi inquietud por Clementina y del recuerdo continuo de los caros parientes y amigos que he dejado en Inglaterra. Vos sabéis, estimado doctor, que a pesar de todos mis esfuerzos por ocultar muchas veces pesares que no puedo evitar, me ha dado el cielo un corazón más sensible de lo que conviene a mi reposo. Olivia es un tormento para mi imaginación. Por lo que hace a la señorita Harriet, ella ha de encontrar su felicidad en la rectitud de su corazón, y me parece que no se resistirá a las eficaces instancias de la condesa de D... en favor de su hijo, que es seguramente uno de nuestros más amables caballeros. La señorita Harriet será la mujer más feliz del mundo, así como lo es una de las más apreciables, si su felicidad corresponde a mis deseos. Emily ocupa gran parte de mis pensamientos: nuestro amado Beauchamp ha nacido para ser venturoso; milord W..., mis hermanas y mis cuñados deben serlo también; ¿y por qué no lo he de ser yo mismo? Yo lo seré sin duda si obtengo del cielo la salud de Jeronymo y la de su hermana. Por lo que a vos toca, estimado doctor, es imposible que no lo seáis. ¿Quién pues me impide creer que tengo parte en la felicidad de todos mis amigos al aseguraros que soy el más fiel y el más apasionado de los vuestros?

Carta LXXII
Charles Grandison al doctor Bartlett

Lunes 26 de mayo.

Ayer noche Clementina, el general, su mujer, el conde della Porretta y el señor Sebastiano su hijo llegaron a Bolonia, cuando aún no hacía una hora que yo me había despedido de Jeronymo. La operación se había hecho felizmente; pero a causa de su extremada debilidad se había desmayado muchas veces en todo el día. Sin embargo, y le había dejado bastante tranquilo y aun gustoso pensando en la vuelta de su hermana. El obispo me envió a decir inmediatamente que Clementina había llegado, y que estaba fatigada, abatida y con sus acostumbradas meditaciones; pero que Camilla vendría a decirme el día siguiente en qué situación se hallaba su señorita.

En toda la noche no cerré los ojos y ya os haréis el cargo, estimado doctor, de la causa de mi desvelo. Camilla vino esta mañana, y esta pobre mujer estaba tan penetrada de la alegría de volverme a ver en Italia que no pude hacer me diese al punto las noticias que motivaban mi impaciencia. En fin me dijo que el general y el obispo se disponían a venir a sorprenderme en mi posada; y prosiguiendo con tantos suspiros como palabras me dijo:

—¡Ay de mí, señor! ¡Cuánto ha padecido mi señorita desde que os fuisteis! Vos no la conoceréis y tampoco aseguramos que ella os conozca. ¡Cuál será vuestra primera vista! Son pocos sus lúcidos intervalos y su melancolía ¡es por lo común tan profunda! Ella no habla a nadie y cualquiera persona extraña le causa espanto. ¡Oh cruel, cruel Laurana!

Camilla me estuvo diciendo mucho tiempo unas mismas cosas sin que mis preguntas hubiesen podido interrumpirla, y sin que me diese más noticias que las que yo pude deducir de sus lamentos y exclamaciones. «¡Ah!», dije entre mí, «las penas de Clementina han echado también a perder la cabeza de esta pobre criada.» Camilla me dejó con precipitación, temiendo que la hubiesen de menester, y que le general la encontrase en mi cuarto.

Los dos hermanos llegaron casi al punto, y el general me dio la mano con cierta especie de política forzada.

—Tenemos, señor Grandison —me dijo—, muchas gracias que daros por habernos traído a vuestro señor Lowther. ¿Son tan famosos los cirujanos ingleses? Pero como vuestros compatriotas saben hacer heridas, no deben faltarles facultativos que las curen. También os estamos agradecidos por haber hecho tan largo viaje vos mismo: Jeronymo os debe el estar ya mejor. ¡Quiera el cielo acabar su

curación! Pero ¡ay de mí!, ¡nuestra desventurada hermana! ¡La pobre Clementina!, nada tengo ya que esperar.

—¡Cuánto siento —dijo el obispo— que no se hubiese dejado bajo la custodia de la Beaumont!

Pero el general, como se la había llevado él mismo de Florencia, no mostró igual sentimiento.

—Había un medio —dijo— que hubiera sido lo mejor haber adoptado; pero Laurana es una mujer infernal y su madre debe ser detestada por haber favorecido sus crueles miras.

El general habló de mi venida con bastante frialdad.

—Sin embargo —dijo—, pues que el señor Grandison está en Bolonia y Clementina ha mostrado deseo de verle, se puede permitir una vista para satisfacer a las personas de la familia que le han convidado a volver otra vez a Italia, en lo cual admiro tanto más su condescendencia que no se ignora tiene en Inglaterra a la señora Olivia; mas por otra parte espero poco... —Aquí se detuvo.

Yo no pude contener una mirada de indignación mezclada de desprecio, y sin otra respuesta me volví al obispo para preguntarle cómo había pasado Jeronymo la noche.

—Bastante bien —me respondió fríamente el mismo general—; pero yo me engaño, señor Grandison, si no advierto en vuestros ojos un aire de desprecio.

—Mis ojos —repliqué yo— van siempre de acuerdo con mi corazón. Paréceme, señor general, que estimáis en poco las miras con que he hecho mi viaje, y yo no hago mayor caso de las molestias de él, si vuestras reflexiones recaen sobre mí. Si yo estuviera en Nápoles y en vuestra propia casa, os diría que en esta ocasión no hacéis justicia a mi oficiosidad. Por lo demás, yo no os pido ningún favor en que vos no os intereséis como yo.

—¡Caro Grandison! —exclamó el obispo— ¡Hermano mío! —dijo al general—: ¿no me has prometido?... ¿Por qué hablar al señor de Olivia?

—¿Es eso, señor Grandison, lo que os desazona? —prosiguió el general dirigiéndose a mí—: yo me guardaré muy bien de hacer reflexiones que puedan ofender a un hombre de vuestra suposición... con especialidad para las damas.

Un aire de bufonada acompañaba a estas palabras. Yo me volví al obispo.

—Ya veis —le dije— que vuestro hermano me tiene una invencible aversión. Acuérdome de que en Nápoles me mostró tener sospechas tan injuriosas a su hermana como a mí. Yo pensé haberlas desvanecido, pero aún renace su mala disposición. Sin embargo, tranquilo como estoy por mi inocencia, le será difícil por mil razones hacerme faltar a la moderación.

—Y de esas mil razones, señor Grandison, será sin duda una mi interés —En tono de burla.

—Vos pensaréis lo que os parezca —respondí yo—; pero ¿no vamos, señores, a ver al señor Jeronymo?

—No, señor —dijo el obispo—, hasta que yo vea vuestra amistad más afianzada. Hermano mío, dame tu mano —esforzándose a tomarla —; dadme la vuestra, señor Grandison.

—Disponed de la mía —respondí ofreciéndosela, y la tomó como también la del general.

Yo di un paso para que le fuese más fácil juntarlas, y asiendo la del general que parecía resistir todavía, le dije:

—Rendíos, señor general, y aceptad la oferta de un corazón sincero. Hacedme conocer por experiencia esas grandes prendas que todo el mundo os atribuye. Yo deseo vuestra amistad, porque mi corazón me dicta que la merezco, y no me lo dictaría si yo fuera capaz de una bajeza. Sentiría mucho ser despreciable a vuestros ojos, mas no lo seré nunca a los míos.

Entonces preguntó a su hermano si le parecía soportable este aire de superioridad, y yo respondí que la confesión que hacía de esta él mismo me colmaba de honor. El obispo añadió prontamente que yo hablaba con nobleza, que mi carácter era bien conocido y que esperaba vernos íntimos amigos, a cuya consecuencia nos instó a que aceptásemos este nombre.

—¿Por qué disimularlo? —replicó el general—: yo no puedo tolerar que el señor Grandison se crea tan necesario a mi hermana, como parece lo cree mi familia.

—Vos me conocéis poco, señor general —le dije—: mis únicos deseos al presente se dirigen al restablecimiento de vuestra hermana y del señor Jeronymo. Si tengo la dicha de contribuir a él, mi alegría por sí sola será mi recompensa. Mas, para serenar vuestro ánimo y hacer que me tratéis como me dicta mi propio corazón que debo ser tratado, os doy mi palabra de honor (esta es una ley, señor general, que jamás he violado) de que cualquiera que sea el éxito que debamos al cielo en orden a la enfermedad de vuestra hermana, no aceptaré el mayor favor que puedo recibir sino con el consentimiento de los tres hermanos así como con el de vuestros padres. Añado que mi propia altivez no me permitiría enlazarme con una familia que no formase un honroso concepto de mí, ni exponer una mujer que amo al desprecio de sus más próximos parientes.

El general pareció quedar satisfecho de esta declaración, y me dijo:

—Eso es hablar con generosidad: os pido la mano y prometo ser vuestro amigo.

¿Qué os parece este orgullo, mi estimado doctor? El general no puede digerir que un mero caballero inglés, pues como tal me mira, se

enlace con su familia, por poco verosímil que crea el restablecimiento de su hermana. Por otra parte el general quiere mucho al conde de Belvedere, y toda la familia se hubiera congratulado infinito de enlazarse con él.

El obispo se alegró mucho de vernos dispuestos a los dos a tratarnos con mejor armonía. A mí me ha costado tanto menos disimular alguna cosa al orgullo del general que la Beaumont había tenido cuidado de prepararme para ello. Los mismos padres de este hombre altivo temían mucho su humor, y sabrán con mucho gusto que he vencido tan fácilmente sus preocupaciones.

Al retirarse me tomó la mano el general, diciéndome con un semblante alegre que estaba casado; y manifestándole yo mi deseo de que fuese dichoso en su nuevo estado, me dijo que era inútil, por ser ya perfectamente feliz.

—Mi esposa —prosiguió— es la mujer más amable del mundo y arde en deseos de veros. Yo estoy sin cuidado, porque ella es generosa y yo seré siempre reconocido; mas velad sobre vos, señor Grandison, velad sobre vos mismo, os lo advierto. Cualquiera mirada será observada. Admiradla, consiento en ello, y no haya miedo que dejéis de hacerlo; pero en realidad me alegro mucho de que no os hubiese visto antes de ser mía.

Los dos hermanos se retiraron dándome otras pruebas de amistad, y por último cumplimiento me dijo el obispo que se felicitaba de tener en lo sucesivo tres hermanos. Yo les seguiré pronto al palacio de la Porretta, y considerar, estimado amigo, con qué agitación.

Carta LXXIII
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, lunes por la noche 26 de mayo.

Ahora mismo acabo de llegar, venerado amigo, y vos esperaréis de mí una interesante y circunstanciada relación.

Yo no me fui al palacio hasta después de comer, si bien lo hice muy temprano por poder estar algún tiempo con mi caro Jeronymo. Aún le quedan vivos dolores de resultas de la última operación; mas sin embargo, Lowther se halla tranquilo y con buenas esperanzas.

Cuando yo quedé solo con este fiel amigo, me dijo que aún no se le había enseñado a su hermana, infiriendo de esto que estaría muy mala; pero que sabía no obstante se la disponía a recibir mi visita.

—¡Oh, querido Grandison! —exclamó en un transporte de ternura—: ¡cuánto me compadezco de un corazón tan sensible y generoso como el tuyo! Pero ¿qué has hecho al general? Él me asegura que te admira y te ama, y el obispo me ha dado la enhorabuena por esto,

pues sabe que nada podía causarme mayor placer.

El general entró al mismo tiempo y me saludó con tanto agrado que vi brillar la alegría en los ojos de Jeronymo.

—¡En qué estado acabo de dejar a Clementina! —nos dijo el general—. No sé, señor Grandison, cómo podréis soportar semejante espectáculo.

En esto llegó también el obispo, diciéndome al entrar:

—Mi hermana no es sensible a nada: a nadie conoce y aun Camilla es hoy extraña para ella.

En su primer impulso no consideraron que estas especies podían hacer fatal impresión en su hermano, y después de haberle consolado me propusieron que pasase al aposento de Lowther, quien se quedó solo con su enfermo.

La marquesa entró a poco toda anegada en lágrimas.

—Mi amada hija no me conoce ni pone en mí la menor atención: nunca la he visto con semejante insensibilidad respecto de su madre. Vuestro nombre no la hace volver en sí. ¿Qué se ha de pensar de este extraño silencio? Camilla le ha dicho que vos habíais de verla y mi nuera le ha hecho la misma promesa. ¡Oh, señor Grandison! No hay que hacer, ella ha perdido enteramente la razón. Aún hemos sido tan bárbaros que por experimentar hemos proferido el nombre de Laurana delante de ella, y no se ha asustado, como siempre la ha sucedido.

En este instante entró Camilla con un rostro muy alegre, diciendo:

—Mi señorita acaba de hablar. Yo le dije que debía prepararse para ver al señor Grandison, y que toda la familia sin exceptuar al señor general le trataba con el mayor agasajo, y entonces me dijo: «Camilla, tú no me engañarás más con cuentos.» Esto es todo lo que he podido sacar de su boca.

De esta mudanza se infirió que podría reconocerme cuando me pusiera en su presencia, y pasamos al gabinete de la marquesa.

El director me había hecho una pintura muy buena de la mujer del general, que yo aún no había visto, y yo sabía del obispo que con todo el mérito de la marquesa había sido como esta educada a la francesa. Pues el marqués, el conde, el director y esta señora, cuyos atractivos me causaron verdaderamente admiración, estaban en el gabinete. El mismo general tuvo cuidado de presentarme a su mujer y tomamos asiento. Se había determinado, como yo lo advertí, ver si se podía excitar la atención de Clementina con hacerme parecer delante de ella a la vista de todos los circunstantes; pero yo pregunté a la marquesa, si no era de temer que la causase demasiada conmoción tan numerosa compañía.

—¡Pluguiese al cielo —respondió el marqués suspirando— que algo pudiese conmoverla!

—Nuestra conferencia —dijo la marquesa— no ha de parecer sino

una conversación de visita. ¿Qué no hemos hecho para llamar su atención por otros medios?

—Además —dijo el obispo—, nosotros somos sus más cercanos parientes.

—Y nosotros necesitamos —añadió el general— hacer nuestras observaciones.

—Se le ha prevenido —prosiguió la marquesa— sobre todas las personas que ha de ver aquí, y yo he mandado que sólo la acompañen Camilla y Laura.

En el mismo instante, entró la amable Clementina apoyada sobre un brazo de Camilla y seguida de Laura. Su paso era lento y majestuoso, y traía los ojos bajos. Tenía un traje negro y rozagante, y un velo de gasa blanca cubría su rostro. ¡Qué viva imagen de la aflicción! Yo no pude menos de sentir una conmoción extremada. Me levanté, me senté otra vez en mi silla y aún me volví a levantar, irresoluto, sin saber qué hacer ni qué decir. Clementina se detuvo en medio del gabinete y se volvió a Camilla para que le ajustase su velo; pero sin proferir ni una sola palabra, sin alzar los ojos ni mirar a nadie. Yo iba a acercarme a ella y el general me detuvo de la mano.

—Quieto, quieto, querido Grandison —me dijo—: sin embargo, vuestra sensibilidad me agrada mucho. ¡Ya echa a andar! ¡Ya viene hacia nosotros!

Clementina se acercó con los ojos medio cerrados y siempre inclinados al suelo y, habiendo hecho un movimiento para volver hacia la ventana, le dijo Camilla:

—Aquí, aquí, señorita —Y la llevó a una silla que se había puesto para ella entre las dos marquesas.

Clementina fue sin resistencia y se sentó. Su madre lloró y lo mismo hizo la marquesita. Su padre suspiraba y apartaba los ojos de ella. Su madre le tomó la mano, diciéndole:

—Amor mío, mira alrededor de ti.

—Querida —le dijo el marqués—, déjale hacer sus propias observaciones.

Clementina pareció sorda a lo que le decían su madre y su tío, y ni aun alzó los ojos. Camilla estaba en pie detrás de su silla.

El general se levantó con una mezcla de dolor e impaciencia y se acercó a ella.

—Amada hermana —le dijo, inclinando la cabeza sobre su hombro —, míranos, míranos: no nos trates con esa apariencia de desprecio; mira a padre, a madre, a tu hermana y a toda la familia, llorando en derredor de ti. Si nos amas, complácenos con una sonrisa —En esto, tomó su mano que su madre había soltado para abandonarse a sus propias conmociones.

Clementina alzó por fin la vista y le miró, y haciendo como un

esfuerzo de condescendencia, procuró sonreírse; pero la tristeza se había aposesionado tanto de todas sus facciones que sólo pudo manifestar a su hermano su deseo de complacerle, y su sonrisa pareció como sumergida en una nube de melancolía. Para mostrar aún más condescendencia, desasió su mano de la de su hermano y miró a un lado y a otro, y distinguiendo la de su madre, la tomó con las dos suyas poniendo la cabeza sobre ellas con un impulso de ternura.

El marqués se levantó de su silla con su pañuelo en los ojos.

—¡Cara hija! —exclamó—, ¡que no vuelva yo a ver nunca otra sonrisa semejante! Ella me ha partido el corazón —añadió, poniendo la mano sobre él.

—Querida y oficiosa hermana —prosiguió el general—, tú no nos desprecias, pero mira las lágrimas que haces derramar: mira a tu padre, que espera de ti algún consuelo. Su dolor por tu silencio...

Clementina echó una mirada hacia donde yo estaba y al verme se estremeció: volvió a mirarme y se volvió a estremecer, y soltando la mano de su madre y poniéndose alternativamente ya pálida, ya encarnada, se levantó y ciñó con sus brazos a Camilla. «¡Oh, Camilla!» Esto fue todo lo que pudo pronunciar. Entonces derramó un torrente de lágrimas, y todos los circunstantes, aunque vivamente enternecidos, se alegraron de verlas correr con tanta abundancia. Yo me hubiera arrojado a ella y la habría tomado en mis brazos sin reparar en los testigos, pero el general me contuvo y me dijo de modo que Clementina podía oírlo:

—Querido Grandison, estaos sentado. Si Clementina no ha olvidado a su preceptor inglés, se alegrará infinito de volver a veros en Bolonia.

—¡Oh, Camilla! —le interrumpió Clementina—: tú no me engañabas: ya empezaré otra vez a creerte. Él es... él mismo es —E inclinándose sobre el seno de esta criada ocultó en él sus lágrimas que continuaban inundando su rostro.

El general volvió a manifestar aquí su natural orgullo; pues me llevó aparte y me dijo:

—Señor Grandison: conozco demasiado el ascendiente que tenéis sobre esta infeliz joven y todos lo conocen, mas yo confío en vuestra palabra. Vos tendréis presente lo que habéis dicho esta mañana...

—¡Válgame Dios! —le interrumpí con alguna agitación. No obstante, pude contenerme, y me contenté con proseguir con un orgullo quizá igual al suyo—: sabed que el hombre que creéis necesita de ese consejo, se tiene por hombre de honor, y que vos y todo el mundo le reconoceréis por tal.

Esta respuesta pareció turbarle un poco. Yo me aparté tan enfadado que se habrían inquietado todos, si no hubiesen tenido puesta toda la atención en Clementina. Sin embargo, el obispo lo advirtió, por cuyo motivo vino a nosotros, cuando yo me apartaba del general, y como

no continué apartándome, los dos hermanos salieron juntos.

Al volver a los circunstantes vi a la amable Clementina sostenida por las dos marquesas y seguida de Camilla que, según me pareció, iban a salir del gabinete; pero viéndome Clementina junto a sí, se detuvo y exclamó: «¡Ah, caballero!» No dijo más que estas dos palabras y, dejando caer la cabeza sobre el seno de su madre, pareció cerca de desvanecerse. Yo tomé una de sus manos que pendía sin movimiento sobre su vestido, y poniendo una rodilla en tierra la estreché contra mis labios. Yo me sentía penetrado de ternura, aunque un minuto antes hubiese experimentado diversas sensaciones. Clementina me miró con ojos lánguidos y con un aire de satisfacción que no se había advertido en ella hacía mucho tiempo. Yo no pude decir ni una palabra más y me levanté. Clementina prosiguió andando hacia la puerta, y luego que llegó a ella, volvió la cabeza atrás para mirarme cuanto tiempo pudo. Yo quedé como inmóvil hasta que el anciano conde, tirándome de la mano y tomando al mismo tiempo la del director que estaba junto a él, nos dijo que ya no podía engañarse sobre la naturaleza del mal, y que el remedio no era ya incierto.

—Pero, señor Grandison —añadió—, ¿habéis de ser católico?

El director me hizo la misma pregunta, y ambos mostraron vehementísimos deseos de que abrazase su religión. En esto volvió la marquesita llorando.

—No se quiere mi presencia —nos dijo—: a mi hermana le ha dado un nuevo insulto —y volviéndose a mí prosiguió—: ¡Ah, señor Grandison! Vos sois... Mas ¿por qué acusaros? Demasiado veo lo que vos mismo tenéis que padecer.

El general entró al mismo tiempo con el obispo y este le dijo:

—Ahora, hermano mío, si no que seas generoso, te pido que seas justo. El señor Grandison, no dudo convendrá en que puede vituperársele algún exceso de viveza.

—Sí, señor —respondí yo—, pero no es menos cierto que las expresiones del general fueron intempestivas.

—Quizá —dijo el general.

Yo me volvía a él:

—Señor, una confesión justa es un verdadero triunfo. Yo tengo la altivez de creerme un hombre incapaz de bajeza, y que no cederá vilmente en puntos de honor; pero que se vale del testimonio de su propio corazón para desear que se le mire en esta familia como un amigo desinteresado. Perdonad, señores, si advertís algún aire de orgullo en mis palabras, y no lo atribuyáis más que a lo distante que estoy de cometer ninguna especie de temeridad; mas siento mi corazón penetrado de mil cosas que no siempre han hecho (lo digo con pesar) la misma impresión en el vuestro.

—¿Qué, señor Grandison —me dio con bastante altivez el general

—, vos me improperáis?

—No hay necesidad de eso —le repliqué—, si vos conocéis que es justo Pero en verdad, o vos me conocéis mal, o vos os olvidáis de vos mismo. Ahora, señor general, que he hablado con franqueza, estoy pronto a daros excusas por todo lo que haya podido pareceros ofensivo en el modo.

Y tomando prontamente su mano, aunque con ardor más bien que con aspereza, le dije:

—Aceptad mi amistad y contad con que mereceré la vuestra.

El general miró a su hermano y le dijo:

—Dime qué respuesta he de dar a este hombre extraño. ¿Pondré un semblante ceñudo o alegre?

—¡Eh!, alegre y siempre alegre —respondió el obispo.

El general me abrazó, diciéndome que yo prevalecía sobre él, que se había alterado fuera de propósito, y que yo me había mostrado demasiado enardecido, pero que era menester perdonarnos recíprocamente. Su mujer pareció incierta sin poder adivinar qué daba motivo a esta renovación de amistad, y el anciano conde y el director no se sorprendieron menos. El marqués había salido del gabinete.

Nosotros nos sentamos, y hablamos con variedad sobre la situación de nuestra querida enferma; pero yo no dudo de que si se hubiese dispuesto esta vista de modo que le hubiera causado menos sorpresa, se habría evitado el insulto que nos ha inquietado. En fin, Camilla vino con la agradable noticia de que comenzaba a volver en sí, y de que su madre por complacerla le prometía gustosa que se me daría permiso para verla.

Yo me aproveché de esta ocasión para entrar a la marquesita los pareceres de los médicos ingleses, y el obispo pasó al aposento de Jeronymo, a quien consideraba muy impaciente por saber el resultado de esta primera vista, en ánimo, según me manifestó, de no decirle nada de las expresiones picantes que se nos habían escapado al general y a mí.

Espero, amado doctor, sacar partido por mi propio interés del orgullo y ardimiento de este joven colérico: porque ¿no estoy yo sujeto al mismo defecto? ¡Oh, estimado amigo! ¿Cuánto no he sentido haber faltado a la moderación con O'Hara y Salmonet en una ocasión en que su indiscreta violencia sólo me obligaba a hacerles despedir por mis criados? No obstante, es cierto que si yo sufriera aquí con demasiada paciencia las injurias de estos espíritus altivos que se creen de una clase superior a la mía, y de un hombre de capa y espada, yo que sigo la máxima de no desenvainar la mía sino para mi defensa, me vería expuesto a insultos que me ofrecerían continuamente embarazos que deseo evitar.

Yo acompañé al general y a su mujer al cuarto de Jeronymo, quien

por el interés que toma en el restablecimiento de su hermana, y por la esperanza que se le había dado de una agradable novedad, olvidaba generosamente sus propios males. Como no había ninguna apariencia de que yo pudiese volver a verla en todo el día, me propuso el general ir a pasar un par de horas en el casino, adonde como sabéis, concurren por la noche todas las personas distinguidas de Bolonia; pero yo me excusé a ello. La inquietud que me causaban un hermano y una hermana que me son tan caros por sus desgracias, me obligó a retirarme a mi posada.

Carta LXXIV
Charles Grandison al doctor Bartlett

Martes por la noche.

Habiendo pasado muy mala noche, me hallaba tan indispuesto esta mañana que me contenté con enviar a preguntar cómo estaban el hermano y la hermana, teniendo ánimo de tomar algún reposo hasta la tarde; pero la marquesa se sirvió de mi propio mensajero para hacerme decir que deseaba verme al momento, y yo no titubeé en obedecerla. Clementina había preguntado si era cierto que me había visto, o si no era esto un sueño, y habiéndose tenido esta pregunta por buena señal, se quiso que yo tuviese parte en el contento.

Yo encontré en el aposento de Jeronymo al general, quien advirtió que yo no estaba bueno. Lowther propuso que me sangrase y consentí en ello. Después vi curar las heridas de mi amigo, y los cirujanos no hicieron mal juicio de las apariencias. Dos médicos que había llevado el obispo nos dijeron que habiendo examinado los pareceres de los facultativos ingleses, aprobaban parte de los métodos que prescribían, y se convino en seguirlos.

Cuando llegué, estaba Clementina encerrada en su cuarto. Sus terrores habían vuelto a comenzar por las crueldades de su prima, y en semejante estado no había parecido conveniente que yo la viese; pero habiéndose ella serenado algo, pasó al gabinete de su madre donde se hallaban el general y su esposa, y se me envió a decir que podía ir a él.

Clementina estaba cuando entré, sentada junto a Camilla, con la cabeza apoyada sobre los brazos de esta criada, y silenciosa como si estuviera ocupada en sus reflexiones. El ruido de mis pasos y de mis reverencias le hizo alzar la cabeza. Me miró, y abrazando por el cuello a Camilla ocultó algunos momentos su rostro. Después, volviéndolo a mí como avergonzada, retiró sus manos, se mantuvo derecha y me miró con firmeza. No obstante, sus miradas se dirigían alternativamente a Camilla y a mí, y parecían mostrar irresolución. Al

fin, dejando a Camilla se vino hacia mí con paso lento; mas volviéndose de repente se arrojó a su madre y ciñendo su cuello con un brazo, y teniendo el otro levantado empezó otra vez a mirarme, como si la hubiese quedado alguna duda acerca de lo que había visto. Parecía decir algo quedito a su madre, aunque con demasiada confusión para poder ser entendida. Después se acercó a su cuñada, quien tomó su mano cuando la vio próxima a sí y se la besó. En seguida llegó hasta el general, que estaba junto a mí, y que me había dicho observase todos sus movimientos. Permaneció en pie cerca de él y sin decirle ni una palabra me miró mucho tiempo con una agradable incertidumbre.

Tantos avances que ella había como dado hacia mí y quitádome no me permitieron reprimirme más tiempo. Yo me levanté, y tomando una de sus manos le dije con una rodilla en tierra:

—Mirad, señorita, al que habéis honrado con el nombre de preceptor vuestro. ¿Perdonáis al reconocido Grandison, a quien toda vuestra familia honra con su afecto?

—¡Ah!, yo os perdono: sí, sí, no lo dudéis —Todos se alegraron mucho de oírla hablar—. Pero ¿qué ha sido de vos —prosiguió— en tanto tiempo?

—Yo he ido a Inglaterra y he vuelto poco ha para veros a vos y a vuestro caro Jeronymo.

—¡Jeronymo! —levantando una mano sin retirar la que yo tenía asida— ¡Pobre Jeronymo!

—Demos gracias a Dios —dijo el general—: veo ya alguna vislumbre de esperanza —Las dos marquesas lloraron de alegría.

—Vuestro Jeronymo, señorita, este tierno hermano, comienza a dar lisonjeras esperanzas. ¿Le amáis?

—¡Si le amo! Mas ¿de qué se trata? Me parece que no os entiendo.

—Ahora que estáis restablecida, Jeronymo se tendrá por dichoso.

—¡Estoy yo restablecida! ¡Ah, señor!... Pero ¡favorecedme, favorecedme, caballero! —gritando con una voz débil y mirando en derredor de sí con un aspecto de aflicción y terror.

El recuerdo de su cruel prima volvía a turbar su imaginación. Yo le prometí mi asistencia y asimismo la del general.

—¡Ah!, vos no sabéis —me dijo— con qué barbaridad se me ha tratado; mas vos vais a ser mi defensor. Venid a sentaros junto a mí y os diré lo que he padecido —En esto volvió apresurada a su silla, yo la seguí y ella me hizo seña de que me sentase a su lado—. Habéis pues de saber, caballero... —Aquí se interrumpió—. ¡Ay, cabeza mía! —llevándose a ella la mano—: no sé lo que me pasa; pero es menester que me dejéis: dejadme, yo estoy mala, yo no me conozco a mí misma —Después, mirándome como espantada, dijo—: vos no sois el mismo a quien yo hablaba... ¿Quién sois vos, señor? —En esto dio un débil

grito y abrazando a Camilla volvió a ocultar su rostro en su seno.

Yo no pude soportar este espectáculo. No habiendo estado bueno en todo el día, era esto demasiado para mi situación, y me levanté para salir.

—No os vayáis, caballero —me dijo el general, enjugando sus ojos; mas no por esto dejé de retirarme para ir al aposento de Lowther, y no encontrándole me encerré en él.

Yo no puedo explicaros, estimado amigo, cuán afligido tenía mi corazón. Sin embargo, habiéndome serenado un poco la soledad, pasé al cuarto de Jeronymo donde vi entrar en el mismo instante al general, quien sin poder pronunciar ni una palabra me tomó de la mano y me llevó con el mismo silencio al gabinete de su madre. Habiendo llegado a él me dijo que su hermana quería verme, que estaba apesadumbrada por mi ida, que temía haberme ofendido y que era esto acaso una buena señal.

Nosotros entramos y Clementina estaba en los brazos de su madre, quien la acariciaba llorando sobre ella.

—He aquí al señor Grandison, hija mía: tú no has hecho nada que haya podido ofenderle.

Entonces se desprendió de los brazos de su madre y yo me acerqué a ella.

—Poco ha —me dijo— creí que no erais vos quien estaba sentado junto a mí; pero después de vuestra ida reconocí que no podía ser otro sino vos. ¿Por qué os retirasteis? ¿Os he dado yo algún disgusto?

—Vos no sois capaz de eso, señorita, mas vos me mandasteis que os dejara y debía obedeceros.

—Muy bien —mirando a su madre—. Pero ¿qué le diré, señora? —y acercándose con apresuramiento a su cuñada, le dijo—: ¿me prometéis, señora, no decir nada contra mí a mi prima Laurana?

La marquesita respondió tomando su mano que aborrecía a Laurana y que sólo amaba a su cara Clementina.

—¡Oh! Yo no le deseo el aborrecimiento de nadie —e inclinándose a mí me preguntó quién era esta dama.

Al general agradó la pregunta, por ser la primera vez que había parecido poner la atención en su cuñada, y que había preguntado quién era sin embargo de haber recibido de ella continuas pruebas de terneza. Yo le respondí que era su hermana y la esposa del general, su hermano.

—¡Mi hermana! ¿Cómo es eso? ¿No lo había de haber yo sabido hasta ahora?

—Vuestra hermana, señorita, por su casamiento con vuestro hermano mayor.

—No entiendo nada de eso. Mas ¿por qué no se me ha dicho? Yo os deseo, señora, la mayor felicidad en vuestro nuevo estado. Laurana no

ha querido reconocerme por su prima; y vos ¿me tendréis por vuestra hermana? —La marquesita la estrechó con sus brazos.

—¡Mi hermana, mi amiga, mi cara Clementina! Llámame tu hermana y esto me bastará para ser dichosa.

—¡Cuántos extraños sucesos! —dijo; y volviéndose al general le pidió un momento de conversación, y este la llevó de la mano al otro extremo del gabinete—. Que no se nos oiga —le dijo, aunque en voz bastante alta para poder ser entendida—. ¿Qué tenía yo que decirte? Yo tenía una cosa urgente... de que no me acuerdo...

—Pues bien, querida hermana, tú te acordarás de ella —le dijo el general—: no te apresures. Tu nueva hermana te ama: es la mejor de todas las mujeres y la alegría de mi vida; ámala, querida Clementina.

—¡Oh!, yo la amaré. ¿No amo a todo el mundo?

—Pero es menester amarla más que a ninguna otra mujer a excepción de la mejor de todas las madres. Es mi esposa, es tu hermana, y os ama tiernamente a ti y a nuestro querido Jeronymo.

—¿Y no quiere a nadie más?

—¿A quién quisieras tú que amase también?

—Yo no sé, pero ¿no se debe amar a todo el mundo?

—Ella amará todo lo que tú ames, pues es la bondad misma.

—Eso es lo que yo exijo y te prometo amarla ahora que me la has dado a conocer. Mas yo sospecho...

—¿Qué, amada hermana?

—Yo no sé; pero dime ¿a qué ha venido aquí el caballero Grandison?

—A verte, a ver a padre, a madre, a Jeronymo: a vernos a todos y a hacernos felices.

—¡Qué bondadoso! ¿No tienes formado este juicio de él? Siempre ha sido el mejor de todos los hombres. Y tú, hermano mío, ¿eres feliz?

—Lo soy, y aún lo sería mucho más si tú y Jeronymo lo fueseis también.

—Conque, ¡ay de mí!, tú desconfías de ello.

—¡No lo quiera Dios, hermana mía! El señor Grandison ha tenido el cuidado de traer consigo un cirujano muy hábil, que se lisonjea de curar a Jeronymo.

—¿Es verdad? ¿Y por qué no le ha traído antes?

Esta pregunta me pareció causarle algún embarazo al general; pero no obstante, su generosidad le hizo responder que se había padecido error, que no se habían adoptado los métodos convenientes, y que sentía no se me hubiese creído siempre. Clementina alzó una mano con cierta especie de admiración.

—¡Válgame Dios! ¡Cuántas cosas han pasado! Hermano, hermano, al instante voy contigo —y sin darle tiempo para responder fue corriendo hacia la puerta. Camilla la siguió preguntándole adónde iba

—. Ah, pues que estás aquí, Camilla, tú irás —y poniendo la mano sobre su hombro le dijo—: ve a buscar al padre Marescotti: dile que tengo el mejor concepto del mundo... y que me encomiendo a sus oraciones.

En esto se acercó a su madre, tomó su mano, la besó, y pasándola por su frente y sus mejillas con un agrado pueril, le pidió su afecto.

—Vos no sabéis, señora —añadió—, y yo ignoro también, lo que pasa en mi cabeza. ¡Que me cure vuestra preciosa mano! —Empezó otra vez a pasar la mano de su mano por su frente y después la puso sobre su corazón. La marquesa, besando mil veces a su tierna hija, mojó su rostro con su llanto.

Camilla preguntó al general si se había de llamar al padre Marescotti, y le respondió que no, a no ser que Clementina lo mandase otra vez, porque acaso se le habría ya olvidado. En efecto, ella no habló más del padres Marescotti. La marquesa presume que le queda algún recuerdo confuso de la antigua preocupación del general y de este eclesiástico contra mí, y que viéndome reconciliado con el primero desea que me reconcilie también con el segundo.

He creído, mi estimado doctor, deber haceros una circunstanciada relación de las agitaciones de tan amable persona en nuestras dos primeras vistas, por las cuales ha concebido ya toda la familia buenas esperanzas. Ahora que por una mudanza tan extraña ha salido del profundo silencio en que estaba como sumergida, y ha comenzado a seguir una conversación aunque con muy poco enlace, nos ha parecido conveniente no fatigarla con conversaciones demasiado largas. Camilla tuvo orden de divertirla en su aposento y de no hablarle de nada que no le fuese agradable. Yo le pedí permiso para retirarme, y me dijo:

—Pero ¿os volveré a ver antes de restituiros a Inglaterra?

—Sin duda, y muchísimas veces —le dijo el general, y se fue muy contenta con Camilla.

Nosotros pasamos al aposento de Jeronymo, a quien la marquesita alegró mucho contándole lo que había pasado. Este generoso amigo atribuyó sólo a mi presencia tan feliz mudanza, y el general protestó que en lo sucesivo adoptaría gustoso todas las resoluciones que se tomasen de acuerdo en orden a la curación de su hermana.

El viejo conde y el mayor de sus hijos se han restituido esta noche a Urbino. Vinieron a mi alojamiento a despedirse de mí, y el padre me repitió que se lisonjeaba de que yo llegaría a ser un buen católico.

NOTA. *Muchas cartas que siguen contienen no sólo otras varias conversaciones entre Grandison y Clementina, y de consiguiente nuevas relaciones con las que se propone el autor, según dice para justificar la demasiada extensión de ellas, el hacer ver los progresos de la mudanza de Clementina; sino también respuestas al doctor Bartlett sobre diversos*

negocios que nada tienen de interesante más que una relación general con el carácter del héroe. Sin embargo, vuelve a hablar del asunto principal en la carta siguiente.

Carta LXXV
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 13-24 de junio. [17]

El conde de la Porretta y sus dos hijos volvieron ayer de Urbino para regocijarse con nosotros por nuestras esperanzas que se aumentan de día en día. Me ha parecido advertir en el rostro de la marquesa un aire de reserva que aún no había visto en ella hasta la llegada del conde, o por mejor decir, una especie de condescendencia que me ha parecido demasiado cortesana para una amistad como la nuestra. Vos sabéis, mi estimado doctor, que jamás advierto alguna duda o incertidumbre en el semblante de un amigo sin averiguar inmediatamente la causa, esperanzado en poder contribuir a desvanecerla, y así pedí a la marquesa un momento de conversación a solas.

No tuvo reparo en concedérmelo a la primera palabra; pero después de haberme dejado abrirle mi pecho me preguntó si podía hallarse presente a nuestra conversación el padre Marescotti que, según dijo, me profesa tan tierno afecto como el de un padre. Esta pregunta me sorprendió; pero no obstante, respondí que consentía en ello de buena gana, y habiéndole hecho llamar vino al punto. Un tierno interés y no sé qué reserva que creí notar también en su rostro, me hicieron pensar que no ignoraba las disposiciones de la marquesa, y que estaba en que se le llamaría, o en que tendría alguna parte en esta conversación, aun cuando yo no lo hubiera solicitado.

Yo repetí en su presencia lo que ya había dicho a la marquesa de mi inquietud por la mudanza que me parecía observar desde el día anterior en un rostro en que nunca había visto más que bondad, y ella me respondió:

—Señor Grandison, si vos no os creéis amado tiernamente de toda nuestra familia en Nápoles, Urbino y Bolonia, estáis muy distante de hacernos justicia.

Entonces se extendió sobre lo que llamó *sus obligaciones,* exagerándolas mucho, y yo le protesté que no había podido hacer menos para corresponder a los sentimientos de mi propio corazón.

—A nosotros nos toca —prosiguió— formar juicio de eso, y hacednos el favor de no creernos capaces de ingratitud. Nosotros comenzamos a ver con alborozo renacer todas nuestras esperanzas tocante a nuestra cara hija después de haberla visto en tan fatal estado

de que hay pocos ejemplos. Por todas las leyes del honor, de la justicia y de la gratitud debe ser vuestra, si la pedís con las condiciones que nos propusisteis en otro tiempo.

—Ese es mi parecer —dijo el padre, bajando la cabeza.

—¿Qué he de añadir? —continuó la marquesa—: todos nosotros nos vemos en un terrible embarazo, y se me encarga una comisión que me aflige. Aliviad mi corazón, señor Grandison, excusándome una explicación más dilatada.

—No hay necesidad de ella, señora, pues creo entenderos. Jamás vuestra familia podrá echarme en cara la nota de ingratitud. Vos, padre mío, decidme (suponiendo al menos que vos podáis hacer por mí lo que yo haría por vos), si estuvierais en mi lugar (y vos no podréis estar más convencido de la verdad de vuestra religión que yo lo estoy de la mía), decidme lo que haríais y de consiguiente lo que juzgáis que yo debo hacer.

El padre me respondió que no podía admitir semejante suposición.

—Pero ¿es posible —prosiguió— que en un buen talento ha de tener el error igual fuerza que la verdad?

—Vos no ignoráis —le dije— que esa cuestión se reduce a nada, y que yo tengo también el mismo derecho para hacérosla. Pero continuemos nuestras oraciones por el perfecto restablecimiento de nuestra amable Clementina en que todos nos interesamos. Vos sois testigo, señora, de que yo no procuro hacerme valer con ella. Ya veis con qué circunspección me conduzco. En sus más lastimosos delirios vos no advertís nada que pueda haceros creer que vuestra hija piensa en el matrimonio. Yo no tengo, como me acuerdo de habéroslo ya dicho, mas que un solo deseo en la actualidad, y es el de verla perfectamente restablecida.

—¿Qué he de decir, padre mío? ¿Qué he de responder? —le preguntó la marquesa con un semblante afligido. Pero vos, señor Grandison —volviéndose a mí—, ayudadnos con vuestros consejos. Vos conocéis nuestra situación. ¡Ay de mí! No nos tengáis por ingratos. Estamos persuadidos de que la salvación de nuestra querida hija está en peligro. Si Clementina llega a ser vuestra, no será católica mucho tiempo. Ayudadnos con vuestros consejos, lo repito.

—Vuestra generosidad, señora, es la que os inquieta tan fácilmente por el interés de vuestra hija y por el mío. Vos decís que es mía, si insisto en las condiciones que he propuesto. Al general he dado palabra de que sin el consentimiento de los tres hermanos como sin el vuestro jamás aspirará mi ambición al honor de enlazarme con vuestra familia; y yo os he declarado a vos misma que me miraba como obligado, pero que os reconocía libres. Si pensáis que adelantada su curación pueda Clementina pasar hasta más allá de donde deseáis por un sentimiento de gratitud a unos servicios supuestos, permitid que

mis visitas se disminuyan poco a poco, por cuyo medio se desimpresionará de sus propias ideas haciéndole reconocer que yo he servido menos de lo que piensa a su restablecimiento. Yo he prometido al general hacerle una visita en Nápoles, cuya ausencia puede durar tres semanas, y estaré siempre dispuesto a volver a la primera orden. Suspendamos toda especie de resoluciones hasta el fin de este término, y confiad en el honor de un hombre que aún os asegura que se mira como obligado y os reconoce a todos libres —Ambos se miraron sin darme ninguna respuesta—. ¿Qué os parece, señora, esta proposición? ¿Qué decís de ella, padre mío? Si se me ocurriera otra cosa en que pudiese mostrar mayor desinterés, os la propondría igualmente.

El padre me dijo que yo era un hombre prodigioso, y la marquesa se quejó de que le faltaban expresiones, lloró y se lamentó de la suerte. Yo no pude menos de ser sensible en extremo a su afecto. «Sin embargo», dije entre mí con una pena caso demasiado manifiesta, «¿cuándo, cuándo encontraré yo la recompensa que cree merecer mi corazón orgulloso?» Pero mi orgullo mismo (¿debo darle este nombre?) vino a mi socorro. «Dios mío, os doy gracias», dije asimismo entre mí, «por haberme dado fuerzas para cumplir con lo que me dictan la conciencia y la humanidad sin ningún miramiento a otras leyes». El padre me vio muy conmovido, pues tenía arrasados los ojos, y se retiró para ocultar su propia conmoción. La marquesa, aún más conmovida, me llamó *el más generoso de todos los hombres*. Yo me despedí de ella respetuosamente y pasé al cuarto de Jeronymo.

Cuando yo pensaba dejarle, por ver si podía calmar algo en mi posada mis agitaciones, me enviaron a suplicar el marqués, el conde y el obispo que pasase al aposento de la marquesa, donde estaban con el padre Marescotti, quien les había dicho lo que había pasado en nuestra conversación. El obispo se levantó y abrazándome me dijo:

—¡Caro Grandison! ¡Cuánto os admiro! ¿Por qué, por qué no querer que yo pueda llamaros *mi hermano?* Un príncipe que se presentara a mi hermana, si vos fuerais católico...

—¡Que no lo queráis! —le interrumpió la marquesa alzando las manos y los ojos.

—¿Vos no lo queréis, no lo podéis? —me dijo el conde.

El marqués me tomó la mano, alabó mi desinteresada conducta y aprobó mucho la proposición de una ausencia; pero me hizo presente que yo mismo debía tomar a mi cargo la dirección de este proyecto, no sólo respecto a Clementina sino también respecto a Jeronymo, cuyo agradecido corazón se afligiría sólo con sospechar que el pensamiento fuese de la familia.

—Todas nuestras disposiciones se suspenderán —añadió—, y corroborándose la salud de Clementina abandonaremos lo demás a la

Providencia.

Yo volví al cuarto de Jeronymo, a quien comuniqué mi intento de partir a Roma y a Nápoles conforme a la palabra que había dado al general y a su esposa, con cuyo motivo me preguntó qué sería de su hermana entre tanto, y si no había que temer en orden a nuestras esperanzas.

—Yo no partiré —le respondí— sin el beneplácito de Clementina, cuya curación ha de ser obra del tiempo. Si yo soy tan necesario a ella, como te lo hace creer tu afecto, cortas ausencias y la expectación que pueden excitar sostendrán más bien su atención que continuas visitas.

—Pero ¿no se oponen a eso —replicó— mis padres y mi hermano? ¿No están inquietos por Clementina?

Yo le respondí que después de haber hablado todos sobre mi partida creían también que una corta ausencia podría llamar su atención. Jeronymo se satisfizo con estas razones, encargándome que tuviese el mayor miramiento a la delicadez de su hermana.

NOTA. *La empresa de hacer consentir a Clementina en su viaje la consiguió Grandison por varios medios y miramientos de que el autor no omite ninguna circunstancia. Grandison partió no sólo a Roma y a Nápoles, sino también a Florencia con ánimo de inducir a la señora Beaumont a que fuese por algún tiempo a Bolonia. Advierte al doctor Bartlett que por causa del viaje quizá no le escribirá en algunas semanas, y efectivamente este intervalo se emplea aquí en varias cartas de milady G... a Harriet, que contienen una relación de sus riñas con su marido y otros lances domésticos. Debe tenerse presente que Harriet se había restituido a la quinta de Selby, y milady G..., que por no poder estar sin ella va a acompañarla, escribe desde aquí a su hermana milady L..., y le habla de todo cuanto la agrada, es decir, de las excelentes prendas de los parientes de su amiga y de los placeres que no cesan de proporcionarle. La languidez de Harriet se describe con todo el interés de una viva amistad. Su mal no se oculta a nadie y la virtuosa nobleza de sus sentimientos lo hace respetar. Por último llegan tres cartas de Grandison al doctor Bartlett.*

Carta LXXVI
Charles Grandison al doctor Bartlett

Florencia 6-17 de julio.

No hay menos de tres semanas que os escribí mi última carta; pero este intervalo no ha sido desagradable para mí. Yo he tenido noticias de todos mis amigos de Inglaterra y Francia, y las que me han escrito de Bolonia el obispo, el padre Marescotti y Lowther han sido siempre de las más lisonjeras. El obispo me dice de particular que se atribuye a los favorables progresos de la salud del hermano la esperanza de que

se lisonjea al presente la familia de ver a la hermana bien pronto restablecida.

Yo he pasado quince días en Nápoles y en Portici, donde el general y su mujer no han tenido más cuidado que el de complacerme. Al separarnos me abrazó él como a su hermano y a su amigo, dándome excusas muy tiernas por el odio que me había tenido, y prometiéndome formalmente el conformarse con la elección de su hermana, si el cielo nos concedía su restablecimiento. Su mujer no me dio menores pruebas de estimación, y me dijo francamente que después de la salud de Clementina nada deseaba con tanto ardor como poderme dar el nombre de hermano.

¿Cuál será pues mi suerte, estimado doctor? La mayor oposición cesa; pero el obispo, como habréis advertido, atribuye a otra causa el mérito que su hermano me atribuye y con la mira verosímilmente de disminuir mis esperanzas. Yo dejo el éxito a la Providencia y nada mudaré en mi conducta.

La Beaumont, que fue a Nápoles, no ha vuelto hasta ayer noche, y me confirma todo lo que se me había escrito de la feliz mudanza del hermano y de la hermana, y por consiguiente de toda la familia. Lowther está lleno de elogios y caricias. Jeronymo puede ya sostenerse en pie algunas horas y Clementina hacerle dos visitas al día. Ha vuelto a entretenerse con la costura y muchas veces tiene gusto en trabajar en el cuarto de su hermano.

Sus delirios son más raros, e inmediatamente que empieza a turbarse su razón, se detiene, derrama una lágrima y se retira a su gabinete o guarda silencio. Algunas veces habla con Lowther a quien encuentra en el aposento de su hermano, y si se habla de mí, se porta con mucha reserva y dura poco su conversación; pero muestra mucha curiosidad sobre todo lo respectivo a Inglaterra, a sus usos y costumbres, en especial de las mujeres.

Todos se han propuesto aun entrando Jeronymo y Camilla no hacer recaer nunca la conversación sobre Grandison; pero Clementina no deja de preguntar muchas veces por él, y de contar los días de su ausencia. Un día hallándose sola con la Beaumont, le dijo:

—¿No me diréis, señora, por qué todo el mundo rehúsa aquí hablar del caballero Grandison y procura hacerme mudar de conversación cuando yo misma hablo de él? Esta afectación la advierto en Camilla como en los demás. Jeronymo mismo no está libre de ella y más de una vez le he puesto a prueba. ¿Será capaz de ingratitud? ¿Puede mirar con indiferencia a un amigo de quien ha recibido tantos beneficios? Yo me lisonjeo de que no se me tiene por tan simple o tan atrevida que no pueda proferirse en mi ausencia el nombre de un sujeto a quien debo estimar y estar no menos agradecida. Decidme, señora, ¿se me ha escapado en mis más fatales momentos alguna cosa

indigna de mi carácter, de mi familia, o de la modestia de mi sexo? Si he cometido semejante yerro, lo detesto, y precisamente sería terrible mi situación para cometerlo.

La Beaumont la tranquilizó, y ella prosiguió.

—Pues bien, espero que la modestia y la gratitud reinarán siempre en mi corazón sin ninguna mudanza. Séame permitido confesar que le estimo, pues es así, y nunca me hará mi estimación quebrantar los límites del decoro. ¿Me lo permitís, señora? Hablemos de él un cuarto de hora: no más. He aquí mi muestra. Este es un reloj inglés que compré con esta mira sin que nadie lo sepa: cuidado con no descubrirme —En esto, desconfiando de su cabeza, derramó una lágrima y se retiró callando.

Yo no os ocultaré, estimado amigo, que la Beaumont conoce el estado de mi corazón y se compadece de él. Desea que la razón de su cara amiga se restablezca y teme mucho que esto se arriesgue con la oposición. Pero hay, dice, un hombre que quiere para Clementina: hay una mujer... Providencia, a ti te abandono mi suerte.

La Beaumont cuenta que dos días antes de su marcha parecía que Clementina comenzaba a creer más remota mi vuelta; pues en uno de sus ataques rompió el silencio diciendo: «¡Veinte días, Camilla!» (volviéndose a esta criada), e inmediatamente enmudeció. La víspera de la partida de la Beaumont, mientras que Clementina estaba ocupada en la labor con la marquesa, entró Camilla apresurada con recado del obispo que quería verlas, y habiendo dicho la marquesa que podía entrar, Clementina que lo oyó ir interrumpió su trabajo, se mudó de color y tomó cierto aire de dignidad; pero luego que vio solo al obispo, se notó pesar en su semblante, como si hubiera sido burlada su esperanza.

Adiós, amigo mío. Pienso estar mañana por la noche en Bolonia, y bien pronto tendréis otra carta mía.

Carta LXXVII
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 7 y 18 de julio.

Era ya noche cuando llegué ayer a esta ciudad e inmediatamente envié a cumplimentar a la familia. Esta mañana me presenté en el palacio de la Porretta y fui en derechura al aposento de Jeronymo, quien se disponía a levantarse para recibirme de pie y hacerme tomar parte en el contento de tan feliz mudanza. Me dio las más tiernas pruebas de su afecto y me dijo que todos empezaban a cobrar de nuevo aliento y salud.

Camilla, que pareció bien pronto, me felicitó por mi feliz llegada de

parte de su señorita, diciéndome que dentro de un cuarto de hora estaría dispuesta a recibir mi visita.

—¡Milagro! ¡Milagro! —exclamó esta buena mujer—: vos no veréis aquí más que alegría y esperanza —Y al salir me dijo al oído—: mi señorita se ha puesto un vestido de color para recibiros y jamás la volveréis a ver con traje negro.

En esto entró el obispo y me dio muy afectuosamente la bienvenida. El marqués, el conde y el padre Marescotti que llegaron sucesivamente hicieron lo mismo y la marquesa que entró al punto previno mis cumplimientos con los suyos.

—Vuestra vuelta —me dijo— corresponde a nuestra impaciencia: nosotros hemos contado los días. Espero que el contento de Clementina no será superior a sus fuerzas: vos conocéis su excelente corazón.

El padre Marescotti respondió por mí que se podía fiar de mi prudencia, y que al presentarme yo a Clementina tendría sin duda el miramiento de moderar mi propia alegría para contener la suya. Habiéndose pasado un cuarto de hora en estos recíprocos testimonios de satisfacción y amistad, entró Camilla a convidarme de parte de su señorita para que pasase a su gabinete. La marquesa salió la primera y yo seguí a Camilla, quien me dijo en el camino que no le parecía su señorita tan tranquila como lo había estado algunos días antes, lo cual provenía sin duda en su concepto, o de su precipitación por ataviarse o de su impaciencia al esperarme. En el tiempo de su buena salud era Clementina la elegancia misma sin ninguna afectación, y jamás he visto más que una mujer que la iguale en esto. La señorita Harriet parece conocer que puede fiarse de sus atractivos naturales, sin que por esto muestre hacer alarde de ellos. ¿Quién piensa en su adorno cuando se pone la vista en su rostro? Por lo que toca a la mezcla de dignidad y despejo en su aire y modales, ningunas conozco comparables a estas dos jóvenes.

Clementina me pareció bella en extremo; pero la disposición algo extravagante de sus atavíos y algo de más brillante que yo no había visto nunca en sus ojos, donde sólo se advertía por lo común una brillantez serena, me hicieron temer más alteración en su imaginación que la que había esperado, cuya idea me causó al entrar alguna pena.

—¡El señor Grandison, amor mío! —le dijo la marquesa—: Clementina, recibe a nuestro amigo.

Clementina se levantó con un aire de dignidad y dulzura, y habiéndome yo acercado a ella no me rehusó su mano.

—El señor general y su esposa me han dado, señorita, las más finas expresiones para vos.

—Sin duda, os han recibido como a un amigo de toda la familia. Pero decidme, señor Grandison —sonriéndose—, ¿no ha sido más

dilatada vuestra ausencia de lo que habíais prometido?

—Dos o tres días nada más, señorita.

—¿Nada más, señor Grandison? Muy bien. Yo no os lo echo en cara. Nada tiene de extraño que un hombre tan deseado no sea siempre dueño de su tiempo.

Clementina pareció titubear, y miró a su madre, a mí y al suelo con una manifiesta confusión. Después, pareciendo dudar de su situación, volvió la cara llevándose a ella su pañuelo.

—La señora Beaumont —proseguí yo por divertir su pesar— os abraza con toda su ternura.

—¿Qué, habéis estado en Florencia? ¿La señora Beaumont, decís? ¡En Florencia! —y arrojándose a su madre le echó los brazos al cuello ocultando su rostro en su seno— ¡Oh, señora!, salvadme, salvadme de mí misma. Yo no sé ya dónde estoy.

La marquesa, besando sus mejillas y estrechándola en sus brazos maternales, procuró consolarla y le repitió muchas veces que estaría mejor dentro de un instante. Yo hice como que iba a retirarme, y habiéndolo aprobado la marquesa con una seña, pasé a una pieza inmediata; pero bien pronto fue Camilla a decirme que entrase. Yo encontré a su señorita sentada y con la cabeza apoyada sobre el hombro de su madre.

—Perdonad, caballero —me dijo—. Yo no estoy buena, lo veo. Pero no importa. Yo estoy mejor y peor de lo que estaba: peor, porque conozco mi desgracia.

Sus ojos habían perdido aquella brillantez que causaba una fantasía demasiado inflamada, y estaban abatidos, tristes e inundados de lágrimas.

Yo tomé su mano.

—No os aflijáis, señorita: vuestro restablecimiento se acerca; esos ligeros ataques del mal de que os quejáis indican que pronto va a terminar.

—Esa gracia pido al cielo. ¡Ah, señor Grandison! ¡Qué penas he causado a mis padres, a mis parientes, a vos y a todo el mundo! ¡Oh, cruel Laurana! Mas ¿por qué hablar de ella? Decidme: ¿es verdad que ha muerto?

—¿Deseas, querida mía, que sea así? —le preguntó su madre.

—¡Oh, no, no! Yo deseo que viva y se arrepienta del mal que me ha hecho. ¿No ha sido compañera mía en mi niñez? Ella me amaba en otro tiempo y yo siempre la he amado. Decidme, señor Grandison, ¿vive todavía?

Yo miré a la marquesa para consultarla sobre mi respuesta, y habiéndome manifestado su intención con los ojos, respondí que su prima Laurana vivía.

—Pues bien —prosiguió con viveza la noble Clementina—, eso es

un triunfo que se prepara para mí, porque el cielo es testigo de que la perdono. ¿Decís pues, señor Grandison, que esperáis mi restablecimiento y que el mal va a terminar? ¡Cuán consolatoria es esa esperanza para mí! —En esto, dejándose caer de rodillas junto a su madre, dijo alzando los ojos y las manos al cielo—: Dios omnipotente, imploro tu favor para mi curación con la única mira (tú penetras hasta lo más íntimo de mi corazón) de dar a los mejores padres y parientes la felicidad que les he quitado. Unid vuestras oraciones a las mías vos, señor, que sois el amigo de mi familia, y vos, señora, cuya ternura es tanta, suplicando al mismo tiempo que yo no haga nada que desagrade a la más indulgente de todas las madres.

La marquesa, enternecida hasta hacerme temer que necesitaría de socorro, se alivió por fortuna con sus lágrimas. Camilla, que estaba llorando también en un rincón del gabinete, se acercó a ruego mío y Clementina se aprovechó de esta ocasión para pedirle su brazo.

—Yo salgo —nos dijo—, pero quedaos, señor Grandison, que vuelvo al instante. Perdonadme, señora, yo no me siento enteramente buena —llevándose la mano a la cabeza—, y necesito de retirarme por un momento.

Nosotros, la marquesa y yo, quedamos tiernamente admirados de todo lo que acabábamos de ver y oír, y aunque no fuese menor nuestro dolor, nos consolaba el poder felicitarnos por las apariencias de un pronto restablecimiento. Clementina no tardó en volver sostenida por Camilla, quien por complacerla me preguntó si no estaba yo convencido de que su señorita gozaría bien pronto de una perfecta salud. Yo respondí que no me quedaba ya ninguna duda de ello, y la marquesa confirmó mi respuesta procurando con las más dulces promesas alentar un corazón abatido.

Pero mientras que se abandonaba a su ternura, creyó advertir en el continente de su hija, la cual que estaba inmóvil, y tenía los ojos bajos y aun cubierto de un hermoso rubor su rostro, que estaba meditando sobre alguna cosa, con cuyo motivo le preguntó que en qué pensaba.

—Yo no os lo ocultaré, señora —respondió Clementina en voz baja y tímida, pero que yo podía oír—: yo me alegraría mucho de tener un momento de conversación a solas con el señor Grandison, que es sujeto de tanto honor y bondad. Sin embargo, yo no lo desearé si vos no lo aprobáis, pues quiero dirigirme por vuestras órdenes. En realidad, ¿tengo yo vergüenza de mí misma, por tener algo que decir que no pueda oír mi madre? No, no, señora: mi corazón es parte del vuestro.

—A mi cara hija no se ha de contradecir en nada. Camilla, retírate conmigo —Y salieron ambas.

Clementina me mandó que me sentase junto a ella y la obedecí. En la situación en que yo me hallaba no me correspondía principiar la

escena, y así esperé sus órdenes guardando silencio. Clementina me pareció embarazada. Sus ojos se volvían a varias partes, se fijaban un momento en mí y después en el suelo o enfrente de ella. Yo creí que debía hablarle y le dije:

—Paréceme que la amable Clementina tiene algo en su pecho que desea comunicarme. Vos no tenéis, señorita, amigo más sincero y fiel que yo. Vuestra felicidad y la de mi querido Jeronymo me ocupan ahora solamente, y así honradme con vuestra confianza.

—Tengo algo que decir: tengo más de una pregunta que haceros; pero tenedme lástima, señor Grandison, que ya he perdido la memoria: ¡la he perdido del todo! Lo que tengo muy presente es que os debemos favores que nos es imposible recompensar, y este pensamiento me agita mucho.

—¿Qué he hecho, señorita, más que corresponder a la voz de la amistad, como cada persona de vuestra familia lo hubiera hecho en igual situación?

—Ese generoso modo de pensar aumenta la obligación. Decidme siquiera, señor Grandison, cómo hemos de manifestar nuestra gratitud, cómo he de mostrar yo la mía en particular y estaré más tranquila: de otro modo me es imposible estarlo jamás.

—¿Pues qué, señorita, no me creéis bien recompensado con el próximo y favorable suceso que todas las apariencias prometen a nuestros deseos?

—Tal puede ser vuestro parecer, mas por lo mismo es mayor nuestra deuda.

Considerad, estimado doctor, si no estaba yo como precisado a interpretar estas proposiciones en mi favor. Sin embargo, aun cuando la amable Clementina no hubiese tenido padres, aun cuando no hubiese dependido de nadie, no podía creerla bastante restablecida para determinarse por sí misma en situación tan delicada. Por tanto, aunque toda su familia me hubiese declarado que se conformaría absolutamente con sus deseos, ¿me permitía el honor aprovecharme del noble sentimiento de gratitud de que la veía penetrada?

—Si vos suponéis, señorita —respondí yo—, que vuestra familia me debe favores que le es difícil recompensar, la recompensa debe ser un acto de familia. Permitid que me refiera sobre esto a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestros hermanos y a vos misma: lo que resolváis de acuerdo tiene desde ahora mi aprobación.

Después de algunos momentos de silencio, dijo:

—Sí, señor, creo que... Pero he aquí mi dificultad: la recompensa es imposible; yo no puedo recompensaros: por desgracia, el asunto comienza a exceder mis fuerzas. Yo tengo altas ideas, señor Grandison, de lo que debo al cielo, a mis padres, a vos... Yo he comenzado a poner por escrito todo cuanto se me ha ocurrido sobre este importante

negocio. Yo quisiera conducirme con nobleza, ya que vos me habéis dado el ejemplo. Es necesario que continúe escribiendo mis pensamientos, pues no puedo fiarme de mi memoria: no, ni aun de mi corazón. Dejemos un asunto que me causa al presente demasiada aflicción. Primero hablaré de él a mi madre, mas esto no será al punto, y voy a suplicarle solamente que vuelva.

Clementina pasó de contado a la pieza inmediata, de donde volvió con la marquesa trayéndola de la mano.

—Perdóneme vuestra bondad —le decía al entrar—: yo tenía muchas cosas que decir al señor Grandison en el corto tiempo que he estado con él y de nada me he acordado. Yo no he debido acordarme en efecto de todo lo que no he podido decir delante de mi madre.

La marquesa sólo pensó en consolarla con las más tiernas caricias; pero comenzando a debilitarla mucho todos los esfuerzos que había hecho, se retiró precipitadamente. Camilla la siguió y un instante después entró a instar a la marquesa a que pasase también al gabinete, por lo cual no dudé de que habría habido algún accidente extraordinario. En efecto, la marquesa, después de haberme dejado solo un cuarto de hora entero, volvió consternada.

—¿Qué he de hacer, señor Grandison? Mi hija está peor que nunca: yo misma he observado síntomas que jamás he visto en ella.

—Paréceme, señora, que tiene en su corazón algún peso del que la es difícil exonerarse, y por tanto ella estará más tranquila cuando haya revelado su secreto. Vuestras tiernas instancias la estimularán a comunicároslo: yo paso al cuarto del señor Jeronymo, y cuando haya vuelto algo en sí, sabréis de ella misma lo que ha pasado entre los dos.

—Todo lo he oído, señor Grandison, y os miro como el hombre más noble. Sólo vos en el mundo es capaz de tanta bondad y desinterés a un tiempo. ¡Un acto de familia! Seguramente es menester uno, y contad con que no tardará en hacerse. Prometedme únicamente que la enfermedad de mi hija no disminuirá vuestro afecto y que se la permitirá permanecer católica. Por mi parte, estas dos condiciones son las únicas que exigiré. Todos los demás os instarán también a que abracéis nuestra religión, pero solamente por nuestro honor y por el decir de las gentes.

La llegada del marqués y del obispo interrumpió esta franqueza de su corazón. Yo les dejé suplicando a la marquesa les comunicase sus nuevos temores de que ella sólo me había informado a medias. Camilla, a quien encontré al retirarme, me dijo que su señorita estaba mucho mejor; pero que era evidente no se restablecería antes de efectuado el matrimonio. Jeronymo estaba durmiendo, y así me fui a mi posada después de haber hecho decir a la marquesa que volvería por la noche.

Carta LXXVIII
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 7-18 de julio.

Ahora es, querido amigo, cuando el asunto toca a su crisis. Al llegar se me dijo que se me esperaba en el aposento de la marquesa, donde su marido, a quien encontré solo con ella, me recibió con un aire tierno, pero serio, y me tomó de la mano para sentarme en una silla entre la de la marquesa y la suya. El obispo, el conde y el padre Marescotti entraron de contado, y contentándose con saludarme tomaron sus asientos.

—Querida mía —dijo el marqués dirigiéndose a su mujer; y después de titubear un momento comenzó ella:

—Nosotros no esperamos el perfecto restablecimiento de mi hija que dé... —Aquí se detuvo.

—Que dé nuestra condescendencia a todos los deseos de su corazón —prosiguió el obispo.

—Pues bien, continúa —le dijo la marquesa.

—¿Sería inútil —continuó— instar al señor Grandison sobre un punto tan ventilado, y que nos toca tan de cerca?

Yo bajé la cabeza confirmando lo que él decía con su silencio.

—¡Qué desgracia! —replicó.

—¡La mayor de todas las desgracias! —dijo el conde.

Entonces me preguntó el marqués qué seguridad podía yo darles de que su hija no sería pervertida, y yo respondí que el padre Marescotti prescribiría las condiciones.

—Mi conciencia —dijo el padre— no me permite consentir en este matrimonio; pero no obstante, el mérito y los generosos servicios del señor Grandison me quitan el ánimo para oponerme a él, y pido que se me permita callar.

—Mi situación es la misma —dijo el obispo—; mas la cualidad de hermano me hace olvidar la de prelado. Querido Grandison, ¿nos dais al menos libertad para responder a los curiosos que os miramos como un hijo de la Iglesia, pero que poderosas razones os impiden al presente el declararlo?

—Yo espero de vuestra bondad —le respondí— que de mí no exigiréis lo que no podría conceder sin perder parte de vuestra estimación. Si me honráis mucho con admitirme en vuestra ilustre familia, que no sea esto deshonrándome a mis propios ojos.

—Vos tenéis el ejemplo —me dijo el padre Marescotti— de muchos grandes príncipes, de Enrique de Francia y de Augusto de Polonia.

—Es verdad, padre mío; pero los mayores reyes no han sido grandes en todas las ocasiones de su vida. Una mudanza de religión les causa tanto menos escrúpulo que algunos apenas observan las

máximas…

El obispo me interrumpió.

—El señor Grandison y yo hemos hablado ya demasiado sobre ese punto, y yo vuelvo a la pregunta de mi padre. ¿Qué seguridad podemos nosotros tener de que mi hermana no será pervertida? El señor Grandison se refiere sobre esto al padre director y el padre se excusa a responder. Yo, señor Grandison, os pregunto, si prometéis que ni por vos, ni por los ministros de vuestra Iglesia, intentaréis nunca pervertir a Clementina. Vos le permitiréis un confesor; ¿y consentís en que lo sea el padre Marescotti?

—¿Y qué, el padre Marescotti estará dispuesto?

—Lo estoy, señor Grandison, para mantener a Clementina adicta a su fe, y esperanzado en convertir a un hombre que entonces será justamente querido de toda esta familia.

—No sólo condesciendo gustoso en esa proposición, sino que tendré a mucha dicha me proporcione el padre Marescotti ocasión para manifestarle todo el respeto que le profeso. Yo no tengo más de una cosa que pedir, y es que el mismo padre me prescriba sus condiciones, las cuales cumpliré, os lo aseguro, con la mayor escrupulosidad y exactitud.

—Jamás —replicó— habrá dificultades acerca de eso entre vos y yo.

—No podréis tenerlas sobre ese particular —dijo el marqués—, porque el padre Marescotti será siempre el director de esta casa.

—Yo no propongo al padre más que una sola promesa de su parte, y es que limitará sus cuidados a los que son de su religión, no entrando nunca en discusión ninguna con mis criados, vasallos y vecinos en un país donde la religión establecida es diferente de la suya. Yo podría confiar sobre esto en su propia moderación; pero sin la promesa que le pido, se vería quizá embarazada su conciencia, y yo creo deber tomar esta precaución por la tranquilidad de mi patria.

—Vosotros los ingleses, señor Grandison —me dijo el conde—, os quejáis mucho de las persecuciones de nuestra Iglesia; pero sin embargo, ¿cuán oprimidos no se hallan los católicos en Inglaterra?

—Yo tendría muchas cosas que decir sobre ese particular, mas me basta responder por mí mismo y por mi propia conducta.

—En orden a los criados de mi hija —dijo la marquesa—, creo poder prometerme que estarán a cargo del padre Marescotti, quien formará de ellos una pequeña iglesia alrededor de ella, para que conserve pura su religión en un país donde forzosamente estará expuesta a algún peligro.

—Sus criados y sus criados particulares —respondí yo— serán siempre de su elección, y si tienen una conducta juiciosa, no perderán nada en mirarme también como amo suyo. Si se conducen mal, es

justo que yo pueda considerarles bajo la dependencia mía, como bajo la de su ama; pues yo no he de estar sometido a sus caprichos. Si se creyeran independientes de mí, yo sería desobedecido y acaso insultado, y mi resentimiento por su insolencia se tendría quizá por odio a su religión.

Habiéndose arreglado en muy buenos términos este punto, añadí que si Camilla acompañaba a su señorita, tendría mucha confianza en su discreción.

—Como vos la tenéis también en el padre —me dijo el obispo—, nos lisonjeamos de que en Inglaterra no tendréis reparo en consultarle sobre los yerros que puedan cometer los criados de mi hermana.

—A eso no puedo obligarme; pues yo he de ser el juez de las costumbres y de la conducta de todos mis criados. Su independencia podría suscitar entre su ama y yo embarazos que jamás se originarían de otra manera. A mí me ha de corresponder la facultad de despedirles por una culpa grave. Yo no soy un hombre caprichoso, ni mi caridad se limita a los que profesan la misma religión que yo. Yo sé los miramientos que deben tenerse en un país remoto a extranjeros sobre los cuales se tiene algún poder, y acaso les irá mejor con el que yo tendré sobre ellos; pero los criados de mi mujer, aunque sea reina de todo el orbe, han de ser también míos.

—¡Qué lástima —dijo el padre Marescotti— que no profesemos todos una misma religión! Mas, señor Grandison, vos permitiréis al menos que cuando se ofrezca la ocasión, tome alguna parte en los negocios de esa naturaleza.

—Sí, padre mío, yo me dirigiré gustoso por vuestros consejos; pero ni aun al más sabio de todos los hombres concederé poder sobre mí en mi familia.

Mi modo de pensar pareció justo al obispo.

—Estamos de acuerdo —me dijo— sobre ese importante punto. ¿No son nueve meses los que os proponéis pasar en Italia?

—Esa promesa es en el supuesto de que Clementina no guste de estar más tiempo en Inglaterra, y entonces sólo estaré en ella tres meses. De otra manera, yo había propuesto que estuviésemos alternativamente un año en Inglaterra y otro en Italia.

—Nosotros no podemos desear —dijo el marqués— que el marido viva separado de su mujer. Clementina os acompañará sin duda a vuestro país de cada dos años uno; pero el primer año ha de ser para nosotros, y nosotros nos prometemos de vos toda especie de indulgencia con esta amable hija por miramiento a su salud tan débil.

—Permitidme que os haga otra proposición —continuó la marquesa—, y es que en este primer año que será para nosotros, induciréis a vuestras dos hermanas que se nos han pintado aquí como dos mujeres muy amables, y a vuestra misma pupila que puede mirarse como una

italianita, a que vengan a pasar parte del tiempo con nosotros. Vos amáis a vuestras hermanas, y yo me alegraría mucho de ver a Clementina antes de su partida familiarizada con las damas de vuestra familia.

—Mis hermanas, señora, son las mujeres más oficiosas, cuyo elogio debo hacer también de sus maridos, y no dudo de que adoptarán gustosas ese pensamiento. El tiempo que más os agradará para su visita es sin duda hacia el fin del primer año, pues además de la comodidad de poder prepararse para ella, tendrán entonces la doble complacencia de haber comenzado una feliz amistad con Clementina, y de poder acompañarla en su viaje a Inglaterra.

Esta proposición fue oída con muchos aplausos. Yo añadí que no dejaba de tener esperanzas de que en el año siguiente compondría alguien de la ilustre familia parte de la comitiva para que nada faltase a la satisfacción de una joven tan apreciable.

—¿Quién sabe —me respondió la marquesa— si mi esposo y yo seremos del número? Nos será bien difícil separarnos de nuestra querida hija. Sin embargo, estos mares...

El obispo interrumpiéndonos dijo que era menester dejar para lo sucesivo este cuidado, el cual dependería siempre de las circunstancias; y que entonces se había de tratar de la dote de su hermana.

—Es considerable —dijo el conde—, y cada uno de nosotros tendrá gusto en aumentarla.

—Si el cielo os da más de un hijo —prosiguió el obispo—, como vuestro caudal de Inglaterra bastaría para el uno, y el de nuestros abuelos que se ha dejado a mi hermana lo sería considerable para el otro, esperamos que uno de los dos se confiará a nuestro cuidado.

Todos los circunstantes tuvieron esta solicitud por muy razonable; pero yo dije que esto era lo que no podía prometer.

—La educación de los hijos —continué— sólo me corresponde a mí, como la de las hijas pertenece a la madre. Consiento en que los bienes de Italia se destinen para las hijas, en que sean educadas a vuestra vista y en que los hijos no tengan en ellos ninguna parte.

—A menos que no sean católicos —dijo el obispo.

—No, no, señor —le repliqué—: eso podría ser una tentación para ellos. Aunque estoy resuelto a dejar sobre el punto de religión la misma libertad a mis descendientes que se me ha dejado a mí mismo, yo no quiero que se me acuse de armarles un lazo. La cualidad de ingleses les excluirá de todo derecho a la sucesión de Italia, y este país tiene sin duda leyes que pueden corroborar esta disposición.

—Casándose Clementina —dijo el marqués—, Laurana nada tiene que pretender. Pero ¿creéis, señor Grandison, que es justo privar del derecho natural a hijos que aún no han nacido?

—Yo tengo, señor marqués, un caudal considerable, y aún espero heredar. Lo que no poseo no puede mirarse como mío. El matrimonio me dará el derecho, y las capitulaciones pueden modificarlo. Vos sabéis que las riquezas no llevan consigo la felicidad. Si mis descendientes no son dichosos con lo que puede bastarles, tampoco lo serán con una abundancia superflua. Yo me prometo que el señor Jeronymo se restablecerá, y como puede tomar estado de matrimonio, pasen en hora buena a él los bienes de Italia en el instante que me case. Si al recibirlos quiere mostrar alguna gratitud a su hermana, lo que haga por ella será únicamente para su uso sin ninguna dependencia mía. Si el señor Jeronymo muere célibe o sin hijos, pasen dichos bienes al general, que no podrán emplearse mejor, y por el consentimiento que yo prometo dar no saldrán de la familia.

Todos se miraron unos a otros con diferentes señales de admiración.

—Hermano mío —dijo el conde al marqués—, nosotros podremos abandonarlo todo a la generosidad de un joven de semejante carácter. Confieso que me confunde.

—El mejor medio y el más conforme también a la intención de los dos abuelos —prosiguió la marquesa— es el que el señor Grandison tocó primero, a saber, que los tales bienes se aseguren a las hijas. Nuestros dos hijos no tendrán nada que desear con nuestra herencia, y será una especie de recompensa a la generosidad del señor Grandison el que el patrimonio de los suyos no se disminuya con las dotes de las hijas.

Este expediente fue aplaudido por todos, y habiéndoseme propuesto lo aprobé.

—Ya veis, señor Grandison —me dijo el padre Marescotti—, con qué generosa familia vais a enlazaros. ¿Y qué sentimientos tan conformes a los vuestros no podrán moveros bastante para haceros católico? Su Santidad mismo, como a ello se obliga el señor obispo, recibiría vuestra confesión y se complacería de echaros sus bendiciones. Vos convenís en que pueden salvarse los que se hallan en el gremio de nuestra Iglesia, y nosotros creemos que nadie se salva fuera de su seno. Rendíos: llenad de alegría a esta familia; sed la felicidad de Clementina.

—¿Qué concepto, padre mío, formaríais de un hombre que sacrificara su conciencia a las mayores ventajas, a los mayores respetos humanos? Si pudiera persuadirme de que era indiferente... Pero dejemos este punto para otra ocasión en que pueda tratarse entre vos y yo como entre un padre y un hijo. Ahora no aumentéis mis penas poniéndome en la precisión de rehusar algo a esta cara y respetable familia.

—Padre mío —le dijo el obispo—, no insistamos más sobre ese

particular: vos sabéis qué conversaciones he tenido con el señor Grandison: él es invencible. Si en adelante hacéis mayor impresión en él, os deberemos toda nuestra felicidad —y dirigiéndose al marqués, le dijo—: ahora, señor, se trata de decir al señor Grandison lo que pensáis hacer por mi hermana fuera de las donaciones de sus dos abuelos.

Yo previne al marqués que se disponía a responder.

—Os pido por favor, señor, que no habléis ni una palabra sobre eso. Todos los proyectos que tengáis de esa naturaleza pueden ejecutarse anualmente, según creáis merecerlo mi conducta con vuestra hija. ¿No conozco yo la generosidad de toda esta noble familia? Yo quiero depender de vos. Yo tengo bastantes conveniencias para Clementina y para mí, o conozco mal su corazón. En todo cuando me decís no atendáis más que a vuestra propia satisfacción, y hacedme la gracia de omitir las particularidades de que no se haya hablado.

—¿Qué dirá mi hermana Sforza? —exclamó el conde—. Por opuesta que esté a este enlace, ¿podrá rehusar su admiración a tanta generosidad?

—¿Qué, señor Grandison —me dijo el obispo—, habláis en eso de veras?

—Muy de veras y lo pido por favor.

—Hagamos todo lo que guste —prosiguió—. Señor Grandison —apretándome la mano—, hermano mío, amigo mío (¿qué nombre debo daros?), nosotros cedemos a todos vuestros deseos. Ya llegará su vez a nuestra gratitud, y no dudéis de que se desempeñará. ¡Con qué ardor cumpliremos este deber! Pero vamos corriendo a alegrar el corazón de Jeronymo con la relación de todo lo que ha pasado. Esta conferencia había de hacerse tenido en su cuarto, y todo lo demás puede arreglarse en su presencia.

—Lo que nos queda que hacer —me dijo el marqués— es obtener el permiso de S. S., quien no lo ha rehusado en iguales casos; es decir, cuando los hijos o las hijas de un matrimonio han de ser educadas en la religión católica.

En esto pasamos todos al aposento de Jeronymo; pero yo no hice más que atravesarlo y me transferí al cuarto de Lowther para darles tiempo de hacer sus relaciones. Jeronymo mostró tanta impaciencia por verme que no tardaron en llamarme. Me estrechó en sus brazos como a su hermano, dándose y dándome mil enhorabuenas por su felicidad y la mía. En medio de sus caricias no pude menos de sentir alguna sorpresa, cuando el obispo que no pensaba podría yo oírlo, dijo a su madre:

—¡Ay, señora! ¡Pobre conde de Belvedere! ¡Cuál será su aflicción! Mas él se irá a consolar a Madrid con alguna dama española. ¡Pobre conde! Pero con razón no puede vituperarnos.

Mañana estoy convidado a tomar chocolate con Clementina, y acaso se nos dejará solos, o al menos yo no espero encontrar con ella más que a su madre o a Camilla.

¿Qué no daría, estimado doctor, por estar seguro de que la más excelente señorita de Inglaterra será feliz con el conde de D…, el único entre todos sus amantes que creo digno de tan precioso tesoro? Si la señorita Harriet pudiera quejarse de su suerte, y por culpa mía el recuerdo de todas mis precauciones no pudiese templar la amargura de mi corazón… Mas sobre todo, ¿qué excita en mí estas sospechas de ternura? ¿Y no debo yo tenerlas por impulsos de una vana presunción? No obstante, si el cielo ordena que mi suerte esté unida a la de Clementina, me causaría extremada satisfacción saber antes de la celebración de nuestro matrimonio que la señorita Harriet, condescendiendo a las instancias de los parientes del conde de D…, le había favorecido con su mano.

Se presenta una ocasión para enviar mis tres cartas a un tiempo. Adiós, queridísimo doctor. Aun en nuestras mayores satisfacciones los suspiros del corazón nos recuerdan nuestras debilidades: no es dado a la naturaleza ser más perfecta. Adiós, estimado amigo.

Continuación de la carta de Milady G…, en que estaban inclusas las tres anteriores.

Y bien, querida hermana, ¿qué dices de estas tres cartas? Yo quisiera haber estado contigo mientras las has leído para mezclar mis lágrimas con las tuyas por nuestra amable Harriet. ¿Por qué Charles se apresuraría a escribir? ¿No podía haber esperado las resultas de su próxima conversación con Clementina? ¿Cuál puede haber sido la ocasión para enviar cartas que creería capaces de causarnos una terrible incertidumbre? ¡Maldita sea la tal ocasión que fue tan oficiosamente a presentarse! Pero tierno como es, quizá se figuraría que era menester prepararnos para lo siguiente, de miedo de que fuese demasiado viva nuestra conmoción si no sabíamos el éxito hasta después de él. ¡Nosotras, hermana mía, ir a hacer la corte dentro de un año a milady Clementina Grandison! ¡Oh, pobre Harriet! ¿Y nos lo permitiría ella? Mas no sucederá nada de esto: no, no, es imposible. Pero silencio sobre este punto y hablemos de los hechos.

Cuando llegaron estas cartas de Londres, no hacíamos más que acabar de comer, y el doctor, que estaba con nosotros, se levantó y pasó a su cuarto. Todos estábamos con una extremada impaciencia, y después de haberle dado tiempo para leer cartas de una legua de largo, no viéndole volver, su lentitud me pareció insoportable. Nuestra querida Harriet dijo:

—Temo malas nuevas. Creamos que no ha sucedido ninguna desgracia al señor Charles, que Clementina no ha recaído, que el buen

Jeronymo... Me causa temor.

Yo tomé el partido de subir al cuarto del doctor, a quien encontré sentado con la espalda hacia la puerta, y luego que volvió la cara al oírme entrar, vi que estaba sumamente enternecido.

—Estimado doctor, por Dios, ¿cómo se halla mi hermano?

—No os inquietéis, milady: todos están buenos en Bolonia, o comienzan a estarlo; pero ¡válgame Dios!, yo me conduelo de la señorita Harriet.

—¿Pues qué, qué, se ha casado mi hermano? Es imposible: no lo creeré jamás. ¿Se ha casado mi hermano?

—No, señora, antes de escribirse estas cartas; pero todo está ya concluido. ¡Cara, cara señorita! Ahora es cuando se ha de hacer de vuestra grandeza de alma una terrible prueba. Sin embargo, Clementina es una señorita de un raro mérito. Por lo que hace a vos, milady, podéis leer estas cartas; pero me parece que no se deben comunicar a la señorita Harriet. Vos veréis al fin cuál es el embarazo de vuestro hermano entre su honor y su ternura.

Yo recorrí con mucha ansia las tres cartas.

—¡Oh, doctor! —le dije al acabar— ¿Cómo se ha de decir esto a la señora Selby, a la señora Shirley y a nuestra Harriet? Sin embargo, el retardarles la comunicación del contenido de las cartas sabiendo que son de mi hermano sería inquietarlas demasiado. Bajemos.

—Tomad vos misma las cartas, milady: vos sois tierna de corazón y se puede hacer confianza de vuestra prudencia. Yo os seguiré dentro de algunos momentos.

¡Excelente hombre! Sus ojos estaban arrasados en lágrimas. Yo bajé y encontré a mi marido al pie de la escalera.

—Charlotte, ¿cómo se halla Charles?

—¡Ay, milord!, todo está perdido. Mi hermano a la hora esta es marido de la señora Clementina.

No le hubiera abatido más un rayo.

—¡No lo quiera Dios!

Esto fue todo lo que pudo responder y se puso pálido como un difunto. Yo le amo por el afecto que profesa a mi Harriet.

—Las cartas —le dije— no hablan todavía de la celebración del matrimonio, pero todos están de acuerdo, y si Charles no se ha casado, se casará muy luego. Ve, milord, y di a la señora Selby que yo quisiera hablarle en el jardín de flores.

Entonces me dijo que Harriet había ido a dar un paseo al jardín grande con su prima Nancy; que habiéndome visto subir al cuarto del doctor, el cual tardaba tanto tiempo en volver, había necesitado de tomar el aire; que había dejado en la sala de comer al señor Selby, a su esposa, a Lucy y a Emily para salirme al encuentro y decirme cuán inquietos estaban todos. A la verdad, las lágrimas le corrían por sus

mejillas, y yo le alargué la mano con una mirada afectuosa; pues en este momento me agradó y le llamé *mi querido milord*. Creo haber oído decir a nuestra cara amiga que el temor dispone a la ternura, y esta nos hace volver en derredor de nosotros los ojos por ver si hay alguien que nos consuele.

Yo hallé a las personas que acabo de nombrar dispuestas a pasar al jardín.

—¡Oh, cara señora Selby! —dije al entrar—, ya está todo arreglado en Italia.

Al oír estas palabras enmudecieron todos a excepción de Emily, que dio a mostrar su dolor y estuvo cerca de desvanecerse, con cuyo motivo se llamó a su camarera y la retiraron.

Entonces dije al señor y a la señora Selby lo que había leído en la última de las tres cartas. El señor Selby mostró un vivo pesar.

—Yo no alcanzo —dijo— qué especie de honor pudo haber obligado al señor Charles a partir al primer aviso en vista de los tratamientos que había recibido de esos altivos italianos. Todo el mundo hubiera previsto que el asunto no podía concluirse de otra manera. ¡Pobre Harriet! ¡Qué fatal suerte la de una joven la más bella del universo! ¿Merecía ser desairada por la mayor *coqueta* de Italia? Consuélome con que ella es superior a ambos: sí, señora, lo sostengo: un hombre, aunque fuese un monarca, que es capaz de preferir otra mujer a nuestra Harriet no es digno de ella.

En esto se levantó y dio muchos paseos por la sala como atronado y con un triste aspecto. Después, volviéndose a su silla, dijo a su mujer:

—Vamos a ver qué efectos causa tan fatal nueva en el alma más noble, y cómo se sostiene en ella la dignidad de vuestro sexo por la que tantas veces has abogado. Pero ¡ay, Dios mío!, que mi idolatrada Harriet hallará una diferencia extremada entre la teórica y la práctica.

Lucy lloraba y su dolor la había hecho enmudecer. La señora Selby se enjugó muchas veces los ojos y me dijo por fin:

—Querida milady, ¿cómo participaremos esta noticia a Harriet? Es menester que la sepa de vos y con eso recurrirá a mí para que la consuele. Ten un poco de paciencia, Selby: tú no has tenido bastante miramiento al señor Charles Grandison.

Yo le pedí también que tuviese alguna indulgencia con mi hermano, haciéndole presente que más bien era digno de lástima, y le leí la conclusión de la tercera carta; pero con nada se le podía sosegar y continuó vituperando a Charles. En verdad, querida hermana, estos señores del mundo son más violentos, más injustos y de consiguiente más necios, más perversos y aun más niños que nosotras las mujeres, cuando no les salen las cosas a medida de su deseo.

Mientras que nosotros tratábamos sobre el modo de participar esta triste noticia a nuestra amable amiga, llegó la señora Shirley a la

quinta, y le comunicamos al punto el motivo de nuestro pesar; pero su grande alma no manifestó ninguna señal de sorpresa, y así nos dijo:

—No veo que haya más remedio que el de la paciencia: nuestra querida hija esperaba eso mismo. ¿Puedo yo leer la carta que contiene esa dolorosa nueva?

Yo le entregué las tres cartas y ella no hizo más que recorrerlas.

—Yo admiro al señor Charles —prosiguió—. ¡Qué felicidad hubiera sido la nuestra, si el cielo hubiese oído nuestras súplicas! Pero ya te acordarás, Marianne, de que muchas veces nos hemos compadecido de la virtuosa Clementina. Bien se echa de ver que la generosa atención del señor Charles con Harriet cuesta algo a su tranquilidad. Mas ¿dónde está pues mi querida hija?

Yo salí a buscarla y la encontré en la escalera.

—Tu abuela, querida mía...

—Sí —me interrumpió—: sé que ha llegado y yo venía corriendo a rendirle mis respetos.

—Pero ¿cómo te hallas, Harriet?

—Bastante bien después que he tomado el aire. Envié a pedir noticias al doctor y me ha comunicado que el señor Charles goza de perfecta salud y que todos sus amigos lo pasan mejor, por lo cual estoy más tranquila.

Al decir esto echó a correr hacia su abuela con la alegría que tiene siempre en verla, y le pidió su bendición con una rodilla en tierra, como no deja nunca de hacerlo.

—¿Qué aire trae por fortuna mi querida madre a su hija?

—Como el día es muy bello, creí que el aire junto con el placer de ver a mi Harriet sería bastante provechoso para mi salud. Sé, amor mío, que tienes cartas de Italia.

—Yo no, señora: el doctor Bartlett las ha recibido, y verosímilmente no debo saber lo que contienen, cuando no se me ha participado. Sin duda traen alguna cosa que no me agradaría; pero una vez que todos están buenos, soy capaz de tener paciencia por lo demás. El tiempo nos lo dirá todo.

El doctor Bartlett, que admira a esta anciana señora tanto como ella le admira a él, llegó inmediatamente a cumplimentarla, y entonces me entregó ella las cartas, que yo di a hurtadillas al doctor sin que Harriet lo advirtiese.

—Se me ha dicho —dijo esta— que mi Emily ha estado muy mala, y salgo por un instante a saberlo de ella misma.

—No, amor mío —le dijo su tía deteniéndola de la mano—, Emily estará aquí al momento.

Este apresuramiento por detenerla la hizo concebir nuevas sospechas, y nos miró sucesivamente.

—Advierto —nos dijo— en los ojos de todos un aire de compasión

que precisamente quiere decir algo, y si recae sobre mí, suplico que por una ternura mal entendida no sea yo la última a quien se tenga la bondad de informar de ello. Pero yo adivino... —con una sonrisa forzada.

—¿Qué adivina mi Harriet? —dijo su tía.

—El doctor —respondió ella— me ha enviado a decir que Charles lo pasa bien, y que sus amigos tienen el gusto de empezar a restablecerse, en cuya atención no es difícil inferir del silencio que se guarda sobre el contenido de las cartas, que Charles se ha casado o está para casarse. ¿Qué decís, estimado doctor?

Este no dio ninguna respuesta, pero tenía sus ojos llorosos. Harriet se volvió a nosotros y nos vio a todos con el pañuelo en los nuestros. Su tío, habiendo dejado su silla, se estuvo en pie cerca de una ventana con la espalda vuelta a nosotros.

—Ese lenguaje es bastante claro —prosiguió la incomparable Harriet—, y veo que ahora todos se aquejan por mí. Mi gratitud por esto es extremada y no la creo menos justa siendo el sujeto el señor Charles Grandison. Así pues, estimado doctor —continuó, poniendo una mano sobre la de este—, él está actualmente casado. Dios omnipotente —alzando afectuosamente los ojos al cielo—, os pido su felicidad y la de Clementina. Ea pues, mis caros amigos, ¿qué veis aquí de contrario a mis esperanzas?

Su tía la abrazó tiernamente; su tío corriendo a ella la estrechó entre sus brazos; su abuela, que estaba sentada, tuvo los suyos abiertos y la amable Harriet se arrojó a ellos hincando una rodilla; pero después de haber vuelto a dar gracias a todos, pidió permiso para retirarse por algunos instantes. Su tía la detuvo de la mano, diciéndole que el señor Charles aún no estaba casado.

—Pero... si ha de estarlo —la interrumpió—, ¿no se puede decir que ya lo está?

En esto entró Emily. Había hecho esfuerzos para serenarse de su agitación y tal vez pensaba haber recuperado toda su presencia de ánimo; mas a la vista de su querida Harriet perdió todo su valor, y empezó otra vez a llorar y sollozar. Quiso salir para ocultar sus lágrimas, pero deteniéndola Harriet y tomándola en sus brazos, la exhortó a que se animase y a que pidiese a Dios como ella por la felicidad ajena, y aun a que se alegrase de esta.

—Yo no tendré consuelo jamás —le respondió sencillamente la preciosa niña con nuevos sollozos—: por vos es por quien me aflijo; yo aborrezco a estas italianas: yo sería la mujer más feliz del mundo si vos fuerais milady Grandison.

—Ahora que Harriet sabe lo peor —dije yo al doctor—, ¿no podemos comunicarle las cartas?

—Yo os lo suplico —me interrumpió la señora Shirley—: ya veis

que nuestra Harriet tiene un corazón noble.

El doctor respondió que lo dejaba a nuestro arbitrio y nos entregó las cartas.

—Yo, que las he leído —dije—, voy a pasar al jardín con Lucy, Nancy y Emily, y dejaremos juntas a las señoras Shirley y Selby, y a Harriet.

El doctor, a quien yo propuse que me siguiese, se volvió a su cuarto. Lucy mostró algún deseo de quedarse, y los ojos de Harriet manifestaron desearlo también. Yo salí con las otras dos, a las cuales referí todo lo substancial de las cartas. Mi marido fue adonde estábamos y no tomó menos parte que nosotras en nuestra aflicción, por manera que sólo quedaron con Harriet consoladores que la animaron y alentaron; pues su abuela y su tía habían aplaudido siempre la preferencia que ella daba a Clementina por causa de su enfermedad. Jamás ha habido en una misma familia tres mujeres tan admirables como la señora Shirley, la señora Selby y Harriet; pero el señor Selby no está satisfecho de que Charles amando a Harriet, como es evidente que la ama, se hubiera determinado tan fácilmente a partir a Italia. Su pesar es hijo del mismo afecto que profesa a Charles y del que tiene a su sobrina; pero no hay necesidad de decirte que por apreciable que sea, no es su alma ni la mitad tan grande como la de cualquiera de las tres mujeres nombradas.

A nuestra vuelta te habías de haber maravillado de ver a Harriet llevarse a Emily aparte para consolarla y hacerle presente las circunstancias que parecían haber arrastrado a Charles, haciendo después el mismo oficio con su tío. ¡Cuánto brilló esta generosa joven a los ojos de todos los circunstantes!

Cuando se vio sola conmigo, me habló del penúltimo párrafo de la tercera carta, en que se hace mención de ella con tan viva ternura y en términos tan dignos del más culto de todos los hombres que muestra un extremado respeto a ella y a su sexo, y se vitupera a sí mismo la presunción de haber osado suponer que Harriet es digna de lástima y que esta le tiene parte del afecto que él le profesa.

—Es cierto —me dijo— que el señor Charles no ha visto como tú y Caroline todo el fondo de estimación que yo le tengo. ¿Y cómo lo había de haber visto? —prosiguió—. Tú sabes que nosotros rara vez estábamos juntos, y debiéndole yo tantos favores no pudo atribuir mi respeto sino a la gratitud. Mas no hay duda en que me ama. ¿No piensas tú lo mismo? Y acaso me habría preferido a todas las demás mujeres, si no se hubiese visto precisado por las circunstancias. ¡Que el cielo le colme de bendiciones! —añadió—: es mi primer amor y jamás tendré otro. No condenes esta declaración, mi querida Charlotte. Tú me has vituperado ya una vez de romancera, pero considera que el sujeto es el señor Charles Grandison.

A pesar de todas estas apariencias de fortaleza se advierte fácilmente, querida hermana, que las horas solitarias de esta amable niña son una penosa carga para ella. Harriet ha tomado el hábito de suspirar, se levanta con los ojos hinchados, el sueño la abandona y el apetito le falta, cuyos síntomas no se ocultan a ella misma, como se infiere de los esfuerzos que hace por ocultarlos. ¡Qué, es preciso que Harriet Byron con una belleza incomparable, con una salud tan florida, con un genio tan igual, con pasiones tan fáciles de gobernar; que Harriet Byron, generosa, reconocida hasta el heroísmo, superior a cualquiera otra mujer en franqueza de corazón y en verdadera delicadeza, y de un juicio y de una prudencia que aventajan a su edad; es preciso, digo, que se vea sacrificada como una víctima inocente en el altar de un amor, sin esperanza de obtener correspondencia! Su situación me despedaza el alma, y no puedo soportar este triunfo del otro sexo, aunque el querido sea mi hermano. Mas en realidad este no lo es para él; pues por el contrario parece que su corazón verdaderamente noble padece un mortal dolor, por no poderse dar todo entero a esta excelente joven.

El señor Deane llegó aquí esta mañana: es un hombre de mérito. En un momento de conversación en que me habló con franqueza, supe de él que siempre ha tenido ánimo de nombrar a Harriet por su principal heredera, y habiéndome informado de sus facultades veo que son considerables. Conozco que la verdadera política consiste en ser buenos. Mozos y viejos, pobres y ricos, todo el mundo idolatra a Harriet.

El señor Deane está inquieto en extremo por su salud, que declina visiblemente, y la cree *en consunción;* pero ella misma y todos nosotros estamos convencidos de que su mal no corresponde a la medicina. Harriet aparentó sorprenderse cuando el señor Deane se explicó sobre sus temores, con el fin, según ella me ha confesado, de evitar las instancias de un tierno afecto que querría obligarla a consultas por una enfermedad que sólo pueden curar la paciencia y el tiempo.

¿Qué será de la señora Olivia, cuando sepa lo que pasa en Bolonia? Ella tiene sus emisarios que no la permitirán ignorarlo mucho tiempo. ¡Cuáles serán sus transportes! Yo supongo que teniendo tú correspondencia con ella no se pasará mucho tiempo sin que te moleste con sus invectivas.

Todos os desean ver aquí a ti y a tu lord. Por mí, mi mayor impaciencia es por volveros a ver a ambos, o por decirlo mejor, por veros llegar para verme. Vosotros no podríais encontrarme en un tiempo más favorable para mí. No tengo, bendito Dios, la menor diferencia con mi marido, de suerte que no nos oiríais sino todo lo que os agrada: *Milord... amor mío, tú no me pides nada... ¡Tú me previenes, milord, en todos mis deseos!* Yo le he advertido con mucha ternura

algunas de sus faltas y me ha dado gracias por la instrucción, estando resuelto, según dice, a ser todo lo que es necesario para agradarme.

Yo he hecho descubrimientos favorables para él; pues he notado que tiene más ingenio, más gracia, más razón y conocimiento de lo que yo creía, y que ni aun había sospechado, cuando tenía más motivo para buscar todas estas prendas. Él me concede una porción muy grande de juicio, y bien te harás cargo de que en vista de dichos descubrimientos no puede dejar de hacerlo. En una palabra, nosotros hacemos tan monstruosos progresos en nuestro comercio de estimación que con poco que continúen, nos será difícil reconocernos por el mismo hombre y la misma mujer que hicieron algunos meses hace un papel tan extravagante a los ojos de los espectadores en la iglesia de St. George. Será menester volvernos a casar para asegurarnos el uno del otro; pues cree que no quisiéramos parecer otra vez tan necios como lo fuimos entonces. Lo que le ensalza mucho en mi concepto es el buen juicio que parece han formado aquí todos de él. Se le tiene por hombre de razón, por hombre de buen genio y (¿lo creerías?) por un hombre de muy bella cara. Todas las gentes de esta casa están reputadas por muy sensatas y de grande penetración, por manera que yo no puedo contradecirlas sin hacerme agravio a mí misma.

Tú sabrás con gusto que Emily, siempre cuidadosa de imitar a su modelo, será una excelente casada y una muy buena madre de familias. Harriet es sin duda una mujer sin igual en punto de economía doméstica. A su llegada volvió a tomar para aliviar a su tía la dirección de los criados, cuyo oficio tenía antes de su ida a Londres. Hasta ahora me había creído bastante inteligente en esta materia; pero ella me ha cerrado para siempre la boca, y su manejo va acompañado de tanta dignidad y dulzura que es adorada de toda la casa. Sin embargo, apenas puedo comprender dónde encuentra tiempo para esta multitud de cuidados, porque nunca deja de acompañarnos; mas con poca pasión a la cama, mucho orden y despejo sin precipitación, nada es difícil.

Tu carta se me ha entregado en este momento. Ya había yo previsto cuáles serían las inquietudes de Olivia. Sin duda ha recibido algunas noticias de Bolonia; pues si no, ¿a qué había de dejar tan pronto la Inglaterra, habiendo resuelto esperar aquí la vuelta de Charles? ¡Infeliz mujer! Harriet se compadece de ella; pero ¿quién es el desgraciado de quien Harriet no se compadezca?

NOTA. *Se encuentran aquí algunas cartas más agradables que útiles para sostener el interés. La una es de la condesa de D..., que no perdiendo de vista el matrimonio de su hijo, se esfuerza a combatir el amor de Harriet a Charles con razonamientos tomados de la naturaleza de esta pasión y de los embarazos en que no ignora se halla Charles. Las otras son*

de varios sujetos, y tratan de asuntos muy diversos del principal. Milady G..., habiendo dejado por fin la quinta de Selby, escribe también a Harriet, con quien se había quedado Emily, y le dice mil cosas festivas. Harriet le da una respuesta más seria que se resiente de su situación. El mayor elogio que debe hacerse aquí del autor es con respecto a los caracteres, que están muy bien sostenidos; pero siendo todo esto accesorio a la situación de Charles, se vuelve por fin a ella con una carta suya al doctor Bartlett.

Carta LXXIX
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 8-19 de julio.

Yo siento mi corazón más triste que lo ha estado jamás. ¿Qué nombre ha de darse a la felicidad de que no se puede gozar sin causar la desgracia de otro? Informado el conde de Belvedere de la dichosa mudanza de Clementina y de que según todas las apariencias será el premio de los servicios de un hombre a quien atribuye toda la familia su restablecimiento, llegó ayer noche a esta ciudad y me envió a decir incontinente que pensaba hacerme hoy una visita.

Esta mañana he recibido por Camilla un mensaje de Clementina suplicándome que difiera para la tarde la vista en que convenimos ayer. Yo pregunté a Camilla si sabía la causa de esto y por qué se me enviaba esta orden tan temprano; y me respondió que sólo era de su señorita y que nadie tenía en ella la menor parte.

—Su señora madre —prosiguió— le dijo ayer noche que todo estaba concluido, que su suerte estaba en su mano, y que vos teníais permiso para verla hoy por la mañana a fin de saber sus intenciones de ella misma, con cuyo motivo se echó a los pies de su madre, mostrándose vivamente agradecida por el afecto y la bondad de su familia; pero desde este instante la hemos visto en una disposición del todo diferente, pues se ha vuelto grave y reservada, aunque deseosa de escribir, lo cual hizo lo restante del día para poner en limpio lo que había apuntado en su librito de memoria.

»—Mañana —me decía algunas veces—, mañana, Camilla, será un gran día. ¡Que no haya ya llegado! Sin embargo, lo temo. ¿Cómo sostendré yo una conversación de tanta importancia? ¿Qué haré para ser tan grande y generosa como Grandison? Su bondad me inflama y llena de emulación. ¡Cuánto tarda el día! ¡Y que no haya pasado!

»Con esto estuvo mucha parte de la noche. Creo —continuó Camilla— que ha extendido algunas condiciones con ánimo de hacéroslas firmar; mas por algunas palabras que se le han escapado, oso decir que son dignas de su alma generosa, y que vos advertiréis en ellas menos de dureza que de capricho.

»Me costó mucho trabajo —prosiguió la fiel Camilla— persuadirla cerca de media noche a que durmiese un poco. A las cuatro de la mañana se levantó y volvió a tomar la pluma, y cerca de las seis me mandó venir. Yo le hice presente que era demasiado temprano, y la insté a que esperara se levantase su madre; pero me rogó no la contradijese, y considerase que su madre lo dejaba todo a su voluntad. Así, señor Grandison —concluyó Camilla—, ya he desempeñado mi deber. Veo que exige precauciones este importante asunto, mas vos no necesitáis de consejo en tan delicada coyuntura.

Habiendo interrumpido a Camilla la llegada del conde de Belvedere, me dejó para volver a sus quehaceres.

A las diez.

El conde, a quien recibí con todas las atenciones posibles, sólo correspondió a ellas con cierto aire de frialdad y descontento. Sorprendido de no ver en él la política y agasajo que siempre me ha manifestado, le di a entender algo de mi extrañeza, y me preguntó si le informaría fielmente de los términos en que me hallaba con Clementina.

—Fielmente, sin duda —respondí—, supuesto que yo os hable de eso; mas la disposición en que os veo no me permite acaso satisfaceros sobre tal punto.

—Yo os dispenso de darme otra respuesta —me replicó—. Vos me parecéis seguro de vuestra ventaja; pero Clementina no será vuestra, mientras me quede un soplo de vida.

—Después de tantas vicisitudes, señor conde, después de tantos incidentes y de tantas escenas para que no he dado motivo, nada puede sorprenderme; pero si vos tenéis alguna pretensión que hacer o algo que pedir sobre ese particular, no es a mí sino a la familia del marqués de la Porretta a la que habéis de dirigiros.

—¿Creéis, señor Grandison, que no advierto la ironía de ese lenguaje? No obstante, sabed que a excepción de una sola están de mi parte todas las personas de la familia. Además, yo debo ser preferido por todas consideraciones, y vos únicamente tenéis en vuestro favor vuestros generosos servicios que no niego, y tal vez las gracias de vuestra persona y de vuestros modales.

—Esas prendas, señor conde, verdaderas o no, sólo pueden vituperarse en los que quieran valerse de ellas. Mas permitid que os haga una pregunta: si vos no tuvierais más obstáculo que yo, ¿tendríais alguna esperanza de merecer el afecto de Clementina?

—Mientras que no esté casada, puedo esperar. No dudo de que sería mía a no haber vos vuelto a Italia. Vos no ignoráis que su enfermedad no hubiera sido capaz de detenerme.

—Yo no tengo nada que vituperarme en mi conducta, y para mí el

punto más esencial es que no estoy obligado a dar a nadie cuenta de ella. No obstante, si tenéis alguna duda sobre mi modo de portarme, informaos. Yo profeso tanta estimación al conde de Belvedere que deseo sinceramente merecer la suya.

—Pues decidme, señor Grandison, cómo os halláis actualmente con Clementina, qué se ha resuelto entre vos y la familia, y si Clementina se ha declarado por vos.

—Clementina aún no se ha franqueado conmigo. Yo repito que la estimación del conde de Belvedere es muy preciosa para mí, y así me explicaré con más ingenuidad de la que él debe prometerse del mal humor que parece le domina en esta visita. Para esta tarde se me ha prometido una conversación con Clementina: todo está ya arreglado entre su familia y yo, y me he impuesto por regla tener los impulsos de un alma tan pura aunque fuera de su estado natural por un decreto de la Providencia. Hasta el presente los míos han sido puramente pasivos; pero ya no me permite el honor contenerme dentro de estos límites. Esta tarde, señor conde...

—¡Esta tarde! —con voz alterada— ¿Qué, esta tarde?...

—Decidirá de mi suerte respecto a Clementina.

—¡Vos me volvéis el juicio! Si sus parientes están de vuestra parte, es más bien por necesidad que por elección; pero si la dejan a su libertad, yo estoy perdido.

—Supuesto que Clementina se declare por mí, esta es una razón, señor conde, que no tiene réplica; mas las circunstancias no me parecerán muy felices, si como decís, obtengo contra el gusto de la familia el honor de ser admitido en ella, y aún menos felices si mi buena fortuna ocasiona la desgracia de un hombre como vos.

—¿Qué, señor Grandison, es hoy cuando habéis de ver a Clementina para declararle vuestra intención? ¡Esta tarde! ¿Y habéis de solicitarla e instarla para que sea vuestra? Mi religión, el honor de mi país... Expliquémonos, señor Grandison: es menester convenir en algo: os lo digo con un mortal sentimiento, pero es menester. Vos no os excusaréis a reñir conmigo. Aún no se ha dado el consentimiento. Vos no privaréis de este tesoro a la Italia. Hacedme el honor de salir en este momento conmigo.

—¡Desgraciado conde! ¡Cuánta lástima os tengo! Vos sabéis cuáles son mis máximas. Es cosa dura en vista de la conducta que he tenido verse solicitado... Haced que os informe de todos mis procedimientos el obispo, el padre Marescotti, y aun el general mismo, que siempre ha sido de vuestros amigos, y que era otras veces tan poco de los míos. Lo que les ha hecho tomar una determinación tan contraria a sus deseos, como vos pensáis, no dejará de hacer fuerza en un alma tan noble como la del conde de Belvedere; pero cualquiera que sea vuestra resolución después de dichos informes, os declaro desde luego que

jamás aceptaré vuestra cita sino como amigo.

El conde se volvió vivamente conmovido y se paseó por el cuarto como un hombre irresoluto. Por último, acercándose a mí como atolondrado, me dijo:

—Voy en este instante a ver al padre Marescotti y al obispo para hacerles ver mi desesperación, y si pierdo la esperanza... ¡Oh, señor Grandison! Lo repito: Clementina no será vuestra mientras yo viva.

Al salir, miró a todos lados, como si hubiese temido que le hubiera oído alguien más que yo, aunque no había nadie con nosotros, e inclinándose a mí añadió:

—Mas vale morir de vuestra mano que de...

No acabó, y sin darme tiempo para responderle me dejó con tanta celeridad que cuando llegué a la puerta, ya había desaparecido. Como había venido a pie, un criado que había traído consigo dijo a los míos que la señora Sforza había ido a verle a Parma, y que después de esta visita se había notado en su humor una mudanza que tenía inquieta a toda su familia.

Decidme, estimado doctor, cómo los temerarios viven tan tranquilos, cuando con tantas precauciones para evitar embarazos y tanta repugnancia a toda especie de ofensa apenas he logrado librarme de una dificultad, me veo ya en otra. ¿De qué no son capaces las mujeres cuando intentan mover discordias entre amigos? La señora Sforza es una mujer altiva e intrigante, y no la acomoda que se case nunca Clementina. No obstante, el conde de Belvedere es naturalmente tan frío, tan pacato, que no ignorando las miras de esta señora no sé con qué artificios haya podido encender tan viva llama en alma tan pacífica.

Ya urge la hora de irme al palacio de la Porretta. La relación de Camilla no me tiene tranquilo. ¿No indica en su señorita una imaginación demasiado acalorada para ocasión de tanta importancia? ¿Y no debo yo temer que nada menos se halle que restablecida?

Carta LXXX
Charles Grandison al doctor Bartlett

En el mismo día por la noche.

Yo quisiera serenarme, mi estimado y venerable amigo, para haceros una circunstanciada relación que os causará asombro. Clementina es la mujer más admirable del mundo. ¿Qué sucederá por fin?... Pero yo necesito de un corazón más tranquilo y de una mano más firme para poder continuar.

Ya me hallo algo menos inquieto; pero mis primeros renglones

quedarán para que forméis juicio de la conmoción de mi espíritu, cuando al llegar a mi posada quise escribiros mil cosas que acababan de pasar a mi vista.

Camilla me esperaba en la primera sala con orden de llevarme al cuarto de la marquesa, donde la hallé con el marqués y el obispo.

—¡Oh, señor Grandison! —me dijo—: una visita del conde de Belvedere nos ha inquietado en extremo. ¡Cuán digno es de lástima! Nos ha dicho que os había visto en vuestra posada.

—Es cierto, señora.

Entonces conté a ruego del obispo todo lo que había pasado entre nosotros a excepción de sus últimas palabras, por las cuales creí deber entender que quería más bien morir de mano ajena que de la suya.

Ellos manifestaron la parte que tomaban en su pesar y su inquietud por mí; pero no noté que este incidente hubiese alterado en contra mía sus disposiciones. Habían declarado al conde que pareciendo depender el restablecimiento de su hija de la completa satisfacción de sus deseos, estaban resueltos a no oponerse en ningún modo a ellos.

—La visita de este desventurado amigo —me dijo la marquesa— y sus furores, que me han lastimado tanto más que le creo amenazado de la enfermedad de mi hija, me ha impedido ver a Clementina en dos horas. Yo iba a su cuarto cuando llegasteis, pero Camilla irá por mí.

»Esta mañana —continúo la marquesa—, en la conversación que tuve con ella, se excusó por haberos enviado a Camilla para suplicaros que difirieseis vuestra visita hasta la tarde. Según me dijo, no estaba preparada para recibiros. Yo le pregunté de qué preparativos necesitaba para ver a un hombre que todos estimábamos y que había manifestado siempre tenerla el mayor respeto; y me respondió que, habiendo de veros con un aspecto con el cual nunca se le había permitido miraros, tenía muchas cosas que deciros y temía no poderlas traer a la memoria; que había escrito parte de ellas, pero que aún no estaba satisfecha de sí misma; que vos erais grande y que ella quería esforzarse a no serlo menos; que la libertad que nosotros le dábamos aumentaba su embarazo, y que ya había deseado muchas veces se hubiese pasado el día.

»Yo le propuse —prosiguió la marquesa— que se tomase más tiempo, una semana o un mes, y me dijo: «No, no, señora, yo estaré dispuesta a verle dentro de un poco. Que venga: yo siento mi cabeza bastante buena; ¿y quién sabe si estaré pero mañana o dentro de una semana?»

Cuando volvió Camilla, se le preguntó en qué disposición había dejado a su señorita, y nos dijo que la había encontrado muy pensativa, pero con la imaginación viva y agitada; que parecía muy ocupada de la visita que se acercaba, y que en una media hora había preguntado tres veces si el señor Grandison había ido; que ella leía

muchas veces lo que había escrito; que lo ponía sobre su mesa y lo volvía a tomar; que se levantaba algunas veces y se paseaba un poco por su cuarto, ya con un aire de dignidad, ya con la cabeza inclinada; que en la última hora había llorado muchas veces; que en otros momentos suspiraba; que no estaba contenta con su traje, el cual había querido primero que fuese negro y después de color; que en seguida había pedido un vestido azul y plateado, y que por fin había escogido uno de raso blanco y liso.

—Parece un ángel en este traje —concluyó Camilla—; pero ¡cuánto sería de desear que se advirtiese alguna más serenidad en sus ojos y movimientos!

—Preveo algún embarazo para vos —me dijo el obispo—. Todas esas agitaciones muestran que aún está algo alterada su imaginación. No obstante, tan cerca de una vista que se ha de concluir con una declaración en favor vuestro, dan a conocer cuánto se interesa su corazón en este acontecimiento. ¡Ojalá dependa de él vuestra felicidad y la suya!

—Yo no temo nada tocante a la felicidad de mi hija —dijo la marquesa— en cuanto dependa del señor Grandison, pues no dudo del tierno afecto que le profesa.

—Paréceme —dijo el marqués— que pudiéramos permitirle llevar a su mujer a Inglaterra por los seis primeros meses con condición de traérnosla por los otros seis. Esto podría hacer tomar un nuevo curso a sus ideas; pues la vista continua de unos mismos lugares y de unas mismas personas es capaz de contristar su corazón. Añado que su ausencia serviría a mitigar el sentimiento del pobre conde de Belvedere.

El obispo alabó este pensamiento. La marquesa no hizo más objeción que la de su ternura, y se resolvió que se dejase esto también al arbitrio de Clementina.

—Camilla —dijo el marqués—, ya es hora de decir a mi hija que el señor Grandison espera su permiso para verla. ¿Consentís en ello? —me preguntó atentamente.

Camilla no volvió de contado, y a su vuelta nos hizo una nueva pintura de las agitaciones de su señorita que concluyó rogando a la marquesa subiese a su cuarto.

—Si esta fuese vuestra primera conversación —me dijo el obispo— no me sorprendería semejante alteración; pero es menester confesar que el mal se presenta bajo una extraña variedad de formas.

La marquesa subió con Camilla y casi al punto me envió a decir que fuese. Salióme al encuentro en la puerta del gabinete, y retirándose me dijo en pocas palabras:

—Creo le agradará más que os deje solo con ella; yo no me alejaré, y Camilla me acompañará en la pieza inmediata.

Al entrar en el cuarto, vi a Clementina en su tocador, pero sumergida en sus reflexiones y con la cabeza apoyada sobre su mano. A mi vista se extendió por sus mejillas el más gracioso rubor. Levantóse, me hizo una profunda reverencia, y se adelantó algunos pasos hacia mí; mas estaba temblando y miraba rápidamente a todas partes. Yo me acerqué a ella y, tomando respetuosamente su mano con las dos mías, la estreché contra mis labios.

—¡Ah, señor Grandison! —me dijo volviendo un poco la cara, pero sin retirar su mano. No dijo más nada, y como contenida por el embarazo de explicarse, dio un suspiro.

Yo la llevé a su silla y tomó asiento continuando su temblor.

—¡Qué de gracias doy al cielo —dije inclinando mi cabeza sobre sus dos manos que yo tenía entre las mías— por haberme dejado ver esta feliz mudanza en tan preciosa salud! ¡Ojalá que concluya su obra!

—¡Feliz vos mismo —me dijo—, feliz porque os ha dado prendas para captar la voluntad de todo el mundo, como habéis sabido hacerlo! Pero ¿cómo?... ¿Cómo podré yo?... ¡Oh, señor Grandison! Vos sabéis los afectos que no han cesado de despedazar mi corazón desde que... no me acuerdo desde cuándo... ¡Ay, señor!, las fuerzas me faltan... —Aquí se detuvo, lloró y como que perdió el habla.

—En vuestra mano está, señorita, hacer dichoso a este mismo hombre a quien atribuís favores que habéis ya más que recompensado.

Yo me senté junto a ella, por haberme hecho seña de que lo hiciese.

—Hablad, señor Grandison. Mi espíritu está combatido de vehementes afectos. Decidme, decidme todo lo que me tenéis que decir. Mi corazón —llevándose a él la mano— está oprimido en su prisión: me parece sentir que le falta espacio. No obstante, se halla imposibilitado de explicarse. Hablad y yo os escucharé con atención.

—Toda vuestra familia está de acuerdo, señorita. Se me permite abriros mi pecho y espero ser oído con bondad. El padre Marescotti me favorece con su amistad, y las condiciones son las mismas que propuse al restituirme a mi patria —Ella inclinó la cabeza y pareció aumentarse su atención—. De cada dos años uno yo seré feliz con mi Clementina en Inglaterra.

—¡*Vuestra Clementina,* señor! ¡Ay, señor Grandison! —Aquí volvió la cabeza, poniéndose encarnada— ¡Vuestra Clementina, señor! —repitió, y me pareció ver un aire de alegría en su rostro. No obstante, una lágrima se escapó de sus ojos.

—Sí, señorita, se me da la esperanza de que seréis mía. El padre Marescotti vuestro director consiente en acompañaros siempre. Su piedad, su celo, mis propios miramientos a las personas cuyos principios son diferentes de los míos, mi promesa hecha formalmente a la familia que me confía su más cara prenda, saldrán por fiadores...

—¡Ah, señor! —me interrumpió—; pues ¿qué, no seréis católico?

—Vos consentisteis, señorita, antes de mi partida a Inglaterra, en que yo siguiera lo que me dictase mi conciencia.

—¿Es verdad eso? —dijo dando un suspiro.

—Vuestro mismo padre, señorita, os informará para vuestra completa satisfacción de todos los demás puntos en que nos hemos convenido.

Sus ojos estaban hinchados de llorar, y ella parecía estar irresoluta. Dos o tres esfuerzos que hizo para hablar no produjeron más que un sonido confuso. Por fin, apoyándose en mi brazo se acercó temblando al gabinete y entró en él.

—Dejadme, dejadme —me dijo; y habiéndome puesto un papel en la mano cerró la puerta.

Partido el corazón con sus sollozos que yo podía oír, pasé a la pieza inmediata, desde donde su madre y Camilla habían oído parte de nuestra corta conversación. La marquesa entró en el gabinete, pero volviendo al punto me dijo:

—Gracias a Dios mi hija está enteramente en su juicio, aunque parezca muy afligida. Me ha suplicado que la deje sola, y también me ha dicho que si podéis perdonarla, se aliviará su corazón. Os suplica leáis el papel que os ha dado, y esperará que la hagáis llamar, si después de haberlo leído —añadió— podéis sufrir a una criatura indigna de vuestra bondad. ¿Qué extraño misterio —prosiguió la marquesa— puede encerrar este escrito?

Yo estaba tan sorprendido como ella. Aún no había abierto el papel y ofrecí leérselo; mas ella no quiso verle sino en compañía de su marido, si convenía que ambos supiesen su contenido. En esto salió precipitadamente, Camilla pasó a la otra pieza para esperar allí las órdenes de su señorita, y yo quedé solo. He aquí el maravilloso escrito que he leído. [18]

«¡Oh, tú que eres el objeto más amado de mi corazón! Perdona mil veces... ¿Por qué, diré yo? ¿Es por mi intento de hacer una acción grande si tengo fuerzas para ello? Tú me da el ejemplo, tú que eres a mis ojos el más grande de todos los hombres. Por una parte me habla mi deber y por otra se resiste a este mi corazón, estimulándome a una debilidad. A ti, Dios omnipotente, a ti es a quien suplico que me asista en tan gran combate. No permitáis que en él se trastorne mi razón, como ya ha sucedido: esta débil razón que comienza a renacer. ¡Oh, Dios mío!, alentadme. Mis esfuerzos son grandes: son dignos de la perfección a la cual ha aspirado siempre Clementina.

»¡Preceptor mío! ¡Hermano mío! ¡Amigo mío! ¡Tú, el más caro y el mejor de todos los hombres! No pienses en mí más: yo soy indigna de ti: tu alma es la que ha encantado a Clementina. Cuando yo noté las gracias de tu persona, contuve mis ojos y puse un freno a mi imaginación; ¿y cómo? Convirtiendo mis reflexiones a las gracias

superiores de tu alma. Pero esta alma, dije, ¿no ha sido criada para otra vida? La obstinación, la pertinacia de esta alma tan querida, ¿permite a la mía enlazarme con ella? ¿La amaré yo hasta desear apenas ser separada de ella en su futura suerte? ¡Oh, el más amable de todos los hombres! ¿Cómo puedo yo estar segura de que si fuese tuya, no me arrastrarían a tu perdición la fuerza del cariño, tus bellos modales, tu dulzura y oficiosas bondad? Yo que miraba otras veces a un hereje como al peor de todos los seres, me siento ya mudada por una seducción irresistible hasta formar por amor de ti mejor concepto de lo que he detestado. ¿De qué me servirían los consejos del más piadoso director, si tus caricias y dulces persuasiones se empleasen en pervertir un corazón todo tuyo? Sé que la esperanza de convertirte a ti mismo me daría ánimo para disputar contigo; pero ¿no conozco yo que tus talentos son muy superiores a los míos? ¿Y cuál sería mi embarazo entre los sentimientos de mi deber y la debilidad de mi razón? Entonces un director no dejaría de inquietarse por mí: mi sexo no gusta de las sospechas que cree le ofenden, las cuales motivan el descontento y la aversión; y llevándose muy luego la balanza tu amor y tu bondad, ¿no sería cierta mi perdición?

»¿Y qué me han hecho mi padre, mi madre y mis hermanos para inspirarme el deseo de dejarles y para hacerme preferir a mi patria un país que no ha mucho tiempo aborrecía tanto como su religión? La mudanza misma que ha hecho desaparecer este odio, ¿no es otra prueba de mi debilidad y de tu poder? ¡Oh, el más amable de todos los hombres! ¡Oh, tú a quien mi alma adora! No intentes perderme con tu amor. Si yo fuera tuya, mis deberes respectivos a ti me harían olvidar lo que debo a Dios, y asimismo infeliz aun en esta vida temporal; pues mi perversión no impediría que después se me ocurriesen dudas, y en cualquiera ausencia tuya sería doblemente desgraciada. ¿Es posible la indiferencia en asunto de tanta importancia? ¿No me has hecho ver tú mismo que ella no lo es para ti? ¿Y no sirve tu ejemplo para abrirme los ojos? ¿Ha de tener una religión falsa más fuerza que la verdadera religión del cielo? ¡Oh, tú el más amable de todos los hombres! No intentes perderme con tu amor.

»Pero ¿es cierto que me amas, o debo sólo tus obsequios a tu generosidad y a tu compasión de una desgraciada joven que proponiéndose ser tan grande como tú no ha podido sostener este esfuerzo? El cielo es testigo de los combates que he tenido con mi corazón y de todo cuanto he hecho por vencerme a mí misma. Permite, hombre generoso, que logre esta victoria. En tu mano está tenerme aprisionada o darme la libertad. Tú me amas, lo sé, y esta es la gloria de Clementina, la de pensar que tú la amas; pero no es digna de ti. Sin embargo, deja confesar a tu corazón que amas su alma, su alma inmortal y su tranquilidad futura. Da a Clementina esta única

prueba de tu amor, así como ella se ha esforzado a manifestarse el suyo. Tú eres la grandeza misma, tú eres capaz del esfuerzo que ella no ha podido soportar. Haz feliz a cualquiera otra mujer; mas yo no podría soportar que lo fuese una italiana; y si hubiera de serlo, no Florencia sino Bolonia te la había de ofrecer.

»¡Oh, señor Grandison! ¿Cómo presentaros este escrito que me ha costado tantas lágrimas y tanto estudio, que he corregido, revisto, copiado tantas veces y que aún pongo otra vez en limpio para hacéroslo leer? Dudo a la verdad poder hacerlo, y no lo haré sin haber probado mis fuerzas en una conversación particular con vos.

»Vos, mi padre, mi madre, mis hermanos y vos, mi amado y piadoso director, me habéis ayudado con vuestra generosa indulgencia a conseguir sobre mí misma parte de la victoria: vosotros habéis querido que ceda vuestro dictamen al mío: vosotros me habéis dicho que yo sería feliz, si podía serlo con quien eligiera mi corazón. Mas ¿no veo yo que sólo debo esto a vuestra condescendencia? ¿Se me olvidarán a mí nunca las razones que habéis opuesto tantas veces a mi enlace con el más generoso de todos los hombres, todas fundadas en la diferencia de mi religión y en su obstinada adhesión a la suya? ¿Me permitirá este recuerdo ser dichosa jamás? ¡Oh, cara y respetable familia! Dejadme abrazar el único partido que me conviene, el de encerrarme en un claustro. Permítaseme consagrar al cielo el resto de una vida cuya duración no temeré entonces sea demasiado larga, ocupada en pedir a Dios por vosotros y por la conversión de un hombre que amaré siempre de todo corazón. ¿Qué es pues esa pequeña porción de tierra que me pertenece por la última disposición de mis abuelos? ¿Qué peso puede tener en la balanza de mi eterna salvación? Séame permitido tomar una noble venganza de las crueldades de Laurana. Yo le abandono un bien que desprecio y del que me privo gustosa por una más feliz suerte. ¿No es rica y generosa toda mi familia? ¿Qué medio más glorioso para vengarme?

»¡Oh, tú que eres dueño de mi alma! Déjame experimentar la tuya y poner tu amor a prueba con tus esfuerzos para apoyar y corroborar una resolución que siempre estará en tu mano, lo confieso, hacerme violar o cumplir. Dios sólo sabe lo que me han constado y aún costarán todos estos combates. Pero con una salud debilitada, con una razón trastornada, ¿puedo prometerme una larga vida? ¿Y no he de procurar que su fin sea más dichoso? Permite que yo sea grande, Grandison mío. No obstante, ¡con qué dulce complacencia te doy un nombre tan grato! Tú puedes hacerlo todo de la desventurada Clementina.

»Pero ¡oh, mis amados padres! ¿Qué haremos por este excelente hombre a quien debemos tantos favores? ¿Cómo recompensar su bondad con dos de vuestros hijos? Sus beneficios son una pesada carga

para mi corazón. Sin embargo, ¿quién no conoce su grandeza de alma? ¿Quién no sabe que para él el solo placer de hacer bien es una perfecta recompensa? Honor de la especie humana, ¿eres tú capaz de perdonarme? Mas bien sé que lo eres. Tú tienes las mismas ideas que yo en orden a la vanidad de los bienes mundanos y a la duración de los de la otra vida. ¿Cómo había yo de tener la presunción de pensar que dándote mi mano podría una mujer debilitada y enferma contribuir a tu felicidad? Repito que si tengo ánimo y valor para darte este escrito, me hagas capaz con tu grande ejemplo de completar noblemente mi victoria, y no me pongas en precisión de aprovecharme de la generosidad de mi familia. Mas sobre todo, que la elección te pertenezca a ti solo, pues me es imposible tolerar la idea de ser ingrata con un hombre a quien debo tamaños beneficios, y que dependa únicamente de ti añadir el apellido que te agrade al de —*Clementina.*»

Jamás ha habido asombro comparable con el mío. En algunos momentos no tuve presente que la hermosa Clementina esperaba a cuatro pasos de mí el resultado de mis reflexiones, y pasando a la pieza en que estaba Camilla, me eché en un sofá sin poner la atención en esta criada. Yo no estaba en mí. Sin embargo, la más viva de mis sensaciones era mi admiración a las divinas prendas de Clementina. Quise volver a leer su escrito, pero estaba bien impreso en mi alma y mis ojos no distinguían nada en él.

Clementina tocó la campanilla y Camilla acudió corriendo. Yo me estremecí cuando pasó por delante de mí, y me levanté; pero estaba temblando y tuve precisión de volverme a sentar para afirmar mis piernas. La vuelta de Camilla me sacó de esta especie de estupidez que se había apoderado de mí. Es cierto que en mi vida había estado tan enajenado y absorto. ¡Una joven tan superior a todo su sexo y a todo cuanto he leído del nuestro!

—¡Oh, señor! —me dijo Camilla—, mi señorita teme vuestro resentimiento: teme volveros a ver, aunque por otra parte lo desea. Venid volando que está para desvanecerse. ¡Cuánto os ama! ¡Cuánto siente desagradaros!

Camilla me dijo todo esto en el camino, y ahora lo recuerdo; pues todas mis potencias estaban entonces demasiado embargadas para poner en ello la atención.

Yo entré y la admirable Clementina que me salió al encuentro con un paso trémulo me dijo bajando los ojos:

—Perdonad, señor Grandison, perdonad si no queréis que me quite la vida el pesar de haberos ofendido.

Me pareció tan débil que yo alargué ambos brazos para sostenerla.

—¡Perdonaros, señorita! ¡Joven inimitable! ¡Gloria de vuestro sexo! ¿Podéis perdonarme vos misma por haber elevado mis esperanzas

hasta vos?

En esto, abandonándola del todo sus fuerzas, cayó en mis brazos. Camilla le aplicó sales y tan cerca de ella que yo mismo experimenté su utilidad por la necesidad que tenía del mismo auxilio.

—¿Estoy perdonada? —me preguntó volviendo algo en sí—: decid que lo estoy.

—¡Perdonada, señorita! ¡Ah!, vos no habéis hecho nada que necesite de perdón. Yo adoro vuestra grandeza de alma. Decidme cuáles son vuestros deseos respecto a mí, y yo constituiré toda mi felicidad en conformarme con ellos.

Yo la llevé a su silla, puse sin pensar una rodilla en tierra, y teniendo sus dos manos en las mías permanecí en esta postura mirándola con ojos que no manifestaban los afectos de mi corazón, sino brillaban en ellos la ternura y el respeto.

Camilla había ido corriendo al cuarto de la marquesa para contarle esta extraña escena. El marqués, el obispo, el conde y el padre Marescotti, que esperaban el resultado de mi visita, se quedaron maravillados de lo que oyeron; pero estaban muy distantes de adivinar la causa. La marquesa volvió apresurada con Camilla, y me encontró en la misma postura, esto es, de rodillas y con las dos manos de su hija entre las mías.

—Señor Grandison —me dijo—, moderad los transportes de vuestra gratitud por miramiento a la salud de mi hija. Sensible como lo es, conozco en sus ojos que hay algún peligro...

Yo me levanté, solté las manos de su hija y tomando una de las suyas le dije interrumpiéndola:

—¡Oh, señora!, preciaos de tener tal hija. Vos la habéis amado, vos la habéis admirado; pero ahora fundad en tenerla vuestra gloria. ¡Es un ángel! Permitid, señorita —dije a Clementina—, que entregue este papel a vuestra señora madre —Y sin aguardar su consentimiento se lo presenté—. Vos lo leeréis, señora; vos lo haréis leer al señor marqués, al señor obispo y al padre Marescotti; pero que esto sea compadeciéndoos de mí, y después me diréis qué he de decir, qué he de hacer. Yo me abandono a vuestra dirección, a la de vuestra familia y a la vuestra, amada Clementina.

—¡Vos me perdonáis pues, señor Grandison! Con esa seguridad prometo estar más tranquila. Dios con su bondad acabará de restablecerme. Mi dirección, señor Grandison, es que améis mi alma, así como el principal objeto de mi amor ha sido siempre la vuestra.

Teniendo su madre el papel y no osando abrirlo, le preguntó qué podía pues contener de tanta importancia...

—Perdonad, señora —respondió Clementina—, si no lo he comunicado a vos antes que a nadie; pero ¿cómo hubiera podido hacerlo, cuando aún ignoraba si tendría ánimo para mantenerme en

mi resolución ni aun para manifestarla? Mas ahora —poniendo una mano sobre mi brazo— dejadme por algunos momentos, señor Grandison. Yo siento mi cabeza algo débil. Señora, tened la bondad de perdonarme.

Nosotros nos retiramos para dejarla sola con Camilla y la oímos dar profundos suspiros.

La marquesa me dijo andando:

—Yo no comprendo nada de esto. ¿No os declaráis vos tampoco? ¿Qué contiene pues este papel?

Yo no me hallaba en disposición de responderle, y yendo por un pasadizo que se comunica con su aposento, le hice una reverencia y bajé por una escalera secreta al jardín, creyendo serenarme algo con el aire.

Aún no había estado allí mucho tiempo, cuando vino a mí Lowther y me dijo:

—Al señor Jeronymo ha inquietado mucho la lectura de un papel que se le ha entregado, y quiere veros al punto.

Yo encontré a Jeronymo en su silla, y luego que me vio llegar con un aire de pensativo que aún no podía menos de tener, exclamó:

—¡Oh, amado Grandison! ¡Cuán inquieto está mi corazón por ti! Yo no puedo soportar que un hombre de tu carácter esté expuesto al descaro de una mujer cuyo juicio...

—Poco a poco, querido Jeronymo: no te haga la cualidad de amigo olvidar la de hermano. Clementina es el ornamento de su sexo. Es cierto que yo no estaba preparado para este golpe, mas yo respeto tan grande alma. ¿Has leído su papel?

—Sí, y no puedo volver en mí de mi asombro.

En esto entraron el marqués, el conde, el obispo y el padre Marescotti. El obispo comenzó por abrazarme, y después habiéndome protestado en nombre de toda la familia que nadie había tenido la menor noticia de las intenciones de su hermana, añadió:

—Todos por el contrario esperábamos que ella admitiría vuestras ofertas con alborozo; mas no por esto dejará de ser vuestra: nosotros os hemos dado palabra de honor. No consideréis en este incidente más que un exceso de delicadeza mal entendida que sobra en una imaginación acalorada. Sobre todo, ella deja a vuestro arbitrio el hacerle tomar el nombre que os agrade.

—¡Ah, señores! —les dije—, sin duda no consideráis la fuerza de sus argumentos. En una joven tan amante de su religión, de su familia y de su patria han de tener gran peso. Sin embargo, señores, dirigid mi conducta.

En este momento llegó la marquesa y proseguí dirigiéndome a ella:

—Tened la bondad, señora, de prescribirme lo que tengo de hacer: yo soy vuestro sin reserva. Permitid que me retire: vos lo

conferenciaréis y me comunicaréis lo que hayáis dispuesto de mí.

Yo me retiré, y habiendo vuelto al jardín, vino a mí Camilla y me dijo:

—¡Oh, señor! ¡Qué acontecimientos! Mi señorita ha tomado una resolución que nunca podrá mantener. Me ha mandado que observe vuestros ojos, vuestros pasos y vuestro humor, y me ha dicho que no podrá vivir si os queda algún resentimiento. Yo os veo con una grande agitación de espíritu: ¿se lo comunicaré?

—Asegúrale, querida Camilla, que estoy sometido enteramente a su voluntad; que su tranquilidad es más preciosa para mí que mi propia vida; que no soy capaz de tener resentimiento y que la admiro más de lo que puedo explicar.

A poco de haberme dejado Camilla llegó el padre Marescotti, quien me suplicó volviese con la familia, que estaba en el cuarto de Jeronymo, y volvimos juntos. El padre se contentó con decirme en el camino que sólo Dios sabía lo que era más favorable a los hombres.

Habiéndose sentado todos, me dijo el obispo estas palabras:

—Mi estimado Grandison, todos nosotros os declaramos que habéis adquirido sobre nuestra gratitud un derecho que subsistirá eternamente. Se ha confirmado que mi hermana sea vuestra: todos estamos de acuerdo acerca de este punto, y mi madre se ha encargado de hablarle en vuestro favor.

—Conozco hasta dónde llega vuestra bondad; pero si Clementina insiste, ¿qué tendré yo que decir instándome con la mayor formalidad a que la sostenga en su resolución y a que no la ponga en la necesidad de aprovecharse de la generosidad de su familia?

—No dudéis, señor Grandison —replicó el obispo—, de que se dejará fácilmente persuadir: ella os ama. ¿No confiesa en su papel que está en vuestra mano hacerla violar o ejecutar su resolución y añadir a su apellido el que vos gustéis? Todos nosotros tenemos por seguro que no se mantendrá en su determinación: ya veis que recurre a vos para poderlo hacer. En una palabra, permitid que yo sea el primero que os abrace como a hermano —Entonces tomó mi mano y me hizo el honor de abrazarme.

—¡Qué generosidad! —le dije—: yo me abandono a vuestra discreción.

Jeronymo me alargó afectuosamente los brazos y me saludó con el mismo título. El marqués y el conde me tomaron sucesivamente la mano, y ofreciéndome la marquesa la suya la estreché contra mis labios. Yo me retiré al punto para volver en derechura a mi posada con el corazón, oh estimado amigo, más afligido de lo que puedo explicar por tan extraña e imprevista dilación.

Carta LXXXI

Charles Grandison al doctor Bartlett

Lunes, 10-21 de julio.

No hay que hablar de descanso por antenoche: apenas dormí una hora en una silla. Ayer mañana envié al palacio un billete preguntando con la más tierna inquietud por toda la familia, particularmente por Clementina y Jeronymo; y se me respondió que Clementina había pasado mala noche y que había parecido conveniente dejarla sola todo el día, a no ser que mostrase mucha ansia por verme, en cuyo caso se me avisaría.

Yo mismo estaba muy indispuesto. Sin embargo, apenas podía dispensarme de ir a ver por lo menos a Jeronymo, y me hubiera determinado a ello si mi indisposición no hubiese sido bastante grave para detenerme. Parecióme que sería afectación presentarme en el estado en que me hallaba, y que se podría sospechar de mí el querer excitar la compasión, bajeza impropia de mi carácter. Además, yo esperaba se me enviaría recado de que fuese. No habiendo oído decir nada hasta el mediodía, envié segundo billete, al cual me contestó Jeronymo diciéndome tan sólo que esperaba verme hoy.

Esta noche no he descansado más que la anterior. Mi impaciencia me llevó antes de lo acostumbrado al palacio de la Porreta, y Jeronymo me recibió con grande alborozo.

—Me lisonjeo —me dijo— de que no habrás tomado a mal la especie de olvido en que se te echó ayer y que sólo fue aparente. Para hablarte con franqueza, se creyó que un día de descanso no vendría mal ni a mi hermana ni a ti, y con especialidad a mi hermana, pues no ha costado poco trabajo persuadirla a ello. Sé —prosiguió— que solicita verte hoy con muchas instancias; pues cree que estás enfadado y que no quieres verla más. Apenas te fuiste el sábado por la noche, envió a decir con Camilla que te quería ver. Por lo que a mí toca —añadió—, estoy tan absorto por el giro extraordinario que ha tomado, que a veces no percibo los dolores de mi mal.

Después me preguntó si yo podía perdonar a su hermana, y lamentándose del otro sexo aseguró que una mujer no sabe lo que quiere hasta que encuentra obstáculos a sus deseos.

—Mas no por esto dejará de ser tuya, querido Grandison —me dijo—, y si Dios quiere restablecerla, tú serás felizmente indemnizado.

El obispo y el padre Marescotti entraron a hacer a Jeronymo su visita de por la mañana, y el marqués, el conde y la marquesa llegaron poco después.

—Clementina —me dijo esta— se desazonó tanto el sábado por la noche de saber que os habíais ido sin despediros de ella, y estuvo todo el día de ayer tan inquieta, que no me pareció conveniente decirle nada del asunto; mas me alegro mucho de que hayáis venido.

En esto llamaron a la puerta y la marquesa dijo:

—Camilla viene.

—No es Camilla, soy yo —respondió Clementina, abriendo ella misma y acercándose a nosotros—. Se me ha dicho que el señor Grandison... mas ya le veo. Hacedme el favor de que hablemos dos palabras —Yendo hacia una ventana que estaba en lo último de la sala.

Yo la seguí. Tenía sus ojos llorosos. Primero me miró atentamente y después volvió la cara sin haberme dicho ni una palabra. Yo tomé su mano.

—¿De qué proviene, señorita, esa conmoción? Yo me lisonjeo de no haberos ofendido.

—¡Oh, señor Grandison! Me es imposible soportar el desprecio mayormente de vuestra parte, aunque tal vez lo haya merecido. Vuestro desprecio es para mí una acusación de ingratitud, y esto es lo que no puede tolerar mi corazón.

—¡Desprecio, señorita! ¡Yo que os venero como a la mejor de todas las mujeres! En verdad, habéis llenado mi corazón de amargura; pero la causa misma de esta amargura aumenta mi admiración a vos.

—No me tengáis ese tierno lenguaje: vuestra generosidad es mi tormento. Creo que debéis estar enfadado, que debéis tratarme mal: porque si no, ¿cómo he de prometerme el llevar al cabo mi determinación?

—¡Vuestra determinación, señorita! ¡Vuestra determinación!

—Sí, señor, mi determinación. ¿Os aflige?

—¿Puede no afligirme? ¿Qué pensaríais?...

—Silencio, caro Grandison. Temo que os aflija, mas no me digáis nada de esto. Yo no me perdonaría haberos afligido.

—Cuando toda vuestra familia, señorita, me honra con su consentimiento...

—Eso es por compasión de mí, señor Grandison.

—Mi querida hija —le dijo el marqués acercándose a nosotros—, ese fue nuestro primer motivo; mas ahora un enlace con el señor Grandison para hacer justicia a su mérito es de nuestra elección.

Yo di gracias a este generoso caballero con una profunda reverencia, y al mismo tiempo Clementina se postró a los pies de su padre, tomó su mano, la besó, y pidiéndole perdón por la inquietud que había causado a toda la familia, le prometió mostrarse lo restante de su vida tan sumisa como agradecida. Todos tuvieron esto por una mudanza que hizo concebir las esperanzas más lisonjeras. La marquesa, levantando afectuosamente a su hija, se apartó con ella algunos pasos, y aunque afectaron bajar la voz, entendimos lo que dijeron.

—Hija mía, ayer estuviste todo el día tan abatida que no se te pudo

hablar, sin lo cual yo te hubiera dicho cuán ardientemente deseamos todos el enlace con el señor Grandison; pues no encontramos otro medio de recompensar sus favores y beneficios.

—Permitidme, señora, que os declare mis verdaderos sentimientos. Si yo me creyera capaz de hacer feliz al señor Grandison; si yo no mirara el enlace que proponéis como un castigo para él más bien que como una recompensa; si yo pudiera hallar en él mi propia felicidad sin peligro de mi salvación; y en fin, si pudiese prometerme que os proporcionaría la vuestra y la de mi padre, la menor de todas estas esperanzas me haría aceptar vuestra proposición; pero yo siento, señora, que Dios ha descargado su brazo sobre mí: mi cabeza no está todavía como debería estar. Antes de tomar mi resolución lo reflexioné bien todo, tanto al menos cuanto me lo permitió mi débil razón. Yo me he considerado en la situación de otro que hallándose en iguales circunstancias hubiera venido a pedirme consejo. Un enlace con el señor Grandison me ha parecido imposible, porque no hay ningunas apariencias de que se conforme jamás conmigo sobre un punto el más importante. Yo he implorado el favor del cielo, porque desconfiaba de mí misma, y he mudado muchas veces lo que había escrito; pero todo cuanto ha salido de mi pluma se ha referido siempre a una misma cosa; y como nada era tan contrario a mis propios deseos, he tenido esta constancia de ideas por una respuesta del cielo a mi súplica. No obstante, aún he desconfiado de mí; pero no quise consultaros, señora, porque os hubierais declarado por el señor Grandison, y yo hubiera temido corresponder mal a las inspiraciones divinas, por las cuales estaba resuelta a gobernarme. Yo oculté mis combates aun a Camilla misma, que no me dejaba un momento. Yo comencé otra vez a implorar la piedad del cielo para una mujer infeliz adicta de corazón a su deber aunque trastornada su razón, y habiéndoseme inspirado lo que debía hacer, puse en limpio todos mis pensamientos. Sin embargo, no me determiné de una vez a comunicárselos al señor Grandison. Aún no me fiaba de mi corazón, y dudé si tendría nunca ánimo para darle mi papel hasta que por fin me resolví; mas luego que se presentó, me faltó el valor. Sin duda advertiría mi excesivo pesar, y estoy cierta de haber excitado su compasión. Si puedo siquiera entregarle mi papel, decía yo, se han vencido las dificultades; pues estoy segura, casi segura, de que viendo mis escrúpulos y la rectitud de mis intenciones, tendrá él mismo la generosidad de coadyuvar mis esfuerzos; y en efecto le di mi papel. Al presente, señora, me hallo verdaderamente persuadida de que si puedo observar lo que contiene y libertarme de la nota de ingratitud, tendré mi alma más tranquila. ¡Caro y generoso Grandison! —volviéndose a mí—, leed aún otra vez mi papel, y entonces si no queréis, o si no podéis dejarme libre, obedeceré a mi familia y

contribuiré cuanto me sea posible a vuestra felicidad.

Al concluir alzó las manos y los ojos al cielo, y añadió:

—¡Gran Dios!, os doy las gracias por haberme concedido este momento de razón.

Cualquiera que fuese el concepto que la noble entusiasta tuviera de la serenidad de su ánimo, a mí me pareció advertir en ella demasiada agitación, y el aire de sus ojos me hizo temer una recaída. El combate entre su razón y su amor no había podido menos de causar alguna alteración. Yo me acerqué a ella y le dije enajenado:

—¡Admirable Clementina! Sed libre. Cualquiera que sea mi suerte, por mí sed cuanto queréis ser. Si os veo feliz, procuraré, si es posible, serlo también.

—Querido Grandison —me dijo el obispo asiéndome una mano—, ¡cuánto os admiro! ¿Cómo podéis ser tan grande?

—¡Ah! ¿Cómo no había de inspirarme emulación tan maravilloso ejemplo? Yo he vuelto a Italia sin ninguna mira interesada y me he creído obligado por mis anteriores proposiciones; pero en mi interior Clementina y su familia han sido siempre libres. Yo concebí esperanzas, cuando se me hizo el honor de aprobarlas, y ahora aunque con un profundo sentimiento, vuelvo a mi primera situación. Si Clementina persiste en su determinación, haré mis esfuerzos por someterme a ella, y si desiste, estaré pronto a recibir su mano como la mayor dicha a que puedo aspirar.

La marquesa, tomando a un tiempo la mano de su hija y la mía, dio tiernas quejas al cielo por la dificultad de unir dos corazones que se semejaban tanto.

—No me detengáis, mamá —le dijo Clementina retirando con bastante fuerza su mano—: dejadme subir a mi cuarto para pedir al cielo que conserve mi fortaleza, ya que me ha costado tantas penas obtenerla. Adiós, adiós, caballero. Voy a pedir a él por vos como por mí misma.

La bella Clementina salió y encontrando a su camarera le dijo:

—¡Querida Camilla! ¡De qué peligro me he escapado! ¡Mi mano y la del señor Grandison han estado más de un minuto en la de mi madre! ¿Qué hubiera sido de mi resolución? Mi madre podía juntarlas y entonces sería del señor Grandison.

Jeronymo que guardando silencio, pero arrasados los ojos, había sido testigo de esta escena entre su hermana y yo, me estrechó en sus brazos diciéndome:

—¡Oh, tú el más querido de todos los hombres! ¿Podrás esperar con paciencia el resultado del capricho de esta criatura?

—Lo puedo y me obligo a ello.

—Yo mismo le hablaré —dijo—, pues me prometo mucho de su afecto.

—Sí, todos le hablaremos —dijo el marqués.

—Es menester instarla —dijo el conde—, no sea que se arrepienta demasiado tarde.

—Pero me parece —dijo el padre Marescotti— que el mismo señor Grandison no debe desear que se la inste demasiadamente. Ella alega en favor suyo su salvación, razón bien poderosa que exige mucho miramiento. No obstante, dudo de que se mantenga en su resolución; mas si es capaz de este esfuerzo, merece se la tenga por santa.

El padre quiso volver a leer un escrito que le había causado admiración, y el cual tenía yo en mi faltriquera. Jeronymo se opuso a ello; mas aprobándolo el obispo el escrito se oyó otra vez, y todos se mostraron tan conmovidos como antes, aunque sin embargo estuvieron acordes en dudar de que se mantuviese firme en su resolución, con cuyo motivo se me tuvieron muchos cumplimientos.

Mas si la gloria continúa siendo uno de los motivos de Clementina, y si las instancias de sus parientes en favor mío no son sumamente activas, me inclino a creer que con tanta grandeza de alma obtendrá sobre sí misma una perfecta victoria. Vos sabéis mejor que yo, estimado doctor, que la verdadera piedad prevalece sobre todos los intereses temporales. Además, el padre Marescotti, ¿no hará renacer su influjo en un alma que está acostumbrado a dirigir? ¿No es este mismo su deber siendo tan celoso como lo es de su religión? Y el obispo, que no lo es menos, ¿no coadyuvará al director?

Pero ¡qué terribles pruebas, querido amigo, para un corazón que padece esta incertidumbre! ¿No son propias para convencernos de la vanidad de todas las esperanzas humanas? Dios solo sabe, si el cumplimiento de nuestros deseos merece el nombre de recompensa o de castigo; mas yo sé que si Clementina después de haberme dado su corazón y su mano encontrara en sus dudas sobre religión algún obstáculo para ser dichosa conmigo, sería yo mismo miserable en extremo, mayormente si hubiera contribuido a que se determinase en favor mío contra el dictamen de su conciencia.

En el mismo día.

La agitación de mi espíritu me precisó a dejar la pluma. Pero antes de salir, continuamos mucho tiempo hablando sobre las circunstancias. Todos creían, como os lo he dicho, que Clementina no se mantendría en su nueva determinación. El parecer del marqués y de la marquesa fue que se la abandonase enteramente a sus ideas o caprichos, y el conde propuso en apoyo de este dictamen que se la dejase en su gabinete sin que nadie favoreciese o se opusiese a sus miras. Jeronymo quiso que antes de la ejecución de este proyecto se le permitiese tener con su hermana una conversación a solas.

A mí se me preguntó cuál era mi dictamen, y yo respondí que

muchos rasgos del escrito eran tales que no me permitían rehusar mi aprobación a lo que se proponía; pero que no obstante, si en mis conversaciones con ella observaba yo que estaba dispuesta a mudar de resolución y que sólo necesitaba de que se la alentase para declararse en mi favor, se me debía conceder por mi propio honor en calidad de hombre y por miramiento a su delicadeza en cualidad de mujer, la libertad de mostrar mi vehemente afecto con alguna declaración que previniese la suya y aun con las instancias que correspondían a mi sexo.

La marquesa se inclinó a mí con una sonrisa de gratitud y aprobación. El padre Marescotti pareció titubear, como si hubiese querido hacer alguna objeción; pero el marqués le tapó la boca diciendo que se podía confiar en mi delicadeza y en mi honor.

—Yo pienso lo mismo —dijo el conde—: ya se sabe que el señor Grandison es capaz de ponerse en la situación de otro y de olvidar sus intereses, cuando se trata de tomar un partido prudente.

—Es cierto —le interrumpió Jeronymo—; pero hagámosle ver que no es él el único en el mundo que piensa con tanta generosidad.

El obispo le dijo al punto:

—Estamos de acuerdo, Jeronymo, mas ten presente que es preferible a todo la religión. ¿Se ha de desanimar a nuestra Clementina en tan noble esfuerzo, cuando no hace más que seguir el ejemplo del señor Grandison? Yo opino que deben dejarse las cosas en un pie igual.

—Por mí, si la noble entusiasta insiste en creer que su resolución es una inspiración divina y que la debe a sus oraciones, yo me esforzaré a manifestarle, cuésteme lo que me cueste, que soy capaz de corresponder al concepto que ha formado de mí, cuando pide mi asistencia para no retroceder.

Todos me precisaron a que me quedase a comer, y aunque Clementina no asistió a la mesa, me envió a pedir que no me fuese sin verla.

Camilla me llevó a su cuarto y la encontré anegada en lágrimas. Clementina temía, según me dijo, que me fuese difícil perdonarla; pero que estaba segura de que yo tendría esta generosidad, si me hacía cargo de los combates que pasaban en su corazón. Yo no omití nada para serenarla. Le aseguré que me conformaría con su voluntad, que estudiaría constantemente su escrito y que su conciencia sería la regla de mis deseos; mas en sus agitaciones, de que advertí parte a pesar de los esfuerzos que hacía para vencerse a sí misma, me suplicó por fin que la dejase sola después de haberme hecho prometerle que la volvería a ver el día siguiente. Sus ojos, que comenzaban a turbarse, me obligaron a salir de contado para ocultar mi propia conmoción; mas al retirarme con esta prontitud sorprendí al padre Marescotti que

había ido a escuchar, como lo noté en su confusión y aun en algunas excusas que me dio titubeando, la conversación que yo tenía con su hija espiritual. ¡Qué lástima que un celo mal entendido pueda hacer a un hombre honrado capaz de una bajeza!

—Dejaos de excusas, mi estimado padre —le dije con la mayor afabilidad y cortesanía—: si vos dudáis de mi honor, creo deber agradeceos que os valgáis de este medio para experimentarme.

Entonces me pidió mil veces perdón, confesándome que había mirado como imposible que un joven de cuyo amor a una de las más amables señoritas del mundo no podía dudarse, se contuviese dentro de los límites que se le había prescrito, y no se aprovechase del manifiesto ascendiente que tenía sobre su afecto. Yo le llevé al cuarto de Jeronymo después de haberle suplicado creyese que semejante bagatela estaba ya olvidada y que no le hacía perder nada de mi estimación. ¿Cuántas veces, querido doctor, he experimentado el odio irreconciliable de un hombre a quien yo había perdonado una bajeza? Pero esto es lo que temo poco en el padre Marescotti, pues es capaz de una loable confusión. Apenas osó alzar la cabeza, mientras que estuve con él.

Cuando llegué a mi posada, encontré en ella al conde de Belvedere, que me había estado esperando cerca de una hora. Mis criados le habían dicho que la de mi vuelta era dudosa; mas él había declarado que estaba resuelto a verme a cualquiera hora que volviese. Su propio criado me suplicó mirase por mi seguridad, diciéndome que desde la visita que me había hecho no había estado tranquilo un momento; que había dicho mil veces que la vida era una carga para él; y que al salir de su casa se había metido dos pistolas en las faltriqueras.

—No temáis nada —dije a este hombre—: vuestro amo es sujeto de honor. Por el mundo entero no quisiera hacerle el menor mal, y me lisonjeo de no tenerlo que temer de él.

Yo subí al punto.

—¿Vos aquí, señor? ¿Por qué no me comunicasteis —tomándole afectuosamente las manos y por doble razón— que pensabais hacerme este honor, o al menos por qué no me enviasteis a decir que estabais aquí?

—¡Enviaros a decir!... ¡Arrancaros de vuestra Clementina! No, por cierto —con un semblante triste—. Pero decidme qué se ha determinado; estoy muy impaciente por saberlo: respondedme como hombre de honor.

—Nada se ha determinado, señor conde, ni puede determinarse hasta que se sepa bien cuáles son las intenciones de Clementina.

—Si no hay otro obstáculo...

—No es este pequeño: os aseguro que Clementina sabe lo que vale: ella quiere poner un justo precio al don de su mano. Aún en sus

mayores delirios ha conservado siempre un vivo sentimiento de aquella delicadeza que distingue a una mujer de honor, y al presente se la ve brillar en sus palabras y acciones con un nuevo lustre. Clementina pondrá tantas más dificultades cuantas menos opone su familia. Nada se hará con precipitación, y si vos podéis sacar algún provecho de ello para vuestro reposo, pues parece no estáis tranquilo, os comunicaré todo lo que sobrevenga.

—Vos pues me aseguráis que no se ha resuelto nada; ¿y me prometéis participarme lo que ocurra?

—Os lo prometo.

—¿Como hombre de honor?

—Como hombre de honor.

—Vaya pues, aún me quedan algunos días más de tormento en esta triste vida.

—Señor conde, ¿qué quiere decir eso?

—Vais a verlo —retirando sus dos manos de las mías y sacando las dos pistolas—. Yo vine resuelto a ofreceros la elección de una de estas pistolas, si el asunto se hubiese concluido, como tenía motivo de temer. Yo no soy asesino ni jamás me he valido de ninguno. Tampoco hubiera querido privar a Clementina del marido que hubiese elegido: mi único deseo era que la mano que había de juntar con la suya me libertase de una odiosa vida. Aunque haya rehusado ser mi mujer, no quiero ni puedo vivir para verla de otro.

—¡Cuánto os olvidáis de vos mismo, señor conde! Mas veo que vuestra razón está perturbada: de otra manera no hablaría en tales términos el conde de Belvedere.

Como no es imposible, mi querido doctor, aunque haya pocas apariencias al presente, de que Clementina mude de resolución, no debía instruir al conde de nuestra verdadera situación; pues la esperanza que esta le habría hecho concebir, no hubiera servido más que para aumentar su desesperación, si el éxito hubiese sido diferente. Yo me contenté con discurrir con él sobre sus extrañas intenciones y con reiterar mi promesa. Su criado y los míos se mostraron muy sorprendidos de vernos bajar en buena armonía y aun como amigos. Se me olvidaba deciros que al atravesar mi antesala puso el conde sobre una mesa sus dos pistolas.

—Su fábrica es curiosa —me dijo—, aceptadlas. ¿Dónde estaría yo ahora y cuántos embarazos os cercarían, vos extranjero y protestante?... Yo no los consideraba, porque toda mi malicia se había de convertir contra mí mismo.

Concluyo esta relación de día; pero no partirá hasta mañana, que yo sepa lo que en este intermedio haya sucedido. Caro amigo, ¡qué suplicio! ¡Qué incertidumbre! Acaso me creería yo más obligado a tener paciencia, si mi embarazo y mis pesares me hubiesen

sobrevenido por mi culpa.

NOTA. *Las visitas de muchos días motivan nuevas escenas y por consiguiente otras cartas, las cuales pintan a Clementina siempre adicta a su religión, aunque fuertemente combatida por su amor. La religión de Grandison sufre nuevas pruebas, y así él como Clementina no cesan de hacerse de admirar; pero como la salud de esta se fortifica de día en día sin que titubee en su resolución, el obispo y el padre Marescotti, que comienzan a prometerse igual suceso en orden a uno y otro punto, favorecen el segundo con mucha sagacidad, y parecen entibiarse algo en orden a Grandison, quien lo advierte y no oculta al doctor Bartlett que esto ha ofendido su orgullo. Sin embargo, fiel a sus principios, él es el primero que propone a la familia se pruebe con la ausencia, si pueden sostenerse la razón y la constancia de Clementina. Grandison mismo la hace consentir en su partida con pretextos que ella aprueba; mas quiere una correspondencia epistolar con él hasta su vuelta, en la cual consiente la marquesa. Por tanto, Grandison parte por un mes con ánimo de emplearlo en visitar muchas ciudades de Italia.*

Carta LXXXII
Milady G… a Harriet Byron [19]

Londres, 7 de agosto.

¡Válgame Dios, querida mía, qué cartas te envió! No pierdo un momento. El doctor Bartlett, que las recibió ha dos horas, quiso se te remitiesen por un expreso. Yo las he leído con mi hermana que está aquí hace algunos días. ¿Qué hemos de decirte? Habla tú misma, cara Harriet. ¡Más incertidumbre que nunca! Dinos, dinos qué juicio haces. Si yo empezara a decir lo que se me ocurre, temería no acabar. Adiós, amor mío.

—*Charlotte G.*

Carta LXXXIII
Harriet Byron a Milady G…

Quinta de Selby, 11 de agosto.

Es más fácil, mi querida Charlotte, decirte lo que pienso de las cartas que tienes la bondad de enviarme por un expreso, que lo que piensan de ellas mis parientes, quienes creen contienen un motivo de enhorabuena para mí. Mas ¿puedo yo felicitarme a mí misma? ¿Puedo recibir sus enhorabuenas? ¡Una Clementina! ¡Un ángel más digno mil veces de Charles Grandison que Harriet Byron puede serlo nunca! ¡Cuán grande es y cuán pequeña soy yo a mis ojos! Clementina no

puede menos de ser suya, será su mujer, debe serlo y mudará de resolución. ¡Tu hermano, tan constante en su pretensión! ¡Ella, tan fuertemente estrechada por el amor! ¡Ella!... ¿Quién, quién se lisonjeará jamás de ocupar después de Clementina un lugar en el corazón de Charles? Mi orgullo, querida mía, ha enteramente desaparecido. ¡Qué despreciable le parecerá cualquiera otra mujer, cuando piense en su Clementina! Y además, ¿quién podría contentarse con la mitad de un corazón? Es demasiado decir la mitad si hace justicia a tan prodigiosa mujer. Mi consuelo, cuando le he mirado como perdido para mí, ha sido siempre el de haber de verle de una mujer de un mérito tan superior.

Mas ¿quién sería capaz de no compadecerse de este glorioso hombre? ¡Oh, querida mía! Yo me confundo en tal asunto: yo no sé qué decirte. Si hubiera de contarte lo que he pensado, y cuáles han sido mis conmociones leyendo ya su generosa compasión del conde de Belvedere, ya sus nobles y respetuosas expresiones a la más apreciable de todas las mujeres, ya las agitaciones de esta incomparable Clementina antes de entregarle su escrito... este escrito que excede a todo cuanto he leído de nuestro sexo, y tan conforme a la conducta que tuvo, cuando un combate sin ejemplo entre su religión y su amor le costó su razón; ya su delicadeza, ya su firmeza en los principios de su fe, y en una palabra, todos los grandes rasgos del uno y de la otra bajo los diferentes aspectos que se dejan ver: si hubiera de contarte, digo, todo lo que ha pasado acerca de esto en mi corazón, no me bastaría un volumen ni sé cuánta sería la copia de mis lágrimas. Basta confesarte que en dos días y en dos noches no he podido levantarme, que no sin dificultad he obtenido el permiso de escribirte, y que los médicos quieren no salga de mi cuarto en toda una semana. Charles se lamenta de la incertidumbre y es efectivamente un cruel tormento.

Tú observarás que en todas estas cartas no me nombra más de una vez. ¿Y por qué te parece a ti que hago esta advertencia? No es por quejarme, te lo aseguro, sino al contrario por celebrar su urbanidad y atención; porque ¿tendría disculpa, si se hubiera acordado más veces de la pobre inglesa a quien ha salvado, o si pensase en cualquiera otra mujer fuera de su generosa italiana, mientras que afectos tan vivos agitan su alma con motivo de los grandes objetos que tiene a la vista?

Pero ya ves, cara Charlotte, que este excelente hombre no siempre goza de perfecta salud y que tal vez se halla muy indispuesto en la actualidad. ¿Y debería esto causarnos extrañeza? ¡Tan grande objeto presente, tantos obstáculos vencidos, una nueva dificultad insuperable en la apariencia y ocasionada por su misma Clementina por motivos que aumentan su admiración y estimación a ella! El dolor puede hacer elocuente a una mujer, mas un hombre apenas debe quejarse aun hecho pedazos. ¡Cuánto me compadezco de los tormentos de un

corazón varonil!

Si la generosa italiana se mantiene firme en su resolución, cuando tu hermano vuelva a verla después de un mes de ausencia, presumo que este renunciará al matrimonio. ¿Y debe pensar nunca en él, si no se siente capaz de amar a otra mujer tanto como a su Clementina? ¿Y quién puede jamás merecer tanto amor? ¿No sabemos de él mismo, así como del doctor Bartlett, que todas las penas de su vida las ha motivado nuestro sexo? A la verdad, los mayores pesares de los hombres y de las mujeres por lo común se los causan ellos y ellas recíprocamente, y aun los suyos se los han ocasionado muchas buenas mujeres; pues yo me figuro que la señorita Olivia no es deliberadamente mala. ¿Por qué hemos de querer que un hombre de su carácter se exponga a los caprichos y a la osadía de nuestro sexo que apenas sabe, como se lo decía el señor Jeronymo a su amigo, cuáles son sus deseos, cuando su cumplimiento está en su mano?

Mas enfermo o sano, ya verás que el señor Charles no ha perdido su espíritu. Su grande corazón sabe regocijarse con la felicidad de otros. «Yo quiero tener mi corazón alegre», me dijo un día. ¿Y no debe tenerlo por la mejoría de su caro Jeronymo, por el restablecimiento de la admirable Clementina y por el placer que estos dos motivos causan a una ilustre familia? Yo quiero hacer la numeración de los placeres que encuentra en la felicidad de muchas personas que se la deben. ¿No está gozoso en extremo por la de milord y milady W..., por la de su Beauchamp y la de sus padres, por la milady Mansfield y la de su familia, por la tuya y la de tu milord? Mas sin duda te pareceré muy extravagante en esta carta. Yo quisiera estar alegre, si me fuese posible, porque todos mis parientes quieren que lo esté. Volviendo a leer lo que acabo de escribir, temo que me hayas enseñado a pensar de un modo algo extraño. Habla de buena fe, Charlotte: lo que acaba de salir de mi pluma, ¿no es más conforme a tu carácter que al mío?

¡Aun un renglón, un solo renglón, mi querida, mi buena tía Marianne! No quieren que escriba, Charlotte, teniendo mil cosas que decir sobre estas importantes cartas.

Carta LXXXIV
Charles Grandison a Clementina della Porretta

Florencia, julio 13-24.

Comienzo, cara y admirable Clementina, la preciosa correspondencia que me permitís, haciendo el mayor aprecio de tan gran favor. Sin embargo, ¿no puedo decir que es doloroso para mí? ¿Se ha visto algún hombre en iguales circunstancias jamás? Me es permitido admiraros, creerme honrado con vuestra estimación y aun

con un sentimiento más lisonjero, mientras que me prohíbe el honor solicitar un bien destinado en otro tiempo para mí y del que no se me puede acusar haberme hecho indigno. ¿Soy yo diferente en mi conducta o en mis ideas de lo que me habéis creído? ¿He procurado yo nunca combatir vuestro amor a vuestra religión y a vuestra patria? No, señorita. Conociendo en vos una adhesión invencible a la religión que profesáis, me he contentado con declararos la mía; y yo hubiera creído corresponder mal a la protección con que aquí me han favorecido las autoridades civil y eclesiástica, como también violar las leyes de la hospitalidad, si hubiese intentado privar a su religión de la señorita de una ilustre familia que no está menos adicta a ella. ¿Cómo tal conducta os ha permitido dudar, si tendríais libertad para continuar vuestros ejercicios religiosos en caso de...? Mas dejemos aparte toda especie de quejas. Yo sofocaré en mi corazón las que él quiera dictar a mi pluma. ¿No os he dicho que quiero ser todo lo que queréis que sea? Por mucha pena que esto me cueste, por imposibles que fueran los esfuerzos si no me los prescribiera la conciencia, yo me someto a vuestras disposiciones. Un corazón que pierde la mayor dicha que podía esperar y que sólo la religión sostiene contra la desesperación, busca al menos en su pesar el bien que más se acerca al que ha perdido. ¿Se me permitirá, señorita, lisonjearme, cualquiera que sea el éxito tocante al punto principal, de que esta correspondencia no se interrumpirá jamás? ¿De que una amistad tan pura subsistirá eternamente? ¿De que el hombre cuya felicidad se ha desvanecido será mirado como un hijo, como un hermano en una familia que nunca dejará de amar? Tengo estas esperanzas. Yo pido a tan amable familia la continuación de su estimación (¿y por qué no diré de su afecto?); pero sólo mientras que mi propio corazón imparcial para mí mismo y lleno de celo por la gloria y la felicidad de vuestra ilustre casa me dicte que lo merezco; pero sólo mientras que mi conducta obligue a todos a aprobar mi solicitud. Por mi parte no puede suceder, como nunca sucederá por la vuestra, que un hombre a quien se había prometido la dicha del más estrecho enlace por el favor de toda vuestra familia, sea mirado en ella como un extraño.

Jamás, señorita, el corazón de un hombre ha podido vanagloriarse de tener una pasión más desinteresada que la mía a una mujer cuya alma le haya sido aún más cara que los atractivos de su persona, como ni tampoco de profesar un más sincero afecto a toda su familia. Mi desgracia ha querido que estos dos sentimientos hayan sufrido pruebas que no pueden dejar ninguna duda de ello. Hasta el último instante de mi vida os amaré tiernamente, señorita, a vos y a todos los vuestros.

Adiós, gloria y modelo de vuestro sexo. En las circunstancias en que me hallo, ¿qué más puedo deciros? Adiós, incomparable Clementina. Que todos los bienes del cielo y de la tierra se derramen sin término ni

medida sobre vos y vuestra apreciable familia, como lo desea vuestro, etc.

—*Grandison.*

Carta LXXXV
Clementina della Porretta a Charles Grandison

Bolonia, martes 5 de agosto.

Entre muchas razones, señor Grandison, que me han hecho desear una correspondencia epistolar con vos, es una de las más poderosas la esperanza de escribiros con más libertad de aquella con que puedo hablaros. Así que seré muy libre y sincera en mis cartas. Quiero suponer que escribo a mi hermano, a mi mayor amigo. Y en efecto, ¿a cuál de mis hermanos escribiría tan libremente? A imitación de Dios, vos no pedís más que el corazón, y el mío no se os franqueará menos que si pudierais penetrar como él todos sus interiores.

Comienzo por daros gracias, señor Grandison, por los tiernos y generosos miramientos con que habéis empezado nuestra correspondencia. Vos tocáis con tanta circunspección el infeliz estado de mi salud si nombrarlo... ¡Oh, señor Grandison! Vos sois el más delicado de todos los hombres. ¿Con qué ternura no me habéis hablado siempre de mi adhesión a la religión de mis padres? Seguramente sois el más piadoso de todos los protestantes, y vos y la señora Beaumont me habéis convencido de que ellos pueden tener también su piedad. Yo no me hubiera creído nunca capaz de hablar tan favorablemente de vuestra religión, como a ello me obligáis ambos por el conocimiento que tengo de vuestra bondad. ¡Oh, señor Grandison! ¿A qué no me hubierais inducido con vuestro amor, con vuestras condescendencias, con vuestra irresistible labia, si yo hubiera sido vuestra y vivido en un país protestante, en medio de vuestros parientes, que profesan la misma religión y acaso son todos amables y de excelente carácter? Yo os temía, señor Grandison; pero no despertemos estas peligrosas ideas. Vos sois invencible y yo creo que si hubiese sido vuestra, no habría sido nada capaz de vencerme.

Sólo una justa consideración de la brevedad de esta vida y de la eterna duración de la otra hubiera podido armarme contra mi corazón. ¡Querido Grandison! ¡Cuánta habría sido mi dicha, si mi mano hubiera podido seguir la inclinación de este corazón sin arriesgar mi futura suerte! ¿Cómo abandonar estas dulces reflexiones? Prestadme, prestadme vuestro auxilio y restablecedme en la pacífica situación en que me encontrasteis. ¡Ojalá mi ejemplo abra los ojos a las jóvenes de mi edad! ¡Ojalá no se fíen de su propia imaginación, cuando empiecen a recrearse con pensar en las grandes prendas de un

hombre a quien tienen muchas veces ocasión de hablar! ¡Ay de mí! Yo vuelvo al mismo asunto que quería dejar; mas pues que me es imposible contener mi imaginación y mi pluma, quiero dejarlas en libertad.

Decidme pues, hermano mío, amigo mío, el más fiel y desinteresado de los amigos: decidme lo que debo hacer y de qué medio he de valerme para seros indiferente por cualquiera otro título. ¿Qué he de hacer para no ver en vos más que a un hermano y a un amigo mío? ¿No podéis decírmelo? ¿Es el poder o la voluntad lo que os falta? ¿Es vuestro amor a Clementina lo que os impide hacerme este favor? Yo voy a dictaros los términos: decid que sois el amigo de su alma. Si no podéis ser nunca católico, sedlo según vuestros consejos, y entonces este afecto a su alma os dará fuerzas para decir: persevera, Clementina, que yo no te vituperaré ser ingrata.

¡Oh, señor Grandison! Nada temo tanto como la acusación de ingratitud por los sujetos que amo. ¿La he merecido? ¿Estáis bien persuadido de que no la merezco? Vos me lo habéis dicho, y si esto fue por mero cumplimiento, ¿por qué no me decís cómo puedo ser agradecida? ¿Sois vos el único en el mundo que quiera y que pueda obligar con beneficios sin desear ninguna recompensa? ¿Qué servicios no habéis hecho a la juventud inconsiderada de mi hermano desde el principio de vuestra amistad? ¡Desgraciado joven! ¿Y qué recompensa os ha dado? Al presente su generosidad le hace acusarse a sí mismo por esto. Él mismo nos ha contado cuán heroica paciencia tuvisteis con él. ¡Cuánto debe amaros! Después de interrumpida largo tiempo vuestra amistad, le salvó vuestro valor la vida. Sin embargo, algunas personas de nuestra familia no os han mostrado toda la gratitud que merecíais, cuyo recuerdo nos cuesta un pesar mortal. Vos fuisteis precisado a dejar nuestra Italia, y no obstante, llamado por vuestro amigo cuyas heridas se comenzaban a creer incurables, volvisteis sin dilación: volvisteis por su hermana herida en la cabeza y en el corazón: volvisteis por su padre, su madre y sus hermanos, heridos mortalmente en el alma por las penas de su hijo y de su hija, de su hermano y de su hermana. ¿Y de dónde os apresurasteis a volver? De vuestra misma patria, separándoos de vuestra propia familia y de mil amables personas que se lisonjean de ser amadas de vos y de amaros. Vos volvisteis en las alas de la amistad sin que ni la distancia ni otros obstáculos hubiesen podido deteneros: vos os hicisteis acompañar del genio de la salud bajo la figura de un hábil cirujano: vos habéis traído por escrito todo el arte de los médicos de vuestra patria para el buen éxito de vuestra noble empresa, y todo esto ha correspondido a vuestros generosos deseos. Nosotros nos vemos, toda una familia se ve y se mira con aquel delicioso placer que nos hacía felices antes de los desastres que han causado nuestra aflicción.

Al presente, ¿cuál ha de ser nuestra gratitud? ¿Qué recompensa hemos de ofreceros por tantos beneficios? Vos estáis ya recompensado, decís, con el feliz suceso de vuestros gloriosos servicios; y en vista de esto, ¿no puedo yo teneros por un hombre orgulloso al mismo tiempo que feliz? Yo sé que no está en mano de una mujer recompensaros. Todo lo que hiciera ella por un hombre como vos, ¿podría decirse que era más que su deber? ¿Y si Clementina fuera vuestra, quisierais que vuestro amor, vuestra bondad y oficiosidad con ella le costasen su eterna felicidad? «No», respondéis, «yo la dejaré en el libre ejercicio de su religión». Mas, si creéis engañada a vuestra mujer, ¿podéis prometeros, os sentís capaz, vos, el señor Grandison, de no hacer jamás ningún esfuerzo para libertarla de su error? Vos, a quien la cualidad de marido impondría la obligación de dirigir su conciencia y de fortalecer su mente, ¿podríais teniendo vuestra religión por verdadera y la suya por falsa, tolerar que permaneciese en su engaño? Ella misma por el mismo principio cuya obligación creería aún más vigorosa, ¿podría evitar las discusiones con vos en las cuales por la superioridad de vuestro talento estaría expuesta a gran peligro su fe? ¿Qué fuerza tendrían los argumentos de mi director contra los vuestros corroborados por vuestro amor, por vuestra dulzura y por vuestro agrado? ¿Y cuál sería la aflicción de mis parientes al saber que Clementina había llegado a ser indiferente para ellos, para su patria y aún más que indiferente para su religión?

Hablad, querido Grandison: decid, amigo mío, hermano mío: ¿os parecerían de ningún peso estas poderosas consideraciones? No, es imposible. El obispo me ha dicho (no se lo vituperéis) que hablando de vuestras ofertas habíais declarado al general y a él que no hubierais hecho otro tanto por la mayor princesa del orbe. Quizá la compasión tenía en ellas tanta parte como el amor.¡Desgraciada Clementina! No obstante, si no hubiese habido mayor obstáculo, hubiera aceptado vuestra compasión, porque sois bueno y generoso, y porque la compasión de un gran corazón así como la del cielo no es un insulto. Mi padre, mi madre, los más indulgentes de todos los padres y las madres, mis hermanos y todos mis parientes, ¿han tenido otro estímulo para conducirse conmigo como se han conducido? Y sin este motivo la diferencia de religión y de país, ¿no hubiera opuesto un obstáculo invencible a su consentimiento? Lo hubiera opuesto, señor Grandison, no lo dudéis. Confesad pues que conociendo yo vuestro motivo y el suyo, y sabiendo que confiar demasiado en mis propias fuerzas es tentar a Dios, sólo me queda que tomar el partido de confirmarme en mi resolución. ¡Oh, vos en otro tiempo mi preceptor! Sed aún lo que habéis sido para mí. Vos no me habéis dado nunca lección de que ninguno de los dos pudiese avergonzarse. Contribuid, según os lo he conjurado en mi escrito, a fortificar un alma débil.

Conozco que esto me cuesta terribles combates. En este mismo momento soy... superior... o acaso inferior a mí: no sé cuál de las dos cosas, pues mi carta no está como me la había propuesto escribir. Sois demasiado el asunto de ella, y yo quería fuese tan corta que sólo contuviese agradecimientos por todos los beneficios que habéis hecho a mi familia, con instancias para obtener de vos, como un nuevo remedio para la agitación de mi espíritu, el medio mismo de que se conserve siempre viva mi inútil gratitud.

Esta carta me admira por su extensión. Perdonad a mi cabeza que aún se extravía, y creed es tan amante de vuestra gloria como de la suya, vuestra, etc.

—*Clementina della Porretta.*

NOTA. *Las demás cartas de esta correspondencia versan sobre las mismas ideas.*

Carta LXXXVI
Charles Grandison al doctor Bartlett

Bolonia, 17 de agosto.

Desde ayer noche estoy aquí de vuelta; pero antes de haceros la relación de mi recibimiento, debo deciros que Olivia llegó a Florencia, cuando yo me disponía a dejar esta ciudad, y por mucho que acelerase mi partida, no pude menos de hacerle una visita que me envió a pedir. No esperéis que os pinte sus furores, con especialidad luego que supo volvía a Bolonia. Yo la he dejado llena de ira y rabia. Una aventura muy extraordinaria de que con dificultad pude libertarme el día siguiente, me pareció tener el mismo origen. No obstante, yo partí sin hacer la menor averiguación ni dar la menor queja.

Tampoco debo pasar en silencio que he hecho al conde de Belvedere la visita que le había prometido. El general en Nápoles y el conde en Parma me recibieron con las mayores atenciones, ambos, no dudéis de ello, por un mismo motivo. El general y su mujer restituyéndose a Bolonia me acompañaron parte del camino hacia Florencia. Iban a regocijarse con sus parientes de Urbino y de Bolonia por la resolución de su hermana y a felicitarla por su magnanimidad, como ya lo había hecho el general por medio de una carta que me mostró y en que se me colmaba de elogios. Se puede hablar así de un hombre que ya no causa temor ni envidia. Hubiera querido llenarme de presentes; pero me excusé a aceptarlos, aunque de modo que no pudiera ofenderse de mi repulsa.

Incontinente que llegué ayer, fui al palacio de la Porretta y entré primero en el cuarto de Jeronymo, con quien había tenido una

correspondencia epistolar durante mi ausencia. Recibióme con transportes de contento, y el mío no fue menos vivo al ver su curación muy adelantada. Ha recobrado su apetito, goza de un sueño muy pacífico y puede estar levantado parte del día. En fin, su salud y la de su hermana hacen reinar la alegría en su familia; pero me dio a entender que faltaba a su felicidad el poder llamarme hermano suyo, con cuyo motivo se inflamó y me suplicó por Dios estrechándome la mano y aun mojándola con sus lágrimas, que llevase al cabo este asunto. El marqués, la marquesa, el obispo y el padre Marescotti vinieron a darme gracias y aplaudirme por mi correspondencia con su querida Clementina. El obispo y el padre me protestaron que toda su vida me tendrían presente en sus oraciones, y que pedirían al cielo me concediese una Clementina mejor y más hermosa, si era posible, que aquella cuyas ideas no correspondían ya a sus esperanzas. El general y su mujer habían llegado dos días antes; pero estaban haciendo algunas visitas.

Mientras que todos me aplaudían y yo recibía sus aplausos casi sin hablar, pues me hallaba embarazado en tan crítica situación, entró Camilla a decir a la marquesa que Clementina estaba impaciente por ver a su amigo.

—Yo os introduciré —me dijo esta tierna madre, y se levantó y la seguí.

Al verme su hija vino a mí con los brazos abiertos, me llamó su cuarto hermano y me dio las más vivas gracias por mis cartas. Como me había instado en una de las suyas a que emplease mi influjo con su familia para que le diese permiso de abandonar el siglo, y yo había impugnado fuertemente este pensamiento, se quejó de la oposición que hacía a sus deseos.

—Vos sabéis, señora —dijo a su madre—, que siempre he tenido esta inclinación —y volviéndose a mí, añadió—: ¡Oh, señor Grandison! Vuestras objeciones no me han convencido.

—No, señorita, bien lo veo, porque si Clementina estuviera convencida, obraría a cualquiera costa según su convencimiento.

—¡Ay, amigo mío! Vos sois un hombre peligroso. Conozco que si se hubiese llevado cierta cosa a ejecución, me hubiera perdido. ¿No estáis convencido de que habrían sido así atendidos mis principios? Si lo estáis, espero que vos obraréis también según vuestro convencimiento.

¿Qué necesidad había de decirme esto que según recuerdo profirió sonriéndose? Observad, estimado doctor, que ya está capaz de chancearse en ocasión tan seria. Acaso quiso tomar un aire que me veía afectar. Pero en fin yo comienzo a creer, por distante que ella esté ahora de presumirlo, que no es imposible se deje persuadir con el tiempo a cumplir con su deber, cuando se lo hagan presente abogados

tan hábiles como los que tiene en su familia. Mas sea lo que fuere, si esto es por su felicidad y la de los suyos, no puedo estar enteramente descontento.

—Yo espero —le dije— que al menos se suspenderán vuestros deseos de dejar el siglo —Y ella confesó la fuerza de algunas de mis razones; mas me pareció que no perdía enteramente la esperanza de obtener el consentimiento de su familia.

El general y el conde, que habían vuelto en el intervalo, fueron inmediatamente a verme y me tuvieron mil cumplimientos. A instancia de la marquesa, pasamos al aposento de Jeronymo, en donde estaban todavía el marqués, el obispo y el padre Marescotti, y volviendo a extenderse todos sobre su gratitud a mis servicios, les dije que estaba en su mano darme un placer inexplicable. Todos a una voz me instaron a que me explicase.

—Permítaseme persuadir a mi tierno amigo Jeronymo a que me acompañe a Inglaterra. Lowther se alegraría mucho de poder continuar asistiéndole en Londres más bien que aquí, aunque esté resuelto, si no se me complace, a no dejarle hasta su perfecta curación.

Todos se miraron unos a otros con un aire de sorpresa y alegría. Jeronymo derramó algunas lágrimas y dijo:

—No puedo, no puedo sostener el peso de tanto favor. Grandison, nosotros no podemos hacer nada por ti, y tú no me has proporcionado mi curación sino para poder matarme tú mismo.

Clementina tenía sus ojos llorosos y se retiró con alguna precipitación.

—¡Oh, señor Grandison! —me dijo la marquesa—: el corazón de mi hija es demasiado sensible al reconocimiento. Temo por su vida si no la hacéis arrepentirse de su resolución.

—Lo que yo pido —repliqué— sólo es un favor para mí, mayormente lisonjeándome de que Jeronymo no partiría sin algunos de sus parientes. Nuestros baños son restaurativos y yo mismo le llevaría a ellos. Además, la diferencia del clima puede serle favorable. Que yo tenga el honor, señores —añadí mirando en rededor mío—, de veros a todos en Inglaterra: de esta manera recompensaréis completamente favores que exageráis con tanta bondad.

Todos continuaban mirándose sin hablar.

—¡Pluguiese al cielo —proseguí— que vos mismo y vos, señora —dirigiéndome al padre y a la madre—, estuvieseis dispuestos a hacerme este favor, en el cual pensabais otras veces en una feliz suposición. Yo haré que mis dos hermanas y sus maridos os acompañen conmigo hasta restituiros a Bolonia. Mis hermanas se aprovecharán con gusto de la ocasión de ver la Italia y de granjearse la amistad de la incomparable Clementina, cuyo carácter ya veneran.

Su silencio continuaba, mas nadie parecía desaprobar mis

instancias.

—Este honor, señores, esta gracia, señora, sería por otra parte muy favorable para mí. Después de las esperanzas que me habíais dado, el volver solo a mi patria es entrar en ella como un hombre desairado y despreciado, por manera que en vuestra condescendencia se interesa mi orgullo no menos que mi satisfacción. Yo os ofrezco un hospedaje en Londres y en la campaña, poniendo todo cuanto tengo a vuestra disposición. Nadie ama su país más que yo; pero me será mucho más caro, si os es algo útil para vuestra diversión o vuestra salud. Complacedme, señores, complacedme, señora, aunque no sea sino para encontrar la Italia más agradable a vuestra vuelta. Nuestros veranos son menos ardientes, el comercio nos da en abundancia todos los frutos que aquí se crían en el otoño, y nuestros inviernos no son tan fríos como los vuestros. Complacedme siquiera por el invierno próximo, y consultaréis vuestro gusto para permanecer más tiempo.

—Queridísimo amigo —exclamó Jeronymo—, yo acepto tu convite para cuando se me crea capaz de emprender el viaje.

—¡El viaje! —le interrumpí—: en una embarcación disfrutarás las mismas comodidades que en tu aposento, y llegarás hasta el medio de Londres sin echar de ver más que en los progresos de tu salud el que has dejado tu aposento.

—A la verdad —les dijo el general—, Clementina temía con razón no ser mucho tiempo católica siendo mujer de este hombre singular. Yo deseo que vayáis a Inglaterra con el señor Grandison, pues que le amáis y habéis padecido tantas penas y fatigas. Id a pasar el invierno con él: son muy celebrados los baños de Bath y no podrá iros mal con ellos. Mi mujer y yo cuidaremos en vuestra ausencia de la felicidad de Clementina. Cogedle a Grandison la palabra y traedle en vuestra compañía a él, a sus hermanas y a sus maridos. Pero, señor Grandison, ¿qué tiempo elegís para vuestra partida?

Yo le respondí que lo más pronto sería lo mejor, porque la estación no podía ser más favorable; y repetí que me colmaría de contento la dicha determinación, la cual era el único medio de recompensar cumplidamente lo que llamaban mis favores. Además les prometí volver con ellos.

—La salud de Clementina —añadí— se fortificará entonces y la del señor Jeronymo se hallará perfectamente restablecida. ¿Con qué satisfacción no volverán a verse los dos?

Entonces se me pidió de término hasta el día siguiente para conferenciar y darme una respuesta positiva.

Lowther y sus compañeros que han sido consultados esta mañana creen que Jeronymo podría ser transportado en litera hasta el puerto más cercano y embarcarse aquí para Inglaterra; pero que lo más seguro es esperar la primavera, porque entonces estarán bien

cicatrizadas las heridas y las nuevas carnes se habrán enteramente consolidado. Se me ha prometido que Jeronymo, los dos hijos del conde y algunas otras personas de la familia harán el mismo viaje. Entre tanto, el obispo y el padre Marescotti tendrán conmigo una correspondencia epistolar y me comunicarán todo cuanto acontezca.

Clementina ha tomado el chocolate con nosotros, y habiéndosele comunicado la nueva resolución ha celebrado mucho la visita con que se me quiere honrar el año próximo.

—¡Qué fatales circunstancias —me dijo al oído— las que no permiten el mismo viaje a la que lo haría con el mayor gusto y no sería la peor recibida! Yo me alegraría de ver el país en que ha nacido el señor Grandison.

Habiéndome quedado solo con Jeronymo, me habló en términos muy afectuosos de la mudanza que advertía en mi rostro desde que su hermana parecía afirmarse en su resolución.

—Si el corazón no padeciera —me dijo—, estoy bien seguro de que no se verían esas señales en el exterior.

—¡Querido amigo! —le respondí—: ¿qué advertís de extraño en él? Cuando yo volví a Italia, cualquiera que fuese el concepto que tenía hecho de tu hermana, no me parecía tan grande como se ha mostrado después. Yo la he admirado siempre, pero ahora paso más allá de la admiración. ¡Ver desvanecerse mis esperanzas después de haberlas tenido tan bien fundadas! Yo sería más que hombre, si esta pérdida no me tuviera vivamente conmovido.

—Tú lo estarás sin duda, y mi corazón toma parte en tus penas; pero, querido Grandison, Dios es el único que Clementina prefiere a ti. Ella padece más que tú puedes padecer: ella no tiene, según me ha dicho, más que un motivo de consuelo y es la esperanza de no vivir mucho. ¡Cara hermana! Se lisonjea de que debe la restauración de su razón a las fervorosas oraciones que dirigía al cielo en sus lúcidos intervalos y cuyo objeto era el consuelo de sus parientes, no pensando en concebir después ningunos deseos que no fuesen respectivos a otra mejor vida. Pero, Grandison, si tu corazón se halla en tan violenta situación...

—No dudes de ello, amigo: yo no soy un hombre insensible. Sin embargo, aún cuando ahora se consiguiese hacer descender a Clementina del punto de grandeza a que se ha elevado, y cualquiera que fuese la satisfacción que en ello pudieran tener mis deseos, no creería menos por esto que si obraba contra su conciencia, sería menos su gloria. ¿Y me sería posible, como dice muy bien Clementina en una de sus cartas, ver a una querida esposa hecha infeliz por sus escrúpulos, sin esforzarme a tranquilizar su corazón desvaneciéndolos? ¿Podría yo prometerme algún buen éxito sin hacerle una pintura ventajosa de la religión que profeso? ¿Y no sería

esto exponerme a la nota de haber violado los contratos? ¡Oh, mi querido Jeronymo! Las cosas deben permanecer en el pie en que se hallan, a no ser que tu hermana pueda pensar mejor de mi religión o menos favorablemente de la suya.

Jeronymo volvió a hablarme de las obligaciones de su familia, y yo le dije que sólo este lenguaje podía causarme pesar.

—Hazme el favor —añadí— de que no se hable más de eso. A todos no se ofrecen las ocasiones que a mí por mi fortuna se me han ofrecido. ¿Me envidiará mi amigo mi dicha?

El mayor de mis deseos es al presente, estimado doctor, imaginar algo que yo pueda aceptar para satisfacer a sujetos tan reconocidos. Cáusame desazón verme por ellos mismos en una situación que ha de causarles pena. ¿Qué puedo yo hacer según mis nociones de amistad para tranquilizar sus corazones?

Jeronymo me manifestó su recelo de que yo pensase en dejarles bien pronto, con cuyo motivo le dije que no dudando ya de la perseverancia de Clementina ni del consentimiento que daría para restituirme a mi patria, debía desear así por mí mismo como por ella que se me permitiese acelerar mi partida, mayormente cuando Lowther consentía gustoso en quedarse asistiéndole.

A este tiempo entró la marquesa y me dijo:

—Clementina teme que nos dejéis muy luego. Se está paseando en el jardín con su padre y sus hermanos, y puedo aseguraros que se alegrarán mucho de disfrutar vuestra compañía.

En vista de esto dejé a Jeronymo y a su madre, y viéndome acercarme el marqués dijo a su hija algunas palabras que yo no entendí. Después, habiéndome cumplimentado muy cortésmente se valió de un pretexto para hablar en particular a sus dos hijos y yo quedé solo con ella.

—¿No es cosa dura —me dijo— que no sólo hayáis rehusado apoyarme en lo que más deseo, sino que hayáis corroborado contra mí las razones de mis parientes? Algunos han hecho grande uso de lo que me habéis escrito. ¡Oh, señor Grandison! Vos habéis ganado el corazón del general; pero no habéis contribuido a aliviar el de la hermana. No, no: jamás me restableceré, si se me rehúsa la entrada en un convento.

—Tened presente, señorita, que el perfecto restablecimiento de vuestra salud depende después de Dios de la serenidad de vuestro ánimo. No os abandonéis, os lo conjuro, a ideas que lo inquieten. ¿Qué hija, qué hermana puede contar con el afecto de su familia, si vos no lo podéis? Vos habéis visto cuánto depende su felicidad de vuestra salud. ¿Dudaréis mientras que estéis en el mundo, de la fuerza de esa piedad de que ya habéis dado (¿diré yo a mi costa?) tan gloriosa prueba que el mismo infeliz que padece por causa de ella se halla precisado a aplaudirla?

—Oh, señor Grandison, no digáis a costa vuestra, si queréis que yo esté tranquila.

—Yo necesito, señorita, de un extremado esfuerzo para violentarme en estas ocasiones; pero permitidme dos palabras más sobre el mismo asunto. Vos habéis exigido de mí una de las mayores pruebas de desinterés y de que nunca ha habido ejemplar. Yo os pido encarecidamente, amada Clementina, por vos misma, por vuestro deber, y si me permitís decirlo, por vuestra bondad para conmigo, que desterréis al presente de vuestra memoria ese deseo favorito que domina vuestro corazón.

Clementina se puso a reflexionar algunos momentos y después me dijo:

—Bien veo, señor Grandison, que no tengo que esperar de vos ningún favor sobre este punto. Pasemos a la alameda inmediata donde no podremos ser oídos. Tengo que haceros otra súplica que no es nueva, pues ya os insinué algo de ella en una de mis cartas, y que no se me ha ocurrido sin deliberación.

—¿Y qué súplica es esa, señorita?

—¿Cómo declararla? Sin embargo, lo haré. Si queréis desterrar de mi corazón… —Aquí volvió a detenerse y yo creí que había olvidado lo que iba a decir—. Si queréis tranquilizarme…

—¡Señorita!

—¡Es menester que os caséis! Entonces es, señor Grandison, cuando no me quedará ninguna duda tocante a la firmeza de mi resolución. Escuchadme hasta el fin. Es menester que os caséis con una inglesa. Que no sea una italiana. Olivia no escrupulizaría mudar de religión por vos; mas no os caséis con Olivia, pues imagino que no seríais feliz con ella. ¿Creéis que podréis serlo?

Yo le di a entender con una reverencia que pensaba lo mismo.

—No, no lo seríais. No hagáis una elección que pueda deshonrar a Clementina: yo tengo un corazón altivo: que no se diga que un hombre a quien Clementina ha podido pertenecer se ha envilecido con su matrimonio. Si os casáis, señor Grandison, tal vez se me permitirá ser del número de los que os han prometido una visita en Inglaterra. Mi cuñada deseaba ahora mismo serlo también, y como su marido no le rehúsa nada, le inducirá fácilmente a que la acompañe. Además, no os costaría trabajo persuadir a la Beaumont que aun volviese a su país. Vos volveríais a Italia con nosotros, con vuestra esposa y quizá con vuestras hermanas y sus maridos, no componiendo todos más que una familia. Si a mis otras súplicas no se condesciende, es menester condescender a esta, lo cual depende de vos. ¿Y no deseáis verme tranquila?

—¡Admirable Clementina! ¿Quién en el mundo es tan grande como vos? Vos sois capaz de todo lo que es nobleza y generosidad, y esa

misma grandeza es la que tiene prendado mi corazón…

—Dejad, dejad ese lenguaje, señor Grandison, que me hace mayor impresión de la que quisiera. Temo haya que vituperar alguna afectación en el mío; pero repito que es menester que os caséis. Yo no estaré tranquila mientras no os hayáis casado… pues no veo la menor apariencia… Pero dejemos esto. ¿Cuánto tiempo os tendremos aún en nuestra compañía?

—Si no me queda ninguna esperanza, señorita…

—¡Ah, señor Grandison! —volviendo la cara a otra parte—, no uséis de esas expresiones.

—Lo más pronto será lo mejor… Pero vuestras órdenes…

—Os doy las gracias, señor Grandison —interrumpiéndome—; pero ¿no os he dicho que soy orgullosa? Mucho tiempo ha que lo habéis conocido. El orgullo hace más en una mujer que la razón. Sentémonos un momento y acabaré de daros a conocer el mío.

Entonces se sentó en un banco inmediato, y habiéndome hecho sentar junto a sí, me dijo volviéndose hacia los mirtos que nos cubrían:

—Voy a hablar a estos árboles. ¿Has de informar, Clementina, al señor Grandison de toda tu debilidad? Su compasión, ¿ha de volverle a traer de su país para tu restablecimiento? Después de haber tomado con la ayuda de Dios una resolución digna de tu carácter, ¿dudarás, si eres capaz de persistir en ella y le darás motivo para pensar que tú dudas de ello? ¿Volverá a consentir en oficiosas ausencias para experimentar tu constancia? ¿Y cederás en la prueba? No, Clementina.

Después se volvió a mí, pero con los ojos bajos.

—Reitero, señor Grandison, todas mis expresiones de gratitud por la generosa compasión de que me habéis dado tantas pruebas, si bien mi triste situación me daba quizá algún derecho a ella. Yo reconozco en esto la mano del cielo que tal vez ha querido castigar mi orgullo, y me someto a ella. También reconozco sin rubor los beneficios que debo a vuestra piedad, y conservaré de ellos un tierno recuerdo hasta la muerte. Deseo que vos os acordéis de mí también con igual ternura hasta el último instante de vuestra vida. La mía no puede ser larga, y así por condescender a vuestros deseos como a los de mi amable familia desistiré de mi empeño de entrar en un convento. Me queda la esperanza de veros en Inglaterra en el feliz estado de que he hablado, y principalmente después en Bolonia. Yo os tendré por de mi familia y me tendré por de la vuestra. En suposición de esto y con estas esperanzas tengo ánimo para consentir en vuestra partida. Si yo vivo, la ausencia será de pocos meses. ¿Y no he soportando bastante bien la última? Yo os dejo pues, señor Grandison, la elección que me habéis ofrecido. Señalad vos mismo el día. Vuestra hermana Clementina os restituye a vuestras hermanas y a vuestros parientes. ¡Oh, señor

Grandison! —alzando los ojos y advirtiendo en mi semblante un enternecimiento que me esforzaba a ocultar— ¡Cuán tierno es vuestro corazón! ¡Cuán sensible sois a la compasión!... Pero señalad el día. Este banco, cuando estéis lejos, lejos de mí, será consagrado a la memoria de vuestra ternura. Yo le visitaré todos los días sin que ni el ardor del verano ni el frío del invierno me hagan interrumpir mis visitas jamás.

—Lo mejor, admirable Clementina, lo más seguro para ambos, o al menos para mí, es que no se difiera mucho la partida. Permitid que sea el lunes. El domingo por la noche después de haber ocupado todo el día en pedir a Dios por la salud, por la felicidad de mi cara Clementina, de mi querido Jeronymo y de toda su familia, vendré por la noche, si me dais permiso... vendré... —Y no me fue posible acabar.

Clementina sólo me respondió con un diluvio de lágrimas: su cabeza se dejó caer sobre mi hombro, y la agitación de sus afectos elevaba su seno.

—¡Oh, Grandison! ¡Es pues preciso! ¡El cielo nos dé fuerzas a ambos!

La marquesa, que venía entonces hacia nosotros, percibió a alguna distancia la conmoción de su hija, y temiendo que se desvaneciese, se arrojó a ella y la tomó en sus brazos.

—¡Hija mía! ¡Clementina mía! ¿Por qué son esas lágrimas? Mírame, amor mío.

—¡Ah, señora, el día, el día está señalado! El lunes próximo... el señor Grandison partirá de Bolonia.

—¿Qué, señor Grandison, habéis de dejarnos tan presto? Querida mía, nosotros obtendremos de él...

Yo me levanté sin decir ni una palabra y pasé a otra alameda sobremanera enternecido. ¡Oh, estimado doctor! ¡Tanta bondad! ¿Por qué soy yo tan sensible, y me hallo tantas veces expuesto a pruebas que exigen mayores fuerzas que las mías?

El general, el obispo y el padre Marescotti se llegaron a mí, y les conté lo que había pasado entre Clementina y yo. El marqués, que se había acercado a su hija, se llegó también a mí prontamente después de haber oído lo que ella había podido decirle.

—¿Cómo podéis pensar —me dijo— en partir con tanta prontitud? Vos no os ausentaréis tan presto.

—No, señor, si Clementina lo manda; pero si no me detienen sus órdenes, la más pronta partida es la más conveniente para mí. Yo no puedo soportar tanta grandeza de alma: es la más divina de todas las mujeres.

—Vos no dejaréis —me dijo el general— de tener correspondencia epistolar con mi hermana: aquí nadie se opondrá a ella. Como ya os ha dicho que desea veros casado, ¿no podemos prometernos que vos

procuraréis también persuadirla a que tome el mismo estado? El matrimonio del uno o de la otra producirá el efecto que ella se propone con el vuestro.

«¡Oh, buen Dios!», dije entre mí: «¿se me cree pues absolutamente desprendido de todas las pasiones humanas?» Yo he hecho, como sabéis, estimado doctor, una continua guerra a las más rebeldes de las mías; pero sin querer vencer nunca estas tiernas sensaciones que hacen tanto honor a nuestra naturaleza.

—Eso es pedir demasiado —dijo la marquesita, que se había llegado a nosotros con su señora—. ¿Cómo puedes esperar tal cosa del señor Grandison?

—Tú no sabes —le dijo el obispo, apoyando la proposición de su hermano— lo que es capaz de hacer el señor Grandison por la felicidad de toda una familia.

El padre Marescotti, igualmente insensible aunque lleno de bondad, advirtió que habiendo tomado Clementina su determinación por una inspiración del cielo, este mundo y todas sus pompas no tenían sino el segundo lugar en su consideración, y que a riesgo de su vida permanecería constante en sus ideas: en cuya atención debiendo yo renunciar a toda esperanza, podía...

—No, señor —le interrumpió el marqués—: yo no le pediré semejante favor. ¡Oh, si pudiera vencerse —dirigiéndose a mí— el mayor obstáculo! Mi querido Grandison —tomando mi mano— no puede... mas yo no oso instarle más sobre esto. Si lo pudiera, mis propios hijos no me serían más caros que él.

—Vos me honráis mucho, señor, y me obligáis a la más viva gratitud. No sin dificultad soy capaz de cumplir, cuando estoy con vuestra hija, la promesa que he hecho de no instarla a ser mía. Yo la he exhortado, como lo habéis visto, a conformarse con los deseos de su familia, y yo concibo todo lo que comprenden. Es muy probable que si uno de los dos se resuelve a casarse, el otro estará con esto más tranquilo, y yo más bien quisiera seguir el ejemplo que darlo. Vos veréis qué efectos causa mi partida; mas a vuestra hija no se la ha de instar demasiado, pues esto sería exponerse a ver renacer su ansia por entrar religiosa. Su pundonor se uniría quizá a su piedad, y si en nada se condescendía a sus deseos, podría recaer en todas sus desgracias.

Todos están de acuerdo en seguir mi parecer, es decir, en tomar el partido de la paciencia esperando un feliz efecto de lo venidero. Yo les dejé para volver al cuarto de Jeronymo, a quien comuniqué el estado de las cosas y el día señalado para mi partida, y por mucha que fuese la dulzura con que le hice esta declaración, me pareció tan vivo su dolor que sintiendo aumentarse mucho el mío, tuve precisión de dejar su cuarto aceleradamente y de volver en derechura a mi posada para serenarme un poco.

Así pues, mi estimado doctor, el día está absolutamente señalado, y espero que no se me obligará a variarlo. La señora Beaumont me dispensará sin duda de volver a Florencia: Olivia no debe exigir nada: yo les escribiré a ambas. Estoy en ánimo de ir por Módena, Parma y Plasencia. La señora Sforza me ha hecho pedir una vista, y yo me prometo que se tomará la molestia de pasar a Pavía, sin lo cual no tendré reparo en llegar a Milán. Yo le prometí una visita antes de partir de Italia; pero como me la pidió cuando no parecía remoto el enlace, supongo que ahora no puede tener más motivo que el de la cortesanía. Todo cuanto yo deseo, si la veo, es que su cruel hija no se me ponga delante.

NOTA. *Grandison deja a Bolonia y la Italia. Se omiten sus últimas despedidas. En su camino ve en Parma al conde de Belvedere, a quien deja con buenas esperanzas, y en Milán a la señora Sforza, de la cual forma muy mal concepto, etc. Escribió a la señora Beaumont y a la señorita Olivia, la cual contesta sumamente irritada, aunque dejando entrever sin embargo que los prudentes consejos del hombre que ama principian a hacer impresión en su corazón. Grandison pasa a París, donde encuentra a su primo Everard, quien habiéndose medio arruinado con el juego y otros excesos, necesita de sus auxilios tanto como de sus consejos; pero su primo echa en el alma de este joven licencioso los cimientos de una sólida conversión. Por último, la impaciencia por hallar consuelo para la inquietud de su corazón en las conversaciones con su estimado doctor le hace partir a Londres.*

Carta LXXXVII
Milady G… a Harriet Byron

Londres, martes 5 de septiembre.

Alégrate, mi queridísima amiga, de la venida de mi hermano que llegó ayer noche, aunque tan tarde que no ha podido avisárnoslo hasta esta mañana. Milord y yo fuimos volando a desayunarnos con él. ¡Ah, querida mía!, hemos visto muy bien en su rostro que ha tenido mucho que padecer, pues está más seco y pálido de lo que estaba; pero siempre es el mismo hermano, el mismo amigo y el mejor de todos los hombres.

Yo esperaba algunas reprensiones por mis vivezas; pero no se habló ni una palabra de esto. Nos dijo mil cosas tiernas, y cuando hablamos de Caroline y su marido, aseguró que sus dos hermanas y sus lindos monarcas eran los casados más dichosos de Inglaterra: política en verdad bastante fina, pues durante el desayuno se escaparon al mío dos o tres simplezas que apenas pude aguantar. Jamás ha habido un mono más cariñoso; pero la reputación en que mi hermano me tiene,

me sirvió de freno. Veo que una adulación aun la menos merecida es capaz de producir buenos efectos, cuando se hace aprecio del parecer del adulador.

Beauchamp no se hizo esperar luego que tuvo la primera noticia de la vuelta de su amigo. Caroline y su marido, Emily y el doctor Bartlett estaban en Colnebrook; pero como habían dejado encargado que al punto que llegase Charles, se les avisara por un correo, vinieron bastante pronto para comer con nosotros. Los abrazos empezaron otra vez, renovándose la alegría. Emily, la amable Emily, se desvaneció queriendo abrazar las rodillas de su tutor, quien se enterneció, así como Beauchamp y todos nos enternecimos mucho. Hay sensibilidades que se manifiestan con actos exteriores y otras que no puede declarar la lengua. La alegría de mi hermana era de la primera especie y la mía de la segunda; pero mi hermana está acostumbrada a demostraciones de ternura, mientras que la mía está algunas veces para ahogarme sin poder llegar hasta mis labios. No obstante, mis ojos son grandes oradores.

El placer que Charles, Milord L... y el doctor tuvieron recíprocamente en verse fue grande y tierno, y mostrado varonilmente. El bullebulle de mi marido gozó dos o tres veces de su transporte y del de los circunstantes, y con su excesivo contento estuvo cerca de cantar y bailar. Así suele mostrar su alegría el pobre hombre, aunque por otra parte honrado y de muy buen natural. Cuidado con despreciarle, Harriet, que ha recibido la educación de un hijo único a quien no se dejó ignorar que era lord, sin lo cual hubiera hecho mejor papel a tus ojos. No le falta juicio, te lo aseguro. Tú me creerás parcial, pero la acción más disparatada de su vida fue la que hizo en la iglesia de St. George [20]. ¡Pobre diablo! Hubiera podido encontrar una mujer más conforme a su inclinación, y sus mismos defectos habrían podido también hacerle entonces brillar; mas no siempre nos es dado elegir lo que más nos conviene. Se advierte y lo he oído decir, que las morenas quieren a los blancos y los blancos a las morenas. Tal vez los genios se acomodan mejor con sus contrarios: si todos nosotros tuviéramos una misma afición a una misma persona o cosa, serían frecuentes las disputas que sin esto son bastante comunes.

Con la llegada de mi hermano estoy loca de contento. Una paja me hace reír, y yo quisiera hacerte reír también ya conmigo, ya de mí; nada me es tan indiferente, con tal que logre hacerte a lo menos sonreírte. ¿Te sonríes, querida mía? Sí, no lo dudo. [21] Pues bien, ahora que lo he logrado, vuelvo a ponerme seria.

Nosotros hemos cumplimentado a Charles por el restablecimiento de sus amigos italianos sin nombrarlos ni decir una palabra de la hermana que ha estado cerca de darnos; y él nos ha mirado a todos con semblante serio e inclinándose a cada una de nuestras

enhorabuenas, pero guardando silencio. El doctor Bartlett nos había dicho que en sus cartas a Charles nunca le había hablado de tus indisposiciones, porque no dudaba de que esto le causaría pesar. A excepción del desayuno y de la comida en que nos molestó la presencia de todos los criados, ha tenido Charles tantas órdenes que dar que apenas hemos podido hablarle. Los circunstantes eran Caroline y su marido, mi esposo y yo, el doctor Bartlett, Beauchamp y nuestra cara Emily que, habiéndose serenado, escuchaba con mucha atención cada palabra que salía de la boca de su tutor.

Al instante le confesamos todos, como te harás cargo, que habíamos leído la mayor parte de lo que había escrito al doctor.

—¡Qué embarazos, qué pesares, qué variedad de agitaciones y combates ha tenido que soportar tu corazón, mi querido Charles! —comenzó a decirle Beauchamp; y por conclusión— ¡Qué extraño procedimiento el de una mujer a quien sin embargo no se puede menos de admirar!

—Es cierto, mi estimado Beauchamp —le dijo Charles, y después hizo un largo elogio de Clementina.

Nosotros la habíamos admirado como Charles, quien parecía oír con mucho gusto nuestras alabanzas. Esta es la verdad, querida Harriet, pero tú eres bastante generosa para alegrarte de esto.

—¿Ha mucho tiempo —me preguntó con malicia Caroline— que no has tenido noticias de la condesa de D...?

Con cuyo motivo preguntó Charles también si había otra condesa de D... fuera de la viuda, y su rostro se cubrió de un bello rubor.

«Sea enhorabuena», dije entre mí: «no me disgusta tu gracioso temor.»

—No, Charles —respondió mi hermana—. ¿Quisieras tú, hermano mío —prosiguió la descarada (la cual conoces, Harriet)— que hubiese otra condesa de D...?

—Yo quiero la felicidad de milord D..., Charlotte, pues oigo celebrarle como un joven del mayor mérito.

—Tú no me entiendes, Charles —le replicó tu insolente amiga clavándole con la vista.

—Perdona, querida hermana: yo deseo que la señorita Harriet sea una de las mujeres más dichosas del mundo, porque es una de las mejores —y volviéndose a Emily prosiguió—: yo me lisonjeo, querida mía, de que no se te ha ofrecido por parte de tu madre ningún pesar.

—No, señor, todo va bien: vos habéis vencido...

—Me alegro mucho, Emily mía. ¿Te parece, Beauchamp, si los baños de Bath aprovecharían a tu padre?

«Segunda evasión», dije entre mí; «pero no te escaparás, hermano mío, te lo aseguro.» Dime no obstante, cara Harriet, ¿no estás algo picada? Tu delicadeza se ofenderá de verme tan ejecutiva. Yo veo salir

en tus bellas mejillas un rubor de desdén y mostrarse en tus ojos algo de embarazo que hacen renacer las rosas en las unas y la antigua brillantez en los otros. A la verdad, todos nosotros comenzamos a temer alguna afectación en mi hermano; pero nada menos, pues no dio lugar a que le hiciésemos volver a hablar del mismo asunto. Después de algunas expresiones vagas se volvió al doctor Bartlett y le dijo:

—Querido amigo, vos me habéis causado poco hace inquietud, cuando os he preguntado por la señorita Harriet y su familia. Vuestros ojos me han sobresaltado. Temo que la pobre señora Shirley... La señorita Harriet nos ha hablado siempre de su salud con desconfianza. ¿Cuál sería, Charlotte, el dolor de nuestra cara Harriet, si llega a perder tan buena madre?

—Yo no pensaba —dijo el doctor— en insinuaros ningunos motivos de inquietud; pero un padre no puede querer a su hija más de lo que yo quiero a la señorita Harriet.

—Vos me inquietaríais seguramente, estimado amigo, si la alegría que veo en Charlotte no desvaneciera todo temor mío en orden a la señorita Harriet, y así me lisonjeo de que lo pasará bien.

—Está muy distante de eso —dije yo de contado con cierta gravedad que correspondía a la ocasión.

—¡No lo quiera Dios! —replicó al punto con el rostro encendido y una conmoción que os agradó a todos—: hermanas mías, ¿cuál es la indisposición de la señorita Harriet?

—Harriet no está buena —le respondí yo—; pero es la enferma más agradable que se ha visto jamás. Ella se muestra alegre por no desazonar a sus amigos, toma parte en todas sus conversaciones, en sus placeres y en sus pasatiempos, y quisiera que nadie la tuviese por enferma. Si sus ojos hinchados, sus labios pálidos y la mudanza de su tez no la vendiesen, no sabríamos de ella misma lo mucho que padece. Hay mujeres que llegan antes que otras a la perfección y cuya decadencia no es menos pronta: la pobre Harriet no parece que ha nacido para vivir mucho.

Mas ¿debería yo contarte todas estas cosas? Sin embargo, sé que no eres inferior a Clementina en grandeza de alma.

Mi hermano pareció muy enfadado conmigo.

—Estimado doctor —le dijo—, decidme qué significan estas expresiones de Charlotte: ella gusta de chancearse. La señorita Harriet ha recibido del cielo un bellísimo temperamento y se halla en la flor de su edad: tranquilizadme. No quiero a mis dos hermanas más que a la señorita Harriet. A la verdad, Charlotte, no te agradezco tus chanzas.

—Es cierto —le respondió el doctor— que la señorita Harriet no está buena; pero lo tiernos temores de milady le han hecho exagerar

algo su indisposición. La señorita Harriet no puede dejar de ser amable: su tez es siempre bella, y está alegre, tranquila, resignada...

—¡Resignada, doctor! La señorita Harriet es buena cristiana y no le faltará nunca la resignación en el sentido que la religión da a esta palabra; pero en la acepción común supone un estado de desesperación. Si la señorita Harriet estuviera tan mala, ¿no hubierais debido comunicármelo? Si no es que el afecto que me profesáis... Siempre sois bondadoso.

—Yo no había pensado —dijo Caroline— que Harriet estuviese tan mala. Señor Bartlett, Charlotte, ha sido ciertamente una crueldad el no habérmelo dicho —Y con su buen genio se le escapó una lágrima por nuestra Harriet.

Yo he sentido haber hablado de ti tan melancólicamente. Charles se mostró muy inquieto, y su amigo Beauchamp lo estaba por él y por ti. Emily lloró por su querida Harriet.

—Siempre he temido —dijo— que su mal tuviese fatales resultas.

En vista de esto, carísima Harriet, es menester que te pongas buenas: ya ves cuánto te ama todo el mundo. He dicho a mi hermano que esperaba una carta de Northampton-Shire en el primer correo, y que entonces podría darle noticias ciertas.

No quisiera por cuanto hay en el mundo, creyeses que yo he pensado hacer dirigiese a ti mi hermano su atención. Tu honor es el honor del sexo: porque ¿no eres su ornamento? Yo no digo nada de nuevo asegurando que mi hermano te ama, ni necesitaba de decir su inquietud por tu salud. Su corazón no es capaz de variar. ¿No has observado que yo he atribuido tu debilidad a la naturaleza? ¡No quiera Dios que así sea! Pero yo te desanimo imprudentemente con mis temores por tu salud, cuando realmente sólo pienso en no ofender tu delicadeza. Tú te pondrás buena, tú lo querrás y lo conseguirás bien pronto, y el más prudente así como el mejor de todos los hombres no dejará... A esto se dirigen todos nuestros deseos; pero suceda lo que sucediere, nosotros hemos reunido nuestros talentos y determinado por miramiento a tu delicadeza dejar que este asunto siga su curso, porque en vista de una entrada más acalorada de lo que yo había pensado, podrías tener por excesivos nuestros cuidados. Te aseguro, querida mía, que Charles Grandison, por digno que sea de una princesa, te dará su nombre de todo corazón.

Según lo que nos ha insinuado esta noche, vamos a perderle por algunos días. Los jugadores a quienes ha permitido nuestro primo Everard arruinarle, se hallan en Winchester, donde supongo están haciendo ahora la partición de su presa. Si Charles piensa verles, esto es lo que no te puedo decir; pero no espera adelantar nada con ellos. Sin duda, harán ver al bobo que saben guardar su dinero mejor que él, y Charles que no tiene ideas quijotescas sólo piensa valerse de los

medios judiciales.

Está en ánimo de hacer una visita a milord y milady W... en su quinta de Windsor, y al conde de G... mi suegro en Berkshire. Mi marido y Beauchamp han de acompañarle, y desde aquí irán a casa del señor Harry Beauchamp y de milady Mansfield. Después pasarán a la quinta de Grandison, adonde ha de ir el doctor Bartlett. Mi hermano deja aquí a su ayuda de cámara con orden de enviarle por expresos todas las cartas que le vengan de países extranjeros, y yo le he prometido no hacerle esperar tampoco las noticias que reciba de Northampton-Shire. Paréceme que haría muy bien en rodear por la quinta de Selby. ¿No te parece a ti lo mismo? Déjate de afectaciones, Harriet, y adiós, querida mía.

—Charlotte G.

Carta LXXXVIII
Harriet Byron a milady G...

Jueves 7 de septiembre.

Mi respuesta seguirá el orden de los particulares de tu carta que tengo a la vista.

Te doy una cordial enhorabuena, mi amada Charlotte, por la vuelta de tu hermano. No es extraño que sus fatigas y la pérdida de sus esperanzas hayan causado alguna alteración en su rostro. El señor Charles Grandison no sería lo que es, si no tuviera un alma sensible.

Tú conoces mal a tu hermano, mi querida amiga, si esperas de él que te eche en cara tu extravagante conducta con tu marido. Creo que no habrá sabido la décima parte de ella; pero aun cuando lo supiera todo, como prevé que reconocerás tu error y que llegarás a ser muy buena casada, te perdona sin duda lo que piensa no traes a la memoria sin sentimiento. Tú te muestras no poco extraña en la carta que tengo presente, y yo te quiero demasiado para perdonarte.

¿Qué motivo de burla encuentras en tu tía, por haber vivido soltera hasta la edad en que se halla? ¿Quieres hacer pensar que tienes una extremada alegría, por haberte puesto en tus cortos años a cubierto del mismo vituperio? Si esto es así, parece que deberías estar algo más agradecida a tu milord cuya generosidad te ha libertado de él. En verdad, querida Charlotte, temo sea contra el decoro de una mujer querer ridiculizar a otras personas de su sexo por su prudencia y quizá por su virtud. Considera cuánto ensalzas a los hombres con esas libertades burlescas, tú que afectas muchas veces despreciarles. Yo no extraño que ello se rían de las solteras ancianas, pues en esto tienen su interés. Tú les llamas algunas veces los *señores del universo,* y no reflexionas que les das derecho a este título. Por otra parte, ¿crees que

la misma debilidad que hace contar sus sueños a tu anciana tía, no le hubiera hecho tener igual complacencia en tales relaciones, si fuera una anciana casada? La alegría es muchas veces madre de infinitas locuras. ¿No confiesas que la llegada de tu hermano que ha dado motivo a tu tía para contarte sus sueños, te ha hecho dar carcajadas cuya causa te avergonzarías de decir? Las casadas, querida mía, deben guardarse de cometer errores en que encuentran motivo para ridiculizar a las solteras. Los sueños de tu tía, permite te lo diga, son más inocentes que tus excesivos transportes de contento. Perdona, pero creo haberte dicho bastante para hacerte conocer tu yerro.

¡Pobre y cara Emily! Yo no extraño que la primera vista de su tutor haya causado los efectos que me dices en su bello natural.

Pero ¿cuán mal no tratas a tu marido? ¡Qué vergüenza, Charlotte, qué vergüenza que hayas escrito lo que por tu propio honor no puedo leer a tus amigos ni a los míos! Yo quisiera, amiga mía, llegar a persuadirte a que no hay talento sin razón ni justicia, ni buen humor sin decoro. Milord G… tiene sus flaquezas; pero ¿corresponde a su mujer ser la primera que las descubra? ¿No puedes curarle de ellas sin valerte de chanzas tan pesadas que se acercan al desprecio? ¡Oh, querida mía! Tú nos manifiestas mucho mayores flaquezas que milord haciendo tan mal uso de los talentos que se te han dado para mejores fines. Una palabra todavía. Tú no me verás sonreírme, amada Charlotte, cuando te vea en un transporte de alegría que ofenda la razón. Así, ten siempre presente que tu digresión sobre las solteras viejas y sobre tu marido sólo puede agradarte a ti misma, y que por tanto no agradezco tu obsequio. ¿Y por qué? Porque no quiero tener parte en tu yerro. «No te lo perdono», dirás; pero ¿perdonas tú a alguien?

¿Y qué, me crees verdaderamente tan mala como me has pintado a tu hermano? Yo no creo estarlo tanto. Si lo creyera, cuenta con que haría todos mis esfuerzos por dar un nuevo giro a mis ideas y no dejaría la empresa hasta estar algo segura de mí.

Tú no has pensado, dices, en llamar la atención de tu hermano con los falsos colores de tu pincel, cuando le has descrito los efectos de mi indisposición. ¡Su atención! Hubieras podido decir *su compasión.* ¡Dios me libre de ella!

Con todo, hay dos cosas en tu carta que no han podido menos de agradarme: la una es que Charles se haya mostrado tan inquieto por mi salud, y la otra que todos hayáis resuelto voluntariamente, porque os ha parecido exigirlo las circunstancias, dejar que el asunto siga su curso natural. Mantente en eso, te lo suplico. Paréceme que la entrada, como tú la llamas, ha sido demasiado acalorada. ¡Válgame Dios, querida mía, cuánto temblé al leer esta parte de tu carta! No sé si aún estoy enteramente satisfecha de ella, aunque lo esté de tu intención.

Considera, amiga mía, la mitad de un corazón y una mujer preferida y tan preferible en efecto por sus circunstancias, por sus conveniencias y toda especie de mérito. ¡Oh, Charlotte! Me sería imposible al presente aun en las más felices suposiciones abandonarme a unos extremos de alegría que hubiera arrebatado mi corazón. Yo tengo altivez... Pero esperemos las primeras cartas de Bolonia, y si la admirable italiana se mantiene en su resolución, entonces será tiempo de volver a mis escrúpulos. ¿Piensas tú que se mantendrá en ella? Una imaginación inflamada puede pasar de un linaje de grandeza a otro. Yo misma estoy verdaderamente persuadida de ello, y lo he dicho tantas veces que podría tenerse por afectación, que Clementina es la única mujer digna de Charles Grandison.

Adiós, querida mía. Te ruego digas a tu hermano que nunca me he creído tan mala como tu cariño te lo ha hecho temer, y que le doy la enhorabuena por su feliz llegada a Inglaterra. Dispensarme de estos cumplimientos sería una verdadera afectación que significaría demasiado; mas ten presente que yo os miro a ti y a tu marido, a Caroline y al suyo, y a mi cara Emily, si le comunicas mi carta, como guardianes del honor, o si te parece mejor, de la delicadeza (pues no hay deshonor que temer con el señor Charles) de tu fidelísima

—Harriet Byron.

NOTA. *Una carta del doctor Bartlett contiene la relación del viaje y de las visitas de Charles, cuya magnificencia y bondad brillan por todas partes. En este viaje vio a Hargrave Pollexfen, pecador medio contrito, y extremadamente humillado. Merceda había muerto de sus contusiones en un miserable estado. Bagenhall da muy mala vida a la joven que había robado en Francia y con quien está casado.*

Otra carta de Charles al doctor contiene una relación circunstanciada de varios negocios domésticos.

Carta LXXXIX
Jeronymo della Porretta a Charles Grandison

Bolonia, lunes 15 de septiembre.

Tus tiernas cartas escritas en Lyons, mi queridísimo amigo, nos han causado el más vivo placer. Clementina estaba triste e impaciente por saber de ti. ¿Cómo has podido escribirle con tan vehemente afecto y sin embargo con una delicadeza que no podría inquietar a un rival? Ella te responde; pero ni a mí me toca, ni según creo a nadie de nosotros, decir ni una palabra sobre el principal asunto de su carta que tan sólo ha mostrado a su madre y a mí. ¡Cara hermana! ¡Que no hayamos podido hacerla desistir de su determinación! Mas ¿cómo

proponerte que coadyuves a los deseos de la familia? No obstante, si te parecen justos, estoy cierto de que harás este esfuerzo sobre ti mismo. Mi querido Grandison se olvida de su propio interés, cuando no puede conciliares con la justicia ni el bien de sus amigos. Todo mi temor consiste en que se proceda en esto con mayor precipitación de la que conviene al estado de esta amable niña.

¡Pluguiese al cielo que hubieras llegado a ser mi hermano! Este era el más vehemente deseo de mi corazón; pero tú verás por su carta la más juiciosa que ha escrito en mucho tiempo, que ya no le queda idea de esto. Por el contrario, nos asegura que desea verte felizmente casado en tu patria, y nosotros mismos deseamos al presente poderle dar tu ejemplo por motivo. No dudes de que iré a Inglaterra, y si se cumplen nuestros deseos, presumo que verás ahí a toda la familia. Nosotros no pensamos más que en ti ni hablamos más que de ti, y buscamos a tus compatriotas para obsequiarles por respetos tuyos. La señora Beaumont está aquí y nos aconseja el mayor miramiento a Clementina; pero sin desaprobar nuestras disposiciones, pues sabe que nunca podemos consentir en que tome el velo. Estimado Grandison, no quieras menos a esta virtuosa señora por el favor que nos hace de coadyuvar a nuestras miras. Lowther te escribe, y así no te digo nada de un hombre a quien tanto debo.

Sé quisiera que yo te escribiese con alguna eficacia sobre cierto asunto cuya importancia no niego; pero yo respondo que no puedo, que no me atrevo, y que no me meteré en ello.

Caro amigo, no dejes nunca de amar a tu Jeronymo. Tu amistad hace mi vida digna de mi aprecio. Ella ha sido mi consuelo cuando no tenía otro, y cuando veía en derredor de mí la sombra de la muerte. Yo te importunaré con mis cartas. Mi más amado, mi más fiel amigo, Grandison mío, adiós.

—*Jeronymo della Porretta.*

Carta XC
Clementina della Porretta a Charles Grandison

Bolonia, la misma fecha.

¡Cuánto me ha complacido vuestra carta de Lyons, caro y buen Grandison! Mi corazón os da las gracias. Sin embargo, su gratitud sería aún más viva, si yo no hubiera observado en vuestro estilo cierto aire triste y esfuerzos por ocultarlo. ¡Cuál sería mi dolor, si supiera que padecíais por mi causa! Pero no recordemos tales ideas. Tengo quejas que daros.

¡Oh, señor Grandison! A mí se me persigue e importuna. ¿Y por quién? Por mis más amados y próximos parientes, como yo lo había

previsto. ¿Por qué, por qué me rehusasteis vuestro auxilio, cuando os instaba a que me lo prestaseis? ¿Por qué no permanecisteis aquí hasta mi profesión? Yo sería feliz, o al menos con el tiempo hubiera llegado a serlo. En el día me veo importunada de súplicas por los que aunque podrían mandarme, temen usar de su derecho. Esto es lo que yo pienso, porque si se ha de consultar a los padres para tomar estado, paréceme que no pueden obligar a una hija a que se case cuando se inclina al celibato, ni con mayor razón cuando sólo desea entrar religiosa, cuyo motivo es muy poderoso entre los católicos; pero vos sois protestante y no favorecéis el don que alguien haga a Dios de sí mismo. Lejos de abogar por mí, habéis apoyado las objeciones de mi familia. ¡Ah, señor Grandison! ¿Cómo habéis podido resolveros a esto sin dejar de amarme? ¿No sabíais que no había ningún medio para libertarme de las importunidades de los que tienen derecho a mi obediencia? Ellos lo alegan, ¿y cómo? Mi padre me suplica con las lágrimas en los ojos, y mi madre me recuerda tiernamente lo que ha padecido por mí en mi enfermedad, asegurándome que la felicidad de su vida está en mi mano. ¡Oh, señor Grandison! ¡Qué argumentos las lágrimas de un padre y de una madre! Un hermano, obispo católico, aboga también y no aboga por mí; el general asegura que no deseó el consentimiento de su mujer con más ardor que solicita el mío; Jeronymo mismo (me avergüenzo por él), vuestro amigo Jeronymo, me insta en los mismos términos; el padre Marescotti se deja llevar del ejemplo del obispo; la señora Beaumont se pone de parte de ellos, y Camilla que no cesaba de alabaros me molesta continuamente con sus instancias.

Ellos no me proponen a nadie, y me dan una plena y absoluta libertad de elegir. Me hacen presente que por adictos que son a la religión católica, desean con tanta ansia verme casada que habían consentido en que diese mi mano a un protestante, lo cual sólo han impedido mis propios escrúpulos. Mas ¿por qué los debilitan en vez de fortificarlos? Si hubiera podido cegarme sobre tres puntos: sobre mi indignidad en vista de la desgracia que había tenido de perder la razón; sobre el temor insuperable de exponer mi eterna felicidad, y sobre el perpetuo sentimiento de ver condenarse a un hombre que por mi deber hubiera amado como a mí misma; no habrían tenido instancias que hacerme.

Decidme, decidme, señor Grandison, vos mi cuarto hermano que ya no sois interesado en nuestro debate, si no me es lícito resistir. ¿A qué resolverme? Yo me hallo en la mayor aflicción. Oh, vos mi hermano y mi amigo, vos que tendréis siempre un distinguido lugar en mi corazón, ayudadme con vuestros consejos. Yo he dicho a mi familia que recurriría a vos, y ella me ha prometido suspender sus solicitudes, si yo suspendía mi determinación hasta la llegada de vuestra

respuesta. ¡No os declaréis contra mí! Si habéis querido alguna vez a Clementina, no os declaréis contra ella.

Carta XCI
Charles Grandison a Clementina della Porretta

Londres, 29 de septiembre.

¿Qué he de responder, señorita, al último particular de vuestra carta? ¡Qué cosa tan dura exigís de mí! Vos tenéis cuidado (y respecto a vuestra intención debo decir un cuidado digno de vuestra bondad) de declararme que ya no soy interesado en la decisión que me pedís. Yo renuevo mi humilde sumisión; peor permitidme repetir que me hubiera sido casi imposible obedeceros por cualquiera otro motivo fuera de vuestros escrúpulos de conciencia.

Pero ¿de qué peso puede ser mi dictamen para vos, cuando me instáis al concluir que no lo dé en favor de vuestra familia? Yo no puedo menos, señorita, de estar preocupado en este caso. Un hombre que se ha lisonjeado en otro tiempo con la esperanza de obtener vuestra mano, ¿puede daros consejos opuestos al matrimonio? ¿Puede ser mayor la indulgencia de vuestros parientes, cuando os dejan en una absoluta libertad de elegir? No me es posible dejar de celebrar su prudencia igualmente que su bondad en esta ocasión. Quizá adivináis qué sujeto gustarían de recomendaros, y yo no dudo de que la virtuosa Clementina no le rehusaría por la única razón de que ellos se lo ofreciesen, ni aun por ninguna otra que no fuese una aversión invencible o una vehemente inclinación a algún otro católico. Un protestante no puede entrar en esta suposición.

Pero, querida hermana, cara amiga, decidme vos misma: ¿qué respuesta puedo dar a una joven que habiendo manifestado en una ocasión no tener una repugnancia insuperable al matrimonio, y que no habiéndolo rehusado sino por motivos de conciencia, pone dificultad en obligar (obedecer no es el término que usan) «a un padre que le suplica con las lágrimas en los ojos, a una madre que le recuerda tiernamente lo que ha padecido por ella, y que le asegura está en su mano la felicidad de su vida?» ¡Oh, señorita! ¡Qué argumentos (permitid que me valga de vuestras patéticas palabras), qué argumentos las lágrimas de un padre y de una madre! El señor obispo de Nocera, vuestro hermano, un director muy piadoso, los otros dos hermanos vuestros, la señora Beaumont vuestra desinteresada amiga, vuestra fiel Camilla: ¡Qué número de personas contra vos, cara Clementina, me prohíbe dar mi parecer contra ellas! ¿Qué he de decir? ¿He de darlo a favor vuestro en vista de lo que me hacéis presente?

Vos sabéis, señorita, el sacrificio que he hecho al grito de vuestra conciencia y no de la mía. Yo no dudo de que padres tan virtuosos e indulgentes como los vuestros cederán a vuestras razones, si tenéis el mismo motivo que alegar contra el deber filial, tanto más digno de este nombre que se exige con la mayor dulzura, o por mejor decir, que sólo se propone con lágrimas y votos, con los ojos más bien que con los labios, y que si lo desempeñáis, creerán vuestros padres deber el más grande favor a su hija.

Clementina es una de las mujeres más generosas del mundo, y así considerad, señorita, si la preferencia de vuestra propia voluntad a la de los más afectuosos parientes no lleva consigo un aire de amor propio que no se conformaría con lo demás de vuestro carácter. Aun cuando hubieseis de hallar en el claustro toda la felicidad que os prometéis ¿no es cierto que entonces renunciaríais a vuestra familia como parte del mundo que haríais voto de despreciar, y que sólo viviríais para vos misma? ¿Y creéis que a los ojos de Dios como a los de los hombres no se contrae mucho mérito con rehusar lo que más agrada, por desempeñar los propios deberes y complacer a los autores de nuestra vida?

Por ser yo protestante no miro con aversión las fundaciones religiosas, y antes por el contrario desearía que en mi país hubiese conventos con reglas sabias y bien observadas; aunque por otra parte no quisiera obligaciones perpetuas, y sí que se dejase la libertad de reiterar los votos en cada dos o tres años con el consentimiento de las familias.

De todas cuantas mujeres he conocido Clementina della Porretta debía ser la última que se mostrase ansiosa por encerrarse en un convento. No hay en el mundo más que dos personas a quienes no disgustaría su resolución, y bien se saben sus motivos. El testamento de sus dos abuelos que al presente gozan de mejor vida está contra ella, y toda su familia a excepción de las dos personas miraría como la mayor desgracia que dejase el mundo por el claustro. Clementina tiene un corazón tierno y generoso, y desea, según dijo en una ocasión, tomar una grande venganza de su prima. Que tome su prima el velo, pues no faltan motivos de arrepentimiento a Laurana, y exige un gran freno su desarreglada pasión al mundo que le ha hecho violar todos los derechos de la sangre y de la humanidad. Pero ¿hay algún convento en que los deberes de la virtud se observen mejor que los observa en el mundo la incomparable Clementina?

Yo pudiera extenderme mucho más sobre un asunto en que hasta los menores argumentos tienen fuerza; pero la empresa es penosa para mí, y tan penosa que no me hubiera metido en ella si no prefiriese a mi felicidad la vuestra, señorita, y la de vuestra familia.

Que todas las bendiciones del cielo y de la tierra acompañen

vuestra elección, cualquiera que sea. Este es el deseo de quien, como he dicho, prefiere a la suya propia vuestra felicidad y la de vuestra familia: el deseo de vuestro fiel amigo, de vuestro apasionado hermano y humilde servidor

—*Charles Grandison.*

Carta XCII
Charles Grandison a Jeronymo della Porretta

Londres, la misma fecha.

Respondo, caro amigo, a nuestra admirable Clementina, e incluiré para ti una copia de mi carta.

Hasta la llegada de la suya confieso que me pareció posible aunque poco probable que desistiese de su resolución en favor mío. Yo había previsto que por razones de familia os uniríais todos para inducirla al matrimonio, y luego que se vea estrechada de veras, decía yo entre mí, puede suceder que se deje de escrúpulos, y que proponiendo algunas condiciones a su favor honre paladinamente con su estimación. El mal de que por fortuna ha escapado deja muchas veces por algún tiempo cierta inconstancia en el alma. Mi ausencia que me conduce a establecerme en mi patria, quizá para no volver más a Italia, sus altas ideas de gratitud, el aprecio que ella hace de mis sentimientos: todas estas consideraciones reunidas me parecían capaces de entibiar su resolución, y si esto sucede, añadía yo, no puedo dudar del favor de su familia. Paréceme, querido amigo, que no eran presuntuosas estas esperanzas. Yo me consideraba obligado a esperar las últimas resultas, es decir, hasta recibir la carta que Clementina me había prometido; mas ahora que os veo a todos de un mismo parecer, y que ella aunque instada para hacer otra elección se halla en disposición de consultarme como a un cuarto hermano que, según dice, ya no tiene interés en el asunto, abandono todas mis esperanzas y en conformidad de esto escribo a tu cara hermana. Nadie esperaría que yo diese al parecer de la familia toda la fuerza que puede recibir; pero sin embargo, persuadido como lo estoy de que Clementina debe ceder a sus instancias, he obedecido a los impulsos del honor. Jamás por ventura ha habido ejemplar de tantas situaciones difíciles como las de tu amigo, que sin tener que vituperarse la menor temeridad se ha visto como por grados en los mayores embarazos.

Tú quieres, caro Jeronymo, que yo tenga valor para dar el ejemplo a tu excelente hermana, y es menester que te abra mi pecho.

Hay aquí en Inglaterra una señorita inglesa bella como un ángel, pero en quien la hermosura así a mis ojos como a los suyos, es la menor de sus perfecciones. De cuantas mujeres he visto en mi vida,

ella es la única a quien yo hubiera sido capaz de amar, si no hubiese amado a Clementina; y no le haría justicia, si no añadiera que la amo, aunque este amor es tan puro como el corazón de Clementina o el suyo. El estado de Clementina hacía grande impresión en mí y no podía ocultárseme la causa. Su afecto parecía tan firme que por mi parte, pudiéndola mirar verdaderamente como mi primer amor, creí que a pesar de las dificultades que me parecían invencibles, el honor y la gratitud debían tenerme irresoluto y aun impedir que pensase en ninguna otra mujer hasta que la suerte de una persona tan apreciable estuviese enteramente decidida. Parecería vanidad aun con mi Jeronymo hablar de las proposiciones que me han hecho los parientes de muchas mujeres de una calidad y de unas prendas superiores a las mías. El honor bastaba para contenerme; pero mi corazón no comenzó a padecer por la incertidumbre en que me hallaba respecto a tu hermana que con motivo de *la señorita inglesa* cuyo mérito he celebrado: no porque yo me lisonjease de merecer su afecto, si hubiera tenido libertad para procurar agradarla; sino porque cuando yo me permitía pensar en esto con motivo de dicha incertidumbre, no dejaba de tener alguna esperanza del buen éxito, fundada en los buenos oficios de mis hermanas, que tienen con ella amistad muy estrecha.

¿Haré yo a mi caro amigo una confesión sincera de todos mis sentimientos? Cuando repasé los Alpes a instancia tu hermano el obispo, las dos más bellas almas del mundo tenían una parte casi igual en mi corazón, y esto me dio fuerzas en mi último viaje para declarar a tu madre y al general que me consideraba obligado a tu familia, pero que ella y Clementina estaban libres. Después, cuando habiendo comenzado a restablecerse pareció confirmar las esperanzas que me había dado y se creyó necesaria mi gratitud para terminar su curación, me contenté, querido Jeronymo, con desear a la inglesa un marido más digno de ella de lo que yo hubiera podido serlo en el embarazo de mi situación. En fin, habiéndose reunido toda tu familia en mi favor no volví a concebir ningún deseo que no se dirigiese a Clementina. Pero ¡qué chasco el mío, querido amigo, al verla obstinada en rehusar mi mano, mayormente cuando sus motivos no podían dejar de aumentar mi admiración!

Y en la actualidad, ¿qué quieres de mí? Que dé el ejemplo a tu hermana. ¿Y cómo he de darlo? ¿Está en mi mano el casarme? Después de rehusarme Clementina sólo hay una mujer en el mundo a quien pueda creer digna de sucederla en mi afecto, aunque hay infinitas de quienes yo no soy digno; y esta mujer, ¿deberá admitir a un hombre cuyo corazón se ha dado a otra que vive, a otra que no se ha casado, y que aun muestra tenerle una estimación capaz de granjearse el afecto en un hombre agradecido y de causar una división en su amor? Clementina misma no es más delicada que esta bella

inglesa. A la verdad, querido Jeronymo, cuando pienso en solicitarla, me falta el ánimo, y me considero como el hombre que menos merece en el mundo ser atendido. A esto se agrega que ella tiene tantos amantes como hombres la miran. Olivia misma no ha podido dejar de admirarla. ¿Puedo yo hacer justicia a dos personas de tan raro mérito sin parecer dividido mi corazón con un doble amor? Pues yo me lisonjearé toda mi vida de haber amado a Clementina.

Ya ves, mi estimado amigo, los nuevos embarazos de mi situación, por los cuales me parece que en Italia y no en Inglaterra ha de darse el ejemplo. No me acuses de excesivamente delicado: el dar el ejemplo no depende de mí como de tu Clementina, y sería una presunción el suponerlo. Clementina no tiene aversión al matrimonio, ni tampoco podrá tenerla al hombre que se la destina, puesto que ya no está preocupada por otro. No me corresponde decir lo que Clementina puede y debe querer; pero ella es naturalmente la hija más respetuosa, y conoce más bien que ninguna otra lo que debe a unos padres y a unos hermanos que han tomado tanta parte en sus desgracias. No hay el inconveniente de la diferencia de religión que es su motivo para rehusarme, y por el contrario la obediencia filial es un deber en todas las religiones.

Escribo a tu madre, al general, al padre Marescotti y a Lowther. ¡El Todopoderoso restablezca enteramente tu salud y conserve la de la incomparable Clementina! ¡Que él derrame toda especie de bienes sobre tu excelente familia! Este es, queridísimo Jeronymo, el voto del fiel amigo que espera tener la dicha de verte en Inglaterra: el voto de quien te ama como a su propio corazón, venera todo cuanto tiene tu nombre, y nunca dejará de ser con estos sentimientos tu, etc.

—Charles Grandison.

Carta XCIII
La señora Reeves a Harriet Byron

Martes, 5 de septiembre.

¡Oh, querida prima! Ahora es cuando estoy segura de verte la más dichosa de todas las mujeres. Grandison nos hizo ayer una visita. ¡Con qué alborozo le recibimos Reeves y yo! Aún no hacía una hora que habíamos sabido su venida por un billete de Charlotte. Nos dijo que por negocios urgentes tenía precisión de ir a Windsor y a Hampshire; pero que no podía partir sin habernos visto y sin saber de nosotros el estado de tu salud, de que se le había hecho una fatal pintura. Nosotros le respondimos que por lo regular no estabas buena, pero que no había que temer ningún peligro. ¡Habló de ti con tanto respeto y ternura! ¡Oh, querida Harriet! Estoy cierta y Reeves no lo está menos

de que te ama entrañablemente. Sin embargo, los dos extrañamos mucho que no hubiese manifestado ninguna intención de irte a ver. Quizá sus negocios... pero si te quiere ¿puede haber algunos que sean preferibles? No tengo duda de que te ama. Yo no hubiera sabido cómo ocultarle mi alegría, si se hubiese declarado amante tuyo. Tú me conoces y sabes que a excepción de Reeves a nadie quiero tanto como a ti.

He creído deber comunicarte esta agradable visita. Al presente, querida mía, pásalo bien. Todas las cosas van a tomar un bello semblante, no lo dudo, y esta es la principal gracia que pido al cielo. Grandison irá a verte a Northampton-Shire, créelo; y si va, ¿cuál puede ser su motivo? No será por mera atención, que Charles procede en todo con juicio. Adiós, mi cara Harriet, la delicia de mi corazón.

—Eliza Reeves.

Carta XCIV
Harriet Byron a la señora Reeves

Quinta de Selby, viernes 8 de septiembre.

Tu tierna carta, mi querida prima, me ha causado a un tiempo gusto y pesar. Yo me alegro seguramente de que uno de los mejores hombres haya manifestado abiertamente la estimación que me profesa; pero me causa alguna desazón que, compadecida tú verosímilmente de mi debilidad (¿le daré este nombre?), de una debilidad tan mal disimulada, me excites a la alegría sobre que puede suceder (pues esto sólo es una conjetura) que después de haber terminado sus asuntos me haga este excelente hombre una visita en Northampton-Shire. ¡Oh, querida prima! ¿Crees tú pues que su ausencia y el temor de verle marido de otra mujer hayan sido la causa de mi indisposición? ¿Y es en este concepto por lo que con motivo del suceso inesperado de Italia me encargas que lo pase mejor?

Charles Grandison, mi amada prima, puede honrarnos con su visita o dejar de hacerla, como guste; pero aún cuando se declarara amante mío, no tendría por esto tanta satisfacción como a ti te parece, si la excelente Clementina no fuera feliz. ¿Qué importa que la repulsa haya sido de ella? ¿No ha sido este el mayor sacrificio que una mujer ha hecho jamás a su religión? ¿No confiesa ella que aún le ama? ¿Y no está él obligado y precisado a amarla toda la vida? Además, mi orgullo debe tenerse en alguna consideración. ¿Qué, tu Harriet ha de contentarse y creerse dichosa con un segundo lugar? Sin embargo te confesaré, mi querida prima, que Charles es el sujeto que más amo en el mundo, y si Clementina pudiera no ser desgraciada, lo que no creo deje de serlo sin él, diría dejando aparte toda afectación y en el

supuesto de que se declarase mi amante: quiero fiarme de mi corazón y de mi conducta para obtener una parte que me baste en su afecto. Mas el tiempo decidirá bien pronto mi suerte y yo la esperaré sin impaciencia. Estoy persuadida de que Charles no hace nada sin muy poderosos fundamentos. El cielo, mi amada prima, te conceda la continuación de todos tus placeres, pues sé que sólo los quieres inocentes. Queda, etc.

—Harriet Byron.

Carta XCV
Harriet Byron a milady G...

Quinta de Selby, miércoles 20 de septiembre.

¿Sabes, mi cara Charlotte, qué ha sido de tu hermano? Mi abuela Shirley ha visto su espíritu y hablado con él cerca de una hora, después de lo cual desapareció. No te inquietes. Aún me tiene maravillada la relación que mi abuela hace de su aparición, de sus palabras y de su desvanecimiento; y cuenta con que no estaba soñando, pues esto fue de día claro y a media tarde. He aquí lo que ella refiere.

«Yo estaba sentada ayer en mi sala, sola y entretenida leyendo, cuando James, el primero a quien se apareció, entró a decirme que un caballero quería verme. Yo mandé que se le introdujese y al momento vi presentarse en traje de campaña uno de los hombres más hermosos que jamás he visto. Era un espíritu atento que me saludó con mucha gracia, o al menos yo me lo figuré; pues correspondiendo su persona a la pintura que se me ha hecho de este amable hombre, mi primer movimiento fue una gran sorpresa; pero contra la costumbre de los espíritus, él fue el primero que habló. Después de una salutación muy respetuosa, me dijo que se llamaba Grandison en un tono tan semejante a lo que se me ha dicho del suyo, que no dudé fuese el mismo señor Charles Grandison, y en mi apresuramiento por darle la bienvenida pensé rodar. Sentóse junto a mí y me dijo:

»—Perdonadme, señora, la libertad que me tomo de interrumpiros —Y entonces me habló en términos tan atentos, tan modesto, tan nobles, que le dejé hablar solo todo el tiempo.

»Yo no respondía sino con bajar la cabeza y con demostraciones del placer que me causaba oírle; pues aún creía que era verdaderamente el caballero Grandison. Díjome que no podía detenerse más que un momento y que tenía precisión de estar antes del anochecer en cierta parte que me nombró.

»—¡Cómo es eso, señor! —le dije—: ¿no habéis de ir a la quinta de Selby? ¿No habéis de ver a mi hija Harriet ni a su tía?

»—No, señora —me respondió, suplicándome que le excusase.

»Me habló de dejarme un paquete de cartas, y pareciendo sacar uno del bolsillo rompió la oblea y puso muchas cartas sobre una mesa. No quiso refrescar. Pidió una respuesta de dos palabras a lo que había dejado, y haciendo una profunda reverencia desapareció.»

Ahora, querida Charlotte, repito mi pregunta: ¿qué ha sido de tu hermano? Perdona estas chanzas. Hablando mi abuela de una visita tan repentina y tan corta como de una aparición, no pude resistir a la tentación de sorprenderte, según lo hemos sido nosotras. ¿Cómo ha podido el señor Charles venir a ver solo a mi abuela y dejar inmediatamente el cantón? ¿Habrá sido esto por miramiento a nosotras, o por él mismo?

La verdad desnuda es que mi abuela estaba sola, como he dicho, cuando se le entró recado de parte de un caballero, según aparentaba, de grande suposición que quería hablarle, y que en efecto la vio. Dijo quién era y después prosiguió:

—Vuestro carácter y el mío, señora, son tan bien conocidos de ambos que sin haberte tenido nunca el honor de ponerme a vuestros pies, me lisonjeo de que perdonaréis una visita tan atrevida.

De seguida se extendió mucho en alabar a tu amiga. ¡Con qué satisfacción, querida mía, repitió la excelente madre sus alabanzas! Sea que yo las merezca o no, deseo que su ternura no haya añadido nada a ellas; pues no hay cosa tan dulce como los elogios de aquellos sujetos de quienes se quiere ser amado.

—Aquí veis, señora —continuó—, a un hombre que se gloría de profesar un tierno afecto a una de las más excelentes personas de vuestro sexo, a una dama italiana, la honra de su nación, y a un hombre que ha visto rehusada su mano por motivos irresistibles al mismo tiempo que habiendo obtenido el consentimiento de toda una familia y superado mil dificultades, creía tocar al término de sus deseos: sí, de sus deseos, no lo oculto. Mi estimación a la señorita Harriet (esperaré vuestro permiso y el suyo para dar un nombre más dulce a este sentimiento) nadie la ignora, y yo me glorío también de profesársela. Conozco demasiado la delicadeza de vuestro sexo en general y en particular la de la señorita Harriet para hacerle mis primeras proposiciones acerca del asunto que aquí me trae, fuera de que yo estoy poco acostumbrado a semejantes declaraciones; pero ¿aprobaréis, señora, aprobarán el señor y la señora Selby las miras de un hombre que osa aspirar a merecer vuestro favor en la situación que os ha pintado; de un hombre desairado en Italia, de un hombre que confiesa haber profesado un tierno cariño y haber sido burladas sus esperanzas? Si las aprobáis, y si la señorita Harriet puede aceptar la oferta de un corazón que ha estado dividido en circunstancias que no ignorabais, vos y ella adquiriréis un derecho inviolable a mi gratitud y

afecto; mas si pensáis de otro modo, yo admiraré la delicadeza que me ocasiona una segunda repulsa, como admiro la piedad que dictó la primera, y suspenderé al menos el mudar de estado.

Mi abuela iba a responder con tanta sinceridad como admiración; mas previéndola sacó de su faltriquera el paquete de cartas de que he hablado, diciéndole:

—Yo me lisonjeo, señora, de notar vuestra bondad para conmigo en vuestros ojos; pero sin embargo, no imploro vuestro favor antes que os hayáis informado de todos los hechos cuya relación puedo ofreceros. Yo quiero suministrar armas a la delicadeza de la señorita Harriet y de todos sus parientes, aún cuando hayan de convertirse contra mí. Hacedme el favor de leer estas cartas a vuestra querida hija, al señor y a la señora Selby, y a todos los sujetos que gustéis consultar y que ya saben sin duda parte de la historia. Si en vista de esta lectura creen que puedo ser admitido a rendir mis respetos a la señorita Harriet, y que esta puede recibirlos con aquella noble franqueza que siempre he admirado en ella, me tendré por el más feliz de todos los hombres. Una carta de dos renglones que contenga vuestra respuesta es otra gracia, señora, que oso pediros, y me obligaréis sobremanera con no diferirla mucho tiempo. Mis amigos de Italia me suplican, como veréis en las cartas que os dejo, dé el ejemplo a su cara Clementina. Yo quiero evitar las dilaciones y comunicarles que, habiéndome ofrecido a la señorita Harriet, no he tenido el pesar de ser absolutamente desairado, si tengo en efecto la dicha de poderles escribir en estos términos.

De este modo, el más generoso de todos los hombres se remitió a sus cartas para excusar a mi abuela el embarazo de una primera declaración.

—Me veo precisado —añadió— por negocios indispensables a volver con la mayor celeridad a Londres.

Y su partida fue tan presurosa que causó alguna inquietud a mi abuela, quien quedó transportada de sorpresa y alegría, aunque con el temor de si habría faltado en algo a tu hermano.

Las cartas que dejó sobre la mesa eran copias de las que había escrito desde Lyons y Londres a todos sus amigos de Bolonia. Yo misma he copiado las tres últimas y no tengo reparo en enviártelas. En ellas verás, querida mía, que el asunto de Italia está enteramente concluido, y que el señor Charles en su respuesta al señor Jeronymo habla de tu Harriet como de su nuevo amor. ¿Puedo yo estimar y apreciar demasiado la dignidad que me da proporcionándome el obligarle con prevenir sus escrúpulos y dejándolo todo a mi arbitrio? ¿No deberían todos los hombres seguir este ejemplo por su propio interés? ¿Y no sería esto el medio más seguro de excitar a las mujeres a sostener el honor de su sexo?

Incontinente que el señor Charles partió, nos envió a decir mi abuela por un expreso que tenía noticias muy agradables que comunicarnos, y que esperaba a desayunarse el día siguiente a toda la familia, con especialidad a Harriet. Nosotras nos miramos unas a otras con bastante extrañeza. Yo no me sentía buena y hubiera querido poder excusarme; pero mi tía quiso absolutamente que yo fuese. Estábamos muy distantes de pensar que tu hermano hubiese hecho una visita a mi abuela, y a la primera palabra de un suceso tan poco esperado tuve precisión de apoyarme y de salir con Lucy para no desvanecerme.

Después de haberme serenado, temí que fuera algo difícil de soportar que habiendo venido hasta tan cerca de nosotros, se fuese sin vernos ni preguntar por la salud de unos sujetos a quienes asegura profesar grande estimación y aun afecto; pero luego que habiendo vuelto con la familia supe las circunstancias de su visita y oí leer las cartas, estuve otra vez para desmayarme. Durante esta lectura, así como durante la relación de mi abuela, tenían todos la vista clavada en mí, y parecían felicitarme en silencio con tanta alegría como admiración. Por mi parte, yo sentía en el corazón una variedad de afectos que jamás había experimentado, una mezcla de ternura y extrañeza; y algunas veces dudaba si sería esto un sueño, si estaba en este mundo o en el otro, si era Harriet Byron, etc. Me es imposible pintar lo que pasaba en mi corazón ya incierto, ya alegre, ya abatido. ¿Abatido?, me dirás tú. Sí, querida Charlotte. El abatimiento ha tenido mucha parte en mi sensibilidad. No me sería fácil decir por qué. Sin embargo, ¿no se puede concebir una alegría completa que tenga alguna mezcla de amargura?

Tú esperas el resultado de nuestra conferencia. Mi abuela, mi tía y Lucy han sido de parecer que yo debo desterrar de mi imaginación todas las ideas de división o de segundo lugar en punto de amor; que por todos conceptos está satisfecha la delicadeza del sexo; que no sólo debía permitirse a tu hermano amar a Clementina, sino que yo misma debía querer y respetar a esta excelente joven; y en fin, que habiéndose hecho la declaración a mi abuela, tocaba a ella responder por mí y por toda la familia en los términos que le parecieran más convenientes.

—¿Qué te parece, querida? —me preguntó mi tía con su acostumbrada dulzura viendo que yo no había abierto la boca.

—¡Qué le parece! —respondió mi tío con el tono de bufonada que tú sabes— ¿Crees que guardaría silencio nuestra Harriet, si su corazón hiciera la menor objeción? Soy de parecer que se haga venir prontamente al señor Charles: es menester que esté aquí al principio de la semana próxima, y que antes que se pase, se celebre el matrimonio.

Mi abuela no aprobó esta precipitación y propuso se llamase al señor Deane para que como letrado arreglase mil cosas que mis amados parientes con su extremada bondad han resuelto hacer por mí; pero aseguró que no diferiría un momento su respuesta a tu hermano, en cuya atención se retiró a su gabinete; y he aquí su carta que me ha permitido copiar.

«La reserva, señor Grandison, sería irremisible en nosotros con un hombre superior a ella, y cuyas ofertas son el fruto no sólo de una justa deliberación sino también de una estimación que estando fundada en el mérito de nuestra querida hija, no puede quedarnos duda de ella. Aceptamos como honrosa para nosotros la proposición de un enlace que haría honor a las familias de la más alta clase. Tal vez se confesará algún día que nuestro más vehemente deseo ha sido el de ver al libertador de una joven tan amable en situación que le permitiese esperar de ella los dos sentimientos de la gratitud y del amor. Vuestras nobles declaraciones sobre un asunto que os ha causado mucho embarazo han satisfecho completamente a la señora Selby, a su hija y a mí. Nosotras no advertimos nada que pueda ofender la delicadeza, ni tampoco temo que ofenda a la vuestra mi ingenuidad. En orden a nuestra Harriet acaso encontraréis alguna dificultad de su parte, si contáis con un corazón entero, pero dificultad sin afectación, porque no es capaz a ella. Sabe por experiencia lo que es un amor dividido. El señor Bartlett no hubiera debido por ventura darle tan buenos informes del carácter de una persona que prefiere a sí misma, y muchas veces hemos creído la señora Selby y yo, leyendo su triste historia, que es digna de ello. Si Harriet cobra tanto amor al hombre que elija, como ha cobrado estimación y afecto a Clementina, este hombre feliz estará contento con su suerte. Ya veis, señor Grandison, que habiendo sido capaces de dar a esta admirable italiana la preferencia sobre nosotras mismas (Harriet es *nosotras mismas),* no podemos tener ningún escrúpulo en orden a la que vos le habéis dado. ¡Ojalá nada falte a la felicidad de Clementina! Si así no fuese, y nuestra satisfacción originara su desgracia, esta sería, mi estimado señor Grandison, la única pena de nuestros corazones en ocasión tan agradable para vuestra humildísima, etc.

»—*Harriet Shirley.*»

Pero ¿es posible, Charlotte, que tu hermano no te haya dicho a ti ni a Caroline nada de sus intenciones? Si te las hubiese manifestado, sin duda tu afecto... Mas yo no tengo ninguna desconfianza. ¿El amante no es Charles Grandison? No obstante, estoy impaciente por saber qué contienen las primeras cartas de Italia.

No debes tener ningún reparo, querida mía, en mostrar toda la carta a Caroline, y si te parece, a mi Emily; y te ruego la leas a mi

prima Reeves, que se alegrará de estas conjeturas. Si tú usas de esta voz, no dejará de entenderte. Tu hermano ha de ver en la actualidad menos que nunca lo que yo te escriba, sobre lo cual confío en tu discreción.

—Harriet Byron.

Carta XCVI
Milady G… a Harriet Byron

Miércoles, 23 de septiembre.

¡Excelente señora Shirley! ¡Mujer incomparable! ¡Cuánto la amo! Si yo fuera una anciana tan admirable, no sentiría más que ella lo siente el no ser más joven. ¡Qué fuerza da todavía a lo que escribe! Pero tiene su corazón puesto en el asunto. Espero, Harriet, que no te resentirás de esta observación.

Mi hermano no nos había dicho ni una palabra de sus intenciones hasta la llegada de esta carta, y entonces nos congregó a mi hermana y a mí, y a nuestras dos honradas mitades. Nosotros esperábamos alguna cosa extraordinaria sin poder adivinarla, ignorantes como aún estábamos de las últimas noticias de Italia. Por fin, nos declaró con muchísima gracia su resolución de casarse, su aparición en casa de la señora Shirley y todo lo demás, después de lo cual nos leyó la carta que acababa de recibir.

¿Dudarás de nuestra alegría? Mi hermana y yo quedamos absortas. Sin embargo, bien pronto pudimos felicitarle y nos felicitamos unos a otros. Milord L… no estuvo más alegre el día de su matrimonio. Mi marido no podía estar sentado. ¡Pobre hombre! Estaba loco de contento. Nuestra vieja tía no lo estaba menos, y dijo veinte veces que por fin su sobrino no saldría de la isla para encontrar una mujer. También mostró agradarla mucho la carta de tu abuela diciendo que era una carta, como ella la hubiera escrito en igual ocasión. Yo me hice llevar después con grande ostentación a casa de tu prima Reeves para comunicarle tu carta, que llegó algunas horas después de la de mi hermano. Los transportes y enajenamientos empezaron otra vez en esta casa. Tu excelente prima no se lisonjeó poco de sus conjeturas, pues le hice me explicara este enigma.

El doctor Bartlett está en la quinta de Grandison con nuestro desgraciado Everard. ¡Cuánto se alegrará este tierno y caro amigo de tan grata nueva, si aún no la ha recibido!

Tú me preguntarás por qué no te digo nada de Emily. Mas de paso, ¿sabes que la señora O'Hara se ha dado a la devoción? No me chanceo, y aun está empeñada en convertir a su marido. Es fortuna

para ella haberse dedicado a alguna cosa seria: gracias a las buenas almas que han hecho esta conquista. Tú no sospecharás de mí, Harriet, el haber llegado a ser devota.

Volvamos a Emily, que había pedido a mi hermano antes que hubiese recibido su carta, el permiso de hacer una visita a su madre. Habiendo prometido Charles ir por la noche a casa de unos antiguos amigos, detuve a Caroline y a su marido, y supliqué a los señores Reeves que cenasen conmigo. Emily estaba en casa antes de mi vuelta. ¡Qué pobre Emily! Es menester contarte lo que ha pasado entre nosotras.

—Mi querida Emily, amor mío —le dije—, tengo que participarte muy gratas nuevas de Harriet.

—¡Bendito sea Dios! ¿Está buena? Hacedme el favor, señora, de comunicármelas, pues me muero por saber noticias de mi querida señorita Byron.

—Dentro de poco estará casada, Emily.

—¡Casada, señora!

—Sí, amor mío, y con tu tutor.

—¡Con mi tutor, señora!... Mas... espero...

Yo la informé de parte de las circunstancias, y la pobre niña aunque procuró mostrar alegría, no pudo contener un torrente de lágrimas.

—¿Tú lloras, hija mía? ¡Quita! ¿Sientes que Harriet se case con tu tutor? Yo creía que la amabas.

—La amo en efecto, señora, y más que a mí misma, si es posible... Pero la sorpresa, señora... En verdad me alegro mucho... ¿Qué necedad es la mía? Seguramente me alegro sobremanera... ¿Por qué lloraré yo? ¡Yo me maravillo! Esto es lo que he deseado y lo que he pedido a Dios noche y día. Estimada señora, no lo digáis a nadie: me avergüenzo de mí misma.

La preciosa niña llegó por fin a sonreírse en medio de sus lágrimas. Esta inocente sensibilidad me enterneció en extremo, y si a ti no te causa placer también, perderás algo, querida mía, del buen concepto en que te tengo.

—Cara señora —me dijo—, permitid que salga por algunos minutos: es menester que me desahogue: después no veréis en mí más que alegría.

En esto se fue y pasada una media hora volvió con un semblante muy diferente. Caroline estaba conmigo y ya le había yo contado la conmoción de nuestra querida niña.

—Ambas te queremos —le dije viéndola volver—, y nada tienes que temer de mi hermana.

—Pues ¿qué le habéis dicho, señora?... No importa: yo no soy una hipócrita. ¡Qué extraña aventura! ¡Yo, que siempre he temido fuera otra, porque quiero tanto a la señorita Harriet, haberme alterado de

un modo tan extraño como si lo sintiera! Yo me alegro de ello, os lo aseguro; pero si se lo decís a la señorita Harriet, no me querrá más, no me permitirá vivir con ella y mi tutor, y entonces ¿qué será de mí? Pues yo estaba muy consentida en esto.

—Harriet te quiere tanto, Emily mía, que nada te negará de cuanto pueda concederte.

—Si el cielo se muestra tan propicio con la señorita Harriet como yo la amo, será la más feliz de todas las mujeres. Mas ¿por qué habré yo tenido esta conmoción? Sin embargo, creo saberlo. Mi madre está enferma y me ha manifestado un vivo pesar por lo pasado, besándome por amor de mi padre y arrepintiéndose de haber sido tan mala mujer con el mejor de todos los maridos.

La amable niña empezó otra vez a llorar por los remordimientos de su desgraciada madre, y nos dijo que la bondad de su tutor había despertado en ella el sentimiento de su maldad; que no se perdonaba a sí misma; que no habiendo calmado nada sus agitaciones todo cuanto había podido decirle su hija para consolarla, no había hecho más que llorar en el coche volviendo a casa; que en esta disposición no era extraño que una buena noticia la hubiese también conmovido hasta hacerla llorar; y que ella no sabía lo que le hubiera sucedido si no hubiese salido a desahogarse; pero que ya se había serenado, y que si su madre podía calmar su conciencia, sería la criatura más dichosa del mundo por causa de la felicidad de la señorita Harriet.

—Ambas os miráis una a otra —añadió—; pero si pensáis que no hablo con sinceridad, apartadme de vuestra presencia y no me veáis más.

A la verdad, querida Harriet, esta conmoción de Emily es una especie de fenómeno para mí. Interprétalo como te parezca, mas yo estoy segura de que Emily no es una hipócrita. Ella no tiene nada de artificio y cree, como dice, que sus lágrimas provienen de un corazón enternecido por la contrición de su madre. Sin embargo, no es imposible que este sutil ladroncillo, el amor, se haya introducido hasta bien cerca de su corazón, haya lanzado a él al tiempo de su relación una de sus flechas, y que esta sea la *extraña aventura,* como ella la llama, que le ha hecho encontrar de repente alivio en sus lágrimas. Lo que yo sé, querida mía, es que un mismo suceso puede excitar diversos afectos, cuando se mira de cerca o de lejos. Si tu no experimentas ya la verdad de esta observación en el grande acontecimiento que se prepara para ti, estoy muy engañada.

Pero ya ves, Harriet, qué alegría nos causan a todos la feliz declaración de mi hermano y el favorable recibimiento que se le ha hecho en Northampton-Shire. Nosotros guardaremos tu secreto hasta el fin, no lo dudes, y entonces lo sabrá mi hermano como nosotras. Hasta este momento, cualquiera que sea el concepto en que te tenga,

no conocerá la mitad de tus perfecciones ni el mérito que con tu amor y tus dudas has contraído para con él.

Mas espero con impaciencia como tú la llegada de las primeras cartas de Italia. ¡Quiera el cielo que Clementina se mantenga firme en su resolución! Ahora que, como ella conocerá, la es casi imposible el dejar de casarse, si desistiera de su determinación; ¡qué acontecimiento para mi hermano, para ella misma y para ti! Y nosotras ¿qué dolor no tendríamos? Tú crees que la ilustre italiana está obligada a casarse por miramiento a sus parientes. Caroline y yo hemos resuelto ser discretas y no dar nuestro parecer hasta el fin de los sucesos. Sin embargo, a no mirar más que las obligaciones de hija, creemos que debe casarse. Pero yo repito: ¡Dios quiera que Clementina se mantenga firme en su resolución!

Se me dice que mi hermana ha llegado. Ya la veo venir. Mi gusto, Harriet, es el de escribir al punto lo que pasa a mi vista. Yo lo he tomado de ti y de mi hermano, y cuenta con que lo ejercitaré muchas veces. No hay mejor medio para dar alma al estilo.

Charlotte. Bien venida, Caroline.

Caroline. Buenos días, Charlotte. ¿Escribiendo? ¿A quién?

Charlotte. A nuestra Harriet.

Caroline. Quiero leer tu carta. ¿Me lo permites?

Charlotte. Con mucho gusto. Pero lee alto para hacerme cargo de lo que acabo de escribir. Ahora —después de leída— vuélveme mi carta y añadiré qué juicio haces de ella.

Caroline. Pienso que eres una mujer muy extravagante, y no apruebo tus últimos renglones.

Charlotte. ¡Mis últimos renglones! Pues ya están escritos. ¿Y por qué, Caroline?

Caroline. ¿Cómo puedes atormentar así con tristes conjeturas a nuestra querida Harriet?

Charlotte. ¿Son imposibles mis suposiciones? Mas ya he concluido: *con tristes conjeturas.*

Caroline. Si eres tan loca, escribe: Mi querida Harriet...

Charlotte. Mi querida Harriet... ¿Qué más?

Caroline. No te desazones por las expresiones de esta extraña Charlotte.

Charlotte. Muy bien, Caroline, *no te desazones...*

Caroline. Cada día tiene su malicia que le basta.

Charlotte. Muy bien dicho. Términos de la escritura, creo. *Que le basta...*

Caroline. Jamás ha habido una criatura como tú, Charlotte.

Charlotte. Como tú, Charlotte.

Caroline. ¿Qué, eso se escribe también? Hubieras podido omitirlo, aunque sea muchísima verdad.

Charlotte. Muchísima verdad. ¿Qué más?

Caroline. ¡Qué locura!

Charlotte. ¡Qué locura!

Caroline. Ten formalidad. Yo hablo a Harriet. Clementina no puede mudar de resolución, puesto que sus objeciones subsisten siempre. Su amor a Charles...

Charlotte. Poco a poco, hermana mía: eso es demasiado a un tiempo. *Su amor a Charles...*

Caroline. En el cual se funda el temor que ella tiene de no poder adherir a su religión, si...

Charlotte. Eso es demasiado, te digo. ¿Cómo quieres que mi loca cabeza retenga tan larga expresión? *A su religión...*

Caroline. Si llega a ser su mujer...

Charlotte. Su mujer...

Caroline. Afianza su constancia en una resolución que le hace tanto honor.

Charlotte. Muy bien dicho, Caroline. Eso es lo que no ceso de pedir a Dios. ¿No queda más nada?

Caroline. Así...

Charlotte. Así...

Caroline. No hagas caso de las infundadas conjeturas de Charlotte.

Charlotte. Muchas gracias, Caroline. *De las infundadas... de Charlotte.*

Caroline. Este es el dictamen de tu apasionadísima hermana, amiga y criada.

Charlotte. ¡Ola!, *y criada.*

Caroline. Dame tu pluma.

Charlotte. ¿Por qué no tomas otra?

Ella lo hizo, y aquí verás su nombre: *Caroline L...*

Sea muy enhorabuena, Harriet; y repitiendo aquí mis más fervorosas súplicas por que no suceda nada de lo que con tanto fundamento he temido, pues no quisiera granjearme la reputación de *hechicera* tan a costa tuya y mía, voy a firmar también como tu no menos apasionada hermana, amiga y criada

—Charlotte G...

P. D. Mi hermano me ha dicho que envía dos cartas, una para ti y otra para la señora Shirley, ambas no lo dudo, llenas de la más tierna gratitud; mas oso decir que no te convertirá en ídolo, ni en diosa, ni en las demás absurdidades de los amantes vulgares. Tú nos enviarás una copia, si eres tan oficiosa como siempre hemos experimentado.

Carta XCVII
Harriet Byron a milady G...

Lunes, 25 de septiembre.

¿Qué he hecho yo a mi Charlotte? ¿No se nota algo de frío y de extraño en tu estilo, mayormente en la parte de tu carta que precede a la llegada de mi amada Caroline? Y en tu posdata dices: *tú nos enviarás una copia, si eres tan oficiosa, como siempre hemos experimentado.* ¿Y por qué lo he de ser menos, cuando espero estarte más obligada que nunca? Yo no puedo soportar tal estilo. ¿Será para darme una prueba de la verdad de tu observación que un mismo acontecimiento puede excitar diferentes afectos, cuando se mira de cerca y de lejos? Yo sentiría en extremo que la hermana del señor Charles encontrará en las atenciones que su hermano tiene conmigo un motivo para quererme menos.

¿Y qué sucedería, Charlotte, si Clementina desistiese de su resolución? A mis parientes causaría esto sin duda bastante aflicción. Yo la tendría también grande y aún mayor que si no se hubiese hecho la visita a mi abuela; mas la profunda veneración que siempre he mostrado tener a Clementina no hubiera sido más que una apariencia, una afectación, si en todas las suposiciones posibles no estuviera resuelta a hacer por lo menos mis esfuerzos para serenar mi ánimo y abandonar mis esperanzas a la que tiene el primer derecho. Su tentativa por sí sola, aunque sin efecto, sería del mayor aprecio para mí. Siempre debemos someternos a lo justo, y a proporción de la dificultad es el mérito. Entonces quisiera tu Harriet vencer o morir, y en el primer caso sería mayor que la misma Clementina. ¡Oh, querida mía! No se sabe hasta el momento de la prueba cuánto puede elevar la emulación a un alma sensible y generosa.

Tú recibirás una copia de las dos cartas que ha sacado Lucy. Ellas me han hecho altiva, acaso demasiado, y necesito que se me humille: mas yo no esperaba este favor de mi Charlotte. Ya verás con qué delicada gratitud habla del pasaje en que mi abuela le dice que yo conozco por experiencia lo que es un amor dividido, y asimismo la preferencia que hemos dado sobre nosotras a Clementina. Tú sabes, querida, cuál es nuestra sinceridad acerca de este punto. Tiene algún mérito el confesar una verdad, cuando nos es contraria.

El señor Charles me pidió el permiso de verme en la quinta de Selby. Nada puede agradarme más que su visita; pero ¿no sería de desear que hubiese recibido antes las cartas que esperaba de Italia? Sin embargo ¿cómo había de insinuarle mi voluntad sin un aire de duda o de reserva? De duda, si tendrá libertad para seguir sus intenciones; y de reserva, en la dilación que yo parecería pedirle, lo cual no me convendría manifestar. Podría pensar que yo quiero tenerle obligado a mí con protestas y seguridades, mientras que seguramente si su situación llegara a ser tal que titubease, y yo tuviese

de ello menor noticia, perdería la vida antes que aceptar su mano. Charles me ha confirmado en mi orgullo, pues siempre lo he tenido por el aprecio que de mí ha hecho. No obstante, yo me despreciaría a mí misma si esta flaqueza me hiciera capaz de arrogancia o afectación.

Su miramiento llega hasta dispensarme de responder a su carta. Si mi tía o mi abuela, según dice, no le prohíben presentarse, se lisonjeará de mi consentimiento.

Habiendo llegado hace algunos días el señor Deane, se han tenido varias juntas particulares de que se me ha excluido. Yo adivino el motivo, y suplico que no se me grave con el peso de excesivos favores. ¿En qué situaciones no me estoy viendo ha mucho tiempo? ¿Cuándo veré su fin?

El señor Deane ha escrito al señor Charles y no se me ha comunicado el contenido de su carta. Si yo tuviera alguna vez deseos de ser rica, sería por amor de tu hermano y con la única mira de aumentar su poder; pues estoy segurísima de que todos los miserables tendrían alivio a proporción de sus facultades.

¡Mi querida Emily! ¡Ah, Charlotte! ¿Has podido creer que mi compasión de esta inocente niña no aumentaría el afecto que le profeso? Despréciame enhorabuena, si llegas a notar que se ha entibiado el amor que he prometido tenerle, cualquiera que sea mi situación. Emily tendrá parte en mi felicidad. Yo no tengo dificultad en creer que la pobre niña explica muy bien la causa de sus lágrimas, cuando las atribuye al enternecimiento que le quedaba de los remordimientos de su madre; mas te confesaré que no me afligiría menos de lo que se afligió el señor Charles con motivo del conde de Belvedere, si mi felicidad fuera un impedimento para la de otro. Ya ves que no ha consistido en tu hermano el no ser marido de Clementina, quien desea que se case con una inglesa. Olivia no puede acusarme tampoco de haber burlado sus esperanzas. Bien sabes que siempre he tenido lástima de ella, y aún antes de saber que no me aborrecía por la carta del señor Charles al señor Jeronymo. ¿Y crees, querida, que yo haya servido de obstáculo a la solicitud de milady Anne? Y aún cuando yo no existiese en el mundo ¿tendría Emily algo que prometerse? No, seguramente. El cargo de tutor que tu hermano desempeña con tanta bondad bastaría por sí solo para impedirle concebir semejantes miras. No obstante, es cierto que mi corazón se ha compadecido mucho de Emily leyendo la triste relación que me haces de sus tiernos afectos. Ya los haya motivado el respeto a su madre, ya su amor, ya la mezcla de estos dos sentimientos, su graciosa simplicidad me ha enternecido tan vivamente como a ti. Yo he llorado un cuarto de hora entero sobre este pasaje de tu carta; pues estaba sola, y miré más de una vez en derredor de mí deseando encontrar a la amable niña para poder estrecharla en mis brazos.

Ámame siempre tanto y aún más que nunca, querida Charlotte, o cualquiera que sea mi suerte, faltará una parte esencial a mi felicidad. Escribo a Caroline para darle gracias por su bondad en dictarte lo que piensa en mi favor, y a ti te las doy también por haberlo escrito. Escríbeme siquiera un renglón para aliviar mi corazón de una de sus inquietudes, asegurándome de que no se me ha escapado alguna flaqueza que pueda disminuir tu afecto a tu fiel

—Harriet Byron.

Carta XCVIII
Milady G... a Harriet Byron

Grosvenor-Square, miércoles 27 de septiembre.

Vuela, *carta de un renglón,* en las alas del viento y de la amistad para asegurar a Harriet que la pongo en mi corazón sobre todas las mujeres del mundo y todos los hombres también a excepción de mi hermano. Dile asimismo que aun se ha aumentado mi ternura, pues la amo ahora por ella y por Charles.

¡*Flaqueza,* Harriet! Tú eres todo lo que hay de grande y de bueno en una mujer, y la pequeñez de las demás aumenta tu grandeza. Mis debilidades ¿no han sido siempre la prueba de esto? Sí, querida mía, tú eres grande y tan grande como Clementina, y yo te amo, si es posible, más que a mí misma.

Añadiré algunos renglones sobre otros asuntos, pues no puedo enviarte carta tan corta. La condesa de D... ha venido a ver a mi hermano y han tenido cerca de una hora de sesión. Al retirarse me apretó la mano y me dijo:

—Todas mis esperanzas se disipan como el humo; mas no por esto amaré menos a la señorita Harriet, y el señor Charles no me rehusará la estimación de dos felices sujetos, ni vos, señora, una tierna amistad con sus dos hermanas.

Milady Anne... ¡Pobre milady Anne! No me atrevo a decir a mi hermano hasta dónde llega el afecto que le tiene, pues estoy cierta de que le causaría pesar.

Beauchamp me encarga te dé finas expresiones. Se halla muy afligido, por haber desahuciado los médicos a su padre.

Adiós, amor mío: adiós, todas mis abuelas, tías y primas de Northampton Shire.

—Charlotte G.

Carta XCIX
Harriet Byron a milady G...

Martes, 3 de octubre.

Mil gracias, querida Charlotte, por tu última carta con que me has tranquilizado. Paréceme que no sería dichosa aun con el afecto del señor Charles, si advirtiera disminuirse el de sus dos hermanas. ¿Quién puede conoceros a ambas y contentarse con ser amado de vosotras a medias?

He recibido de la condesa de D... una larga carta en que brilla su generosidad no menos que su cariño. Me felicita por su conversación con tu hermano y me hace una relación circunstanciada de ella muy lisonjera para mi vanidad.

Yo seré dichosa, querida mía, si continúas amándome, y si sé que Clementina no es infeliz. Iba a decir que esta última certidumbre es necesaria a mi tranquilidad: porque ¿puede tu hermano prometerse alguna felicidad, si ve que falta algo a la de una mujer cuya enfermedad tuvo su corazón irresoluto aún en tiempo que él no aspiraba a su mano?

Yo me compadezco de todo corazón de milady Anne. ¡Que suerte la de amar sin esperanza de correspondencia! ¡La de amar a un sujeto que todo el mundo tiene por digno de ser amado y del cual no se oyen más que alabanzas por todas partes! ¡Cuántas mujeres verán burlados sus primeros amores por la preferencia de tu hermano a una sola, cualquiera que sea! Sin embargo, en un millar ¡cuán pocas hay que logren un hombre de su gusto!

La bondad de milady D... en su carta llega hasta pedirme la continuación de nuestra correspondencia. Yo sería muy ingrata y enemiga de mi bien, si lo rehusara.

He recibido una carta del caballero Meredith que se asemeja a las que has visto. Se ven en ella el mismo corazón, la misma honradez y las mismas seguridades de un cariño paternal. Tú amas a este buen anciano y tendrás gusto en saber que su digno sobrino se va restableciendo. Sin embargo, no puede agradarme el intento que aún tienen de volverme a ver. Fowler, dice, aunque nada espera de esta visita, se lisonjea de que por ella estará más tranquilo lo restante de su vida: extraño modo de pensar suponiendo que su enfermedad sea el amor. ¿No te parece a ti lo mismo? También he tenido carta de Fenwich en que dice me hará una visita para un asunto que no declara. Si es para solicitar mi mediación con Lucy, no quiero que esta tenga que hacerme semejante reconvención, pues no la merece.

Greville es el más porfiado, así como el más atrevido de todos los hombres. Los demás se valen de la cortesanía y urbanidad para granjearse el afecto de una mujer; mas para él el orgullo, el mal genio y la violencia son pruebas de amor, y se cree agraviado de que no se le corresponda mayormente después del grande aumento de su caudal.

Habiéndole dicho claramente el señor Deane, precisado a oír sus quejas, que se interesaba por otro, prorrumpió en insolentes amenazas contra cuantos se le opongan.

—No dudo —dijo— de que el favorito del señor Deane es el caballero Grandison; pero si amantes tan fríos obtienen la preferencia sobre un hombre tan apasionado como yo, se engaña en el concepto que ha formado de la conducta y juicio de las mujeres en punto de amor. Un amante discreto es un ente fuera de lo natural. Las mujeres quieren ser devoradas —¿qué dices, querida mía, de semejante monstruo?—, y si la señorita Harriet se contenta con las sobras de otra mujer, pues estoy bien informado de todo, sé lo que he de pensar de su altivez.

De aquí pasó como suele a sus malignas reflexiones sobre nuestro sexo. Las amenazas de este hombre me causan inquietud. ¡Quiera el cielo que por causa mía no susciten ningunos insolentes a tu hermano otros embarazos!

Visitas que han venido y la próxima partida de la posta me obligan a concluir antes de lo que hubiera querido.

—Harriet Byron.

NOTA. *El señor Deane escribe a Grandison informándole por menor de la familia y de las facultades de Harriet. Su caudal, que aún no llegaba a 12.000 libras de capital, se aumenta dos terceras partes con las donaciones de sus parientes y en especial con la de un hombre que no se nombra; pero que fácilmente se conoce ser el mismo señor Deane. Añade que Harriet ignora lo que ellos hacen en su favor. Charles responde con la mayor generosidad y desinterés, prometiendo enviar un estado de sus facultades, etc. Harriet en una carta a milady G… le dice que su familia le ha manifestado ya sus disposiciones, y que ha visto la carta del señor Deane y la respuesta de Charles, con cuyo motivo se arrebata por la generosidad del uno y la nobleza del otro. Su embarazo es extremado ya por la admiración, ya por la gratitud. Milady G… le contesta en tono festivo diciéndole que le parecen excelentes ambas cartas, y hablándole de un magnífico presente que Olivia quiere enviar a Charles.*

Carta C
Harriet Byron a milady G…

Quinta de Selby, jueves 12 de octubre.

De hora en hora aguardo a tu hermano. Ha tenido, dices, cartas de Italia. ¡Ojalá que no se disminuya con ellas la alegría que ha de causarme su llegada!

Casualmente hemos sabido que está en camino por un arrendatario

de mi tío que ha visto con un magnífico tren a un hombre hermosísimo, como dice, en Stratford, en la misma posada en que nos detuvimos a nuestra vuelta de Londres. Mientras que se le disponía la comida (acaso comería en el mismo cuarto que nosotras comimos), tuvo el arrendatario la curiosidad de preguntar quién era, y sus criados (los más atentos, según dice, que ha visto jamás) le respondieron que tenían el honor de serlo del señor Charles Grandison; y habiéndoles él dicho que era de Northampton, le preguntaron a cuánta distancia estaba de esta ciudad la quinta de Selby. Precisado por sus negocios, al partir encontró a mi tío y al señor Deane, que habían salido a dar un paseo a caballo, y les habló de la visita que podían esperar. Mi tío nos despachó inmediatamente su criado con esta noticia, haciéndonos decir que iba a salir al encuentro al señor Charles para servirle de guía hasta aquí; y no estando yo antes muy buena, me sentí tan conmovida que mi tía me aconsejó me retirase a mi gabinete para serenarme algún tanto.

En él te escribo, querida mía, y bien te harás cargo de que me es imposible escribirte sobre otro asunto. Paréceme que divirtiéndome con mi pluma siento mi corazón más fácil de gobernar. Es fortuna que hayamos sabido que viene antes de haberle visto; pero a la verdad, el señor Charles Grandison no debía pensar en sorprendernos. ¿Qué te parece, querida mía? ¿No se echa de ver en esto que se tiene por seguro de agradar? Yo he leído que los príncipes, después de haber enviado sus retratos a sus damas y de haberse casado por procuradores, van a sus fronteras de incógnitos con algún disfraz para sorprender a una joven y tímida princesa; pero aquí no sólo son diferentes las circunstancias, pues que todavía no se ha celebrado el desposorio, sino que aun cuando el señor Charles fuese de sangre real, hubiera esperado de él un tratamiento más delicado.

¿A qué no se abandona la altivez para justificar sus caprichos? Yo soy culpada, querida mía. Uno de los criados del señor Charles acaba de llegar con un billete para mi tío Selby, y mi tía no tuvo reparo en abrirlo. Su fecha es de Stratford. Tu amable hermano, después de los acostumbrados cumplimientos, dice a mi tío que va a dormir esta noche a Northampton, y pide permiso para venir a desayunarse mañana con nosotros. Así, querida mía, no ha querido aparentar lo que se figuró mi capricho. No obstante, como si yo hubiera resuelto encontrarle alguna falta, dije entre mí: ¿no es esto demasiado aparato para un hombre de un carácter tan natural, o imagina que no podremos sobrevivir a nuestra sorpresa, si no nos da aviso de su llegada antes de habernos visto? ¡Oh, Clementina, ángel, diosa! ¡Cuánto humillas a Harriet a sus propios ojos! ¡Cuánto teme parecer después de ti! El sentimiento que tengo de mi pequeñez me hace

pequeña en efecto.

Vaya pues. Mas yo pienso que si mi tío y el señor Deane le encuentran, le obligarán a venir esta noche. ¿No tendrá tiempo cuando quiera para ir a Northampton? Mas hele aquí, hele aquí: sí, querida mía, él es. Mi tío está con él en el coche y el señor Deane, según me dice mi camarera, ha bajado ya. Esta muchacha adora al señor Charles. Déjame, Sally: tu agitación, loca, aumenta la de tu señorita.

Para evitar toda apariencia de afectación, bajaba yo e iba a recibirle, cuando encontré a mi tío en la escalera.

—Cara sobrina —me dijo—, tú no has hecho justicia al señor Charles. Yo había creído que en tu enfermedad de amor —¡qué términos, querida, especialmente en este momento!— hubieras debido sentirte más inclinada a él —En esto me instó a que llegase hasta el coche, diciéndome—: tú eres dichosa: en el espacio de quince millas enteras sólo ha hablado de ti. Voy a llevarte, quiero presentarte a él.

Aún no hacía media hora que había procurado serenarme. Nada me desazona tanto como una chanza fuera de tiempo. ¡Presentarme a él! ¡Mi enfermedad de amor! «¡Oh, tío mío!», dije entre mí, y me faltaron las fuerzas para seguirle. Yo volví a mi gabinete muy apresurada y tan cortada como una niña. Tú sabes, querida, que había algún tiempo no estaba buena, y así por mi debilidad la alegría me era casi tan difícil de soportar como el dolor.

Mi tía subió.

—Amor mío, ¿por qué no bajas? ¡Qué es eso! ¡Tú llorando! Tu parecerás una mujer rara al hombre más amable que he visto en mi vida. El señor Deane está prendado de él.

—Querida tía, demasiado humillada me considero, cuando me comparo con él. Yo sentiría parecer rara; pero mi tío me ha turbado enteramente. Sin embargo, conozco sus buenas intenciones y no debo quejarme de ellas. Ya os sigo, señora.

Mi tía bajó delante de mí. El señor Charles, en el momento que yo parecí, se me acercó apresurado, pero con aire tierno y respetuoso. Tomó mi mano e inclinándose hasta ella me dijo:

—¡Qué alegría volver a ver a mi cara señorita Byron y volverla a ver con perfecta salud! ¡Cuánto padezco yo siempre que vos padecéis!

Yo le felicité por su vuelta sin serme posible hablar alto a causa de mi turbación que a él no se escaparía. Me llevó a una silla y sin soltar mi mano se sentó junto a mí. Yo no la retiré inmediatamente de miedo que lo creyese afectación; pero delante de tan gran número de testigos me pareció que el señor Charles era algo libre. Sin embargo, como yo no la retiraba, no podía él cortésmente soltarla, y así la culpa más bien la tenía yo. Después pregunté a mi tía, si en sus miradas no le había

parecido el señor Charles como un hombre que tiene por seguro el buen éxito; y me respondió que había notado en su aspecto cierta libertad varonil, aunque con una mezcla de ternura que le daba infinita gracia.

—Mientras que al señor Charles —añadió— le contenía y refrenaba su situación, no es extraño que te tratase con las meras atenciones de un amigo; mas ahora que tiene libertad para explicarse, su conducta debe ser la de un amante, es decir, precisamente la que ha tenido.

Tu hermano me restituyó el habla hablándome de ti, querida mía, de Caroline, de vuestros dos maridos y de su pupila. Mi tío y mi tía salieron para deliberar, según presumí, si era conveniente que mi tío ofreciese al señor Charles un aposento en la quinta por el tiempo que había de estar en el cantón. Sus criados se habían quedado en el patio esperando sus órdenes. Mi tía que es muy mirada, como sabes, en todo lo que toca al ceremonial y al decoro, hizo presente a mi tío que gracias a Greville todos nuestros amigos estaban bien informados de que esta era la primera vez que el señor Charles parecía pensar en mí, y que por consiguiente si había de tratársele como a un hombre cuyo enlace nos hacía honor, no estábamos menos obligados a proceder con alguna circunspección siquiera en la apariencia para no hacer creer que había estado seguro de su conquista a la primera vista, mayormente cuando eran bien conocidos el genio violento y la mala intención de Greville. Mi tío se enardeció.

—Siempre tengo yo culpa —dijo—, y las mujeres siempre tienen razón.

De aquí pasó a ensartar de aquellos dichos extraños, por que le has dado tantas veces cantaleta.

—Espero —dijo— saludar a mi sobrina antes de quince días con el título de milady Grandison. ¿Cuáles pueden ser los obstáculos, cuando están conformes todas las voluntades? Estando tan cerca del desenlace, te advierto y exhorto a que se lo adviertas a mi sobrina, que os dejéis de afectaciones. El señor Charles no formará buen concepto de nosotros, si se nos escapa alguna grosería. En fin, mi parecer es que tanto por el honor de toda la familia como por miramiento a mi propio convite, no se le debe dejar salir de la quinta y hospedarse en una posada.

Mi tía replicó que el mismo señor Charles esperaba delicadeza en nuestra conducta; que era evidente por la orden que había dado a sus criados de no quitar los caballos del coche, que no pensaba en pasar la noche con nosotros; y que ni aun había pensado vernos este día sino ir a dormir a Northampton, según había dicho a mi tío al encontrarle con el señor Deane.

—En una palabra —añadió mi tía—, yo atiendo tanto al concepto del señor Charles como al de las gentes en orden a nuestra conducta,

sin embargo de que como sabes, nuestros vecinos siguen nuestro ejemplo. Si el señor Charles no se hospeda aquí, mientras más frecuentes sean sus visitas, parecerán más respetuosas. Espero que nosotros le veremos todos los días y lo más del día; pero no como a un huésped, sino como a un sujeto que nos honra con sus visitas.

Mi tío cedió aunque con repugnancia, y cuando volvió con mi tía, me encontró en una seria conversación con el señor Charles y el señor Deane. Nuestro asunto era la felicidad de milord y milady W..., con quienes el señor Deane que había tocado este particular tiene amistad muy estrecha. El señor Charles se levantó al ver a mi tía y le dijo:

—La noche se acerca: mañana, señora, tendré el honor, si me lo permitís, de venir a desayunarme con vos.

En esto hizo una reverencia a cada uno y otra más profunda a mí besando mi mano, y sin añadir palabra se volvió a su coche. Mientras que le acompañamos hasta la puerta que da al patio, volvió a proponer mi tío que se le detuviese. «¡Maldita tal delicadeza!», le oí decir quedito a mi tía. Esta nos ha confesado que había querido hablar al señor Charles; pero que no había sabido qué decirle. Ella y yo estábamos con una especie de embarazo que nos causaba inquietud. Parecíanos que algo no estaba bien y no hubiéramos podido decir qué estaba mal; pero después de la partida del señor Charles y cuando habíamos vuelto a sentarnos para cenar, nadie pudo disimular su descontento. Mi tío con especialidad se mostró de muy mal humor.

—Daría de buena gana mil guineas —nos dijo— por saber mañana que en vez de venir el señor Charles a desayunarse aquí, había tomado el camino de Londres.

Por mi parte yo no pude soportar estas recriminaciones y pedí permiso para no asistir a la cena. Yo no estaba buena y esta extraña situación añadía la inquietud a la indisposición: mezcla que, como he principiado a experimentar, turba demasiado nuestros más lisonjeros contentos. Las personas que yo había dejado no estaban en mejor disposición, y hablaron con tanto calor que no se levantaron de la mesa hasta muy tarde, y la cena volvió como había ido.

Yo te pregunto, amada Charlotte, ¿qué te parece a ti debimos hacer? ¿Hemos tenido culpa, o razón? Los excesos de delicadeza, según he oído decir, merecen un nombre opuesto. A ti, querida, a tu marido, a nuestra Emily y al doctor Bartlett, que tenéis tan estrechos vínculos con el señor Charles, os hemos recibido siempre con una cordial franqueza; ¿y debíamos tenerla menor con el hermano? Nada menos; mas parece que la costumbre, la tiránica costumbre, y el temor de las hablillas de las gentes, mayormente en vista de lo que me ha sucedido con ciertos hombres osados y violentos, nos obligaba a manifestarle... ¿Qué, querida mía? A manifestarle en efecto que nosotros esperamos de él lo que no podemos esperar de su hermana y

cuñado, y por consiguiente que mientras más deseamos verle cercano, más debemos tenerle distante. ¡Qué declaración indirecta en su favor, si pudiera él tener la menor duda!

—¡Cuánto no daría en este momento —me dijo mi tía— por saber lo que piensa de esto!

Pero mi abuela y mis dos primas vendrán aquí a comer. Acabo de recibir de ellas tres billetes de enhorabuena en que reina la alegría con el más tierno afecto. Al presente nos hallamos en espera: todos han madrugado mucho para poner todas las cosas en el mejor orden. Mi tía asegura que si fuera el rey el que hubiese de hacernos una visita, no tendría mayor deseo de complacer. Voy a bajar para evitar toda apariencia de afectación cuando llegue.

Tu pobre Harriet ha vuelto a entrar en su gabinete. Es cierto que no hay estado más feliz que el del celibato para las jóvenes que tienen bastante grandeza de alma para hacerse superiores a la admiración y a las adulaciones del otro sexo. ¡Qué tumulto, qué contrariedad de pasiones en una mujer que llega a abandonar su corazón al amor! ¡Aún no viene el señor Charles, sin embargo de ser las diez! ¡Cuán prudente es tu hermano! La espera no le causa ninguna inquietud. ¡Qué bella serenidad de ánimo! Bella al menos para él; pero muy diferente para una mujer, cuando ve a un amante tan altivo. Acaso me preguntará volviendo a tomar una de mis manos *pasivas* a la vista de una docena de testigos, si me ha causado su ausencia mucho pesar.

Mas yo quiero buscarle excusas. ¿No puede haber olvidado su palabra? ¿No puede haberle detenido el sueño en la cama? ¿Algún agradable sueño que le haya representado a Bolonia?... A la verdad estoy agraviada. ¿Ha tomado esta flema y esta cachaza en Italia? Pero no, querida mía.

En este momento no puedo menos de poner la consideración en otras faltas que creo tener que vituperarle respecto a mí. Mi memoria sin embargo no será tan maliciosa como yo quisiera. Pero ¿crees tú que otros hombres en igual situación se hubieran detenido en Stratford para comer aquí solos? Únicamente tu hermano en el mundo puede ser feliz consigo mismo; y si él no lo pudiera ¿quién lo podría? Mas acaso sus caballos necesitaban de descanso. Nosotros ignoramos en cuánto tiempo había andado tanto. Quien no quiere que los más nobles de todos los animales estén privados de un adorno, ha de querer tratarlos bien y lastimarse de ellos. Dice que no puede sufrir ninguna indignidad de sus superiores, y lo mismo nos sucede a nosotros que le consideramos como tal. Mas ¿por qué? Mi corazón, cara Charlotte, comienza a hincharse y te aseguro que me parece dos veces más abultado de lo que lo estaba ayer noche.

Mi tío antes que yo volviese a subir, se sentó con su reloj en la

mano a las nueve y media, y estuvo contando los minutos hasta las diez. El señor Deane nos miraba muchas veces a mi tía y a mí sin duda para ver cómo tomaba yo esta aventura. Yo me ponía colorada y parecía cortada, como si fueran mías las culpas de tu hermano.

—Yo hablaba de quince días —dijo mi tío—, y se pasará medio año. Dios me perdone antes que llegue el caso. Mas seguramente se ha ofendido el señor Charles. ¡Mal hayan vuestras delicadezas femeniles!

Mi corazón se alteró. «¡Ofendido!», dijo entre sí la altiva Harriet. «Mas que lo esté.»

—¡Dios quiera que se haya vuelto a Londres! —añadió mi tío.

—Quizá por haberse errado el camino —dijo el señor Deane—, haya ido a casa de la señora Shirley.

En esto procuramos recordar las palabras con que se había convidado él mismo, y no faltó quien propusiera enviar a Northampton para informarse de lo que le detenía.

—Algún accidente, tal vez… ¿No tiene criados —dijo mi tía—, de los cuales hubiera podido enviarnos uno? Sin embargo, Harriet —añadió—, ¿enviaremos a alguien?

—No por cierto —le respondí enfadadilla.

Mi tío, como tiene gusto en picarme, dio una gran carcajada que tenía más de enfado que de alegría.

—Cuenta, Harriet, con que ha vuelto a Londres: yo lo había previsto. Desde Londres te escribirá, sobrina mía: apuesto a ello la cabeza —Y volviendo a reír, añadió—: ¿qué dirá tu abuela? ¿Cuál será la extrañeza de tus dos primas? La comida de hoy así como la cena de anoche bien se podrá servir y quitar sin que se llegue a ella.

No pudiendo yo sufrir esta escena me levanté, y vituperando a mi tío aunque atentamente su dureza, como todos se la vituperaron, pedí permiso para retirarme. Mi tía me acompañó hasta la puerta, y tomándome de la mano me dijo quedito:

—Está segura, Harriet, de que el mismo señor Charles no te llamará mujer suya, si es capaz de tratarte con la menor indiferencia. No sé qué pueda ser esto —añadió—: es imposible que se haya ofendido. Espero que todo se sabrá antes de la venida de tu abuela, que es muy celosa del honor de su hija.

Yo no respondí nada ni hubiera podido responder; pero aceleré el paso hasta mi cuarto y tomé mi pluma después de haber enjugado algunas lágrimas que las chanzas pesadas de mi tío me habían arrancado. Tú gustas de que yo te dé cuenta de mis ideas según las van excitando las ocasiones, y quieres que no se me escape nada… Mas veo entrar a mi tía.

Mi tía entró con un billete en la mano y me dijo:

—Baja, Harriet, ven a desayunarte con nosotros, que el señor

Charles no llegará hasta la hora de comer. Lee este billete que acaba de entregarnos un criado suyo que inmediatamente volvió a montar a caballo. Siento que no se le haya detenido, pues le hubiéramos hecho cien preguntas.

«*A la señora Selby.*

»He tenido, señora, el pesar de que se me haya detenido por una visita impertinente, como podría llamarse también en estas circunstancias aun la de mi mayor amigo. Permitid que difiera el honor de veros hasta la hora de comer. Ha dos horas que esperaba en cada momento libertarme de dicha visita, sin lo cual os hubiera despachado antes un criado.»

—¿Qué visita —dije yo, habiendo acabado de leer el billete— puede detener a un hombre contra su gusto? ¿Quién se librará de una visita impertinente, si el señor Grandison no puede librarse de ella, aunque obligado con una promesa? Mas ya os sigo, señora.

Yo lo hice. Mi tío estaba con extremada impaciencia, de lo cual me alegré, deseando sin embargo, aunque no fuera más que por sosegarle, tener bastante descaro para burlarme yo también.

—Sí, sí, sea muy enhorabuena —respondió a algunas palabras que yo solté—: veremos lo que dice el señor Charles en defensa suya; pero si en la edad en que me hallo, hubiera de volver a principiar mi curso de galanteo con mi mujer, ningún negocio del mundo podría hacerme faltar a la palabra que hubiese dado a mi querida. No obstante, admiro la grande bondad que te obliga a excusarle: el amor cubre una infinidad de faltas.

Mi tía no dijo ni una palabra en favor del señor Charles. Había llevado chasco y estaba enfadada. Hicimos un desayuno de los más cortos, mirándonos unos a otros como gentes que quisieran ayudarse recíprocamente, si les fuera posible. Sin embargo, el señor Deane dijo que apostaría cuanto tenía a que quedábamos satisfechos con las excusas del señor Charles.

Pero tú convendrás desde luego en que la tal visita, cualquiera que sea, será de la mayor importancia, cuando le ha hecho faltar a una palabra que según yo me había lisonjeado, miraba como lo primero de todo. No obstante, la llama impertinente, y sin duda es un caso bien extraño el que le presenta semejante obstáculo en una provincia en que puede llamarse extranjero. Sin embargo, dice mi tío que esto no debemos extrañarlo en una posada adonde tuvimos por conveniente enviarle.

Ahora que pienso en ello, yo he pasado toda la noche en una inquietud extraordinaria sin poder casi cerrar los ojos. Yo me he creído amenazada de algo que podía impedirme el ser para siempre suya; pero lejos, fatal recuerdo, yo te destierro de mi memoria. Sin

embargo, cuando las realidades nos ofenden, las sombras toman oficiosamente la fuerza de realidades en nuestra bulliciosa imaginación.

Mi abuela, Lucy y Nancy acaban de llegar. ¡Cuánto pesar causa nuestra aventura a mis dos primas! Mi abuela juzga favorablemente de todo como el señor Deane. Yo me he escapado por un momento. Pero ¿qué oigo? Él es, querida mía, el señor Charles que llega. ¿Qué haré yo para conservar mi cólera? Es menester que me encuentre abajo. Yo quiero ver qué aire toma al entrar. Si es frío, si da frívolas excusas...

Aun me he vuelto a escapar a las dos de la tarde para informarte de todo. Jamás, jamás volveré a tener semejantes impertinencias. Perdonad, señor Charles. ¡Qué maldad (no exceptúo más que a mi abuela y al señor Deane), qué maldad la de haber osado vituperar a un hombre que no es capaz de un yerro voluntario! Mi tía y yo somos las culpadas; y mi tía ¿lo ha sido nunca antes de ahora? Todos estábamos juntos, cuando se presentó con aquel aire noble que a la primera vista capta la benevolencia de todo el mundo.

—¡Cuánto me ha mortificado —dijo saludándonos— verme imposibilitado de venir antes!

Ya ves, querida mía, que no se ha excusado conmigo como suponiendo que yo estuviese descontenta por su tardanza, lo cual motivaba todo mi temor. Yo sé que me he mostrado muy grave. Entonces habló a cada uno de los circunstantes: primero a mí y después a mi abuela, y estrechando una de sus manos con las suyas y haciéndole una profunda reverencia, le dijo:

—¡Feliz día, señora, este en que logro la honra de veros! El recuerdo de vuestros últimos favores excitará siempre mi reconocimiento. Paréceme que gozáis de perfecta salud: la de vuestra Harriet será cierta, cuando nada falte a la vuestra, y todos tendremos parte en la alegría.

A mi abuela, a mi tía y a mis dos primas agradó mucho su cumplimiento, sin lo cual a mí me hubiera agradado también que hiciese depender mi salud de la de mi abuela.

—Señora —prosiguió volviéndose a mi tía—, temo haber hecho que se me esperase para el desayuno. La falta ha provenido de una importuna visita que me ha causado un grande pesar y enfado, aunque no me atreví a decirlo en mi billete. La ira es una pasión tan disforme que siempre que pueda evitarlo, no me dejaré ver con ella a las personas que amo.

—Yo siento mucho —le dijo mi tía— os haya sucedido alguna cosa desagradable.

Mi tío, que aún conservaba algún resentimiento por amor de su sobrina, preguntó con seriedad qué era pues lo que había sucedido al

señor Charles; pero habiéndole mi tía al mismo tiempo presentado a mis dos primas, les dijo muy cortésmente que las conocía por las pinturas que se le habían hecho de ellas, y que sabiendo el influjo que tenían con la señorita Harriet, les pedía su aprobación, en la cual fundaría la esperanza de obtener la mía. De seguida, volviéndose a mi tío y al señor Deane, y tomando a cada uno una mano, dijo:

—El señor Deane me mira con agrado, pero me parece que el señor Selby tiene un aspecto serio.

Mi tío respondió con alguna turbación que sólo tenía grande ansia por saber qué era lo que había disgustado al señor Charles.

—Pues voy a satisfaceros —le dijo tu hermano—. No os ocultaré que he encontrado en Northampton un hombre que ha querido valerse de la violencia para detenerme. ¿Me creéis capaz de buscar una riña? Este hombre, hasta entonces incógnito para mí, tuvo la osadía de declararme que tenía sobre una de las presentes damas cierta pretensión que estaba resuelto a sostener a cualquiera costa.

—¡Ah!, ese es Greville sin duda —exclamó mi tía.

Yo estuve para desmayarme. «¡Infeliz Harriet!», dije entre mí al instante: «¿no he de causar yo nunca más que pesares al mejor de todos los hombres?» Mi abuela, el señor Deane, mi tío y mis primas mostraron a un tiempo su extrañeza e impaciencia.

—Todo se ha concluido muy felizmente —prosiguió tu hermano con mucha serenidad—: ya no hay que hablar de un hombre tan temerario de quien me compadezco: él está loco y perdido por la señorita Harriet.

Las reflexiones de mi tío, tiernas y atentas pero algo intempestivas, nos hicieron perder lo que el señor Charles iba a añadir; y después noté que se valía diestramente de esta ocasión para suspender la relación de su asunto, por no hacerla en mi presencia.

Mas tengo precisión de bajar, querida mía: se me llama y creo que ya es hora de comer. Quizá se habrá logrado hacer hablar a tu hermano.

¡Cuán orgullosa estaré, Charlotte! En mi ausencia ha dicho mil cosas en elogio de tu Harriet. Aún no se le ha podido sacar su aventura.

—Yo supongo —respondió— que el mismo Greville la publicará, y quiero ver por su relación, si es verdaderamente hombre de honor. Gracias a Dios —añadió—, no he hecho el menor mal a un hombre que pondera su pasión a la señorita Harriet y su amistad con esta familia.

No esperes, querida, que yo pueda explicarte la alegría y la familiaridad que reinó en todo el tiempo de la comida. Al levantarnos de la mesa mi abuela, siempre deseosa de que se divierta la juventud,

propuso a Lucy tocase el clave con la mira, según advertí, de que yo lo tocase después, y ambas la obedecimos. La memoria me faltó en una canción italiana; pero ¡con qué agrado se ofreció tu hermano a ayudarme, poniendo él mismo la mano en las teclas! Todos le instaron a que continuase; mas con mucha cortesanía se excusó a ello.

Mi tío y el señor Deane estaban demasiado encantados de verle y oírle para pensar en retirarse, como podía exigirlo la ocasión. Después de algunos minutos de conversación general, se acercó a mi abuela y a mi tía y les preguntó si podría lisonjearse de obtener un cuarto de hora de conversación con la señorita Harriet.

—Nosotros no tenemos aquí por testigos —añadió— más que parientes y amigos; pero lo que tengo que deciros, señoras mías, presumo que la señorita Harriet querrá más bien lo sepan de vuestra boca que de la mía.

A mi abuela pareció muy bien esta proposición. Por lo que a mí hace, luego que vi acercarse al señor Charles, me levanté y salí de la pieza seguida de mis dos primas. El señor Deane y mi tío, excusándose de no haber prevenido sus deseos, pasaron también a otro cuarto. Mi tía vino a mí:

—¡Amor mío! Pero ¡cómo tiemblas! Es menester que vuelvas a entrar conmigo —Entonces me dijo lo que el señor Charles deseaba de ella y de mi abuela.

—El ánimo me falta —respondí—, me falta absolutamente: si la timidez y la cortedad son señales de amor, yo las tengo ambas. El señor Charles no tiene ninguna. ¿Ha dicho algo de su Clementina?

—No seas necia —replicó mi tía—: por lo común eres más racional.

—¡Más racional! —repliqué yo— ¡Ah, señora! El corazón del señor Charles es a lo más un corazón dividido. Jamás el mío había sufrido semejante prueba hasta este momento.

Yo no te oculto, cara Charlotte, ninguna de mis debilidades.

Mi tía me hizo entrar y el señor Charles, que vino incontinente a mí, me llevó del modo más afectuoso a una silla que estaba desocupada entre mi tía y mi abuela. El señor Charles no advirtió mi conmoción, por lo cual me serené pronto, y tanto más que él parecía tener también alguna pequeña confusión. No obstante, se sentó y cada vez fortificándose más su voz nos hizo este razonamiento.

—Jamás, estimadas señoras, se ha visto nadie en una situación más extraña que la mía. Ya sabéis lo substancial de ella, como también cuáles han sido mis embarazos en orden a una familia que siempre debo respetar y a una persona a quien miraré toda mi vida con la mayor admiración; y vos, señora —dirigiéndose a mi abuela—, habéis tenido la bondad de darme a conocer que a mil pruebas de una verdadera grandeza de alma añade la señorita Harriet la de tomar un tierno interés en la suerte de una dama que es la señorita Harriet

Byron de Italia. Yo no doy excusas por esta comparación: mi corazón (oso decirlo) iguala al vuestro, señorita, en franqueza y buena fe.

Mi abuela respondió por mí que no había necesidad de excusas, y que todos nosotros hacíamos justicia al mérito de la dama italiana. Entonces prosiguió.

—En tan extraña situación, aunque lo que tengo que decir pueda deducirse de mi historia, y aunque me hayáis hecho la gracia de permitirme aspire a granjearme la estimación de la señorita Harriet, me parece que debo a su delicadeza y a la vuestra una sincera exposición del estado de mi corazón, y así voy a explicarme con toda la buena fe que debe tenerse en semejantes contratos, así como en los que se hacen solemnemente entre las naciones.

»Yo no soy insensible a la belleza, pero hasta el presente esta por sí sola no ha tenido influjo más que en mis ojos por el placer que no puede menos de causar la vista de esta perfección. Si mi corazón no hubiera estado como fuera de sus tiros, permitidme esta expresión, y si yo hubiese sido dueño de mí mismo, la señorita Harriet no me habría dejado otra elección desde el primer momento que la vi; pero el honor que yo tuve de hablarle, me hizo ver en su alma y en su conducta aquella verdadera dignidad, aquella delicadeza, aquella noble franqueza que siempre he mirado como las cualidades características de su sexo, aunque yo no las hubiese visto jamás en igual grado sino en una sola mujer. Yo experimenté bien pronto que mi admiración a tanto mérito era capaz de arrastrarme a otra pasión; pues no podía quedarme entonces ninguna esperanza fundada tocante a la dama extranjera, aunque las circunstancias en que me hallaba respecto a ella, fueran una especie de vínculo que me obligaba a esperar el éxito de ciertos acontecimientos. Examinando mi corazón, me inquieté de veras al ver que los atractivos de la señorita Harriet habían hecho en él demasiada impresión para que yo pudiese tener tranquilidad, y así el honor y la justicia me obligaron a hacer todos mis esfuerzos para contener tan viva pasión. Mis asuntos me proporcionaban pretextos para frecuentes ausencias, mientras que la señorita Harriet estaba en la campaña con mis hermanas, y osando apenas fiarme de mí mismo en su presencia, resolví evacuar personalmente varios cuidados de que hubiera podido salir por medio de otros. Yo reconocí más de una vez que mi tierna compasión de ciertas desgracias no hubiera resistido mucho tiempo a los nuevos sentimientos de mi corazón, si ellas hubiesen podido tener un término feliz. Tampoco me era difícil observar que mis hermanas y milord L… habrían preferido a la señorita Harriet por su hermana sobre todas las demás mujeres.

»Algunas veces, lo confieso, este amor propio, esta vanidad que es demasiado propia de los genios vivos, me hacía lisonjearme de que

por medio de mis hermanas no me sería imposible conseguir correspondiese a mi afecto una señorita cuyo corazón me parecía estar libre; pero jamás me permití recrearme mucho tiempo con semejantes esperanzas. Cada mirada atenta, cada sonrisa que yo veía en su amable rostro la atribuía a la bondad natural, a la franqueza y a la gratitud de un corazón generoso que hacía excesivo aprecio de un servicio común que yo había tenido la dicha de hacerle. Aun cuando yo hubiese estado más libre, me hubiera guardado muy bien de privarme de un espectáculo tan grato con una declaración demasiado precipitada. Yo sabía por la experiencia de otros hombres que si la afabilidad natural y la cortesanía de la señorita Harriet conquistaban todos los corazones, el suyo no era por esto más fácil de vencer.

»Sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos por interrumpir una concurrencia de afectos que se había formado tan aprisa, experimentaba todavía que con mi nueva pasión crecía mi embarazo, y entonces conocí que de mil medios que había tentado para contrarrestarla, no me quedaba más que uno solo: el de fortificar mi corazón en la causa de Clementina con el auxilio de la misma señorita Harriet: en una palabra, con el de informar a la señorita Harriet de mi situación, de interesar su generosidad en favor de Clementina y de privarme así del incentivo de que hubiera podido lisonjearme, si yo hubiese sido más indulgente con mis deseos. Este expediente me salió bien. La generosidad de la señorita Harriet se interesó mucho por una extranjera; pero ¿podía dejar de aumentar mucho mi admiración semejante generosidad?

»Cuando yo determiné descubrirle mi situación (esto fue en Colnebrook), advirtió fácilmente mi inquietud que yo no pude ocultar. Mi presurosa retirada hubo de convencerla de que mi corazón estaba más apasionado de lo que correspondía a las circunstancias que yo le había pintado. Hice llamar al doctor Bartlett esperando aprovecharme de sus consejos. Conocía el estado de mi corazón y sabía en orden a las proposiciones que yo había hecho a la familia de Bolonia, que en cualesquiera otras circunstancias por ningunas consideraciones humanas concedería lo que había creído deber ofrecer tocante a la religión y a la residencia; pues había pesado todos los inconvenientes de tal enlace y no tenía dificultad en asegurar, como dije en confianza a este caro amigo, que mi felicidad era mucho más cierta con una señorita de la quinta de Selby, si obtenía su mano, que podía serlo nunca con Clementina, aun cuando pudiera aceptar las condiciones que yo había propuesto, así como no dudaba de que ella sería también más dichosa con un hombre de su país y de su religión. También confesé al doctor que yo no tenía la menor esperanza de vencer las oposiciones de la familia, y que en ciertos momentos no podía menos de ser algo sensible a algunos tratamientos injuriosos que yo había

recibido.

»El señor Bartlett, aunque muy compadecido de las penas de Clementina, y aunque sumamente admirado de sus prendas, se declaró por la inclinación de mi corazón.

»—Vos no lo consideráis todo —le dije—: he aquí el caso, estimado doctor. Yo he conocido a Clementina antes que a la señorita Harriet, y Clementina es una joven de infinito mérito que, lejos de rehusarme, acepta mis condiciones, y aun ha suplicado a su familia que las acepte, y no duda de mi honor ni de mi ternura. Hasta el dichoso tiempo en que comencé a conocer a la señorita Harriet, estuve resuelto a esperar o el restablecimiento de Clementina o el permiso de poner en otra la mira. La señorita Harriet, si en algún tiempo sabe esto, la señorita Harriet misma ¿me perdonará el haber desistido de una resolución de que Clementina es tan digna? El tratamiento que esta desventurada joven ha padecido por mí, como me ha hecho el favor de escribírmelo, ha redoblado su mal, y hasta este momento desea y está impaciente por verme. Mientras que sea posible, aunque poco verosímil, que el cielo me haga servir de instrumento para la curación de una admirable joven digna de todo mi cariño y de todos mis miramientos, ¿debo yo querer apoderarme del corazón de la señorita Harriet, aun cuando tuviera esperanzas de ello? ¿Podría yo creerme feliz con el buen éxito? ¿No sería esto una falta de gratitud respecto a la una y de generosidad respecto a la otra? La felicidad de Harriet no puede depender de mí, y sólo debe esperarla de un hombre que elija y sea digno de su elección.

Todas tres guardamos un profundo silencio, y el señor Charles prosiguió.

—Vos no sabéis, estimada señorita, que separándome de vos para ir a Italia no hubiera querido que conocieseis las agitaciones de mi corazón. Yo veía que era muy incierta mi suerte. Se me instaba a partir y se desconfiaba de la curación del señor Jeronymo, quien quería morir y sólo deseaba la prolongación de su vida hasta mi llegada. Se exigía mi presencia para hacer como la última tentativa por el restablecimiento de su hermana. Vos misma, señorita, aplaudisteis mi determinación de marchar; mas para que no se sospechase de mí en estas circunstancias que quería granjearme vuestro afecto, di a entender que no tenía esperanzas de perteneceros nunca sino por el vínculo de la amistad.

»Me fue imposible despedirme de vos y partí. El nuevo método de curación que se empleó para el restablecimiento de Clementina tuvo el buen suceso que se esperaba, y el que se empleó con Jeronymo no lo tuvo menos. Volvióse a hablar de las proposiciones. Clementina, recobrando su salud, pareció brillar con un nuevo esplendor y toda la familia consintió en recompensar con la oferta de su mano al hombre a quien se atribuía su curación. Yo no os ocultaré, señoras mías, que lo

que antes era *honor y compasión* llegó a ser *admiración,* y aun yo no hubiera hecho justicia al mérito de tan excelente mujer, si no lo hubiese llamado *amor.* Yo me miré ya como marido de Clementina. No obstante, habría sido extraño que la felicidad de la señorita Harriet no hubiese sido el segundo deseo de mi corazón. Entonces me congratulé de no haber solicitado más que su amistad y me dediqué enteramente a Clementina. Debo decir esto, señoras mías, en obsequio de la verdad, porque si yo hubiese rehusado mi corazón a esta admirable extranjera, hubiera creído infamarme con la doble nota de ingratitud y de injusticia; pues si sabéis toda su historia, no ignoraréis cuánto ha combatido con el suyo y cuán glorioso triunfo ha conseguido.

Aquí se detuvo y nuestro silencio continuó. Mi abuela y mi tía se miraban alternativamente; pero a cada parte del razonamiento sus ojos como los míos mostraban su sensibilidad. El señor Charles prosiguió inclinando graciosamente la vista y titubeando un poco al empezar.

—Conozco, señoras, que rehusado por Clementina, como debo confesarlo, aunque por los más nobles motivos, parece muy mal en mí, con especialidad siendo tan reciente su repulsa, hacer la oferta de mi corazón a la señorita Harriet. Si yo sólo atendiera a mi carácter, habría sido sin duda más loable tomarme al menos el tiempo que las leyes prescriben para la viudedad; mas cuando no se falta al decoro ni al bien parecer, las almas grandes tales como las vuestras son superiores a las formalidades vulgares. Por mí yo no hago ahora más que declarar una pasión que sin un obstáculo que ya no subsiste, hubiera sido la más vehemente que habría inflamado nunca el corazón de un hombre.

»Sé, señorita, que vos y mis hermanas habéis leído las cartas que yo escribía de Italia. Las últimas mías y las que he dejado a la señora Shirley no os habrán dejado ninguna duda acerca de la constancia de Clementina en su gloriosa resolución. Esta que yo he recibido ha dos días —sacándola de su faltriquera— y que se escribió, como veréis, antes que hubiesen podido recibirse las mías, os acreditará que para que yo dé el ejemplo a Clementina, me insta toda la familia a que pretenda la mano de alguna dama de mi patria, lo cual es un motivo que me obliga en algún modo a acelerar la oferta de mis humildes votos. Aunque pueda parecer algo precipitada en mi situación ¿no me acusaríais de una negligencia inexcusable o de una indiferencia aparente, si por observar vanas formalidades era capaz de diferir la declaración de mis sentimientos y dar motivo para pensar que titubeo en mi elección? Por vuestra parte, señorita, si podéis bastante con vos misma para favorecer con vuestra mano a un hombre que se ha visto, como no lo niega, aunque sin quererlo ni haber podido evitarlo, en el embarazo de lo que podría llamarse un *doble amor,* le impondréis con

esta grandeza de alma obligaciones de que ni aun con su más tierno afecto se podrá nunca desempeñar.

En esto me presentó la carta.

—Ya he respondido a ella —añadió—, y manifestado a mi amigo que habiéndome ofrecido a la persona más amable de Inglaterra y a la más digna del afecto de su hermana, no han sido desairadas mis ofertas. Vuestra bondad, señorita, me autorizará, como oso esperarlo, para darles mayores seguridades: ellos tienen la de fundar parte de su felicidad en la mía.

Con una salud antes bastante debilitada temí más de una vez, querida mía, desvanecerme durante su razonamiento. Mi abuela y mi tía, viéndome mudarme de color, mayormente cuando se dirigió a mí en particular, pusieron la mano cada una por su lado sobre una de las mías, mientras que yo con la otra tenía mi pañuelo delante de los ojos para ocultar la alteración que yo misma sentía en mis mejillas; pero habiendo concluido el señor Charles, tomó nuestras tres manos juntas con las suyas y las estrechó contra sus labios, haciendo esto dos veces con la mía. Mi abuela y mi tía alborozadas aunque con sus ojos llorosos se miraban una a otra, y se volvían después a mí como esperando quién hablaría la primera.

—Acaso —prosiguió el señor Charles con alguna conmoción—, me he extendido demasiado en una primera declaración. Yo os pido permiso para venir mañana a acompañaros en la mesa. La señorita Harriet quizá deseará que se deje para mañana este importante asunto, y entonces me haréis la gracia de comunicarme el resultado de vuestras deliberaciones. Voyme con los sujetos que nos dejaron. ¡Ojalá que todas las personas que he tenido la satisfacción de encontrar aquí me sirvan de protectores y abogados con la señorita Harriet Byron! Al presente, no pueden creerme digno de este favor; pero mi único cuidado toda mi vida será el de merecerlo.

En esto se retiró con una gracia que sólo es propia de él, e inmediatamente mi abuela me estrechó con sus brazos. Las mismas caricias me hizo mi tía y ambas me felicitaron con las más tiernas expresiones.

Nosotras no pudimos leer sin un verdadero dolor la carta que me había dejado y que es del señor Jeronymo, quien insta al señor Charles dé a su hermana el ejemplo que todos están ansiando por verla seguir. Acompaña a la mía, querida, pero no olvides el devolvérmela. ¡Pobre Clementina! Parece que sin haber visto la última del señor Charles se ha dejado persuadir. Como te envío la suya, no te digo la mitad de lo que se me ocurre sobre su situación. Las últimas cartas de tu hermano distan mucho de favorecer sus deseos. ¡Qué lástima de Clementina! ¿Puedo yo menos de compadecerme de ella? Tanto más lo merece que ahora conocemos más que nunca lo que pierde.

Yo pedí a mi tía permiso para retirarme; pero supe que el señor Charles se había presentado a los demás con un despejo en su aire y modales que encantó a todo el mundo, mientras que tu simple Harriet no tuvo ánimo para dejarse ver en lo restante de la noche, aunque a la verdad me faltaba el motivo de su presencia, porque con gran sentimiento de todos se excusó a quedarse a cenar.

Esta larga carta partirá mañana por la mañana y bien temprano, pues un vecino nuestro ha de madrugar para ir en posta a Londres. *Hoy* pudiera decir, puesto que la noche está muy adelantada. Si no hubiera tenido el recurso de la agradable ocupación de escribirte, estoy segura de que el sueño apenas se habría acercado a mis ojos. Presumo que tu hermano habrá dormido más tranquilo.

—Harriet Byron.

Carta CI
Jeronymo della Porretta a Charles Grandison

Bolonia, domingo 24 de septiembre.

Por fin, querido Grandison, comenzamos a lisonjearnos de que nuestra Clementina se conformará con los deseos de su familia. El general y su mujer han venido de Nápoles de intento a hacer lo que llaman un esfuerzo decisivo y a no dejarla hasta que condescienda en complacernos. El obispo llegó al mismo tiempo acompañado de otros dos obispos, y en una conferencia que han tenido todos tres con ella, le han asegurado que no puede pensar en tomar el velo sin el consentimiento formal de su padre y de su madre. La señora Beaumont, a quien se ha suplicado que venga a acompañarla algún tiempo, se ha declarado abiertamente por nosotros, y el jueves pasado se la estrechó aún más vivamente. Habiéndose juntado toda la familia en mi cuarto, se la envió a decir que viniese, y habiendo venido en efecto reunimos todos nuestras instancias. El general fue al principio quien más la instó, el obispo le siguió y la marquesita fue la tercera. Mi madre, tomando las manos de su hija entre las suyas, no pudo hacer oír más que suspiros, y tu Jeronymo sólo se explicó con lágrimas; mas por última escena mi padre echó a sus pies una rodilla en tierra y le dijo:

—Hija mía, mi querida hija, compláceme.

Clementina se dejó caer de rodillas.

—¡Oh, padre mío! —exclamó—: dejad esa postura o moriré a vuestros pies.

—No, hija mía, hasta que hayas consentido en complacerme.

—¡Oh, padre mío de mi corazón! ¡Oh, el más indulgente de todos los padres! Dadme al menos algún tiempo.

Creyendo el general advertir en esta súplica una flexibilidad que aún no había manifestado, la instó a que se resolviese al punto.

—Un padre —le dijo—, ¿se habrá humillado en vano? Una madre, ¿habrá hecho hablar inútilmente sus lloros? En este momento, hermana mía, es menester rendirse, o... —Aquí se detuvo mirándola con ojos severos.

—Tened paciencia —dijo ella con timidez— hasta que lleguen las primeras cartas de Grandison, que no pueden tardar mucho tiempo — Y llevándose la mano a la cabeza añadió—: levantaos, padre mío, o caigo muerta a vuestros pies.

A mí me pareció que el general se propasaba demasiado, y pedí que se esperasen las primeras cartas.

—Pues bien, consiento en ello —dijo mi padre dejando su postura y haciendo a Clementina dejar la suya—; pero cualesquiera que sean las nuevas que traigan, acuérdate, carísima hija, de que soy tu padre, un padre indulgente, y que deseo ser complacido.

—¿Qué —dijo el general—, esta bondad paternal no ha de hacer impresión en ti? Tu padre, tu madre, tus hermanos, todos estamos prontos a echarnos a tus pies. ¿Quedaremos todos desairados? Un extranjero, un inglés, un hereje (sí, por grande y noble que sea), un hereje, un hombre además que gloriosamente has rehusado ¿obtendrá la preferencia sobre toda la familia?

—Y acuérdate, hermana mía —le interrumpió el obispo—, de que tú conoces ya sus sentimientos, los cuales te manifestó al dejar la Italia. ¿Crees que Grandison pueda variar después de tan formal declaración?

Clementina respondió que no se sentía buena, que era culpada por hacer resistencia a los deseos de un padre y de una madre, y que no podía disputar con sus hermanos, repitiendo que no se sentía buena. Entonces rogó a sus hermanos que la perdonasen, y volviendo a pedir tiempo conjuró a su padre que le concediese esta gracia. Mi madre, temiendo una recaída, le permitió que se retirase, añadiendo que no se quería forzar su voluntad sino tan sólo valerse de la persuasión. Clementina se retiró, mas fue para buscar a la Beaumont y para arrojarse a sus brazos, diciéndole:

—¡Oh, señora!, yo soy perseguida y oprimida, y esto se llama *persuasión.* ¡Un padre de rodillas! ¡Una madre anegada en lágrimas! ¡Unos hermanos suplicando! ¡Cruel, cruel persuasión!

La Beaumont trabó entonces conversación con ella y le hizo presente la inflexibilidad del general, la indulgencia de sus padres y los deseos de sus otros dos hermanos, como asimismo tu parecer explicado con imparcialidad y aun independiente de la diferencia de religión. Al mismo tiempo, le habló de una admirable joven inglesa, capaz de hacerte feliz y cuyas grandes prendas había oído elogiar a

varios ingleses. Este último punto llamó su atención tanto más que bien sabe cuánta es tu estrechez con la Beaumont, y dijo que por el mundo no se opondría a tus deseos, siendo los suyos los de verte dichoso de cualquiera manera que el cielo dispusiese de ella. El padre Marescotti, que entró entonces, esforzó vigorosamente este particular, y le aconsejó que no esperase la llegada de tus cartas para tomar una resolución, puesto que no podía dudar se confirmaría en ellas tu primer parecer. Las razones de los tres obispos se le hicieron presentes con nueva fuerza, y se le señaló día para volver a parecer ante toda la familia. La Beaumont aplaudió su grandeza de alma en el sacrificio que ya había hecho al cielo, y la exhortó mucho a que no se distinguiese menos en la sumisión que debía tener a los autores de su vida.

Pareciéndole todas estas razones de mucho peso, volvió a tomarse tiempo para meditarlas, y después de haber estado tres horas en su gabinete, entregó a la Beaumont el escrito siguiente que creía propio, según le dijo, para que se la dispensase de presentarse en la asamblea de la familia que se le proponía.

«Yo estoy cansada, mi querida señora Beaumont, de vuestras tiernas, pero fatigosas instancias, así como de las importunidades, ruegos y razonamientos de mis hermanos. ¡Oh, madre mía! ¡Qué obediencia, qué sumisión no merecéis de una hija que ha turbado el reposo de vuestros felices días! Vos no habéis conocido la tristeza antes de sentir las penas que os he causado, y el sacrificio de mi vida sería una pequeña expiación por todo lo que os he hecho padecer. ¿Y quién puede resistir a las instancias de un padre de rodillas? En verdad, mi tierno y respetable padre, tiemblo de volveros a ver. ¡Que nunca al menos vuelva a veros en la postura en que os vi el jueves pasado!

»Yo he rehusado a mi corazón el hombre que estimaba, y como ha sido por un motivo que no debe ni puede permitirme el arrepentirme de ello, es imposible que sea suya jamás. El padre Marescotti aunque le cree ahora digno de su afecto, me sugiera que todas mis desgracias pueden ser un castigo del cielo, por haber permitido que mi corazón se apasionase de un hereje, y sin embargo, se me prohíbe absolutamente pensar en purgar mi culpa por el único medio que hubiera creído capaz de ello.

»Vos me decís, señora Beaumont, y toda mi familia me lo asegura, que el honor, la generosidad y la estimación que profeso a Grandison, me obligan igualmente a contribuir a la felicidad de un hombre cuyas esperanzas he burlado; y vos estáis persuadida de que hay en su patria una mujer capaz de hacerle feliz; pero yo debo, decís, darle el ejemplo. ¿Yo? Es imposible. No, el honor y mi justa delicadeza no me lo permitirían jamás.

»Pero estrechada como lo estoy, y aún temiendo ver un padre de rodillas, una madre anegada en lágrimas, y creyendo con fundamento que no puedo vivir mucho tiempo, que una recaída en la más terrible de todas las enfermedades puede ser castigo de mi desobediencia, y que en mi última hora será un consuelo para mí pensar que me he sometido a la voluntad de mis padres sobre un punto en que parece se mantienen absolutamente firmes; y además sabiendo de ellos mismos que mirarán mi obediencia como una indemnización de todas las penas que les causo ha tanto tiempo: suplico al cielo que me dé fuerzas para obedecerles. No obstante, si esto me es imposible, ¿se me volverá a instar, se me volverá a persuadir? Espero que no. En fin, yo haré mis esfuerzos por resolverme a la obediencia; mas cualquiera que sea el éxito de mis combates, Grandison ha de dar el ejemplo.»

¡Cuánto nos hemos regocijado, querido amigo, leyendo esta declaración sin embargo de que aún no nos da más que tan pequeñas esperanzas! Todas nuestras disposiciones se reducen en la actualidad a tratarla con tanta dulzura que no pueda variar de resolución, y aún no le propondremos ver a la persona que favorecemos sin estar bien seguros de que tú le darás el ejemplo; y si en efecto hay una mujer tan amable que puedas prometerte el ser feliz con ella y cuya mano pretendas, ¿no será esto capaz de reducirla?

Como ya no hay esperanzas, mi amado Grandison, de que llegues a ser hermano mío por el matrimonio, no veo haya en el mundo más que el conde de Belvedere a quien pueda desear se dé este título. Como es italiano, mi hermana, a la cual hemos amado siempre tanto, no se alejará de nosotros. Él sabe de qué infeliz estado ha salido, y lejos de servirle esto de obstáculos, se hubiera creído el más feliz de todos los hombres si hubiese logrado su mano aun en lo más fuerte de su enfermedad con la esperanza que le daban los médicos de poder contribuir por este medio a su curación. El conde no ignora que Clementina te ama, y él la adora por los motivos que tiene para rehusarte: te profesa además un tierno afecto y tiene gran confianza en tu honradez; y todas estas consideraciones ¿no han de hacernos desear su enlace?

Yo no puedo dudar de que depende de ti dar el ejemplo: de ti que has triunfado sin titubear en tu religión de una familia de celosos católicos, y que has podido conquistar el corazón de una de las más delicadas y virtuosas mujeres del mundo. ¿Qué mujer que tenga un corazón que dar, qué familia podrá hacerte resistencia siendo de una misma religión y patria?

Danos pues esperanzas, mi caro Grandison, que harás este esfuerzo: asegúranos que no tendrás reparo en dar el ejemplo, y con esta confianza instaremos a mi hermana para que cumpla con lo que nos ha hecho esperar. Entonces, entonces nos verás en Inglaterra para

darte gracias por los infinitos valores que creemos deberte. Mis instancias son las de toda una familia que seguramente nunca dejarás de amar, así como yo te aseguro que ella te amará siempre. La Beaumont añade las suyas, pues está persuadida, según dice, y aun me suplica te asegure de su parte, que ambos, Clementina y tú seréis más felices, ella con el conde Belvedere que es de su mismo país y religión, y tú con una inglesa, que lo seríais los dos unidos con el vínculo más estrecho. La Beaumont me ha dicho en confianza que abriéndole tu pecho aun en el tiempo de tus esperanzas, te habías lamentado de tu infeliz situación y de la de mi hermana en punto de religión, y le habías declarado más de una vez, así como lo has dicho también a nuestra familia, que no hubieras hecho las mismas ofertas a la mayor princesa del mundo. ¿Cuánto no debemos esperar de tu grandeza de alma? Aún vuelvo a decírtelo: nosotros nos lisonjeamos de que está en tu mano contribuir a nuestra felicidad, y no podemos dudar de tus deseos; pero cualquiera que sea el éxito, no dejes, mi caro amigo, de amar a tu, etc.

—Jeronymo.

Carta CII
Harriet Byron a milady G...

Sábado 14 de octubre.

Acabamos de saber todas las circunstancias del asunto que detuvo al señor Grandison en Northampton. Fenwick, que nos las ha contado, las sabía de la boca misma del odioso Greville.

Ayer cerca de las ocho de la mañana llegó este atrevido a la posada en que se hallaba tu hermano y le hizo pedir un momento de conversación. El señor Charles, que acababa de vestirse y había ya dado sus órdenes para llegar aquí temprano, recibió la visita.

Greville confiesa que se condujo con un poco de altivez, es decir verosímilmente, con mucha insolencia.

—Sé, señor Grandison —dijo al entrar—, que habéis venido a quitarnos la más rica alhaja que tenemos en esta provincia. No es menester decir su nombre para que conozcáis de quién hablo. El mío es Greville. Ha mucho tiempo que pretendo a la señorita Harriet Byron, y he hecho voto de oponerme a cualquiera pretendiente suyo, aun cuando tuviese un príncipe por competidor.

—Vos parecéis un príncipe —le respondió el señor Charles, ofendido sin duda de su aire y de su lenguaje—. El señor Greville hubiera podido excusar decirme su nombre, pues ya tengo noticias de él. Ignoro, señor mío, cuáles son vuestras pretensiones. Vuestro voto nada me importa: yo soy dueño de mis acciones y a nadie tengo que

dar cuenta de ellas.

—Supongo, señor Grandison, que os trae aquí el fin que os he dicho. Yo no exijo respuesta vuestra más que sobre este punto, y os la pido como un favor de caballero a caballero.

—Vos no os conducís bien para obligarme a complaceros. Sin embargo, no os ocultaré que he venido con ánimo de rendir mis respetos a la señorita Harriet Byron, lo cual espero se me permita. Yo no conozco a nadie cuyas pretensiones debe respetar.

—Señor Grandison, yo sé cuál es vuestro carácter y os tengo por un hombre de valor, en cuyo supuesto os miro como un hombre con quien me conviene explicarme. Yo no soy un Pollexfen.

—Yo no me meto, señor Greville, en lo que sois o no sois. Vuestra visita me hace honor, pero en la actualidad no me agrada. Yo voy a desayunarme con la señorita Byron, y esta noche que vendré aquí, tendré tiempo para oíros todo lo que gustéis de decirme sobre este particular o sobre cualquiera otro asunto.

—Aquí podrán escucharnos, señor Grandison. ¿Me haréis el favor de bajar al jardín conmigo? ¿Decís que vais a desayunaros con la señorita Byron? Concededme una conversación solamente de cuatro minutos en el jardín.

—Esta noche, señor Greville, me encontraréis dispuesto a hacer todo lo que deseáis, pues ahora no quiero se me detenga.

—Yo no os dejaré hacer vuestra visita sin haber obtenido de vos algunos minutos de conversación en el jardín.

—Perdonadme, señor Greville, que dé mis órdenes como si no estuvieseis presente —El señor Charles llamó y uno de sus criados subió al punto—. ¿Está ya puesto el coche?

—Bien pronto lo estará —se le respondió.

—Ea pues, que se despache.

En esto sacó una carta del bolsillo y la leyó paseándose por el cuarto con mucha serenidad sin mirar a Greville, que como él lo confiesa, se mordía los labios acerca de una ventana, impaciente hasta el criado salió. Entonces, hablando en tono de reconvención, se quejó de que se le tratase con tanto desprecio; pero el señor Charles le dijo:

—Acaso tenéis que darme algunas gracias por estar aquí en mi cuarto, pues esa obstinación no es de un hombre urbano y atento.

Su sangre comenzaba a enardecerse a pesar suyo, y mostró una viva impaciencia por partir. Greville confiesa que apenas podía contenerse al ver que su rival le llevaba tanta ventaja en su aire y su persona.

—Repito mi solicitud, señor Grandison: insisto sobre una conversación de cuatro minutos.

—Vos no tenéis ningún derecho para exigirla, señor Greville, y si creéis tenerlo, ocasión tendréis a la noche de hablarme; pero entonces

debéis conduciros de otro modo, si queréis que os mire como un igual.

—¡Como un igual, señor Grandison! —echando mano a su espada— Un caballero es igual a un príncipe en un asunto de honor.

—Pues id y buscad a vuestros príncipes, señor Greville. Yo no soy príncipe, y vos no tenéis más razón para dirigiros a mí que a un hombre que jamás habéis visto —Habiendo entrado entonces uno de sus criados a decirle que ya estaba puesto el coche, añadió—: Señor Greville, os dejo en posesión de este cuarto: a vuestra disposición: esta noche estaré a vuestras órdenes.

—Una palabra, señor Grandison: hacedme el favor de una palabra.

—¿Qué quiere el señor Greville? —volviéndose a él.

—¿Habéis hecho proposiciones? ¿Se han aceptado?

—Repito que es menester que os portéis de otra manera para poder esperar respuesta a esas preguntas.

—Yo os la pido no obstante y la recibiré como un favor.

El señor Charles sacó a este tiempo su reloj.

—¡Las nueve dadas! Yo les hago esperar... Mas he aquí mi respuesta, señor mío: he hecho proposiciones y como ya os lo he dicho, espero que serán aceptadas.

—Si vos fuerais otro cualquiera en el mundo, el hombre que veis pudiera dudar del éxito de vuestra pretensión con una mujer cuyas dificultades parecen aumentarse a proporción de las sumisiones; pero según el concepto que he formado de vos, me persuado de que no vendréis a humo de pajas. Yo estoy perdido por la señorita Byron, y no podría dejarme ver en mi provincia, si consintiera que se nos quitase esta alhaja.

—¿En vuestra provincia, señor Greville? Señaláis términos bien limitados. Mas yo me compadezco de vos porque tenéis un amor tan violento, y si...

—¿Vos os compadecéis de mí? —interrumpiendo al señor Charles— Yo no gusto de ese aire de superioridad. En una palabra, vos habéis de renunciar a la señorita Harriet, o me la habéis de disputar por el medio del honor.

—Pasadlo bien, señor Greville —Y tu hermano, querida mía, comenzó a bajar la escalera.

El miserable le siguió, y viendo que iba a entrar en su coche le detuvo de la mano a la vista de muchas personas y le dijo al oído:

—Aquí nos están mirando, salid conmigo por algunos minutos. Por vida del demonio que no habéis de desairarme: yo no puedo soportar que partáis así triunfante para el asunto a que vais.

El señor Charles se dejó llevar, y cuando estuvieron solos, desenvainó Greville su espada instando a tu hermano a que desenvainase la suya. El señor Charles echó mano a ella sin desenvainarla.

—Señor Greville —dijo a su enemigo—, no os expongáis inútilmente.

Y al mismo tiempo quiso volverse a su coche; pero el miserable juró que no envainaría la espada sin haber hecho tu hermano una renuncia absoluta de la señorita Byron; y habiéndole muy peligroso su rabia, como dice Fenwick refiriéndose a él mismo, desenvainó el señor Charles su espada.

—Yo no sé más que defenderme. Greville, vos no estáis en guardia —Y dando un compás que le hizo dueño de su espada, se la echó de la mano y le desarmó sin tirar ni una estocada—. Ya veis lo que puedo —le dijo poniéndole sobre el pecho la punta de la suya—: recibid la vida y la espada, mas por prudencia o por honor, no probéis más vuestra suerte.

—¿Me vuelvo a ver dueño de mi espada y sin herida? ¡Generosa acción! ¿Hasta esta noche, decís?

—Repito que esta noche estaré a vuestras órdenes ya en vuestra misma casa, ya en esta posada. Pero no me habléis nunca de desafío, señor Greville. ¡Si supierais mi modo de pensar!

—¿Cómo es posible? —echando un juramento— ¿Cómo he de olvidar esta cruel aventura? No me expongáis en la quinta de Selby... ¡Cómo diablos es posible! Aquí nos volveremos a ver esta noche —Y se retiró consternado.

Tu hermano, en lugar de volver inmediatamente a su coche, subió a su cuarto a escribir su billete de excusa a mi tía, porque era demasiado tarde para legar aquí a la hora que se había propuesto; y hallándose un poco alterado, como no tuvo reparo en confesárnoslo, tomó el aire en su coche hasta la hora de comer.

¿Cuál hubiera sido nuestra inquietud, si hubiésemos sabido que sólo se había excusado a quedarse a cenar por causa del atronado de Northampton? Fenwick cuenta que Greville le hizo consentir en acompañarle por la noche, y que el señor Charles les dio excusas muy atentas por haberles hecho esperar un poco. Aun cuando Greville hubiese tenido malas intenciones, su brazo derecho se resentía tanto de la acción con que se le había desarmado, que no hubiera podido servirse de él; pero confesó que el señor Charles se había portado noblemente volviéndole su espada aun en el calor mismo con que le veía, y sin haber hecho más uso de la suya. No se explicó a la verdad Greville desde luego con esta moderación, y nada contribuyó tanto a sosegarle como saber de su contrario que no nos había contado la aventura confiando sobre esto en él mismo. Este generoso proceder le dio tanto golpe que le arrancó elogios y agradecimientos.

—Fenwick —añadió— contará esto en la quinta de Selby sin disimular nada, aunque sea tan vergonzoso para mí como honorífico para vos. ¡Dios quiera que no me granjee el odio de la señorita

Harriet! Mi cólera os ha dado ventaja. Yo procuraré honraros, señor Grandison, mas no podré menos de aborreceros si veo cumplidos vuestros deseos. No obstante, pongo una condición: a saber, que me reconciliéis con la señorita Byron y sus gentes, y que si conseguís lo que deseáis, me sea permitido divulgar que ha sido con mi consentimiento.

Después de haber paseado juntos los tres parte de la noche, se separaron muy cortésmente. El señor Charles, como Beauchamp y el doctor nos lo han dicho muchas veces, ha tenido siempre el arte de hacerse íntimos amigos de sus mayores enemigos. Demos a Dios las gracias porque no ha habido fatales resultas. Fenwick añade que esta aventura ha hecho poco ruido, por lo cual no doy menos gracias al cielo. Greville lo ha negado todo, cuando se le ha hablado de esto, y ahora dice que quiere renunciar todas sus esperanzas respecto a la señorita Byron; pero que el señor Grandison es el único hombre de Inglaterra en cuyo favor podría hacerlo. ¡Cuánto me alegro, Charlotte mía, de ver tan felizmente disipado todo el fuego de este hombre violento!

De hora en hora esperamos a tu hermano. El nuevo peligro en que se ha visto, por mí nos lo hace más amable que nunca.

—¿Cómo podrás dejar —me dijo mi tío— de arrojarte a sus brazos, cuando venga a saber el resultado de nuestras deliberaciones?

El parecer del señor Deane es que debo ofrecerle mi mano a la primera palabra; el de mis dos primas, que no dé lugar a que me la pida dos veces; el de mi abuela y de mi tía, que son siempre la bondad misma, que obre según la ocasión y consulte mi prudencia, en la cual me hacen el favor de confiar, aunque evitando con especialidad toda afectación. En tan dulce espera, cara Charlotte, no puede menos de atormentarme algún tanto la memoria de la tierna y noble Clementina.

Carta CIII
Harriet Byron a milady G…

El mismo día, por la noche.

Al presente, mis queridísimas amigas, pues es inútil repetir que no escribo nada para la una que no lo sea igualmente para la otra, debo exponer a vuestra aprobación o censura todo lo que ha pasado entre el mejor de los hombres y vuestra Harriet. Yo seré dichosa, si obtengo el voto de sus hermanas.

El señor Charles llegó un poco antes del medio día y todos le dimos la enhorabuena por lo que habíamos sabido de Fenwick, con cuyo motivo nos aseguró que ya corría muy bien con Greville.

Después de haber hablado modestamente sobre este particular, bajo la voz y dijo a mi abuela:

—Espero, señora, que se me permitirá proseguir en vuestra presencia la conversación de ayer con la señorita Harriet.

—No, señor —le respondió con una seriedad afectada—: eso será lo que no permitiré.

El señor Charles se mostró muy sorprendido y aun algo alterado. Mi tía lo pareció también, pero menos de lo que lo hubiera sido si no hubiese sabido qué agradable giro suele esta excelente madre dar algunas veces a sus ideas.

—¡Eso es lo que no se me permitirá! —repitió el señor Charles.

—No, señor —volvió a decirle, pero añadiendo incontinente que no quería tenerle más tiempo en duda, continuó—: en semejantes asuntos siempre nos hemos remitido a nuestra Harriet. Ella tiene prudencia y un corazón muy agradecido, y así os dejaremos juntos a los dos, cuando ella quiera oíros sobre ese grande negocio. Harriet es superior a toda especie de disimulo y tendrá precisión de hablar por sí misma, cuando no tenga a su abuela ni a su tía por testigos. Los dos no os conocéis de ayer, y yo me lisonjeo, señor mío, de que no sentiréis tener la ocasión...

—La señorita Harriet y yo no podemos desear, señora, la ausencia de dos testigos tan caros y respetables; pero yo oso mirar vuestro pensamiento como un favorable pronóstico —Y volviéndose a mi tía le preguntó si por su mediación podía prometerse el hablarme inmediatamente.

Mi tía me llevó aparte para informarme de su encargo, que no me sorprendió poco; mas confesándome que ella lo estaba también, y que le había parecido provenir el cumplimiento de mi abuela del exceso de su alborozo, me advirtió que era demasiado tarde para excusarse a ello.

—¿Pues qué, señora? —no dejé de responder— ¿Me lleváis al señor Charles a ruego suyo, como si esperara verse seguido? Ya veis cómo me mira mi tío: todos tienen puesta la vista en mí. Nosotros nos veremos si es necesario por la tarde y como por casualidad; pero yo quisiera más bien que vos y mi abuela estuvieseis presentes. Yo no pienso incurrir en ninguna afectación: conozco mi corazón y no quiero ocultarlo. Puede suceder que por algún motivo necesite de vos y me vería embarazada. Yo no me atrevo a fiarme de mí misma.

—Acaso desearía yo —me dijo mi tía— que no se hubiese hecho tal cumplimiento; pero, sobrina, es menester seguirme.

Yo la seguí, aunque con alguna repugnancia y bastante turbada, como me lo asegura Lucy, para dar a conocer a todos los circunstantes que salía para precisárseme a una conversación a solas con el señor Charles. Mi tía me llevó hasta mi gabinete, donde me hizo sentar, y

viendo que se iba, le dije:

—Sea muy enhorabuena, señora: verosímilmente habré de estar aquí hasta que el señor Charles guste de venir. Clementina ¿hubiera hecho otro

—No hay que hablar ni una palabra de Clementina, al menos en ese sentido —replicó mi tía—: eso parecería ingratitud y puerilidad. Yo voy a traerte al señor Charles.

En esto salió, mas para volver al instante el hombre de los hombres con ella, y no haciendo más que dar una vuelta se retiró al punto. El señor Charles me tomó de la mano e hizo un cumplimiento que me hubiera causado orgullo en cualquiera otra ocasión. Yo procuraba recobrar, si era posible, toda mi presencia de ánimo. Por lo que hace al señor Charles, yo no advertí faltase nada a la suya, aunque sin embargo su modestia y cortesanía templaban su aire natural de dignidad. Otros, según me figuro, hubieran comenzado por admirar algunas de mis pinturas que son, como sabes, el único adorno de mi gabinete; pero el señor Charles, después de otro cumplimiento sobre el recobro de mi color con la mira al parecer de tranquilizarme, pues yo sentía en efecto mi rostro enardecido, vino directamente al asunto.

—Es inútil repetir a mi estimada señorita Byron lo que dije ayer acerca de una situación que podría pasar por una división del corazón o por un doble amor. Yo no repetiré los testimonios de la alta estimación de que me glorío y que profesaré siempre a una admirable extranjera. Su mérito y vuestra grandeza de alma, señorita, hacen aquí inútil toda apología; pero lo que es necesario y puedo decir con toda verdad es que amo a par del alma a la señorita Harriet Byron. Ya veis, señorita, que estoy enteramente libre tocante a la Italia, libre por la voluntad de la virtuosa Clementina, y que toda su familia funda parte de su felicidad en el buen éxito de los obsequios que me es permitido haceros. Clementina desea verme casado, exigiendo solamente que mi elección no la haga avergonzarse del afecto que me ha tenido, y cuando ella tenga el placer de conoceros con el nombre de milady Grandison, confesará que mi elección no podía hacerle más honor.

Aquí se detuvo, como para esperar mi respuesta, mirándome con cierto aire de duda. Yo bajé los ojos, y él sólo puede decir lo que parecí y cómo me conduje; pero titubeando y con la voz tan trémula como las rodillas, creo haberle respondido a corta diferencia en los términos siguientes, sin retirar mi mano de entre las suyas, aunque durante mi razonamiento la estrechase algunas veces contra sus labios.

—La honradez del señor Charles Grandison no ha sido nunca sospechosa, ni puede serlo. Yo confieso... confieso...

—Vaya ¿qué, qué confiesa mi estimada señorita Byron? Contad no menos con mi gratitud que con mi honradez, y si tenéis algunas dudas,

hacedme el favor de manifestármelas; pues yo no aspiro a merecer vuestro afecto sino en cuanto pueda desvanecerlas. Quisiera poder explicarlas por vos... y aun ya lo he hecho. Yo he confesado que podrían ser tales que sólo vuestra generosa bondad y vuestra confianza en mi honor pudieran hacéroslas superar, y aun confieso en perjuicio de mis esperanzas que si el corazón de una mujer cuya estimación solicitara, hubiese estado en la situación en que se ha hallado el mío, se ofendería de ello mi propia delicadeza. Hablad ahora: confesad, confesad, carísima Señorita, lo que queríais decirme.

—Mi confesión, señor Grandison, la confesión de un corazón tan sincero como el vuestro es que me tiene deslumbrada y confundida el incomparable mérito de la ilustre extranjera que os vanagloriáis de estimar.

La alegría me pareció brillar en sus ojos. Inclinó su cabeza hasta mi mano y la volvió a estrechar contra sus labios; pero sin decir palabra, ya porque callase de intento, o ya porque realmente le faltase el habla. Yo proseguí, aunque con la voz más débil, llena de rubor y la vista inclinada.

—Yo no desconfío más que ella, señor Grandison, de vuestra honradez, de vuestra justicia, ni de vuestra indulgente ternura. Vuestro carácter y vuestro modo de pensar son muy buenos fiadores para cualquiera mujer que procure merecer vuestra estimación; pero he formado tan alto concepto de Clementina y de su conducta, que temo... ¡Ah, señor!, temo que sea imposible...

Mi lengua me rehusó su oficio. Estoy segura de que yo hablaba de buena fe, y que las apariencias correspondían a ello, o por mejor decir, mi rostro y mi corazón apenas iban de acuerdo.

—¿Qué teme mi querida señorita Byron? ¿Qué teme de imposible?

—Instada con esa ternura, y por un hombre como vos, señor Grandison, ¿por qué no he de acabar de explicarme? La pobre Harriet Byron, haciéndose justicia a sí misma y en vista del concepto que ha formado de la incomparable extranjera, teme, señor Grandison, teme con razón que todos sus cuidados y esfuerzos no la hagan jamás a sus propios ojos lo que debe ser para su reposo y la felicidad de su vida, cualquiera que sea la generosidad con que vos mismo procuréis tranquilizarla. Tal es mi temor y mi único temor.

—¡Generosa, noble, y admirable señorita! —con un tono y aire de transporte— ¿Es ese vuestro único temor? Nada faltará a la felicidad del hombre que tenéis delante; pues no duda de que si Dios le da vida, os hará una de las más felices mujeres de la tierra. Clementina ha hecho una acción gloriosa prefiriendo a todo su religión y su país, como lo confesaré en honor suyo mientras viva; pero ¿no debe ser al doble mayor mi gratitud a la señorita Harriet que sin haber pasado por iguales pruebas y con el más delicado, sin embargo, de todos los

corazones muestra en mi favor una franqueza superior a las pequeñas formalidades y a toda afectación, y al mismo tiempo una generosidad respecto a Clementina de que no puede haber ningún ejemplo?

En esto puso una rodilla en tierra, tomó una de mis manos con las dos suyas, y la besó una, dos y tres veces.

—Repetid, repetid, queridísima señorita, que es ese vuestro único temor. ¡Cuán grato y fácil de desempeñar es mi papel! Estad segura, amor mío, de que yo condenaré toda acción de mi vida, todo pensamiento de mi mente y toda palabra de mi boca que no se dirija a disipar ese temor.

Yo di mi aprobación con inclinar la cabeza, pues no me hubiera sido posible hablar. Mi pañuelo que llevé a mis ojos me sirvió muy bien.

—Estimada señorita —prosiguió con un ardor que no es fácil pintar—, vos sois la bondad misma. Yo no me he acercado a vos sin desconfianza ni recelo, porque nadie conoce mejor que yo la delicadeza de vuestro corazón, y yo temblaba al considerar que en la ocasión presente tuviese ella fatales escrúpulos que oponerme. ¡Ojalá que la felicidad de mi vida sea igual a mi reconocimiento!

Al concluir besó otra vez mi mano levantándose con cierto aire de dignidad. Si yo hubiese seguido los impulsos de mi corazón, habría recibido sus votos de rodillas; pero yo estaba como inmóvil. Sin embargo, me pareció que mostraba bastante alegría para causarle mucha. ¡Alegría a tu hermano, Charlotte! ¡Alegría al señor Charles Grandison!

Él advirtió que yo estaba bastante conmovida y realmente mis afectos se inflamaban con la reflexión, por lo cual me dijo con serenidad:

—Yo os dejo, queridísima señorita, y bajo a recibir las enhorabuenas de todos nuestros amigos. Después de tantas incertidumbres y extraños acontecimientos hoy es el día en que pongo la fecha a mi felicidad.

En eso se retiró echándome una mirada tierna y respetuosa, lo cual no sentí. Sin embargo, mis ojos le siguieron, y yo tuve complacencia en ver hasta su sombra, mientras que bajaba la escalera.

Mi tía subió algunos momentos después y me encontró muy pensativa. Yo me había vituperado primero algún excesivo apresuramiento, después me había justificado a mí misma, o al menos lo había creído así, y mezclando con mis reconvenciones y justificaciones cien deliciosas circunstancias encontraba en ellas motivos para bendecir eternamente mi suerte. Tal era por ejemplo la idea de los parientes y amigos que voy a adquirir y que adquirirán los míos. Pero ¡Emily mía! ¡Mi querida Emily! Yo la consideraba como pupila mía tanto como suya. Ocupada en estas reflexiones me

encontró mi tía, quien con abrazarme y aplaudirme desvaneció todos mis escrúpulos sobre el apresuramiento de que yo me acusaba. Me contó las enhorabuenas que recíprocamente se habían dado todos nuestros parientes y amigos, haciéndome una viva pintura de su alegría. ¿Cuánta confianza no me dio su aprobación? Habiéndome asegurado que mi tío me alabaría en vez de burlarse de mí, bajé con más ánimo del que tuve al subir.

El señor Charles y mi abuela estaban hablando y sentados juntos, cuando yo entré, y a mi vista se levantaron todos. ¡Oh, querida mía! ¡En una princesa me ha convertido el amor declarado de tal hombre! ¡Cuánto más mujer de suposición se me hace ahora de lo que me hacía antes el afecto de mi familia! Mi tío no pudo parar hasta que me colmó de caricias, y fue el primero que se acercó a decirme mil cosas tiernas. Habiéndole dejado el señor Charles tiempo para satisfacerse, vino a mí con un aire del más respetuoso amor, y tomándome de la mano me sentó en una silla entre mi abuela y él.

—¡Adorada hija! —me dijo esta amable y tierna madre abrazándome—, tú has correspondido al concepto en que te tengo. Yo estaba bien segura de poder fiarme de un corazón que ha sido siempre superior a la afectación y al disimulo.

Yo le dije que la generosidad del señor Charles Grandison me había animado en mi embarazo y en mis dudas; y él juró teniendo una de mis manos entre las suyas, mientras mi abuela tenía la otra, que si el cielo no le hubiese ofrecido a la señorita Harriet por objeto de sus esperanzas, jamás habría pensado en casamiento en vista de lo que le había sucedido en Italia.

—Os pido un favor —dijo mi abuela—, y es que no uséis jamás de esas expresiones vagas denotando las personas por su país: en una palabra, que no habléis nunca con reserva de la admirable Clementina. No tengáis reparo, señor Grandison, en pronunciar su nombre delante de Harriet, de mí y de mi hija: podéis hacerlo con libertad. Nosotras la hemos venerado siempre y nunca dejaremos de venerarla como merece, por el glorioso ejemplo que ha dado a su sexo.

—Señor Grandison —le dije yo inclinándome a él—, yo os hago la misma súplica.

Mi tía, que había oído parte de nuestra conversación, se acercó a decirle lo mismo.

—Milady G… —añadió— puede aseguraros que pidiéndoos todas tres esta gracia, no tenemos el alma tan baja que pensemos haceros un cumplimiento.

Tu hermano respondió que le era imposible el imaginarlo, y que nuestra generosidad nos hacía tanto honor como a Clementina; que comunicaría al señor Jeronymo algunas de las circunstancias que

causaban la alegría de su corazón, las cuales complacerían sobremanera a su caro amigo, y causarían tanta más satisfacción a la admirable Clementina, que sólo deseaba estar cierta de que ni por la sangre ni por las prendas del alma el hombre a quien había honrado con su afecto perdía nada en la elección que hacía en su patria.

Pidamos al cielo, carísima Charlotte, que no se os ofrezcan nuevos pesares. Mas yo estoy sin temor, y quiero gozar agradecida del momento presente, dejando lo venidero a la disposición de la Providencia. Si tu hermano es mío, si corresponde a mi afecto con el suyo ¿qué puede sucederme a que no me someta con resignación? Mas permitid, mis queridas hermanas, que os haga una o dos preguntas.

Decidme, ¿tenéis presente que el temor o la incertidumbre me hayan causado nunca algún tormento? ¿Ha existido verdaderamente un hombre que se llama Hargrave Pollexfen? ¿No os conté mis sueños, cuando os dije que creía haber padecido sus persecuciones? Bueno es que para conservar unos justos sentimientos de humildad subsistan por escrito en mis cartas todas estas penas y todos estos tormentos, pues si no podría olvidar ahora que me he creído desgraciada.

¿Y podréis decirme, amigas, qué ha sido de mi enfermedad? Yo estaba muy mala, como bien te acordarás, Charlotte, cuando nos hiciste el honor de venir a pasar aquí algunos días: tan mala que no te lo pude ocultar, como hubiera querido, ni a ti ni a los demás amigos. No me parecía que el mal fuese de aquellos cuya curación depende del contento del corazón. Yo estaba tan convencida del mérito de Clementina y de su derecho a la cualidad de milady Grandison, que en este concepto pensaba haber tranquilizado medianamente el mío; y aun quiero creer que no me había lisonjeado de esto con demasiada ligereza. Sin embargo, querida mía, yo me siento hoy tan ágil y tan dichosa que no comprendo nada de esta mudanza, y espero que nadie encontrará la enfermedad que yo he perdido.

¡Ojalá que ningún corazón burlado se vea acometido de ella! Y con especialidad, ¡ojalá que no vaya a Italia! Demasiado ha hecho padecer un mal aún más terrible a la excelente italiana que admiramos. Y si se detiene en nuestra isla, ¡no permita Dios se acerque al tierno corazón de mi Emily! Esta amable niña será feliz, si su felicidad está en mi mano. Hacedme el favor, amigas, de asegurárselo. Mas no, no lo hagáis: yo misma lo haré por el primer correo. En fin, pido a Dios que no ataque el mismo mal a milady Anne ni a ninguna de las demás de quienes oía hablar en otro tiempo con tanto disgusto mío.

Carta CIV
Harriet Byron a milady G...

Domingo al mediodía, 15 de octubre.

No te he dicho, querida mía, que habiendo prometido el señor Charles a Greville hacer la reconciliación en la quinta de Selby, había diferido dos días hablarnos de ella con seriedad, y que su proposición, aunque hecha con todos los miramientos posibles, había encontrado algunas dificultades de parte de mi tío y de mis primas. Pero ¿qué puede rehusarse aquí al señor Charles? Por fin se acordó que estarían ambos juntos el domingo por la mañana en la iglesia, y que nos tendrían las atenciones necesarias para que pudiésemos recibir su visita por la tarde.

No ignorando nadie en el país que el señor Grandison había venido a solicitar la mano de una joven a quien todo el mundo tiene la bondad de desear mucho bien, se encontró la iglesia llena de una infinidad de curiosos que estaban impacientes por verle. Ellos se creyeron burlados, cuando vieron parecer más que a mi tía acompañada del señor Deane, a mí acompañada de mi tío y a mis dos primas acompañadas de su hermano; pero no se pasó mucho tiempo sin ver entrar al señor Charles con Greville y Fenwick, quienes se acomodaron en un banco que está enfrente del nuestro. Greville y Fenwick comenzaron a saludarnos, mientras que el señor Charles se creyó obligado a cumplir primero con otros deberes. Siempre ha sido, como tú lo dices, superior a la falsa vergüenza. Yo me alegré de verle dar el ejemplo. Su segundo cumplimiento se dirigió a nosotros con una gracia que yo pintaría mal. El rubor me subió al rostro por el murmullo de admiración que se oía en derredor de nosotros. A mí me pareció advertirla en los ojos de todo el mundo, aun a pesar de los abanicos de algunas damas. ¡Qué diferencia entre él y los otros dos en su conducta durante el servicio divino! Sin embargo, ¿quién ha visto nunca a dos de los tres tan modestos, tan atentos y aun puedo decir tan respetuosos? Condúzcanse como tu hermano todos aquellos que tienen alguna superioridad sobre los demás, y no dudaré de que se mejore el mundo. Después de los oficios, Greville tuvo la puerta de su banco abierta para conducirse según lo que viese en nosotros, y luego que nos vio casi fuera, tomando oficiosamente la mano del señor Charles se adelantó hacia nosotros. El señor Charles nos salió al encuentro en la puerta de nuestro banco, y habiéndose acercado con mucha gracia me ofreció respetuosamente su mano, lo cual era el equivalente de una declaración pública, y así lo creyó todo el mundo. Greville, atrevido en su bajeza, hizo un movimiento como si hubiera cedido a tu hermano la mano que este tomaba; y más sutil que una serpiente, dijo mirando su brazo todavía vendado por causa de su última aventura:

—Mi maldito caballo no ha sido muy dócil con su amo. Yo me convido, señorita, a tomar con vos el té esta tarde, y vos misma me

haréis la gracia de ayudar al pobre manco.

Por más que se haga, no hay que pensar en que las menores cosas puedan ocultarse en una provincia. Por nuestros criados hemos sabido que el aplauso ha sido general. Es una extremada satisfacción, querida mía, verse pretendida de un hombre a quien todo el mundo celebra.

Domingo por la noche.

¡Oh, querida, querida Charlotte! ¡Cuánto me ha consternado este Greville! ¡Qué hombre tan extraño!

Él no dejó de venir con su amigo Fenwick, y nosotros le recibimos muy cortésmente. Tú sabes que se tiene por muy entendido, y que hace del gracioso. Hay gentes que no pueden hacer figura sin otras que sean el blanco de sus burlas. Fenwick y él se entretuvieron mucho tiempo en chancearse y ridiculizarse uno a otro. Tu hermano se sonreía algunas veces de oírles, y cualquiera que fuese el juicio que formase de ambos, no manifestó hacer de ellos ningún desprecio; pero al fin mi abuela y mi tío le introdujeron en una conversación que hizo enmudecer a estos dos hombres, y llamó tanto su atención que si no se hubiesen propasado más de una vez entre sí, se les hubiera podido creer capaces de alguna discreción.

Nadie había tocado todavía lo acaecido en Northampton, cuando el mismo Greville comenzó a hablar de este asunto. Me pidió una audiencia de diez minutos, según se explicó, y como dijo al punto que esta sería la última que me pediría nunca sobre el mismo particular, me dijo mi abuela que le complaciese, y consentí en retirarme con él cerca de una ventana. Creo que puedo decir su razonamiento casi sin variar sus expresiones. No habló tan quedo que no pudiesen todos oírle, aunque me dijo en voz alta que no quería le oyese nadie más que yo.

—Yo debo tenerme por el hombre más desgraciado, señorita, por no haber recibido de vos nunca ni el menor favor. Vos me acusaréis de vano y no estoy fuera de serlo; mas ¿por qué he de negar yo ventajas y prendas que todo el mundo me concede? Yo tengo un caudal libre y desempeñado que me permite pretender a las mujeres de más alta clase. Yo no soy hombre de mala índole. Es verdad que gusto de las chanzas, pero estimo a mis amigos. Vosotras las mujeres virtuosas no amáis menos a un hombre por algunos defectos que os ofrece para la corrección. Yo pudiera añadir mil cosas en mi favor, si el caballero Grandison —echándole una mirada— no me eclipsara enteramente. ¡Que el diablo me lleve, si formo en su presencia ningún buen concepto de mí! Siempre le temí; mas luego que dejó la Inglaterra por causa de otros amores, me lisonjeé de poder aprovecharme de esto.

»Sin embargo, por otra parte yo tenía también algo que temer de milord D… Su madre es hábil como un Maquiavelo, y él tiene

inmensas riquezas, un título y muy buenas prendas para un señor; pero viendo que no era menos despreciado que yo, me dije a mí mismo: es preciso que ella tenga a alguien en su corazón. Fenwick no vale más que yo, Fenwick no puede ser. Orme (¡pobre diablo!), aún es más imposible que sea el marica Orme.

—Os ruego, señor Greville… —le interrumpí, por tomar la defensa de Orme; pero apresurándose a interrumpirme también me dijo descaradamente que estaba haciendo su último razonamiento y quería ser oído—. Pues bien —le dije sonriéndome—, venid pronto a la peroración.

—Ya os he dicho otras veces, señorita, que yo no podía aguantar vuestras sonrisas. Ahora ni que os sonriáis, ni que os pongáis seria, yo estoy resuelto a mortificaros antes que concluyamos.

—¡Mortificarme! Espero, señor Greville…

—¡Vos esperáis! ¿Qué quieren decir vuestras esperanzas, cuando vos no me habéis dado ni aun sombra de ellas? Pero escuchadme, señorita, que tengo que deciros muchas cosas que os desagradarán y de una especie muy diversa. Yo proseguía averiguando quién podría ser el dichoso mortal. Este segundo Orme, Fowler, tampoco puede ser, decía yo entre mí. ¿Será el recién venido, el prudente Beauchamp? (Yo hacía observar todos vuestros pasos, como os lo había advertido) No, me respondía yo a mí mismo: ella ha despreciado a milord D… y a una legión entera de amantes antes que Beauchamp hubiese vuelto a poner los pies en la isla. Pues ¿quién diablos será? Mas cuando este hombre peligroso que yo había creído en camino para cumplir su destino conyugal con una extranjera, volvió libre y tuve noticia de que se encaminaba hacia el norte, me quedé mortal. El jueves pasado se me dio aviso de que se le había visto por la mañana en Dunstable yendo hacia nuestro cantón, y por poco me da un mal de corazón. Yo tenía mis espías alrededor de la quinta de Selby. ¿De qué no son capaces el amor y los celos? Supe que vuestro tío y el señor Deane habían salido a recibirle. ¡Qué rabia me dio entonces! ¡Qué no eché de juramentos y maldiciones! Sin embargo, me pareció que en su primera visita no se concedería a mi rival establecer su residencia debajo de un mismo techo con esta hermosa *hechicera*…

—¡Qué palabra, señor Greville!

—Hechicera, sí, hechicera. Con mi coraje le di mil nombres tan malos como este. Jack, Will, Tom, George, pronto, que se me traiga una docena de teas encendidas, que quiero pegar fuego a la quinta de Selby para que haya iluminación por la llegada del usurpador de mi bien. Yo tendré horcas para rechazar a las llamas hasta el último de la familia: no se escapará ninguno de mi venganza.

—¡Jesús, y qué demonio de hombre! Yo no quiero escucharos más tiempo.

—Vos me oiréis hasta el fin: no hay remedio.

»Pero el habérseme dicho que mi rival no pasaría la noche en la quinta salvó vuestra casa. Entonces toda mi malicia se convirtió contra la posada de Northampton. ¡El huésped, dije yo, me debe mil favores, y sin embargo admite en su casa al mayor de mis enemigos! Pero es más digno de mí ir en persona a preguntarle, si tiene algo que le interese en la quinta de Selby, y hacerle desistir de su pretensión, como ya he obligado a ello con mis baladronadas a más de un amante. En toda la noche no cerré los ojos, y por la mañana hice mi visita en la posada. Yo sé como el que más en el mundo todo lo concerniente a la cortesanía y urbanidad; pero conocía el carácter del hombre con quien tenía que ver. Sabía que era tanta su presencia de ánimo como su valor: mi rabia no me permitía ser atento, y aun cuando me lo hubiese permitido, yo estaba creído en que era necesario ser un grosero para irritarle, por lo cual lo fui y no tuve ninguna moderación.

»Jamás se ha tratado a ningún hombre con más frío y flemático desprecio, de suerte que llegué a desafiarle y me dijo que no quería reñir. Yo que estaba resuelto a obligarle a ello, le seguí hasta su coche y pude llevarle hasta un sitio apartado; mas el tal hombre era el diablo. Me advirtió en un tono que me pareció insultante, que yo no estaba en guardia, y me aproveché del consejo sin adelantar nada, porque él sabía todas las tretas del arte. En un instante me vi desarmado y dependiendo mi vida de mi contrario; pero me volvió mi espada, aconsejándome que no me expusiese a más riesgos, y envainando la suya me dejó. Yo me hallé en una situación abominable sin el uso del brazo derecho y me escapé como un ladrón. Él subió en su carro triunfal para continuar su ruta a la quinta de Selby, y yo me retiré a la mía, maldije al mundo entero, me tiré al suelo y mordí la tierra.

Esta larga y furiosa relación impacientaba a mi tío: tu hermano parecía estar incierto y Greville continuó.

—Yo induje a Fenwick a que me acompañase por la noche a la cita. Manco como estaba, aun hubiera querido poderle irritar; pero no quiso irritarse, y cuando supe que me había tenido miramiento en la quinta de Selby; cuando me acordé de que debía mi espada y mi vida a su moderación; cuando consideré su carácter, la conducta que había tenido con Hargrave Pollexfen y todo lo que Bagenhall me había dicho de él, dije entre mí: ¿por qué hallándome sin esperanza como me hallo, de lograr nada con la admirable Harriet Byron, ya viva él, ya muera, he de obstinarme contra un enemigo tan noble? Este hombre es igualmente incapaz de tener arrogancia y de insultar a nadie, y así es menester hacerme un amigo de él (este pensamiento lo debo a Fenwick) para poner a cubierto mi orgullo, y que el diablo se lleve lo demás, a la señorita Byron y todo…

—¡Perverso hombre! ¡Qué cansada estoy de vos!

—Pues, señorita, aún no estoy al fin de mi razonamiento; mas yo no quiero asustaros. ¿Lo estáis algo?

—Lo estoy demasiado.

El señor Charles hizo un movimiento, como si hubiera querido acercarse a nosotros; pero se detuvo a ruego de mi abuela, quien le dijo dejase pasar la humorada y que Greville era siempre raro.

—¡Asustada, señorita! ¿Y cuál puede ser vuestro susto, si lo comparáis con las crueles noches y los días insoportables que me habéis hecho pasar? ¡Malditas noches! ¡Malditos días, y maldito yo mismo! ¡Cruel mujer! —apretando los dientes— ¡Qué tormentos me habéis causado!... Mas ya basta: quiero poner fin a mi razonamiento por compasión de vos, sin embargo de que jamás la habéis tenido de mí.

—¿Pues qué, señor Greville, podéis notarme de cruel?

—Sí, señorita, y de la mujer más cruel con las más bellas apariencias. A esa engañosa dulzura debo mi ruina: ella me hizo concebir esperanzas: sí, a esa fisonomía brillante y a ese corazón helado. ¡Oh, rostro impostor! Pero ya es tiempo de concluir. Dadme la mano: lo exijo absolutamente. No temáis que me la coma, como me ha faltado poco para hacerlo en otras ocasiones —Entonces tomó mi mano y yo no lo repugné—. Ahora, señorita, escuchad mis últimas expresiones. Vos tendréis la gloria de dar al mejor de todos los hombres la mejor de todas las mujeres. Que no se retarde mucho el día por amor de los que conservarán hasta entonces un resto de esperanza. Como amante vuestro debo odiar a este dichoso mortal; pero le amaré como a vuestro marido, quien será para vos tierno, afectuoso y reconocido, así como vos mereceréis toda su ternura. ¡Ojalá viváis, ornamentos de la especie humana, como lo sois ambos, para ver los hijos de vuestros hijos, todos tan buenos, tan perfectos y tan felices como vosotros mismos, llenos de años y colmados de honor y satisfacción! ¡Ojalá que en una misma hora seáis trasladados al cielo, único término en que podéis ser más dichosos que lo seréis con vuestro matrimonio, si lo sois tanto como yo lo deseo y como lo pido al Autor de todos los bienes!

Las lágrimas se me saltaron de los ojos al recibir esta inesperada bendición tan semejante a la de aquel antiguo profeta que bendecía, cuando parecía dispuesto a maldecir. [22]

Greville tenía aún asida mi mano y prosiguió.

—Yo no lo haré sin vuestro permiso, señorita... ¿Puedo, antes de soltarla?... —Él me miraba inclinando la cabeza sobre ella como para esperar mi consentimiento.

—¡El cielo os colme de beneficios, señor Greville! Yo hago por vos todos los votos que habéis hecho por mí y que serán oídos, si os dirigís

por el camino de la virtud.

Yo no retiré mi mano, y Greville puso una rodilla en tierra para estrecharla más de una vez contra sus labios. Él mismo tenía arrasados sus ojos en lágrimas. Después se levantó, me llevó hacia Charles, y presentándole mi mano que la sorpresa no me permitió extender bien, añadió:

—Tenga yo la gloria, señor Grandison, de poner esta preciosa mano en la vuestra: sólo a vos soy capaz de cederla. ¡Feliz y tres veces feliz matrimonio! Únicamente el valor merece el galardón de la belleza.

El señor Charles tomó mi mano.

—¡Feliz yo, que recibo tan precioso presente! —dijo besándola; y volviéndose a mi abuela y a mi tía me presentó a ellas.

Yo estaba muy asustada por el movimiento que el extraño hombre me había obligado a hacer.

—Yo no deseo vivir —le dijo mi abuela en una especie de enajenamiento— sino para ver mi hija vuestra.

Después de haber puesto mi mano en la del señor Charles, se retiró Greville con la mayor precipitación, y ya había salido de la quinta, cuando se empezó a preguntar por él, habiendo estado todos inquietos hasta que se supo por un criado que había tomado aceleradamente su espada y su sombrero en la antesala, y por otro que se había marchado con mucha prontitud dando profundos suspiros y seguido de su lacayo.

¿No te da lástima de él, mi querida amiga? Tu hermano se mostró enternecido y compadecido. Lucy, que le ha mirado siempre con muy buenos ojos, dijo que muchas veces nos había sorprendido con sus rarezas; pero que su último proceder daba motivo para pensar que no estaba tan desprovisto de buenas ideas, como él mismo afectaba algunas veces parecerlo. Yo misma me lisonjeo de que el señor Charles hubiese conocido mejor que nosotros su carácter, cuando nos propuso que recibiésemos su visita.

El señor Charles acompañó a mi abuela a su casa, y así no pudo cenar con nosotros; pero ella nos ha convidado a todos a comer, y creemos que tu hermano será uno de los principales del convite.

Lunes por la mañana, 16 de octubre.

Acabo de recibir sin ninguna fecha una carta de mi Emily que me dice está en tu compañía. Tú me has complacido mucho con manifestar a esta amable niña cuánta parte tiene en mi corazón. Emily es la ternura y la bondad misma. Yo les escribiré muy luego para repetirle que siempre hará cuanto esté de mi parte por complacerla; pero dile como que sale de ti, que debe moderar un poco su impaciencia. Yo no puedo proponer a su tutor el tenerla conmigo hasta que esté segura del éxito. ¿Quisiera que yo le hiciese una súplica

por la que parecería que ya me supongo su mujer? Aún no estamos en el desenlace. Sin embargo, lo que se me dice que él insinuó ayer noche a mi abuela acompañándola a su quinta, me hace pensar que él quiere caminar más aprisa de lo que tal vez me creo capaz, y veo fuera de toda afectación que sólo por el decoro y bien parecer tendré que tomar a mi cargo la dirección de este punto: porque, querida mía, están todos en esta casa tan enamorados de él, que inmediatamente que haya declarado su voluntad, se me instará a que le satisfaga, aunque no me dé de término más que un día o dos, como si se temiera que no repitiese su solicitud.

Beauchamp me ha hecho el honor de escribirme. Me dice que la enfermedad de su padre se aumenta en términos de hacer perder toda esperanza de vida. Yo lo siento mucho. Me pide consuelo. Su carta es excelente y ¡rebosa tanto en ella la ternura filial! ¡Admirable joven! Todo su contenido respira los principios de su amigo. Yo no dudo de que el señor Charles, Beauchamp y el doctor Bartlett continuarán su antigua correspondencia. ¡Qué no daría yo por ver todo lo que el señor Charles escribe de nosotros!

Fenwick acaba de decirnos que Greville está bien malo y no sale de su cuarto. El cielo es testigo de mis fervorosas súplicas por su curación. Mientras más pienso en su última escena, más me admira en un hombre como él. Yo no podía esperar que se concluyese con tan generosos deseos. Nancy, que no le quiere, asegura que su indisposición sólo proviene de la violencia que ha hecho a su genio. ¿Hubieras creído a Nancy capaz de tan severa reflexión? Pero se acuerda de haber recibido de él algún agravio, y aun la misma bondad tiene sus leves resentimientos.

Estamos disponiendo nuestra partida a la quinta de Selby, adonde irán a comer nuestras dos primas Patty y Kitty Holles, que hace algunas semanas están en Daventry en casa de su tía. Es extremada su impaciencia por ver al señor Charles. Adiós, mis queridísimas amigas.

—Harriet Byron.

NOTA. *La comida de la quinta de Shirley y los placeres que la acompañaron son el asunto de una larga carta. Grandison muestra en esta ocasión todas sus gracias y todos sus talentos, diciendo las más lindas cosas del mundo. Canta y baila con Harriet, Lucy, etc. Se propone a las damas un paseo a algunos pueblos cercanos por la salud de Harriet, a quien los médicos habían mandado este ejercicio. Grandison ofrece su compañía y se dispone para el día siguiente el viaje, del cual hace Harriet en algunas cartas una relación; pero esta no tiene nada de interesante más que dos particulares que se han separado, el uno respectivo a su matrimonio y el otro tocante a la solicitud de Emily.*

Thrapston, jueves 19 de octubre.

No sé cómo sucedió que acabado el desayuno se fueron todos uno después de otro y me dejaron sola con el señor Charles. Lucy desapareció la última, y al tiempo que nos dejaba y que yo misma pensaba en retirarme para ir a componerme, se sentó el señor Charles junto a mí.

—No os ofendáis, queridísima señorita —me dijo—, si me aprovecho de la única ocasión que aun se ha ofrecido para hablaros de un asunto que me interesa mucho.

Mi rostro se cubrió de rubor y yo enmudecí.

—Vos me habéis dado esperanzas, señorita, y todos vuestros parientes a quienes y respeto las acaloran. Pues ahora lo que tengo que pediros es que las confirméis con la misma bondad. Yo conozco toda vuestra delicadeza y oso haceros una pregunta. En la desigualdad en que podéis creeros con un hombre que no os oculta lo que ha pensado en favor de otra mujer, ¿os hace sentir vuestro corazón que este hombre es el único a quien puede preferir y que prefiere en efecto a cualquiera otro?

Aquí se detuvo, esperando mi respuesta, y después de haber yo titubeado algunos momentos, le respondí:

—Esos mismos amigos, señor Grandison, a quienes honráis con una justa estimación, me han acostumbrado desde la infancia a no decir más que la verdad, y así sobre un punto de tanta importancia yo sería inexcusable, si...

El habla me faltó, y el señor Charles clavaba con sus ojos los míos. Aunque me hubiese importado la vida, no me hubiera sido posible decir ni una palabra más. Sin embargo, yo deseaba poder hablar.

—Si... ¿Y que más, señorita?

Y tomando mi mano, sobre la cual inclinó su rostro, estuvo algún tanto en esta postura sin alzar los ojos a mí. Por último tuve ánimo para abrir la boca.

—Si instada como lo soy —proseguí—, y por el señor Charles Grandison, tuviera reparo en abrirle mi pecho, y así respondo que la preferencia es como la deseáis.

El señor Charles besó mi mano con mucho ardor, puso una rodilla en tierra y volvió a besarme la mano.

—Vos me obligáis para siempre, señorita, y permitid que antes que deje la postura en que me hallo, os suplique que aceleréis el día. Yo tengo muchos negocios y aún preveo tener más ahora que me he restituido a mi patria para establecerme en ella para siempre. Toda mi gloria consistirá en vivir con honor en una condición privada. Yo no aspiro a obtener los empleos públicos, y sería menester para que yo ocupara puestos visibles, que se me buscase para el servicio de mi Rey y del Estado. Apresuraos, señorita, a hacerme un dichoso marido,

como no puedo menos de serlo con vos. Yo no os prescribo el tiempo, pero vos no hacéis caso de las vanas formalidades. ¿Puedo yo lisonjearme de que me complaceréis al fin del mes?

La memoria de tu hermano flaqueaba un poco, pues acababa de decirme que no quería señalar el tiempo. Después de algún embarazo involuntario, le dije:

—En esta ocasión, señor Grandison, nada temo tanto con un hombre de vuestro carácter como el mostrar la menor afectación. Levantaos, os lo suplico: yo no puedo veros en una postura...

—Yo la dejaré, señorita, y aun la volveré a tomar para daros las gracias, luego que me hayáis hecho el favor de responderme.

Yo bajé los ojos y no me era posible alzarlos. Temía parecer afectada; pero sin embargo ¿podía yo pensar en complacerle tan presto?

Tu hermano continuó.

—Vos no me respondéis nada. ¿Me es favorable vuestro silencio? Permitid que lo sepa de vuestra tía, no os instaré más tiempo.

—Yo debo haceros presente, señor Grandison, que la precipitación no corresponde a mi sexo: el tiempo de que habláis está demasiado próximo.

Yo quería decir mucho más, pero sentía mi lengua embargada, y no encontraba expresiones. Seguramente, querida mía, me proponía un término demasiado corto. ¿Puede una mujer despreciar enteramente los usos y leyes de su sexo? Deben tenerse en alguna consideración sus atavíos y las modas, por ridículas que hubieran parecido en el siglo anterior, o puedan parecerlo en el venidero. Y estas costumbres que se fundan en la modestia y son características del sexo dócil, ¿no merecen excusa o más que excusa?

Tu hermano advirtió mi confusión.

—Que yo no os cause la menor pena —me dijo—. Graciosa, como lo es vuestra conmoción, no puede agradarme si os desazona. No obstante, la súplica que os hago es tan importante para mí, y mi corazón está tan vivamente interesado en vuestra respuesta que, a menos que no gustéis más bien de declararme vuestra voluntad por medio de la señora Selby, no debo dejar pasar esta ocasión; y aún no sé si debo desear la mediación de vuestra tía, pues me prometo más favor de vuestra boca que el que me concederíais por la suya después de una madura deliberación. Mas voy a retirarme por algunos instantes durante los cuales seréis presa mía. Nadie os interrumpirá a no ser que vos misma llaméis a alguien. Yo volveré a ponerme en vuestra presencia para recibir vuestras órdenes, y si estas son respectivas al señalamiento de mi dichoso día ¡cuál será mi satisfacción!

Mientras que yo reflexionaba conmigo misma, si debía mostrarme

contenta o disgustada, volvió el señor Charles y me encontró paseándome por el cuarto con bastante embarazo. Me tomó respetuosamente la mano y me dijo:

—Ahora es cuando me lisonjeo de que no me rehusaréis una corta declaración.

—¡Qué ejecutivo sois, señor Grandison! Pero yo os suplico también que no esperéis mi respuesta antes de la llegada de las primeras cartas de Italia. Ya veis cuánto se insta a la admirable extranjera y con qué repugnancia ha dado esperanzas remotas. Yo quisiera aguardar al menos la respuesta de las últimas cartas en que dijisteis que había una mujer con la que pensabais poder ser feliz. Esta súplica es seria, señor Grandison: no creáis en mí ninguna afectación.

—Yo no lo repugno, señorita: la respuesta tardará poco. Lejos de atribuirnos afectación, comprendo fácilmente vuestro generoso motivo; mas conviene deciros también que las tales cartas no pueden causar en mí ninguna novedad. ¿No he declarado yo mi afecto a vuestra familia, y a vos y al público?

—Pero en mí pueden causarla, señor Grandison, cualquiera que sea el aprecio que yo haga del honor que me hace el señor Charles Grandison: porque supongamos que la más excelente de todas las mujeres quiera recuperar un lugar en vuestro corazón...

—Me atrevo a interrumpiros, señorita. Es imposible que Clementina, movida por motivos de religión, ni sus parientes que la instan al presente en favor de otro, puedan mudar de resolución. Yo no habría sido justo ni reconocido con ella, si no hubiese hecho de su firmeza toda especie de pruebas, y aun me creería más culpado, si os hubiera declarado mis sentimientos sin haber recibido de su propio puño la confirmación de los suyos, después de mi vuelta a Inglaterra. Mas si variasen, y este incidente os hiciera suspender vuestra favorable determinación ¿qué sucedería? Que mientras os viera incierta, no me casaría absolutamente con ninguna mujer.

—Yo me lisonjeo, señor Grandison, de no haber dicho nada que pueda ofenderos, y así no esperaba una tan seria conclusión. Mas he aquí la mía. Excusadme el sentimiento de pensar que mi felicidad puede ocasionar la infelicidad de una mujer que tengo por superior a mí, y emplearé todos mis esfuerzos para hacer dichoso al único hombre que puede hacerme feliz.

Entonces me estrechó en sus brazos con un ardor... que no me desagradó, cuando reflexioné sobre ello, pero que me causó al pronto una muy viva conmoción. Después me dio la gracias con una rodilla en tierra, y yo alargué la mano para levantarle. La recibió como un favor, la besó afectuosamente, y levantándose estrechó mi mejilla contra sus labios. Mi extremada sorpresa no me permitió rechazarle.

Pero di, querida mía, ¿no estuvo demasiado libre? Dilo ¿no es

verdad? Y es menester que te diga yo misma por qué tengo esta duda. Habiéndome dejado tu hermano, no pude parar hasta que conté a mi tía y a Lucy lo que acababa de pasar entre ambos; mas al concluir mi relación, no tuve ánimo para contarles la última escena. Sin embargo ya veis, amigas mías, que no tengo reparo en escribírosla a las dos.

El señor Charles, el señor Deane y mi tío salieron juntos a dar un paseo antes de comer. A su vuelta me llevó mi tío un poco aparte, y como siempre tiene gana de chunga, me felicitó porque ya se me había quitado la vergüenza.

—Ahora mismo —añadió— se nos acaba de decir.

Como se sonreía mirándome, todos tenían los ojos clavados en mí. Yo me imagino que al señor Charles le pareció advertir en los míos que yo temía la cantaleta de mi tío, pues se acercó y me dijo:

—Estimada señorita, yo no he ocultado al señor Selby lo que me he tomado la libertad de pediros por favor, y recelo mucho que le parezca como a vos demasiado precipitado y atrevido. Si habéis formado este juicio, señorita, os pido perdón: vuestros deseos serán siempre la regla de los míos.

Este cumplimiento produjo muy buen efecto, pues me serenó y seguramente no pudo ser más oportuno.

NOTA: *En otra conversación a solas que tuvieron pasado poco tiempo los dos amantes, Charles, después de mil tiernas expresiones, le habló con la mayor franqueza de sus asuntos domésticos, y concluyó con un razonamiento tan patético que Harriet se enterneció hasta llorar. En esto se les avisó para el desayuno, después del cual prosiguió así Harriet.*

Acabo de leer toda esta carta a mi tía y a Lucy, y ambas me han abrazado, asegurándome que les causaba tanta admiración como placer. Tú, querida Charlotte, dime el modo de manifestar mi gratitud (casi he dicho *mi amor)* sin llegar hasta dejar el día, la hora y todo lo demás al arbitrio del señor Charles.

Pero leyendo a mi tía lo que había escrito, advertí con vergüenza que en la numeración que me hizo de los amigos que quiere tener en su compañía, se me olvidó hacerle contar a Emily. ¡Qué ingratitud! Cuidado no digas a esta amable niña que yo estaba tan embelesada y que la conversación era tan interesante, que no era entonces mi corazón más que una máquina pasiva. Yo proporcionaré otra vez bien pronto la ocasión de hablar por ella. Tú has creído en otro tiempo que por su propio interés no debía Emily querer vivir con nosotros; mas su corazón se obstina en ello. ¡Cara niña! Yo la amo: yo quiero mitigar sus penas: yo la estrecharé contra mi pecho y me compadeceré de ella como de una hermana: ella hará de mí confianza y yo la haré de ella. Su tutor no sospechará nada, y yo seré tan fiel a su secreto como tú y tu hermana, gracias a vuestro cariño, lo habéis sido al mío. ¿No te parece, querida Charlotte, que si Clementina hubiese tenido una

verdadera amiga a quien hubiera podido abrir su pecho al principio de su pasión, se habría libertado de la cruel desventura que ha originado mucho tiempo la desgracia de su familia?

¡Oh, querida mía! ¡Perdida soy! ¡Y asimismo Emily! ¡Todos los somos! Al menos, ¡cuánto lo temo! Mi insoportable negligencia... Yo quiero huir del señor Charles: ya no podré mirarle cara a cara. Pero es por mi Emily, por mi amada Emily, por la que estoy sumamente inquieta. Paseándome en el jardín con Lucy se me cayó la última hoja de esta carta que había llevado consigo, y no lo he advertido hasta ahora mismo que mi tía ha venido a decirme que ha visto al señor Charles detenerse y alzar un papel en la alameda que acabo de dejar. Al instante, receló mi corazón lo acaecido. Yo tomé mi carta que creía estar toda entera; pero falta la fatal hoja y es sin duda lo que él habrá alzado. ¿Qué he de hacer, querida Emily? ¿Te permitirá ya nunca vivir en su compañía? ¡Cuánto franqueo mi corazón! ¡Qué lenguaje! No, ya no podré mirarle cara a cara. ¿Cómo haré yo para refugiarme en la quinta de Shirley y ocultarme allí en el seno de mi abuela? Todas mis dificultades en orden al día ¿no le parecerán otras tantas afectaciones?... Pero tu hermano me hace pedir un momento de conversación. ¡Oh, cara Emily! ¿Podía sucede nada que más afligiese a tu

—Harriet Byron?

Carta CV
Harriet Byron a milady G...

Viernes por la tarde, 20 de octubre.

Yo estaba con una extremada confusión, cuando tu hermano entró en mi gabinete. Yo volví la cara al verle, y él se mostró sorprendido de mi embarazo.

—La señorita Harriet no estará mala. ¿Le habrá sucedido algo?

—¡Mi papel, mi papel! Vos lo tenéis. Por cuanto hay en el mundo, no quisiera... ¡Pobre Emily! Dádmelo, dádmelo... —Y mis lágrimas me impidieron acabar—. ¿Se ha visto nunca mayor necedad? ¿Qué necesidad tenía yo de nombrar a Emily?

Tu hermano sacó el papel de la faltriquera.

—Yo venía a dároslo —metiéndomelo entre las manos—: conocí vuestra letra, señorita, y lo doblé al punto: después no lo he abierto, ni me he permitido leer una palabra.

—¿Estáis cierto, señor Grandison, de no haberlo leído?

—Os lo juro, señorita.

Yo me animé. «¡Feliz recompensa», dije entre mí, «por haberme excusado a pesar de las instancias de Charlotte a leer una carta que

ella había tomado a hurtadillas!»

—Mil gracias, señor Grandison, mil gracias por una acción tan noble. Vos me habríais hecho infeliz por mucho tiempo, si hubieseis leído este papel.

—¡Oh, señorita! Ahora sí que excitáis mi curiosidad, y acaso vuestra generosidad os permitirá satisfacerla, aunque yo no me hubiera perdonado el haberme aprovechado de una mera casualidad.

—Consiento, señor Grandison, en comunicaros una parte del papel.

—La respectiva a Emily, os lo pido por favor, señorita. *La pobre Emily,* dijisteis. Vos me habéis inquietado. ¿Qué ha sucedido a la *pobre Emily?* ¿Ha cometido alguna imprudencia? ¿Ha ya?... su rostro estaba encarnado de impaciencia.

—No sé que haya nada que vituperarle. Se habla solamente de una súplica que ella me hace —¿qué mejor partido, amiga mía, podía sacar de mi susto?—; mas yo no hubiera querido por el mundo entero que hubieseis visto en qué términos hablaba yo de ella.

—Vuestra inquietud, señorita, me había causado mucha; pero si vos no dejáis de amar a Emily, tengo por seguro en efecto que nada habrá que vituperarle.

—Permítaseme, señor Grandison, admirar vuestra condescendencia, bondad y humanidad.

—Lo que me falta de esas prendas me lo enseñará el ejemplo de la señorita Harriet. Pero ¿qué es lo que quiere mi Emily?

—Vivir con su tutor.

—¿Conmigo y con vos, señorita?

—Eso es lo que quiere.

—Y la señorita Harriet, ¿cree que se puede condescender a esa súplica? ¿Consiente en servir de amiga con sus instrucciones y de hermana con sus ejemplos a una niña de su edad, es decir, en la estación de la vida en que las pasiones son menos dirigidas por el juicio que por los ojos?

—Yo amo a esa niña y me siento deseosa de tenerla siempre conmigo.

—¡Admirable bondad! Ya pues me hallo libre de uno de mis cuidados. Una joven entre los catorce y veinte años es muchas veces incómoda para sus amigos. Yo no os hubiera pedido jamás ese favor, pero vuestra proposición me maravilla. ¿Escribo en vuestro nombre a nuestra cara Emily?

—He aquí, señor Grandison, recado de escribir.

—¿En vuestro nombre, señorita?

Yo consentí bajando la cabeza sin desconfiar nada.

Se puso a escribir, y doblando el papel sólo me dejó ver estas palabras:

«Querida Emily, he obtenido para ti el favor que deseas. ¿No

prosigues siendo tan buena como lo has sido siempre? Esta es la única súplica que hace a mi Emily su apasionadísima servidora.» Yo firmé inmediatamente, *Harriet Byron.*

—Pero, señor Grandison, ¿habéis doblado vuestro papel?

—¡Graciosa confianza! —exclamó— ¿Y quién intentaría jamás abusar de ella? Leed, señorita, lo que habéis firmado.

Yo leí, ¡y cuánto palpitó mi corazón!

—¡El señor Grandison —exclamé yo también— es pues capaz de engañar! ¡El señor Charles Grandison es capaz de artificio! ¡Gracias a Dios que no es un hombre perverso!

Entonces, a las palabras *he obtenido para ti lo que deseas,* seguían estas:

«Es menester ser buena: es menester resolverte a no darme más que alegría, una alegría igual al afecto que te tengo y al sacrificio que hago por complacerte. Ve, querida mía, inmediatamente que sea posible, a la quinta de Grandison, y serás una de mis tres hermanas que encontraré aquí para recibirme. Si estás en ella antes de quince días, haré por verte cerca de quince días después. Yo sacrifico la pequeña delicadeza de unos quince días más por anticipar tu satisfacción. *¿No prosigues, etc.?*»

—Dadme ese papel, señor Grandison —alargando la mano para asirlo.

—¿He perdido algo de vuestro concepto, señorita? —retirando el papel hacia sí con alegría.

—Es menester que yo piense sobre ello antes de responder a vuestra pregunta.

—El mal está ya hecho. ¿Por qué no he de enviar esta carta? Y pues que la señorita Harriet no puede negar su firma, ¿por qué no he de aprovecharme de lo que llama un artificio, mayormente cuando de él no pueden resultar más que buenos efectos, como por ejemplo el cumplimiento de sus propios deseos respecto a Emily, el aumento del poder que tiene para obligarme y la anticipación de la felicidad de un hombre que únicamente aspira a hacerla feliz?

NOTA. *Esta conversación es más dilatada y contiene varias objeciones de Harriet a que Grandison tiene que ceder; mas el favor concedido a Emily subsiste. Milady G…, en una carta sobremanera extensa, se bufonea bien y mal de la situación de su amiga, le da cantaleta por sus escrúpulos, conserva el mismo tono en todo aquello de que habla sin perdonar a su marido ni a sus más próximos parientes, ni exceptuar los negocios de su familia; e informa a Harriet de lo que pasa en Londres o en los cantones inmediatos, siempre en alabanza de Charles. Ella misma confiesa que se ha excedido mucho en sus chanzas; mas no por esto deja de recibir una carta tan larga como la suya llena de fuertes reconvenciones. Después hay otras conversaciones entre Harriet y Charles en que este reitera sus súplicas por*

el señalamiento del dichoso día. Se insta a Harriet a que deje este gran negocio al arbitrio de su abuela y de su tía, quienes deciden contra ella después de una formal deliberación. Sin embargo, aún no se rinde; pero se conoce que su firmeza, o por mejor decir, su incertidumbre proviene del recuerdo de Clementina y de la espera de las cartas de Italia.

Concluido el corto viaje hecho por la salud de Harriet, se encuentran todos en la quinta de Selby. La señorita Orme conoce en ella a Charles, y le cobra como su hermano mucha estimación y aprecio. Por el contrario, Greville muda de disposición, y atormentado por el amor profiere expresiones que causan a Harriet nuevas inquietudes por el señor Charles. Tiene terribles sueños que parecen anunciarle las mayores desgracias. La escena llega a ser aún más triste por una carta de Hargrave Pollexfen que enfermo de peligro escribe sus remordimientos al doctor Bartlett, y por las funestas circunstancias de la muerte de Bagenhall.

En fin, el señor Jeronymo en una extensa carta a Charles le cuenta muy circunstanciadamente cómo Clementina ha llegado a no desear nada con tanta ansia como su matrimonio, y que ella misma incontinente que tenga noticia de este, quiere hacer un viaje a Inglaterra. Se ha tomado el partido de diferir para otro tiempo las proposiciones del conde de Belvedere, y para calmarla enteramente se le ha prometido todo lo que desea. Clementina está tan serena que escribe en forma de inscripción sus votos por la felicidad de Grandison y Harriet. La carta de Jeronymo está firmada de toda la familia. Charles que después de haber hecho a Harriet presentes dignos de ambos había vuelto a Londres por varios motivos, sin haber podido obtener que la dilación de su dichoso día fuese de menos de un mes, envía esta carta a la quinta de Selby valiéndose de ella para reiterar sus más vivas instancias. Entre las razones que hace presente a Harriet, le dice:

—Si insistís, señorita, en el mes entero, hacedme el favor de decirme de qué parte de nuestra vida conyugal, feliz como debe serlo, queréis deducir los días que nos hacéis perder con vuestras dilaciones. Por mí, yo espero que cuando seamos uno de otro, no podré deciros que de las horas pasadas y de las horas futuras quisiera se quitase ninguna de mi felicidad.

Harriet le responde así:

—¡Cuánto me ha enternecido, señor Grandison, la carta de vuestro amigo! Ella me convence más y más de que Clementina es la única mujer que os merece. ¡Cuánta sería mi vanidad, si no lo pensara así! Y pensándolo como lo pienso, ¡qué bajeza sería la de no confesarlo! Yo no puedo interpretar mal vuestra sensibilidad, y la mía me dicta lo que debo conceder a la vuestra. Yo os tengo como Clementina por el mejor de todos los hombres; pero la ambición de Harriet quedará satisfecha con ocupar el primer lugar después de ella. ¿Es posible que desee verme vuestra? ¡Alma noble y generosa! ¡Grandison, dice, me hará feliz! Pero ¡tierna y virtuosa Clementina! ¡Mi venerable modelo!

¿Puede ser feliz Harriet aun con su Grandison sin serlo tú misma? Créeme, tu felicidad es necesaria a la suya. ¡Que el cielo te colme de bendiciones! Esta es la súplica de Harriet. Mi principal cuidado será el de hacer feliz a Grandison, no dudes de ello; pero ¡excelente joven! ¡Mujer perfecta! ¿Estás arrepentida de suerte que sólo pueda moderar tu dolor la alegría que te causará su felicidad y una felicidad que será obra de otra? ¡Bondad incomparable! ¿Por qué, por qué permitiéndote Grandison la libertad de seguir tu religión y no solicitando para sí más que lo mismo, te han quedado obstáculos por vencer?

»¡Oh, señor Grandison! Yo no puedo continuar semejantes reflexiones. Un impulso irresistible me obligó a comenzarlas. Pero ¿cómo sería yo capaz de ponerme en su presencia, si llegase a venir a nuestro, según piensa? Por otra parte, ¡con cuánto placer no rendiría yo mis respetos a su grande alma acompañada de la gallarda y gentil persona que el señor Bartlett nos ha pintado!

»¡Clementina, su familia y vos, señor Grandison, deseáis pues que sea muy luego vuestra! ¿No estáis contento con el término concedido? Un mes ¿no es un término bastante corto después de una declaración tan reciente? ¡Y qué! ¿Me preguntáis de veras de cuál parte de la vida conyugal querría yo deducir mis dilaciones? ¡Oh, señor Grandison! ¡Qué pregunta! He aquí mi respuesta: ¡de ninguna de tales dichosas partes! Mi honor es honor vuestro: decidid, vos el más generoso de todos los hombres, por vuestra

—Harriet Byron.

Carta CVI
Harriet Byron a milady G…

Jueves, 2 de noviembre.

Tú has recibido, mi queridísima amiga, bajo una misma cubierta las cartas de tu hermano y del señor Jeronymo con mi respuesta a tu hermano. Jamás me he visto en situación más desigual, ya abandonada a la alegría, ya al más terrible temor. Se me asegura que este Greville ¡tiene un semblante tan triste! ¡Está tan taciturno! Él me aborrece, según dice. ¿No sucederá nada?… ¡Oh, no, no! El cielo protegerá a tu hermano. Sin embargo, es extremada la inquietud de mi corazón. No es esto por mis terribles sueños, pues no soy supersticiosa, sino por una relación de la señorita Orme que me hace temblar.

Esta mañana vio a Greville en casa de una señora vecina nuestra y él le habló en estos términos.

—Sé, señorita, que vuestro hermano ha venido poco ha y le doy la enhorabuena: ha llegado muy a tiempo para ver el matrimonio de la señorita Byron. Fenwich es un miserable que se ha ido a *aullar la*

aventura a Carlyle. Vuestro hermano y yo aullaremos aquí.

—Estoy segura —respondió la señorita Orme— de que mi hermano se conducirá en esta ocasión como hombre de honor, y no sé que el señor Greville tenga ningún motivo para *aullar,* pues que usa de este término. ¿No se ha hecho muy amigo del caballero Grandison?

Greville replicó con una sonrisa violenta que se había creído capaz en efecto de tomar a chanza el asunto, pero que tan cerca del desenlace le era muy dificultoso soportar tamaña afrenta.

—El bocado es duro —añadió llevándose la mano al cuello y haciendo algunos gestos—: temo que sea difícil que pase, y desconfío de la digestión. Pero vuestro hermano, ¿tendrá gusto en escuchar el sonido de las campanas que en algunos días no dejarán de oírse a la redonda? Sé que el señor Grandison lleva un gran tren. No obstante, sepa que quiero morir con honor. No hemos de dejar que se nos lleven así sin más ni más la rosa de la provincia. Vos, señorita, veis algunas veces a la *sirena,* y así decidle que yo no espero tener ya gusto sino en aborrecerla de todo corazón; pero no le aconsejéis —al oído de la señorita Orme— que se crea demasiado segura.

Estas últimas palabras causaron en mí una terrible impresión, pues no estaba antes muy tranquila. Yo las repetí, reflexioné sobre ellas y lloré. ¡Qué necia estuve! Mas yo me serené al punto y supliqué a la señorita Orme que no hiciese caso de mi tontería.

Al anochecer recibí la visita de su hermano que me agradó mucho, y no creo me acuse de haber aumentado su melancolía. Me hizo varias preguntas a que no hubiera respondido si otro me las hubiese hecho. Siempre estimaré a Orme. ¡Con qué franqueza no alabó al señor Charles! Concluyó haciendo votos por su felicidad y la mía en un tono muy diferente del Balaam de Greville, acompañando a sus bendiciones algunas lágrimas. ¡Excelente hombre! Causóme tanta conmoción y enternecimiento que apenas pude darle las gracias.

Lucy me aconseja que me vaya con mi abuela antes de la vuelta de Charles; pero mi tía y yo no somos de su parecer, y por el contrario creemos que él debe ir a la quinta de Shirley y hacernos desde allí sus visitas: porque ¿no es la de Selby mi residencia ordinaria? Mi abuela estará encantada con su compañía y conversación. Pero como no puede volver hasta el fin de la semana próxima lo más pronto, hay tiempo de sobra para arreglar todas estas cosas. Sin embargo, una joven tan cerca del gran día con un hombre que prefiere a cualquiera otro ¿puede tener su cabeza para pensar en ninguna otra cosa?

Mi prima Reeves me ha escrito. Están tan llenos de gozo ella y su marido que ellos mismos se convidan a venir aquí. Este apresuramiento es muy extraño, pero mi tía no cree que se les pueda decir que no. Tu presencia, Charlotte, me causaría, te lo aseguro, una viva satisfacción. Yo no puedo prometerme ver a Caroline. ¡Pobre

Emily! Mi tía quisiera que estuviese con nosotros. Sin embargo, por su propio interés no hay que pensar en esto. ¿Cuántas veces no he traído a la memoria la reflexión de tu hermano, de que aun en nuestras más felices perspectivas los suspiros del corazón descubren algunas imperfecciones?

NOTA. *La carta siguiente es de Charles, quien da las más expresivas gracias a Harriet por la última suya con una apología fundada del ansia que ha mostrado por el señalamiento de su dichoso día. No quiere tardar cuarenta y ocho horas en ir a la quinta de Shirley o a la de Selby, donde espera que se le permitirá no separarse más, teniendo esperanzas de enlazarse tan pronto con la familia. Habla de sus aprestos y aparatos que están muy adelantados, como asimismo de las capitulaciones que ya otorgadas ha puesto en manos del señor Deane. Si no recibe orden en contrario, presentará, según dice, el martes por la mañana, si no es el lunes por la noche, el más sincero y apasionado de todos los hombres a la más amable de todas las mujeres.*

Carta CVII
Harriet Byron a milady G…

Lunes por la mañana, 6 de noviembre.

Te envío, querida mía, una copia de la última carta del señor Charles sacada para ti por Lucy, que quiere contraer mérito con sus pequeños servicios para granjearse tu amistad.

¿No crees tengo razón para hacer algún cargo a tu hermano por la precipitada vuelta que me comunica? Esta noche quizá, o mañana por la mañana. Yo no estoy gustosa, querida amiga, porque él me imposibilite de complacerle más de lo que se prometería. Sin embargo, me causará extremada alegría volverle a ver. En el momento que se presente donde yo esté, no tendré nada que vituperarle.

Mi tía, que le acusa de algo precipitado, ha ido a comer a casa de mi abuela para hacerle preparar un aposento en la quinta de Shirley, y Nancy la ha acompañado. Mi tío estará en casa de Orme, donde ha dos días está convidado a comer.

Lunes por la tarde.

¡Oh, queridisíma amiga! ¿Qué será de mí? ¿Se habrán ya acabado todas las pendencias? ¿Todas las insolencias? ¿Todas las locuras? ¡Acaso, acaso no seré nunca suya! ¡Acaso antes de su llegada seré la más infeliz de todas las mujeres! Tu hermano, el mejor de todos los hombres, puede haber sido… ¡Ah, querida Char…!

En un susto mortal se me cayó la pluma de la mano, me desvanecí y nadie vino a socorrerme. Sé que no he estado mucho tiempo sin

conocimiento, pues mi terror ha tenido fuerza para restituírmelo. La muerte sola era capaz de quitármelo por más tiempo en semejante ocasión. ¡Qué espanto te causo, carísima Charlotte! Pero Lucy llega por fin: que ella te diga la causa de mis tormentos.

NOTA. *Lo siguiente estaba de mano de Lucy.*

«A ruego de mi prima, mientras que se la lleva a su cama, prosigo refiriéndote, Charlotte, sus terrores y los míos. Sin embargo, que no sean excesivos los tuyos. El cielo, como lo esperamos y se lo pedimos, protegerá a tu hermano. Greville no podría ser capaz de la bárbara e infame acción que se sospecha de él. El cielo protegerá a tu hermano.

»Acaban de traernos un billete anónimo (no sé lo que escribo), un billete, quiero decir, de mano no conocida en que se asegura que muchas personas han oído a Greville hacer amenazas contra la vida del señor Charles, y ya sabíamos por buen conducto que está de muy mal humor y sumamente inquieto. Esta mañana se ausentó de su casa, según dice el billete, y nosotros lo sabemos con certidumbre. Tomó el camino de Londres con muchos criados y otras personas, y la amable Harriet está sobremanera atormentada con sus temores. Mi tía no está en casa, mi tío se halla ausente, y aquí no hay más que mujeres. Harriet, a quien acabo de encontrar en un triste estado, promete hacer sus esfuerzos por serenarse hasta la vuelta de mi tío que se fue a comer a casa de Orme. Se le ha ido a avisar. ¡Gracias a Dios que veo llegar a mi tío!»

Por Harriet.

¿Y de qué servirá su vuelta, mi querida Charlotte? Lucy ha ido a enseñarle el billete. ¡Oh, Charles, caro objeto de mi amor!, perdona todos mis caprichos. ¡Vuelve con la protección del cielo y vuelve bueno! Mano y corazón serán tuyos, si quieres, desde mañana al amanecer.

He aquí la copia del billete que yo había abierto, aunque venía dirigido a mi tío.

AL SEÑOR SELBY.

Con la mayor diligencia.

«Un respetuoso admirador del más noble y generoso de todos los hombres (quiero decir, del caballero Grandison) os comunicar, señor Selby, con la mayor prontitud, que su vida está en gran peligro. Yo he oído decir a Greville enfurecido: *Jamás consentiré que se me prive de mi único bien; a mis manos ha de morir;* acompañando un juramento a esta amenaza. A la verdad estaba enardecido con el vino, y yo haría poco caso de sus palabras si no supiera que se ausentó esta mañana con criados armados. Haced de este aviso el uso que gustéis, si bien nunca

sabréis quién os lo da, aunque mis únicos motivos para darlo son el respeto y afecto que profeso al señor Grandison.»

Dos arrendatarios de mi tío han visto sucesivamente al perverso hombre en el camino de Londres con su comitiva. ¡Qué será de mí antes de mañana, si tu hermano no llega esta noche!

A las once de la noche.

Mi tío ha despachado dos criados con orden de seguir el camino de Londres hasta el día, y él mismo ha ido a casa de Greville, donde se le ha confirmado que había salido por la mañana, bien acompañado para volver a la noche, según añadieron, y tal vez a disponer su fuga después de la más negra acción Mi tía está llorando: mi tío recuerda y compara las circunstancias; Nancy se tuerce los brazos; tu Harriet se consume en un mucho dolor y no está capaz de llorar ni de escribir.

Martes de siete a ocho de la mañana.

¡Qué noche he pasado! En toda ella se acordó enviar un hombre de confianza a casa de Greville para tomar informes. Pero ¡qué alegría!, antes que hubiese vuelto el mensajero, llegó tu noble hermano a la sala en traje de campaña. Me vio a mí la primera y yo fui también la primera que le vi. Yo me había levantado para salir casi sin saber lo que hacía, pero con ánimo sin embargo de llegar hasta la alameda de olmos, por encontrarme al mensajero que esperábamos.

Tu hermano se echó a mis pies, y me dio algunas excusas por su precipitación y las gracias por mi última carta. Apenas le oí, y una sorpresa tan en extremo deliciosa no me impidió menos el responderle. Yo estaba verdaderamente fuera de mí; ¿y qué dirás, querida mía, si añado que habiéndome serenado me hallé en sus brazos ciñendo su cuello con los dos míos? Mi transporte no pudo dejar de sorprenderle. Al momento se vio rodeado de todo el mundo. Mi tía echó a correr a abrazarle, y en algunos minutos no se pudo oír más que el ruido de las enhorabuenas. Yo, trémula y no fiándome de mis pies, quise pasar a una pieza inmediata. Nadie puso en mí la atención hasta que mi camarera se presentó para sostenerme y me llevó a una silla. Tu hermano se desprendió al instante para seguirme, y todos pasaron apresurados tras de él. Tomó mi mano, sentada como estaba, y habiéndola apretado con las dos suyas la estrechó contra sus labios, suplicándome encarecidamente que disipase mis temores. Ya se le había dicho la causa de todas nuestras inquietudes. Todos tenían tanto motivo como yo para avergonzarse. Nancy, según después supe, Nancy misma había asido su mano y besádola en su enajenamiento. ¡Cuánto le amamos todos! Bien lo ha visto al presente. Las reservas

serían ya fuera de sazón, y así las formalidades y delicadezas de familias, como él mismo las llama en sus cartas, se han desterrado de nosotros.

Mientras que el señor Charles me decía mil ternezas, mi tío y mi tía le pidieron un momento de conversación, sin duda para darme tiempo de serenarme enteramente, y le informaron de todas las circunstancias. El mensajero que volvió entre tanto nos dijo que Greville había vuelto a su casa muy tarde; que aún estaba en cama cuando el mensajero dejó su casa, aunque no eran menos de las once; que se creía no gozaba de buena salud, y que al acostarse estaba de tan mal humor que ninguno de sus criados había osado hablarle. ¡Quiera el cielo!... pero reservo para mí misma todos los temores que sólo se fundan en conjeturas. ¿Por qué no me he de lisonjear de que todo vendrá a medida de mi deseo? Tu hermano, ¿no se halla fuera de peligro? ¿Y no está al cuidado de la Providencia? No se me quitará al presente esta confianza.

El señor Charles entró con el billete en la mano.

—Paréceme —dijo— que he visto esta letra. Mucho me engaño, si no llego a descubrir su autor; pero no se puede dudar de sus buenas intenciones.

Como no dejábamos de manifestar nuestros temores, prosiguió con serenidad:

—Yo no veo que haya ningún motivo para tenerlos. Greville ama a la señorita Harriet, y no es extraño que se aumente su pena, según se van disminuyendo sus esperanzas. Greville no tendría en aprecio el mérito de su amada y haría formar mal juicio de su propia sinceridad, si se mostrara más tranquilo; pero con un caudal como el que tiene, es imposible que tenga temerarias intenciones. Yo me acuerdo de su último proceder que le favorece. Quiero hacerle una visita: es menester obligarle a que me ponga en el número de sus amigos.

Este razonamiento nos tranquilizó. Yo no extraño, Charlotte mía, que las mujeres gusten del valor en los hombres. El señor Charles nos dijo después que habría llegado el día antes, si no hubiese tenido precisión de hacer una visita al señor Harry Beauchamp. Mi tío, no olvidando la esperanza que tu hermano había manifestado tener de descubrir al autor del billete, tocó este particular.

—Considerad —le dijo el señor Charles—, que según las palabras del billete, Greville estaba acalorado con el vino. Yo sé que tiene muchas veces gusto en juntar sus amigos en la posada de Northampton donde he estado hospedado, y si yo me acuerdo bien de la letra del huésped en las cuentas que me ha presentado, creo reconocerla aquí.

—Está muy bien —dijo mi tía—; mas si no os engañáis, por lo mismo debe causarnos el aviso mayor inquietud. Las amenazas de

Greville son verdaderas, y no se deben despreciar.

Tu hermano pidió que se dejase a su cuidado este negocio.

—Que el señor Greville —nos dijo— sea mi amigo tan de buena fe como yo lo soy suyo, o que no lo sea, nosotros corremos en términos que puedo hacerle una visita, y estoy seguro de que a mi vuelta sólo puede tenerla por una atención.

En vano le hizo presente mi tío que Greville era capaz de insultarle, pues se burló de este temor.

La hora de la comida interrumpió nuestras reconvenciones, que se repitieron por la tarde; mas nos dio tan poderosas razones para fiarnos de la conducta que quiere tener en su visita, que nos dejó tranquilos sobre un particular que nos había inquietado tan vivamente. Mi tía le previno de las disposiciones que había tomado para hospedarle en la quinta de Shirley, y él dijo que esto era algo lejos de la señorita Harriet, pero que aunque fuese en la puerta inmediata, se quejaría de la distancia; y mirándome con una afectuosa sonrisa, añadió:

—Esta misma distancia redundará en bien mío, pues estoy seguro de que la cara Harriet de la señora Shirley no dejará de ir como suele a rendir sus respetos a la mejor de todas las madres.

Como ella había venido a comer con nosotros, partió el señor Charles cerca del anochecer en su compañía.

Tú no habrás olvidado que tengo una justa excusa para finalizar esta carta con alguna celeridad. El sueño me insta, ¡y qué agradable noche me promete en comparación de la última!

Carta CIX
Harriet Byron a milady G…

Miércoles por la mañana, 8 de noviembre.

Desde por la mañana sabíamos que el señor Charles había ido a hacer su visita a Greville, y nuestras inquietudes se habrían vuelto a suscitar si el señor Deane, que llegó ayer noche, no nos hubiese tranquilizado. Mi tía acaba de traerme el billete siguiente del señor Charles, dirigido a mi tío desde casa de Greville.

«Sintiendo, mi estimado señor Selby, todos los momentos que paso fuera de las quintas de Selby y Shirley, creo deberos dar cuenta del uso que he hecho de mi tiempo en esta sensible ausencia.

»Yo encontré a Greville en una disposición menos feliz de la que había esperado. Con una resistencia inexplicable combate contra sí mismo para determinarse a abandonar sus esperanzas. Parecía sumamente perplejo sobre este particular, cuando se me introdujo en su cuarto, y al punto me propuso y aun en un tono bastante altivo que suspendiese mi matrimonio dos meses o al menos uno. Yo recibí esta

proposición con la indignación que merecía, y él quiso justificarla con algunos motivos tocantes a su propio interés que no escuché de mejor gana. Después de algunas discusiones juró que obtendría al menos alguna cosa, y por alternativa me propuso comer con él y algunos de sus mayores amigos que había convidado. Yo consentí en ello, aunque no podía dudar de que sus amigos serían los mismos a quienes había confiado sus amenazas. Supe de él que había salido ayer mañana esperanzado en encontrarme, pues se vanagloria de estar bien informado de todos mis pasos y de los de la señorita Harriet. Que los que creen, señor Selby, tener algún interés en observarnos, tengan curiosamente puesta la vista en nosotros. Las personas honradas tienen pocos secretos, y yo me vanagloriaría de recibir a presencia de mil testigos la mano de la señorita Harriet.

»Greville estuvo caminando toda la noche anterior. No dijo que lo hubiese hecho por buscarme; pero él sabía que a mí se me esperaba en la quinta de Selby antenoche o ayer mañana. No habiéndome encontrado, había pasado la noche con sus confidentes en la posada de Northampton, de donde partió ayer con ellos en ánimo de persuadirme a que suspendiese mi matrimonio: idea mal concebida, como veis, y de que no se habría prometido muy feliz suceso, si hubiese estado más sereno. «Pero haremos», dijo, «un papel de olvido y de perfecta conciliación a presencia de los amigos que espero a comer.» Nosotros estamos ya convenidos en que esta conversación y aun la noticia de su proyecto no saldrán de vuestra familia. Os aseguro, señor Selby, que en la disposición en que me habría hallado, si me hubiese encontrado esta noche o la anterior, no hubiera podido suceder ninguna desgracia, pues verdaderamente le tengo lástima.

»Al presente somos los mayores amigos del mundo. Greville forma mil designios, y al que parece inclinarse más es al de ir a pasar un mes en casa de milady Trampton, a quien llama la confidente de sus penas. Yo me he extendido sobre todas las circunstancias para no tener nada que mezclar esta noche con el agradable asunto que llama toda mi atención. Queda a vuestra disposición, etc.»

¡Malvado Greville! Aunque por otra parte digno de compasión, si es capaz de tener los tiernos sentimientos que se atribuye. ¡Váyase, retírese a casa de milady Trampton, o a cualquiera otra parte, y sea feliz en ella, con tal que esté a cincuenta leguas de nosotros! Yo le temeré siempre, mientras no haya dejado el cantón.

¡Qué gloriosa prenda es el valor cuando va acompañado de la moderación! ¡Cuando está fundado en la integridad del corazón y en el testimonio que este se da a sí mismo de su inocencia! En cualquiera otra suposición, ¿no merece más bien el nombre de ferocidad?

Pero ¡qué embarazos, Charlotte mía, qué inquietudes causo a tu hermano! ¿A qué peligros no le he expuesto? Jamás, jamás me será

posible recompensarle.

NOTA. *El tiempo de la recompensa llegó por fin celebrándose el matrimonio en la quinta de Selby. Omítese la relación de las fiestas, diversiones, adornos, ceremonias y cumplimientos que hubo con este motivo; pues el autor es tan exacto y puntual que llega hasta referir el número y orden de los coches con las personas que iban dentro, es a saber, todos los parientes y amigos de ambas familias. Después de celebrado el matrimonio pasan los dichosos novios a la quinta de Grandison acompañados de los señores Selby, de Lucy, etc., con cuyo motivo se hace una descripción de esta bella hacienda. Pero bástenos suponer establecida aquí a Harriet con el título de milady Grandison que toman las mujeres de los caballeros ingleses como las de la alta nobleza.*

Carta CX
Milady Grandison a la señora Shirley

Quinta de Grandison, 6 de enero.

Charles recibió ayer una carta de Lowther, que se disponía a dejar a Bolonia. Según la fecha debería haber llegado ha quince días, y así le esperamos a cada momento.

Asegura que toda la familia de Bolonia desea más que nunca se conforme con sus miras la pobre Clementina, quien rehúsa todavía las visitas del conde de Belvedere, si bien sobre esto no se la insta. Lowther, según parece, cree que aún no está del todo restablecida. ¡Desdichada joven! Piensa así por el deseo que aún conserva de ella de hacer un viaje a Inglaterra. Clementina ha recibido, dice, con mucha firmeza la noticia del matrimonio de Charles, y ha pedido a Dios que le eche su bendición a él y a la compañera de su suerte; mas después se ha mostrado triste y reservada, y algunas veces se la encuentra anegada en lágrimas. Cuando se le ha preguntado la causa de esto, ha respondido que temía recaer en su enfermedad. Los médicos quieren absolutamente que se la case a la mayor brevedad, y se espera al general para hacer instancias sobre ello; mas Clementina pide que aun se le permita otra vez pasar el Apenino e ir a estar algunos días en Florencia con su cara señora Beaumont. Además, ella teme ver al general.

¡Cuán compadecida estoy de su situación! Charles no lo estará menos. ¿Por qué no esperan del tiempo, este gran médico de todos los males, el éxito que tanto desean? Lowther añade que el señor Jeronymo se halla más mejorado cada día.

¿Qué os diré de nuestra querida Emily? Me compadezco de ella: me compadezco de su tierno corazón, por haber experimentado tan

pronto un amor sin esperanza de ser correspondido. Yo vi ha un momento sus ojos clavados en el rostro de su tutor con un aire tan afectuoso que le hizo bajar los suyos. Es menester que os cuente por menor con este motivo una conversación que hemos tenido las dos, y cuya conclusión me hace esperar el verla algún día feliz.

Yo había temido más de una vez que sus ojos la descubriesen a los de su tutor, quien hasta el presente sólo atribuye su respeto a la gratitud; y al punto que él salió, le dije con la ternura de una hermana:

—Ven acá, amor mío —Y ella vino—. Mi queridísima Emily, si tú miraras a cualquiera otro hombre con el semblante que advierto muchas veces miras y has mirado hoy a tu tutor, este hombre si no estuviera casado, podría prometerse el tener muy luego mujer.

Emily suspiró.

—¿Lo ha advertido mi tutor? Me lisonjeo de que no ha puesto tanta atención como vos.

—¿Tanta como yo, querida mía?

—Sí, señora. Cuando mi tutor está presente, veo que me observáis mucho; mas yo pienso que no habréis advertido nada de que podáis ofenderos.

—Tú estás seria, Emily.

—Y a mí me parece que mi estimada milady Grandison lo está también.

Esta respuesta me sorprendió y aun me causó algún embarazo. Su amor, dije entre mí, puede hacerla demasiado atrevida sin que ella lo advierta. Y en efecto no reparando en que me había turbado algo, miró una laborcilla en que yo me ocupaba.

—¡Cuánto no daría, señora, por trabajar con esta perfección! Pero ¿vos suspiráis?

—Sí —le dije yo—, ¡por la pobre Clementina! —Y realmente se me había venido a la memoria.

—¿Suspiráis, señora, por todas las que aman a mi tutor?

—Hay varias especies de amor, Emily.

—Eso es lo que yo pienso, señora. Nadie ama más que yo a mi tutor; pero mi amor no es lo mismo que el de Clementina: yo amo su bondad.

—¿Y piensas tú que Clementina no la ama también?

—Sí, sí, mas el amor es diferente.

—Pues explícame la naturaleza de tu amor.

—¡Me es imposible! —dando un suspiro.

—¿Por qué suspiras? Tú me has hecho la misma pregunta, y he respondido que suspiraba de compasión.

—Por mí, señora, yo me compadezco también de Clementina; mas no suspiro por ella, pues ha podido casarse con mi tutor y no ha

querido.

—Por eso no es menos digna de nuestros suspiros, Emily. Un motivo como el suyo…

—Quitad allá, señora. ¡Su motivo, cuando la dejaba en libertad para seguir su religión!

—¿Conque no es por Clementina por quien suspiras?

—No debo suspirar por ella.

—Pues ¿por quién?

—Yo no sé: no hay que preguntármelo: hábito y nada más.

—Mas yo veo que mi Emily vuelve a suspirar.

—¿Por qué ponéis reparo en ello? Hábito, ya os lo he dicho. Sin embargo creedme, mi querida milady —ciñéndome el cuello con sus brazos y ocultando su rostro en mi seno—, si se supiera la verdad… —Aquí se paró, pero sin mudar de postura, y yo sentía sus mejillas encendidas.

—Vaya, querida mía, *si se supiera la verdad…*

—No me atrevo a hablar: os desazonaréis conmigo.

—No, amor mío, te lo aseguro.

—Sí, sí os desazonaréis.

—Yo he creído, Emily mía, que las dos éramos hermanas: yo he creído que no había secreto entre nosotras. Dime qué ibas a decir. *Si se supiera la verdad…*

—Pues bien, señora, para hacer una prueba de vuestra bondad, decidme: ¿no sois algo celosa?

—¿Celosa, querida mía? Tú me sorprendes. ¿Por qué? ¿De quién, de qué estoy celosa? Los celos suponen duda, ¿y de quién puedo yo dudar?

—Se duda algunas veces sin causa, señora.

—Explícate mejor, Emily.

—¿No estáis enfadada, señora?

—No lo estoy; mas ¿por qué me tienes por celosa?

—Vos no tenéis a la verdad ningún motivo para serlo. Mi tutor os adora y todo el mundo conviene en que merecéis ser adorada; mas ¿por qué habéis de tener a mal que una niña como yo mire algunas veces a su tutor con ojos de gratitud? ¡Los vuestros, esos hermosos ojos están siempre tan prontos a sorprender los míos! Si yo me conozco a mí misma, yo no soy más que una joven inocente. Yo amo a mi tutor, no lo niego: siempre le he amado, como sabéis, y si me permitís decirlo, mucho tiempo antes que supiese había en el mundo una dama tan hermosa como vos.

Yo solté mi labor y estrechándola entre mis brazos le dije:

—No ceses de amarle, cara Emily: tú no podrás amarle tanto como merece serlo; tú me verás aprobar siempre un afecto tan puro; pero ¿yo celosa? ¿Tú me atribuyes celos? Esa es una quimera de tu

imaginación. Mi único temor es que como se adivinan por los ojos los afectos del corazón, con especialidad en las jóvenes que aún son muy inocentes, des motivo a los que no saben tan bien como yo que tu afecto a tu tutor es un respeto filial, para que lo atribuyan a otra especie de sentimiento que en tu corazón no obstante si llegara a fortificarse, produciría la llama más pura que se habría jamás encendido en un *corazón virginal.*

—¡Oh, señora! ¡Qué expresiones usáis! Ellas me penetran el corazón. No puedo explicaros lo que pasa en él; pero de día en día se aumenta mi respeto a mi tutor: mi respeto... sí, esta es la verdadera voz. Os doy gracias por habérmela dictado: un respeto filial, no puedo darle mejor nombre. Y jamás le he respetado tanto como ahora, después que veo con qué dulzura y con qué afecto procura hacer feliz a mi querida milady. No obstante, señora, para no disimularos nada, si yo estuviese casada y no fuera con un hombre enteramente semejante a él, temería ser bastante débil para teneros envidia, o al menos sería una infelicísima mujer.

—No dudes, querida mía, de que si fueras capaz de envidia, te haría infeliz esta negra pasión; pero tú no debes admitir nunca los obsequios de un hombre que en tu concepto no te ame a ti más que a ninguna otra mujer: de un hombre que no sea honrado por principios, que no sea sensato y que no haya visto algo de mundo.

—¿Y se encuentran, señora, hombres así?

—Confía sobre eso en tu tutor. Si tus ojos no ven más pronto que tu juicio, cuenta, querida mía, con que él te hará encontrar un hombre con quien puedas ser feliz.

—¡Oh, señora! No temáis nada de mi precipitación, pues mi respeto a mi tutor y sus grandes prendas harán que parezcan a mis ojos muy pequeños todos los demás hombres. Además, tengo tanta confianza en su juicio, que si alargara el dedo diciéndome: «Emily, he allí el hombre que te conviene», procuraría amar al que me hubiese mostrado; pero me parece imposible tener yo jamás afición a ningún hombre.

—Tiempo tienes de sobra para eso, amor mío. Entre tanto, ¿no conoces tú a alguno que preferirías a los demás, si estuvieras en edad de casarte?

—No sé qué responder a esa pregunta. Yo tengo tiempo de sobra, como decís, pues soy una doncella muy joven; pero hasta las niñas tienes sus pareceres. Yo os confesaré, señora, que el hombre que ha pasado algunos años en compañía del señor Charles Grandison, y que ha merecido su amistad con darle continuas pruebas de su excelente corazón... —Aquí se detuvo.

—Ese es Beauchamp, sin duda.

—Beauchamp, señora. De cuantos hombres conozco es el más

semejante a mi tutor; mas es hombre hecho, y supongo que habrá visto algunas mujeres que le agraden.

—No lo creo, querida mía.

—¿Por qué no lo creéis, señora?

—Porque si te he de hablar con franqueza, como quisiera que tú lo hicieses conmigo, me parece que por niña que seas, te tiene un respeto y unas atenciones extraordinarias.

—Eso es por miramiento a mi tutor. Mas sea lo que fuere, si yo conservo vuestro cariño y el de mi tutor, nada tendré que desear.

La llegada de su tutor, del mío, de mi amigo, de mi amante, de mi marido y de todos los nombres dulces juntos, puso fin a esta conversación. Yo dejo esto a vuestra consideración, mi estimadísima señora, y sólo diré que a mí me hace concebir muy grandes esperanzas.

Carta CXI
Milady Grandison a la señora Shirley

Sábado por la mañana, 3 de febrero.

Ayer tuve otra conversación con Emily, quien había estado más seria y grave que de ordinario después de la última que os conté.

Anna su camarera, a quien conocéis, había observado mudanza en el humor de su señorita.

—No sabiendo ya —dice ella— cómo agradarla, y viendo que a pesar de tener uno de los mejores genios del mundo se había hecho descontentadiza en extremo, me tomé la libertad de decirle que si continuaba en esta disposición, me vería obligada a dejarla.

—Vete pues —le respondió—: no quiero que me amenace una criada; tú comienzas a hacer de persona conmigo. Vete, Anne, cuando quisieres: yo no quiero amenazas: demasiados pesares tengo sin que tú me los des.

Esta honrada criada que la ama tiernamente, que la sirve desde la edad de siete años, y cuya conducta y fidelidad aprobaba su padre, derramó un torrente de lágrimas y quiso representarle humildemente sus penas pidiéndole permiso para ello; mas sólo consiguió le diese nuevas pruebas de ira con una repulsa obstinada de oírla.

—Yo no quiero escuchar nada: tú has comenzado por mala parte: era necesario que precediesen las quejas a las amenazas —Y retirándose a su gabinete cerró la puerta.

Mi camarera de quien supe esto, ofreció a la pobre Anne decirme lo que había pasado; pero lejos de consentir en ello, esta prudente criada respondió que su señorita, así como todas las jóvenes, era tan celosa de su autoridad que no le perdonaría nunca haberse quejado a mi tía o

a mí; y que además, el lamentarse sin prometerse un buen suceso era exponer a su señorita, mientras que el mal presente podía curarse con la paciencia y el tiempo.

Emily me causa lástima. Bien fácilmente adivino de qué proviene la novedad de su humor. La excesiva bondad de su tutor para con ella aumenta incesantemente su cariño. ¿No sé yo misma que nada es tan natural? Sin embargo, dije entre mí, la mataría a pesadumbres si la tratara de otro modo, y por ella misma yo no quisiera que él creyese necesario mudar de conducta.

Este preámbulo es preciso para lo que vais a leer.

Habiéndose ido esta mañana después del desayuno Charles, mi tío y el señor Deane, y habiéndose retirado mi tía a escribir, subí a mi gabinete a lo mismo. Emily llamó a mi puerta y yo la abrí al punto.

—¿He venido a mala hora, señora?

—No, querida mía.

Yo había observado anoche en la cena y esta mañana en el desayuno que tenía señales de lágrimas en sus ojos, aunque nadie lo hubiese reparado; pues las noticias que me había comunicado mi camarera me hacían estar atenta. Yo tomé su mano y quise hacerla sentarse junto a mí.

—No, señora —dijo—, permitid que esté de pie: yo no soy digna de estar sentada en vuestra presencia.

Emilia tenía las lágrimas en la extremidad de sus ojos; pero como yo la veía menear los párpados para dispersarlas y secarlas, no quise mostrar que había reparado en ello. Además, creo que yo estaba en igual disposición por una especie de simpatía.

—*¡En mi presencia,* Emily! ¡Esto me dice mi amiga, mi hermana! ¿Por qué me habla así? —Yo me había mantenido en pie también— Tu hermana mayor, amor mío, no se sentará mientras esté en pie la menor.

Entonces se arrojó a mi cuello y sus lágrimas se abrieron el paso.

—Esa bondad, esa bondad me mata. ¡Yo soy, soy una criatura muy desgraciada! Desgraciada por haber obtenido todo lo que quería. ¡Ah! ¿Que no me tratéis con rigor? No puedo, no puedo aguantarme a mí misma en medio de las continuas pruebas que recibo de vuestra bondad.

—¿Cuál es la causa de esa inquietud, mi cara Emily? Yo te amo tiernamente: yo sería ingrata e insensible al mérito de mi Emily, si no contribuyera a su felicidad con cuanto estuviese en mi mano. ¿Qué puedo hacer por ella que no se le deba?

Emily apartó sus brazos y se desprendió de los míos que la tenían abrazada.

—Dejadme, dejadme salir, señora.

Y en esto se fue precipitadamente al aposento inmediato. Yo la

seguí y le dije tomando su mano:

—No me dejes con esta inquietud, amada Emily: no me dejarás así. Si tú me tienes tanto afecto como el que yo tengo a Emily, me proporcionarás el medio de aliviar la opresión del más inocente y amable de todos los corazones. Ábreme tu pecho, querida mía, ábremelo.

—¡Oh, milady Grandison, digna mujer del mejor de todos los hombres! Vos debéis aborrecerme.

—¿Aborrecer a mi querida Emily?

—Sí, señora, lo debéis.

—Sentémonos en este cuarto, si no quieres volver a mi gabinete.

Yo me senté en un sofá, y ella se puso junto a mí apoyando sus mejillas encendidas en mi hombro. Ceñí con un brazo su cuello y con la otra mano tomé una de las suyas.

—Ahora, querida mía, te conjuro por la amistad, por esta amistad fraternal que tenemos, me abras enteramente tu pecho. Abandóname si pudiendo yo curar tus heridas, no derramo en ellas el bálsamo de una fraternal ternura.

—¿Qué he de deciros? Ayer, mi estimadísima milady, tuve la respuesta del doctor Bartlett a una pregunta que yo le había hecho de parte de una joven que... —No pudo acabar.

Lloró, alzó la cabeza y se enjugó los ojos. Después volvió a apoyar su rostro sobre mi hombro, y ceñí otra vez su cuello con mis brazos.

—¿Tu pregunta, amor mío?

—¡Ah, señora!, mi pregunta... ¿Decís *mi pregunta*?

—Yo no he dicho *la tuya,* querida mía, sino porque tú misma la hiciste al doctor.

—¿No os ha dicho nada, señora?

—Ni una palabra seguramente.

—Yo quiero mucho más bien que vos lo sepáis de mí. Sólo temo que él adivine quién es la joven de la pregunta. ¡Pobre estratagema! ¡Qué necia soy! Él lo adivina ciertamente.

—¿Puedo yo saber la pregunta, Emily? ¿Puedo saber la respuesta?

—Yo he quemado la una y la otra en un arrebatamiento de ira contra mí misma, por haberme expuesto tontamente, pues sin duda ha adivinado quién es la joven.

—Pero tú puedes explicarme el caso: puedes decirme la respuesta en substancia.

—¿Cómo lo he de poder? Vos, señora, a quien yo amo más que a todas las mujeres juntas, vos... Pero ¡debéis aborrecerme, despreciarme!

—Confíame tu secreto, querida mía. Si lo es el que ya creo penetrar, cuenta con que no saldrá nunca de mi pecho.

Aquí se estremeció.

—¡Qué creéis penetrar, señora!

—No te asustes, amor mío.

—No, es imposible. Si lo hubieseis penetrado...

—¿Qué sucedería?

—Desterraríais para siempre de vuestra presencia a la odiosa Emily, y obligaríais a mi tutor a que me abandonase.

—¿Te digo, querida mía, lo que me parece he penetrado?

—Decídmelo al oído —ciñéndome con el brazo cuya mano no tenía yo asida—, decídmelo tan quedito que yo no pueda entenderlo.

—Tú quieres a tu tutor, Emily: él te ama.

—¡Oh, señora!

—Él te amará siempre y yo te amaré también. Tu amor está fundado en el reconocimiento y tal era el mío. ¿No sé yo, Emily, todo lo que se puede decir en tu favor?

—Al fin, señora, vuestra excesiva bondad disipa mis temores. Veo que puedo confesaros toda mi debilidad, toda mi locura, tanto más que esta confesión me hará algo merecedora de vuestros consejos. Este era mi ánimo, pero yo temía vuestro aborrecimiento. En iguales circunstancias dudo si yo sería tan generosa como vos. ¡Ay! ¡Cuánto siento haber hecho mi pregunta al doctor!

—El doctor, querida mía, es la bondad misma y guardará fielmente tu secreto.

—¿Y me aseguráis, señora, que no lo revelará a mi tutor? Más bien quisiera morirme que advertir en él alguna desconfianza de mí. Me aborrecería, señora, si vos no lo hacíais.

—Jamás lo sabrá, Emily mía. Tú encargarías sin duda el secreto al doctor.

—Sí, señora.

—Él lo guardará, nada temas, mayormente cuando tu loable ingenuidad me haya proporcionado hallar expedientes para que no padezca tu honor y conserves la estimación de tu tutor.

—Eso es, señora, justamente lo que yo quiero.

—Franquéame pues ese corazón inocente: mírame como tu amiga, como tu hermana, como si yo no fuera la dichosa mujer de tu caro tutor.

—Os lo prometo, señora. ¡Ay de mí! Yo no había desconfiado de mí misma hasta el día de vuestro matrimonio. Entonces fue cuando empecé a sentir inquietud en mi corazón, tanto más que yo me esforzaba a ocultármela a mí propia, pues realmente me causaba susto el contemplarla. ¿De qué proviene este temor?, me preguntaba yo a cada momento. ¿Tengo algo que vituperarme? ¿Cuáles son mis deseos? ¿Cuáles pueden ser mis esperanzas? ¿No es cierto que yo amo a milady Grandison? Sí, sin duda. No obstante, de cuando en cuando... No me aborrezcáis, señora. Yo quiero descubriros hasta lo íntimo de

mi corazón y toda mi flaqueza.

—Prosigue, querida mía: tú no podrías darme mayor prueba de tu ternura y confianza.

—No obstante, de cuando en cuando, me parecía sentir que se suscitaba en mi corazón alguna cosa semejante a la envidia. ¡Ah! ¿Cómo podéis sufrir que yo pronuncie tal palabra?

—Si la sufro, es por compasión de tus penas, mi amada Emily. Tú no sabes cuánto se dilata mi corazón con tu apreciable confianza. Continúa pues, amor mío.

—Un día, resuelta a examinar mis propios sentimientos, me dije a mí misma, le pedí el permiso de vivir con ellos celebrado su casamiento. ¿Y qué me propuse en esta súplica? Nada que no fuese inocente, creedme. Lo que yo deseaba que era un favor que creía necesario a mi felicidad, se me concedió desde luego. No obstante, yo me preguntaba mil veces al día: ¿soy yo feliz? ¿No amaré yo menos a mi tutor? No. ¿Quiero yo más a milady por haberme conseguido esta gracia? Paréceme que la admiro cada día más y que siento toda su bondad, pero yo no sé qué siento además. Paréceme que amándola mucho quisiera algunas veces amarla menos. ¡Ingrata Emily! Y entonces me hacía los más severos cargos. Seguramente, señora, la compasión se asemeja mucho al amor, pues durante vuestras incertidumbres me parecía amaros más que a mí misma; pero luego que os he visto feliz y que no hay motivo de lástima (¡qué mujer tan odiosa soy!), me ha parecido que algunas veces me hubiera alegrado mucho de poder humillaros. ¿No me aborrecéis ahora?

—No, no, Emily: la compasión aumenta mi ternura. Prosigue, querida niña. Tu alma es el libro puro de la naturaleza: hazme leer en él otra página y cuenta con mi mayor indulgencia. Antes que tú misma sabía yo que amabas a tu tutor.

—¡Antes que yo misma! ¿Cómo puede ser, señora?... Yo no dejaba pues de hacerme preguntas. «¿Qué, Emily, se aumenta tu afecto a tu tutor y no se aumenta a milady Grandison, que es tan bondadosa contigo? ¿Se mezclará en tu corazón la envidia con la admiración? ¡Ah, mujer imprudente y más que imprudente! ¿Cuál ha de ser el término de tus locuras? ¡Válgame Dios! Si yo me dejo arrastrar como lo hago, ¿no seré la criatura más ingrata? ¿No me granjearé el odio de mi tutor en vez de su afecto? ¿No me haré despreciable a los ojos de todo el mundo? ¿Y cuál será el fin de todas estas fatales suposiciones?» Sin embargo, yo no dejaba también de excusarme, pues estaba segura de que no tenía ninguna mala intención, y sabía que mi único deseo era el de verme amada de mi tutor y de poder amarle. «¿Pero qué?», dije por fin, «¿Puedo yo permitirme el amar a un hombre casado y casado con una amiga?» Algunas veces este pensamiento me hizo temblar, porque yo volvía atrás la vista y me

decía: «¿Te hubieras tú permitido un año ha, Emily, llegar hasta tan lejos como has llegado?» «No», respondía yo a mi propia pregunta. «¿Y no indica esto con bastante claridad cuánto camino habrás andado en el curso de otro año?» En vista de esto tomé la resolución de proponer un caso al doctor Bartlett, suponiendo tres personas conocidas de mi camarera, dos jóvenes solteras y un joven que vive en la misma casa, tratado de casar con la una con noticia de la otra; y aunque esta es incapaz de un pensamiento criminal, sintiendo no obstante aumentarse su estimación al joven, y comenzando a temer hubiese algo que condenar en su corazón, he preguntado de su parte al doctor qué deberá hacer en su dictamen.

—¿Y cuál lo fue en efecto, querida mía?

—Yo soy una tonta por haberle hecho tal pregunta. Debe de haber comprendido que yo soy, lo repito. Si vos, señora, habéis podido adivinarlo sin que se os haya propuesto el caso, él lo habrá adivinado fácilmente. Nosotras las niñas creemos que nadie puede vernos, cuando tenemos la mano delante de los ojos. En una palabra, el doctor ha decidido que el aumento de estimación era un principio de amor, y que por consiguiente tarde o temprano la joven procuraría ocupar el lugar de su amiga, aunque al presente sólo el pensarlo le causase tal vez horror: en cuyo supuesto quiere le advierta Anne se cautele de una llama reciente que puede, como dice, causar grandes males en su corazón, y sin conducirla a su fin originar la desgracia de dos felices consortes que según mi exposición merecen la suerte de que gozan. En fin, el doctor aconseja que ella abandone la casa, y que por su propio honor y reposo se aleje a la mayor distancia posible. Creedme, señora, este parecer me asustó mucho: yo arrojé los papeles al fuego y desde que no los tengo, no he podido sosegar. «Mi querida milady Grandison», decía yo continuamente, «si vuestra bondad me anima un poco, yo os abriré mi pecho. Es preciso que un día u otro oigas hablar de mi locura y debilidad.» Ahora, estimada señora, perdonadme, guardad mi secreto y decidme qué debo hacer.

—¿Y qué he de decirte, mi cara niña? Yo te amo y amaré siempre: miraré por tu honor como por el mío, y procuraré conservar el afecto que te tiene tu tutor.

—Yo me lisonjeo, señora, de que nunca ha tenido la menor sospecha de mi necedad.

—Nunca me ha hablado de ti sino con ternura.

—¡Gracias a Dios! Pero, señora, dadme algún consejo. Yo pongo mi corazón en vuestras manos: dirigidlo como gustéis.

—¿Cuál es tu propio parecer, querida mía?

—Yo no debo pensar más en vivir con vos.

—¿Por qué? Tú tendrás siempre en mí una verdadera amiga.

—Pero yo estoy segura de que el dictamen del doctor es acertado.

Debo confesaros, señora, que cada día, que cada hora del día en que veo la ternura que os profesa mi tutor, el placer que tiene en hacer bien, y la admiración que causa a todo el mundo, le admiro más y más. Veo que tengo menos poder sobre mí misma que el que me había prometido, y si su mérito no cesa de aumentarse y brillar con nuevo esplendor, débil como soy, me será imposible soportar la brillantez de su gloria. ¡Oh, señora! Yo debo tomar la fuga: cuésteme lo que me cueste, estoy resuelta a huir.

—¡Cuánto te admiro, me compadezco de ti y te quiero, amable Emily! —Yo la tomé en mis brazos y la estreché contra mi pecho, diciéndole—: ¿qué te he de decir, Emily mía? ¿Qué puedo decirte? Dime tú misma qué esperas de mí.

—Vos sois prudente, señora: vos tenéis un corazón tierno y generoso. ¡Ah! ¡Que no sea yo tan buena! Prescribidme algo: yo veo que sería una locura querer vivir con vos y mi tutor.

—¿Y es preciso, querida mía, que para arreglar tus sentimientos dejes de vivir con nosotros?

—Absolutamente preciso, estoy convencida de ello.

—Supón que fueras a Londres a ponerte bajo la protección de la señora Grandison, su tía.

—¿Qué, señora, aún en la casa de mi tutor?

—Pienso que una corta ausencia con el auxilio de esa disposición de que me das tan grandes pruebas, producirá el efecto que deseamos: porque al fin, Emily mía, tú no puedes pensar nunca más que en admirar estando ausente las excelentes prendas de tu tutor.

—Es cierto que yo no me he conocido hasta ahora, y jamás hubiera creído que yo pudiese concebir más esperanza que la de ser mirada como hija suya. Creo que mi conocimiento no ha llegado demasiado tarde; pero yo no debo estar en la misma casa, yo no debo vivir con él en una continua compañía.

—¡Admirable discreción! ¡Amable inocencia! Y bien, querida mía, ¿si tú te dirigieses a milady L... o a milady G...?

—No, no, no. Tampoco adelantaría nada con eso. Mi tutor sería el frecuente sujeto de nuestra conversación, y muchas veces, demasiadas veces llevado de su afecto fraternal iría a ver a sus hermanas.

—¡Qué valor! Yo te admiro, Emily: veo que has hecho profundas reflexiones sobre ese punto. ¿Qué es pues lo que tú piensas?

—¿No lo adivináis?

—Yo sé qué sería de desear... Mas tú debes hablar primero.

—¿No os acordáis de lo que la buena señora Shirley me dijo el día de vuestro matrimonio... que yo sería mirada en la familia como otra Harriet?

—Me acuerdo de eso, queridísima Emily. ¿Y estás tú inclinada?...

—¡Oh, señora mía! Si yo obtuviera este favor, consistiría toda mi

ambición en seguir vuestras huellas en la quinta de Selby, en tener noticias de vos, en escribiros, en formarme por los modelos que han servido a formaros vos misma, y en recibir de las señoras Shirley y Selby el nombre de *su Emily*. Pero ¿procuraréis, señora, obtener el consentimiento de mi tutor?

—Haré todos mis esfuerzos por conseguirlo.

—¿Vuestros esfuerzos? Pues el éxito es cierto: el señor Charles no os negará nada. ¿Y consentirá en ello la buena señora Shirley?

—No lo dudo, si tu tutor consiente.

—El señor y la señora Selby, ¿querrán recibirme como a su sobrina?

—Podemos preguntárselo, pues por fortuna están aquí.

—Pero queda una objeción, señora, una objeción grande.

—¿Y cuál es, amor mío?

—Vuestro primo, el señorito Selby. Yo le respetaría como primo vuestro y como hermano de las dos señoritas Selby; pero esto basta.

—Jamás, querida mía, he tenido yo tal pensamiento ni mi familia tampoco.

—Pues en ese supuesto si lográis, señora, lo que deseo, acompañaré a los señores Selby a su partida, y no dudo de que bien pronto seré una mujer feliz. Mas tened siempre presente que debo amar a mi tutor, y esto será, señora, con un amor que no excluirá a milady Grandison de una gran parte ni aun de la mayor, si me es posible. Ahora —estrechándome con sus brazos— permitid que os pida perdón por tan extrañas cosas como os he dicho. Yo tendré mi corazón más tranquilo con una confidente como vos. Este ejemplo de bondad os hace superior a la misma Clementina. ¡Cuántas gracias debo daros por vuestra paciencia y sobre semejante asunto! Sin embargo, aseguradme, cara milady, que no aborrecéis a una niña que tiene la vanidad de querer imitaros a vos y a Clementina.

Yo lloré de alegría, compasión y ternura. ¿No tendréis, mi querida mamá, más afecto que nunca a esta amable niña? ¿No la llamaréis vuestra Emily? ¿Y no pensaréis de ella como *vuestra Harriet?*

Lunes 5.

Ya he obtenido de mi tío y de mi tía que aprueben con sumo gusto los deseos de Emily, y a ruego de ella le han pedido a Charles su consentimiento como un favor. Charles quiso hablarle sobre esto, y habiendo ido con un aspecto tímido y los ojos inclinados, le tomó una mano y le dijo:

—Sé, Emily, que quieres restituir a la señora Shirley y a los señores Selby la nieta y sobrina que yo les he quitado, y se alegran mucho de ello. Tú serás feliz bajo su protección. Mi Harriet no te verá partir sin sentimiento; pero lo consiente por amor de ellos, y nosotros tendremos

un placer de más en nuestras visitas a Nothampton-Shire. ¿Has tomado con toda madurez esa determinación, querida mía?

—Sí, señor, y espero me permitiréis partir con la señora Selby.

—Sea muy enhorabuena. Yo no añado más que una cosa. Tú tienes una madre, Emily, y nosotros no debemos tomar ninguna resolución sin comunicársela. También es menester que te despidas de mis hermanas, de sus maridos y de mi tía, que te aman. Mi pupila debe conservar la estimación y amistad de todas las personas honradas.

La amable niña hizo una profunda reverencia, y dijo llorando que su tutor era la bondad misma.

—Si después piensas de otra manera —prosiguió Charles—, no tengas reparo en decírnoslo: nuestro recíproco cuidado ha de ser el de contribuir los unos a la felicidad de los otros. Piensa entre tanto, si hay alguna cosa más en que se te pueda complacer.

—¡Oh, señor! ¡Vuestra bondad —en esto vino corriendo e inclinando la cabeza sobre mi seno acabó en él la expresión— no debe ser ten extremada con una infeliz joven!

Yo le di un beso en la frente, y para confirmarla en su heroísmo le dije quedito: «¡Heroica Emily!»

Así, mi cara abuelita, se ha arreglado este importante punto. Mi tía nos asegura vuestra aprobación y sobre esto recibiréis una carta de Charles. Mi tío y mi tía comienzan a fastidiarse de nosotros, como se lo decimos Charles y yo; pero sin embargo, no dejan de disponer su partida.

Carta CXII
Milady Grandison a milady L...
y a milady G...

Quinta de Grandison, 13 de febrero.

Por una carta que os envío del señor Jeronymo, sabréis noticias asombrosas. ¡Pobre, pobre Clementina! Dejo para mi primera carta el deciros cuánto nos hemos afligido. Todo lo que puedo añadir al presente es que queda a vuestra disposición, etc.

Carta CXIII
Jeronymo della Porretta a Charles Grandison

Tú te vas a sorprender, mi estimado Charles, tú vas a llenarte de asombro. ¡Esta cara Clementina! ¡Con qué olvido de sí misma ha obscurecido toda su gloria! ¡Una joven tan delicada en punto de honor!... ¡Cielos! ¡Es preciso que yo, que su hermano, que tu Jeronymo cuente la temeridad de una hermana tan querida!

Nosotros habíamos condescendido casi a todos sus deseos, y ella nos había pedido un mes para viajar de ciudad en ciudad al lado de allá del Apenino con el pretexto de corroborar su salud, después de cuyo término no desconfiábamos de que consentiría en recibir la mano del conde de Belvedere, a quien tenía lástima y estaba agradecida. Durante su ausencia aprobamos varias excusas por las que había diferido su vuelta, aunque sin embargo pusimos repugnancia en que fuese a Roma y a Nápoles, y quedó satisfecha de nuestras razones. Nos pidió permiso para recibir en calidad de paje un joven inglés, sobrino de un comerciante de Livorno, que había buscado la Beaumont, por haberse encargado de ello; y no tuvimos dificultad en complacerla, suponiendo que su único motivo era una inocente gratitud a un hombre del mismo país cuya memoria le permitíamos venerar. Este joven la acompañó a Pistoia, a Prato, a Siena, etc., y en algunos de sus viajes la acompañó también la señora Beaumont; pero habiendo querido ver la costa marítima desde Piombino hasta Luca, y hablando de ir hasta Génova, de donde había de restituirse después de acabado su mes, dejó a esta señora para continuar su marcha sólo con sus criados. Bien pronto halló modo de separar de sí parte de ellos con orden de juntarse con ella en Luca (¡mi hermana, capaz de este pensamiento!), y quedándose únicamente con Laura su camarera y el paje, tomó el camino más corto para ir a Livorno, donde se embarcó en un navío pronto a dar la vela para Londres. Ya se habían pasado tres días de navegación y aún no se había tenido la menor noticia de ello; pero una carta dirigida a la Beaumont que esta señora nos comunica por un expreso, nos ha dejado atónitos al leer las circunstancias de su fuga y partida a Inglaterra. Hela aquí con sus propios términos.

«¡Perdón, estimadísima señora! ¡Mil veces perdón! Yo me meto en una empresa que basta por sí sola para mi castigo, y así os pido a un tiempo perdón y compasión. El mal próximo es siempre el más terrible: mi aversión al matrimonio es extremada. Yo veo tocar a su fin el tremendo mes después del cual se espera abandonarme al poder de un hombre contra quien no tendría objeción que hacer, si me sintiera capaz de hacerle feliz y de serlo yo con él. Mas ¡por qué medio! ¡Por el de la persuasión! ¡Cruel persuasión! Un padre de rodillas, una madre llorando, hermanos generosos, pero ejecutivos: ¿cómo, cómo resistir si vuelvo a Bolonia? Vosotros, mis queridos parientes y amigos de Bolonia y Urbino, perdonadme, perdonadme. ¡Qué no he padecido antes de tomar la resolución que es necesario lleve al cabo, aun cuando haya de arrepentirme de ella! ¡Oh, conde de Belvedere! También os pido perdón. Quered a otra mujer: vos merecéis una tal que ni la conciencia, el honor, ni la justicia, términos que significan una misma cosa, pueden dárosla en la infeliz Clementina... que no osa

añadir *della Porretta.* ¡Ay, madre mía!»

Clementina dejó esta carta en Livorno, con orden de no enviarla antes que el buque hubiese zarpado del puerto. Todos nosotros estamos en una consternación mortal y con especialidad mi madre. La esperanza de mitigar algo sus penas nos hace tomar la determinación de anticipar nuestra visita del verano, y a pesar de los obstáculos de la estación tenemos ánimo de partir dentro de ocho días. ¡El cielo dé fuerzas a mi madre para soportar este viaje!

Pensamos que mi hermana había formado su plan hacía mucho tiempo. Había despedido a su fiel Camilla, porque creía la instaba en extremo a mudar de estado; y en efecto, yo temo que esta honrada criada sería demasiado oficiosa en el cumplimiento de la orden de mi hermano, que la había encargado no perdiese ninguna ocasión de inspirar tiernos sentimientos a su señorita en favor del conde de Belvedere. Había ya algún tiempo que Laura era su criada favorita.

No puede dudarse de que el joven inglés ha manejado toda esta intriga. Llámase Antony Dagley. La Beaumont trae ahora a la memoria varias circunstancias que le hubieran sido sospechosas, si hubiese podido creer a Clementina capaz de semejante empresa. El navío en que se ha embarcado se llama el *Scanderoon* y le manda el capitán Henderson.

¿Cómo esta cara niña podrá sufrir tus miradas en llegando a Inglaterra? ¿Las tuyas, las de milady Grandison y las de tus dos hermanas? ¿Cuánto no tendrá que padecer en tal viaje y en tal estación? ¡A qué insultos no estará expuesta con tan poco conocimiento de la lengua inglesa, con Laura que no sabe palabra de ella, bajo la dependencia de un joven extranjero y sin más vestidos que los que había llevado para su viaje! Si le falta dinero, esto es lo que no sabemos. ¡La Inglaterra, en su concepto un país de herejes! ¡Sagrados cielos! ¡Puede haber sido mi hermana capaz de tanta temeridad!

Pero ¡cuál debe de ser su aversión al matrimonio! Es cierto que nosotros nos hemos precipitado sobremanera, y bien lo acredita tu mudanza de estado. Sin embargo, oso decir que nunca hubieras tú sospechado en Clementina tan temerario paso. ¡Válgame Dios! Nosotros creemos que es menester atribuirlo a los últimos ataques de su mal más bien que a ninguna otra causa. Cuando llega a trastornarse la razón, sirven de poco los remedios, y la curación es siempre imperfecta. Pero repito que nosotros nos hemos apresurado sobremanera. El general... No obstante, es el más desinteresado de todos los hombres, sin lo cual no hubiera sido tan ejecutivo tocante al matrimonio de su hermana.

¡Cara, cara Clementina! ¡Cuánto atormentan mi corazón las penas que la amenazan! Pero las de ella no pueden igualar a las de mi

madre. Mi hermana no ignora que la vida de su padre y de su madre depende de la suya. Vuelvo a decirlo: es preciso que haya recaído en su antigua enfermedad para haber dado un paso que nos parte el corazón.

Por las noticias que hemos podido recoger, nos lisonjeamos de que llegarás a descubrirla antes que se vea expuesta a ninguna de las desgracias que tememos por ella, y antes que carezca de dinero y otras comodidades. Me prometo que tus hermanas tendrán la generosidad de favorecer con su protección a esta imprudente hasta nuestra llegada. Iremos de viaje mi padre, mi madre, el obispo, el conde de Belvedere, el padre Marescotti, nuestros dos primos Juliano y Sebastiano, y tu Jeronymo. La Beaumont ha prometido acompañar a mi madre por puros motivos de humanidad, y la pobre Camilla casi tan inconsolable como mi madre no dejará tampoco de ir en su compañía.

Mediante nuestra familiaridad te suplicamos que nos proporciones una casa de alquiler, la mayor que sea posible. Las circunstancias nos obligan a contentarnos meramente con lo que sea necesario para nuestra comodidad, y así no tendremos más criados que los precisos. El conde de Belvedere se acomodará en la primera posada que se encuentre. Si Lowther está de vuelta en Londres, se encargará gustoso de lo que me tomo la libertad de encargarte. Nuestro patrón nos asegura que con vientos favorables estaremos en el Támesis dentro de tres semanas.

¡El cielo, mi querido Grandison, aleje de nuestra vista todo lo que podría turbar su placer y dulzura! ¡Ojalá encontremos a la amable fugitiva en seguridad bajo tu protección, o la de alguna de tus generosas hermanas! Espero que este fatal incidente no originará ninguna desazón entre milady Grandison y tú. Si sucediera esta desgracia, ¿de qué aumento de desdichas no sería responsable mi temeraria hermana?

El general está irritado en demasía contra esta infeliz para pensar en acompañarnos, aun cuando pudiera obtener la licencia de su soberano. La menor satisfacción, dice el obispo, que mi hermana puede dar a su familia es la de aceptar gustosa la mano del conde de Belvedere, quien mira el éxito de este suceso como la crisis de su suerte.

Apenas sé lo que acabo de escribir, ni cómo dejar la pluma. Tú que eres nuestro caro amigo, nuestro consolador, nuestro hermano, y en esta ocasión nuestro refugio después de Dios, dirigirás nuestros pasos y pondrás a cubierto el honor de nuestra hermana y el nuestro. Esta gracia esperamos del Todopoderoso y de ti. Adiós, el más generoso de todos los amigos.

—*Jeronymo della Porretta.*

Carta CXIV
Milady Grandison a las mismas señoras

Miércoles, 14 de febrero.

Os he prometido una relación circunstanciada. Ayer estábamos comiendo con toda la alegría posible, Emily hablando de los felices días que espera pasar en Northampton-Shire, y Charles valiéndose de generosas razones para inducir a mis tíos a que se detengan más tiempo con nosotros, cuando la triste carta se puso en sus manos.

—Esta es de mi querido Jeronymo —dijo poniendo la vista en el sobrescrito, y habiéndola abierto se estremeció al leer los primeros renglones.

Después, sin decir ni una palabra, saludó a todos, se levantó de la mesa y se retiró a su gabinete.

Nosotros no habíamos acabado de comer y yo insté a todos a ello; pero no puede darles el ejemplo. Así que nos levantamos y pasamos a la sala inmediata, donde muy luego entró Charles aunque con el rostro inflamado. Parecía haber hecho inútiles esfuerzos para serenarse. Yo le iré con ojos que hablaban sin duda, pues me dijo al punto tomando mi mano:

—No te inquietes, amor mío: bien pronto recibiremos una visita de Italia.

—¡De Italia, Charles!

—Sí, querida mía.

—¿A quién, a quién?

El doctor Bartlett estaba con nosotros, y Charles le suplicó tradujese la carta, con cuyo motivo habiéndose retirado el doctor nos dijo Charles que no era imposible estuviese Clementina muy luego en Inglaterra, y acaso antes que los demás de su familia.

—No os sorprendáis —añadió, viendo que nos mirábamos los unos a los otros—: el doctor os leerá su traducción —Y alargándome una mano me suplicó que saliese con él por un momento.

Llevóme a su gabinete, donde me refirió en los términos más tiernos lo substancial de la carta.

—Querida Harriet —me dijo ciñéndome con sus brazos—, tú no dudarás nunca de la constancia de mi amor. El suceso que te comunico me causa tanta inquietud como sorpresa. ¡El cielo proteja a la amable Clementina! Une tus votos a los míos, tú que eres capaz de compadecerte de esta infeliz joven que yo me figuro desconsolada y sin protección. Tu compasión se extiende, no lo dudo, hasta sus tristes parientes que la siguen. Son sujetos de mucho honor y virtud, y tienen las mejores intenciones; mas las excesivas instancias se asemejan a

una persecución. En las fatales circunstancias que sabes, debían darle tiempo, pues el tiempo triunfa de todo.

—Te suplico, amado Charles —respondí yo—, que inmediatamente la favorezcas y ampares. Mi única inquietud es por su seguridad, por su honor, y por el pesar que tú mismo tienes en tan lastimosa ocasión. ¡Feliz yo si puedo mitigarlo tomando parte en él!

Entonces me abrazó aún con más ardor y me dijo:

—No tengo la menor duda de tu generosidad. Yo haría injusticia a Clementina, a mi corazón, y a ti que eres dueño absoluto de él, si me creyera obligado a repetirte ahora las protestas de mi inviolable amor. Tú serás informada de todo cuanto vaya a hacer, y me ayudarás con tus consejos. Las almas tan delicadas como la tuya y la de Clementina deben tener entre sí una especie de enlace. Yo confiaré en mis disposiciones, cuando tengan la aprobación de mi Harriet. Todos mis pasos los comunicaré a nuestros amigos, cuya discreción conocemos. Nadie tendrá ningún motivo para dudar de que en cuanto dependa de mí, será mi Harriet la más feliz de todas las mujeres.

—¿Qué fecha, Charles, tiene la carta?

—Ya había yo advertido —dijo— que no la tenía: el dolor de Jeronymo...

—Clementina —le interrumpí yo— habrá quizá llegado. Déjame aquí con mis tíos que a instancia mía me acompañarán algún más tiempo del que pensaban, y parte prontamente a Londres. Si puedes favorecer a una pobre e infeliz extranjera, destituida, como temes, de toda protección y acaso expuesta a mil peligros, tus cartas me serán, si es posible, más gratas que la presencia misma del hombre que amo más que a mí propia.

Yo estaba inflamada, queridas mías, pues me engrandecía el poder convencer a Charles de que eran reales y verdaderos todos mis sentimientos respecto a la más excelente de todas las mujeres.

—Yo soy dichoso en extremo —me dijo abrazándome—: tu bondad me previene. Yo parto a Londres y tú detendrás aquí a nuestras gentes. Un amor fundado como el mío en las perfecciones del alma, cualesquiera que sean las gracias que las acompañen en la amable persona que tengo en mis brazos, es el colmo de la felicidad.

Ambos nos fuimos con los demás que nos esperaban, y todos se levantaron a nuestra llegada por un movimiento como involuntario a causa de su impaciencia por oír nuestra resolución. El doctor no había acabado de traducir la carta; pero Charles la hizo pedir, y suplicó al doctor, habiéndola traído él mismo, que nos la leyese en inglés, lo cual hizo muy fácilmente. Mi tío, mi tía, Lucy y el señor Deane no esperaron a que Charles hablase para suplicarle que sin ningún miramiento a sus huéspedes se plantase incontinente en Londres. Charles les dijo que si prometían acompañarme, partiría el día

siguiente, y ellos lo prometieron sin límites para dar mayor libertad a su generosidad.

—Me queda —le dije yo— una cosa que pedirte. No permitas, si puedes impedirlo, que la fugitiva sea violentada a casarse. Que no se aproveche de su temerario paso su familia, como parece lo piensa según algunos pasajes de la carta, para hacerle comprar su reconciliación por una pronta condescendencia.

Entonces me llamó *su generosa, su noble Harriet,* repitiendo que se gobernaría por mis consejos.

Así que, Charles partió esta mañana. Unid, mis caras amigas, vuestros más fervorosos votos a los míos por el dichoso fin de las aflicciones de Clementina. ¡Cuán impaciente estoy por verla, aunque al mismo tiempo lo temo! ¿Creéis que yo pueda verla en efecto sin temer que ella me mire como la usurpadora de sus derechos? Ella es indudablemente el primer amor de Charles.

Vuestro hermano ha partido con ánimo de hacer que se acabe de amueblar prontamente la nueva casa que ha tomado en Grosvenor Square para recibir en ella a sus nobles huéspedes. De todo lo demás nos informará, según vaya ocurriendo. Adiós, mis queridísimas hermanas. ¡Cuánta vanidad me causa poder daros este nombre tomando el de

—Harriet Grandison!

Carta CXV
Charles Grandison a su esposa

Londres, jueves 15 de febrero.

Ayer a mi llegada, carísima esposa, encontré una larga carta de la persona que ambos admiramos y de quien nos compadecemos con fecha del domingo próximo. Su estilo en la relación que me hace de las aventuras de su viaje, confirma demasiado el trastorno de su razón. Yo te enviaré la carta misma inmediatamente que me haya permitido verla, y que haya podido hacerle aceptar mi protección. Su lectura te causará quebranto, por lo menos hasta tener otras noticias que puedan darnos mejores esperanzas. Hay ya diez días que está en Inglaterra. Yo le escribí de contado pidiéndole permiso para ir a verla.

En su carta manifiesta un generoso contento por nuestra felicidad y por los elogios que le hacen de todas las prendas que adornan, según dice, al objeto amable de mi tierno afecto. En medio de sus lastimosas distracciones conserva la grandeza de alma que siempre la ha distinguido. Desea verte, mas sin ser conocida.

Acaso no me sería difícil encontrar su alojamiento; mas confía en mi honor que yo no intentaré descubrirlo. Clementina quiere ser

respetada escrupulosamente, y en su situación es menester lisonjearla y contradecirla lo menos que sea posible. El demasiado buen concepto que tiene de mí la hace temer que se haya envilecido a mis ojos. Parece sensible a todo y algunas veces se extravía en las menudencias. Sin embargo, no desconfío de hacer que recupere su razón. La cual en mi entender no ha padecido demasiado. ¡El cielo me haga capaz de calmar un corazón tan noble!

No dudo de que nuestros parientes te harán grata la quinta de Grandison, ni de que para ellos lo será tu compañía. Pasada esta tempestad serán claros y serenos todos los días de nuestra vida, o por lo menos este ha de ser el cuidado constante de la mía. Las protestas serían indignas de mi amor y de tu mérito. Todo cuanto puedes desear que yo sea es lo que quiero ser: porque ¿no soy la dichosa mitad de la mejor y de la más generosa de todas las mujeres?

Carta CXVI
Clementina della Porretta a Charles Grandison

Martes, 13 de febrero

Es muy creíble que ya estaréis informado del más temerario paso que ha dado jamás la que os escribe. Cualesquiera que hayan sido las persecuciones y desgracias que haya padecido en los últimos años de su vida, no ignora que su paso es temerario. Ella se condena no dudando que la condenará todo el mundo, y si vos no fuerais uno de sus más severos censores, no formaría por esto mejor concepto de vuestra justicia, pues sois un excelente hombre. Sé que aún en vuestro mismo país todo el mundo celebra vuestra bondad; y veo que no es lo menos loable en vos el haber cumplido fielmente con vuestro deber en lo que había olvidado vuestro padre lo que debía a su familia. No ignoro seguís el principio de que en las obligaciones recíprocas la negligencia del uno no justifica la del otro. ¡Ay de mí! ¿Cómo podré pues ponerme en vuestra presencia? Yo me avergüenzo con sólo pensarlo... ¡Yo, que acabo de abandonar a los mejores y más tiernos padres! ¡Dios mío, os pido perdón! No obstante, ¿puedo decir que estoy arrepentida? Me lo parece. Mas, no, no: esto es a lo más un arrepentimiento condicional.

Yo me hallo en vuestra Inglaterra. ¡Ah!, no me preguntéis por mi posada. Yo estoy en un alojamiento bastante incómodo como una mujer de baja condición, con mucha estrechez y dos solos criados: Laura, de quien os acordaréis sin duda, que llora a cada momento por haber dejado la Italia, y otro que no conocéis que se llamaba mi paje en un tiempo que ya pasó, y que al presente me sirve de todo. ¡Pobre joven! Mas es honrado y fiel. Dios le recompense, ya que yo no puedo.

¿Lo creeréis? En esta extraña pobreza y algunas veces bastante abatida, no dejo de creerme feliz: feliz con sólo pensar que aún estoy soltera.

¿Qué más diré? Tengo mil cosas que decir, tantas cosas que no sé por dónde empezar. Mejor es condenarme al silencio. Además, yo no estoy cierta de enviar esta carta ni de escribiros jamás otra.

Ya he estado diez días en esta gran ciudad, que me parece una ciudad muy fea: muy poblada seguramente y el pueblo muy activo. Yo había creído que todos los habitantes de vuestro Londres eran ricos... Pero ¿de qué os hablo yo ahora?... Yo no he salido más que una vez, y esto por tomar el aire en uno de vuestros parques. No puedo decir que me agrada la Inglaterra ni sus habitantes, mas aún no he visto a nadie.

Tengo una vida muy melancólica, pero esta es la que más me conviene. Se me dice que vuestras iglesias están pobres y sin adorno. Vosotros hacéis más por vosotros mismos que por vuestro Dios; mas en esta sencillez de vuestros lugares de devoción, quizá atendéis más al corazón que a la vista... Pero ¿qué quiere decir todo lo que escribo? Conozco que estoy muy expuesta a extraviarme. La verdad es que no tengo buena salud y que por esto necesito se me excuse.

Mas ¿no me diréis cómo ha podido suceder que teniendo los mejores padres y los hermanos más afectuosos pueda mirarles como otros tantos perseguidores? ¿Cómo yo, que les amo y venero más que lo ha hecho jamás ninguna hija ni hermana, he podido dejarles para venir a una tierra extraña, a una tierra de herejes: yo que no estaba notada de tener poca religión y piedad? ¿Me diréis cómo puede haber sucedido esta novedad?

Había un hombre... pero yo he renunciado a él y he tenido buenas razones para ello. ¿Creéis que yo me arrepiento de esto? No por cierto, señor Grandison. Nunca me he arrepentido. Sin embargo, en nadie pienso ni tantas veces ni con la mitad del gusto que en él. Aunque hereje, es el mejor de todos los hombres. Pero ¡qué atrevimiento! ¡Osar decir que es hereje! Quizá se nos da a nosotros el mismo nombre. Yo sé que también se nos trata de idólatras. Por mí, yo confieso que he tenido idolatría que vituperarme... Mas omito este punto. Puede ser que los católicos piensen peor de los protestantes y los protestantes de los católicos que lo que se merecen los unos y los otros: yo me inclino a creerlo. Pero no me inclino menos a que vosotros sois una nación extraña.

Paréceme, señor Grandison, que hay alguna cosa que me causaría mucha alegría. Se me asegura aquí que estáis casado, lo cual ya sabía antes de dejar la Italia, sin cuyo motivo debéis creer que jamás hubiera venido a Londres. Sin embargo, yo hubiera más bien huido que consentido en casarme; pero acaso me habría retirado a un país católico... ¿Qué quería decir?... Que hay alguna cosa que yo desearía

mucho, y sería ver a vuestra mujer... con condición no obstante de que no pudiese verme ella. Yo he venido con pocos vestidos y aun no son los mejores que tuve en Florencia: todo se ha quedado en Bolonia. Mis padres gustaban de verme compuesta, y yo consentía en ello más por su satisfacción que por la mía. Yo no soy ni vana ni altiva: vos me conocéis y mejor que yo me conozco a mí misma. Pero ¡ay de mí!, vos no me conoceréis ya: yo soy una fugitiva, y sé que no me lo perdonaréis nunca. ¿Qué he de hacer? El mal ya no tiene remedio. Sin embargo, yo tendría gusto en ver a vuestra mujer: ella se compone ricamente, lo supongo: sin duda tiene razón, y yo lo apruebo mucho. Se me ha dicho que es una de las mujeres más hermosas de Inglaterra... En orden a su belleza yo sé que no tiene quién la iguale. ¡Bendito sea Dios! Bien sabéis, señor Grandison, que he pedido en todas mis oraciones que la mejor de todas las mujeres tocase al mejor de todos los hombres. Me parece haber oído que Olivia habla de ella con elogio, pues la vio en Inglaterra, cuando estuvo aquí como una vagabunda (¡ay de mí!), según me sucede a mí ahora. Pero el motivo de Olivia era muy diferente del mío. Había venido a este reino con esperanzas de lograr en él un marido. ¡Pobre italiana!, me compadezco de ella de todo corazón.

Pero ¿es imposible, señor Grandison, que yo vea a vuestra mujer sin que ella me vea? No necesito de disfrazarme. Si vos estuvierais con ella dándole la mano por ejemplo en la iglesia o en cualquiera otra parte, no tendría reparo en meterme en algún rincón poco observado, vestida como una cualquiera inglesa, la mitad menos compuesta que la camarera de vuestra esposa, y en este estado me podréis ver vos mismo sin conocerme. Es grande satisfacción para mí que no hayáis deshonrado la estimación que os tuve en otro tiempo. Sí, señor Grandison, os doy gracias por haber hecho elección de una mujer de tanto mérito y de tanta hermosura, y me lisonjeo de que no desdice de vos por su nacimiento.

No os ocultaré que al llegar a Londres llevé un gran chasco, cuando supe que no estabais en esta ciudad. Yo me había prometido encontrar fácilmente ocasión de veros a ambos, aunque no fuese sino en vuestro coche; pues luego que se me informó de la reputación que os habéis granjeado aquí con toda especie de virtudes, yo, pobre fugitiva, hubiera temblado de presentarme a los dos. ¡Tantas excelentes lecciones que me habéis dado! ¡Qué fruto! ¡Ah, malaventurada Clementina!

«¿Dónde gusta vuestra señoría de alojarse?», me preguntó Antony al desembarcar; mas yo le prohibí este tratamiento, y no quiero que vos le conozcáis por su apellido.

Laura respondió por mí, «en cualquiera parte, cerca del caballero Grandison: ¿no es este vuestro ánimo, señorita?»

Yo no quiero deciros cuál fue mi respuesta, porque no puedo querer que se sepa mi refugio. Os suplico, señor Grandison, que no os toméis ninguna molestia por mí, pues soy una fugitiva. No os envilezcáis vos mismo confesando tener la menos amistad con una pobre y desgraciada doncella que es digna del abatimiento en que se halla. ¿No ha abandonado a los mejores padres? Mas esto es por evitar, y no por lograr un marido: tenedlo presente.

Pero ¿debo yo enviaros esta mal dictada carta que he escrito para esparcir el ánimo en mis tristes reflexiones? Yo no lo haría, si lo creyera capaz de causaros el menor sentimiento. ¡No quiera Dios se os originen ningunos pesares por causa de vuestra pupila, con especialidad en los primeros días de vuestro dichoso matrimonio! No obstante, si permitís a vuestro secretario, pues yo no deseo este favor de vuestra mano, si le permitís que envíe algunos renglones a un lugar seguro, donde mi Antony podrá tomarlos sin ser conocido de nadie, meramente para informarme de si habéis recibido algunas nuevas de Bolonia, Nápoles o Florencia (me vitupero haber sido ingrata con la buena señora Beaumont), y para decirme cómo se hallan mi padre, mi madre (¡cuánto padece mi corazón por ellos!), mi querido Jeronymo, mis otros dos hermanos, el virtuoso padre Marescotti y mi cuñada que por tantos motivos debo amar; sería esto el más lisonjero y dulce consuelo para mi corazón, al menos no haciéndoseme alguna relación demasiado dolorosa; pues en esta triste suposición bien podrían contarse los días de la pobre Clementina por el número de sus dedos.

Yo he venido a parar a un asunto... Mi carta se llevará a vuestra casa de Londres. Mandaréis a vuestro secretario que la suya se envíe al señor Trumbull, Café del Mimbre, calle de St. James’s, donde se irá por ella. Vuestra honradez me hace confiar en que de ningún modo iréis contra el deseo que tengo de permanecer incógnita hasta que consienta en deciros mi morada, o en veros en alguna otra parte. Firmo solamente

—Clementina.

Carta CXVII
Charles Grandison a su esposa

Sábado, 17 de febrero.

No habiendo tenido ayer ninguna noticia de Clementina, pasé todo el día con inquietud, y procuraba calmarla con la compañía de mis hermanas y sus maridos. ¡Qué de bendiciones no se echaron a mi Harriet! ¡Cuánta compasión mostraron tener de la amable fugitiva, y cuánta impaciencia tienen por verla! Hoy un incógnito me ha entregado una carta suya. Te envío copia de la mía y de su respuesta,

y asimismo de mi réplica y de la suya, que no tendrás reparo en leer a nuestros parientes. En la última verás que me da permiso para verla. Yo hubiera diferido el escribirte hasta después de nuestra vista, a no irse inmediatamente la posta. Ten, amor mío, las mejores esperanzas. Oso prometerme que dentro de pocos días la tempestad que amenaza a una familia respetable y que interesa nuestra compasión, se habrá desvanecido felizmente.

Carta CXVIII
Charles Grandison a Clementina della Porretta

St. James's Square, miércoles por la noche, 14 de febrero.

¡La generosa, la noble Clementina en Inglaterra diez días ha, sin haber hecho a su cuarto hermano el honor de participarle su venida! Perdonad, señorita, que os trate de cruel. Vos podéis hacer del hombre más feliz del mundo un hombre muy desgraciado, y esto ha de suceder infaliblemente, si le quitáis la ocasión de postrarse a vuestros pies para manifestaros toda la alegría que le causa vuestra feliz llegada. Vuestro Jeronymo y mío me ha hecho el honor de escribirme. Tengo mil cosas que deciros de vuestra familia; mas no pueden confiarse al papel, ni basta para ellas lo limitado de una carta. Permitid, señorita, que tenga el honor de veros acompañado de una de mis hermanas, o solo, como gustéis. Vos tenéis en mí un amigo fiel, indulgente y ajeno, como sabéis, de todo género de severidad. Si queréis que nadie sepa más que yo vuestra posada, guardaré inviolablemente vuestro secreto. Vos tendréis tanta libertad en todos vuestros deseos y en todas vuestras acciones, como si yo mismo ignorase dónde vivís. En una palabra, si vos habéis pensado alguna vez favorablemente de vuestro hermano y deseado en algún tiempo verle feliz, dadle permiso para veros; pues repito que su felicidad depende de esto.

Hasta ayer no he recibido la carta de nuestro amado Jeronymo, que está concebida en términos muy tiernos y afectuosos.

La esperanza de saber de vos me ha hecho tomar la posta para estar aquí esta noche, e inmediatamente hubiera tomado informes; pero yo estaba muy distante de creer que mi hermana estuviese diez días hace en Londres. No retardéis un momento aliviar el corazón de vuestro muy humilde, fiel y apasionado, etc.

—Charles Grandison.

Carta CXIX
Clementina della Porretta a Charles Grandison

Viernes por la mañana, 16 de febrero.

Se me entrega vuestra carta. ¿Qué os puedo responder? Yo deseo veros, mas no tengo ánimo para ello. Vuestra felicidad, decís, estriba en verme. ¿Por qué es este lenguaje? Yo quiero veros feliz. No obstante, si vos quisierais que yo lo fuese también, no me hubierais dejado en mi incertidumbre sobre la situación de mi familia. Vuestro silencio es con máxima y no digno del señor Grandison. Vos lo habéis creído propio para arrancarme un consentimiento que no esperáis obtener por otros medios. Mas ¿podéis perdonar a la temeraria Clementina? El cielo es tan piadoso como justo, y vos le imitáis. Sin embargo, aunque humillada, según lo estoy ¿cómo dejarme ver de un hombre que he respetado siempre, y a quien admiro más y más desde que estoy en Inglaterra?

Pero ¿os creéis capaz, señor Grandison, me prometéis persuadir a mi familia a que me deje vivir célibe? ¿Podéis responder en particular de que no seré importunada más por el conde de Belvedere? ¿Me aseguráis el perdón no sólo para mí sino también para mi pobre Laura? ¿Os encargáis de tomar a vuestro servicio, o de colocar decentemente al joven que se ha conducido irreprensiblemente en el mío, pues no quiere volver a Italia? Responded a tan sencillas preguntas y después sabréis más de

—Clementina.

Carta CXX
Charles Grandison a Clementina della Porretta

Viernes por la mañana, 16 de febrero.

Mis respuestas serán tan sencillas como las preguntas. Yo me esforzaré, señorita, a obtener de vuestra familia la libertad que deseáis en la elección de estado; pero ¿quién puede quitar la esperanza al conde de Belvedere? Dejadle esperar. Cuando vuestra familia no favorezca sus deseos con sus instancias, estará en vuestra mano admitir o rehusar sus obsequios. Yo os prometo procurar reconciliaros con todos vuestros parientes y estoy seguro del éxito. Laura no sólo obtendrá su perdón, sino que puede contar con una pensión igual a su salario, caso que no quiera continuar sirviendo a su señorita. A vuestro criado le ofrezco un destino correspondiente a sus talentos.

Ahora pues, señorita, conceded el honor de veros a vuestro hermano, a vuestro amigo, a vuestro muy humilde, etc.

—Charles Grandison.

Carta CXXI
Clementina della Porretta a Charles Grandison

Sábado, 17 de febrero.

Confío en vuestro honor, señor Grandison, tocante a la ejecución de lo que me prometéis. Sin embargo, mientras más pienso en vuestra visita, más siento aumentarse mi confusión. Me es sensible en extremo que a mi arribo no hubieseis estado en Londres. Entonces tenía mi corazón agitado, y hubiera podido veros y hablaros con más firmeza de la que me prometo al presente. No obstante, os veré. Mañana a eso de las cinco de la tarde encontraréis en la puerta del parque al lado de la calle de St. James a Laura, que os conducirá al alojamiento de

—Clementina.

Carta CXXII
Charles Grandison a su esposa

Lunes, 19 de febrero.

Tú me pides, cara esposa mía, una relación circunstanciada, y ahora que después de haber visto a Clementina tengo grandes esperanzas del pronto restablecimiento de su tranquilidad y salud, tendré mayor satisfacción en obedecerte.

Ayer cerca de las cinco de la tarde estaba yo en mi silla de manos en el sitio que se me había dicho, y habiendo conocido Laura mi librea se acercó para dejarse ver, y cuando le pareció que yo la había visto, corrió hacia una puerta inmediata juntando afectuosamente las manos. Yo la seguí bien pronto, y viéndolo ella dijo muchas veces:

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

—Date prisa, Laura —le dije con alguna agitación— a presentarme a tu señorita.

Y me detuve en la puerta esperando las órdenes de Clementina. Laura volvió al instante, me tuvo la puerta abierta y me saludó sin abrir la boca.

Las cortinas, que estaban corridas, obscurecían el cuarto; pero el aire de dignidad y continente de Clementina no me dejaron ninguna duda acerca de quién era. Estaba en pie y apoyada sobre el espaldar de una silla.

Con una rodilla en tierra, y tomando su mano trémula, le dije:

—¡Qué alegría, señorita, qué alborozo veros en Inglaterra!

Yo estreché su mano con mis labios y levantándome le supliqué que se sentara; pues temblaba, suspiraba y procuraba hablar, lo cual no pudo hacer en algunos momentos. Yo llamé a Laura temiendo se desvaneciese.

—¡Oh, qué voz tan grata! —exclamó entonces— ¿Y podéis tener alguna satisfacción en verme? ¿En ver a una fugitiva, a una ingrata, a

una hija inobediente? ¡Oh, señor Grandison! No manchéis vuestro carácter aprobando un paso como el mío.

—Yo os veo, señorita, con la mayor alegría: vuestro hermano y vuestro amigo se felicita por vuestro feliz arribo.

—No añadáis ni una palabra, señor Grandison, sin haberme dicho si tengo un padre... si tengo una madre.

—Gracias a Dios, señorita, los tenéis ambos.

—¡Gracias en efecto —alzando juntas sus dos manos—, gracias te sean dadas, ¡oh, Dios mío, a quien siempre he pedido por ellos! ¡Qué sería de mí si no los tuviera! Me causaba temblor el haber de preguntároslo, y yo me miraría como la más detestable parricida, si hubiese perdido al uno o a la otra.

—A la verdad están en una mortal inquietud por vos, y se alegrarán infinito de saber que gozáis de buena salud, y estáis bajo la protección de vuestro hermano. ¡Ay de mí! ¿Estáis seguro de eso? ¡Qué contrariedad! ¡Ellos tan buenos y no obstante tan crueles, yo tan respetuosa y sin embargo una fugitiva! Pero decidme, señor Grandison: resuelta como yo lo estaba a no tomar un estado que respeto demasiado para abrazarle con repugnancia, ¿me quedaba más recurso que el de huir de sus *crueles persuasiones?* ¡Ah! ¿Por qué no me permitían entrar en un convento? Mas responded a mi pregunta.

—Nunca, señorita, os hubieran violentado: cien veces me han dicho que no tenían semejante intención.

—¡No me hubieran violentado, señor Grandison! ¿No he visto yo a mi padre de rodillas a mis pies? Los ojos de mi madre ¿no me decían más que cuanto su boca hubiera podido proferir? El obispo había logrado que el padre Marescotti (contra el interés de la religión, iba a decir) se opusiese a una vocación irresistible, y Jeronymo mismo se conformaba con las miras de todos. ¿Qué auxilio me quedaba? El general ¡qué sin compasión! A mi vuelta de Florencia había de encontrar al conde de Belvedere y a todos sus parientes con el general al frente. Yo estaba informada de todo, y de que sólo se me esperaba en Bolonia para la celebración del matrimonio. Mi cuñada, mi única abogada en Italia, se dejó enternecer a la verdad por la compasión; pero se supo y por esta causa no se la permitió salir de Nápoles. En otro tiempo se me rehusó ir a Urbino, a Nápoles y a Roma. ¿Tenía yo que elegir otro partido fuera de la fuga para evitar la profanación de un sacramento?

—Mi querida hermana se vitupera a sí misma un paso extraordinario que tiene por una temeridad. Y ahora mismo ¿no recibe a su hermano en un cuarto obscuro? ¿De qué proviene esta agradable confusión? Pero lo que se hizo ya está hecho. Vuestra conciencia es una ley para vos: si ella os acusa, es consiguiente vuestro arrepentimiento, y si creéis que os justifica, ¿quién podrá condenaros?

Miremos adelante, señorita. Yo no apruebo en vuestros parientes la vehemencia de sus persuasiones. Sin embargo, ¿qué padres han tratado nunca a su hija con más indulgencia? ¿Qué hermanos han tenido a su hermana un afecto más desinteresado?

—Confieso, señor Grandison, que mi corazón me condena algunas veces; pero respondedme a esta pregunta: ¿pensáis que contra mi inclinación, contra la justicia y contra el dictamen de mi conciencia he debido casarme, por someterme a la voluntad de mis parientes?

—No, señorita.

—Pues bien, señor Grandison, yo me esforzaré por lo menos a estar tranquila sobre este punto; pero una mujer necesita de un protector. ¿Queréis sostener esta verdad por mí?

—Consiento en ello, señorita, y mis esperanzas tocantes al buen éxito se aumentarán, si vos prometéis renunciar al monjío.

—¡Ay, señor Grandison!

—Mi querida hermana, ¿me permite que yo le haga también una pregunta? ¿No esperáis que a fuerza de resistencias se entibie la oposición, y que al fin hagáis condescender a vuestra familia en lo que ha mirado hasta aquí con extremada aversión?

—¡Ah, señor Grandison! Si ella pudiera consentir...

—Queridísima hermana, su argumento ¿no es el mismo? Si pudiera obtener vuestro consentimiento...

—¡Oh, señor Grandison!

—¿No se ha de ver el fin de semejante debate? Y nunca...

—Veo vuestra conclusión. Vos opináis que en un debate entre unos padres y una hija es esta la que debe ceder. ¿No es esto lo que queréis deducir?

—No, señorita, si es contra la justicia y la conciencia; pero hay casos en que ni los unos ni la otra deben ser sus propios jueces.

—Mas al fin cedéis al motivo de la conciencia: ¡el cielo os colme siempre de bendiciones!

—¡Admirable Clementina!

—Vos sois propio para servirnos de juez. Sedlo mío, si se me permite alguna vez defender abiertamente mi causa.

—Entonces, señorita, ningunos respetos humanos me harán ir contra lo que crea justo. Pero ¿no se me ha de permitir ver las facciones de una persona cuya alma he venerado siempre?

—Laura —dijo de contado a su criada—, dispón el té. Me he acostumbrado a esta bebida desde mi llegada. La señora de esta casa es muy oficiosa. Mas permitidme salir por algunos momentos.

En esto salió dando un suspiro apoyada sobre Laura, y habiendo vuelto bien pronto esta mujer con luz, la puso sobre una mesa y se volvió a mí muy afligida.

—¡Oh, señor caballero! —me dijo en un tono muy lastimoso—: ¡por

la Virgen Santísima y por todos los Santos del cielo, que persuadáis a mi señorita a que se vuelva pronto a Italia!

—Un poco de paciencia, Laura: todas las cosas tomarán un buen semblante.

—Yo, señor, la desventurada Laura será la sacrificada. El general me matará. ¡Ah! ¿Por qué me dejé yo inducir a partir con mi señorita?

—Un poco de paciencia, te digo. Si te has conducido bien, te ofrezco mi protección. ¿Ha sido favorable vuestra navegación? El patrón de la embarcación y sus oficiales, ¿os han tratado bien?

—Sí, señor. Sin eso mi señorita y yo no estaríamos ahora vivas. ¡Ay, señor, cuánto hemos padecido en todo el viaje a excepción de los tres días últimos! Pero el patrón estuvo siempre sumamente atento con nosotras.

Yo le pregunté por qué no veía allí a su joven compañero, llamándole como le llama Jeronymo en su carta.

—Ha salido —me respondió— a comprar algunas provisiones. ¡Ay, señor! Tenemos una vida muy triste. Como no sabemos la lengua ni los usos del país, no tenemos más recurso que este mozo.

Yo me informé de la conducta y carácter de las gentes de la casa con la mira, si había el menor motivo de queja, de valerme desde luego de él para instar más eficazmente a Clementina a que se hospedase en casa de Caroline; pero Laura me habló muy bien de ellas.

—Es una viuda —me dijo— con tres hijas. El patrón de la embarcación es pariente suyo e hizo mucho elogio de ellas a mi señorita, cuando supo en qué cuartel de la ciudad quería alojarse.

¿A cuántos riesgos no se ha expuesto? ¡Y qué felicidad que entre tantas gentes como han intervenido en su empresa, no haya encontrado más que personas de honor! ¡Pobre desventurada! ¡Con cuánta ligereza se apresuró a huir del mal que le pareció más cercano! Pero ella no se hallaba en estado de pesar todos los riesgos a que la exponía su resolución.

—Muchas veces, señor —prosiguió Laura—, muchas veces le conjuré de rodillas que tomase una pluma y os escribiese; pero mi señorita no tenía siempre la cabeza bastante tranquila para resolverse a ello; y cuando estaba más serena, me decía que temía veros, que no aprobaríais su temeridad, y que no podría soportar vuestro descontento. Incesantemente se vituperaba haberse metido en una loca empresa. Si hubieseis estado en Londres, Antony hubiera tomado secretamente informes, y acaso habría ella consentido en veros; pero en muchos días no estuvo la infeliz en disposición de tomar la pluma. Sin embargo, su impaciencia por saber de su familia la obligó por último a pedir recado de escribir.

—¿Por qué tardará tanto tiempo en volver? Ve, Laura, y dile que

espero tener el honor de verla.

Habiendo salido Laura, vi venir pronto a su señorita con la vista inclinada y un aire tímido de dignidad. Yo le salí corriendo al encuentro.

—Mi hermana, mi amiga, mi queridísima Clementina —besando su mano—, ¡qué alegría, lo repito, veros en Inglaterra! Mirad pues a vuestro hermano, a vuestro protector: honradme con vuestra confianza y aceptad mi protección. No estimo más mi vida que vuestro honor y vuestro reposo.

Clementina temblaba y suspiraba sin poder decir palabra. Yo la llevé a una silla, y habiéndome sentado junto a ella y tomado sus dos manos con las mías, hizo algunos esfuerzos por hablar.

—Serenaos, señorita: contad con las más tiernas atenciones y con todo el celo de un verdadero hermano.

—Generoso hombre —me dijo al fin—, ¿sois capaz de perdonarme? ¿Me dais de todo corazón la bienvenida? Yo me quiero esforzar a serenarme. Vos me habéis hablado de la acusación que yo me hago a mí misma. ¡Ay de mí! Me la hago verdaderamente. Mi acción tiene fatales apariencias, mas sin embargo no puedo condenar ni consentir en que condenéis mis motivos.

—Yo no los condeno, señorita. Todo tendrá felices resultas. Confiad en mis consejos y en mi protección. Mis hermanas, sus maridos y cuantas personas amo os aprecian y admiran. Vos vais a veros en una sociedad de almas tiernas que se lisonjearán de merecer vuestra confianza.

—Vos derramáis un bálsamo en las heridas de mi corazón. ¿Qué es una mujer cuando se ve cercada de dificultades? Mi terror comenzó demasiado tarde. Hasta que ya estaba embarcada y el buque había zarpado del puerto: hasta que el viento que fue favorable a mi partida, puso un obstáculo insuperable a mi vuelta, no estuve capaz de revocar las órdenes que había dado. Entonces no osé abandonarme demasiado a mis reflexiones temiendo recaer en mi antigua enfermedad. Mas no es justo que yo venga a turbar vuestra dicha. Sin embargo, permitidme decir que entre las personas de quienes me prometéis tan favorable acogida, no me nombráis la principal… ¿Qué pensará de Clementina? Pero aseguradla, señor Grandison, y estad vos mismo bien persuadido, de que jamás hubiera puesto el pie en Inglaterra si no os hubieseis casado. ¡Oh, señor Grandison! Si yo turbo vuestro reposo, nadie tendrá más horror de mí que yo misma.

—Generosa y noble Clementina, el cielo es testigo de que vuestra felicidad es esencial y necesaria a la mía. Mi Harriet es otra Clementina, y vos sois otra Harriet. Cien veces os he llamado hermanas en perfecciones y virtudes. En las últimas cartas con que me honrasteis, mostrasteis desear el conocerla, y por tanto la conoceréis,

y aun estoy seguro de que la amaréis. Por los deseos que manifestasteis de verme suya, se resolvió a hacerme feliz. Sabe toda nuestra historia y está dispuesta a recibiros como a la más cara de sus hermanas.

—¡Divina milady Grandison! Bien informada estoy ya, señor mío, de su mérito y os doy la enhorabuena. Con razón creísteis que me hubiera afligido en extremo si hubieseis hecho una elección indigna de vos. Nada contribuirá tanto a restablecer la serenidad de mi ánimo como el veros feliz con una mujer tan maravillosa, y el estar yo persuadida de que en ningún momento merezco ser vituperada por haber rehusado vuestra mano. Cuando yo me sienta más alentada y se haya aliviado mi corazón de parte de sus penas, me presentaréis a milady Grandison. Entre tanto, decidle que la amo y creo deberle estar eternamente agradecida, por haber hecho feliz a un hombre que yo me lisonjeaba en otro tiempo de poder hacer feliz también, si motivos superiores no se hubiesen opuesto a ello.

En esto volvió la cabeza, verosímilmente para ocultar un gracioso rubor de que se cubrió su rostro y las lágrimas que corrían por sus mejillas. Mi admiración a una grandeza de alma a la que no conozco ninguna igual sino la de mi Harriet, no permitió a mi corazón explicarse con palabras. Yo me levanté, y volviendo a tomar sus dos manos, incliné la cabeza sobre ellas. Las lágrimas salieron aún con más abundancia de sus ojos, y ambos estuvimos algunos momentos sin hablar. Haría agravio a un alma tan grande y noble como la de Clementina con querer excusar estas tiernas conmociones de dos corazones, el uno tan puro como el de mi Harriet y el otro enteramente suyo.

Yo rompí nuestro silencio con instarla a que aceptase un aposento en casa de Caroline.

—Mañana, señorita, tan temprano como lo permitáis, estaré aquí con esta cara hermana para llevaros a su casa. Voy a prevenir sobre esto a las criadas de ellas, y me encargo de ver al honrado patrón cuyos cuidados y conducta me ha ponderado Laura, para darle gracias en nombre de nuestros amigos.

—Vos me animáis a alzar los ojos y me tendré por muy favorecida con la visita de vuestras hermanas. Pero ¿no debemos comenzar por examinar juntos, si es conveniente que yo acepte vuestras ofertas? Yo estoy dispuesta a dirigirme por vuestros consejos. Aunque en mi temeraria acción he manifestado tener poco miramiento a mi honor, no quisiera, si fuese posible, que un primer yerro originase un segundo. Vos, señor Grandison, instruidme como hermano y amigo sobre mi conducta.

—Vuestro honor, señorita, será mi primer cuidado. Conozco muy bien que no puedo daros mejor consejo al presente.

—*¡Al presente!* —me interrumpió con un suspiro.

Este punto fue controvertido algunos momentos. El motivo de sus escrúpulos era una delicadeza impropia de Clementina y de que la hice avergonzarse. En fin, yo tuve la dicha de persuadirla a que la protección de una hermana de su cuarto hermano era la que más le convenía elegir.

Yo bajé a informar a sus huéspedas de la novedad que había de haber el día siguiente, y habiendo vuelto a subir a su aposento, pasé con ella parte de la noche. En todo el curso de nuestra conversación fue extremada mi alegría al advertir su mucha serenidad de ánimo. Sin embargo, no tuve por conveniente informarla todavía del viaje de la más querida parte de su familia, y me contenté con manifestarle la esperanza que yo tenía de que si podíamos hacerle agradable la Inglaterra, persuadiría a algunos de sus parientes a que me hiciesen antes de su partida la visita que me habían prometido.

Ya te he referido, carísima esposa mía, todas las circunstancias de nuestra vista. Uno de mis mayores placeres es el de obedecer a las tiernas y generosas órdenes de mi Harriet.

Esta mañana he estado en casa de la excelente Clementina con Caroline, y ella y su marido están en extremo gozosos por tener tal depósito. Sí, Clementina se halla al presente en su casa, y no se muestra menos gozosa de verse en ella. Cada vez conoce más y más los peligros de que por fortuna se ha libertado, y condena sin dificultad un paso que con la mayor franqueza llama temerario; pero ella está a un mismo tiempo confusa e impaciente por ponerse en tu presencia, y creo que oye con sumo gusto los justísimos elogios que Caroline y su marido hacen de mi Harriet.

—*Ch. Grandison.*

Carta CXXIII
Charles Grandison a su esposa

Sábado, 24 de febrero.

La fragata de Livorno se espera de día en día, pues se sabe por los comerciantes que ha entrado en el puerto de Antibes. Si el camino por tierra de Antibes a París y de París a Calais no parece demasiado incómodo al señor Jeronymo, me prometo ver llegar la amable *caravana,* cuando menos se espere.

La casa de Grosvenor Square está ya preparada para recibirles. Como están en ánimo de vivir aquí sin ostentación, pienso que podrá bastar para alojar al marqués y a la marquesa, a la Beaumont que les servirá de intérprete, a los dos hermanos y al padre Marescotti. Ya he

hecho alquilar un aposento cómodo para el conde de Belvedere. Yo quisiera como tú, amor mío, que el conde no hubiese pensado en acompañarles. La pobre Clementina ha de ignorarlo, si es posible. Los dos jóvenes sobrinos que yo convidé cuando estuve en Italia, se hospedarán en nuestra casa, si tú no pones ningún reparo.

Cuenta, mi generosa Harriet, con que si mis consejos tienen algún peso e la familia, Clementina no será violentada, ni aun se la instará demasiado. Sus parientes no sabrán su alojamiento, ni la verán sino con su beneplácito, y cuando les crea dispuestos a tratarla como ella desea. ¡Cuán generosa es la inquietud que muestras tener por su tranquilidad!

Aún no he osado comunicarle una nueva, sin embargo de que me vitupero retardarlo demasiado tiempo. Me falta el ánimo para participarle el viaje de su familia, y así aunque varias veces lo he intentado, no ha tenido efecto. ¡Amable joven! Su aire de inocencia, su confianza en mí y los temores que no obstante la agitan algunas veces... Vaya, no sé cómo he de manejarme. Clementina depende de mi mediación, y ella me insta a que comience a tratar de la reconciliación con sus parientes. Yo difiero escribirles, le digo, hasta recibir las nuevas que espero de la Beaumont. A ella no le ha pasado por el pensamiento su viaje. ¿No has experimentado tú nunca, cara Harriet, lo que padece un corazón franco como el tuyo por la impaciencia y el temor no obstante de revelar a un amigo noticias desagradables que le importa saber? ¡Cuánto se siente turbar una tranquilidad fundada en la ignorancia de un suceso! Y esta misma tranquilidad ¿no aumenta la pena del amigo compasivo al considerar que comunicada la noticia, sólo el tiempo y la filosofía podrán aliviar el corazón de su amigo?

Caroline y su marido procuran divertir su extraña melancolía proporcionándole la vista de todo lo que creen capaz de entretenerla. Hasta el presente no parece forma un alto concepto del país; mas si renaciera la alegría en su corazón, le parecería todo muy diverso.

Recibo en este momento tu carta de ayer. Si los negocios de nuestros parientes urgen tanto que no pueden permanecer ahí más tiempo, ponte en camino con ellos, amor mío, como lo propones, y ven a pasar algunos días en Londres. Es extremada su oficiosidad de querer acompañarte hasta aquí.

¡Mi consentimiento, querida Harriet! ¿A qué viene el pedirme lo que tú deseas? ¿Soy yo capaz de no aprobar lo que puede agradarte? Si yo estuviera cierto de tu resolución iría a recibirte; mas tú traerás en tu compañía muchos caros parientes.

Di a Emily que he recibido la visita de su madre y de su marido, y que he quedado tan satisfecho de ellos que pienso pagársela el lunes.

Ahora que espero volver a ver bien pronto a mi Harriet, doy libertad a todos mis deseos, y pongo en primer lugar el de no ser separado jamás de ella.

Carta CXXIV
Milady Grandison a la señora Shirley

Londres, viernes 2 de marzo.

Al presente, señora, es a vuestra Harriet a quien corresponde tomar la pluma. Mi tía y Lucy os han dado cuenta de todo lo que ha sucedido después de mi última carta. Nosotros llegamos ayer noche. ¡Con qué ternura fue recibida vuestra hija por el mejor de todos los hombres y de todos los maridos!

Esta tarde he de ser presentada a Clementina en casa de Caroline. Desde luego os figuraréis que en esta espera me da latidos el corazón, y no lo niego. Charles confiesa también que su conmoción no es inferior a la mía. ¡Cuánto honor hace a su Harriet! Incesantemente me consulta como si su parecer necesitara de la confirmación del mío.

Mis tíos y Lucy están resueltos a partir del miércoles próximo a Northampton Shire. Charles preguntó esta mañana a nuestra Emily si aún permanecía en su intento de acompañarles, y le respondió que sí, y que nada era capaz de hacerla mudar de opinión. Al momento salió a comunicarle a su madre y a comprar algunas cosillas que necesita para su viaje. ¡Querida niña! Algunas veces me cuesta lágrimas: porque ¿no me acuerdo de haberme visto en igual situación? Mas yo escribo con bastante serenidad para una mujer impaciente que espera ver bien pronto a una Clementina.

Viernes por la noche.

Clementina, mi queridísima abuelita, no será ni debe ser violentada. Si yo ya la amaba y admiraba, mi ternura y admiración se han aumentado al doble con haber tenido la dicha de verla y oírla. Es verdaderamente una joven hermosísima, de una estatura mediana, airosa y gallarda en extremo, con un aire de dignidad y aun de grandeza en todo cuanto hace y dice; su tez es admirable, sin que parezca contribuir a ello el arte: seguramente es hermosísima. Tiene los ojos negros más bellos que jamás he visto, y los cabellos y cejas son del mismo color. No obstante, en sus ojos se advierte algunas veces un aire de distracción y languidez que recuerda a los sabedores de su historia que no siempre ha estado en su razón. ¿Cómo se aprovechan de su sexo para tratarla con una especie de tiranía, cuando quizá excede a sus hermanos en talento y juicio?

Cuando llegamos a casa de Caroline, supliqué a Charles que me

llevase primero a alguna pieza en donde ella no estuviese, y me senté en una silla. Caroline acudió corriendo a mí.

—Queridísima hermana, ¿te hallas indispuesta?

Charles, que no había advertido mi conmoción, me dejó para ir al aposento de Clementina, quien parece estaba también algo alterada.

—Una hermana —le dijo— espera el permiso de presentarse a vos.

—¡Ah, señor Grandison!, no me honréis con el nombre de hermana suya. ¿No soy una fugitiva? Temo que me sea imposible verla. Debe mirarme con desprecio. Yo no me inquietaré menos con su presencia de lo que me inquieté antes con la vuestra. Su virtud, ¿es severa?

—Es la dulzura y la bondad misma. ¿No os he dicho que es la Clementina de Inglaterra?

—Siempre bueno, señor Grandison, siempre indulgente. Mas yo no debo ser desatenta. Yo soy extraña en esta generosa casa, sin lo cual hubiera ido a recibirla hasta la primera puerta. ¿No es milady Grandison? ¡Feliz, feliz mujer!

Sus ojos estaban inundados de lágrimas y se volvió un poco para ocultarlas. Después, dando algunos pasos hacia adelante, dijo:

—Vamos, estoy dispuesta a recibirla: hacedme el favor de conducirme...

—Ella no deja de tener también alguna alteración y está dispuesta a veros. La compasión y la ternura agitan fuertemente su corazón. Voy a avisarla.

Caroline fue con ella. Charles vino a mí y encontrándome en la misma silla me dijo:

—¿Por qué es ese embarazo? Tú verás una mujer que no puedes temer y que no podrás menos de amar: ella ha sentido las mismas agitaciones. Permite que te lleve...

—No, Charles; eso sería insultarla...

—Vida mía, no te olvides de lo que te debes a ti misma —yo me estremecí— y no me realces demasiado a los ojos de una persona adornada como tú de un talento singular. Yo fundo mi gloria en mi mujer, y no puedo olvidarme a mí mismo.

Este lenguaje me desazonó algo por el pronto, temiendo haberle disgustado; pero habiendo vuelto a casa y estando sola con él reconocí a un tiempo en sus expresiones grandeza y bondad.

Charles me introdujo y Caroline permaneció allí a ruego suyo. Habiéndose adelantado hacia mí la noble extranjera, yo me acerqué a ella presurosa con las piernas trémulas. Charles nos besó la mano a las dos, y las juntó diciendo:

—¡Hermanas en virtudes como mil veces os he llamado! ¡Par caro y respetable! Amaos la una a la otra tanto como yo os admiro a ambas.

Clementina me echó los dos brazos al cuello.

—¡Favoreceréis, señora (¡ay de mí!), favoreceréis con algún afecto

a una pobre desconsolada! ¡Verdaderamente desconsolada hasta sus últimos días! ¡A una fugitiva, a una desobediente, a una ingrata con los mejores padres!

Yo la abracé.

—Padres engañados: así les he llamado siempre, señorita. Me compadezco de ellos, pero más tiernamente me compadezco de vos. Honradme con vuestra amistad. Charles me ha dado ya dos hermanas: permítaseme desde ahora contar tres.

—Consiente en esto, Caroline —dijo Charles a su hermana haciéndola acercarse a las dos; y ciñéndonos a todas con sus brazos, añadió—: responde tú por ti y por Charlotte que está ausente: esta es una cuádrupla cadena que nada podrá romper.

Nos sentó en un canapé, juntó mi mano con la de Clementina, y tomó asiento enfrente de nosotras, y Caroline al lado de él. Ambas guardamos silencio, que Charles no dejó durar mucho tiempo.

—Mi Harriet, como os lo he dicho, señorita, sabe toda vuestra historia y las dos os conocéis ha mucho tiempo. Vuestras almas están unidas, vuestras penas lo son también suyas, y vos no disfrutaréis ningunos placeres que ella no disfrute como los suyos. Ya conoces, cara Harriet, ya ves con tus propios ojos a la admirable Clementina cuyo carácter tanto has admirado, y a quien me has oído nombrar tantas veces como a la primera de todas las mujeres.

Ambas lloramos, pero sus lágrimas parecían provenir de ternura y estimación. Yo puse sobre su brazo la mano que no tenía en la suya. El valor me faltaba, o por lo menos estaba embargado por mi respeto que no me permitía estar bastante despejada para abrazarla segunda vez.

—Creedme, señorita (perdonad por el poco uso que he hecho de vuestra lengua), yo he dicho muchas veces, millares de veces que dichosa como soy, es necesaria vuestra felicidad al complemento de la mía.

—¡Tanta bondad con una extranjera, con una fugitiva!... ¡Oh, milady Grandison! Todo cuanto se me ha dicho de vuestra alma será cierto, así como veo la verdad de todo lo que se me ha dicho de vuestros atractivos. Recibid mi enhorabuena y mis agradecimientos por haber hecho feliz al hombre que más merece serlo. Antes que os hubiese conocido, señora, era hermano mío, en cuya atención permitid que conserve el título de hermana suya, y hacedme la gracia de concedérmelo vos también.

—A Charles, señorita, le parece que hay semejanza entre nuestras almas, lo cual es hacerme honor. Si en adelante parezco a vuestros ojos, como por todo lo que sé de vos parecéis a los míos, seré la más feliz de todas las mujeres.

—Vos pues lo seréis. Yo estaba dispuesta a amaros, y creo ya sentir que os amo con una pasión que no podrá aumentar el tiempo. Pero ¿es

posible, señora, que me miréis con ojos de hermana? ¿Podéis compadeceros de mí, por haber dado un paso cuyas apariencias son todas contrarias a mi gloria? ¿Podéis creerme infeliz sin creerme también demasiado culpada? ¡Oh, señora! Mi razón ha padecido mucho, y a esta terrible desgracia debe atribuirse parte de mis yerros.

—Dios sólo sabe, señorita, cuántas lágrimas me ha costado vuestra desdicha. En las más penosas situaciones he preferido vuestro bien al mío. Yo os abriré enteramente mi pecho y no os ocultaré nada, aunque tenga secretos que ignore el más amable de todos los hombres. Nosotras seremos verdaderas hermanas y verdaderas amigas hasta la muerte.

—¡Noble Harriet! —dijo mi generoso Charles— La franqueza, mi cara Clementina, es parte de su carácter y nada dice que no sienta. Vos veréis cómo cumple todo lo que promete —Y volviéndose a mí añadió—: es inútil, amor mío, recordarte lo que tienes tan presente: tú conoces a nuestra Clementina por la más noble de todas las mujeres: dale las pruebas de confianza que le prometes, y cualesquiera que ellas sean, no harán más que estrechar el dulce vínculo que nos une para siempre.

—Así alentada, a vos es, señora, a quien debo dirigirme para corroborar en el corazón del señor Charles la parte que me lisonjeo de tener en su afecto. No permitáis, señor mío, os lo suplico encarecidamente a todos tres, que mi mano sea violentada. Sed mis fiadores, y pondré la vista en lo venidero con más complacencia de la que osaba prometerme.

Charles respondió que ella debía acaso ceder algo y que verosímilmente su familia cedería también.

—¡Pluguiese al cielo —añadió— que estuviesen bastante cerca de nosotros para poder consultarles!

—¡Qué deseo, señor Grandison! ¡Entonces querréis abandonarme! ¿Haréis resistencia en favor de una fugitiva a la autoridad de una familia? ¡Estimada, estimada señora! —ciñéndome con ambos brazos —: obtened de vuestro querido Grandison que me proteja y defienda mi causa: él no os negará nada: si habláis por mí, en vano mis padres y hermanos le instarán a que me abandone.

—Vos debéis tener —le dije— una absoluta confianza en Charles: no deseamos más nuestra felicidad que la vuestra.

—¡Generosa, noble, excelente milady! ¡Cuánto os admiro! Si vos me prometéis sus servicios, entonces, señor Grandison, yo los exijo.

—Miradlos, mi queridísima Clementina, como una inviolable obligación. Yo necesito de hablar con vos acerca de vuestras miras, con las cuales me conformaré sin excepción en cuanto me sea posible.

—Sí, señor; me explicaré... Mañana sería tal vez demasiado pronto para mi debilidad.

—Haced pues a mi Harriet el honor de venir a pasar con ella el lunes. Los parientes que la han acompañado consentirán gustosos en comer este día en casa de mi hermana Charlotte, y sólo estaremos vos, señorita, Caroline, mi Harriet y yo. Vos me declararéis vuestras intenciones, que serán una ley sagrada para mí. Esta tierna entrevista no se ha podido tener sin alguna conmoción, y así os pedimos permiso para retirarnos.

—¡Siempre atento, señor Grandison! Vos sois en Inglaterra lo que erais en Italia. Perdonad, señora; vos habéis visto en mí alteración y tal vez mi tristeza os la ha causado. Yo he nacido para dar pesares a mis amigos. En otro tiempo... ¡cuán feliz era!... Espero, señora —dirigiéndose a Carolina—, que vuestra presencia me alentará el lunes en casa de vuestro hermano.

Caroline, que aunque entiende el italiano, no lo habla, manifestó su consentimiento con una reverencia.

La noble extranjera se levantó aunque algo trémula y nos dijo:

—Señoras mías, señor Grandison, pues que me lo permitís, me retiraré. Yo siento mi cabeza —llevándose a ella mano— como si me la apretaran con una cuerda.

En esto me ciñó con sus brazos, y por despedida me dijo en voz más alta:

—¡Mujer angélica! ¡Todo lo que hay de bueno, de grande y de amable para mí! ¡Con qué impaciencia aguardaré el lunes!

Al mismo tiempo me apretó las mejillas con sus labios.

—¡Cara y admirable Clementina! —le dije yo estrechándola también con mis brazos, y no pude concluir.

Mis lágrimas y la ternura de mi acento me quitaron las expresiones. Caroline la llevó de la mano hasta su aposento, en donde la dejó con Laura.

Yo volví a tomar por un instante mi asiento, y dije a Charles apretándole la mano:

—Clementina no será ni debe ser violentada: aun la persuasión es una violencia. ¿Por qué traernos al conde de Belvedere? Si por desgracia lo sabe, no respondo de que su cabeza lo resista.

Mis tíos, Lucy y Emily mostraron una extremada curiosidad por saber todas las circunstancias, cuando volvimos a la hora de cenar. Están ansiando por ver a tan admirable joven que por causa de su religión ha podido renunciar a un hombre que había elegido y que quiere todavía; que ha venido a implorar su protección, y que es capaz no obstante de felicitarle por su casamiento y de amar a su mujer.

—¡Qué grandeza! —dijo mi tía.

Lucy pondera mi generosidad; pero ¿qué comparación puede haber entre la mía y la de Clementina, viendo yo enteramente cumplidos todos mis deseos?

Unid, mi cara abuelita, vuestros votos a los míos por la felicidad de su vida, y tanto más que en la suya está comprendida por un sincero afecto la de vuestra

—Harriet Grandison.

Carta CXXV
Milady Grandison a la señora Shirley

Lunes, 5 de marzo.

Carolina y Clementina llegaron cuando estábamos dispuestos a desayunarnos. Mi nueva hermana (pues cada vez tengo más gusto en usar de un nombre tan tierno), hizo en lengua francesa un cumplimiento muy cortesano a todos los circunstantes. No fue menester que la nombrasen a los señores Selby, a Lucy y a Emily para conocerles sólo con la relación de Caroline, y todas sus oficiosas salutaciones fueron tan discretas como atentas. Esto es todo lo que puedo escribir al presente en un instante que quito a mis queridos parientes, que se disponen a ir a casa de Charlotte mientras que Charles está ocupado en una conversación a solas con nuestra admirable huéspeda.

Incontinente que los convidados de Charlotte se fueron, vino a mí Charles, y llevándome al aposento en que había dejado a Clementina, me dijo:

—Consuela a tu hermana: ella necesita de tus más tiernos consuelos.

Yo me acerqué con los brazos abiertos, y ella vino a arrojarse a ellos derramando copiosas lágrimas y aun dando algunos sollozos.

—Animaos, mi carísima hermana, no os abandonéis a tan extremada aflicción.

—¡Oh, señora!, de un día a otro se esperan aquí a mi padre y a mi madre: no sé quiénes les acompañan. ¡Cómo he de poder soportar la vista de mis padres!

Charles salió, verosímilmente para calmar su conmoción, pero tuvo cuidado de enviarnos a Caroline.

—Vuestro hermano, señorita —repliqué yo—, vuestro amigo y mío será vuestro protector. No es verosímil que vuestros padres hubiesen emprendido tan penoso viaje, si no estuvieran en ánimo de hacer todo lo posible por complaceros.

—¡Ay de mí! Eso es lo que el señor Grandison me dice.

—En esta estación, señorita, con una salud tan débil y tanta aversión al mar el motivo de la marquesa no puede ser otro que un vivo afecto a su hija, por manera que prefiere vuestra salud y

tranquilidad a la suya.

—Y es misma consideración, ¿no es un tormento para un alma agradecida? ¡Indigna Clementina! ¿Qué pesares no has causado a tu familia? Yo no puedo, no puedo soportar sus miradas. ¡Oh, milady Grandison! Yo he sido toda mi vida una perversa hija. Siempre que yo empezaba a desear alguna cosa, no estaba tranquila hasta que tenía por seguro el obtenerla. Mi orgullo y mis caprichos me cuestan caros. Pero en los últimos tiempo, ¿no he sido más perversa que nunca? Yo concebí el deseo de venir a Inglaterra y ya estoy cansada de haberlo hecho. La Inglaterra me desagrada, pues que no puedo estar en ella a cubierto. Hacía años que yo sólo pensaba en un proyecto favorito que me había ayudado a hacer el mayor de todos los sacrificios, y he venido a un país casi el único en Europa donde es impracticable este lisonjero proyecto. ¿Que no hubiera yo pasado a Francia? Yo tenía bastante dinero para obtener la entrada en el primer convento que hubiese encontrado. El tiempo de la profesión hubiera llegado... Mas creo que aún no es demasiado tarde. Yo quiero partir. Favorecedme, queridísima hermana: yo no puedo, no puedo resistir la vista de mi madre.

En esto entró Charles.

—Señorita —le dijo—, he oído lo que acabáis de decir. Serenaos, os lo suplico. Yo había temido comunicaros la llegada de vuestros parientes; pero ¿no conocéis su indulgencia? Vos no tenéis nada que temer, sino por el contrario que prometéroslo todo de su presencia.

—¡Nada que temer! ¿Y me prometéis hacerles aprobar que yo me consagre al cielo? ¿Os ofrecéis a defenderme en esta causa?

—Yo no puedo decir lo que podré hacer antes de haberles visto; mas confiad en mi celo. La casa de mi hermana Caroline, lo repito, será vuestro asilo hasta que consintáis en verles. Yo les confesaré que sé dónde estáis; pero si lo exigís, no estaréis menos oculta para ellos que lo estabais para mí en vuestro primer refugio.

—¡Qué consuelo —dijo levantando las manos— no es la protección de un hombre de honor para una mujer afligida! Pero decidme ahora, como hombre de honor, según lo habéis sido siempre, decidme a quién esperáis con mi padre y mi madre.

—A vuestro hermano Jeronymo, señorita, a vuestro hermano el obispo...

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! —exclamó apretando las manos con una gracia inimitable— ¡Cuánto me intimidáis! ¿Y a quién más?

—Al padre Marescotti.

—¡Virtuoso hombre! ¿Me ha creído digna de semejante atención? Mas esto es por respetos de mis padres. ¿Y a quiénes más?

—A la señora Beaumont que, aunque no pensaba volver a poner el pie en Inglaterra, ha mudado de resolución por dar gusto a vuestra

madre.

—¡Excelente señora Beaumont! Pero ¿no debo yo temerla también? ¿Y a quién más?

—A Camilla, a vuestra Camilla, señorita.

—¡Pobre Camilla! Yo la he tratado con dureza, mas ella no se cansaba de atormentarme. Cuidado, señor Grandison, con que no han de saber dónde estoy. Vuestra casa, señora —a Caroline— será mi asilo. Alma tierna y compasiva —a mí, viéndome enternecida—, ¿qué derecho tengo yo para afligiros así? Y bien, señor Grandison —enjugándose los ojos y echando miradas rápidas y propias de su antiguo mal—, ¿no esperáis a nadie más?

—Vuestros dos primos vienen también, mas no el general.

—¡Gracias a Dios! Yo quiero a este hermano; pero ¡es de un genio tan violento! Solamente su mujer es capaz de templarle.

En fin Charles logró hacerle mirar con más tranquilo aspecto la llegada de su familia, y la mantuvo en esta disposición durante la comida con una destreza que yo no cesé de admirar. Una vez confesó que vería a sus padres con alborozo, si mostraban en su rostro que estaban algo dispuestos a perdonarla.

Charles quiso que sólo nos sirviese a la mesa el ayuda de cámara que tenía en Italia, y ella le dio gracias por esta atención; pero quiso que se permitiese a Laura estar en pie detrás de su silla.

De cuando en cuando se le escapaba impensadamente una lágrima. Y en efecto, ¿qué escena para ella? Sus reflexiones no eran difíciles de penetrar.

—¡Cuán doloroso me es —me decía a menudo— el no haber venido más que a causaros pesares!

Una vez, después de una distracción de algunos minutos, exclamó:

—¿Y qué, me hallo yo en Inglaterra en la mesa del caballero Grandison? ¿No es esto un sueño?

Después de la comida, habiendo pasado con Caroline y conmigo a otra sala, me dijo:

—¡Cuánto admiro vuestra generosidad! Yo temblaba antes de veros, pero a la primera mirada conocí y abracé a una hermana. ¿Me disimuláis mi estimación a vuestro querido Grandison?

—Decid vuestra terneza, mi amada Clementina, y os daré las gracias. ¿No tiene derecho un hombre de bien al afecto de todos los sujetos honrados?

A este tiempo llegó Charles, y habiéndose sentado con nosotras nos pidió después de algunos minutos de conversación el permiso de ausentarse por una hora para pasarla con sus amigos en casa de Charlotte. Entre tanto, no aflojó nuestra conversación y se tocaron varios puntos. Los usos de las damas italianas y la ignorancia asombrosa en que son educadas la mayor parte de las mujeres en

Italia nos ocuparon mucho tiempo. En este país una mujer que sabía más lengua que la suya pasaba por un prodigio hasta estos últimos tiempos en que las costumbres de Francia parecían haber prevalecido. Si se busca la razón, se encontrará que sin embargo de no haber en Italia menos genio que en el país más amigo de las letras, se hallan en ella las mujeres como anegadas en los placeres sensuales. El canto, el baile y el galanteo se llevan todo su tiempo, por manera que considerando el poco cuidado que se pone en formar su juicio, se creería que sus maridos y sus padres las miran como criaturas de este mundo que no tienen que esperar otro mejor. Si la religión no las hiciese concebir mejores ideas, podrían mirarse ellas mismas como ídolos pasajeros expuestos por algún tiempo a la adoración de los hombres. Sin embargo, se echa de ver muy bien en su trato de cuánto serían capaces con otra educación. La cultura del país está tan abandonada como la del talento de las mujeres. El jardín del mundo, según se llama la Italia, se ve cubierto de zarzas. No digo esto, mi querida abuela, porque lo haya confesado directamente Clementina, pues está apasionada de su país tal cual se halla, sino porque lo he inferido de sus varias pinturas, y lo aseguran así todos nuestros viajeros ilustrados.

Charles volvió a la hora que se había señalado. Tiene razón en querer estar en todas partes, pues es el encanto de todas las tertulias. Nosotros hemos pasado una de las noches más gustosas y divertidas, y Clementina aunque tan infeliz, tuvo ánimo para contribuir con todas sus gracias a la satisfacción común. Charles llevó a las dos damas a su casa.

NOTA. *La carta siguiente contiene la partida del señor y de la señora Selby, de Lucy, de Emily y del señor Deane. La despedida de Emily es muy patética, y milady Grandison le promete tener una correspondencia epistolar con ella. El señor Edward Beauchamp, heredero ya del título y bienes de su padre, había empezado a inclinarse a esta joven y aun se había franqueado con Charles, quien objetó la edad demasiado tierna de Emily. Cualquiera que fuese el afecto que Grandison tuviese a Beauchamp, quería que su pupila, a quien creía menos adelantada, se hallase en disposición de resolverse por su inclinación, y que su mismo amigo no corriese los riesgos de la inconstancia natural de las jóvenes. Beauchamp pide permiso para acompañar a Emily en su vuelta, y lo obtiene sin dificultad a título de cortesanía.*

Carta CXXVI
Jeronymo della Porretta a Charles Grandison

Dover, lunes por la noche, 12 de marzo.

Ayer noche llegamos, querido amigo. La salud de mis padres está tan quebrantada que esperaremos aquí algunos días noticias tuyas. Mi madre se puso tan mala que fue menester entrar en Antibes. A pequeñas jornadas vinimos a París, y desde esta capital en derechura a Calais, donde fletamos una embarcación para venir a este puerto. Mi hermano y el padre Marescotti están indispuestos; Camilla no está mejor; la Beaumont, a quien debemos infinitos favores, nos anima a todos con su oficiosidad y su afecto.

¿Has sabido algo de la amable fugitiva que nos causa tantas inquietudes y en la presente estación tan grandes fatigas? ¡Quiera Dios que se halle bajo tu protección y en su sana razón! En el estado que yo le deseo, jamás hubiera pensado hacer una fuga tan vergonzosa e imprudente. Al conde de Belvedere se le parte el corazón de impaciencia, y bien pronto seguirá al expreso que despachamos con esta carta. Nuestro primo Sebastiano quiere acompañarle. La fatiga ha excedido algo a las fuerzas de tu Jeronymo, pero se alegra de estar en Inglaterra, en el país donde ha nacido su amado Grandison, como también con la esperanza de abrazar a Lowther, a quien debe salud y vida. ¡Ojalá nos conceda el cielo una dichosa vista, y no permita que turbe vuestra felicidad conyugal la extravagancia de una joven cuya conducta sólo puede atribuirse al fatal trastorno de su razón! Adiós, adiós, carísimo amigo.

—Jeronymo della Porretta.

Carta CXXVII
Milady Grandison a la señora Shirley

Martes por la mañana, 13 de marzo.

Charles recibió ha dos horas una carta del señor Jeronymo. El mensajero había venido corriendo toda la noche. Todos están ya en Dover.

Charles ha partido ya con cuatro coches de seis caballos (los nuestros y los de nuestros parientes), para ellos y las personas de su comitiva. Ha llevado a Lowther en su compañía. Su ayuda de cámara se ha quedado para llevar al conde de Belvedere al alojamiento que se le ha destinado. Nuestra casa de Grosvenor Square está preparada para recibir a los demás nobles extranjeros.

Inmediatamente que haya podido serenarme algo, iré corriendo a casa de Caroline para tranquilizar a Caroline, al menos si la hallo con bastante presencia de ánimo para recibir esta noticia. Charles la ha puesto ya en disposición de desear que se haya pasado esta crisis, pues crisis es en efecto. Yo estoy tan conmovida por ella, como ella puede

estarlo por sí misma. Sin embargo, no tiene parientes crueles. ¡Ojalá conserve alguna serenidad de ánimo!

¡Con qué agitación no os escribo! Vos no lo extrañaréis, pues no tengo vuestra fortaleza. No, no, mi querida abuelita, nunca os asemejaré.

Martes a las dos.

En el gabinete de Caroline os escribo. Yo he comunicado a la amable Clementina con la mayor dulzura que he podido la llegada de sus gentes a Dover. Ella comenzó a tratar del asunto diciéndome que pedía a Dios día y noche por la seguridad de sus parientes, y que se estremecía al considerar hubiese padecido mucho su salud. Yo le respondí que bien pronto estaría libre de tal pena; que Charles había tenido aviso de que habían desembarcado felizmente en cierto puerto, y que acababa de partir con muchos carruajes para que no les faltase ninguna comodidad.

Clementina nos miró alternativamente a Caroline y a mí con un terror que le quitaba la respiración.

—¡Por fin —me dijo—, estoy segura de que han llegado! Decid, señora, decidme si es así. ¿Están todos con salud?

Yo no tuve reparo en confesar que estaban en Dover, y que querían descansar algunos días esperando noticias del estado de su cara hija.

Clementina echó a llorar mezclando sus lágrimas con sollozos e irritándose contra sí misma. Sin embargo, advertí más de enternecimiento que de aflicción, y se alentó recordando las promesas de Charles que eran capaces, según me dijo, de calmar los más vivos sentimientos.

Milord, que la admira mucho, está muy compadecido de ella y la trata con el mayor agasajo; pero observamos algunas pequeñas señales del trastorno de su razón que la hace exclamar y elevar el estilo. ¡Ojalá se serene y recupere todo su juicio para las importantes escenas que se acercan! Pero se me envía a decir que vaya incontinente a casa.

Martes por la noche.

Paréceme que aun a esta distancia estoy medio asustada, mi querida abuelita, de deciros por causa de quién se me envió a llamar, pues era por causa del conde de Belvedere, acompañado del señor Sebastiano. Por casualidad había ido milord G... a mi casa, cuando llegaron, y habiéndome dado aviso les hizo compañía hasta mi vuelta. De contado que entré, le hice llamar y le pregunté casi sin respiración, si había hablado de Clementina.

—No —me dijo—: me he excusado a responder a las preguntas. Los dos extranjeros están muy impacientes por saber de ella, y esto me

movió a avisarte temiendo se me escapase alguna indiscreta expresión.

¡Qué honrado, modesto y apreciable milord!

Después de las primeras atenciones, obtuve de ellos me hicieran el honor de quedarse a cenar, y a ruego mío envió milord inmediatamente a excusarse con su mujer.

Ambos tienen muy gallarda persona y son sumamente corteses. Se nos había dicho que el conde era un hombre hermoso y merece este elogio. Por su carácter cualquiera mujer no preocupada se aficionaría a él. Su aspecto indica ser hombre de calidad; su edad no parece de más de veinte y cinco años; la tez es algo morena, aunque sana. No obstante, el conocimiento que tengo de la situación me ha hecho advertir alguna turbación en sus ojos.

Yo les traté con mucha franqueza, y les dije que Charles inmediatamente después de haber recibido la carta de Dover había partido a este puerto. No me dieron buenas noticias de la salud de la marquesa,

—Pero la menor esperanza... —dijo el conde, y se detuvo.

—Charles —dije yo— no omitirá nada para tranquilizarles.

—¿Me permitís, señora —prosiguió el conde—, haceros una pregunta? Veo que nosotros tenemos el honor de que nos conozcáis, y que no menos estáis informada de nuestros asuntos. Tampoco nosotros ignoramos en Italia que sois una señora bondadosa en extremo, y vemos que no se han exagerado vuestras perfecciones. No es lisonja —añadió, extendiendo la mano sobre su pecho.

Yo le interrumpí en francés, porque me había hablado en esta lengua, y previniendo su pregunta le dije:

—Tengo, señor conde, la satisfacción de participaros que Clementina ha hecho a Charles el honor de escribirle, y que lo que dice de sí misma no debe afligirnos demasiado.

—¡Afligirnos! —exclamó en italiano y alzando las manos enajenado — ¡Qué bondad sin igual!

Yo me figuré que él no pensaba tendría yo algún conocimiento de su lengua, y para no exponerle a alguna inadvertencia le dije en ella que todos los amigos de Clementina en Inglaterra se interesaban tanto como los de Italia en su salud y felicidad; y me respondió bajando los ojos con alguna confusión, que nadie podía rehusar estos sentimientos a un sujeto que reunía en sí todas las perfecciones.

Yo proseguí diciéndole que según sus intenciones, Charles había tenido cuidado de hacerle disponer un alojamiento, y que había partido a Dover con la mayor prontitud estimulado de su afecto; que sin embargo, no se ejecutarían con menos exactitud sus órdenes; y que teníamos otra casa destinada para el marqués, la marquesa, sus hijos, el virtuoso padre Marescotti...

El conde me interrumpió con aire de extrañeza.

—El virtuoso padre... —repitió— Mas vos le hacéis justicia, señora: el padre Marescotti es un hombre de bien.

—Yo sé individualmente, señor conde, de qué carácter son todos los amigos italianos de Charles.

Los dos extranjeros se miraron uno a otro pareciendo admirarse de mí. ¡Qué lástima, mi querida abuelita, que todas las naciones del mundo aunque de diferentes religiones no se consideren como criaturas de un mismo Dios soberano de mil mundos!

El conde volvió a mostrar una viva impaciencia por saber algo de la situación de Clementina, con cuyo motivo le dije que estando yo informada de la inclinación que hacía mucho tiempo tenía ella al estado religioso, me parecía conveniente que no supiese de pronto que él se hallaba en Inglaterra, tanto más que con su débil salud apenas podría soportar las tiernas escenas que no dejaría de haber entre ella y sus parientes.

El conde dio un profundo suspiro; pero excusando al principio el explicarse, se contentó con responder que había venido casi sin comitiva por hacerse de reparar lo menos que fuese posible; que hacía mucho tiempo tenía ánimo de visitar la Inglaterra; que la familia de Clementina, y en particular Jeronymo había prometido a Charles hacer el mismo viaje; y que a la verdad hubieran elegido mejor estación, si justas inquietudes por el objeto de su ternura no les hubiesen hecho anticipar su resolución. Después, habiéndose detenido un momento, dijo que se conformaba en un todo con mi parecer de que Clementina no debía saber luego al punto su llegada, y consecutivamente nos confesó a milord y a mí su pasión en términos muy galantes, pero igualmente modestos, diciendo que su suerte dependía del éxito de su viaje.

Yo le dije que había tenido tanto más motivo para tomarme la libertad de de decirle mi parecer sobre la necesidad del secreto, que de otra manera no habría permitido Charles se hospedase fuera de su casa; y de seguida hablé de la alta estimación que sabía profesaba Charles al conde de Belvedere.

Yo mandé que se anticipase la cena, considerando que después de la fatiga de tan largo viaje gustarían de retirarse temprano. Mis primos Reeves, a quienes convidé por medio de un billete, me hicieron el favor de venir. Les han agradado en extremo los dos jóvenes italianos, pues el señor Sebastiano es también un mozo muy modesto y juicioso. Ambos han hablado con entusiasmo de Charles y de su conducta en Italia.

Reeves se ha encargado de llevar al conde a su alojamiento, por haberse llevado Charles todos nuestros coches.

—Harriet Grandison.

Carta CXXVIII
Milady Grandison a la señora Shirley

Miércoles por la mañana, 14 de marzo.

Mientras que Reeves, según lo que dispusimos ayer noche, ha ido a enseñar la ciudad a los dos jóvenes italianos para traérmelos a la hora de comer, he ido a casa de Caroline a ver a su huéspeda y asegurarle que será el objeto de todos nuestros cuidados. Sus temores son excesivos. Yo no le he ocultado la llegada del señor Sebastiano y le he dicho lo que había respondido a sus preguntas, con cuyo motivo habiendo ella hablado de retirarse a alguna distancia de Londres, Caroline y su marido le han asegurado que en ninguna parte puede estar con más secreto que en esta gran ciudad, ni con más decencia, si las circunstancias la obligan a revelar su morada, que bajo la protección y en la casa del hermano y de la hermana de Charles.

Jueves, 15 de marzo.

Charles tiene la atención de informarme por un expreso de su llegada a Dover, donde ha encontrado a la marquesa y al señor Jeronymo muy indispuestos por sus fatigas de ánimo y de cuerpo. Toda la ilustre familia le ha recibido con una inexplicable alegría, y él supone que aún pasarán este día en Dover. Mañana, si la marquesa se halla en disposición de soportar el viaje, partirán todos juntos para acercarse a Londres cuando su salud lo permita, y así no pienso que puedan llegar antes del sábado. Mi querido Charles creyó que habiendo de durar su ausencia dos días más de lo que se esperaba, causaría demasiada inquietud a su Harriet, si no la informaba de ello. Nada es más cierto, y si no le hiciera esta justicia, como Harriet no tiene más regla para estimarse que el aprecio que él hace de ella, se vería humillada en extremo a sus propios ojos.

Me encarga asegure a Clementina que encontrará dispuestos a sus parientes a hacer todo lo que esté en su mano por su felicidad. El resentimiento, dice, no tiene ninguna parte en su viaje, y sólo respiran ternura y reconciliación.

Esta carta, mi cara abuelita, no partirá hasta que pueda comunicaros su llegada.

Sábado por la noche, 17 de marzo.

Ahora mismo recibo este billete de Charles.

«*Grosvenor Square, sábado a las cuatro de la tarde.*

»Mi carísima Harriet sabrá con gusto que nuestros amigos han

llegado felizmente a Grosvenor Square. Yo creí excusar molestia a mi Harriet y causarles a ellos menos con ponerles desde luego en posesión de su morada antes que llevarles a St. James's Square, como lo deseaban, para hacer aquí sus primeros cumplimientos. La Beaumont se ha encargado de la distribución de los aposentos y todos estarán con mucha comodidad. El señor Juliano se alojará en casa. ¡Qué bella atención! ¡Qué condescendencia la tuya! ¡Una comida tan delicada y preparada como lo sé, por tu propia dirección para la hora que quieran se les sirva! Se me dice que te has llevado prestada una criada de cada una de nuestras hermanas, y otra de la prima Reeves que han de ayudar a dos de las tuyas en el servicio de esta casa. En todas las ocasiones y sobre todos los puntos me hechizas con tu bondad y grandeza de alma.

»Yo les acompañaré en la cena, pero con ánimo de retirarme inmediatamente que me sea posible, para presentarme a la delicia de mi corazón.»

¿No soy una mujer feliz, querida abuelita? El menor oficio es un mérito para un corazón noble. Mas si yo hubiera sabido que nuestros huéspedes no habían de hacer parada en St. James Square, no me habría contentado con visitar, como lo he hecho, la otra casa para ponerlo todo en orden, sino que me hubieran encontrado en ella para recibirles.

¡Cuán impaciente estoy por ver cada persona de esta apreciable familia! ¡Cuán sinceramente les amo a todos! Una prueba de esto es que sin embargo de haber cerca de ocho días que está ausente el amigo de mi corazón, no he deseado ni una sola vez su presencia, aunque si no me hubiese escrito el jueves, hubiera sido muy viva mi inquietud por su salud y la de ellos. ¡Ojalá que perdonen gustosos! Entonces sí que les querré entrañablemente. ¡Pobre Clementina! ¡Cuán llena de temores ha estado toda esta semana! Desde el miércoles por la mañana no ha salido de su cuarto y está en ánimo de no salir en ocho días.

Domingo.

Mi más caro amigo, mi amor, mi marido y todos los hombres tiernos juntos dejó ayer sus nobles huéspedes y ha llegado muy temprano. Hame dicho que su impaciencia por verme, darme gracias y aplaudirme le ha traído tan pronto. Le acompañaban los dos hermanos a quienes alojamos aquí.

Esta mañana, así como ayer noche, sólo hemos hablado de lo acaecido entre la familia y él desde su llegada a Dover hasta su entrada en Londres. Le han mostrado la más viva gratitud, por haber ido él mismo a recibirles y llevado consigo a Lowther; mas luego que

por sus urgentes preguntas les dijo que había sabido de su Clementina y que estaba con personas de honor, alzó el marqués los ojos en un transporte de ternura, la marquesa juntando las manos dio gracias al cielo sin poder más que menear los labios, y los demás manifestaron su extrema alegría con las más patéticas expresiones.

Charles les encontró en una sincera disposición de perdonar a su amada fugitiva, nombre que el mismo obispo le da siempre.

—Pero contad —dijo este— con que no hay esperanza de su restablecimiento, si no cedemos a su deseo de tomar el velo, o si no podemos inspirarle afición al matrimonio; y si vos, señor Grandison, tenéis la bondad de uniros a nosotros, no dudo del buen suceso tocante al segundo punto.

Charles vituperó su precipitación, y el obispo confesó que en parte había tenido la culpa el general y en parte él mismo; pues Clementina les había dado esperanzas más de una vez de que podría rendirse.

Yo supliqué a Charles que mientras Clementina mostrase aversión al matrimonio, no se pusiese de parte de sus parientes, y me dijo que había excusado explicarse sobre esto; que se conduciría del mismo modo hasta que ellos hubiesen descansado y Clementina pareciese algo serena; y que entonces vería lo que convenía a las circunstancias; pero que entre tanto los argumentos que se hacían por ambas partes eran menos propios para desvanecer las dificultades que para corroborarlas.

El obispo se enterneció mucho contándole el efecto que las primeras noticias de la fuga de Clementina habían producido en su madre. En dos días, esta pobre señora no estuvo más en su razón que lo estaba su hija, y luego que se verificó que Clementina había partido a Inglaterra, insistió tan fuertemente en seguirla que, para moderar su impetuosidad, fue menester prometerle que se anticiparía la visita prometida a Charles. Sin embargo, no cesó su impaciencia; pero se sintió algo mejor después de esta promesa, lo cual obligó a la familia a partir en medio del invierno, siendo también su compasión de esta desventurada madre la que hizo consentir a la Beaumont en acompañarles.

Charles ha ido a llevar a Clementina nuevos motivos de esperanza y consuelo. Después pasará a casa del conde de Belvedere para felicitarle por su llegada, y últimamente a Grosvenor Square donde sabrá de la noble familia, cuándo se me ha de permitir presentarme a ella.

Domingo a las dos.

A Charles no ha costado poco trabajo calmar los temores de Clementina, y está muy compadecido de ella. Se teme mucho una recaída, y Carolina cree haber ya notado algunos síntomas de ella.

El conde de Belvedere ha recibido a Charles con transportes de alegría, los cuales se aumentaron cuando supo que nosotros podemos escribir a Clementina.

Esta noche se me presentará a la marquesa.

Domingo por la noche.

He visto a la familia y admiro a todos los individuos de ella. El marqués y la marquesa muestran mucha majestad en su aspecto y modales, aunque la melancolía parece fijada en sus facciones. El obispo parece un hombre de calidad; pero he advertido en su continente aún más gravedad que en el padre Marescotti mismo, a quien no puedo comparar mejor que con el doctor Bartlett. Le asemeja tanto más que la modestia y la bondad brillan en su rostro. El señor Jeronymo es un joven de los más amables. A la primera mirada hubiera podido tratarle de hermano, pues su semblante afable parecía convidarme a ello. Charles me presentó a su querido amigo con un cumplimiento digno de su bondad, y el señor Jeronymo me recibió con la mayor benevolencia felicitando a Charles, cuya enhorabuena fue acompañada de las de los demás.

¡Qué amable señora Beaumont! Se acercó para abrazarme y me hizo su cumplimiento con una gracia que aventajó a sus expresiones. Después se me presentó a Camilla. Vos la tendríais por una mujer de calidad. ¡Cuántas escenas por la mayor parte tristes y dolorosas no me trajo a la memoria la vista de esta fiel criada!

El conde de Belvedere y los dos primos jóvenes habían comido con la familia. Como esta era la primera visita, la hice bastante corta, y fuimos a casa de Charlotte a la hora del té. Charles dijo que no se sentía con fuerzas para ir a oír los suspiros de la hija inmediatamente después de haber oído los del padre y de la madre, que no saben ni deben todavía saber que ella está tan cerca de ellos.

Rogad, mi querida abuelita, pedid al cielo por la pobre Clementina, es decir, por una feliz reconciliación cuyo resultado sea la tranquilidad de tantos ujetos honrados tan necesaria a la de vuestro amado Charles y de vuestra

—*Harriet Grandison.*

Carta CXXIX
Milady Grandison a la señora Shirley

Jueves 22 de marzo.

Nada aún se ha decidido. Se han suscitado algunas generosas contestaciones entre la familia y Charles con motivo del hospedaje y de varios gastos; pero él les ha suplicado que se tranquilicen,

prometiéndoles rendirse a cuanto exijan de razonable.

No piensan comer en nuestra casa ni aun tomarla por su alojamiento antes de haber sabido algo que les consuele sobre la situación de su querida hija. No obstante, Charles ha comenzado la negociación entre Clementina por una parte, la familia por otra, y el conde por otra. Clementina parece insistir sobre la libertad de tomar el velo y aún con mayor obstinación que nunca. El obispo se muestra menos activo que otras veces en su oposición, y Charles no duda de que el padre Marescotti favorece interiormente los deseos de Clementina; pero el marqués, la marquesa y el señor Jeronymo se han declarado siempre por el matrimonio, aunque no sea más que por asegurar la ejecución del testamento de los abuelos, y frustrar las esperanzas interesadas de la señora Sforza y su hija Laurana. La constancia del conde de Belvedere a pesar de los accidentes pasados que pueden repetirse, es un mérito muy grande para la familia, y los dos primos están tan compadecidos de él que no sólo se ponen de su parte, sino que aseguran que el conde della Porreta su padre toma tanto interés por el conde como el mismo general.

Por otra parte, la tierna madre tiene tanta impaciencia por ver a su hija que si no se muda bien pronto de escena, es de temer que corra grande riesgo su salud; y no estando Clementina con menos impaciencia por ver a sus parientes, aunque esta idea la haga temblar, llora y se lamenta día y noche de verse en una situación que la obliga a tratar con ellos antes de poder echarse a sus pies. Algunas veces que es cuando está más tranquila, vitupera la temeridad que ha hecho, y otras se esfuerza a disculparla.

Domingo por la mañana.

A ruego de todas las partes, ha puesto Charles por escrito el plan de reconciliación, del cual dio ayer una copia a Clementina, otra al conde y otra al obispo. Mañana es el día señalado para la respuesta de todos. También me ha entregado a mí una copia que os envío.

«Artículo I. Clementina, por sumisión a la última voluntad de sus dos abuelos, por respeto a su padre, a su madre y a su tío, y por condescendencia a los hermanos más afectuosos, prometerá renunciar a toda idea de dejar el siglo no sólo por lo presente sino también por lo venidero, mientras permanezca soltera.

»II. Clementina tendrá libertad para elegir su estado o género de vida, la de visitar a su hermano y a su cuñada en Nápoles, a su tío en Urbino y a la señora Beaumont en Florencia. Se la pondrá inmediatamente, si gusta, en posesión de los réditos de las haciendas que se le han legado, para poder hacer todo el bien que no podría hacer tomando el velo.

»III. Tendrá asimismo libertad para nombrar sus criados y aun su director, supuesto que la muerte o algún otro accidente la prive del padre Marescotti; pero se reserva el derecho de exclusión a su padre y a su madre, mientras viva en su compañía; la cual restricción no debe parecerle onerosa en vista de que nunca ha deseado estar independiente de unos padres cuya bondad venera; prescindiendo de que la razón exige, sean ellos jueces de la conducta de los criados que se reciban en su familia.

»IV. Como por fatales incidentes ha cobrado Clementina una fuerte repugnancia al matrimonio, y en las presentes circunstancias es justo ceder a la fuerza de su aversión, se espera que el conde de Belvedere para contribuir a la tranquilidad de una persona a quien profesa tan tierno amor, y por miramiento a él mismo, desistirá gustoso de su solicitud, y aun prometerá no renovarla sino en una suposición más feliz y con el consentimiento de Clementina.

»V. Los respetables padres de Clementina, por ellos mismos y por el conde della Porretta su hermano, y el señor Jeronymo, por él y por su hermano el general, tendrán la bondad de prometer que jamás emplearán fuertes instancias para inducir ni mucho menos para forzar a Clementina a casarse, como también que no se valdrán de Camilla ni de otros confidentes o amigos para hacerla mudar de estado. Sin embargo, se reservan el derecho de hacerle las proposiciones que les parezcan convenientes, y renuncian solamente el de instarla, viendo en su cara hija un natural tan bueno y tanto respeto a ellos que no es más capaz de resistir a sus indulgentes solicitudes que a sus más absolutos mandatos.

»VI. En la suposición de haberse aprobado por una y otra parte estos artículos, es de esperar obtenga Clementina el permiso, como lo desea con viva impaciencia, de postrarse a los pies de las dos personas que más ama en el mundo, sepultándose al mismo tiempo todo lo pasado en un eterno olvido.

»Osando prometerse el mediador que estos seis artículos serán aceptados, se toma la libertad de añadir que sus nobles huéspedes le concederán algunos meses para celebrar con ellos en su patria el restablecimiento de su mutua felicidad. Espera que aprobarán sus esfuerzos por proporcionarles tantos placeres y tantas satisfacciones como a él le han proporcionado en Bolonia, y les suplica consideren su familia y la del mediador como una sola que ha de estar siempre unida con una amistad indisoluble. También espera tener el honor de que le acompañen en sus haciendas, donde procurará con esmero que disfruten toda especie de comodidades y diversiones; y cuando no pueda detenerles más en Inglaterra, les acompañará hasta Italia con su mujer, sus hermanas y sus maridos, cuyos sentimientos conoce bastantemente para no dudar de que consentirán gustosos en este

viaje.

Lunes a las diez de la mañana.

Charles ha ido a casa del conde de Belvedere, quien se lo ha suplicado con mucha instancia por medio de un billete.

A las dos.

He recibido el billete que encontraréis aquí.

«El conde y yo vamos inmediatamente a Grosvenor Square, donde no podremos menos de quedarnos a comer. Este benemérito extranjero es digno de compasión.»

Estoy muy impaciente por ver el éxito de estas conferencias; pero no comeré sola, mientras que puedo ir a hacer compañía a Clementina, a Caroline y a su marido. Así que, cierro esta carta; mas no dudéis, mi querida abuelita, de que bien pronto la seguirá otra.

Carta CXXX
Milady Grandison a la señora Shirley

Lunes 26 de marzo.

Al llegar me dijo Caroline que la lectura de los seis artículos había causado a Clementina la mayor inquietud, y que después no había salido de su cuarto. Caroline no hacía más que dejarla. Yo hice que se la cumplimentara de mi parte y me envió a suplicar que subiese. Vino a recibirme a lo alto de la escalera y me hizo entrar con ella en su gabinete. Tenía sus ojos llorosos y me dijo:

—¿Habéis visto, señora, las proposiciones de vuestro esposo? —Yo le confesé que sí— Renunciar para siempre —prosiguió—, una resolución que tengo... —Aquí se detuvo.

Era fácil de adivinar lo que iba a decir; pero también el asunto era demasiado delicado para ayudarla a continuar.

—Queridísima Clementina —dije yo—, considerad todo el bien que podéis hacer en virtud de la segunda proposición, si la aceptáis. ¡Qué presentes ha tenido Charles vuestras generosas inclinaciones! Todo mi temor consiste en que vuestros parientes no convengan en lo que depende de ellos. Si lo hacen ¿qué esperanzas no renuncian ellos mismos?

Entonces pareció reflexionar, y rompiendo el silencio me dijo:

—¿Es ese verdaderamente vuestro dictamen? ¿Vuestro dictamen junto con el del señor Grandison? Permitid que considere...

En esto se levantó y dio dos o tres pasos por el gabinete. Después, pensando en el proyecto de Charles tocante a su viaje de Italia, dijo:

—¡Con qué bondad y oficiosidad se anticipa a mis deseos! Y vos, señora, ¿podéis, queréis emprender el viaje con nosotros? ¡Cuán lisonjeras son estas proposiciones!

—También a mí me lisonjean mucho, señorita. Si partimos, no me améis en vuestra Italia sino a proporción que yo os ame en nuestra Inglaterra, y seré dichosa en tan bello país. Pero carísima hermana, ¿qué haremos para obtener que vuestros parientes den su aprobación a los artículos? ¿Me postraré a los pies de vuestro padre y de vuestra madre con vuestra mano en la mía y ambas anegadas en lágrimas?

—¡Oh, milady Grandison! ¡Siempre noble, siempre bondadosa! Pero ¿lograré yo primero calmar mi propio corazón para ceder en lo concerniente a mí?

—¡Ah, señorita! Que no quede por vos. ¿No ha de andar Clementina una cuarta parte del camino? No se le pide más.

—Pensaré sobre ello: sabré qué hacen mis parientes. Vuestro parecer, estimadísima señora, tendrá para mí todo el peso que debe tener el de una hermana.

A este tiempo entraron a decirnos que se había puesto la mesa, y Clementina se excusó a bajar. Yo me despedí de ella por lo restante del día, diciéndole que pensaba volver a casa inmediatamente después de la comida.

Lunes por la noche.

Charles volvió brillando su rostro por el placer y el contento de haber ejercitado todas sus virtudes. No desconfía de conducir el asunto al más dichoso término.

El conde de Belvedere, a cuya casa fue primero Charles, le recibió sumamente alterado.

—¡Cuánto ansiaba por veros! —le dijo—: ya había yo previsto que sería la víctima. ¡Oh, señor Grandison! ¡Si supierais las promesas y seguridades que he recibido del general y de toda la familia!

Charles se extendió sobre todas las razones que podían serenar su ánimo.

—¿Quiere prometer Clementina —dijo el conde—, quiere dar su palabra de que si llega a casarse, será con el hombre que tenéis presente? ¿Por qué no se ha hecho esta estipulación en mi favor?

—Yo hubiera creído haceros un mal oficio. Eso sería teneros incierto en orden a todo lo que se os puede presentar en Italia y en España, dos países en que tenéis tantas conexiones. Si Clementina desiste de entrar religiosa, no será imposible con el tiempo hacerla resolverse en favor de un hombre de vuestro mérito, y si se mantiene firme en su determinación, vos no os hallaréis obligado con ninguna promesa que os impida hacer otra elección.

—¡Otra elección, señor Grandison! ¿Cómo podéis decir eso a un

hombre que la adora hace tanto tiempo, y que en los varios estados de su enfermedad le ha conservado siempre su único afecto? Mas esperemos a saber qué juicio hace su familia de los artículos.

En esto partieron a Grosvenor Square, donde después de la comida tan importante asunto lo fue de una solemne deliberación. El señor Jeronymo y la Beaumont abrazaron desde luego el plan en todas sus partes, y todos llegaron por fin a opinar del mismo modo. ¡Bendito sea Dios! Ya es cierta la felicidad de la amable Clementina. Pero ¡el pobre conde de Belvedere! Él no consigue sobre sí mismo, sacrificando la inclinación de su corazón, una victoria tan noble como la de Clementina en la misma ocasión; pero logra una esperanza que conservará mientras su amada se mantenga soltera.

Martes 27.

Charles envió ayer un billete a Clementina excusándose de no haber ido a verla en todo el día, y esta mañana cuando iba a ello, recibió del señor Jeronymo el billete siguiente, cuyo fin es el de corroborar sus esfuerzos para hacer que Clementina apruebe los artículos.

«Tú harás feliz a un tiempo a toda la familia, querido Grandison, si induces a Clementina a que firme los artículos, como nosotros estamos dispuestos a firmarlos. Vuelve al momento, mi queridísima hermana, a los brazos de un padre y de una madre, y a los de dos hermanos que responden por el tercero. ¡Con qué impaciencia contaremos las horas hasta aquella en que recibamos del más caro amigo y del mejor de todos los hombres una hermana tan tiernamente amada!»

¿No exclamáis ahora conmigo, mi querida abuelita, ¡oh, Clementina! ¡Oh, la más noble de todas las mujeres!, ¿rehusarás la rama de olivo que se te ofrece?

Martes a las dos.

¡Triunfo! ¡Dichoso día! ¡Feliz nueva! Charles me dice que Clementina se ha rendido por fin. Mañana en la tarde ha de echarse a los pies de su padre y de su madre. ¡Alegraos conmigo, mi querida abuelita! Parientes y amigos míos, tomad todos parte en mi alborozo. ¡Que se me dé la enhorabuena! ¿No soy yo misma la que voy a reconciliarme con la más tierna e indulgente familia?

Martes por la noche.

Mientras que Charles y yo estábamos cenando solos, se me entregó el billete siguiente escrito en italiano que os traduzco en inglés.

«Mañana, estimadísima milady, como sin duda os lo habrá dicho el señor Grandison, ha de ser presentada a sus padres la pobre fugitiva.

Rogad por ella; pero si vos me hacéis la gracia de mirarme en efecto como una hermana, os pido más que ruegos. ¿Me ofrecíais ayer de veras vuestra benéfica mano para apoyarme, si yo consentía en postrarme a los pies de mi padre y de mi madre? Milady L... tiene la bondad de confirmar la protección que me concede, ¿y querrá mi hermana serlo en esta temible ocasión? ¿Está seguramente dispuesta su mano a sostenerme? Si vos y milady quisierais ayudar con vuestra presencia a la penitente fugitiva, tendría más ánimo para alzar los ojos delante de sus tiernos padres y queridos hermanos, a quienes ha causado tantas amarguras.

»Hasta que haya pasado el día de mañana no osa poner la adición respetable el nombre de —*Clementina.*»

—¡Si lo quiero! —repetí después de mi lectura—: ¡si hablaba ayer de veras! Sí, sí, no lo dudéis. Lee, querido Charles, y permite que mi respuesta se conforme con los deseos de esta admirable hermana.

—Espero —me dijo— que unas escenas que precisamente han de ser muy patéticas, no causarán demasiada impresión en mi amada Harriet; pero a mí me parece igualmente bondadosa la súplica de Clementina que generosa la condescendencia a ella. He aquí, querida mía, cómo se pueden disponer las cosas. Después de comer irás por tu amable hermana y Caroline, y las llevarás a Grosvenor Square, donde yo estaré para recibiros y presentarla a mis amigos, aunque no dudo de la alegría con que la recibirán. Mañana por la mañana la informaré de mis disposiciones.

Miércoles por la mañana.

Clementina aprueba el plan de Charles y yo he de ir por ella a las cinco. Parece que sus temores no se disminuyen.

Miércoles por la noche.

Hemos vuelto de Grosvenor Square... Te obedezco, mi amado Charles, Por su terneza quiere absolutamente que yo deje el escribiros para mañana. Esto es lo primero que me ha mandado.

Carta CXXXI
Milady Grandison a la señora Shirley

Jueves 29 de marzo.

Vos esperáis una relación circunstanciada de la escena de ayer.

Charles fue a Grosvenor Square a informarse de la disposición y salud de sus nobles huéspedes. Yo llegué ayer a las cinco a casa de Caroline, y encontré a la amable italiana sumergida en sus temores.

—Es preciso —me dijo— que yo sea más culpada de lo que he creído: porque ¿de dónde ha de provenir esta extremada confusión, por haberme de presentar a unos padres que siempre he venerado, y a unos hermanos y parientes que siempre he querido? ¡Oh, milady! ¡Qué suplicio son los remordimientos, mayormente para un corazón altivo!

Después, poniendo la vista en los artículos, prosiguió:

—Leeré aún otra vez lo que he de firmar.

Y he aquí las advertencias que hizo leyendo.

—I. ¡Duro, duro artículo el primero! Pero vuestro esposo, señora, mi cuarto hermano, mi amigo, mi protector asegura que firmándolo me desempeñaré de todo lo que le debo. II. ¡Lisonjera perspectiva para mi orgullo y para la esperanza que tengo de socorrer a los pobres e infelices! III. La libertad de nombrar criados y aun mi confesor. Atento e indulgente Grandison, si yo renuncio al primer deseo de mi corazón, no insistiré sobre estas condiciones, y mis padres tendrán entonces todos los derechos: nada hay seguramente sobre que yo aspire a la independencia. IV. Reconozco, caballero, vuestra protección y vuestra bondad. V. Si mis parientes se obligan, serán fieles a su promesa. Nuestra familia cumple inviolablemente sus palabras. Espero que el general ratificará la caución de sus hermanos, pero temo que me aborrezca.

»¡Generoso Grandison! ¡Cuán lisonjera es vuestra conclusión! Y vos, milady, ¡vos me decís que mi felicidad es necesaria al complemento de la vuestra! ¡Qué motivo! Llevadme: yo me entrego a vos, señora. Mi estimada milady L..., mi segunda protectora, favorecedme vos también con vuestra compañía. Una mujer como vos, una hermana del señor Grandison que me tiene por su amiga y que responde de mi conducta, va a ensalzar a la humillada Clementina a los ojos de su indulgente familia. ¿Y no se ha de hallar presente el señor Charles para disponerlos a todos a recibir favorablemente a la fugitiva? Partamos, conducidme, ya os sigo.

Sin embargo, se advertía en sus ojos alguna alteración, y dándonos una mano a cada una se dejó llevar al coche; pero al entrar en él temblaba y parecía tener una extremada turbación. Nosotras procuramos serenarla. Nos dirigimos a Grosvenor Square, y luego que se detuvo el coche, ciñó con sus dos brazos a Caroline y ocultando su rostro en su seno imploró el auxilio del cielo.

—¿Cómo, cómo —exclamó— podré yo mirar cara a cara a mi padre y a mi madre?

Al ruido del coche pareció Charles, quien advirtió su conmoción.

—Es digno de vosotras —nos dijo a Caroline y a mí— acompañar a nuestra querida Clementina: la recompensa de vuestra bondad la encontraréis ahora mismo en el placer de verla recibida con transportes de alegría por unos tiernos padres que sólo están ansiando

por ver a su hija.

—¡Ah, señor Grandison! —Esto fue todo lo que pudo decir.

—Yo voy a llevaros —estimadísima Clementina— a un gabinete donde no veréis más personas que las que os acompañan, hasta que os hayáis serenado.

Yo temí que con su turbación no hubiese entendido este prudente consejo y se lo repetí. Entonces se animó considerablemente Clementina, alargó a Charles una mano trémula; y él la llevó a un gabinete por una puerta excusada que da el zaguán. Caroline y yo la seguimos, y nos sentamos a sus lados y Charles enfrente de ella. A pesar de nuestras sales y de nuestras exhortaciones, fue muy difícil hacer que no se desmayase.

Luego que se hubo animado un poco, nos dijo alzando el dedo y mirándonos con ojos espantados:

—Quedito, hablemos bajo que se nos podrá oír —Después, recobrándose más y más, prosiguió—: ¡Oh, señor Grandison! ¿Qué he de decir? ¿Qué he de hacer? ¿Cómo me conduciré? ¿Es cierto, es posible que yo esté en una misma casa con mi padre, mi madre y mis hermanos? ¿Y quién más? ¿Quién más? —añadió con precipitación.

—Se ha dispuesto —le dijo Charles—, por miramiento a vos y por el tierno amor que se os tiene, mi queridísima Clementina, que no veáis primero más que a vuestra madre, después a vuestro padre, y cuando gustéis, a vuestros hermanos, a la señora Beaumont y al padre Marescotti.

En esto llamaron a Charles.

—¡Oh, señor Grandison! No me dejéis —Y volviéndose a Caroline y a mí repitió—: no me dejéis, señoras mías: ambas sois la bondad misma.

Charles volvió casi al punto.

—Vuestra tan indulgente madre, señorita, está muerta por estrecharos contra su pecho. ¡Qué alegría vais a darle!

Entonces le alargó la mano, y ella le dio la suya haciéndonos seña de que no la dejásemos. Nosotras la acompañamos al aposento en que su madre la aguardaba. Al punto que se vieron, corrieron la una hacia la otra con los brazos abiertos.

—¡Oh, señora!

—¡Oh, mi Clementina!

Nada más pudieron pronunciar sus labios y ambas cayeron en el suelo, la madre ciñendo con sus brazos el cuello de la hija, y la hija ciñendo con los suyos el cuerpo de la madre.

Nosotras acudimos corriendo a levantarlas, y Charles las hizo sentarse una junto a otra.

—¡Perdón, perdón! —exclamó la amable hija alzando las manos y los ojos, y desprendiéndose de los brazos de su madre para echarse de

rodillas a sus pies; pero no pudo proferir ni una palabra más.

El marqués, no pudiendo contenerse más tiempo, entró de repente muy apresurado.

—¡Hija mía! ¡Cara hija! ¡Mi Clementina! ¡Vuelvo pues a ver a la que tanto amo!

Charles la había medio levantado cuando el padre entró, y volvió a caer en el suelo con los brazos abiertos.

—¡Oh, padre mío! ¡Perdón, perdón!

El marqués la levantó enteramente con la ayuda de Charles, y poniéndola entre su mujer y él ambos la ciñeron con un brazo. Clementina repitió sus súplicas de perdón interrumpiéndolas con sollozos, y sus padres no se cansaban de bendecirla procurando animarla con las más dulces expresiones.

Después de estas grandes conmociones, cuando ellos pudieron hablar, y Clementina osó comenzar a alzar los ojos por intervalos y bajándolos al punto, les dijo:

—Ved, señora, ved, señor, la generosa dama a quien... —mirando a Caroline— Ved —mirándome a mí— a una más que mujer... Un ángel... —Quería decir más, pero hubieron de faltarle las palabras.

—Nosotros hemos visto ya y admirado —dijo cortésmente el marqués— a la más noble de todas las mujeres en milady Grandison.

En esto se levantó para acercarse a Caroline y a mí. Charles nos llevó hacia él, y Clementina que estaba junto a mí tomó una de sus manos y la estrechó contra sus labios. Parecía buscar voces que no se le ocurrían. Nuestros ojos felicitaban también mucho más que nuestras expresiones al padre, a la madre y a la hija.

Charles salió entonces, mas volvió bien presto con los dos hermanos. Me sería difícil decir si mostraron más alegría que Clementina confusión. Esta comenzó otra vez a hablar de gracia y perdón; pero el obispo la interrumpió.

—No hay que decir ni una palabra de nuestras pasadas aflicciones: nadie es aquí culpado: nosotros te vemos feliz, feliz por los artículos de que somos deudores a este amigo del género humano y de nuestra familia en particular.

Jeronymo había estrechado a su hermana con sus brazos.

—Hermano mío —dijo al obispo—: ¡cuánto celebro tus tiernas seguridades! Todos los artículos se llevarán a ejecución. Nosotros nos regocijaremos en Inglaterra con el señor Grandison, y él y cuantos sujetos ama nos acompañarán a Italia, no componiendo todos más que una familia.

Charles introdujo entonces a la Beaumont, y Clementina se arrojó corriendo a sus brazos.

—¡Perdón, perdón, estimadísima señora! Si vos me lo concedéis, lo obtendré de la virtud. Perdonad a una desventurada joven que nunca

hubiera deshonrado vuestras lecciones ni los ejemplos de una madre, si espesas nieblas no hubiesen obscurecido su razón. Decid que me perdonáis como los mejores de todos los padres y como toda una indulgente familia.

La Beaumont le dio una respuesta propia de su afecto y de su prudencia.

El padre Marescotti fue introducido por el marqués mismo con el respeto debido a la piedad.

—Padre mío —le dijo Clementina antes que él hubiese abierto la boca—, yo me someto a todas las penitencias que tengáis por conveniente imponerme.

El padre habló poco, pero sus gestos manifestaron tanto como sus pocas palabras la alegría de que estaba penetrado.

—¿Quién condenará —dijo modestamente— cuando perdonan unos padres y unos hermanos tan celosos del honor de su familia?

Esta y Charles acordaron que no se diría a Clementina ni una palabra en favor del conde de Belvedere; pero se suplicó a Charles le dijese que el conde estaba en Inglaterra. Como todos se habían conmovido vivamente, propuso Charles el retirarse y dejar volver a Clementina por esta noche a casa de Caroline, mirando su visita como una preparación para la mudanza de alojamiento; pero toda la familia dijo a una voz que no podía separarse de una hija y de una hermana que había recuperado, y ella misma dio a conocer que esto era lisonjear sus más ardientes deseos con cierto aire de gratitud y una rodilla medio hincada en tierra.

—En el arrebatamiento de una alegría general ¿quién se acuerda —dijo Charles— de la fiel Camilla? ¿Por qué no ha de entrar a felicitar a su señorita y a todos los circunstantes por el más dichoso suceso?

Todos llamaron a Camilla y ella entró con un ansia inexplicable y derramó lágrimas de contento.

—¡Ah, Camilla! —le dijo Clementina abrazándola—: yo te he tratado con demasiada crueldad; mas no es a mí a quien se ha de acusar, pues yo no estaba en mí misma. ¡Ay de mí! Yo procuraré indemnizarte.

Esta buena criada sólo respondió dando gracias al cielo, porque aún podía estrechar contra su pecho a su amada señorita, y protestando que no se quejaba de nada.

A Charles no se le olvidó pedir el perdón de Laura.

—Laura —dijo Clementina— no merece absolutamente ser vituperada: ella me obedeció con repugnancia, y habiendo yo obtenido perdón para mí misma, debe obtenerlo Laura también.

—Amor mío —dijo la marquesa—, nosotros hemos convenido en que tus criados serán de tu elección, y el señor Grandison, no lo dudamos, pensaba en Laura al proponer este artículo. El joven inglés

estará igualmente comprendido: en tu mano está, querida Clementina, la suerte de ambos.

—¿Se me permite —preguntó Charles— hacer por mí mismo una súplica a Clementina, una súplica que se conforma perfectamente con los artículos?

—Ninguna hay, señor Grandison —respondió ella—, que yo sea capaz de negaros.

—Yo no la haré hoy, señorita, ni aun mañana. Después de las agitaciones que hoy hemos experimentado, mañana debe ser un día de descanso. Todos los presentes me harán el honor de comer en mi casa el viernes. Las proposiciones pueden firmarse este mismo día, y yo dejo para entonces el pediros una gracia que me lisonjeo de obtener.

El convite de Charles se aceptó cortésmente, y mañana... Clementina y la Beaumont quieren verme. ¡Gustosísima sorpresa!

Charles había salido y no hacía más que volver, cuando llegaron las dos damas. El placer que me causó verlas excede a mis expresiones, mayormente al advertir en Clementina un rostro sereno que no se resentía de sus infortunios.

—Nosotras venimos —dijo la Beaumont— a rendir por primera vez nuestros respetos a los que han restablecido la paz y la felicidad en toda una familia. Clementina no puede tener sosiego hasta que dé sus más vivas gracias a milady Grandison por lo mucho que la alentó ayer con su presencia.

—La gratitud —dijo Clementina— es lo que únicamente ocupa mi corazón; pero señor Grandison, ¿dónde encontraré yo expresiones para manifestarla? Os conjuro me digáis qué queréis de mí. Vos, estimada milady Grandison, decidme si lo sabéis, en qué puedo complacer a mi cuarto hermano.

—Mi queridísima Clementina —respondió Charles—, empezad por fortificar vuestro corazón para una dulce sorpresa, según espero lo sea. Vos no habéis firmado todavía los artículos, y creo que vuestros parientes aún no lo han hecho tampoco.

—¡Señor, señor Grandison!

—Que yo no os inquiete, señorita —Charles puso una de las manos de Clementina en una mía y tomó la otra con mucha ternura—: vos estáis en firmarlos —prosiguió— y vuestros parientes los firmarán también, no lo dudo. Mañana cuando estemos todos juntos, se firmarán por una y otra parte.

—Yo lo espero seguramente; ¿y no se retractarán?

—No, no, señorita, y por el consiguiente debéis contar con que el conde Belvedere no se os propondrá nunca con ningunas instancias.

—Sin duda, sin duda —dijo prontamente.

—¿Tendréis repugnancia, señorita, en ver después de vuestra vuelta

a Italia al conde de Belvedere como a un amigo de vuestra familia, como a un admirador de vuestro mérito y como a un hombre ilustre del mismo país?

—Yo haré siempre del conde el aprecio que debo hacer de un hombre de honor, y de un íntimo de mi hermano el general y de toda mi familia; pero no puedo verle con otro aspecto. ¿Cuáles son vuestras miras, señor Grandison? No me tengáis incierta.

—Vuestros padres y hermanos han venido con la esperanza de haceros ceder en favor del conde, y han renunciado a ella dejándoos en una absoluta libertad tocante a todos vuestros deseos con las condiciones que habéis prometido firmar; pero yo os pregunto: si el conde se hallara en Francia, ¿le permitiríais venir aquí para despedirse de vos y de vuestra familia antes de marchar a Madrid?

—¿Qué, señor Grandison, a título de hombre que espera de mí algo más?

—No, señorita, a título solamente de amigo de toda vuestra familia, sin otra mira que la de obtener vuestros votos por su felicidad, como vos deseáis seguramente los suyos.

—Yo consentiría en ello con ese único fin… mas si esperara de mí algún otro favor, si se lisonjeara… ¡Oh, señor Grandison! ¡Oh, milady! ¡Oh, señora Beaumont! No se me ataque por ese medio, pues sería violar las condiciones: toda persuasión es una violencia.

—No se trata, señorita, de cosa semejante: los artículos los observará inviolablemente vuestra familia; pero ya veis que la señora Beaumont, que no pensaba poner más el pie en esta isla, ha vuelto a ella por complacer a vuestra madre; y si en la aflicción que a todos ha causado esta ausencia, el sujeto a quien vuestra familia ha estimado siempre, hubiera acompañado a vuestro padre, a vuestros hermanos…

Charles se detuvo mirándola con tanto agrado y mostrando en sus ojos, cuando se encontraron con los suyos, tan afectuosa modestia… Le acompañan ciertamente todas las gracias de la dulce persuasión.

—¡Oh, señor Grandison! ¡Vuestra súplica, vuestra súplica! Decid en qué puedo servir al hombre y al amigo más oficioso.

—Ya os lo digo, señorita —inclinándose sobre la mano que tenía asida—; consentid, si no os repugna demasiado, en ver al conde de Belvedere.

—¡Verle, señor! ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Con qué título?

—Con el título de amigo, lo repito, de amigo de vuestra familia, de un hombre amante de vuestra gloria y de vuestra felicidad, por la cual está pronto a sacrificar la suya: él no ha deseado, mientras que está aquí…

—¡Está aquí, señor!

—…más que obtener la libertad de ver a vuestra familia y de veros con ella una, dos, tres y cuantas veces se lo permitáis; pero

absolutamente bajo las condiciones que se han de firmar mañana.

—¿Es pues cierto que el conde está en Inglaterra?

—Lo está, señorita, ha venido a ella con vuestros parientes y sus amigos, y no ha querido ponerse en vuestra presencia. Formad juicio de la resolución en que se halla de no causaros ninguna inquietud ni ofensa. Él dejará esta isla sin haberos visto, si se lo mandáis; pero yo sentiría sobremanera que un tan bello sujeto tuviese que marchar vergonzosamente, si puedo decirlo así, como si no fuese digno de compasión, cuando no puede obtener ningún favor.

—¡Oh, señor Grandison!

—Asegurada, señorita, como lo estáis por los artículos, su conmoción puede ser grande y no la vuestra, porque no hay para la una igual razón que para la otra. Yo pido pues que se permita al conde de Belvedere en calidad de amigo de vuestra familia y sin otra mira, puesto que los artículos se oponen a ello, ocupar mañana un lugar en mi mesa.

—¡Mañana! ¿Y queréis que yo asista también a ella?

Charles le respondió tan sólo con una reverencia.

¿Observáis con qué destreza y por qué grados ha tenido como placer en conducirla al deseado término? Con su penetración iba comprendiendo un corazón tan tierno. Estoy casi segura de que pensaba en formar juicio por su agitación y por el más o menos caso que hiciera de la presencia del conde, si había algo que prometerse para lo sucesivo que pudiese lisonjearle.

Clementina reflexionó, y por fin dijo:

—¿Es esa pues la súplica que teníais que hacerme?

—Sí, señorita, y si mi Harriet no hubiese tenido el honor de recibir vuestra visita, os habría pedido mañana para la noche lo que hoy os pido para la comida.

—Pues bien, señor mío, como no puedo sospechar dobles miras en el señor Charles Grandison...

—Yo no pienso, señorita —interrumpiéndola—, pedir ningún otro favor para el conde: yo mismo me creo obligado por los artículos como si fuera una de las partes.

—Pues sea enhorabuena: consiento en ver al señor conde de Belvedere: será prudente, cuento con esto. En Italia le he visto muchas veces después de vuestra partida y siempre he deseado su bien.

—En vista de eso, queridísima hermana, admirable y respetable amiga, ya tengo el ánimo tranquilo. Yo no podía soportar que se os ocultase algo concerniente a vos siendo yo sabedor de ello.

Clementina tenía arrasados sus ojos.

—¡Oh, señora! —me dijo—: sólo Dios y vos podéis recompensar a este excelente hombre la bondad que tiene conmigo. Vos veis vuestro ascendiente, señor Grandison: mi gratitud no se resiste a nada; pero

jamás, jamás me habléis de casamiento!

«¡Oh, cara Clementina!», dije entre mí sintiendo correr una lágrima que no pude contener, «yo me imagino que habiendo tú visto un hombre que no tiene igual, te es imposible acostumbrarte a pensar en otro.»

Las dos damas se retiraron muy presurosas a hacer su visita a Caroline, cuyo corazón casi no se ha enternecido menos que el mío con todas estas tiernas escenas.

Yo pregunté a Charles, si suponiendo que pudiese inducir mañana a Clementina a dar la mano al conde, se aprovecharía de la ocasión.

—Yo me guardaría muy bien de hacerlo —me respondió—, y esto por el interés del uno y de la otra. Clementina ha hecho ver que puede dejarse vencer por la generosidad y la dulzura, y al conde corresponde tentar estos dos medios. Si vuelve su razón a su primer estado, puede una serie de ideas alegres ocupar el lugar de esa melancolía que origina en ella su aversión a la sociedad. Los artículos la pondrán en estado de hacer más bien que el que haría nunca en un convento, y como el ejercicio de este poder ensanchará y engrandecerá un alma naturalmente generosa, no cesará su gratitud de aumentarse por la indulgencia que habrá ocasionado tan feliz mudanza; mas si el cielo no le concede una perfecta salud, ¿quién tendrá lástima del conde, por no haber podido lograr su mano? Cuento, querida mía, si no con haberle hecho feliz, al menos con haberle puesto más tranquilo, y espero que podrá verla sin una demasiado violenta conmoción.

NOTA. *Si causa extrañeza no ver más en la escena a milady G..., sepa el lector que por estar embarazada y en los meses mayores no pudo dejar su casa sin tomar parte en todo lo que se ha referido, aunque esto no impidió que ella se chancease mucho acerca de su situación. Con la misma fecha de la carta anterior escribió otra dando noticia de haber parido una preciosa niña que le hacía a su marido mucho más amable, y esta confesión iba acompañada de sus acostumbradas chanzas.*

Beauchamp, habiéndose restituido de la quinta de Selby, hace una graciosa pintura de la alegría de Emily, lo cual hace esperar a milady Grandison una feliz mudanza en su inclinación. Añade que Lucy, solicitada por Greville, le ha despreciado absolutamente, y que ella mira con menos repugnancia a milord Reresby, joven par de Escocia que aspira también a su mano.

Carta CXXXII
Milady Grandison a la señora Shirley

Sábado 31 de marzo.

Por fin los artículos se han firmado. Pero vos no me perdonaríais

que dejase de contaros las circunstancias de este hecho.

El escrito firmado por toda la familia y testigos fue puesto con una pluma en manos de Clementina para que firmase también en presencia de todos sus parientes, que formaban un círculo alrededor de ella. Jamás se ha presentado una mujer con más dignidad en su continente y en su porte. Sin embargo, todos se sorprendieron y aun inquietaron al verla con un aspecto demasiado serio. Ella echó su firma; pero al punto sin ninguna apariencia de alteración rasgó las de su familia, besó el pedazo de papel y le metió en su pecho. De seguida, postrándose a los pies del marqués y de la marquesa, y presentándoselo les dijo:

—Que no se diga jamás que vuestra hija ha tenido el orgullo de celebrar ningún tratado con su padre y su madre. Quede mi nombre: él depondrá contra mí, si yo violo alguna vez los artículos que he firmado. Vuestro perdón, señor, el vuestro, señora, y mil excesos de indulgencia me han hecho experimentar demasiado vuestra bondad para quedarme ninguna duda de ella. Vuestra promesa es como una escritura, y no exijo otra.

—Sus padres la abrazaron, la levantaron tiernamente y la volvieron a abrazar.

—Paréceme, señor Grandison —dijo a Charles—, que por la primera vez no quisiera ver al señor conde de Belvedere a presencia de tan numerosa compañía. ¿Está en vuestra casa?

—Está en mi gabinete, señorita.

—Señora —volviéndose a su madre—, ¿me queréis hacer el favor de acompañarme?

La marquesa dio la mano a Charles: Clementina tomó la mía e hizo seña a la Beaumont de que la acompañase, y el señor Jeronymo nos siguió con ella. Yo oí al marqués decir aunque en voz baja al padre Marescotti:

—¿No os parece que hay demasiada solemnidad en todo esto?

Habiendo hecho Charles sentarse a la marquesa en una sala inmediata, tomó el permiso de Clementina con una reverencia, subió a su gabinete, donde en un momento preparó al conde para el caso, y volvió con él. El conde se acercó respetuosamente, y un gracioso rubor se extendió por las mejillas de Clementina.

—Yo os pongo, señor conde —le dijo esta—, en el número de los amigos a quienes debo dar excusas por mi temerario paso, pues os ha impelido a acompañar a mis hermanos, a los cuales habéis honrado siempre con vuestra amistad. Perdonadme las incomodidades que habréis padecido con este motivo.

—¡Cuánto honor me hacéis, señorita, con contarme en el número de vuestros amigos! Creedme...

—Sí, señor —le interrumpió ella—: yo os miraré siempre como

amigo de mi familia y mío, y desearé vuestra felicidad y la deseo desde ahora, de lo cual no puedo daros mejor prueba que rehusando esta mano que habéis solicitado con tan firme, como dicen mis parientes, y tan oficiosa perseverancia a pesar de una terrible enfermedad por la que sólo debíais mirarme con aversión. Mi cara madre —haciendo un movimiento que la marquesa detuvo para postrarse a sus pies—, perdonad esta adhesión a mis resoluciones. No es una ciega obstinación la causa de mi resistencia a vuestros deseos. Tengo dos razones para rehusar otra mano: mi religión y esta triste enfermedad que ha ocasionado vuestra desgracia y la mía; y dos razones también —mirándonos con dignidad— me hacen rehusar asimismo al conde de Belvedere. Confieso delante de mis caros parientes y de todos aquellos que se interesan y deben ser sabedores de ello, que la justicia que debo hacer al conde es una. ¿No sería yo una mujer despreciable, si diera mi mano a un hombre a quien no da mi corazón la preferencia que una mujer debe dar a su marido? Y si yo me he creído obligada a rehusar un hombre benemérito por miramiento a él mismo ¿no deberé conducirme del mismo modo con otro? En una palabra, yo no he querido castigar al caballero Grandison, como todos sabéis; ¿y qué ha hecho el conde de Belvedere para merecer que se le castigue? Contentaos, señor mío, con mis votos por vuestra felicidad. Yo me siento algunas veces todavía en un fatalísimo estado, y lo acaecido ha verificado demasiadamente la naturaleza del mal. Mientras que yo tengo formado este juicio de mí misma, el honor y la justicia me obligan a mantenerme en el celibato. Mi respeto a mis más caros parientes me ha hecho renunciar a un estado que lisonjeaba mi inclinación, y sólo queda restablecerme por los medios que ellos aprueban. Mi carísima mamá —dejándose caer de rodillas a pesar de ella—, yo voy a procurar hacer felices a todos mis parientes. ¡Rogad todos por mí, amados parientes míos! —mirando alrededor de ella y cayendo de sus ojos gordas lágrimas— Favorecedme con vuestras oraciones, señor conde: yo os prometo las mías, y en las más fervorosas pediré al cielo para vos una mujer más digna de vos que os haga toda la justicia que merecéis.

Clementina se desapareció al punto en una especie de enajenamiento, como si el poder de sus sentidos no hubiese correspondido a la elevación de su alma. Charles suplicó a la Beaumont que la siguiese y yo seguí a la Beaumont. Nosotras encontramos a la admirable Clementina en un gabinete inmediato de rodillas y bañada en lágrimas. Se levantó y nosotras acudimos corriendo a sostenerla.

—¡Oh, mi querida milady! —exclamó— ¡Perdonadme! Estimada señora Beaumont, ¿tenéis algo que vituperarme? ¿Debo yo echarme algo en cara a mí misma?

Nosotras la aplaudimos y bien merecía nuestros elogios. Si su grandeza provenía de una imaginación inflamada ¿quién le daré el nombre de enfermedad?

Clementina consintió en dejarse llevar otra vez a su madre, quien la detuvo en sus brazos al querer volver a echarse a sus pies.

—Mi cara hija, mi Clementina, todos nosotros cedemos a la fuerza de tus razones: sé feliz, querida mía, con tus nobles sentimientos: yo tengo a mucha gloria ser madre de tal hija.

—Y yo de ser hermano de tal hermana —añadió el señor Jeronymo—: yo no la quiero, sino la adoro.

Clementina tomó mi mano.

—Y vos, cara milady, ¿queréis ser hermana mía? El señor Charles, ¿será mi hermano? ¿Iréis con nosotros a Italia? ¿Mantendremos todos una amistad de familia hasta el fin de nuestros días?

Yo la estreché fuertemente en mis brazos y nuestras lágrimas se mezclaron en nuestras mejillas.

—Mi ambición, mi mayor ambición será la de merecer la distinción con que me honráis. ¡Hermana mía, amiga mía, hermana de mi mayor amigo, amadle tanto como él os venera! Amadme por amor de él, como yo os amaré por amor de vos misma y de él hasta mi última hora.

Charles nos ciñó a las dos con sus brazos respirando sus ojos ternura y admiración, y dándonos el nombre de ángeles. Después, tomando al conde de la mano, le hizo acercarse a nosotras.

—Yo os presento —dijo a Clementina— el conde de Belvedere, un sujeto que merece infinito vuestro aprecio y vuestra compasión. Vos le veis ceder a vuestra grandeza de alma con sentimientos dignos de vos: recibid, reconoced a un amigo que se esforzará a suspender cualquier otra esperanza.

—Yo le recibo pues y le reconozco con este título: sí, señor, yo soy sensible al honor que me habéis hecho tanto tiempo. ¡Ojalá seáis feliz con una mujer cuyo mérito corresponda al vuestro! Mirad los venturosos consortes que tenéis delante. ¡Dios quiera seáis tan afortunado como el señor Charles Grandison! ¿Qué mayor dicha puedo desearos?

El conde tomó su mano y poniendo una rodilla en tierra la llevó respetuosamente a sus labios:

—Voy a libertaros, señorita, de un perseguidor. Yo no debo pediros nada; mas puedo prometer por mí mismo según la expresión del señor Grandison, que me esforzaré a suspender la más lisonjera de todas mis esperanzas.

Habiéndose levantado el conde sin añadir palabra con los ojos llorosos y sumamente conmovido, propuso el señor Jeronymo que volviésemos con los demás; pero Clementina quiso retirarse conmigo

para dar tiempo a los otros convidados de hacerse contar lo sucedido. Yo la llevé a mi gabinete y en él renovamos el voto de una eterna amistad. Charles, haciéndose el cargo de que al conde causaría algún sentimiento la relación, le detuvo también algunos momentos, mientras que la Beaumont y el señor Jeronymo fueron a referir lo acaecido a los que no habían estado presentes.

A la hora de comer fue recibida Clementina de todos como un ángel. Sus padres aplaudieron su noble conducta y bendijeron al cielo, porque les había inspirado la resolución de venir a Inglaterra. De seguida dirigieron sus agradecimientos a Charles, a quien se creían deudores de sus más gratas esperanzas, prometiéndose que su familia y la nuestra no formarían más que una tan estrechamente unida como si se hubiera efectuado el enlace que había estado tan cerca de hacerse.

Después de la comida propuso Charles a la marquesa la ejecución del último artículo de su plan, que era enseñarla lo que merece en Londres la curiosidad de los extranjeros y hacerla tomar después el aire de la campaña; pero el marqués respondió por ella que habiendo la llegada de Clementina traído a la ciudad a Charles y a milady Grandison, no dudaba de que les agradaría más volver primero a la campaña. Añadió cortésmente que la diversión más gustosa para su mujer y para él sería la presencia y conversación de sus amigos y en sus propias tierras, más bien que en ninguna otra parte; que para las diversiones de la ciudad llegaría su tiempo, y que estando por otra parte gustosos en Inglaterra no tenían ninguna impaciencia por dejarla, con tal que el señor Charles y sus gentes cumpliesen la palabra que les habían dado de acompañarles a Italia. Me sería difícil repetir todas las bellas y atentas expresiones que se dijeron por una y otra parte.

El conde de Belvedere, que recibió de Clementina por la tarde las mayores muestras de atención y urbanidad (remedio, por decirlo de paso, que no creo demasiado seguro para su curación), piensa pasar un mes o seis semanas en Londres con los señores Giuliano y Sebastiano, despedirse después de nosotros y partir juntos a la corte de Madrid, donde está en ánimo el conde de detenerse algunos meses. El nuestro es el de marchar todos el lunes próximo a la quinta de Grandison, en la cual estarán también dentro de ocho o diez días Caroline y su marido. Charlotte se lamento mucho por los embarazos que aún la tienen sujeta; pero ella y su pariente se juntarán con nosotros lo más pronto que sea posible.

Clementina me ha ponderado más de una vez la complacencia que espera le causen nuestros viajes, y no duda de que servirán para restablecer la salud de toda la familia. Siempre me está diciendo cosas tiernas y oficiosas, y seguramente un paso que parecía al principio

algo temerario debe tenerse por un venturoso incidente, puesto que ha ocasionado tanta alegría a todos exceptuando al pobre conde de Belvedere; mas en verdad nada falta a la de vuestra humildísima, etc.

—Harriet Grandison.

NOTA. *Se omiten algunas cartas en donde se ve el parecer de muchas jóvenes solteras y de algunas matronas sobre la grande y antigua cuestión, si es mejor casarse por amor que por razón. En otra carta se encuentra una pintura de los placeres y diversiones que han proporcionado Charles en la quinta de Grandison.*

Carta CXXXIII
Milady Grandison a la señora Shirley

28 de abril.

Mi cara abuelita no se quejará de que no le hablo bastante en mis últimas cartas de nuestros entretenimientos y conversaciones. ¡Qué escena de placer! ¿Y qué más puedo desear que su continuación, si no es acaso que la admirable Clementina esté casada a su gusto y que por esto tengan sus tiernos parientes tanta satisfacción como ella? Frecuentemente se echa de ver que falta algo a su felicidad y por consiguiente a la de ellos. No obstante sus amigos, los amigos de su reputación y de su familia pueden adivinar ¿qué? Yo debo ser la última que se meta en formar juicio de esto: yo que después de haber conocido a Charles Grandison y de haberme lisonjeado con alguna esperanza de ser suya, nunca hubiera podido creerme dichosa con otro hombre. Considerad que si Clementina no hubiese rehusado voluntariamente al mejor de todos los hombres, le hubiera parecido insoportable la desgracia de perderle; pero sus nobles motivos la sostienen gloriosamente contra el pesar de esta pérdida. No obstante, si he de decirlo, el cuidado que advierto en ella de evitar su compañía, las excusas que da muchas veces para no asistir a algunas diversiones propuestas por Charles, y el gusto que tiene en hablarme a solas, manifiestan bastantemente que considera necesarias a su reposo tales privaciones.

Clementina propuso una vez al señor Jeronymo el dejar la Inglaterra antes que su familia lo hubiese pensado, como también el solicitar mi promesa de acompañarla. Yo estaba presente, y cuando hizo esta proposición tenía sus ojos llorosos. Nosotras habíamos hablado de Charles, enajenadas con motivo de algunas acciones generosas que habían llegado a nuestra noticia, y yo eché de ver claramente entonces que únicamente se prometía su tranquilidad de la ausencia. La amable Emily piensa lo mismo y yo doy a Dios las

gracias.

Clementina no ha dejado de mostrarse después bastante alegre. Se entretiene en formar planes para su vida futura, algunos bastante bellos, pero algo extravagantes, si así puedo decirlo; y se varían tantas veces que no muestran aquella solidez y constancia que yo desearía en la hermosa italiana. Cuando la considero con sus diferentes proyectos e invenciones, me veo precisada algunas veces a volver la cabeza para ocultarle una lágrima que se me escapa mal de mi grado.

Martes 1 de mayo.

Habiendo vuelto el conde de Belvedere a Londres después de un corto viaje en las inmediaciones y no gozando de buena salud, quiso el marqués hacerle una visita y aprovecharse de esta ocasión para comenzar a ver algo de la ciudad. Todos nuestros hombres determinaron al instante el acompañarle, y bien os haréis cargo de que Charles no querría excusarse. El doctor Bartlett y el padre Marescotti, que son inseparables, ha proporcionado una diversión de su gusto, y las damas han dicho que no me dejarán. Los hombres partieron ayer mañana, y por la tarde tuvimos la satisfacción de ver llegar una de las más oficiosas casadas, de las más tiernas madres y de las más amables nodrizas. ¿Quién, abuelita? Milady G... con su marido. ¡Indócil Charlotte! Apenas se ha pasado un mes. Nosotras le hemos cardado bien la lana y no menos a su marido por haberla dejado partir. «¿Cómo había de impedirlo?», nos dijo con mucha sencillez. Pero ¡están tan trocados el uno y la otra! Verdaderamente estoy muy contenta de ella. Milord, ahora que su mujer le trata como es debido, parece aun a sus ojos un hombre juicioso y sensato. Si algunas veces se ha conducido con alguna ligereza, esto ha en un todo desaparecido. Por lo que hace a ella, su viveza es siempre la misma, pero sin exceso: es como la de una mujer juiciosa enteramente satisfecha de sí misma, de su situación y de sus esperanzas. En verdad comienzo a creer como ella que una mujer puede ser dichosa con un segundo amante, si es benemérito, cuando no ha podido satisfacer su inclinación con el primero, cuyo parecer me lisonjea por amor de mi Emily.

Martes por la noche.

La Beaumont ha recibido una carta de sus amigos de Florencia en que con el temor de que vuelva a cobrar demasiada afición a su patria, la instan a que acelere su vuelta.

Parece que esta carta contiene algunas expresiones de la infeliz Olivia que no son favorables a Clementina. Camilla, que está loca por mí, me ha dicho algo de esto, y me ha confesado al mismo tiempo el

vivo deseo que tiene su señorita por verlas a causa de habérsele escapado a la Beaumont algunas palabras de indignación contra Olivia. ¡Indigna Olivia! ¿Qué puedes tú decir contra la admirable Clementina? Sin embargo, yo las quisiera ver también; mas me parece que la Beaumont no quiere comunicarle nada que pueda hacer una impresión demasiado fuerte en alma tan delicada.

Esta Charlotte, siempre viva en extremo, ha contado a Clementina toda la historia de Emily con la única mira, según dice, de celebrar la determinación de una niña de tan corta edad. Confiesa que Clementina se puso encarnada muchas veces durante su narración, lo cual no fue capaz de contenerla. ¿Cómo ha podido?... Yo se lo he vituperado por el interés de Emily, por ella misma, por Clementina y por Beauchamp. Yo no creo que sobre este punto pueda ser nimia ninguna delicadeza. Sin embargo, la amable Clementina ha elogiado mucho a Emily.

—La ausencia —dijo— es un medio muy poderoso. Con un hombre común sirve menos que la presencia misma, porque esta puede hacer descubrir sus defectos; pero con un hombre como el señor Charles la ausencia es sin duda un prudente recurso.

Charlotte añade que era fácil advertir en el aire de Clementina que se hacía a sí misma sobre esto alguna aplicación.

Miércoles por la noche.

Charlotte me ha contado una conversación entre Clementina y la Beaumont que acaba de oír desde su gabinete. A la verdad, el gabinete de Clementina está contiguo al suyo, y sólo los separa un ligero tabique, por no haber sido antes estas dos piezas más que una. Sin embargo, yo no he podido menos de vituperarle su indiscreción.

—Tú no tenías precisión —le dije— de estarte en tu gabinete: nada te estorbaba el retirarte luego que oíste comenzar su conversación. Pero no, la curiosidad es como un clavo que sujeta a la tierra el pie de una mujer, cualquiera que sea el pesar que le causa algunas veces lo que oye.

La Beaumont, a instancias de Clementina, le había comunicado por fin la carta de Florencia, y su lectura le hizo derramar copiosas lágrimas. La pobre Clementina acusaba a Olivia de injusta y cruel.

—Me imputa —decía ella— tales cosas que no me permiten alzar más los ojos delante de milady Grandison y sus parientes. Hacedme el favor de que nadie sepa en esta familia ni en la mía que aun una Olivia ha hecho contra mía tan malignas reflexiones.

—Mi querida Clementina —dijo la Beaumont—, deseo más que nunca...

—¿Y qué desea mi estimada señora Beaumont?

—Que mudéis de plan.

—¡Los artículos, señora, los artículos! Si yo advierto que se violan, reiteraré mi solicitud de que se me permita tomar el velo. En realidad, este es el único remedio de todos mis males: yo siento mi corazón partido de dolor por la osadía y malignidad de Olivia.

—Permitidme decir, mi queridísima Clementina, que lo que Olivia piensa, lo puede la misma malignidad hacer pensar al público. A vos os toca considerar que el marido de milady Grandison no debe ocupar tanto la atención de otra mujer que pueda servir de obstáculo a las ofertas de un hombre verdaderamente estimable.

—¡Cruel, cruel Olivia! Su infamia es insoportable: tan sólo ella... no digáis *el público:* Olivia sola, señora Beaumont, es capaz de tan negra imputación.

—Por mí yo estoy persuadida de que es una imputación falsa, y de que aunque el señor Grandison no se hubiese casado, nunca hubierais sido su mujer, pues vuestras primeras objeciones tendrían la misma fuerza. Ya veis cuán firmemente adicto está a su religión, y vos no lo estáis menos a la vuestra. No obstante, según el punto a que han llegado las cosas ¿podrán vuestros mayores amigos dejar de atribuir a un primer amor la repulsa que hacéis de un hombre contra el que no se sabe pueda hacerse otra objeción?

—¡Los artículos, señora Beaumont! ¡Los artículos!

—Una palabra todavía, mi cara Clementina, pues que vos misma habéis comenzado el asunto. ¿No es de esperar que ahora que no tendréis oposición, empezaréis a conocer que sólo debéis prometeros vuestra felicidad y tranquilidad de dirigir todas vuestras miras a las verdaderas reglas del deber, porque el público no les dará otro nombre; y que mientras os ocupéis en otros objetos en que no dejarán de creeros ocupada, siempre que os vean en la misma situación, no haréis más que perturbar vuestra razón, y causar continuas inquietudes a vuestros parientes y amigos?

—Pero, señora, un convento ¿no es un medio seguro y el único posible para tranquilizarnos a todos?

—¡Los artículos, mi querida Clementina, los artículos! Vos me habéis conducido insensiblemente a declararos lo que pienso. Yo no tengo en ello ninguna mira: no, no lo sospechéis. Vuestra familia, como veis, se atiene inviolablemente a los artículos; pero considerad, querida mía, que suponiéndoos con libertad para entrar religiosa, todos los recuerdos de un primer amor que os harían culpada en el estado de matrimonio, no serían menos contrarios a vuestros deseos que tomar el velo. ¿Creéis que entonces os haría más feliz un convento?

—¿Qué, señora, sospecharíais en mí como Olivia una culpada inclinación?

—Estoy muy distante de pensar eso; pero también me permitiréis

no teneros absolutamente por un ángel. ¿Estáis bien persuadida, Clementina mía, de que si cierta razón os obliga a rehusar vuestro corazón al conde de Belvedere o a cualquiera otro hombre, os deja en libertad para ofrecérselo a Dios?

—Ese argumento, señora Beaumont, ¿tiene algo que ver con el caso presente?

—Vos recurriréis a los artículos, si permitís que yo prosiga. ¿Cuáles eran poco ha vuestras reflexiones sobre la historia de Emily? ¿No hay alguna semejanza entre el caso suyo y el vuestro?

—A la verdad yo no me asemejo enteramente a Emily. ¡Oh, señora! ¡Cuánto he caído de vuestro concepto!

—Vos no habéis caído de mi concepto ni del de nadie. Emily debe a su tutor favores que vos no le debéis.

—¿Es esa, señora, toda la diferencia? Pues no la hay, porque los favores que yo le debo son mayores que los suyos. ¿Comparáis favores pecuniarios con la conservación de la vida de un hermano y con otros mil testimonios efectivos de la mayor bondad? ¡Emily, mi modelo! ¡Pobre Clementina! ¡Cuánto has perdido! Es menester que yo deje este país sin diferirlo un momento. Ahora conozco con la mayor evidencia qué temeridad he cometido buscando en él un asilo. ¡Cuánto debe despreciarme el mismo señor Grandison! Pero yo os protesto, señora, que soy incapaz de un deseo, de un pensamiento contrario a los motivos que me impelieron a rehusar la mano del mejor de todos los hombres. ¡Ah! ¡Que no me halle yo en mi Italia! ¡Qué perjuicio hará una loca pasión a las jóvenes en el concepto de sus amigos, si todos los sacrificios que he hecho no me libran de las más ignominiosas imputaciones! ¡Qué desprecio hago de mí misma!

—Ese es un generoso desprecio, mi queridísima Clementina. Yo acabo como empecé, deseando que mudéis de plan; pero todo debe abandonarse a vuestras propias reflexiones. Vuestra familia se ha atado las manos. Yo espero vuestra felicidad del cielo, pues aun no osaríais decir que os creéis dichosa. Sin embargo, nadie se opone, ni piensa oponerse a vuestros deseos. Todo el mundo os ama, y vuestra dicha es el objeto de todas nuestras oraciones.

La Beaumont, demasiado advertida para no creer que las inquietudes de Clementina la descubrirían algunas veces a mis ojos, acaba de cumplimentarme por lo que llama mi generosa ternura a esta excelente joven, y por mi confianza en el afecto de Charles.

—¿Dónde está el mérito —le dije yo— con un hombre cuya loable conducta es tan conocida y con una joven tan delicada en punto de honor? Esta excita mi compasión y ambos se granjean mi afecto. En orden a Clementina, mi consuelo es que yo no la he servido de obstáculo, y que Charles no comenzó a declararme su afecto hasta

después de haber recibido de ella en términos expresos y por los más nobles motivos la libertad de elegir a la que creyese más digna de sucederla. Él me ha dado motivo para creer que había formado este juicio de mí, y puedo añadir, estimada señora Beaumont, que en el tiempo que me galanteó, no cesó de hacerle justicia. Se condujo tan noblemente conmigo que si yo no lo hubiese preferido antes a todos los hombres, lo habría hecho entonces.

Jueves 3 de mayo.

Estando con Clementina se me entregó una carta de Charles. Clementina percibió de quién era, y viéndome mirarla con impaciencia me suplicó que la abriese, amenazándome de lo contrario con retirarse. Yo la abrí y contenía, según le dije, la más afectuosas expresiones para ella y las demás señoras, mas creí notar en sus ojos cierta especie de ansia que me movió a ofrecerle la lectura de la carta, diciéndole:

—Ahí veréis, señorita, el más oficioso de todos los hombres. Entre Charles y yo no hay ningún secreto; mas os prevengo sobre algunos pasajes respectivos a una persona... Acaso no la leeréis sin pesar.

—¿Y es esa, señora —me dijo—, vuestra única objeción? Yo me alegraría mucho, si lo permitís, de ver cómo el más fino y culto de todos los hombres escribe a la mejor y más amable de todas las mujeres.

Yo le di la carta y tuvo la grandeza de alma de recrearse con su afectuoso estilo.

—¡Tierna delicadeza! —dijo leyendo— ¡Feliz, feliz milady Grandison! —Y con sus ojos llorosos y abrazándome prosiguió—: de este modo quiero yo felicitaros. ¡Cuánto debo lisonjearme de no haber dado oídos a sus ofertas! Yo no hubiera podido pensar mal de la religión de un hombre que es capaz de obrar, hablar, escribir y vivir como él.

Yo incliné la cabeza sobre su hombro. El manifestarle solamente la mitad de la admiración que me causaba su generosidad hubiera sido recordarle su antigua situación y mostrarme maravillada de que hubiese tenido tanto imperio sobre sí misma.

—Lo demás —continuó— creo poderlo leer, pues he visto el nombre de un sujeto que me causa compasión.

Clementina leyó lo siguiente.

«El cuerpo del pobre conde de Belvedere —esta es la expresión de Charles— visita los cuarteles de Londres haciendo esfuerzos por divertirse en ellos, mientras que su alma está en la quinta de Grandison. No puede resolverse a dejar la Inglaterra sin haberse despedido de su cara Clementina; pero el temor de los nuevos tormentos que prevé en esta ocasión le hace titubear. El marqués, sus

dos sobrinos y yo nos esforzamos a consolarle, al mismo tiempo que le aconsejamos vaya a buscar más felicidad en Madrid, y según me parece, está determinado a volver con nosotros para su temible despedida. Yo le tengo la mayor lástima; pero no alabo menos la inviolable adhesión de la familia a los artículos que acaba de aceptar.»

Leyendo estos últimos renglones se cubrió su rostro de lágrimas.

—¡Aceptar! ¡Ah, milady Grandison! Muy cierto es que no me dice una palabra, pero yo leo sus deseos en sus ojos.

Clementina recorrió el elogio que Charles hace del excelente carácter del conde.

—Es un hombre honrado —prosiguió—: yo le hago esta justicia; pero ¿no es extraña su obstinación?

Después, devolviéndome la carta, añadió:

—¡Cuán poco conocemos lo que más nos conviene! En España hay sin duda alguna dama de distinguido mérito que le haría mucho más feliz que puede serlo nunca con la que honra con un afecto tan mal pagado, sin contar que la pobre Laurana... —Aquí se detuvo, y yo no dije nada que pudiese hacerla volver al asunto.

Charles supone que él y sus amigos no volverán hasta el fin de la semana próxima, por lo menos si el marqués continúa en el ánimo de asistir al baile del embajador de Venecia a que está convidado.

¡Una ausencia de quince días! ¡Válgate Dios!

NOTA. *En algunas breves cartas se procura interesarnos por milady Grandison, quien volviendo con Clementina, ambas a pie y solas, de un paseo en que insensiblemente se habían alejado de la quinta, se moja tanto por causa de una tempestad que, hallándose incomodada a su vuelta, y viendo presentarse de repente a Charles que llega de Londres sin ser esperado, no puede resistir la doble agitación de su fatiga y alegría, y cae desmayada. La fiebre continúa y dura poco; pero Clementina, que se vitupera ser la causa de este accidente, se aflige tanto más que teme muy injuriosas sospechas.*

Carta CXXXIV
Milady Grandison a la señora Shirley

Sábado por la noche, 12 de mayo.

Clementina no me deja después de mi indisposición, y mientras se me creyó con algún peligro, estuvo inconsolable y se torcía las manos. «¡Ay de mí! ¿Para qué he venido yo a Inglaterra?» Esta era su continua exclamación, y todos temían una recaída. Aún falta mucho para que se serene. Quiere estar sola, cuando no puede estar conmigo. Muchas veces se la encuentra anegada en lágrimas y sintiendo no hallarse en

Italia. Charles está muy inquieto por ella y asegura que ha concebido algún designio, por lo cual me ha preguntado, si en nuestras conversaciones se había abierto a mí, y se muestra maravillado de que se retarde tanto tiempo esta confianza.

Domingo 13 de mayo.

El señor Jeronymo me ha hablado del conde de Belvedere, mostrándose vivamente compadecido de él. Este infeliz, esclavo de la más vehemente pasión, no ha tenido ánimo para volver con Charles y sus amigos. Ha escrito a Jeronymo, que después de la partida de ellos se ha puesto dos veces en camino para esta quinta, y que habiéndole faltado el valor para ejecutar su intento, ha retrocedido ambas veces.

Jeronymo me ha dicho que el conde ha hecho testamento, y que en la suposición de que muere sin haberse casado, deja a su familia todo lo que puede dejar de su caudal. No nombra a Clementina en este instrumento, temiendo le atribuya la bajeza de esperar de tan rico presente lo que no espera de su afecto. Este hombre generoso declara que si nuestras instancias en su favor contribuyeran por desgracia a otra recaída de Clementina, se tendría por el más miserable de todos los hombres.

—Mi querido Jeronymo —dijo al verle partir—, di a tu incomparable hermana que yo no la importunaré tanto tiempo como el que creo me tendrá aversión. ¡Ojalá sea feliz! Pues cualquiera que sea mi desesperación, me servirá esto de consuelo. Mas ten por seguro que mientras permanezca soltera, jamás seré marido de otra mujer.

Mi compasión se ha unido a la del señor Jeronymo por la deplorable situación del conde. Sin embargo, debo confesar que aún es mayor la que tengo de Clementina. Pero yo me he sentido enternecida hasta llorar leyendo un pasaje de la carta del conde que Jeronymo me ha dejado con permiso de copiarlo y traducirlo. Después de mil súplicas al cielo por la felicidad de una joven tan amable, cualquiera que fuese su suerte, dice:

«¿Puede ser feliz en el estado que tú ves? ¿No habrá siempre un violento combate entre su pasión aunque la más noble que ha tenido jamás un corazón, y las altas nociones que ella tiene acerca de su deber? La perturbación de su razón ¿no puede repetirse incesantemente? Si esta mujer divina fuera mía (permite que me abandone un momento a tan dulce suposición), me lisonjearía de poder dirigir y calmar un alma tan noble. Nosotros podríamos hablar con igual complacencia del mejor de todos los hombres, cuya bondad no es más objeto de su amor que lo es de mi veneración. Los celos vulgares no me impedirían convencer al dueño de mi alma de que apruebo su afecto fraternal. Entonces no estaría condenada al silencio, a la soledad, ni a los tormentos que ocasionan la desgracia de su

vida.»

Abuelita mía, tía mía, Lucy mía, ¿qué decís de tan generosos sentimientos? ¿Querré yo que Clementina se doble en favor de un hombre que verdaderamente lo merece? ¿Qué os parece, me rendiría yo en igual situación? Otra pregunta aún mejor: ¿debería yo rendirme?

Lunes 14 de mayo.

El permiso que se me da para escribiros os convencerá de que mi salud está bien restablecida. Si aún no se me permite salir de mi cuarto, es por un exceso de precaución.

Clementina se alegra verdaderamente de mi restablecimiento; pero cada día parece se aumenta su tristeza. Dice a su madre, quien se inquieta mucho por esto, que la situación de su hermano motiva su pesar, y en efecto el señor Jeronymo no se halla bueno. Lowther le había dicho que no estaría libre de algunos dolores pasajeros; pero yo estoy segura de que este tierno hermano se hallaría mucho mejor si viera a su hermana casada con el conde de Belvedere. Ha una hora que yo hablaba de esto a Charles.

—Clementina —le decía yo— no es nada menos que dichosa, y dudo de que lo sea jamás fuera de un convento.

—Considera —me respondió— que la grande objeción de la familia es que su madre moriría de pesadumbre, si Clementina entrara religiosa, y que a todos los demás causaría casi la misma aflicción. Por el bien de ellos no hay que hablar de tal cosa.

—Pues ¿qué partido queda que tomar?

—El de la paciencia, querida mía. Su enfermedad ha perturbado su alma generosa, y es menester que ella haga experiencia de sus propios planes. Si no surten efecto, formará otros nuevos hasta que encuentre alguno que la fije, y yo pienso que el tiempo no está distante.

—¿Lo crees así, Charles?

—¿No ves que cada día se aumenta su tristeza? Ella está maquinando en alguna cosa. Yo he obtenido de su madre que este espíritu trastornado se abandone por algún tiempo a sus propias inspiraciones. La vehemencia de sus afectos, excitada por obstáculos que miraba como una persecución, se ha calmado algún tiempo ha. Por grados llegará a hacer reflexiones que aún no se le han ocurrido.

»Jeronymo piensa —añadió Charles— que yo no podría abogar por el conde con buen éxito. Pero ¿no soy yo quien he dictado las proposiciones? Clementina no será engañada. Hace algún tiempo que evita mi compañía con el temor quizá de que yo procure valerme de mi influjo con ella. Sólo parece estar gustosa contigo, y así haz por conservar sobre ella el ascendiente que las almas delicadas tienen recíprocamente unas sobre otras. De cuando en cuando pueden

manifestarse algunas leves apariencias de su enfermedad; pero si el cielo conserva al menos su razón, no dudo de que sus actuales agitaciones motivarán una gran mudanza en sus miras, cuyo término sea acaso una serenidad de ánimo que llene de gozo a cuantos la aman. Entre tanto, querida mía, he aquí nuestra regla: ella ande y sigámosla nosotros. La persuasión contra una inclinación declarada es, según lo hemos dicho muchas veces, una especie de violencia, y nosotros la hemos condenado. Si a Clementina se la hubiese instando para que tomase el noble partido que abrazó cuando rehusó mi mano, hubiera sido menos feliz sin embargo de sus poderosos motivos que lo fue por verse dueña absoluta de sí misma y poder sorprendernos y admirarnos con su grandeza de alma.

¿Qué oponer a este razonamiento? Yo pido su confirmación al cielo y me parece verla ya en lo sucesivo.

Martes 15.

Hoy después de la comida a que yo no asisto todavía, me envió a pedir Clementina por Camilla un cuarto de hora de conversación en mi cuarto, y yo di orden de que no entrase nadie, si no llamaba yo misma. Clementina vino, tomó asiento junto a mí y me hizo este razonamiento.

—Yo he creído, estimada milady, que debía esperar vuestro restablecimiento para hablaros acerca de un asunto sobre el cual me siento impelida a abriros mi pecho. ¡Gracias a Dios que os habéis restablecido! ¡Cuánta inquietud me ha causado vuestra enfermedad! Yo me vituperaba haberla motivado, pues os había hecho dar un paseo demasiado largo. Toda la culpa se me ha echado a mí, y yo he advertido en los ojos de milady G... un manifiesto descontento. ¡Dios mío!, dije pareciéndome todo extraño alrededor de mí, ¿dónde estoy yo? ¿Quién soy yo? ¿Puedo yo ser aquella misma Clementina que era ha pocos meses? ¿No he traído yo pues más que infortunios a esta familia que es mi único refugio? En esto reflexioné con el más acerbo dolor sobre lo indecoroso de mi venida a Inglaterra y de mi morada en la casa del hombre respecto al cual todos saben mis sentimientos. Yo sé que el público comienza a hablar. ¡Cruel Olivia! Ella dice lo que quiere que todo el mundo piense. ¡Cuánto no debo a vuestra bondad y a la de todos vuestros parientes, por conservar tan buen concepto de mí en la situación en que me hallo! Yo deberé infinito a la compasión del señor Charles, si encuentra razones para no despreciarme. A una niña (únicamente lo digo a vos que me lo perdonaréis) me ha propuesto por modelo la señora Beaumont. ¡Cuánto ha padecido mi reputación! Mi orgullo no puede soportarlo. Si se me hubiese permitido entrar en un convento, se habrían prevenido tantas inconsecuencias en mi conducta, y la infeliz Clementina hubiera

evitado todas estas humillaciones. Ayudadme con vuestros consejos: decidme ¿no puedo yo reiterar mis instancias para obtener el permiso de dejar el mundo? Aconsejadme como hermana: jamás se ha tenido a una hermana más afecto que el que yo os tengo. ¿Qué deberé hacer para poder formar de mí un buen concepto? Al presente yo me aborrezco, me desprecio a mí misma.

—¡Con cuánta razón, queridísima hermana, excelente amiga, os venera toda mi familia! Charles, sus hermanas y yo os amamos tiernamente. Charlotte os admira y es imposible que os haya echado ninguna mirada de descontento. ¿Cuáles pueden ser las expresiones de Olivia? ¿Ha perdonado jamás a nadie su temeraria censura? Yo no dejo de conocer lo delicado de vuestra situación. ¿Qué consejo puedo daros? Pudierais abrir vuestro pecho a vuestra señora madre, o a la señor Beaumont, si os parece mejor: esta es una mujer muy prudente.

—Yo conozco sus sentimientos y no se conforman con los míos. La señora Beaumont sin quererlo seguramente no ha hecho más que intimidarme. Mi madre se considera obligada por los artículos y no me dice nada.

—Si consultarais a Charles… bien sabéis que es un hombre sumamente delicado.

—Yo le veneraré siempre; pero vuestra indisposición me le ha hecho mirar con más respeto que familiaridad. Reflexionando sobre mi situación he sentido en mi corazón un dolor que aún no había experimentado, un dolor que no podría explicar. Por lo común, lo siento aquí —llevándose la mano a la frente—, pero ahora lo siento aquí —poniéndola sobre el pecho—, y algunas veces apenas lo puedo tolerar.

—Pido por favor a mi querida Clementina que abra a Charles ese noble pecho: bien conocéis el amor tan puro que os profesa y cuánto le interesa vuestra gloria. Asimismo, sabéis que vuestra misma madre y vuestra señora Beaumont no tienen el alma más delicada. Abríos a él: teme tanto desagradaros que vos debéis comenzar. La menor insinuación bastará, pues sus miramientos a vuestro honor y al de nuestro sexo os excusarán un por meno embarazoso. Él no está preocupado, y cualquiera que sea el afecto que profesa a vuestra familia, vos sois en un todo la preferida. ¿Diré yo que me hizo sus primeros galanteos con recomendación vuestra, confesando no obstante que había sido rehusado por un ángel?

—¡Oh, modelo de los hombres! Yo quiero consultarle y en presencia vuestra.

—Mi presencia, señorita…

—Sí, sí —me interrumpió—: yo necesitaré de vuestra asistencia. Sed mi abogada con él, y si quiere abogar también por mí, aún puedo ser dichosa. Yo no sé que haya más que un medio para salir con

honor: yo no me atrevo a proponerlo, y el señor Charles lo puede hacer. El público y esa cruel Olivia no quieren dejarme buscar mi felicidad en el celibato, y así ¿por qué no ha de permitírseme buscarla en el retiro de un claustro?

Yo la abracé, y me esforcé a mitigar sus penas; pero tuve presente el consejo de Charles, que ella ande y nosotros la seguiremos. Después de haberle prometido no decir ni una palabra de lo que había pasado entre nosotras, envié recado a Charles de que subiese. Nos encontró muy serenas, y yo le dije antes que hubiese abierto la boca:

—Nuestra Clementina encierra algo en su pecho, y yo la estimulo a que te consulte.

—Es menester —me interrumpió ella— que ambos seáis mis consejeros: mañana, señor Grandison, tan temprano como acomode a milady, nos juntaremos con este fin.

¡Pueda el éxito de esta conferencia fundar sobre cimientos sólidos la tranquilidad de nuestra admirable hermana!

Carta CXXV
Milady Grandison a la señora Shirley

Miércoles 16 de mayo.

La conferencia se ha tenido en italiano. No eran más de las siete cuando nos juntamos en mi cuarto.

Yo había dicho a Clementina que ella debía empezar a hablar del asunto; pero Charles, viéndola con una especie de confusión, comenzó por alentarla.

—Vos me hacéis, señorita, un honor grande y digno seguramente del afecto de una hermana con pedirme mi dictamen sobre un asunto que os interesa. El restablecimiento de nuestra querida Harriet no me deja deseo más vehemente que el de vuestra felicidad, y contad con que es necesaria a la nuestra.

—Sí, señorita, os aseguro lo mismo —le dije yo tomándola de la mano.

La ternura y el respeto debían de brillar en mi rostro, si mostraba los afectos de mi corazón. Clementina se inclinó afectuosamente a mí y tenía arrasados sus ojos.

—Vos me afligís, señor mío; vos me afligís, señora, con ese exceso de bondad. ¡Cuántos amigos he hecho desgraciados!

—Algunos días ha —prosiguió Charles— observo que se aumenta vuestra inquietud. ¡Que no esté en mi mano desvanecer la causa!

—Acaso no os engañáis. ¡Oh, señor Grandison! Yo me lisonjeaba al firmar los artículos de que me harían más feliz de lo que soy.

—¡Cara Clementina! —dijo solamente Charles.

—No os disgustéis conmigo, señor Grandison: yo debo creerme obligada, si se insiste sobre mis promesas; pero aunque mis afectuosos parientes no me importunen con instancias ni persuasiones ¿no veis que con sus miradas y suspiros violan a cada instante vuestras condiciones?

—¡Cara Clementina!

—Yo preví que os desazonaríais conmigo.

—No es así, ni podría serlo sin agravio de la justicia y amistad. Pero, estimada Clementina, ¡qué pintura hacéis de la resignación de vuestra familia sobre un particular en que como sabéis, tienen puesto su corazón!

—No agravéis mis tristes reflexiones: es un tormento para mí verles sofocar tan generosamente sus deseos.

Entonces se dirigió a mí.

—Perdonad, estimada milady, si pongo la vista en mi antigua situación. Vos sabéis toda mi historia. Tened un poco de bondad por un momento. Jamás, Dios es testigo, ha tenido entrada la envidia en mi corazón, y por el contrario, me he alegrado mucho de que un mérito que no estaba en mi mano recompensar tenga tan dulce recompensa en vos, y que el señor Grandison no haya perdido nada con la repulsa que hice de su mano... —Aquí se detuvo.

—Proseguid, queridísima Clementina —le dije tiernamente—. ¿No somos hermanas? ¿Y no sé yo que tenéis un alma la más generosa?

—Sí, señor, yo me alegro sinceramente de haber tenido ánimo para ejecutar mis resoluciones —Volvió a detenerse, y Charles se contentó con aplaudirla bajando la cabeza—. Mas y no esperaba menos que mi familia cedería a mi inclinación a ser religiosa. Este deseo ha sido siempre el mismo hasta el momento en que por vuestras instancias me sometí a los artículos. Entonces tomé la determinación de buscar, si era posible, mi felicidad en el celibato que por fin se me permitía; pero ¿qué he de hacer? Mis primeros deseos renacen sin que yo pueda remediarlo. Paréceme evidente que sólo puedo esperar mi felicidad de un partido, del de tomar el velo.

—¡Amada Clementina! —dijo Charles— ¿Tenéis la bondad de permitirme?...

—Olivia, señor Grandison —le interrumpió—, quizá lo ignoráis todavía, Olivia se toma la libertad de hablar de mí sin miramiento. Yo di sin duda un paso temerario con venir a Inglaterra, y esto era suministrarle una excusa de su anterior venida, aunque el cielo sabe cuán diferentes fueron los motivos. El suyo era obtener lo que yo procuraba evitar. Pero vuestra indisposición, señora, aguzó más la flecha y me atravesó con ella el corazón. ¿Me queda otro expediente, otro freno para contener la malignidad que entrar en un convento?

—Pues que me hacéis la pregunta, debo responderos. Sí, señorita,

lo hay.

—¿No quedáis disgustado de mí, señor Grandison? ¿No me acusáis de violar los artículos?

—Yo no os acuso de nada, señorita, pues sólo se discurre y no se resuelve. Estad persuadida de que una de las cosas que más ardiente y constantemente deseo es vuestra tranquilidad. Continuad, acabad de aliviar vuestro corazón. Un amigo, un hermano escucha a su hermana con toda la ternura fraternal.

—¡Qué condescendencia! ¡Qué bondad! Vos decís que hay otro expediente, ¿y cuál puede ser a excepción del matrimonio?

—Aunque este lo fuese, si fuera agradable... Nosotros sólo discurrimos, señorita, y no tratamos de resolver.

—¿Qué, señor Grandison, me hacéis esa proposición? —con una mirada de impaciencia.

—No, señorita: ya he dicho que no trataba de resolver. Mas vuestra felicidad me parece segura en el celibato. Acaso habéis formado proyectos que os han desagradado después de reflexionarlos; pero el tiempo no nos insta, y la incomparable Clementina tiene demasiada grandeza de alma para conceder a la malignidad un injusto poder sobre su reposo. Ella conoce su propio corazón y tiene razón para estar satisfecha de él. Si volvieseis a vuestros primeros deseos ¿no os seguirían los ataques de la maledicencia hasta el más santo retiro? Hay mil puntos delicados que considerar en vuestra anterior situación; pero vuestros parientes los han pesado bien. No tienen otra mira que vuestra felicidad, y vos discordáis de ellos en la elección de los medios. Piensan que el matrimonio con un hombre honrado de vuestro país y religión os proporcionaría la tranquilidad, y vos miráis el estado religioso como el único expediente, cuyo particular demasiado se ha discutido. Vuestra familia está resuelta a no instaros, aunque no haya mudado de parecer, y así ¿no le dejaréis la libertad de sus deseos, mayormente cuando se privan hasta de la de manifestarlos? Sabed, señorita, que en mi presencia el marqués vuestro padre ha declarado con toda formalidad al conde de Belvedere que ya no debía conservar ninguna esperanza. ¡Ojalá viva bastante para veros feliz! Vos debéis estar convencida de que vuestro bien es el objeto de vuestra familia, cualesquiera que sean los medios de conseguirlo.

—Mi padre y mi madre son la bondad misma. ¡Que el cielo conserve su preciosa vida! —Un arroyo de lágrimas corría por sus mejillas.

—Estoy seguro, mi querida hermana, de que en ningún estado podríais ser feliz, si vuestra elección ocasionara la desgracia de vuestros padres. ¿Sería capaz nunca Clementina, aun después de la misma profesión, de renunciar al afecto filial, a todo lo que se llama

amor de la sangre? Esa vida contemplativa a que se muestra apasionada, ¿no inflamaría sobremanera y demasiado tarde, puesto que ya no sería tiempo de retroceder, y acaso con tanto más pesar que sería demasiado tarde? ¿No inflamaría sobremanera su afecto a unos padres tan dignos de toda su ternura, y a unos hermanos tan desinteresados en la suya y que han tomado tanta parte en sus penas?

Clementina suspiró y lloró.

—¡Oh, señor Grandison! —Esto fue todo lo que pudo decir.

—Vos no podréis proponeros, señorita, el vivir únicamente por vos misma y para vos misma, y en el mundo podéis vivir para Dios acaso mejor que en un convento ejerciendo las facultades que nunca os faltarán de hacer bien, es decir, de ejercitar todas vuestras virtudes. Todo el mundo, como me acuerdo de habéroslo dicho ¿no necesita de grandes ejemplos que sois capaz de darle? ¡Ah, señorita! No la profesión sino el corazón hace un sacrificio agradable a Dios. Vuestro abuelo materno, aunque celoso católico, estaba persuadido de que son muchas las personas que gimen en los claustros, cuyo juicio confirmado por un ejemplo que le había causado mucho quebranto, le movió a insertar en su testamento las cláusulas que creyó capaces de induciros al matrimonio; y vuestro abuelo paterno no tuvo dificultad en unirse a él para corroborarlas.

—¿Y bajo qué pena, señor Grandison? Únicamente bajo la de perder unos bienes que no deseo ni son necesarios a mi familia. Todos nosotros somos ricos, y tales bienes son comprados y no patrimoniales.

—Comprados, es verdad, pero ¿con qué mira, señorita, y para quién?

—Yo quisiera que mi familia fuese superior a esos motivos.

—¿Y no ha de juzgar ella por sí misma?

—Yo no me persuado —prosiguió— de que hay muchas personas disgustadas en los claustros; pero aun cuando hubiese algunas, yo estoy segura de que no aumentaría el número, al menos si viera a mis padres contentos, porque esto, lo confieso, es esencial para mí. En orden a los grandes ejemplos de que decís necesita el mundo y que me creéis capaz de darle, no tengo tanta vanidad que me convenza esta razón. Si mi tranquilidad es más segura en el mundo que en un convento, a mí me toca juzgarlo, a mí que debo saber después de tantas agitaciones cómo han padecido el cuerpo y el ánimo, si me conviene la soledad para recoger mi espíritu distraído.

—Gracias a Dios, cara Clementina, se han pasado esas agitaciones.

—Yo me compadezco y puedo perdonar, como perdono en efecto, a la pobre Laurana. ¡Ah, señor Grandison! Acaso no sabéis que el amor, esta pasión que hace muchas bajezas y que algunas veces a la verdad produce efectos admirables, es la causa secreta de las crueldades de Laurana. Ella no me aborrecía antes que el amor se hubiese apoderado

de su corazón. ¿Por qué he de traer a la memoria el mal sin acordarme del bien?

—¡Admirable Clementina! —exclamó Charles.

—¡Admirable hermana! —exclamó su Harriet, ambos como de acuerdo.

—¿No ha sido la compañera de mi niñez? —prosiguió esta admirable joven— ¿No hemos sido educadas juntas? Yo era la paciente gracias al cielo y sin haberla nunca ofendido. No ha hecho más que engrandecerme proporcionándome el perdonarla. Que toda mi venganza consista en los remordimientos que le deseo al saber que la perdono y hago votos por su felicidad.

—Una sería por cierto —dijo Charles— si la que ha podido maltrataros fuera capaz del generoso arrepentimiento que le deseáis; mas perdonándola ¿podéis pretender que vuestra familia se una a vos, es decir, que le abandone una rica herencia en recompensa de su crueldad? ¿Condenaréis en vuestros parientes el tierno afecto que les hace sensibles a las barbaridades cometidas en vuestra persona? Cara Clementina, no aspiréis a elevaros sobre la naturaleza. Considerad que vuestros abuelos no destinaron nunca sus bienes a Laurana, sino que tan sólo la nombraron para asegurar más bien la disposición en vuestro favor, cuya interpretación no es infundada, pues que a falta de hijos vuestros han substituido sucesivamente a vuestros dos hermanos, quienes no por esto codician tales bienes. Su ansia y anhelo es por vuestro matrimonio, y únicamente quieren que lo que habéis debido a vuestros abuelos no pase a la cruel Laurana. Mas si podéis por vos misma frustrar la disposición de vuestros abuelos ¿podréis perjudicar a la pretensión de vuestros hermanos?

—¡Oh, señor Grandison!

—¿Debéis pensar en disponer del derecho de otro? Vuestros hermanos ¿no merecen por su cariño esos generosos sentimientos que tenéis respecto a la crueldad de Laurana? ¡Lejos, lejos, mi amada Clementina, esa especie de terneza que hace buscar excusas para la barbaridad y para todo lo que ofende la naturaleza y la razón!

Clementina suspiró y las lágrimas inundaron su rostro. Después de algunos momentos de silencio, dijo:

—Ah, señor Grandison, excusadme; y vos, cara milady, no me despreciéis. La debilidad de mi razón puede conducirme al error; mas luego que se me abren los ojos, no persevero en él. Veo que en orden a mis hermanos no he discurrido bien, y tal vez, mi querida milady, os parezco culpada de un falso heroísmo. Yo iba a hacer una injusticia a mis hermanos por hacer más de lo que debo en favor de una parienta no tan cercana.

—Todo lo que Laurana puede esperar de vos es que contribuyáis a que ella perciba un legado considerable que vuestros abuelos le han

dejado.

—¿Y qué otro medio más que mi matrimonio? ¡Ah, señor Grandison!

—Así es, señorita: tal era la intención de vuestros dos abuelos: yo sólo os la hago presente y no os aconsejo nada.

—Sin embargo, no es menos cierto que un motivo que puede disimularse a mi familia no debe ser absolutamente mi única regla. Decid, señor Grandison ¿no es eso poner en balanza unos bienes terrenos y caducos con otros inmortales y eternos?

—Nada menos, señorita. ¿Podéis dudar de los auxilios del cielo y desconfiar de vos misma hasta suponer que las rejas de un convento sean necesarias a vuestra virtud? Haceos más justicia, mi cara Clementina: vos tenéis virtudes que no pueden ejercitarse en un convento, y vuestra situación os ofrece mil medios de emplearlas. Yo no discurro como protestante: el más celoso católico os tendría el mismo lenguaje en las circunstancias en que os halláis.

—¡Ah, señor Grandison! Vos me prevenís, pues iba a acusaros de hacer aquí el papel de un protestante.

—Vuestros abuelos, señorita ¿no han discurrido del mismo modo en su testamento? Vuestros padres, vuestro tío y vuestros hermanos ¿se han valido de otros argumentos para haceros desistir de tomar el velo? ¿No tenéis a los unos y a los otros por celosos católicos? Vuestro hermano el obispo y vuestro confesor ¿no adhieren a las mismas razones y no contribuyen a los votos de vuestra familia?

Clementina bajó los ojos con un gracioso embarazo, y Charles prosiguió.

—Vuestra madre, señorita, que os ha dado a luz a vos y a vuestros tres hermanos, de los cuales uno se ha consagrado al servicio de Dios ¿no ha contraído para con este y los hombres un mérito que no habría contraído en la religión? Los deberes conyugales y maternales tan perfectamente desempeñados ¿no son para una casada los primeros de todos los deberes? ¿Se propone Clementina adquirir en un convento algún grado de bondad que crea faltar a su madre?

Clementina pareció titubear. Suspiró, tuvo mucho tiempo la vista inclinada y al fin dijo:

—¿Qué he de responder? Yo he firmado y veo que será preciso atenerme a mi promesa. Por lo demás, es mucha la generosidad vuestra de no recordármela y de sufrir con paciencia los esfuerzos que hago por eximirme de ella. Mas yo no soy dichosa... —Detúvose aquí, y volvió la cara para ocultar su conmoción. Charles y yo no nos conmovimos menos.

Inmediatamente que pudo hablar, prosiguió.

—Yo percibo demasiadas tinieblas que obscurecen algunas veces mi razón, y esto es una desgraciada reliquia de mi fatal enfermedad.

Ambos sois, bien lo veo, bastante generosos para tener lástima de mí. Yo os confesaré, señor Grandison, que consintiendo en firmar los artículos que propusisteis, lo cual un yerro tan grave como mi fuga casi no me permitía rehusar, me prometía al menos alguna tranquilidad en una situación en que según experimento, no puedo encontrarla. Yo me lisonjeaba de que, reunida en mi favor vuestra amistad y la de vuestra esposa, una amistad de que yo pensaba me haría digna mi desinteresado afecto, podría contribuir a mi reposo y sólo pensaba en cultivarla. Mi razón ofendida no me dejaba considerar que había en mi proyecto circunstancias de que el mundo formaría un juicio diverso del mío; pero cuando supe de qué es capaz la malignidad, y sobre todo cuando os vi, mi amada milady, con una repentina indisposición que en mi turbación me pareció amenazar vuestra preciosa vida...

Aquí se detuvo, como si se hubiese roto el hilo de sus ideas. Después continuó:

—Vos sabéis, señora, todos mis sentimientos; señor Grandison, ya os he dicho bastante: ahora aconsejadme. Para no ocultaros nada, yo tengo casi tanta impaciencia por dejar la Inglaterra como la que tuve por venir a ella. ¡Desventurada de mí! ¡Cuán inquieto tengo mi corazón! ¿Cuándo, cuándo estaré tranquila?

—¿Qué os diré, señorita? —respondió Charles— ¿Qué consejo he de daros? Vos me aseguráis que no sois feliz y también creéis que vuestros padres no lo son. Todos nosotros estamos persuadidos de que su felicidad depende de vos; mas no quiera Dios que esto sea a costa de la vuestra, mayormente habiendo vos tenido tanto que padecer, aunque puede dudarse si en realidad vuestras propias penas han sido más dolorosas para vos que para vuestros parientes. Yo no abogo ahora por nadie: ya os he dicho que vuestro padre exhorta de veras al conde a que no conserve ya ninguna esperanza, y el conde asegura que hará todos los esfuerzos para ello: en primer lugar, porque os lo ha prometido; y en segundo, porque está demasiado seguro al presente de que sólo le miráis con aversión.

—¡Con aversión, señor Grandison! ¡Dios me libre de tener nunca aversión a nadie! Yo he creído que mi conducta respecto al conde... —Aquí se detuvo un momento, y dirigiéndose a mí me dijo—: carísima milady ¿no me daréis vuestros consejos sobre todo lo que habéis oído? Al comenzar me asegurasteis que mi tranquilidad era necesaria a vuestra felicidad.

—El tierno cariño que os profeso, cara Clementina, me la hace necesaria, y vuestras menores penas lo son para mí grandes; pero nadie sabe mejor que vos de qué depende vuestra felicidad, aunque estamos ciertos de que esta originaría la de toda vuestra familia, que piensa contribuiría mucho a ello un casamiento honorífico con un

hombre de vuestro país y de vuestra religión. Vuestra madre está persuadida de ello y la señora Beaumont lo está también. Ya veis que un deber de justicia respecto a vuestros hermanos, y de gratitud respecto a vuestros abuelos no os permite pensar en ser monja; ya veis que Laurana, por la cual aún se interesa vuestra bondad, no puede percibir un legado considerable sino por vuestro matrimonio. Si os disgusta el hombre que se os presenta, no se hable más de él, y disfrutad las dulzuras del celibato hasta que se os presente otro a quien podáis favorecer con vuestra estimación. Entre tanto, honradme con la continuación de vuestro afecto, según el ansia que veáis en mí por obtenerlo. Nosotras somos ya hermanas: juntas no haremos más que una, y aun en la ausencia no estaremos divididas; pues nuestras almas y nuestros sentimientos se mezclarán en el papel...

Yo hubiera continuado; pero ella me echó los dos brazos al cuello bañándome las mejillas con sus lágrimas y dándome mil nombres tiernos. ¡Cuánto pareció enternecido y enajenado el más amable de todos los hombres! ¡Con qué delicadeza dividió su atención! La amiga tierna y la cara esposa fueron distinguidas con sus más bellos caracteres.

Clementina estaba demasiado inquieta con los afectos de su propio corazón para continuar su razonamiento, aunque sin embargo, me prometió pesar y considerar todo lo que llevaba en su memoria. ¡El cielo derrame sobre ella a manos llenas sus consuelos!

Carta CXXXVI
Milady Grandison a la señora Shirley

Jueves 17 de mayo.

Clementina está grave y pensativa, y evita la compañía. No se le dice palabra del conde de Belvedere; pero como se espera de día en día, cree Charles que se la debe prevenir sobre su venida. Ayer no comió ni cenó con nosotros. Gusta de pasearse sola en el parque, donde su única diversión es la de dar de comer a los ciervos que junta algunas veces alrededor de sí. Habiendo pasado Charles esta mañana junto a ella, le preguntó por su salud, y le respondió:

—Mi ánimo no está tranquilo, señor Grandison.

—¡El cielo restablezca en él la serenidad!

—Os doy las gracias: continuad vuestras oraciones por mí. La última conversación, señor Grandison... Pero quedad con Dios —Y echó por un sendero que va a parar al bosque.

Charles la siguió con la vista, y habiendo ella vuelto la cabeza, verosímilmente para ver si la miraba, le hizo reverencia, y le pidió con la mano el permiso de seguirla; pero la infeliz, que comprendió esta

seña, le pidió con otra que la dejase sola.

17 por la noche.

Lowther, que acaba de llegar de Londres, ha estado siempre persuadido como los médicos de Italia de que una demencia que no es hereditaria y cuya causa sabemos, no amenaza con una recaída, a menos que no sobrevenga algún nuevo incidente; como también de que no puede ser contagiosa para los frutos del matrimonio. Se muestra muy maravillado de que los parientes de Clementina hayan cedido con tanta facilidad en el particular del celibato. Ha diferido tanto tiempo su vuelta por justificar su parecer consultando a los más famosos médicos de Londres, quienes van enteramente de acuerdo con él.

Sábado 19.

Clementina, con quien he pasado parte del día, me ha hablado mucho tiempo de su prima Laurana, cuya desgracia llora generosamente.

—Lo que os he dado a entender —me dijo— de su pasión al conde Belvedere, es demasiado cierto. Se me pide que me compadezca de él, y él debería tener alguna compasión de ella. Yo sé que se le propuso a Laurana y que rehusó la proposición con altivez. Acaso ignora cuánto le ama. Me queda algún recuerdo de los furores de amor a que la vi abandonada, de la rabia que la causaba la idea del desprecio y de los juramentos que hacía algunas veces de tomar venganza. Es otra Olivia tocante a la violencia. En los pocos lúcidos intervalos que tuve bajo su dirección, siempre pensaba en que sus arrebatamientos vendrían a parar en tratarme con más rigor. Sin embargo, aun entonces cuando yo estaba bastante tranquila para conocer mi horrorosa situación, me compadecía de ella. ¡Ah! ¡Que no esté en mi mano inducir al conde a hacerla feliz, y a hacerle a él dichoso con ella!

Con este motivo me preguntó Clementina si Charles se inclinaba a favorecer al conde, y yo le respondí:

—Charles quiere veros casada, porque piensa como todos los médicos de Italia e Inglaterra que si hay algún hombre en el mundo a quien queráis hacer dichoso, lo seríais también vos así como vuestra familia. En orden a la elección, piensa que se os debe dejar enteramente, y dice con frecuencia que en vista de tantas repulsas no se debe insistir a favor del conde y que es menester daros tiempo.

—¿Me perdonará mi querida milady le haga una pregunta como de una hermana a otra hermana? En mi situación ¿hubiera podido resolverse... a dar su mano?... —Aquí se detuvo, se puso encarnada y bajó los ojos.

—Hablad, mi carísima Clementina, abrid vuestro pecho a vuestra Harriet... Pero no: voy a excusaros esta molestia, pues creo comprender vuestro pensamiento. Modelo de mi sexo, yo no soy Clementina: en las circunstancias en que os hallabais con el consentimiento de todos mis parientes y con un hombre como sabéis, yo no hubiera podido rehusarle mi mano ni mi corazón; pero ¿qué no puede esperarse de una joven a quien los más superiores motivos han hecho capaz de conseguir la más gloriosa victoria? Las grandes dificultades se han vencido, y cuando hayáis llegado a estar bien persuadida de que es un deber vuestro el adoptar un nuevo plan, estoy segura de que aunque os cueste...

—Cara milady, no acabéis. Mi deber... ¡Con qué delicadeza decís las cosas! ¿A qué asunto hemos venido a parar? Creedme, yo soy incapaz...

—De ningún pensamiento —la interrumpí— que un ángel no podría confesar. Vos haríais agravio a los que os aman sólo con suponer que vuestra grandeza de alma exige la menor garantía.

—Sin embargo, generosa milady, algunas veces estoy inquieta por lo que vuestros parientes pueden pensar... desear... ¡Ah! ¡Que no me halle yo en Italia!

—Mis parientes no desean más que vuestra felicidad. Formad vos misma vuestro proyecto, querida Clementina; determinad todo lo que hayáis de hacer: contad uno, dos, tres años de celibato: asegurad a vuestra indulgente familia...

—¡Chitón, chitón, querida milady! —poniéndome una mano en la boca— Ya os dejo: demasiado tiempo os he detenido. ¡Oh, cruel incertidumbre de mi corazón! Pero cualquiera que sea el partido que yo abrace, cualesquiera que sean los disgustos que yo cause, no dejéis de amarme, no me quitéis nunca el nombre de hermana vuestra y séame permitido llama al señor Charles Grandison hermano mío. Así estaré al menos segura de una dicha que será el contrapeso de una infinidad de penas.

En esto me dejó precipitadamente, sin querer escuchar mil nombres tiernos que me dictaba mi corazón y que estaban ya en mis labios.

Domingo 20.

El marqués está indispuesto levemente, pero la marquesa se debilita de día en día. Clementina que lo advierte decía esta mañana a la Beaumont que si se aumentaban sus indisposiciones, estaría muy cerca de echarse a sí misma la culpa. La Beaumont se esforzó en consolarla sin hablarle palabra del hombre que ocupa tan buen lugar en los corazones de todos a excepción del suyo, y habiendo entrado Camilla a decirle según sus órdenes cómo había pasado la marquesa la noche, fue inmediatamente a verla anegada en lágrimas.

Domingo por la noche.

Muy bien; pero yo que tomo la pluma de Harriet, apostaría a que sus lágrimas se secan bien pronto. El marqués y la marquesa se hallan mucho mejores. El conde ha llegado, y los señores Juliano y Sebastiano están con él. ¿No viste al conde, Lucy, mientras estuviste en Londres? Tiene a la verdad un semblante amable, si la seriedad dominara en él algo menos; pero esta misma gravedad no le perjudicará con su heroína. ¿No ha venido según las expresiones de un poeta *a despedirse para siempre?* El no honrarle con una mirada sería un desprecio que nunca puede caber en la bella alma de Clementina.

Por tanto, no se hizo instar para bajar a su llegada. Por mí yo espero mucho de lo futuro. Ya no se nota nada que se resienta del antiguo mal. Clementina gusta de meditar y muchas veces se pasea sola en el jardín. Y bien: ¿quién sabe en qué se ocupa? Quizá es esto muy buena señal de su curación. Yo no creo fácilmente en los milagros, pero me parece que esta no lo sería. Charles está casado, Clementina no tiene veinte años y el conde es apreciable. Yo he visto transformaciones más prodigiosas que únicamente atribuyo a la naturaleza. Clementina me pareció algo seria al ver al conde; mas en esto sólo la creo vituperable. Ella le habló con despejo; pero el pobre infeliz estaba tan turbado que no osaba abrir la boca, por lo cual tuvo la atención de alentarle preguntándole por su salud, como si le hubiera parecido que se hallaba indispuesto, y además se dirigió a él dos o tres veces en la conversación sobre asuntos generales a la verdad, pero con una afabilidad que agradó mucho a todos. Se ocuparon largo rato cerca de una ventana con la Beaumont en comparar el jardín con los de Italia: conversación poco interesante, dirás tú; mas al pobre conde le parecía estar en el paraíso. Sin embargo, mañana espera despedirse para una larga, larguísima ausencia. Mi hermano, gustosísimo de verla tan tranquila, insiste siempre en que no se le habla ni una palabra en favor del conde. *—Por milady Grandison.*

Ya veis, mi querida abuelita, que esta Charlotte no siente como yo las inquietudes de nuestra cara Clementina; pero acabo de saber una noticia muy extraña. Se ha visto esta mañana al padre Marescotti y al doctor Bartlett, que son inseparables, entrar con mucha precaución en el bosquecito donde Clementina gusta de pasearse sola. Yo no extrañaría que ambos se hubiesen retirado juntos a este sitio, si no se me asegurara que Clementina estaba allí entonces, y que no habiendo salido al tiempo de su llegada, es preciso que haya pasado algún rato con ellos. Sin embargo, estos dos sujetos a quienes encontré después, no me dijeron ni una palabra. ¿Hubieran tenido la misma reserva con Charles? Esto es lo que sabré bien pronto. Sobre todo, yo no advierto

en lo dicho nada de extraño más que las precauciones; pues es muy natural que ellos procuren algunas veces distraer a Clementina con las gracias de su conversación, y que no me hayan dicho nada de un buen oficio de amistad que debo creerles inclinados a hacerle; fuera de que aun sus precauciones podían ser únicamente respecto a ella, por temer dos hombres tan prudentes interrumpirla cuando se la incomodase.

21 de mayo.

Charles no sabe nada sin embargo de haber estado algunas horas con el doctor Bartlett, y lo extraño es que se le ha visto esta mañana volver al bosque acompañado del padre Marescotti, ambos con las mismas precauciones. Además parece, según lo que se me ha dicho, que eran menos por causa de Clementina que de los que podían advertirlas. Charles, a quien he referido estas circunstancias, me respondió que efectivamente le parecía notar en esto algo de misterio; pero que fuese lo que fuese, sólo deberían esperarse buenos efectos de la prudencia de sus amigos. Es seguro, dice, que Clementina se mostrará muy atenta con el conde en su despedida.

La última, la solemne vista había de ser esta tarde en mi gabinete; pero Clementina acaba de conceder al conde una agradable dilación que estaba muy distante de esperar. Después de la comida en que estuvimos gustosísimos por verla con una constante serenidad, se disponía él a pedirle un cuarto de hora para despedirse de ella y con este motivo manifestaba estar bastante inquieto. Todos nos levantamos y el conde estaba temblando, por lo cual nos mostramos enternecidos y en el primer impulso pusimos la vista en Clementina como implorando se compadeciese de él; pero sin embargo una mirada que nos echó a cada uno nos hizo bajar los ojos, pues temimos sospechase de nosotros el querer ablandarla en su favor. Por mí, yo noté más de una vez en su bello rostro señales de una verdadera compasión con un suspiro no obstante que indicaba, según me pareció, deseos de una vida preferible en su concepto a la del matrimonio. En fin, el conde se acercó a ella con la precipitación de un hombre agitado que teme perder la ocasión, y en voz baja y con una profunda reverencia le dijo:

—Espero, señorita... os suplico... hacedme el favor, señorita, de un momento para despedirme de vos.

Clementina pareció conmovida por su confusión.

—Señor conde —le dijo—, mañana en la tarde nos veremos —Y haciendo una reverencia se retiró bien aprisa, pero con aquella dignidad que siempre la acompaña.

Habiéndose quedado todos los hombres felicitaron al conde, y todas las mujeres saliendo con ella aplaudieron unánimes su resolución. La

marquesa la estrechó contra su pecho maternal:

—¡Hija mía! ¡Mi querida hija! ¡Clementina mía! —Y no pudo decir más, mojando su rostro con sus lágrimas.

—¡Oh, mamá! —enternecida con el llanto de su madre e hincando una rodilla— ¡Oh, mamá! —Esto fue todo lo que pudo proferir, y levantándose tomó de la mano a la Beaumont y se retiró con ella a su aposento.

Desde aquí la veo pasearse en el jardín con esta cara amiga: van asidas de los brazos, y según se advierte, en una conversación muy acalorada.

Pero que no parta esta carta sin una palabra o dos sobre el amado Northampton Shire. Ayer recibí una carta de Emily que incluiré aquí con una copia de mi respuesta. Paréceme, señora, que no es violar su secreto el comunicároslo a vos y por medio de vos a mi tía Selby. Solamente os pido por favor que no pase de ambas. ¡Con qué alborozo sé que se ha señalado día para el desposorio de Lucy, y que su corazón no tiene menos parte en su elección que el placer de obedeceros! Lucy no debe sentir la ausencia, si es en Irlanda donde ha de residir. Es privilegio de los hombres el llevar consigo a sus mujeres. Charles tiene este viaje por un paseo, y como está en ánimo de mejorar las haciendas que posee en aquel reino, le hará frecuentes visitas, no debiendo vos dudar de que su Harriet la acompañará gustosa, si él se lo propone. Por lo que hace a vos, mi amada abuelita, sé que está en Northampton Shire toda la parte de la Gran Bretaña en que por causa de su deber se hallan nuestros parientes. Sin embargo, la abuela de Lucy será privada de su nieta, pero le quedan otras, y además milord Reresby es un hombre de tan buen genio que no se dará prisa por dejarla. Charles se promete que los felices consortes se detendrán por complacernos al menos un mes antes de ausentarse de Inglaterra. ¡Pueda, pueda el 24 de mayor traer tanta felicidad a Lucy como la que yo debo al 16 de noviembre!

—Harriet Grandison.

Carta CXXXVII
Emily Jervois a milady Grandison

Sábado 19 de mayo.

Ha muchos días, mi queridísima milady, que tengo algo que comunicaros que exige vuestros consejos; mas cuando pienso en mi edad, me lleno de confusión. ¿Tendréis la bondad de guardarme el secreto y de no comunicarlo por cuanto hay en el mundo ni aun a mi tutor? Escribiendo a vos creo escribirle a él, porque vos penetráis enteramente su corazón y sois de una prudencia consumada. Es cierto

que respecto a mi tutor he faltado en algo a mi deber, o por mejor decir, poco ha faltado para ello; pero estaba yo cautivada por sus prendas, por su grandeza de alma y nada más a la verdad. Una soltera, por joven que sea, ¿no puede admirar la bondad en un hombre excelente? ¿La está prohibido el reconocimiento a los beneficios? En verdad, este reconocimiento podía ser excesivo con la edad, y yo advertí el peligro; pero el remedio no llegó demasiado tarde gracias a Dios y gracias a vos, querida milady, que me favorecisteis. ¡Cuán buena es menester ser para aguantar que se os hable de un punto tan delicado! Mas vos sois la reina de nuestro sexo, sentada en su trono, desde donde la compasión os hace inclinar vuestro cetro ya para sostener a una pobre niña, ya para levantar a otra; pues vuestra gloria queda satisfecha con que sea vuestro el hombre por quien tantos corazones han suspirado en secreto.

Pero yo me aparto mucho del asunto de mi carta, yerro en que caigo siempre, cuando os escribo a vos o a mi tutor. Mis preámbulos son más largos que mi materia. Comienzo pues; pero tened presente que os encargo el secreto.

Todos están aquí apasionados por el señor Beauchamp, y en efecto es uno de los hombres más amables del mundo, por manera que después de mi tutor creo que ninguno puede compararse con él. El señor Beauchamp no deja esta casa, y yo bien advierto que a mí me dirige con especialidad sus atenciones. Por niña que sea, no dudo de que me ama; mas todos tienen la boca cerrada sobre esto. No obstante, muchas veces se escapan por dejarnos solos. Parece que aquí están todos a su favor; pero que sin embargo nadie quiere meterse en nada. No digo esto porque a mí me haya hecho la menor declaración de amor. ¡Yo soy tan niña! Vos lo sabéis, y seguramente el señor Beauchamp tiene mucha prudencia.

Mi tutor le quiere mucho, ¿y quién puede dejar de quererle? Sus modales son tan galantes, su lenguaje tan culto, el sonido de su voz... a la verdad, es un hombre amabilísimo. Decidme francamente, señora, ¿creéis que mi tutor (pero os ruego que no hagáis más que sondearle: ¡yo soy tan niña! Vos lo sabéis), que mi tutor desaprobaría las miras de su amigo, si llegara a formalizarse más en adelante, esto es, en tres o cuatro años, supuesto que el señor Beauchamp no creyese emplear mal su tiempo con una criatura tan simple? Yo no quisiera pensar antes en ello. Si no fuera con el beneplácito de mi tutor, yo no me permitiría estar tantísimas veces en compañía de un joven: ya me entendéis, señora.

El señor Beauchamp pasa por rico, y aunque sea diez o doce años más viejo que yo, nunca lo será más, pues a cada año más que él tenga, me sucederá a mí lo mismo también. Tened pues la bondad, señora, de decirme sobre esto vuestro parecer.

Todo el mundo está aquí con ganas de casarse. Creo que se puede mirar el matrimonio de la señorita Selby como ya efectuado: su hermano hace la corte a la señorita Patty Holles, y a la señorita Kitty no le falta tampoco su rendidísimo amante. La misma señorita Nancy desde el restablecimiento de su salud, según me parece... pero yo quiero más bien que sepáis todas estas noticias con el tiempo.

Vos sois, cara milady, la primera que ha entrado en danza, y el ejemplo de vuestra felicidad... Yo pienso que las jóvenes tienen razón para pensar en matrimonio, cuando ven a los jóvenes con ánimo de imitar al señor Charles. No me hagáis esperar demasiado vuestro consejo, aunque sólo tengáis tiempo para dármelo en cuatro renglones. Dentro de algunos días esperamos al señor Beauchamp, cuya compañía debe serme grata, porque siempre tiene algo de gusto que decirnos de mi tutor, y elogios que hacer de su felicidad y la vuestra.

Carta CXXVIII
Milady Grandison a Emily Jervois

Martes, 22 de mayo.

No menos conocida tengo, amor mío, tu prudencia que tu bondad, y el mismo juicio he formado de la honradez y discreción de Beauchamp. En su mérito y riquezas no cabe ninguna duda, y tu tutor no tiene mayor amigo. Si estás segura de poder amarle más que a ningún otro hombre, y le crees dispuesto a amarte más que a ninguna otra mujer, estoy persuadida de que tu tutor no encontrará enlace más dichoso para ambos y para él mismo, pues bien sabes, querida, cuánto se interesa en tu felicidad. Permite, Emily mía, que para ayudarte a dirigirte en ocasión tan delicada te remita a mis propios consejeros, dos consejeros casi infalibles, a mi abuela y a mi tía. No tengas vergüenza de abrirles tu pecho. ¿No estás bajo sus alas? Yo les hablaré del asunto en términos que ellas mismas te abrirán el camino a tu confianza, y no te causará esta mucho empacho. Su parecer será sin duda de mucho peso para Charles. Mas te pido que dicha confianza no me prive de la que de mí haces.

—Harriet Grandison.

Carta CXXXIX
Milady Grandison a la señora Shirley

Jueves, 24 de mayo.

Comienzo esta carta como acabé la última. ¡Ojalá que el día en que

estamos sea feliz para mi amada Lucy! Así lo será para todas nuestras familias. Espero que mi tía no dejará pasar el día del casamiento sin comunicármelo en dos renglones para que yo pueda enviar de contado mis enhorabuenas.

Vuelvo a lo que llama aquí la atención de todos. Vos tendréis presente una conversación sobre la fuerza del primer amor que se tuvo en la quinta de Selby, de donde se me envió una relación de ella, y sobre la cual dio Charlotte un dictamen muy festivo. Pues la Beaumont, a quien por casualidad hablamos de esto, inspiró ayer a Clementina la curiosidad de oír su lectura, y yo no tuve preparo en satisfacerla. La Beaumont estaba presente, y ni una ni otra quisimos hacer ninguna aplicación; pero mientras yo leía, Clementina se mudó muchas veces de color. No hubieron de agradarla demasiado las prontas agudezas de Charlotte, aunque admira la viveza de su ingenio. Tuvo siempre los ojos bajos guardando el mayor silencio, y luego que acabé, suspiró, se estremeció como si volviese de una meditación profunda, se levantó, nos hizo una reverencia, y se retiró sin haber abierto ni una vez los labios sobre el asunto.

Eran las diez de la mañana, y un momento después encontré al obispo, al señor Jeronymo y a sus dos primos que se habían unido para suplicar a Charles que hiciese de abogado del conde con ella. Yo no les dije nada de lo que acababa de suceder, y acepté la mano del señor Jeronymo para ir a ver con ellos a Charles. Le instaron mucho, haciéndole presente que Clementina parecía haber recuperado en un todo su razón; que en la soledad que buscaba siempre, titubeaba sin duda en favor del conde, y que con la menor instancia suya acabaría de resolverse; pero Charles no sólo lo rehusó, sino que también les rogó muy de veras que no la instasen más sobre este punto.

—¿No es muy verosímil —les dijo— que en sus solitarias meditaciones está examinando a qué la obliga la justicia respecto al conde y respecto a ella misma? Acaso exige su futura tranquilidad que su determinación sea hija de sus propias reflexiones. No la expongamos al tardío arrepentimiento de haberse dejado persuadir contra su inclinación.

Siguiendo este parecer, la marquesa en una conversación que tuvo con ella y que podía conducirla al asunto, se excusó también a hablarle de él. Quiere, según dice, que todas las resoluciones de su hija salgan de ella, y su elección será la de su familia.

Clementina se excusó a comer con nosotros; pero nos favoreció con su compañía. Entre las atenciones de Charles para divertir a sus convidados se dirigió muchas veces en la conversación con sumo gusto de todos al conde de Belvedere sobre varias materias en que sabía estaba muy instruido, para ofrecerle ocasiones de lucir. Este era el mejor oficio que se le podía hacer; pues el pobre conde, bastante

tímido delante del dueño de su suerte, necesitaba de este auxilio para animarse. Jamás el mérito modesto ha tenido un protector más diestro y celoso que Charles. Clementina habló sin afectación y parecía observarlo todo. Habiendo dicho el señor Sebastiano algunas palabras acerca de su partida y de la del conde, Charles con el recelo de que ella sospechara se había formado algún designio de acelerar su resolución, dijo que debían alejarse las ideas de una separación dolorosa para los amigos, y Clementina que había escuchado desde el principio, aparentó entonces no haber entendido nada.

Por la noche un expreso de Londres entregó al señor Jeronymo una carta, con cuyo motivo se juntó de contado toda su familia exceptuando sólo a Clementina.

Nosotros estábamos inquietos sobre este incidente, cuando volviendo la marquesa y acercándose a mí consternada me dijo al oído:

—¡Ah, señora! La infeliz Laurana...

Pero habiéndola interrumpido la llegada del obispo y del padre Marescotti, puso en mis manos la carta cuya traducción acompaña.

Al señor Jeronymo della Porretta
(del señor Giacomo, conde della Porretta)

6 de mayo.

Se puede tener ya más indulgencia con nuestra cara y perversa Clementina, si aún no le ha obligado la gratitud a hacer nada en favor del conde Belvedere. Nosotros tenemos ahora un motivo de menos para instarla. Laurana ya no vive. Su madre le ocultó mucho tiempo la partida del conde a Inglaterra; mas luego que supo había llegado a ese reino y que tú habías encontrado a nuestra hermana, no dudó de que el primer efecto de vuestro viaje sería la pérdida total de sus esperanzas. Apoderóse de ella una profunda melancolía, a que se siguieron terribles furores, y según se sospecha, habiendo la infeliz criatura burlado la vigilancia de sus guardas aceleró el fin de sus días. Su madre está inconsolable. Se ha echado la voz de que su enfermedad ha sido una fiebre maligna: yo no desengañaré a nadie. La que esta desventurada joven ha maltratado tan cruelmente derramará sin duda una lágrima por la compañera de su niñez. ¿Quién la sentirá fuera de ella a excepción de su madre? No obstante, si las circunstancias de su muerte son tan trágicas, como se me ha dado a entender... mas no quiero informarte de esto por temor de compadecerme de una miserable que no se ha compadecido del modelo de su sexo, cuya dirección se le había confiado y al que debía amar por todos títulos.

¡Qué hombre tan prodigioso es tu Grandison, según le pintáis tú, la fama, el padre Marescotti y todos cuantos sujetos vienen o escriben

aquí de Inglaterra! No me será fácil contener a tu cuñada. Después de vuestra partida no habla más que de ir a acompañaros, y hace la amenaza de escaparse de su marido si no consiente en ello, y de ponerse en camino ahora que Clementina se lo ha mostrado, para poner mi ternura a prueba como esa extraña joven ha puesto la vuestra en una estación... Pero ¿qué importa la estación, qué importan los vientos, las montañas y los mares a una mujer a quien se ha metido una aventura en la cabeza? Lo que puedo decir en favor de la mía es que me dejaría por irse con el padre, la madre y los hermanos de que su hermana quiso alejarse. ¡Cruel, cruel Clementina! ¿Podré perdonarla? No obstante, si nuestros padres nos dan el ejemplo ¿qué he de hacer?

Te aseguro, querido Jeronymo, que mi complacencia es igual a la tuya, por saber que un hombre del mérito de Grandison no ha perdido nada con haberse frustrado nuestras esperanzas, y que está felizmente recompensado de sus muchas penas. Además, estoy algo impaciente por ver juntas dos mujeres que han sido capaces de una magnanimidad tan rara en su sexo, una de las cuales, como me glorío de ello, es hermana mía. Pero Clementina ha sido siempre la más generosa de todas las mujeres, aunque también la más obstinada sobre algunos puntos.

Haz presente al conde de Belvedere cuán apasionado le soy. Cualquiera que sea el éxito de su constante amor a una perversa, le miraré siempre como hermano. Ponme, mi querido Jeronymo, a la disposición, etc.

—*El conde Giacomo della Porretta.*

Esta mañana estaba resuelta la marquesa a comunicar a Clementina la muerte de Laurana sin más precaución que la de ocultarle las negras sospechas que el conde su hermano no disimula en su carta; pero el padre Marescotti, viendo que ella iba a pasar al aposento de su hija, le suplicó suspendiese una comunicación inútil en las circunstancias presentes; y poniéndose muy grave añadió:

—No mezclemos nada con la obra del cielo: aún no me es permitido explicarme. El señor Bartlett guardará el mismo silencio, pero yo os anuncio el más maravilloso suceso. Sin embargo, estad en que no habéis de ver hoy a Clementina, quien os enviará a pedir el permiso de pasar todo el día en su cuarto.

El doctor Bartlett, que estaba presente, no hizo más que dar su aprobación con la cabeza, y ambos se retiraron juntos, verosímilmente para dar a entender que no se les debían hacer ningunas preguntas, quedando maravillados todos los circunstantes. Yo sabía que a las siete se le había visto tomar el camino del bosque, mas por consejo de Charles no lo había comunicado a nadie, y aun había mandado al

jardinero de quien tenía mis noticias, que sólo hablase conmigo de esto. No me fue difícil comprender que estas visitas diarias serían concernientes al suceso que se nos anunciaba. Algunos momentos después, Clementina envió a pedir en efecto el permiso de estarse en su cuarto con el pretexto de una indisposición que no la permitiría ver a nadie en lo restante del día. Su madre, condescendiendo a sus deseos, no dejó de manifestar inquietud por esto, y Camilla encargada de este mensaje dijo con un enajenamiento de alegría que si su señorita estaba indispuesta, era de un leve reuma que no debía inquietarnos y que provendría de la frescura del bosque adonde había ido muy de mañana; pero que había vuelto de bellísimo humor y muy alegre, de manera que gracias al cielo no podía dudarse de su curación.

Así pues, todo nos hace esperar alguna nueva y venturosa escena, sobre la cual sin embargo no osamos fiarnos de nuestras conjeturas. Charles, habiéndole yo preguntado cuáles eran las suyas, me respondió que únicamente podía concebirlas favorables; pero que advertía tanta más obscuridad en orden a las circunstancias, que el doctor Bartlett se hallaba mezclado en el asunto sin su participación. El conde no está informado de nada. Sin embargo, la resolución de Clementina que le condena a no verla en todo el día; un aire de satisfacción que advierte en los ojos de todos y cuya causa se le deja ignorar; algunas conversaciones que nos ve tener aparte, y que se interrumpen cuando él se acerca, parece le llenan de amargura y le hacen recelar alguna nueva disposición en que la felicidad de la familia le cueste la suya. Por lo que toca al marqués y sus dos hijos, sólo por lo que han dicho el padre Marescotti y Camilla, se regocijarían con las más lisonjeras esperanzas, si no turbase su contento la situación de la marquesa, cuya salud se debilita mucho. Dos grandes desmayos que acaban de darle en el espacio de una hora nos han hecho temer el perderla. Nos hemos guardado muy bien de informar a su hija de este accidente.

A las cuatro de la tarde.

La marquesa está algo mejor. La pintura que se le hace de nuestra lisonjera perspectiva sirve más que los remedios para fortalecerla, y en efecto a nosotros mismos nos han vuelto a animar las relaciones de Camilla, quien cuenta que aun en los más felices tiempos de su servicio no ha visto nunca a su señorita más tranquila, más alegre, más franca y sobre todo más deseosa de mostrar aquella dulce condescendencia que da tanto brillo a todas sus perfecciones. Antes del mediodía había empleado algunas horas en escribir una larga carta que leyó después y volvió a leer con mucha serenidad. La puso sobre la mesa, y pareciendo reflexionar sobre lo que había escrito, la tomó

otra vez e hizo pedazos, como si las reflexiones la hubiesen hecho mudar de parecer, pero sin manifestar ningún disgusto ni impaciencia. Comenzó otra carta muy corta que leyó también muchas veces después de haberla concluido. En fin, mostrando estar contenta hizo que se le llevase luz, cerró su carta, puso en ella un sobrescrito y sin volver a sus reflexiones se levantó con serenidad metiendo la carta en el bolsillo. Camilla y Laura esperaban sus órdenes para servirle la mesa, y habiéndolas dado estuvo divertida en hablarles y oírles. Se lisonjeó de haber recuperado su salud y recibió con gusto sus enhorabuenas. En algunos particulares que se tocaron, aunque ella procuró evitarlo, se enterneció hasta llorar por las penas que ha sentido y causado. Confesó que el recuerdo que le queda de ellas es confuso e interrumpido; que con especialidad no puede acordarse de los primeros tiempos de su enfermedad; que aun en las mismas circunstancias que su fantasía le representa, le parece un sueño parte de estas tristes verdades; que lo que tiene mucho más presente es lo acaecido desde su llegada a Londres, con especialidad después que se cree reconciliada con su familia; pero que ella no ha recuperado su serenidad de ánimo, su memoria y su razón, que no se reconoce, que no goza de sí misma desde ayer noche, y por una transformación tan súbita, por un milagro tan manifiesto que apenas puede ella persuadírselo.

—Vosotras lo sabréis todo —añadió con una prontitud hija de su alegría—: vosotras lo sabréis todo; aún no es tiempo, mas yo me hallo curada, estoy segura de ello, no puedo ocultar los favores del cielo.

En esto se escapó y se fue prontamente al jardín.

Esta relación nos causó una extremada complacencia y admiración que nos impelía a seguirla para asegurarnos con nuestros propios ojos del milagro que nos anunciaba, para estrecharla entre nuestros brazos y para darle tiernas quejas porque retardaba nuestra dicha; pero se creyó que era menester dejarle la libertad que parecía desear y que había pedido por lo restante del día. Yo fui de este parecer, considerando que el padre Marescotti y el doctor Bartlett nos habían dejado inmediatamente después de la comida, y que verosímilmente habían ido a verla al jardín.

Mientras que nos regocijábamos con las más lisonjeras esperanzas y hablaban todos acerca de tan misteriosos incidentes, vino otra noticia a aumentar nuestra satisfacción. El señor Jeronymo aún no se había dejado ver hoy y nos había enviado a decir que aunque no se hallaba peor, algunos remedios que quería probar por dictamen de Lowther, no le permitían bajar a comer. Así, nosotros estábamos tranquilos tocante a él por la confianza que puede tenerse en un hombre al que llama su libertador después de Dios, cuando el mismo Lowther vino a decirnos con un enajenamiento de alegría nada sospechoso en un

sujeto tan prudente, que su experiencia había tenido mejor suceso del que esperaba, y que nos prometía la perfecta curación de su enfermo para dentro de pocos días. Aún no estamos informados de lo que llama su experiencia, pero nos ha permitido subir al aposento del señor Jeronymo, a quien hemos encontrado en la mejor disposición, y que nos ha hablado de su cirujano como de un hombre divino. La relación que se le ha hecho de todo lo concerniente a Clementina no ha servido poco para confirmarle en la persuasión en que se halla de estar muy próximo su restablecimiento, que según dice, nunca puede ser perfecto sin el de tan cara hermana. Aunque algo agitado con remedios que ignoramos, pudo acompañarnos al aposento de la marquesa, la única al presente que aún nos tiene con bastante inquietud. Nosotros la hemos precisado a estarse en la cama después de los dos desmayos. Camilla, que se ha quedado en su compañía, habrá contribuido sin duda a alentarla con muy lisonjeras pinturas de la mudanza de su hija.

Retirándome a acabar esta larga carta, dudaba si esperaría para enviarla a que se hubiese descorrido algo la cortina, es decir, a que viésemos algún rayo de luz en la extraña obscuridad en que Clementina gusta de tenernos; pero la hora de la posta no me lo permite. Yo estoy contenta con mis esperanzas; ¿y por qué he de tardar el daros la misma alegría?

A las siete de la noche.

Mi carta estaba cerrada, como advertiréis en el lacre, y entregada también al correo, por lo cual desconfiaba de que pudiese volver a mis manos; pero gracias a Dios ha vuelto. ¡Cuánto hubiera sentido no poder comunicaros hoy lo que sé! El padre Marescotti y el doctor Bartlett nos han pedido a la marquesa y a mí por medio de un billete entregado a esta señora, mientras que yo os estaba escribiendo, dos gracias que no ha tenido reparo en conceder por su parte y que Charles ha prometido por la mía: la una, que se les permita acompañar esta noche a Clementina a cenar con ella en su cuarto; y la otra, que tengan a bien la familia de Clementina y la nuestra juntarse mañana al despertar la marquesa y en su cuarto para no causarle incomodidad. Añaden únicamente que tienen que comunicarnos algunas cosas de importancia. ¡Qué se ha de pensar de una súplica tan solemne y grave! ¡Cuánta impaciencia me causa! No haya miedo que pueda pegar los ojos en toda la noche. Vos tendréis la misma pena; pero considerar que será enteramente igual, y que prometiéndoos yo una carta para mañana, solamente podrá incomodaros la incertidumbre una sola noche como a mí.

Carta CXL

Milady Grandison a la señora Selby

Viernes, 25 de mayo.

¡Ah, mi querida tía! ¡Cuán propia es esta carta para excitar toda la ternura de vuestro corazón! Fuera los frívolos preámbulos que podrían suspender vuestros nobles y generosos sentimientos.

Ayer noche, señora, cuando después de haber cerrado segunda vez mi carta me abandonaba a mis reflexiones sobre todo lo que acababa de escribiros, se me vino a decir de parte de Charles que se me esperaba en el cuarto de la marquesa, y pasé allá al instante. El silencio que reinaba al entrar yo me dio a conocer que se me esperaba, y Charles me lo manifestó afectuosamente quejándose de mi larga ausencia que difería comunicar cosas muy importantes. Lowther que se hallaba presente no me dio lugar para responder, y continuó un razonamiento que se le había suplicado suspendiese hasta mi llegada.

—Es cierto —dijo mirándome— que he prometido contar una aventura muy extraordinaria. Quizá no me hubiera yo apresurado a ello, si no supiese que el efecto corresponde a mis esperanzas, y si no temiera exponer a un chasco a dos hombres respetables que por falsas apariencias pueden haberse engañado. El padre Marescotti y el señor Bartlett no pedirían una junta tan seria, si no hubiesen concebido ideas muy extrañas de un acontecimiento cuya substancia ignoran. Yo solo lo sé, y admiro un éxito que he tentado sin creerlo seguro; mas pues que es, como se me asegura y yo había osado esperarlo, debo haceros una explicación de él. Mayor silencio haría sospechosa mi buena fe.

»Yo no he estado aquí más que siete días. El tiempo que estuve en Londres lo empleé en tomar luces sobre la situación del señor Jeronymo y de su hermana. Omito lo tocante al primero, cuya salud creo se halla al presente en mi mano. En una infinidad de consultas sobre el fatal estado de la señorita Clementina nada me ha parecido más verosímil después de tantos remedios inútiles como el parecer de algunos doctores que me han propuesto atacar el mal con otro mal, esto es, el de causar en una cabeza trastornada alguna nueva revolución capaz de debilitar la primera. Se me han citado ejemplos que yo he verificado: el de una mujer arrojada de pronto al agua que por el espanto del peligro recuperó al punto toda su razón; y el de un hombre rodeado de llamas al despertar y amenazado de perecer en ellas a quien sólo el temor de tan terrible suerte restituyó de pronto su juicio. Yo he aprobado este método hasta poner toda mi consideración en encontrar algún remedio semejante, pero digno de las circunstancias y del carácter de Clementina.

»Estaba yo muy ocupado en este pensamiento, cuando la casualidad favoreció mi designio. A casa del señor Charles donde yo me hallaba

hospedado en Londres, llegó un extranjero que suplicó se le permitiese ver a la señora marquesa de parte de la señora Sforza su hermana, y que mostró algún pesar al saber que estaba en la campaña. En ausencia de los amos se creyó que debían presentármele. Me dijo que era ayuda de cámara de la señora Sforza, encargado de traer unos pliegos importantes que esta no había querido confiar a ningún correo, y que él estaba muy impaciente por evacuar su comisión.

»—Esto no es ningún secreto —añadió— ni en Milán para los amigos de su familia, ni en Londres para los que toman algún interés en los asuntos de la señora marquesa y su hija. La señorita Laurana ha muerto, y su madre después de haber llorado muy amargamente tan querida hija nada desea con tanta ansia como reconciliarse con su hermana y sobrina, lo cual le pidió también la misma Laurana estando moribunda. Las cartas que traigo para las dos señoras contienen una relación de esta muerte y el testamento de la señora Sforza, quien no teniendo herederos más próximos que los hijos de su hermana, deja todos sus bienes a su sobrina.

»Estas noticias que se me comunicaban espontáneamente me parecieron favorables a todas mis miras, y en orden al plan que formé al punto, conocí cuánta condescendencia podía prometerme del mensajero. Además, no necesitando yo más que hacerle consentir en retardar algunos días la ejecución de sus órdenes, no me fue difícil después de haberle dicho cuáles eran mi profesión y mi celo por sus amos, persuadirle a que se condujese por mis avisos. Nosotros nos convinimos en que partiría conmigo; pero que llegando aquí no se presentaría en la quinta; que se estaría oculto en alguna casa de la villa, lo cual no pareció dificultoso estando acostumbrado en ella a ver tantos criados italianos; que guardaría el secreto de su comisión y que esperaría el tiempo señalado para evacuarla según lo observó todo fielmente el mensajero.

»Por mí, que me había ocupado en el camino de los preparativos de mi proyecto, encontré poca dificultad en disponer mis máquinas. Yo no quise fiarme más que de mí mismo, y estando todo prevenido sólo faltaba se proporcionara la ocasión. Mi empresa pueril en sí misma, pero grande y seria por lo importante de mi objeto, exigía necesariamente el tiempo de la noche, y pensando yo introducirme en alguna hora de ella en el aposento de Clementina, se me dijo por fortuna que hacía algunos días bajaba sola al jardín y que volvía de él bastante tarde. Después, haciendo varias observaciones, vi que el padre Marescotti y el señor Bartlett le daban allí algunas veces compañía; mas también noté que la dejaban al anochecer y que ella permanecía en el mismo sitio. En fin, yo estaba determinado a no diferir mucho tiempo un paso muy extravagante, y confieso que su extravagancia misma tanto como mi repugnancia a engañar contribuía

mucho a la dilación, cuando sabiendo ayer noche que por una carta de Nápoles estabais informados de la muerte de la señorita Laurana, me alentó la ocasión renovando todas mi esperanzas. ¿Os haré yo la descripción de una escena de que acaso me avergonzaría, si no viera con admiración un éxito que ha de justificarla?

»Ayer entre ocho y nueve de la tarde cuando comenzaba a obscurecer entré en el jardín después de haber visto salir de él al padre Marescotti y al doctor Bartlett. Yo tenía puesta una gran capa negra cuyo uso vais a oír. Me fue fácil adelantarme hasta el bosquecito en donde habiendo escuchado un poco oí los pasos de Clementina que aún se paseaba. Yo la dejé tiempo para que anduviese toda la alameda y para darme el de preparar el espectáculo que había de mostrarle a su vuelta. Clementina retrocedió, y yo me había puesto detrás de un grueso árbol que termina la alameda. Mi capa, para no teneros con incertidumbre, sólo era negra por fuera. Estaba forrada toda de lienzo blanco, y yo me había cubierto por debajo de ella con una sábana, de suerte que echando sobre los brazos los dos extremos de la capa podía parecer blanco de repente y juntándolos otra vez volverme negro, o por mejor decir, desaparecer en algún modo al favor de los árboles y de la noche. Yo tenía además debajo de los dos extremos de la capa dos linternas sordas asidas a la sábana que habían de dar una luz bastante viva, sin que los rayos pudiesen hacer reflexión sobre mí. Finalmente, tenía en el rostro una máscara de piel blanca, y en la cabeza una cofia del mismo color.

»Pasando Clementina a cuatro o cinco pasos del árbol, me dejé ver en este traje sepulcral, y con una voz lastimosa que remedé bastante bien, le dije:

»—¿Reconoces a la desventurada Laurana? Ha expirado y ya está en el sepulcro: perdónale el mal que te ha hecho y ruega por ella. Sabe que no ha muerto sin un vivo pesar por sus injusticias, y que su madre las repara dándote todos sus bienes.

»Yo no hiciera justicia a la incomparable Clementina, si hablara muy de paso sobre el efecto de esta ridícula aparición. La primera vista del espectáculo le hizo dar hacia atrás algunos pasos, pero apenas hubo oído el nombre de su prima y la noticia de su muerte, cuando lejos de amedrentarse como un alma tímida, se dejó caer de rodillas con los ojos cerrados, la cabeza inclinada, las manos juntas y puestas sobre su boca. En esta postura escuchó todo lo que me pareció conveniente añadir, y no advertí hiciese ningún otro movimiento más que el de estrechar algunas veces sus labios con las manos. Las precauciones para mi retirada eran inútiles, pues Clementina no estaba ya para observar nada. Yo me volví a cubrir con mi capa para salir del bosque. El temor de una escena más funesta me había hecho llevar algunos elixires de que hubiera usado en caso de necesidad a

riesgo de descubrir mi artificio empleándolos; pero viendo que no había nada que temer, me contenté con ir a tomar mis vestidos para salirle al encuentro y reconvenirla por haberse quedado hasta demasiado tarde en el jardín. Esta atención no podía parecer nada sospechosa, porque desde mi llegada no había yo dejado de hacerle una corta visita por las noches.

»En efecto, habiendo vuelto a entrar en el bosque y dádome a conocer por algunas palabras que dije, la oí venir de contado hacia mí, sin poder yo juzgar si había permanecido hasta mi llegada en la postura en que la había dejado. Mis reconvenciones fueron recibidas con agrado, y Clementina no rehusó mi brazo que le ofrecí para apoyarse hasta su aposento. Yo la encontré con el pulso muy alterado aunque sin ninguna señal de debilidad, y en la corta conversación que tuve con ella, me pareció por su voz y continente que estaba serena. Sin embargo, no negó su conmoción, y yo me valí de esto para hacerle tomar algunos medicamentos que tenía prevenidos. Retiréme muy contento, y esta mañana he sabido que habiendo pasado muy tranquilamente la noche había bajado a las seis al jardín después de haber enviado a suplicar al padre Marescotti y al doctor Bartlett que fuesen a él.

»En todo el día no he dejado de observarla, y todo cuanto se me ha dicho se conforma con lo que han visto mis propios ojos. No sólo he advertido en ella todas las señales del más perfecto restablecimiento, sino que también aseguran sus criadas con enajenamientos de alegría que han formado el propio juicio. El mismo señor Bartlett, a quien yo me dejé ver cerca de noche cuando volvía a la quinta con ella y el padre Marescotti, me dio a entender con algunas señas una novedad que parecía llenarle de admiración. En fin, las circunstancias me parecieron favorables para el desenlace. Clementina se había encerrado en su cuarto con sus dos confidentes, y yo volví a ver el mío, es decir, el mensajero de Italia que sólo aguardaba mis órdenes. Yo le preparé con nuevas instrucciones para que me ayudase, y habiéndome encargado de entregar la carta para mi señora la marquesa, dejé a su cuidado el presentar la otra.

Al acabar Lowther esta relación entregó la carta de la señora Sforza a la marquesa, quien la abrió con menos curiosidad por lo que podía decirle su hermana que inquietud por las nuevas novedades que podía originar en su hija; pero apenas hubo acabado de leerla, cuando Camilla habiendo pedido permiso para entrar, le entregó la de su señorita cerrada. La primera agitación de Clementina a la vista de un lacre negro había tenido sin duda tanta parte como el respeto en la atención que mostraba tener con su madre. Sin embargo, por consejo de Lowther que nada temió tocante a su salud, le devolvió la marquesa su carta con el permiso de abrirla ella misma, y para

desvanecer todo aire de afectación acompañó la suya que le bastaba haber recorrido. Camilla tuvo orden de felicitarla en nombre de todos sus parientes por un acontecimiento cuya tristeza no impedía que ella fuese sensible a lo que tenía de venturoso; como también de añadir que no se creían dispensados de pasar inmediatamente a su cuarto sino por el deseo que había manifestado de no ver a nadie hasta el día siguiente. En efecto, con la confusión de mil sentimientos que la relación de Lowther había inflamado, considerad, mi estimada tía, si nos sería fácil moderar nuestra impaciencia.

Habiendo suspendido la llegada de Camilla nuestras reflexiones sobre la extraña aventura del jardín, comenzaron por celebrar la invención, y únicamente el obispo aunque enajenado con el buen éxito, pareció temer se hubiese hecho algún agravio a la religión. El marqués tuvo por extremada esta delicadeza, y Charlotte, dejándose llevar de su buen humor, añadió que lejos de hacerle escrupulizar sobre su método al divino Lowther, le parecía excelente; que sería fortuna para la especie humana que no se viese nunca otro más funesto en la medicina y cirugía; que esto era hacer brillar la alegría en artes muy tristes; que además de la satisfacción de ver cumplidos nuestros deseos con el restablecimiento de Clementina, tendríamos sin duda otro placer que nos causaría el engaño del padre Marescotti y el doctor Bartlett; que pareciendo estar bien persuadidos estos dos graves sujetos de la realidad de la aparición, se preparaba para nosotros una escena muy graciosa; y que ella tenía fuertes ganas de oír la explicación que nos habían prometido. Como todos estábamos alegres, este pensamiento nos hizo sonreírnos, y aun Charles mismo lo había escuchado con gusto. Sin embargo, bien pronto tomó un aspecto más serio para decir a su hermana que no podía agradarle semejante chocarrería.

—Yo no extrañaría —le dijo— que con sus sencillos corazones engañasen las apariencias a dos hombres muy ilustrados, y que su preocupación las aumentase sobremanera; pero su principio que no podría ser otro que el celo de la religión y de la amistad, me hace su sencillez tan respetable que lejos de encontrar en ella un motivo de bufonada les daré la enhorabuena y les desengañaré de contado. ¡Noble error —añadió Charles en tono de enternecimiento—, pues que proviene de tan bello origen! La virtud debe darle mejor nombre.

»En orden a Clementina —prosiguió dirigiéndose al marqués—, creo que se la puede dejar en su engaño hasta la confirmación de su restablecimiento. Las nuevas impresiones que pueden haber restablecido el orden en las anteriores exigen acaso tiempo para fortalecerse.

Y sin explicarse en particular sobre la invención de Lowther, convino con él en las ventajas que se pueden sacar de los afectos del

alma para la curación de las enfermedades del cuerpo.

Los enajenamientos de mi alegría no habrían sido tan moderados, ni a pesar de su languidez hubieran dejado de manifestarse los de la marquesa, si habiendo vuelto Camilla con las dos cartas no hubiese llamado toda nuestra atención. Su señorita las había leído y parecía haberle causado el mayor asombro; pero recogiendo las fuerzas de su razón, y como celosa de conservar en ella todo el ascendiente que había recuperado, se había tranquilizado hasta volverse con serenidad a sus confidentes.

—Mirad, señores —les había dicho—: si falta algo para acreditar la verdad de los hechos.

El padre Marescotti y el señor Bartlett habían alabado a Dios después de su lectura, y se habían mirado recíprocamente con varias señales de sorpresa y admiración. Entonces Clementina, dando las dos cartas a Camilla, le había mandado que las devolviese a su madre, y nos asegurase a todos que muy luego se justificaría con una relación asombrosa su retiro, por el que nos suplicaba no nos ofendiésemos en aquella ocasión. Sólo Charles quedó inquieto por el honor de sus amigos. A pesar de los muchos aplausos que había dado a Lowther, no disimuló que le parecía se había tenido poco miramiento a dos hombres tan sensatos en una aventura que exponía el honor de su carácter y la reputación de su mérito. Por causa de este disgusto nos dejó temprano, y yo me quedé hasta bastante tarde con la marquesa ocupada en lisonjear su imaginación con las más grandes esperanzas. Su debilidad no se había disminuido, pero con tan agradable perspectiva tenía su ánimo y su corazón más tranquilos.

Al retirarme supe de Charles que habiendo visto a sus dos amigos les había comunicado la invención de Lowther; que lejos de vituperarse su credulidad la habían confesado sin vergüenza, porque según sus principios la bondad del cielo no tenía más límites que su poder, y que no eran raros los prodigios del uno y de la otra en favor de la inocencia y de la virtud; que le habían protestado que sin embargo de la variedad del caso no reconocían menos por esto la obra del Todopoderoso en una pequeña estratagema humana; y en una palabra, que Clementina había salido de un estado de que no había esperanza saliese, y que no haciendo caso de causas inciertas sólo podían atribuir tan pronta curación al Soberano Árbitro de la naturaleza. Charles alabó su bondad, y ellos añadieron que habiéndose encargado de entregar un billete de Clementina y de hacer algunas declaraciones importantes, no debía dejar de tenerse por la noticia que acababan de recibir, la junta que habían solicitado para el día siguiente. Así, queridísima tía, yo me metí en la cama tan alegre y contenta que he gozado de un sueño muy tranquilo.

Esta mañana no he pensado más que en daros cuenta de lo acaecido

después de mi última carta por aliviar mi memoria y reservarla para las declaraciones que esperamos. Las nueve dan y sé que ya ha despertado la marquesa. Su impaciencia hace seguramente que le parezcan demasiado largos los momentos. Yo los cuento también... Pero Charles me envía a decir que baje. ¡Oh!, no le pido más que un instante para vestirme.

Yo vuelvo, tomo mi pluma y la beso alborozada por el servicio que va a hacerme. Aún no son las diez, amada tía; es decir, que en menos de una hora ha excitado el padre Marescotti en nosotros todas cuantas sensaciones puede experimentar un corazón en espacio tan corto. Ya había ido con el doctor Bartlett al aposento de la marquesa, donde estaban congregadas ambas familias.

Después de haber entregado al marqués el billete de Clementina que contenía la noticia de su curación, sus gracias al cielo y una súplica que nos hacía de que escuchásemos a dos sujetos honrados que conocían bien su alma, empezó un razonamiento que me le habría hecho mirar como a un hombre inspirado, si hubiese podido creer que lo hacía sin preparación. No esperéis, señora, que pueda traducíroslo. ¿Cómo he de tener yo la misma elocuencia y el mismo fuego? Ya había yo notado en sus conversaciones que estos eclesiásticos romanos tienen un modo de explicarse y de pintar las cosas que les es propio: un carácter particular de celo y habilidad que deben sin duda a la educación propia de su religión, y no extraño que se les atribuya tanta parte en los acontecimientos del mundo. A pesar de la diferencia de nuestros principios ¡cuán grandes son a mis ojos, si es la religión el móvil de su conducta!

El fervoroso jesuita nos contó primero desde su principio la enfermedad de Clementina, dándonos a entender que habiendo sido siempre su confidente por razón de su ministerio, y queriendo usar del permiso que ella le daba de revelar todo lo que había pasado a su vista, nadie podía hacer de esto una relación más exacta y fiel. Los hechos son los mismos que hemos leído en las cartas de Charles; pero ¡con qué rasgos nos representó los sentimientos! ¡Qué pintura de los antiguos combates de Clementina y de todas las angustias de su corazón! Veinte veces nos sacó las lágrimas. El diestro orador nos las hacía derramar por un momento con la compasión y las secaba inmediatamente con el terror. Algunas veces se detenía en estas grandes crisis como penetrado de las mismas impresiones, cuyo silencio redoblaba las nuestras y nos dejaba inmóviles. En fin, pesando las fuerzas de la virtud y las de las pasiones, probó por los mismos efectos que habiendo quedado la victoria por la virtud, no sólo había sido la más poderosa sino que sus esfuerzos habrían sido los mayores, de donde infirió que la enfermedad de Clementina no había provenido

de su pasión, como se lo figuraba la malignidad, sino que por el contrario nunca había tenido más causa que su virtud.

—Esta es —nos dijo— la primera justificación que debo hacer en favor de esta prodigiosa joven para desvanecer rumores cuya injusticia nadie conoce mejor que yo.

¿Qué decís, estimada señora, de esta especie de apología? ¿No os parece tan justa como noble y cristiana? El padre Marescotti la apoyó en otras reflexiones que sin duda no las creyó necesarias para nosotros. No, no: jamás nos ha pasado por el pensamiento cosa que pueda ofender la pureza del corazón que defiende. Pero en vista de su testimonio las rivales furiosas, las Olivias sólo se granjearán desprecio, cuando osen divulgar que está loca de amor una Clementina, y los que no formaren mejor juicio de ella se cubrirán de la misma vergüenza al saber su historia.

El orador recayó después sobre las circunstancias de la curación. No nombró a Lowther ni tocó la aventura del jardín; pero refiriéndolo todo al poder del cielo, confesó que era desde ayer mañana tan real y manifiesta la mudanza que no podía dudarse de ella. Las más claras luces de la razón, la igualdad de alma, la alegría misma habían sucedido a las nieblas de su mente. No se detenía en el pormenor, puesto que nosotros tendríamos muy luego la complacencia de convencernos por nuestros propios ojos: fuera de que algunas declaraciones que Clementina quería nos hiciese antes de presentarse ella en la junta, iban a confirmar cuanto nos decía. Sin embargo, a estas había de preceder otra para la cual pedía toda nuestra atención.

Aquí, mi estimada señora, me sería muy difícil comunicaros las ideas del padre Marescotti, si no hiciera un esfuerzo mi memoria para acordarme de sus palabras. Representaos un anciano de una fisonomía respetuosa y de una venerable blancura sentado por distinción a la cabeza de los circunstantes, es decir, junto a la cama de la marquesa. Figuraos que lo oís.

—Algunos días hace es regular se haya observado que el señor Bartlett y yo nos escapábamos algunas veces de la compañía para bajar con bastante misterio al jardín. No era el gusto del paseo el que nos conducía a él, como ni tampoco a Clementina que se juntaba regularmente con nosotros. Todos tres teníamos para ello motivos de la mayor importancia.

»¡Qué no he tentado ya en Italia, ya aquí después de nuestra llegada para contribuir a la curación de un sujeto tan querido! Mi sangre si con ella hubiera podido conseguirse, la hubiera derramado gustoso. Pero aunque yo me hubiese prometido algo de los artículos y hubiera visto algunos buenos efectos de ellos, eran todavía remotas mis esperanzas, cuando observé en las conversaciones con que Clementina me favorecía todos los días, que su imaginación parecía

mudar de objeto y dedicarse con ahínco a nuevos cuidados. Esto me hizo formar buen pronóstico, pues todo lo que podía distraerla de sus antiguas preocupaciones era favorable a su salud. Conociendo todos los resortes de un corazón que he formado desde la infancia, me fue fácil penetrarlo. Yo obtuve de ella dos declaraciones que me complacieron mucho por la facilidad que me ofrecían para aumentar la diversión de su espíritu, corroborando las nuevas impresiones que parecían llamar su atención.

»Clementina había sabido, según me confesó, que la temeraria Olivia no tenía miramiento a su reputación. La señora Beaumont, que le había dado esta fatal noticia, se había preocupado contra su infeliz amiga y la había mortificado con comparaciones que la envilecían.

»—¿No es esto —dijo— el colmo de mis infortunios?

»Clementina profirió estas palabras con los ojos bajos y anegados en lágrimas. Lejos de esforzarme a consolarla, resolví aumentar su pena y agrandar la llaga de su corazón con las más graves reflexiones.

»—No dudéis —le dije— que los ataques que se dirigen a vuestra reputación son una terrible desgracia. Después de la religión ¿no es el honor el más precioso de todos los bienes? Vos conoceréis también que el mal se extendería a vuestra familia. ¡Ah! ¿De qué puede provenir la aflicción con que la veis sino de tan justo temor? Sin embargo, no es dificultoso el remedio. Algún esfuerzo sobre vos misma desmentiría todos los rumores y os haría triunfar de la malignidad de Olivia. Que en lugar de melancólicas distracciones que tenéis con tanta frecuencia, se vea que os conformáis con los usos de la sociedad y que recobráis alguna de vuestra afición a la compañía de los que os aman; y bien pronto se disiparán todas las murmuraciones. Yo os ofrezco un medio seguro para cubrir de confusión a vuestros enemigos. En todas las ciudades de Italia hay jesuitas, y a la primera señal de la mudanza que os pido les emplearé todos en serviros. Su testimonio yendo de acuerdo cerrará la boca a la calumnia y restituirá toda su brillantez a vuestra reputación.

»Esta proposición causó en ella una grande impresión y sorpresa. Clavóme con la vista como si por el buen éxito que podía tener, le hubiese dado golpe mi oferta, procurando asegurarse de que no la adulaba. Yo no creí advertir en ella más que algo de incertidumbre. Conforme al designio que yo tenía de forzar su atención, le presenté las mismas imágenes, pero con otros rasgos mucho más vivos. En fin, estrechada por las agitaciones de su corazón me dijo tristemente:

»—¿No me pedís un imposible? ¡Queréis que yo guste de la alegría! ¡Ay, que vos no conocéis todas mis penas!

»—Vos me admiráis —le dije con severidad—. ¡Secretos conmigo! ¿Qué se ha hecho vuestra sumisión y la confianza que debéis tener en mí?

»—Pues bien —prosiguió ella mudándose de color—, yo os haré una declaración que sólo debo hacer al cielo y a vos.

El padre Marescotti se volvió aquí a Charles y a mí para prevenirnos por la parte que teníamos en la serie de su relación, y prosiguiendo nos puso a la vista nuevos tesoros de virtud y honor en la incomparable Clementina. Esta le había protestado que creyéndome digna de mi felicidad y viéndola sin envidia, no provenían ya sus penas de su primera causa. Después de aprobados los artículos estaba también bastante tranquila en orden a las persecuciones de que había querido libertarse con su fuga; mas para tormento suyo se le había ocurrido que yo no podía haber ignorado las antiguas circunstancias de su enfermedad, es decir, lo que había pasado en Bolonia entre ella y Charles; que desde entonces sin duda teniendo yo algún derecho al corazón de que estaba aposesionada, había sido fielmente informada del estado del suyo y de las tristes vicisitudes que había experimentado; que verosímilmente había yo tomado parte en ellas no sólo por la compasión propia de un corazón noble, sino también por mis consejos que habrían correspondido a la confianza de Charles, por mis exhortaciones, y algunas veces tal vez por mis reconvenciones y quejas. En una palabra, Clementina estaba persuadida de que Charles había comenzado a amarme antes de su viaje a Italia, y que por consiguiente no había tenido respecto a ella otros sentimientos que los de la compasión; que el obstáculo de la religión no había sido más que un pretexto; y que habiendo leído en una correspondencia bien seguida todo lo que ella había padecido, había yo como gozado del espectáculo de sus penas. ¿Qué papel había hecho ella en Italia? ¿Qué otro hacía todavía en la quinta de Grandison? Estas ideas le causaban un mortal dolor. Cada día estaba tentada de ocultarse y hacer otra fuga; pero la detenía a pesar suyo su tierno afecto a su familia, aunque dudaba que sus fuerzas pudiesen resistir mucho tiempo tan crueles pruebas. En efecto, después de haber acabado su razonamiento con tantas lágrimas como palabras, había observado en ella el padre Marescotti señales de inquietud que le había hecho temer algún nuevo ataque de su mal.

Mas yo quiero poner esta relación en su boca.

—Confieso —prosiguió— que fue excesivo mi embarazo, pues yo la creía hacía algún tiempo menos agitada. Además, su primera declaración me había parecido hecha con más serenidad, y yo me había prometido alguna cosa de mi respuesta; pero ¿qué oponer a meros caprichos que no podían conducir a mis fines, porque tenían demasiado enlace con el origen del mal? Yo me limité a hacerle presente en términos generales el carácter del señor Charles y de milady Grandison, del cual era muy ajeno todo lo que no se conformaba con la honradez y la virtud. Sin embargo, después de

haberla dejado se me ocurrió que gozando aquí muchas personas de la confianza del señor Charles, podía esperar de ellas algunas noticias sobre el principio de su inclinación a milady y proveerme de armas, es decir, de hechos ciertos para combatir una quimera. Yo estimaba tanto como veneraba al doctor Bartlett, y así recurrí a él. Apenas me hubo comprendido, cuando abrazándome con alborozo me aseguró que me comunicaría toda especie de luces; que no teniendo el señor Charles ni milady Grandison ninguna reserva con un hombre que les adoraba, no sólo le habían contado el principio de su amistad, sino que le habían hecho depositario de sus cartas; y que conociendo desde luego de cuánto peso podían ser para aquietar el ánimo de Clementina, estaba pronto a confiármelas sin temer que en semejante ocasión se le acusase de indiscreto.

»—Yo lo sería —le dije— si las aceptase, pues no deben salir de vuestras manos; mas si las creéis propias para favorecer mis designios, presentaos vos mismo y ofreceos a leerlas.

»—Tanto más propias —añadió el señor Bartlett—, que siendo no del señor Charles a milady ni de milady al señor Charles, sino del uno y de la otra a sus más íntimos confidentes, brilla en ellas el más bello candor.

»En vista de esto arreglamos nuestros pasos de acuerdo, y la primera ley que nos impusimos fue la del secreto que conviene a nuestra profesión. Yo hablé a Clementina de unos informes que ella no osaba prometerse, y aguardó el momento de ellos con una ansiosa curiosidad. El jardín y su más sombría alameda se eligieron para nuestras juntas, señalándose la hora de las siete de la mañana para todos los días, lo cual fue la noche misma de la llegada del señor Lowther. El señor Bartlett, después de haber coordinado sus cartas por las fechas, nos las leía con aquel aire de ingenuidad que brilla en sus ojos y con la dulzura natural de su voz. Estaba sentado entre Clementina y yo, y esta le escuchaba con la vista inclinada sin interrumpirle nunca, y tan atenta que sólo se notaba su respiración en el movimiento de su seno. Yo que la observaba a tan corta distancia no advertí ni una vez en su rostro la menor alteración, y estaba gozando a un tiempo de esta agradable vista y del placer de una lectura que me encantaba.

»Nosotros empleábamos una o dos horas en esta grata ocupación hasta que por el ruido de la quinta advertíamos que podíamos ser vistos. Al retirarnos, Clementina hablaba poco y se limitaba a darnos algunas excusas por el embarazo que nos causaba; mas nos era fácil conocer que partía contenta. Lo demás del tiempo nos parecía más serena, como hace seis días lo han estado todos observando. El buen orden parecía renacer en sus ideas y la calma en su corazón a medida que se desvanecían sus últimas preocupaciones. Clementina buscaba a

milady Grandison y no se cansaba de verla. Delante de gentes clavaba la vista en ella con placer, y cuando podía encontrarla sola o acompañarla al jardín, se eternizaba en la conversación. El cuidado del doctor Bartlett y el mío era el de seguir sus pasos, observar sus acciones e interpretar todas estas nuevas apariencias. Nosotros estábamos gustosísimos con especialidad por su vehemente afecto a Milady, cuya causa era tan manifiesta que no podíamos menos de conocerla. Finalmente nuestras esperanzas se aumentaban de día en día y aun pensábamos anteayer comunicároslas, cuando la carta de Nápoles nos hizo temer alguna fatal novedad, y así os pedimos inmediatamente que se suspendiese su comunicación.

»Ayer no nos sorprendió poco que Clementina nos llamase a las seis al jardín, donde la encontramos de rodillas, sin duda haciendo oración, en una alameda que va a parar a la de nuestra cita. Esta postura a la hora en que se nos había instado a bajar y sobre todo el apresuramiento con que la vimos venir a nosotros, no pudieron dejar de hacernos concebir muy tristes sospechas. Su razonamiento, que comenzó a alguna distancia alzando los ojos con vivos afectos, no era más propio para tranquilizarnos. Dio gracias al cielo enajenada, nos suplicó que uniésemos nuestros agradecimientos a los suyos, habló de su curación como de un prodigio que había de asombrarnos, y pasando en el mismo tono a la aventura de que estáis informados, nos hizo una relación que es inútil repetiros. Nos mostró muchas veces el sitio, nos dijo la hora y circunstancias, y las palabras del fantasma, y nos pintó su figura y sus movimientos, todo con igual vehemencia.

»Protesto que en mi primera sorpresa tuve esta escena por un ataque de su enfermedad que se presentaba con un nuevo aspecto, y el señor Bartlett me dijo que no había formado otro juicio. Sin embargo, la carta de Nápoles y la certidumbre de que no se había divulgado nos causaron algún embarazo. Después, no negamos que la conversación de Clementina, sus reflexiones sobre la novedad que experimentaba, un juicio firme que parecía notarse no menos en sus ojos que en su lenguaje y que se sostuvo en un diálogo de dos o tres horas, nos hicieron pensar que su curación podía venir de una mano superior a la naturaleza. Lejos de creernos confundidos con tal confesión, este es un obsequio que hacemos al Todopoderoso. Pero habiendo bastado una mirada para comunicarnos nuestras ideas, creímos que tan maravilloso efecto exigía más de una confirmación y no quisimos informaros de él al punto. Por nuestro consejo resolvió Clementina pasar todo el día en la soledad, y no habréis olvidado que a nuestra vuelta os volvimos a pedir que se le ocultase la noticia de Nápoles. Al dejarnos se había propuesto contaros ella misma su aventura en una carta que le costó mucho trabajo escribir; pero habiendo hecho otras reflexiones pensó que tan singular relación era más decorosa en boca de un amigo.

Escribió el billete que habéis leído, y habiéndomelo dado en el jardín me suplicó que la sirviese de intérprete. Esta comisión me pareció tan delicada que después de haber objetado algunas dificultades sólo la acepté con dos condiciones: la una, que se difiriese hasta el día siguiente; y la otra, que se nos permitiera llevarla a su aposento, hablarle lo restante del día, y aun cenar con ella para oírle nuevas explicaciones de que necesitaba mi memoria y para recibir con más individualidad sus órdenes. Es superfluo deciros que mi única mira era la de verificar con toda especie de pruebas un milagro respecto al cual aún no osaba fiarme de los más fuertes indicios.

»Vosotros, señores, le daréis cualquiera otro nombre. Yo no intento disminuir los servicios del señor Lowther; pero es cierto que nunca ha gozado Clementina de una más sana razón. Se advierte en ella todo el despejo, toda la exactitud y toda la claridad que se admiraban antes de su desgracia. Asegura que al tiempo de la aparición sintió ciertos movimientos en su cabeza. Aun su misma fisonomía se ha mudado, el aire de languidez ha desaparecido, y todos os admiraréis de ver la brillantez de sus ojos. La carta de la señora Sforza le causó al principio alguna conmoción.

»—Es mi tía quien me escribe —nos dijo con cierta especie de espanto—: la verdad se va a descubrir.

»Después, vituperándose su precipitación, llamó a Camilla y le mandó trajese la carta a mi señora la marquesa. Al recibir el permiso de abrirla pareció trémula; mas recobró toda su serenidad después de haberla leído, y en esta disposición nos la entregó diciendo:

»—Leed, señores, cotejad los hechos —Nosotros no pudimos menos de manifestar algunas señales de admiración—. Contad los favores del cielo —prosiguió modestamente—: Laurana ha muerto con sentimientos cristianos, mi tía me restituye su afecto, y yo me hallo sana.

»Lo demás del tiempo se empleó en declararnos sus intenciones. Ya nos había suplicado que solicitásemos para el día siguiente una junta de todos sus parientes y amigos. Esto fue tan sólo con la mira de haceros una relación de su aventura y de acreditaros su curación; pero extendiéndose a más sus ideas en nuestra conversación quiso que yo, que siempre he sabido sus más íntimos sentimientos, comenzase por descubriros el interior de su corazón tocante a lo que llama *el curso de sus infortunios*; que a esta exposición siguiese la aventura del jardín con todas las pruebas de su curación; y que al mismo tiempo, para no dejarle más que el mero placer de presentaros desde hoy una hija sumisa, una hermana oficiosa, una amiga sincera y un corazón penetrado de gratitud y ternura, os descubriese sus verdaderas disposiciones. Quédame pues por cumplir esta tan lisonjera parte de sus órdenes que miro como el sello de su restablecimiento.

»Mi hija (pues con la terneza y alegría de mi corazón se me debe permitir tan dulce nombre), mi hija, la gloria de su sexo, no habiendo jamás respetado nada tanto como su religión, ni apreciado nada tanto como su honor, ni amado nada tan tiernamente como a su familia, os protesta por mi boca que en lo íntimo de su corazón, al que se ha dirigido toda su atención desde el primer momento de su sanidad, no ha encontrado más que su adhesión y el más santo ejercicio de estos tres deberes. Su memoria misma, que le recuerda imperfectamente algunas circunstancias de su enfermedad, no la acusa de haber puesto nada en balanza con tan gratas obligaciones. Por el contrario, cree que sólo el temor de faltar a ellas ha causado todas sus penas. A tan puros sentimientos acompaña sin repugnancia una absoluta sumisión, y así los artículos que ideas mal concebidas le habían hecho mirar como un favor, quedan abrogados para ella, y no le dan ningún derecho que quiera conservar. Toda residencia le será igualmente grata con su familia, y el celibato y la vida religiosa no le parecen ya los únicos estados que pueden agradarle. Cualquiera que sea la inclinación que aún tenga a ellos, reconoce que la voluntad de una familia virtuosa es la más segura vocación de una soltera, y sus deseos no tienen ya otra regla. Si se la destina al matrimonio, se reduce a suplicar que se difiera un año, menos por su propia satisfacción que por la de su familia, que dispondrá de ella con más placer y honradez cuando haya confirmado el tiempo su curación.

»El señor Charles y milady Grandison son para ella lo que el mundo tiene de más perfecto, y piensa que no hay matrimonio más feliz. Ve su dicha con alegría y toma sus perfecciones por modelo. Según lo que conserva en la memoria, cree poder asegurar que nunca ha deseado del señor Charles más sentimientos que los que todavía le pide, y que pueden conformarse muy bien con los que debe a Milady y pide también a Milady misma, ofreciendo a ambos que los suyos serán eternos.

»—¡Que no pueda —dice— contar la religión entre los fundamentos de tan bella amistad!

»Este quebranto que osa llamar la única causa de su enfermedad la acompañará hasta el sepulcro.

»No quiere que se la note de ingrata en orden al conde de Belvedere, mayormente cuando la estimación con que la honra tiene la aprobación de una familia cuyas intenciones respeta. Hace justicia a su mérito, y conoce todo el valor de sus obsequios y constancia. Si conserva estos generosos sentimientos respecto a ella y el mismo lugar en el concepto de sus parientes, le mirará con tanta menos repugnancia que habiéndola dejado tan poco en el curso de su enfermedad, habrá conocido su carácter y sus principios, y penetrado muchas veces hasta lo íntimo de su corazón, en donde según ella se

lisonjea, no habrá él observado nada contrario a su estimación; mas le ruega se atenga a estas seguridades y no apresure cosa alguna con sus instancias.

»En fin, mi incomparable hija pidiéndome permiso para presentarse en medio de su familia y de sus amigos, os suplica a todos que la recibáis con una bondad serena, es decir, sin agitaciones ni ruido, así como ella se presentará sin afectación.

»—La razón —nos dijo sonriéndose— no gusta de alborotos, y nadie extrañará que pida alguna indulgencia para su razón.

El virtuoso Padre, acompañando un semblante risueño a esta festiva conclusión, nos hizo pasar repentinamente del profundo silencio en que nos había tenido su razonamiento, a los transportes de alegría, a las enhorabuenas y a los abrazos. Nosotros nos indemnizamos anticipadamente de la opresión que nos pedía a la llegada de su cara hija. Después, para entrar en todas sus miras, se dispuso de acuerdo que se la dejaría en su engaño sobre la aventura del jardín, y que no se presentaría hasta cerca de la hora de comer, en que acostumbramos juntarnos en la sala principal hasta que vamos a sentarnos a la mesa. La marquesa, aunque debilidad por sus repetidos desmayos, ha hecho un esfuerzo para dejar su cama y hacerse vestir. Quiere que no se dejen de ocultar a Clementina estos dos accidentes, y que las apariencias no la presenten nada que pueda turbar la serenidad de su ánimo. El padre Marescotti y el señor Bartlett volvieron a su aposento con todas las seguridades que Clementina desea. El obispo se escabulló para ir a comunicar al conde de Belvedere la noticia de una dicha que apenas podrá creer, y para decirle cómo se ha de conducir. Cada uno se fue donde quiso, y yo me vine corriendo a mi gabinete para no perder nada de todo lo que traía en la memoria.

La hora se acerca, y es menester serenarme un poco del ahínco con que acabo de escribir; pues se nos encarga mucho que así en el semblante como en el lenguaje y las acciones nada ofrezcamos a su vista que no convenga a la nueva situación de Clementina.

A las cuatro de la tarde.

Sí, queridísima tía, Clementina se ha restablecido: Clementina ha entrado en el goce de toda su razón y de todos los sentimientos naturales del alma más tierna y generosa. Atribúyalo Lowther a su arte, o el padre Marescotti al cielo, Clementina goza de un espíritu tan despejado, de una salud tan fortificada y de tantas otras perfecciones animadas de nuevo que parece imposible hayan tenido nunca mayor brillantez. Bien podía prometer resueltamente el presentarse sin estudio ni afectación. ¿Qué preparativos, qué exquisitos atavíos se hubieran acercado a las gracias sencillas y atractivas que parecían formar su comitiva, cuando se presentó en el salón? Mas obligarnos a

recibirla con un aspecto sereno era imponernos una ley bien dura, y casi tanto nos costó contener el enajenamiento de nuestra admiración como el de nuestra alegría.

Figuraos, mi estimada señora, la diferencia del invierno a la primavera, o por lo menos la de un día obscuro y nublado al día más claro y alegre de una bella estación. Pues aun esta es una pintura muy imperfecta de la mudanza que ha habido en los ojos, en la tez y en todas las facciones de Clementina. Su porte, su modo de andar, toda su figura y sus menores movimientos indican tan admirable novedad. Mientras que ella se acercaba con despejo y un paso ligero, nos quedamos mirándola con tan viva admiración que al vernos como inciertos y con los ojos errantes por su rostro, se nos hubiera podido creer acometidos del mal de que ella ha sanado: sí, querida tía, insensatos de contento y admiración. Sin embargo, nadie faltó a lo que debía. Clementina advirtió sin duda de qué sentimientos estábamos penetrados, y para aliviarnos prontamente de esta opresión, se sentó junto a su madre haciéndole algunas afectuosas preguntas sobre su salud. La marquesa no pudo menos de abrazarla, arrasados sus ojos, y de estrecharla muchas veces contra su seno maternal; pero sin abrir la boca. Dio a sus preguntas las respuestas regulares, y la conversación general se limitó al mismo asunto. En una palabra, lo prevenido por su director se observó tan exactamente que fue ella misma la primera que habló de las gracias que debía dar al cielo, añadiendo que nos creía bien informados de esto.

Habiéndose servido poco después la comida, podía esperarse que se resentiría de tan serio preámbulo; pero Clementina tomó un aire de alegría que se comunicó incontinente a todos los convidados. Yo no puedo pintaros las gracias de su ingenio y de su humor. Charles la siguió, y todos los circunstantes se sintieron como inspirados por el ejemplo sin exceptuar a la marquesa, en quien suplía la ternura a la debilidad. ¡Gustosísima comida!

Mientras nuestra alegría, que duró unas dos horas, habló Charles de una carta de Beauchamp que ha recibido esta mañana por un expreso, en la cual le pide permiso su amigo para pretender abiertamente la mano de Emily; y habiéndole yo informado de las inclinaciones de su pupila, ha resuelto concedérselo, según le escribirá hoy. Con este motivo habló también de la quinta de Selby, y ponderó el mérito de mi familia.

—Pero siento —dijo— que el matrimonio de mi querida Lucy haya de celebrarse tan presto, pues quisiera se pudiese señalar un mismo día para el de mi pupila y la quinta de Grandison para ambas fiestas.

Yo me engaño si este deseo no oculta alguna mira, alguna esperanza respectiva a Clementina, tanto más que al manifestarlo me echó una mirada misteriosa, y sin detenerse dijo que no se lisonjeaba

menos por esto de que su amigo eligiría nuestra casa para celebrar su felicidad. Yo creí complacerle diciendo que yo lo esperaba también del afecto de Emily, y que teniendo la misma confianza en el de milord y milady Reresby no dudaba de que ambos nos trajesen a su pupila.

Al pasar al salón me abrazó tiernamente Clementina y me dijo al oído:

—Querida hermana, ¡cuántas gracias tengo que daros! ¡Cuánto debo amaros y estaros agradecida! Yo encargué al padre la relación de los hechos y me reservé los sentimientos; mas yo no he de precipitar nada: el tiempo lo proporcionará todo.

Después buscó la ocasión de acercarse sucesivamente a mis cuñadas y a la Beaumont para decirles asimismo alguna cosa lisonjera. Se tomó asiento y volvió a empezar la conversación. Clementina continuó encantándonos con su talento y sus gracias. Su madre acaso con el fin de experimentarla no tuvo reparo en hablarle de la muerte de su prima y de las gracias que debía dar a la señora Sforza, cuyo asunto la puso más seria; pero después de algunos moderados lamentos refirió todos los sucesos humanos al cielo, como si sus reflexiones hubiesen ya arreglado la medida de su dolor, y no con menos serenidad dio testimonios de gratitud por el afecto de su tía. En fin, habiéndole dicho el marqués que no hiciera aguardar al correo que quería partir y había ya recibido la respuesta de la marquesa, pidió permiso para retirarse a escribir la suya.

Después de su partida hubiera prorrumpido nuestra alegría, y aun todos parecían impacientes por que saliese para abandonarse libremente a ella; pero el marqués, que había dividido su atención más que nosotros entre su mujer y su hija, había observado que la marquesa comenzaba a resentirse de tan dilatada opresión, lo cual había tenido más parte que el interés del correo en la orden que acababa de dar a su hija. Y en efecto, apenas había esta salido del salón, dio a la marquesa otro desmayo que no nos dejó pensar más que en socorrerla. Bien pronto volvió en sí por nuestros cuidados, y yo no me retiré hasta haberla visto mejorada; pero aunque tan súbita alteración pueda atribuirse a las circunstancias, nos inquietan estas recaídas y mezclan mucho de amargura con nuestra satisfacción. Ya os haréis el cargo de que nos guardaríamos muy bien de informar de esto a Clementina; pues sería cosa cruel turbar la serenidad de su ánimo y de su corazón con recelos en que yo misma no puedo pensar sin afligirme.

Mas no pongáis hoy la atención, mi queridísima tía, sino en lo que hay de agradable y lisonjero en mi carta. Yo os he prometido únicamente imágenes alegres y no menos las espero de vos por el primer correo; pues no me habéis dado a entender haya obstáculo que pueda retardar la felicidad de mi Lucy. La respuesta que Charles da

esta noche a Beauchamp no es tampoco motivo que pueda dilatar vuestras fiestas. Sin embargo, no contéis con que todos los matrimonios se han de celebrar en la quinta de Selby. Charles me ha dicho que está en ánimo de escribir también a su pupila no sólo para comunicarle el consentimiento que da a la solicitud de su amigo y para aconsejarle que admita sus obsequios, sino también para disponerla a que difiera para aquí su casamiento. Yo no puedo todavía más que sospechar sus miras. ¡Ojalá nos conduzcan ellas al dichoso fin que él se propone! Milady Reresby, a quien creo en posesión de este título desde el día 24, no rehusará por cierto traernos cuanto antes a nuestra querida Emily, ni Milord ni Beauchamp dejarán de servirles de guía. Un matrimonio reciente, otro que vamos a presenciar, corazones tiernos y bien acordes... Se quiere, si no me engañan mis conjeturas, experimentar la fuerza del ejemplo.

Espero de vuestra extremada bondad, mi querida abuelita y mi amada tía, que me comunicaréis, cómo os ha revelado Emily el secreto de su corazón y su conducta con el amigo de Charles que comienza a serlo muy de veras suyo. ¡Cuánto amo a Emily! Jamás olvidaré las conmociones que me ha causado. Yo la amo por su ingenuidad, por su alma sensible, por sus afables modales, y en una palabra por ella misma; yo la amo por mí, que he reconocido en ella rectitud, juicio, ternura de corazón y las demás prendas que busco en una amiga; yo la amo por el amor mismo que ha tenido a Charles, pues es cosa gloriosa para ella haber entrevisto su mérito en su edad: en fin, le deseo en su matrimonio igual felicidad a la que disfruto en el mío, si es posible que otro fuera de Charles sea capaz nunca de hacer a una mujer tan dichosa como yo lo soy.

Carta CXLI
Milady Grandison a la señora Selby

Domingo, 27 de mayo.

¡Tres veces feliz nueva! ¡Lucy ha mudado de nombre! Con las riquezas y el honor del título es mujer de un hombre que parece amable a la señora Shirley y cuyo mérito pondera la señora Selby. Doy a Dios las gracias enajenada de alborozo. Esta recompensa merecían todas las virtudes de mi Lucy. ¿Cuándo tendré a esta cara milady en mis brazos para oír su felicidad de ella misma y aumentarla, si es posible, con la comunicación de la mía? Esta es al presente mi mayor impaciencia. Después de haber cumplido ahí con sus muchos deberes nuestra milady Reresby debe honrarnos en la quinta de Grandison. Creo no se resistirá a los ruegos de Charles ni a los míos, a las instancias de Emily, ni a los deseos de una Clementina que oyendo sin

cesar su nombre y sus elogios en la boca de Charles y en la mía, está ansiando por verla tanto como nosotros, y por ser asimismo su amiga. Añado que es necesaria a la felicidad de esta admirable italiana; pues Charles me ha confesado que se promete mucho del ejemplo para acelerar el cumplimiento del principal deseo de su familia. ¿No me aplaudís, querida tía, por haber adivinado con tanto acierto? Yo me acostumbro a juzgar de las intenciones del hombre que amo por su lenguaje, por su aspecto y muchas veces por sus menores gestos para anticiparme a sus deseos y prevenirlos en todo cuanto pueda agradarle.

Sin embargo, yo he sido menos feliz en penetrarlos sobre un punto que algunos días ha llamaba mi atención. Yo le he visto hacer en uno de los más bellos sitios del parque muchas mudanzas de que él no me ha hablado. Ha hecho derribar algunos árboles, remover tierras y transportar diversas especies de materiales, habiéndome parecido también advertir algo de misterio en las órdenes que daba. En realidad, yo no quiero saber nada contra su voluntad: no soy curiosa sino en lo que quiere que yo sepa y tiene gusto en decirme; pero no pudiendo desmentir a mis ojos sobre esto yo esperaba que se declarase. En fin, lo que aún permanece oculto para toda la casa, no lo está para mí. Ayer me dijo que estimulado del tierno afecto que profesa a sus huéspedes, había formado desde su llegada el plan de un pequeño edificio que quería fuese un monumento durable de estimación y amistad; que había encargado los materiales a Londres; que gracias a la multitud de brazos que había empleado en ellos, estaban muy adelantados y no quedaba más que colocarlos; que había comenzado a hacerlos transportar al parque e introducirlos por una puerta falsa para tener el gusto de causar una agradable sorpresa a nuestros ilustres extranjeros; que mientras había dudado de la diligencia de los artistas, no había querido hablarme de una empresa que podía no ejecutarse; pero que creyéndose seguro del suceso, se apresuraba a comunicarme su designio y me manifestaría el plan para someterle a las luces de mi fino gusto; y en fin, que me suplicaba no sólo que no lo participase a nadie, sino también que en mis paseos con nuestros queridos amigos les alejase mañosamente del sitio del trabajo.

¿Qué diréis, mi querida tía, de este hombre inimitable a quien el ejercicio continuo de sus grandes prendas, sus propios negocios y los de sus amigos de que está como sitiado, no impiden tener ideas tan magníficas ni atenciones tan galantes? ¡Qué conjunto de generosidad, cortesanía y virtud! Yo le he prometido impedir que se descubra su secreto; pero él olvida que su gusto puede servir de modelo, cuando consulta tan modestamente el mío.

La marquesa no parece sostenerse sino por el placer de ver la

curación de su hija absolutamente confirmada. Sus desmayos se repiten a menudo y no es pequeño embarazo el de ocultarlos a Clementina; mas esta precaución me parece inútil tocante al peligro que se temía. La salud de Clementina se fortifica de día en día, y la renovación de sus atractivos es tan real y verdadera, que me asegura Charles que antes de su misma enfermedad y aun cerca de dos años menor no tenía más belleza ni frescura. En efecto ¡qué ojos! ¡Qué tez! ¡Qué cabello! Cuando yo considero todas las perfecciones de esta bella cabeza, y representándome los antiguos combates de Charles, pienso en cuánto peligro estaba su corazón, siento algunas veces dar latidos al mío, como si aun con la presente seguridad me quedara algo que temer. Perdonad, querida tía, una debilidad de me avergüenzo al punto. Algunas veces me cubre un sudor frío, y si estoy sentada, un movimiento involuntario me impele a levantarme. ¡Religión, patria, cuál será vuestro poder en un alma grande para haber sostenido a Charles en semejante prueba! Entonces no se hallaba defendido por ninguna impresión que yo hubiese hecho en él. Aún no me conocía y sólo estaba armado con sus propias fuerzas. Pero ¿qué hubiera sido, si el ascendiente de una inclinación particular decidida, como algunas veces sucede, por los cabellos negros se hubiese unido a la inclinación general a la belleza? ¡Ah, mi querida tía! Vuestra Harriet estaba perdida. Con tanto talento y la pasión que yo supongo, hubiera él encontrado medios para desvanecer todos los obstáculos, y más de un año hace se habría desposado con su bella italiana.

Sin embargo ¿le hubiera ella amado como yo? ¿Hubiera dirigido todos sus cuidados, todas sus obras y todos sus pensamientos a complacerle? ¿Hubiera temido desagradarle como se teme ofender al cielo mismo? Sus manifiestos caprichos, sus porfías, sus distracciones... ¡Cuántos motivos para dudar de ello! Pero yo me extravío, mi querida tía: yo olvido, y me avergüenzo sobremanera de ello, que la amable Clementina está libre de las flaquezas que tengo la injusticia de vituperarle, como también que sólo le quedan virtudes y gracias, y que merece más que yo el tesoro que poseo; yo olvido que soy feliz, que Charles es de vuestra Harriet como ella es de él, y que la muerte sola puede quitarnos el uno al otro. ¿De qué ha provenido este acaloramiento que apenas yo misma puedo comprender? ¿Es esto porque la altivez de una mujer se aumenta con la certidumbre de su felicidad, y porque aborrece hasta el recuerdo de las dudas que la han atormentado en un estado menos tranquilo? Yo estoy pronta a firmar con mi sangre que tengo a Clementina un cariño fraternal; pero veo bien con mis propios ojos que está bella y fresca; ¿y por qué acordarme de lo que era dos años ha? Acaso daré yo algunas veces por esto mis tiernas quejas a Charles. Querida tía ¡qué he dicho! ¡Ah! ¡Estas pequeñas conmociones se calman en su presencia! ¿Qué

resentimientos no hará olvidar su vista?

Mientras que yo reparto mi tiempo entre la marquesa, su hija, la Beaumont y mis hermanas, cuando no están juntas, Charles lo reparte entre el marqués, los dos hermanos, los primos, el padre Marescotti y con especialidad el conde de Belvedere, sin embargo de que ya no hay por qué consolarle ni compadecerse de él, pues los últimos acontecimientos le han dado la vida. Ya no piensa en su marcha, y aunque no parezca favorecido por Clementina con ninguna distinción, todos conocen sus esperanzas. Realmente no se le tendría por el mismo hombre. Lleva la cabeza más derecha, y se advierte mayor viveza y agrado en sus ojos, más franqueza en su semblante y un aire de galanteo o en sus modales que sorprende después de la profunda tristeza en que le hemos visto sumergido. «¡Milagro del Dios niño!», exclama muchas veces la gitana de Charlotte. En efecto ¡qué extraña pasión que muda así de repente el carácter y hasta la fisonomía de un hombre sensato! Y no son menos raros los ejemplos en las mujeres, y si no que se nos pregunte a Clementina y a mí.

Lowther continúa su nuevo método en la curación del señor Jeronymo y no cesa de ponderarlo. Este es todavía un secreto para nosotros; mas yo oso decir que apenas surtirían buen efecto con su enfermo las apariciones y las fantasmas.

Como es aquí general la impaciencia por ver cuanto antes a los dichosos consortes acompañados de Emily y Beauchamp, os suplican todos, mi querida tía, y Clementina con el mismo ahínco aunque muy distante de las miras de Charles, de que aún importa no tenga ninguna sospecha, que concedáis algo a los vehementes deseos de tantos ilustres amigos, y no opongáis nada al viaje de las amables personas que esperamos.

Carta CXLII
Milady Grandison a la misma

Viernes, 1 de junio.

¡Viva, viva la amistad que me da de sí misma la más grata y lisonjera prueba! Una carta de 3 de mayo firmada de milord y milady Reresby, de Emily, de la señorita Patty Holles, de mi Nancy, de Beauchamp, de mi tío y de mi primo Selby me dicen que parten el día siguiente para llegar aquí mañana todos juntos, es decir, casi al mismo tiempo que su carta. ¡Cuánto admiro este exceso de bondad y afecto! ¡A mi primera súplica! ¡A la primera señal! Una reina que manifiesta sus deseos no está mejor servida. Si vuestra Harriet no es la más feliz de todas las mujeres, no puede acusar a nadie más que a ella misma. Pero ¡cuántas excusas debo daros, mi querida abuelita y mi querida

tía, por haberos quitado tan repentinamente vuestros más gratos placeres, o por mejor decir, cuántas gracias debo daros por vuestra oficiosidad de consentir en privaros de ellos! Milady Reresby me da a entender que el matrimonio de mi primo se celebrará aquí con el de Beauchamp, y que mi tío servirá de padre y tutor a la señorita Holles: aumento de esperanza para Charles, pues esto es coadyuvar sobremanera a sus miras. El doctor Bartlett y Edward Grandison, que está aquí hace algunos días, irán mañana en posta a recibir los dos coches hasta Newgham. Charles mismo iría, si no se hubiese ausentado ha veinticuatro horas.

Con dificultad, mi amada tía, dejan de ir mezcladas las penas con los mayores placeres. El 30 en la noche recibimos por un expreso la noticia de una pérdida muy dolorosa para nosotros, cual lo es la de milord W..., tío materno de Charles que murió el 29 de una inflamación interna. Sus muchos bienes en que sucedemos no nos sirven de consuelo en tan fatal accidente. Vos visteis a milord W... en mi boda. Prometía más larga vida, y su excelente carácter nos le hacía desear tanto por él mismo como por nuestra joven tía que no esperaba perderle tan pronto. A la verdad, queda con una dote considerable; pero ¿qué bienes pueden reemplazar en el corazón de una mujer honrada a un marido ella que ha amado tiernamente? Charles partió el día después, y no necesita menos de ocho para desempeñar los últimos oficios que debe a Milord y para arreglar su herencia.

Por tanto, mi tío no podía haber llegado más oportunamente. Se encargará de varios cuidados que me ha dejado Charles, y que le corresponden a él más bien que a mí, con especialidad el de velar en la obra del parque que aún no he visto más que una vez, pero que se adelanta mucho y me parece una obra maestra de magnificencia, de gusto y de invención. Mi papel con el cuidado ordinario de hacer grata esta morada a nuestros ilustres extranjeros será el de recibir con la mayor ternura a los caros amigos que vayan llegando, el de proporcionarles toda especie de comodidades en la quinta de Grandison y el de abrazarles mil veces al día. Yo os dejo, mi querida tía, para ir yo misma a prepararles aposentos.

Carta Última
Milady Grandison a la señora Shirley y a la señora Selby

St. James's Square, lunes 18 de junio.

Mi cara y muy venerada abuelita, y vos, adorada tía, esta carta la más grave, la más noble y la más interesante que habéis recibido nunca de vuestra Harriet será honrada con vuestros dos nombres. Yo

los uno en el sobrescrito como lo estáis ambas unidas en lo interior de mi corazón.

Creo no os habréis enfadado porque haya dejado pasar quince días enteros sin escribiros. No solamente milady Reresby os ha dado por mí excusas que aprobaríais con vuestra bondad, sino que movida de la suya os ha dicho sin duda parte de las razones que justifican mi silencio. No obstante, yo le supliqué suspendiese la relación que esperáis de lo que ha pasado aquí desde el día de su llegada, y que únicamente previniese vuestra inquietud asegurándoos que todos estábamos contentos y alegres. Además, ella no hubiera podido decir nada con más certeza hasta la vuelta de Charles. Los sucesos, aunque enlazados con una admirable cadena, han estado mucho tiempo ocultos de nosotros, y esta única incertidumbre me habría impedido el comunicárosla con relaciones dudosas, aun cuando otros obstáculos me hubieran permitido escribir.

A la llegada de nuestros estimados amigos se ofreció aquí como una nueva escena. La alegría que ellos han traído siendo de diversa especie de la que han hallado y que os he pintado en mis últimas cartas, no se ha hecho entre ellas desde luego una comunicación tan libre que yo no haya notado alguna reserva. Milord y milady Reresby parecían seguir las banderas del amor feliz con una correspondencia mutua, con una ardiente oficiosidad y todos los enajenamientos de dos jóvenes enamorados recíprocamente. Emily y Beauchamp, la señorita Holles y mi primo más reservados en sus caricias y expresiones, pero no menos vivos en sus sentimientos, no respiraban más que ternura, no cesaban de mirarse, ni podían perderse un momento de vista. Clementina se ha mostrado más grave. Sea que la tranquilidad de su corazón no se adaptase a este aire de ternura, sea que en los primeros días no se hubiese familiarizado todavía bastante con tantos nuevos amigos, a mí me pareció embarazada. En las juntas y en la mesa se prestaba gustosa a las circunstancias; pero en los paseos que por causa del bello tiempo dábamos muchas veces al día, se aprovechaba de la primera ocasión para separarse con la Beaumont o mis hermanas. Además, los accidentes de la madre que aún son frecuentes y que ya no se le podían ocultar, la han obligado a acompañarla mucha parte del día.

Charles no se hallaba aquí para estrechar el vínculo de la sociedad con sus agradables reconciliaciones. Yo estaba incesantemente dando órdenes a tantos criados en todas las partes de tan vasta quinta. Mis dos hermanas creían deber poner su principal atención en los recién llegados. El conde de Belvedere aunque había como salido del sepulcro y se veía como iluminado con un nuevo día, no osaba acercarse al sol que le daba luz y vida, al menos con cierta libertad que aún no se le concedía. El señor Jeronymo estaba peleando con sus

nuevos remedios. Mi tío a mi ruego dirigía secretamente la obra del parque, y Edward Grandison desengañado de sus antiguos errores, pero siempre galante, había concebido desde el primer día tan viva inclinación a nuestra querida Nancy que no podía apartarse de ella un momento. Así, cada uno era impelido por sus deberes o su afecto, y en el trato general se contenían todos dentro de los límites de la cortesanía y amistad. Parecía que todos esperaban a Charles para que se diese principio a una escena más animada. Sin embargo, Emily no se retiraba por las noches sin venir a mi cuarto, donde me hablaba mucho tiempo del mérito de Beauchamp. Yo me alegraba mucho de reconocer en cada palabra que su corazón estaba prendado de él. Me decía veinte veces que no había podido menos de amarle, porque no conocía hombre que se asemejase más a su tutor; y la aduladorcilla añadía que poniendo ella todo su conato en imitarme, no quería agradarle sino en cuanto le pareciera algo semejante a mí.

Charles llegó el día 9 a media noche. Yo creo que él había arreglado su marcha para encontrarme desembarazada y recibir al punto noticias de todo lo que había pasado en su ausencia. Después de haberme referido lo que había hecho él mismo y de haberme menos admirado que arrebatado de alegría con muchos nuevos rasgos de bondad y generosidad, escuchó con mucha curiosidad lo que yo tenía que contarle. Si supo primero con una viva satisfacción la llegada de nuestros amigos y el fino afecto que se profesaban seis felices amantes, se disminuyó algo por la situación de la marquesa y la conducta reservada de Clementina. Sin embargo, no perdió nada de sus esperanzas y, abriéndome su pecho, me comunicó el plan que iba a poner en ejecución hasta la celebración de los dos matrimonios; es a saber, pequeñas fiestas que quería encadenar la una a la otra tan alegres como nuestras continuas inquietudes por la marquesa lo permitían. Él se lisonjeaba, según me dijo, de que servirían igualmente para curar a la madre de sus indisposiciones y a la hija de su frialdad.

Desde el día siguiente supo reunir entre sí a todos nuestros jóvenes huéspedes con la dulce reconvención de no querer ser amables sino para sí mismos, y de que por seguir su inclinación particular no contribuían al contento común. Esta guerra que declaró a las conversaciones reservadas, a los paseos separados, y a las señas manifiestas o secretas hizo bien pronto continua la junta de todos y el trato más familiar. Clementina, comprendida en la censura, no pudo rehusar el presentarse con sus amigos, mayormente habiéndola instado a ello la marquesa a ruego de Charles. La excelente madre, a quien daba el accidente dos o tres veces al día, y que no cesaba de quejarse de una opresión violenta aunque sin calentura, quiso también participar de los placeres cuyo motivo no le había ocultado Charles. Se hizo llevar no sólo al salón sino también al jardín, y la alegría se

pintaba en su rostro a la menor apariencia de contento que veía en su hija. La fiesta del primer día fue una danza campestre de nuestras más lindas aldeanas, con las cuales pudo Charles en tan poco tiempo darnos un espectáculo muy gracioso. Es cierto que para contribuir por lo menos al aseo en tan corto espacio tuve que hacer distribuir prontamente parte de mi ropa blanca entre las bailadoras. Charlotte, que dirigía el baile, ansiaba por tener parte en él, y nos habría inducido a todos a lo mismo si por la situación de la marquesa no la hubiese contenido el temor de algún accidente.

En los días siguientes tuvimos diversiones de otra especie. Habiendo hecho venir Charles de Londres con la mayor diligencia músicos, cómicos y todo lo que sirve en las fiestas magníficas, parecía una corte brillante la quinta de Grandison. La mitad del día se pasaba en el salón, donde el buen humor del dueño y de Charlotte animaba la viveza de toda la gente joven. Parte de la tarde se empleaba en el paseo que siempre nos ofrecía alguna diversión imprevista, otra parte en el teatro y la noche en la más deliciosa música. De todas estas diversiones sólo disfrutaba la marquesa la que creía más conveniente a su salud, y si el aumento de su opresión que indicaba por lo común sus desmayos, la obligaba muchas veces a retirarse, prohibía a su hija que la siguiese. La facilidad con que se la hacía volver en sí, comenzaba a disminuir nuestra inquietud por estos accidentes. Clementina misma estaba tranquila por Lowther, quien sin osar decir la causa del mal aseguraba que los principios de la vida no estaban alterados.

En esta agradable ejecución del plan de Charles no puedo asegurar que hayan producido mucho efecto todas sus tentativas en orden a sus miras. A la verdad, Clementina no se excusaba a nada y parecía gustar con especialidad de la música que se componía de nuestros mejores instrumentos de Italia: no rehusaba la mano del conde de Belvedere, cuando se la ofrecía para entrar o salir del salón; en la mesa y en los coliseos no mostraba ningún disgusto por verle sentado a su lado; admitía sus obsequios y no rehusaba hablarle ni oírle; pero no advertí que tomase interés en lo que él decía, ni que le tratase con la menor distinción. Por el contrario, ella enmudecía cuando de acuerdo por hacerle favor nos alejábamos algunos momentos de ambos, y el conde a quien la mudanza de su suerte no hacía más osado, nunca se atrevía a turbar este grave silencio. En vano le excitábamos con los ojos y las manos: yo le hubiera cascado en estas ocasiones por desembarazarle la lengua. A pesar de esto, Charles no formaba mal juicio de las apariencias; pero yo no podía pensar como él. Por otra parte, aunque nuestros jóvenes amantes se refrenasen poco en sus recíprocas caricias, nunca se echaba de ver que Clementina pusiese placentera su atención en estas tiernas escenas, ni que la felicidad ajena le hiciese

sentir que faltase algo a la suya; y aun entonces era cuando mostraba un aspecto más serio hasta volver los ojos y parecer ocupada en algún otro objeto. Charles interpretaba también esta conducta conforme a nuestros deseos, mas yo no era de su parecer.

No obstante, se hicieron dos observaciones que me dejaron dudas. Teniendo cada una de nosotras su amante o su marido para llevarnos de la mano al jardín, el conde era el que acostumbraba dar la suya a Clementina. Un día que nos levantábamos para salir, no estaba presente el conde, y yo sospeché que Charles había elegido de propósito este instante para convidarnos al paseo.

—Paréceme —dijo la bella Clementina después de haber echado algunas miradas alrededor de sí— que me hallo hoy amenazada de caminar sin guía.

Charles buscó inmediatamente al conde, le felicitó en secreto por su dicha y nos le trajo como un culpado, en cuya ocasión nos divirtieron mucho su embarazo y sus excusas. Pero este lance aún era obscuro para mí. Otro día, atravesando Clementina un cuadro del jardín apoyada en el brazo del conde, se enamoró de la belleza de una rosa que quiso coger con su propia mano, y se le hincó tanto una espina en el dedo que le salieron algunas gotas de sangre. El conde, más muerto que vivo, las enjugó prontamente estrechando la picadura con su pañuelo, y bien ensangrentado se lo llevó a la boca de un modo afectuoso. Clementina entonces, como lo observé yo misma, movida verosímilmente del ardor que había notado en su acción, clavó un momento la vista en el conde con una tierna languidez que no era hija de un alma insensible. Todos fueron testigos de esto como yo, e hicieron la misma reflexión; y aunque aparentamos no haber observado nada, por la noche dimos la enhorabuena al conde.

A mí me pareció entrever en esta ocasión algunos favorables indicios, y Charles, ya persuadido de que el corazón de Clementina se dejaría vencer, me hacía esperar otras pruebas del tiempo y de las circunstancias, cuando una catástrofe inesperada vino a mudar el aspecto de la quinta, a sumergirnos de repente en el dolor, a desvanecer por consiguiente nuestra esperanza y a conducirnos no obstante por medios tan tristes a tamaña felicidad que estábamos muy distantes de esperarla.

Nosotros nos hallábamos en el séptimo día de nuestras fiestas, y la brillante compañía volvía del jardín cerca de las seis, cuando el señor Bartlett, que con sorpresa nuestra vimos y que parecía buscarnos, se llegó a nosotros apresurado. Todos nos detuvimos con tanta más inquietud que el doctor no solía dejarse ver en estas ocasiones. Después de una breve excusa por la fatal noticia que nos traía, nos dijo que la marquesa estaba en la extremidad, que había dejado con ella al marqués, al obispo y al padre Marescotti, y que a ruego de ellos

venía a instarnos a que fuésemos a su aposento.

Nuestra consternación fue tan profunda que sin responderle ni una palabra acudimos atropelladamente a la quinta de que ya no estábamos muy distantes. El conde de Belvedere tuvo la atención de pasar el brazo por debajo del de Clementina para sostenerla en una inquietud que podía exponerla a algún peligro, y Charles hizo conmigo el mismo oficio. Llegamos casi juntos a la puerta del cuarto en donde Lowther nos confirmó lo que acabábamos de oír, diciéndonos que la marquesa estaba no sólo sin conocimiento sino también sin pulso ni respiración, en cuyo fatal estado la había puesto su último accidente, por manera que no le quedaba más que un resto de vida en los latidos del corazón; y en efecto, habiéndonos acercado a su cama la vimos inmóvil con toda la palidez de la muerte en el rostro y en los labios. Clementina fuera de sí al verla, se postró a los pies de su padre, y dio mil sollozos besándole las manos que regó con sus lágrimas. Después, viendo que el obispo y el padre Marescotti estaban en otro lado en oración, se levantó apresuradamente para ir a tomar la misma postura junto a ellos. Jamás los testimonios del dolor y de la piedad fueron más vivos y patéticos. Toda esta lúgubre escena fue acompañada de un silencio que aumentaba considerablemente su terror.

No obstante, Lowther hacía los mayores esfuerzos con la marquesa por vivificar las pocas fuerzas que le quedaban. Las apariencias de insensibilidad duraron una hora entera hasta que por fin, causando algún efecto los elixires y las sales, recuperó algún conocimiento; si bien era tanta su debilidad que apenas estaba capaz de abrir los ojos. Sin embargo, nos percibió y vio a su hija que incontinente se había acercado a su cama. Entonces el amor maternal, dándole fuerzas para alargarle la mano y abrir la boca, profirió algunas palabras y le dijo con voz lánguida:

—¡Cara hija! ¡Ídolo de la ternura de una madre! Yo muero, ya lo ves: ¿no has de hacer dichosos los últimos momentos de mi vida? Bien sabes lo que deseo por tu felicidad y la mía.

Clementina, penetrada de dolor, puso su rostro sobre la mano que había recibido con las dos suyas, y no pudo responder más que con lágrimas.

—¡Qué, hija mía! —prosiguió la marquesa haciendo un nuevo esfuerzo— ¡Se resiste tu corazón a las últimas instancias de una madre que te ha adorado!

Al punto, Clementina soltando la mano que aún sostenía, se volvió al marqués y con las mejillas bañadas en llanto, que hacía brillar su hermosura, le dijo:

—Vos pues lo mandáis, señor, esta es vuestra voluntad así como la de mi madre —Y sin aguardar su respuesta que bien sabía cuál era, se

dirigió al conde de Belvedere con una mezcla de ternura y dolor que no hacía más que aumentar las gracias de tan hermoso rostro, y le dijo con resolución—: Señor Conde, si me creéis digna de vos, os doy para siempre mi corazón y mi mano haciendo el acostumbrado juramento que confirmaré al pie del altar.

El conde en el más feliz momento de su vida, se echó sin poder hablar a sus pies.

A esto hubieran sucedido nuestras exclamaciones de alborozo, si el triste espectáculo de una querida amiga que creíamos expirando, no nos hubiese hecho volver al instante a nuestra primera consternación. Apenas Clementina había hecho su juramento, dio la marquesa un profundo suspiro que tuvimos por el último de su vida, y Lowther viéndola sin conocimiento no formó al pronto otro juicio. En este estado permaneció algunos minutos; pero cuando no se pensaba más que en llorarla ¿cuál fue nuestra sorpresa y admiración al verla hacer un movimiento de los más vivos acompañado de un grito bastante fuerte para causarnos algún espanto? ¡Extraña novedad! Este movimiento y este grito eran señales de vigor y salud. Inmediatamente extendió los brazos fuera de la cama, y aun alargó la cabeza para decirnos sonriéndose que se creía libre de todos sus males, que acababa de experimentar una mudanza que no comprendía, y que no le quedaba otra cosa que hacer más que dar gracias al cielo por tan gran favor.

Mientras que la admiración y el contento nos tenían confusos hasta imposibilitarnos de responderle, reconoció Lowther que su mal sólo había sido una postema interior que había causado sus opresiones y desvanecimientos, y que llegando por fin a su término natural había por fortuna descargado en los intestinos a causa de la agitación extraordinaria originada de la promesa de su hija. Nos pidió un poco de libertad para los cuidados necesarios a la evacuación, e instándonos a que nos retirásemos nos aseguró que sería pronta la curación. La marquesa, viéndonos salir, alargó otra vez el brazo hacia nosotros con una mirada que mostraba todos los afectos de su corazón.

Clementina, aunque algo confusa por nuestra alegría y nuestras enhorabuenas, sostuvo su nuevo papel con una maravillosa dignidad, y no negó nada de lo que acaba de decir en favor del conde. Permitió que después de haberse postrado a sus pies y de haberle besado la mano que estrechó con sus labios, le diese afectuosas gracias prometiendo adorarla eternamente. Su respuesta fue modesta; pero la profirió de un modo tierno y natural, sin rehusarle el permiso que le pedía para creerla algo compadecida de sus dilatados tormentos. Nosotros aplaudimos cada palabra con tan vivos enajenamientos como los del conde.

Este día estaba destinado para los milagros. No hacía una hora que

habíamos dejado a la marquesa y que Lowther nos había enviado a decir que después de haber concluido sus operaciones la había dejado en un dulce sueño, cuando de repente oímos innumerables gritos de alegría que se oyeron en la puerta del salón. Eran el señor Jeronymo y su libertador, como él mismo le llama, que venían juntos en medio de las aclamaciones de todos los criados de la quinta a decirnos, a mostrarnos que este querido amigo de Charles se hallaba restablecido, andaba con pie firme y no tenía ya el menor resentimiento de sus antiguos dolores. ¡Qué aumento de favores celestiales! ¡Qué nuevo motivo de transportes y bendiciones! El divino Lowther nos contó que habiendo esperado mucho de su nuevo método, había estado maravillado de ver tan lentos sus efectos; que hacía algunos días había temido no poder asegurar su buen éxito hasta el fin del verano; que para alejar todo lo que era capaz de retardarlo, había ocultado a su enfermo el estado peligroso de la marquesa y prohibido rigurosamente que se le comunicase; pero que por el contrario después de su mejoría y de la promesa de Clementina no había podido parar hasta llevarle tan grata nueva; que se había aprovechado del momento en que la alegría excitaba sus espíritus para emplear el nuevo método, y que en pocos instantes había admirado efectos que nosotros podíamos verificar con nuestros propios ojos. Con este motivo nos comunicó un curioso descubrimiento que se ha hecho en Londres, y del cual Lowther ha concebido el primero que sería útil en las enfermedades de esta naturaleza. [23]

—Caro Lowther —le dijo Charles abrazándole con las lágrimas en los ojos—, Atenas y Roma os hubieran erigido templos.

Todos los circunstantes le hicieron las mismas caricias, o por mejor decir, el mismo culto.

No intento pintaros los enajenamientos de alegría y ternura que nos hicieron pasar con sumo alborozo lo restante de este gran día. Jamás, jamás se borrará de nuestra memoria: pasará a la de nuestros descendientes y se perpetuará en los anales de la quinta de Grandison hasta el fin del mundo. Y no me retracto de haber dado el nombre de milagros a tantos felices incidentes. Si cada uno no tiene nada en realidad que no sea conforme al orden de la naturaleza ¿no se reconocerá al menos en esta maravillosa cadena de causas y efectos que se siguen, entre sí tan rápidamente, una obra manifiesta del poder y de la bondad de Dios?

El día siguiente se levantaron todos con una especie de locura. No se encontraba a un amigo sin abrazarle ni a un criado sin echarle una sonrisa. Las impresiones demasiado vivas de la alegría no habían permitido dormir a nadie, y sin embargo todo era chanzas, chufletas y contento. Habiendo dicho Lowther que hasta el medio día exigía reposo y soledad para la marquesa, se pasó parte de la mañana en

visitar a Clementina, quien recibió las enhorabuenas sin embarazo, y mostró en su aspecto y palabras la más noble franqueza; y la otra en ataviarse magníficamente para la hora del salón, desde donde se había dispuesto ir como en cuerpo al aposento de la marquesa entre dos hileras de criados al ruido de los mosquetes y al son de los instrumentos. Esta visita solemne que Charles dispuso para que fuese la abertura de algunas nuevas fiestas, se hizo con mil testimonios de gratitud al cielo y las más tiernas enhorabuenas a la marquesa. Charles preguntó a Lowther cuándo podría ella dejar la cama, y se mostró muy contento de oírle decir que desde el día siguiente estaría en disposición de ir al salón y aun de hacerse llevar al jardín.

Yo ignoraba qué otras fiestas había Charles ideado. Me había dicho todo lo que se había practicado en Londres para la celebración del matrimonio de su pupila, y no habiendo venido mi tío sin haber practicado también lo concerniente al de la Holles y Selby; bien me hacía cargo de que según el primer plan podía tratarse de estos dos matrimonios para animar a Clementina con el ejemplo; pero habiendo observado Charles que Nancy no era insensible a los obsequios de Everard Grandison, había propuesto dos días antes un tercer enlace a mi tío, y yo sabía de ellos que aún estaban por arreglas los contratos. Las nuevas fiestas me parecieron pues un misterio que me causó mucha extrañeza aunque sin desazonarme. Además, mi incertidumbre duró poco. Después de haber dejado a la marquesa me dijo Charles que el edificio del parque estaba concluido; que no podía desear mejor ocasión para hacer de él el uso a que me había dicho lo destinaba; que una vez que se lo permitía la salud de la marquesa, estaba determinado a no diferir la fiesta más allá del día siguiente; y por último, me suplicó tomase parte con él en el cuidado de disponer varias cosas que aún no se habían dispuesto. Yo le prometí todo mi celo, y en efecto pasé ayer la tarde y aun la noche en seguir el plan que me había trazado.

Sin embargo, nuestra Emily halló modo de quitarme algunos instantes. Habiendo inflamado su imaginación el movimiento continuo en que yo había estado y el transporte secreto de varios muebles que había podido advertir, se había figurado en vista del razonamiento de Charles combinado con la promesa de Clementina, que los tres matrimonios habían de celebrarse hoy, y que se tomaba por diversión el tenerla en la ignorancia del suyo. Vino bastante tarde a mi cuarto, y con muchas preguntas mezcladas con adulaciones y caricias logró hacerme comprender sus dudas. Yo estaba cansada y para meterme en la cama.

—Anda —le dije—, anda, juguetoncilla, y déjame dormir: el día que deseas llegará, pero no es el de mañana.

Esta respuesta hubo de causarle alguna confusión. No obstante,

habiéndose serenado al punto y bajando los ojos, me dijo con la sencillez que sabéis:

—Si hubiera de ser mañana, tenía un favor que pediros.

—¿Y qué favor, amada Emily?

—El de decirme lo que debe hacer una mujer honrada para conservar toda la vida el afecto de un hombre.

Su ingenuidad me hizo impresión.

—¡Admirable Emily! —le dije abrazándola con toda mi fuerza—: ya es demasiado tarde para entrar en tan gran cuestión; pero en dos palabras, sé siempre como eres, quiero decir, como pareces a Beauchamp desde que te ama: no se cesa de amar lo que no cesa de parecer amable. Añado lo que me acuerdo de haber oído decir cien veces a la prudente señora Shirley: la condescendencia, la igualdad de humor y el aseo son tres cadenas que tienen siempre aprisionado a un corazón amante.

Yo la despedí muy satisfecha con esta respuesta y me entregué al más dulce sueño.

Hoy es pues, mi cara abuelita, hoy es, mi cara tía, cuando debéis representaros una compañía brillante saliendo de la quinta de Grandison a las diez de la mañana a dar un paseo que Charles había propuestos y cuyo término aún no sabía nadie. Aunque no está demasiado distante el nuevo edificio, tenía dispuestas calesas y otros carruajes para llevarnos por varios rodeos a bellos caminos que había hecho abrir en el parque. Al entrar en el que está al frente de su obra, parecieron todos tan sorprendidos como él había esperado, al ver que terminaba en un magnífico conjunto de columnas cuya distribución aún no podía distinguirse a esta distancia. Pero aclarándose este caos, según nos íbamos acercando, se dejó ver sobre una pequeña eminencia un perístero ovalado que ocupa en su mayor diámetro toda la anchura de la alameda, y permite un libre paso a la vista por encima del bosque entre las dos primeras columnas de cada fachada a llanuras y montañas muy lejanas. Todas las columnas son de mármol blanco y del más bello orden de arquitectura con capiteles corintios y caules dorados. Sobre la cornisa de estas columnas descansa una pequeña cúpula pintada primorosamente de oro y azul, y coronada con una estatua de mármol y de la misma blancura que las columnas, la cual muestra en sus atributos ser la divinidad que preside a los sentimientos del alma. El frontispicio ofrece un mármol negro con esta inscripción en letras de oro: TEMPLO DE LA AMISTAD. Por los dos lados en lo más interior del bosque se ven dos pequeños edificios para la servidumbre ordinaria del culto. Nosotros bajamos a veinte pasos de este bello lugar para admirar su riqueza y elegancia, e inmediatamente nos saludaron con la más dulce y armoniosa música los instrumentos que estaban ocultos en lo espeso del bosque. Igual

ansia se tuvo por subir al templo por tres escaleras de mármol blanco que rodean todo el perístero. El interior está enlosado del mismo mármol; pero yo no cederé al deseo de alargar mi carta con una más extensa descripción. Si son oídos nuestros votos, bien pronto no consultaréis más que a vuestros propios ojos. Las pinturas y las estatuas representan la amistad bajo diversas figuras, y son otras alusiones a todos los sucesos que habéis sabido por mis cartas. Las más memorables circunstancias se observan también en ellas al natural con un aire de fuerza y de verdad que inteligentes italianos no esperaban ver en nuestra patria. Después de habernos dejado dar algún tiempo a la admiración, Charles como impaciente por ser oído propuso a todos que se sentasen y nos pidió un momento de atención.

Recordó con algunas imágenes nobles y patéticas parte de los favores que cree deber a la generosidad de una ilustre familia, añadiendo a esta exposición un corto elogio de las virtudes que había admirado en las personas de ambos sexos; y echando una mirada majestuosa a los circunstantes, nos dijo:

—He aquí lo que he querido celebrar en este lugar campestre cuya sencillez se conforma con la de mi carácter y sentimientos. Tal es la fiesta que os había insinuado.

Después, alzando los ojos hacia donde estaban sus caros amigos distribuidos en varios grupos, le vimos apoderado de una especie de entusiasmo que parecía dar un resplandor extraordinario a su rostro:

—Paredes recientes —prosiguió en voz más alta y con su maravillosa elocuencia—, bóveda muda, pero testigos de mi gratitud a tantos beneficios y de mi admiración a tantas virtudes, yo os consagro a estas divinidades bajo el tierno y respetable nombre de amistad que serán veneradas hasta mi último suspiro y tendrán por ministro del culto con el correspondiente estipendio al paje Edward, guía fiel de tan feliz viaje. Jamás haré mansión en la quinta de Grandison, herencia de mis padres, sin venir a pasar aquí algunos momentos con la más cara mitad de mí mismo, y todos los amigos que pueda juntar, para adorar de todo corazón cuanto respeto y amo. Así quiera el cielo oírme en la última hora de mi vida.

Después de este noble juramento que nos enterneció a todos hasta llorar, tomó un aire más risueño para pedir en favor de su nuevo templo que quiso hacer un verdadero centro de unión y ternura, que los cuatro matrimonios se celebrasen en él y que la marquesa señalase el día.

—Cuatro —dijo—, porque al de mi Emily y de la señorita Holles uniremos el de Nancy Selby, que no me desmentirá sobre esto —añadió, mirándola con una sonrisa—. De esta manera debe corresponder nuestra Inglaterra al honor que recibe del de una ilustre y virtuosa...

Clementina había ya dicho a su madre que quería se difiriese su matrimonio para celebrarlo en Bolonia, y habiendo conocido la destreza de Charles, le interrumpió con algún embarazo:

—Señor Grandison, la diferencia de religión y sólo el decoro...

Charles la interrumpió también:

—Señorita, yo he previsto esas dos objeciones, y vos misma reflexionaréis lo que oso oponer a ellas. El señor obispo de Nocera vuestro hermano, que goza aquí como en Roma de todas las facultades peculiares de su dignidad, levanta la dificultad tocante a la religión; y la importancia de volver a Bolonia con un marido de vuestra elección satisface a todos los escrúpulos del decoro.

Clementina, que conoció la fuerza de estas razones, no replicó, y su silencio se tuvo por un consentimiento, a cuya consecuencia la marquesa señaló el primero de junio para la celebración de los matrimonios.

Inmediatamente a una seña de Charles se oyó una excelente música y partir en derredor del templo centenares de cohetes, a que se siguió un fuego artificial en lo más retirado de la perspectiva y en una tan sombría alameda del bosque que la luz del día no hizo perder casi nada a la de las chispas y llamas. El miramiento que aún debía tenerse a la salud de la marquesa no permitió se celebrase la fiesta por la noche. Destinóse el tiempo de este espectáculo para servir una espléndida comida; mas paso por alto una escena común que nada tuvo de particular sino la alegría de que estuvo animada.

Apenas se quitó la mesa, Charlotte de acuerdo sin duda con Charles y con el aire festivo que siempre la acompaña, propuso se bailase. Todos se miraron, y Charles se inclinó hacia la marquesa. En fin levantándose ofreció su mano a Clementina, quien no se hizo instar para dar la suya. Abrieron el baile, y así en la majestad como en las gracias de sus personas se les hubiera tenido por los dioses del templo. Después bailé yo con el conde de Belvedere, y ya os haréis el cargo del ardor con que todos nuestros jóvenes seguirían el ejemplo. Mi infatigable cuñada, siempre la primera así para saltar como para reír, habló bien pronto de contradanzas. Se dividieron, se prepararon y se pusieron en movimiento con una ligereza que yo no podría explicar. Charles en un baile que le colocaba al fin de la cadena, formó un círculo que llegó a estrechar volviendo por el otro lado, de suerte que los bailadores del centro se hallaron entre los primeros. En esta situación en que nos hallábamos muy oprimidos, exclamó afectuosamente estrechándonos aún más con sus brazos:

—¡Divina amistad! Desciende, confirma para siempre la unión de tantos corazones tiernos y propios para amarse.

El obispo, el padre Marescotti y el doctor Bartlett, que había dos horas estaban sentados viendo tranquilamente nuestras tiernas

locuras, no pudieron resistir a este espectáculo, e impelidos de una viva conmoción se levantaron y alzaron las manos al cielo, suplicándole con el mayor encarecimiento diese oídos a la súplica de Charles, y derramase sobre nosotros sus más preciosas bendiciones.

Ya era tiempo de volver a la quinta, y nos sentamos para descansar algún tanto. Durante el baile no había quitado el marqués la vista de las decoraciones del templo, y cuando nos vio sosegados, volviéndose a Charles le dijo:

—Se me ocurre un pensamiento al que deseo no mostréis repugnancia, y es el de pediros un plan de esta bella obra. Tengo ánimo de hacer otra igual en Bolonia, de confiar su custodia a Camilla y a Laura, y de juntar en ella algunas veces mi familia para celebrar allí también los milagros de nuestra amistad. ¿Qué os parece esta idea?

—Me agrada infinito —respondió Charles—: es tan conforme a mis propios deseos que formando juicio de los vuestros y por excusaros embarazos he hecho anticiparse a los materiales; es decir —añadió modestamente—, que habiendo mandado hacer duplicado todo lo que ha servido en la construcción de este edificio, he hecho cargar una embarcación bajo la dirección de un hombre inteligente que me ha seguido en todos mis viajes y sabe la situación de vuestro jardín. Por tanto, a vuestra vuelta encontraréis en él el mismo templo con todos sus ornamentos.

El marqués y todos los circunstantes se quedaron confundidos. Yo oí decir al obispo de Nocera:

—¡Extraño mortal! ¿Es este pues el dios de la grandeza de alma y de la bondad?

Yo misma había ignorado este nuevo rasgo de galantería y no volvía en mí de mi admiración.

En fin nosotros entramos en nuestros carruajes y volviendo yo con mi querido Charles, con el mejor de todos los hombres, me dijo que nada faltaba para el complemento de nuestra alegría más que el tener aquí a las señoras Shirley y Selby para el día de la celebración. Yo me aproveché ansiosamente de esta proposición y he prometido, mis queridas abuela y tía, hacérosla hoy acompañada de mis vivas instancias. ¿Qué podréis oponer a ella? Mi tío mismo irá por ambas en un carruaje cómodo y partirá mañana. Venid a ver una multitud de personas dichosas, venid a aplaudir nuestra felicidad. Vosotras, imágenes vivas de la virtud y de la amistad, venid a honrarlas en su templo.

No se me han dado para mi relación y convite más que dos horas, las cuales acaban de expirar, y ya oigo ruido a la puerta. Llaman.

—Voy, voy.

Es una juventud loca de contento que no me hará gracia de un

minuto. Distingo la voz de Emily.

—¿Todavía?

—Ya voy, bajo.

Ya veis, mi carísima abuela y mi carísima tía, que apenas se me deja tiempo para llamarme con los más profundos sentimientos de ternura y veneración vuestra, etc.

—Harriet Grandison.

NOTA. *Habiendo hecho cesar la correspondencia epistolar la llegada de las dos señoras, no es extraño que el nuevo manuscrito no contenga mayor número de cartas; pero se lee en él esta adición:*

«*Los cuatro matrimonios se celebraron en el día señalado con la mayor alegría y la concurrencia de todas las gentes honradas del país. Tres meses que aún pasaron los ilustres italianos en Inglaterra fueron una serie continua de fiestas y placeres. A su partida, Charles y su esposa se hubieran determinado a acompañarles a Italia, si no hubiesen detenido a esta las consecuencias naturales de un feliz matrimonio; mas el año siguiente fueron juntos a Bolonia con el doctor Bartlett, Beauchamp y su esposa, y encontraron a la condesa de Belvedere en el estado en que ella había debajo a milady Grandison, es decir, muy dichosa madre. El juramento de la amistad se repitió allí en el templo que Charles había hecho transportar, con esta nueva cláusula que siempre se ha observado después, a saber, que en cada dos años, exceptuando los casos de enfermedad y de guerra, cada una de las dos familias alternativamente haría el viaje de Inglaterra e Italia.*»

F I N

NOTAS

[1] Núm. 97.

[2] *Essay on the Writings and Genius of Pope,* pág. 276.

[3] Pág. 96.

[4] *Dell' origine, etc. d'ogni letteratura. Tom. 2.* pág. 490.

[5] Los pasajes marcados con "«»" son los que rayó Greville, pero todavía eran legibles poniendo la carta a contraluz.

[6] Por libras se han de entender siempre en esta obra las esterlinas.

[7] En algunos jardines se da este nombre a la planta y flor llamada *margarita, vellorita* y *maya.*

[8] *Está hecha de modo que el portador ve sin ser visto, y oculta enteramente la luz cuando quiere.*

[9] Aldea a una milla de Londres.

[10] Aldea entre Londres y Paddington.

[11] Hermosa plaza de Londres cuyo centro es un jardín.

[12] Como se habla de un sacerdote no sólo protestante sino también mal sacerdote, ha dejado pasar el traductor la ridícula pintura que se hace de él.

[13] Bien sabido es que el matrimonio está permitido a los clérigos protestantes.

[14] Dos personas de la novela de *Clarissa Harlowe.*

[15] En Inglaterra hay la costumbre de besar los hombres a las mujeres en la boca.

[16] Ya se ha visto que Charlotte se burlaba de milord G... por su afición a estos animalejos.

[17] Fecha según el estilo antiguo y moderno, como acostumbran los protestantes.

[18] Es inútil advertir que se resiente de la enfermedad de Clementina originada del amor y de la religión.

[19] Enviándole las cartas de Charles.

[20] Se casaron en esta iglesia.

[21] Aquí se omiten varias chanzas para ridiculizar a su tía Eleanor, soltera anciana, a milord L... y a su marido.

[22] Balaam.

[23] Se ha sabido por informes particulares que era el método eléctrico descubierto efectivamente al mismo tiempo y continuado después en Londres.